



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

**TESIS DOCTORAL**

2013

# **IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION**

**EN UNA PACÍFICA REVOLUCIÓN  
PERMANENTE**

**Ideología, Política Exterior y Promoción de la  
Democracia en Estados Unidos, 1776-1953**

**Pedro Francisco Ramos Josa, Licenciado en Ciencias  
Políticas y Sociología**

**Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado**

**Director: Dr. D. Florentino Portero Rodríguez**



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

**Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado**

# **IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION**

**EN UNA PACÍFICA REVOLUCIÓN  
PERMANENTE**

**Ideología, Política Exterior y Promoción de la  
Democracia en Estados Unidos, 1776-1953**

**Pedro Francisco Ramos Josa, Licenciado en Ciencias  
Políticas y Sociología**

**Director: Dr. D. Florentino Portero Rodríguez**



## **AGRADECIMIENTOS**

Escribir una tesis doctoral es un trabajo solitario, extenuante y en algunas ocasiones difícilmente soportable, hasta el punto de preguntarte la razón de tanto esfuerzo, es entonces cuando aparece la gente que te ayuda, te apoya y te da aliento de nuevo, haciendo que todo el cansancio desaparezca y continúes con tu dedicación a la ciencia y a esa verdad tan esquiva. Sirvan las presentes líneas para agradecer a todos aquellos responsables en gran medida de que la presente tesis esté hoy en sus manos.

En primer lugar agradecer al Instituto General Gutiérrez Mellado la oportunidad de cursar los estudios de doctorado en su seno, máxime cuando la tradición en nuestro país en materia de paz y seguridad internacional es tan escasa. Al respecto quisiera recordar al Dr. D. Carlos Echeverría Jesús que durante mi etapa en la UNED y como profesor de Relaciones Internacionales me recomendó el doctorado en la presente institución. Hago extensiva mi deuda a los profesores de mi primer año en el doctorado, Dr. D. Félix Arteaga, Dr. D. Pere Vilanova Trías, Dr. D. José M. M. Llerandi, Dr. D. Isidro Sepúlveda Muñoz y en especial al Dr. D. Rafael Grasa, tutor de mi tesina y quien al comienzo de la presente tesis me recomendó profundizar el giro histórico que había tomado mi estudio.

Sin duda que la presente tesis no hubiese tenido ninguna posibilidad de finalizarse sin la inestimable ayuda de mi tutor Dr. D. Florentino Portero Rodríguez, cuyos consejos y colaboración han sido esenciales para que el trabajo tomara forma y sentido y no se diluyera entre caminos a ninguna parte, aportando la guía indispensable que todo alumno necesita de su profesor. Agradecer también la paciencia que sus secretarías han tenido conmigo, Natalia Urigüen en la UNED y sobre todo, María de Miguel en el Centro Sefarad-Israel.

Agradecer también a la Dra. Dña. M. Ángeles Lario González y a la Dra. Dña. Rosa María Pardo Sanz por su colaboración desinteresada en la publicación de artículos en revistas especializadas, y por extensión al Grupo de Investigación Conde de Floridablanca y a sus miembros por haberme aceptado en un foro donde discutir temas que son materia oscura en otros lugares.

Una tesis doctoral no podría realizarse sin la documentación necesaria, quisiera destacar aquí a la Biblioteca Central de la UNED y a la Universidad de Alcalá, cuyo fondo sobre Estados Unidos ha sido de vital importancia para encontrar libros en España que de otra manera me hubiese sido muy difícil consultar.

Finalmente quisiera agradecer a mi familia el sustento emocional imprescindible para llegar al final, no conozco forma más divertida de seguir aprendiendo que jugando con mis sobrinos, a todos, muchas gracias. Por último, a ti, Isabel, que has sido tan paciente a mi lado, sé que no es fácil, y has sido fundamental en la corrección del presente texto, pero sobre todo por permanecer ahí, ancla de este bote que sin ti seguiría a la deriva.



<b><u>AGRADECIMIENTOS</u></b> .....	3
<b><u>LISTA DE MAPAS Y GRÁFICOS</u></b> .....	8
<b><u>INTRODUCCIÓN</u></b> .....	10

## Capítulo I

### **Unilateralismo Aislacionista**

<b>1- EL NACIMIENTO DE LA NACIÓN Y SU CONSOLIDACIÓN, 1776-1823</b> .....	20
<b>1. a. Periodo prerrevolucionario</b> .....	22
<b>1. b. 1776-1815</b> .....	27
<b>1. b.1. <i>La influencia del liberalismo en el pensamiento revolucionario norteamericano</i></b> .....	29
<b>1. b.2. <i>De la declaración de Independencia a la Constitución</i></b> .....	46
<b>1. b.3. <i>De George Washington a James Madison</i></b> .....	59
<b>2- EL FORTALECIMIENTO, LA ASCENSIÓN A POTENCIA CONTINENTAL. DE LA DOCTRINA MONROE A 1896</b> .....	70
<b>2. a. De 1815 a la Doctrina Monroe</b> .....	70
<b>2. b. De la Doctrina Monroe a la guerra de Polk con México</b> .....	81
<b>2. b.1. <i>James Knox Polk, el expansionismo Demócrata</i></b> .....	94
<b>2. c. De 1850 a 1896. Expansión, Guerra Civil y modernización</b> .....	122

## Capítulo II

### **El nacimiento de la nueva diplomacia. Primer ensayo internacionalista**

<b>3- EL NACIMIENTO DE LA NUEVA DIPLOMACIA</b> .....	147
<b>3.a. La Administración McKinley. Imperialismo reluctante</b> .....	147
<b>3.a.1. <i>Ascenso político</i></b> .....	147
<b>3.a.2. <i>Antecedentes de la guerra</i></b> .....	150
<b>3.a.3. <i>La guerra con España</i></b> .....	161
<b>3.a.4. <i>El Tratado de París</i></b> .....	167
<b>3.a.5. <i>La ocupación militar</i></b> .....	179



3.a.6. <i>Fin de la ocupación cubana</i> .....	187
3.a.7. <i>Las consecuencias de la guerra</i> .....	190
3.b. T. Roosevelt: el internacionalismo conservador.....	194
3.b.1. <i>Estados Unidos transformado</i> .....	194
3.b.2. <i>Carrera política</i> .....	199
3.b.3. <i>Génesis intelectual del Internacionalismo conservador</i> .....	203
3.b.4. <i>El frente doméstico</i> .....	217
3.b.5. <i>La presidencia internacionalista</i> .....	220
3.b.6. <i>El Internacionalismo conservador</i> .....	240
4- INTERLUDIO TAFT.....	252
5- LA OCUPACIÓN DE FILIPINAS.....	264
5.a. Razones de la ocupación .....	265
5.b. La intervención militar.....	269
5.c. Esfuerzo de Promoción de la Democracia .....	272
5.d. Conclusiones.....	289

## Capítulo III

### El Internacionalismo liberal democrático. Segundo ensayo Internacionalista

6- W. WILSON: EL INTERNACIONALISMO LIBERAL DEMOCRÁTICO.....	291
6.a. Biografía.....	291
6.a.1. <i>Escritos políticos</i> .....	292
6.a.2. <i>Carrera política</i> .....	296
6.b. Presidencia.....	298
6.b.1. <i>Política nacional</i> .....	298
6.b.2. <i>Política exterior</i> .....	300
*Ámbito teórico.....	300
*Ámbito práctico.....	306
A-) América Latina.....	307
B-) I Guerra Mundial.....	314
6.b.3. <i>La Sociedad de Naciones</i> .....	336
*Los orígenes de la Sociedad de Naciones.....	336
*Los debates sobre la Sociedad de Naciones.....	340
6.c. El liberalismo del Internacionalismo liberal democrático.....	355
6.d. Balance final sobre el wilsonismo.....	361
7- EL RETORNO REPUBLICANO: LA DIPLOMACIA DEL DÓLAR.....	368
7.a. El retorno a la normalidad: W. Harding.....	370
7.b. Los felices años 20: C. Coolidge.....	379



7.c. El fin de una era: H. Hoover.....	396
<b>8- LA OCUPACIÓN DE HAITÍ, 1915-1934.....</b>	<b>406</b>
8.a. Introducción histórica.....	406
8.b. Antecedentes de la ocupación.....	409
8.c. La ocupación.....	411
8.c.1. <i>La invasión</i> .....	411
8.c.2. <i>I Fase, 1915-1922</i> .....	413
8.c.3. <i>II Fase, 1922-1930</i> .....	416
8.c.4. <i>III Fase y retirada, 1930-1934</i> .....	419
8.d. Conclusiones.....	421

## Capítulo IV

### **F. D. Roosevelt: la refundación wilsoniana. Tercer ensayo internacionalista**

<b>9- F. D. ROOSEVELT: LA REFUNDACIÓN WILSONIANA.....</b>	<b>423</b>
9.a. Biografía.....	423
9.b. Carrera Política.....	425
9.c. Presidencia.....	430
9.c.1. <i>Política interna: el New Deal</i> .....	430
9.c.2. <i>Política internacional</i> .....	437
9.c.2.a. <i>América Latina: política de Buena Vecindad</i> .....	445
9.c.2.b. <i>Neutralidad</i> .....	449
* Antecedentes.....	449
* Evolución F. D. Roosevelt.....	453
* El debate de 1939-1941.....	464
9.c.2.c. <i>II Guerra Mundial y visión de Europa</i> .....	495
9.c.2.d. <i>La creación de la Organización de las Naciones Unidas</i> .....	523
9.d. Conclusiones.....	543

## Capítulo V

### **H. S. Truman: la contención. Cuarto ensayo internacionalista.**



<b>10- H. S. TRUMAN: LA CONTENCIÓN.....</b>	<b>559</b>
<b>10.a. Biografía.....</b>	<b>560</b>
<b>10.b. De la Contención a la Alianza Atlántica, el legado político de Harry S. Truman.....</b>	<b>562</b>
<b>10.b.1. Los primeros años: la herencia de F. D. Roosevelt.....</b>	<b>562</b>
<b>10.b.2. La estrategia de la contención: la Doctrina Truman.....</b>	<b>575</b>
<b>10.b.3. El componente burocrático: la reorganización de la estructura de seguridad nacional.....</b>	<b>590</b>
<b>10.b.4. El componente económico: el Plan Marshall.....</b>	<b>592</b>
* Antecedentes.....	592
* Presentación y negociación.....	596
* Aprobación e implementación.....	607
<b>10.b.5. El componente militar: la Organización del Tratado del Atlántico Norte.....</b>	<b>614</b>
* Antecedentes.....	617
* Negociación. Hacia una alianza permanente.....	620
* Firma e implementación.....	642
* Impacto de la Alianza Atlántica en la Doctrina Truman.....	646
* 1951: el último gran debate, las responsabilidades inherentes a las alianzas permanentes.....	664
<b>10.b.6. Corea y Naciones Unidas.....</b>	<b>670</b>
* Corea y la política exterior hacia Asia.....	670
* El continuo debate sobre Naciones Unidas.....	672
<b>10.c. El enigma Truman.....</b>	<b>678</b>
<b>10.c.1. Alcance de la política exterior de Harry S. Truman.....</b>	<b>678</b>
* Respecto a F. D. Roosevelt.....	678
* Respecto a la tradición política de Estados Unidos.....	683
<b>10. c.2. El triunfo del Internacionalismo.....</b>	<b>690</b>
<b>11- LA OCUPACIÓN DE JAPÓN.....</b>	<b>696</b>
<b>11.a. Contexto de la ocupación.....</b>	<b>697</b>
<b>11.b. La ocupación.....</b>	<b>699</b>
<b>11.b.1. Instrumentos de la ocupación.....</b>	<b>699</b>
<b>11.b.2. Esquema organizativo de la ocupación.....</b>	<b>705</b>
<b>11.c. Etapas de la ocupación.....</b>	<b>711</b>
<b>11.c.1. 1ª etapa: liberalización democrática, 1945-1948.....</b>	<b>712</b>
<b>11.c.2. 2ª etapa: dirección contraria o “restauración Kennan”, 1948-1952.....</b>	<b>722</b>
<b>11.c.3. Fin de la ocupación.....</b>	<b>725</b>
<b>11.d. Conclusiones.....</b>	<b>728</b>
<b><u>CONCLUSIONES.....</u></b>	<b>731</b>
<b><u>BIBLIOGRAFÍA.....</u></b>	<b>783</b>



### **LISTA DE MAPAS**

1.	Las ex colonias británicas en 1776.....	27
2.	La compra de Louisiana de 1803.....	68
3.	Las Independencias en Ibero América.....	73
4.	Estados Unidos hacia 1830.....	92
5.	La guerra con México, 1846-1848.....	95
6.	División de Estados Unidos en torno a la esclavitud.....	124
7.	Estados Unidos en 1900.....	146
8.	La guerra de Estados Unidos contra España, 1898.....	164
9.	Mapa etnográfico de Filipinas, 1890.....	275
10.	Reparto franco-británico de Oriente Medio, 1916.....	334
11.	La nueva Europa tras la I Guerra Mundial, 1923.....	334
12.	Cartel alemán.....	335
13.	Reparto colonial de la isla Española.....	407
14.	Mar Caribe y la posición de Haití respecto a Estados Unidos.....	412
15.	Expansión japonesa, 1870-1933.....	496
16.	El frente europeo, 1939-1940.....	500
17.	El expansionismo nazi, 1942.....	501
18.	El frente del Pacífico hasta 1945.....	507
19.	Avance aliado en Europa, 1943-1945.....	511
20.	Países parte del Plan Marshall y porcentaje de ayuda recibida.....	611
21.	El reparto de Alemania.....	615
22.	División de Europa entre la OTAN y el Pacto de Varsovia.....	645

### **LISTA DE GRÁFICOS**

1.	Aumento en millas de vía férrea en Estados Unidos.....	128
2.	Aumento de las exportaciones de Estados Unidos en miles de millones de dólares.....	129
3.	Aumento del territorio estadounidense en millas cuadradas.....	131
4.	Número de soldados del ejército de Estados Unidos.....	193
5.	Evolución del Producto Interior Bruto de Estados Unidos, 1919-1930.....	380
6.	Evolución del balance comercial estadounidense, 1920-1930.....	381
7.	Crecimiento económico de Estados Unidos, 1934-1945.....	550
8.	Uso del veto en NNUU por los miembros permanentes, 1945-1955.....	574
9.	Porcentaje del Plan de Recuperación Económica por países.....	609
10.	Ayudas recibidas durante el Plan Marshall.....	610
11.	Países parte del Plan Marshall y porcentaje de ayuda recibida.....	611
12.	Crecimiento económico de los países europeos durante el Plan Marshall, 1948-1951.....	613
13.	Evolución de la Ayuda Exterior estadounidense, 1948-1953.....	662



## IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

14.	Porcentaje del gasto en defensa en la OTAN, 1949-1953.....	669
15.	Alternativas Internacionalistas al Unilateralismo Aislacionista.....	688
16.	Alternativas Internacionalistas al Unilateralismo Aislacionista.....	689
17.	Evolución de la influencia de Estados Unidos en la Historia.....	733
18.	Reparto de competencias en materia de política exterior en Estados Unidos...	735
19.	Tradiciones ideológicas en Estados Unidos.....	742
20.	Relación Promoción de la Democracia con Realismo-Idealismo y No-intervencionismo-Intervencionismo.....	750
21.	Opciones estratégicas de Estados Unidos, 1776-2001.....	753
22.	Divergencias en el Internacionalismo.....	764
23.	Evolución del Realismo, Idealismo y Conservadurismo en Estados Unidos...	773
24.	Evolución del intervencionismo en función a la Promoción de la Democracia y de la dicotomía Realismo-Idealismo.....	774
25.	Alternativas Internacionalistas post 11-S.....	780



## INTRODUCCIÓN

RICK- *Yo no me juego el cuello por nadie.*

RENAULT-*Esa es una sabia política exterior...Rick es absolutamente neutral en todo.*

RICK- *No me interesa la política, y los problemas del mundo no son de mi incumbencia...Yo no lucho por ninguna causa más que por la mía propia. La mía es la única causa que me interesa ahora.*

Diálogo de la película *Casablanca*<sup>1</sup>.

GRANT MATTHEWS- *Mi punto de vista es que sólo un gobierno único sería capaz de asegurar el control atómico, conseguir el desarme y la paz del mundo con un sistema de gobierno mundial, el sistema de los Estados Unidos de América, por ejemplo, en fin, soy enemigo de las fronteras y estoy decidido a proponer los Estados Unidos del mundo...unos Estados Unidos que gobiernen el mundo, dispondríamos de las ventajas de una sola ley, una clase de moneda igual para todos y una ciudadanía internacional, pretendo decirles que la hermandad entre los hombres no es simplemente el sueño de un idealista, sino una necesidad vital si el hombre quiere sobrevivir.*

Diálogo de la película *El estado de la Unión*<sup>2</sup>.

La diferencia en el tono entre estos dos diálogos de películas estadounidenses, ambas separadas por tan sólo seis años, puede resumir brevemente el camino recorrido por Estados Unidos en sus primeros 177 años de existencia, objeto de estudio de la presente tesis. Mientras la primera de ellas, filmada en plena II Guerra Mundial y celeberrima obra maestra, muestra sin rubor a un frío H. Bogart convertido en paradigma de la neutralidad estadounidense del periodo de entreguerras, en la segunda, rodada al calor de los inicios de la Guerra Fría, S. Tracy encarna a un aspirante a Presidente cuyo internacionalismo choca con la inercia política de una nación atrapada por su herencia histórica. Ambos filmes sirvieron para mostrar una determinada imagen de Estados Unidos y su política exterior, tanto hacia el resto del mundo como al interior, así, si en *Casablanca* H. Bogart se mantenía alejado de los embrollos de los contendientes, por los que no sentía ningún apego, y actuaba únicamente en caso de necesidad, en *El estado de la Unión*, S. Tracy interpretó a un político cuyo internacionalismo declarado le costaría su nominación.

Tal cambio de rumbo en la política estadounidense, reflejado en la contraposición entre la Gran Regla legada por G. Washington y la Doctrina Truman

---

<sup>1</sup> *Casablanca*, Warner-Bros, Estados Unidos, 1942, dirigida por Michael Curtiz y protagonizada por Humphrey Bogart e Ingrid Bergamn.

<sup>2</sup> *El estado de la Unión*, Metro-Goldwyn-Mayer, Estados Unidos, 1948, dirigida por Frank Capra y protagonizada por Spencer Tracy y Katherine Hepburn.



elaborada bajo su Administración y dilatado en el tiempo desde su fundación como nación independiente hasta la creación de la Alianza Atlántica, forma el núcleo principal de la presente tesis. La transformación de la política exterior estadounidense desde unos inicios *aislacionistas*<sup>3</sup> hasta su actual internacionalismo, ha sido, y sigue siendo, un fenómeno de extrema complejidad, en cuyo estudio intervienen componentes no sólo políticos, sino también históricos, filosóficos, económicos, culturales etc., pues en esa constante evolución de la política exterior estadounidense han intervenido factores proporcionados por la propia historia de la formación de la nación estadounidense, pero también los derivados de su Constitución y el reparto de poder en ella estipulado, de los supuestos liberales sobre los que se fundó la Independencia y se creó el país, de su evolución socioeconómica, y por supuesto, de las decisiones y omisiones de su clase política, en cuyos debates se pueden encontrar los ecos de todos esos elementos.

Mi interés por la materia se remonta a mis años universitarios, en concreto, en la asignatura de Relaciones Internacionales, más tarde, durante el Doctorado en mi etapa de docencia y en la realización del Trabajo de Investigación ahondé en los estudios sobre la política exterior de Estados Unidos, por lo que respecta a mi tesina ésta versó sobre la ideología neoconservadora, para lo cual realicé una primera toma de contacto con la evolución de la política exterior estadounidense. En dicha tesina, surgida de mi interés por la ideología neoconservadora que entonces parecía dominar la Administración de G. W. Bush, aumentó mi curiosidad por un tema muy de boga entonces como era la Promoción de la Democracia, término profusamente utilizado en el segundo mandato de G. W. Bush, y cuyo máximo exponente se encontraba en su Iniciativa para un amplio Oriente Medio y Norte de África, lanzada en la reunión de junio de 2004 del G-8 en Georgia, con el objetivo de ayudar en la democratización de los países árabes.

En ese periodo creció mi interés por la Promoción de la Democracia, tema que había surgido ya en mi tesina y que me había llevado a realizar un superficial repaso a la historia estadounidense, y que entonces, convertida ya en centro de mi proyecto de tesis, debía conducirme ya sin remedio a un estudio pormenorizado de la tradición política norteamericana, puesto que desde las primeras lecturas sobre el tema comprendí que la Promoción de la Democracia está íntimamente ligada al propio proyecto de Estados Unidos como nación, a la idea que tienen los estadounidenses de sí mismos y su papel en la escena internacional, lo que hace que cualquier tema esencial de política exterior, y en concreto lo concerniente a la Promoción de la Democracia, se convierta de pronto en un debate de política interna que atañe a la misma esencia de la nación, como se comprobará en los siguientes capítulos.

Por lo tanto, el problema de investigación en la presente tesis doctoral se concreta en la pregunta ¿qué papel ha jugado la Promoción de la Democracia en la política exterior estadounidense a lo largo de su historia? Pero para contestar a tan complicada cuestión antes hay que resolver numerosas incertidumbres que han ido

---

<sup>3</sup> Como se tendrá ocasión de ver en los siguientes capítulos, el presunto aislacionismo estadounidense durante sus primeras etapas históricas, no constituye más que un mito que ha servido para simplificar toda una serie de decisiones y actuaciones, y en muchas ocasiones la pasividad, de Estados Unidos en la arena internacional, de ahí que ahora se escriba el término en cursiva.



surgiendo a lo largo de la investigación, para mí la hipótesis principal de la tesis consistiría en que la ideología ha sido un elemento crucial en la determinación de la dirección de la política exterior de Estados Unidos, es decir, las diferencias ideológicas entre los distintos protagonistas de la vida política norteamericana han sido decisivas para la concreción final de los distintos componentes que integran tanto su tradición política como sus posteriores transformaciones, y con ello la forma en que se ha concebido a la Promoción de la Democracia así como el ascenso de Estados Unidos a potencia mundial.

Es decir, para entender el papel de la Promoción de la Democracia en esa historia, antes hay que conocer esa misma historia para poder ubicar a aquella dentro de ésta, para lo cual a su vez habrá que resolver varias hipótesis específicas:

1. La historia de Estados Unidos puede explicar en buena parte la evolución de su política exterior, su condición de ex colonia primero, y su expansión al Oeste continental, después, marcó de forma irrevocable su evolución durante el primer siglo tras su Independencia, sentando las bases de su meteórico ascenso a potencia mundial a inicios del siglo XX.
2. Del mismo modo que su historia ha jugado un papel esencial en la determinación de la política exterior estadounidense, lo mismo puede decirse de la división de poderes recogida en la Constitución de Estados Unidos, siendo crucial a la hora de determinar los debates en política exterior, sobre todo con la relación entre los Poderes Legislativo y Ejecutivo.
3. La política exterior de Estados Unidos ha estado en constante evolución, tras pasar por una etapa inicial dominada por el aislacionismo, el internacionalismo fue ganando terreno, si bien no siempre bajo la misma forma.
4. En cada ensayo internacionalista que se alejaba del unilateralismo aislacionista, la Promoción de la Democracia jugaba un determinado papel, definido en gran parte por el cariz ideológico de dicho internacionalismo.
5. Con Harry S. Truman Estados Unidos asistió al ensayo internacionalista que puso fin definitivamente al unilateralismo aislacionista, y con ello a la primera etapa de su historia, mediante una estrategia madura que ponía, por primera vez en su historia, al servicio de la política exterior estadounidense los ingentes recursos de la nación.

Plantear tales preguntas e hipótesis sobre un tema tan trillado como la historia y política exterior de Estados Unidos resulta a primera vista una opción sencilla, además de que todo nuevo estudio que abordase tal materia se antoja superfluo, dada la gran cantidad de material sobre la materia, pero teniendo en cuenta la enorme importancia que la Promoción de la Democracia ha tenido en los últimos años, quizá se echaba en falta encarar su estudio desde la perspectiva de ésta, es decir, convertir a la Promoción de la Democracia en la variable dependiente en la presente tesis, con respecto al papel de variable independiente jugado por la historia estadounidense, con



ello se puede arrojar nueva luz sobre la evolución de ésta. Desde dicha perspectiva nos encontramos con que el estudio de la historia estadounidense no está lo suficientemente dilucidada. Mientras que sobre la Promoción de la Democracia sí existen estudios, estos se han centrado más que en la historia de la misma, en sus aspectos prácticos, como muestran las obras de Thomas Carothers, en concreto *Critical Mission, Essays on Democracy Promotion y Aiding Democracy Abroad, the learning curve*<sup>4</sup>, o como sucede en las investigaciones llevadas a cabo por la RAND Corporation sobre *nation- building* y que indirectamente tratan sobre la Promoción de la Democracia<sup>5</sup>. De hecho, la propia conceptualización del término Promoción de la Democracia es una cuestión discutida aun hoy día, como sucede con el fenómeno del terrorismo, sobre el que no existe un consenso internacional y ni siquiera las Naciones Unidas tienen una definición que pueda ser globalmente aceptada, es más, la Promoción de la Democracia es una estrategia política cuya conceptualización se ve afectada por numerosos factores a su vez muy controvertidos, dificultando la aprobación generalizada de su definición<sup>6</sup>. De todos modos, y para arrojar un poco de luz al asunto, se puede definir a la Promoción de la Democracia como aquellas acciones realizadas por un Estado (como Estados Unidos, por ejemplo), un grupo de Estados (como la Organización de Estados Americanos o la Unión Europea, por ejemplo) o una Organización Internacional (como las Naciones Unidas, por ejemplo), encaminadas a afectar el desarrollo político de un tercer país, con el objetivo final de que éste logre dotarse de un sistema político democrático. Baste señalar como un ejemplo de las dificultades a la hora de delimitar el concepto de Promoción de la Democracia, que en la definición anterior se ha dejado fuera a las Organizaciones no Gubernamentales, a las agencias privadas y a los particulares (como George Soros), que si bien realizan proyectos de Promoción de la Democracia generalmente lo hacen bajo la supervisión y la colaboración de sus respectivos Estados, por lo que su grado de independencia es limitado. En cualquier caso, que la Promoción de la Democracia sea un concepto de problemática definición no implica que aquellos que la llevan a cabo no intenten delimitarla, como sucede con el Comité de Asignación de fondos del Senado de Estados Unidos, que en su Informe sobre el Año Fiscal 2007, “para asegurar una comprensión común de los programas de democracia entre las agencias del gobierno de Estados Unidos”<sup>7</sup>, define a la Promoción de la Democracia como

---

<sup>4</sup> CAROTHERS, Thomas *Critical Mission, Essayss on Democracy Promotion*, Carnegie Endowment for Internacional Peace, Washington D. C., 2004, y *Aiding Democracy Abroad, the learning curve*, Carnegie Endowment for Internacional Peace, Washington D. C., 1999.

<sup>5</sup> RAND Corporation *The UN’s Role in Nation-Building, from The Congo to Iraq*, RAND Corp., Santa Monica, 2005 y *America’s Role in Nation-Building, from Germany to Iraq*, RAND Corp., Santa Monica, 2003.

<sup>6</sup> Sin duda, en ello ha influido que en la Promoción de la Democracia se entremezclan otros asuntos sobre los cuales no hay consenso interno, como serían, por nombrar sólo unos pocos, el papel de Estados Unidos en el escenario internacional (de potencia intervencionista basada en el llamado “poder duro” o de potencia “tranquila” basada en el “poder suave”), la definición misma de democracia o la legitimidad de vulnerar la soberanía estatal para defender unos supuestos valores universales, y sobre todo ello la sospecha de la dominación imperial estadounidense que amenaza con provocar el rechazo generalizado de sus acciones exteriores, es decir, lo que para unos es Promoción de la Democracia, para otros no es más que una burda vulneración de la soberanía estatal y una intromisión más en los asuntos internos de los países más débiles, lo que sin duda puede acarrear un menoscabo en la imagen internacional de Estados Unidos restringiendo así su campo de acción.

<sup>7</sup> “*Democracy Promotion: Cornerstone of U.S. Foreign Policy?*” Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos, 26 diciembre de 2007, p. 6, texto consultado en [www.fas.org](http://www.fas.org)



aquellos “programas que sostengan la buena gobernanza, los derechos humanos, los medios de comunicación independientes y el imperio de la ley, y todo cuanto refuerce la capacidad de los partidos políticos, las Organizaciones no Gubernamentales y a los ciudadanos para apoyar el desarrollo de Estados democráticos, de instituciones y prácticas que sean responsables y respondan ante los ciudadanos”<sup>8</sup>.

En la presente tesis la Promoción de la Democracia es estudiada al trasluz de la historia estadounidense, convirtiéndose ambas en compañeras de viaje durante los sucesivos debates ideológicos que fueron cincelandos la política exterior norteamericana a lo largo de su existencia, con ello se comprenderá mejor el papel actual, y futuro, de la Promoción de la Democracia en la política exterior de Estados Unidos, así como la evolución ideológica de la misma, sobre todo con el paso del unilateralismo aislacionista al internacionalismo, de distinto signo, hacia el que ha ido avanzando el pensamiento político estadounidense en sus primeros 177 años de existencia.

De ese modo no sólo la Promoción de la Democracia puede comprenderse mejor, tanto a nivel general como entendida como manifestación de la propia idiosincrasia norteamericana, sino que la misma historia estadounidense toma una nueva dimensión vista desde la perspectiva ideológica de su política exterior, pues, como veremos, en última instancia ésta siempre ha venido referida a la esencia misma de Estados Unidos como nación, donde la Promoción de la Democracia ha jugado un papel destacado en dichos debates desde los primeros años de la República. Con todo ello, la historia estadounidense se nos revela bajo el prisma de la Promoción de la Democracia, aclarando con ello el trasfondo ideológico de su política exterior, comprendiendo mejor las distintas tradiciones que la componen, y lo que es más importante, ayudando a entender los debates más recientes que han surgido en la vida política estadounidense a raíz de la segunda invasión de Irak, pudiendo relacionar así las distintas posturas políticas con la historia estadounidense, lo que sin duda las aclara al colocarlas en la necesaria perspectiva histórica que tantas veces se pierde en el calor de la disputa ideológica, no en vano la presente tesis es tanto un trabajo histórico, como politológico y filosófico, en el cual los distintos aspectos históricos, políticos y filosóficos se entrecruzan e informan entre sí constantemente.

En cuanto a la metodología, tratándose de una tesis a medio camino entre la historia y la ciencia política el método de investigación utilizado ha sido el histórico, en concreto el analítico-sintético, basado en la búsqueda de fuentes (heurística) y en la interpretación de los textos consultados (hermenéutica), es decir, predomina el método cualitativo, con el objetivo de saber qué nos dice el texto estudiado, sobre el cuantitativo, aunque siempre que ha sido posible se ha intentado traducir a gráficas los datos recogidos en esos mismos textos.

Como en toda investigación histórica la cuestión de las fuentes ha sido de gran importancia en la presente tesis, donde siempre se ha preferido consultar una fuente primaria frente a una secundaria. Aquí cabe resaltar la enorme facilidad que brinda Internet para encontrar todo tipo de documentación, más aun tratándose de Estados Unidos, donde sus diferentes sitios gubernamentales ofrecen una enorme cantidad de

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*



documentación oficial, imprescindible para éste tipo de investigaciones, además del resto de bases documentales que existen alrededor del ámbito universitario y privado, como se puede apreciar en las páginas de Internet consultadas y que aparecen tanto en las notas a pie de página como en la bibliografía. Respecto a las fuentes secundarias, el problema ha surgido más a la hora de discriminar y elegir las más adecuadas, pues Estados Unidos ha sido profusamente estudiado tanto en el mundo anglosajón como europeo, si bien cabría señalar la escasez de trabajos dedicados en exclusiva a la Promoción de la Democracia en sí, en este aspecto las fuentes primarias han sido fundamentales para paliar tal carencia y ayudar a progresar en la investigación, en todo caso, las secundarias han sido fundamentales a la hora de encuadrar y organizar el esquema final de la tesis.

En lo referente a la estructura de la presente tesis doctoral, ésta se divide en cinco capítulos que recogen la evolución histórica de Estados Unidos desde la perspectiva de las diversas estrategias que en política exterior han marcado las relaciones internacionales de la nación, así, como veremos a continuación en detalle, si en el primer capítulo se describe el unilateralismo aislacionista que caracterizó el primer siglo de existencia de la República, en los siguientes cuatro capítulos se estudian los respectivos cuatro ensayos internacionalistas que trataron de zafarse del legado político norteamericano. En ellos también se incluyen los estudios de las ocupaciones estadounidenses de Filipinas, Haití y Japón, como expresión práctica de la Promoción de la Democracia para así completar su análisis. Con dicha estructura se puede entender mejor la evolución de la política exterior estadounidense y el papel de la Promoción de la Democracia en la misma.

En el primer capítulo, que abarca desde la independencia de Estados Unidos en 1776 hasta el final de la segunda presidencia de G. Cleveland en 1898, se ha tratado de describir los fundamentos de la política exterior estadounidense durante su primer siglo de existencia, no en vano es imposible comprender el futuro ascenso a potencia mundial de Estados Unidos sin conocer en qué estrategias se basó tal desarrollo. Durante los primeros años tras la Independencia, Estados Unidos trató de asegurar ésta mediante una cauta política exterior, basada en la Gran Regla legada por su primer Presidente, G. Washington, y que conminaba a sus compatriotas a mantenerse alejados de cualquier alianza permanente con otras potencias, convirtiéndose a la postre en la base del unilateralismo aislacionista que impregnaría la política exterior estadounidense por más de un siglo. Con la compra de Louisiana, Estados Unidos comenzó en 1803 su particular conquista continental, dándose así los primeros debates en torno a la Promoción de la Democracia, tema que como se puede comprobar está íntimamente ligado a la historia estadounidense. Con la formulación de la Doctrina Monroe, Estados Unidos daba sus primeros pasos como potencia continental, posición que la victoria sobre México en 1848 no haría más que apuntalar, si bien a nivel interno las consecuencias de la guerra dieron paso a un encendido debate sobre los límites de la capacidad para exportar el modelo democrático y republicano fuera de las fronteras nacionales. Con el enquistamiento de la cuestión racial en torno a la esclavitud, propiciado en parte por la adquisición de nuevos territorios como consecuencia de la victoria sobre México, Estados Unidos vivió su propia Guerra Civil como un choque de civilizaciones, el rico pero retrasado Sur esclavista y agrario frente al Norte de incipiente industrialización volcado al



comercio exterior y abolicionista, y cuyo triunfo final selló el destino de la nación. Así, tras el conflicto fratricida, Estados Unidos asistió a un periodo de rápido crecimiento económico de la mano de la industrialización y la expansión al Oeste americano, levemente salpicado por pequeñas crisis, que no pusieron en duda ni el progreso nacional ni las bases políticas del mismo, menos aún la política exterior basada aun en la Gran Regla washingtoniana y en la Doctrina Monroe, fuentes principales del unilateralismo aislacionista del siglo XIX estadounidense.

En el segundo capítulo se estudia el primer ensayo internacionalista emprendido por el Presidente Theodore Roosevelt, tras la presidencia de W. McKinley y la victoria sobre España en la breve guerra de 1898, cuando Estados Unidos se hacía por primera vez en su historia con la administración de territorios más allá del continente americano, de ese modo, la posesión de las islas Filipinas le convertirán en una potencia colonial más en la lucha por el control de las principales rutas comerciales, en especial la asiática, todo ello bajo el contexto de industrialización e imperialismo característico de finales del siglo XIX. De todos modos, tales acontecimientos no hubiesen bastado por sí solos para poner en duda la vigencia de la Gran Regla washingtoniana, y aunque el Presidente McKinley sentó las bases materiales de la nueva posición estadounidense en la arena internacional, no fue hasta la llegada de T. Roosevelt a la Casa Blanca que la política exterior de Estados Unidos sufriría su primera gran transformación. En efecto, bajo el mando de T. Roosevelt y su equipo, la política exterior de Estados Unidos abandonaba por primera vez el unilateralismo aislacionista que desde el nacimiento de la nación había dictado su acción exterior, a favor de un internacionalismo conservador con claros tintes del realismo europeo, todo ello mezclado con la fuerte personalidad de T. Roosevelt y la excelente labor de su equipo de gobierno, en especial de E. Root y J. Hay. De la mano del internacionalismo conservador, la Administración Roosevelt trató de asentar a Estados Unidos como potencia mundial en pie de igualdad con el resto de grandes naciones, en especial las europeas, tanto en los foros de discusión internacionales como en las disputas que entre ellas surgían, como atestiguan las negociaciones de paz emprendidas por T. Roosevelt tanto en la guerra ruso-japonesa como en la cuestión marroquí. De todos modos, como se verá en el transcurso del capítulo, los requerimientos del internacionalismo conservador eran demasiado costosos para un país acostumbrado al escaso nivel de exigencia del unilateralismo aislacionista, y con la llegada de H. Taft a la presidencia, el experimento internacionalista daría paso a la más prosaica diplomacia del dólar.

En este segundo capítulo también se incluye un estudio de la ocupación de las islas Filipinas, primer gran intento de Promoción de la Democracia ejecutado por las autoridades estadounidenses. Tal experiencia, dilatada a lo largo de casi 50 años y 9 gobiernos de ambos signos políticos, proporciona una idea de la complejidad intrínseca a la hora de exportar el modelo democrático a sociedades tan alejadas cultural, física, racial, social, religiosa y políticamente de la estadounidense.

El tercer capítulo se centra en la figura de Woodrow Wilson y los tres Presidentes Republicanos que le sucedieron, es decir, de 1912 a 1933. Bajo la presidencia de W. Wilson Estados Unidos participaría por primera vez en un gran conflicto internacional al lado de una coalición de aliados, lo que de por sí ya sería



suficiente afrenta al unilateralismo aislacionista, pero el Presidente Wilson no sólo tenía en mente acabar con la I Guerra Mundial a través de la participación de Estados Unidos en la misma, sino que con ello pretendía cambiar para siempre el sistema de relaciones internacionales vigente desde la Paz de Westfalia de 1648. A través de su internacionalismo liberal democrático, W. Wilson trató de fijar definitivamente la política exterior de Estados Unidos en la senda internacionalista cambiando el sistema de relaciones internacionales a imagen y semejanza del sistema democrático estadounidense, con ello enlazaba internacionalismo y tradición liberal anglosajona para impedir que, como el anterior ensayo conservador, fuese rechazado por su propia opinión pública, de todos modos, su intransigencia a la hora de negociar tanto con sus aliados europeos como con la oposición interna, deudora en su mayor parte de ese mismo internacionalismo conservador, truncó las posibilidades de cumplir su sueño de ver a Estados Unidos formar parte de su propia creación, la Sociedad de Naciones, primera organización internacional nacida con la intención de evitar nuevos conflictos mundiales. Y es que con el debate producido en el Congreso estadounidense en torno a la aprobación conjunta del Tratado de Versalles y la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, se asistió por primera vez a un gran debate político no tanto en torno ya a la idoneidad de sentar las bases de la política exterior nacional sobre una estrategia internacionalista o continuar fieles a la tradición unilateralista, sino más bien sobre qué tipo de internacionalismo cimentar la acción exterior de acuerdo a la nueva posición internacional de Estados Unidos, ya como clara potencia mundial de primer rango. Como se verá en el capítulo, el empate técnico entre conservadores y liberal democráticos no otorgaría la victoria a los unilateralistas, sino que con el regreso Republicano a la Casa Blanca, la diplomacia del dólar de nuevo tomó ventaja en los felices años veinte, felicidad a la que el *crack* bursátil de 1929 pondría fin repentinamente, acabando con el dominio Republicano de las últimas décadas y otorgando las riendas de un país herido al resurgido F. D. Roosevelt.

En el capítulo también se realiza un estudio de la ocupación estadounidense de Haití entre 1915 y 1934, claro ejemplo de Promoción de la Democracia fallida, donde cinco administraciones de ambos partidos no supieron dar con la estrategia adecuada para dotar de un régimen democrático estable a una isla de vital importancia geoestratégica para Estados Unidos, dada su cercanía y su posición clave para el dominio del Caribe y el control del Canal de Panamá.

La presidencia de F. D. Roosevelt es el objeto de análisis del cuarto capítulo, y con ello del tercer ensayo internacionalista en la historia de Estados Unidos. Con los efectos perversos de la crisis económica azotando a amplios sectores de la sociedad norteamericana, F. D. Roosevelt se centró en su primer mandato en tratar de reflotar la maltrecha economía nacional, ajeno a los vientos de cambio que soplaban tanto en Europa como en Asia, de todos modos, las tempestades que se sucederían no dejarían más remedio al Presidente Demócrata que seguir los pasos de su admirado Wilson, pues tras permanecer en una aislada neutralidad, pasaría a involucrarse paulatinamente en el conflicto, hasta su definitiva participación en él, de nuevo junto a sus antiguos aliados de la I Guerra Mundial. Pero a diferencia de Wilson, F. D. Roosevelt al tener siempre presente el fracaso de aquel al no lograr que la nación aceptase su internacionalismo, tuvo muy en cuenta las objeciones presentadas al internacionalismo liberal democrático por el internacionalismo conservador, de ahí



que su internacionalismo combinase elementos de ambos así como cierta dosis del tradicional unilateralismo aislacionista del primer siglo de historia estadounidense. El fruto más señalado de su postura internacionalista sería la creación de la Organización de Naciones Unidas, nuevo organismo internacional con el objetivo de mantener la paz y seguridad mundiales, que si bien no replicaba la estructura de la malograda Sociedad de Naciones, sin duda que era su sucesora. Pero como hemos visto, F. D. Roosevelt no quiso cometer los mismos errores que W. Wilson, y para ello sacrificó en varios puntos el idealismo de la democratización del sistema de relaciones internacionales en aras de lograr tanto la participación de las grandes potencias en el nuevo sistema como el consenso interno sobre el mismo, como resultado, la realidad de las relaciones de poder no tardaría en imponerse a las ilusiones sobre la posguerra, haciendo pronto impracticable la nueva estructura erigida tras la derrota nazi y nipona. En ello, como en la Sociedad de Naciones antes con Wilson, tuvo mucho que ver la propia personalidad de F. D. Roosevelt, compleja y tan flexible a la vez con tal de alcanzar sus objetivos, que sin duda afectó al resultado final de su legado político.

Tras el fin de la II Guerra Mundial, al nuevo Presidente Harry S. Truman le tocó en suerte intentar resolver las contradicciones heredadas de la política exterior de su antecesor, fruto de ello surgió el cuarto ensayo internacionalista analizado en el quinto capítulo. En un contexto ya de Guerra Fría, el nuevo diseño creado por F. D. Roosevelt no pudo soportar las crecientes tensiones entre Este y Oeste, quedando paralizado y prácticamente inservible en medio de la polarización internacional en torno a Occidente y el mundo comunista. Como demostró Corea, sólo si una de las dos superpotencias se ausentaba de Naciones Unidas, éstas podían cumplir con su cometido, debido al veto que ambas poseían en su Consejo de Seguridad. Para resolver la parálisis del nuevo sistema internacional y evitar las ganancias que de ello lograba la Unión Soviética, la Administración Truman diseñó un nuevo internacionalismo de carácter regional, en el cual Estados Unidos defendería sus intereses comenzando por proteger a sus aliados allende sus fronteras, con ello, se rompía definitivamente con los postulados del unilateralismo aislacionista, asistiendo en el proceso a los debates internos más importantes sobre la materia, surgidos en torno a la Doctrina Truman, el Plan Marshall, la Organización del Tratado del Atlántico Norte y el envío de más divisiones a Europa, en los cuales se puede apreciar cómo el internacionalismo fue derrotando definitivamente al unilateralismo aislacionista en la política interna estadounidense, afectando de forma inequívoca a la política exterior de Estados Unidos, que a partir de entonces no dudaría en ejercer su papel de líder activo del mundo Occidental, muy alejado ya de la Gran Regla de su venerado G. Washington.

El quinto capítulo finaliza con el análisis de la ocupación de Japón, culmen de los intentos de Promoción de la Democracia llevados a cabo por Estados Unidos y que aun hoy figura como ejemplo a seguir en toda operación de construcción democrática, pues en ella, las autoridades estadounidenses supieron dar con la estrategia adecuada para reformar el régimen militarista y autoritario del Imperio Japonés y convertirlo en la pacífica democracia que hoy día continúa siendo, y todo con la participación del pueblo japonés y unos costes económicos contenidos teniendo en cuenta la enorme dimensión del esfuerzo que supuso para ocupantes y ocupados reformar toda una nación.



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

Por último, se recogen las conclusiones de la presente tesis, intentando dar contestación al problema planteado así como a las distintas hipótesis recogidas en ésta introducción, además de señalar su posible originalidad y las aportaciones que sobre la materia haya supuesto.



# Capítulo I

## Unilateralismo Aislacionista

### 1. EL NACIMIENTO DE LA NACIÓN Y SU CONSOLIDACIÓN, 1776-1823

La imagen de unos Estados Unidos de América sin bagaje histórico comparable al europeo ha llevado a pensar a este lado del Atlántico que la nueva hiperpotencia carece de Historia por completo, y que sus errores en materia de política exterior pueden achacarse a ese déficit biográfico típico de una ex colonia, pero como se podrá ver en el presente capítulo, nada más lejos de la realidad que unos Estados Unidos huérfanos de tradiciones. Por el contrario, desde la llegada misma de los primeros peregrinos a la costa oriental de Norteamérica, estos fueron creando una compleja trama de prácticas y proyectos cuyas derivaciones han formado lo que hoy en día es la variada y rica cultura estadounidense. En lo que se refiere al tema de la presente tesis, no se podría comprender el apego de la Promoción de la Democracia en la política exterior de Estados Unidos sin conocer tanto la historia del país como las diversas escuelas de pensamiento político que desde su comienzo han orientado su acción exterior; por tanto, el objeto del presente apartado no es relatar solamente una sucesión de hechos y teorías políticas, sino intentar mostrar cómo la reflexión acerca de la propia naturaleza democrática del sistema político estadounidense ha ido configurando los debates señeros acerca del papel de la nación en el mundo, pues a diferencia de lo ocurrido en Europa, no fueron los intereses nacionales de turno los que dictaron por completo el camino a seguir, sino que, como veremos a continuación, las controversias en torno a los principios y valores encarnados en la Constitución han sido en muchas ocasiones el verdadero eje sobre el que se ha ido construyendo tanto la identidad política como el papel internacional estadounidenses. Así, lo que en Europa parece muchas veces mero recurso retórico, ha guardado, y guarda, para el estadounidense una importancia capital a la hora de tomar las decisiones relativas al destino nacional.

Una de las mayores críticas vertidas contra Estados Unidos a raíz de su intervención militar en abril de 2003 contra el Irak de Sadam Husein, fue que se había convertido en una potencia revisionista que amenazaba con desestabilizar el orden internacional consolidado desde la Paz de Westphalia de 1648. En realidad, dicho reproche no fue más que una nueva muestra del desconocimiento de la tradición política estadounidense, pues si ésta se caracteriza por algo ha sido por un notorio carácter revolucionario, claro está, deriva revolucionaria en clave norteamericana tan



distinta de la europea, y que como tendremos ocasión de ver más adelante, se caracteriza por ser mucho más conservadora y gradual que sus homólogas europeas<sup>9</sup>.

Si bien Estados Unidos es un país joven comparado con sus aliados europeos, presume de ser la primera república democrática, hecho que le sirve tanto para justificar su presunta superioridad moral como para reivindicar una rica tradición política. Dejando de lado cuestiones éticas, no se puede negar que desde los comienzos mismos de la colonización americana los norteamericanos han ido desarrollando un corpus teórico muy complejo en un espacio de tiempo muy reducido, lo que aumenta la dificultad de su estudio, para ello conviene dividir su corta historia, poco más de dos siglos, en diversas fases con el fin de mostrar lo más claramente posible su evolución política. De tal modo, si en una primera fase se trató de crear la nación independiente de Estados Unidos de América, etapa que he considerado se extiende desde el periodo prerrevolucionario hasta la segunda década del siglo XIX, en la segunda fase de su evolución, Estados Unidos una vez asegurada su independencia, intentó consolidarse como potencia regional americana, proceso que se enmarca en plena expansión continental y que culmina con la victoria sobre España y la adquisición por primera vez de colonias fuera de suelo americano; con ello comienza, en mi opinión la tercera etapa de Estados Unidos, ya convertido en potencia mundial económica y política, así, con la adquisición de las colonias Theodore Roosevelt emprende el primer ensayo internacionalista en la política exterior estadounidense, férreamente anclado en el realismo europeo y cuyo carácter conservador le diferenciará del segundo ensayo internacionalista, tras el interludio de la Administración Taft, de Woodrow Wilson, éste se caracteriza por altas dosis de idealismo democrático en la más clásica línea liberal de Locke o Kant, pero que como el anterior intento de desmarcarse del tradicional unilateralismo aislacionista norteamericano, sucumbiría tras el rechazo a ingresar en la Sociedad de Naciones; tras la fase de transición de las décadas de 1920 y 1930, en que al aislacionismo le siguió la neutralidad en medio de los vaivenes económicos que sacudieron al mundo tras el crack de 1929, el comienzo de la II Guerra Mundial marcaría el inicio del tercer ensayo internacionalista de la mano de F. D. Roosevelt y la creación de las Naciones Unidas, con unos Estados Unidos que adquieren y aceptan, esto último con más dificultad de lo esperado dado su poderío económico y militar, el *status* de potencia mundial de primer orden; pero el comienzo de la Guerra Fría con el mundo soviético obligará a la Administración de Harry S. Truman a efectuar una reevaluación del internacionalismo de su predecesor, el cuarto ensayo internacionalista reorientará la política exterior estadounidense hacia una estrategia regionalista y una mayor defensa del modelo democrático.

En cada una de estas etapas los debates internos acerca del papel de Estados Unidos en el concierto internacional giraron más sobre cuestiones ideológicas, de principios y valores, que sobre temas relativos al mero interés nacional, mostrando

---

<sup>9</sup> “La revolución era un asunto solemne, para ser conducida con un mínimo de desorden, liderada por ciudadanos respetables, aprovechada para moderar objetivos políticos y felizmente concluida sólo después de una constitución equilibrada, esencial para garantizar los derechos humanos y de propiedad, fuese puesta seguramente. En otras palabras, una revolución exitosa estaba inextricablemente insertada en las mentes de los Americanos a los métodos y objetivos familiares desde su propia revolución y su propia cultura política” HUNT, Michael H. *Ideology and US Foreign Policy*, Yale University Press, 1987, p. 116.



cómo para los líderes estadounidenses los problemas derivados de la acción exterior de su país, ya se trate de una guerra con México o de la entrada en la I Guerra Mundial, traslucen en realidad la división de opiniones sobre la correcta defensa del sistema democrático nacional y las implicaciones que de ello se derivan para la política exterior norteamericana.

### 1. a. Periodo prerrevolucionario

Desde los inicios de la colonización europea de América del Norte se pueden apreciar las incipientes diferencias entre el legado europeo que llevaban consigo los colonos y las tradiciones sociopolíticas que estos irían desarrollando en el nuevo continente. Las primeras colonias estables británicas datan de 1607, en Jamestown, Virginia, para 1650 existían también plazas holandesas, suecas, francesas y españolas, si bien sólo estos dos últimos conservarían sus territorios ante el empuje imperial de Gran Bretaña. De todos ellos, los colonos británicos fueron los que irían elaborando una nueva cultura política distinta a la metropolitana, como puede apreciarse ya en el arquetípico Pacto del Mayflower de 1620, donde un grupo de 131 Puritanos congregacionistas<sup>10</sup> firmaron un acuerdo por el que

En nombre de Dios, Amén [...] en la presencia de Dios y de los unos ante los otros, pactamos y nos unimos en un cuerpo político civil [...] para poner en funcionamiento, construir y formar, como deban ser pensadas para ser más convenientes al bien general de la Colonia<sup>11</sup>

Una característica primordial de muchos de los colonos procedentes de las islas británicas era que intentaban hallar en América lo que se les negaba en el Europa, es decir, libertad religiosa y no estar sujetos a una férrea e injusta jerarquía social que sancionaba la desigualdad como norma de obligado cumplimiento. Llegaron a una Norteamérica ocupada por las tribus indias nativas y por los imperios británico, español y francés, y desde un principio los intereses de los colonos chocaron con los de la Corona, pues su presión expansionista constante amenazaba con romper el precario equilibrio establecido entre Londres y París, de hecho, la Guerra de los Siete Años tuvo su inicio en una acción de los colonos británicos, cuando en 1754 se encontraban en Norteamérica unos 70.000 franceses por un millón y medio de ciudadanos británicos<sup>12</sup>.

Para 1763, cuando la Paz de París selló el triunfo británico sobre Francia en la lucha por el control de Norteamérica, y con ello eliminando el mayor obstáculo a la expansión de los colonos británicos, estos ya habían elaborado todo un conjunto de creencias teológico-políticas que más tarde justificarían tanto la Revolución de Independencia como la posterior expansión territorial de Estados Unidos. Todo ello cimentado sin duda en el crecimiento económico y demográfico que experimentaron

---

<sup>10</sup> LEMARCHAND, Philippe *Atlas de Estados Unidos. Las paradojas del poder*, Acento Editorial, Madrid, 1999, p. 21.

<sup>11</sup> Texto íntegro consultado en [www.yale.edu/lawweb/avalon/amerdoc/mayflower.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/amerdoc/mayflower.htm)

<sup>12</sup> KAGAN, Robert, *Dangerous Nation, America's Foreign Policy from Its Earliest Days to the Dawn of the Twentieth Century*, Vintage Books, New York, p. 22.



las colonias entre 1650 y 1770, periodo en que su riqueza creció al casi cuatro por ciento anual (aumentando en 25 veces durante esos años) y su población se doblaba cada 25 años, pasando de 75.000 a 1,6 millones de habitantes<sup>13</sup>. El primer Gran Despertar, que se expandió de 1728 a 1790, contribuyó enormemente a la propagación del “ideario excepcionalista” por el que los puritanos representaban la historia de las colonias como el resultado de un pacto entre Dios y el hombre, según el cual aquel concedería a estos todo tipo de dones en la tierra prometida, siempre y cuando siguieran sus ordenanzas. Según Stephanson<sup>14</sup> la teoría puritana contendría cuatro grandes temas: elección y pacto (pueblo elegido por Dios y pacto entre ambos por el que es enviado a la tierra prometida), elección y apostasía (sólo las malas acciones pueden negar al pueblo los dones prometidos), profecía, revelación y Fin (las dos primeras como medio para discernir el camino para cumplir el pacto, y el Fin de la Historia como razón para actuar correctamente) y territorio, misión y comunidad (con el territorio como escenario de la batalla final donde la comunidad será esencial para prevalecer sobre los impuros). Traducido a términos políticos todo ello implicaba que el territorio del futuro Estados Unidos se convertía así en el germen de una nueva sociedad destinada a ser la más perfecta de cuantas hayan existido en la tierra, perfección derivada tanto de su componente sagrado (pacto divino) como del secular (organización social), se puede afirmar pues, que éste último se transformaba en el medio a través del cual se intentaba alcanzar el fin último, cumplir con el pacto sagrado y no perder así el nuevo paraíso.

Para los puritanos americanos del siglo XVIII si en un principio su Gran Bretaña natal era percibida como una entidad separada de la anacrónica Europa continental, pronto se la veía equivalente a ésta, insertando su radicalismo religioso en el discurso político norteamericano, característica que no ha abandonado a la vida política estadounidense. En efecto, los rastros de la influencia de la religión sobre la política pueden hallarse en las fases tempranas de la colonización de América, el primer gobernador de Massachussets, John Winthrop, advertía en 1630

encontraremos que el Dios de Israel está entre nosotros [...] para que nosotros debamos considerar que estamos como en una ciudad sobre una colina, los ojos de toda la gente están sobre nosotros [...] y que el Señor nuestro Dios pueda bendecirnos en la tierra si vamos a poseerla...<sup>15</sup>

De este modo, muy pronto los estadounidenses fueron conscientes de la importancia capital de su proyecto nacional, a pesar de encontrarse todavía bajo la tutela británica, así, hacia 1760 el sistema político de las trece colonias era más democrático que el existente en Inglaterra, pues aunque estaban dirigidas por un gobernador designado por la Corona, elegían sus asambleas a través del sufragio de entre el 40 al 80 por ciento de los varones blancos de las colonias<sup>16</sup>. La sociedad norteamericana de la época representaba un tercio de la economía británica y era ya la

---

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p.34.

<sup>14</sup> STEPHANSON, Anders *Manifest Destiny. American Expansion and the Empire of Right*, Ed. Hill \$ Wang, New York, 1995, p. 7-11.

<sup>15</sup> Discurso de la Ciudad sobre la Colina de John Winthrop, texto consultado en [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/winthrop.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/winthrop.htm), inspirado en Mateo, 5, 14 “Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte” (Biblia del Peregrino).

<sup>16</sup> BOSCH, Aurora *Historia de Estados Unidos 1776-1945*, Editorial Crítica, Barcelona, 2005, p. 4.



zona de mayor crecimiento demográfico de todo Occidente (su población se multiplicaría por diez de 1700 a 1776)<sup>17</sup>, con una estructura económica eminentemente agraria enfocada a la exportación, los colonos no recibirían de buen grado las reformas introducidas por la Corona tras la victoria sobre Francia, encaminadas a recuperar el coste tanto de la guerra de los Siete Años como de los nuevos gastos derivados de la ocupación de un mayor territorio fronterizo.

Ya hemos hablado del primer Gran Despertar religioso norteamericano, una de sus principales consecuencias fue la liberación del yugo anglicano y la aparición de multitud de confesiones independientes, es decir, supuso un aumento de la libertad religiosa, fenómeno que no podría entenderse sin la evolución económica de las colonias a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, pues de 1747 a 1765 se doblarían las exportaciones al Reino Unido, asegurando a las colonias un aumento significativo del bienestar económico y apareciendo por primera vez una incipiente industria local que rivalizaría con la británica, en especial en lo referente a la producción mercantil<sup>18</sup>, todo ello a través de la iniciativa de pequeños comerciantes que debilitó aún más el antiguo sistema de patronazgo y parentesco típicos del antiguo régimen.

Por tanto, a la influencia religiosa se unió pronto el interés económico para consolidar el régimen de libertad e igualdad que los colonos querían ver implantado por encima del control colonial. En cualquier caso, el monarca británico Jorge III tenía otras preocupaciones en mente cuando accedió al trono en 1760, desde entonces el desencuentro entre las colonias y la metrópoli no hizo más que aumentar, ya que se introdujeron cambios en las relaciones económicas, como la Ley del Timbre de 1765 o lo impuestos Townshend de 1767, que amenazaban con arruinar el crecimiento económico de las colonias, además de agravarse las medidas represivas para un mayor control del descontento social, con las leyes coercitivas de 1774 (Ley de Administración de Justicia, por la que se podían juzgar en Gran Bretaña crímenes cometidos en las colonias americanas, la Ley de Gobierno de Massachussets, por la que se derogaba la Constitución Inglesa, pasando al poder ejecutivo la protección de la libertad, y la Ley de Acuartelamiento, por la que el ejército podía ocupar cualquier edificio vacío en las ciudades americanas), ya antes, desde 1761 los jueces dependían de la voluntad de la Corona para su permanencia en el cargo, a lo que se añadiría la extensión de la jurisdicción de las Cortes del Almirantazgo, además de la intención de crear un episcopado en América, lo que fue entendido por las colonias como un aumento de la presión sobre ellas a través de una instrumentalización de la religión por los futuros obispos británicos<sup>19</sup>. La oficialidad del protestantismo anglicano en Estados Unidos fue muy complicada de implantar, siendo siempre muy débil, más aun con el Gran Despertar, incluso antes de la Revolución se hablaba de una separación tajante entre Iglesia y Estado, todo con tal de alejarse del modelo británico cuya Corona se encontraba al frente de la Iglesia, por ello no creían en una jerarquía eclesiástica que ponía en peligro la libertad de las colonias, viendo en la libertad de conciencia, junto a la política, el doble componente de la libertad a la que aspiraban,

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 1.

<sup>18</sup> WOOD, Gordon S. *La revolución norteamericana*, Editorial Mondadori, Barcelona, 2002, p. 38.

<sup>19</sup> BAILYN, Bernard *The Ideological Origins of the American Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, 1967, p. 96-108.



de hecho, varias congregaciones como la Presbiteriana de la Nueva Luz, los Metodistas, los Baptistas Separados o los Congregacionalistas Estrictos pedían la completa libertad de culto como garantía a su independencia, incluida ya en la Declaración de Derechos de Virginia de 1776, escrita por J. Madison<sup>20</sup>.

No es de extrañar que la Revolución estallase justo cuando los norteamericanos tomaban conciencia de su carácter “excepcional” y la Corona, consciente de ello, comenzaba a intentar acabar con él, pero el boicot de las colonias a las medidas británicas aumentó la presión de la metrópoli, autoritarismo que no podía ser más contrario al espíritu individualista, liberal y democrático de los americanos<sup>21</sup>. Por si fuera poco, la corrupción de las autoridades coloniales percibida por los colonos concedió un estímulo regenerativo a la Revolución Norteamericana, así, las colonias no dudaron en unirse por encima de su independencia particular, ya que en última instancia se encontraba en juego la libertad común<sup>22</sup>. Para el revolucionario Patrick Henry se trataba

No menos que de una cuestión de libertad o esclavitud [...] no hay más espacio para la esperanza [...] si deseamos ser libres- si lo que queremos es mantener inviolados estos inestimables privilegios por los que hemos estado combatiendo por tanto tiempo... ¡debemos luchar! Un llamamiento a las armas y al Dios de multitudes es todo lo que nos queda [...] no tenemos elección [...] ¡dadme libertad, o dadme muerte!<sup>23</sup>

Un hecho fundamental para comprender la rápida expansión del ideario revolucionario fue la eclosión a finales del siglo XVIII de la opinión pública en las colonias británicas de Norteamérica, surgida del asociacionismo no religioso sus miembros discutían sobre los más diversos temas, en especial el político, y donde la libertad de prensa resultó de capital importancia para llegar al gran público a través de periódicos, folletos o panfletos<sup>24</sup>.

Uno de los panfletos más influyentes abogando por la independencia fue el *Common Sense* de Thomas Paine, hijo de un costurero cuáquero había huido de Inglaterra a los 37 años para trabajar en la prensa y como recaudador de impuestos, y contando con la Biblia como única autoridad vendería más de 100.000 copias de su obra en los tres primeros meses tras su publicación (alcanzando el primer año, 1776, las 26 ediciones). En ella, Paine daba las razones por las que Estados Unidos debía emanciparse de la tutela británica, en primer lugar “un largo y violento abuso de poder es generalmente el medio para llamar al derecho de ponerlo en cuestión”<sup>25</sup>, aquí el autor se refiere al aumento de la presión de la Corona sobre las libertades norteamericanas. Para Paine la monarquía es por naturaleza un mal sistema de gobierno, pues no podía entender el sistema hereditario ni justificar la usurpación de poder, métodos tradicionales de acceso al trono, además achacaba a la realeza su

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 248-269.

<sup>21</sup> BOSCH, ob.cit., p. 16.

<sup>22</sup> BAILYN, ob.cit., p. 138.

<sup>23</sup> Citas del discurso de Patrick Henry *Give me liberty or give death*, del 23 de marzo de 1775, consultado en <http://libertyonline.hypermall.com/henry-lyberty.html>

<sup>24</sup> VALLESPÍN, Fernando (ed.) *Historia de la Teoría Política*, 3, Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 182.

<sup>25</sup> Texto íntegro consultado en [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/paine.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/paine.htm).



propensión a usar la guerra como modo de dirimir sus diferencias (“la monarquía y la sucesión han dejado, no sólo éste o aquel reino, sino al mundo en sangre y polvo”<sup>26</sup>), de ahí que “la causa de América sea, en gran medida, la causa de toda la humanidad”<sup>27</sup> pues en las colonias el Reino Unido pisotea los derechos naturales de todo ser humano. Paine entendía la necesidad del gobierno a través de la falta de virtud moral (“el gobierno, como el vestido, es la marca de la pérdida de la inocencia”<sup>28</sup>), y por tanto su deber ha de ser proteger la libertad y seguridad de sus ciudadanos. Como Jorge III ponía en peligro ambas, se convertía de ese modo en enemigo de América, la independencia, por tanto, no nacería del capricho de los colonos (“no luchamos ni por venganza ni conquista, ni por orgullo ni pasión”<sup>29</sup>), sino de los atropellos británicos<sup>30</sup> que ponen en juego la prosperidad de las colonias. De todos modos, Paine era consciente de que la reforma no había empezado con la revuelta, sino que databa del descubrimiento “como si el Señor graciosamente quisiera abrir un santuario a los perseguidos en los años futuros, cuando su hogar no podría ofrecerles ni amistad ni seguridad”<sup>31</sup>, de ahí que el nacimiento de la nueva república implicara que “tenemos en nuestro poder empezar el mundo de nuevo. Una situación, similar a la presente, no ha sucedido desde los días de Noé hasta ahora. El nacimiento de un nuevo mundo está a mano”, así, la nueva Constitución americana equivalía para Paine a una especie de refundación política de la humanidad.

La reconciliación con el Reino Unido y la vuelta a la situación anterior al conflicto eran impensables e indeseables, sólo la independencia garantizaría el futuro de las colonias, un porvenir que habría de basarse en el sistema democrático donde la ley era el rey, ya que “el Señor ha implantado en nosotros estos sentimientos inextinguibles para fines buenos y apropiados”<sup>32</sup>, y donde el comercio sería esencial para la supervivencia económica de las colonias y el mantenimiento de relaciones amistosas con Europa, y no exclusivamente con el Reino Unido, ya que Paine preveía que una relación dependiente del Gobierno de Londres exponía a las colonias a perder el resto de mercados europeos en caso de guerra entre el Reino Unido y otros países europeos, pues para Paine “Europa, y no Inglaterra, es la patria matriz de América”<sup>33</sup>.

Como muchos otros emigrantes que llegaban a la costa oriental de Norteamérica, Thomas Paine confiaba en hallar en el nuevo continente esa “tierra de abundancia e igualdad, donde los méritos individuales, y no el rango social, ponían los límites de los logros humanos”<sup>34</sup>, pero la dominación británica ponía en peligro todo ello, impeliendo a las colonias a instaurar su propio sistema democrático que garantizase la libertad y la justicia entre sus ciudadanos, emancipándoles así de la tiranía monárquica de Jorge III.

---

<sup>26</sup> *Ibíd.*

<sup>27</sup> *Ibíd.*

<sup>28</sup> *Ibíd.*

<sup>29</sup> *Ibíd.*

<sup>30</sup> Ésta mezcla de reluctancia y obligación a la hora de explicar el recurso a la fuerza se repetirá una y otra vez a lo largo de la historia de Estados Unidos, podemos encontrar ecos de la misma en 1917 con W. Wilson o en 1941 con F. D. Roosevelt.

<sup>31</sup> PAINE, *op.cit.*

<sup>32</sup> *Ibíd.*

<sup>33</sup> *Ibíd.*

<sup>34</sup> BOSCH, *op. cit.* p. 21.



### Las excolonias británicas en 1776



Fuente: <http://iessuel.org>

De modo que para cuando estalló la revuelta en Boston en 1775, las características principales de lo que será el sistema político estadounidense ya estaban presentes, a saber, instituciones republicanas y democráticas, influencia del discurso religioso, importancia capital de los aspectos económicos, y una fe ciega en la superioridad moral de su proyecto nacional, con ello las ex colonias británicas de Norteamérica crearon con su Independencia la primera república liberal moderna, cuyos principios rectores eran entendidos como universales, percepción que necesariamente tendría que afectar a su política exterior<sup>35</sup>.

#### 1. b. 1776-1823

El periodo que transcurre de 1789 a 1820, la llamada Era Federal en la que Estados Unidos consolida su sistema político, viene precedido no sólo por la independencia de su antigua metrópoli británica, sino que del fin de la Guerra de los Siete años a la aprobación de la Constitución se asiste al periodo de mayor fecundidad de pensamiento político en la historia norteamericana, absorbiendo la dimensión constitucional la mayor parte de éste, pudiendo asegurar, sin caer en exageración, que

<sup>35</sup> KAGAN, op.cit., p. 40.



dicha producción intelectual puede considerarse como una contribución mayor al pensamiento Occidental proveniente de la teoría política<sup>36</sup>.

La guerra de independencia fue tanto una guerra interna entre leales a la corona (*tories*) e independentistas (*whigs*)<sup>37</sup>, como una guerra de liberación; al término de la misma, y con unas bajas equivalentes al 1 por ciento de su población (25.000 muertos), el nacimiento de los Estados Unidos de América influiría decisivamente en el devenir mundial.

La revuelta contra la Corona británica no sólo buscaba la independencia de las colonias, sino también la supervivencia y mejora de las instituciones democráticas que las regían, tratándose por tanto más bien de una Revolución de carácter ideológico, político y constitucional que de una lucha de clases, siendo el motor de la insurrección el miedo a una conspiración británica para cercenar sus libertades, puesto que la Revolución no buscaba alterar el orden social existente sino preservar la libertad de la opresión y corrupción británicas, con el objetivo de realizar el ideal de la libertad tomado como destino de Estados Unidos dentro del desarrollo de la historia universal, a través del contrato social, los derechos inalienables del hombre, la ley natural y una base contractual del gobierno como principales instrumentos<sup>38</sup>.

El componente secular se unía así al religioso a la hora de sentar las bases del proyecto estadounidense, un pueblo elegido por Dios que para cumplir el pacto se dotaba de un régimen republicano y democrático, en contraposición a las corruptas monarquías europeas. Así pues, la organización política fue esencial desde el comienzo mismo de la nueva república, confiriendo a las estructuras estatales un componente moral ausente por completo en los sistemas europeos, y que ayuda a comprender el apego norteamericano a su régimen político. Pese al eclecticismo de las fuentes ideológicas que impregnó la independencia estadounidense, se pueden designar entre las principales al estudio de la antigüedad clásica, pues tanto Grecia como Roma sirvieron de ejemplo para no repetir su historia en Estados Unidos, si bien las ideas que más influyeron fueron las derivadas del racionalismo ilustrado europeo, con su reforma liberal, desde Locke a Vattel, pasando por Voltaire, Beccaria, Grotius..., del derecho común inglés, del Puritanismo de Nueva Inglaterra, con su teología del pacto divino por el que Estados Unidos habría sido creado por Dios para la satisfacción de sus designios más altos, por lo que la nación tendría así reservado un lugar especial en la historia, y la que uniría a todas ellas en torno a un corpus teórico crítico con las nuevas regulaciones impuestas por Londres, el pensamiento de la Guerra Civil inglesa (1642-1649) y del periodo de la Commonwealth (1649-1660), con autores como Milton, Algernon Sydney, John Trenchard, Thomas Gordon, B. Hoadly, R. V. Molesworth o Richard Price cuyos libros eran leídos con voracidad en las colonias británicas de América, que asistían a un proceso de desarrollo y extensión del pensamiento liberal formado por las nociones derivadas de la teoría de los derechos naturales, de la base contractual de la

---

<sup>36</sup> VALLESPÍN, ob.cit., p. 177, 213 y 233.

<sup>37</sup> Ibid.. p. 30.

<sup>38</sup> BAILYN, op.cit., p vi y 19.



sociedad y del gobierno para preservar la libertad, sobre todo la individual, frente al poder estatal<sup>39</sup>.

### **1.b.1. La influencia del liberalismo en el pensamiento revolucionario norteamericano**

En efecto, el liberalismo fue la base ideológica de la independencia estadounidense, como veremos, sus autores, que en el caso norteamericano fueron aplicando en la práctica los principios que ellos mismos reclamaban en la teoría, fueron hijos de la Ilustración, cuyas dos máximas expresiones, el liberalismo y el nacionalismo (este último a través de la Revolución Francesa), dieron entrada a la Modernidad e impregnarían de forma indeleble el discurso político de los futuros Estados Unidos de América.

Tras la guerra civil inglesa y el establecimiento de la república con Oliver Cromwell, la restauración de la monarquía en Inglaterra con Carlos II no marcó una vuelta al viejo sistema político, para entonces el liberalismo se iría reforzando con cada suceso importante no sólo en Inglaterra, sino también en el Viejo continente y en el Nuevo, cuyas respectivas evoluciones sociopolíticas llevarían a hacer del liberalismo una ideología de carácter nacional, al menos en el mundo anglosajón. Así, entre los hechos fundamentales en dicho ascenso destacan la Revolución Inglesa de 1688 (donde se deroga el derecho divino y con ello aumenta el poder del Parlamento), el desarrollo del comercio, la independencia de las colonias norteamericanas (surgiendo con ella la primera democracia moderna), la Revolución Francesa, la revolución industrial y las reformas políticas del segundo tercio del siglo XIX (que implicaron una extensión de la democracia)<sup>40</sup>. Las notas principales del liberalismo se podrían resumir en un alto grado de laicidad, en una orientación realista y empirista, cuyo rechazo a los modelos ideales procedía de que el fin de la investigación no era la justificación del objeto de estudio sino su análisis, y en una visión antropológica de partida pesimista, más acusadamente en Gran Bretaña con el utilitarismo, que en Francia o Estados Unidos donde el iusnaturalismo tenía gran relevancia<sup>41</sup>.

Precisamente por tratar de analizar, que no justificar, la realidad, el liberalismo se ha caracterizado siempre por una flexibilidad de pensamiento que le permitiría adaptarse a un entorno siempre cambiante, máxime cuando éste se encontraba determinado por instituciones creadas por el hombre, así, durante el siglo XVII el liberalismo británico fue más bien de corte aristocrático, como puede observarse en James Harrington<sup>42</sup>, John Milton<sup>43</sup>, y ya tras la Revolución de 1688, George Savile<sup>44</sup> o John Locke.

---

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 23-54.

<sup>40</sup> VALLESPÍN, *ob.cit.*, p. 11.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, p. 12.

<sup>42</sup> James Harrington (1611-1677) en su libro utópico *Oceana*, de 1656, escrito para influir en el gobierno de Cromwell, hacía depender el tipo de gobierno de la distribución de la propiedad de la tierra, siendo así que en una monarquía absoluta el rey era el propietario de todas las tierras, pasando a depender de unos pocos en una monarquía mixta y a dividirse las grandes propiedades en una república, donde la ciudadanía estaba restringida a quienes podían vivir de sus propiedades (precedente de los *yeoman* tan queridos a Jefferson); sus principios básicos serían la promulgación de una ley agraria, la rotación de los



De todos ellos, sería John Locke (1632-1704) el autor más influyente de todo el siglo XVII, y aun sin ser el inventor de sus conceptos básicos su obra constituye la base de los debates de la siguiente centuria. Con sus restricciones morales al poder, la subordinación del Gobierno al derecho y su responsabilidad ante los ciudadanos, al considerar que los derechos y deberes morales son prioritarios ante el derecho. Su teoría de la resistencia, que influiría de forma capital tanto en Francia como en Estados Unidos, se basaba en una concepción de la revolución como única prueba efectiva de ciudadanía, expresión de una acción política racional<sup>45</sup>. Como hombre de confianza del conde de Shaftesbury, fundador del partido *whig* sobre la defensa de las libertades civiles, la tolerancia religiosa y el poder legislativo del parlamento, Locke se convertiría en el ideólogo de la Revolución de 1688, cuyos dos resultados básicos, la reafirmación del Parlamento frente a la Corona, negando la autoridad a los Estuardo, y la consolidación de la clase de propietarios frente a la trabajadora, tan bien encajaban en su obra<sup>46</sup>. En todo caso, esa revolución tan sólo podría llegar, según Locke, de la clase educada, única capaz de pensamiento racional propiamente dicho, pues la clase trabajadora, careciendo de él, debía refugiarse en la doctrina cristiana, dicho clasismo era típico en su época, concibiendo la mano de obra más como un medio para el enriquecimiento que como parte de la sociedad, de ahí que no se le concediese plenos poderes políticos<sup>47</sup>. No es de extrañar, pues, que el conservadurismo de Locke fuese tan bien recibido en las colonias británicas de América, no siendo su concepción revolucionaria más que la expresión racional de un anhelo político, tan lejos de la furia caótica de la opresión social que un siglo más tarde se abatiría contra La Bastilla.

El pensamiento de Locke partía del iusnaturalismo y acababa en el utilitarismo, así, Locke parte de la existencia de Dios como creador, quien ha impuesto una ley universal de la naturaleza para el buen orden de su obra, y que puede ser aprehendida por el hombre gracias a su racionalidad, en dicho estado de

---

cargos, la votación secreta y la división de poderes, y aunque también fuese partidario de la educación pública, la libertad religiosa o de una constitución escrita, se decantaba más bien hacia un gobierno aristocrático por su capacidad de liderazgo, en ello tan sólo se reflejaba el clasismo reinante en el pensamiento político del siglo XVII, que ni una concepción utilitarista del poder, como garante de la propiedad, pudo refrenar, circunstancia que con Locke se intensificaría, SABINE, George H. *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1995, p. 383-391 y MACPHERSON, C. B. *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, Ed. Trotta, Madrid, 2005, p. 45.

<sup>43</sup> John Milton (1608-1674) en su obra *Aeropagitica* de 1644, defendía el derecho a la defensa frente a la tiranía pues los hombres nacen libres, quienes instauran el gobierno para la defensa mutua, entendiendo la ley como instrumento de control a la autoridad para así lograr limitarla; abogaba también por la separación de la Iglesia y el Estado y rechazaba el poder hereditario por antinatural, en todo caso, temía por igual al tirano y al parlamento, optando por que se eligiesen a los mejores para formar un consejo perpetuo, SABINE, p. 391-396.

<sup>44</sup> George Savile, primer marqués de Halifax, (1633-1695) como ministro de Carlos II, Jacobo II y Guillermo de Orange, no fue partidario de la aplicación de principios generales al gobierno, ya que como toda institución humana estaba sujeto al cambio; prefirió siempre la monarquía mixta, con el poder dividido entre el parlamento y el rey, a la absoluta e incluso a la república, quienes los propios ingleses habían rechazado, ya que consideraba el sistema mixto como el más apto para ser consentido y el que mejor respondía a la autoconservación nacional, *Ibíd.*, p. 399-401.

<sup>45</sup> MACPHERSON, *ob.cit.*, p. 221.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, p. 252.

<sup>47</sup> *Ibíd.*, p. 225.



naturaleza el hombre disfruta de sus derechos naturales, y merced a su condición libre y racional al derecho de propiedad, pero como quiera que el hombre siente la necesidad de crear un pacto para preservar su comunidad debido a la incertidumbre ante la falta de un juez imparcial, funda en primera instancia la sociedad civil y sólo a través de un segundo pacto, el Estado o autoridad política, de ahí que el hombre pueda rebelarse ante una autoridad que no respete dicho pacto, concepción por completo utilitarista del poder, pues concebía a la sociedad como un artefacto diseñado para la protección de la propiedad y el mantenimiento de unas relaciones de intercambio ordenadas<sup>48</sup>. De esa manera se alejan los peligros del estado de naturaleza, creando un Gobierno por consenso basado en el dominio de la mayoría, los derechos de las minorías, la supremacía moral del individuo y el carácter sagrado de la propiedad individual, pues es un derecho natural anterior a la sociedad, tal y como se recoge en las Sagradas Escrituras<sup>49</sup>, pudiendo así justificar también como derecho natural la apropiación capitalista, de ese modo, el constitucionalismo en Locke es tanto una defensa de los derechos individuales frente al Estado como de los derechos de propiedad en expansión<sup>50</sup>, donde la autoridad del Gobierno viene limitada al ser delegada por la mayoría, siempre expectante a que su acción se encamine al bien público.

En su *Ensayo sobre el gobierno civil*, escrito en el exilio en Holanda en 1690, Locke desarrollará los puntos principales de la ideología *whig*, es decir, el abandono del derecho divino a favor del parlamento, entendido como el legítimo representante del pueblo<sup>51</sup>. Una de las ideas que sin duda influiría más en los revolucionarios norteamericanos sería que para Locke el estado natural es el de libertad e igualdad, pero no de licencia, sino que en él se deben respetar la vida, la libertad y las posesiones ajenas, y sólo se inflige daño para castigar a quien rompe con la ley natural, en todo caso, para Locke no se gana nada si para escapar del estado de naturaleza se recurre a un soberano para castigar, pues quien coloca a otro bajo su poder absoluto se pone respecto a éste en un estado de guerra, y queda legitimado el derecho a rebelarse contra él, ya que “ese propósito debe interpretarse como una declaración de designios contrarios a su vida [...] la única seguridad que yo tengo de mi salvaguardia consiste en liberarme de semejante fuerza”<sup>52</sup>. De hecho, para Locke “la libertad natural del hombre consiste en no verse sometido a ningún otro poder superior sobre la tierra, y en no encontrarse bajo la voluntad y la autoridad legislativa de ningún hombre”<sup>53</sup>, es decir, verse libre de cualquier poder absoluto y arbitrario, así, una vez aceptado el pacto para vivir en sociedad

---

<sup>48</sup> *Ibíd.*, p. 14.

<sup>49</sup> *Ibíd.*, p. 198.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, p. 251.

<sup>51</sup> LOCKE, John *Ensayo sobre el gobierno civil*, Aguilar, Madrid, 1990, p. XIV. Locke, a diferencia de Hobbes, partía de la idea de que la violencia no es el estado natural en que se encuentra el hombre, y por lo tanto hay que indagar sobre el verdadero origen del gobierno, entendiendo por “poder político el derecho de hacer leyes [...] y el de emplear las fuerzas del Estado para imponer la ejecución de tales leyes, y para defender a éste de todo atropello extranjero; y todo ello únicamente con miras al bien público”, *Ibíd.*, p. 6.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, p. 23.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 30.



de lo que se trata es de que cada cual tenga libertad para disponer, como bien le parezca, de su persona, de sus actos, de sus bienes y de todo cuanto le pertenece, sometiéndose a lo que ordenan las leyes bajo las cuales vive, para no verse sometido, de ese modo, a la voluntad arbitraria de otro, y poder seguir libremente la suya propia<sup>54</sup>

Tal circunstancia sólo puede darse “siempre que cierto número de hombres se une en sociedad renunciando cada uno de ellos al poder de ejecutar la ley natural, cediéndolo a la comunidad, entonces y sólo entonces se constituye una sociedad política o civil”<sup>55</sup>.

De ahí que “la monarquía absoluta...es, en realidad, incompatible con la sociedad civil”<sup>56</sup>, ya que la finalidad de ésta “es evitar y remediar los inconvenientes del estado de naturaleza que se producen forzosamente cuando cada hombre es juez de su propio caso”<sup>57</sup>, al reunir “ese príncipe absoluto... en sí mismo el poder legislativo y el poder ejecutivo sin participación de nadie”<sup>58</sup> ya no hay a quien apelar para “remediar y compensar cualquier atropello o daño que ese príncipe haya causado”<sup>59</sup>, puesto que dicho príncipe sigue “conservando toda la libertad propia del estado de Naturaleza, aumentada con el poder y desenfrenada por la impunidad”<sup>60</sup>, tal situación es contraria a la finalidad del Gobierno que “no es otra que la de salvaguardar la propiedad”<sup>61</sup>, puesto que “en sociedad civil no puede nadie ser exceptuado del cumplimiento de las leyes”<sup>62</sup>, frases que seguro fueron leídas y comentadas en los años anteriores a la Independencia estadounidense por sus principales valedores.

Para Locke la condición indispensable para salir del estado de Naturaleza ha de ser el propio consentimiento para que los hombres puedan “juntarse e integrarse en una comunidad destinada a permitirles una vida cómoda, segura y pacífica de unos con otros, en el disfrute tranquilo de sus bienes propios, y una salvaguardia mayor contra cualquiera que no pertenezca a esa comunidad”<sup>63</sup>, formando así una comunidad o gobierno “dentro del cual la mayoría tiene el derecho de regir y de obligar a todos”<sup>64</sup>, ya que en sociedad la unanimidad es imposible, esa mayoría de hombres libres dentro de una sociedad es lo que legitima a través de la expresión de su voluntad a un gobierno legítimo, puesto que el consentimiento “es el único modo de hacerlos miembros del Estado”<sup>65</sup>.

---

<sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 71.

<sup>55</sup> *Ibíd.*, p. 96.

<sup>56</sup> *Ibíd.*, p. 110.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 110.

<sup>58</sup> *Ibíd.*, p. 111.

<sup>59</sup> *Ibíd.*, p. 111.

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p. 116.

<sup>61</sup> *Ibíd.*, p. 118.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 119.

<sup>63</sup> *Ibíd.*, p. 120.

<sup>64</sup> *Ibíd.*, p. 122.

<sup>65</sup> *Ibíd.*, p. 124.



La razón por la que los hombres se unen no es otra que “la mutua salvaguardia de sus vidas, libertades y tierras”<sup>66</sup>, es decir, por su seguridad, ya que “esa salvaguardia es muy incompleta en el estado de Naturaleza”<sup>67</sup>, pues para llegar a ella hace falta en primer lugar

una ley establecida, aceptada, conocida y firme que sirva por común consenso de norma de lo justo y de lo injusto [...] en segundo lugar, hace falta en el estado de Naturaleza un juez reconocido e imparcial [...] en tercer lugar, se carece con frecuencia en el estado de Naturaleza de un poder suficiente que respalde y sostenga la sentencia cuando ésta es justa, y que la ejecute debidamente [...] y todo esto debe ser encaminado al único objeto de conseguir la paz, la seguridad y el bien de la población<sup>68</sup>

Una vez descrito el papel del poder legislativo en la nueva comunidad política, Locke se ocupa del ejecutivo, preceptivo puesto que “se impone la necesidad de que exista un poder permanente que cuide de la ejecución de las mismas [leyes] mientras estén vigentes”<sup>69</sup>, como quiera que dicha facultad de cuidar de su ejecución es diferente a la de su creación “de ahí nace que los poderes legislativo y ejecutivo se encuentren con frecuencia separados”<sup>70</sup>, dando forma así a la separación de poderes.

En resumen, para Locke los hombres se unen en torno a una sociedad política para aumentar una seguridad que en el estado de Naturaleza es precaria, para ese fin crean un sistema político cuyas notas principales serían el libre consentimiento de los individuos a someterse al nuevo poder por ellos erigido, la separación de poderes y la preponderancia del Legislativo. Nada hubiese cambiado respecto a la naturaleza del poder absoluto si Locke se hubiese quedado en este punto, pero como buen empirista social continuó su estudio preguntándose qué sucedería si el nuevo poder no respondía a las expectativas de quienes lo habían ideado, es decir, ¿tenían derecho los individuos a rebelarse contra la autoridad que no cumplía los fines pactados? Es entonces cuando Locke desarrolla la parte esencial de su obra, dando cuerpo a toda una teoría de la resistencia al gobierno ilegítimo, cuyos ecos pueden hallarse en los escritos de los revolucionarios estadounidenses.

---

<sup>66</sup> *Ibíd.*, p. 156.

<sup>67</sup> *Ibíd.*, p. 156.

<sup>68</sup> *Ibíd.*, p. 156-162. El utilitarismo que destila ésta última frase impregna el resto de la obra, como puede comprobarse en las siguientes citas que reiteran que es “la alta finalidad de los hombres al entrar en sociedad el disfrute de sus propiedades en paz y seguridad”, *Ibíd.*, p. 166, o “un acuerdo mutuo otorga el segundo poder, el poder político, a los gobernantes, en beneficio de sus súbditos, para conseguirles la seguridad en la posesión y disfrute de sus propiedades”, *Ibíd.*, p. 223, para ello resulta esencial como primer paso de la constitución de una comunidad política el establecimiento del poder legislativo, pues debe ser éste “el supremo poder de cualquier Estado”, *Ibíd.*, p. 169, cuyas características esenciales han de ser su falta de arbitrariedad, la elaboración de leyes fijas y “promulgadas o aceptadas y no por decretos improvisados o por decisiones imprevisibles”, *Ibíd.*, p. 176, “en tercer lugar, el poder supremo no puede arrebatar ninguna parte de sus propiedades a un hombre sin el consentimiento de éste”, *Ibíd.*, p. 180, y “en cuarto lugar, el poder legislativo no puede transferir a otras manos el poder de hacer leyes, ya que ese poder lo tiene únicamente por delegación del pueblo”, *Ibíd.*, p. 181, ya que, como Locke reitera “tales leyes no tendrán otra finalidad, en último término, que el bien del pueblo”, *Ibíd.*, p. 184.

<sup>69</sup> *Ibíd.*, p. 184.

<sup>70</sup> *Ibíd.*, p. 185.



Para Locke “le queda siempre al pueblo el poder supremo de apartar o cambiar los legisladores, si considera que actúan de una manera contraria a la misión que se les ha confiado”<sup>71</sup> ya que “todo poder delegado con una misión determinada y una finalidad, encuéntrase limitado por ésta”<sup>72</sup>, y por lo tanto “si los detentadores de ese poder se apartan de ella abiertamente o no se muestran solícitos en conseguirla, será forzoso que se ponga término a esa misión que se les confió”<sup>73</sup>, y todo ello partiendo de la base de “que la comunidad es siempre el poder supremo”<sup>74</sup>. Si para defenderse de las peticiones populares el ejecutivo emplease la fuerza para mantenerse en el poder ello “equivale a colocarse en estado de guerra con el pueblo, y éste tiene el derecho entonces de restablecer al cuerpo legislativo en el ejercicio de sus funciones”<sup>75</sup>, por ello el pueblo “tiene derecho a apartar ese obstáculo empleando la fuerza”<sup>76</sup>. Para Locke el “poder despótico es el absoluto y arbitrario que permite a un hombre atentar contra la vida de otro cuando así le agrade. Ésta es un poder que la Naturaleza no otorga”<sup>77</sup> y equivale a “colocarse en estado de guerra con alguien”<sup>78</sup>. Locke deja claro que

no es posible establecer una nueva [comunidad política] sin el consentimiento del pueblo [...] de donde se deduce con claridad que derribar un poder que se ha impuesto a viva fuerza y no mediante derecho no constituye pecado a los ojos de Dios, aunque se le moteje de rebelión<sup>79</sup>

Queda por tanto justificado el derecho a rebelarse contra el poder despótico por cuanto “la tiranía es el ejercicio del poder fuera del Derecho”<sup>80</sup>, ya que “el tirano lo dobllega todo a su voluntad y a sus apetencias”<sup>81</sup>, sin ser las leyes el límite a su poder ni el bien del pueblo la finalidad de su gobierno, para Locke “allí donde acaba la ley empieza la tiranía, si se falta a la ley en daño de otro”<sup>82</sup>. Eso sí, Locke impone límites al derecho a rebelarse, pues “únicamente debe oponerse la fuerza a la fuerza injusta e ilegal”<sup>83</sup>. Frases e ideas que una vez leídas serían sin duda asumidas como

---

<sup>71</sup> *Ibíd.*, p. 189.

<sup>72</sup> *Ibíd.*, p. 190.

<sup>73</sup> *Ibíd.*, p. 190.

<sup>74</sup> *Ibíd.*, p. 191.

<sup>75</sup> *Ibíd.*, p. 197.

<sup>76</sup> *Ibíd.*, p. 198.

<sup>77</sup> *Ibíd.*, p. 221.

<sup>78</sup> *Ibíd.*, p. 222.

<sup>79</sup> *Ibíd.*, p. 226 y 250.

<sup>80</sup> *Ibíd.*, p. 253.

<sup>81</sup> *Ibíd.*, p. 255.

<sup>82</sup> *Ibíd.*, p. 256.

<sup>83</sup> *Ibíd.*, p. 258, ya que “si la parte perjudicada puede conseguir evitar el atropello o por lo menos que se le otorguen reparaciones por el mismo con sólo recurrir a la ley, no habrá razón para que pretenda emplear la fuerza, ya que ésta solamente puede emplearse cuando un hombre se ve impedido de apelar a la justicia”, *Ibíd.*, p. 262. Una vez justificado el derecho a la rebelión y puesto sus límites, le resta describir a Locke lo que debe hacerse una vez ejercido “siempre que el poder legislativo [...] intente apoderarse del pueblo, ese poder legislativo pierde, con el quebrantamiento de la misión que tiene confiada, el poder que le otorgó el pueblo. Este pueblo tiene derecho a adquirir su libertad primitiva y mediante el establecimiento de un nuevo poder legislativo (el que crea más conveniente) proveer a su propia salvaguardia y seguridad, es decir, a la finalidad para cuya consecución están en sociedad”, *Ibíd.*, p. 286.

<sup>83</sup> *Ibíd.*, p. 280.



propias por aquellos colonos dispuestos a rebelarse contra lo que consideraban tiranía británica.

Para Locke la “rebelión es oponerse no a las personas, sino a la autoridad”<sup>84</sup> y por tanto el “pueblo que, en caso de ser lesionadas igualmente sus libertades o sus bienes, queda relevado de toda obediencia”<sup>85</sup> siendo así que “el poder legislativo revierte en la sociedad, y el pueblo tiene el derecho de actuar como soberano, de conservar para sí el poder legislativo”<sup>86</sup>.

Es fácil comprender el influjo que las ideas de Locke causaron en los revolucionarios de las colonias inglesas en América, con su iusnaturalismo, su puritanismo religioso y su utilitarismo conduciendo a la legitimación del derecho a la rebelión contra el poder ilegítimo, así, las ideas de Locke fueron la inspiración para la contestación al poder absoluto tanto en Inglaterra, como en Francia y en los futuros Estados Unidos. Pero no sólo el liberalismo inglés influiría en los revolucionarios estadounidenses, también el pensamiento político francés del siglo XVIII, ante la decadencia de su monarquía absoluta, jugó un destacado papel como acicate intelectual de la Independencia<sup>87</sup>, con autores como Montesquieu<sup>88</sup>, Claudio Adrián Helvecio<sup>89</sup>, el barón de Holbach<sup>90</sup>, los artículos contenidos en *El Diccionario*

---

84

<sup>85</sup> *Ibíd.*, p. 288.

<sup>86</sup> *Ibíd.*, p. 310.

<sup>87</sup> Los autores franceses substituyeron el cartesianismo por el empirismo de la mano de la lectura de Locke y Newton, enfrentando la razón, guía del progreso, a la tradición y a la realidad abogaban por la transición hacia un gobierno responsable y representativo, por la eliminación de los privilegios y los monopolios, conformando en general un pensamiento político apriorístico y dogmático, además, a diferencia de Inglaterra, en Francia la revolución sumó el componente social al político al existir una mayor división de clases, VALLESPÍN, *ob.cit.*, p. 37.

<sup>88</sup> Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755), influyó en las constituciones francesa y estadounidense con su alegato a favor de la división de poderes, si bien la moderación fue la nota principal de su pensamiento, siendo un defensor del *statu quo* y de los cambios paulatinos en contraposición a su temor a las revoluciones, pese a ello su obra entera puede calificarse de juicio al despotismo. Abandonando la idea de pacto social como origen de las comunidades políticas, en su *Espíritu de la leyes* de 1748 realizó un estudio sociológico del gobierno y del derecho, haciéndolos depender de las circunstancias de cada pueblo, quien si no quería perder su libertad debería recurrir a un sistema de contrapesos y división de poderes, con gran importancia de los poderes intermedios entre el ciudadano y el Estado; al dar gran importancia a la geografía creía que tal sistema se daría mejor en Estados pequeños que en los que abarcaban extensas masas de territorio. Montesquieu distinguía tres tipos de gobierno, el republicano, basado en la virtud cívica, la monarquía, mezclada con la aristocracia y basada en el honor de la clase militar, y el despotismo, basado en el miedo; siendo partidario para Francia de la segunda aderezándola con la división de poderes y el juego de contrapesos por él apreciado en su estancia en Gran Bretaña, SABINE, *ob.cit.*, p. 427.

<sup>89</sup> Claudio Adrián Helvecio (1715-1771), influido por Locke, defendía que el hombre considera bueno lo que le hace bien y es conforme a sus intereses, y lo mismo sucede en el plano nacional, donde la tarea del legislador ha de consistir en casar los intereses contrapuestos de los ciudadanos, es decir, en su concepción utilitarista el fin del Estado era armonizar dichos intereses, siendo esencial para ello que el propio Estado se involucrase en la educación de su pueblo, *Ibíd.*, p. 430-433.

<sup>90</sup> Paul Henry Thiry, (1723-1789) mostraba un descontento generalizado ante todos los gobiernos a los que acusaba de incompetentes y crueles por no hacer de la felicidad general su objetivo principal, creando así una mala ciudadanía, a lo que Holbach trataba de responder con el nacimiento de la voluntad general para mediar entre el egoísmo y el bien natural, ya que la libertad ha de ser la base de la prosperidad, pero su conservadurismo se mostraba a las claras al hacer depender el cambio de la reforma iniciada y llevada a cabo por el soberano, *Ibíd.*, p. 434-438.



*Razonado de las Ciencias, las Artes y los Oficios*, más conocida como la *Enciclopedia*, escrita entre 1751 y 1780 y dirigida por Diderot (1713-1784) hasta 1757 y desde entonces por d'Alembert (1717-1783), y que se convertiría muy pronto en una obra de referencia para la expansión del libre pensamiento<sup>91</sup>, y sobre todo Jean-Jacques Rousseau.

Rousseau (1712-1778) fue el polo opuesto a Voltaire, con su ideal social formado por pequeños granjeros en torno a un Estado republicano de reducidas dimensiones, en el cual llevar a cabo su proyecto de democracia directa puesto que rechazaba cualquier tipo de representación, pues para él una república sólo existía cuando el pueblo legisla<sup>92</sup>. A diferencia de sus contemporáneos, Rousseau partía del supuesto de que el hombre es bueno por naturaleza, y lo que le corrompe era la propia sociedad, temiendo que la razón que acabó con el absolutismo arrastrase consigo todo; para Rousseau, a diferencia de Locke, el utilitarismo no es la mejor base contractual, ya que el egoísmo que de él emana no es bueno, pues al igual que Kant pensaba que una sociedad basada en el egoísmo respetaría muy poco las libertades individuales, ya que para el ginebrino la sujeción política estaba más relacionada con la ética que con la política o el derecho y concebía a la comunidad como el mejor modo de moralización, además, para él lo natural son las comunidades pequeñas, no la internacional, las cuales pueden unirse para formar entidades más amplias<sup>93</sup>. Rousseau veía en el gobierno al agente de la voluntad general encargado de regular la conducta de la comunidad, para ello debía dar libertad bajo la ley, ofrecer bienestar (aboliendo las grandes desigualdades) y educar al pueblo, pues la diferencia entre el salvaje, dotado de bondad natural, y el hombre evolucionado, con su virtud fruto de la introducción de la moral, consistía en un proceso de aprendizaje donde se debía vencer al amor propio, anteponiendo el bienestar inteligente al mero bienestar sensitivo.

---

<sup>91</sup> El propio d'Alambert sostenía que hasta el momento las ciencias empíricas se habían visto frenadas por la superstición, las cortapisas a la investigación, la imitación de la antigüedad o el examen escolástico de Aristóteles; el Chevalier de Jaucourt (1704-1779) concebía la economía como una mezcla de mercantilismo y libre comercio, procediendo el beneficio no de la suntuosidad y la servidumbre, sino del progreso económico (concepción muy similar a la sostenida por los revolucionarios norteamericanos) y Diderot era partidario de la monarquía moderada a través de un equilibrio entre el rey, la nobleza y el pueblo, VALLESPÍN, ob.cit., p. 132-141. Por su parte, uno de los enciclopedistas más famosos, François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire (1694-1778), trajo consigo de Inglaterra la tarea de fomentar la comprensión y lectura de Locke y Newton, con la libertad de prensa y pensamiento junto a la tolerancia religiosa como puntas de lanza de su ideario, SABINE, op.cit., p. 429.

<sup>92</sup> Además, dejaba ver su crítica a la competitividad, la depravación moral y las desigualdades económicas de la sociedad burguesa, a ello Rousseau oponía el fomento del patriotismo, el concepto de voluntad general como reflejo de la voluntad de la mayoría, cuyo interés debía primar sobre el individual, ya que “la voluntad común, a la que pertenece el poder soberano, es, pues, una voluntad general”. MOREAU, J., *Rousseau y la fundamentación de la democracia*, Espasa Calpe, Madrid, 1977, p. 195. Ya que la voluntad común representa sólo intereses privados, mientras que la voluntad general, al ser su esencia y objeto universales, es vicaria del interés común, sólo así se puede salir del estado de naturaleza, siendo la libertad la obediencia a la ley dada a sí mismo, de ese modo el ciudadano determina su voluntad con arreglo a la voluntad general.

<sup>93</sup> Rousseau concebía los derechos como existentes sólo dentro de la comunidad, no entraba en su pensamiento que pudiesen ser creados en contra de ella, y no veía en el derecho a la propiedad un derecho en sí mismo. FETSCHER, I, “Filosofía moral y política de J. J. Rousseau”, *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, marzo-abril 1979, p. 10 y 21.



En su obra más conocida, *El contrato social* de 1762, Rousseau transformaba la idea de contrato social como mito fundador de la comunidad política, pues los derechos y las libertades sólo se dan en sociedad, no antes, y siendo ésta una personalidad moral y colectiva, se entiende que los hombres vivan mejor en ella que aislados, y no por causa del utilitarismo egoísta<sup>94</sup>.

Para Rousseau “el hombre nació libre, y en todas partes se le encuentra encadenado [...] la fuerza no constituye derecho, y que no se está obligado a obedecer más que a los poderes legítimos”<sup>95</sup>, pues “para que un gobierno arbitrario fuese legítimo, [sería preciso] que a cada generación del pueblo fuese dueño de rechazarlo o admitirlo”<sup>96</sup> ya que “renunciar a la libertad es renunciar a la cualidad del hombre, a los derechos de la humanidad, y aun a sus deberes [...] quitar a su voluntad toda libertad es quitar toda moralidad a sus acciones”<sup>97</sup>, palabras que leídas por los colonos británicos de la costa Este norteamericana darían fuerza a su anhelo independentista.

Para Rousseau, lo que anima a los hombres a asociarse en torno a una comunidad política es el impulso de defender su libertad, de ejercerla en un entorno seguro a través de un pacto social en que “cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general, y nosotros recibimos corporativamente a cada miembro como parte indivisible del todo”<sup>98</sup>, así el pacto social “entraña tácitamente el compromiso [...] de que quienquiera se niegue a obedecer a la voluntad general será obligado a ello por el cuerpo entero [...] se le obligará a ser libre”<sup>99</sup>, justo cuanto deseaban alcanzar los colonos en Norteamérica.

Rousseau entendía que “sólo la voluntad general puede dirigir las fuerzas del Estado [...] sólo en razón de ese interés común debe ser gobernada la sociedad”<sup>100</sup> y que “por la misma razón que es inalienable, la soberanía es indivisible”<sup>101</sup> rechazando así cualquier tipo de representación política, abogando por la participación directa de cada ciudadano en la vida política de su república, que para Rousseau es “todo Estado regido por leyes”<sup>102</sup>, y por tanto “todo gobierno legítimo es republicano”<sup>103</sup>, ya que “la soberanía no puede ser representada, por la misma razón que no puede ser enajenada [...] la voluntad no se representa: o es ella misma, o es otra [...] los

---

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 28-32, el imperio de la ley sobre los individuos garantizaría el interés común, pues esas leyes son expresión de la voluntad general, permitiendo así al ciudadano actuar moralmente, pues dicha voluntad general es la garante de la libertad, política y moral, en la sociedad moderna, contando en ella el individuo, para aligerar el esfuerzo de adecuar su voluntad a la general, con el patriotismo y la ventaja de una población homogénea; para Rousseau se destruye la democracia cuando la mayoría deja de querer la voluntad general.

<sup>95</sup> ROUSSEAU, Jean-Jacques *Discursos. El contrato social*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995, p. 242 y 247.

<sup>96</sup> *Ibíd.*, p. 249.

<sup>97</sup> *Ibíd.*, p. 249.

<sup>98</sup> *Ibíd.*, p. 257.

<sup>99</sup> *Ibíd.*, p. 261. Rousseau entiende que en la libertad civil su límite se haya en la voluntad general y que sólo en el estado civil, contrapuesto al de naturaleza, puede dotar el hombre de moralidad a sus actos.

<sup>100</sup> *Ibíd.*, p. 269.

<sup>101</sup> *Ibíd.*, p. 271.

<sup>102</sup> *Ibíd.*, p. 285.

<sup>103</sup> *Ibíd.*, p. 285.



diputados del pueblo no son, pues, ni pueden ser sus representantes”<sup>104</sup>, llegando a la conclusión de que “toda ley que no haya ratificado el pueblo en persona es nula, no es una ley”<sup>105</sup>, pues “en el instante mismo en que un pueblo nombra representantes deja de ser libre”<sup>106</sup>.

Como ya se ha indicado, y al igual que Montesquieu, Rousseau daba gran importancia al componente geográfico, sosteniendo que “cuanto más se dilata el vínculo social, más se afloja, y en general un Estado pequeño es proporcionalmente más fuerte que uno grande”<sup>107</sup>, además era partidario de que cuanto más se agrandara el Estado, más debía reducirse el gobierno, por lo tanto “puede deducirse que en general el gobierno democrático conviene a los Estados pequeños, el aristocrático a los medianos y el monárquico a los grandes”<sup>108</sup>. Ideas radicales como ésta, sumadas a la negativa a aceptar la representación, tendrían gran impacto en numerosos revolucionarios americanos como T. Jefferson, convirtiendo a Rousseau en el autor francés más comentado allende sus fronteras<sup>109</sup>.

De vuelta a Gran Bretaña, el liberalismo de los escritores ingleses a lo largo del siglo XVIII fue más bien conservador, primando en ellos el rechazo al sistema de derecho natural. El liberalismo inglés de éste siglo se ocupó principalmente de temas económicos con Adam Smith (1723-1790) y David Ricardo (1772-1823), con su teoría del valor trabajo, a la cabeza. Para Smith, en su influyente *Ensayo sobre la riqueza de las naciones* de 1776, el bienestar de los individuos dependía de la libertad de comercio y la limitación del poder estatal, con el fin de aumentar la producción, aumento que debía darse gracias a la especialización del trabajo, situación que a su vez acrecentaría la interdependencia de los distintos cuerpos de la sociedad cuyos intereses se armonizarían a través de la mano invisible del mercado, relegando con ello al Estado a mera mano invisible subsidiaria, encargado como máxime de la seguridad, la justicia, la policía, la recaudación de impuestos, la defensa y las relaciones con otros Estados<sup>110</sup>, ideas que casaban a la perfección con el liberalismo político asimilado por los colonos británicos de Norteamérica, y que continuaron

---

<sup>104</sup> *Ibíd.*, p. 356.

<sup>105</sup> *Ibíd.*, p. 356.

<sup>106</sup> *Ibíd.*, p. 358.

<sup>107</sup> *Ibíd.*, p. 295.

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p. 319.

<sup>109</sup> Si bien la concepción de la propiedad privada de Rousseau se distanciaba del liberalismo anglosajón tan bien asimilado en las colonias norteamericanas, pues para Rousseau el derecho a la propiedad no es un derecho en sí mismo pues “la posesión pública es también de hecho más fuerte e irrevocable [...] pues el Estado, respecto a sus miembros, es dueño de todos sus bienes en virtud del contrato social”, *Ibíd.*, p. 264, así “el derecho que cada particular tiene sobre su propio fundo está siempre subordinado al derecho que la comunidad tiene sobre todos”, *Ibíd.*, p. 266, y es que para Rousseau su rechazo a la desigualdad fue siempre un tema capital en su pensamiento, para él el sistema social, aunque no acabase con la desigualdad natural podía sustituir “por una igualdad moral y legítima lo que la naturaleza pudo poner de desigualdad física entre los hombres, y que, aun siendo desiguales en fuerza o en talento, se hacen todos iguales por convención y derecho”, *Ibíd.*, p. 266, de hecho, concebía la libertad y la igualdad como los dos objetos principales del sistema de legislación “precisamente porque la fuerza de las cosas tiende siempre a destruir la igualdad es por lo que la fuerza de la legislación debe siempre tender a mantenerla”, *Ibíd.*, p. 301.

<sup>110</sup> SKINNER, A. S. “Adam Smith y el papel de Estado”, *Hacienda Pública Española* n° 59, Madrid, 1979, p. 319, 325 y 330.



estudiando con avidez en los años anteriores a la Independencia de la mano de autores como David Hume<sup>111</sup>, Jeremy Bentham<sup>112</sup> y Edmund Burke<sup>113</sup>.

Burke asumía que la sociedad es artificial, no natural, y en contra del utilitarismo veía en las tradiciones la fuente de la civilización, de ahí su estima por la tradición constitucional y social, siendo fiel partidario del sistema surgido de 1688 que hacía de la nobleza *whig* el centro de la división de poderes, así mismo rechazaba la popularización de la Cámara de los Comunes, pues entendía el Parlamento como el centro de acción de una minoría compacta, pues para Burke el prejuicio, y no la razón, es la base de la sociedad, rechazando con ello el utopismo político, ya que la razón sin las costumbres es frágil. En un tono claramente conservador, abogaba por los cambios paulatinos, rechazando la revolución, pues serían la costumbre, la tradición y la pertenencia a la sociedad quienes dan a la naturaleza humana su calidad moral, siendo esencial para ello el Estado, verdadero custodio de la civilización, ya

---

<sup>111</sup> Para David Hume (1711-1776), nacido en Edimburgo, hijo menor de un abogado, no existían principios morales absolutos, su escepticismo moral le condujo al rechazo de leyes universales y a criticar nociones como las del estado de naturaleza o el contrato social por considerarlas ficciones filosóficas, pues se nace ya en sociedad, siendo el verdadero origen del Estado la violencia, por ello las obligaciones políticas tienen su origen en su propia utilidad y no en el consenso respecto a un pacto libre, pues se busca la preservación y la seguridad sociales, así, la división de poderes y el régimen constitucional se erigen para contrarrestar el egoísmo de los gobernantes, no son pues para Hume manifestaciones de la dignidad moral ciudadana como en el iusnaturalismo, pues asocia la virtud convencional de la justicia al interés público, teniendo así la justicia un origen artificial, no natural, a causa de la debilidad humana, AYER, A. J., *Hume*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 145. En su primera obra *A Treatise of Human Nature* de 1739, Hume trató de acabar con la validez científica del derecho natural al carecer, según él, de certidumbre absoluta, como quiera que el hombre aplica más sus inclinaciones y deseos a los asuntos humanos que la razón, critica igualmente a la religión natural y racional, a la ética racional y a la teoría contractual, no siendo para él más que fruto de convenciones sociales, de la psicología o de la antropología, y nunca el producto de una moralidad eterna e inmutable, ya que es necesario establecer convenciones para regular las relaciones sociales y lograr paz y seguridad, pues “el sentido de la justicia, del que dependen la obligación moral y la política, no deriva de ninguna impresión de reflexión natural, sino de impresiones debidas al artificio y convención humanas”, *Ibíd.*, p. 133.

<sup>112</sup> Jeremy Bentham (1748-1832) procedía de una familia *Tory*, pero pronto se apartaría de la ortodoxia familiar al simpatizar con la Revolución de las colonias británicas en Norteamérica y dar cuerpo al programa del radicalismo liberal, criticó por igual al iusnaturalismo y al contractualismo por no hacer a los hombres libres ni iguales, pues las leyes han de ser instrumentos para fines concebidos por la sociedad, la armonía, como los derechos, no es natural, se debe buscar a través de medios políticos y legislativos, ya que sólo las leyes positivas creadas por el hombre pueden crear condiciones seguras para la libertad, cuyas disposiciones han de conducir a unas mayores igualdad y felicidad, resumiéndose su ideario en la famosa frase “la mayor felicidad para el mayor número de personas”; para Bentham, partidario del sufragio casi universal, incluido el femenino, debían crearse mecanismos de control al gobierno, pues a diferencia del utilitarismo clásico, donde lo principal es preservar el autogobierno popular, lo esencial es que los gobernantes sean controlados por los gobernados, y sin creer tampoco en la armonía basada en los intereses contrapuestos, veía en la intervención del Estado el mejor instrumento para hacer coincidir artificialmente el interés con el deber<sup>112</sup>, pues para Bentham el gobierno no surgía del pacto social sino de la necesidad humana y de darle así satisfacción, por tanto a la ley hay que juzgarla por lo que logra en términos prácticos, siendo la razón, y no la costumbre, la fuente de su creación, dicha utilidad sería la única base razonable para medir su efectividad, su individualismo era pues más egoísta y racionalista que el de otros pensadores como Locke, MACPHERSON, *La teoría política...*, *ob.cit.*, p. 14, ya que esa *mayor felicidad del mayor número* se debía convertir para los responsables políticos en la medida de lo correcto y lo incorrecto, DINWIDDY, *ob.cit.*, p. 42.

<sup>113</sup> Al igual que Hume, Burke (1729-1797) fue hijo de abogado, nació en Dublín, estudió en el Trinity College y luego derecho en Londres, publicando su primera obra en 1756, *A Vindication of Natural Society*, MACPHERSON, C. B., *Burke*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 23.



que bajo su prisma conservador, si una institución como la estatal ha durado tanto ha sido gracias a su utilidad<sup>114</sup>. Su énfasis en el mantenimiento de las costumbres para anclar el cambio sin caer en el caos de la revolución le ha valido el epíteto de conservador, de hecho criticó al racionalismo como única guía de comportamiento humano, pues puede conducir a la destrucción, de ahí que defendiese la utilidad de la tradición, es más, para el autor irlandés todas las instituciones son fruto de la sabiduría y de la tradición, de todos modos, su procedencia irlandesa seguro que tuvo que ver en que pidiera para las colonias británicas en América un trato más sabio y prudente, que pudiese ahorrar a Londres las consecuencias fatales que vendrían con el endurecimiento de las leyes a ellas aplicadas<sup>115</sup>, de modo que no es de extrañar que sus escritos fuesen bien recibidos en las colonias, y no sólo por ésta postura, sino también por su respeto a la tradición y su rechazo a la anarquía, que tanto coincidían con la compleja mentalidad de las colonias, mezcla de liberalismo político y moralismo religioso<sup>116</sup>.

Donde mejor se puede apreciar el conservadurismo de Burke es en su obra de 1790 *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, y que sin duda tendría un gran impacto en Estados Unidos por su total rechazo al recurso revolucionario para subvertir el orden establecido, y que como veremos se convirtió en una constante del pensamiento político estadounidense. Burke comenzaba describiendo qué entiende él mismo por libertad

me aprecio de amar la libertad viril, moral y regulada [...] compatible con las normas del gobierno, con las fuerzas del orden público, con la disciplina y obediencia de los ejércitos, con la recaudación de un impuesto bien distribuido, con la moralidad y la religión, con el derecho garantizado a la propiedad privada, con la paz y el orden, con los buenos modales de convivencia civil y social<sup>117</sup>

Es decir, todo cuanto conforma una sociedad estable alejada de los cantos revolucionarios provenientes de Francia, si bien ve en su Revolución el acontecimiento más asombroso de la historia. Para Burke, quien a lo largo de la obra opone constantemente el sistema político inglés al surgido en Francia en 1789, la monarquía británica se basaba tan sólo remotamente en un acto por consentimiento, pues lo que le dio continuidad fue la tradición y la costumbre, pues en la Revolución de 1688, en su *Acta para la declaración de derechos y libertades de los súbditos y para el establecimiento y sucesión de la Corona*, no se habló de elegir gobernantes, ni

---

<sup>114</sup> *Ibíd.*, p. 64.

<sup>115</sup> BURKE, Edmund *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, p. 7-9, recogido bajo el título de *Speeches and Letters on American Affairs*, Everyman, London, 1950 (1ª ed. 1908), se pueden encontrar los escritos en los cuales Burke expuso su opinión respecto a las colonias americanas.

<sup>116</sup> El propio Burke, que permaneció en Parlamento inglés de 1766 a 1794, se describió como un político práctico, siempre dispuesto a denunciar los abusos del gobierno británico, ya se cometieran en las colonias americanas, denuncia realizada a lo largo de la década de 1770, o en la India por la Compañía de las Indias Orientales, así en 1774 publicaría su *Discurso sobre el Impuesto Americano*, un año más tarde el *Discurso sobre el cambio de sus Resoluciones para la Conciliación con las Colonias*, y en 1777 su *Carta a los Sheriffs de Bristol*, MACPHERSON, *Burke*, p. 63, ya en su última década de vida, Burke dedicó sus esfuerzos a reivindicar el espíritu de la primera Revolución Inglesa frente a los desmanes de la reciente Revolución Francesa y su “doctrina armada”, *Ibíd.*, p. 63.

<sup>117</sup> BURKE, *Reflexiones sobre...*, p. 33 y 35.



de derribarlo por mala conducta, ni de establecer un gobierno democrático; pero como ningún Estado puede sobrevivir sin adaptarse a los cambios, ve en la tradición, más que en el cambio, que perdura tras 1688, la clave de la longevidad del sistema político inglés, ya que “la Revolución se hizo para preservar nuestras *antiguas*, indisputables leyes y libertades, y esa *antigua* Constitución de gobierno que es nuestra única garantía de ley y de libertad”<sup>118</sup>, de hecho, Burke no puede ocultar su disgusto por las revoluciones ya que “una revolución será siempre el último recurso de los sensatos y de los buenos”<sup>119</sup>, y aunque los reyes han de servir el bien general, ve perjudicial el derecho a derribarlos por los peligros de guerra que entraña.

Para Burke, mientras que en 1789 lo franceses rechazaron sus antiguas libertades por una nueva apartándose con ello del camino de la naturaleza, la Revolución Inglesa de 1688 estuvo fuertemente apegada a la tradición, y más que basada en principios generales y abstractos como la primera, ya que “las libertades y las restricciones varían con los tiempos [...] no pueden ser fijadas con una regla abstracta; y nada sería más disparatado que hablar de ellas como si estuvieran basadas en una regla tal”<sup>120</sup>, la segunda se concretó en derechos reales, ya que “la razón política es una cuestión de cálculo”<sup>121</sup>, pues “nosotros hemos preferido seguir nuestra naturaleza, y no nuestras especulaciones; nuestro corazón, y no nuestras fantasías”<sup>122</sup>, bajo “una Constitución cuyos méritos han sido conformados por el sólido comprobante de una larga experiencia y un aumento progresivo de fuerza pública y prosperidad nacional”<sup>123</sup>, prosperidad que Burke achaca “en gran medida a lo que hemos permitido que subsista en nuestras varias revisiones y reformas, así como lo que hemos alterado o añadido”<sup>124</sup>.

Para Burke el producto de la Revolución Francesa contradecía en todos los aspectos la experiencia inglesa, pues “su libertad no es liberal, su ciencia es ignorancia presuntuosa, su sentido humanitario es salvaje y brutal”<sup>125</sup>, pudiéndose haber reformado al estilo inglés. Para el autor dublinés “en Inglaterra aún no hemos sido completamente vaciados de nuestras entrañas naturales”<sup>126</sup> ya que “tenemos a Dios, miramos con respeto a las leyes, con afecto a los Parlamentos, con un sentido del deber a los magistrados, con reverencia a los sacerdotes, y con respeto a la nobleza”<sup>127</sup>. Nada refleja mejor su pensamiento que una de sus últimas frases “yo no excluiría la posibilidad del cambio, pero cuando lo hubiera, debería ser para

---

<sup>118</sup> *Ibíd.*, p. 65.

<sup>119</sup> *Ibíd.*, p. 65.

<sup>120</sup> *Ibíd.*, p. 105.

<sup>121</sup> *Ibíd.*, p. 107.

<sup>122</sup> *Ibíd.*, p. 70.

<sup>123</sup> *Ibíd.*, p. 102.

<sup>124</sup> *Ibíd.*, p. 355. pues “estamos resueltos a conservar una Iglesia institucionalizada, una monarquía institucionalizada, una aristocracia institucionalizada y una democracia institucionalizada”, *Ibíd.*, p. 148. En todo caso, y adelantándose a Tocqueville y Mill, Burke observó que “en una democracia, la mayoría de los ciudadanos puede ejercer las opresiones más crueles sobre la minoría [...] y que la opresión de la minoría se extenderá mucho más y será ejercida en una democracia con furia mucho mayor de la que jamás se haya oído decir que haya provenido de un monarca absoluto”, *Ibíd.*, p. 193.

<sup>125</sup> *Ibíd.*, p. 132.

<sup>126</sup> *Ibíd.*, p. 141.

<sup>127</sup> *Ibíd.*, p. 142.



conservar”<sup>128</sup>, conservadurismo revolucionario en clara sintonía con el carácter estadounidense.

Pero el liberalismo no sólo influyó en los revolucionarios norteamericanos, sino que su obra, la independencia de las colonias y el nacimiento de los Estados Unidos, empresas totalmente liberales, repercutiría a su vez en el propio liberalismo, como puede apreciarse en la obra de Tocqueville<sup>129</sup> y J. S. Mill.

Tocqueville emprendió un viaje de 9 meses por Estados Unidos en 1831 para estudiar *in situ* su sistema democrático. En América Tocqueville se encontró con que la descentralización, y no la división de poderes, era la base de la democracia, observó también una mayor participación política y una mayor libertad de prensa y de asociación, junto al consecuente peligro de caer en la tiranía de la mayoría, además de ver cómo la igualdad puede degenerar en vanidad, en un antiintelectualismo cortoplacista e individualista y en un gusto por el bienestar que supere la inclinación por la libertad, pudiendo culminar en un abandono colectivo del ámbito público que convierta al cuerpo social en una masa conformista, contra ello Tocqueville era partidario de hacer al individuo más ciudadano, para evitar caer fácilmente en las garras del despotismo que acompaña al Estado centralizado, proceso que ve cómo en Europa se ha agravado a causa de las guerras, la falta de instrucción, por el proceso de industrialización y por las revoluciones, para contrarrestar dicho proceso el espíritu cívico debe fomentarse a través de esa libertad de prensa y de asociación vividos en Estados Unidos, pues entendía que la libertad es un deber, una lucha constante contra el Estado, contra la mayoría y contra uno mismo. En éste sentido, Hennis ve en Tocqueville al primer pensador político en adivinar la lucha entre lo público y lo privado en clave de servidumbre moderna, pues ya no se trataba de denunciar los abusos de un monarca tirano, sino de evitar la tiranía de la democracia igualitaria, ese cesarismo democrático, opuesto a la república igualitaria libre y solidaria, que se aprovechaba del aislamiento individual para cercenar la libertad individual. Contra ello, Tocqueville abogaba por más participación en lo público, sobre todo a través de un mayor asociacionismo, reconciliando individualidad con sociabilidad<sup>130</sup>.

Como fruto de su estancia en Estados Unidos Tocqueville publicaría *La democracia en América* en dos volúmenes, el primero aparecido en 1835 y el segundo cinco años más tarde. Para el autor francés la igualdad ha de ser un prerequisite de la democracia por su carácter nivelador, de hecho

entre las cosas nuevas que durante mi estancia en los Estados Unidos llamaron mi atención, ninguna me sorprendió tanto como la igualdad de condiciones. Sin dificultad descubrí la prodigiosa influencia que ese primer hecho ejerce sobre la

---

<sup>128</sup> *Ibíd.*, p. 355.

<sup>129</sup> Alexis de Tocqueville (1805-1859), nació en París, hijo de padre político, estudió derecho y era juez auditor en Versalles cuando emprendió su viaje a América, situado entre el Antiguo Régimen y el Nuevo surgido tras la Revolución francesa de 1789, ya era célebre a los 30 años, y más que la libertad, lo que lo llamó su atención fue la igualdad de condiciones, tratando de conciliar en su pensamiento igualdad con libertad, DÍEZ DEL CORRAL, Luis, *El pensamiento político de Tocqueville*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, p. 21.

<sup>130</sup> HENNIS, Wilhelm, “La nueva ciencia política de Tocqueville”, *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, julio-agosto 1981, p. 21.



marcha de la sociedad, pues da a la opinión pública una cierta dirección, un determinado giro a las leyes, máximas nuevas a los gobernantes y costumbres peculiares a los gobernados<sup>131</sup>

Para Tocqueville fue esencial que “los emigrantes que fueron a establecerse a América a principio de siglo XVII”<sup>132</sup> y que llevaban consigo el principio de la democracia lo hicieran a las orillas del nuevo mundo donde “pudo crecer libremente y, marchando con las costumbres, desarrollarse apaciblemente en las leyes”<sup>133</sup>, ya que

todas las colonias inglesas tenían, pues, es la época de su nacimiento un marcado aire de familia. Todas, desde su principio, parecían destinadas a contribuir al desarrollo de la libertad, no de la libertad aristocrática de su madre patria, sino la libertad burguesa y democrática de la que la historia del mundo aún no presentaba un modelo exacto<sup>134</sup>

Así, tenemos que para Tocqueville tanto la igualdad como la libertad son ambas las bases del sistema político de los Estados Unidos, si bien “para combatir los males que puede producir la igualdad sólo hay un remedio eficaz: la libertad política”<sup>135</sup>, pero lo que más llamará la atención a su conservadurismo será

el carácter de la civilización angloamericana, producto -punto de partida que hemos de tener siempre presente- de dos elementos enteramente distintos, que aunque en otros lugares se hicieron a menudo la guerra, vinieron, en América, a incorporarse en cierto modo el uno al otro y a combinarse maravillosamente. Me refiero al *genio religioso* y al *genio de la libertad*<sup>136</sup>

De modo que en los Estados Unidos para Tocqueville “el pueblo reina sobre el mundo político americano como Dios sobre el universo. Él es la causa y el fin de todas las cosas; todo sale de él y todo se incorpora de nuevo a él”<sup>137</sup>, para el autor

<sup>131</sup> TOCQUEVILLE, Alexis de *La democracia en América*, 1 y 2, Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 29.

<sup>132</sup> *Ibíd.*, 1, p. 42.

<sup>133</sup> *Ibíd.*, 1, p. 42.

<sup>134</sup> *Ibíd.*, 1, p. 64.

<sup>135</sup> *Ibíd.*, 2, p. 138.

<sup>136</sup> *Ibíd.*, 1, p. 81.

<sup>137</sup> *Ibíd.*, 1, p. 99. A continuación Tocqueville analizaba el sistema administrativo de los Estados Unidos, cuyo “rasgo más saliente [...] es su prodigiosa descentralización”, *Ibíd.*, 1, p. 134, y su sistema constitucional, donde en relación al ejecutivo afirmará que “las leyes le permiten ser fuerte, las circunstancias le mantienen débil”, *Ibíd.*, 1, p. 190, y donde, a causa del principio de reelección, “el presidente [...] sólo es un instrumento dócil en manos de la mayoría. Ama lo que ésta ama, odia lo que ésta odia [...] los legisladores pretendieron que él la guiara, y es él quien la sigue”, *Ibíd.*, 1, p. 206, y al momento advierte de que “la tiranía de la mayoría me parece un peligro tan grande para las repúblicas americanas”, *Ibíd.*, 1, p. 281, que contra ella “la libertad de asociación se ha convertido en una garantía necesaria”, *Ibíd.*, 1, p. 281, y pronosticaba funestas consecuencias para el futuro a causa de que “en Estados Unidos la mayoría tiene un inmenso poder de hecho y un poder de opinión casi tan grande como aquél”, *Ibíd.*, 1, p. 360, de hecho, ya entonces afirmaba no conocer “país alguno donde reine, en general, menos independencia de espíritu y de verdadera libertad de discusión que en América”, *Ibíd.*, 1, p. 369, pues “la mayoría vive es una perpetua adoración de sí misma [...] y no hay en América libertad de espíritu”, *Ibíd.*, 1, p. 371, lo que “favorece maravillosamente la estabilidad de las creencias”, *Ibíd.*, 2, p. 334, aunque por eso mismo temía que el desarrollo humano se frenase y se limitase. Observó también Tocqueville cómo el materialismo incipiente de la sociedad americana, “donde los vicios del hombre son



francés lo que mantenía unida a la república americana era su forma federal, sus instituciones municipales y su poder judicial, pues “en las leyes y las costumbres de los angloamericanos estriban, pues, la razón especial de su grandeza”<sup>138</sup>, derivadas ambas de la experiencia democrática que siempre impregnó la historia norteamericana desde la llegada de los primeros colonos, en todo caso, advierte de que “no hay guerra larga que, en un país democrático, no ponga en peligro a la libertad”<sup>139</sup>, pues, y a modo de advertencia sobre lo que le podría suceder a Estados Unidos, concluía que

casi forzosamente centraliza en sus manos la dirección de todos los hombres y el uso de todas las cosas [...] todos aquellos que tratan de destruir la libertad en el seno de una nación democrática deben saber que el medio más corto y seguro de lograrlo es la guerra. He ahí un primer axioma de la ciencia<sup>140</sup>

Por su parte, John Stuart Mill (1806-1873), hijo de James Mill y del que recibiría una estricta educación anclada en los valores liberales, introdujo en el liberalismo inglés la exigencia de un mayor control estatal de la economía, pudiéndose hablar así del nacimiento del “liberalismo social”, proyecto que arranca de su adscripción al radicalismo liberal que intentaba adecuar el sistema político inglés surgido de 1688 a las nuevas realidades de la industrialización, para ello abogaba por el utilitarismo de la mayor felicidad para el mayor número de personas, por la defensa de la democracia y por nuevas leyes económicas para satisfacer dicho criterio de utilidad. En Mill es clave el pleno desarrollo de la individualidad que deriva del ejercicio de la libertad y de la variedad de condiciones, despreciando la conformidad que rezuma del protestantismo. Así, para Mill el mejor gobierno es el representativo, pues es el que mejor satisface la educación general y el más apto para dirigir los asuntos colectivos, si bien advertía que no todos los pueblos están preparados para ello<sup>141</sup>, en todo caso, Mill emprendió una revisión de la teoría utilitarista al incluir, además de la felicidad, placeres superiores como el respeto a las personas, la integridad, pero sobre todo la libertad, pues su defensa marca el paso a la sociedad liberal, donde tanto Estado como la misma sociedad han de fomentar la tolerancia ante el peligro de la tiranía de las mayorías, pues consideraba vital que en sociedad exista una buena relación individuo-Estado, para lo que sería fundamental atemperar el *laissez-faire* con leyes económicas que contrarresten las injusticias provocadas por el capitalismo<sup>142</sup>.

---

casi tan útiles a la sociedad como sus virtudes”, *Ibíd.*, 1, p. 409, es el que garantiza “a las repúblicas norteamericanas un largo y pacífico porvenir”, *Ibíd.*, 1, p. 409, ya que éstas “trasladan a la política los hábitos del negocio”, *Ibíd.*, 1, p. 411, además describe cómo “la pasión del bienestar material es esencialmente una pasión de la clase media; crece y se extiende con esta clase y se hace preponderante con ella”, *Ibíd.*, 2, p. 167, y cómo “en esos tiempos es, pues, especialmente útil la libertad para la producción de riquezas”, *Ibíd.*, 2, p. 178, y al contrario “puede verse que el despotismo le es particularmente adverso”, *Ibíd.*, 2, p. 178, así, el materialismo sería esencial en el mantenimiento de la democracia, con el ascenso de la clase media y el régimen de libertades que conlleva, pues “una nación que no exige a su gobierno más que el mantenimiento del orden ya quiere la tiranía en el fondo de su corazón”, *Ibíd.*, 2, p.180.

<sup>138</sup> *Ibíd.*, 1, p. 440.

<sup>139</sup> *Ibíd.*, 2, p. 343.

<sup>140</sup> *Ibíd.*, 2, p. 343.

<sup>141</sup> VALLESPÍN, *ob.cit.*, p. 358-390.

<sup>142</sup> SABINE, *ob.cit.*, p. 529-537.



En una de sus obras más difundidas, *Sobre la libertad* de 1859, fruto en parte de la observación de la evolución de la república estadounidense, Mill se embarcó en el estudio de la libertad social o civil, es decir, en los límites del poder de la sociedad sobre el individuo. Para Mill la evolución de la libertad comprendería tres fases distintas, primero frente a los gobernantes políticos, ganando con ello los derechos y frenos constitucionales, en segundo lugar se debió hacer al poder representativo para dar así expresión a la voluntad nacional, y en tercer y último lugar la libertad se enfrenta al peligro de la mayoría, por cuanto

la voluntad del pueblo significa, en realidad, la voluntad de la porción más numerosa y activa del pueblo, de la mayoría [...] por consiguiente, el pueblo *puede* desear oprimir a una parte de sí mismo, y contra él son tan útiles las precauciones como contra cualquier otro abuso del poder [...] ejerce entonces una tiranía social mucho más formidable que la opresión legal<sup>143</sup>

Ante semejante peligro, Mill afirmará que

existe un límite para la acción legítima de la opinión colectiva sobre la independencia individual: encontrar ese límite y defenderlo contra toda usurpación es tan indispensable para la buena marcha de las cosas humanas como la protección contra el despotismo político<sup>144</sup>

Dicho límite a la libertad individual lo encuentra Mill en el momento en que su ejercicio daña al resto de miembros de la sociedad

el único objeto que autoriza a los hombres, individual o colectivamente, a turbar la libertad de acción de cualquiera de sus semejantes, es la propia defensa; la única razón legítima para usar la fuerza contra un miembro de una comunidad civilizada es la de impedirle perjudicar a otros<sup>145</sup>

Para Mill, Estados Unidos era un ejemplo de cómo “en nuestros días se producen grandes usurpaciones en el dominio de la libertad privada”<sup>146</sup>, de “intervención ilegítima en la justa libertad del individuo”<sup>147</sup>, y cita las leyes contra el alcoholismo como ejemplo de semejante tendencia, pues para Mill “el individuo no

<sup>143</sup> MILL, John Stuart *Sobre la libertad*, Aguilar, Barcelona, 1980, p. 28.

<sup>144</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>145</sup> *Ibíd.*, p. 32. Pues para Mill “la utilidad es la instancia suprema de toda cuestión ética”, *Ibíd.*, p. 33, es decir, Mill juzgaba la intromisión de la sociedad en la libertad individual a través del tamiz de su utilidad, y para no perjudicar a la sociedad misma limita su poder de acción sobre la libertad individual, no pudiendo en ningún caso invadir la libertad de conciencia, ni de gustos ni de asociación, pues si lo hiciera se correría el riesgo de caer en la represión moral, pues para Mill es un error rechazar las opiniones distintas, refutando “el profundo sueño de la opinión establecida”, *Ibíd.*, p. 62, al considerar que la verdad “es ante todo una cuestión de combinación y de conciliación de los extremos”, *Ibíd.*, p. 65, de hecho, Mill ve en la originalidad una fuente esencial del progreso, originalidad enfrentada al hecho de que “la tendencia general de las cosas en el mundo es hacer de la mediocridad la potencia dominante entre los humanos”, *Ibíd.*, p. 82, y “precisamente porque la tiranía de la opinión considera como un crimen toda excentricidad, es deseable que, para poder derribar esta tiranía, haya hombres que sean excéntricos”, *Ibíd.*, p. 84, capaces de vencer “el despotismo de la costumbre”, *Ibíd.*, p. 86, que mina la posibilidad de progreso, cuya fuente, parece haberse olvidado, es la libertad.

<sup>146</sup> *Ibíd.*, p. 103.

<sup>147</sup> *Ibíd.*, p. 104.



debe dar cuenta de sus actos a la sociedad, si no interfieren para nada los intereses de ninguna otra persona más que la suya”<sup>148</sup>. En todo caso, Mill admiraba de los norteamericanos que “si se les privara de gobierno, [les] veríamos organizar uno inmediatamente, y conducir cualquier asunto público con un grado suficiente de orden y de decisión”<sup>149</sup>, de hecho, para Mill “así es como debiera ser todo pueblo libre”<sup>150</sup>.

Como se observa, si en un principio fue el liberalismo el que influyó de forma notoria sobre el pensamiento político de los revolucionarios estadounidenses, tras su Independencia, la puesta en práctica de su ideal republicano y democrático tuvo así mismo una incidencia no menos relevante en la evolución del propio liberalismo.

### **1.b.2. De la Declaración de Independencia a la Constitución**

El que en las colonias británicas de Norteamérica los propios revolucionarios fuesen quienes más habían aportado, y aportarían en medio del proceso revolucionario, a la teoría liberal emanada desde el nuevo mundo, hizo posible la concreción práctica del pacto social tan adherido siempre al pensamiento de los emigrantes que desde el Mayflower arribaron a sus costas.

En el tiempo que media entre la Declaración de Independencia del 4 de julio de 1776 hasta la aprobación de los Artículos de la Confederación, no estaba claro si una única entidad política aglutinaría a las 13 colonias, de lo que sí eran conscientes los revolucionarios norteamericanos era de que se estaban convirtiendo en el primer pueblo capaz de dotarse por sí mismo de sus propias formas de gobierno<sup>151</sup>, y lo hicieron a través de un republicanismo radical para la época que atacaba ferozmente el sistema monárquico e instauraba un sistema democrático más igualitario y liberal, de ahí el carácter esencial de la posesión de tierras para garantizar ambos principios, lo que daba cuenta de la importancia concedida al aspecto económico por los revolucionarios, ya que esta reorganización social aseguraba un mayor grado de igualdad y libertad a la vez que fomentaba la lealtad a la república<sup>152</sup>, convirtiendo así la posesión de tierras cultivables en una obsesión para los ciudadanos estadounidenses, y que como veremos más adelante, tuvo una enorme repercusión a la hora de explicar la expansión territorial de Estados Unidos. Como hemos visto con anterioridad, las ideas emanadas del pensamiento ilustrado, en especial las derivadas de la literatura antiautoritaria y *whig* inglesa, partidaria del balance de poder, más el recurso a la historia para buscar un pasado de libertades que restaurar, hallándolo los revolucionarios americanos en una interpretación radical de la propia Constitución Inglesa<sup>153</sup>, se convirtieron pronto en las colonias británicas de Norteamérica en un fragor contra la centralización del poder pretendida por las autoridades de Londres tras la Guerra de los Siete años, traducándose en un rechazo de unas medidas, en especial las relativas al aumento de impuestos, que los colonos no habían aprobado,

---

<sup>148</sup> *Ibíd.*, p. 108.

<sup>149</sup> *Ibíd.*, p. 124.

<sup>150</sup> *Ibíd.*, p. 125.

<sup>151</sup> WOOD, *op.cit.* p. 101.

<sup>152</sup> WOOD, *op.cit.* p. 137.

<sup>153</sup> VALLESPÍN, *ob.cit.*, p. 187-193.



llegando así a refutar el principio de representación virtual, rechazo traducido en la frase “sin representación no hay impuestos” y que a la postre derivaría para hombres como Patrick Henry en la famosa “dadme libertad o dadme muerte”; en todo ello se trasluce una concepción utilitarista del sistema político heredada de Locke y Vattel, y que en autores como Jefferson se encarnó en una condena del gobierno británico por usurpación del poder<sup>154</sup>.

Si bien existían componentes conservadores en las diversas constituciones de los Estados de la Unión, pues algunas de ellas fijaban un impuesto para acceder al derecho al voto<sup>155</sup>, la Revolución fue el fruto de un proyecto de la clase media norteamericana influenciada por el espíritu ilustrado. Dicha clase estaba convencida de ser el heraldo del republicanismo a escala mundial y para ello convertiría a Estados Unidos en la nueva gran “república de las letras” y en la nueva Roma, no sólo en la nueva Jerusalén de la que hablaban los párrocos puritanos, y todo ello bajo la creencia de un trasvase continuo del mando cultural hacia las regiones más occidentales del propio occidente.

Las ideas de los revolucionarios sobre la superioridad de su modelo político respecto a sus homólogos europeos provenían de su creencia en que la llegada de las repúblicas liberales supondría un nuevo equilibrio de poder tras la desaparición de las corruptas monarquías, de este modo los Estados Unidos liderarían al resto de naciones por la nueva senda de la paz internacional basada en los intereses comerciales comunes<sup>156</sup>, los ecos del liberalismo de T. Paine pueden hallarse en estos planes de un nuevo orden internacional. Otro autor que recogería en sus textos los temas típicos revolucionarios fue el pastor y presidente de la Universidad de Yale, Ezra Stiles<sup>157</sup>, en su obra de 1783 *The US elevated to glory and honor* mostraba cuales eran las razones que conferirían una superioridad manifiesta al sistema de Estados Unidos, para Stiles su país había sido fundado bajo Dios (con un gobierno de leyes y no de hombres) cuyas leyes estaban directamente inspiradas en los Diez Mandamientos. Al igual que Paine, Stiles se servía de las sagradas escrituras para mostrar cómo la observancia del pacto divino era necesaria para prosperar, como el ejemplo israelita atestiguaba, y trataba de dar respuesta a la pregunta de por qué Dios habría elegido a Estados Unidos para ser una gran nación, según Stiles todos los sistemas habrían sido probados salvo uno, “y parece que ha sido reservado por la Providencia para ser realizado en América”<sup>158</sup>, para él Dios ha conferido a los gobernados el derecho de derrocar a los gobernantes que basan su poder en la injusticia y la rapacidad (como las monarquías, que son incorregibles), ya que el gobierno ha de ser adaptado para “la conservación de la libertad, y la promoción del bienestar público”<sup>159</sup>, de ahí que el nuevo sistema estadounidense fuera superior a cualquier otro ya que “por los llamamientos anuales al público un poder está reservado a la gente para remediar cualquier corrupción o error del gobierno”<sup>160</sup> y eso

---

<sup>154</sup> *Ibíd.*, p. 221.

<sup>155</sup> BOSCH., *ob.cit.*, p. 43.

<sup>156</sup> WOOD, *ob.cit.*, p. 153-156.

<sup>157</sup> STILES, E. *The US elevated to glory and honor*, texto íntegro consultado en [www.belcherfoundation.org/united\\_states\\_elevated.htm](http://www.belcherfoundation.org/united_states_elevated.htm)

<sup>158</sup> *Ibíd.*

<sup>159</sup> *Ibíd.*

<sup>160</sup> *Ibíd.*



le conferiría a la experiencia norteamericana el derecho a crearse la forma de gobierno más perfecta de las inventadas hasta el momento. Para Stiles el sistema judicial habría de basarse “en la justicia, la equidad y el derecho público”<sup>161</sup> y el crecimiento económico era esencial para avanzar la perfección civil y mantener la paz entre las naciones (con la libertad de mares fundamental para debilitar al Reino Unido y llevar la bandera de Estados Unidos por todo el globo)<sup>162</sup>.

Buen conocedor de la Biblia, Stiles retomaba de nuevo la ya tradicional teoría del pacto entre Dios y Estados Unidos que los convierte en la nueva Israel

Y hemos tenido razón para aguardar y creo suponer que Dios tenga todavía mayores bendiciones a la espera para esta vid cuya propia mano derecha ha plantado, para alzarnos sobre el resto de naciones en elogios, nombre y honor. Las razones son muy numerosas, de peso y concluyentes<sup>163</sup>

Dios habría convertido a su “Israel americana”<sup>164</sup> en la “Sión protestante”<sup>165</sup> para guiar los pasos de la humanidad en la nueva senda por ella marcada, de nuevo la Revolución contra el Reino Unido se convertía así en una causa universal “iluminando al mundo con la verdad y la libertad”<sup>166</sup>.

De cualquier forma, la principal preocupación de los prerrevolucionarios sería la distribución del poder, entendido como el control de los seres humanos, pues su agresividad inherente convertía a la libertad en su víctima necesaria, al igual que el derecho, que no es sinónimo de poder, y como quiera que el hombre siempre se corrompe ante él, convenía enmarcarlo en un sistema de contrapesos, sobre todo a través de una Constitución concebida como el “arreglo institucional de gobierno, leyes y costumbres junto a los principios objetivos que la animan”<sup>167</sup>, con el ejemplo de la inglesa siempre presente, donde la división de poderes era más un balance de fuerzas entre clases que de poderes estatales, y la libertad no era ejercida merced a una voluntad arbitraria sino que emanaba de la legislación fruto de dicho sistema de contrapesos<sup>168</sup>.

Un claro ejemplo de lo anterior lo podemos encontrar en el panfleto de Richard Bland *An Inquiry into the Right of the British Colonies* de 1766. Para Bland el Parlamento inglés tenía el poder de imponer más impuestos a las colonias por la Armada y el Ejército del Imperio más no el derecho a hacerlo, ya que “no puedo comprender cómo los hombres que están excluidos de votar en la elección de los miembros del Parlamento pueden ser representados en esa asamblea”<sup>169</sup>, para Bland el principio de representación virtual era “contrario a los principios fundamentales de

---

<sup>161</sup> *Ibíd.*

<sup>162</sup> Un tema, el de la libertad de mares, que como se verá más adelante se convertirá en esencial con la llegada del siglo XX.

<sup>163</sup> STILES, *ob.cit.*

<sup>164</sup> *Ibíd.*

<sup>165</sup> *Ibíd.*

<sup>166</sup> *Ibíd.*

<sup>167</sup> BAILY, *ob.cit.*, p. 68.

<sup>168</sup> *Ibíd.*, p. 55-77.

<sup>169</sup> BLAND, Richard *An Inquiry into the Right of the British Colonies*, 1766, texto consultado íntegramente en <http://newrivernotes.com/va/rbland.htm>.



la Constitución Inglesa”<sup>170</sup>, de hecho, esa misma Constitución a través “de las leyes del reino, fundadas en los principios de la Ley de la Naturaleza”<sup>171</sup> había sido contravenida en las colonias, además “a las Colonias no se les permite unirse en una Representación de sus agravios generales ante el Soberano común”<sup>172</sup> y “*divide et impera* es su máxima en la administración de la colonia”<sup>173</sup>, mientras que para Bland era evidente que “las Colonias del continente norteamericano están unidas en una extensión de país, y están igualmente interesadas en mantener su Libertad común”<sup>174</sup>.

Pero sería Thomas Jefferson quien mejor encarnaría tanto los principios liberales que hemos visto más arriba como el pensamiento revolucionario derivado de los mismos. Defensor de la Revolución de 1789 en Francia, donde sería embajador de 1785 a 1789, para Jefferson la Revolución no acaba en sí misma, sino que representa un principio, el nexo de unión entre rebelión y constitución, una transición en la que la democracia es un proceso continuo de aprendizaje social de sí misma, pues Jefferson no establecía una secuencia temporal delimitada con primero rebelión y luego nuevo gobierno, sino que una vez el levantamiento acababa en victoria, la rebelión continuaba a través de éste, garantizando la salud de la sociedad y preservando las libertades públicas<sup>175</sup>, por ello era partidario de un proceso de renovación constitucional periódico para adaptarlo a la sociedad, pues la democracia sería tanto el medio como el fin del proceso revolucionario. Jefferson entendía el republicanismo como “la participación activa y directa de los ciudadanos y el control de estos sobre los órganos del poder”<sup>176</sup>, de ahí que como Rousseau, abogara por unidades territoriales pequeñas para poder ejercer dicho control, y hacer así posible el autogobierno participativo como proceso de cambio social derivado del desarrollo revolucionario a través de la participación y la práctica de la autonomía, pues para Jefferson, si todas las demandas populares quedaran satisfechas significaría el principio de la tiranía, así el suceso revolucionario sería en sí mismo la dilatación en el tiempo de la transformación social llevada a cabo mediante la rebelión perpetua del autogobierno participativo<sup>177</sup>. En todo caso, y como veremos más adelante, al alcanzar la presidencia de Estados Unidos el propio Jefferson sacrificaría el ideal democratizador al fortalecimiento y consolidación de la nueva nación.

Para Jefferson “el pueblo es el único censor de los gobernantes”<sup>178</sup>, por ello no dudaba de la necesidad de una prensa libre que difundiera información para que los gobernantes no se conviertan en unos lobos para el pueblo, de hecho, distinguía tres formas de gobierno según su relación con los gobernados, en el primero no existe gobierno como tal, en el segundo la voluntad individual tiene su justa influencia y en el tercero sólo se usa la fuerza, de ahí que defiende el derecho a rebelarse pues

---

<sup>170</sup> *Ibíd.*

<sup>171</sup> *Ibíd.*

<sup>172</sup> *Ibíd.*

<sup>173</sup> *Ibíd.*

<sup>174</sup> *Ibíd.*

<sup>175</sup> JEFFERSON, Thomas *La declaración de independencia*, prólogo de Michael Hardt, Akal, Madrid, 2007, p. 6-12.

<sup>176</sup> *Ibíd.*, p. 23.

<sup>177</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>178</sup> *Ibíd.*, p. 76.



incluso el mal produce el bien. Evita la degeneración del gobierno y alimenta una atención general a los asuntos públicos. Yo mantengo que una pequeña rebelión de vez en cuando es buena cosa, tan necesaria en el mundo político como las tormentas en el mundo físico [...] es una medicina necesaria para la salud sólida del gobierno [...] el árbol de la libertad debe regarse de vez en cuando con la sangre de patriotas y tiranos. Ésta constituye su abono natural<sup>179</sup>

No es de extrañar que Jefferson fuera uno de los mayores defensores de la Revolución Francesa en Estados Unidos, viéndola como “el primer capítulo de la historia de la libertad europea”<sup>180</sup>. Gracias a su viaje por tierras francesas y comprobar de primera mano la situación de los pobres a causa de la concentración de tierras, regresó a América convencido de la idea de que todo hombre libre debía poseer la tierra que labraba, nació así su ideal de *yeoman*, hacendado como base del sistema democrático estadounidense, para Jefferson “cuando en un país hay tierra inculta y pobres sin empleo, está claro que las leyes de la propiedad se han extendido tanto que han violado el derecho natural”<sup>181</sup>, para él “los pequeños propietarios de tierra forman la parte más preciada de un Estado”<sup>182</sup>.

Para Jefferson la república es el único sistema político que garantizaría la libertad individual, para él “si tuviera que asignarle a este término una idea definida y precisa, diría, simplemente, que es un modo de gobierno por la masa de los ciudadanos, que actúan directa y personalmente, de acuerdo con reglas establecidas por la mayoría”<sup>183</sup>, pues “somos conscientes del deber y la conveniencia de someter nuestras opiniones a la voluntad de la mayoría”<sup>184</sup>, de todos modos, recalca que “dudo que fuera practicable más allá de la extensión de un municipio de Nueva Inglaterra”<sup>185</sup> pues “cuanto más se aleja del control directo y constante de los ciudadanos, menos ingredientes de republicanismo tiene un gobierno”<sup>186</sup>, y es precisamente dicho control lo que representaba para Jefferson “la medida de su republicanismo”<sup>187</sup>, pues “los gobiernos son republicanos sólo en la medida en que encarnan la voluntad de su pueblo y la llevan a cabo”<sup>188</sup>.

---

<sup>179</sup> *Ibíd.*, p. 80 y 91.

<sup>180</sup> *Ibíd.*, p. 105.

<sup>181</sup> *Ibíd.*, p. 97.

<sup>182</sup> *Ibíd.*, p. 97.

<sup>183</sup> *Ibíd.*, p. 132.

<sup>184</sup> *Ibíd.*, p. 112.

<sup>185</sup> *Ibíd.*, p. 132.

<sup>186</sup> *Ibíd.*, p. 133.

<sup>187</sup> *Ibíd.*, p. 135.

<sup>188</sup> *Ibíd.*, p. 136. Así, para Jefferson el Senado era menos Republicano que la Cámara de representantes y que el Ejecutivo por cuanto la elección popular tenía más impacto en estos dos últimos que en el primero, y menos aún en la Judicatura, pues entonces los nombramientos eran vitalicios, de hecho, para el futuro presidente “el verdadero fundamento del gobierno republicano se encuentra en el derecho de cada ciudadano, en su persona y su propiedad, a administrarlo”, *Ibíd.*, p. 140. De ahí que fuese partidario de dividir la administración de gobierno en los siguientes niveles: primero distritos, luego condados, después estados y finalmente el nivel nacional; abogaba también por el sufragio universal, representación igualitaria en el legislativo, un ejecutivo elegido por el pueblo, jueces electos y amovibles...ya que “ahí donde cada hombre tome parte en la dirección de su república [...] y sienta que es partícipe del gobierno de las cosas no solamente un día de elecciones al año, sino cada día [...] antes se dejará arrancar el corazón del cuerpo que dejarse arrebatar el poder por un César [...] No me encuentro entre los que temen al pueblo. De él depende la supervivencia de la libertad”, *Ibíd.*, p. 129 y 143.



Jefferson, al menos en teoría, llevó, entre los teóricos estadounidenses, los postulados liberales a extremos que le enfrentarían con políticos más conservadores como Hamilton. En efecto, una prueba de su radicalismo puede verse en su defensa de una limitación temporal de la vigencia de las leyes a 19 años para que las generaciones pasadas no hipotequen a las futuras, pues temía que a la opresión de la monarquía con sus derechos hereditarios le sucediese la tiranía de las leyes perpetuas, no adaptadas al presente, con el consiguiente peligro de cargar con un orden caduco, pues los muertos no tienen derechos y sólo los vivos, la mayoría, pueden declarar una ley en la dirección correspondiente. Su animadversión a cargar a presente y futuro con las deudas del pasado también le condujo a rechazar cualquier sistema económico que incluyera la creación de un banco central nacional, pues cría que “los establecimientos bancarios son más peligrosos que los ejércitos permanentes; y que el principio de gastar dinero que tenga que pagar la posteridad, bajo el nombre de financiación, no es más que una estafa futura a gran escala”<sup>189</sup> y que “para preservar su independencia [del pueblo], no debemos dejar que los gobernantes nos carguen con una deuda perpetua” pues tras ella vienen “la desdicha y la opresión”<sup>190</sup>.

En la concepción jeffersoniana de la república ideal, en un Estado pequeño bajo el control de un pueblo formado por propietarios agrarios, se pueden encontrar los puntos cardinales de la herencia liberal, británica y francesa, tales como el derecho popular a rebelarse ante el poder despótico de Locke, la influencia de la distribución de la propiedad de la tierra en el régimen político de Harrington y de la geografía en el mismo de Montesquieu, así como el utilitarismo de la tradición *whig* o la democracia directa o autogobierno participativo de Rousseau. Jefferson fue en todos los sentidos un pensador y un político liberal, y sus posturas, el temor a un poder central federal fuerte, al dominio de leyes injustas, a una expansión excesiva del territorio nacional o a un banco central que imponga deudas desmesuradas, anticipan en muchos aspectos el aislacionismo que décadas más tarde se enfrentaría al internacionalismo, tanto Republicano como Demócrata.

Jefferson sería el encargado de escribir la Declaración de Independencia por el Comité formado para su redacción, integrado por J. Adams, R. Sherman, R. R. Livingston, el Dr. Franklin y él mismo. En el borrador que finalmente presentaría para su estudio contenía ya las notas esenciales de la finalmente aprobada. En él se recoge que tanto las leyes de la Naturaleza como las Divinas conceden a las Colonias el derecho a separarse de Gran Bretaña, como todos los hombres nacen iguales y con los mismos derechos inalienables, a saber, a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad, los gobiernos sólo pueden ser legítimos si surgen del libre consentimiento de los gobernados, y si no cumple con los objetivos el pueblo tiene derecho a rebelarse contra él, lo que en la práctica había sucedido en las Colonias británicas tras la Guerra de los Siete Años, de hecho, Jefferson cita al menos diecinueve agravios por los que se han visto obligados a rebelarse contra la Corona, entre ellos la aprobación de leyes injustas, medidas para impedir el libre desarrollo de los parlamentos locales, el entorpecimiento de la administración de justicia por los colonos, el mantenimiento en tiempos de paz de ejércitos permanentes, medidas

---

<sup>189</sup> *Ibíd.*, p. 136.

<sup>190</sup> *Ibíd.*, p. 144.



económicas contrarias al interés de las colonias, etc. Como se puede apreciar, resuenan en dicho borrador los ecos inconfundibles de la teoría antiautoritaria *whig*, y en particular los postulados de Locke, en especial lo concerniente a la concepción utilitarista del poder, su carácter delegado y el derecho a rebelarse ante sus abusos.

En la Declaración de Independencia finalmente aprobada por el Congreso el 4 de julio de 1776 se lee

mantenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su creador de determinados derechos inalienables; que entre estos se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para asegurar estos derechos se instalan gobiernos entre los hombres, que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se torna destructiva para estos fines, el pueblo tiene derecho a alterarla o abolirla, así como a instituir un nuevo gobierno, a establecer sus fundamentos en dichos principios y a organizar sus poderes del modo que aparentemente tenga una mayor probabilidad de realizar su seguridad y felicidad<sup>191</sup>

Y tras enumerar de nuevo los agravios por los cuales las Colonias se sienten dañadas, se afirma que “un príncipe cuyo carácter se encuentra, pues, marcado por cada acción que podría definir a un tirano no está capacitado para ser el gobernante de un pueblo libre”<sup>192</sup>, por tanto

los representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso General y apelando al juez supremo del mundo para la rectitud de nuestras intenciones, en nombre del buen pueblo de estas colonias y por la autoridad que éste nos confiere, publicamos y declaramos solemnemente que estas colonias unidas son y deben ser estados libres e independientes; que está eximidas de cualquier lealtad a la Corona británica y que toda conexión política entre ellas y el Estado de Gran Bretaña es, y debe ser, totalmente disuelta [...]Y para sustentar esta Declaración [...] comprometemos mutuamente nuestras vidas, nuestros bienes y nuestro sagrado honor<sup>193</sup>

Junto a la Declaración de Independencia, el Congreso Continental ratificaría otro documento fundamental para la evolución de la política exterior de Estados Unidos, fruto de la incansable labor de John Adams, quien formó parte de más de 90 comités en el Congreso, presidiendo al menos 25 de ellos, entre ellos el encargado de crear un modelo de tratado con naciones extranjeras que sirviese de base para las relaciones exteriores de la nueva república, y que contó con la participación de B. Franklin, R. H. Lee y James Wilson. El 17 de septiembre de 1776 se aprobaba el Plan de Tratados (o *Model Treaty*), presentado por Adams el 18 de julio, por el cual se sentaban las condiciones de los futuros acuerdos internacionales, y que respetaba las ideas principales de Adams, basadas en su creencia de que Estados Unidos debía valerse por sí mismo y beneficiarse del monopolio comercial americano, al mismo tiempo que se rechazaba toda alianza política con terceras naciones, sobre todo europeas, aunque eso sí, abogaba por la firma de tratados comerciales en

---

<sup>191</sup> *Ibíd.*, p. 67.

<sup>192</sup> *Ibíd.*, p. 71.

<sup>193</sup> *Ibíd.*, p. 72.



contraposición al mercantilismo reinante<sup>194</sup>, lo que en la práctica se traducían en el mantenimiento de la neutralidad norteamericana, postura que no debía variar pese a la ayuda francesa y española a las ex colonias británicas en su lucha de independencia<sup>195</sup>.

El Plan de Tratados finalmente presentado al Congreso Continental constaba de 30 artículos, en los cuales se ofrecía la reciprocidad comercial sin mayor alianza militar que la mutua protección en caso de que se interrumpiera dicha actividad comercial por ataques externos, en especial de origen pirata. En los primeros dos artículos se describen los privilegios comerciales que ambas partes han pactado, en los siguientes cinco se describe la asistencia mutua para la protección de la actividad comercial contra la piratería y otra clase de amenazas, en el séptimo Estados Unidos da su promesa de no unirse a un tercer Estado en caso de que éste entrara en guerra con el Estado firmante de dicho tratado, en el octavo se encuentra una de las cláusulas más importantes según la cual de existir un estado de guerra que involucrase al firmante del tratado, éste se comprometía a no invadir

la isla Labrador, Nueva Inglaterra, Nueva Escocia, Accadia, Canadá, Florida o cualquiera de las regiones, ciudades o pueblos del Continente de Norteamérica ni las islas de Terranova, Cabo Breton, San Juan, Anticosti ni ninguna otra isla cerca de dicho Continente, (ya que) en los mares, en cualquier golfo, bahía, o río es la verdadera intención y significado de éste Tratado que los mencionados Estados Unidos tengan la única, exclusiva, indivisible y perpetua posesión de las regiones, ciudades y pueblos en dicho Continente y de todas las islas cercanas a él, que ahora sean o hayan permanecido bajo la jurisdicción del Rey o la Corona de Gran Bretaña<sup>196</sup>

Es decir, que Estados Unidos pedía mediante dicho artículo ser reconocido como agente supremo en Norteamérica, en sustitución de Gran Bretaña, y con ello la soberanía sobre unos territorios que no sólo no eran suyos, sino que en dicho momento pertenecían a otras potencias como España, Francia o la propia Gran Bretaña, lo que sin duda es una muestra de las intenciones expansionistas ya presentes en los padres fundadores de la nación, al menos en el caso de John Adams. Para el resto de territorios que se ganasen en la guerra, lo único que Estados Unidos establecía era la garantía de libertad de comercio y otras medidas similares (artículos 9 a 12). De ahí hasta el final se mencionaban nuevas cláusulas de asistencia y protección, incluso en caso de que ambas partes entrasen en guerra, lo que prueba que dicho modelo de tratados estaba lejos de establecer cualquier tipo de alianza militar.

Por tanto, en el Plan de Tratados de 1776 diseñado por John Adams se encuentran ya las trazas tanto de la gran regla legada por George Washington al final de su presidencia, es decir, la aversión a las alianzas con otras potencias, sobre todo con las europeas, como de la Doctrina Monroe de 1823, afirmación de la

---

<sup>194</sup> ADAMS, J. Q. y ADAMS, C. F. *The Life of John Adams*, Vol. 1, J. B. Lippincott & Co., Philadelphia, 1871, p. 281.

<sup>195</sup> *Ibid.*, p. 338.

<sup>196</sup> *Journals of the Continental Congress, 1774-1789*, vol. 5, Government Printing Office, Washington, 1906, p. 579, texto consultado en [www.archive.org](http://www.archive.org)



preeminencia estadounidense en el continente americano y neutralidad respecto a los asuntos europeos, todo ello envuelto en el ideal liberal de un orden mundial pacífico basado en la reciprocidad y la libertad comerciales.

Tras la aprobación de la Declaración de Independencia, la década entre 1781 y 1791, es decir, entre la ratificación de los Artículos de la Confederación y la aprobación de las diez primeras enmiendas a la Constitución (*Bill of Rights*), marca no sólo los inicios de la nueva república sino también sus características esenciales. Después de la firma del Tratado de Paz con el Reino Unido por el que los revolucionarios lograron su independencia, aun les aguardaba la no menos ardua tarea de alcanzar un acuerdo sobre el futuro sistema que regiría su recién lograda libertad. Los excesos del radicalismo revolucionario por los que se aprobaban leyes injustas y de carácter localista en el seno de los diferentes Estados, poniendo en peligro el futuro del proyecto nacional (abusos tildados en la época de “despotismo democrático”<sup>197</sup>), allanaron el camino para el resultado final alcanzado en la Convención Constitucional de Filadelfia de 1787, en ella las tesis del Plan de Virginia liderado por James Madison triunfaron sobre el Plan de New Jersey presentado por William Paterson<sup>198</sup>. Ya la Declaración de Independencia de 1776 contenía argumentos filosóficos inspirados en John Locke sobre *laissez faire* económico e individualismo liberal y en los clásicos oponentes a la corrupción monárquica, convirtiendo a América en la tierra donde el hombre se veía por fin liberado.<sup>199</sup> Para Madison la soberanía se encontraba en el pueblo y no en los Parlamentos, de ahí la necesidad de crear nuevos modos de gobierno por los que los magistrados, presidente, etc. fuesen elegidos y revocados por los ciudadanos ya que sólo son delegados del pueblo, a escala federal esto se traducía en un gobierno central fuerte con una figura presidencial independiente elegida a través de un colegio electoral, aunque a la postre, tanto el Senado como la Cámara tendrían cierta influencia en sus decisiones para así impedir una concentración de poder exagerada en el ejecutivo. Según Kagan, la diferencia entre Federalistas y Antifederalistas no radicaba en cuestiones de política exterior o de expansionismo, sino más bien en dirimir los equilibrios de poder que regirían a la nueva república<sup>200</sup>.

A finales de la década de 1770 y a principios de la de 1780 los partidarios de una unión federal fuerte eran una minoría, entre ellos se contaban G. Washington, J. Madison, o A. Hamilton, partidarios de una democracia elitista nacional, frente a ellos, los Antifederalistas como P. Henry o R. H. Lee presentaban un proyecto de democracia popular local temeroso de un gobierno central fuerte que fuese omnipotente en materia de impuestos, de política comercial o en lo relativo al ejército<sup>201</sup>. Los debates entre Federalistas (partidarios del plan de Madison) y los Antifederalistas se desarrollaron ante la opinión pública gracias a la publicación de diversos artículos en numerosos periódicos. Los argumentos contrarios al gobierno central fuerte se basaban en que dicha autoridad acabaría con el ideal republicano centrado en pequeñas y homogéneas comunidades. En cualquier caso, el devenir de

---

<sup>197</sup> WOOD, op. cit. p. 190.

<sup>198</sup> Ibid., p. 211.

<sup>199</sup> STEPHANSON, op.cit. p. 15.

<sup>200</sup> KAGAN, op.cit., p. 65.

<sup>201</sup> VALLESPÍN, op.cit., p. 228.



los tiempos estaba ya del lado Federalista, la aprobación de la Ordenanza del Noroeste en julio de 1787, mediante la cual se concedía el mismo trato a los nuevos Estados del Oeste que a los 13 Estados originarios, rompía el sueño de una pequeña república y sentaba las bases legales de la futura expansión continental, constituyéndose en verdadero acto de política exterior al reglamentar y potenciar la futura expansión continental<sup>202</sup>, estableciendo tres pasos para la concesión de estado a los nuevos territorios, primeramente el Congreso nacional nombraría a sus respectivos gobernadores, secretarios y jueces, después, y tras alcanzar la cifra de 5.000 hombres adultos estos ya podrían elegir a sus representantes, y por último al llegar a 60.000 ciudadanos libres podrían pedir su acceso a la categoría de estado<sup>203</sup>. Así, el expansionismo daba pie a la justificación de la necesidad de un gobierno central con autoridad suficiente como para controlar tan colosal extensión territorial, y mostrar a las claras el menosprecio de los revolucionarios por el régimen colonial, para ellos el territorio americano no sería considerado como una colonia, sino como una parte integrante más de la nueva república.

Las tesis defendidas por los Federalistas fueron apareciendo en 85 artículos publicados en varios periódicos entre el 1 de octubre de 1787 y el 28 de mayo de 1788, escritos por A. Hamilton, J. Madison y J. Jay, de los cuales 51 corresponden al primero, en los que se contenían las trazas de lo que sería el futuro sistema federal de la nación. *El Federalista* se puede interpretar como la encarnación de la reflexión política estadounidense en teoría constitucional, con el objetivo de formular el nuevo sistema de gobierno entre el ideario nacionalista y Federalista, junto a la exigencia de salvaguardar el movimiento revolucionario a través de ese mismo nuevo gobierno<sup>204</sup>. Ya en una carta de Hamilton a J. Duane del 3 de septiembre de 1780, aquel detallaba lo que a su juicio debía ser el esquema político de Estados Unidos

el defecto fundamental es el ansia de poder del Congreso (Confederal)...que ha hecho que los Estados particulares se muestren celosos de todo poder fuera de sus manos...la Confederación es en sí misma defectuosa y requiere ser cambiada, no está preparada para la guerra ni para la paz. La idea de una soberanía incontrolable de cada Estado...derrotará al resto de poderes dados al Congreso (Federal)...corremos mayor peligro teniendo un Gobierno Federal débil y desunido que uno capaz de usurpar los derechos del pueblo...el Congreso (Federal) debe tener soberanía total en todo lo relacionado con la guerra, la paz, el comercio, las finanzas, el manejo de los asuntos internacionales, el derecho de declarar la guerra y formar ejércitos...de crear moneda, establecer bancos...<sup>205</sup>

En las líneas anteriores se pueden entrever las notas principales del diseño político que años más tarde el propio Hamilton describiría de forma más elaborada en sus artículos del *Federalista*. La necesidad de unir a los trece estados originales en una unidad mayor fue la piedra angular de su proyecto, para Hamilton “el vigor del gobierno es esencial para la seguridad de la libertad”<sup>206</sup>, viendo en el fracaso de la

---

<sup>202</sup> KAGAN, op.cit., p. 76.

<sup>203</sup> JOHNSON, Paul *A History of the American People*, Harper Perennial, New York, 1999, p. 182.

<sup>204</sup> VALLESPÍN, op. cit., p. 233.

<sup>205</sup> HAMILTON, Alexander *Writings*, The Library of America, New York, 2001, p. 70-87.

<sup>206</sup> *Ibid.*, The *Federalist* n° 1, p. 173.



unión la fuente de futuros conflictos entre los diversos estados, ya que “*divide et impera* debe ser la divisa de toda nación que nos odie tanto como nos tema”<sup>207</sup>, por ello “una unión firme será lo mejor para la paz y libertad de los estados así como una barrera contra la facción y desunión domésticas”<sup>208</sup>, incluso que Estados Unidos contase con un comercio activo dependía tanto de la unidad política como de la creación de una Armada capaz de defender su neutralidad, ya que para Hamilton un ejército nacional era esencial para cimentar dicha unión, siendo su existencia vital para defender al país y no provocar así la invasión exterior, ya que consideraba a la Milicia insuficiente para la defensa de la libertad nacional<sup>209</sup>. Para Hamilton no depender de la voluntad europea era esencial, de ahí la necesidad de contar con un Gobierno Federal fuerte gracias al mando de una poderosa Armada que asegurase su libertad comercial<sup>210</sup>.

En el resto de artículos Hamilton describía lo que a su juicio debía ser el entramado institucional de la nueva entidad federal, contando primeramente con un ejecutivo fuerte ya que “un ejecutivo débil implica una débil ejecución gubernamental”<sup>211</sup>, considerando el acuerdo alcanzado sobre los Tratados Internacionales como uno de los mayores éxitos del nuevo sistema, por el que el Presidente tiene la iniciativa y potestad de negociarlos y presentarlos al Senado para su ratificación por dos tercios<sup>212</sup>, lo que en el futuro, como tendremos ocasión de ver en numerosas ocasiones, tendrá una importancia capital a la hora de dilucidar los debates en torno a la política exterior estadounidense. Del poder judicial se ocupó de los artículos 78 a 83, siendo para él la ausencia de un sistema judicial válido lo que más distinguía a una democracia del despotismo.

Si para Hamilton “una nación sin un gobierno nacional es un espectáculo horrible”, los Antifederalistas le acusaban de conspirar contra la libertad del pueblo<sup>213</sup>, creando un Gobierno Federal que a la postre no sería más que un remedo de los palacios europeos que acabaría con la libertad de los estados, de hecho, la enemistad entre Hamilton y Jefferson creció tanto a lo largo de dichos debates que aquel no dudó en afirmar al Gobernador Morris que “si hay un hombre en el mundo al que deba odiar, ese es Jefferson”<sup>214</sup>.

En todo caso, como señala Herring, durante el periodo confederado la principal preocupación fue el comercio. En 1789 Estados Unidos contaba con cuatro millones de habitantes que principalmente vendían materias primas y compraban manufacturas europeas (ya en 1784 llegaba al puerto chino de Cantón el primer barco procedente de Estados Unidos), lo que se plasmó de manera muy viva en el

<sup>207</sup> Ibid., The Federalist n° 6, p. 189.

<sup>208</sup> Ibid., The Federalist n° 9, p. 196.

<sup>209</sup> Ibid., The Federalist n° 25, p. 267.

<sup>210</sup> Como él mismo expresara “una unidad comercial, al igual que los intereses políticos, sólo puede ser el resultado de una unidad de gobierno... ¡Permitir a los americanos despreciar los instrumentos de la grandeza de Europa!” y de ese modo “¡ser capaces de dictar los términos de la conexión entre el viejo y el nuevo mundo!”, Ibid., The Federalist n° 11, p. 207,

<sup>211</sup> Ibid., The Federalist n° 70, p. 374.

<sup>212</sup> Ibid., The Federalist n° 75, p. 406.

<sup>213</sup> Ibid., The Federalist n° 85, p. 479.

<sup>214</sup> Ibid., carta del 26 de diciembre de 1800, p. 972.



enfrentamiento entre Federalistas y sus oponentes políticos. Estos últimos lograron aprobar la medida más polémica de toda la Convención, la necesidad de alcanzar mayoría de dos tercios en el Senado para la ratificación de Tratados Internacionales, ya que temían un excesivo poder del ejecutivo federal que condujese a una actuación internacional desmesurada, pues a diferencia de los Federalistas, para quienes la expansión comercial era la llave de un ejecutivo fuerte para colocar a la república en su lugar en el mundo, los Antifederalistas veían en el aislamiento geográfico y en la fuerza de su ejemplo las mejores armas para la seguridad y el engrandecimiento nacionales<sup>215</sup>. Como vemos, al igual que cierta parte del pensamiento jeffersoniano, los Antifederalistas anticipaban en muchos aspectos el posterior ideario aislacionista.

A la hora de redactar la Constitución, el principio de representación virtual ya se había erosionado completamente en las colonias a medida que la identidad entre pueblo y representante se fue degradando, pues entre los colonos se fue extendiendo la demanda de que éste debía ser responsable ante sus electores<sup>216</sup>. Los revolucionarios americanos concebían la Constitución como la ley máxima que asentaba las fronteras entre los poderes estatales, debiendo las leyes escritas, para ser buenas, adaptarse a las leyes naturales abstractas inherentes al ser humano. Ya en algunos estatutos de finales de siglo XVII, como los de Massachussets o New Jersey, había disposiciones que incluían tanto derechos y privilegios de sus habitantes como prohibiciones a sus gobiernos, pudiéndose ver en ellos un antecedente de la Constitución de 1788, en la cual, los derechos ideales serían la vida, la libertad y la propiedad<sup>217</sup>, exactamente los mismos motivos esgrimidos por Locke por los cuales los hombres se unen en una comunidad política.

La cuestión de mayor trascendencia a la que tuvieron que hacer frente los constitucionalistas americanos fue la relativa a la soberanía. Según la tradición inglesa ésta se basaba en la indivisibilidad del poder así como en el lugar donde residía, ya fuese la corona, o a partir de la Revolución Gloriosa, en el Parlamento, pero en las colonias americanas, pese a la soberanía única y absoluta de los británicos, existía una gran descentralización, por lo que al comienzo de la revuelta atacarían el concepto de soberanía parlamentaria, al considerarla un agravante de la presión ejercida por el poder colonial, para sustituirla por una soberanía basada primero en las relaciones de la Commonwealth, y sólo a partir de 1778 en la propia soberanía popular, convirtiéndose así un argumento político, la desobediencia al Parlamento, en un imperativo moral al estallar la revuelta<sup>218</sup>.

Junto al problema de la soberanía, los revolucionarios debieron encarar la ausencia de nobleza en las colonias a la hora de estructurar la división de poderes y su balance a través de contrapesos, pues si en Gran Bretaña la nobleza jugaba el papel moderador ente el poder del ejecutivo y las presiones del pueblo, pues la división de poderes se trataba más que nada de división de clases, en las colonias era necesario inventar un nuevo equilibrio, hallado en la suma de república y democracia, donde el

---

<sup>215</sup> HERRING, George C. *From Colony to Superpower. U. S. Foreign Relations since 1776*, Oxford University Press, New York, 2008, p. 50-54.

<sup>216</sup> BAILYN, ob.cit., p. 172.

<sup>217</sup> *Ibid.*, p. 182 y 195.

<sup>218</sup> *Ibid.*, p. 200, 224 y 306.



privilegio hereditario británico sería substituido por el conocimiento y la sabiduría de la libertad americana<sup>219</sup>. Como bien resume Kissinger “aunque han existido otras repúblicas, ninguna fue creada para encarnar la idea de la libertad. Sólo la población de este país decidió encabezar un nuevo continente y civilizar sus regiones pobladas en nombre de una libertad y prosperidad comunes a todos”<sup>220</sup>.

La aprobación de la Constitución por la mayoría de los Estados en 1788, que seguía en lo primordial lo establecido por Benjamin Franklin en el segundo Congreso Continental en sus *Artículos de la Confederación y la Unión Perpetua*<sup>221</sup>, instauraba el nuevo régimen por el que

nosotros el pueblo de Estados Unidos, para formar una unión más perfecta, establecer justicia, asegurar la tranquilidad doméstica, proveer para la defensa común, promocionar el bienestar general y asegurar las bendiciones de la libertad a nosotros y a nuestra posteridad...<sup>222</sup>

No se trata de un texto exhaustivo, en ella se marcan las diferentes esferas de poder entre el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial (artículos I, II y III), además de regular el papel de los Estados (aquí se deja libre el acceso de nuevos Estados a la Unión, sección 3 del artículo IV). Meses antes, en julio de 1787, se había llegado al Compromiso de Connecticut por el cual se concedía a la Cámara de Representantes el poder financiero y al Senado, que representaría a los estados, el poder en materias de política exterior<sup>223</sup>. El texto fue fiel reflejo de la nueva nación, cuyas notas principales serían republicanism, espíritu ilustrado, libre comercio, paz, individualismo y *laissez faire* económico<sup>224</sup>.

Como primer Presidente de Estados Unidos fue elegido el ex comandante del ejército continental, George Washington, que en su discurso de inauguración repetiría los temas tradicionales de la excepcionalidad estadounidense

De ningún pueblo puede esperarse que reconozca y adore la Mano invisible que conduce los asuntos del hombre más que aquel de los Estados Unidos. Cada paso por los que han avanzado hacia el carácter de una nación independiente parece haber sido distinguido por alguna especie de agencia providencial [...] además de una humilde anticipación de las futuras bendiciones cuyo pasado parece presagiar<sup>225</sup>

De nuevo la república aparece bendecida por la gracia divina y convertida así en ejemplo para el resto de naciones

---

<sup>219</sup> *Ibid.*, p. 277-297.

<sup>220</sup> KISSINGER, Henry *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona, 1998, p. 11.

<sup>221</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 150.

<sup>222</sup> Texto de la Constitución consultado íntegro en [www.law.cornell.edu/constitution/constitution.overview.html](http://www.law.cornell.edu/constitution/constitution.overview.html)

<sup>223</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 188.

<sup>224</sup> BOSCH, ob.cit. p. 31.

<sup>225</sup> Primer discurso de inauguración de George Washington consultado íntegro en [www.bartleby.com/124/pres13.html](http://www.bartleby.com/124/pres13.html)



Desde que la preservación del fuego sagrado de la libertad y del destino del modelo republicano de gobierno es justamente considerada, quizás, tan profundamente, como finalmente, apuntalada en el experimento confiado a las manos del pueblo Americano<sup>226</sup>

Es decir, el sistema democrático es inseparable de la existencia misma de Estados Unidos como nación, ya que se encuentra en la raíz de su concepción, habiendo sido la razón cardinal de su impulso independentista.

No sólo en los Estados Unidos se dio la bienvenida al nuevo régimen, los radicales ingleses también festejaron la Independencia norteamericana. El filósofo moral presbiteriano Richard Price, amigo personal de Benjamin Franklin y admirador de las revoluciones americana y francesa, recogió en su panfleto de 1789 *Discourse on the love of the country*<sup>227</sup> sus buenos augurios sobre la naciente república. Para Price los Estados Unidos no sólo serían el territorio físico que engloban, sino que también estaba compuesto por la comunidad y el sistema político que lo regía, aunque prevenía de la ilusión de creer que cada sistema propio sea el mejor, y urgía a las autoridades estadounidenses para que cambien el rumbo de la historia y por primera vez no usen el amor a su país como justificación de la dominación o las guerras, sino que aprendan a “corregir y purificar esa pasión, y convertirla en un principio de acción racional y justo”<sup>228</sup>, para ello han de servirse de “la Benevolencia Universal”<sup>229</sup> revelada por Dios y sus Apóstoles, con ello Estados Unidos no debía olvidar que al desplegar tan noble principio como la justicia debe hacerlo sin menoscabo del bien universal, es decir, de nuevo se urge a Estados Unidos a aplicar a escala mundial su sistema al estar basado en supuestos principios universales, “debemos considerarnos como ciudadanos del mundo, y procurar mantener una justa consideración hacia los derechos de otros países”<sup>230</sup>.

### 1.b.3. De George Washington a James Madison

Como primer Presidente, G. Washington tuvo que enfrentarse a la tarea de definir la identidad y los intereses nacionales de Estados Unidos, si bien para ello no dudó en emplear una estrategia realista para preservar los ideales por los que se había luchado en la Independencia. Con la guía de la razón, la religión, la filosofía y la política, Washington diseñó una política basada en los pilares de la unión indisoluble de los estados, la justicia, la paz y la armonía entre los ciudadanos que

---

<sup>226</sup> *Ibíd.*

<sup>227</sup> PRICE. R, *Discourse on the love of the country*, texto íntegro consultado en [www.fordham.edu/halsall/mod/1789price-patriotism.html](http://www.fordham.edu/halsall/mod/1789price-patriotism.html)

<sup>228</sup> *Ibíd.*

<sup>229</sup> *Ibíd.* En la década de 1990 los propios políticos estadounidenses se referirán a su dominio global como “hegemonía benevolente”.

<sup>230</sup> *Ibíd.* Para Price era esencial acabar con la ignorancia y mantener una ciudadanía con una educación digna como mejor remedio contra el misticismo religioso y su equivalente político, la tiranía, pues “la ignorancia es la madre del fanatismo, la intolerancia, la persecución y la esclavitud” y por el contrario “un país iluminado y virtuoso debe ser un país libre”, *Ibíd.*



proporcionasen prosperidad, aunque en ocasiones sacrificaran ventajas individuales en el interés de la comunidad<sup>231</sup>.

En el plano externo ello implicó que G. Washington tuviese la supervivencia y afianzamiento de la nueva república como su máximo objetivo, de ahí que en 1793 proclamase la neutralidad estadounidense en la guerra europea que enfrentaba a la Francia revolucionaria con el resto de potencias, a pesar del tratado de mutua defensa que unía a ambos países desde 1778, acuerdo cuyo papel en la victoria estadounidense sobre Londres fu innegable. Pero en 1793 el régimen de Luis XVI había sucumbido a la revolución de 1789, y por tanto no estaba claro si Estados Unidos debía ayudar a un Estado cuya forma de gobierno había cambiado de manera tan abrupta, además, también existía un alto grado de incertidumbre sobre la obligación de un tratado defensivo en una situación de agresión. En todo caso, G. Washington defendía por encima de todo la seguridad estadounidense, y no la pondría en peligro enredando al país en conflictos lejanos, lo que le valió las acusaciones del embajador francés P. Adet de maquiavélico, al ignorar el compromiso de defensa a favor del mero interés nacional<sup>232</sup>.

Mientras que en 1796, G. Washington apoyaría el tratado negociado por John Jay con Londres por el cual se ponía fin a todas las reclamaciones derivadas de la guerra de Independencia, implicando la evacuación británica del oeste de Estados Unidos, el cálculo de las compensaciones por daños en ambas partes y la negociación de términos razonables de intercambios comerciales, si bien el Presidente estadounidense se negó a incluir cualquier cláusula compensatoria por los esclavos perdidos por los británicos, al negarse a considerarlos como propiedad.

George Washington se mantuvo al frente de la Casa Blanca hasta 1796, para entonces los debates políticos se centraban en torno a las posturas encabezadas por su Secretario del Tesoro, Alexander Hamilton, y su Secretario de Estado, Thomas Jefferson. La joven república luchaba aun por escapar al control del Reino Unido, si bien la independencia le había otorgado la autonomía política, los líderes estadounidenses eran conscientes de que el control marítimo por parte de la flota británica y los dominios canadienses de la Corona amenazaban con prolongar la influencia inglesa sobre la vida política de la nación; para Mead ésta sería la principal cuestión política a resolver en la primera etapa de Estados Unidos, lograr una total y efectiva independencia del Reino Unido sin perjuicio de los equilibrios de poder europeos, es decir, mantener alejada a la Corona británica de los asuntos internos estadounidenses sin comprometer su posición en Europa<sup>233</sup>, para no beneficiar así a cualquier otra potencia, ya fuese Francia o Austria, de ahí la importancia de la neutralidad y del Tratado Jay. Igual de importante era que la nueva nación pusiera en orden sus cuentas, que habían salido mal paradas de la guerra de Independencia, y cuya deuda amenazaba con truncar la libertad recién ganada. Al frente del Departamento del Tesoro, Hamilton pudo sentar las bases del crecimiento económico

---

<sup>231</sup> ALLEN, W. B., "The Moral Foundations of George Washington's Foreign Policy Choices", artículo aparecido en *The Review of Faith & International Affairs*, 2011, consultado en [www.bestthinking.com](http://www.bestthinking.com)

<sup>232</sup> *Ibíd.*

<sup>233</sup> MEAD, Walter Russell *Special providence. American foreign policy and how it changed the world*, New York, Ed. Routledge, 2002, p. 80.



estadounidense bajo los principios que animaban al resto de padres fundadores, los defendidos por John Locke, quien hacía depender la seguridad de la propiedad de la libertad personal, aunque donde difería de algunos de ellos, en especial de Jefferson, era en la forma de defender dicha libertad, pues para Hamilton era imprescindible acabar con la deuda nacional, y después crear un sistema económico nacional gracias a unas aduanas e impuestos universales, la creación de un Banco Nacional y la promoción de la industrialización de Estados Unidos<sup>234</sup>. A pesar de las diferencias, de 1790 a 1800 las exportaciones estadounidenses aumentaron un 50 por ciento, de 20 millones de dólares a 30, y el porcentaje de utilización de barcos estadounidenses para su transporte pasó del 40 por ciento inicial al 90 por ciento final, si bien las importaciones crecieron aun más, pasando de 22,5 millones de dólares a 52 millones, además, el comercio exterior ayudó a unir más al país conectando la costa Este comercial con el interior agrario<sup>235</sup>.

Tanto la centralización económica como su industrialización eran contrarias al credo político de Jefferson, quien hacía descansar el progreso nacional en su fe en los granjeros americanos, más que en sus industriales o financieros, representando a los intereses del sur en contraposición a las élites económicas de Boston y Nueva York, diferencias que se acentuarían en el segundo mandato de Washington, cuando éste se inclinó definitivamente a favor de las tesis Federalistas. A través de las fracturas políticas provocadas por dichos debates se fue gestando la creación del Partido Republicano-Democrático<sup>236</sup>, heredero de los antiguos *whigs*, y que arrebataría al Partido Federalista la presidencia en pocos años. De todos modos, la industrialización del país era un proceso irrefrenable, y en 1787 se estableció en Beverly, Massachusetts, la primera fábrica de algodón, al año siguiente se fundó la primera de lana y en 1789 llegaría el vapor a los ríos estadounidenses<sup>237</sup>, en esto, como en muchos otros aspectos, Hamilton ganaría la batalla a Jefferson.

Pese a los debates, o quizá gracias a ellos, durante sus años en la presidencia, G. Washington tuvo que enfrentarse a la difícil cuestión de cómo una sociedad libre podía hacer de la conciencia de su virtud el instrumento de su defensa, y en su discurso de despedida, legaría su testamento político, contando para su elaboración con la inestimable ayuda de Alexander Hamilton y James Madison. Para el primer Presidente la fortuna que había acompañado el nacimiento de Estados Unidos se debía principalmente a la gracia divina, a la hermandad entre los estados, al respeto de la Constitución y al buen gobierno, garantes todos ellos de la felicidad derivada de la libertad con la que se disfrutaba entonces en América, de ahí que recomendara su “adopción por toda nación que sea aún extraña a ellos”<sup>238</sup>. De nuevo se tomaba al sistema político republicano democrático como el más acorde con el buen gobierno. Pero Washington no se conformaba con alabar su régimen político y advertía a continuación de los peligros que amenazaban con pervertirlo, siendo el primero la posibilidad de acabar con la unidad de gobierno bajo los intereses locales y estatales,

---

<sup>234</sup> p.212.

<sup>235</sup> KAGAN, op.cit., p. 96.

<sup>236</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 219.

<sup>237</sup> *Ibíd.*, p. 227.

<sup>238</sup> WASHINGTON, George, Discurso de despedida de del 19 de septiembre de 1796, texto íntegro consultado en [www.access.gpo.gov/congress/senate/farewell/sd106-21.pdf](http://www.access.gpo.gov/congress/senate/farewell/sd106-21.pdf)



ya que “el nombre de América [...] debe siempre exaltar el justo orgullo del patriotismo más que cualquier apelación derivada de discriminaciones locales”<sup>239</sup> y evitar así guerras fratricidas (cuyo germen procedería de un sectarismo geográfico discriminatorio) y garantizar de forma más efectiva el crecimiento económico nacional; el segundo peligro estaba representado por los excesos partidistas, pues “sirve para distraer los consejos públicos y debilitar la administración pública”<sup>240</sup> y lo que era más grave, puede conducir al despotismo y a la dictadura, para evitarlo era imprescindible mantener un riguroso balance entre los poderes, siendo “la religión y la moralidad apoyos indispensables”<sup>241</sup> para la prosperidad política.

La tercera advertencia de Washington trataba sobre la necesidad por parte de Estados Unidos de “observar la buena fe y justicia hacia las naciones, cultivar la paz y la armonía con todas”<sup>242</sup> puesto que “¿puede ser que la Providencia no haya conectado la felicidad permanente de una nación con su virtud?”<sup>243</sup>, pues una nación que se declara enemiga de otra se convierte por necesidad en su esclava, lo mismo que si desarrolla una política de seguidismo incondicional, y aquí introduce su idea más importante y que marcaría la política estadounidense por más de un siglo, “la *gran regla* de conducta para nosotros respecto a las naciones extranjeras es, al extender nuestras relaciones comerciales, tener tan poca conexión política con ellas como sea posible”<sup>244</sup>, puesto que las potencias europeas continuaban enredadas en las clásicas disputas de poder “nuestra separada y distante situación nos invita y permite perseguir un camino diferente [...] cuando decidamos entre guerra y paz, como nuestro interés guiado por la justicia nos aconseje”<sup>245</sup> ya que “es nuestra verdadera política mantenernos alejados de alianzas permanentes con cualquier porción del mundo extranjero”<sup>246</sup>, ahora que Estados Unidos gozaba de la libertad necesaria para lograrlo, eso sí, haciendo honor a los compromisos hasta el momento adquiridos pero sin extenderlos más allá para “prevenir a nuestra nación de recorrer el camino que hasta el momento ha marcado el destino de las naciones”<sup>247</sup>, se trata, de nuevo, de una referencia expresa al deseo de que Estados Unidos comience un nuevo curso de acción en la escena internacional; una última consecuencia lógica de su *gran regla* era la voluntad de proseguir bajo una posición de neutralidad con respecto a los conflictos entre otras potencias con el fin de “mantener invioladas las relaciones de paz y amistad con otras naciones [...] y para progresar sin interrupción hacia el grado de fortaleza y consistencia que es necesario para dar, humanamente hablando, el control de sus fortunas”<sup>248</sup>.

Es decir, para la defensa de la sociedad libre nacida de la Independencia, G. Washington, quien entendía la soberanía como una lucha por la justicia, no cedería a

---

<sup>239</sup> *Ibíd.*

<sup>240</sup> *Ibíd.*

<sup>241</sup> *Ibíd.*

<sup>242</sup> *Ibíd.*

<sup>243</sup> *Ibíd.*

<sup>244</sup> *Ibíd.* La cursiva es mía, se trata de resaltar la expresión de Washington y por la que generalmente se conoce éste discurso de “La Gran Regla”.

<sup>245</sup> *Ibíd.*

<sup>246</sup> *Ibíd.*

<sup>247</sup> *Ibíd.*

<sup>248</sup> *Ibíd.*



los chantajes injustos de las políticas de poder europeas, totalmente en contra de la voluntad del pueblo estadounidense, cuyo modelo de sociedad debía defenderse mediante la libertad de acción exterior, máxime cuando a finales del siglo XVIII la democracia no gozaba de la aceptación internacional con la que cuenta en nuestros días. De ahí que Washington viera en las relaciones comerciales y la ausencia de compromisos internacionales las salvaguardias del sistema estadounidense, aunque eso sí, guiándose siempre en sus relaciones con terceros por la justicia propia de su modelo, pátina idealista que no podía esconder el realismo de su postura, al compensar la debilidad de la nueva nación con una neutralidad interesada que muy pronto sacrificó la amistad del antiguo aliado francés por el comercio con la antigua metrópoli británica.

Las palabras de Washington seguían fielmente el borrador de su discurso que en forma de carta le mandara Hamilton dos meses antes, además de citar la gran regla, en ella observaba que “nada es tan esencial que las antipatías contra naciones particulares y los compromisos apasionados por otras sean desterrados- y que en lugar de ellos cultivemos sentimientos justos y amigables hacia todas ellas”<sup>249</sup>, y hablando de las alianzas europeas indicaba que “la unión liberal y armónica con todas las naciones es recomendada por la justicia humana y el interés”<sup>250</sup>. Como se puede apreciar, lo que separaba esta postura de unilateralismo aislacionista de la defendida por Jefferson, no era la aversión a las alianzas externas, pues en ello no podían estar más de acuerdo, sino la insistencia de los Federalistas en buscar la vía comercial como modo de engrandecimiento nacional, con la fortaleza del Gobierno Federal como necesario corolario, fortalecimiento e insistencia comercial ajenos a las tesis Antifederalistas.

Por tanto, Washington fue consciente del papel protagónico al que estaba llamado a desempeñar Estados Unidos en el nuevo concierto internacional, pero al mismo tiempo dejó a sus sucesores un conjunto de consejos para no ver peligrar el proyecto americano, empresa que contaba a su favor tanto con el beneplácito divino como con la superioridad de su modelo político, por no hablar de los elementos geográfico (unas tierras que parecían no tener fin y agraciadas con la frontera oceánica con la turbulenta Europa) y demográfico (con una población en constante crecimiento doblando su número cada 22 años)<sup>251</sup>. Como se ha visto anteriormente, Washington concebía la defensa de la libertad como la razón de ser de la excepcionalidad de la experiencia americana, para McDougall<sup>252</sup> esta característica sería la primera de las que conforman, como él denomina al credo político estadounidense, su “viejo testamento”<sup>253</sup>. El excepcionalismo dataría, para el mismo autor, de los orígenes mismos de la colonización, donde a la libertad religiosa (respecto a Roma y Canterbury) pronto se uniría la política (de Londres) para crear una unidad nacional donde por fin se llevase a cabo el ideal republicano. Para los padres fundadores el modelo americano no debía exportarse más que a través del

---

<sup>249</sup> HAMILTON, op.cit., carta a G. Washington del 30 de Julio de 1796, p. 864.

<sup>250</sup> *Ibid.*

<sup>251</sup> HERRING, op.cit. p.57.

<sup>252</sup> McDOUGALL, Walter A. *Promised land, crussader State. The American encounter with the world since 1776*, Mariner Books, New York, 1997, p. 15-21 y 218.

<sup>253</sup> *Ibid.*, p. 10.



ejemplo doméstico, la “diplomacia mesiánica”<sup>254</sup> sustituía así a la vieja diplomacia de tratados secretos que resolvía sus disputas con la fuerza de las armas, último recurso de quien ha perdido la fuerza de la razón. La política exterior servía pues para apuntalar el excepcionalismo que definía domésticamente al carácter estadounidense, huyendo así de cruzadas peligrosas que pusieran en peligro esa misma libertad (ya fuese a través de las alianzas de las que abominaba Washington o de la participación americana en guerras innecesarias). A tenor de lo dicho habría que entender la *gran regla* de Washington, su afán por no enredar el destino norteamericano en los asuntos europeos, no tanto en clave de deriva aislacionista sino de un anhelo por conservar la autonomía en materia de política exterior, y de paso enfriar el debate interno entre los partidarios de Gran Bretaña y los de Francia, mientras la nación se fortalecía en el proceso; así, para cuando Washington dejaba la presidencia, ya existía en Estados Unidos un rico debate acerca de lo que esa independencia de acción implicaba para el joven país, y como se aprecia, por mucho que lo anhelaran algunos estadounidenses, la influencia de los sucesos en Europa era tan grande en Estados Unidos que hubiese resultado un ejercicio utópico tratar de aislarse por completo de los mismos.

Como sucedió con la aprobación de la Constitución, cuando se enfrentaron las tesis Federalistas y las Antifederalistas, también el excepcionalismo estadounidense suscitaría el anunciado enfrentamiento entre Hamilton y Jefferson. Que Estados Unidos tenía que emanciparse totalmente de Gran Bretaña estaba muy claro en las mentes de los políticos norteamericanos, el cómo fue el objeto del primer gran debate estadounidense acerca de la naturaleza de su sistema político y sus implicaciones en política exterior, diatribas que dan fe de la riqueza en matices de la construcción nacional norteamericana. Según Kagan, sus diferencias se debían a las distintas concepciones del liberalismo que ambos tenían, de ahí que los hamiltonianos temiesen una victoria francesa sobre Londres, dados sus designios revolucionarios universalistas, y que los jeffersonianos prefiriesen el triunfo francés al británico, pues tales posturas venían dadas por sus visiones distintas de lo que debían encarnar el proyecto nacional, lo que a su vez se traducía en diferencias en política exterior<sup>255</sup>.

Siguiendo a Mead<sup>256</sup>, el legado político de A. Hamilton puede considerarse el más realista de cuantos influyen sobre la acción exterior de Estados Unidos, aunque expresado en términos familiares al realismo europeo<sup>257</sup> y tomando como guía la política exterior de Gran Bretaña, desarrolló un *corpus* teórico genuinamente americano sujeto a los intereses nacionales y a una valoración objetiva de las debilidades y fortalezas propias. Al valorar la posición geoestratégica de Estados Unidos, tan distinta de la británica, Hamilton halló en el comercio la vía de engrandecimiento nacional, por la que se acabaría con el tradicional juego de suma cero en las relaciones entre Estados<sup>258</sup>, eso sí, sin renunciar a un ejército diseñado no

---

<sup>254</sup> Ibid., p. 20.

<sup>255</sup> KAGAN, op.cit., p. 125.

<sup>256</sup> MEAD, op.cit., p. xii. Para el autor la política exterior de Estados Unidos está condicionada por cuatro tradiciones representadas por cuatro Presidentes, a saber, la Hamiltoniana, la Jeffersoniana, la Jacksoniana y la Wilsoniana. Aunque ahora nos centremos en las dos primeras volveremos más tarde sobre las restantes.

<sup>257</sup> Ibid., p. 100, que el autor denomina “continental” al usar frases como “el interés nacional” o “el balance de poder”.

<sup>258</sup> Ibid. p. 103.



para atacar sino para cumplir dignamente con la misión de la defensa nacional. Esa política comercial requería de los políticos americanos la observancia de tres pilares económicos, el primero la libertad de mares que chocaba tanto contra el dominio naval británico como con los diferentes intereses imperiales europeos; el segundo consistía en garantizar la política de puertas abiertas para los bienes fabricados en Estados Unidos, política que también tropezaba con el imperialismo europeo y sus esferas de poder, al implicar una apertura de mercados hasta el momento cerrados; y el tercero trataba de instaurar un mercado monetario mundial libre, y ésta fue la causa del primer debate entre hamiltonianos y jeffersonianos, al postular los primeros la necesidad del Primer Banco de Estados Unidos frente a la negativa de los segundos. Con estas medidas, Hamilton buscaba lograr cierto umbral de fortaleza nacional más allá del cual el Reino Unido no tuviese más remedio que respetar los intereses estadounidenses y al mismo tiempo les mantuviese alejados de la política europea. Como se puede ver, la política hamiltoniana era tan realista como internacionalista, cuyo idealismo era de bajo perfil y siempre a la zaga de los anteriores.

Si bien Hamilton representa un sesgo cosmopolita y financiero en el espectro político estadounidense, Jefferson, a pesar de contar con un impresionante expediente en asuntos internacionales (fue representante de Estados Unidos en París y primer Secretario de Estado) puede ser considerado como una figura típica de la idiosincrasia norteamericana, como sus ideas políticas atestiguan. Partidario de la defensa de la autonomía estatal frente al poder federal y del componente democrático frente al económico, para Jefferson, como hemos visto, la Revolución Americana no había concluido con la independencia y la aprobación de la Constitución, sino que se trataba de un proceso inacabado y por tanto en desarrollo<sup>259</sup>, en consecuencia, el deber de los estadistas norteamericanos no era tanto extender su modelo en el exterior sino defenderlo en el plano doméstico, ya que los mayores peligros para la república provenían de las guerras, ya se tratase de una invasión por otro país o de los efectos perversos que producen en los resortes estatales (aumento del gasto y la deuda públicos, extensión del secretismo...), de ahí que tratase de implementar una política cauta, alejada del internacionalismo hamiltoniano y del tradicional idealismo norteamericano, basada en evitar el conflicto armado y en el respeto del entramado constitucional a la hora de implementar la política exterior<sup>260</sup>. Por lo que respecta a la relación con el Reino Unido, los jeffersonianos buscaban nivelar el poder de Estados Unidos respecto al británico a través de una alianza más estrecha con Francia, y de paso presionar con ello a España, lo que iba en contra tanto del equilibrio de poder europeo como de la *gran regla* washingtoniana y de la postura Federalista, afín al acomodo con Londres, todo ello a la postre dividió el espectro político estadounidense entre los Republicanos partidarios de Jefferson y los Federalistas de Hamilton<sup>261</sup>. Para Jefferson, los Estados Unidos no tenían necesidad de un imperio ni de una mayor extensión territorial, pero como veremos más adelante, ni él mismo pudo evitar la imparable ascensión estadounidense al rango de potencia continental.

---

<sup>259</sup> *Ibíd.*, p. 178.

<sup>260</sup> *Ibíd.*, p. 190.

<sup>261</sup> HERRING, *op. cit.*, p. 69 y HENDRICKSON, David C. *Union, Nation or Empire. The American Debate over International Relations, 1789-1941*, University Press of Kansas, Kansas, 2009, p. 31.



Desde el comienzo mismo de la república, pues, existió un rico debate sobre el carácter de la misma y las acciones que la guiarían en la arena internacional; por un lado el internacionalismo económico de Hamilton, por otro el crecimiento auto centrado de Jefferson. La Revolución Francesa añadiría más leña al fuego del enfrentamiento ideológico en Estados Unidos<sup>262</sup>, oponiendo a los partidarios de la Francia revolucionaria contra los leales al modelo conservador británico, lo que se tradujo en la división partidista entre los Demócratas pro-franceses y los Federalistas pro-británicos, que traslucía dos concepciones de la sociedad bien distintas, la primera más democrática contra la segunda más aristocrática. Para Jefferson, que se encontraba en París cuando estalló la revuelta, se trataba de un proceso necesario para alcanzar la libertad, para ello Francia podía contar con Estados Unidos como modelo, siendo imprescindible reprimir sus excesos a través de una élite sabia y moderada; de todos modos, pronto se instaló el temor de una extensión de la revolución por toda Latinoamérica, evidenciando la habitual aversión norteamericana a la revolución como forma de cambio social<sup>263</sup>.

Las consecuencias de la Revolución Francesa marcarían la presidencia de John Adams, sucesor de G. Washington. J. Adams fue consciente en todo momento de la necesidad mantener a Estados Unidos neutral respecto a los enfrentamientos internacionales emanados del viejo continente, bajo

una inflexible determinación por mantener la paz y la fe inviolable en todas las naciones, y ese sistema de neutralidad e imparcialidad entre las potencias beligerantes de Europa que han sido adoptadas por ese Gobierno y sancionadas por ambas Cámaras del Congreso y aplaudidas por las legislaturas de los estados y la opinión pública<sup>264</sup>

Pero el nuevo Presidente no pudo evitar que entre 1798 y 1800 Estados Unidos y Francia se enfrentaran en una cuasi guerra marítima, que además de exacerbar las tensiones internas amenazaba a la joven nación con un conflicto bélico con una de las mayores potencias mundiales<sup>265</sup>. La Convención de Mortefontaine, del 30 de septiembre de 1800, puso fin a las hostilidades, anulando el Tratado de Alianza de 1778 y sustituyéndolo por un acuerdo basado en el Modelo de Tratados de 1776, es decir, ausencia de toda alianza militar y firma de acuerdos que aseguraran la cooperación y la libertad de comercio entre ambas naciones. J. Adams no pudo beneficiarse del fin de las hostilidades, pues las noticias del acuerdo llegaron a Estados Unidos tras la celebración de las elecciones, ganadas por T. Jefferson, en medio de un clima enrarecido tanto por la crisis con Francia como por las Leyes de Extranjería y Sedición aprobadas en 1798, que no contaron con el apoyo de la opinión pública.

---

<sup>262</sup> McDOUGALL, op. Cit. p. 29.

<sup>263</sup> HUNT, Michael H. *Ideology and U.S. foreign policy*, Ed. Yale University Press, New Haven, 1987, p. 20 y 92-99.

<sup>264</sup> ADAMS, John, discurso inaugural del 4 de marzo de 1797, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25802&st=neutral&st1=>

<sup>265</sup> La crisis con Francia fue el origen del Departamento de Marina, creado el 30 de abril de 1798 por el Congreso para responder a la demanda de un departamento ejecutivo sobre asuntos navales, siendo su primer Secretario Benjamín Stoddert. Datos consultados en [el Centro de Historia Naval del Departamento de Marina, http://www.history.navy.mil/faqs/faq31-2.htm](http://www.history.navy.mil/faqs/faq31-2.htm)



En cualquier caso, serían los acontecimientos domésticos los que finalmente inclinarían la balanza del lado hamiltoniano, incluso con Jefferson como Presidente. Al mando de los destinos del país, Jefferson hizo gala de no pocas incongruencias entre los principios defendidos y las políticas aplicadas, como en el tema de la esclavitud, que si bien denigraba fue incapaz de hacer nada por acabar con ella ni como gobernador de Virginia, ni como Secretario de Estado ni Vicepresidente y menos aun de Presidente<sup>266</sup>, y si antes de llegar a la presidencia fue un férreo defensor de las prerrogativas de los estados y del Congreso, una vez en ella lo sería de las del Ejecutivo, acentuando el unilateralismo aislacionista de la Gran Regla, si bien fue consciente de la centralidad de la política exterior a la hora de preservar los principios de la Revolución, como atestiguan primero la compra de Luisiana en 1803 por 15 millones de dólares a los franceses, hecho fundamental para la posterior expansión continental, pues con ella Jefferson añadió casi una cuarta parte del actual Estados Unidos, doblando así el hasta entonces existente territorio nacional, además de asegurarse el control del río Mississippi y de la ciudad de Nueva Orleans, evitando con ello cualquier tentación francesa de construir un imperio en suelo americano y presionando a las posesiones de la entonces débil España en la Florida, además de acercarse de este modo al océano Pacífico (sería Jefferson el primer Presidente en mencionar “la construcción de un imperio de la Libertad, que fuera del Atlántico al Pacífico”<sup>267</sup>), y en segundo lugar, la primera intervención armada de Estados Unidos en el extranjero, la realizada contra la piratería en el Mediterráneo entre 1801 y 1805, lo que aumentó en la opinión pública el sentido de misión y destino de la nación<sup>268</sup>, y llevada a cabo gracias a la Armada a cuya construcción tanto se había opuesto<sup>269</sup>.

Ya en su discurso de inauguración de marzo de 1801 Jefferson rindió obediencia a los principios Federalistas al describir su política exterior como “paz, comercio y amistad honesta con todas las naciones, y alianzas comprometidas con ninguna”<sup>270</sup>, y lejos de reivindicar la soberanía de los distintos estados, creía “en esto, al contrario, el gobierno más fuerte sobre la tierra”<sup>271</sup>, al que consideraba la mayor esperanza del mundo, incluso trataría de mantener el equilibrio de poder en Europa, eso sí, sin intervenir directamente<sup>272</sup>. Nueve meses más tarde, en su discurso anual, incluso se adhería a los planes económicos de Hamilton al describir “la agricultura, las manufacturas, el comercio y la navegación”<sup>273</sup> como “los cuatro pilares de nuestra prosperidad”<sup>274</sup>, eso sí, de acuerdo a su concepción de cuanto menos gobierno mejor, “son más prósperos cuanto más dejados son a la libre empresa”<sup>275</sup>, en todo caso la fe de Jefferson en el comercio nunca alcanzó los niveles profesados por Hamilton, pues

---

<sup>266</sup> JOHNSON, op. cit., p. 243.

<sup>267</sup> BOSCH, op.cit., p. 74.

<sup>268</sup> HERRING, op. cit., p. 101.

<sup>269</sup> JOHNSON, op. cit., p. 251.

<sup>270</sup> JEFFERSON, Thomas, primer discurso inaugural del 4 de marzo de 1801, consultado íntegro en <http://libertyonline.hypermall.com/Jefferson/Addresses.html>

<sup>271</sup> *Ibíd.*

<sup>272</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 55.

<sup>273</sup> JEFFERSON, Thomas, primer mensaje anual del 8 de diciembre de 1801, consultado íntegro en <http://libertyonline.hypermall.com/Jefferson/Addresses.html>

<sup>274</sup> *Ibíd.*

<sup>275</sup> *Ibíd.*



aquel veía también en las luchas comerciales una fuente de corrupción y violencia entre las naciones<sup>276</sup>.

Como hemos visto, la compra de Louisiana fue el mayor éxito en la presidencia de Jefferson, pero, llevada a cabo cuando el territorio albergaba unos 50.000 habitantes, que no fueron preguntados acerca de la anexión, no se libró de la polémica al ser acusado el Presidente de vulnerar la Constitución, pues ésta no reconocía poder alguno al ejecutivo para la adquisición unilateral de nuevos territorios. En dicha ocasión, una vez más Jefferson actuó más como un Federalista defensor del poder central fuerte que como un Republicano-Demócrata celoso de las prerrogativas estatales, por el contrario, los Federalistas, en especial de Nueva Inglaterra, se oponían a la compra al temer una pérdida de poder por parte de los estados del este, llegando incluso a contemplarse la perspectiva de disolver la Unión<sup>277</sup>.

### La compra de Louisiana de 1803



Fuente: <http://events.mnhs.org/Timepieces/SourceDetail.cfm?SourceID=664>

Así, se zanja el primer gran debate sobre la naturaleza del sistema político estadounidense, y sobre sus principios y valores, con la victoria de la visión de grandeza nacional a través de la expansión del modelo de libertad representado por Estados Unidos sobre quienes, como el propio Jefferson, temían que esa misma expansión pondría en peligro la libertad y la virtud republicanas<sup>278</sup>. El carácter y el triunfo de la propia Revolución en Estados Unidos, así como el modelo republicano nacido tras la independencia, colmó de confianza a los políticos estadounidenses y de esperanza en poder exportar ese modelo de la misma forma y con el mismo éxito y rapidez, y como veremos, su optimismo ocultaría durante buena parte de su historia las dificultades inherentes a tan ardua tarea.

<sup>276</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 45.

<sup>277</sup> *Ibíd.*, p. 48.

<sup>278</sup> HUNT, op. cit. p. 41.



Precisamente, la guerra contra el Reino Unido entre 1812 y 1815 puede explicarse en parte debida a ese afán de engrandecimiento nacional, pues los Republicanos la vieron como la oportunidad de luchar por la defensa del sistema político estadounidense y de mostrar al mundo cómo lo defenderían. Al término de la guerra, con 2.000 bajas y un coste de 158 billones de dólares, y aun sin lograr la victoria en territorio canadiense, los Estados Unidos salieron más unificados y fortalecidos que nunca, eso sí, habiendo puesto las relaciones diplomáticas con Londres en grave peligro para el futuro, puesto que al tener que dividir sus esfuerzos bélicos en dos frentes, en América y en Europa contra Napoleón, la Corona se sintió traicionada por las ex colonias americanas. La guerra dotó a Estados Unidos aun de mayor cohesión nacional, reafirmando con ello el fervor nacionalista, y le confirió mayor respeto entre las potencias europeas y reforzó al Partido Republicano mientras que supuso el golpe de gracia para los Federalistas<sup>279</sup>, además de suponer la aceptación definitiva de Londres de la compra de Louisiana, esencial para legitimar su posterior expansión al Oeste, lo que amenazaba principalmente a España y sus posesiones del Sur, con Florida y el Mississippi como nuevos objetivos<sup>280</sup>.

Conviene tener en cuenta así mismo que la guerra con Inglaterra no contó con el beneplácito unánime dentro de Estados Unidos, de nuevo Nueva Inglaterra haría pública su disconformidad ante la política presidencial, e incluso se alzaron voces, como John Randolph de Virginia, contra la conquista de Canadá que temía dotaría de mayor poder a los estados del norte en detrimento de los intereses esclavistas del sur, pudiendo así convertirse en motivo de desunión; de todos modos, lo que a la postre produjo la guerra con Inglaterra fueron unos Estados Unidos más unidos que nunca, al mostrar los nuevos territorios la fidelidad a la Unión, que salió firmemente reforzada del conflicto<sup>281</sup>.

En resumen, para 1815 Estados Unidos podía dar por zanjado su proceso emancipador, totalmente alejado de la tutela británica (tras sus victorias en la Revolución y en la guerra de 1812), al mismo tiempo que había sentado las bases ideológicas de su progresión al rango de potencia mundial gracias en gran medida a G. Washington, cuyo diseño se basó en el reconocimiento de la debilidad de unos Estados Unidos recién nacidos y en la necesidad de descubrir el interés del pueblo estadounidense como nación. El resto del siglo XIX puede entenderse como una búsqueda de ese interés nacional en la expansión continental, en cuyo transcurso los Estados Unidos debieron crear nuevas tradiciones políticas para no perder su raíz democrática y republicana al mismo tiempo que aseguraban su preeminencia en el continente americano. Este sería el hilo conductor por el que transitarían todos los Presidentes a partir de Jefferson y que no culminaría hasta la conquista de Cuba, cuando Estados Unidos se convertiría definitivamente en una potencia mundial de primer rango, abocada a enfrentarse de nuevo a la definición de una política exterior acorde con el interés nacional y las nuevas circunstancias internacionales.

---

<sup>279</sup> HERRING, op. cit., p. 132.

<sup>280</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 278 y KAGAN, op.cit., p. 146.

<sup>281</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 56 y 64.



## 2. EL FORTALECIMIENTO, LA ASCENSIÓN A POTENCIA CONTINENTAL. DE LA DOCTRINA MONROE A 1896

### 2.a. De 1815 a la Doctrina Monroe

En 1815 Estados Unidos creaba su escuadrón de Marina para el Mediterráneo, siete años más tarde el correspondiente para las Indias Orientales y Pacífico, en 1826 le tocó el turno al escuadrón para Brasil y Pacífico sur, África no contará con uno propio hasta 1843<sup>282</sup>; también 1815 marcó el comienzo de la transformación económica de Estados Unidos, pasando de ser un país agrario y exportador de materias primas para convertirse a mediados del siglo XIX en una potencia industrial mundial; otro cambio fundamental se produjo en la demografía, en 1845 había ya 28 estados y de 1820 a 1860 la población se triplicó, de 10 a 30 millones de habitantes<sup>283</sup>; este es el trasfondo en el que hay que ubicar la política norteamericana a lo largo de todo el siglo XIX, una vez que la nueva república se hubo fundado sobre la creencia del pacto divino y el sistema democrático como mejor modo de llevarlo a cabo, para sus líderes se trataba ahora de afianzar el proyecto republicano a la sombra del poder británico, para Mead<sup>284</sup> este periodo se caracterizó por el intento estadounidense de sacar el mayor beneficio posible dentro de la *pax britanica*, y así acercarse a la paridad respecto a la antigua metrópoli.

Tanto James Madison como James Monroe continuaron la política de Jefferson de aumento de la libertad a expensas de la conquista territorial, marcando la Doctrina Monroe el inicio de la segunda etapa en la historia de Estados Unidos. Como ha sucedido con la *gran regla* de Washington, la Doctrina Monroe ha sido interpretada en Europa en clave aislacionista, olvidando que fueron estrategias políticas diseñadas en una nación que, primero, se estaba formando y, segundo, trataba de consolidar su expansión (tanto territorial, como se observa en el anterior mapa, como económica, por no hablar de su voluntad de alcanzar al resto de potencias mundiales). De hecho, para McDougall<sup>285</sup>, el aislacionismo no es más que un mito que escondería el tradicional unilateralismo estadounidense, verdadero segundo principio del viejo testamento político americano, tras el ya visto del excepcionalismo “libertario”, ya que para preservar su libertad de acción respecto a la influencia europea, se mantuvo al margen de sus luchas de poder para preservar así su modelo político y su desarrollo, de hecho, y como bien señala Herring, el aislacionismo también ha servido a Estados Unidos para salvaguardar su imagen de inocencia, mientras que al mismo tiempo, y como se desprenden de los datos aportados en el anterior párrafo, el crecimiento económico aseguraba un continuo internacionalismo<sup>286</sup>.

Por tanto, para comprender la Doctrina Monroe hay que conocer la tradición política estadounidense, si no se corre el riesgo de simplificar su significado y malinterpretar sus consecuencias, y como se ha visto hasta ahora, Estados Unidos tuvo desde un principio una fe ciega en la superioridad de su modelo político frente a

---

<sup>282</sup> MEAD, op. cit. p. 26.

<sup>283</sup> BOSCH, op. cit. p. 91.

<sup>284</sup> MEAD, op. cit. p. 82.

<sup>285</sup> McDOUGALL, ob.cit. p. 39-56 y 217.

<sup>286</sup> HERRING, op. cit., p. 1.



los europeos, traduciéndose dicha superioridad en un deseo de no verse enredados en los asuntos del otro lado del Atlántico, y tras su victoria sobre Gran Bretaña en la guerra de 1812 (o al menos su no derrota ante ella), trató de proteger no ya sólo al territorio nacional, sino a todo el continente de las políticas de poder europeas. Convendría aquí señalar una diferencia clave entre la Europa continental y los Estados Unidos, si la estrategia británica puede considerarse global comparada con la del resto de países europeos, centrados políticamente en el Continente, los Estados Unidos, llevando más allá esa amplitud de miras en sus estrategias, siempre han entendido su propio desarrollo en clave mundial<sup>287</sup>, no siendo la Doctrina Monroe más que la primera manifestación de dicha globalidad, que se iría acrecentando a lo largo del siglo XIX.

Hacia 1823 el Norte del continente americano estaba cerrado por el bloqueo comercial ruso de Alaska, a la vez que las colonias españolas del Sur vivían momentos de ebullición política, cuyos movimientos independentistas amenazaban con una nueva intervención española o francesa bajo el paraguas de la Santa Alianza. Estados Unidos había aprendido, cuatro años antes, en 1819, a sacar ventaja de la debilidad española con la compra de Florida por cinco millones de dólares, sin necesidad de enemistarse ni con británicos ni franceses si se hubiese precipitado con una más que probable exitosa acción armada<sup>288</sup>, eso sí, no hay que olvidar que se permitió al General Jackson intervenir en el desorden interno de Florida, esquema que años más tarde se aplicaría a México justificando la intervención estadounidense con la defensa de sus valores y la anarquía ajena<sup>289</sup>. El hecho desencadenante de la Doctrina Monroe fue a mi entender el nacimiento de los nuevos Estados emancipados de la tutela española, percibida por Estados Unidos como ejemplo más representativo de la brutalidad monárquica, cuya leyenda negra no sería más que un ejemplo de su despotismo; para la clase política estadounidense las independencias representaban la oportunidad de modelar el continente a su imagen y semejanza a través de la fuerza de su ejemplo, objetivo que no se lograría a menos que se impidiese la restauración imperial o la influencia de terceros (británicos o rusos). Con un mundo bajo la preeminencia del Imperio Británico, Estados Unidos trataba de sacar el mayor beneficio posible en su ascensión al rango de potencia mundial, eso sí, sin poner en peligro la arquitectura mundial, ya que sin la protección de la afinidad anglosajona sus objetivos se verían seriamente perjudicados (sin una potencia militar vecina digna de tal calificación, la Marina británica seguía siendo la mayor amenaza para Estados Unidos<sup>290</sup>); así pues, la Doctrina Monroe respondía al afán norteamericano por dar mayor estabilidad al sistema americano de Estados, para de ese modo fortalecer su seguridad interna (una constante, la de entender la seguridad propia como la seguridad primero continental, y luego mundial, que trasluce tanto el carácter globalizador de la política exterior de Estados Unidos como su fe en la exportabilidad de su modelo político).

Al desmoronamiento irrefrenable del Imperio Español, y con él al de su estatus de gran potencia, se unían la Revolución Griega de 1821, que enfrentó las

---

<sup>287</sup> MEAD, op. cit. p. 37.

<sup>288</sup> McDOUGALL, op.cit, p. 67.

<sup>289</sup> HERRING, ob.cit., p. 148.

<sup>290</sup> *Ibíd.*, p. 57.



tesis de J. Q. Adams y J. Clay, éste partidario de intervenir a favor de los griegos y aquel de dejar que el ejemplo estadounidense guiase por sí sólo al mundo<sup>291</sup>, y la Restauración Europea, que amenazaba con intervenir en el continente americano a favor de las monarquías<sup>292</sup>; todos ellos sucesos acaecidos en Europa pero que tuvieron amplia repercusión en la política exterior de Estados Unidos, provocando la reacción del Presidente Monroe en forma de su doctrina en un claro intento por afirmar los valores norteamericanos frente a los europeos.

En efecto, la clave para entender el origen de la Doctrina Monroe se encuentra primero en Europa y más tarde al sur de las fronteras estadounidenses, tras dejar asolada Europa primero con su Revolución y más tarde con el ímpetu bonapartista, los ideales de la Revolución Francesa fueron aplacados a través de la unión de las fuerzas conservadoras del resto de potencias europeas, así, en 1815 se creó la Santa Alianza, tras el acuerdo del zar Alejandro I de Rusia con Francisco I de Austria y Federico Guillermo III de Prusia con el objetivo de defender el sistema de monarquías absolutas tan dañado desde 1789, a los que se unirían Francia y Gran Bretaña más tarde. Como señala Hendrickson, los sistemas federales de Estados Unidos, tras la Independencia, y Europa, tras la derrota de Napoleón, compartían fines similares pero a través de medios bien diferentes, es decir, ambos buscaban asegurar el interés individual invocando el interés general para evitar más guerras, que en América podían suponer una amenaza al experimento republicano y en Europa una incitación a la revolución, pero mientras en Norteamérica se hizo mediante fundación popular y enfocado al futuro para salvar el localismo estatal, en Europa se recurrió a la autoridad establecida y a la reivindicación del pasado para compensar el egoísmo de las monarquías, pudiendo considerarse “antípodas uno de otro, pero esencialmente parecidos”<sup>293</sup>, y esa diferencia en el método es lo que cabe destacar, pues para algunos políticos estadounidenses, el recurso europeo al viejo orden autoritario era lo que ponía en peligro el proyecto liberal encarnado en Estados Unidos, enfrentando así despotismo a libertad en una lucha ideológica que pronto podría pasar la frontera de las consecuencias físicas en el continente americano<sup>294</sup>, algo que se debía impedir a toda costa.

En España dichos sucesos tendrían una incidencia capital, pues tras la invasión de las tropas de Napoleón que ocuparon el país de 1808 a 1813, el intento de fundar el nuevo Estado español bajo los principios de la Constitución liberal de 1812 chocaron de frente con los designios absolutistas de su nuevo rey, Fernando VII, quien tras convivir de forma turbulenta con el régimen constitucional, no dudó en aceptar la invasión planificada en el Congreso de Verona por la Santa Alianza, así, los llamados Cien Mil Hijos de San Luís acabaron de un plumazo en 1823 con el régimen liberal, dando comienzo entonces con Fernando VII la conocida como Década Ominosa, en las que las libertades de la Constitución de 1812 dieron paso a la represión y el regreso del absolutismo en un país que por entonces ya había perdido gran parte de su imperio americano.

---

<sup>291</sup> *Ibíd.*, p. 4.

<sup>292</sup> *Ibíd.*, p. 151.

<sup>293</sup> HENDRICKSON, *ob.cit.*, p. 75-77.

<sup>294</sup> KAGAN, *op.cit.*, p. 160.



Como consecuencia de los turbulentos acontecimientos acaecidos en la metrópoli, las colonias españolas en América aprovecharon la invasión francesa y el posterior experimento liberal para iniciar su propia insurrección en pos de la independencia. En México, Chile y Argentina la sublevación criolla dio comienzo en 1810, al igual que en Colombia, un año más tarde en Venezuela y Paraguay, que lograría su independencia ese mismo año, el resto aun tendría que esperar unos años, como Argentina y Chile que accederían a ella en 1816 y 1818, Colombia en 1819, México y gran parte de Centroamérica en 1821, mismo año que Venezuela, Ecuador y Perú en 1824, y Bolivia y Uruguay en 1825; también en 1819 España vendió a Estados Unidos la Florida por cinco millones de dólares, viendo de esta manera menguado en gran parte su imperio americano, pues tan sólo conservaría por el resto del siglo XIX las islas de Cuba y Puerto Rico.

### Las independencias en Iberoamérica



Fuente: <http://raulrv.blogspot.com/2010/02/la-independencia-de-hispanoamerica.html>



Para Estados Unidos fue lógico que la independencia de las colonias españolas al sur de sus fronteras se convirtiese en un asunto de gran interés, viendo con preocupación las consecuencias que podría tener sobre su propio desarrollo, pues de ser la única república independiente pasaría a compartir el continente, no ya sólo con los restos de los imperios europeos, sino con una pléyade de nuevos países cuyos sistemas políticos estaban aún por construir, con el consiguiente peligro de inestabilidad continental, por todo ello las revoluciones en las colonias españolas fue lo que contrapuso de manera definitiva el sistema republicano estadounidense y el sistema surgido de la Santa Alianza<sup>295</sup>.

Así en 1810, para el Presidente James Madison (1809-1817), el que la monarquía española fuese depuesta por la invasión napoleónica era ya un motivo de preocupación que “podría esencialmente afectar los derechos y bienestar de la Unión”<sup>296</sup>, en especial lo relativo a la Florida, por cuanto “los Estados Unidos no podrían ver sin una seria inquietud cualquier parte de un territorio vecino, con el que tienen en diferentes aspectos una preocupación tan profunda y justa, pasar de las manos españolas a las de cualquier otra potencia extranjera”<sup>297</sup>, así, cuando ya las tropas estadounidenses se encontraban en la Florida, para Madison

en ninguna de estas contingencias fue la política de ley o propósito del Ejecutivo arrancar la provincia por la fuerza de España, sino sólo ocuparla en vistas a prevenir su caída en manos de cualquier potencia extranjera, y mantener la promesa bajo las circunstancias peculiares existentes en la monarquía española para un resultado justo en la amistosa negociación con España<sup>298</sup>

Si en un territorio adyacente como Florida Estados Unidos aplicó una política tan cautelosa, no es de extrañar que en lo relativo a Sudamérica el enfoque fuese el mismo, para el nuevo Presidente James Monroe (1817-1825) “fue anticipado en una temprana etapa que la disputa entre España y las colonias alcanzaría gran interés para Estados Unidos”<sup>299</sup>, ya que “fue natural que nuestros ciudadanos simpatizaran con los sucesos que afectaban a sus vecinos”<sup>300</sup>, si bien “a través de todas la etapas del conflicto los Estados Unidos han mantenido una neutralidad imparcial”<sup>301</sup> y “han visto la disputa no bajo la luz de una insurrección ordinaria o rebelión, sino como una guerra civil entre partes casi iguales”<sup>302</sup>, de hecho

si las colonias establecieran su independencia, es apropiado que ahora declaremos que éste Gobierno no buscará ni aceptará de ninguna de ellas ninguna ventaja comercial o de otro tipo que no esté igualmente abierta al resto

---

<sup>295</sup> *Ibíd.*, p. 78.

<sup>296</sup> MADISON, James, Segundo mensaje inaugural del 5 de diciembre de 1810, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29452&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29452&st=spain&st1=).

<sup>297</sup> MADISON, James, Mensaje Especial del 3 de enero de 1811, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65915&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65915&st=spain&st1=).

<sup>298</sup> MADISON, James, Mensaje especial del 1 de julio de 1812, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65938&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65938&st=spain&st1=).

<sup>299</sup> MONROE, James, Primer mensaje anual del 12 de diciembre de 1817, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29459&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29459&st=spain&st1=).

<sup>300</sup> *Ibíd.*

<sup>301</sup> *Ibíd.*

<sup>302</sup> *Ibíd.*



de naciones [...] ya que sería difícil de reconciliar con las amistosas relaciones existentes entre los Estados Unidos y las colonias<sup>303</sup>

Política de neutralidad que el propio Monroe estimaba como el mejor curso de acción en América, tanto para Estados Unidos como para el resto de potencias europeas, ya que si la fuerza no se aplicaba “es una vía más consistente con la justicia y al mismo tiempo da esperanzas de que las calamidades de la guerra sean confinadas sólo a las partes, y sean de menor duración”<sup>304</sup>, de hecho, “en la guerra civil existente entre España y las provincias españolas en éste hemisferio ha sido tomado el mayor cuidado para reforzar las leyes erigidas para preservar la neutralidad imparcial”<sup>305</sup>, por ello “es de la mayor importancia para nuestro carácter nacional e indispensable para la moralidad de nuestros ciudadanos que todas las violaciones de nuestra neutralidad sean prevenidas”<sup>306</sup>.

Para Monroe, “el último cambio en el Gobierno de España, con el restablecimiento de la Constitución de 1812, es un suceso que promete ser favorable para la revolución [de las colonias]”<sup>307</sup>, así, y como “hace mucho que es evidente que será imposible para España reducir estas provincias por la fuerza, y que igualmente ninguna medida alejada de su independencia será satisfactoria para ellas”<sup>308</sup>, el Presidente esperaba que el nuevo Gobierno español “guiado por consejos ilustrados y liberales, encontrará el modo de comportarse con sus intereses y dada su magnanimidad poner un fin a ésta controversia agotadora”<sup>309</sup>, de ahí que dadas

la presente condición de las partes, y la total inhabilidad de España de producir cualquier cambio en ella, nos vemos obligados a concluir que su destino está cerrado, y que las Provincias que hayan declarado su independencia y se encuentren disfrutándola deben ser reconocidas<sup>310</sup>

Pero el régimen constitucional en España no duraría demasiado, como hemos visto, la Santa Alianza, por mediación francesa, abortaría el experimento liberal con una nueva invasión de la península ibérica, ésta vez con el beneplácito del resto de potencias europeas, salvo por la neutralidad británica que ni siquiera estaría presente en el Congreso de Verona<sup>311</sup>, teniendo imprevisibles consecuencias para América si un nuevo régimen absolutista en España intentaba revertir el proceso revolucionario de sus colonias.

---

<sup>303</sup> *Ibíd.*

<sup>304</sup> MONROE, James, Segundo discurso anual del 16 de noviembre de 1818, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29460&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29460&st=spain&st1=).

<sup>305</sup> *Ibíd.*

<sup>306</sup> MONROE, James. Tercer discurso anual del 7 de diciembre de 1819, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29461&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29461&st=spain&st1=).

<sup>307</sup> MONROE, James, Cuarto discurso anual del 14 de noviembre de 1820, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29462&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29462&st=spain&st1=).

<sup>308</sup> MONROE, James, Quinto discurso anual del 3 de diciembre de 1821, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29463&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29463&st=spain&st1=).

<sup>309</sup> *Ibíd.*

<sup>310</sup> MONROE, James, Mensaje especial del 8 de marzo de 1822, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=66293&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=66293&st=spain&st1=).

<sup>311</sup> KISSINGER, *op.cit.*, p. 119.



Con unos meses de antelación a dichos acontecimientos, la Administración Monroe admitía estar preocupada por el nuevo giro conservador tomado por los miembros de la Santa Alianza, pese a un alarde de exquisita diplomacia, en las siguientes palabras se vislumbra la condena a la política de las potencias conservadoras

Europa está todavía sin asentarse [...] mencionar a Grecia llena la mente con los más exaltados sentimientos [...] que tan gran país haya permanecido tan absolutamente y por tanto tiempo oculto, como estuvo, del mundo bajo un oscuro despotismo ha sido una causa de profundo y duradero pesar [...] un fuerte deseo nos acompaña de que este pueblo pueda recuperar su independencia y recuperar su puesto paritario entre las naciones de la tierra [...] aun con todo es una máxima sagrada, igualmente con el gobierno y los pueblos, que el destino de toda nación independiente... pertenece y debe permanecer en exclusiva a ellos mismos. Tanto si razonamos desde la última guerra o desde esos síntomas amenazadores que aparecen ahora en Europa, es manifiesto que si una convulsión tomara lugar en uno de esos países procedería de unas causas que no tienen existencia y son totalmente desconocidas en estos Estados [Unidos], en donde no hay sino un orden, aquel del pueblo, a quien pertenece en exclusiva la soberanía<sup>312</sup>

Así, mientras las fuerzas absolutistas luchaban en Europa por ganar terreno mientras cercenaban las libertades de otros pueblos, en América, Estados Unidos se veía como el guía de las nuevas repúblicas hacia el nuevo orden de libertad, que percibían amenazado ante el avance absolutista, de hecho, para el Presidente Monroe

la historia de las últimas guerras en Europa suministra una demostración completa de

- que ningún sistema de conducta, no importa lo correcto que sea, puede proteger potencias neutrales de la injuria de cualquier parte;
- que una posición indefendible y un amor distinguible por la paz son invitaciones seguras para la guerra, y
- que no hay ningún otro modo de evitarlo que estando siempre preparado y dispuesto a una causa justa para enfrentarlo.

Si hay un pueblo sobre la tierra cuya tarea especial es estar preparada en toda ocasión para defender los derechos con los que han sido bendecidos, y en sobrepasar a todos al sostener las cargas necesarias, y en someterse a los sacrificios para hacer tales preparaciones, es sin dudas el pueblo de Estados Unidos<sup>313</sup>

Y como quiera que “fuertes síntomas de guerra aparecen en otras partes, por causas que, si explotan, se convertirán en generales y de larga duración”<sup>314</sup>, además de la continuación de las guerras de independencia en Sudamérica y el aumento de la piratería en los mares cercanos a Estados Unidos, estos debían al mundo más que nunca “un gran ejemplo, y, por los mismos recursos, a la causa de la libertad y humanidad, un apoyo generoso [...] la habilidad para apoyar nuestra causa bajo

---

<sup>312</sup> MONROE, James, Sexto mensaje anual del 3 de diciembre de 1822, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29464&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29464&st=spain&st1=).

<sup>313</sup> *Ibíd.*

<sup>314</sup> *Ibíd.*



cualquier prueba que nos pueda exponer es el gran punto sobre el que la diligencia pública descansa”<sup>315</sup>.

Por ello, el Presidente Monroe estaba convencido de que los Estados Unidos probarían al mundo que se equivocaban aquellos que acusaban a los “gobiernos libres” de no poder prepararse ante las graves emergencias, en especial para la guerra, y que “sus terribles advertencias serán desechadas y olvidadas tan pronto como la paz regrese”<sup>316</sup>.

Pero la restauración absolutista en España a través de la intervención del resto de potencias europeas sería el acicate final para que la presidencia Monroe demostrase al mundo precisamente cómo una república democrática se defiende de la amenaza de la guerra. La Doctrina Monroe, anunciada el 2 de diciembre de 1823, ocho meses después de la invasión de España por las fuerzas francesas, fue el producto de la colaboración del Presidente Monroe y del entonces secretario de Estado John Quincy Adams, figura esta última de la que volveremos a hablar al ser trascendental en la política norteamericana del siglo XIX, y puede entenderse como el resultado de la reflexión sobre el papel de Estados Unidos ante el nuevo entorno internacional, tanto a nivel continental, con las revoluciones en las colonias españolas, como europeo, con la unión de las fuerzas absolutistas a través de la Santa Alianza, incluso el que Londres se desentendiera de ella a partir de 1823 y reconociera las independencias sudamericanas constituyó el comienzo del acercamiento de posturas con Estados Unidos<sup>317</sup>. Para el Presidente estadounidense

los últimos acontecimientos en España y Portugal mostraron que Europa aun no está asentada. De este importante hecho no puede aducirse mayor prueba que el que las potencias aliadas hayan considerado apropiado...haberse interpuesto por la fuerza en los asuntos internos de España. Hasta qué extremo dicha interposición pueda ser llevada, bajo el mismo principio, es una cuestión en la que todas las potencias independientes cuyos gobiernos difieran de los suyos están interesados, incluso aquellos más alejados, y seguramente ninguno más que los Estados Unidos<sup>318</sup>.

Dicho temor a ver extendida a América las maniobras de la Santa Alianza a través de un gobierno títere absolutista en Madrid, llevó a Monroe a establecer las diferencias entre Europa y Estados Unidos, puesto que

el sistema político de las potencias aliadas es esencialmente diferente en este respecto al de América. Ésta diferencia procede de la existente en sus respectivos Gobiernos; y para la defensa del nuestro, el cual ha sido alcanzado con la pérdida de tanta sangre y riqueza, y madurado a través de la sabiduría de los ciudadanos más iluminados, y bajo el cual hemos disfrutado de una felicidad sin parangón, ésta nación entera se entrega<sup>319</sup>.

---

<sup>315</sup> *Ibíd.*

<sup>316</sup> *Ibíd.*

<sup>317</sup> HENDRICKSON, op. cit., p. 86.

<sup>318</sup> MONROE, James, Séptimo mensaje anual del 2 de diciembre de 1823, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=).

<sup>319</sup> *Ibíd.*



Como veremos a continuación, esa percepción de una Europa dominada por el autoritarismo frente a unos Estados Unidos representantes de la libertad democrática estaba muy extendida entre la clase política norteamericana, para el entonces Representante por Massachusetts Daniel Webster, y futuro Secretario de Estado de 1841 a 1843 y de 1850 a 1852

la gran cuestión política de esta era es la que se encuentra entre los gobiernos absolutos y los regulados. La substancia de la controversia está en si la sociedad debiera tener alguna parte en su propio gobierno. En si la forma de gobierno debiera ser esa de monarquía limitada, con más o menos mezcla de poder hereditario, o plenamente electiva o representativa, quizás pueda ser considerada como subordinada. La principal controversia es entre ese poder absoluto, el que, prometiendo gobernar bien, significa sin embargo gobernar sin control, y ese sistema constitucional que restringe la discreción soberana, y asegura que la sociedad puede reclamar como su derecho algún poder efectivo en el establecimiento de las leyes que la han de regular. El espíritu de los tiempos se coloca con la más poderosa corriente a favor de ésta última opinión. A lo que se oponen, no obstante, siempre y en todo lugar en que se manifiesta, algunas de las grandes potencias de Europa, y es enfrentado en terrenos tan aplicables en una nación civilizada como en otra, y justificarían tal oposición en relación a los Estados Unidos, tanto como en relación a otra nación, si el tiempo y las circunstancias hicieran de tal oposición algo conveniente<sup>320</sup>

También para Webster la Santa Alianza representaba una evolución peligrosa para Estados Unidos ya que

todo el mundo sabe que, desde la última restauración de los Borbones al trono de Francia, las potencias continentales han entrado en numerosas alianzas, que han sido hechas públicas, y han tenido algunas reuniones y congresos, en los que los principios de su conducta política han sido declarados. Estas cosas deben por fuerza tener un efecto sobre la ley internacional de los Estados del mundo. Si ese efecto fuera bueno, y acorde con los principios de la ley, merece ser aplaudido. Si, por el contrario, su efecto y tendencia fueran más peligrosos, sus principios totalmente inadmisibles, sus pretensiones tales que abolirían todo grado de independencia nacional, deben ser resistidos [...] la Santa Alianza [...] pretende establecer dos principios [...] el primero es que todo derecho popular o constitucional es tenido sólo gracias a concesiones de la corona. La sociedad, bajo éste principio, no tiene derechos propios [...] pero el segundo, y, si es posible, aun más objetable principio, es el derecho de interferencia por la fuerza en los asuntos de otros Estados. Un derecho a controlar naciones a su antojo para cambiar su propio gobierno [...] el objeto declarado de tales declaraciones es preservar la paz mundial. Pero ¿mediante qué medios es propuesto defender esa paz? Simplemente gracias a colocar el poder de todos los gobiernos en contra de sus súbditos [...] el último efecto de ésta alianza de soberanos debe ser la destrucción de todo sentimiento justo y toda simpatía natural entre aquellos que ejercen el poder de gobierno y aquellos que están sujetos a él<sup>321</sup>

---

<sup>320</sup> WEBSTER, Daniel, *La revolución en Grecia*, discurso ante el Congreso del 19 de enero de 1824, texto consultado en [www.questia.com](http://www.questia.com).

<sup>321</sup> *Ibíd.*



Por todo ello, Webster urgía al Presidente a “hacer nuestra protesta contra las doctrinas de las Potencias Aliadas, tanto como permanecen en principio como son aplicadas en práctica”<sup>322</sup>.

Años mas tarde, tras la muerte de J. Q. Adams, William Seward escribirá en 1848 en su elogio al ex Presidente que “el establecimiento de la República de Estados Unidos es el suceso secular más importante en la historia de la raza humana”<sup>323</sup>, por eso cuando las colonias españolas en América comenzaron a independizarse y España “se encomendó a la Santa Alianza de Europa para su ayuda”<sup>324</sup>, por el contrario

las nuevas repúblicas acudieron a Estados Unidos para el reconocimiento que no podría fallar a la hora de reforzarlas. El antiguo régimen colonial estaba en juego. Toda Europa estaba interesada en mantenerlo. La Santa Alianza lanzaba rápidamente a Europa sobre la piedra del despotismo, y eran libres de meter a Estados Unidos en una guerra a causa de la subversión de su independencia, si estimaba extender su ayuda o su protección a las Colonias rebeldes de Sudamérica [...] pero la emancipación de la América española era necesaria para alargar nuestra libertad y para nuestra completa seguridad. Esa libertad y esa seguridad requerían que las naciones de Europa relajasen su dominio en el continente americano<sup>325</sup>

Por ello, y tras reconocer la independencia de las ex colonias españolas, Adams influyó en el Presidente Monroe para que éste

declarara solemnemente al mundo que desde entonces cualquier intento por cualquier potencia extranjera de establecer sistemas coloniales en cualquier parte de éste continente, ya emancipado, sería resistido como una agresión a la independencia de Estados Unidos<sup>326</sup>

Es decir, para Seward la Doctrina Monroe descansaba en el reconocimiento implícito de que la seguridad estadounidense dependía en gran medida en la extensión continental de su sistema democrático, por ello, y como consecuencia, Estados Unidos no debía permitir a ninguna potencia europea extender su dominio colonial sobre América, en base a las diferencias entre los respectivos sistemas políticos a ambos lados del Atlántico, tal y como más de un siglo más tarde haría la Administración Truman respecto a Europa occidental, de ese modo, para Kagan la Doctrina Monroe no habría que entenderla en clave aislacionista, sino más bien todo lo contrario, como una especie de declaración de solidaridad republicana internacional<sup>327</sup>.

---

<sup>322</sup> *Ibíd.* Es importante destacar la influencia de los acontecimientos europeos a la hora de estudiar la Doctrina Monroe pues ello nos permite ahora comprender mejor el carácter unilateral, más que aislacionista, de la política exterior estadounidense, cuya base se encuentra en la naturaleza misma de sus sistema democrático y republicano, en contraste al autoritario y monárquico europeo, y nos permitirá más tarde situar mejor a la estrategia de la contención dentro de la tradición política de Estados Unidos.

<sup>323</sup> SEWARD, William, *Elogio a J. Q. Adams*, texto consultado en [www.archive.org/stream/lifeandpublicse01unkngoog#page/n396/mode/1up](http://www.archive.org/stream/lifeandpublicse01unkngoog#page/n396/mode/1up).

<sup>324</sup> *Ibíd.*

<sup>325</sup> *Ibíd.*

<sup>326</sup> *Ibíd.*

<sup>327</sup> KAGAN, *op.cit.*, p. 174.



La Doctrina Monroe en sí contiene tres puntos esenciales, a saber, la negativa estadounidense a aceptar una nueva colonización en los países americanos independizados puesto que para Monroe

La ocasión ha sido juzgada propicia para asegurar como un principio en el cual los derechos e intereses de Estados Unidos están envueltos, que los continentes americanos por la condición libre e independiente que han asumido y mantenido, no han de ser considerados desde ahora como sujetos para la futura colonización por las potencias europeas...<sup>328</sup>

En consecuencia, ya no se aceptaría una transferencia de colonias entre las distintas potencias europeas ni una reimposición colonial<sup>329</sup> ya que “consideraremos cualquier intento de su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad”<sup>330</sup>, pues

es imposible que las potencias aliadas extiendan su sistema político a cualquier porción de ambos continentes sin poner en peligro nuestra paz y felicidad [...] y es igualmente imposible, de ese modo, que consideremos tal interposición con indiferencia<sup>331</sup>

En contrapartida, Estados Unidos respetaría a las colonias aun existentes y garantizaba mantener su no intervención en los asuntos europeos, pues

En las guerras entre las potencias europeas, en asuntos relativos a ellas mismas, no hemos tomado nunca parte, ni tiene que ver ello con nuestra política el hacerlo. Es sólo cuando los nuestros son invadidos o seriamente amenazados que nos ofendemos de los daños o nos preparamos para la defensa<sup>332</sup>

pero teniendo siempre presente y a modo de advertencia que

con las colonias existentes o dependencias de cualquier potencia europea no hemos interferido y no interferiremos, pero con los gobiernos que hayan declarado su independencia y la hayan mantenido, y cuya independencia hayamos, bajo gran consideración y justos principios, reconocido, no podremos ver cualquier interposición con el propósito de oprimirles, o controlar de cualquier forma su destino, por cualquier potencia europea bajo ninguna otra luz que una manifestación de una disposición hostil hacia los Estados Unidos<sup>333</sup>

De éste modo, la Doctrina Monroe buscaba alejar a las potencias europeas de los asuntos americanos, de hecho, el primer objetivo de su secretario de Estado, John Quincy Adams, fue excluir las exigencias de Gran Bretaña en Norteamérica y

---

<sup>328</sup> MONROE, James, Séptimo mensaje anual del 2 de diciembre de 1823, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=).

<sup>329</sup> McDOUGALL, op. cit. p. 71.

<sup>330</sup> MONROE, James, Séptimo mensaje anual del 2 de diciembre de 1823, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=).

<sup>331</sup> MONROE, James, Séptimo mensaje anual del 2 de diciembre de 1823, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=spain&st1=).

<sup>332</sup> *Ibíd.*

<sup>333</sup> *Ibíd.*



extender al máximo las de Estados Unidos<sup>334</sup>, ya que mientras Londres favorecía la creación de monarquías constitucionales para defender sus intereses en la región, y París y Moscú regímenes más absolutistas, Estados Unidos sólo contemplaba el nacimiento de nuevas repúblicas democráticas<sup>335</sup>, al mismo tiempo que trataba simultáneamente de congraciarse con la gran regla washingtoniana de no inmiscuirse en los asuntos europeos con asumir la preeminencia política en el continente americano, tarea para la que Estados Unidos tendría que desprenderse irremediabilmente del aislacionismo, pudiendo entenderse la Doctrina Monroe como el primer peldaño ideológico para el papel hegemónico al que, según los propios estadounidenses, estaba destinada la nación. Es decir, la Doctrina Monroe supuso la traducción en una doctrina política coherente de los principios recogidos por John Adams en su Modelo de Tratados de 1776, neutralidad, libertad de comercio y ausencia de toda injerencia exterior en suelo americano, estrategia que el propio John Adams resumió con las siguientes palabras:

El principio de política exterior que he abogado y ha sido mi invariable guía de conducta en todas las situaciones como embajador en Francia, Holanda e Inglaterra, y como Vicepresidente y Presidente de Estados Unidos [...] fue que no debemos hacer tratados de alianza con ninguna potencia europea, que no debemos consentir a nadie salvo tratados de comercio, que debemos separarnos, tanto como nos sea posible y por tanto tiempo como se pueda, de todas las políticas y guerras europeas<sup>336</sup>

## 2.b. De la Doctrina Monroe a la guerra de Polk con México

Con la Doctrina Monroe, mezcla de Gran Regla washingtoniana y afirmación de superioridad continental, los Estados Unidos no sólo afianzaban su creciente papel protagonista en el continente americano sino que se ubicaron a escala internacional, pues sin poner en tela de juicio la preeminencia británica ni unir sus destinos a una incierta alianza con cualquier otra potencia europea, se convertían en un actor a tener en cuenta por las cancillerías europeas, y no sólo en los asuntos americanos. El crecimiento industrial estadounidense era ya una realidad para mediados del siglo XIX (entre 1850 y 1860 Estados Unidos se convirtió en la segunda economía en producción industrial por detrás de Gran Bretaña<sup>337</sup>), la industria algodonera crecía al ritmo del aumento de las importaciones británicas y la constante bajada de su precio (las exportaciones a Gran Bretaña comenzaron en la década de 1780, y si para 1810 representaban el 48 por ciento del algodón importado por Londres, en 1860 suponían el 92 por ciento de las mismas), y con ello el número de esclavos no cesaba de aumentar pese a la prohibición de su comercio en 1808, cuyo valor ascendía en Estados Unidos a mediados de siglo a dos billones de dólares<sup>338</sup>. No extraña por tanto, que en 1820 comenzara a fraguarse un nacionalismo norteamericano distinto al europeo, basado no tanto en la lealtad a una Corona o a un grupo social en particular, sino a un proyecto, a una comunidad imaginada y sin límites claros<sup>339</sup> y que tendrá,

<sup>334</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 85.

<sup>335</sup> KAGAN, op.cit., p. 176.

<sup>336</sup> ADAMS, op.cit., p. 280.

<sup>337</sup> BOSCH, op.cit. p. 150.

<sup>338</sup> Las cifras corresponden a JOHNSON, ob.cit., p. 308-312.

<sup>339</sup> STEPHANSON, op. Cit. p. 28.



como se verá más adelante, en el Presidente Jackson a su más ferviente representante. 1820 también es la fecha en la que comenzó el Segundo Gran Despertar religioso en Estados Unidos, en él el culto se disgregó en multitud de congregaciones diseminando el credo cristiano entre la creciente población norteamericana, aun siendo la presbiteriana la secta más extendida en la década de 1840, el carácter religioso pero no sectario del sistema estadounidense permitió la proliferación de antiguas sectas que hallaron en suelo norteamericano tierra fértil por la que extenderse<sup>340</sup>. A los elementos económicos, políticos, religiosos, y demográficos (de 1830 a 1880 llegan a Estados Unidos 30 millones de inmigrantes europeos<sup>341</sup>, los inmigrantes escapaban de la presión fiscal a la que recurrieron la mayoría de Estados europeos tras las guerras napoleónicas, además de verse atraídos por el reclamo de la tierra barata, a dos dólares el acre, precio que incluso bajó a 1,25, si bien el 80 por ciento del crecimiento entre 1800 y 1820, cuando la población se dobló, pasando de 5,3 millones a 9,6, fue natural<sup>342</sup>) se les uniría el cultural, pues hacia la década de 1840 dio comienzo el llamado Renacimiento Americano por el que se consideraba a Estados Unidos como el heraldo de la nueva edad para el mundo, encontrándonos de nuevo ante la creencia del paso del mando cultural hacia las regiones más occidentales (de Grecia a Roma, de Roma a Londres y de Londres a Washington). Todo ello confluirá para dar lugar a la teoría del Destino Manifiesto, verdadero complemento teológico de la Doctrina Monroe y que junto a ella marcará las pautas políticas en las décadas venideras.

El Destino Manifiesto no es una teoría política, sino más bien una sugerencia nacida del modo en que los estadounidenses conciben su propia naturaleza<sup>343</sup>, es decir, su carácter expansionista hacia las partes aun no conquistadas de Norteamérica, y por tanto, la obligación, no sólo necesidad, de llevar la libertad garantizada por su sistema político a todos los rincones donde un estadounidense se afincase. Para el profesor Weinberg significa “la idea de que la incorporación de todas sus regiones adyacentes a Estados Unidos constituía la realización virtualmente inevitable de una misión moral asignada a la nación por la misma Providencia”<sup>344</sup>, siendo una justificación de su expansión ante el público estadounidense para ganarse su apoyo y dotarse de una certidumbre moral de poseer “cierto valor social preeminente, una misión particularmente excelsa y por lo tanto, unos derechos especiales en la aplicación de los principios morales”<sup>345</sup>. Como ya hemos visto, el crecimiento demográfico y la fisonomía agraria de la sociedad americana empujaban constantemente la emigración al oeste en busca de nuevas tierras, así, la teoría del Destino Manifiesto justificaba no sólo la conquista territorial sino también la difusión de sistema republicano democrático. Expansión que se creía vital para garantizar la libertad, principio más querido por los norteamericanos, a través de su independencia y libertad de acción en el continente, además de ayudar a fortalecer su

---

<sup>340</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 301.

<sup>341</sup> BOSCH, ob.cit. p, 94.

<sup>342</sup> Las cifras corresponden a JOHNSON, ob.cit., p. 283 y 290.

<sup>343</sup> McDOUGALL, ob.cit. p. 76. Para el autor la teoría del Destino Manifiesto es la cuarta variable del viejo testamento de la política de Estados Unidos.

<sup>344</sup> WEINBERG, Albert K. *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 16.

<sup>345</sup> *Ibíd.*, p. 21.



modelo de sistema americano de Estados<sup>346</sup>. Para los estadounidenses, siguiendo de nuevo a Weinberg, al menos se pueden señalar quince razones a lo largo de su historia para justificar su expansión, yendo desde justificaciones basadas en el derecho natural de Estados Unidos a regular el destino de Norteamérica (derecho que se enmarcaba en los designios divinos), a la predestinación geográfica (con zonas que caían en el seno del área de influencia estadounidense), el uso del suelo (en contra de la movilidad india), la ampliación del área de libertad (como reafirmación del bien social encarnado por el proyecto político de Estados Unidos), el título válido (derivado del título divino concedido a Estados Unidos que supera al derecho positivo humano), la misión regeneradora (pues los expansionistas pensaban que era el mal gobierno, más que la cuestión racial, el culpable del retraso los pueblos vecinos, como sería el caso de México), el desarrollo natural (considerando al expansionismo como un proceso natural, de naturaleza cuasi biológica), la gravitación política en torno a Estados Unidos, el destino inevitable (su destino respondía a un determinismo histórico, no a su propia voluntad), la carga del hombre blanco (Estados Unidos en América sobre el europeo), la afinidad política, la defensa propia (aquí Estados Unidos actuaba de manera preventiva, al usar el expansionismo para evitar futuras amenazas derivadas de una falla en su contigüidad territorial), de poder de política internacional (siendo el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe una expresión del nuevo papel de Estados Unidos en la escena internacional), hasta el liderazgo mundial (tras 1898 el tradicional unilateralismo aislacionista dejó de ser visto como beneficioso por cada vez más amplias capas de la élite política de Washington, comenzando la lenta pero creciente participación de Estados Unidos en los asuntos mundiales)<sup>347</sup>.

La expresión Destino Manifiesto, aunque se puede rastrear su nacimiento en la tradición milenarista estadounidense que dotaba a la nación con la misión de regenerar al mundo, corresponde realmente al periodista John O'Sullivan quien la había acuñado en su obra sobre *Manifest Destiny* de 1839. Partidario de la compra de Cuba, e incluso de su conquista militar para ayudar a los cubanos en su lucha contra el despotismo de la monarquía española, su activismo le llevó a ser encarcelado por romper la ley de neutralidad americana. Para O'Sullivan

nuestro nacimiento nacional fue el comienzo de una nueva historia, la formación y el progreso de un sistema político no probado, que nos separa del pasado y nos conecta sólo con el futuro [...] debemos asumir con confianza que nuestro país está destinado a ser la gran nación del futuro. Está así destinada, porque el principio sobre el que una nación está organizada fija su destino, y este de igualdad es perfecto, es universal<sup>348</sup>

De nuevo, el régimen de libertad instaurado por los padres fundadores de Estados Unidos concede a su nación el liderazgo mundial en virtud de la superioridad de su sistema político, estando así el futuro escrito ya en la propia Constitución, restando tan sólo a los estadounidenses hacer honor a su misión, ya que

<sup>346</sup>McDOUGALL., op.cit. p. 78.

<sup>347</sup> Cada razón es tratada en cada uno de los quince capítulos de la obra de WEINBERG, ob.cit.

<sup>348</sup> O'SULLIVAN, John, texto consultado en [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/osulliva.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/osulliva.htm)



América está destinada a mejores actos. Es nuestra gloria sin par que no tengamos reminiscencia alguna de campos de batalla, pero sí de defensa de la humanidad, de los oprimidos de toda nación, de los derechos de conciencia y de los derechos de emancipación personal<sup>349</sup>

De ahí que Estados Unidos fuese la nación del porvenir “el futuro que se expande es nuestra arena [...] la nación de muchas naciones está destinada a manifestar a la humanidad la excelencia de los principios divinos”<sup>350</sup>, por eso contaría con la ayuda divina pues

somos la nación del progreso humano y ¿quién, qué puede poner límites a nuestra marcha hacia delante? La Providencia está con nosotros [...] las puertas del infierno- los poderes de la aristocracia y la monarquía- no deben prevalecer contra ello<sup>351</sup>

El proyecto político estadounidense marcaría de forma indeleble la imparable marcha histórica de la nación, cuyo carácter esencial era ser

la nación del progreso, de la libertad individual, de la emancipación universal. La igualdad de derechos es el foco de nuestra unión de Estados. Debemos encaminarnos al cumplimiento de nuestra misión- al cumplimiento completo del principio de nuestra organización- libertad de conciencia, de persona, de comercio y negocio... [...] Todo esto será nuestra historia futura, establecer en la tierra la dignidad moral y la salvación del hombre, la inmutable verdad y beneficencia de Dios. Para esta misión bendita para las naciones del mundo ha sido elegida América [...] ¿quién entonces puede dudar que nuestro país esté destinado a ser la gran nación del futuro?<sup>352</sup>

Estados Unidos representa así la esperanza de aquellos pueblos oprimidos por la tiranía y la corrupción de sus gobiernos despóticos, y al ser sus valores no sólo nacionales, sino universales, convierte su misión en una empresa de escala mundial, si bien, para cumplirla se alejará de los tradicionales medios de poder europeos que durante tantos siglos han asolado a la humanidad, pues Estados Unidos representa la benevolencia encarnada en su defensa de la libertad y la justicia, bendiciones con las que Dios ha querido gratificar a su nueva Israel.

Esta visión sobre el papel redentor de Estados Unidos estaba muy extendida a mediados del siglo XIX, en un artículo de marzo de 1847 en *The American Whig Review*, titulado *The destiny of the country*, se habla de que “a pesar del orgullo proverbial de los americanos, pocos han alcanzado aún el debido sentido de la magnificencia de su país y del esplendor de su destino nacional”<sup>353</sup>, grandeza debida a que su posición geográfica aislada y tan extensa la convertían en inexpugnable, también gracias a “lo mucho que la Providencia ha hecho por nosotros”<sup>354</sup> y a unas instituciones políticas avanzadas; siendo, por tanto, las marcas de la grandeza

---

<sup>349</sup> Ibíd.

<sup>350</sup> Ibíd.

<sup>351</sup> Ibíd.

<sup>352</sup> Ibíd.

<sup>353</sup> Artículo “*The destiny of the country*” onultado íntegro en <http://cdl.library.cornell.edu>

<sup>354</sup> Ibíd.



norteamericana sus “instituciones políticas, el origen providencial y las circunstancias, la grandeza tanto en extensión como en características del territorio heredado por esta nueva raza”<sup>355</sup>, fruto de la mezcla de distintos pueblos que habrían acudido a Estados Unidos para escapar del control de la corrupta Europa y así crear una nueva nación como señal del interés universal en su destino, puesto que “no podemos dudar al anunciar la preparación aquí del triunfo glorioso y sin parangón de los principios de justicia, humanidad y religiosidad”<sup>356</sup>.

No todas las voces americanas clamaban por la expansión irrefrenable del modelo representado por Estados Unidos, ya hemos mencionado la importancia que John Quincy Adams (1825-1829) tuvo en el desarrollo político estadounidense, no sólo por ser su sexto Presidente, sino por toda su trayectoria política, pues al igual que el discurso de despedida de Washington, el pensamiento de Adams influyó decisivamente en las cuatro tradiciones del viejo testamento político de Estados Unidos referido por Mead<sup>357</sup>, tanto en el excepcionalismo, como en el unilateralismo, en la Doctrina Monroe (siendo el influyente Secretario de Estado del Presidente Monroe<sup>358</sup>) y en el expansionismo. Habiendo tenido una experiencia de 17 años en Europa, y hablando seis idiomas, buscó la expansión hacia el Pacífico pero con el comercio como base de un nuevo orden mundial, con la reciprocidad como instrumento para romper con las restricciones europeas<sup>359</sup>. A modo de patrón político, en su famoso discurso de 1821, Adams abogaría por una estrategia cauta para no poner en peligro los logros alcanzados hasta el momento, advirtiendo que

dondequiera que el estándar de libertad e independencia haya sido o sea desplegado, allí estará el corazón americano, sus bendiciones y sus oraciones. *Pero ella no va al exterior en busca de monstruos que destruir.* Ella es la admiradora de la libertad e independencia de todos, ella es la campeona y justificadora sólo de sí misma<sup>360</sup>

Ya que

ella sabe bien que una vez alistada bajo estandartes distintos a los propios, sean incluso los estandartes de la independencia extranjera, se involucraría ella misma, más allá del poder de desgaste, en todas las guerras de interés e intriga, de avaricia individual, envidia y ambición, que suelen asumir los colores y usurpar el estandarte de la libertad...América se convertiría en la dictadora del mundo: no sería por más tiempo la dueña de su propio espíritu<sup>361</sup>

Es decir, para Adams estaba claro que la fortaleza de Estados Unidos residía en su modelo político, sistema que había que proteger en el plano doméstico pero no a expensas de exponerlo a los azares de la escena internacional, la expansión de su modelo sería bienvenida, pero se haría más bien con la fuerza de su ejemplo que con

---

<sup>355</sup> *Ibíd.*

<sup>356</sup> *Ibíd.*

<sup>357</sup> Ver nota 278.

<sup>358</sup> [www.whitehouse.gov/history/presidents/jq6.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/jq6.html)

<sup>359</sup> HERRING, ob.cit., p. 134.

<sup>360</sup> ADAMS, John Quincy, discurso del 4 de julio de 1821, texto consultado en [www.presidentialrhetoric.com/historicspeeches/adams\\_jq/foreignpolicy.html](http://www.presidentialrhetoric.com/historicspeeches/adams_jq/foreignpolicy.html), la cursiva es del autor.

<sup>361</sup> *Ibíd.*,



la de las armas, pues Estados Unidos no debía arriesgar su futuro en territorios lejanos. Como Presidente, y junto a su Secretario de Estado Henry Clay, el sentido de misión aumentó en la política exterior de Estados Unidos, ya que veían la expansión de su modelo como la mejor fórmula para que no cayesen de nuevo bajo el yugo europeo, eso sí, teniendo en cuenta su moderación, con el ejemplo y el comercio como armas de la penetración estadounidense<sup>362</sup>. En su primer discurso inaugural enumeraba los siguientes propósitos a los que su Administración

estaría sagrada e invariablemente consagrada: formar una unión perfecta, establecer justicia, asegurar la tranquilidad doméstica, trabajar por la defensa común, promover el bienestar general y asegurar las bendiciones de la libertad al pueblo de esta Unión en sus sucesivas generaciones<sup>363</sup>

#### Para Adams

nuestro credo político es, sin ninguna voz desacorde que pueda ser oída, que la voluntad del pueblo es la fuente y la felicidad del pueblo, el fin de todo gobierno legítimo sobre la tierra; que la mejor seguridad para la beneficencia y la mejor garantía contra el abuso de poder consiste en la libertad, la pureza y elecciones populares periódicas [...] que la más firme seguridad para la paz es la preparación durante la paz de las defensas de la guerra [...] que la política de nuestro país es la paz y el arca de nuestra salvación la unión, son artículos de fe sobre los que todos estamos de acuerdo<sup>364</sup>

Como vemos, en 1825 el Presidente de Estados Unidos tenía muy claro ya que el sistema político que encarnaba era el único legítimo sobre la tierra, y por lo tanto estaba destinado a prevalecer sobre el resto, eso sí, Estados Unidos no lo haría a través de la fuerza de las armas, sino de su ejemplo, pues como la propia Europa habría debido reconocer “el ejercicio del poder sobre los hombres sólo puede estar justificado por la bendiciones que confiere sobre aquellos que se extiende”<sup>365</sup>, ya que “libertad es poder”<sup>366</sup> pues “la nación bendecida con la mayor porción de libertad debe en proporción a sus números ser la más la poderosa sobre la tierra”<sup>367</sup>; por ello, respecto a las naciones americanas recién independizadas de España “el primer y principal principio sobre el que se juzgó sabio y justo colocar la piedra angular de todas nuestras relaciones con ellas fue *imparcialidad*; el siguiente fue una cordial buena voluntad hacia ellas; el tercero fue una petición de reciprocidad justa e igualitaria”<sup>368</sup>.

---

<sup>362</sup> HERRING, ob.cit., p. 159.

<sup>363</sup> ADAMS, John Quincy, Discurso Inaugural del 4 de marzo de 1825, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25809&st=united+states&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25809&st=united+states&st1=).

<sup>364</sup> *Ibíd.*

<sup>365</sup> ADAMS, John Quincy, Primer mensaje anual del 6 de diciembre de 1825, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29467&st=united+states&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29467&st=united+states&st1=).

<sup>366</sup> *Ibíd.*

<sup>367</sup> *Ibíd.*

<sup>368</sup> ADAMS, John Quincy, Mensaje especial del 15 de marzo de 1826, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=66632&st=united+states&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=66632&st=united+states&st1=), éste discurso es importante pues en él Adams trata de demostrar cómo al aceptar la invitación de las nuevas naciones americanas a una reunión en Panamá, con ello ni se ofende a las potencias europeas ni se rompe con la Gran Regla washingtoniana, pues la Doctrina Monroe capacita y obliga a Estados Unidos a preocuparse por los asuntos continentales, llegando a repetir incluso la letra del discurso de su antecesor al respecto. En todo



Pese a su cautela a la hora de defender los intereses de los Estados Unidos, el Presidente Adams fue consciente de la necesidad de adaptar la Gran Regla washingtoniana al devenir de los tiempos, pues

consciente del consejo dado por el padre de nuestro país en su discurso de despedida [...] no puedo obviar la reflexión de que el consejo de Washington en esa circunstancia, como todos los consejos de sabiduría, estuvo rodeado de las circunstancias en las que nuestro país y el mundo a nuestro alrededor estaban enmarcados en el tiempo en que fue dado; que las razones asignadas por él para su advertencia eran que Europa tenía un conjunto de intereses principales con los que nosotros no teníamos ninguna o una lejana relación; que nuestra situación apartada y aislada nos invitaba y permitía perseguir un curso diferente<sup>369</sup>

Pero las independencias de las colonias sudamericanas cambiarían el entorno internacional por completo, ya que si antes los imperios europeos eran los vecinos de Estados Unidos

esas colonias han sido transformadas ahora en ocho naciones independientes [...] con cuya relación a todas ellas nuestra situación ni es distante ni aislada, cuyos principios políticos y sistemas de gobierno, parecidos a los nuestros, deben y tendrán una acción y una reacción sobre nosotros a las que no debemos ser indiferentes aunque pudiésemos<sup>370</sup>

Por lo tanto, a continuación Adams reafirmaba la Doctrina Monroe como el mejor método para lidiar con la presente situación sin abjurar del consejo de Washington de no interferir en Europa, pero advirtiendo a ésta a través de aquella que “si interfiriera, como hará, a través de medidas que puedan tener un gran y peligroso rechazo entre nosotros, deberemos ser llamados en la defensa de nuestros altares y hogares...y elegir entre la paz y la guerra”<sup>371</sup>, ya que “es sólo cuando nuestros derechos son invadidos o seriamente amenazados que nos ofendemos por los daños o hacemos preparativos para nuestra defensa”<sup>372</sup>.

En cualquier caso, tanto la Doctrina Monroe como la teoría del Destino Manifiesto corrían en el sentido contrario a la cautela aconsejada por Adams, por si fuera poco, la llegada de Andrew Jackson a la presidencia norteamericana (1829-1837) añadiría la dimensión nacionalista a la ya compleja escena política de Estados Unidos. Con Jackson, el oeste se ve por fin en pie de igualdad con las colonias fundadoras de la república y se desarrolla la política de masas<sup>373</sup>, pues gracias al Partido Demócrata logró crear una verdadera estructura nacional con una campaña en busca de la aprobación popular (además de instaurar el sistema de expolio burocrático, a través del cual el partido vencedor nombraba a la mayoría de

---

caso, Adams enviaría a sus delegados a la conferencia más para evitar que México se hiciese con Cuba y Haití que por un sincero espíritu de confraternización continental.

<sup>369</sup> *Ibíd.*

<sup>370</sup> *Ibíd.*

<sup>371</sup> *Ibíd.*

<sup>372</sup> *Ibíd.*

<sup>373</sup> Hecho que culminaría hacia 1860 con la implantación del sufragio universal masculino (de los blancos) en la mayoría de los estados, BOSCH, *ob.cit.*, p. 97.



funcionarios tras ganar las elecciones), convirtiendo al Presidente en la figura principal del sistema político (Jackson salió reforzado en su lucha contra el Segundo Banco de Estados Unidos, y con él la presidencia, que desde entonces tendría más relevancia, en especial respecto al Legislativo<sup>374</sup>).

Nacido en 1767 en las Carolinas, creció en una familia humilde, habiendo perdido a su padre antes de su nacimiento, dos de sus hermanos y su madre morirían a causa de la guerra de Independencia. Siendo un abogado de éxito en Tennessee fue elegido para ambas cámaras de ese mismo estado desde 1796, y en la guerra de 1812-1815 contra Gran Bretaña ganó fama nacional como Mayor General de la Milicia<sup>375</sup>, convirtiéndole así en potencial candidato presidencial. La corrupción que a finales de la década de 1810 afloró en Washington le impulsó a entrar en la política nacional, ferviente partidario de dar mayor protagonismo a la voluntad popular y contrario a las maquinarias partidistas, odiaba a los bancos, a lo que representaba la capital federal y al Departamento de Guerra<sup>376</sup>. Ya en 1824 se enfrentaría a J. Q. Adams por la presidencia, y si bien ganó en voto popular, al no alcanzar la mayoría de votos electorales, el Congreso eligió a Adams, en lo que fue considerado por el público como una muestra más de la corrupción política que denunciaba Jackson<sup>377</sup>. En ello resultó fundamental el apoyo a J. Q. Adams del cuarto candidato más votado, el *whig* Henry Clay, quien gracias a ello fue nombrado Secretario de Estado, lo que inmediatamente fue denunciado por Jackson como una prueba más de la corrupción reinante en Washington, si bien la enemistad entre ambos venía de lejos, pues Clay había denunciado a Jackson por su entrada en Florida en 1817, advirtiendo de los peligros de cesarismo derivados de su actuación; en todo caso, ambos eran figuras nacionales, Jackson como héroe militar, y Clay como gran estadista al ser la figura principal del Compromiso de Louisiana de 1820-21, sobre la extensión de la esclavitud en los nuevos territorios adquiridos por Estados Unidos desde 1803<sup>378</sup>.

El fracaso de Jackson en su primer intento por alcanzar la presidencia le condujo a crear el moderno Partido Demócrata de las cenizas del antiguo Republicano Demócrata, que se dividió entre los seguidores de Jackson y los *whigs* o Nacionales Republicanos de Adams y Clay. Captando el populismo que desde el oeste pedía una mayor participación popular en el proceso político estadounidense, Jackson apeló al desprecio del creciente electorado por la concentración del poder federal auspiciado por Adams, y utilizando a su favor el antiesclavismo y antiexpansionismo de éste, y exaltando el nacionalismo de la opinión pública acabó ganando las elecciones de 1828 con el 56 por ciento de los votos por el 43.6 por ciento de Adams, lo que se tradujo en 178 votos electorales por 83 y una amplia mayoría en ambas cámaras<sup>379</sup>. Dichas elecciones supusieron una revolución en la política estadounidense, por primera vez fue una elección popular acabando con “el viejo sistema indirecto y

---

<sup>374</sup> Datos biográficos consultados en [www.whitehouse.gov/history/presidents/aj7.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/aj7.html) y MERRY, Robert W. *A Country of Vast Designs. James K. Polk, the Mexican War and the Conquest of the American Continent*, Simon & Schuster, New York, 2009, p. 19-22.

<sup>375</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 267.

<sup>376</sup> *Ibíd.*, p. 330.

<sup>377</sup> *Ibíd.*, p. 333.

<sup>378</sup> MERRY, ob.cit., p. 24-25.

<sup>379</sup> *Ibíd.*, p. 28-29.



oligárquico para siempre”<sup>380</sup>, y con Martin Van Buren como director de campaña se logró el apoyo del sur gracias, entre otras cosas, a la utilización por primera vez del póster electoral, asegurándose ésta vez sí, la victoria en las presidenciales.

Ya en el cargo, Jackson (1829-1837) fue el primer Presidente en beneficiarse de los poderes que la Constitución le otorgaba, y más que un gobierno de gabinete, como lo había sido desde G. Washington, Jackson se valió de su propio equipo para tomar las decisiones clave, el “gabinete de cocina”, como se le empezó a conocer, cambiando así la estructura de poder estatal para siempre. De hecho, sus ideas dominaron la política estadounidense hasta la Guerra Civil, pues pese a que Jackson era defensor de las prerrogativas estatales, veía en la unión federal la salvaguarda de la prosperidad común (de hecho consideraba la supervivencia de los asentamientos indios una amenaza para el futuro del país)<sup>381</sup>, en cuanto a la economía, si bien continuó la política comercial de su predecesor, añadiendo diez tratados comerciales a los doce firmados por Adams, y abriendo las Indias Occidentales Británicas y el Mar Negro al comercio estadounidense, además de enviar por primera vez representación comercial a Japón o Vietnam<sup>382</sup>, de hecho, la creciente importancia del comercio asiático se convirtió pronto en un acicate para la expansión hacia el Pacífico<sup>383</sup>, pero su odio a los bancos le condujo a tomarse como una cuestión personal la supervivencia del Segundo Banco de Estados Unidos, y tras ver en su victoria de 1832 la sanción popular para su destrucción, procedió a retirar los fondos federales de su interior y a acabar con toda conexión del banco con el gobierno central<sup>384</sup>. A diferencia del ala *whig*, Jackson desconfiaba de todo uso de dinero federal para proyectos locales, todo lo que fuera más allá del beneficio y la defensas nacionales lo consideraba constitucionalmente sospechoso, y al contrario de Clay, para quien las élites políticas nacerían del ejercicio del poder y así lograr un gobierno efectivo, para Jackson la clave residía en minimizar la corrupción del poder a través de incentivar la participación de las masas en el proceso político, y en lugar de expresar lo que era mejor para el pueblo, hablar directamente en nombre de él<sup>385</sup>.

En su primer discurso inaugural, el Presidente Jackson ya dejaría claro el papel que esperaba de Estados Unidos en la escena internacional, su política exterior estaría basada en que

con las naciones extranjeras será mi estudio el preservar la paz y cultivar la amistad en términos justos y honorables, y en el ajuste de cualquier diferencia que pueda existir o surgir exhibir la sobriedad de quien se convierte en una nación poderosa más que la sensibilidad que pertenece a las gentes valerosas<sup>386</sup>

---

<sup>380</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 338.

<sup>381</sup> *Ibíd.*, p. 346.

<sup>382</sup> HERRING, ob.cit., p. 169.

<sup>383</sup> *Ibíd.*, p. 189.

<sup>384</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 355.

<sup>385</sup> MERRY, ob.cit., p. 34.

<sup>386</sup> JACKSON, Andrew, Mensaje inaugural del 4 de marzo de 1829, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25810&st=united+states&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25810&st=united+states&st1=). Si bien admitía que “respecto a nuestros asuntos externos que no desaparecerán ante los principios de simple justicia y la sobriedad que marcan nuestras relaciones con las potencias extranjeras, tenemos todas las razones para sentirnos orgullosos de nuestro adorado país”, JACKSON, Andrew, Séptimo mensaje anual del 7 de



Pues para Jackson “de las más tempranas edades de la historia al presente nunca ha habido trece millones de personas asociadas en un cuerpo político que disfrutasen de tanta libertad y felicidad como la gente de estos Estados Unidos”<sup>387</sup>.

Eso sí, el que Estados Unidos se convirtiera en una poderosa nación no era obstáculo para que Jackson considerara a “los ejércitos permanentes como peligrosos para los gobiernos libres en tiempos de paz”<sup>388</sup> y por ello no agrandaría el tamaño del ejército estadounidense, viendo en las milicias el mejor método de defensa nacional. Para Jackson era suficiente el que

bendecido como está nuestro país con todos los atributos que constituyen la fortaleza nacional, él está plenamente capacitado para el mantenimiento de todos sus intereses [...] y me congratulo de que, apoyado por las otras ramas del gobierno y por la inteligencia y patriotismo populares, nos sea posible, bajo la protección de la providencia, hacer que todos nuestros justos derechos sean respetados<sup>389</sup>

Es decir, para Jackson la fortaleza estadounidense comenzaba por la unión interna basada en un sentimiento de pertenencia y orgullo nacionales capaces de unir bajo un sólo signo el devenir de la nación, por ese “generoso patriotismo que fue originalmente, y debe continuar siendo siempre, el elemento vital de la Unión”<sup>390</sup>.

Pues para Jackson “ningún gobierno libre puede permanecer sin virtud en su pueblo ni sin un elevado espíritu de patriotismo”<sup>391</sup>. En todo caso, no conviene relacionar el patriotismo jacksoniano con una política exterior agresiva, fiel seguidor de la gran regla washingtoniana, el Presidente Jackson abogaba por una política exterior sobria basada en

cultivar las relaciones más liberales y amistosas con todos; siempre dispuesto a cumplir con nuestros compromisos con escrupulosa fidelidad, limitando nuestras demandas sobre otros a la mera justicia, manteniéndonos siempre dispuestos a hacerles lo que desearíamos que nos hiciesen a nosotros, y evitando incluso la apariencia de desmedida parcialidad hacia cualquier nación, me parece

---

diciembre de 1835, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29477&st=proud&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29477&st=proud&st1=).

<sup>387</sup> Ibíd.

<sup>388</sup> Ibíd.

<sup>389</sup> JACKSON, Andrew, Primer mensaje anual del 8 de diciembre de 1829, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29471&st=united+states&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29471&st=united+states&st1=).

<sup>390</sup> JACKSON, Andrew, Séptimo mensaje anual del 7 de diciembre de 1835, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29477&st=proud&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29477&st=proud&st1=). Ningún otro presidente estadounidense usaría tanto el término “patriotismo” como A. Jackson durante el siglo XIX en sus discursos oficiales. En palabras del propio presidente “el espíritu de conciliación y patriotismo tan esenciales para la preservación de la Unión, a la cual deseo devotamente estar destinada a probar ser impeccedera [...] en conclusión, conciudadanos, permitidme invocar en nombre de vuestras deliberaciones ese espíritu de conciliación y desinterés que es el regalo del patriotismo”, JACKSON, Andrew, Segundo mensaje anual del 6 de diciembre de 1830, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29472&st=proud&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29472&st=proud&st1=).

<sup>391</sup> JACKSON, Andrew, Discurso de despedida del 4 de marzo de 1837, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67087&st=patriotism&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67087&st=patriotism&st1=).



imposible que una simple y sincera aplicación de nuestros principios en nuestras relaciones exteriores pueda fallar a la hora de colocarlas sobre el camino que deseamos deben permanecer<sup>392</sup>

De hecho, para Jackson era impensable que Estados Unidos se inmiscuyera en los asuntos internos de otras naciones, pues “cualquier intervención en sus asuntos más allá de esto [nuestros mejores deseos, nuestros buenos oficios si requeridos], es contraria a nuestros principios de política internacional, y será siempre evitada”,<sup>393</sup>

Aún con todo, el jacksonismo no sería tanto una escuela política como la expresión del patriotismo estadounidense, generalmente asociada a la tradicional belicosidad norteamericana, sus valores comenzarían por el honor (con el espíritu autosuficiente del hombre de la frontera<sup>394</sup>, y el ya famoso modo de hacer las cosas americano), el respeto a la autoridad justa, por la defensa de la igualdad y la libertad (siendo a escala doméstica representante del carácter libertario popular), y acabarían en un fuerte individualismo (con la necesidad de mejora como norma de conducta) y la importancia capital concedida al coraje como parte del código de honor estadounidense; esta última característica de la escuela jacksoniana seguramente sea la causa de la acusación de militarismo vertida contra ella, su defensa de los valores patrios le llevó tanto a favorecer la tenencia de armas por parte de los ciudadanos como a volcarse en el esfuerzo bélico una vez que Estados Unidos hubiese entrado en combate<sup>395</sup>, y aunque su principal objetivo político fuera asegurar el bienestar del pueblo no descartaba el recurso militar en política exterior, como sí lo haría un jeffersoniano, pues para los realistas jacksonianos Estados Unidos no podía aplicar en el exterior los mismos principios que aplicaba en el plano doméstico<sup>396</sup>, para el jacksonismo no se trataba de reordenar el mundo a su imagen, sino tan sólo de salvar su honor, y una vez que recurriese a la guerra para defenderlo, llegar hasta el final, es decir, la derrota del enemigo. Como traducción económica de ese nacionalismo político, los jacksonianos serían contrarios al modelo económico hamiltoniano, no creyendo demasiado en el sistema económico mundial, abogando por medidas proteccionistas<sup>397</sup>.

El nacionalismo jacksoniano, junto a la Doctrina Monroe y la teoría del Destino Manifiesto, inflamaron el debate nacional cuando la rebelde Texas trató de independizarse del debilitado México. Lo que estaba en juego era la compatibilidad

---

<sup>392</sup> JACKSON, Andrew, Segundo mensaje anual del 6 de diciembre de 1830, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29472&st=proud&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29472&st=proud&st1=).

<sup>393</sup> JACKSON, Andrew, Cuarto mensaje anual del 4 de diciembre de 1832, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29474&st=foreign&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29474&st=foreign&st1=). En su mensaje de despedida reafirmaría el enfoque cauto que caracterizó su acción exterior al recalcar que “es incuestionablemente cierto que nuestro verdadero interés es cultivar el entendimiento más amistoso con toda nación y evitar por todos los medios honorables las calamidades de la guerra, y deberíamos alcanzar mejor estos objetivos a través de la sinceridad y franqueza en nuestras relaciones exteriores, a través de la pronta y sincera ejecución de los tratados, y a través de la justicia e imparcialidad en nuestra conducta hacia todos”, JACKSON, Andrew, Discurso de despedida del 4 de marzo de 1837, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67087&st=patriotism&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67087&st=patriotism&st1=).

<sup>394</sup> MEAD, ob.cit., p. 231.

<sup>395</sup> *Ibíd.* p. 235.

<sup>396</sup> *Ibíd.* p. 245.

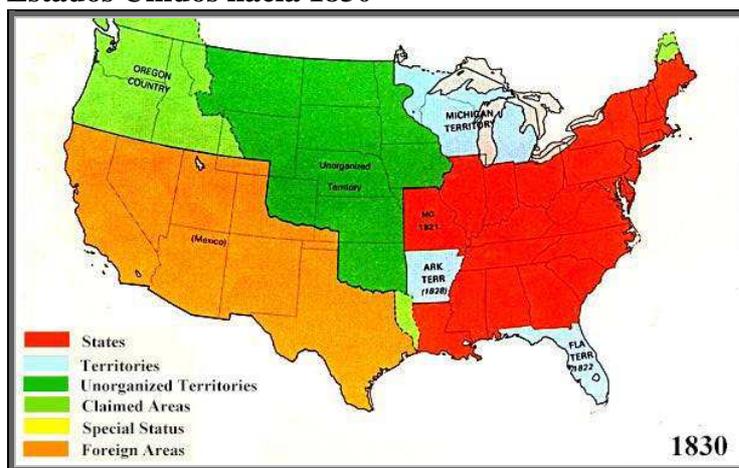
<sup>397</sup> *Ibíd.* p. 259.



entre la libertad y la expansión territorial, en otras palabras, la independencia de Texas revivió el debate entre *republicanismo tradicional jeffersoniano* y *republicanismo internacionalista hamiltoniano*, con la denuncia jeffersoniana de expandir el dominio estadounidense en detrimento de su régimen de libertad enfrentada a la concepción hamiltoniana de favorecer esa misma libertad a través de la expansión de su régimen. A todo ello habría que añadir la cuestión esclavista que envenenaba toda controversia política en Estados Unidos. Por un lado los estados del sur abogaban por la independencia tejana y su posterior inclusión en el seno nacional, para así añadir un nuevo estado esclavista que rompiese el equilibrio a su favor, por otro lado estaban los estados del norte antiesclavistas y más interesados en la penetración comercial (en territorios como Canadá o Hawai<sup>398</sup>). Tal enfrentamiento paralizó la expansión estadounidense durante las décadas de 1820 y 1830, condicionando con ello la política exterior de la nación, pues el sur agrario y esclavista, temeroso de que el norte industrial de trabajo libre hiciese lo mismo con él, no favorecía de ningún modo la injerencia externa en los asuntos internos de otros países, de ahí su aversión al Sistema Americano favorecido desde Washington y que en parte se vio cercenado con la victoria de A. Jackson<sup>399</sup>.

A la cuestión esclavista hay que sumar los diferentes cambios que la sociedad estadounidense vivía a mediados de siglo XIX, pues si bien hasta mediados de siglo permaneció siendo un país agrario, la creciente mecanización del campo transformó la vida rural estadounidense, además, la construcción de nuevos canales, carreteras y vías férreas, las dos primeras bajo iniciativa pública y la tercera de dominio privado, aumentaba las posibilidades de migración interna, más aun con la llegada del telégrafo<sup>400</sup>, haciendo que los habitantes de Estados Unidos estuviesen sedientos de nuevas tierras, y como quiera que el paralelo 49 frenaba la expansión al norte, tan sólo quedaban las codiciadas tierras mexicanas para ser conquistadas, más aún con la independencia de Texas declarada desde 1835.

### Estados Unidos hacia 1830



Fuente: <http://xroads.virginia.edu/~MAP/TERRITORY/1830map.html>

<sup>398</sup> HUNT, ob.cit., p. 36.

<sup>399</sup> KAGAN, op.cit., p. 181 y 200.

<sup>400</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 370.



En efecto, la revuelta de los colonos estadounidenses afincados en Texas contra las autoridades mexicanas, que llevó a la independencia tejana primero, en 1836, cuando ya tres cuartos de su población era norteamericana, y a su unión con Estados Unidos después, en 1845, cuando el Presidente tejano Sam Houston firmó la anexión junto al Presidente estadounidense John Tyler (1841-1845), espoleó a los expansionistas para que presionaran a favor de la intervención en el débil México. El independiente Tyler había usado la anexión de Texas para ganarse el apoyo popular que la ausencia de un aparato partidista le vetaba, además, el nombramiento de John Calhoun como Secretario de Estado tras la muerte de su antecesor en la explosión de uno de los cañones del buque Princeton el día de su botadura, sumaría al componente expansionista tanto la defensa de la esclavitud como el reforzamiento del Sur frente a las veleidades abolicionistas de los estados del Norte<sup>401</sup>, llegando incluso a ver en la negativa del norte a aceptar a Texas como nuevo estado esclavista un acicate más para la unión del sur en una confederación separada de Estados Unidos<sup>402</sup>. Así, como veremos más adelante, la cuestión expansionista se mezclaría con la no menos espinosa del abolicionismo, enrareciendo un ya de por sí enrevesado tema y llevando los debates internos en Estados Unidos a cotas de enfrentamiento político no vistas desde los tiempos de Hamilton y Jefferson.

Para Tyler tras ocho años de guerra entre Mexico y Texas “es hora de que esta guerra haya acabado”<sup>403</sup>, y dado que Estados Unidos reconoce la independencia texana, instaba a México a que haga lo mismo que Gran Bretaña hizo tras perder su dominio de sus colonias norteamericanas, dejando de interferir en los asuntos de su ya ex territorio y cesando las acciones de hostigamiento en sus fronteras, no en vano “considerando que Texas está separada de Estados Unidos por una mera línea geográfica”<sup>404</sup>, además de compartir una homogeneidad en su población, lenguaje y aspiraciones, y lo más importante, dado

que su territorio, en la opinión de muchos, forma parte desde hace mucho tiempo del territorio de Estados Unidos [...] este Gobierno está comprometido por toda consideración de interés tanto como de simpatía en ver que ella (Texas) es dejada en libertad de actuar, especialmente respecto a sus asuntos internos, sin intimidación por la fuerza y no limitada por las políticas u opiniones de otros países<sup>405</sup>

Además, para la Administración Tyler resultaba evidente, como después resaltara Jackson en los debates por la nominación Demócrata de 1844, que

la opinión que entonces, como ahora, prevalecía en el ejecutivo era que la anexión de Texas a la Unión era una cuestión de vasta importancia en orden a

---

<sup>401</sup> MERRY, ob.cit.,, p. 67.

<sup>402</sup> HENDRICKSON, ob.cit.,, p. 169.

<sup>403</sup> TYLER, John, Tercer mensaje anual del 10 de diciembre de 1843, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29647&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29647&st=texas&st1=).

<sup>404</sup> *Ibíd.*

<sup>405</sup> *Ibíd.*



adquirir dicho territorio antes de que asumiese una posición entre las potencias independientes de la tierra<sup>406</sup>

Es decir, para Estados Unidos, una vez adquirida la independencia texana respecto a México, y viendo cómo las potencias europeas se apresuraban a enviar a sus diplomáticos a la nueva república, era vital la incorporación de Texas a la Unión para evitar así posibles amenazas a su integridad.

En su cuarto mensaje anual, Tyler advertía del peligro que supondría para Estados Unidos la intervención de otras potencias si la guerra entre México y Texas se dilatara por más tiempo, además, para su Administración “México no tiene el derecho de poner en peligro la paz del mundo manteniendo una guerra sin sentido”<sup>407</sup>, y por su mismo bien instaba a su Gobierno a aceptar la anexión de Texas a Estados Unidos y así mantenerse “en paz con sus vecinos que resultaría del establecimiento de una frontera permanente”<sup>408</sup>. De este modo la anexión de Texas se convirtió en un objetivo nacional para la Administración Tyler pues “el ejecutivo vio en la adquisición de dicho territorio los medios para avanzar hacia su permanente felicidad y gloria”<sup>409</sup>.

Tyler trataría de forzar la anexión texana mediante su aprobación por ambas Cámaras, lográndolo por un estrecho margen de dos votos en el Senado, lo que era ilegal ante la Constitución<sup>410</sup>, aun así, el Senado estadounidense había rechazado el tratado de anexión de Texas en junio de 1844, con 35 votos en contra por 14 a favor<sup>411</sup>, dejando por dirimir tan espinoso asunto para la futura nueva presidencia, de hecho, las elecciones de 1844 cabría entenderlas como un referéndum sobre la teoría del Destino Manifiesto, que hasta el momento había servido para esconder las diferencias que en materia de política exterior separaban a Norte y Sur, así el Destino Manifiesto superaba la cuestión de qué tipo de nación quería ser Estados Unidos para justificar la expansión venciendo las contradicciones de un país dividido internamente, estrategia de la que se valdría J. K. Polk, quien concebía la expansión como una cuestión de interés nacional, no para beneficiar o perjudicar la causa de la esclavitud, sino esencial para el progreso nacional<sup>412</sup>.

### **2.b.1. James Knox Polk, el expansionismo Demócrata**

La llegada de James K. Polk (1845-1849) a la presidencia dio un nuevo impulso a la expansión territorial estadounidense, pues tras alcanzar un acuerdo con la corona británica sobre los territorios de Oregón en 1846<sup>413</sup>, ofreció protección total a Texas frente a la amenaza de México. Tras unas escaramuzas fronterizas, las tropas

<sup>406</sup> TYLER, John, Mensaje especial del 18 de diciembre de 1844, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67431&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67431&st=texas&st1=).

<sup>407</sup> TYLER, John, Cuarto mensaje anual del 3 de diciembre de 1844, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29485&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29485&st=texas&st1=), las citas que a continuación se emplean corresponden a la misma fuente.

<sup>408</sup> *Ibíd.*

<sup>409</sup> *Ibíd.*

<sup>410</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 170.

<sup>411</sup> MERRY, ob.cit., p. 113.

<sup>412</sup> KAGAN, op.cit., p. 224.

<sup>413</sup> Por el cual se hace con los futuros estados de Washington, Oregón y Idaho.



estadounidenses fueron emboscadas por el ejército mexicano, ofreciendo el pretexto ideal al Presidente Polk para pedir al Congreso la declaración de guerra, concedida de inmediato; tras dos años de constantes derrotas frente al vecino del norte, México se rindió tras llegar el ejército enemigo a ocupar su capital y la posterior renuncia de Santa Anna. El Tratado de Guadalupe Hidalgo recogió los términos de la paz, viendo México cómo la mitad de su territorio pasaba a manos de Estados Unidos, al perder Nuevo México y la Alta California, donde la población estaba formada ya en su mitad por norteamericanos (lo que hoy son los estados de California, Nevada, Arizona, Utah y Nuevo México<sup>414</sup>). Polk consiguió uno de sus objetivos políticos, la conquista de California y Nuevo México (unas 500.000 millas cuadradas, a lo que habría que sumar el millón de Texas), con apenas 1.711 soldados muertos y un coste de poco más de cien millones de dólares<sup>415</sup>, un precio pequeño para tan gran botín, nada menos que para 1848 Estados Unidos había doblado su tamaño, habiendo añadido con Texas y en la guerra un tercio de su territorio actual<sup>416</sup>.

### La guerra con Mexico, 1846-1848



Fuente: <http://www.csnlighting.com/Universal-Map-30077-ZO1250.html>

<sup>414</sup> Consultar mapa en HAYWOOD, ob.cit., p. 180-181.

<sup>415</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 385.

<sup>416</sup> HERRING, ob.cit., p. 176.



Si bien la conquista total de México quedó descartada ante las dificultades y altos costes de aplicar el modelo político estadounidense a una sociedad iletrada y acostumbrada al régimen despótico de tiranos y monarcas, la guerra con México tuvo una importancia capital en el posterior devenir político estadounidense, al traslucir como ningún otro acontecimiento anterior la centralidad que para los líderes estadounidenses tenía la naturaleza de su sistema democrático a la hora de efectuar sus cálculos políticos. No sólo en el combate exterior la cautela política fue vencida por el expansionismo estadounidense, también en la lucha interna las tesis expansionistas hamiltonianas derrotaron por segunda vez a las más restrictivas jeffersonianas, probando al mundo entero las autoridades de Estados Unidos, como principal potencia regional, su voluntad de aplicar la Doctrina Monroe en el continente americano.

La guerra supuso para Estados Unidos culminar su expansión continental (a falta de las compras de Gadsden a México en 1853, por la que se adquirirían unas 30.000 millas cuadradas al sur de Arizona y Nuevo México por diez millones de dólares y de Alaska a Rusia en 1867 por 7.2 millones de dólares), además del pistoletazo de salida para la fiebre del oro, lo que tendría importantes consecuencias para la economía nacional, al posibilitar tanto la expansión de sus mercados de capital como a la hora de instaurar un auténtico patrón oro<sup>417</sup>.

Por tanto, la derrota mexicana supuso el fin definitivo del sueño jeffersoniano de una pequeña república donde mantener a salvo el desarrollo de su modelo político, pues los Estados Unidos se convertían en un gigante continental cimentando así su ascensión a potencia mundial; pero la guerra también entrañó un agravamiento del enfrentamiento entre el norte antiesclavista y el sur esclavista, que culminó con la guerra civil entre 1861 y 1865, considerada la primera guerra moderna, con uno de cada doce norteamericanos luchando en ella y un coste de 630.000 muertes<sup>418</sup>. La guerra significó el fin de la esclavitud y la victoria del modelo de desarrollo industrial y moderno del Norte frente al agrario y tradicional del Sur, además del fin de la hegemonía Demócrata de mediados de siglo y el comienzo de la influencia Republicana (partido nacido de las cenizas del antiguo *whig*), y que durante la década de 1850 ya veía en la esclavitud un freno para que Estados Unidos alcanzase su misión global<sup>419</sup>. Todo lo cual vino a reforzar una vez más el modelo internacionalista hamiltoniano frente al más autocentrado de Jefferson.

Pero como veremos a continuación, la presidencia de J. Polk fue mucho más que la guerra con México, y pese a estar en el cargo un sólo término, logró todos sus objetivos políticos en medio de una creciente división nacional en torno a la cuestión abolicionista y con un gabinete y unos generales no siempre leales a su Presidente por diferencias políticas y ambiciones presidenciales.

#### - De Tennessee a la Casa Blanca

---

<sup>417</sup>JOHNSON, ob.cit., p. 386.

<sup>418</sup>BOSCH, ob.cit., p. 176.

<sup>419</sup>HERRING, ob.cit., p. 223.



James K. Polk nació en Carolina del Norte el 2 de noviembre de 1795, de madre presbiteriana y padre granjero, cuando James tenía once años su familia se trasladó a Tennessee, viviendo una infancia de constante enfermedad debido a una afección en los riñones, y tras una operación de dudosa praxis fue enviado a la Universidad de Carolina del Norte donde se graduaría en Matemáticas y Clásicas. Tras cursar estudios de derecho se convirtió en abogado de cierto éxito, a la vez que llegaba al rango de coronel en la milicia de Tennessee, todo ello le llevaría a la legislatura estatal de la mano de su padrino político y amigo de la familia A. Jackson, y en 1825 a lograr un puesto en la Cámara de Representantes en Washington, en medio del enfrentamiento entre su mentor y H. Clay<sup>420</sup>.

Una vez en el Congreso, su primera propuesta consistió en que el Presidente fuese elegido en adelante por el voto popular y no por la Cámara de Representantes, lo que sin duda hubiese beneficiado a su jefe de filas en las anteriores elecciones. Tras lograr ser reelegido en las elecciones de 1827, en las que los Demócratas se alzaron con el control de la Cámara, participó en la campaña de Jackson de 1828, siendo a partir de entonces cuando Jackson lo consideró clave para lograr el apoyo del Congreso<sup>421</sup>, más en su segundo mandato, cuando la cuestión del Banco de Estados Unidos amenazaba con dividir a los Demócratas al respecto, división que se concretó con la cómoda victoria del sucesor de Jackson, Martin Van Buren (1837-1841), y la escisión definitiva del ala *whig* del partido.

Tras catorce años en Washington tanto Jackson como Van Buren contaron con el apoyo incondicional de Polk en el Congreso, hasta que éste decidió presentarse al cargo de Gobernador de Tennessee en 1838, si bien no renovarían el cargo en las dos siguientes elecciones a causa de su lealtad a Van Buren en plena crisis económica desatada desde 1837<sup>422</sup>.

Con sus continuados fracasos a la hora de recuperar el puesto de Gobernador de Tennessee, Polk cifró su éxito político en la obtención de la candidatura a Vicepresidente Demócrata bajo Van Buren, pero la nueva clase capitalista lo rechazaba ante el temor de que su doctrina financiera desatase una nueva crisis económica, además de no contar con el apoyo del Sur Demócrata, volcado en la figura de John Calhoun<sup>423</sup>.

De todos modos, la presidencia de Tyler había enrarecido tanto el ambiente político con la exaltación expansionista que el Congreso Demócrata se vería seriamente afectado por la cuestión tejana. Mientras Jackson percibía la anexión de Texas y Oregón como imprescindibles para el crecimiento nacional, además de servir para cortar de raíz cualquier intento europeo por usar a una Texas independiente como punta de lanza contra Estados Unidos, ni el candidato *whig*, Clay, ni el presumiblemente Demócrata Van Buren, lo veían así, pues ambos temían que una pronta incorporación de Texas implicase un enfrentamiento armado con México,

---

<sup>420</sup> MERRY, ob.cit., p. 14-18.

<sup>421</sup> *Ibíd.*, p. 26-30.

<sup>422</sup> *Ibíd.*, p. 48.

<sup>423</sup> *Ibíd.*, p. 51.



además de poner en entredicho los principios de la propia Constitución Estadounidense ante una imparable expansión<sup>424</sup>. Mientras Polk continuaba postulándose como Vicepresidente, su apoyo a las tesis defendidas por Jackson le fueron acercando al centro del debate Demócrata, más aun cuando Van Buren se vio incapaz de alcanzar la mayoría de dos tercios necesaria para alzarse con la nominación del partido en el congreso en Baltimore en mayo de 1844, lo que a la postre le sirvió a Polk para hacerse con ella como único candidato de consenso y salvar así la unidad del partido<sup>425</sup>. En ello tuvo mucho que ver su apoyo incondicional al expansionismo jacksoniano, no en vano, el texto final acordado por la plataforma incluía un último párrafo totalmente contrario a la cautela defendida por Van Buren, al decidir

que nuestro título sobre todo el territorio de Oregón es claro e incuestionable, que ninguna porción del mismo debe ser cedido a Inglaterra o a ninguna otra potencia, y que la reocupación de Oregón y la re-anexión de Texas lo más pronto posible son grandes medidas americanas, que ésta convención recomienda al cordial apoyo de la Democracia de la Unión<sup>426</sup>

Las elecciones de noviembre resultaron más reñidas de lo esperado, pues pese a que el candidato Clay representaba todo lo opuesto al delfín de Jackson, el temor a una crisis dentro de la Unión por la cuestión de Texas convirtió en claves unos comicios que dirimirían la continuidad del dominio o el rechazo del jacksonismo en la política interna estadounidense. La victoria ajustada de Polk por menos de 40.000 votos, con el 49.5 por ciento del voto popular por el 48.1 por ciento de Clay, ganando en quince estados por once de su oponente y logrando 170 votos electorales a 105, le convirtió en el decimoprimer Presidente de Estados Unidos<sup>427</sup>.

*\* Polk, el Presidente más joven*

El 4 de marzo de 1845 James K. Polk llegó a la Casa Blanca como el Presidente más joven en la corta historia de Estados Unidos, habiendo liderado el Partido Demócrata ante la falta de consenso interno del mismo. Pese a que carecía del carisma y liderazgo de su mentor A. Jackson, se caracterizaba por la rapidez y rigidez de su pensamiento, por ser un hombre resolutivo, recto y de fuertes convicciones, y tras una dilatada experiencia en Washington y en su estado natal, gozaba de una clara comprensión del mundo político de su nación<sup>428</sup>. En todo caso, Polk había anunciado ya su deseo de permanecer durante un solo término en la presidencia renunciando a la reelección en 1848.

Polk llegó a la presidencia con unos Estados Unidos en plena transformación, a los debates entre jacksonianos y los partidarios de H. Clay, es decir, en el plano económico entre los defensores del gasto federal, las tarifas protectoras y la concentración de poder económico en un banco central del último contra la

---

<sup>424</sup> *Ibíd.*, p. 76.

<sup>425</sup> *Ibíd.*, p. 94.

<sup>426</sup> Plataforma del Partido Demócrata del 27 de mayo de 1844, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29573&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29573&st=texas&st1=).

<sup>427</sup> MERRY, ob.cit., p. 110.

<sup>428</sup> *Ibíd.*, p.1-5.



distribución del poder económico y político del primero, habría que sumar las diferencias emanadas de la irrupción del Destino Manifiesto junto a la creciente complejidad de la cuestión esclavista ante la perspectiva de la incorporación de Texas a la Unión, con un Sur que se sentía acosado por un Norte que atacaba sus costumbres, hablándose ya de “anexión o secesión”, temas a los que el Presidente Polk sería inmune al tomar en cuenta sólo los aspectos territoriales y de seguridad derivados de la misma<sup>429</sup>.

En 1845 Estados Unidos contaba con diecisiete millones de habitantes, los mismos que Gran Bretaña, su crecimiento económico desde la independencia había sido del 3,9 por ciento anual, además, si en la década de 1830 su ferrocarril contaba con sólo 3.200 millas de recorrido para 1845 habían ascendido a 70.000, comunicando entre sí las extensas regiones del país, comunicaciones que con la incorporación del vapor y de inventos como el telégrafo y el morse se multiplicaron respecto a tan sólo un lustro atrás, lo que sin duda ayudó a mantener y reforzar la fe en el modelo estadounidense<sup>430</sup>, favoreciendo con ello la causa expansionista al vencer de la mano de la técnica los problemas que con anterioridad surgían del control de tan vastas regiones, complicaciones logísticas muchas veces esgrimidas por los críticos del expansionismo para defender su modelo de unos Estados Unidos circunscritos a sus fronteras de 1803.

A pesar de ello, la primera tarea política de Polk sería restaurar la cohesión interna Demócrata perdida en los años anteriores, con Senadores en posturas tan distantes como George McDuffey de Carolina del Sur y Thomas H. Benton de Missouri le esperaba una presidencia muy agitada, pues mientras el primero era partidario de las prerrogativas estatales y de añadir a Texas como nuevo estado esclavista a la Unión, el segundo era un ferviente defensor del ex Presidente Van Buren y un abolicionista declarado. Buscando los intrincados equilibrios geográficos y de cohesión política que reforzasen la unidad del partido, Polk eligió a James Buchanan para Secretario de Estado, a George Bancroft para Marina y a W. L. Marcy para el departamento de Guerra<sup>431</sup>.

En su discurso inaugural, cuyo primer borrador correría a cargo del colaborador de A. Jackson, Amos Kendall, Polk defendería el clásico programa jacksoniano de no traspasar los límites constitucionales y defensa de la Unión, no en vano y como él mismo recalcase, el sistema estadounidense era

el más admirable y más sabio entre los hombres de los sistemas de autogobierno bien regulado nunca diseñado por la mente humana [...] el fuego de la libertad, que calienta y anima los corazones de millones felices e invita a todas las naciones de la tierra a imitar su ejemplo [...] bajo ningún otro sistema de gobierno rebelado por los Cielos o diseñado por el hombre ha sido la razón permitida tan libre y amplia en alcance para combatir el error<sup>432</sup>.

---

<sup>429</sup> *Ibíd.*, p. 128.

<sup>430</sup> *Ibíd.*, p. 132.

<sup>431</sup> *Ibíd.*, p. 112.

<sup>432</sup> POLK, James K., Discurso Inaugural del 4 de marzo de 1845, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25814&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25814&st=texas&st1=).



Y manteniéndose fiel al legado de los padres fundadores, Polk anunciaba que “en el desempeño de nuestras relaciones exteriores [...] todas las alianzas teniendo una tendencia a poner en peligro el bienestar y honor de nuestro país o que sacrifiquen cualquiera de los intereses nacionales serán evitadas”<sup>433</sup>. Pese a ello también quiso dejar bien claro su creencia en la compatibilidad del expansionismo territorial con el mantenimiento del sistema republicano, pues aunque “en las primeras etapas de nuestra existencia nacional la opinión prevalente entre algunos era que nuestro sistema Confederado de estados no podría operar con éxito sobre un territorio extendido”<sup>434</sup>, bien al contrario, según Polk “la experiencia ha mostrado que no estaban bien fundados” y que “mientras nuestra población se ha expandido, la unión se ha cimentado y fortalecido [...] mientras nuestras fronteras han sido alargadas [...] nuestro sistema federativo ha adquirido fortaleza y seguridad adicionales”<sup>435</sup>.

A las dos cuestiones inmediatas de la anexión de Texas (“nadie puede dejar de ver el peligro a nuestra seguridad y paz futura si Texas permanece como Estado independiente o se convierte en aliado o dependiente de alguna nación extranjera más poderosa que ella”<sup>436</sup>) y de consolidar su liderazgo en su partido, Polk tenía en mente cuatro objetivos prioritarios en los cuatro años que pensaba permanecer en la Casa Blanca<sup>437</sup>:

- a-. resolver definitivamente la cuestión de Oregón con Londres y estabilizar así la frontera del Pacífico<sup>438</sup>,
- b-. lograr de algún modo la cesión de California por parte de México,
- c-. reducir la política tarifaria aprobada en 1842 para rebajar el grado de proteccionismo económico estadounidense<sup>439</sup>, y
- d-. conseguir un tesoro independiente<sup>440</sup>.

Como se verá a continuación, Polk logró todos y cada uno de sus objetivos políticos, sorteando para ello los problemas derivados de una férrea oposición *whig*, de un Partido Demócrata desunido, de un equipo gubernamental no tan leal como del mismo se esperaba y en medio de una creciente división nacional a causa de la cuestión abolicionista.

- Política doméstica, el jacksonismo económico

---

<sup>433</sup> *Ibíd.*

<sup>434</sup> *Ibíd.*

<sup>435</sup> *Ibíd.*

<sup>436</sup> *Ibíd.*

<sup>437</sup> MERRY, *ob.cit.*, p. 130.

<sup>438</sup> POLK, James K., Discurso Inaugural del 4 de marzo de 1845, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25814&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25814&st=texas&st1=), para Polk “nuestro derecho a Oregón es claro e incuestionable [...] la jurisdicción de nuestras leyes y los beneficios de nuestras instituciones republicanas deben ser extendidas sobre ellos (los colonos estadounidenses) en las distantes regiones que han seleccionado para sus hogares”.

<sup>439</sup> *Ibíd.*, ya que para Polk “tarifar una rama industrial de este país para el beneficio de otra sería injusto [...] tanto como sea posible las cargas del gobierno deben ser distribuidas justa e igualmente entre todas las clases de nuestra población”.

<sup>440</sup> *Ibíd.*, pues según Polk “no necesitamos bancos nacionales u otras instituciones extrañas plantadas alrededor del gobierno para controlar su fuerza”.



En el apartado interno tan solo resaltar las reformas económicas que el Presidente Polk introdujo bajo la influencia de su mentor político y ex Presidente A. Jackson, como la reducción de las tarifas aprobadas en 1842, y que él mismo consideraba como su mayor objetivo en política interna, o la instauración de un tesoro independiente, sin bancos centrales, y la creación de la moderna Reserva Federal, sistema cuya estructura básica perduraría hasta 1913<sup>441</sup>.

\* *La anexión de Texas*

Al haber rechazado el Senado la anexión texana bajo la presidencia de Tyler, Polk heredaría la resolución de tan controvertido asunto, pues a las complicaciones de las relaciones con México que sin duda acarrearía semejante acción, había que añadir la creciente tensión entre los defensores de la extensión de la esclavitud a nuevos estados, principalmente del sur, y los que estaban en contra de ello, en general de norte estadounidense. Pese a ello, Polk era partidario de continuar con la estrategia de su antecesor y presionar a favor de una anexión inmediata, no dudando para lograrlo en enfrentarse al editorialista del periódico oficial Demócrata, el *Globe*, lo que a la postre conduciría a la transformación de éste en el *Union*<sup>442</sup>.

Cuando Polk alcanzó la presidencia tanto Londres como París habían reconocido a Texas, llegando incluso a darle garantías frente a México si no se anexionaba a Estados Unidos, confirmando así los peores augurios de A. Jackson, de este modo los gobernantes texanos podrían esgrimir sus bazas ante Washington para lograr mayores concesiones en una hipotética anexión, de todos modos, la mayoría de la población texana estaba a favor de la unión con Estados Unidos, y tras criticar y llegar a movilizarse contra su Presidente, Anson Jones, el Senado texano rechazó el tratado presentado por México y pidió formalmente protección a Washington, tras ello, el 4 de julio de 1845 se aprobó la anexión con Estados Unidos, comenzando en agosto a elaborarse la Constitución que se debería presentar para su aprobación al Congreso estadounidense, confirmandose la anexión en diciembre de 1845, tras haber sido aprobada por éste, añadiendo así casi 270.000 millas cuadradas a Estados Unidos<sup>443</sup>.

Aun con todo, para el Presidente Polk fue de suma importancia el que la anexión de Texas se hubiese llevado a cabo de forma pacífica, pues “ninguna arma de fuerza ha sido alzada para producir el resultado. La espada no ha tenido parte en la victoria”<sup>444</sup>, y lo más destacado “no hemos buscado extender nuestras extensiones territoriales mediante la conquista, o nuestras instituciones republicanas sobre un pueblo maldispuesto”<sup>445</sup>, sino que “fue un homenaje deliberado de cada pueblo al gran principio de nuestra unión federativa”<sup>446</sup>, de hecho, para Polk “al contemplar la grandeza de éste evento no debe ser olvidado que el resultado fue logrado a pesar de

---

<sup>441</sup> MERRY, ob.cit., p. 208.

<sup>442</sup> *Ibíd.*, p. 136.

<sup>443</sup> Texas es en la actualidad el segundo estado por tamaño de Estados Unidos, solo superado por Alaska.

<sup>444</sup> POLK, James K., Primer mensaje anual del 2 de diciembre de 1845, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=).

<sup>445</sup> *Ibíd.*

<sup>446</sup> *Ibíd.*



la interferencia diplomática de las monarquías europeas”<sup>447</sup>, y que Estados Unidos debía

alegrarse de que la tranquila y seductora influencia del principio americano del autogobierno fue suficiente para derrotar los propósitos de la interferencia británica y francesa [...] desde éste ejemplo los gobiernos europeos deberían aprender qué vanas sus artes diplomáticas e intrigas deben ser en este continente contra el sistema de autogobierno que resulta natural en nuestro suelo, y que siempre resistirá la interferencia extranjera<sup>448</sup>

Es decir, una vez más se contraponen el sistema americano de gobierno republicano, cuya benevolente influencia expandía sus fronteras a través de la fuerza de su ejemplo, a las artes políticas de las potencias europeas, cuyos dominios eran fruto de la intriga diplomática cuando no de la simple fuerza, diferencias que para Polk se exacerbaban en el continente americano como el ejemplo de Texas ponía en evidencia, aumentando con ello la confianza en el excepcionalismo americano, en especial estadounidense, y como resultado de ello, en la vigencia y fortaleza de los principios de la Doctrina Monroe, fuente ideológica, junto a la Gran Regla washingtoniana, del unilateralismo aislacionista estadounidense, de hecho, Polk recalca una vez más que “creyendo que nuestra forma de gobierno es la mejor, nunca hemos intentado propagarla a través de intrigas, diplomacia o fuerza”<sup>449</sup>.

De todos modos el Presidente Polk ya había enviado tropas a la zona ante el continuo hostigamiento mexicano antes de que Texas aprobase la anexión, con el posicionamiento de destacamentos en la frontera de río Grande y parte de la flota en puertos texanos, pues México tan solo estaba dispuesto a reconocer la frontera en el río Nueces, no en el Grande, y el Ejecutivo texano temía una invasión mexicana<sup>450</sup>, si bien, Polk quiso dejar claro que no había enviado esas tropas para iniciar una guerra contra México, sino para prevenirla<sup>451</sup>.

Así, la anexión texana supuso un precedente para la Administración Polk en el impulso expansionista que recorría Estados Unidos, pues a un territorio con poca población autóctona y un creciente número de colonos estadounidenses, se le unía la falta de un gobierno adecuado y un control parcial sobre su territorio<sup>452</sup>.

\* *La incorporación de Oregón*

---

<sup>447</sup> *Ibíd.*

<sup>448</sup> *Ibíd.*

<sup>449</sup> *Ibíd.*

<sup>450</sup> MERRY, *ob.cit.*, p. 189.

<sup>451</sup> El propio Presidente destacaría que “nuestro ejército y nuestra armada fueron colocados en posición de defendernos a nosotros y a los derechos de Texas”, POLK, James K., Primer mensaje anual del 2 de diciembre de 1845, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=), también es cierto que “fueron ordenados a no cometer ningún acto de hostilidad contra México a menos que este declarase la guerra o fuese el agresor lanzando el primer disparo”, *Ibíd.*

<sup>452</sup> MERRY, *ob.cit.*, p. 198.



Al igual que con Texas respecto a México, Polk estaba dispuesto a arriesgar una guerra con Londres por una rápida incorporación de Oregón a la Unión, mientras la oposición *whig* era partidaria de ser pacientes y esperar a que la mayor emigración estadounidense le hiciese caer con el tiempo del lado estadounidense<sup>453</sup>, ya que hasta el momento se trataba de una región de ocupación conjunta por parte británica y estadounidense.

A finales del siglo XVIII España y Gran Bretaña firmaron la Convención de Nootka Sound por la que ambos países reconocían el mutuo acceso a Oregón, pero con la compra de Louisiana por parte de Estados Unidos estos adquieren un territorio contiguo a Oregón, contigüidad que con la compra de Florida a España en 1819 se convirtió en propiedad al ceder ésta sus derechos en Oregón a Estados Unidos, tras lo cual se alcanzó un acuerdo con Londres en 1827 para convertir en vitalicia la copropiedad de la zona<sup>454</sup>.

Con 360.000 millas cuadradas de tierras fértiles y con importantes puertos en el Pacífico, Oregón contaba en 1845 con unos 70.000 colonos estadounidenses que clamaban por su incorporación inmediata a la Unión, Polk prefería arreglar el asunto de modo pacífico, aunque para ello hubiese que fijar la frontera en el paralelo 49, y evitar así una nueva guerra con Londres, si bien no dudaría en dirimir el asunto bajo el fuego de las armas, pues Oregón fue siempre uno de sus objetivos prioritarios en política exterior<sup>455</sup>. Como el propio Polk dejara reflejado en su discurso especial del 24 de marzo de 1846, estaba de acuerdo con G. Washington en que “estar preparado para la guerra es el medio más eficiente para preservar la paz”<sup>456</sup> y también en que “desembolsos a tiempo para prepararse ante el peligro frecuentemente previenen mayores desembolsos para repelerlo”<sup>457</sup>.

Para no llegar a las armas, la estrategia de la Administración se centró en abrogar el acuerdo de 1827 a modo de presión sobre Gran Bretaña y lograr así un acuerdo definitivo que concediese Oregón a Estados Unidos, así, en medio del debate entre quienes veían la zona como una oportunidad comercial única para el país de expandirse hacia Asia y sustituir de ese modo a Londres como primera potencia mundial, y aquellos que por nada deseaban una guerra a causa de la expansión hacia el oeste, el Congreso aprobó una resolución instando al Presidente a denunciar la Convención de 1827 en abril de 1845, silenciando al ala más radical del Partido Demócrata al establecer las negociaciones sobre la base del paralelo 49<sup>458</sup>.

La anexión de Oregón se convirtió para Polk en una ocasión idónea para recalcar una vez más las diferencias entre Estados Unidos y Europa, para el Presidente estadounidense

---

<sup>453</sup> *Ibíd.*, p. 162.

<sup>454</sup> *Ibíd.*, p. 166.

<sup>455</sup> *Ibíd.*, p. 172.

<sup>456</sup> POLK, James K., Mensaje especial del 24 de marzo de 1846, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67892&st=oregon&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67892&st=oregon&st1=).

<sup>457</sup> *Ibíd.*

<sup>458</sup> MERRY, ob.cit., p. 237.



la rápida extensión de nuestros asentamientos sobre nuestros territorios hasta este momento ocupados, la suma de nuevos estados a nuestra confederación, la expansión de los principios de libertad, y nuestra grandeza creciente como nación están atrayendo la atención de las potencias de Europa, y ha poco que la doctrina ha sido llamada en algunas de ellas de “balance de poder” en éste continente para controlar nuestro avance. Los Estados Unidos [...] no pueden permitir en silencio ninguna interferencia europea en el Norte del Continente Americano, y de mediar tal tipo de interferencia estará dispuesto a resistirla ante cualquier riesgo<sup>459</sup>

Para Polk, del mismo modo que Estados Unidos se ha abstenido de intervenir en los asuntos europeos “debemos pedir en este continente una excepción similar de la interferencia europea”<sup>460</sup>, y ya que “el sistema Americano de gobierno es totalmente diferente al de Europa”<sup>461</sup>, el llamado sistema de balance de poder no tiene cabida en América, pues “tenemos que mantener en todo momento el principio de que sólo los pueblos de este continente tienen el derecho de decidir su propio destino”<sup>462</sup>, de hecho, reiterando los principios de la Doctrina Monroe, para Polk “debería ser anunciado sin vacilación al mundo como nuestra política firme que ninguna colonia o dominio europeos serán erigidos o establecidos con nuestro consentimiento en cualquier parte del continente norteamericano”<sup>463</sup>, es decir, Estados Unidos rechazaría cualquier otro resultado que no fuese la anexión de Oregón por la Unión.

Finalmente Gran Bretaña cedió y envió una propuesta a Estados Unidos en la que se reconocía la soberanía estadounidense sobre la frontera del paralelo 49 así como el control de la navegación del río Columbia, a cambio de derechos de tránsito sobre el mismo por un periodo de tiempo limitado, y tras la aprobación de la misma por el Senado el 10 de junio de 1846 por 38 votos a 12<sup>464</sup>, Polk adquirió para Estados Unidos su actual costa noroeste sin la necesidad de entablar un conflicto armado con Gran Bretaña.

Pero tras Texas y Oregón para Polk era absolutamente necesario que Estados Unidos se hiciese con California, y en este caso sí que no se echaría atrás ni ante las perspectivas de guerra con México.

*\* California y la guerra con México*

En 1842 California contaba con 5.000 habitantes blancos, de los cuales tan solo 400 eran estadounidenses, si bien los más dinámicos, mientras que la población india había descendido de más de 30.000 en 1834 a menos de 4.500 en 1846<sup>465</sup>.

El Presidente Polk había visto en la polémica con México sobre Texas una vía para lograr la cesión de California, pero sus intentos por canjear la deuda económica

<sup>459</sup> POLK, James K., Primer mensaje anual del 2 de diciembre de 1845, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=),.

<sup>460</sup> *Ibíd.*

<sup>461</sup> *Ibíd.*

<sup>462</sup> *Ibíd.*

<sup>463</sup> *Ibíd.*

<sup>464</sup> MERRY, ob.cit., p. 266.

<sup>465</sup> *Ibíd.*, p. 302.



mexicana a causa de los perjuicios a los intereses norteamericanos, cifrada entre dos y tres millones de dólares, por territorio mexicano fracasaron desde que en 1842 fue esgrimida por primera vez por un representante estadounidense<sup>466</sup>. Para Polk el que México rehusase a hacer honor a su deuda con los ciudadanos estadounidenses “justificaría a los ojos de todas las naciones una guerra inmediata”<sup>467</sup>. Al llegar a la presidencia Polk no estaba dispuesto a dar por zanjado el asunto, y llevado al extremo por su celo expansionista era partidario de aplicar la Doctrina Monroe a la colonización de Norteamérica en California incluso por México, no ya digamos por una potencia europea<sup>468</sup>.

Como ya hemos visto, las tropas estadounidenses defendían desde inicios de 1845 el territorio texano, y como quiera que México se resistía a reconocer su frontera con Texas, y menos aun su pertenencia a Estados Unidos, era de esperar que en cualquier momento se diese el caso de un enfrentamiento entre tropas de ambos países, máxime cuando el propio Presidente Polk era consciente de que la anexión de Texas era considerada por su vecino del sur “como una violación de los derechos de México”<sup>469</sup> y que “desde entonces México ha tenido hasta ahora una actitud de hostilidad hacia Estados Unidos y ha estado reclutando y organizando ejércitos, lanzando declaraciones y manifestando la intención de hacer la guerra a los Estados Unidos”<sup>470</sup>. Así era solo cuestión de tiempo que las primeras escaramuzas comenzaran, produciéndose en abril de 1846 en un territorio en disputa entre el Fuerte Texas y la ciudad mexicana de Matamoros, lo que fue rápidamente utilizado por el Presidente para pedir al Congreso el 11 de mayo el reconocimiento formal del estado de guerra con México. En su petición de declaración del estado de guerra al Congreso, y tras hacer un resumen de las relaciones con México desde el inicio de su presidencia, Polk acusaba a México de ser el único causante del conflicto al haber rechazado todas y cada una de las propuestas de negociación estadounidenses, hasta que “tras amenazas reiteradas, México ha pasado la frontera de los Estados Unidos, ha invadido nuestro territorio y derramado sangre americana sobre suelo americano”<sup>471</sup>, además de haber proclamado “que las hostilidades han comenzado, y que las dos naciones están ahora en guerra”<sup>472</sup>, por todo ello era hora de reconocer que

como una guerra existe, a pesar de todos nuestros esfuerzos para evitarla, y existe por la acción exclusiva de México, estamos obligados por toda consideración de deber y patriotismo para reivindicar con decisión el honor, los derechos y los intereses de este país [...] invoco la pronta acción del Congreso para reconocer la existencia de la guerra, y para colocar a la disposición del

---

<sup>466</sup> *Ibíd.*, p. 187.

<sup>467</sup> POLK, James K., Primer mensaje anual del 2 de diciembre de 1845, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=).

<sup>468</sup> MERRY, ob.cit., p. 198.

<sup>469</sup> POLK, James K., Primer mensaje anual del 2 de diciembre de 1845, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29486&st=texas&st1=).

<sup>470</sup> *Ibíd.*

<sup>471</sup> POLK, James K., Mensaje especial al Congreso sobre las relaciones con México del 11 de mayo de 1846, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67907&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67907&st=mexico&st1=).

<sup>472</sup> *Ibíd.*



Ejecutivo los medios para realizar la guerra con vigor, y así acelerar la restauración de la paz<sup>473</sup>

El Congreso aprobaría dos días más tarde por una abrumadora mayoría, 174 votos a favor por 14 en contra en la Cámara de Representantes y 40 a 2 en el Senado<sup>474</sup>, la dotación de diez millones de dólares y 50.000 voluntarios para garantizar la victoria. Para entonces una ola de patriotismo popular envolvía el celo expansionista como puede verse reflejado en las palabras de la *American Union of Associationists*, “la cuestión de extender las instituciones constitucionales republicanas sobre la totalidad de éste continente es una de las más nobles, amplias e importantes jamás presentada a una nación”<sup>475</sup>

La estrategia militar diseñada por Polk se basaba en lograr el mayor territorio del norte mexicano como fuera posible, incluida California, para así negociar en posición de ventaja en unas futuras conversaciones de paz, pues un punto clave de su plan residía precisamente en mostrar que Estados Unidos no se hacía con parte de México mediante la conquista, sino a través de las negociaciones de paz<sup>476</sup>, y ello para aplacar las previsibles críticas tanto a nivel interno como internacional.

Pero lo que en principio se planeó como una guerra sencilla y corta, pronto se alargaría y complicaría a causa de la resistencia mexicana a aceptar su derrota y de las críticas internas que iban en aumento. Así, ante las escasas perspectivas de una pronta rendición mexicana, Polk ordenó en verano de 1846 el ataque al suelo mexicano, la primera vez que Estados Unidos invadía territorio extranjero desde la entrada de Jackson en Florida en 1818, tomando a finales de septiembre la ciudad de Monterrey<sup>477</sup>. El problema de dicha estrategia residía en la creciente oposición interna que generaba, pero si Estados Unidos no presionaba a México mediante la invasión se corría el riesgo de alargar la guerra<sup>478</sup> y convertir en desastrosa toda la política expansionista auspiciada por el propio Polk, de ahí su interés en penetrar en México.

Pero ni aun con las tropas estadounidenses en suelo mexicano Polk logró doblegar la resistencia enemiga, lo que le condujo a radicalizar su estrategia desde enero de 1847, tratando de obligar a sentarse a la mesa de negociaciones al Ejecutivo mexicano ocupando su capital, medida que no era aprobada por varios miembros de su partido lo que retrasó la aprobación por parte del Congreso de la petición presidencial de diez regimientos adicionales, pues “el peor estado de cosas que pudiera existir en una guerra con tal potencia como México sería un curso de indecisión e inactividad por nuestra parte”<sup>479</sup>, además de tres millones de dólares para iniciar las conversaciones de paz con México<sup>480</sup>, como ya venía pidiendo desde

---

<sup>473</sup> *Ibíd.*

<sup>474</sup> HENDRICKSON, *ob.cit.*, p. 171.

<sup>475</sup> MERRY, *ob.cit.*, p. 252.

<sup>476</sup> *Ibíd.*, p. 262 y 280.

<sup>477</sup> *Ibíd.*, p. 310.

<sup>478</sup> *Ibíd.*, p. 317.

<sup>479</sup> POLK, James K., Discurso especial del 13 de febrero de 1847, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67955&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67955&st=mexico&st1=).

<sup>480</sup> MERRY, *ob.cit.*, p. 335.



agosto de 1846 “para cualquier cesión de territorio que pudiera ser hecha”<sup>481</sup> y así alcanzar “el arreglo de una frontera entre las dos repúblicas que fuera satisfactorio y conveniente para ambas”<sup>482</sup>.

Librando una guerra en la que las noticias desde el frente tardaban en llegar a Washington un mes, Polk debía conducir un conflicto distante y de complejas repercusiones al mismo tiempo que lidiaba además con un Congreso no siempre dispuesto a doblegarse ante sus planes de guerra y con unos generales de signo político contrario dispuestos a usar el conflicto para ganar fama nacional y el prestigio suficiente como para disputar la Casa Blanca a su propio jefe de armas, así, a medida que las victorias estadounidenses se sucedían, el general Z. Taylor se fue convirtiendo en la esperanza del partido *whig* para recuperar la presidencia, más aun con la toma de Veracruz en marzo de 1847, que dejaba el camino libre para una futura toma de la capital<sup>483</sup>.

Con México D.F. a la vista, Polk comenzó el diseño del plan de paz que presentaría a las autoridades mexicanas, estableciendo la frontera en Río Grande, Estados Unidos se haría con California a cambio de la condonación de la deuda mexicana más 15 millones de dólares a pagar en plazos anuales de tres millones<sup>484</sup>. Tras la toma de Cerro Gordo del general Scott sobre Santa Ana en mayo, las primeras conversaciones de paz se iniciaron al mes siguiente, pero ante la falta de voluntad mexicana por dar por terminado un conflicto que ya tenía perdido, se tuvo en cuenta incluso la idea de anexionarse todo México si sus autoridades no aceptaban su derrota<sup>485</sup>. Incluso con las tropas enemigas a las puertas de su capital, las autoridades mexicanas rechazaron la propuesta estadounidense al aceptar tan solo la frontera en el río Nueces y negarse a desprenderse de Nuevo México y California, además de pedir una indemnización por daños de guerra; de todos modos la ocupación de México D.F. en septiembre por la tropas de Scott de nuevo frente a Santa Ana, dejó al Gobierno mexicano indefenso ante los requerimientos del vencedor<sup>486</sup>.

Para entonces Polk tenía muy claro el destino de California. En su tercer discurso anual de diciembre de 1847 dejaba bien claro que la cesión de Nuevo México y California a Estados Unidos por parte de México era lo más conveniente a ambas naciones, de hecho, Polk alegaba tres causas principales para ello, a saber, la falta de buen gobierno en dichas regiones, el peligro de que otras potencias se hicieran con ellas y la contigüidad territorial con Estados Unidos. En el primer caso, según el Presidente estadounidense “es manifiesto a todos los que hayan observado la actual condición del Gobierno mexicano desde hace algunos años y en el presente que si esas provincias fueran retenidas por él no podría por más tiempo mantenerlas ni

---

<sup>481</sup> POLK, James J., Discurso especial del 4 de agosto de 1846, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67937&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67937&st=mexico&st1=).

<sup>482</sup> POLK, James J., Discurso especial del 8 de agosto de 1846, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67941&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67941&st=mexico&st1=).

<sup>483</sup> MERRY, ob.cit., p. 351 y 356. Las cosas no habían cambiado demasiado desde la guerra de 1812 con Gran Bretaña, cuando la mayor batalla tuvo lugar dos semanas más tarde de haberse firmado el alto el fuego, HENDRICKSON, ob.cit., p. 111.

<sup>484</sup> MERRY, ob.cit., p. 361.

<sup>485</sup> *Ibíd.*, p. 381.

<sup>486</sup> *Ibíd.*, p. 389.



gobernarlas”<sup>487</sup>, pues “México es un poder tan débil para gobernar esas provincias, estando como están a más de 1.000 millas de su capital [...] éste sería el caso especialmente para Alta California”<sup>488</sup>. De hecho, de caer en manos estadounidenses ello redundaría en beneficio de todos, por contra mientras “permanezca como parte de los dominios mexicanos no podrán ser disfrutadas ni por México ni por ninguna otra nación”<sup>489</sup>.

En cuanto a la segunda causa, para Polk

la sagacidad de las poderosas naciones europeas desde hace mucho tiempo ha dirigido su atención a la importancia comercial de ésta provincia (California), y no hay duda de que desde el mismo instante en que Estados Unidos renunciara a su actual ocupación y su petición de ella como indemnización, un esfuerzo sería hecho por alguna potencia extranjera para poseerla, bien por conquista o bien por compra<sup>490</sup>.

Pero el que permaneciese independiente tampoco sería ninguna garantía para Estados Unidos, pues su debilidad institucional siempre representaría una amenaza para su seguridad, pues cualquier potencia podría conquistarla o manejarla bajo su influencia en perjuicio de Estados Unidos.

Para finalizar, Polk alegó que “las provincias de Nuevo México y California son contiguas a los territorios de Estados Unidos, y de caer bajo el gobierno de nuestras leyes sus recursos minerales, agrícolas, manufactureros y comerciales serán prontamente desarrollados”<sup>491</sup>, en especial Alta California “límitrofe al norte con nuestras posesiones en Oregón”<sup>492</sup>.

Con el debate zanjado sobre la idoneidad de incorporar todo México a Estados Unidos o tan sólo sus territorios del norte, las conversaciones de paz entre el equipo estadounidense y el Gobierno mexicano se dilataron hasta finales de enero de 1848, cuando el Presidente moderado Peña y Peña aprobó la propuesta de Washington basada en una compensación económica de 15 millones de dólares, más 3,25 millones para el pago de la deuda mexicana con ciudadanos estadounidenses y la cesión de la alta California y Nuevo México a Estados Unidos, siendo rubricado con su firma el 2 de febrero en el Tratado de paz, amistad, límites y acuerdo, más conocido como Tratado de Guadalupe Hidalgo, y recibido por Polk el 19 de ese mismo mes para su envío inmediato al Senado para su aprobación, lograda finalmente en marzo, pese a los agrios debates vividos en su interior, con 38 votos a favor por 14 en contra y 4 abstenciones<sup>493</sup>.

---

<sup>487</sup> POLK, James K., Tercer discurso anual del 7 de diciembre de 1847, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29488&st=california&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29488&st=california&st1=).

<sup>488</sup> *Ibíd.*

<sup>489</sup> *Ibíd.*

<sup>490</sup> *Ibíd.*

<sup>491</sup> *Ibíd.*

<sup>492</sup> *Ibíd.*

<sup>493</sup> MERRY, *ob.cit.*, p. 425 y 437.



Polk era bien consciente de la importancia de zanjar la guerra con un tratado de paz favorable a Estados Unidos que le concediese “un carácter nacional en el extranjero del que nuestro país nunca había disfrutado en el pasado”<sup>494</sup> ya que “nuestro poder y nuestros recursos han sido conocidos y respetados por todo el mundo, y nos habremos salvado probablemente de la necesidad de enredarnos en otra guerra por una larga serie de años”<sup>495</sup>. Pero el territorio conseguido era de suma importancia para Estados Unidos, según Polk “constituyen por ellos mismos un país lo suficientemente grande para un imperio, y su adquisición sólo es superada en importancia por la de Louisiana en 1803”<sup>496</sup>, además de ser “ricos en recursos minerales y agrícolas, con un clima muy saludable, albergan los puertos más importantes de toda la costa del continente norteamericano”<sup>497</sup>, de ese modo “la posesión de los puertos de San Diego y Monterrey y la Bahía de San Francisco permitirán a los Estados Unidos manejar el ya valioso y rápidamente creciente comercio del Pacífico”<sup>498</sup>, sin olvidar que “por la adquisición de estas posesiones tenemos inmediata proximidad con la costa oeste de América”<sup>499</sup>, todo lo cual debería redundar en un gran “aumento de nuestro comercio [...] y nuevos y valiosos mercados para nuestras manufacturas y productos agrícolas”<sup>500</sup>.

El fin de la guerra se produjo en junio de 1848, a poco más de dos años de comenzada, cuando el Gobierno mexicano firmó el tratado enmendado por el Senado estadounidense, tras lo cual el Presidente Polk ordenó la retirada de las tropas estadounidenses desplegadas en México. Las 600.000 millas cuadradas que Estados Unidos consiguió tras la paz fueron obtenidas a un alto coste, tanto en vidas, con casi 14.000 estadounidenses muertos por más de 25.000 mexicanos, como económico, pues el esfuerzo bélico costaría a las arcas estadounidenses unos cien millones de dólares<sup>501</sup>. Polk escogió la fecha señalada del 4 de julio para dar por terminada oficialmente la contienda, y con ello el expansionismo de la década de 1840 en la que Estados Unidos adquiriría Texas, Oregón, California y Nuevo México.

Como veremos a continuación, dicho afán expansionista desencadenaría la división interna a causa de las implicaciones que de ella se derivaban respecto a temas clave de la nación, como la constitucionalidad misma de la expansión y de las repercusiones de ésta sobre el sistema republicano, o la extensión del régimen esclavista en los nuevos territorios, temas todos ellos de compleja solución y que tras la guerra, la falta de acuerdo supuso la imposibilidad de ordenar todos los territorios adquiridos, garantizando sólo a Oregón, bajo el mandato de J. Polk, un Gobierno como al resto de estados de la Unión<sup>502</sup>.

---

<sup>494</sup> POLK, James K., Mensaje especial del 6 de julio de 1848, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=68017&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=68017&st=mexico&st1=).

<sup>495</sup> *Ibíd.*

<sup>496</sup> *Ibíd.*

<sup>497</sup> *Ibíd.*

<sup>498</sup> *Ibíd.*

<sup>499</sup> *Ibíd.*

<sup>500</sup> *Ibíd.*

<sup>501</sup> MERRY, ob.cit., p. 448 y 450.

<sup>502</sup> *Ibíd.*, p. 457.



\* *Los debates en torno a la guerra*

La guerra con México, pese a su popularidad, fue el detonante de un agrio debate entre la clase política estadounidense por sus numerosas implicaciones en la vida interna del país, y a medida que el conflicto se transformaba en una conquista territorial, por mucho que lo tratase de disimular el Presidente Polk, con ello también se iría transformando el signo del debate interno.

Con lo que quizá no contaba Polk a la hora de iniciar la guerra fue con las repercusiones que la misma tendría sobre un aspecto clave de la estabilidad interna de la Unión, a saber, sobre el régimen esclavista, por ello, a la esperada oposición *whig* a su política, Polk asistió a su vez a la división interna de su partido entre los partidarios del abolicionismo, generalmente del noroeste, y los defensores de la extensión de la esclavitud a los nuevos territorios, representantes de las costumbres y modo de vida sureños.

Por tanto, podemos dividir la extensión del debate que la guerra con México generó en tres momentos clave, su inicio, su desarrollo y su finalización, y que como veremos, a medida que los hechos se sucedían, de las críticas iniciales al Presidente se fue pasando a un análisis de las cuestiones clave de la Unión, que la guerra había dejado al descubierto.

- Los inicios de la guerra: los ataques al Presidente y la cuestión esclavista

En un primer momento la oposición *whig* centró sus críticas en acusar al Presidente Polk de fabricarse su propia guerra a través de medios anticonstitucionales<sup>503</sup>, pero pronto la controversia en torno a la esclavitud se abatiría sobre la unidad Demócrata, pues en el verano de 1846 algunos Demócratas liderados por David Wilmot de Pennsylvania intentaron unir a la petición presidencial de dos millones de dólares una cláusula de prohibición de la esclavitud en los nuevos territorios adquiridos a México, transformando así la guerra en un debate interno entre defensores y antagonistas de la esclavitud; la cuestión era de suma importancia para el Presidente, pues si los Demócratas del Noroeste se unían a los *whigs* antiesclavistas, estos podían frenar con facilidad las resoluciones presidenciales en un Congreso dominado por la oposición desde las elecciones de 1847<sup>504</sup>, más aun con un general como Taylor, cuyos éxitos en el campo de batalla eran usados por el partido *whig* en la arena política para desprestigiar al Presidente.

Mientras en su segundo discurso anual Polk se defendía de las críticas atacando a la oposición con la acusación de deslealtad al favorecer con su postura a México, pues al presentar la guerra “como injusta e innecesaria y como una agresión por nuestra parte sobre un enemigo débil y herido [...] no pudo haber sido diseñado un modo más efectivo de alentar al enemigo y alargar la guerra que abogar y adherirse a su causa, y así darle ayuda y confort”<sup>505</sup>, el partido *whig* continuaba

---

<sup>503</sup> *Ibíd.*, p. 256.

<sup>504</sup> *Ibíd.*, p. 286 y 315.

<sup>505</sup> POLK, James K., Segundo discurso anual del 8 de diciembre de 1846, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29487&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29487&st=mexico&st1=).



culpándole de sobrepasar la Constitución y de engañar al pueblo estadounidense al meter a la nación en una guerra fabricada e ilegal. Por su parte, el Presidente Polk trataba de demostrar cómo sólo los daños producidos a los intereses de los ciudadanos estadounidenses en México suponían suficiente motivo para iniciar la guerra, pues “de haber adoptado a su tiempo los Estados Unidos medidas forzosas y tomado reparación por sus propias manos, todas nuestras dificultades con México probablemente hubiesen sido arregladas hace mucho tiempo y la presente guerra hubiese sido evitada”<sup>506</sup>.

El centro del debate viró entonces de la mano *whig* hacia la compatibilidad de la conquista de nuevos territorios con la preservación de los principios constitucionales<sup>507</sup>. Las quejas *whig* se centraron en tres aspectos:

- a. el hecho de que el Presidente había cometido un acto de guerra sin autorización al enviar al general Taylor a río Grande,
- b. en la usurpación de poder por parte de Polk al emprender una guerra de conquista no autorizada por ley, y
- c. la anexión ilegal de territorio, de nuevo el Presidente usurpaba poderes del Congreso.

El problema residía en que, en efecto, el coronel Kearny había declarado Nuevo México territorio soberano de Estados Unidos tras su conquista, aumentando con ello la indignación *whig* que había estallado con la constitución de gobiernos civiles en California por parte del ejército estadounidense, por ello los Representantes *whig* acusaban al Gobierno de haber sobrepasado la autoridad del Congreso, único órgano capacitado por la Constitución para aprobar la entrada de nuevos estados en la Unión. Respecto a Kearny, la Administración Polk demostró que había actuado sin su consentimiento<sup>508</sup>, mientras que respecto a la formación de tales gobiernos civiles, los presentó como la aplicación básica de las leyes de guerra con el fin de estabilizar su ocupación, pues

las regulaciones autorizadas fueron temporales y dependientes de los derechos adquiridos por conquista [...] tales regulaciones organizativas como han sido establecidas en cualquiera de los territorios conquistados serán reconocidas y aprobadas mientras su posesión militar por las fuerzas de Estados Unidos continúe para la seguridad de nuestra conquista, para la preservación del orden, para la protección de los derechos de sus habitantes y para privar al enemigo de las ventajas de tales territorios<sup>509</sup>

De todos modos, el Presidente Polk necesitaba la aprobación de los dos millones de dólares que la resolución Wilmot había dejado en suspenso, para entonces, Polk era plenamente consciente de que la introducción de una enmienda abolicionista en el futuro tratado de paz con México haría imposible su aprobación

---

<sup>506</sup> *Ibíd.*

<sup>507</sup> MERRY, *ob.cit.*, p. 322.

<sup>508</sup> *Ibíd.*, p. 327-332.

<sup>509</sup> POLK, James K., Mensaje especial del 22 de diciembre de 1846, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67945&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=67945&st=mexico&st1=).



por el Senado<sup>510</sup>, lo que echaría por tierra sus planes expansionistas, convirtiendo en inútiles los esfuerzos bélicos que la nación venía realizando por ellos.

- El desarrollo de la guerra: conservar o marchar hacia México DF

Una vez que las autoridades mexicanas habían demostrado que ningún revés militar le iba a obligar a sentarse en la mesa de negociaciones, el debate interno estadounidense se centró en torno a la estrategia militar presidencial, mientras Polk era partidario de llevar la ofensiva al centro mexicano para así presionar a su Gobierno y obligarle a negociar, la oposición *whig* y algunos Demócratas, como John Calhoun de Carolina del Sur, eran partidarios de detener el avance de las tropas estadounidenses manteniendo las posiciones, parando los ataques mexicanos y esperando a que estos se decidiesen por fin a negociar; los partidarios del Gobierno se defendían argumentando que los mismos que ahora les criticaban eran los causantes del problema, al haber auspiciado años atrás, como el propio Calhoun como Secretario de Estado de Tyler, la anexión de Texas, verdadera causa a sus ojos del actual conflicto con México, que nunca estuvo dispuesto a aceptar la nueva realidad<sup>511</sup>.

Mientras el partido *whig* se unía gracias al rechazo de la adquisición de territorio mexicano mediante la guerra, en junio de 1847 la figura del general Taylor era tan popular para entonces que empezaba a disputar la primacía del partido al mismo H. Clay<sup>512</sup>, quien no cesaba de prevenir acerca de los problemas que se generarían para la salud de la república si Estados Unidos se hacía con todo México, debido en gran parte a sus diferencias raciales, religiosas, lingüísticas, etc., es decir, el centro del debate giraba ahora en torno a la extensión territorial de las conquistas estadounidenses, en un Congreso dominado por el partido *whig* que desde enero de 1848 basaría su estrategia en desprestigiar al Presidente mediante resoluciones contrarias a la guerra<sup>513</sup>.

Si bien Polk había coqueteado con la idea de conquistar todo México ante la negativa de su Gobierno de aceptar su derrota, pronto la desechó ante las complicaciones que intuía implicaba una decisión de tal magnitud, de todos modos, algunos miembros de su Administración, como el Secretario del Tesoro R. Walker, además de importantes miembros del partido como el candidato Demócrata a las elecciones de 1848 Lewis Cass, o S. Douglas y S. Breece de Illinois o J. Buchanan de Pensilvania sí que eran partidarios de ello ya fuese como anexión en forma de nuevo estado de la Unión o como simple dominio, expresando con ello el sentimiento de una importante minoría de la opinión pública estadounidense<sup>514</sup>. En su tercer discurso anual Polk advertía de que “rechazar indemnización al negarse a aceptar la cesión de territorio sería abandonar todas nuestras demandas, y hacer la guerra, encarando todos sus gastos, sin propósito ni objeto definido”<sup>515</sup>, sin ello “ningún otro resultado será

---

<sup>510</sup> MERRY, ob.cit., p. 334.

<sup>511</sup> *Ibíd.*, p. 345-348.

<sup>512</sup> *Ibíd.*, p. 375.

<sup>513</sup> *Ibíd.*, p. 395 y 411.

<sup>514</sup> *Ibíd.*, p. 407 y HENDRICKSON, ob.cit., p. 172 y 178.

<sup>515</sup> POLK, James K., Tercer discurso anual del 7 de diciembre de 1847, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29488&st=california&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29488&st=california&st1=).



anticipado mas que las mismas irritantes desilusiones que hasta el momento han asistido las violaciones de similares estipulaciones en tratados por parte de México”<sup>516</sup>, para Polk “la doctrina de no territorio es la doctrina de no indemnización, y de sancionarse sería un reconocimiento público de que nuestro país estaba equivocado y que la guerra declarada por el Congreso con extraordinaria unanimidad fue injusta y debería ser abandonada”<sup>517</sup>. Para el Presidente estadounidense la reclamación de la deuda mexicana respecto a los intereses económicos nacionales, el comienzo de las hostilidades por parte mexicana, los gastos de guerra y los éxitos de Estados Unidos en la misma eran todos motivos suficientes para exigir la cesión de territorio mexicano, eso sí, circunscrita a la frontera de Río Grande y las provincias de Nuevo México y Alta California, con ello Polk quería dejar claro

que debe ser manifiesto, no solo para México, sino para todas las naciones, que los Estados Unidos no están dispuestos a tomar ventaja de una potencia débil insistiendo en arrancarle todas sus provincias, incluidas muchas de sus principales ciudades y pueblos, que hemos conquistado y mantenido en nuestra ocupación militar, sino que estaba dispuesto a concluir un tratado en un espíritu de liberalidad, estando nuestro comisionado autorizado a estipular la restauración a México de todas las demás conquistas<sup>518</sup>

Es decir, Polk veía imprescindible el que México cediera parte de su territorio a Estados Unidos tanto como medio de indemnización como de justificar de cara a la opinión pública de su país una guerra tan costosa y prolongada, pero al mismo tiempo quería limitar esa cesión a las provincias norteañas de Nuevo México y Alta California, no solo para no ver perjudicada la imagen internacional estadounidense sino para acallar de ese modo el debate interno sobre la idoneidad o no de hacerse con todo México.

Pero no sólo la oposición *whig* era contraria a que Estados Unidos se hiciera con todo México, como bien demostrase J. Calhoun, sectores clave del Partido Demócrata tampoco estaban por aceptar la absorción de todo México. John C. Calhoun estaba presente en la política nacional desde que en 1825 fuese nombrado Vicepresidente con la Administración de J. Q. Adams, puesto en el que permanecería hasta 1832, ya bajo el nuevo Ejecutivo de A. Jackson, ese año abandonaría el ejecutivo para ingresar en el Senado representando a Carolina del Sur, donde, salvo por la breve estancia en el Gobierno Tyler como Secretario de Estado de 1843 a 1845, se mantendría hasta su muerte en 1850. Defensor acérrimo de la cultura sureña y de la esclavitud, no en vano había defendido sin éxito la llamada teoría de la anulación, por la que si un estado no estaba de acuerdo con una ley federal podía no aplicarla en su territorio, lo que ya bajo Adams le valió para enfrentarse duramente con el Presidente acerca del abolicionismo. Con J. K. Polk en la presidencia, Calhoun no dudaría en sacrificar la lealtad del partido en aras de defender su concepción de lo que debía ser la república estadounidense, de hecho, se había opuesto desde un principio la guerra con México pues

---

<sup>516</sup> *Ibíd.*

<sup>517</sup> *Ibíd.*

<sup>518</sup> *Ibíd.*



no sólo porque la consideré innecesaria, y que debió ser fácilmente evitada, no sólo porque piense que el Presidente no tiene autoridad para ordenar una porción de territorio en disputa y en posesión de los mexicanos, ser ocupado por nuestras tropas, no sólo porque crea que las alegaciones sobre las que fue sanciona por el Congreso eran infundadas, sino desde las más altas consideraciones de racionalidad y política, porque creo que ello conducirá grandes y serios males al país, y pondrá en grave peligro sus instituciones libres<sup>519</sup>

El rechazo a la política presidencial se intensificó ante las perspectivas de anexionar todo México, por ello Calhoun introdujo en el Senado en diciembre de 1847 dos resoluciones contrarias a ello, en concreto la primera de ellas decía así

resuelto, que conquistar México y mantenerlo, tanto como una provincia o incorporarlo a la Unión, sería inconsistente con el objeto confesado por el que la guerra ha sido llevada a cabo, un distanciamiento de la política asentada en el gobierno, en conflicto con su carácter y genio, y a la postre subversiva con nuestras libres y populares instituciones<sup>520</sup>

De todos modos, lo que más irritaba a Calhoun era la posibilidad de que Estados Unidos integrara al pueblo mexicano dentro de la Unión, pues “nunca hemos soñado con incorporar dentro de la Unión otra raza que la caucásica- la libre raza blanca [...] el nuestro es un Gobierno de la raza blanca”<sup>521</sup>, y advirtiendo de que “los grandes males de la América española son trazados del error fatal de colocar estas razas de color en igualdad con la raza blanca”<sup>522</sup> pues “ese error destruyó el arreglo social sobre el que la base de la sociedad se erige”<sup>523</sup>, de hecho, como Estados Unidos no lo reprodujo ha podido hacer su Revolución sin ser seguida de la anarquía, ya que para Calhoun ningún pueblo de color ha sido capaz de desarrollar y mantener instituciones libres a lo largo de la historia, por todo ello consideraba que “mantener México como una provincia súbdita sería hostil y en conflicto con nuestras instituciones populares libres, y a la postre subversivas para ellas”<sup>524</sup> pues “la conquista de México añadiría tal vasta cantidad de patronazgo de este Gobierno que absorbería todo el poder de los estados de la Unión. Esta Unión se convertiría Imperial y lo estados meras corporaciones subordinadas”<sup>525</sup>, además y en paralelo “el mismo proceso por el que el poder sería transferido de los estados a la Unión, transferirá el mismo de este departamento de gobierno (hablo del Legislativo) al Ejecutivo”<sup>526</sup>, al final “el resultado es inevitable- anarquía y despotismo”<sup>527</sup>. Como se

---

<sup>519</sup> CALHOUN, John C., La conquista de México, discurso de enero de 1848 consultado en <http://teachingamericanhistory.org/library/index.asp?document=478> .

<sup>520</sup> *Ibíd.* No en vano Calhoun había sido partidario de mantener las posiciones ganadas y no continuar la ofensiva sobre México como “el único modo cierto de terminar la guerra con éxito”, *Ibíd.*, además de ser un modo de salvarse del sacrificio de vidas humanas y porque “otra línea política nos expondría a males tremendos”, *Ibíd.*, de hecho, Calhoun advertía al presidente de que “por mucho que hayamos ganado en reputación militar en el exterior, temo percibir, que lo hemos perdido en nuestra reputación política y civil”, *Ibíd.*

<sup>521</sup> *Ibíd.*

<sup>522</sup> *Ibíd.*

<sup>523</sup> *Ibíd.*

<sup>524</sup> *Ibíd.*

<sup>525</sup> *Ibíd.*

<sup>526</sup> *Ibíd.*

<sup>527</sup> *Ibíd.*



pude observar, en el discurso de Calhoun se entremezclan su concepción racista del evolucionismo, su temor a ver sobrepasados los poderes estatales por el federal, y así mismo la defensa del Poder Legislativo frente a su posible usurpación por parte del Ejecutivo, es decir, Calhoun deseaba preservar los Estados Unidos tal y como él los había conocido desde su infancia, y que, muy acertadamente, veía peligrar si no se limitaba el acceso de nuevos estados a la Unión, lo que sin duda acabaría por transformarla de la mano de un mayor intervencionismo en la escena internacional.

En la base de su crítica se encontraba su oposición a la extendida creencia en Estados Unidos de que todo pueblo es capaz del autogobierno, a pesar de que “estamos ansiosos por forzar el libre gobierno sobre todos [...] de que es la misión de esta nación esparcir la libertad civil y religiosa sobre todo el mundo, y en especial sobre este continente”<sup>528</sup>, para Calhoun “ese es un gran error [...] nadie salvo pueblos avanzados a un alto grado de mejora moral e intelectual son capaces, en un estado civilizado, de mantener el gobierno libre”<sup>529</sup>, y aun si lo consiguen es muy difícil que logren hacerlo perdurar, ya que “el precio de la libertad es la vigilancia perpetua”<sup>530</sup> y por ello “cuando una gran cuestión aparece, la primera pregunta era, ¿cómo puede afectar a nuestras instituciones, a nuestra libertad?”<sup>531</sup>, no otro era el motivo de sus resoluciones y su oposición al Gobierno, la defensa del modelo republicano estadounidense, si bien al amparo de una línea de pensamiento que trasluce una ideología que expiraría tras la derrota del Sur en la guerra civil dos décadas más tarde, celosa de las prerrogativas estatales frente al Gobierno Federal y defensora de una estratificación social basada en los privilegios de clase, anclada en una concepción de unos Estados Unidos que desaparecerían de la mano de la industrialización y de la abolición de la esclavitud.

Las críticas de Calhoun contra la anexión de todo México eran compartidas por H. Clay, el líder *whig* veía los mismos peligros si Estados Unidos no limitaba sus conquistas, además de observar en ello una señal del peligroso militarismo que se cernía sobre la nación si ésta seguía la política presidencial, en todo caso, también advertía al sur de que su postura podía provocar la ruptura con el norte y con ello desencadenar la ya temida guerra civil<sup>532</sup>.

Pero la crítica más encendida y famosa contra la guerra y la anexión de México fue la recogida en el Panfleto *Peace with Mexico* de Albert Gallatin, quien vendería más de 100.000 copias del mismo<sup>533</sup>. Nacido en Suiza en 1761, llegó a Estados Unidos en 1770, y en 1795 llegaría a la Cámara de Representantes donde permaneció hasta 1801, en ese periodo se convertiría en enemigo político de A. Hamilton. Cuando Jefferson llegó a la presidencia le nombraría Secretario del Tesoro, puesto que desempeñará por trece años hasta que dimitió por no lograr el apoyo del Congreso al Primer Banco de Estados Unidos, medida que consideraba esencial para evitar un desastre financiero; tras desempeñar varias funciones diplomáticas en

---

<sup>528</sup> *Ibíd.*

<sup>529</sup> *Ibíd.* Para Calhoun “esta admirable constitución fue el resultado de una afortunada combinación de circunstancias”, *Ibíd.*

<sup>530</sup> *Ibíd.*

<sup>531</sup> *Ibíd.*

<sup>532</sup> HENDRICKSON, *ob.cit.*, p. 175 y 177.

<sup>533</sup> HENRICKSON, *ob.cit.*, p. 184.



Francia y Gran Bretaña, fue nombrado presidente del Banco Nacional de Nueva York, puesto que ejercería hasta su muerte en agosto de 1849<sup>534</sup>.

Para Gallatin, tras enumerar los tremendos éxitos militares de Estados Unidos contra México, “es cierto, que esos éxitos esplendidos han sido comprados a un precio que por mucho excede su valor”<sup>535</sup> pues “ni la gloria de esos hechos militares, ni la utilidad última de nuestras conquistas pueden compensar la lamentable pérdida de los cientos de vidas valiosas en el campo de batalla”<sup>536</sup>. Además, “los Estados Unidos, aunque tienen el poder, no tienen el derecho de imponer términos (de paz) inconsistentes con la justicia”<sup>537</sup>, y recordaba que “sería un abandono vergonzoso de principio, de parte de aquellos que se opusieron a la anexión de Texas, apoyar cualquier intento de petición de adquisición de territorio, u otra ventaja, a cuenta del éxito de nuestras armas”<sup>538</sup>.

Gallatin recordaba entonces que la independencia de Texas no había sido reconocida por México y que por tanto, “bajo esas circunstancias, no cabía la menor duda de que la anexión de Texas era equivalente a la declaración de guerra contra México”<sup>539</sup>, lo que a sus ojos representó ya un acto primario de injusticia. A lo que habría que añadir la dudosa veracidad de las reclamaciones texanas sobre sus fronteras con México, principal excusa para el inicio de la guerra, y que Gallatin consideraba falsas y perniciosas para la seguridad nacional de establecerse en río Grande.

Por tanto, según Gallatin, dadas la debilidad mexicana y su intransigencia ante la anexión de Texas, Estados Unidos debió “esperar con paciencia por un reconocimiento incondicional de la independencia texana, hasta que los sentimientos excitados por nuestra agresión se hubiesen calmado”<sup>540</sup>, pero en lugar de ello envió sus tropas a un lugar en disputa, y que perteneciendo a México, cometió con ello un acto de abierta hostilidad y guerra.

Como quiera que para Gallatin

el pueblo de los Estados Unidos ha sido colocado por la Providencia en una posición nunca disfrutada por cualquier otra nación [...] tu misión es mejorar el estado del mundo, ser la “República modelo”, mostrar que los hombres son capaces de gobernarse a sí mismos, y que esta forma de gobierno natural y simple es la que también confiere mayor felicidad a todos<sup>541</sup>

---

<sup>534</sup> Datos biográficos consultados en [www.ustreas.gov](http://www.ustreas.gov) y <http://bioguide.congress.gov>.

<sup>535</sup> GALLATIN, Albert *Peace with Mexico*, folleto consultado en [www.archive.org](http://www.archive.org).

<sup>536</sup> *Ibíd.*

<sup>537</sup> *Ibíd.*

<sup>538</sup> *Ibíd.*

<sup>539</sup> *Ibíd.*

<sup>540</sup> *Ibíd.* Luego, el pueblo estadounidense cegado por las victorias militares “olvidando el origen de la guerra, y con el completo menosprecio de los dictados de la justicia, pensó que esos éxitos daban a la nación un derecho a desmembrar México, y a otorgarse a ellos mismos lo que no les pertenecía [...] cultivando una falsa gloria, y hundiéndose en el nivel de esos conquistadores vulgares que han desolado en toda época la tierra”, *Ibíd.*

<sup>541</sup> *Ibíd.*



Para el la guerra contra México es una desviación de la observancia y respeto del diseño original de los padres fundadores de la república, máxime cuando Estados Unidos “nunca hubo dañado voluntariamente a otra nación [...] toda adquisición de territorio de potencias extranjeras fue hecha honestamente, el resultado de Tratados, no impuesta, sino libremente consentida por la otra parte”<sup>542</sup> y el recurso a las armas había sido siempre en defensa propia; pero para Gallatin “ahora, todos estos principios parecen haber sido abandonados”<sup>543</sup>, en “una guerra de agresión, que ahora es públicamente confesado ser una de conquista intencionada”<sup>544</sup>, en lugar de “ejercer la influencia moral más beneficiosa para la humanidad”<sup>545</sup>, con dicha guerra se habría hecho un llamamiento a sus peores pasiones. Gallatin temía que “de persistir en ello, sus consecuencias necesarias serán un aumento permanente de nuestros establecimientos militares y de patronazgo del Ejecutivo”<sup>546</sup>.

Tampoco creía Gallatin que la guerra pudiera justificarse a través de una hereditaria superioridad racial sobre los mexicanos, y se preguntaba si “¿es compatible con el principio de la democracia, que rechaza toda demanda hereditaria de los individuos, admitir una superioridad hereditaria de las razas?”<sup>547</sup>, y por tanto “el pueblo de Estados Unidos puede con justicia ejercer la influencia moral más beneficiosa sobre los mexicanos, y otras naciones menos ilustradas de América. Más allá de esto no tienen ningún derecho”<sup>548</sup>. Es decir, Gallatin defendía la tradicional política washingtoniana, que con su ejemplo influye en los demás pueblos en su camino hacia la libertad, pues “la verdad nunca puede ser propagada por el fuego y la espada, ni por cualquier otro medio que no sean los puros medios morales”<sup>549</sup> y “el verdadero honor y dignidad de la nación son inseparables de la justicia”<sup>550</sup>.

Por todo ello Gallatin instaba al Gobierno estadounidense a “los más simples términos (de paz), aquellos que proporcionen un ajuste de la frontera de Texas y el pago de las indemnizaciones a nuestros ciudadanos”<sup>551</sup>, pues “ahora el único objeto es la paz, paz inmediata, paz justa y ninguna adquisición de territorio”<sup>552</sup>.

Por el contrario, si bien Polk supo frenar el movimiento a favor de la anexión de todo México dentro de su gabinete, veía en la guerra una demostración “de la habilidad del Gobierno de organizar un ejército numeroso ante una llamada repentina”<sup>553</sup>, con ello también se había conseguido para Polk “desarrollar la

---

<sup>542</sup> *Ibíd.*

<sup>543</sup> *Ibíd.*

<sup>544</sup> *Ibíd.*

<sup>545</sup> *Ibíd.*

<sup>546</sup> *Ibíd.*

<sup>547</sup> *Ibíd.*, de hecho, para él estaba claro que “ahora, la demanda no es más que un pretexto para ocultar y justificar la usurpación injusta y la ambición desmedida”, *Ibíd.*

<sup>548</sup> *Ibíd.*

<sup>549</sup> *Ibíd.*

<sup>550</sup> *Ibíd.*

<sup>551</sup> *Ibíd.*

<sup>552</sup> *Ibíd.*

<sup>553</sup> POLK, James K., Cuarto discurso anual del 5 de diciembre de 1848, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29489&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29489&st=mexico&st1=). Conviene no olvidar que por entonces las milicias dependían en última instancia de sus respectivos estados, restando así poder en la



capacidad de los gobiernos republicanos para llevar a cabo con éxito una guerra justa y necesaria con todo el vigor normalmente atribuido a formas de gobierno más arbitrarias”<sup>554</sup>. Por si fuera poco, para el Presidente “sería difícil calcular el valor de estas inmensas adicciones a nuestras posesiones territoriales”<sup>555</sup>, tanto en recursos como en importancia estratégica para la seguridad y el comercio nacionales, pues “la adquisición de California y Nuevo México, el arreglo de la frontera de Oregón y la anexión de Texas, son resultados que en combinación son de gran repercusión y añadirán más fortaleza y riqueza a la nación que ningún otro precedente desde la adopción de la Constitución”<sup>556</sup>.

Pero la conquista de tan importantes territorios no daba por terminada la tarea política en Washington, pese a la trascendencia de la victoria para el prestigio nacional y las tremendas repercusiones para su desarrollo económico, Polk se quejaba de la falta de acuerdo para dotar de un gobierno como en el resto de estados a los nuevos territorios que amenazaba con

rechazar estas ventajas con la agitación de una cuestión doméstica (la esclavitud) que es coetánea con la existencia de nuestro mismo gobierno, y poner en peligro con peleas internas, con divisiones geográficas y con encendidas disputas por el poder político, la armonía de la gloriosa Unión de nuestros estados confederados<sup>557</sup>

Y ya que “el nuestro es el gran ejemplo de una república próspera y autogobernada, comandando la admiración y la imitación de todos los amantes de la libertad por todo el mundo”<sup>558</sup>, para Polk era imprescindible que no se fallase a la hora de dotar de un gobierno homogéneo a todo el territorio estadounidense, y pese a que “la cuestión puede ser vista más abstracta que práctica si la esclavitud puede o debe existir en cualquier porción del territorio adquirido”<sup>559</sup> ello no impedía que “la cuestión, envolviendo como lo hace un principio de igualdad de derechos entre los estados separados como compañeros iguales en la Confederación, no debe ser menospreciada”<sup>560</sup>, pues “lo nuestro no es un imperio consolidado, sino una unión confederada”<sup>561</sup>, por ello Polk abogaba porque fuesen sus propias poblaciones, y no la interferencia del Congreso, las que dictaminasen el alcance de la esclavitud en los nuevos territorios, teniendo en el precedente del Compromiso de 1821 la guía para alcanzar el nuevo acuerdo.

- El Tratado de Guadalupe Hidalgo: el último debate

El 2 de febrero de 1848 se firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo, ratificado por el Presidente el 16 de marzo siguiente, de los catorce votos en contra del Tratado

---

materia a Congreso y Presidente, de ahí que se siguiera viendo al ejército permanente como una amenaza a la independencia estatal.

<sup>554</sup> *Ibíd.*

<sup>555</sup> *Ibíd.*

<sup>556</sup> *Ibíd.*

<sup>557</sup> *Ibíd.*

<sup>558</sup> *Ibíd.*

<sup>559</sup> *Ibíd.*

<sup>560</sup> *Ibíd.*

<sup>561</sup> *Ibíd.*



y las cuatro abstenciones, diez eran Senadores *whigs* y cuatro Demócratas, lo que da una idea de la lucha en dos frentes que tuvo que sortear el Presidente Polk para no ver en última instancia rechazado su proyecto expansionista. Aunque finalmente el Tratado sería aprobado en marzo de 1848, ello no supuso el fin de los desencuentros entre la Administración Polk y la oposición, tanto *whig* como Demócrata, pues para una minoría de esta última formación Estados Unidos no se hacía con el suficiente territorio como legítima recompensa por la victoria recién alcanzada, y por ello estaban dispuestos a rechazar el tratado de paz con México<sup>562</sup>.

Por el contrario, el rechazo *whig* al acuerdo final con México nacía de considerar improcedente el modo en que se habían llevado a cabo las negociaciones de paz, y en que lo veían como un instrumento de expansión tanto territorial como del régimen esclavista, y por ello temían que la inclusión de los nuevos territorios en la Unión transformase de forma negativa a la república<sup>563</sup>.

Daniel Webster, Senador *whig* por Massachusetts, antiguo Secretario de Estado de W. H. Harrison y J. Tyler, también se opuso a la extensión de la guerra a México. Habiendo perdido un hijo en la contienda veía el origen de la misma en el ansia expansionista del Presidente Polk, sobre todo respecto a California y Nuevo México. Para Webster “la guerra nos coloca, ahora, en un estado en armas”<sup>564</sup>, por eso no comprendía la petición de diez nuevos regimientos del Presidente, menos aun cuando estaba en contra de todo acrecentamiento de territorio para formar nuevos estados, pues no creía que esos nuevos estados aseguraran la paz, por ello preguntaba a Polk si “¿tomarás paz sin territorio, y preservarás la integridad de la Constitución y de nuestro país?”<sup>565</sup>. Habiendo estado ya en contra de la anexión de Texas, entre otras razones por su “completo rechazo a hacer cualquier cosa que extienda la esclavitud de los africanos en este continente”<sup>566</sup>, y sobre todo porque “estimo para la felicidad e interés de toda la República permanecer como es, sin disminución ni adición”<sup>567</sup>, pues “debe haber algún límite a la extensión de nuestro territorio, si deseamos hacer nuestras instituciones permanentes”<sup>568</sup>, además Estados Unidos debía “exhibir ante las naciones de la tierra el ejemplo de la gran, rica y poderosa república que no está poseída por un espíritu de engrandecimiento”<sup>569</sup>.

Las consecuencias políticas de la anexión de nuevos territorios eran capitales para la oposición de Webster a la política presidencial, pues no sólo añadir nuevos estados esclavistas rompería el equilibrio nacional, también lo haría el admitir nuevos estados tan poco poblados que tendrían más Senadores que Representantes, convirtiendo así al Senado “en una odiosa oligarquía”<sup>570</sup>, desfigurando por completo

---

<sup>562</sup> MERRY, ob.cit., p. 433.

<sup>563</sup> *Ibíd.*, p. 438.

<sup>564</sup> WEBSTER, Daniel, Guerra con México, discurso ante el Senado del 23 de marzo de 1848, consultado en <http://books.google.es>.

<sup>565</sup> *Ibíd.*

<sup>566</sup> *Ibíd.*

<sup>567</sup> *Ibíd.*

<sup>568</sup> *Ibíd.*

<sup>569</sup> *Ibíd.*

<sup>570</sup> Webster cifraba la población de Texas en 150.000 habitantes, la de Nuevo México en 70.000 y la de California en 25.000.



los equilibrios nacionales, y por tanto, representando “un ultraje a todos los principios de gobierno popular republicano y sobre las provisiones elementales de la Constitución bajo la que vivimos, y a la que hemos jurado servir”<sup>571</sup>, por no hablar del escaso interés que Estados Unidos podía tener en un territorio de dudoso beneficio y tan poco poblado, cuya población no tenía nada que ver con el régimen republicano. Todos estos inconvenientes se magnificaban cuando Webster tomaba en consideración la anexión de todo México, pues quebraría el diseño original de la nación, “un pueblo, uno en interés, uno en carácter y uno en sentimiento político”<sup>572</sup>, pues mientras sólo fueran territorios nuevos requerirían ingentes recursos para su administración, y ya como estados de pleno derecho deformarían de tal forma a la república que la Unión caería hecha jirones.

William H. Seward, también Senador *whig* por New York, al igual que su compañero de filas Webster, veía con suma preocupación la guerra pues en ella “parece que estamos pasando de la segura vieja política de paz y moderación a una carrera de conquista y renombre marcial”<sup>573</sup>, y por ello “nunca fue la tarea de preservar nuestras libres instituciones en toda su pureza más obvia de lo que es ahora, cuando se han convertido en faros de la humanidad”<sup>574</sup>, además, como Webster, Seward pensaba que “la esclavitud debe ser restringida, y, sin violencia o injusticia, debe ser abolida”<sup>575</sup>.

De hecho, como ya hemos visto, la falta de acuerdo sobre el modo de resolver el alcance de la esclavitud en las nuevas regiones estadounidenses impidió que durante el mandato de Polk se estableciesen gobiernos en todas las zonas recién adquiridas, y sólo Oregón pudo gozar desde el principio de una administración como la existente en el resto de estados, quedando el resto de territorios bajo el mando de sus respectivos gobernadores militares. Ya en agosto de 1848, meses antes de dejar la presidencia, Polk se lamentaba de no poder llegar a un acuerdo parecido al Compromiso de 1821 sobre la esclavitud en los nuevos territorios, lo que impedía la institucionalización de gobiernos en ellos, más aun cuando la falta de acuerdo sobre la cuestión “ha excitado una intensa agitación en la mente pública, y amenazado con dividir al país en partidos geográficos”<sup>576</sup>, justo entonces que “nos hemos convertido en un ejemplo a imitar para todo el mundo”<sup>577</sup> y que “los amigos de la libertad en todo clima apuntan con admiración hacia nuestras instituciones” no era el momento de apartarse del camino de los padres fundadores de la nación, por ello mantenía la esperanza de que a la postre se arreglase “esta peligrosa cuestión bajo el Compromiso de Missouri, o de otro compromiso equitativo que respete los derechos de todos y sea satisfactorio para las diferentes porciones de la Unión”<sup>578</sup>.

---

<sup>571</sup> *Ibíd.*

<sup>572</sup> *Ibíd.*

<sup>573</sup> SEWARD, William, Eulogio a John Quincy Adams del 6 de abril de 1848, texto consultado en [www.archive.org](http://www.archive.org).

<sup>574</sup> *Ibíd.*

<sup>575</sup> *Ibíd.*

<sup>576</sup> POLK, James K., Mensaje especial del 14 de agosto de 1848, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=68034&st=mexico&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=68034&st=mexico&st1=).

<sup>577</sup> *Ibíd.*

<sup>578</sup> *Ibíd.*



*\* Las consecuencias de la guerra*

La primera consecuencia evidente de la guerra fue la adquisición de 600.000 millas cuadradas, que junto a Oregón y Texas hacían un total de 1.230.000 millas cuadradas de nuevo territorio para Estados Unidos (el 20,5 por ciento de su superficie actual, o un tercio de los Estados Unidos de antes de la guerra), incluyendo más de 3.250 kilómetros de costa, estableciendo con ello, a falta de la compra de Gadsden y Alaska, sus actuales fronteras continentales, lo que sin duda tendría amplias repercusiones al favorecer el dinamismo económico nacional, merced al continuo trasvase al oeste tanto de emprendedores estadounidenses como de emigrantes recién llegados a la costa este, un claro ejemplo de ello lo encontramos en la fiebre del oro que desde 1848 llevaría a California a miles de familias en busca de un futuro mejor.

Como segunda consecuencia, directamente relacionada con la anterior, Estados Unidos se convertiría en un país continente, cuyo tamaño y situación geográfica, flanqueado por Estados más débiles que él y que no supondrían nunca una amenaza seria a su seguridad, además de estar separado por dos océanos de Asia y Europa, le permitirían un enorme desarrollo y, salvo por la guerra civil, sin interrupción de todas sus potencialidades, hasta convertirse a finales del siglo XIX en la mayor potencia económica mundial, baste como ejemplos la industria petrolífera texana o la minera californiana y de Nuevo México. Además, con California y Oregón dentro de la Unión, Estados Unidos se convirtió en una potencia más en el Pacífico, hecho que tendría amplias repercusiones en el desarrollo nacional en futuras décadas por su creciente interés por los asuntos asiáticos. La consecución de la contigüidad territorial fue un hecho de importancia capital para el desarrollo del país, el que Estados Unidos no tuviese que lidiar con rivalidades nacionales que pusiesen en peligro tanto su crecimiento como su propia existencia, fue un objetivo político perseguido conscientemente por el Presidente Polk. Como ya antes había movido a A. Jackson a pedir la anexión texana para evitar que su independencia fuese utilizada por las potencias europeas para desestabilizar a Estados Unidos, Polk vio en la expansión de costa a costa la salvaguardia frente a la división interna y la injerencia extranjera, del mismo modo que Hamilton décadas atrás había visto en el poder federal de la Unión el remedio ante esos mismo males.

Ya hemos visto que la guerra no contó con el apoyo unánime de la clase política estadounidense, desde el debate inicial entre Hamilton y Jefferson, Estados Unidos no había vivido un momento de mayor controversia ideológica que el surgido con la conquista de territorio mexicano, debate cuyo centro se situó en dos polos bien distintos:

- el primero de carácter más bien teórico y que no volvería a darse hasta 1898, giró en torno a las implicaciones que sobre los principios y valores constitucionales tenía la expansión territorial auspiciada por el Presidente Polk, sobre si la guerra podía considerarse justa tanto en su inicio como en sus consecuencias, y en concreto, por primera vez se discutió a fondo dos temas que se encontrarían en los sucesivos debates sobre política exterior, a saber, las repercusiones que sobre el propio sistema de libertad estadounidense implicaba la creciente



actividad exterior del Presidente, y en especial su capacidad para declarar y hacer la guerra, y las posibilidades reales de extender la democracia a otros pueblos, debates que aun en nuestros días siguen sin cerrarse,

- el segundo polo, más de ámbito práctico y que no cesaría con el fin de la guerra con México, dividía a la nación entre un Sur partidario de la extensión de la esclavitud a los nuevos dominios estadounidenses, y un Norte presionando a favor de la abolición y por tanto, negándose a ver cómo los nuevos estados expandían tan odioso régimen económico desequilibrando con ello la balanza territorial a su favor. De hecho, la guerra civil de 1861-1865 hunde sus raíces en la adquisición de Texas, California y Nuevo México, y en la subsiguiente falta de acuerdo sobre la expansión del régimen esclavista al modo en que H. Clay lo alcanzó con el Compromiso de 1821, pues sin un pacto de este tipo sólo era cuestión de tiempo el que la Unión se viese resquebrajada ante la creciente hostilidad entre un sur que veía como un ataque a sus costumbres la postura del noroeste y un noroeste convencido de la incongruencia entre los principios y valores nacionales y la pervivencia de la esclavitud.

Por tanto como tercera consecuencia de la guerra podemos señalar que Estados Unidos asistió a un debate político, que si bien en el caso de la esclavitud exacerbó unas posturas ya de por sí extremas, ayudó a clarificar el tipo de sistema político que se quería para una nación muy distinta a la creada por los padres fundadores, y en muchos aspectos, adelantó los temas objeto de discusión en los futuros debates acerca del papel internacional que se esperaba jugar, si bien en ésta ocasión no se sobrepasaría el límite impuesto por la gran regla washingtoniana de mantenerse alejado de cualquier alianza permanente, protegiendo con ello a la nación dentro de los estrechos límites del unilateralismo aislacionista. Por dicha razón, y aunque su política expansionista acabara minando los principios sobre los que éste se asentaba, Polk no puede ser incluido entre los Presidentes cuyo programa llevaría a la política exterior estadounidense por la senda internacionalista, y es que desde entonces y hasta la llegada de Theodore Roosevelt ningún Presidente se atrevería a distanciarse de los postulados heredados de G. Washington y que, como hemos visto, instaban a Estados Unidos a permanecer alejado de cualquier alianza permanente con cualquier otra nación, en especial con las potencias europeas y su balance de poder tan extraño al ideal republicano estadounidense.

### **2.c. De 1850 a 1896. Expansión, Guerra Civil y modernización**

Hasta mediados del siglo XIX la política exterior de Estados Unidos mantuvo cierta homogeneidad dentro de su complejidad, como dejaba bien claro un artículo publicado en junio de 1855 en *The United States Democratic Review*, titulado “*The foreign policy of the United States*”, ésta

desde la Administración de Washington al presente, ha sido uniforme e invariable. Nunca han tomado parte (los Estados Unidos) en la regulación del



balance de poder en Europa [...] tampoco ha interferido Estados Unidos en las adquisiciones territoriales de las potencias europeas en cualquier otra parte del mundo<sup>579</sup>

pues los Estados Unidos

no aspiran a regular los asuntos del mundo, o a establecer un equilibrio general de poder, ni tienen la más mínima inclinación de enredarse en materias en las que ni sus derechos, intereses ni su seguridad estén vinculados<sup>580</sup>

Dichas palabras son fiel reflejo de la persistente influencia de la *gran regla* washingtoniana, y de la percepción aun apocada que los estadounidenses tenían de su poder respecto al británico o francés, de hecho, para la mayoría de ciudadanos americanos “la carrera de Estados Unidos no es la de la conquista”<sup>581</sup> y mejor harían en quedar “libres de la tentación, o al menos de la necesidad de recurrir a la guerra o la violencia para incrementar su territorio, expandir su comercio o acrecentar su poder”<sup>582</sup>, pues la grandeza de la nación residía en sus medios siempre justos para crecer sin dañar a otras naciones “creyendo que pueden protegerse con una causa justa y la bendición del cielo”<sup>583</sup>, J. Q. Adams no podría haber estado más de acuerdo con estas palabras. Pese a ello, con 31,5 millones de habitantes en 1860, y 8 nuevos estados para un total de 33, el empuje del desarrollo nacional era imparable, Estados Unidos ya contaba con más vía férrea y carreteras que toda Europa, además, poco a poco iba plantando su pie en el Pacífico, abriendo comercialmente China en 1844 y Japón en 1854, y con la Doctrina Tyler de interés especial de Estados Unidos en Hawaii como punta de lanza de la política asiática estadounidense<sup>584</sup>.

El que Estados Unidos no estaba dispuesto a abandonar la gran regla washingtoniana pese al aumento de su poder y su prestigio internacionales, lo atestigua el caso de Hungría en 1848. Tras una petición informal de ayuda del ciudadano húngaro Louis Kossuth a la revolución de su país a Estados Unidos, se desataría un debate en torno a si se debía o no intervenir, mientras la mayoría estaba en contra de ello. Quienes sí apoyaban una acción directa no pudieron ponerse de acuerdo sobre la mejor manera de hacerlo, si como árbitro de la disputa, si con el fin de promocionar la democracia o solo para proteger a Hungría de la injerencia externa. Finalmente, la observancia de la tradición unilateralista aislacionista y el temor a instigar una intervención europea en Norteamérica, a causa de la esclavitud, si Estados Unidos se inmiscuía en los asuntos europeos, fueron la excusa perfecta para no hacer nada, salvo el apoyo verbal, respecto a Hungría y al resto de revoluciones que sacudieron a media Europa en 1848<sup>585</sup>.

Durante la década de 1850 los Estados Unidos ya se veían como competidores de Gran Bretaña, interpretando las revoluciones europeas de 1848 como una

---

<sup>579</sup> “*The foreign policy of the United States*”, artículo consultado íntegro en <http://cdl.library.cornell.edu>

<sup>580</sup> *Ibíd.*

<sup>581</sup> *Ibíd.*

<sup>582</sup> *Ibíd.*

<sup>583</sup> *Ibíd.*

<sup>584</sup> Los datos corresponden a HERRING, ob.cit., p. 178 y 211.

<sup>585</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 185-190.



continuación de la emprendida por ellos en 1776, eso sí, concediendo tan solo apoyo retórico, pues creían que como mejor defendían su republicanismo era a través de la fuerza de su ejemplo, a lo que habría que sumar su pujante economía, pues en 1861 más del 80 por ciento del algodón importado por Gran Bretaña y Francia procedía de las plantaciones estadounidenses<sup>586</sup>.

### División de Estados Unidos en torno a la esclavitud



Fuente: [http://www.avizora.com/publicaciones/0049\\_guerra\\_civil\\_norteamericana.htm](http://www.avizora.com/publicaciones/0049_guerra_civil_norteamericana.htm)

Pese al inmenso desarrollo del país, las divisiones internas acerca de la esclavitud, exacerbadas tras la guerra con México, condujeron al tan temido conflicto entre confederados y unionistas. El que una nación tan poderosa se lanzase a una guerra fratricida no podrá ser reducida nunca a un sólo factor, por muy importante que éste sea, y ni siquiera el abolicionismo puede ser considerado la causa exclusiva del conflicto. Ya desde la década de 1820 el Sur se sentía afectado por el aumento de los aranceles que perjudicaban sus importaciones mientras favorecían en exclusiva la incipiente industria del Norte, así, el Sur siempre fue partidario del libre comercio<sup>587</sup>, política que no sería implantada por el Gobierno Federal hasta 1945. También a finales de la misma década y durante toda la de 1830, el Sur se enfrentaría al Norte por la cuestión de los títulos sobre la tierra para arrebatarla a los indios, aumentando con ello el caldo de cultivo para el futuro enfrentamiento<sup>588</sup>. Ni siquiera el Compromiso de 1850, de nuevo auspiciado por H. Clay, pudo apaciguar los ánimos, y tanto la imposibilidad de anexionarse Cuba en 1854, favorecida incluso por el Presidente Pierce, ante la negativa del Senado y de los estados del norte, como la derogación del Compromiso de 1820 por el Tribunal Supremo en 1857 dejaron un país más dividido que nunca; por si fuera poco, la inmigración desequilibró aun más

<sup>586</sup> HERRING, ob.cit., p. 214 y 226.

<sup>587</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 135.

<sup>588</sup> *Ibíd.*, p. 161.



el precario balance de poder, pues de los 2,3 millones de inmigrantes que llegaron a Estados Unidos en la década de 1850, siete octavas partes se establecieron en el Norte, aumentando con ello su dinamismo económico frente a un Sur agrario que no percibía beneficio alguno de las políticas estatales<sup>589</sup>. La victoria del Norte supuso el triunfo definitivo de las tesis Federalistas defendidas por Hamilton, ahora convertidas en premisas básicas del Partido Republicano de A. Lincoln, es decir, un Gobierno Federal fuerte y la promoción de los intereses comerciales de la nación, a partir de entonces libre ya del estigma esclavista y volcada en la industria del Noreste, como principales líneas de acción del Ejecutivo.

En el plano ideológico, el resultado de la Guerra Civil fue clave, como guerra propiamente ideológica, que enfrentó a dos visiones contrapuestas de lo que debía ser la esencia nacional. La victoria del Norte sobre el Sur supuso la reafirmación de los principios y valores republicanos y democráticos incluidos en la Constitución, consolidando la Unión y el proyecto liberal-democrático<sup>590</sup>, tras lo cual la política exterior de la nación sufriría un proceso de activación y moralización basado en esa misma ideología triunfante, pues la victoria del Norte dejó en el recuerdo colectivo del pueblo estadounidense la experiencia de que se puede cambiar la realidad a través de la acción resuelta, de ahí que a partir de entonces aumentarían los juicios sobre las políticas internas de otros Estados, nada extraño tras la insistencia de A. Lincoln en que los principios universales de la Constitución debían ser la base de la unidad nacional<sup>591</sup>, pues él mismo pedía que se entendiera mejor mundialmente el tipo de conflicto que vivía Estados Unidos

tenemos, como todos acordamos, un gobierno libre, donde todo hombre tiene un derecho igual con todo otro hombre. En ésta gran lucha, éste tipo de gobierno y toda forma de derecho humano está en peligro si nuestros enemigos tienen éxito [...] Cuanto ésta lucha engloba es la cuestión de si vuestros hijos y mis hijos disfrutarán los privilegios que nosotros hemos disfrutado<sup>592</sup>

Por tanto, ¿dónde se situarían los límites de la acción exterior a partir de entonces? En primer lugar, cabe destacar, como señala Jaffa, que la victoria del Norte sobre el Sur supuso el fin del destino manifiesto, pues si ya con anterioridad a la Guerra Civil, A. Lincoln consideraba que “sólo un compromiso nacional para confinar la esclavitud (...) podría poner fin al impulso de conquista y dominio

<sup>589</sup> *Ibíd.*, p. 196-203.

<sup>590</sup> PASTOR, Manuel “Abraham Lincoln: la consolidación de una nueva nación”, artículo consultado en <http://www.ilustracionliberal.com/39/abraham-lincoln-la-consolidacion-de-una-nueva-nacion-manuel-pastor.html>

<sup>591</sup> “Queridos ciudadanos, no podemos escapar de la historia. Nosotros los de éste Congreso y ésta Administración seremos recordados lo queramos o no [...] la fiera prueba por la que estamos pasando nos iluminará con honor o deshonor hasta la última generación. Decimos que estamos por la Unión. El mundo no podrá olvidar que hemos dicho eso. Sabemos cómo salvar a la Unión [...] Nosotros, incluso aquí, mantenemos el poder y encaramos la responsabilidad. Dando libertad al esclavo aseguramos la libertad al libre, igualmente honorable en lo que damos y en lo que preservamos. Debemos salvar noblemente o perder de mala manera la última mayor esperanza de la tierra [...] El camino es claro, pacífico, generoso, justo, un camino que de ser seguido el mundo aplaudirá por siempre y Dios bendecirá eternamente”, LINCOLN, Abraham, segundo discurso inaugural del 1 de diciembre de 1862, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29503&st=universal&st1=#axzz1PtuQIgDr](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29503&st=universal&st1=#axzz1PtuQIgDr)

<sup>592</sup> LINCOLN, Abraham, discurso al 164 Regimiento de Ohio del 18 de agosto de 1864, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=88873&st=universal&st1=#axzz1PtuQIgDr](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=88873&st=universal&st1=#axzz1PtuQIgDr)



exterior”<sup>593</sup>, con la derrota Confederada, Lincoln era consciente de que no había necesidad de que toda expansión de libertad en Estados Unidos tuviese que implicar la expansión de las fronteras nacionales, menos aun defendiendo el dominio esclavista, bajo el cual, Estados Unidos “hubiese sido una entidad de gobierno muy distinta a la concebida en la pureza prístina del ideal republicano de los Padres Fundadores”<sup>594</sup>.

No es de extrañar que las implicaciones de tal discurso afectaran a las relaciones bilaterales de Estados Unidos con otros países, máxime teniendo en cuenta la convicción lincolniana de la necesidad de una *religión política* para la perpetuación del experimento democrático estadounidense, transformando “la historia americana en los elementos morales de la historia bíblica”<sup>595</sup>, de hecho, para Lincoln, según Jaffa, la proposición *todos los hombres han sido creados iguales* tenía un significado trascendental que preparaba el camino para *el nuevo nacimiento de la libertad* anunciado por él tras la Guerra Civil, y que implicaba una tarea continua para alcanzarla, como requerimiento constante de la condición tanto humana como política, es decir, para Lincoln aceptar que *todos los hombres han sido creados iguales* no prescribía lo que la sociedad no debía ser, sino que entrañaba “una afirmación trascendental de lo que debía ser”<sup>596</sup>. De modo que, tras 1860, con Rusia las relaciones se vieron perturbadas con las críticas estadounidenses al trato zarista brindado a los judíos rusos y por su sistema represivo; misma suerte que correría la monarquía francesa, vista desde Washington como retrógrada frente a una Alemania que bajo las reformas liberales de Bismarck aparecía a sus ojos como la mayor aliada estadounidense en la Europa continental, más o menos como sucedía en Asia, donde Washington admiraba el progreso japonés frente al inmovilismo chino, convirtiendo al grado de desarrollo interno en medida de sus relaciones internacionales. Por tanto, no es aventurado señalar las raíces ideológicas del futuro primer internacionalismo conservador de T. Roosevelt en estos años posteriores a la guerra civil, donde Estados Unidos sería visto por su propia clase política como una agente civilizador de primer orden, en una misión que afectaba a su misma seguridad interna, visión que como se tendrá ocasión de contemplar, mezclaba moralismo y racismo a partes iguales<sup>597</sup>.

Además la Guerra Civil y el posterior desarrollo nacional bajo la batuta Republicana afincada en el noreste cambiarían por completo la fisonomía del país y con ello el devenir político en Estados Unidos. Tras 618.000 muertos, 360.000 del bando de la Unión y 258.000 confederados (en la II Guerra Mundial Estados Unidos perdería 405.000 soldados, lo que da una idea del desastre del conflicto civil), surgiría un nuevo equilibrio de poder a favor del nivel federal y en contra del estatal. Como en toda guerra, el ejecutivo federal vio aumentado su poder, no solo por las medidas tomadas en la misma, sino a partir de ella, controlando desde entonces la moneda y tratando de organizar el nuevo comercio continental con el aumento constante de las tarifas protectoras, pasando de un 19 por ciento en 1861 a un 47,6 por ciento en

---

<sup>593</sup> JAFFA, Harry V. *Crisis of the House Divided: An Interpretation of the Issues in the Lincoln-Douglas Debates*, Doubleday & Company, New York, 1959, p. 405.

<sup>594</sup> *Ibíd.*, p. 408.

<sup>595</sup> *Ibíd.*, p. 316.

<sup>596</sup> *Ibíd.*, p. 320-322.

<sup>597</sup> KAGAN, *op.cit.*, p. 284 y 299, no en vano el Partido Republicano se ganó su identidad política tras la victoria del Norte “con su rol en la gran cruzada moral de la guerra civil”, *Ibíd.*, p. 282.



1865<sup>598</sup>. Pese a que tras la Guerra Civil el monto total de los beneficios estatales procedentes de la recaudación de impuestos solo ascendía al cinco por ciento del producto interior bruto estadounidense, el Gobierno central supo comandar ese naciente mercado continental a través de un *unilateralismo aislacionista económico* basado en un proteccionismo tarifario frente al exterior, con el objetivo declarado de defender el desarrollo industrial nacional, y un *laissez-faire* económico interno, que primaba el capital sobre el trabajo, y que, como veremos, a finales de siglo serían los responsables tanto de los grandes conglomerados industriales como de una creciente conflictividad social.

De 1865 y hasta mediados de la década de 1890 se dio una edad dorada con un rápido crecimiento industrial, sobre todo en el Norte, con un Sur debilitado pero que consumaba su reconstrucción hacia 1877, cuando se alcanzó el Compromiso de 1877 por el que se retiraron las tropas acantonadas en el Sur, eso sí, manteniendo políticas segregacionistas hacia la población negra y arrastrando un persistente retraso económico respecto al norte,; a lo que habría que sumar la carrera por conquistar el oeste que convertiría a Estados Unidos en el mayor mercado del mundo occidental para finales del siglo XIX, con una riqueza 1,5 veces la británica para 1880, el doble en 1900 y el triple en 1920<sup>599</sup>. Desde la década de 1860 se asiste a una mecanización constante de la agricultura estadounidense, permitiéndole incrementar su productividad un 400 por ciento para 1930, lo que sin duda ayudó al surgimiento de los denigrados “barones ladrones”, los grandes magnates que, como veremos, surgirían a finales del siglo XIX para dominar la economía nacional. Conviene no olvidar que tras la Guerra Civil, Estados Unidos se convertiría en una nación industrial autosuficiente, así, de 1859 a 1914 su producción manufacturera aumentó 18 veces, 33 para 1919, y si en 1860 era la cuarta productora mundial de bienes manufacturados, en 1894 era ya la primera, produciendo el doble que Gran Bretaña y la mitad que toda Europa junta, todo ello se produjo gracias a un ambiente empresarial caracterizado por un gran número de patentes, unos altos costes laborales, fuerte inversión, estandarización de la maquinaria, éxito en la industrialización agraria, variedad de fuentes de energía y unas altas tarifas aduaneras<sup>600</sup>. En efecto, durante las décadas de 1850 y 1860 Estados Unidos consolidó su mercado interno, y hasta finales de siglo su población, que casi se doblaría de 1870 a 1900, absorbería nueve décimas partes de su producción manufacturera, en todo caso, las exportaciones no hicieron más que crecer en todo el siglo, si de 1838 a 1849 éstas fueron de unos 116 millones de dólares anuales de media, de 1850 a 1873 subirían a 274 millones, para a partir de esa década pasar a superar las importaciones, sobrepasando en 1897 el umbral de los mil millones de dólares<sup>601</sup>.

Un claro ejemplo de la industrialización de Estados Unidos se puede observar en la finalización del ferrocarril continental, producto de la fusión de un mundo agrario industrializado y un sector minero, carbón y acero sobre todo, en plena expansión. En ello el Gobierno central incluso olvidó las leyes básicas del *laissez faire* económico no dudando en auxiliar con ayudas directas y con donación de tierras

---

<sup>598</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 229-232.

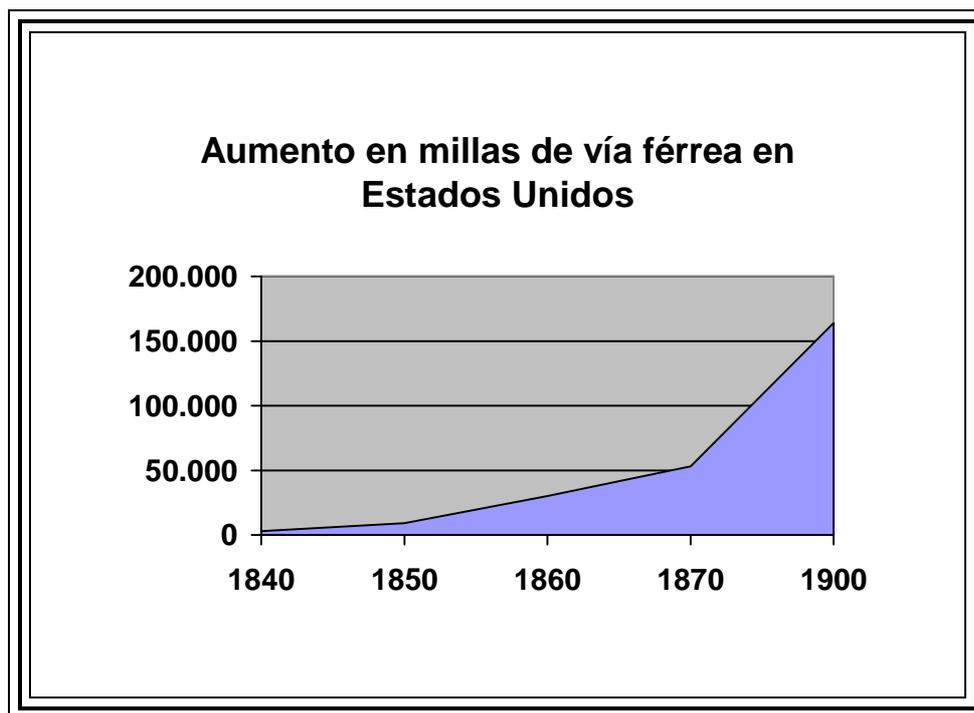
<sup>599</sup> BOSCH, ob.cit., p 215.

<sup>600</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 532.

<sup>601</sup> LAFEVER, ob.cit., p. 11 y 18.



a lo que en ese momento constituía el motor de su industrialización, así, si en 1840 el país contaba con 3.000 millas de vía férrea, por 1.800 de toda Europa, en 1850 serían 9.000, 30.000 en 1860, 53.000 en 1870, 164.000 en 1900, y para 1914 contaba con un tercio de las vías mundiales, 254.000 millas<sup>602</sup>. Estados Unidos también se colocaría durante esa época a la cabeza del desarrollo técnico mundial, sólo Thomas Edison registraría de 1869 a 1910 1.328 patentes, entre ellas el gramófono, la lámpara incandescente, un sistema de teléfono viable, etc.<sup>603</sup>



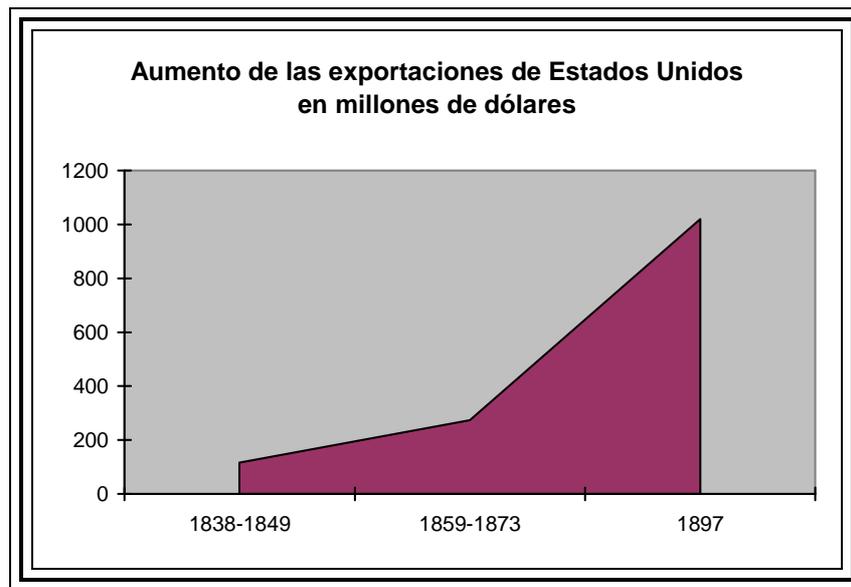
Fuente: elaboración propia.

Todo ello fue posible gracias a que Estados Unidos emprendió un proceso de maduración industrial tras la guerra civil, favoreciendo el cambio de paradigma agrario a otro de tipo industrial y financiero basado en un sistema de bancos centrales más fuertes, en altas tarifas para proteger las industrias nacionales, en la ley Homestead para el fomento de mercados locales y del capital especulativo, en la concesión de tierras para la construcción de vías férreas que uniesen los mercados y los centros de producción y un mayor control laboral, incentivando la mano de obra barata procedente de la inmigración, ya que los salarios se habían doblado de 1860 a 1890<sup>604</sup>.

<sup>602</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 535.

<sup>603</sup> *Ibíd.*, p. 580.

<sup>604</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 6.



Fuente: elaboración propia.

También a nivel demográfico Estados Unidos experimentaría un gran aumento, pasando a tener 23 millones de habitantes en 1850 a 76 en 1900, recibiendo de 1880 a 1921 23 millones y medio de emigrantes, en pleno proceso de creciente urbanización, con la aparición de los primeros rascacielos y los ascensores eléctricos en ciudades como Chicago y Nueva York<sup>605</sup>. Un hecho fundamental derivado del anterior sería “la conquista del Oeste”, de 1870 a 1900 se poblaron y asentaron más tierras que en los 300 años anteriores en todo el país, lo que llevó consigo una fuerte inversión económica, sirva como dato que la mitad de la producción de hierro iba dirigida a la construcción de vía férrea nacional<sup>606</sup>, en su gran parte en los nuevos territorios de la costa oeste.

En el plano internacional, más allá de la construcción de un canal transoceánico en Nicaragua o Panamá, donde ya en la década de 1840 se hablaba de su necesidad, no hubo grandes cuestiones que preocupasen a la clase política americana, tanto es así que incluso se habló de cerrar el Departamento de Estado<sup>607</sup>, estancándose por el momento la expansión territorial pese al incremento en la fe en el sistema y valores estadounidenses que trajo consigo la victoria de la Unión. Aunque, si por un lado la expansión territorial se vio frenada lo que se amplió fueron los límites del interés nacional, también en parte debido al desarrollo económico previamente descrito, así, desde Washington se contemplaba a Estados Unidos como el líder hemisférico hacia la libertad, y con ello un nuevo impulso al sistema americano tan denostado por el Sur esclavista, y cuyo testigo recogió el Partido Demócrata, que hasta finales de siglo XIX fue defensor del gobierno local frente al federal, de los derechos de los estados y reacio al expansionismo Republicano<sup>608</sup>.

<sup>605</sup> JOHNSON, ob.cit., p.569.

<sup>606</sup> LAFEBER, ob.cit., p 12.

<sup>607</sup> STEPHANSON, ob.cit., p. 71.

<sup>608</sup> KAGAN, op.cit., p. 304 y 361.



Durante dichas décadas de punto muerto estratégico, la política exterior de Estados Unidos seguiría los pasos del secretario de Estado de Abrahán Lincoln (1861-1865) y de Andrew Johnson (1865-1869), W. H. Seward, para quien el crecimiento económico estadounidense era lo esencial y para asegurarlo abogaba por el dominio del Caribe y el Pacífico, para garantizar de ese modo el control del comercio asiático<sup>609</sup>. Como hemos visto, si durante la guerra con México se había opuesto al expansionismo territorial del Presidente Polk, durante la década de 1850 maduraría su propia política de expansión insertada en un contexto de industrialización que pondría en práctica en la década siguiente<sup>610</sup>.

Así, en 1867 Estados Unidos no dudó en amenazar el incipiente Imperio Mexicano, que bajo la ocupación francesa había instalado en el trono tres años antes al archiduque Maximiliano, lo que representaba la mayor amenaza a la Doctrina Monroe hasta el presente. Los 50.000 soldados norteamericanos apostados en la frontera con México fueron suficientes para amedrentar al emperador y obligarle a abdicar y hacer renunciar así a Francia a sus esperanzas de influencia en Centroamérica. Ese mismo año se produjo la compra de Alaska a Rusia por 7,2 millones de dólares, adquisición que no quedó exenta de controversia al estar importantes sectores de la sociedad estadounidense en contra de la extensión territorial (se llegó a calificar la nueva compra como “la nevera de Seward”), y que en parte fue adquirida con vistas a forzar la anexión canadiense. Aun con todo, ese mismo año, 1867, también se produjo la anexión de las islas Midway, que se convertirían de este modo en el primer territorio fuera del continente americano en considerarse parte de Estados Unidos. Seward era partidario de lograr puestos de avanzada en el Pacífico y el Caribe, como dos décadas más tarde el almirante Mahan, pero no a través de la conquista sino de un proceso natural de expansión estadounidense, viendo así a Alaska como un modo de presionar a Canadá para que se incorporase a Estados Unidos<sup>611</sup>.

Para Seward, quien había mantenido alejadas a las potencias europeas de la Guerra Civil, Estados Unidos debía crear su propio imperio pacífico e integrado hacia el oeste, es decir, hacia Asia, con el centro en América (con Canadá y América Latina como partes de la base continental sin necesidad de anexionarlas), y con diversas estaciones de camino hacia Asia cada una con su función, pero lo esencial era crear una base firme desde la que poder competir con éxito, de ahí que abogara por el establecimiento de altas tarifas aduaneras, tierra públicas y mano de obra baratas, una unión continental gracias a los canales y ferrocarriles y el refuerzo de la política de puertas abiertas en Asia, vigente desde que en el acuerdo de 1844 con China se incluyese la cláusula de nación más favorecida<sup>612</sup>.

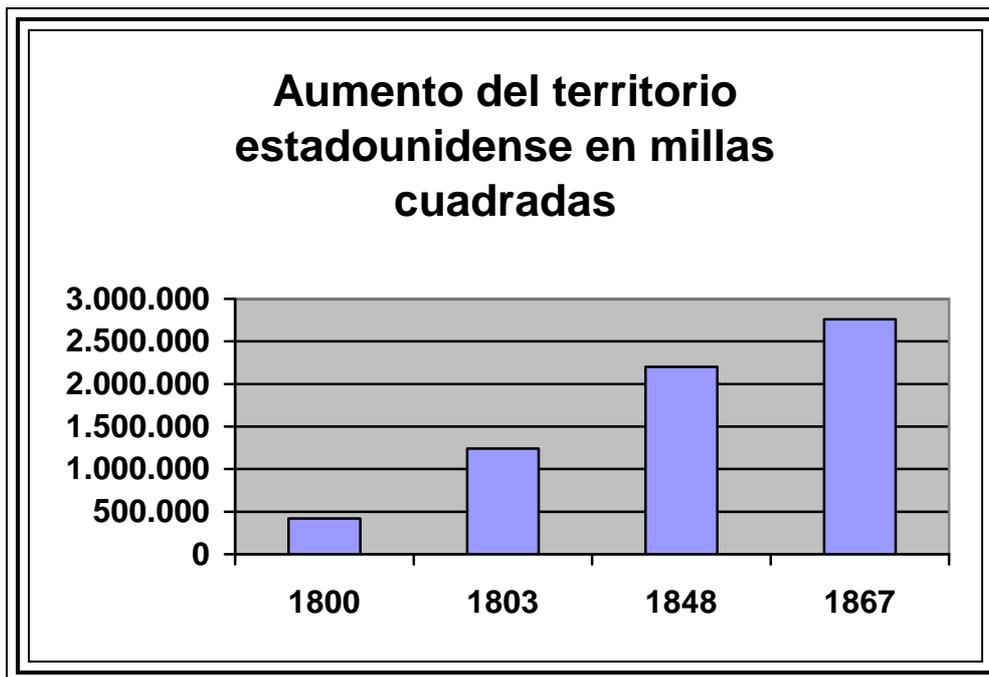
---

<sup>609</sup> BOSCH, ob.cit., p. 283.

<sup>610</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 7.

<sup>611</sup> HERRING, ob.cit., p. 236.

<sup>612</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 25-30.



Fuente: elaboración propia.

Según Seward “en 1820 la nación hubo alcanzado y entrado inconscientemente en una nueva etapa en su exitosa carrera, llamada de expansión”<sup>613</sup>, pero si bien ésta puede ser beneficiosa, también podía entrañar peligros de la mano de un incremento de la presión sobre los vínculos de la Unión. Tomando por testigo a la Historia, para Seward “es una ley política [...] que el imperio [...] se ha dirigido hacia el oeste y que continuara moviéndose al oeste hasta que los lazos de la renovadas y decadentes civilizaciones se encuentren en las orillas del océano Pacífico”<sup>614</sup>, eso ha sucedido en Estados Unidos, donde las trece colonias iniciales del este han dado paso a una nación que engloba ahora ambas costas, y que manteniendo su sistema democrático de gobierno han demostrado, y deben seguir haciéndolo, que “no hay otro nombre dado bajo el cielo por el que, en esta generación, las naciones puedan ser salvadas de la desolación y la ruina, que el de la democracia”<sup>615</sup>.

Por tanto, los acontecimientos de 1867, el caso de México, la compra de Alaska y la anexión de las islas Midway, sirvieron a la nación para estrechar más los lazos internos rotos con la guerra civil y para aumentar su poder e influencia a escala internacional, pero la expansión territorial se vio frenada, con el recuerdo del ejemplo de las consecuencias de la guerra con México, sobre todo en el campo Republicano, tanto en Canadá como en Cuba y Santo Domingo, así, en 1869 fracasaría el intento de incorporar a la República Dominicana impulsado por el Presidente Grant ante la negativa del Senado. Ni siquiera la crisis económica de 1873 puso en peligro este modelo de crecimiento, mientras en Europa las potencias se

<sup>613</sup> SEWARD, William H. *The Works of William H. Seward*, vol. III y IV, textos consultados en [www.archive.org](http://www.archive.org).

<sup>614</sup> *Ibíd.*

<sup>615</sup> *Ibíd.*



repartían el mundo entre sus imperios, Estados Unidos se dedicaba a consolidar su expansión continental, con la creación a finales de siglo de partidos de masas menos localistas y más centrados en consolidar al Estado central federal frente a la autonomía estatal, y una presidencia cada vez más fortalecida respecto al Legislativo, evolución lógica en un país en plena expansión, tanto económica, como territorial y demográfica, como atestiguan la finalización de la vía férrea transcontinental en 1869 y los tratados con Hawaii y Samoa de 1873 y 1878<sup>616</sup>, con Ulysses S. Grant (1869-1877) en la presidencia, quien no dudaría en reivindicar de nuevo explícitamente el principio de no transferencia de territorios americanos a potencias europeas, implícito en la Doctrina Monroe, ante la perspectiva de intervenciones por deudas económicas<sup>617</sup>.

A partir de 1877 comenzó la Edad Dorada para Estados Unidos, con su ascenso a potencia mundial bajo el paraguas de una doctrina unilateral de aversión a las alianzas, así, hasta 1893 seis nuevos estados alzaron el total a 44, y hasta 1899 se puede considerar un periodo de transición de potencia continental a imperio insular, donde ninguna amenaza externa interrumpiría su desarrollo, de hecho, los mayores desacuerdos diplomáticos vendrían a causa de la inmigración con países como Irlanda o China. Como consecuencia, los asuntos internacionales dejaron de importar a los estadounidenses, si bien aumentó el número de misioneros y hombres de negocios en el exterior<sup>618</sup>, así como el de diarios publicados en Estados Unidos, los 260 existentes en 1859 se convertirían en más de 1.000 en 1880, en 2.200 en 1900, alcanzando su cénit en 1910 con 2.600<sup>619</sup>. Durante esa época los Demócratas fueron partidarios de aumentar el comercio exterior acompañado de un gobierno central débil, mientras que los Republicanos defendían una mayor implicación del gobierno junto a la implementación de un proteccionismo tarifario que favoreciese los intereses nacionales frente al comercio exterior. No es de extrañar, por tanto, que las cuestiones económicas fuesen las más importantes en el último cuarto de siglo en Estados Unidos, cuyo producto interior bruto se cuadruplicaría de 1869 a 1901, pasando de 9 billones de dólares a 37<sup>620</sup>, como muestra del creciente dominio económico estadounidense baste decir que si bien las exportaciones a América Latina representaban sólo el 3,74 por ciento de sus exportaciones totales, por el cinco por ciento a Asia, Estados Unidos dominaba en 1885 el 64,5 por ciento del comercio en Guatemala, el 41,6 por ciento en Venezuela, el 39,4 por ciento en México, el 36,6 por ciento en Colombia o el 26,8 por ciento en Brasil<sup>621</sup>, o que a partir de 1880, año en que las exportaciones agrícolas tuvieron su techo en el 84,3 por ciento del total exportado, Estados Unidos comenzó su carrera por convertirse también en una potencia manufacturera e industrial de primer orden (de 1882 a 1891 la Standard Oil Company de W. Rockefeller dominaría el 70 por ciento del mercado mundial de queroseno, representando el 90 por ciento de las exportaciones estadounidenses de dicho producto)<sup>622</sup>.

---

<sup>616</sup> HERRING, ob.cit., p. 263 y HENDRICKSON, op.cit., p. 244.

<sup>617</sup> LAFEBER, ob.cit., 35.

<sup>618</sup> HERRING, ob.cit., p. 265-276.

<sup>619</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 601.

<sup>620</sup> HERRING, ob.cit., p. 285.

<sup>621</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 42.

<sup>622</sup> *Ibid.*, p. 21.



El reverso de dicho crecimiento fue el aumento de la corrupción, tanto política como económica, y que para finales de siglo haría surgir el movimiento político progresivista con el fin de domar los efectos perversos del capitalismo estadounidense. Quizás el fenómeno más llamativo de su crecimiento económico fuese la aparición de los llamados “barones ladrones”, los grandes magnates que como Jim Fisk, Jay Gould o Cornelius Vanderbilt disputaron a las clásicas fortunas como J. P. Morgan o E. H. Harriman el dominio de la industrialización norteamericana, así la Standard Oil Company de John D. Rockefeller controlaba más del 90 por ciento del refinado de petróleo nacional en 1879, y Andrew Carnegie pudo vender su compañía de acero a J. P. Morgan en 1901 por 447 millones de dólares, tras haber aumentado su productividad y rebajado los costes con un beneficio anual de unos 40 millones de dólares. Pero con el éxito industrial vino aparejada también la expansión de la corrupción, dañando incluso a la figura presidencial que si con Lincoln había logrado un respeto inaudito, al llegar la década de 1890 sufriría un descrédito generalizado, sobre todo en las presidencias de Grant y Hayes, a lo que sin duda contribuiría un sistema financiero escasamente democrático<sup>623</sup>. Las consecuencias de todos estos cambios se vieron agravadas por la crisis económica de 1893, exacerbando los enfrentamientos de clase entre una fuerza laboral cada vez más movilizadora y un excesivo poder de las grandes corporaciones, lo que a su vez repercutiría en el rechazo a la inmigración y un aumento del racismo y de posturas jingoístas<sup>624</sup>.

El que las consideraciones económicas, en especial las relativas a la apertura de mercados exteriores a los productos estadounidenses, fueran protagonistas del último cuarto de siglo no supuso un abandono de la política exterior, es más, como W. LaFeber recalca en su trabajo *The New Empire*, el expansionismo político siguió los pasos del expansionismo económico como válvula de escape a los problemas que la industrialización imponía a Estados Unidos<sup>625</sup>, representando la guerra con España de 1898 la culminación de un proceso que se venía fraguando desde la década de 1860.

A las ideas de Josiah Strong sobre el nuevo papel de Estados Unidos como moderno centro responsable del progreso del mundo cristiano, tanto por sus valores como por su inigualable desarrollo económico, se unirían las teorías del cierre de la frontera interior lanzada por Frederick Jackson Turner en 1893<sup>626</sup>. Para Strong “la (raza) anglosajona es la representativa de dos grandes ideas, que están íntimamente relacionadas (...) la libertad civil (...y) que los anglosajones son los exponentes de la pura espiritualidad cristiana”<sup>627</sup>, por ello “los anglosajones, como los grandes representantes de estas dos ideas (...) están divinamente comisionados a ser, en un sentido peculiar, sus hermanos mantenedores”<sup>628</sup>, en todo caso “no puede haber ninguna duda razonable de que Norte América será el gran hogar de los

---

<sup>623</sup> JOHNSON, ob.cit., p. 537-554.

<sup>624</sup> HERRING, ob.cit., p. 300.

<sup>625</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 16.

<sup>626</sup> *Ibíd.*, p. 72.

<sup>627</sup> STRONG, Josiah *Our Country: Its Possible Future and Its Present Crisis*, 1885, texto consultado en [www.archive.org](http://www.archive.org).

<sup>628</sup> *Ibíd.*



anglosajones”<sup>629</sup>, quienes estaban destinados a “anglosajonizar a la humanidad”<sup>630</sup> ya sea “despojando a muchas razas más débiles, asimilando otras y moldeando al resto”<sup>631</sup>, con los Estados Unidos “como el principal asiento de su poder, el gran centro de su influencia”<sup>632</sup>.

Por su parte, Turner afirmaba que hasta el momento la expansión continental había sido la responsable en gran medida del desarrollo estadounidense, y que una vez finalizada, obligaba a Estados Unidos a buscar en la expansión exterior económica, no territorial, las nuevas fronteras que asegurasen su crecimiento, eso si, asumiendo con ello las responsabilidades políticas que inevitablemente vendrían de la mano de una mayor participación en la escena internacional<sup>633</sup>, así “el crecimiento del nacionalismo y la evolución de las instituciones políticas americanas fueron dependientes del avance de la frontera”<sup>634</sup>, con su continuo movimiento hacia el oeste Estados Unidos pudo desembarazarse del dominio europeo, y británico en especial, por ello “el efecto más importante de la frontera ha sido en la Promoción de la Democracia aquí y en Europa”<sup>635</sup>, pero “al final de cien años de vida bajo la Constitución, la frontera se ha ido, y con su marcha se ha cerrado el primer periodo de la historia americana”<sup>636</sup>.

A Strong y Turner, habría que sumar las teorías del nieto de J. Q. Adams, Brooks Adams, quien tras estudiar las distintas fases por las que pasan las sociedades del barbarismo a la civilización, pronosticaba el final de un ciclo en 1900 para Estados Unidos, por ello, acusando a los bancos y al patrón oro de la rigidez que impedía a la nación adaptarse al nuevo entorno, preconizaba la expansión al lejano oeste, es decir, Asia, como remedio al posible estancamiento y recesión económica<sup>637</sup>. Pero quizá quien mayor influjo ejerció sobre la clase política estadounidense fuese el militar e historiador Alfred Thayer Mahan, como veremos al analizar la Administración de Theodore Roosevelt, sus ideas sobre el ineludible refuerzo de la Marina estadounidense ante la necesidad de defender las nuevas bases estratégicas que Estados Unidos debía controlar con el fin de hacerse con nuevos mercados exteriores, jugarían una influencia capital en la modernización de la *Navy* emprendida desde la década de 1880 por los Secretarios de Marina H. Herbert y B. Tracy<sup>638</sup>.

Tanto Strong, como Turner, Adams o Mahan coincidían a la hora de señalar la década de 1890 como el final del primer periodo de la historia de Estados Unidos, y encontraron en la expansión la respuesta a los problemas y dinámicas internas de una industrialización que amenazaba con devorar decenios de desarrollo bajo una gran crisis económica, para ello incluso eran partidarios en distinta medida del recurso a la

---

<sup>629</sup> *Ibíd.*

<sup>630</sup> *Ibíd.*

<sup>631</sup> *Ibíd.*

<sup>632</sup> *Ibíd.*

<sup>633</sup> LAFEBER, *ob.cit.*, p. 63-72.

<sup>634</sup> TURNER, Frederick Jackson *The Frontier in American History*, H. Holt and Company, New York, 1920, p. 24.

<sup>635</sup> *Ibíd.*, p. 30.

<sup>636</sup> *Ibíd.*, p. 38.

<sup>637</sup> LAFEBER, *ob.cit.*, p. 80-84.

<sup>638</sup> *Ibíd.*, p. 85-94.



guerra, lo que les separaba de la tradición estadounidense<sup>639</sup>. De todos modos, ni el desarrollo económico propiciado por la industrialización ni las ideas de un grupo de influyentes pensadores podrían ser suficientes para explicar el expansionismo del último cuarto del siglo XIX en Estados Unidos, pues sin la voluntad de la clase política, en especial del Ejecutivo, de implementar una estrategia encaminada a la consecución de dicha expansión no hubiese sido posible el ascenso estadounidense a potencia mundial.

Así, si en 1885 Estados Unidos envió 750 marines a Panamá para sofocar unas revueltas internas, bajo el trasfondo de la posible construcción del canal interoceánico, en la Conferencia de Berlín del mismo año los representantes estadounidenses optaron por un perfil bajo ante el temor de debilitar la Doctrina Monroe si subían el tono de sus críticas al imperialismo europeo, y no estimular de este modo un mayor intervencionismo europeo en Latinoamérica<sup>640</sup>, región, que junto a Asia, se convertirían en los centros de atención de las sucesivas administraciones hasta el comienzo de la I Guerra Mundial.

Con la llegada a la Casa Blanca de la Administración del Republicano Benjamin Harrison (1889-1893), nieto del noveno Presidente W. H. Harrison, con James G. Blaine como Secretario de Estado y Benjamin F. Tracy como Secretario de Marina, se construyó la base estratégica del expansionismo de la década de 1890<sup>641</sup>, con la búsqueda de mercados exteriores, no de extensión territorial salvo las excepciones de Canadá y de ciertos puntos estratégicos, como *leit motiv* de sus políticas basadas en tarifas altas para proteger la industria nacional en el ámbito interno, y en una modernización de la Marina y unas relaciones pacíficas con Latinoamérica en el campo exterior. En palabras del propio Presidente en su discurso inaugural de marzo de 1889:

miro con esperanza la continuación de nuestro sistema protector y al consecuente desarrollo de las empresas manufactureras y mineras en los estados dado hasta el momento a la agricultura como una influencia potente en la perfecta unificación de nuestro pueblo [...] no hemos buscado dominar ni absorber a ninguno de nuestros vecinos más débiles, sino más bien ayudarles y animarles a establecer gobiernos libres y estables que descansen en el consentimiento de sus pueblos. Tenemos un claro derecho a esperar, entonces, que ningún gobierno europeo buscará establecer dependencias coloniales en los territorios de estos estados americanos independientes [...] las necesidades de nuestra Armada requieren convenientes estaciones de aprovisionamiento y amarre y privilegios de puerto. Nos sentiremos libres de obtener estos y otros privilegios comerciales sólo a través de medios que en ningún caso se caractericen por la coerción, no importa lo débil que sea el gobierno al que pidamos tales concesiones<sup>642</sup>.

---

<sup>639</sup> *Ibíd.*, p. 95 y 101.

<sup>640</sup> *Ibíd.*, p. 51.

<sup>641</sup> *Ibíd.*, p. 102.

<sup>642</sup> HARRISON, Benjamin, Discurso Inaugural del 4 de marzo de 1889, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25825&st=coercion&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25825&st=coercion&st1=).



Es decir, además de reivindicar el proteccionismo de la industria y minería nacionales mediante un sistema de tarifas, así como puntos clave para la Marina estadounidense allá donde sus intereses lo demandasen, Harrison también reivindicaba la vigencia de la Doctrina Monroe basándose en la Promoción de la Democracia llevada a cabo en Latinoamérica, estrategia que una vez más se caracterizaba, a diferencia de la europea, no en adquirir territorios, sino en influir y asistir a sus respectivos gobiernos por la senda de la libertad política.

De hecho, para el Secretario de Estado Blaine, respecto a Latinoamérica no sólo se trataba de lograr mercados para los productos estadounidenses, sino de crear un sistema de relaciones pacífico, cuyas bases serían la figura del arbitrio para resolver las disputas y las conferencias internacionales, pues Estados Unidos debía asumir un nuevo rol en el continente, no sólo se trataba de expulsar a Europa del mismo, sino que a partir de entonces Estados Unidos tendría que participar para ocupar su lugar en él, como bien atestiguan la creación en 1887 de la Compañía del Canal Marítimo o la celebración de la Conferencia Internacional Panamericana de 1889 patrocinada por la anterior Administración de G. Cleveland, y en la que a pesar de no llegarse a acordar la unión aduanera, sí que se instauraron un banco interamericano y una comisión intercontinental del ferrocarril, amén de tratados de reciprocidad comerciales con todos los países asistentes salvo Haití, Venezuela y Colombia (y para cuya aprobación por el Congreso estadounidense contaría con la inestimable ayuda del Representante McKinley)<sup>643</sup>, para el Presidente Harrison “no puede haber ninguna duda, pienso, que con estas facilidades bien establecidas [...] nuestros comerciantes podrán competir en los puertos de las naciones latinoamericanas con los de cualquier otra nación”<sup>644</sup>, el que en dicha conferencia Estados Unidos no alcanzase todos sus objetivos políticos cabe achacarlo al rechazo de Argentina, Brasil y Chile a sus proyectos de una mayor unión económica y a la creación de un corte de justicia que dirimiese los conflictos regionales y así evitar el recurso a la guerra, sin duda que en su negativa pesaban ya las sospechas de dominación continental hacia Washington<sup>645</sup>.

El que la Administración Harrison preconizase un orden pacífico en el hemisferio occidental no fue obstáculo para que se inmiscuyera en la Revolución Haitiana de 1889, donde apoyando a la facción pro estadounidense frente a la favorecida por Francia, intentó sin éxito lograr la concesión de una base permanente en la isla. Situación parecida se viviría en Chile en 1891, donde murieron dos marines estadounidenses en octubre de ese año, con el trasfondo del apoyo de Estados Unidos al Gobierno de Balmaceda opuesto a una corriente antiestadounidense, ésta le depondría tras un sangriento y prolongado enfrentamiento, y la crisis llegó a tal extremo que incluso el Presidente Harrison estimó “no retrasar por más tiempo estas materias para la atención del Congreso para tomar la acción que estime apropiada”<sup>646</sup>,

<sup>643</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 112.

<sup>644</sup> HARRISON, Benjamin, Mensaje al Congreso recomendando Tratados de Reciprocidad Comercial con otras Repúblicas del hemisferio occidental del 19 de junio de 1890, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=71216&st=conference&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=71216&st=conference&st1=).

<sup>645</sup> KAGAN, op.cit., p. 322.

<sup>646</sup> HARRISON, Benjamin, Mensaje al Congreso Informando de la correspondencia entre Estados Unidos y Chile sobre la violencia contra los marineros americanos en Valparaíso del 25 de enero de 1892, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=71054&st=chile&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=71054&st=chile&st1=).



lo que incluía una velada petición de declaración de guerra, ante las negativas chilenas a aceptar su culpabilidad, finalmente la aceptación al pago de 75.000 dólares en concepto de indemnización por parte chilena salvaron a ambos países de entrar en guerra<sup>647</sup>.

Asia, donde Estados Unidos pretendía jugar el papel de árbitro honesto como mediador entre los países asiáticos a la vez que trataba de evitar nuevas agresiones europeas<sup>648</sup>, tampoco permaneció inmune al intervencionismo estadounidense durante el mandato de Harrison, así, en 1889 en Samoa, aun a costa de provocar casi una guerra con Alemania, se lograron los objetivos de asentar una base en Pago Pago, vista como la puerta de entrada al mercado asiático, y evitar de ese modo su dominio por Alemania o Gran Bretaña, y en Hawaii, tras la negativa de la Corona a aceptar el protectorado estadounidense y la concesión del puerto de Pearl Harbor, desde Washington se apoyó la revuelta que destronaría a la reina Liliuokalani, para a continuación presentar en enero de 1893 el tratado de su anexión a un Congreso aun estupefacto por los métodos utilizados para lograr tan señalada plaza geoestratégica<sup>649</sup>. Para el Presidente Harrison la Corona hawaiana había perdido la capacidad de gobernar las islas, lo que perjudicaba seriamente los intereses económicos estadounidenses en ellas, por eso apoyaba la revuelta contra ella, si bien aseguraba no haberla promocionado, a partir de entonces

sólo dos caminos están ahora abiertos—uno el establecimiento de un protectorado de los Estados Unidos, y el otro de la anexión plena y completa. Pienso que el último camino, que ha sido el adoptado en el tratado (de anexión presentado al Congreso) será el que mejor promueva los intereses del pueblo hawaiano, y es el único que asegurara adecuadamente los intereses de Estados Unidos<sup>650</sup>

además, “es esencial que ninguna de las otras grandes potencias se aseguren estas islas. Tal posesión no sería consistente con nuestra seguridad ni con la paz del mundo”<sup>651</sup>.

En todo caso, nada de lo anterior hubiese sido posible si antes no se hubiese acometido una tarea esencial para el expansionismo estadounidense de finales de siglo XIX, a saber, la modernización de su Armada. En efecto, en 1880 de los 1.942 navíos con los que contaba Estados Unidos tan sólo 48 podían disparar, de modo que se hacía imprescindible su reorganización que llegó en primer lugar con la Ley de Apropiación de 1883 bajo la Administración de Chester A. Arthur, por la que se aprobaba la construcción de una pequeña Armada formada por cruceros no blindados de 7.000 a 7.500 toneladas diseñados para proteger el comercio marítimo nacional,

---

<sup>647</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 129 y 134.

<sup>648</sup> KAGAN, op.cit., p. 330, no en vano en Asia Estados Unidos era militarmente más débil que sus rivales europeos, y el comercio exterior con la región tan sólo representaba para Washington el 5 por ciento del total.

<sup>649</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 139 y 146.

<sup>650</sup> HARRISON, Benjamin, Mensaje al Senado transmitiendo el Tratado de Anexión de las Islas Hawaii del 15 de febrero de 1893, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=71150&st=hawaii&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=71150&st=hawaii&st1=).

<sup>651</sup> *Ibíd.*



además en 1884 se crea el *Naval War College* y en 1886 se aprobaba que la construcción de los navíos se realizase en Estados Unidos, y que los materiales utilizados en ella también fueran estadounidenses<sup>652</sup>. La llegada de Harrison a la Casa Blanca dio un nuevo impulso a la expansión de la Armada, con Benjamin Tracy como Secretario de Marina, se crearon la Oficina de Construcción y Reparación y la Reserva Naval, teniendo como objetivo el desarrollo de una Armada de carácter defensivo capaz de realizar sus misiones con eficacia, pensando en el Pacífico y el Golfo de México como principales escenarios de confrontación. Así, si en 1889 Estados Unidos se encontraba entre la decimosegunda y la decimoséptima potencia mundial marítima, en 1893 era ya la séptima gracias al constante impulso recibido desde el Gobierno y el Congreso en Washington<sup>653</sup>. Como dejara bien claro el Presidente Harrison en su tercer discurso anual

no tiene que haber ninguna duda en la pronta finalización de una Armada del mejor tipo moderno suficiente para permitir a este país desplegar su bandera en todos los mares para la protección de sus ciudadanos y de su comercio en extensión. El mundo no necesita garantía alguna de los propósitos pacíficos de Estados Unidos, pero seremos probablemente en el futuro un mayor competidor en el comercio mundial, y es esencial para la dignidad de esta nación y para la pacífica influencia que ha de ejercer en este hemisferio que su Armada sea adecuada tanto en las orillas del Atlántico como en las del Pacífico<sup>654</sup>

Así pues, cuando Grover Cleveland (1885-1889 y 1893-1897) accedió a la Casa Blanca por segunda vez, en 1893 heredaba ya una clara política expansionista, que tenía en la búsqueda de mercados exteriores y en el paralelo refuerzo del intervencionismo internacional sus notas definitorias, de todos modos, no podría entenderse la segunda presidencia de Cleveland sin la crisis económica que se desataría en el mismo momento de su toma de posesión, y que marcaría el devenir de su segundo mandato.

No era la primera vez que Estados Unidos sufría una crisis de semejantes proporciones, en los últimos años al menos otras dos habían sacudido el imparable desarrollo económico nacional, de 1873 a 1878 y de 1882 a 1885, pero la de 1893 coincidió con una serie de acontecimientos que la harían única, pues al cierre de la frontera interior (ya hemos visto cómo hasta 1886 la mitad de la producción de hierro se destinaba a la construcción de vía férrea nacional, justo en el momento en que se termina la red nacional la producción se dispara de 45 a cien toneladas hacia final de siglo), se uniría el aumento de la conflictividad tanto interna como internacional. A nivel doméstico ya se ha mencionado el aumento de la violencia laboral y las huelgas que amenazaban la paz social estadounidense, pero a nivel mundial las diferencias entre las distintas potencias se exacerbaban a causa de sus respectivos impulsos

---

<sup>652</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 50.

<sup>653</sup> *Ibid.*, p. 121-125.

<sup>654</sup> HARRISON, Benjamin, Tercer mensaje anual del 9 de diciembre de 1891, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29532&st=navy&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29532&st=navy&st1=). Harrison añadiría el 30 de mayo de 1892 que “estamos entrando ahora en competición con las grandes naciones del mundo en los mercados mundiales” y que “ninguna nación en el mundo es capaz de hacer la guerra en nuestro suelo con los Estados Unidos, y cuando el generoso trabajo con el que hemos construido, equipado y hecho funcionar una armada conveniente sea completado, ninguna nación en el mundo no se apresurara en enfrentarnos en el mar”. Texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=76217&st=navy&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=76217&st=navy&st1=).



coloniales, sobre todo en Asia, lo que sin duda repercutiría en la toma de decisiones en Washington.

No es de extrañar por tanto, que durante la Administración Cleveland se alcanzase un consenso entre la clase política, la élite económica y el propio Gobierno en torno a la idea de que tras la crisis de 1893 se necesitaban más que nunca mercados exteriores, pues al ver en la sobreproducción el origen de la crisis se encontró en ellos el remedio a la misma, lo que sin duda afectaría a su política exterior<sup>655</sup>, pues a pesar de su pretensión de observar fielmente la gran regla washingtoniana<sup>656</sup>, el ambiente interno no podía ser más contrario a sus posturas antiexpansionistas y antianexionistas, que tuvo que dejar de lado como atestiguan el envío de la flota estadounidense a Brasil en 1894 y a Venezuela para obligar a Gran Bretaña a resolver su contencioso con el país sudamericano<sup>657</sup>.

En el plano interno Cleveland seguiría la línea Republicana a favor de la reciprocidad enfrentada al aumento de tarifas preconizado por los Demócratas, para Cleveland las tarifas sólo eran un medio para que los granjeros compitiesen con el exterior y se redujese el desempleo, y en 1894 logró una rebaja de las mismas al 39,9 por ciento, además de dejar libres la lana, el cobre y la madera, con ello pretendía estimular las exportaciones, pero la crisis lo impediría, aumentando con ello la conflictividad interna (el Presidente se vio obligado incluso a parar la huelga Pullman por la fuerza) y frenando la exportación de bienes manufacturados (que en dos años habían aumentado su porcentaje respecto al total de exportaciones en casi un 8 por ciento, para situarse en 1895 en un 23,14 por ciento del total, el resto eran materias primas y agrícolas como algodón o tabaco)<sup>658</sup>. Para el Presidente Cleveland

no debe ser olvidado que el comercio internacional no puede ser unilateral. Sus corrientes se alternan, y sus movimientos deben ser honestamente recíprocos. Sin ello degenera casi necesariamente en un instrumento para ganar ventaja o en una maquinación para asegurar beneficios con la sola apariencia de rentabilidad. En nuestros tratos con otras naciones debemos ser liberales y escrupulosamente justos. Esa debe ser nuestra política como nación productora<sup>659</sup>

Tanto el Presidente Cleveland como su Secretario de Estado, Walter Q. Gresham, veían en la expansión comercial, no territorial, donde como mucho favorecerían la obtención de puntos clave, el remedio a la crisis que amenazaba la cohesión social estadounidense, y ante la recuperación de la producción europea pensaban más en Latinoamérica que en Asia como principal escenario donde enfocar sus esfuerzos, más aun si se tiene en cuenta la presión de los empresarios del sur, muy interesados en exportar sus productos a Sudamérica, como bien defendería la recién creada Asociación Nacional de Manufactureros<sup>660</sup>.

<sup>655</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 150.

<sup>656</sup> KAGAN, op.cit., p. 364.

<sup>657</sup> HERRING, ob.cit., p. 305.

<sup>658</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 159 y 184.

<sup>659</sup> CLEVELAND, Grover, Tercer mensaje anual (segundo mandato) del 2 de diciembre de 1895, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29536&st=expansion&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29536&st=expansion&st1=).

<sup>660</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 190 y 197.



Al mismo tiempo que se buscaban nuevos mercados, la Administración Cleveland continuaba con el proceso de modernización de la Armada iniciado en la década anterior, pues era evidente que el aumento de la implicación estadounidense en los más diversos escenarios mundiales requería de una Marina moderna y eficaz. Así, si en 1890 se había aprobado la construcción de los tres primeros acorazados y dos años más tarde de un cuarto ante los crecientes intereses en Asia y Latinoamérica, en 1894 se acordaba la construcción de tres más ante la influencia de los escritos de Mahan, la necesidad de dar trabajo a los constructores estadounidenses en medio de la crisis, el miedo a un posible enfrentamiento con Londres a causa de Venezuela y el resurgir nipón en el Pacífico. De modo que al primar los acorazados sobre los cruceros, que hasta el momento habían sido la prioridad en los planes de modernización, la Armada que derrotaría a España con facilidad en 1898 ya estaba en marcha mucho antes de iniciarse el conflicto, además de haber dejado atrás una estrategia meramente defensiva a favor de otra mucho más ofensiva, respondiendo la nueva capacidad de proyección militar al aumento de las amenazas y los intereses exteriores de la nación<sup>661</sup>.

Por tanto, como veremos a continuación, fue en el continente americano donde la Administración Cleveland desplegaría la mayoría de los esfuerzos diplomáticos de su segundo mandato, sin dudar para ello en usar las nuevas potencialidades de su modernizada Armada, como los casos de Brasil, Nicaragua, Venezuela o Cuba atestiguan.

**a.** Como su antecesor Harrison en Chile, Haití y Hawaii, Cleveland favorecería en Brasil al Gobierno pro estadounidense de Peixoto contra la rebelión apoyada desde Europa y que buscaba deponerle y con ello dejar nulo el acuerdo de reciprocidad firmado con Estados Unidos en 1891, para ello fue suficiente el envío de varios buques de guerra al puerto de Río de Janeiro en diciembre de 1893<sup>662</sup>, eso sí, el Presidente Cleveland lo haría manteniendo una posición “de atento pero imparcial observador en el infortunado conflicto”<sup>663</sup>;

**b.** En Nicaragua las cosas fueron distintas, pues a la difícil situación interna del país se añadía la voluntad estadounidense de eliminar la influencia británica de Centroamérica, así, y con intereses bananeros de por medio, Cleveland ordenó la entrada de las tropas en Nicaragua en julio de 1894 con el fin declarado de mantener el orden en la región de Mosquito, donde había surgido una revuelta local, en juego también estaba el control del trazado de un posible canal interoceánico<sup>664</sup>, según Cleveland, las tropas estadounidenses “contribuyeron de gran manera a la prevención de consecuencias más serias y a la restauración de la tranquilidad y el orden”<sup>665</sup>, y en ningún momento fueron

---

<sup>661</sup> *Ibíd.*, p. 229-240 y KAGAN, *op.cit.*, p. 349. Aun con todo, Estados Unidos seguía siendo un enano militar comparado con las potencias europeas, si en 1896 contaba con 5 acorazados y 7 en construcción, Gran Bretaña tenía 45, Francia 29, Alemania 21, Italia 13 y Rusia 10, KAGAN, *op.cit.*, p. 355.

<sup>662</sup> *Ibíd.*, p. 210-218.

<sup>663</sup> CLEVELAND, Grover, Primer discurso anual (segundo mandato) del 4 de diciembre de 1893, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29534&st=navy&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29534&st=navy&st1=).

<sup>664</sup> LAFEBER, *ob.cit.*, p. 218-229.

<sup>665</sup> CLEVELAND, Grover, Segundo discurso anual (segundo mandato) del 3 de diciembre de 1894, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29535&st=nicaragua&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29535&st=nicaragua&st1=).



una amenaza “a la justa soberanía de Nicaragua sobre esta importante parte de su dominio”<sup>666</sup>;

c. La rivalidad con Gran Bretaña se escenificó con toda su crudeza en Venezuela, donde las deudas económicas, los desencuentros fronterizos y la crisis interna venezolana se entrecruzaron para crear el mayor desafío al que tuvo que enfrentarse la Administración Cleveland. Mientras en Estados Unidos aumentaba el malestar ante lo que se percibía como una mayor intromisión europea en Latinoamérica, en especial de Francia, Gran Bretaña, Alemania y España, la llegada a la Secretaría de Estado de Richard Olney en junio de 1895, tras la muerte de W. Gresham, no supuso ningún cambio en la política exterior del Gobierno estadounidense, pues para Olney Estados Unidos tenía que asumir su papel de potencia mundial, sin que ello implicase la consecución de un imperio territorial, sino que ello implicaba más bien aumentar su participación en los distintos escenarios con el fin de asegurar su propio desarrollo<sup>667</sup>. Desarrollo que en Venezuela la Administración Cleveland consideraba amenazado ante la actitud británica, pues desde Londres se presionaba al Gobierno venezolano por sus deudas económicas a firmar un acuerdo fronterizo por la Guyana Británica que le reportaría el control del Orinoco, y que de producirse estimularía sin duda una revuelta interna en Venezuela, de ahí que desde febrero de 1895 la Casa Blanca advirtiese a Londres su oposición a las reclamaciones británicas en Venezuela, ofreciendo su mediación en un futuro proceso de arbitrio internacional que debía zanjar la cuestión, pero la negativa de Gran Bretaña a renunciar a sus objetivos provocó la reacción del nuevo Secretario de Estado en lo que se conoce desde entonces como “extensión Olney” de la Doctrina Monroe, así, en una nota enviada el 20 de julio R. Olney advertía a Londres que a causa de la controversia territorial “Estados Unidos no ha sido, y de hecho, en vista a su política tradicional, no podría ser indiferente”<sup>668</sup>, pues

en vista al profundo interés con el que el Gobierno de Estados Unidos toma en todas las transacciones relativas a usurpaciones de territorio de cualquier de las Repúblicas de este continente por potencias extranjeras, este Gobierno no puede mirar con indiferencia a la adquisición forzosa de territorio por Inglaterra<sup>669</sup>

De hecho, Olney reivindicará una vez más la vigencia de la Doctrina Monroe al recalcar que “las doctrinas que anunciamos hace dos generaciones [...] no han perdido nada de su fuerza o importancia”<sup>670</sup>, y reclamaba su derecho a participar en la disputa proponiendo el arbitrio ya que la misma representa para Estados Unidos “una amenaza seria y directa a su propia integridad, tranquilidad y bienestar”<sup>671</sup>, y de nuevo subrayaba que “el sistema político de

---

<sup>666</sup> *Ibíd.*

<sup>667</sup> LAFEBER, *ob.cit.*, p. 245 y 258.

<sup>668</sup> OLNEY, Richard, Carta al embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña T. Bayard del 20 de julio de 1895, texto consultado en [www.guyana.org/Western/1894-1895.html](http://www.guyana.org/Western/1894-1895.html).

<sup>669</sup> *Ibíd.*

<sup>670</sup> *Ibíd.*

<sup>671</sup> *Ibíd.*



las potencias aliadas es esencialmente diferente respecto al de América<sup>672</sup>, y como quiera que Estados Unidos era la nación más poderosa de América

la intromisión por la fuerza de potencias europeas en las políticas americanas, y cualquier control europeo es necesariamente absurdo y perjudicial [...] tal resistencia y prevención debe proceder de los Estados Unidos [...] pues solo los Estados Unidos tienen la fortaleza adecuada a la exigencia<sup>673</sup>

Que ello fuese así, que la Doctrina Monroe estuviese vigente, lo explicaba Olney con las siguientes palabras

los Estados de América, del sur como del norte, siendo geográficamente próximos, con natural simpatía, con gobiernos e instituciones similares, son amigos y aliados, comercial y políticamente, de los Estados Unidos. Permitir la subyugación de cualquiera de ellos por una potencia europea es un reverso completo de la situación y significa la pérdida de todas las ventajas propias de su relación natural con nosotros. Pero eso no es todo. El pueblo de Estados Unidos tiene un interés vital en la causa del autogobierno popular [...] y están satisfechos con tal afirmación y defensa del derecho popular al autogobierno como su propia demanda de seguridad y bienestar. Es bajo este prisma más que bajo ningún otro que creen que no debe ser tolerado el control de un Estado americano deba ser asumido por la fuerza por una potencia europea<sup>674</sup>

Es decir, la Doctrina Monroe no es más que

una doctrina de ley pública americana, bien fundada en principio y abundantemente sancionada por precedente, que da derecho y requiere de Estados Unidos a tratar como una injuria a sí mismo la toma forzosa de una potencia europea del control político de un Estado americano<sup>675</sup>

Lo que representa la “extensión Olney” a la Doctrina Monroe es el haber hecho explícito lo que ésta ya contenía implícitamente, como vimos al citar el discurso de W. Seward, que la seguridad de Estados Unidos dependía de la extensión de su modelo político en todo el continente americano, y Gran Bretaña al amenazar la soberanía venezolana ponía en peligro la validez de tal principio, de hecho, Olney no consultó en ningún momento a las autoridades venezolanas los particulares de su mensaje al embajador estadounidense, pues desde el inicio de la controversia la Administración Cleveland asumió el incidente entre Caracas y Londres como algo totalmente propio, es más, en su mensaje especial al Congreso de diciembre de 1895 el propio Presidente Cleveland defendería la participación estadounidense en el asunto no por un pacto con Venezuela o por una ofensa directa de Gran Bretaña, sino porque “la Doctrina Monroe encuentra su reconocimiento en esos principios de leyes internacionales que están basados en la teoría de que toda nación debería tener

---

<sup>672</sup> *Ibíd.*

<sup>673</sup> *Ibíd.*

<sup>674</sup> *Ibíd.*

<sup>675</sup> *Ibíd.*



sus derechos protegidos y sus reclamaciones justas respetadas<sup>676</sup>; ante la gravedad de lo hechos y la perspectiva de una nueva guerra con Estados Unidos, el Gobierno de Salisbury dio marcha atrás concediendo solucionar la disputa ante una comisión internacional formada finalmente por dos representantes estadounidenses, dos británicos, uno ruso y un último miembro venezolano, tras la reacción violenta en las calles venezolanas ya que en un principio no se había contemplado presencia venezolana alguna. El que a la postre la mayoría del territorio en disputa fuese concedido a la Guyana poco importó al Gobierno estadounidense, quien había alcanzado sus dos grandes objetivos, obligar a Gran Bretaña a negociar la salida de la crisis y negarle el control del Orinoco, que permaneció en manos venezolanas, de ese modo Estados Unidos pudo vencer la amenaza de control comercial del Caribe por parte británica a la vez que mantenía vigente y activa la Doctrina Monroe<sup>677</sup>, eso sí, al precio de ver como crecía en Europa y en América el temor hacia el nuevo papel de Estados Unidos en la escena internacional<sup>678</sup>.

**d.** El estallido de una nueva revuelta en Cuba en febrero de 1895 contra las autoridades españolas devolvería a la isla caribeña a las primeras páginas de los diarios estadounidenses, que con el precedente de Venezuela en mente, se unían a las voces que de forma creciente pedían una mayor implicación de su Gobierno para resolver de una vez por todas la sempiterna crisis cubana, cabe recordar que desde la anterior revuelta de 1878 los intereses económicos estadounidenses en la isla habían crecido exponencialmente con una gran inversión en plantaciones<sup>679</sup>. La Administración Cleveland aumentó su grado de implicación en la isla pensando que de ese modo España le concedería un mayor grado de autonomía, manteniendo eso sí la soberanía española, para así acabar con una situación que perjudicaba económica y políticamente a Estados Unidos en la región, por ello no se tuvo en cuenta ni la anexión ni la guerra con España, y se negó incluso a conceder la condición de beligerantes a los rebeldes cubanos, permaneciendo neutrales ante las partes<sup>680</sup> (si bien la Junta Cubana en el exilio se encontraba en Washington, desde donde concedía sustento económico a los rebeldes). Pero a partir de 1896 el Gobierno giraría hacia una postura más dura bajo la presión de la opinión pública y del Congreso, donde se pedía abiertamente la intervención y el reconocimiento de la independencia cubana, ante el empeoramiento de la situación en la isla, donde la estrategia española de campos de concentración escandalizaba a la sociedad y clase política estadounidenses. Para el Secretario de Estado Olney, Cuba concernía a Estados Unidos por cuatro razones principales: el apoyo a la

<sup>676</sup> CLEVELAND, Grover, Mensaje especial del 17 de diciembre de 1895, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70729&st=venezuela&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70729&st=venezuela&st1=).

<sup>677</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 276-281.

<sup>678</sup> KAGAN, op.cit., p. 374.

<sup>679</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 38.

<sup>680</sup> A través de la Proclamación Presidencial 377- Neutralidad de los ciudadanos de Estados Unidos en los disturbios civiles en Cuba del 12 de julio de 1895, el texto se puede consultar en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70684&st=cuba&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70684&st=cuba&st1=), Proclamación que sería reforzada al año siguiente con la Proclamación 387- Continuación de la neutralidad de los ciudadanos de Estados Unidos en los disturbios civiles en Cuba del 27 de julio de 1896, el texto se puede consultar en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70793&st=cuba&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70793&st=cuba&st1=).



causa de las instituciones libres, la inhumanidad de la guerra, los intereses económicos y la destrucción de la propiedad que perjudicaba las inversiones estadounidenses<sup>681</sup>. Pero ni las presiones del Gobierno estadounidense, ni la virulencia de los rebeldes, que para entonces rechazaban cualquier escenario de autonomía y sólo contemplaban la independencia, hicieron que las Cortes españolas aplicasen las reformas pedidas desde Washington, así, en diciembre de 1896, en su mensaje anual, el Presidente Cleveland advertía abiertamente que Estados Unidos no podría permanecer por más tiempo inactivo ante el deterioro de la situación, pues como resultado de ello “parecería ser que el valor de la isla disminuye con rapidez y como no haya un cambio rápido y radical en las condiciones existentes pronto desaparecerá del todo”<sup>682</sup>, y aunque el capital estadounidense invertido en Cuba se estimaba entre 30 y 50 millones de dólares y el volumen comercial en 1894 ascendía a casi 100 millones “los Estados Unidos se encuentran inextricablemente inmersos en la presente disputa en otros sentidos, todos vejatorios y costosos”<sup>683</sup>, entre los que se encontraban la numerosa población cubana viviendo en Estados Unidos, y a la inversa, los estadounidenses residentes en la isla, “el resultado es que este Gobierno es urgido constantemente a proteger a los ciudadanos americanos, a reclamar daños por las injurias personales y a las propiedades, ahora estimadas en varios millones de dólares”<sup>684</sup>, además, Estados Unidos se veía obligado a “patrullar activamente la linera costera contra expediciones ilegales”<sup>685</sup>, por ello se sugería bien que Estados Unidos comprara la isla o “fallando todos los otros medios, la existente lucha en Cuba debería ser terminada con nuestra intervención, incluso al coste de una guerra entre Estados Unidos y España”<sup>686</sup>, pero para Cleveland era esencial dejar claro que

cuquiera que sean las circunstancias que lleguen, nuestra política y nuestros intereses nos obligarán a oponernos a la adquisición de la isla o a la interferencia de su control por cualquier otra potencia. Debe añadirse que no puede ser asumido razonablemente que la hasta ahora expectante actitud de Estados Unidos será mantenida indefinidamente<sup>687</sup>

pese a que en febrero de 1897 el Presidente español Cánovas del Castillo presentó la mayoría de las reformas requeridas por Washington, éstas llegarían demasiado tarde y más por temor a la nueva Administración de W. McKinley que por un sincero deseo de cambio. Así pues, cuando éste llegó a la Casa Blanca ya disponía tanto de las justificaciones necesarias para reclamar una política más activa respecto a Cuba, como de los medios para llevarla a cabo.

Por tanto, la acción exterior de la Administración Cleveland en Latinoamérica es fundamental para comprender la política Republicana de W. McKinley y T.

<sup>681</sup> LAFEBER, ob.cit., p.285-293.

<sup>682</sup> CLEVELAND, Grover, Cuarto mensaje anual (segundo mandato) del 7 de diciembre de 1896, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29537&st=cuba&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29537&st=cuba&st1=).

<sup>683</sup> *Ibíd.*

<sup>684</sup> *Ibíd.*

<sup>685</sup> *Ibíd.*

<sup>686</sup> *Ibíd.*

<sup>687</sup> *Ibíd.*



Roosevelt, al representar la actualización definitiva de la Doctrina Monroe, comenzada por B. Harrison, uniendo la seguridad estadounidense con la Promoción de la Democracia en el continente americano, repercutiendo en las posteriores Administraciones en el momento de decidir emprender una política más intervencionista, como veremos en el próximo capítulo.

Aunque el continente americano centró la acción exterior de la Administración Cleveland, también se tuvo en consideración la evolución de los acontecimientos en Asia, donde Estados Unidos aumentaba sus intereses económicos y su presencia misionera (en 1898 había en China más de 80.000 misioneros, por 55.000 tres años antes) tanto en China como en Japón y Corea, pues si hasta 1890 el comercio con la zona ascendía al cinco por ciento del total estadounidense, a partir de entonces no haría más que crecer, eso sí, a diferencia de los europeos, el Estado norteamericano no apoyaba directamente a sus inversores, pues prefería aplicar su tradicional política de puertas abiertas en la región, pero todo ello se vería amenazado ante el aumento de las tensiones entre las distintas potencias inmersas en la zona y por los movimientos locales antiextranjeros<sup>688</sup>. Por tanto, podemos ver en Hawaii y en el realineamiento estratégico en Asia, los puntos esenciales de la política desplegada por el Gobierno Cleveland en la zona:

**a.** Tras encontrarse con el tratado de anexión de Hawaii como legado de su antecesor, Cleveland no dudó en desvincularse de las políticas de Harrison al considerar, junto a Gresham, que ello convertiría a Estados Unidos en un Imperio, uniéndole a un gobierno ilegítimo impuesto con la ayuda militar irregular estadounidense, llegando incluso a ofrecer a la reina depuesta un retorno al poder con condiciones; en todo caso, tras los acuerdos sobre el azúcar y los puestos comerciales, tanto la política como la economía hawaianas estaban ya en manos de Estados Unidos, por lo que no se necesitaba de forma perentoria su anexión<sup>689</sup>.

**b.** En cuanto al realineamiento estratégico, éste se produjo ante la dificultad de imponer la política de puertas abiertas a unas potencias coloniales con unas estrategias cada vez más agresivas en la región, en especial Alemania, Rusia y Francia. En efecto, con Rusia las relaciones, hasta el momento buenas, empezaron a quebrarse a causa del trato ruso a los judíos y porque la estrategia rusa en Asia hacía peligrar la política de puertas abiertas estadounidense, sucediendo lo mismo con Alemania, con quien además Estados Unidos había chocado en Samoa y Latinoamérica, poniendo en su contra a la opinión pública estadounidense; por el contrario, Estados Unidos encontró aliados en Gran Bretaña y en Japón, pues sin una fuerza militar en la zona no le quedaba más remedio que buscar alianzas que contrarrestasen el empuje ruso y alemán, en especial con Londres, pues a la relación comercial histórica que les unía, se sumó el cambio de actitud británica en Latinoamérica tras el incidente de Venezuela y la necesidad británica por mantener las puertas

---

<sup>688</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 300-306.

<sup>689</sup> *Ibíd.*, p. 209.





# Capítulo II

## El nacimiento de la nueva diplomacia. Primer ensayo internacionalista

### 3. EL NACIMIENTO DE LA NUEVA DIPLOMACIA

#### 3.a. La Administración McKinley. Imperialismo reluctant

##### 3.a.1. *Ascenso político*

William McKinley<sup>691</sup> (1897-1901) nació el 29 de enero de 1843 en Niles, Ohio, en el seno de una familia de origen escocés, sus dos abuelos habían luchado en la Revolución contra Inglaterra, séptimo de nueve hermanos, pronto destacó en oratoria, y si bien la Guerra Civil retrasó su entrada en la abogacía, le sirvió para lograr contactos políticos, al destacar como sargento comisario para suministros en el bando de la Unión gracias a sus dotes organizativas, ya con 22 años había sido nombrado Capitán. Fue seguidor de Abraham Lincoln y de su plan de reconstrucción del Sur, comenzando su carrera política haciendo campaña a favor de su antiguo superior en el ejército, R. B. Hayes, para el puesto de Gobernador de Ohio. Habiendo heredado de su madre una férrea religiosidad se unió a la Primera Iglesia Metodista, en 1867 ganaría el puesto de fiscal en Stark City pero en 1877 comenzaría su carrera política al presentarse en las elecciones para el Congreso, un año antes, su antiguo superior y ahora protector, R. B. Hayes (1877-1881) alcanzaba la presidencia, lo que sin duda le sirvió de gran ayuda en su ascenso político. Con 34 años, en el Congreso fue un político práctico fiel a la disciplina Republicana, se especializó en materia de tarifas, liderando a los Republicanos en dichos asuntos, incluso en 1890 una popular tarifa que beneficiaba a su región natural agraria y minera llevaría su nombre, con ella McKinley abrazaba el proteccionismo en contra de los intereses del gran capital a través del principio de reciprocidad como emblema del sistema protector. Su labor en

---

<sup>691</sup>Para los datos biográficos del presidente McKinley consultar LEECH, Margaret *In the Days of McKinley*, Harper & Brothers, New York, 1959 y el sitio de la Casa Blanca [www.whitehouse.gov/about/presidents/williammckinley/](http://www.whitehouse.gov/about/presidents/williammckinley/)



el Congreso no pasaría desapercibida y un año más tarde, con 49 años, obtuvo el puesto de Gobernador de Ohio, cargo que sostendría por dos términos.

Al frente de su estado natal se ocuparía de sus problemas económicos y laborales sin interesarse demasiado por cuestiones nacionales, lo que le valió el respaldo popular, y de paso ir ganando apoyos dentro de su partido, incluso hubo quien le quiso como candidato Republicano en las elecciones de 1892, por encima incluso del Presidente saliente B. Harrison (1889-1893), que a la postre perdería contra el Demócrata G. Cleveland (1885-1889 y 1893-1897). Pese a los reveses económicos sufridos por la crisis de 1893, de los que salió gracias a la ayuda de amigos como J. Hay, A. Carnegie y P. C. Knox entre otros, su carrera política fue meteórica, convirtiéndose en el candidato Republicano a la presidencia, contando para ello con la inestimable ayuda del industrial Mark Hanna y de Senadores como G. F. Hoar, que le apoyaron en su pugna por el control del partido contra el candidato Reed, con un trasfondo económico que enfrentaba el bimetalismo con el patrón oro defendido por McKinley.

Una vez ganada la candidatura Republicana, de nuevo los temas económicos fueron el principal punto de fricción que le enfrentaría al candidato Demócrata W. J. Bryan durante las elecciones de 1896. Mientras el Demócrata abogaba por un patrón libre basado en la plata y un sistema de dinero barato para rebajar la inflación, McKinley, que en la década de 1880 había sido partidario del bimetalismo, mantenía ahora su apoyo al patrón oro para permitir así al dólar convertirse en una moneda fuerte que colocase a Estados Unidos como una economía de primera categoría mundial, al que sumaba una nueva ley tarifaria más protectora, en línea con la política del Partido Republicano que veía al proteccionismo junto a la reciprocidad comercial como el credo económico a seguir, lo que sin duda inclinó la balanza del electorado a su favor, pese a conducir su campaña al viejo estilo, sin salir de su cantón natal donde esperaba la visita de sus correligionarios para ofrecer sus discursos, incluso los reticentes H. C. Lodge y el entonces comisario de policía T. Roosevelt acudirían a Ohio para mostrar su apoyo al candidato Republicano.

Tras vencer a Bryan por más de 600.000 votos populares y por 271 votos electorales a 176, sus primeros nombramientos no fueron muy acertados, en especial los de Secretario de Estado y de Guerra, y pasados dos años sólo tres miembros de su equipo inicial se mantenían en su cargo. H. C. Lodge presionó para que su amigo T. Roosevelt fuese nombrado Subsecretario de Marina, nombramiento ante el cual el mismo Presidente dudaba a causa del expansionismo y el apoyo a la guerra por Cuba que sin tapujos mostraba el joven político neoyorquino. A sus 54 años, W. McKinley fue nombrado el vigésimo quinto Presidente de los Estados Unidos, y nada hacía presagiar, ni su carrera política hasta el momento ni el entorno internacional de la época, los tremendos cambios que bajo su presidencia viviría su nación. La victoria de McKinley de 1896 supuso el fin de la alternancia con los Demócratas, existente desde la década de 1870, y por la cual estos lograban paralizar las medidas adoptadas por los Republicanos, justo en el momento en que llegaba a la Casa Blanca un político como McKinley, que si bien más liberal moderado que conservador, era mucho más activo en el plano internacional que su predecesor, eso sí, sin contar con



una gran estrategia de su propia elaboración, contentándose con seguir los dictados del Partido Republicano en la materia<sup>692</sup>.

En efecto, la llegada de McKinley a la presidencia abrió un periodo histórico crucial que cambiaría por completo el status mundial norteamericano, iniciando en Estados Unidos un nuevo gran debate tras los acaecidos en los primeros años de la República y en torno a la guerra contra México en la década de 1840, acerca del papel que debía jugar la nación a escala internacional. La guerra por Cuba sentaría las bases de la posterior hegemonía estadounidense, así como de las diferentes corrientes políticas que influirían sobre el esfuerzo democratizador emprendido por Estados Unidos a lo largo del siglo XX.

Si hasta el momento Estados Unidos se había instalado en una posición aislacionista, que más bien habría que calificar de unilateral<sup>693</sup>, desde la cual obtener los mayores beneficios posibles sin cuestionar con ello el equilibrio internacional imperante, consistente hasta el momento en el dominio británico y el balance de poder entre las distintas potencias europeas<sup>694</sup>, con la guerra de 1898 Estados Unidos ingresaba en el seno del grupo de potencias mundiales, y lo hizo desarrollando su propia política exterior, cuestionando con ello aspectos esenciales de la diplomacia tradicional europea y alterando a su vez los vestigios de la Gran Regla washingtoniana, lo que generará intensos debates tanto a escala nacional como internacional.

El “cierre” del territorio continental en Estados Unidos supuso la culminación de la expansión nacional en Norteamérica y la mengua de la constante emigración hacia el Oeste y de ese espíritu de frontera tan arraigado en la iconografía estadounidense, tanto es así que para muchos, como el profesor Frederick Jackson Turner dejase anotado en un artículo de 1893, la conquista del Oeste significaba el fin “del primer periodo de la historia de América”<sup>695</sup>, y los protagonistas del segundo capítulo pronto se enfrentarían en uno de los episodios fundamentales de la corta historia de Estados Unidos.

Que Estados Unidos no se conformaría con su papel de potencia continental estaba no sólo en la fuerza de las cifras de su crecimiento económico, demográfico o territorial, sino también en la voluntad de sus políticos. Desde el comienzo mismo de su existencia, como se ha visto en el capítulo anterior, la joven república se fue expandiendo a base de tratados o de pura y dura conquista militar, y una vez hubo aclarado su posición en la escena internacional, sobre todo tras el anuncio de la Doctrina Monroe, fue aumentando el grado de su actividad exterior. En Centroamérica, tras las intervenciones militares en Puerto Rico (1824) y México (1845-47), vendrían las de Nicaragua en 1857 y Panamá (entonces aun provincia colombiana) en 1860, en Asia tras la firma de acuerdos de comercio preferenciales con China (1844) y Siam (1851) vendría la expedición del Comodoro Perry en 1854

---

<sup>692</sup> KAGAN, op.cit., p. 385.

<sup>693</sup> Como bien ha demostrado McDOUGALL, ob.cit.

<sup>694</sup> Ver MEAD, op. cit. p 80-87.

<sup>695</sup> ZIMMERMANN, Warren *First great triumph, how five americans made their country a World power*, FSG Books, 2002, p. 24.



por la que Japón se vio obligado por primera vez a abrirse a las potencias occidentales. De todos modos, como la crisis con Chile de 1891 demostraba<sup>696</sup>, Estados Unidos aún no estaba listo para embarcarse en el tipo de guerra que le enfrentaría a España sólo nueve años más tarde.

La concepción jeffersoniana de un estado central mínimo sin duda había influido a la hora de mantener unos presupuestos de defensa bajos, pero la guerra civil y el crecimiento constante del peso político de la Casa Blanca en la escena internacional ayudaron a que la figura presidencial gozase de mayor autonomía y poder, y con ello reforzarse todas las esferas del Gobierno Federal, incluido el Departamento de Defensa. De igual forma que para el comercio, la geopolítica imponía a Washington la obligación de controlar los océanos, que si por un lado la habían mantenido a salvo durante las primeras etapas de su desarrollo, ahora, dados los últimos adelantos técnicos, se habían convertido en el camino de las mayores amenazas a la seguridad nacional; de hecho, la renovación de la Marina estadounidense dio comienzo en la segunda mitad de la década de 1880<sup>697</sup>, fechas en las que contaba con menos flota que una potencia tan poco marítima como Austria-Hungría.

### **3.a.2. Antecedentes de la guerra**

Al igual que sucedió en la independencia y posterior desarrollo de Estados Unidos con el modelo republicano, los políticos norteamericanos se valdrían de la interpretación americana del imperialismo para alejarse de sus homólogos europeos y demostrar así su superioridad. De hecho, para McDougall los acontecimientos de 1898 darían comienzo a lo que denomina el nuevo testamento de la política norteamericana, donde Estados Unidos se convierte en el motor del cambio mundial enfrentando así la tradicional concepción de tierra prometida con la nueva de Estado cruzado<sup>698</sup>. La victoria sobre España inauguró el naciente siglo americano con la primera tradición de ese nuevo testamento, el imperialismo progresista<sup>699</sup>, según el cual Estados Unidos se convertía en una potencia imperial no para beneficio propio, como era el caso de las potencias europeas, sino por la mejora de la población vinculada a través del dominio colonial, y para ello Cuba se presentaba como el escenario ideal para implementar por vez primera dicho imperialismo progresista, pues la revuelta iniciada en 1895 contra el Gobierno Español había levantado una ola de indignación entre la opinión pública estadounidense ante el trato vejatorio sufrido por los cubanos. Mismo año, 1895, en que el Secretario de Estado Richard Olney anunciaba lo que se conocerá como el Corolario Olney a la Doctrina Monroe ante las pretensiones británicas en la frontera del Orinoco entre Venezuela y la Guyana británica, según la cual “hoy los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este

---

<sup>696</sup> Dos marineros estadounidenses fueron asesinados en un bar de Valparaíso, el incidente no fue a más debido a la prudencia de Estados Unidos ante el temor a una derrota ante la marina chilena, ZIMMERMANN, ob.cit. p. 5.

<sup>697</sup> BOSCH, op. cit. p. 285.

<sup>698</sup> McDOUGALL, ob.cit. p. 4-5.

<sup>699</sup> *Ibíd.* p. 101 y 214.



continente, y su voluntad es la ley sobre los sujetos hacia los que confina su interposición”<sup>700</sup>.

A través de la concepción progresista del expansionismo estadounidense se dotaba a la Doctrina Monroe de un matiz moral, del que hasta el momento había carecido, pues ahora no sólo se defendía el interés nacional, sino que se promocionaban los principios de justicia abstracta, tan ajenos a la concepción realista de John Q. Adams, a la vez que se pasaba a considerar a la Doctrina Monroe como parte integrante del derecho público americano. En cualquier caso, y como se desprende de lo dicho anteriormente, las contradicciones inherentes al imperialismo progresista se irían revelando una vez que Estados Unidos se enfrentase a la cruda realidad de tener que elegir entre el estrecho interés nacional y el ambiguo bien global, desatando nuevos debates que enriquecerán el legado político norteamericano.

A pesar de todo, nada parecía presagiar la tormenta que se avecinaba para la presidencia McKinley, el propio Presidente no era un ferviente imperialista, más preocupado de seguir la corriente a la opinión pública que de crearla, no contemplaba de forma prioritaria la intervención armada de Estados Unidos para resolver la cuestión cubana, todo lo contrario a sus aliados políticos, pues tanto T. Roosevelt desde la vicesecretaría de Marina y Henry Cabot Lodge desde el Senado, como Elihu Root y John Hay (que más tarde ocuparían las carteras de Guerra y Estado, respectivamente) abogaban desde hacía tiempo por una política más activa en el plano exterior, sin renunciar si quiera a la adquisición de un imperio que ayudase al engrandecimiento nacional y de paso a la expansión del modelo republicano y democrático.

La cuestión cubana no era ninguna novedad para la opinión pública estadounidense, desde el declive haitiano Cuba se había convertido en la mayor productora mundial de azúcar, y por lo tanto su estabilidad pronto se convirtió en un asunto de vital interés en Washington. Así, tras el movimiento revolucionario latinoamericano, en 1825 se bloqueó un intento mexicano-venezolano de ayudar a los independentistas criollos ante el temor de los estados sureños de que ello significaría el fin de la esclavitud en la isla, lo que podría afectarles a nivel interno, y porque ya entonces numerosas voces auguraban que la isla caería del lado estadounidense con sólo esperar el momento adecuado, de hecho, incluso en esos mismos estados sureños surgió un movimiento pro anexionista con el fin de aumentar el territorio esclavista pero que con la Guerra Civil se extinguiría<sup>701</sup>, incluso los presidentes Z. Taylor (1849-1850) en 1849, M. Fillmore (1850-1853) dos años más tarde y F. Pierce (1853-1857) en 1854, tuvieron que prohibir, a través de sendas proclamaciones presidenciales, cualquier intento de invasión por parte de ciudadanos estadounidenses.

Cuando en octubre de 1868 estallaba en Cuba una primera revuelta contra el dominio español, el Presidente Grant (1869-1877) quiso ayudar a los rebeldes cubanos. La revuelta de los mambises se prolongaría por diez años, y Grant no dudó

---

<sup>700</sup> *Ibíd.* p. 109.

<sup>701</sup> FONER, Philip S. *La guerra hispano/cubano/americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, Akal, Madrid, 1975, p. 13.



en relacionar su interés por anexionar Santo Domingo a Estados Unidos con la seguridad de Cuba al declarar ante el Congreso que

la adquisición de Santo Domingo es una adherencia a la Doctrina Monroe, es una medida de protección nacional, es afirmar nuestra justa pretensión de un influyente control del gran tráfico comercial que pronto habrá de este a oeste por el Istmo de Darien [...] es para hacer insoportable la esclavitud en Cuba y Puerto Rico, y de paso en Brasil, es para estabilizar la infeliz condición de Cuba y terminar un conflicto atroz<sup>702</sup>

De todos modos, la guerra de nuevo dio motivos de alegría a quienes pensaban que la isla caería por sí sola del lado estadounidense, obligando así los acontecimientos a España a vendérsela a Estados Unidos, pero el Pacto de Zanjón de 1878 puso fin a la contienda, y con ello a las esperanzas de una pronta compra, aun con todo, el final de esclavitud en la isla, decretado por las autoridades españolas en 1880, alienó aun más los intereses azucareros de la metrópoli, al no necesitar por más tiempo la protección de sus tropas, aumentando con ello las perspectivas de la ansiada anexión, pues a nadie se le escapaba ya el peso económico de Estados Unidos en la isla<sup>703</sup>.

Ni la paz de 1878 ni la abolición de la esclavitud dos años más tarde pudieron evitar que el movimiento insurreccional desapareciese del todo, así, en 1892 José Martí fundaba en Nueva York el Partido Revolucionario Cubano, germen de la futura revuelta cubana. A través de su periódico *Patria*, Martí fue ganando adeptos a la causa cubana, si bien no era partidario de una implicación directa de Estados Unidos en la liberación de la isla, pues conocía de sobra el aumento del sentir imperialista estadounidense y temía por ello que éste acabara alcanzando a Cuba, máxime en el contexto de crisis económica que se vivía desde 1893, y que afectaría a Cuba de la mano de una subida de aranceles sobre la importación de azúcar cubana, y que amenazaba con dejar sin vender 500.000 de las 800.000 toneladas producidas en la isla<sup>704</sup>.

En febrero de 1895, en mitad del segundo mandato de G. Cleveland, estallaba la segunda Revolución Cubana, desde entonces la labor de la Junta Cubana en el exilio, liderada por Estrada Palma, consistiría en lograr la concesión del estatuto de beligerante a los cubanos por el Gobierno estadounidense, y así poder comprar armamento como lo hacía España precisamente en Estados Unidos, pero a pesar del apoyo popular a dicha medida, sobre todo del mundo laboral y socialista<sup>705</sup>, el Presidente Cleveland, como la clase capitalista, no era partidario de favorecer en modo alguno la revuelta, como dejó bien claro al declarar la neutralidad estadounidense el 12 de junio de 1895, prohibiendo con ello a los ciudadanos de Estados Unidos tanto la ayuda a los insurgentes como la participación directa contra

---

<sup>702</sup> GRANT, Ulysses S., Segundo discurso inaugural del 5 de diciembre de 1870, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29511&st=cuba&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29511&st=cuba&st1=).

<sup>703</sup> FONER, ob.cit., p. 17.

<sup>704</sup> *Ibíd.*, p. 27.

<sup>705</sup> *Ibíd.*, p. 229.



los españoles<sup>706</sup>. A partir de entonces los Republicanos liderarían el enfoque de Cuba Libre en el Congreso, llegando a incluir dentro de su programa de 1896 la influencia a favor de la independencia cubana como punto importante del mismo, mientras los Demócratas sólo mostraban su simpatía por ella, no en vano, destacados Republicanos como T. Roosevelt formaban parte de la Liga Cubana de Estados Unidos que apoyaba a la Junta Cubana en su exilio neoyorquino<sup>707</sup>.

Lo cierto es que el comportamiento de la Administración Cleveland en éste punto resulta incongruente, pues si por una parte estaba preocupado por las consecuencias que la guerra en Cuba tenían sobre su país, y por ello no estaba dispuesto a permitir el filibusterismo, por otra parte consentía la venta de armamento a la metrópoli española, con lo que sin duda alargaba el conflicto. Puede que tras dicha postura se escondiese su falta de fe en la capacidad cubana para el autogobierno, lo que también ayudaría a explicar las diferentes respuestas respecto a Cuba contempladas por su administración por un lado, y las defendidas por el Congreso y la opinión pública por otro.

En efecto, mientras los intereses de los inversores estadounidenses en la isla hacían que su postura fuese pareja a la de la Administración Cleveland, pues temían que un reconocimiento de la beligerancia cubana implicase la pérdida de la protección española de sus plantaciones, por su parte el Presidente nunca contempló un escenario más allá de la autonomía cubana bajo soberanía española en sus exigencias a Madrid<sup>708</sup>, todo lo contrario a la opinión pública y al Congreso estadounidenses.

El 28 de febrero de 1896 el Senado ya había aprobado el reconocimiento del *status* de beligerantes a los cubanos, por un amplio margen de 64 a 6, y el 2 de marzo la Cámara de Representantes aun iría más lejos al aprobar, también por una abrumadora mayoría de 262 a 17, una resolución instando al Gobierno a “prepararse a proteger los intereses legítimos de nuestros ciudadanos, interviniendo si fuera necesario”<sup>709</sup>, finalmente el Senado rechazó éste punto y el 6 de abril se aprobó por ambas cámaras el texto original del 28 de febrero anterior. Para entonces los rebeldes cubanos no aceptaban ya más que una negociación basada en la independencia de la isla, postura que fue apoyada por el Congreso, junto a su concesión del *status* de beligerantes, aun con todo, sólo el presidente tenía la capacidad de poner en práctica tales medidas, y como hemos visto, no estaba dispuesto a poner en tela de juicio el control español de la isla.

Aunque la situación de los cubanos preocupaba hondamente a los estadounidenses, en la campaña presidencial de 1896 Cuba no fue el principal tema de debate entre los candidatos, la situación económica, y la cuestión monetaria en particular, coparon el centro de atención de ambos partidos. En todo caso, y como ya hemos visto en el anterior capítulo, Cleveland endureció su lenguaje frente a España,

---

<sup>706</sup> CLEVELAD, Grover, Proclamación Presidencial 377 de Neutralidad de los ciudadanos de Estados Unidos en los disturbios civiles en Cuba del 12 de junio de 1895, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70684&st=cuba&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=70684&st=cuba&st1=).

<sup>707</sup> LAFEBER, ob.cit., p. 333 y 387.

<sup>708</sup> FONER, ob.cit., p. 238 y 251.

<sup>709</sup> *Ibíd.*, p. 243.



dejando incluso abierta la posibilidad de una intervención estadounidense para solucionar la crisis, en medio de un Congreso empeñado en reconocer la independencia cubana a través de resoluciones e informes, todos ellos rechazados por el Presidente, y de unos rebeldes cubanos que sólo estaban dispuestos a negociar sobre la base de la independencia, y no de la autonomía ofrecida por Madrid y apoyada hasta entonces por la Casa Blanca<sup>710</sup>. En todo caso, Cleveland omitiría cualquier mención a una fecha límite para acabar con la crisis cubana y una hipotética intervención estadounidense para no atar a la siguiente administración<sup>711</sup>.

Así pues, tras dos años de conflicto, Estados Unidos se encontraba de nuevo en la situación de partida, pero con un Congreso y una opinión pública enfrentados al Gobierno por su aparente falta de apoyo a los revolucionarios cubanos. Ésta fue la situación con la que el nuevo Presidente W. McKinley se encontró al llegar a la Casa Blanca, el que a la postre se decidiera por la intervención no sólo dependió de dichos y posteriores acontecimientos, sino que para entender por completo la ecuación antes hay que introducir un elemento esencial de la misma, a saber, el movimiento interno a favor de una modernización y ampliación de la Armada estadounidense propugnado, entre otros, por el almirante Mahan y el futuro Presidente T. Roosevelt, y que desde mediados de 1880 había iniciado el Secretario de Marina Chandler.

Alfred Thayer Mahan<sup>712</sup> nació en Nueva York el 27 de septiembre de 1840 en el seno de una familia militar, su padre, Dennis Hart Mahan, hijo de emigrantes irlandeses, fue profesor de Ingeniería Militar y Civil en la Academia Militar de West Point, aunque pronto la familia se mudaría a Virginia. Al decantarse por la marina fue enviado en 1856 a la Academia Naval de Annapolis, fundada bajo la presidencia de J. K. Polk en 1845, y de la que se graduó como segundo de su promoción en 1859. Ferviente cristiano y Republicano, combatió del lado de la Unión durante la Guerra Civil, conflicto que veía más en términos de preservar la Unión que de luchar contra la esclavitud, así, en 1861, con 21 años, fue nombrado teniente de navío. Cuatro años más tarde, con la guerra ya finalizada y como teniente coronel, fue destinado por primera vez a Asia, donde presencié la apertura de los puertos japoneses de Kobe y Osaka en 1868, y a su vuelta a Estados Unidos, asistió al surgimiento de la nueva potencia continental europea, Prusia, que vencería a los imperios francés y austriaco, haciendo reflexionar a Mahan por primera vez sobre la importancia de la fuerza naval en las guerras modernas.

De todos modos, tras la guerra civil la Marina estadounidense se hundió en un letargo producto de la falta de atención a la misma, por lo que su carrera como oficial de Marina se tradujo en una monótona sucesión de ascensos, que le permitió dedicar más tiempo a su estudio sobre la importancia del poder naval en toda gran potencia a lo largo de la historia, lo que le reservaría su propio lugar en ella. Mahan comenzó a desarrollar sus ideas en los años en que pasó, durante la segunda mitad de la década de 1880, a dar clases de historia y tácticas navales en la nueva Escuela de Guerra

---

<sup>710</sup> *Ibid.*, p. 263.

<sup>711</sup> MORGAN, H. Wayne *America's Road to Empire. The War with Spain and Overseas Expansion*, John Wilwy & Sons, New York, 1965, p. 11.

<sup>712</sup> Sobre los datos biográficos de A. T. Mahan consultar y TAYLOR, Charles Carlisle *The Life of Admiral Mahan*, G. H. Doran Company, New York, 1920.



Naval de Newport, creada por el Secretario de Marina Chandler de la Administración Arthur (1881-1885) en 1884, coincidiendo con los primeros pasos del rearme naval de Estados Unidos.

Mahan, entonces Capitán, llegó a la Escuela de Guerra Naval en 1885 tras petición de su primer presidente, el Comodoro Stephen B. Luce, institución de la que sería más tarde presidente por dos veces, siendo ya estimado por su obra *El golfo y las aguas interiores*. Si en un principio se adhirió al ala antiimperialista de la política norteamericana, al ir dando forma a su teoría se desplazaría a posiciones más proclives a la adquisición de territorios de ultramar, ya que si Estados Unidos se convertía en gran potencia mundial, para ello necesitaría una Marina acorde a sus pretensiones, viniendo aparejada con ello la exigencia de contar con cierto número de bases para su abastecimiento, al modo de las pertenecientes a Gran Bretaña o Francia. De hecho, para Mahan la guerra se encontraba al mismo nivel que la diplomacia o la política, consistiendo en “simplemente un movimiento político violento”<sup>713</sup>. En 1890, publicó su obra capital *La influencia del poder naval en la Historia 1660-1783*, compendio de sus clases en la Escuela de Guerra Naval, teniendo siempre a la Armada británica como modelo a seguir en los diferentes ejemplos históricos que ofrece para verificar sus argumentos, con ello Mahan sentó las bases y logró ser la referencia en el debate sobre la contribución de la Marina al expansionismo estadounidense<sup>714</sup>.

*La influencia del poder naval en la Historia 1660-1783* fue escrito con la intención de mostrar la influencia del poder marítimo en los grandes asuntos mundiales, a través de los numerosos ejemplos históricos estudiados en sus catorce capítulos, desde la guerra angloholandesa de 1665-1667 hasta la campaña naval británica de las Indias Orientales de 1783, pasando por la guerra de sucesión española de 1702-1713 o la Guerra de los Siete Años, puesto que para Mahan “la historia del poder marino, mientras engloba en su amplio sentido todo lo que tiende a hacer de un pueblo grande sobre el mar y gracias al mar, es más que nada una historia militar”<sup>715</sup>.

Para Mahan el mar “lo que representa desde un punto de vista social y político es una gran autopista”<sup>716</sup>, de ahí su enorme importancia a finales del siglo XIX, sobre todo por la trascendencia de las rutas comerciales, ya que “la necesidad de una fuerza naval [...] nace de la existencia de una flota pacífica, y muere con ella”<sup>717</sup>, de ahí que Estados Unidos no haya dedicado hasta el momento mucha atención a los asuntos navales, ya que no contaba entonces con una flota extensa y “porque una nación pacífica no es previsor, y la previsión es necesaria para una adecuada preparación militar, especialmente en nuestros días”<sup>718</sup>.

Al reconocer la importancia de la marina, Mahan conectó la expansión comercial con la colonial al servir aquella de nexo de unión de éstas, pues en la

---

<sup>713</sup> ZIMMERMANN, op. cit. p. 90.

<sup>714</sup> *Ibíd.*, p. 101.

<sup>715</sup> MAHAN, Alfred Thayer *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*, Little, Brown and Company, Boston, 1890, p. 1.

<sup>716</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>717</sup> *Ibíd.*, p. 26.

<sup>718</sup> *Ibíd.*, p. 26.



producción, los barcos y las colonias se “puede encontrar la llave de la gran parte de la historia, como de la política, de las naciones costeras”<sup>719</sup>, de ahí que un Estado interesado en extender su comercio busque en la marina mercante el método para lograrlo, necesitando ésta de bases de ultramar en las que abastecerse, no en vano, “la tendencia al comercio, abarcando la necesidad de producir algo con lo que comerciar, es la característica nacional más importante para el desarrollo del poder naval”<sup>720</sup>, y como hemos visto, Estados Unidos a finales de siglo XIX era ya toda una potencia comercial mundial, por lo que no es de extrañar que Mahan abogara por el mantenimiento de una marina de guerra, de un tamaño proporcional al crecimiento de su flota mercante y con la importancia de los intereses conectados a ella, incluyendo “el mantenimiento de estaciones navales adecuadas en aquellas partes remotas del mundo donde la marina de guerra deba seguir a los pacíficos buques comerciales”<sup>721</sup>, pues “tales entornos pacíficos de apoyo, junto a una provisión militar razonable, son la mejor de las defensas, y combinados con una decidida preponderancia en el mar, crean un disperso y extenso imperio”<sup>722</sup>, como en 1898 lograría Estados Unidos tras su victoria ante España.

Su defensa de una fuerza naval capaz de asegurar el nuevo status de potencia a Estados Unidos le acercaría a políticos, que como Theodore Roosevelt, también abogaban por un rearme americano, de hecho, ambos coincidirían en un curso de los ofrecidos por Mahan cuando éste invitó a T. Roosevelt a dar una de sus clases, desde entonces se mantendrían unidos en su afán por dotar a la Marina estadounidense de las capacidades necesarias para desempeñar su rol, juzgado imprescindible, en el diseño de la política nacional. Así, no es de extrañar que asumiera un papel activo bajo la Administración McKinley, y en 1898, tras dos años de encontrarse en el retiro y ya iniciadas las hostilidades con España, Mahan fue nombrado para un puesto en el recién creado Consejo de Guerra Naval con la misión de proporcionar información técnica y asesoramiento en cuestiones de estrategia al Departamento de Marina, y un año más tarde, en mayo de 1899, formaría parte de la delegación estadounidense en la primera Conferencia de Paz de la Haya. Hasta su retiro definitivo en 1912, Mahan formaría parte de diversas comisiones en la Administración de su amigo T. Roosevelt, a quien además de una estrecha relación, le unían ideas similares sobre la necesidad de una Armada moderna y fuerte que sirviera a una política internacional más activa, como preparación defensiva tanto como apoyo diplomático, o sobre la necesidad de unas relaciones más estrechas con Londres, basadas en una comunidad de intereses innegable donde la colaboración marítima era una de las estrategias necesarias para el mantenimiento del orden internacional. Ya fuera de la vorágine del servicio militar, Mahan se dedicó a publicar numerosos libros, como *Estrategia Naval* o *Las mayores operaciones de las marinas en la guerra americana de independencia*, hasta su muerte el 1 de diciembre de 1914.

El mismo año de la retirada de la Marina de Mahan, 1896, el Republicano W. McKinley ganaba las elecciones para convertirse en el vigésimo quinto Presidente de la nación, tras vencer al candidato Demócrata W. J. Bryan. El nuevo Presidente

---

<sup>719</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>720</sup> *Ibíd.*, p.53.

<sup>721</sup> *Ibíd.*, p. 82.

<sup>722</sup> *Ibíd.*, p. 82.



siempre pensó que el mejor modo para salir de la crisis económica de 1893 consistía en la ampliación del mercado exterior<sup>723</sup>, pero de dicha postura al desenlace final tras la guerra con España de 1898 media nada menos que un imperio. Para comprender tan asombroso y, a priori, desconcertante resultado dado el tradicional desprecio estadounidense hacia el imperialismo europeo, convendría repasar no sólo las teorías navales de Mahan, ya que amplios sectores de los más diversos campos propugnaban a finales de siglo XIX un lugar para Estados Unidos en el seno de las potencias coloniales.

Como fue el caso del evolucionista e historiador John Fiske, para quien la Historia se podría resumir en la lucha entre la civilización y la barbarie, y en la mencionada lucha, el modelo representado por Estados Unidos era valorado como el cenit de la civilización, al conjugar democracia y capitalismo, de ahí que Estados Unidos estuviera destinado a predominar dado el sistema por el que se rige<sup>724</sup>. Otro representante de la corriente imperialista fue el historiador John Burgess, seguidor del pensamiento hegeliano, creyendo firmemente en el deber civilizador para acabar con la inestabilidad que azota a los pueblos menos desarrollados, entendido como “una gran tarea mundial”<sup>725</sup>. Pero quizá una de las voces más influyentes a la hora de predicar el credo imperialista fuese la del clérigo Josiah Strong, quien siendo presidente de la Sociedad de la Casa Congregacional Misionera y de la Alianza Evangélica de Estados Unidos vendió más de 170.000 copias de su panfleto “Nuestro país”<sup>726</sup>, en él, Strong daba sanción moral al proyecto imperial secular de sus amigos Mahan y T. Roosevelt,<sup>727</sup> mezclando darwinismo social (que a penas disimulaba una concepción racista de la relación entre sociedades con un nivel de desarrollo diferente) y cristianismo, afirmando que el pueblo anglosajón, y en especial Estados Unidos, estaban destinados por voluntad divina a mantener, a su juicio, las dos grandes necesidades humanas, a saber, la cristiandad espiritual y la libertad civil ya que “si el progreso humano sigue una ley de desarrollo...nuestra civilización debería ser la más noble”<sup>728</sup>, este hecho estaba confirmado para Strong tanto por el éxito económico como por el imperialismo, verdadera marca de la superioridad anglosajona, puesto que en la lucha final que se acercaba “¿puede alguien dudar de que el resultado de esa competición de razas será la supervivencia de los más aptos?”<sup>729</sup>, de este modo Strong coincidiría en la mayoría de los asuntos con las posturas defendidas por T. Roosevelt y Mahan, desde la necesidad de retener las Filipinas como puerta de entrada al nuevo Mediterráneo, el océano Pacífico, hasta la aceptación de la conquista militar si con ello se avanzaba la causa estadounidense, concebida por Strong como misión mundial sancionada por el destino divino (aquí aparece de nuevo la tradicional equiparación entre el beneficio nacional y el de la

---

<sup>723</sup> BOSCH, op. cit. p. 290.

<sup>724</sup> STEPHANSON, op. cit. p. 82.

<sup>725</sup> *Ibíd.* ob.cit. p. 84.

<sup>726</sup> STRONG, Josiah, “Our Country”, texto consultado en [www.assumptio.edu/users/McClymer/hi119net/Josiah\\_Strong1](http://www.assumptio.edu/users/McClymer/hi119net/Josiah_Strong1)

<sup>727</sup> “Voices of imperialism: Josiah Strong and the protestant clergy” William H. BERGE, artículo consultado íntegro en <http://georgetowncollege.edu/htallant/border/bs1/berge.htm>

<sup>728</sup> STRONG, ob.cit.

<sup>729</sup> *Ibíd.*



humanidad) dando inicio así a lo que a lo largo del siglo XX se tildaría de “diplomacia misionera”<sup>730</sup>.

Si ya durante la campaña electoral H. C. Lodge había asesorado a McKinley para entrar cuanto antes en guerra con España y anexionar Cuba, otras voces de su círculo cercano, como W.Reid del diario *Tribune*, le instaban a no precipitarse y a esperar a que la isla cayese por sí misma del lado estadounidense, de todos modos, para 1896 la opinión pública estadounidense estaba tan conmocionada por los acontecimientos en la isla, que no es de extrañar que la plataforma Republicana afirmase en su programa de ese mismo año que la pérdida de control española de Cuba, sumada a los daños ocasionados a las propiedades estadounidenses en la isla, obligaban a que la Administración norteamericana “use activamente su influencia y buenos oficios para restaurar la paz y dar la independencia a la isla”<sup>731</sup>, es decir, McKinley llegó a la presidencia con un partido resuelto a dar un cambio a la política de su antecesor, favoreciendo ya por completo la soberanía cubana.

En cualquier caso, McKinley continuaría con la estrategia de Cleveland, Cuba ni siquiera sería nombrada en su discurso inaugural, de no permitir el filibusterismo ni conceder el *status* de beligerante a los rebeldes cubanos, medida de nuevo aprobada por el Senado por 41 a 14 en mayo de 1897 y de nuevo ignorada por la Casa Blanca<sup>732</sup>. Ese mismo mes, y al calor del recrudecimiento de las hostilidades en la isla y ante la aparente falta de control de la situación por las autoridades españolas, más de 300 hombres de negocios se unieron para escribir una carta al Presidente mostrando los perjuicios económicos que el conflicto cubano suponía para sus intereses, y poco después, en junio, el Informe Calhoun sobre la situación en Cuba influiría más si cabe hacia un cambio de postura en el presidente, ya que tras detallar el empeoramiento de la situación no veía el modo en que España pudiese terminar por sí sola con la guerra, ni contemplaba como opciones realistas ni la concesión de la autonomía ni de la independencia, ante el peligro de desorden interno, lo que a la postre obligaba a Estados Unidos a aumentar la presión sobre España para la concesión de la autonomía, como paso previo a su anexión bajo la vieja teoría de la gravitación defendida por J. Q. Adams<sup>733</sup>, de hecho, tras el informe lo que McKinley tenía en mente para la isla era un régimen de autonomía, ya sin permanecer dentro del Imperio español, similar al modelo canadiense, de ahí que exigiera a finales de mes a las autoridades españolas el fin de los reconcentrados, la pacificación de la isla, medidas a favor de su población y su reforma política permanente<sup>734</sup>, cambios que no fueron considerados por España hasta cuatro meses más tarde, y en noviembre, cuando fueron adoptados en parte, defraudaron a todos por igual, en especial a los cubanos, quienes siguieron luchando.

---

<sup>730</sup> “Esto es, tiene que ver con la diplomacia, llevada por moralistas con una conciencia clara sobre la misión americana, que tiene en su génesis una preocupación por el bienestar de otras naciones” BERGE, ob.cit. p. 14. El término “diplomacia misionera” fue empleado por primera vez por Arthur S. LINK en 1954, en un estudio sobre Woodrow Wilson.

<sup>731</sup> Plataforma del Partido Republicano del 16 de junio de 1896, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29629&st=republican+party+platform&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29629&st=republican+party+platform&st1=).

<sup>732</sup> FONER, ob.cit., p. 270.

<sup>733</sup> *Ibíd.*, p. 279.

<sup>734</sup> MORGAN, ob.cit., p. 30.



Así, desde el primer momento Cuba supuso el mayor quebradero de cabeza para la Administración McKinley<sup>735</sup>. Durante el primer año en el cargo éste fue partidario de buscar en el arbitrio internacional la solución al caso cubano<sup>736</sup>, siempre con la opción de la guerra como último recurso, opinión compartida por su Secretario de Marina Long, mucho menos combativo que su Subsecretario Roosevelt<sup>737</sup>, pero con un Congreso volcado a favor de la intervención y una opinión pública sobrecogida por los métodos empleados por Valeriano Weyler y su política de reconcentrados, a McKinley se le hacía cada vez más difícil no implicarse directamente en el conflicto, más aun cuando las presiones sobre España y el evidente fracaso de sus reformas tendentes a la autonomía daban evidentes muestras de haber fracasado ya a inicios de 1898.

Donde no dudó en intervenir, y con rapidez, fue en Hawaii, presentando en junio de 1897 un tratado de anexión al Congreso, y cuyo debate iniciado en enero de 1898, no estuvo exento de polémica al estar las posiciones muy enfrentadas entre los partidarios de la anexión y sus opositores, estos, como el Senador Demócrata por California S. M. White, se oponían a la anexión pues afirmaban que ya se controlaba a Hawaii sin necesidad de ésta, y que con ello se expandían en exceso las tareas militares estadounidenses, además de suponer nuevos problemas raciales y acelerar la denostada política colonial, aceptando tan sólo un protectorado sobre las islas, por el contrario, los defensores de la política presidencial esgrimían la importancia geoestratégica y comercial del archipiélago, amén de la sempiterna amenaza japonesa. Finalmente, la anexión se aprobó en marzo de 1898 por un amplio margen de 290 votos a favor y 91 en contra en la Cámara de Representantes y 42 a 21 en el Senado, y el 7 de julio siguiente el presidente McKinley la hizo oficial<sup>738</sup>.

¿Por qué entonces McKinley no concedió el *status* de beligerantes a los rebeldes cubanos ni reconoció la independencia de la isla, y en lugar de ello aumentó la intervención de Estados Unidos con el envío del Maine al puerto de La Habana el 24 de enero, si en teoría no era partidario de una implicación directa estadounidense en los asuntos internos de España? Como Cleveland con anterioridad, la política de McKinley respecto a Cuba parece confusa y es incomprensible si no se tienen en cuenta numerosos factores. Achacar el resultado final por entero al jingoísmo de una camarilla reunida en torno a T. Roosevelt sin duda facilita mucho su comprensión, pero no nos situará nunca más cerca de los verdaderos motivos que impulsaron a la Administración McKinley a la guerra con España.

Como ya hemos visto, la opinión pública estadounidense y su propio Partido Republicano estaban a favor de una Cuba libre, sin olvidar el recurso a la Doctrina Monroe para justificar el intervencionismo en la isla que la plataforma republicana de 1896 recogía expresamente, o el nunca olvidado anhelo anexionista respecto a la isla, además los intereses financieros y comerciales, cada día más hambrientos de mercados exteriores, iban viendo con mayor agrado la idea de hacerse con Cuba, amén de las pérdidas producidas por el conflicto al negocio estadounidense y cifradas

---

<sup>735</sup> LEECH, op. cit., p 98.

<sup>736</sup> Ibid., p. 115.

<sup>737</sup> Ibid., p. 170.

<sup>738</sup> LAFEBER, op. cit., p. 363-369.



por ellos mismos en cien millones de dólares anuales desde 1895<sup>739</sup>, y sobre todo Filipinas, éste último punto resultaba también muy atractivo a los partidarios de la adquisición de puntos clave de avituallamiento para la modernizada Armada estadounidense, y como base de acceso a los mercados asiáticos a ambos grupos les interesaba una intervención directa de Estados Unidos para poder beneficiarse de la previsible derrota española, tampoco hay que olvidar que algunos cubanos favorecían la intervención de Estados Unidos, como el líder patriótico Máximo Gómez que en febrero de 1897 no dudó en escribir a McKinley exhortándole a ello<sup>740</sup>; todo lo dicho sin perjuicio de los intereses humanitarios, geoestratégicos, de democratización y económicos que por sí misma Cuba despertaba en Estados Unidos.

Quizá el punto clave estribe en la falta de confianza de la Administración McKinley en los rebeldes cubanos, quien, como antes Cleveland, no contemplaba una Cuba independiente como el mejor de los escenarios en las actuales circunstancias, y sin duda que la perspectiva de una victoria rebelde apresuró los planes de intervención de su Administración<sup>741</sup>.

Bajo mi punto de vista, McKinley aplicó a Cuba un enfoque realista, más allá de las presiones que pudiera recibir del entonces Subsecretario de Marina T. Roosevelt. Prueba de ello serían su constante negativa a mantener contactos directos con los rebeldes y a concederles el *status* de beligerantes, su reticencia a reconocer la independencia de la isla mientras que al mismo tiempo condenaba a España sin cuestionar la soberanía de ésta sobre la misma, todo lo cual mantenía abiertas todas las opciones a Estados Unidos, desde la anexión a la independencia, pasando por la compra o la autonomía bajo España, pues la clave radicaba en que los rebeldes no se hiciesen directamente con el poder derrotando ellos mismos a España, pues ello hubiese mermado sustancialmente el radio de acción estadounidense. Lo que otorga a dicha política su realismo es que McKinley primó con ello en todo momento el interés nacional de Estados Unidos por encima de cualquier otra consideración, por mucho que tratase de jugar la carta humanitaria, no se puede ocultar el hecho de que al no ayudar directamente a los rebeldes mientras se seguía vendiendo armas a España, el esperar al último momento para desechar un escenario de autonomía bajo dominio español, o barajar en numerosas ocasiones la posibilidad de comprar la isla, lo que se lograba con todo ello era mantener viva la esperanza de que Cuba cayese finalmente del lado estadounidense, ya fuera expulsando a España del Caribe para convertirse en el centro de gravitación regional por el cual ninguna isla de la zona escapase a su influencia, ya fuese anexionándola, como sucedería con Hawaii el 7 de julio de 1898, o que en medio de la guerra con España fueran alegadas tanto la necesidad de bases navales para el conflicto como la importancia de Hawaii como punto de entrada a Oriente, en especial al mercado chino, siempre presente en las consideraciones de McKinley<sup>742</sup>.

---

<sup>739</sup> FONER, op. cit., p. 295.

<sup>740</sup> MORGAN, op.cit., p. 9.

<sup>741</sup> FONER, op. cit., p. 290.

<sup>742</sup> MORGAN, op. cit., p. 23 y 76.



### 3.a.3. *La guerra con España*

Si los planes de McKinley consistían en esperar la ocasión propicia que precipitase la intervención directa de Estados Unidos, los acontecimientos no se pudieron desarrollar de manera más favorable a la Casa Blanca. A la incapacidad de los contendientes para imponerse sobre su enemigo, lo que amenazaba con arruinar tanto a la corona española como a la isla, cuyas exportaciones a Estados Unidos habían bajado a la mitad entre 1894 y 1896<sup>743</sup>, se sumó el 9 de febrero de 1898 la publicación de una carta del entonces embajador español en Washington, Enrique Dupuy de Lome, en la que además de menospreciar a McKinley se reconocía la falsedad de las reformas anunciadas para Cuba, lo que produjo la pérdida del escaso crédito que aun tenía España entre la opinión pública y clase política estadounidenses<sup>744</sup>.

El hundimiento del buque Maine de la Marina estadounidense en la bahía de La Habana, que había sido enviado por el Gobierno Estadounidense como señal de buena amistad con España, el 15 de febrero de 1898, en el que murieron 268 marines y prontamente achacado a una acción de sabotaje española, sería la excusa perfecta para la declaración de guerra a España. Comenzó entonces una campaña de prensa contra España que, liderada por el *Journal* de W.R. Hearst, condenaba sin paliativos a agentes españoles de la explosión, sin esperar al informe final del Tribunal de Instrucción enviado por McKinley para esclarecer los hechos, de hecho, ni el propio Presidente estaba dispuesto a esperar dicho informe, si el 25 de febrero T. Roosevelt ya había ordenado al comodoro Dewey llenar de carbón sus barcos y bloquear a la Armada española en Filipinas de estallar la guerra entre Estados Unidos y España, orden nunca reconvenida por sus superiores, McKinley pediría al Congreso el 9 de marzo, a través de la Petición de Emergencia, 50 millones de dólares para gastos de defensa, en su mayoría para la Marina, medida que fue aprobada por unanimidad<sup>745</sup>.

Cuando el 28 de marzo se hizo público el informe del Tribunal de Instrucción achacando a una explosión externa el hundimiento del Maine, culpando con ello directamente a las autoridades españolas al estar bajo su control la seguridad del puerto de La Habana, la guerra era solo cuestión de tiempo. De nada sirvió que el informe español dictaminase que una explosión interna había causado el fatal desenlace, ni menos aun que los rebeldes hubiesen desarrollado un plan para comprar la isla por una cifra entre 100 y 200 millones de dólares<sup>746</sup>, la Administración McKinley había decidido que era hora de actuar.

En cualquier caso, para cuando McKinley declaró la guerra, eran muchas las voces que ya habían presionado para que Estados Unidos conquistase Cuba, así, Mahan la consideraba la isla más importante geoestratégicamente hablando del Caribe, y esencial para Estados Unidos si quería conservar su control de la cuenca, además de este modo se sacaría a la nación de su, según Mahan, tradicional

---

<sup>743</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>744</sup> FONER, *op. cit.*, p. 298.

<sup>745</sup> *Ibid.*, p. 305 y MORGAN, *op. cit.*, p. 45.

<sup>746</sup> FONER, *op. cit.*, p. 309-312.



aislamiento internacional<sup>747</sup> a través de una política más activa (tanto en el Caribe como en el Pacífico, aquí Hawai representaba un papel central para el control del resurgimiento japonés); para su amigo y aliado T. Roosevelt Cuba representaba la oportunidad de acabar con su odiado imperialismo español y demostrar así que la expansión estadounidense era irreversible, para Roosevelt dicha supremacía se basaba en su historia y en la superioridad de la civilización estadounidense<sup>748</sup> y no dudaba en recurrir a la guerra para alcanzar la adquisición territorial cubana.

El anuncio por parte del Gobierno Español de poner fin a los reconcentrados, de resolver el caso Maine mediante el arbitrio internacional y de pacificar la isla a través de un parlamento insular vino demasiado tarde<sup>749</sup>, el Congreso, parte del Gobierno y la opinión pública de Estados Unidos estaban ya a favor de la intervención armada, máxime cuando España se negaba a aceptar un punto esencial del programa norteamericano, como era la mediación estadounidense para poner fin al conflicto. De modo que cuando España anunció un armisticio el 10 de abril, a nadie se le ocurrió criticar a los cubanos que lo rechazaron por no ir asociado al reconocimiento de su independencia.

Hasta la declaración de guerra el 25 de abril de 1898, el Presidente McKinley contemporizó con un Congreso beligerante partidario del inmediato reconocimiento de la isla, mientras España anunciaba el 9 de abril el fin de las hostilidades, el Congreso pedía la ocupación de la isla tras su abandono por las fuerzas españolas. A la postre se aprobó la ley Teller que defendía la soberanía cubana limitando la intervención de Estados Unidos a su pacificación, único logro de la reluctante visión presidencial, ya que el Congreso aprobaría el ultimátum a España del día 20, el bloqueo naval dos días más tarde y el 24 la orden de marchar sobre Manila al Comodoro Dewey<sup>750</sup>. El que Estados Unidos estuviese dispuesto a luchar por Cuba en 1898 demostraba lo mucho que había cambiado el país desde la anterior crisis cubana de 1868-1876<sup>751</sup>.

En efecto, otra prueba más del realismo de la Administración McKinley lo podemos encontrar en el modo con que manejó la aprobación de la declaración de guerra por parte del Congreso, siempre buscando mantener el mayor radio de acción para Estados Unidos. Así, en su petición del 11 de abril al Congreso para autorizar al Presidente las medidas que considerara oportunas para acabar con el conflicto, en ningún momento mencionó la independencia cubana ni la existencia de la República Cubana, pero sí la necesidad de que Estados Unidos ayudase a formar las condiciones adecuadas para la creación de un gobierno estable en la isla tras la expulsión de España<sup>752</sup>.

Comenzó entonces lo que puede considerarse un antecedente de los debates en torno a la aprobación del futuro Tratado de París, con los Demócratas presionando

---

<sup>747</sup> ZIMMERMANN, op. cit. p. 235.

<sup>748</sup> *Ibid.* p. 225.

<sup>749</sup> LEECH, op. cit., p. 180.

<sup>750</sup> *Ibid.*, p. 182-190.

<sup>751</sup> HENDRICKSON, op. cit., p.264.

<sup>752</sup> FONER, ob.cit., p. 326.



para incluir el reconocimiento de la independencia de la isla en la declaración de guerra, y los Republicanos apoyando al Presidente en su enfoque más realista tendente a asegurar una más que probable ocupación de Cuba.

Tras el discurso presidencial la Cámara de Representantes aprobó por un amplio margen, 325 votos a favor por 193 en contra, la intervención de Estados Unidos en el conflicto y el establecimiento de un gobierno libre e independiente en la isla, para así no convertir la participación estadounidense en una guerra de conquista<sup>753</sup>. Cinco días más tarde el Senado iría más allá al sumar a lo anterior el reconocimiento de la República de Cuba por 51 votos a favor por 37 en contra, y ante la necesidad de llegar a un texto que el Presidente pudiera aceptar, el 20 de abril se aprobaba la definitiva resolución conjunta, con la inclusión de la Enmienda Teller “de renunciamiento” pero no de la aceptación de reconocimiento de gobierno efectivo alguno en la isla<sup>754</sup>, por 52 a 35 en Senado y por 311 a seis en Cámara de Representantes.

La Enmienda Teller, lanzada por el Senador H. M. Teller de Colorado, antiguo Republicano que se cambiaria al bando Demócrata tras defender en 1896 el bimetralismo frente al patrón oro, contenía cuatro puntos esenciales:

1. la libertad en independencia para el pueblo cubano,
2. la salida de las tropas españolas de la isla tras la renuncia de la soberanía española sobre la misma,
3. el reconocimiento del poder del Presidente de Estados Unidos para dirigir al ejército de la nación con el fin de llevar a la práctica tales resoluciones, y
4. como punto esencial para el futuro de Cuba “que los Estados Unidos por la presente renuncia a cualquier disposición o intención de ejercicio de soberanía, jurisdicción o control sobre dicha isla salvo para la pacificación y asegura su determinación, cuando aquella sea lograda, de dejar el gobierno y el control de la isla a su pueblo”<sup>755</sup>.

Si la Enmienda Teller fue fundamental para conseguir el apoyo bipartidista para aprobar la intervención directa de Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano, tras su aprobación para muchos resultaba claro que el probable desorden interno en la isla justificaría la permanencia de las tropas estadounidenses en Cuba, convirtiendo en papel mojado sus cláusulas, en especial la cuarta<sup>756</sup>.

Ese mismo día 20 de abril de 1898 España rompió sus relaciones diplomáticas con Estados Unidos, dos días más tarde, mediante la Proclamación presidencial 411, McKinley ordenaba el bloqueo naval de Cuba, al día siguiente, a través de la Proclamación 412 llamaba al reclutamiento de 125.000 voluntarios para llevar a la práctica la resolución conjunta del pasado día 20, y el 24 se ordenaba al comodoro Dewey atacar al puerto de Manila desde su base en Hong Kong, donde se encontraba

---

<sup>753</sup> *Ibíd.*, p. 337.

<sup>754</sup> *Ibíd.*, p. 342.

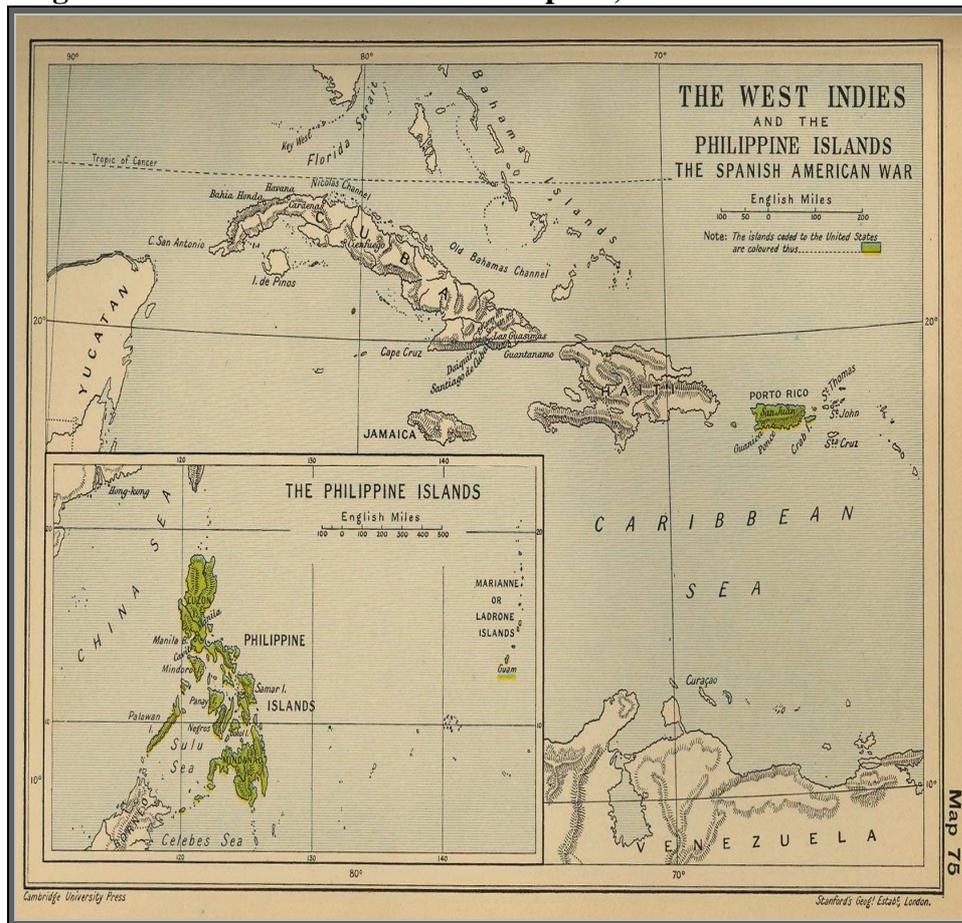
<sup>755</sup> Texto de la Enmienda Teller consultado en [www.sagehistory.net](http://www.sagehistory.net).

<sup>756</sup> FONER, *ob.cit.*, p 350.



desde el otoño de 1897<sup>757</sup>. Hasta el 25 de abril Estados Unidos no declararía de manera oficial el estado de guerra con España, en su mensaje al Congreso, el Presidente McKinley intentó dejar bien claro que había sido España quien había precipitado los hechos al no plegarse a las exigencias estadounidenses y retirar a su representante diplomático de Washington, lo que se aprobaba tal día era el mero reconocimiento del estado de guerra ya existente en la práctica<sup>758</sup>.

### La guerra de Estados Unidos contra España, 1898



Fuente: [www.emersonkent.com/map\\_archive/spanish\\_american\\_war.htm](http://www.emersonkent.com/map_archive/spanish_american_war.htm)

Sólo unos datos nos darán una idea del cambio que supuso para Estados Unidos la guerra con España, en 1898 su ejército estaba limitado por ley a 25.000 soldados y 3.000 oficiales, y ante la inminencia del conflicto el Congreso pidió el alistamiento de 125.000 voluntarios pero sólo se aprobó una elevación a 61.000 efectivos y por sólo dos años, estando las partidas presupuestarias destinadas al Departamento de Guerra estrechamente controladas por el Congreso<sup>759</sup>, y una vez iniciada la contienda, fue enviado a Cuba un contingente expedicionario de 17.000 efectivos, el de mayor número jamás enviado al extranjero hasta el momento, incluso tras la guerra el Congreso solo aprobaría el aumento a 65.000 efectivos más una

<sup>757</sup> MORGAN, ob.cit., p. 71.

<sup>758</sup> MCKINLEY, William, Carta al Congreso reconociendo el estado de guerra entre Estados Unidos y España del 25 de abril de 1898, texto consultado en [www.spanamwar.com/McKinleywardec.htm](http://www.spanamwar.com/McKinleywardec.htm).

<sup>759</sup> LEECH, ob.cit., p. 198.



infantería voluntaria de apoyo de 35.000 soldados, pero de carácter temporal a propuesta del Presidente<sup>760</sup>.

La “espléndida pequeña guerra” contra España, según la describió J. Hay, entonces embajador en Londres<sup>761</sup>, tras 332 muertos en combate y casi diez veces más bajas por enfermedad, supuso para Estados Unidos la obtención de un imperio, pues a su victoria y consecuente expulsión de España del Caribe hay que añadir el control de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, en total una población de 10 millones de habitantes<sup>762</sup> ajena por completo a las costumbres estadounidenses y por la que muy pocos se habían interesado hasta el momento. Las teorías de Mahan sobre la importancia capital del dominio naval probaron ser ciertas en la práctica, los modernos buques estadounidenses no tuvieron rival en la desvencijada Armada española; pero no existía nada parecido en el terreno de la dominación colonial, Estados Unidos carecía por completo de un manual de dominación y menos aun de un consenso sobre la materia.

Dados los confusos antecedentes de la guerra, se pueden conjeturar los siguientes como los motivos que llevaron a Estados Unidos a enfrentarse a España por Cuba:

1. Protección de los cubanos y los derechos humanos: por primera vez en su historia un Presidente estadounidense justificaba una intervención armada por cuestiones humanitarias, tanto en lo referente al trato a ciudadanos de Estados Unidos como a los propios cubanos, para McKinley en lo referente a la cuestión cubana

no hay respuesta en decir que todo lo que se encuentra en otro país, perteneciendo a otro país, no es cuestión nuestra...eso es especialmente nuestra tarea, porque es nuestro derecho a nuestras puertas<sup>763</sup>

2. Intereses comerciales: a inicios de la década de 1890 el control político español no se traducía en control económico, pues el 87 por ciento de las exportaciones cubanas se dirigían a Estados Unidos que importaba tres veces más de la isla que de cualquier otra nación americana; por si fuera poco, los intereses empresariales estadounidenses se veían afectados por el clima de inseguridad de la isla (como ejemplo, Elihu Root representaba el Sugar Trust norteamericano muy presente en Cuba<sup>764</sup>), de modo que la neutralidad estadounidense era perjudicial para sus propios intereses económicos, para el Secretario de Estado Sherman dichos intereses eran prioritarios, estando por encima incluso del respeto a los derechos humanos, de ahí que descartara la guerra o la anexión, lo que le valió el repudio de la opinión pública, que llegó a pedir su dimisión<sup>765</sup>, para Foner el componente económico fue en todo momento el que llevó la batuta en los cálculos estadounidenses sobre Cuba<sup>766</sup>;

---

<sup>760</sup> *Ibíd.*, p. 227 y 360.

<sup>761</sup> HERRING, *op. cit.*, p. 316.

<sup>762</sup> ZIMMERMANN, *op. cit.* p. 311.

<sup>763</sup> ZIMMERMANN, *op. cit.* 262.

<sup>764</sup> *Ibíd.* p. 250.

<sup>765</sup> LEECH, *ob.cit.* p. 151.

<sup>766</sup> FONER, *op. cit.*, p. 385.



3. Intereses de seguridad nacional: el último de los motivos esgrimidos por la Administración McKinley, para quien “la presente condición de asuntos en Cuba es una constante amenaza a nuestra paz”<sup>767</sup>.

Hasta el 20 de junio no llegarían las primeras tropas estadounidenses a Cuba<sup>768</sup>, desde entonces la guerra no fue ningún problema para la Casa Blanca, la flota española en Cuba se rindió el 3 de julio y Santiago caería el 14 del mismo mes, la flota española en Manila había sido vencida el 2 de julio, la rendición de las tropas hispanas en Cuba el 17 de julio precipitó el inicio de negociaciones vía París, así, Madrid se rendiría el 13 de agosto, al día siguiente de firmar con Washington el cese de hostilidades, con acuerdo sobre la renuncia española a Cuba y la cesión de Puerto Rico y otras islas a Estados Unidos, la evacuación de las tropas españolas y la retención de Manila por parte de Estados Unidos a la espera de dilucidar el destino del resto de islas a la negociación de las conversaciones de paz<sup>769</sup>, que darían comienzo en octubre en París, lo que en la práctica equivalía a retenerlas en su conjunto al retrasar su resolución<sup>770</sup>. Tanto durante la guerra, como en las conversaciones para poner fin a la contienda y en las negociaciones de paz, Estados Unidos no permitió en ningún momento la presencia de representantes cubanos en las mismas, postura que muestra de nuevo el enfoque realista aplicado por McKinley a la hora de resolver el conflicto con España.

Si con Cuba y Puerto Rico el Presidente McKinley no tenía dudas, se ocuparía la primera manteniendo su soberanía y se compraría la segunda, respecto a las Filipinas no existió tal claridad de ideas, primeramente se pensó en conservar sólo Manila y dejar el resto a España, pero el surgimiento de la guerrilla trastocó los planes del Ejecutivo, además en ambos partidos existían importantes sectores a favor de la ocupación de todo el archipiélago, visión compartida por el mundo empresarial y religioso, viendo en ello una forma de penetrar en el mercado asiático y de extender la cristiandad respectivamente, tampoco la opinión pública comprendería que se renunciase a todo el archipiélago ni que se vendiese parte de él a alguna otra potencia como Alemania, de hecho el propio Presidente finalmente admitió que retener sólo Manila aumentaría aun más la vulnerabilidad estratégica de las nuevas posesiones, lo que dejaba como única vía posible la tutela estadounidense en forma de protectorado con vistas a una futura independencia<sup>771</sup>. La paz se firmó entre vencedores y derrotados sin presencia ni de los rebeldes cubanos ni de los filipinos, incluso comenzando con estos últimos una guerra recién iniciada la ocupación del archipiélago, si bien las tropas de Aguinaldo se rendirían tras la captura de su líder y tres años de infructuosa guerra de guerrillas en la que Estados Unidos mostró su tenaz voluntad de retener los territorios comprados a España por 20 millones de dólares y que le abrían las puertas de Asia. Sofocar la revuelta filipina le costó al ejército norteamericano casi el doble de vidas y veinte veces el coste económico que la guerra

---

<sup>767</sup> ZIMMERMANN, op. cit. 262.

<sup>768</sup> MORGAN, op. cit., p. 77.

<sup>769</sup> FONER, op. cit., p. 44.

<sup>770</sup> MORGAN, op. cit., p. 84.

<sup>771</sup> LEECH, ob.cit., p. 283, 324 y 328.



contra España<sup>772</sup>, y un aluvión de críticas interno contra los métodos usados para doblegar el ánimo de los insurgentes.

La victoria aumentó la popularidad del Presidente, tanto dentro de Estados Unidos como en la escena internacional, así Washington estrechó sus lazos con Londres y a nivel interno crecieron sus apoyos dentro del partido al abrazar finalmente el expansionismo, incluso el Sur Demócrata lo apoyaba, más incluso que algunos Republicanos del Este y el Oeste, lo que unió aun más al país con las heridas de la Guerra Civil aun por curar, además el gran capital apoyaba la política del Presidente de fomento del comercio exterior estadounidense, esperando del expansionismo un modo útil para lograrlo<sup>773</sup>. Al esgrimirse motivos humanitarios como los más importantes a la hora de justificar la invasión, la guerra con España puede entenderse en la tradición de la Guerra Civil, es decir, como una extensión de ese moralismo vigorizado tras la victoria del Norte Republicano, además, la guerra gozó de tanto apoyo popular estadounidense puesto que envolvía cuestiones de interés nacional (económicos, geoestratégicos...), de ideales liberales (la defensa del modelo republicano y democrático frente al despotismo latino), de prejuicios raciales (tanto hacia los cubanos y filipinos como hacia los españoles) y certificaba el creciente poder de Estados Unidos en la arena internacional<sup>774</sup>.

#### **3.a.4. El Tratado de París**

El que aumentara la popularidad del Presidente y se hubiese cosechado un gran éxito militar, no implicaba que ambas circunstancias ahogasen por entero la oposición política interna a lo estipulado en el Tratado de París.

Para no perder en la paz lo que se había ganado en la guerra, el Presidente McKinley comenzó a dotar de mayor peso a la política exterior de Estados Unidos, pues con el nombramiento en agosto de 1898 de John M. Hay como Secretario de Estado, el Presidente rompía con la tradición de reservar el cargo por motivos de política interna, al fijarse más en la experiencia internacional del candidato<sup>775</sup>. Otra muestra de ello sería el cuidado puesto a la hora de nombrar a la comisión que representaría a Estados Unidos en las negociaciones de paz de París, McKinley nombró a un grupo que en su mayoría representaba su tendencia expansionista, con su ex Secretario de Estado W. R. Day, los Senadores C. K. Davis y W. P. Frye, su amigo personal W. Reid y el Senador G. Gray, único Demócrata y antiimperialista del equipo<sup>776</sup>.

Durante las negociaciones con España lo que más retrasó el acuerdo, aparte del destino final de las Filipinas, fue el tema relativo a la deuda española cubana, cifrada en unos 456 millones de dólares. Para esas fechas, diciembre de 1898, la

---

<sup>772</sup> Unos 400 millones de dólares, ZIMMERMANN, ob.cit. p. 413.

<sup>773</sup> LEECH, op. cit., p. 230.

<sup>774</sup> KAGAN, op.cit., p. 407.

<sup>775</sup> MORGAN, ob.cit., p. 85. Cabe recordar aquí que en 1869 el Departamento de Estado contaba sólo con 31 administrativos, y en 1881 dicha cifra ascendía a 50, pues “muchos americanos consideraban a la diplomacia el último refugio de la cobardía”, *Ibíd.*, p 3.

<sup>776</sup> FONER., ob.cit., vol. 2, p. 85.



Administración McKinley se había inclinado totalmente por la solución de conservar todo el archipiélago filipino, decisión tomada hacia finales de julio, y comunicada a la comisión destinada a París el 28 de octubre siguiente<sup>777</sup>, así que para resolver ambas cuestiones, la deuda y Filipinas, la comisión estadounidense propuso la compra a España de estas últimas por 20 millones de dólares, propuesta que fue aceptada de inmediato para lograr la firma del borrador del tratado el 10 de diciembre<sup>778</sup>.

El Tratado de París contenía 17 artículos, en los tres primeros se estipulaba la renuncia de la soberanía española sobre Cuba y la ocupación estadounidense de la misma, la cesión de Puerto Rico, Guam y otras islas a Estados Unidos y del archipiélago de Filipinas, seguidos de varios artículos relativos a la liberación de prisioneros de guerra, respeto a las propiedades privadas, a la libertad de religión (Art. 10), asuntos judiciales, la obligatoriedad de lo anteriormente estipulado para el futuro Gobierno cubano (Art. 16) y la necesidad de ratificación del Senado estadounidense del Tratado en los siguientes seis meses tras su recepción (Art. 17)<sup>779</sup>.

Así pues, y en consonancia con el ordenamiento constitucional, el Presidente McKinley debía someter el texto del Tratado a la aprobación del Senado, lo que sin duda no sería una tarea exenta de dificultades, dadas las diferencias de opinión que sobre Cuba se habían producido en el pasado.

La cuestión era de vital importancia, pues de no ratificarlo se corría el riesgo de perder las Filipinas, para entonces McKinley tenía claro que no podía devolverlas a España ni entregarlas a otra potencia, tampoco dejarlas al control de los propios filipinos pues temía que entonces reinase la anarquía, así que como única solución plausible aparecía la necesidad de que Estados Unidos las retuviera, y pese a que en julio de 1898 una encuesta de 65 periódicos dio como resultado un 43 por ciento de los encuestados a favor del imperio, 25 por ciento indecisos y sólo un 33 por ciento claramente en contra, y que la victoria en las elecciones de noviembre le habían dado el control de ambas cámaras al Partido Republicano, el Presidente McKinley desconfiaba aun de un Congreso dubitativo respecto al resultado de la guerra con España<sup>780</sup>.

Como el propio Presidente reconocía, en el Senado había varios grupos respecto al Tratado, los Republicanos en contra del mismo con Hoar y Hale a la cabeza, los Republicanos a favor, liderados por Lodge y Hanna, los Demócratas en contra y los Demócratas en torno a W. J. Bryan que estaban dispuestos a ratificarlo con tal de acabar cuanto antes con el conflicto con los guerrilleros filipinos. Como vemos, la oposición antiexpansionista no estaba unida salvo en su preferencia por una penetración económica en Asia, más que territorial, mientras el Republicano Hoar no favorecía la anexión de Filipinas por no contar con el beneplácito de sus ciudadanos, al contrario que en Hawaii, donde sí lo estaban y por ello había apoyado su anexión, los Demócratas llegaron incluso a presentar el 6 de diciembre, a través del Senador

---

<sup>777</sup> MORGAN, ob.cit., p. 80 y 98.

<sup>778</sup> FONER., ob.cit., vol. 2, p. 92.

<sup>779</sup> Tratado de París del 10 de diciembre de 1898, texto consultado en [www.homeofheroes.com/wallofthonor/spanish\\_am/18\\_treaty.html](http://www.homeofheroes.com/wallofthonor/spanish_am/18_treaty.html).

<sup>780</sup> MORGAN, ob.cit., p. 87-99.



por Missouri G. G. Vest, una resolución en contra de la expansión imperial por ser incompatible con la historia estadounidense, pues si no se convertía a Filipinas en un estado de la Unión no se tenía el derecho a poseerlas, ya que iría en contra de la Constitución al no recoger ésta la potestad para implantar gobiernos coloniales<sup>781</sup>.

El debate dio comienzo a mediados de diciembre, y como hemos visto, los principales argumentos esgrimidos para impedir la anexión de Filipinas fueron de carácter moral, constitucional e incluso raciales, pues para muchos Senadores, en especial del Sur, se dudaba que los filipinos pudiesen ser asimilados al sistema estadounidense. Las principales controversias giraron más entorno a las consecuencias de la guerra que a sus orígenes, usando ambos polos de la contienda, imperialistas y antiimperialistas, la tradición histórica norteamericana para legitimar su particular visión del presente<sup>782</sup>.

Para el Senador Republicano por Massachusetts George Hoar, al pretender la Administración McKinley subyugar

un pueblo distante, habitando en los trópicos, extraños en sangre, muchos de ellos Musulmanes en fe, incapaces de hablar o comprender nuestro lenguaje, para quienes las tradiciones y las doctrinas de libertad civil son desconocidas, será el tiempo de señalar los terribles resultados y castigos que esta desviación de nuestros principios constitucionales nos traerá.

La cuestión es esta: ¿tenemos el derecho, como sin duda tenemos el poder físico, de entrar en el gobierno de doce millones de gente sometida sin control constitucional?<sup>783</sup>

Hoar respetaba la Constitución por encima de todo, y por ello rechazaba justificar el control de las islas mediante el subterfugio de la carga del hombre blanco, pues “niego su proposición y le digo que no puede encontrar nada en el texto de la Constitución o en la exposición de los padres (fundadores), o en los fallos de las cortes hasta el día de hoy, que autorice o apoye su doctrina”<sup>784</sup>.

Para Hoar la cuestión era “si el Congreso puede conquistar o gobernar, sin su consentimiento y en contra de su voluntad, una nación extranjera, un pueblo lejano, distinto y numeroso, un territorio que en el futuro no será poblado por americanos, ni formado en estados americanos”<sup>785</sup>, con el objetivo no de beneficiar al pueblo estadounidense, sino a ese mismo pueblo conquistado en contra de su voluntad.

Por ello estimaba que conceder tal poder al Presidente, gobernar sobre un pueblo sin tener en cuenta su consentimiento y fuera del marco de la Unión, era contrario a la Constitución y a la herencia de los padres fundadores, y tampoco creía que tal medida pudiese justificarse aduciendo que el espíritu de la Constitución ya no podía ser el mismo para una nación de 13 estados y tres millones de habitantes que

<sup>781</sup> *Ibíd.*, p. 101 y FONER, *ob.cit.*, vol. 2, p. 99.

<sup>782</sup> HENDRICKSON, *ob.cit.*, p. 266-268.

<sup>783</sup> HOAR, George, discurso La lujuria en pos del Imperio, texto consultado en <http://academic.brooklyn.cuny.edu/history/johnson/hoar.htm>

<sup>784</sup> *Ibíd.*

<sup>785</sup> *Ibíd.*



para los Estados Unidos de 1898. De hecho, Hoar preguntaba al Presidente “¿Dónde en la Constitución está la concesión del poder de ejercer la soberanía donde tú no tienes propiedad?”<sup>786</sup>, ya que el propio McKinley aseguraba que “no estaba pensando en la propiedad de la tierra”<sup>787</sup> en Filipinas. Por ello Hoar describía su postura de la siguiente manera

admito que tiene (el Presidente) el derecho de adquirir territorio para propósitos constitucionales, y puede retener territorios y gobernar hombres en ellos para el propósito constitucional de asentar un gobierno o para el propósito constitucional de admitirlos como un estado. Niego el derecho de retener un territorio o adquirir una propiedad para cualquier propósito no contemplado por la Constitución. El gobierno de un pueblo extranjero en contra de su voluntad no es un propósito constitucional sino un propósito expresamente prohibido por la Constitución<sup>788</sup>

A Hoar le parecía absurdo defender el gobierno sobre los filipinos comparándolo con el ejercido sobre los indios nativos de América o equiparando su situación con la de los esclavos del Sur, pues para él

bajo la Declaración de Independencia no puedes gobernar un territorio extranjero, un pueblo extranjero, distinto al tuyo propio; no puedes subyugarlo y gobernarlo en contra de su voluntad, porque creas que es por su bien, cuando ellos no lo ven así; porque creas que les vas a conceder las bendiciones de la libertad. No tienes el derecho en la boca del cañón de imponer sobre un pueblo reacio tu Declaración de Independencia y tu Constitución y tus nociones de libertad y tus nociones de lo que es bueno<sup>789</sup>

De hacerlo, según Hoar, de imponer su voluntad sobre los filipinos, los estadounidenses corrían el riesgo de ser señalados y censurados como hipócritas, al igual que siglos atrás los Fariseos.

De todos modos, el control de ambas cámaras por los Republicanos y el apoyo popular mostrado el noviembre anterior, lograron que el Tratado fuese ratificado el 6 de febrero de 1899 por 57 votos a favor, entre ellos el del Senador Teller, y 27 en contra, tan sólo dos días después del comienzo de la guerra con las guerrillas de Emilio Aguinaldo, quien había proclamado la República Filipina el 5 de enero anterior<sup>790</sup>. Tras la ratificación estadounidense llegó la española el 19 de marzo, el 11 de abril el Tratado se proclamó públicamente y el 1 de mayo Estados Unidos hizo efectivo el pago a España de la suma acordada en el mismo, y que había sido aprobado por el Congreso el 2 de marzo anterior<sup>791</sup>.

Pese al nuevo papel de Estados Unidos como potencia mundial, y como sucediera con cada anterior expansión territorial, surgieron numerosas voces

---

<sup>786</sup> *Ibíd.*

<sup>787</sup> *Ibíd.*

<sup>788</sup> *Ibíd.*

<sup>789</sup> *Ibíd.*

<sup>790</sup> MORGAN, *ob.cit.*, p. 106.

<sup>791</sup> MCKINLEY, W., Tercer discurso anual del 5 diciembre de 1899, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29540&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29540&st=&st1=).



discordantes fuera del mundo político a cerca del carácter imperial del nuevo *status* nacional. Los llamados *goo-goos* (enfrentados a los *jingos*)<sup>792</sup> se unieron en junio de 1898 en torno a la Liga Antiimperialista, cuyo primer presidente sería el Republicano G. S. Boutwell, antiguo Secretario del Tesoro en la Administración Grant<sup>793</sup>. Una vez más, el debate se centró en los peligros que representaba la conversión de Estados Unidos en potencia imperial para la supervivencia de su modelo Republicano y democrático, según los antiimperialistas el carácter nacional sancionado en la Constitución se ponía en peligro al vincular la seguridad nacional con la de un archipiélago tan distante como el filipino, además temían que las libertades se viesan afectadas a nivel doméstico por el aumento del poder gubernamental<sup>794</sup>, también pensaban que la defensa de los intereses económicos en el extranjero comenzaba a erosionar los principios básicos de Estados Unidos<sup>795</sup>, y con ello se ponía en tela de juicio los aspectos providenciales de la teoría del destino manifiesto, considerada así una mera justificación del poder del más fuerte ejercido sobre el débil, aunque también existían meras diferencias de fondo, como que la nación no iba a sacar tanto beneficio económico del control de Filipinas, que las caducas instituciones imperialistas eran inferiores a las modernas relaciones comerciales para influir en el devenir de otros pueblos, o que el contacto con otras culturas ponía en peligro la pureza de la cultura estadounidense<sup>796</sup>.

La Liga Antiimperialista se convirtió en el foro social más importante donde recoger la oposición a las políticas expansionistas de la Administración McKinley. Como se puede comprobar en el discurso ofrecido por el Republicano Carl Schurz en la Conferencia Antiimperialista de octubre de 1899 en Chicago, las objeciones se centraban en la no aplicación de los principios de la Revolución Americana a las Filipinas, en el sacrificio de los soldados estadounidenses o en la extensión de la soberanía de Estados Unidos a través de los métodos utilizados antes por los tan denostados españoles. La figura de Carl Shurz anticipó en muchos aspectos a aquellos que dos décadas más tarde, en torno a los Irreconciliables, se unirían a la oposición contra la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones del Presidente Wilson.

Carl Schurz, Republicano y antiesclavista desde sus inicios políticos, con Lincoln ya sería nombrado embajador en España, ayudando a formar en 1872 el Partido Republicano Liberal por oposición a las políticas del Presidente Grant, lo que no le impidió formar parte del Gobierno del Republicano R. Hayes como Secretario de Interior de 1877 a 1881. En la década siguiente su disidencia política se mostraría de nuevo al apoyar alternativamente a los Demócratas con G. Cleveland y a los Republicanos con McKinley, ya que disentía de la política monetaria de W. J. Bryan, pero la guerra con España le alejó definitivamente del Presidente al unirse a la causa antiimperialista<sup>797</sup>. Como él mismo dijera

---

<sup>792</sup> MEAD, op. cit. p. 328.

<sup>793</sup> FONER, op. cit., vol. 2, p. 93.

<sup>794</sup> HUNT, op. cit. p. 39-40.

<sup>795</sup> MEAD, op. cit. p. 330.

<sup>796</sup> STEPHANSON, ob.cit. p. 101-105.

<sup>797</sup> Datos biográficos consultados en [www.balchinstitute.org/manuscript\\_guide/html/schurz.html](http://www.balchinstitute.org/manuscript_guide/html/schurz.html)



Sostenemos que la política conocida como imperialismo es hostil a la libertad y tiende al militarismo, un demonio del que ha sido nuestra gloria mantenernos alejados [...] insistimos en que la subyugación de cualquier pueblo es “agresión criminal” y abierta deslealtad a los principios de nuestro gobierno [...] Demandamos el cese inmediato de la guerra contra la libertad, empezada por España y continuada por nosotros [...] Los Estados Unidos no pueden actuar bajo la herejía de que el poder hace la ley [...] El enemigo está en nuestra casa. El intento de 1861 fue para dividir el país. Éste de 1899 es para destruir sus principios fundamentales y sus ideales más nobles<sup>798</sup>

Schurz criticaba a McKinley porque “esa guerra fue proclamada a toda la humanidad por ser una guerra de liberación, y no de conquista”<sup>799</sup> y por engañar a los filipinos al transformar el tratado de paz pues “no fue un tratado de paz en absoluto [...] fue, en primer lugar, una brutal declaración de guerra abierta contra nuestros aliados, los filipinos quienes lucharon por la libertad y la independencia del dominio extranjero”<sup>800</sup>, por ello reclamaba que, tras declarar el armisticio, Estados Unidos concediese la independencia al pueblo filipino, incluida la capital Manila, además, Schurz estaba en contra “de la bárbara noción de que para tener un comercio lucrativo con un país debemos poseerlo”<sup>801</sup>. Por si fuera poco, la política expansionista aumentaría las sospechas en el continente hacia Estados Unidos, lo que repercutirá negativamente en la seguridad nacional. Para Schurz, aquellos que reclamaban las Filipinas por los imperativos del destino manifiesto lo hacían ya que “el lloriqueo del destino es apto para ser el refugio de intentos malignos y de la cobardía moral”<sup>802</sup>. Pero sobre todo, para Schurz se trataba de proteger a la nación de los peligros del imperialismo que convertía a la bandera nacional

en el emblema de la hipocresía que busca cubrir una guerra de conquista y subyugación con un manto de humanidad y religión; en el emblema de esa avaricia tratará un asunto que envuelve nuestro honor nacional, la integridad de nuestras instituciones, y la paz y el carácter de la república como una mera cuestión de dólares y centavos [...] ¿Quiénes son los verdaderos patriotas en América hoy [...] aquellos que violentan su propio sentido moral insistiendo que ... un curso criminal una vez empezado se debe persistir, o aquellos que, sin miedo al clamor demagogo, luchan por hacer de la bandera de la república una vez más lo que fue-la bandera de la justicia, libertad y verdadera civilización...? [...] Estoy abogando por la causa del honor americano, los intereses americanos, la democracia americana<sup>803</sup>

Acusaba también directamente a McKinley de meter a Estados Unidos en una guerra malvada, engañando a los filipinos, antiguos aliados frente a España, y de subvertir el orden constitucional estadounidense al apropiarse el Ejecutivo la facultad de declarar

---

<sup>798</sup> SCHURZ, Carl *The Policy of Imperialism*, discurso pronunciado en ocasión de la Conferencia Antiimperialista de la Liga Antiimperialista el 17 de octubre de 1899, texto consultado íntegro en [www.antiimperialist.com](http://www.antiimperialist.com)

<sup>799</sup> *Ibíd.*

<sup>800</sup> *Ibíd.*

<sup>801</sup> *Ibíd.*

<sup>802</sup> *Ibíd.*

<sup>803</sup> *Ibíd.*



la guerra reservada al Congreso, en resumen, “una política siempre fatal para la democracia”<sup>804</sup>.

No en vano, para Schurz, como ya dejara claro a raíz del enfrentamiento entre Venezuela y Gran Bretaña en 1895, “la paz internacional, mantenida con justicia y honor, es un principio americano y un interés americano”<sup>805</sup>, no entendiendo cómo algunos de sus compatriotas podían llegar a pensar que el país “necesita guerras externas para evitar que su virilidad caiga en la ineficacia”<sup>806</sup> y tras preguntarse cual sería el papel que una potencia tan grande como Estados Unidos debía jugar en la escena internacional, defendería los clásicos argumentos del unilateralismo aislacionista que desde los tiempos de G. Washington y J. Q. Adams informaban la política exterior nacional, pues para Schurz

con todos sus recursos latentes para la guerra, debe ser la gran potencia pacífica del mundo. No debe olvidar nunca qué gran privilegio y qué inestimable bendición es el no necesitar y el no tener grandes ejércitos y marinas que soportar. Debe buscar influenciar a la humanidad, no con artillería pesada, sino con el buen ejemplo y el consejo sabio. Debe ver su mayor gloria, no en las batallas ganadas, sino en las guerras evitadas. Debe ser tan invariablemente justa y honesta, tan de confianza, tan bien templada, tan conciliadora, que otras naciones se tornen instintivamente a ella como su mutua amiga y el natural mediador en sus diferencias, convirtiéndole así en la mayor preservadora de la paz mundial. Esto no es una mera fantasía idealista. Es la posición natural de ésta gran república entre las naciones de la tierra. Es su más noble vocación, y será un día glorioso para los Estados Unidos cuando el buen sentido y el autorrespeto del pueblo americano lo vea como su `destino manifiesto`<sup>807</sup>

Nada más lejos de estas palabras que la guerra de 1898 contra España y la consiguiente adquisición de un imperio tan lejano como extraño a la mayoría de los estadounidenses. Para Schurz el legado de G. Washington seguía tan vigente en 1900 como en 1789, ya que el primer Presidente de Estados Unidos quiso como misión para su nación

observar la buena fe y la justicia hacia todas las naciones, cultivar la paz y la armonía con todas [...] será digno de una libre, ilustrada y, no en mucho tiempo, gran nación, el dar a la humanidad el magnánimo y demasiado nuevo ejemplo de un pueblo siempre guiado por unas exaltadas justicia y benevolencia. En ello Washington vio el primer favor primordial concedido a este pueblo, y también nuestra tarea en la extensión de dicha bendición sobre las naciones, no por la fuerza de las armas, sino a través del poder moral del ejemplo<sup>808</sup>

Además, gracias a las condiciones geográficas de Estados Unidos y a sus inmensos recursos, para Schurz estaba claro que “incluso todos nuestros deseos

---

<sup>804</sup> *Ibíd.*

<sup>805</sup> SCHURZ, Carl, “The True Americanism”, discurso emitido ante la Cámara de Comercio de New York el 2 de enero de 1896, texto consultado en [www.trip.net/~bobwb/schurz/speech/americanism.html](http://www.trip.net/~bobwb/schurz/speech/americanism.html)

<sup>806</sup> *Ibíd.*

<sup>807</sup> *Ibíd.*

<sup>808</sup> SCHURZ, Carl, “For the Republic of Washington and Lincoln”, discurso emitido ante la Liga antiimperialista el 22 de febrero de 1902, texto consultado en [www.trip.net/~bobwb/schurz/speech/washlin.html](http://www.trip.net/~bobwb/schurz/speech/washlin.html)



concernientes a Cuba probablemente hubiesen sido concedidos por España sin disparar una sola arma, si sólo hubiésemos esperado”<sup>809</sup>. Desde luego para Schurz la nueva dirección que tomaba la política exterior de la Casa Blanca iba en contra del legado washingtoniano, ya que el nuevo diseño de la Administración McKinley implicaba, según Schurz, el que “no debemos contentarnos por más tiempo con hacer de este vasto continente el hogar de un pueblo, libre, pacífico y feliz, con el esfuerzo honesto de [...] avanzar la causa de la libertad y civilización entre las naciones con la fuerza moral del ejemplo”<sup>810</sup>, bien al contrario, la nueva política expansionista implicaba para Schurz

que debemos tener grandes barcos y ejércitos para jugar un nuevo papel en los asuntos mundiales, que debemos convertirnos en conquistadores para expandir nuestro comercio y tener lejanas posesiones y mandar sobre pueblos extraños como nuestros súbditos –sin importar cual haya sido el diseño original de nuestra República ni los principios fundamentales de nuestra democracia<sup>811</sup>

Que la conquista de las Filipinas fuese entregada a sus manos por la Providencia de Dios, como el presidente McKinley había afirmado el 16 de febrero de 1899, era para Schurz completamente falso, lo que en realidad escondía su Administración era que la guerra fue “deliberadamente planeada con un cálculo frío del beneficio”<sup>812</sup>; a lo que habría que sumar el trato dado a la resistencia filipina contra España, de aliados en la guerra a subyugados combatidos en la conquista, no permitiéndoles ni estar presentes en el tratado de paz con el antiguo enemigo común, donde

nuestros comisionados de paz en Paris [fueron instruidos] para obtener de España la cesión de su soberanía sobre Filipinas, no para el pueblo de esas islas, sino para los Estados Unidos [...] este procedimiento supone de nuestra parte la más grosera traición a nuestros propios principios declarados<sup>813</sup>

Además, Schurz veía en la ocupación de Filipinas una fuente inagotable para el crecimiento del ejército nacional, ya que

necesitamos allí, para el reforzamiento de esa soberanía, el mayor ejército que esta república haya tenido en servicio activo en el terreno, excepto durante nuestra Guerra Civil, un ejército tres veces más grande que el que teníamos en la guerra revolucionaria, o en la guerra de 1812, o en la guerra con México, o en Cuba en la última<sup>814</sup>

Aumento que sería en vano ya que, parafraseando a Shakespeare en una cita que sin duda profetizaba por lo que Estados Unidos pasaría en más de una ocasión a lo largo del siglo XX e inicios del XXI, Schurz anticipaba que

---

<sup>809</sup> *Ibíd.*

<sup>810</sup> *Ibíd.*

<sup>811</sup> *Ibíd.*

<sup>812</sup> *Ibíd.*

<sup>813</sup> *Ibíd.*

<sup>814</sup> *Ibíd.*



aquellos que continúan su lucha por la libertad permanecerán siempre como los héroes de su pueblo, y cualquier banquete que como soberanos extranjeros les podamos ofrecer, la sombra de su independencia traicionada y asesinada siempre reclamará, como el fantasma de Banco, el primer asiento en el bote<sup>815</sup>

Para Schurz, si el modo en que Estados Unidos se hizo con Filipinas “es el espíritu que anima a la juventud de América, entonces la gran República Americana dejará pronto de ser un estímulo al progreso de la libertad política y se convertirá en una ejemplo de alarma para todo el mundo”<sup>816</sup>, ya que “ese es el espíritu del imperialismo”<sup>817</sup>, que si bajo monarquías o aristocracias es posible, no lo es en Estados Unidos pues “hay cosas [...] que no pueden ser hechas por una democracia basada en el sufragio universal, sin desmoralizarla fatalmente como democracia, y una de esas cosas es el gobierno arbitrario como súbditos de pueblos extranjeros”<sup>818</sup>, pues para Schurz, mostrando a las claras el rechazo del realismo que llegaría de la mano de T. Roosevelt por parte de los seguidores de la tradicional política unilateralista aislacionista

apenas puedo imaginarme un tipo de gobierno más repelente que una democracia que ya no cree en anda, y en la que todas las ambiciones están dirigidas por un uso egoísta del poder. Y evidentemente hacia esta dirección nos está conduciendo la política del imperialismo<sup>819</sup>

Para Schurz, de nuevo proféticamente, las implicaciones de tal comportamiento en las Filipinas tendrían también consecuencias fatales para las relaciones con las repúblicas del sur de América, pues si llegaban a percibir a Estados Unidos como un peligro

en constante miedo por nuestra avaricia y perfidia, estarán dispuestos, en caso de complicaciones críticas, a unirse incluso a potencias del viejo mundo contra nosotros, y tendremos enemigos secretos o abiertos en lugar de amigos de confianza a nuestras puertas<sup>820</sup>

Por todo ello, Schurz no veía otra salida para el pueblo norteamericano más que renunciar a las conquistas de 1898 y mostrar al mundo que

aunque los poderes de su gobierno puedan servir de base por algún tiempo a hombres de ambición equivocada, el pueblo americano es honesto, y puede contarse con él para resistir las más fuertes tentaciones, la intoxicación de la victoria [...] para que lo honrado, la justicia y la libertad prevalezcan [...] este es el idealismo querido por George Washington<sup>821</sup>

En el mismo tono se expresaría el vicepresidente de la Liga Antiimperialista, el influyente profesor de Yale William G. Sumner, defensor del darwinismo social y

---

<sup>815</sup> *Ibíd.*

<sup>816</sup> *Ibíd.*

<sup>817</sup> *Ibíd.*

<sup>818</sup> *Ibíd.*

<sup>819</sup> *Ibíd.*

<sup>820</sup> *Ibíd.*

<sup>821</sup> *Ibíd.*



del *laissez-faire* económico y contrario tanto a los programas de bienestar social como al imperialismo de la Administración McKinley, así en su artículo de 1899 “The Conquest of the United States by Spain”, Sumner intentaría mostrar cómo

a causa de la línea de acción ahora propuesta a nosotros, que llamamos expansión e imperialismo, estamos despreciando algunos de los elementos más importantes del símbolo americano y estamos adoptando algunos de los elementos más importantes del símbolo español<sup>822</sup>

quien siendo “el primero, por mucho tiempo el más grande, de los modernos Estados imperialistas”<sup>823</sup>, y por el contrario “Estados Unidos, por sus origen histórico, sus tradiciones, y sus principios es el mayor representante de la revuelta y reacción contra tal tipo de Estado”<sup>824</sup>. Pero habiendo vencido a España militarmente,

nos estamos sometiendo a ella en el campo de las ideas y las políticas. Expansionismo e imperialismo no son más que viejas filosofías de prosperidad nacional que han llevado a España a donde está ahora. Esas filosofías apelan a la vanidad y codicia nacionales [...] son engaños y nos conducirán a la ruina<sup>825</sup>

Viendo el origen de la guerra en los intereses de ciertos partidos en Washington, y que luego se vendió al pueblo americano bajo nuevos eslóganes para su legitimación, creía que

lo más importante que heredaremos de los españoles será la tarea de suprimir rebeliones. Si Estados Unidos quita de sus manos la misión a España, con la excusa de que España no la realiza bien, y si esta nación en su lugar pretende ser la maestra de escuela de otras, se marchitará en la misma vanidad y engreimiento de los que España es ahora un ejemplo [...] la razón por la que la libertad, de la que los americanos hablan tanto, es algo bueno es porque significa dejar a los pueblos vivir sus propias vidas a su modo, mientras nosotros hacemos lo mismo<sup>826</sup>

Pero el que no debiera gobernar Filipinas no implicaba para Sumner que se tuviese que anexionar las mismas, “lo que necesitamos es más intensidad, no más extensión [...] no es sabio tomar dentro de un Estado como éste un elemento extranjero que no es natural al mismo”<sup>827</sup>, por ello Estados Unidos debía “darles la independencia y

---

<sup>822</sup> SUMNER, William G., discurso “The Conquest of the United States by Spain” del 16 de enero de 1899, texto consultado en <http://praxeology.net/WGS-CUS.htm>.

<sup>823</sup> *Ibíd.*

<sup>824</sup> *Ibíd.*

<sup>825</sup> *Ibíd.* De hecho, “el patriotismo está siendo prostituido en una intoxicación nerviosa que es fatal para una aprehensión de la verdad”, *Ibíd.* pues “asumimos que lo que nos gusta y practicamos, y lo que pensamos debe llegar como una bendición bienvenida a los hispanoamericanos y filipinos. Esto no es cierto obviamente. Ellos odian nuestros modos. Son hostiles a nuestras ideas”, *Ibíd.*

<sup>826</sup> *Ibíd.* Para Sumner “es esa disposición a decidir de pronto que algunos pueblos no están preparados para la libertad y el autogobierno la que da relativa verosimilitud a la doctrina de que todos los hombres son iguales”, *Ibíd.* y por ello se saca la conclusión de que “la libertad para ellos debe ser gobernada por nosotros”, *Ibíd.*, pero muy al contrario “los americanos se han encomendado desde el principio a la doctrina de que todos los hombres son iguales”, *Ibíd.*, si bien ahora “al primer toque de la prueba tiramos a un lado la doctrina y adoptamos la española”, *Ibíd.*

<sup>827</sup> *Ibíd.*



dejarles ganarse su salvación o que vayan sin ella”<sup>828</sup>, pues nada más peligroso para la nación que extender su acción exterior a todos aquellos pueblos que no puedan gobernarse a sí mismos, en una lucha incesante por la gloria nacional. Es decir, para Sumner Estados Unidos no debía emprender ninguna cruzada en nombre de la Promoción de la Democracia, ya que

la cuestión del imperialismo, entonces, es la cuestión de mostrar lo falso del origen de nuestra existencia nacional estableciendo un sistema colonial del viejo tipo español, incluso si tenemos que sacrificar nuestro sistema político y civil existente para hacerlo<sup>829</sup>

Sumner temía además que Estados Unidos consagrase su Marina a “una repetición de las guerras del siglo XVIII por colonias, por la supremacía del mar, por el comercio, por la supremacía mundial y por el resto de las pesadas locuras contra las que nuestros padres lucharon para liberarse”<sup>830</sup>, pues ¿qué podría conducir a Estados Unidos a abandonar su tradición basada en la libertad y pasar a ser como las naciones europeas? Para Sumner “la respuesta es: la guerra, la deuda, los impuestos, la diplomacia, un gran sistema gubernamental, la pompa, la gloria, una gran Armada y un gran Ejército, gastos abundantes, las intrigas políticas- en una palabra, el imperialismo”<sup>831</sup>, pues “la expansión y el imperialismo son las grandes amenazas para la democracia”<sup>832</sup> estando así en guerra con las mejores tradiciones, principios e intereses del pueblo americano, de hecho, para Sumner “lo que estamos haciendo al abandonar ese bendito aislacionismo es correr tras una parte del problema”<sup>833</sup>, ya que

no podemos gobernar dependencias consistentemente con nuestro sistema político, y si lo intentamos, el Estado que nuestros padres fundaron sufrirá una reacción que lo transformará en otro imperio del mismo modelo que todos los viejos [...] y la república democrática, que ha sido, permanecerá en la historia como una mera forma transitoria

Contra lo que Sumner se estaba rebelando en verdad era contra el incipiente internacionalismo conservador que Theodore Roosevelt pondría en práctica al llegar a la presidencia tras la muerte de W. McKinley, cuyas raíces, como veremos, se encuentran en el realismo europeo tan despreciado por Sumner y cuyas primeras manifestaciones se dieron en el modo de entrar en guerra con España y a la hora de justificar la toma de Filipinas, no en vano, Sumner reclamaba no alejarse de la “tradición y la doctrina establecida”<sup>834</sup> por los padres fundadores, para quienes

no tenía que haber gran diplomacia, porque trataban de dedicarse a lo suyo y no estar envueltos en las intrigas a las que los Estados europeos estaban

---

<sup>828</sup> *Ibíd.*

<sup>829</sup> *Ibíd.*

<sup>830</sup> *Ibíd.*

<sup>831</sup> *Ibíd.*

<sup>832</sup> *Ibíd.*

<sup>833</sup> *Ibíd.*

<sup>834</sup> *Ibíd.*



acostumbrados. No tenía que haber ningún balance de poder ni razón de Estado que costara la vida y la felicidad de los ciudadanos<sup>835</sup>

Otro miembro de la Liga Antiimperialista, Mark Twain, quien ingresaría en la misma tras un periplo por medio mundo como corresponsal, tenía bien claro lo que Estados Unidos debió hacer con las islas Filipinas

Dewey debió haber abandonado Manila inmediatamente después de destruir a la flota española, habiendo plantado en la playa una advertencia que garantizase las propiedades y las vidas de los extranjeros allí residentes contra cualquier ataque de los filipinos y advirtiendo a las grandes potencias que cualquier interferencia con los patriotas emancipados sería considerada un acto hostil hacia Estados Unidos. Las potencias no logran combinarse, si siquiera para una mala causa y la advertencia hubiese sido respetada [...] haber dejado que los ciudadanos filipinos decidiesen la forma de gobierno que más les agradase<sup>836</sup>

Pero en lugar de ello, en Filipinas Estados Unidos jugó “como lo hizo el Sr. Chamberlain en Sudáfrica [...] y perdimos la ocasión de sumar otra Cuba y otro gesto honorable a nuestra historia”<sup>837</sup>. Es decir, para los antiimperialistas Estados Unidos sí que tuvo la oportunidad de obrar de forma distinta en Filipinas, y ni la Providencia ni la asimilación benevolente tan cacareadas por el presidente McKinley obligaban a la nación a hacerse cargo del destino de pueblos remotos y extraños.

A pesar de que el movimiento antiimperialista contara con importantes miembros, como el magnate Andrew Carnegie, o los periodistas Edwin Godkin y Carl Schurz, y como hemos visto, el celeberrimo escritor Mark Twain, los partidarios del imperio no dejaron escapar la ocasión, y el Congreso estadounidense votó todas y cada una de las disposiciones a favor del mismo, como el Senador Republicano por Vermont Redfield Proctor, quien consideraba, tras haber realizado una visita a la isla en marzo de 1898, que había que intervenir en Cuba no por el interés de Estados Unidos, sino para librar a los cubanos del peor Gobierno que había conocido jamás<sup>838</sup>.

De modo que cuando el Presidente McKinley fue atacado por el anarquista de 28 años, de familia polaca emigrada a Detroit, Leon Czolgosz, el 6 de septiembre de 1901, provocando su muerte ocho días más tarde, Estados Unidos se había convertido irremediamente en un imperio más, menos importante que el británico o francés, pero inmerso en la lucha por el reparto mundial en esferas de influencia, siendo el Caribe y el Pacífico las más preciadas para Estados Unidos. De hecho, para autores como Morgan, 1898 más que una novedad supondría la culminación del proceso por el cual Estados Unidos se convertía en una potencia mundial debido a su peso militar y económico y también a la grandeza de sus instituciones<sup>839</sup>.

---

<sup>835</sup> *Ibíd.* Si mediante la guerra con España algunos miembros destacados de la política nacional, como T. Roosevelt, buscaban el engrandecimiento nacional, para Sumner “mantener esa opinión es abandonar todos los estándares americanos, avergonzarse y desdeñar todo cuanto nuestros ancestros intentaron construir aquí, e ir hacia los estándares de los que España es representativa”, *Ibíd.*

<sup>836</sup> TWAIN, Mark *Antiimperialismo. Patriotas y Traidores*, Icaria Editorial, Barcelona, 2006, p. 36.

<sup>837</sup> *Ibíd.*, p.36.

<sup>838</sup> LAFEBER, *op. cit.*, p. 391.

<sup>839</sup> MORGAN, *op. cit.*, p. 113.



Tras resolver satisfactoriamente el debate en torno a los resultados de la guerra, tocaba ahora saber qué hacer con los nuevos territorios. Hasta el momento la expansión estadounidense se había debido a causas como el deseo de aumentar el número de espacios esclavistas o la mera expansión comercial, pero ahora habían primado intereses estratégicos y políticos nuevos, como la necesidad de controlar la cuenca caribeña ante la construcción del futuro Canal de Panamá o la defensa de poblaciones extranjeras, respectivamente<sup>840</sup>.

### 3.a.5. *La ocupación militar*

#### \* *Cuba*

En Cuba la situación estaba más o menos clara, la promesa estadounidense de conceder la independencia a la isla pesaba más que los sempiternos argumentos a favor de su anexión, además como se demostraría a la postre, Washington ya contaba con los medios necesarios para garantizarse la influencia deseada sin necesidad de controlar directamente a la nación concernida. Tras desarmar a las tropas cubanas que habían ayudado a la expulsión española, Estados Unidos comenzó una ocupación militar de tres años en la que se intentó un tímido programa de reconstrucción (en los terrenos judicial, de enseñanza, de sanidad, de infraestructuras...) al mismo tiempo que se trataba de sentar las bases políticas de la futura Cuba libre. Entonces McKinley nombró a Elihu Root Secretario de Guerra para hacerse cargo de las ocupaciones de Cuba y Filipinas, con la difícil tarea en el caso cubano, de lidiar entre la importancia geoestratégica de la isla y el compromiso de concesión de independencia<sup>841</sup>, en consonancia con éste último objetivo, en marzo de 1899 se aprobó la enmienda Foraker, en honor de su impulsor el Senador Republicano por Ohio Joseph B. Foraker, inscrita dentro de la propuesta de ley de apropiaciones militares del Senado, por la que se impedía la concesión de franquicias o concesiones a entidades no cubanas mientras durase la ocupación para evitar así la tentación de la anexión<sup>842</sup>.

Pese a que los rebeldes cubanos contaban con una Junta de Gobierno en el exilio de Nueva York, una fuerza militar organizada y una Asamblea, con delegados elegidos de los 31 cuerpos del ejército de liberación, es decir, contaban con el embrión de un Estado, el Presidente McKinley no permitió en ningún momento la posibilidad de un doble gobierno en la isla, y bajo la creencia de que los cubanos no estaban listos para el autogobierno, el control sería ejercido totalmente por Estados Unidos hasta la completa estabilización de la isla y la formación de un Gobierno estable<sup>843</sup>. De modo que no es de extrañar que el 13 de julio se ordenara que la legislación española siguiera vigente hasta nueva orden, así como sus jueces, policía y administración, de hecho, incluso se aceptó la petición española de retrasar la retirada total de sus tropas hasta el 1 de enero de 1899, un mes más tarde de lo acordado<sup>844</sup>.

<sup>840</sup> SCHULZINGER, Robert D. *US diplomacy since 1900*, Oxford University Press, 2002, New York, p. 16.

<sup>841</sup> ZIMMERMANN, op. cit. p. 367.

<sup>842</sup> *Ibíd.*, p. 376.

<sup>843</sup> FONER, ob.cit., Vol., 2, p. 68.

<sup>844</sup> *Ibíd.*, p. 41 y 104.



La ocupación militar dio comienzo el 1 de enero de 1899, con lo objetivos de dar protección y seguridad a personas y propiedades, restaurar la confianza popular, la reconstrucción de las plantaciones y la protección de los derechos civiles y religiosos. Los códigos civil y criminal españoles, aunque con pequeñas reformas, siguieron vigentes y la administración sería llevada a cabo mediante dos estructuras, una civil y otra militar. Como primer gobernador general de Cuba, el Presidente McKinley nombró al general John R. Brooke, quien respondía ante el Secretario de Guerra y el propio Presidente, al que tan sólo escapaba de su control directo el servicio postal, y sin fecha límite para su cargo, pues sería Estados Unidos quien decidiese cuando las condiciones permitirían su salida; con ese fin las tropas de ocupación superaron con creces a las empleadas en la contienda contra España, pasando de 24.000 efectivos al final de la misma a 45.000 para marzo de 1899<sup>845</sup>.

Como se ha visto, la administración estadounidense de la isla se organizó en dos niveles, uno civil y otro militar, en cuanto al primero se heredó gran parte de la estructura española, y cuyo esquema final fue el siguiente<sup>846</sup>:

1. Nivel local: como primer escalón administrativo se encontraban 128 municipios gobernados por un alcalde y su consejo municipal;
2. Nivel provincial: a continuación los municipios se encuadraban en seis gobiernos provinciales bajo el mando de sus respectivos gobernadores;
3. Nivel departamental: organizado por el propio gobernador general Brooke, se crearon cuatro Departamentos, el de Estado y Gobierno, el de Finanzas, el de Justicia e Instrucción Pública y el de Comercio, Agricultura, Industria y Obras Públicas, todos ellos dirigidos por un secretario de origen cubano y que juntos formaban el Gabinete Cubano de asesoramiento del gobernador general; fuera de los Departamentos existía el Servicio de Aduanas dirigido por el ejército estadounidense, y cuyas cuentas eran presentadas a la North American Trust Company de Nueva York, que cumplía las funciones de agente fiscal del Gobierno cubano.

Por lo que respecta al Gobierno Militar éste se componía de siete Departamentos, coincidiendo con las seis provincias de la administración civil más la ciudad de La Habana, comandados cada uno por un general estadounidense que estaba al mando tanto de la administración municipal y provincial como de las tropas norteamericanas en su respectiva zona.

Durante la administración del general Brooke el 97 por ciento de los cargos del Gobierno Civil fueron desempeñados por cubanos, y el presupuesto de la ocupación procedía de los derechos de importación y exportación, es decir, de las aduanas, y de los impuestos recogidos en la isla, dinero invertido en la reforma sanitaria, educativa y de infraestructuras de la maltrecha situación interna de Cuba tras años de conflicto.

---

<sup>845</sup> *Ibíd.*, p. 104-106.

<sup>846</sup> Para ver la estructura administrativa de la ocupación consultar FONER, *ob.cit.*, Vol. 2, p. 107-109.



Como principal logro de ésta primera etapa de ocupación bajo el mando del general Brooke puede señalarse la desmovilización del ejército cubano, pues hay que tener en cuenta que durante las mismas fechas Estados Unidos combatía la resistencia de una feroz guerrilla en las Filipinas. Tras llegar a un acuerdo con los responsables cubanos, Estados Unidos aceptó el pago de cien dólares por soldado, en total unos tres millones de dólares, aunque a la postre sólo se hicieron efectivos 75 dólares por soldado, y siempre que no ocupasen cargo alguno en la nueva administración, no llegándose a gastar los tres millones previstos en un primer momento. El ejército cubano se disolvió finalmente el 4 de abril de 1899, mismo día en que la Asamblea Cubana decidía correr el mismo destino ante su irrelevancia política<sup>847</sup>.

El gobierno de la isla bajo Brooke no tuvo mayores sobresaltos, y para el verano Cuba estaba totalmente pacificada, mientras el grueso de la gestión recaía sobre la administración civil cubana<sup>848</sup>. De todos modos, dentro de la Administración McKinley, en especial T. Roosevelt y el nuevo Secretario de Guerra E. Root, apoyados por H C. Lodge, se temía que tanta cesión de poder a los cubanos acabase por arruinar la labor realizada hasta entonces, por ello en diciembre de 1899 se procedió a la sustitución del general Brooke como gobernador general por el hasta entonces gobernador de la provincia de Santiago, el general Leonard Wood, partidario también de ejercer un control más estrecho sobre la isla<sup>849</sup>, e incluso de su anexión a la Unión<sup>850</sup>.

Mientras que en la administración militar apenas hubo cambios, Wood sí que reformó la administración civil a nivel departamental, donde los Departamentos pasaron de 4 a 6, al separar Justicia de Instrucción Pública y Obras Públicas de Agricultura, Comercio e Industria, y sus directores fueron cambiados, predominando desde entonces los cargos procedentes del sector conservador cubano, españoles y cubanos contrarios a la revuelta, sobre los antiguos revolucionarios. Donde Wood sí que continuó con la labor de Brooke fue en la profundización de las reformas sanitaria, con la erradicación de la temida fiebre amarilla, de infraestructuras y sobre todo educativa, donde la educación pública pasó de contar con 635 escuelas a 3.133, y 3.800 al final de su mandato, pasando por sus aulas 255.000 alumnos, no en vano la partida para educación se llevaba un cuarto del presupuesto total, eso sí, el anterior programa de enseñanza se cambió por uno elaborado por un profesor estadounidense, en consonancia con las nuevas políticas conservadoras.

Tras la elaboración del censo cubano el 11 de abril de 1900, siete días más tarde se promulgó la nueva ley electoral, diseñada por E. Root, como pasos previos a la celebración de las primeras elecciones libres. Una vez rechazada la idea del sufragio universal, el Secretario de Guerra se decidió por un sufragio censitario que restringía el derecho a voto de los cubanos según lo estipulado en el Tratado de París, es decir, varones mayores de 25 años, y que al menos cumplieran con uno de los siguientes requisitos, o bien poseer 250 dólares y saber leer y escribir o bien haber

---

<sup>847</sup> *Ibíd.*, p. 113-127.

<sup>848</sup> *Ibíd.*, p. 139.

<sup>849</sup> Para ver el periodo de la administración Wood consultar FONER, *ob.cit.*, Vol. 2, p. 141-150.

<sup>850</sup> HENDRICKSON, *op. cit.*, p. 265.



servido en el ejército cubano con anterioridad al 18 de junio de 1898. Así las cosas, las primeras elecciones locales libres en la historia de Cuba se celebraron el 16 de junio de 1900, con la victoria del partido Nacional Cubano, heredero del antiguo movimiento revolucionario.

\* *Filipinas*

El caso filipino era distinto, se trataba de un archipiélago remoto y como pronto verían las autoridades estadounidenses, más complicado de domeñar que sus compañeros de suerte caribeños, no en vano la guerra que pronto se inició contra la guerrilla nacionalista de Aguinaldo costaría la vida de unos 5.000 soldados estadounidenses, 16.000 filipinos y bajas entre la población civil estimadas en 200.000, víctimas de enfermedades y hambre en su mayor parte<sup>851</sup>. Se puede decir que el caso filipino constituyó el primer esfuerzo real de Promoción de la Democracia en la historia de Estados Unidos, y aunque se puede entender la reconstrucción del Sur derrotado tras la Guerra Civil como un antecedente de *nation building*<sup>852</sup>, la intervención en Filipinas iría mucho más allá de lo hasta ese momento emprendido por Estados Unidos. Como hemos visto, mientras el *status* cubano estaba claramente definido no ocurría lo mismo con Puerto Rico o Filipinas, al no existir Tratado de Paz con ninguna de las dos se optó por dejar al Congreso que decidiese su condición, éste se negó a extender la Constitución a ambos territorios, considerándolos meras dependencias estadounidenses<sup>853</sup>. Por todo ello McKinley era consciente de la necesidad de un buen Secretario de Guerra para organizar la ocupación de las nuevas posesiones, y ante la renuncia de Alger en julio de 1899 ante las constantes acusaciones de corrupción<sup>854</sup>, colocó al abogado Elihu Root al frente del Departamento con la intención de implementar el principio Republicano de que en los territorios adquiridos en 1898 la Constitución no seguía a la bandera, pues no serían considerados nuevos estados de la unión sino meras posesiones, aunque a sus ciudadanos se les aplicarían los principios constitucionales para darles un trato justo<sup>855</sup>. En el caso de Puerto Rico, el más indefinido, finalmente el Tribunal Supremo, en su sentencia de mayo de 1901, no consideraría a la isla territorio extranjero, como si lo haría respecto a Cuba, pero tampoco interno del todo, quedando la Ley Foraker del año anterior como régimen jurídico vigente diseñado por Estados Unidos; a pesar de que el presidente quiso aplicar el comercio libre con la isla, los intereses agrarios y el temor a dividir al Partido Republicano le hicieron desistir de la idea y aprobar un conjunto de tarifas que gravasen los productos importados de Puerto Rico<sup>856</sup>.

---

<sup>851</sup> HENDRICKSON, op. cit., p. 270.

<sup>852</sup> SMITH, Tony *America's misión. The US & the Worldwide struggle for democracy in the 20th century*, Princeton University Press, Princeton, 1994, p. 19.

<sup>853</sup> LEECH, ob.cit., p. 353.

<sup>854</sup> Ya durante la guerra se le acusaría de falta de previsión a la hora de suministrar a las tropas tanto armas como alimentación y medicinas, y aunque un informe del Congreso le exculpaba de corrupción su imagen pública ya estaba irremediablemente dañada, las dificultades en Filipinas ante las guerrillas hicieron el resto y el Secretario Alger optó por dimitir ante el descontento generalizado por su gestión. LEECH, ob.cit., p. 324 y 372.

<sup>855</sup> *Ibid.*, p. 387.

<sup>856</sup> *Ibid.*, p. 490 y 503.



En 1900 había destinados en Filipinas 70.000 soldados estadounidenses, y Elihu Root encontraría una situación mucho más compleja que en Cuba, pues la guerra de guerrillas y los constantes abusos de las tropas lideradas por A. MacArthur complicaban la pacificación del archipiélago. Para contrarrestar los reveses de la contrainsurgencia, Root decidió eliminar el Gobierno Militar y nombrar a W. H. Taft presidente de la segunda comisión de Filipinas, ésta ya de carácter civil al substituir los Gobiernos militares de cada territorio pacificado por Gobiernos municipales y provinciales en los que se admitía a responsables locales por primera vez, además se implantaron otras medidas como la enseñanza primaria gratuita. El Gobierno Civil se instauró por completo a partir de 1902, una vez sofocada la revuelta, con Taft al frente del mismo hasta 1904. Elihu Root tuvo éxito también a la hora de mantener el control presidencial de la ocupación y pasar así por encima del Congreso<sup>857</sup>.

La variedad de motivos que llevaron a Estados Unidos a comprar Filipinas quizá pueda explicar tanto las dificultades y la dilatación temporal de la ocupación como el enfrentamiento interno que causó su adquisición. Para Stephanson<sup>858</sup> son al menos nueve los temas recurrentes que justificarían para el sector imperialista el control colonial de Estados Unidos sobre Filipinas:

1. la tarea edificante que se le presentaba a Estados Unidos respecto a sus colonias y acallar así el debate sobre qué hacer con ellas

no son capaces de autogobernarse, ¿cómo podrían serlo? No son una raza capaz de autogobernarse...el autogobierno no es una base ni cosa común para ser concedida a los meros audaces, es el grado que corona la graduación de la libertad...nuestro lugar, entonces, está a la cabeza de las naciones constructoras y redentoras de la tierra, y permanecer a un lado mientras los acontecimientos marchan es una rendición de nuestros intereses, una negación tan ciega como innoble de nuestra tarea<sup>859</sup>

2. la superioridad anglosajona obligaba a Estados Unidos a hacerse cargo de los pueblos retrasados bajo su dominio

los hombres que mandemos a administrar el gobierno civilizado de las Filipinas deben ser los mayores ejemplos de nuestra civilización...para hacer nuestra parte en el trabajo de redención mundial de nuestra raza imperial...Dios no ha estado preparando a las gentes de habla inglesa y teutónicas por mil años para nada más que auto contemplación y auto admiración ociosas, no, nos ha hecho los maestros organizadores del mundo para establecer un sistema donde el caos reina<sup>860</sup>

3. la conciliación entre la identidad estadounidense y su nuevo rol imperialista

---

<sup>857</sup> ZIMMERMANN. op. cit.. p. 394.

<sup>858</sup> STEPHANSON, op. cit., p. 87-97.

<sup>859</sup> BEVERIDGE, Albert J., discurso ante el Senado el 9 de enero de 1900 "In support of an American Empire", consultado íntegramente en [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/ajb72.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/ajb72.htm) , firme defensor del imperialismo estadounidense a finales del siglo XIX, puede considerarse la expresión más clara de la postura pro imperialista.

<sup>860</sup> *Ibíd.*



la Declaración de Independencia no nos prohíbe hacer nuestra parte en la regeneración del mundo, si lo hace, la Declaración estaría equivocada...el Océano no nos separa del campo de nuestra misión y esfuerzo...no hay en el Océano ningún argumento constitucional contra la marcha de la bandera<sup>861</sup>

4. cierto determinismo geográfico que internacionalizaba el Destino Manifiesto, al considerar a Hawai y Filipinas como las puertas del Océano Pacífico, “y justo más allá de las Filipinas están los ilimitados mercados de China, no nos retiraremos de ninguno de los dos”<sup>862</sup>;

5. si Estados Unidos quería ser reconocida como una potencia mundial debía dejar atrás su aislacionismo y cumplir así con su misión de grandeza nacional, para el arzobispo católico John Ireland, Estados Unidos era en 1898 “una potencia mundial, para quien ningún interés mundial es extraño...y con América va lejos y a gran distancia lo que América en sus más grandes ideales representa”<sup>863</sup>;

6. el interés comercial, sobre todo con el comercio asiático; “el Pacífico es nuestro Océano...China es nuestro comprador natural...las Filipinas nos dan una base a las puertas de todo el Oriente”<sup>864</sup>, para Mckinley, quien había sustituido al Secretario de Estado Day por J. Hay ante la renuncia del primero, la penetración económica estadounidense en Oriente dependía más de la política de puertas abiertas que de la expansión territorial<sup>865</sup>;

7. la evangelización, si bien ésta era utilizada por los políticos como un modo más de influencia norteamericana, los primeros misioneros estadounidenses comenzaron su labor en 1806, y de 1900 a 1915 pasaron de unos 5.000 a más de 9.000<sup>866</sup>;

8. el realismo político dictaba que el ascenso de Rusia y Japón debía ser contrarrestado por Estados Unidos de alguna manera, sobre todo en China; y

9. la historia determinada por el avance de la civilización, siendo ahora el turno de Estados Unidos de liderar dicho progreso; “no abandonaremos nuestra parte en la misión de nuestra raza, administradora, bajo Dios, de la civilización del mundo...para liderar en la regeneración mundial”<sup>867</sup>.

Tanta diversidad de motivos a la hora de justificar la expansión imperial estadounidense no aportó ninguna claridad a los planes de ocupación, más bien al contrario, pues algunos de ellos eran contrapuestos en algunos de sus aspectos, si no en su sustancia misma (por ejemplo, la misión civilizadora chocaba de pleno con los intereses geoestratégicos en el Pacífico, pues una Filipinas libre de verdad no seguiría siempre los dictados de la metrópoli, como finalmente pasaría), e intentar cumplirlos

---

<sup>861</sup> *Ibíd.*

<sup>862</sup> *Ibíd.*

<sup>863</sup> STEPHANSON, *ob.cit.*, p. 93.

<sup>864</sup> Ver nota 74.

<sup>865</sup> LEECH, *ob.cit.*, p. 328.

<sup>866</sup> MEAD, *ob.cit.* p. 142.

<sup>867</sup> BEVERIDGE, *ob.cit.*



todos equivalía a no lograr ninguno por entero. Incluso dentro del Partido Republicano se enfrentaban las visiones de imperialistas recalcitrantes como el Senador Beveridge, partidario de retener para siempre el archipiélago filipino al considerarlo esencial para sus planes de predominio comercial mundial, mientras que por el contrario, el ala conservadora encabezada por el Senador Lodge no se planteaba tal escenario, al primar los derechos de los filipinos sobre los intereses estadounidenses, limitándose al control presidencial del gobierno insular para así tutelar la administración civil de las islas<sup>868</sup>.

Aunque en la resolución que dio paso a la guerra con España no se hablaba en ningún lugar de Filipinas, se decidió ocupar éstas igualmente, pues a la postre pesaron más las motivaciones expansionistas, entre cuyas numerosas razones destacaba sobre todo una necesidad contingente de retenerlas ante el temor de que otra potencia se apoderara de ellas<sup>869</sup>, es decir, más que una reflexión profunda sobre la idoneidad de hacerse por primera vez con territorios extracontinentales sin intención de integrarles en la Unión, la Administración McKinley se hizo con ellos ante la rápida encadenación de hechos tras tomar la decisión de socorrer a Cuba, por todo ello, para Kennan en Estados Unidos no se tomó en serio el debate sobre el interés nacional a la hora de adquirir Filipinas, siendo como era una nación sin preparación para el gobierno colonial<sup>870</sup>.

Con la victoria sobre España y la adquisición de las nuevas posesiones, con una economía recuperada tras la crisis de 1893 y un equipo de gobierno reestructurado con las incorporaciones de E. Root y J. Hay, W. McKinley estaba dispuesto a dejar vacante la candidatura Republicana y no buscar una segunda presidencia, pero la ausencia de un buen candidato que le sustituyera le obligó a presentarse a la reelección, mostrando un programa basado en continuar con una política colonial “iluminada” y la expansión económica mundial de Estados Unidos a través de acuerdos comerciales de reciprocidad, todo ello con el objetivo de acrecentar la influencia benigna estadounidense en el mundo<sup>871</sup>. Durante la convención Republicana de junio de 1900, la principal lucha se desató en torno al candidato a Vicepresidente, cargo que la figura del hasta entonces ocupante del mismo, G. Hobart, había dotado de una relevancia desconocida hasta el momento, ya que no todos veían con buenos ojos al joven T. Roosevelt como segundo de abordo en el ticket Republicano, en especial Hanna, por el contrario, Lodge le había convencido para desempeñar tal función descartando la Secretaría de Guerra o la gobernaduría de Filipinas, contando a su favor además con el apoyo de los representantes del Oeste y su indudable tirón electoral, lo que a la postre le valdría la candidatura junto a McKinley por unanimidad<sup>872</sup>.

Del lado Demócrata los candidatos W. J. Bryan y Adlai E. Stevenson se presentaron con un programa basado en la crítica al imperialismo como centro de la campaña, al que concebían como una amenaza a la república al fomentar el

---

<sup>868</sup> LEECH, ob.cit., p. 475 y 482.

<sup>869</sup> KENNAN, George F. *American Diplomacy 1900-1950*, Mentor Books, New York, 1952, p. 17.

<sup>870</sup> *Ibíd.*, p. 22.

<sup>871</sup> LEECH, op, cit., p. 463.

<sup>872</sup> *Ibíd.*, p. 529 y 541.



militarismo, los malos tratos hacia los sometidos, la adquisición de nuevos territorios en Asia y la alianza con Gran Bretaña, y como solución ofrecían la concesión de la independencia a las Filipinas bajo protectorado estadounidense; a respuesta de las críticas Demócratas, McKinley, sin prometer la independencia filipina, aseveraría el 12 de julio de 1900 que

Las Filipinas son nuestras y la autoridad americana debe ser suprema sobre todo el archipiélago. No habrá [...] ningún abandono de nuestra tarea. Cumpliremos en las Filipinas con las obligaciones impuestas por los triunfos de nuestras armas y por el tratado de paz; por la ley internacional, por el sentido de honor de la nación y, más aún, por los derechos, intereses y las condiciones del propio pueblo filipino<sup>873</sup>

En todo caso, la estrategia Republicana pasó por centrar la campaña en aspectos económicos más que sobre la política expansionista, para McKinley la polémica respecto a la moneda seguía siendo crucial, siendo identificado cada vez más el Partido Republicano como el representante de los intereses del gran capital y el Demócrata como el de los trabajadores, con los *trust* denunciados como el estandarte de la concentración de riqueza de principios de siglo XX, ante ello, T. Roosevelt resultó ser de gran ayuda al partido debido a sus críticas a los conglomerados industriales, permitiendo una cómoda victoria Republicana por 447 votos electorales a 292, la mayor diferencia desde 1872<sup>874</sup>.

McKinley sería el último Presidente en haber participado en la Guerra Civil. En la toma de posesión de su segundo mandato, en marzo de 1901, el Presidente centraba su presidencia en dos puntos principales, la lucha contra los *trust* y la extensión de la reciprocidad comercial, política con la que sin duda se enfrentaría al Senado que ya había rechazado anteriormente siete propuestas de tratados de reciprocidad por él presentados, no en vano, el Presidente creía que al fomentar los lazos comerciales entre las naciones también aumentaba con ello las posibilidades de mantener la paz entre las mismas, iniciando una gira nacional en abril para presentar sus propuestas y que le hizo ser aún más popular y apoyado por la opinión pública estadounidense<sup>875</sup>. Para el Presidente

el tiempo de la exclusividad ha pasado. La expansión de nuestro comercio es nuestro problema acuciante. Las guerras comerciales son improductivas. Una política de buena voluntad y amistad comercial prevendrá represalias. Los tratados de reciprocidad están en armonía con el espíritu de los tiempos, las medidas de represalia, no [...] Señores, recordemos siempre que nuestro interés está de acuerdo, no en conflicto, y que nuestra eminencia se sustenta en las victorias de la paz, y no en aquellas de la guerra<sup>876</sup>

Si bien McKinley ganó sin dificultad un segundo mandato presidencial, no se debe tomar como señal de un apoyo unánime a sus políticas expansionistas, pues el

---

<sup>873</sup> MCKINLEY, W., discurso del 12 de julio de 1900 de aceptación de la nominación republicana, consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=76197&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=76197&st1=)

<sup>874</sup> LEECH, ob.cit., p. 545 y 559.

<sup>875</sup> *Ibíd.*, p. 573.

<sup>876</sup> MCKINLEY, W. Discurso del 5 de septiembre de 1901 al pueblo de Buffalo, consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=69326st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=69326st=&st1=)



nuevo expansionismo de cariz imperial encendió numerosas críticas en amplios sectores de la sociedad estadounidense.

### **3.a.6. *Fin de la ocupación cubana***

Como se puede ver en el apartado relativo a la ocupación de Filipinas, dicho archipiélago estaría bajo soberanía estadounidense cerca de medio siglo, pero respecto a Cuba no estaba muy claro, pese a la letra de la Enmienda Teller, el futuro que le esperaba tras la intervención de Estados Unidos.

Ya se ha señalado con anterioridad el fuerte impulso anexionista que respecto a la isla caribeña existía en Estados Unidos desde mediados del siglo XIX, y que como era de esperar, tomó un nuevo impulso tras su ocupación<sup>877</sup>. A los consabidos argumentos sobre proximidad geográfica e irremediable atracción estadounidense, a partir de 1898 se sumaban la importancia comercial de Cuba, la incapacidad de sus ciudadanos para el autogobierno y desde el verano de 1899, se aducía la hipotética voluntad de estos de entrar a formar parte de Estados Unidos, así, no es de extrañar que en diciembre de ese año, y ante las denuncias de la prensa cubana al respecto, se organizaran múltiples muestras de protesta contra un posible nuevo Gobierno Civil como paso previo a la anexión. Quizás por ello E. Root decidió anunciar el 1 de ese mismo mes el informe relativo a sus planes para la isla, y que no incluía en ningún caso ese Gobierno Civil previo a la anexión, y sí la realización del censo el 11 de abril siguiente, para la próxima elección de gobiernos locales, tras lo cual se elegiría una Asamblea de Representantes que elaborarían una Constitución para la creación de un Gobierno definitivo para la isla. De todos modos, en marzo de 1899 un subcomité del Senado estadounidense visitó la isla para medir el grado en que los cubanos ansiaban la tan cacareada anexión, para los Senadores O. H. Platt, N. P. Aldrich y H. M. Teller, resultaba claro tras su estancia que sólo una minoría de su población favorecía tal medida.

El golpe definitivo al movimiento proanexionista lo dio la victoria del Partido Nacional Cubano en las elecciones locales de junio de 1900, pues con ello se dejó a las claras que el sentir mayoritario de los cubanos no estaba por la anexión y sí por la independencia, de hecho, la Unión Democrática que sí era partidaria de la anexión ni siquiera llegó a presentar candidatos ante la falta de apoyo popular.

Tras quedar descartada la opción de la anexión, el siguiente paso, previo a la concesión de la independencia, debía ser la elaboración de la Constitución por una Asamblea Constituyente. Ante la salida a la luz de algunos casos de corrupción en el seno de la administración postal cubana, y la continuación de la guerra en Filipinas, el descontento general de la opinión pública estadounidense respecto a la ocupación creció, lo que sin duda agilizó los planes para crear la Asamblea Constitucional, de hecho, E. Root anunció el 25 de julio, a través de la orden civil nº 31, que la elección de dicha Asamblea, compuesta por 32 delegados, quedaba fijada para el 3 de septiembre de 1900, pasando luego a reunirse a partir del primer lunes del mes de

---

<sup>877</sup> En lo relativo sobre los intentos de anexión de Cuba ver FONER, ob.cit., Vol. 2, p. 214-229.



noviembre<sup>878</sup>, pues ya consideraba a los cubanos preparados para el autogobierno. En todo ello no hay que olvidar que en noviembre de 1900 se celebraban elecciones presidenciales, y que los Demócratas no cesaban de criticar la ocupación colonial, por lo que la Administración McKinley necesitaba sin duda un golpe de efecto que desbaratase tal argumento.

En cualquier caso, la Administración McKinley no estaba dispuesta a perder todos los frutos de la conquista al conceder la independencia a Cuba, y por ello presionó a la Asamblea Constituyente para que introdujese en el texto de la Constitución qué tipo de relación se establecería entre Estados Unidos y la isla a partir de entonces. A pesar del apoyo norteamericano a la Unión Democrática, la tarea no sería fácil, pues de nuevo en septiembre había salido vencedor el Partido Nacional Cubano, defensor de la independencia inmediata y sin compromiso alguno que la mermase, por ello a la postre la Casa Blanca aceptó no incluir dentro de la Constitución las futuras relaciones bilaterales conformándose con estipularlas por separado, a lo que no renunció fue a la obligación de los constituyentes de crear un Gobierno estable, regular y libre.

La Asamblea presentaría el borrador de la Constitución el 30 de enero de 1901, de clara inspiración estadounidense, que sería finalmente aprobada el 11 de febrero siguiente<sup>879</sup>. Restaba ahora saber cómo manejaría Estados Unidos la voluntad independentista cubana, pues la Administración McKinley debía lidiar con un Congreso dividido entre los antiimperialistas y los defensores de las nuevas adquisiciones, amén de velar por el interés de la nación, surgiendo entonces la Enmienda Platt como el mejor modo que encontró su Administración para lograrlo.

En efecto, la estrategia de la Administración McKinley buscaba un equilibrio inverosímil entre la concesión de la independencia y el mantenimiento de cierto control sobre Cuba, así, el 11 de enero de 1901 E. Root describía a J. Hay el tenor de la futura enmienda Platt, con tres puntos esenciales, a saber, el derecho a la intervención estadounidense con el fin de mantener un Gobierno estable, la protección de la propiedad, la vida y las libertades de los cubanos, la cesión de tierras y bases navales a Estados Unidos y el compromiso cubano de no realizar pactos con terceros países contrarios a los intereses norteamericanos<sup>880</sup>.

De todos modos la propia Administración McKinley no quería correr con el gasto político de dictar ella misma los términos de las relaciones bilaterales, por ello había presionado a la convención constitucional cubana para que fuese ella quien presentase su propuesta, pero ante la evidencia de que no estaba dispuesta a granjearse con ello el descontento de la población cubana, el Senador O. H. Platt propuso a E. Root el que fuese el Comité de Relaciones con Cuba quien estipulara tanto las condiciones de la independencia como las futuras relaciones mediante una resolución a incluir en la Ley de Presupuestos del Ejército, como se había realizado con anterioridad con la Enmienda Foraker.

---

<sup>878</sup> Sobre la Constitución cubana consultar FONER, ob.cit., Vol. 2, p. 241-256.

<sup>879</sup> ZIMMERMANN, p. 386.

<sup>880</sup> Sobre la Enmienda Platt consultar FONER, ob.cit., Vol. 2, p. 265-326.



El 25 de febrero el Senador Platt introdujo su resolución<sup>881</sup> por la que se concedería la independencia si se incluían en la Constitución o en apéndice a la misma las siguientes condiciones:

1. Cuba no podría por Tratado alguno ceder ninguna parte de su territorio a ninguna otra potencia,
2. El Estado cubano no podría contraer una deuda excesiva,
3. Estados Unidos se reservaba el derecho a intervenir para preservar la independencia cubana, el mantenimiento de un Gobierno adecuado para la protección de la vida, propiedades y libertades de sus ciudadanos o para cumplir con las obligaciones del Tratado de París,
4. La afirmación de la validez de las leyes promulgadas durante la ocupación,
5. La continuación de las labores de saneamiento,
6. La renuncia de la soberanía cubana sobre la isla de Pinos,
7. El arrendamiento o venta de tierras cubanas para la creación de bases navales estadounidenses, y
8. La inclusión de lo anteriormente estipulado en un Tratado.

Como se puede apreciar, a lo ya concebido por Root, el Senador Platt añadió nuevas cláusulas que mermaban aun más la soberanía cubana, por lo que todo quedaba pendiente de su aceptación por la convención cubana. Dos días más tarde, el 27 de febrero, el gobernador Wood presentaba el texto de la enmienda a la convención, quien decidió aprobar el informe del Comité de Relaciones con Cuba pero sin incluir el derecho a intervención, ni la concesión de bases ni la limitación de deuda estatal.

La oposición a la enmienda no sólo vino de los cubanos, los Demócratas en el Congreso se negaban al espíritu de la misma por entenderla como el reconocimiento de una independencia limitada, violando así hipócritamente la anterior Enmienda Teller, mientras que los Republicanos la defendían por ser el modo más rápido de acabar con la ocupación. Pese a las reticencias Demócratas la enmienda se aprobó el 27 de febrero por 43 votos a favor, todos Republicanos salvo un independiente, y 20 en contra, todos Demócratas más dos independientes y 2 populistas, incluso 14 Senadores que habían votado a favor de la Enmienda Teller favorecieron ahora la Enmienda Platt, G. Hoar entre ellos. En la Cámara de Representantes tampoco la Enmienda Platt se libró de las críticas, siendo acusada de ser una muestra del imperialismo estadounidense y por representar el espíritu comercial de la Administración Republicana, de todos modos, y como en el Senado con anterioridad, fue aprobada el 1 de marzo por 161 votos a favor y 137 en contra, siendo firmada como ley al día siguiente por el Presidente McKinley.

Restaba tan sólo que las autoridades cubanas aceptasen el texto, y como ya habían dejado claro el 27 de febrero anterior, presentarían numerosas dificultades para aprobar la enmienda en los términos aprobados por el Congreso estadounidense. El 2 de marzo, es decir, el mismo día en que el Presidente McKinley la convertía en ley, el gobernador Wood la presentó a la convención cubana en medio de una ola de

---

<sup>881</sup> Documento íntegro consultado en [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com) (enmienda Platt)



protestas populares en torno a la misma, mientras que la mayoría de hacendados y comerciantes la aprobaban.

Comenzaron entonces los debates en el seno de la convención constitucional, con las mayores reticencias respecto a los puntos 3, 6, 7 y 8, que fueron rechazados el 26 de marzo, sobre todo el tercero que estimaban no había forma de conciliarlo con una independencia y soberanía cubanas reales. Las votaciones internas siguieron rechazando dichos artículos, y el 13 de abril la convención decidió enviar una comisión a Washington para tratar el tema tras suspender sus funciones. Aunque se reunieron con el Presidente McKinley, a su vuelta, el 27 de abril, las posiciones no cambiaron demasiado, y tras la negativa estadounidense a aceptar las modificaciones cubanas respecto al artículo 3, ni a ningún otro, el 22 de junio la Convención decidió aprobar la enmienda si modificaciones.

Pese a la aprobación cubana, en noviembre de 1901 seguía sin anunciarse la fecha para la independencia cubana a la espera de las elecciones presidenciales del 31 de diciembre<sup>882</sup>. En ellas, el candidato apoyado por Estados Unidos, Estrada Palma, ganó sin dificultad al ser la única opción presentada a los cubanos por los Partidos Nacional y Republicano, siendo elegido el 24 de febrero de 1902 por el colegio electoral como el primer Presidente de la República de Cuba<sup>883</sup>.

Con el nombramiento del Presidente de la República de Cuba, McKinley anunció el 27 de marzo que el 20 de mayo siguiente se establecería la esperada independencia cubana, ese mismo día, el gobernador general Wood cedió su autoridad al Presidente y Congreso cubanos dando así por terminada la ocupación estadounidense en Cuba.

### **3.a.7. Consecuencias de la guerra**

Para una nación como Estados Unidos que hasta 1898 había vivido a espaldas de las prácticas políticas europeas, con una estrategia de unilateralismo aislacionista como mejor modo de preservar la naturaleza democrática y republicana de su sistema, la adquisición de un imperio tuvo por fuerza que suponer un drástico cambio en las costumbres políticas de la nación, por ello cabe señalar como principales consecuencias de la guerra contra España las siguientes:

- la primera y más obvia fue que al hacerse cargo de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, por primera vez en su historia, los Estados Unidos se convertían en los dueños del destino de unos pueblos extranjeros más allá de sus fronteras continentales, dando comienzo a su esfuerzo de Promoción de la Democracia a través de un intervencionismo militar que hasta el momento le había sido imposible de justificar a los gobernantes estadounidenses ante su propia opinión pública, pero que le serviría para legitimar su nueva condición de potencia imperial y alejarse de paso del colonialismo europeo, considerado por los norteamericanos como una empresa totalmente condenable. Pero todo imperio requiere un Gobierno metropolitano fuerte

---

<sup>882</sup> FONER, ob.cit., Vol. 2, p. 375.

<sup>883</sup> *Ibíd.*, p. 381.



capaz de mantener el control sobre tan vastas regiones, por lo que hasta el momento pequeño poder federal estadounidense sufrirá desde entonces una extensión imparabable de su poder y tamaño, siendo el ejército el mejor ejemplo para medir tal proceso, pues si en 1898 estaba limitado por ley a 25.000 soldados, veinte años más tarde, al terminar la I Guerra Mundial, sólo en Europa estarían destinados más de un millón de soldados estadounidenses, proceso que sería incomprensible sin la escuela internacionalista que, como veremos, supondrían las nuevas colonias para el gran público de Estados Unidos;

- como segunda consecuencia, Estados Unidos, con la iniciativa de su Secretario de Estado Hay, estrecharía sus lazos políticos con Gran Bretaña, fruto de ello resultaría el Tratado Hay-Pauncefote de 1901, por el que Estados Unidos obtuvo por fin la exclusividad para la construcción de un canal interoceánico en Panamá, y que sustituía al Clayton-Bulwer que tan sólo contemplaba un control conjunto del mismo, aun así al Presidente McKinley le costó que el Senado lo aprobase debido a la presión del ala radical de su partido que se negaba a que el tratado no permitiese a Estados Unidos fortificar ni cerrar el canal<sup>884</sup>; sin duda alguna, la entrada estadounidense en Cuba y Puerto Rico le hizo el país más fuerte en la región del Caribe, si no lo era ya antes por mera proximidad geográfica, lo que ayudó a que Londres aceptara que controlase el nuevo canal a sabiendas que las nuevas relaciones con Washington no serían un obstáculo para mantener sus intereses en la región;

-como tercera consecuencia, y quizás la de mayor calado, Estados Unidos abrazó por primera vez el internacionalismo, y aunque es cierto que con McKinley lo hizo de manera torpe y como consecuencia de la guerra con España, más que de modo predeterminado, sí que sentó las bases de lo que más tarde T. Roosevelt convertiría en internacionalismo conservador al añadir a la formula aplicada por McKinley ciertas dosis de realismo continental europeo. Ya en los debates sobre la ratificación del Tratado de paz con España, el Senador Lodge estimaba que de no haberse aprobado, la imagen internacional de Estados Unidos hubiese quedado dañada al mostrar una nación no preparada aun para el liderazgo mundial<sup>885</sup>. En todo caso, donde mejor se puede apreciar el internacionalismo de la Administración McKinley es en su política hacia Asia, donde el Secretario de Estado Hay intentó imponer al resto de potencias inmersas en la lucha por el control de China lo que denominó Política de Puertas Abiertas, cuyas primeras notas datan de septiembre de 1899, por las que se reconocían las respectivas zonas de influencia en la zona a cambio de que no interfirieran con los tratados comerciales firmados entre las potencias y la propia China y así evitar la discriminación comercial en aquellas, pero la intransigencia del resto de las potencias, que no firmarían hasta que las demás lo hiciesen, condujeron al fracaso de la iniciativa estadounidense, aun así, en julio de 1900 Hay anunciaba las segundas notas con la intención de mantener la integridad territorial de China, que fueron aun peor recibidas que las primeras<sup>886</sup>; además, Estados Unidos no dudó en participar en la coalición internacional para sofocar la revuelta de los Boxers que en junio de 1900 puso en peligro a las delegaciones extranjeras en Pekín, para ello McKinley envió desde Filipinas a la capital china

---

<sup>884</sup> LEECH, ob.cit., p. 506 y 514.

<sup>885</sup> *Ibíd.*, p. 358.

<sup>886</sup> *Ibíd.*, p. 516 y 522.



2.100 soldados, del total de 20.000 de las tropas internacionales, lo que deja a las claras la implicación de Estados Unidos en Asia a raíz de su presencia en Filipinas, hecho esencial para entender su política en la región. En resumen, y siguiendo a Kennan, se puede decir que la guerra de 1898 sobrevino a Estados Unidos sin reflexión alguna sobre el marco internacional de su seguridad, el que ésta dependiese en gran medida de Gran Bretaña, tanto por Canadá como por su posición en Europa, donde Washington debía evitar que cualquier otra potencia se hiciese con el control continental poniendo así en peligro a Londres, era una circunstancia frecuentemente olvidada por los estadounidenses, debido en gran medida a su comprensible sentido de seguridad y por su desprecio a la diplomacia del viejo mundo, de hecho, la guerra con España no podría entenderse sin la presión ejercida sobre el Presidente por parte de la opinión pública, de la prensa y de determinados cuarteles políticos así como al coincidir con un año electoral<sup>887</sup>. Como veremos en el siguiente apartado, hasta la llegada de T. Roosevelt a la Casa Blanca no se producirá dicha reflexión sobre el marco internacional de seguridad norteamericano.

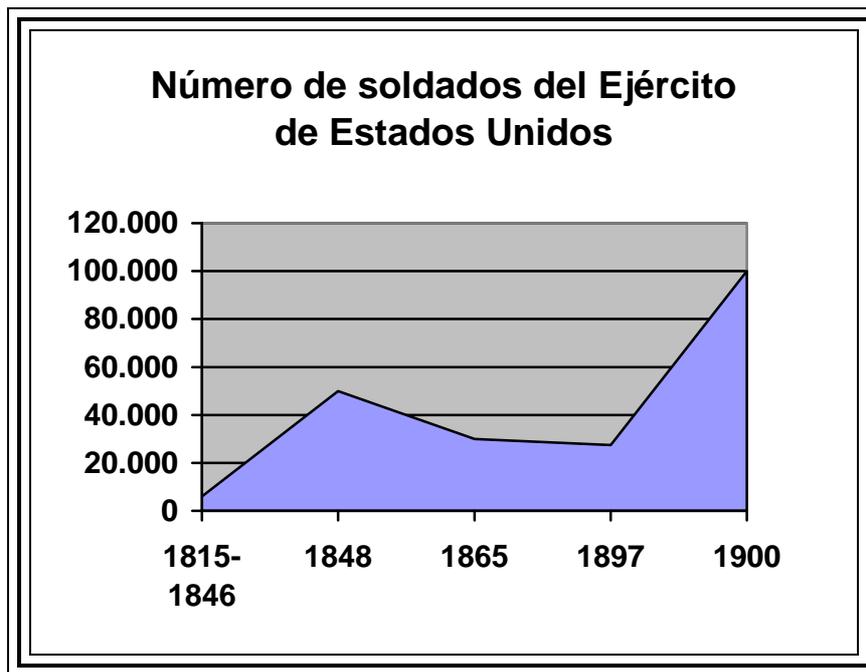
-como cuarta consecuencia, y directamente relacionada con la anterior, a medida que Estados Unidos internacionalizaba su política exterior debía al mismo tiempo aumentar su gasto militar a consecuencia de un crecimiento imparable de sus ejércitos, proceso que tuvo en la guerra de 1898 su punto de arranque y que se tornaría imparable para el resto del siglo XX. Si en el periodo de 1815 a 1846 el ejército estadounidense se mantuvo entorno a los 6.000 efectivos<sup>888</sup>, con la petición del Congreso de 50.000 voluntarios para la guerra contra México, tras la Guerra Civil se estabilizó en torno a los 30.000 efectivos, constando en 1897 de 27.500, para subir con la Guerra de 1898, tras la petición del Congreso de 125.000 voluntarios, bajando de nuevo a menos de 100.000 para finales de 1899, como muestra el siguiente gráfico. Como señal de ese internacionalismo es curioso comprobar cómo en una fecha tan temprana como entonces, diciembre de 1899, Estados Unidos tan sólo albergaba dentro de sus fronteras al 18,5 por ciento de sus tropas, estando el resto repartidas por sus nuevas posesiones de ultramar, más de 65.000 en Filipinas, más de 11.000 en Cuba y casi 3.000 en Puerto Rico<sup>889</sup>. A partir de entonces su ejército no hará más que aumentar su tamaño, como se muestra en el siguiente cuadro, más de 100.000 efectivos en 1905, tras la I Guerra Mundial, donde sirvieron 2.8 millones de estadounidenses, el ejército sería reducido a una fuerza de 150.000 hombres en 1922, para 1939 dicha cifra había aumentado hasta los 380.000, a 1,5 millones para 1941 y a 7.7 millones al finalizar la II Guerra Mundial, donde once millones de estadounidenses habían servido a la nación. Por tanto, con la toma y posesión de las colonias de ultramar, se puede considerar a la Guerra de 1898 como el detonante de tal proceso de aumento en el ejército estadounidense, teniendo así una trascendencia capital para el desarrollo de la nación durante todo el siglo XX;

---

<sup>887</sup> KENNAN, ob.cit., p. 10-15.

<sup>888</sup> Las cifras provienen de la US History Encyclopedia, consultado en [www.answers.com/topic/united-states-army](http://www.answers.com/topic/united-states-army)

<sup>889</sup> MCKINLEY, William, Tercer discurso anual del 5 de diciembre de 1899, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?month=12&year=1899](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?month=12&year=1899).



Fuente: elaboración propia.

- una quinta consecuencia de la guerra la encontramos en el plano ideológico, pese a que el ataque al Maine y la rápida victoria sobre España sin duda ayudaron a ahogar en cierto modo el debate interno acerca de la guerra, en la oposición a la misma y a sus consecuencias nos encontramos con un resurgimiento de la tensión existente entre los partidarios de seguir la tradición unilateralista de los padres fundadores y aquellos que buscaban cambiar la política exterior estadounidense para adaptarla a los nuevos tiempos y a su nuevo papel en la escena internacional, y aunque los debates no alcanzaron la profundidad e importancia de los acaecidos a causa de la guerra con México de 1846-1848, sí es cierto que respecto a la idoneidad de expandir la democracia las posturas se fueron definiendo con mayor claridad. En este sentido, el surgimiento del movimiento antiimperialista ayuda a entender muchas de las quejas que tanto el internacionalismo conservador como, más tarde, el liberal democrático, despertaron en amplios sectores de la clase política y la opinión pública estadounidenses, relativas muchas tanto a las consecuencias que una mayor participación internacional tendría sobre el sistema republicano y democrático nacional, como al modo en que Estados Unidos podía servir mejor a la democratización de otros pueblos, si mediante el propio ejemplo o a través de una intervención directa, camino éste último que se seguiría tras la toma del archipiélago filipino.

- como sexta y última consecuencia, la ocupación de Cuba se convirtió en el modelo del neocolonialismo estadounidense para el resto del siglo XX<sup>890</sup>, es decir, Estados Unidos ensayó por primera vez en la isla caribeña cómo ejercer el control efectivo sobre otro Estado sin necesidad de establecer una ocupación militar permanente, sino a través de tratados que le confiriesen el control de sus finanzas y con ello una enorme influencia política. De hecho, en la Enmienda Platt podemos

<sup>890</sup> FONER, ob.cit., Vol. 2, p. 391.



encontrar un antecedente de lo que sería más tarde el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, pues con ella la Administración McKinley convertía a Estados Unidos en el garante de la seguridad cubana, como años más tarde Roosevelt extendería dicha condición al resto del continente americano.

La presidencia McKinley puede ser considerada por tanto como una de las más importantes en la historia de Estados Unidos, si bien ensombrecida por la figura de su sucesor, conviene no olvidar que T. Roosevelt heredaría una realidad moldeada en gran parte gracias a sus políticas, tanto en el plano interno con el saneamiento económico de la nación y el comienzo del ataque a los conglomerados industriales, como a nivel internacional, con una política comercial de corte liberal y un nuevo imperio que administrar.

Para cuando el presidente McKinley fue disparado dos veces pasadas la cuatro de la tarde en el Templo de la Música de la Exposición Pan-Americana de Buffalo, ya había personas que en su entorno estaban preocupadas por su seguridad, como el industrial M. Hanna, quien temía un atentado de tipo anarquista como los sucedidos en Europa, no en vano el rey Humberto I de Italia había sido asesinado por un terrorista anarquista procedente de New Jersey, con anterioridad el Presidente español Cánovas del Castillo había corrido la misma suerte y el príncipe de Gales se había salvado de un atentado similar<sup>891</sup>. Tras ocho días de complicaciones médicas que impidieron su recuperación, el Presidente McKinley fallecía dejando un país totalmente nuevo a su sucesor, quien no dudaría en utilizar la herencia de su predecesor para embarcar a la nación en el rumbo internacionalista bajo el timón de su visión conservadora, e igualmente novedosa en los Estados Unidos, de los asuntos internacionales.

### **3.b. T. Roosevelt: el internacionalismo conservador**

#### **3.b.1. *Estados Unidos transformado***

En 1898 la condición de Estados Unidos cambió de manera radical, no sólo había adquirido un imperio, sino que con ello ponía en entredicho su diplomacia tradicional, pues a diferencia de anteriores ocasiones, el verdadero debate sobre la expansión imperial no tuvo lugar entre los partidarios de la misma y sus detractores, sino entre las distintas concepciones sobre el nuevo papel de la nación en la escena internacional. Quizás el hecho principal del ascenso de Estados Unidos a potencia mundial sea que éste último vino acompañado de los primeros esfuerzos de Promoción de la Democracia en la política exterior nacional, lo que sin duda influyó en dos de las corrientes más influyentes en la diplomacia norteamericana a lo largo del siglo XX, el internacionalismo conservador de Theodore Roosevelt y el internacionalismo liberal democrático de Woodrow Wilson.

Junto con la transformación de su política internacional, Estados Unidos vivió un proceso democratizador en la primera mitad del siglo XX, en lo que Allen describe

---

<sup>891</sup> LEECH, op.cit., p. 560 y 594.



como “un ajuste del capitalismo a fines democráticos”<sup>892</sup>. Si en 1893 Estados Unidos había sufrido una severa crisis económica que cortó el crecimiento industrial para el resto de la década, a partir de 1900 le sucedió todo lo contrario, aumentando su riqueza nacional casi el doble en diez años, gracias a un crecimiento económico y a unos avances científicos que hicieron que la producción industrial aumentase en la primera década entre un 75 y un 90 por ciento, los productos agrarios incrementasen su precio casi un 50 por ciento, y si 1892 fue el año en que Estados Unidos tuvo su último balance comercial negativo, para 1908 ya tenía un superávit de 2,5 billones de dólares. De todos modos el progreso no afectó a todos por igual, con un país dividido aun entre un mundo rural empobrecido y una sociedad urbana enriquecida<sup>893</sup>, en 1900 el 60 por ciento de la población vivía en el medio rural (en poblaciones de menos de 2.500 habitantes), y si para 1910 había bajado al 55 por ciento lo hizo como resultado más bien de la inmigración, lo que separó aun más al campo de la ciudad<sup>894</sup>.

Los cambios sociales y económicos se producían a ritmo vertiginoso en un país que en 1950 había doblado la población que en 1900 era de 76 millones, cuando sólo Boston contaba con una red de metro terminada y Los Ángeles tenía una decimanovena parte de su población respecto a la de 50 años más tarde<sup>895</sup>. A inicios de siglo XX las diferencias entre las clases sociales eran abismales, un magnate podía superar en 20.000 veces el sueldo medio de un trabajador estadounidense, que de media rondaba los 400-500 dólares al mes, con una industrialización favorecida por la numerosa mano de obra al cerrarse la frontera continental, con la subsiguiente escasez de tierras, y cuyo horario de trabajo rondaba las diez horas al día y seis días a la semana; por un flujo constante de inmigrantes, que sólo en 1907 fueron 1,3 millones, para un total de 13 millones de 1900 a 1914; y por un sindicalismo débil que contaba en 1900 con menos de un millón de afiliados y que hasta 1905 no asistiría a la creación de una organización importante como la *International Workers of the World*, a lo que habría que sumar un 26 por ciento de niños y un diez por ciento de niñas trabajando, en un país con unos altísimos niveles de pobreza donde de 15 a 20 millones de sus habitantes se encontraban mal alimentados, y para agravar aun más las penurias de amplios sectores sociales, el coste de la vida se triplicaría de 1900 a 1950.<sup>896</sup>

El Gobierno poco podía hacer en tales circunstancias, la tradición de liberalismo económico basado en el *laissez-faire* que había aupado a la mayoría de los magnates, extendía una complacencia generalizada sobre las diferencias sociales y los efectos negativos de la industrialización, además existía una noción individual del enriquecimiento que predominaba sobre las sólidas teorías macroeconómicas, lo que conducía a unas corporaciones bajo el control de pocas manos (no más de 60.000 accionistas), y que a finales del siglo XIX se habían lanzado a una fiebre de fusiones con el objetivo de lograr el monopolio en sus respectivos campos<sup>897</sup>, así, para 1900 había 23 corporaciones industriales con un capital superior a diez millones de dólares,

---

<sup>892</sup> ALLEN, F. L. *The big Change. America transforms itself 1900-1950*, Harper & Row Publishers, New York, 1952, p. ix.

<sup>893</sup> HOWRY, G. E. *The Era of Theodore Roosevelt*, Harper & Row, New York, 1958, p. 2.

<sup>894</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>895</sup> ALLEN, *ob.cit.*, p. 14.

<sup>896</sup> *Ibid.*, p. 27, 52 y 102.

<sup>897</sup> *Ibid.*, p. 5, 64-70.



controlando al menos el 50 por ciento de la producción en sus respectivos campos, como resultado el uno por ciento de las industrias producían el 44 por ciento de los bienes<sup>898</sup>. Por el contrario, el Gobierno era un enano ante las grandes corporaciones, a inicios de siglo XX su gasto anual era de medio billón de dólares, con una deuda de un billón y un cuarto y sin Departamentos de Comercio ni Trabajo, en 1950 el presupuesto sería 18 veces mayor y la deuda ascendía a 257 billones, lo que da una idea de lo que creció el poder federal en ese intervalo de medio siglo<sup>899</sup>. El contraste más evidente se encontraba en las posturas de los Presidentes McKinley y T. Roosevelt, mientras el primero pensaba que no debía entrometerse en el mundo de los negocios si no existía actividad criminal de por medio, su sucesor iniciaría en febrero de 1902 el primer juicio bajo las leyes antitrust contra la *Northern Securities Company* de los magnates J. P. Morgan y E. H. Harriman<sup>900</sup>, con ello se inauguraba la era del progresivismo.

El progresivismo tuvo su auge en Estados Unidos durante las dos primeras décadas del siglo XX, sus líderes eran jóvenes políticos como T. Roosevelt o R. La Follette, pertenecientes a la clase media acomodada y contrarios a las maquinarias regulares partidistas, concebían su labor como un liderazgo benevolente para guiar a las masas a través de sus reformas, con una marcada predilección por la riqueza productiva sobre la acumulada por la especulación, no ya la corrupción, y tampoco veían con buenos ojos a los sindicatos, a quienes culpaban de fomentar la baja productividad y la violencia obrera, de hecho, el progresivismo tildaba a las clases sociales de artificiales, no viendo más allá del individuo, sometido a la tensión entre la avaricia de los ricos y la violencia de los pobres, en todo caso, como solución su sistema se basaba más en términos morales que económicos, más en abstracciones que en casos prácticos<sup>901</sup>. Por todo ello se le puede considerar un producto típicamente estadounidense, nacido a finales del siglo XIX en las ciudades más industrializadas para luchar contra los efectos más perversos del progreso, como las difíciles condiciones de vida en los suburbios o la corrupción municipal además de la reforma del sector laboral, pronto adquirió relevancia nacional para defender una reforma democrática del sistema electoral (voto femenino, voto directo...), la justicia social (regulación del empleo infantil, leyes de prohibición del alcohol...) y el interés público frente al poder creciente de las grandes corporaciones, así, con T. Roosevelt se aprobarían varias leyes para regular el transporte por tren y la industria alimenticia<sup>902</sup>, aunque otras medidas no serían aprobadas por la oposición del congreso, entonces dominado por los Republicanos, y que bajo la presidencia de William Taft, antiprogresivista declarado, paralizarían las reformas hasta la llegada de Wilson a la Casa Blanca. La fe norteamericana en la capacidad humana para cambiar el mundo junto con el rechazo a las mutaciones sociales que transformaban el sistema tradicional preindustrial, se unieron en el movimiento progresivista dotando al Estado de un cariz intervencionista antes desconocido y que para muchos tendría sus claras repercusiones en el *New Deal* de la década de 1930, trocando el individualismo del

---

<sup>898</sup> MOWRY, op. cit., p. 7.

<sup>899</sup> ALLEN, ob.cit., p. 81.

<sup>900</sup> *Ibid.*, p. 84 y 95.

<sup>901</sup> MOWRY, op. cit., p. 85-100.

<sup>902</sup> Elkins Act de 1903, Hepburn Act de 1906, Pure food and drug Act y Meat inspection Act de 1906; consultado en [www.bartleby.com/65/pr/progrsvsm.html](http://www.bartleby.com/65/pr/progrsvsm.html) y <http://spider.georgetwoncollege.edu/htallant/courses/his225/progmovt.htm>



laissez-faire por una noción de destino común de toda la nación, modelado a través de la acción pública para el bien colectivo<sup>903</sup>.

Si el conservadurismo político de finales del siglo XIX temía el aumento del poder popular, los progresivistas eran partidarios de dar voz a la opinión pública, si el primero primaba la experiencia estos fomentaban el cambio a través de las ideas al amparo de una visión optimista y no determinista del progreso humano, para los progresivistas éste era cercenado no por la naturaleza humana, sino por las desigualdades sociales que eran susceptibles de ser eliminadas por el poder gubernamental, por ello eran partidarios de extender su poder para que las decisiones políticas afectasen a la sociedad, en dicho proceso contaban con especial relevancia las elecciones individuales, por lo que el progresivismo incidió en la expansión de la educación como arma contra los efectos negativos de la industrialización<sup>904</sup>, precisamente fueron las respuestas a estos últimos las que dividieron al movimiento, por un lado los progresivistas del sur y el oeste eran partidarios de volver a la antigua economía no dominada por los conglomerados industriales, representantes de los intereses agrarios eran temerosos por igual del gran capital y del gran Estado, por el contrario, el resto del movimiento veía inevitable el nuevo sistema industrial, limitándose a regularlo sin buscar retrotraer a la nación a un pasado económico imposible de recuperar<sup>905</sup>.

No es de extrañar que en el progresivismo los valores rurales tradicionales tuviesen tanta influencia, ya que a finales del siglo XIX las grandes ciudades estadounidenses estaban dominadas por la corrupción y el crimen, sobre todo en la costa Este donde el progreso económico era más rápido, y por consiguiente los crecientes servicios públicos eran vistos como una manera aun más rápida de lucro merced a las privatizaciones ejecutadas a dedo que permitían el establecimiento de unos precios abusivos. A la cabeza de los progresivistas agrarios se encontraba W. J. Bryan, e incluso el futuro Presidente G. Cleveland ganaría fama como alcalde reformista en la ciudad de Buffalo, extendiéndose por toda la nación a partir de 1898 tanto la propiedad pública de los servicios como la actividad reguladora de los ayuntamientos sobre los más diversos aspectos de la vida en sus ciudades (servicios como el gas, el eléctrico o condiciones de vida mínimas fueron cayendo bajo su poder)<sup>906</sup>. Además de la corrupción, otra característica de la política estadounidense que le alejaba del gran público era su carácter opaco y distante, puesto que los candidatos legislativos eran elegidos por el propio partido en pequeñas reuniones llamadas caucus y no por el sistema de primarias. Contra todo ello lucharía R. La Follette, que al frente del estado de Wisconsin desde 1900, fue el primer Gobernador en tener cierto éxito con sus reformas. Como antiguo Republicano regular, es decir, dependiente del aparato del partido, conocía bien los mecanismos que llevaban a la corrupción, por todo ello introduciría leyes que establecían el sistema de primarias, una comisión del servicio de ferrocarril para su mejoramiento, la elevación de impuestos a las compañías, etc. En 1906 lograría llegar al Senado gracias a sus

---

<sup>903</sup> ALLEN, op. cit., p. 101.

<sup>904</sup> MOWRY, op. cit., p. 42-52.

<sup>905</sup> *Ibíd.*, p. 55.

<sup>906</sup> *Ibíd.*, p. 59-64.



reformas, aun así, hasta 1910 no hubo voto secreto en todos los estados y hasta 1912 los Gobernadores no serían elegidos por voto popular<sup>907</sup>.

De todos modos, tras el final de la I Guerra Mundial el movimiento progresivista perdió su ímpetu y ya no sería un protagonista de la escena política estadounidense<sup>908</sup>, a pesar de ello, su herencia, recogida por todos los Gobiernos sucesivos, fue la manera en que el Ejecutivo podía actuar para cambiar el curso de los acontecimientos y así prolongar el progreso sin el recurso a los cambios revolucionarios<sup>909</sup>.

Si el progresivismo surgió como respuesta política a los cambios socio-económicos que vivía Estados Unidos a inicios del siglo XX, la industria del motor nos puede servir como ejemplo de dicha transformación, ya que si en 1900 sólo había 13.824 vehículos registrados, en 1950 eran más de 44 millones, con las consecuencias que ello implicaba tanto para la economía como para la vida diaria de millones de estadounidenses, acabando con el aislamiento de las zonas rurales, a lo que también contribuiría el desarrollo de la radio en la década de 1920 y la extensión del teléfono (si en 1900 había poco más de 1,3 millones, en 1950 superaban los 43 millones), aumentando además la ya alta movilidad geográfica. En 1908 Henry Ford construyó el primer Modelo T, un coche diseñado para el gran público y de bajo coste gracias a su fabricación en líneas de ensamblaje, además, Ford dobló el sueldo a sus trabajadores con el fin de que éstos comprasen su coche, naciendo así el industrialismo moderno de producción en masa, símbolo de democratización económica y de beneficio gracias a la ampliación del mercado (si en 1909 sus coches valían 950 dólares, en 1924 no superaban los 290 y su producción pasaba de menos de 20.000 unidades anuales a más de un millón)<sup>910</sup>. Con la producción en masa surgieron las cadenas de tiendas, y en 1908 nacía la General Motors, producto de la fusión de varios constructores automovilísticos, también al amparo de la industria del motor se mecanizó el sector agrario gracias a la fabricación de tractores y camiones, todo ello implicó un aumento exponencial de la red de carreteras y autopistas y de las estaciones de servicio, con el consiguiente aumento del consumo de petróleo, el surgimiento de los suburbios urbanos y un descenso a la mitad de los viajeros en tren<sup>911</sup>.

Todos estos cambios sociales, económicos y políticos surgieron en el preciso instante en que Estados Unidos adquiría sus primeras colonias, convirtiéndose así en una potencia mundial, pero no en un jugador mayor de la política internacional. Pese a contar con el Producto Interior Bruto *per cápita* más alto del mundo<sup>912</sup>, Estados Unidos continuaba a la sombra de la gran regla washingtoniana, y no sería hasta la repentina llegada de T. Roosevelt a la presidencia, que la política exterior de la nación no daría un giro internacionalista ya irreversible.

---

<sup>907</sup> *Ibíd.*, p. 71-81.

<sup>908</sup> En la actualidad se puede definir como herederos progresivistas a los alter mundistas o los verdes representados por Ralph Nader.

<sup>909</sup> ALLEN, op. cit., p. 107.

<sup>910</sup> *Ibíd.*, p. 100.

<sup>911</sup> *Ibíd.*, p. 122-124.

<sup>912</sup> HERRING, op. cit., p. 337.



### 3.b.2. Carrera política

Theodore Roosevelt (1901-1909)<sup>913</sup>, nació el 27 de octubre de 1858 en Nueva York, en el seno de una familia local poderosa. Su tío, James I. Roosevelt, tras su estancia en París, contaba entre sus amistades con Lafayette y la Reina Española, su padre, había viajado por Europa varias veces, de quien heredaría un sentimiento de *noblesse oblige* que traducido a política se convertiría en su etapa como Gobernador en una lucha sin cuartel contra la corrupción y, ya en la Presidencia, en un esfuerzo por esparcir el ideal de Estados Unidos por el mundo. Theodore aprendería alemán al estudiar en Dresde, se casaría en Londres por segunda vez y viajaría por Oriente Medio, de modo que al llegar a la Presidencia conocía el mundo de primera mano como pocos norteamericanos, así, entre 1868 y 1869 estuvo en Europa durante 377 días con su familia, visitando Inglaterra, Holanda, Alemania, Suiza, Italia, Austria y Francia, y en 1872 realizó un nuevo viaje al viejo continente, extendido además a Egipto, Tierra Santa, Siria, Turquía y Grecia.

Desde su juventud padeció asma severo, lo que no le impidió esforzarse por convertirse en un buen deportista, ni logró rebajar su entusiasmo por la Marina, en parte gracias a la admiración sentida por dos de sus tíos que habían sido oficiales de la Marina Confederada durante la Guerra Civil. Tras su paso por la escuela de derecho en Harvard, y la publicación de su primer libro sobre ornitología, una vez descartada la dedicación a la ciencia y tras la muerte de su padre en 1878, T. Roosevelt se interesaría de inmediato por la política, uniéndose al Partido Republicano, como único representante de sus convicciones, a través de la Asociación Republicana del 21 distrito de Nueva York, no en vano odiaba al Partido Demócrata por su corrupción, si bien en el seno Republicano pronto demostraría su rechazo al dominio de la maquinaria partidista. T. Roosevelt publicó en 1882 su tesis sobre los aspectos navales de la guerra de 1812, *The Naval War of 1812*, en la cual criticaba la falta de preparación en la Marina estadounidense, dicha tesis influiría más tarde en los postulados desarrollados por Mahan; en ella, alababa también a Hamilton por sus esfuerzos a la hora de lograr un Estado fuerte para Estados Unidos, criticando por el contrario a Jefferson ante su incapacidad de preparar a la nación para la guerra.

Pese a mostrarse contrario a la maquinaria del Partido Republicano, Theodore pudo prosperar en su seno, así, resultó elegido para la Asamblea de su estado natal en otoño de 1881, siendo el miembro más joven de la legislatura, donde, alejado de la lucha partidista, se opondría a la corrupción surgida de la maquinaria del partido y sus jefes locales (el propio T. Roosevelt calculaba en un tercio del total de la Asamblea los miembros de la llamada “caballería del caballo negro”<sup>914</sup>, es decir, los representantes pagados por las corporaciones que luego pedirían como recompensa favores políticos). T. Roosevelt se tomó su enfrentamiento contra la corrupción como

<sup>913</sup> Para consultar sus datos biográficos ver ZIMMERMANN, op.cit. 188-233, y GRAUBARD, op.cit., p. 85-127, BEALE, Howard K. *Theodore Roosevelt and the Rise of America to World Power*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1956, MORRIS, Edmund *The Rise of Theodore Roosevelt*, Random House, New York, 2010 y ROOSEVELT, Theodore *An autobiography*, MacMillan, New York, 1913 (libro consultado en [www.bartelby.com/55/](http://www.bartelby.com/55/))

<sup>914</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. III, párrafo 25.



una lucha contra el privilegio, postura que, como veremos, será fundamental para entender su pensamiento, pues durante estos primeros años de participación política tomó conciencia de la necesidad de unir la decencia con la eficiencia, de conjuntar los grandes ideales con su puesta en práctica y de combatir la demagogia que atentaba contra la democracia. Gracias a ello, conoció al entonces Gobernador de Nueva York, G. Cleveland, que como el joven Roosevelt apoyaba la reforma del servicio civil basada en la reforma municipal, la purificación de los procedimientos electorales y la eliminación de los cargos no elegidos<sup>915</sup>.

En 1884, renunció a la Asamblea de Nueva York, pese a ser reelegido por tercera vez, tras las muertes de su madre y su esposa el 14 de febrero de ese mismo año, Roosevelt se retiró de la política por dos años, en los que se dedicó al desarrollo de una granja en Dakota. En 1886, tras haber rehecho su vida personal con una nueva boda, volvió a la política, perdiendo las elecciones municipales de su Nueva York natal, de esa época data el comienzo de su amistad con H. C. Lodge, fortalecida aun más con la entrada de éste en el Congreso, y con el almirante Mahan. Lo que parecía ser su tumba política al quedar tercero en la urnas, pronto fue el inicio de su meteórico ascenso a la presidencia, pues gracias a la influencia de su amigo Lodge logró un puesto con la Administración Harrison (1889-1893) en la Comisión del servicio civil neoyorquino en 1889, en el que serviría durante seis años y desde la cual intentaría acabar con la corrupción local a través de la sustitución del sistema de expolio administrativo por otro sistema basado en el mérito, que hiciese del servicio público un aparato más eficiente, lo que le granjeó no pocos enemigos en su propio partido. Durante estos seis años T. Roosevelt también vería fortalecidas sus ideas acerca de la necesidad de la justicia económica dentro de la sociedad, lo que sin duda pueden interpretarse como incipientes rasgos de su futuro progresivismo. Durante su etapa final en el cargo, T. Roosevelt estrechó sus lazos de amistad con el grupo formado por H. C. Lodge, Tom Reed, John Hay y Henry Adams, al mismo tiempo que desarrollaba su americanismo en artículos y libros, clamando por el fin de la presencia europea en América y a favor de la expansión extracontinental de Estados Unidos, justo cuando en 1893 F. J. Turner daba a conocer su teoría del cierre de la frontera<sup>916</sup>.

Tras dejar el puesto de Comisionado del servicio social, ya bajo la Administración del Demócrata Cleveland, T. Roosevelt fue nombrado en la primavera de 1895 Comisionado Mayor de la policía neoyorquina, en calidad de representante Republicano (pues el total de cuatro comisionados se repartían entre Demócratas y Republicanos) y por creerse que ejercería su labor de manera no partidista, llegando a ser Presidente de la Comisión de Policía de Nueva York durante los siguientes dos años. Como ya hiciera en su etapa en la Asamblea con la Administración, T. Roosevelt intentaría una reforma de la policía para hacerla más eficiente, tratando al mismo tiempo de acabar con los favoritismos para alejarla de la política y luchar contra la corrupción derivada de los más de 12.000 salones existentes en la ciudad. Su actitud ante la corrupción de la policía de Nueva York le valió fama nacional, y pese a que en la convención Republicana no apoyara inicialmente la candidatura de W. McKinley, sí que lo haría públicamente ante el

---

<sup>915</sup> MORRIS, op.cit., p. 215.

<sup>916</sup> *Ibíd.*, p. 478.



peligroso ascenso del Demócrata W. J. Bryan, y de nuevo tras el apoyo de H. C. Logde y del juez W. H. Taft, a quien además de su amistad, les unía un interés especial por hacer de la Marina estadounidense una de las mayores del mundo. En mayo de 1897 T. Roosevelt dejaría Nueva York para trasladarse a Washington tras ser nombrado por McKinley Subsecretario de Marina, una vez superados los temores de la cúpula Republicana sobre el carácter belicoso del joven Roosevelt.

Con la lectura de Mahan, T. Roosevelt vio confirmadas sus ideas sobre la necesidad de dotar a Estados Unidos de una Marina a la altura de su grandeza nacional. Conocedor del oeste americano, donde llegó a pasar un tiempo como cazador, se imbuyó del espíritu de frontera que desde entonces consideraría imprescindible para el carácter estadounidense; en esa época Roosevelt ya había desarrollado por completo su aportación personal al internacionalismo conservador, mezcla de ese énfasis en la preservación de la Unión, de su expansión y la conservación del espíritu de frontera, todo ello teñido con la creencia en la supremacía anglosajona derivada de la influencia que el darwinismo social ejercía a finales del siglo XIX. De modo que en la década de 1890 se fraguó, según Beale, el grueso del credo oficial del imperialismo estadounidense, cuyas notas principales serían:

1. Nacionalismo, el orgullo nacional que por ejemplo llevó a T. Roosevelt a criticar a Jefferson,
2. Un profundo sentido de honor nacional, que les llevaba a no perdonar las afrentas a Estados Unidos, de ahí su inclinación al uso de la fuerza, y para ello era imprescindible tener un instrumento tan decisivo como una gran Armada,
3. Componente moral en la política, los Estados Unidos nunca actuarían de forma egoísta o equivocada, pues sus motivos eran siempre justos,
4. Las consideraciones económicas irían siempre por detrás de las relativas a la grandeza y poder nacionales<sup>917</sup>.

Así, para T. Roosevelt la política de Cleveland respecto a Gran Bretaña en Venezuela era lamentable y señal de cobardía que ponía en peligro la continuidad de la Doctrina Monroe en todo el continente, pues si Londres no la respetaba se corría el riesgo de que otras potencias europeas hiciesen lo mismo<sup>918</sup>. Para T. Roosevelt, la superioridad racial no se daba por mandato divino, como Beveridge pensaba, sino que se demostraba en la lucha por el progreso, siendo la expansión un buen método para entrenar a la nación en el desarrollo de las cualidades esenciales de las grandes potencias, responsabilidad moral, grandeza, honestidad, libertad, fortaleza...todas ellas cualidades heroicas trasladadas a la política exterior, en detrimento siempre de las consideraciones económicas<sup>919</sup>.

Durante su corta estancia en el Gobierno McKinley como Subsecretario de Marina, Roosevelt vio confirmada su idea de que Estados Unidos siempre estaría mal preparado para futuras guerras, por ello intentaría desechar la teoría de la defensa de

---

<sup>917</sup> BEALE, op. cit., p. 30-39.

<sup>918</sup> *Ibíd.*, p. 45.

<sup>919</sup> *Ibíd.*, p. 73.



la costa, que implicaba la construcción de buques de pequeño tonelaje y escaso radio de acción, substituyéndola por la construcción de barcos de mayor capacidad para dotar a la nación de unas capacidades globales que le permitiesen jugar un papel más activo en la escena internacional. Ante las acusaciones de que tal aumento del gasto militar implicaría sin duda el desencadenamiento de futuros conflictos, Theodore respondía que no creía en absoluto que prepararse para la guerra la produjese al final, muy al contrario, como él mismo dijera “abogo por la preparación de la guerra para evitar la guerra”<sup>920</sup>, y acusaba a quienes se oponían al aumento del gasto militar de buscar “hacer a Estados Unidos impotente para hacer el bien internacional bajo la pretensión de hacernos impotentes para el mal internacional”<sup>921</sup>.

Desde su llegada al Departamento de Marina, Roosevelt fue consciente de que el enfrentamiento con España era inevitable, pues su opresión sobre Cuba era contraria “al avance de la humanidad e intolerante con la conciencia humana”<sup>922</sup>, de modo que ante la ausencia del Secretario de Marina John D. Long, a quien Roosevelt ni siquiera mencionó en su autobiografía, ordenó el 25 de febrero de 1898 al comodoro Dewey que en caso de entrar en guerra con España bloquease su flota en el Pacífico y atacase Manila, orden después no contravenida ni por el Secretario Long ni por el Presidente McKinley.

La guerra con España afectaría decisivamente la carrera de T. Roosevelt, sobre todo tras lograr convencer al Presidente para que le permitiese ponerse al frente como teniente coronel de un regimiento de caballería formado por voluntarios, los llamados *rough riders*, al mando de su amigo el coronel Wood. Así, tras su entrenamiento en San Antonio y Tampa, donde había ya 17.000 efectivos estadounidenses concentrados, partió para Cuba a luchar así personalmente contra su odiado imperialismo español, con tan sólo la experiencia previa de tres años de servicio en la Guardia Nacional de Nueva York. Tras destacarse en la batalla por Santiago, en los combates de Daiquiri y la Colina de San Juan, Roosevelt volvió a las dos semanas convertido en todo un héroe nacional, lo que le sirvió primero para ganar las elecciones a Gobernador por Nueva York, y más tarde, ante las presiones de su propio partido por su celo anticorrupción, la Vicepresidencia en 1900.

Nada más desembarcar en Estados Unidos tras su regreso de Cuba en septiembre de 1898, Roosevelt fue nombrado candidato Republicano como Gobernador de Nueva York, pues para muchos era el único que podía evitar una victoria Demócrata en dicho estado, expectativas que se vieron cumplidas con su victoria por 18.000 votos, si bien primero tuvo que sortear las acusaciones en su contra acerca de no haber pagado los impuestos en el estado, lo que le hubiese inhabilitado, y que fueron desbaratadas gracias a la ayuda de E. Root<sup>923</sup>. Ya como Gobernador de su estado natal, tras la promesa de ser un Gobernador no partidista, idealista y eficiente, Roosevelt vería en primera persona cómo la maquinaria del partido, dominada por el Senador Platt, canalizaba el dinero de las grandes empresas financiando a los miembros locales del partido, controlando sus nominaciones y

---

<sup>920</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. VII, párrafo 7.

<sup>921</sup> *Ibid.*, párrafo 91.

<sup>922</sup> *Ibid.*, párrafo 10.

<sup>923</sup> MORRIS, op.cit., p. 712.



recibiendo a cambio tratos de favor, contra ello Roosevelt decidió no crear su propia maquinaria interna ni controlar la existente, sino apelar directamente a la opinión pública. En consonancia comenzó a aplicar su programa progresivista a través de leyes sobre bosques y protección medioambiental, siendo su conservacionismo una de sus notas principales a lo largo de su carrera política, pero sobre todo de leyes contrarias a la concentración empresarial, aumentando tanto la presión fiscal sobre las mismas, con la Propuesta de ley Ford, como el control del Gobierno estatal sobre la economía, regulando las condiciones laborales, lo que a la postre le enemistó de forma irremisible con la maquinaria del partido, pues sus intereses no podían ser más contrapuestos. Curiosamente su enfrentamiento con el Senador Platt le conduciría a la Casa Blanca, pues éste, para deshacerse de T. Roosevelt y echarle de Nueva York apoyaba su candidatura a Vicepresidente en las elecciones de 1900, así, en la Convención Republicana de junio de ese año Roosevelt saldría elegido para acompañar a McKinley en su intento de reelección. De hecho, el enfrentamiento con la maquinaria partidista fue entonces tan intenso, que T. Roosevelt hablaría en público por primera vez de “habla con suavidad y lleva un gran garrote, llegarás lejos”<sup>924</sup>, en referencia a su estrategia contra Platt.

Roosevelt vaciló antes de aceptar ser el segundo de McKinley, más aun cuando el poderoso M. Hanna estaba en su contra, pues consideraba que dicho puesto arruinaba sus posibilidades de presentarse a la candidatura presidencial de 1904, pero su popularidad y las presiones de H. C. Lodge le valieron la unánime candidatura, con el único voto en contra de sí mismo. T. Roosevelt demostró ser una buena elección, y durante la campaña recorrió más de 21.000 millas, dando 673 discursos en 567 ciudades de 24 estados y ante unos tres millones de personas<sup>925</sup>, donde trataba de defenderse de las acusaciones Demócratas por su militarismo e imperialismo asimilando la presencia en Filipinas con el tradicional expansionismo estadounidense<sup>926</sup>. Una vez jurado el cargo el 4 de marzo de 1901, T. Roosevelt apenas tuvo tiempo para ejercerlo, pues el 6 de septiembre de 1901 todo cambiaría de nuevo para Roosevelt.

A los 43 años Theodore Roosevelt se convirtió en el presidente más joven en la historia de Estados Unidos, y el primero desde la Guerra Civil que no había participado en ella, además, en 1901 Roosevelt heredaba de su malogrado antecesor la difícil tarea de administrar el incipiente Imperio Estadounidense, para ello Roosevelt llevaba preparándose durante décadas y dejaría a un lado las indecisiones de McKinley para conducir a la nación por el camino de no retorno del engrandecimiento nacional.

### **3.b.3. Génesis intelectual del Internacionalismo conservador**

Al llegar a la Casa Blanca T. Roosevelt, un hombre tan activo política y militarmente como profundo pensador con numerosas inquietudes intelectuales, ya había desarrollado el grueso de sus valores y creencias. Como tendremos ocasión de

---

<sup>924</sup> *Ibíd.*, p. 754.

<sup>925</sup> *Ibíd.*, p. 769.

<sup>926</sup> BEALE, *op. cit.*, p. 65.



ver a continuación, para el nuevo Presidente el modo en que un hombre debía comportarse en su vida cotidiana no difería en exceso del modo en que una nación debía encarar sus relaciones con el resto de Estados, lo que aplicado a Estados Unidos supuso una verdadera reevaluación de las políticas seguidas hasta el momento, no en vano, todo el esfuerzo de T. Roosevelt se puede resumir en intentar que el pueblo estadounidense asumiese las responsabilidades inherentes al nuevo *status* de la nación para así ocupar el lugar protagónico que, según él, ésta se merecía.

En 1901 dicho plan suponía realmente el abandono de parte de la tradición política estadounidense y el remodelamiento y adaptación del resto. Como veremos en las páginas siguientes, si Estados Unidos aumentaba sus compromisos internacionales para jugar un mayor papel en la escena mundial, la gran regla washingtoniana se convertía más que en una guía, en un impedimento para alcanzar los objetivos deseados, ello no equivalía a descartarla por entero, pero sí a matizarla, pues aunque a principios del siglo XX en Estados Unidos aun era impensable su participación en una alianza duradera, para T. Roosevelt ello no era obstáculo para que la nación sí participase en los principales foros de negociación internacional del momento, algo completamente novedoso en la estrategia norteamericana; lo mismo para la Doctrina Monroe, que si bien siguió siendo un pilar central de la política exterior de la Administración de T. Roosevelt, éste no dudaría en añadir su propio corolario a la misma para así adaptarla a los nuevos tiempos.

Como ya se ha señalado, el Internacionalismo conservador se debió principalmente al genio creador de T. Roosevelt, y aunque contase con la ayuda inestimable de su equipo y amigos, entre los que destacaron el almirante Mahan, H. C. Lodge, John Hay o Elihu Root, fue el propio T. Roosevelt el padre intelectual del primer ensayo internacionalista en la política exterior estadounidense, puesto que los valores y creencias de aquel formaron los axiomas principales de éste, además, no hay que olvidar que en calidad de Presidente, T. Roosevelt fue el único capaz de llevar a la práctica el ideario internacionalista conservador, y desde que alcanzara tal cargo, y pese a la oposición que surgiría ante sus políticas, no cesó ni un solo instante de aplicarlo con todo su celo.

A la hora de enumerar las notas principales del internacionalismo conservador conviene no olvidar que todas ellas forman un conjunto interrelacionado, y en numerosas ocasiones comparten elementos, pues cada componente nos conduce necesariamente al siguiente, lo que da idea de la coherencia teórica del mismo. Por tanto, pasemos ahora a ver cuáles son las notas principales del Internacionalismo conservador desarrolladas por T. Roosevelt:

- *Nacionalismo democrático*: para T. Roosevelt “el hombre que más puede hacer en este país es y debe ser el hombre cuyo americanismo es más sincero e intenso”<sup>927</sup>, es decir, la primera condición de un buen ciudadano estadounidense era amar a la patria, pues “nosotros los americanos tenemos muchos problemas graves que resolver, muchos males amenazadores que enfrentar, y muchos actos que realizar si, como esperamos y creemos, tenemos *la sabiduría, la fuerza, el coraje y la virtud*

---

<sup>927</sup> ROOSEVELT, Theodore, “True Americanism”, artículo aparecido en abril de 1894 en la revista *The Forum Magazine*, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com/trbioqf.html](http://www.theodore-roosevelt.com/trbioqf.html)



de hacerlos”<sup>928</sup>, he destacado en cursiva dichas características porque para T. Roosevelt su nacionalismo, como veremos, tiene mucho que ver con el carácter personal, ya que para Roosevelt si uno no empieza siendo un buen hombre en su vida privada, es muy difícil que acabe convirtiéndose en un buen patriota. Para T. Roosevelt, el sentido de su amplio americanismo se traducía en la contraposición de éste con el localismo, el cosmopolitismo y la inmigración no asimilada; respecto al localismo, también conocido por parroquianismo o provincianismo, T. Roosevelt diría que “el patriotismo del pueblo o del campanario es malo”<sup>929</sup>, el verdadero era el que se tiene por el conjunto de la nación; en cuanto al cosmopolitismo aquí Roosevelt sí que cargaba las tintas contra sus defensores pues “nada descalificará más rápido y de forma más segura a un hombre de hacer un buen trabajo en el mundo que la adquisición de ese hábito de mente que sus poseedores llaman cosmopolitismo”<sup>930</sup>. De todas formas, ello no implicaba un rechazo del internacionalismo, ni mucho menos, sólo que para T. Roosevelt antes que el resto de principios políticos debía encontrarse el amor por la patria, pues “no soy un defensor de un loco cosmopolitismo. Creo que un hombre debe ser un buen patriota antes de que pueda, y como único modo de ser, un buen ciudadano del mundo”<sup>931</sup>.

En cuanto a la americanización de los inmigrantes, era esencial para T. Roosevelt pues pensaba que “debemos americanizarlos completamente, en discurso, en ideas y principios políticos, y en su modo de ver las relaciones entre la Iglesia y el Estado”<sup>932</sup>, ya que “el americanismo es una cuestión de espíritu, convicción y propósito, no de credo o lugar de nacimiento”<sup>933</sup>, por tanto, y como colofón de todo el proceso, “merecer el nombre de americano es merecer el título más honorable y aquel que no lo crea no lo merece”<sup>934</sup>, pues Estados Unidos no tendría éxito en su papel de gran potencia “a menos que seamos americanos de corazón y alma, en espíritu y propósito, bien conscientes de la responsabilidad implícita en el nombre de América, y orgullosos más allá de toda medida de llevarlo”<sup>935</sup>.

El nacionalismo de T. Roosevelt es indisociable de la naturaleza democrática de su sistema político, el que Estados Unidos fuese una república democrática era el hecho diferenciador que debía conferir al pueblo estadounidense no sólo ventajas y beneficios personales, sino un lugar preponderante en los asuntos mundiales con tal de que asumiera las responsabilidades implícitas en su propia condición democrática, es decir, Estados Unidos era poderoso no por sus bienes materiales o su poder militar, sino por encarnar la primera república democrática de la era moderna, como Roosevelt mismo sentenciaría

---

<sup>928</sup> *Ibíd.*

<sup>929</sup> *Ibíd.*

<sup>930</sup> *Ibíd.* ya que sin duda “es cincuenta veces mejor ser un americano de primera clase que un francés o inglés de imitación de segunda clase [...] ninguna otra tierra ofrece tales posibilidades gloriosas al hombre capaz de sacar ventaja de ellas, como hacen los nuestros, sigue siendo verdad que nadie de nuestro pueblo puede hacer ningún trabajo con dignidad a menos que lo haga ante todo como americano [...] por el contrario, es en esas profesiones donde nuestra gente ha peleado al máximo para amoldarse a formas europeas convencionales donde ellos han tenido menos éxito”, *Ibíd.*

<sup>931</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 24, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>932</sup> ROOSEVELT, Theodore, “True Americanism”, *ob.cit.*

<sup>933</sup> *Ibíd.*

<sup>934</sup> *Ibíd.*

<sup>935</sup> *Ibíd.*



nuestro país- ésta gran república- no significa nada a menos que signifique el triunfo de la democracia, el triunfo del gobierno popular, y, a largo plazo, de un sistema económico bajo el que a cada hombre pueda garantizársele la oportunidad de mostrar lo mejor que hay en sí mismo. Por ello es por lo que la historia de América es ahora el hecho central de la historia del mundo, ya que el mundo ha puesto su cara con esperanza hacia nuestra democracia [...] mis queridos compatriotas, cada uno de vosotros porta en sus hombros no sólo la carga de hacer lo correcto por el bien de nuestro país, también la carga de hacerlo bien y de ver que esta nación hace lo correcto por el bien de la humanidad<sup>936</sup>

El que esto fuera así se debía para Roosevelt en gran parte al régimen de libertad que desde un principio imperaba en Estados Unidos, pues para que una democracia prosperara, para que fuera verdadera y respetada “no sólo debe haber completa libertad en materias de religión y opinión, sino completa libertad para cada hombre de conducir su vida como desee, con la prevención de que no haga daño a su vecino”<sup>937</sup>. Como se observa, la fe de Roosevelt en la libertad se encontraba en clara consonancia con la tradición liberal de la política estadounidense, de hecho, una característica de su patriotismo es la constante referencia a la tradición para justificar sus argumentos, en particular y muy especialmente, cuando intentó justificar su programa expansionista. T. Roosevelt apelará a la tradición libertadora de los padres fundadores y al papel jugado por Lincoln y Grant durante la guerra civil<sup>938</sup>, y buscará en la conquista del continente norteamericano un antecedente de la lucha por la civilización emprendida por su Gobierno y el de su antecesor en las nuevas colonias<sup>939</sup>, igualmente citará de nuevo a Lincoln cuando intentó explicar y legitimar su visión de la relación capital-sociedad<sup>940</sup>. Como hemos visto, para T. Roosevelt para que un ciudadano fuese un verdadero patriota debía tener un carácter especial, y sin su comprensión resulta muy fácil malinterpretar el resto del ideario internacionalista conservador.

- *Carácter*: la compleja personalidad de T. Roosevelt, su duro aprendizaje infantil y la superación de una debilidad física dejaron una impronta imborrable en su concepción política, a lo que sumado a sus firmes creencias religiosas dieron como resultado la defensa de un modelo de compromiso responsable y constante trabajo que el propio Theodore explicaría así

para hacer nuestra tarea [...] el camino seguro para tener éxito es [...] el espíritu de devoción al deber, de la determinación a repartir con justicia, con imparcialidad y sin miedo a todos los hombres, y de la resolución firme a nunca

---

<sup>936</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The new nationalism” discurso pronunciado el 31 de agosto de 1910, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>937</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 21, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>938</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The Expansion and Peace”, artículo aparecido el 21 de diciembre de 1899 en *Independent*, párrafo 5, artículo consultado en [www.batleby.com/58/2.html](http://www.batleby.com/58/2.html).

<sup>939</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 2, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>940</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The new nationalism” discurso pronunciado el 31 de agosto de 1910, párrafo 4, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).



abandonar ninguna tarea una vez comenzada hasta que no sea llevada a una conclusión exitosa y triunfante<sup>941</sup>

Pues para T. Roosevelt “la nación que no tenga el poder de la paciencia, el poder de la obstinada insistencia en una determinada política, ya traiga felicidad o pesar, ha perdido uno de los elementos esenciales de la grandeza”<sup>942</sup>, ya que “no hay componente más importante del carácter que una resolución inquebrantable”<sup>943</sup>.

Junto a la tenacidad, la honestidad pública fue una de sus obsesiones, como ya hemos visto, ya fuera en la Asamblea neoyorquina, en su policía o como Gobernador, Roosevelt siempre luchó contra la corrupción pública, no es extraño pues que para él fuese imprescindible para ser honestos en la vida pública cumplir con los mandamientos octavo (no robarás) y décimo (no levantar falso testimonio contra tu vecino)<sup>944</sup>, uniendo así su fe religiosa con su particular concepción del buen ciudadano, no en vano Roosevelt creía que si uno no era bueno en su vida privada era imposible que lo fuera a ser en la pública.

También el hombre con carácter debía ser un hombre de acción, capaz de realizar sus ideales y demostrar con la práctica cuanto promete de palabra<sup>945</sup>, pues para Roosevelt el carácter se demostraba en la acción

una vida de ociosa quietud, una vida en esa paz que florece meramente de la falta del deseo o del poder de luchar por grandes cosas, es poco digna tanto para una nación como para un individuo [...] admiramos al hombre que encarna el esfuerzo victorioso...que tiene las cualidades viriles para ganar en la severa lucha de la vida actual. Es duro fracasar, pero es peor no haber intentado nunca tener éxito. En esta vida no obtenemos nada a menos que nos esforcemos<sup>946</sup>

Es esa permanente apelación a cumplir con la tarea asignada lo que para T. Roosevelt probaba el carácter tanto personal como nacional, ya que “es sólo a través de la lucha,

---

<sup>941</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Grant” discurso pronunciado el 27 de abril de 1900 en Galena, Illinois, texto consultado en [www.bartleby.com/58/13.html](http://www.bartleby.com/58/13.html) La firmeza de carácter era una de las cualidades más alabadas por T. Roosevelt, para quien “ante todo está la lección de la tenacidad, de la terca fijeza al propósito [...] la lección de perseverancia inquebrantable en el curso en el que ha entrado la nación es muy necesaria para una generación cuyos predicadores a veces se quejan demasiado de las políticas del momento. Hay no pocos hombres públicos, no pocos hombres que intentan moldear la opinión dentro y fuera del Congreso, en la prensa diaria, que parecen dirigirse a la inestabilidad, a la que consienten y de ahí aumentan el gusto por la exageración de cada situación según aparece, cuyo esfuerzo es, de ese modo, hacer que la gente se mueva en zigzag en lugar de en línea recta”, *Ibíd.*

<sup>942</sup> *Ibíd.*

<sup>943</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Character and Success” artículo publicado el 31 de mayo en *Outlook*, párrafo 6, texto consultado en [www.bartleby.com/58/6.html](http://www.bartleby.com/58/6.html).

<sup>944</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The eight and ninth Commandments” artículo publicado el 12 de mayo de 1900 en *Outlook*, texto consultado en [www.bartleby.com/58/7.html](http://www.bartleby.com/58/7.html).

<sup>945</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 7, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com). “el crédito pertenece al hombre que actualmente está en la arena, cuya cara está manchada de polvo y sudor y sangre, que lucha con valentía, que hierra, que defrauda una y otra vez porque no hay esfuerzo sin error ni defectos, pero que lucha por hacer los hechos, quien conoce grandes entusiasmos, las grandes devociones, quien se embarca en una causa justa, quien en el mejor de los casos conoce al final el triunfo del gran logro, y en el peor, si falla, al menos falla mientras se atrevía, de modo que su lugar nunca se encuentra entre aquellas almas frías y tímidas que no conocen la victoria ni la derrota”

<sup>946</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Strenuous Life” discurso pronunciado el 10 de abril de 1899 en Chicago, párrafo 2, texto consultado en [www.bartleby.com/58/1.html](http://www.bartleby.com/58/1.html)



del esfuerzo duro y peligroso que ganaremos finalmente el objetivo de la verdadera grandeza nacional”<sup>947</sup>, pues “las palabras cuentan sólo cuando dan expresión a los hechos o van a ser traducidas en ellos”<sup>948</sup>. Era en la acción gracias que los pueblos crean su Historia, y la inacción nunca sería para T. Roosevelt una garantía de felicidad, más bien al contrario<sup>949</sup>.

También para Roosevelt el carácter era inseparable de la moral, y sin duda la cualidad más valiosa en un hombre, pues “a largo plazo, en la gran batalla de la vida, ninguna brillantez del intelecto, ninguna perfección del desarrollo corporal, contarán frente a la suma de virtudes, activas o pasivas, de las cualidades morales, que agrupamos bajo el nombre de carácter”<sup>950</sup>, pero de nada sirven esas cualidades si son mal empleadas ya que

si la eficiencia humana no está guiada ni regulada por un sentido moral, cuanto más eficiente sea peor será, y más peligroso para el cuerpo político. Coraje, intelecto, todas las cualidades dominantes sólo sirven para hacer a un hombre peor si son meramente usadas para el avance propio de ese hombre, con brutal indiferencia a los derechos de los demás<sup>951</sup>

Tenacidad, honestidad, sentido moral, guía religiosa, predisposición a la acción, todo ello conferiría al carácter definido por T. Roosevelt unas características propias que impregnaron toda su teoría política, como él mismo dijera, no perdió nunca oportunidad en predicar siempre

la doctrina de la vida activa, la vida de la labor y el esfuerzo, del trabajo y la lucha, predicar la forma más alta de éxito que procede, no del hombre que desea la mera paz fácil, sino del hombre que no se acobarda ante el peligro, ante la dificultad, o ante el trabajo amargo, y que por encima de ello gana el espléndido triunfo final<sup>952</sup>

- *Realismo*: en éste punto T. Roosevelt comenzaba a separarse de la tradición política estadounidense, ya que si hasta el momento ésta había permanecido anclada en un idealismo que permitía a la nación mantenerse lejos de verse enredada en los asuntos mundiales, con él en la Presidencia Estados Unidos tendrá su primera experiencia con una estrategia exterior de marcado sesgo realista. Para el vigésimo sexto Presidente estadounidense “tenemos que encarar los hechos como son. No debemos caer en un

---

<sup>947</sup> *Ibíd.*

<sup>948</sup> ROOSEVELT, Theodore, discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz del 10 de mayo de 1910, párrafo 3, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>949</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Strenuous Life” discurso pronunciado el 10 de abril de 1899 en Chicago, párrafo 4, texto consultado en [www.bartleby.com/58/1.html](http://www.bartleby.com/58/1.html). “es una base falsa decir que la nación que no tiene historia es feliz. Es el triple de feliz la nación que tiene una historia gloriosa. Mucho mejor es atreverse a grandes cosas, ganar triunfos gloriosos, incluso acompañados de fracaso, que estar al lado de aquellos pobres espíritus que nunca han disfrutado ni sufrido mucho, porque viven en un gris crepúsculo que no conoce la victoria ni la derrota”, *Ibíd.*

<sup>950</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Character and Success” artículo publicado el 31 de mayo en *Outlook*, párrafo 2, texto consultado en [www.bartleby.com/58/6.html](http://www.bartleby.com/58/6.html).

<sup>951</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 14, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>952</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Strenuous Life” discurso pronunciado el 10 de abril de 1899 en Chicago, párrafo 1, texto consultado en [www.bartleby.com/58/1.html](http://www.bartleby.com/58/1.html).



optimismo loco ni sucumbir a un pesimismo innoble y tímido. Nuestra nación es una entre las naciones de la tierra que tiene en sus manos el destino de los años venideros”<sup>953</sup>. Pues según T. Roosevelt “el ciudadano debe tener altos ideales, y aun así debe ser capaz de lograrlos en una forma práctica....¡me apena el que hace frases vacías, el idealista vacío, quien en lugar de preparar el camino al hombre de acción, se vuelve contra él cuando aparece y le estorba cuando hace el trabajo!”<sup>954</sup>

Para Roosevelt a nivel político sucedía lo mismo, el que un representante público prometiese lo que no podía cumplir era un acto de peligrosa irresponsabilidad, ya que

un hombre no tiene valor a menos que albergue una noble devoción a un ideal, y no tiene valor tampoco a menos que luche por realizar ese ideal con métodos prácticos. Debe prometer, a él como a los otros, sólo lo que puede realizar, pero lo que puede realizarse realmente es lo que debe prometer, y esa promesa es la que debe cumplir contra todo contratiempo<sup>955</sup>

Una consecuencia clave de su realismo le llevaba a no aceptar acuerdos de paz a cualquier precio, al igual que su amigo Mahan quien denunciaba “el peligro de la abogacía indiscriminada de la paz a cualquier precio”<sup>956</sup>, pues ello “conducirá al hombre a mezclarse con la injusticia, a comprometerse con lo equivocado, disparando a su conciencia con la creencia de que la guerra es tan mala que más allá de ella ningún otro mal está equivocado”<sup>957</sup>, de hecho T. Roosevelt creía firmemente que “la cobardía no promueve la paz, y el gran mal de la guerra puede ser menos malo que llorar ante la injusticia”<sup>958</sup>. Con motivo de su aceptación del Premio Nobel de la Paz en 1910, T. Roosevelt volvería a dejar clara su postura al respecto al proclamar que

la paz es generalmente buena en sí misma, pero nunca es el bien más noble hasta que no llega como la sirvienta de la justicia, y se convierte en algo muy malo si sólo sirve como máscara de la cobardía y la pereza, o como un instrumento para expandir el despotismo y la anarquía<sup>959</sup>

Otra característica de su ideario que podría achacarse a su realismo es su rechazo a que todos los hombres sean iguales, y menos aun los pueblos dado su distinto grado de desarrollo y la condición de bárbaros en algunos de ellos, pues si entre las naciones civilizadas la guerra era inusual, no sucedía lo mismo entre los bárbaros, que sí lo era al vivir “bajo las condiciones del barbarismo”<sup>960</sup>, por tanto para T. Roosevelt “tan

---

<sup>953</sup> ROOSEVELT, Theodore, “True Americanism”, artículo aparecido en abril de 1894 en la revista *The Forum Magazine*, párrafo 4, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com/trbioqf.html](http://www.theodore-roosevelt.com/trbioqf.html).

<sup>954</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 15, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com). Para su amigo A. T. Mahan, en los asuntos humanos hay que “ver las cosas como son, y no sólo como nos gustaría que fueran ahora, o como si fuera posible que nuestros descendientes tuvieran el privilegio de verlas en una época futura más feliz”, TAYLOR, op. cit., p. 94.

<sup>955</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Promise and Performance” artículo publicado en *Outlook* el 28 de julio de 1900, párrafo 6, texto consultado en [www.bartleby.com/58/9.html](http://www.bartleby.com/58/9.html).

<sup>956</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The Expansion and Peace”, artículo aparecido el 21 de diciembre de 1899 en *Independent*, párrafo 2, artículo consultado en [www.bartleby.com/58/2.html](http://www.bartleby.com/58/2.html)

<sup>957</sup> *Ibíd.*

<sup>958</sup> *Ibíd.*

<sup>959</sup> ROOSEVELT, Theodore, discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz del 10 de mayo de 1910, párrafo 2, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com)

<sup>960</sup> *Ibíd.*



sólo es el poder guerrero de un pueblo civilizado el que puede dar la paz al mundo”<sup>961</sup>.

Estas dos últimas características, el no buscar la paz a cualquier precio y el reconocimiento de las diferencias entre los distintos pueblos, hacen que entendamos mejor el siguiente punto a tratar, la defensa de la preparación militar, indisociable de su creencia en la utilidad de la guerra para alcanzar la paz, aspecto que se podría tratar como uno más dentro de su realismo pero que parece más conveniente incluirlo dentro del siguiente, pues como ya se ha comentado, todos los principios guardan una estrecha relación entre sí y en muchos casos comparten elementos.

- *Preparación militar*: el que T. Roosevelt diese un nuevo rumbo a la política exterior estadounidense no implicaba que desdeñara por entero su acervo tradicional, especialmente en el presente apartado, pues si bien el aumento del gasto militar suponía alejarse del temor atávico hacia los ejércitos permanentes de la sociedad norteamericana, trató siempre de ubicarlo en el contexto de la tradición política nacional, así no dudaba en citar a Washington a la hora de justificar su aumento del gasto militar, pues el primer Presidente de Estados Unidos ya había aseverado que “estar preparados para la guerra es el modo más efectivo para promover la paz”<sup>962</sup>. Para T. Roosevelt Estados Unidos nunca había estado preparado para las guerras en que había participado, debido a su ánimo poco guerrero, lo que en principio pudiera parecer una cualidad positiva, podría suponer más una carga para el futuro de la nación

en este país no hay el más mínimo peligro de un desarrollo desmedido del espíritu belicoso [...] el peligro es precisamente lo contrario. Si olvidamos que en el último recurso solo podemos asegurar la paz estando preparados y dispuestos para luchar por ella, tendremos la amarga ocasión de darnos cuenta algún día que una nación rica que es perezosa, tímida y pesada es una presa fácil para cualquier pueblo que aun retenga las más valiosas de todas las cualidades, las virtudes del soldado<sup>963</sup>

Por lo tanto Estados Unidos debía armarse para evitar ser presa de la guerra, además, T. Roosevelt consideraba una ofensa al honor nacional no estar dispuesto a luchar por ella, para él “ninguna nación debe emprender la guerra caprichosamente, pero ninguna nación debe evitarla nunca al coste de perder su honor nacional”<sup>964</sup>, lo que concordaba totalmente con su patriotismo y su peculiar carácter, es más, el rudo temperamento de T. Roosevelt le llevaba a afirmar que la guerra llegaría a Estados Unidos si continuaban “negándonos a aceptar responsabilidades al tiempo

---

<sup>961</sup> *Ibíd.* y la razón por la que los bárbaros no aumentaban sus áreas de influencia y caos “es debido solamente al poder de las grandes razas civilizadas que no han perdido su instinto combativo, y que con su expansión están gradualmente llevando la paz a los rojos residuos donde predominan los pueblos bárbaros del mundo”, *Ibíd.*

<sup>962</sup> ROOSEVELT, Theodore, discurso pronunciado en la Escuela Naval de Guerra el 2 de julio de 1897, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com)

<sup>963</sup> *Ibíd.*

<sup>964</sup> *Ibíd.*



preciso<sup>965</sup>”, pues “ninguna nación merece existir si se permite perder las virtudes severas y viriles”<sup>966</sup>.

Lo fundamental era que Estados Unidos estuviese preparado militarmente para no repetir los errores del pasado, como se demostró en la guerra de 1812 contra Inglaterra donde “nuestra Armada ganó por su preparación y por su espléndida tripulación y armamento que han sido transmitidos como tradición en el servicio”<sup>967</sup>.

La preparación era fundamental para T. Roosevelt, mucho más que el patriotismo de las tropas o los adelantos técnicos, no es de extrañar entonces que Roosevelt señalara a los Congresistas que no han querido aprobar la modernización de la Armada como los posibles culpables de una hipotética derrota estadounidense en futuras guerras.

Aunque T. Roosevelt hablara de “controlar un militarismo cruel e insalubre en las relaciones internacionales”<sup>968</sup>, lo cierto es que pensaba que Estados Unidos con una población de 70 millones de habitantes no tenía nada de que temer de un ejército de 100.000 efectivos “de los que tres cuartos serán emplazados en ciertas islas lejanas, en fortalezas costeras y en reservas indias”<sup>969</sup>, y teniendo siempre presente que “es apenas necesario para mí repetir que creo en un Ejército eficiente y una Armada lo suficientemente grande como para asegurarnos en el extranjero ese respeto que es la garantía más segura para la paz”<sup>970</sup>, pues

si el tío Sam tiene problemas, tiene que ser su propio policía, y quiero verle tan fuerte como para animar las aspiraciones pacíficas de otros pueblos en conexión con las nuestras [...] las amistades nacionales, como entre hombres, deben fundarse en el respeto tanto como en la atracción, en la paciencia tanto como en la confianza<sup>971</sup>

Ésta es una característica típica de T. Roosevelt, dado el realismo de su pensamiento y la crudeza de su personalidad no veía nada extraño afirmar que la guerra no era en sí misma nada malo<sup>972</sup>, es más, la guerra, o la preparación de la misma, podían servir

---

<sup>965</sup> *Ibíd.*

<sup>966</sup> ROOSEVELT, Theodore, discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz del 10 de mayo de 1910, párrafo 2, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com). como dijera su amigo Mahan “la única salvación de la guerra es la preparación para la guerra, basada en una clara apreciación de lo que se puede hacer mejor y a lo que deberíamos temer más”, TAYLOR, *ob.cit.*, p. 191.

<sup>967</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Military Preparedness and Unpreparedness”, artículo publicado en noviembre de 1899 en *Century*, texto consultado en [www.bartleby.com/58/11.html](http://www.bartleby.com/58/11.html) ya que “de todos modos, todo ello, aunque indispensable en la base, no significaría nada para la eficacia de la Marina sin los años de cuidadosa preparación y entrenamiento”, *Ibíd.* pues “desde tiempo inmemorial se ha probado imposible organizar una armada improvisada para su uso contra una armada formidable. Cualquier esfuerzo de ese tipo debe ser desastroso”, *Ibíd.*

<sup>968</sup> ROOSEVELT, Theodore, discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz del 10 de mayo de 1910, párrafo 1, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>969</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Strenuous Life” discurso pronunciado el 10 de abril de 1899 en Chicago, párrafo 10, texto consultado en [www.bartleby.com/58/1.html](http://www.bartleby.com/58/1.html).

<sup>970</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The new nationalism” discurso pronunciado el 31 de agosto de 1910, párrafo 25, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>971</sup> *Ibíd.*

<sup>972</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 10, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com). pues “la guerra es una cosa terrible, y la guerra injusta es un crimen contra la humanidad. Pero es tal crimen porque es injusta, no porque sea una guerra. La elección debe ser siempre a favor de la justicia, y aquí se encuentra la alternativa de que haya paz o guerra...ningún individuo que se respete, ninguna nación que se respete, puede o debe someterse a lo equivocado”, *Ibíd.*



a fines pacíficos. Dado su carácter, es lógico que T. Roosevelt repudiase de los pacifistas que criticaban su apoyo a la preparación militar, así, en 1899, en medio de las tensiones provocadas por las consecuencias de la guerra contra España, Roosevelt arremetía de éste modo contra sus opositores

doblemente dañina es la actitud de aquellos que abogan por ella (la paz) en términos que la hacen sinónima de egoísmo y la cobardía que rehúye de combatir la existencia del mal. Los más sabios y previsores campeones de la paz siempre recordarán, en primer lugar, que para ser buenos hay que ser justos, pues la paz injusta y cobarde puede ser peor que la guerra, y en segundo lugar, que a menudo sólo puede ser lograda al coste de la guerra<sup>973</sup>

Así pues, teniendo en cuenta que T. Roosevelt veía en la preparación militar no sólo un medio para mantener a Estados Unidos capacitado para encarar futuros desafíos, sino como una medida para evitar verse envuelto en posibles guerras, no es de extrañar, dada también su predilección por la Marina, que defendiera un aumento de la misma. Para T. Roosevelt era esencial que el país continuase con la modernización de su flota iniciada por el Presidente Chester Arthur (1881-1885), cuyo Secretario de Marina W. Chandler inició la construcción de nuevos barcos y la reparación de los más antiguos, viendo en esas medidas el comienzo de la victoria sobre España en 1898<sup>974</sup>. Ya antes de alcanzar la presidencia T. Roosevelt era un férreo defensor de la modernización de la Marina estadounidense, al igual que su círculo más cercano, como sus amigos H. C. Lodge y A. T. Mahan, así, en 1897 ya defendía públicamente la construcción de un canal interoceánico en Centroamérica al mismo tiempo que la construcción de doce acorazados con mayor radio de acción.

Una de las razones capitales esgrimidas por T. Roosevelt para legitimar el aumento de las capacidades de la Armada estadounidense fue sin duda la expansión de los intereses nacionales hacia el Pacífico<sup>975</sup>, por ello era partidario de anexionarse Hawaii o al menos convertirlo en un protectorado estadounidense, pues consciente del peligro del expansionismo japonés en el Pacífico, veía en dichas islas un medio para controlarlo, pues “con Hawaii en nuestras manos mucho del peligro de fricción con Japón desaparecería”<sup>976</sup>. También las posesiones españolas en Filipinas eran objeto de su interés, no sólo la presencia española en Cuba suponía un perjuicio para Estados Unidos, sino que “también hay grandes problemas en las Indias Occidentales. Hasta que no echemos a España de esas islas (y si me dejaran sería hecho mañana), estaremos siempre amenazados por problemas allí”<sup>977</sup>. Una vez logradas por Estados Unidos, T. Roosevelt advertía a sus opositores que si el país renunciaba a ellas otra

---

<sup>973</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The Expansion and Peace”, artículo aparecido el 21 de diciembre de 1899 en *Independent*, párrafo 3, artículo consultado en [www.bartleby.com/58/2.html](http://www.bartleby.com/58/2.html).

<sup>974</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Military Preparedness and Unpreparedness”, artículo publicado en noviembre de 1899 en *Century*, párrafo 11, texto consultado en [www.bartleby.com/58/11.html](http://www.bartleby.com/58/11.html).

<sup>975</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Obstacles to Immediate Expansion”, carta escrita a A. T. Mahan de 1897, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com), en 1897 escribía a A. Mahan que “comprendo del todo la inmensa importancia de la costa del Pacífico”, *Ibíd.*

<sup>976</sup> *Ibíd.*

<sup>977</sup> *Ibíd.*



potencia más poderosa ocuparía su lugar y se haría con ellas, lo que iría en contra de los intereses de estadounidenses y filipinos<sup>978</sup>.

Como vemos, la preparación militar sirvió a T. Roosevelt para justificar, dada su presunta utilidad para la paz, tanto la modernización de la Marina estadounidense como la expansión de sus intereses al Pacífico, éste último aspecto nos introduce en otro de los componentes principales de su ideario, su internacionalismo, que como veremos no sólo se nutría de un componente geoestratégico a la hora de legitimarlo, sino que debido a la naturaleza democrática de Estados Unidos y al alto grado de responsabilidad de su carácter, contenía también un aspecto misionero o civilizador esencial a la hora de entender el tipo de política que T. Roosevelt se proponía entablar en sus relaciones con otros pueblos, en especial con los menos modernizados.

- *Internacionalismo*: todos y cada uno de los aspectos hasta aquí analizados nos conducen al presente apartado, ya que si se combinan entre sí nos asalta como consecuencia lógica que T. Roosevelt se desvinculase del tradicional unilateralismo aislacionista de la política exterior estadounidense al reemplazarlo por su particular internacionalismo de tinte conservador. Su carácter propenso a la acción responsable, su nacionalismo democrático, su concepción realista de la vida y su apoyo a la modernización de la Armada no pueden entenderse sin una profusa participación de Estados Unidos en la escena mundial, es decir, el internacionalismo es el que da sentido a todas ellas al conectarlas entre sí y dotarlas de una finalidad común. El internacionalismo confirió a todos ellos una dimensión global capaz de legitimar sus implicaciones en base a un programa coherente, cuya finalidad era colocar al país al lado de las grandes potencias que dominaban el mundo, y rescatar de paso para la humanidad a unos Estados Unidos cuya misión podía reportarle muchos beneficios de la mano de su naturaleza democrática, su fuerte personalidad, su visión desapasionada de la realidad y su renovada fuerza militar.

Para T. Roosevelt Estados Unidos no debía contentarse con su propio desarrollo nacional, sino que debía ejecutar también su papel internacional, pues

mientras que la primera tarea de una nación está dentro de sus fronteras, no por ello estará absuelta de encarar las tareas en el mundo como un todo, y si se niega a ello, sólo pierde el derecho a luchar por un lugar entre los pueblos que modelan el destino de la humanidad<sup>979</sup>

Un claro ejemplo de ello lo encontraba T. Roosevelt en China, donde Estados Unidos no la podía abandonar al capricho del resto de potencias, por meros intereses económicos, pues

si de verdad vamos a ser un gran pueblo, debemos luchar en buena fe para jugar una gran parte en el mundo. No podemos evitar encontrarnos con grandes asuntos. Todo lo que podemos determinar por nosotros mismos es si los encontraremos bien preparados o mal<sup>980</sup>

---

<sup>978</sup> ROOSEVELT, Theodore, "The Strenuous Life" discurso pronunciado el 10 de abril de 1899 en Chicago, párrafo 14, texto consultado en [www.bartleby.com/58/1.html](http://www.bartleby.com/58/1.html), las citas que a continuación se utilizan pertenecen al mismo texto, la curisva pertenece al autor.

<sup>979</sup> *Ibíd.*

<sup>980</sup> *Ibíd.* La negrita es mía.



Es decir, Estados Unidos, en su propio beneficio, tenía la obligación de participar en los asuntos mundiales, más aun teniendo en cuenta sus nuevos compromisos adquiridos tras la guerra con España en 1898. Las nuevas posesiones, más allá de conceder a Estados Unidos un nuevo *status* imperial del que carecía a nivel internacional, también suponían para T. Roosevelt que la nación encarase por primera vez allende sus fronteras una misión civilizadora de consecuencias trascendentales. Al analizar su realismo ya se ha visto cómo T. Roosevelt concebía la igualdad entre hombres y pueblos, más allá de la igualdad de oportunidades ésta no existía en la naturaleza, por tanto había que ser realistas al tratar dicho asunto, lo que a escala internacional se traducía en un comportamiento distinto ya se tratase con naciones civilizadas o bárbaras. Su internacionalismo añadiría un componente misionero o civilizador que justificaba la presencia y participación de Estados Unidos en los asuntos internos de otros pueblos. Teniendo a Gran Bretaña siempre presente como modelo, veía en su dominio sobre India y Egipto un claro ejemplo de beneficio mutuo, pues si Londres afianzó sus cualidades de liderazgo sobre sus colonias, ejercitándose de ese modo en su papel de gran potencia, éstas se beneficiaban con el avance de la civilización que suponía la presencia británica, por ello creía firmemente que Estados Unidos debía cumplir su papel en Filipinas, ya que

el trabajo debe ser hecho, no podemos escapar de nuestra responsabilidad; y si somos dignos de nuestro ingenio, debemos estar agradecidos de la oportunidad de hacer el trabajo- agradecidos de la oportunidad de demostrarnos a nosotros mismos a la altura de una de las grandes tareas que impone la moderna civilización<sup>981</sup>

No en vano, T. Roosevelt entendía que la guerra con España fue un conflicto impuesto por las circunstancias sobre Estados Unidos, y una vez adquiridas sus responsabilidades sobre las ex colonias españolas, no podía ni debía renunciar a ellas, pues ello determinaría el éxito en su misión o su fracaso en el intento. El punto clave de su razonamiento se encontraba en su celo civilizador, pues para T. Roosevelt “toda expansión de la civilización favorece a la paz. En otras palabras, toda expansión de una gran potencia civilizada significa una victoria para la ley, el orden y la justicia. Este ha sido el caso en toda expansión durante el presente siglo”<sup>982</sup>.

Si esa misión civilizadora servía para justificar el expansionismo estadounidense tanto a nivel interno como externo, al apelar a la historia de Estados Unidos T. Roosevelt dirigía sus esfuerzos a convencer a su propia opinión pública de la necesidad de que su nación emprendiera tal esfuerzo con pueblos tan lejanos como el filipino, pues

así ha sido en la historia de nuestro país. Por supuesto que toda nuestra historia nacional ha sido una de expansión [...] en Norteamérica, como en cualquier

---

<sup>981</sup> *Ibíd.*

<sup>982</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The Expansion and Peace”, artículo aparecido el 21 de diciembre de 1899 en *Independent*, párrafo 3, artículo consultado en [www.battleby.com/58/2.html](http://www.battleby.com/58/2.html) de ello se benefician todas las partes, pues “en todo caso el resultado prueba que la potencia en expansión estaba haciendo un trabajo de civilización más grande e importante de lo que podría haberse hecho mediante una potencia temporal”, *Ibíd.* con el objetivo final puesto en “que un hermoso punto más de la superficie de la tierra pueda ser arrebatado de las fuerzas de la oscuridad. Fundamentalmente la causa de la expansión es la causa de la paz”, *Ibíd.*



parte del mundo, la expansión de la nación civilizada ha significado invariablemente el crecimiento del área en la que la paz es normal a través del mundo<sup>983</sup>

Por lo tanto, según T. Roosevelt Estados Unidos tenía la responsabilidad de llevar la paz a los pueblos menos civilizados, donde reinaba la barbarie, merced a su injerencia civilizadora, lo que sin duda implicaba que la nación se involucrase de manera activa en los asuntos mundiales, ocupando una posición prominente entre las grandes potencias. De todos modos, como buen realista, T. Roosevelt también tuvo en cuenta en sus cálculos los ingentes intereses comerciales de unos Estados Unidos en pleno crecimiento industrial, inmerso en un mundo cada día más interconectado entre sí. Para T. Roosevelt si el país quería mantener sus niveles de desarrollo económico resultaba imperativo una mayor implicación de Estados Unidos en los asuntos mundiales, para de ese modo defender desde una situación de ventaja sus intereses<sup>984</sup>. Si la misión civilizadora debía regir las relaciones con los pueblos menos avanzados, respecto al resto de naciones con las que Estados Unidos compartía un nivel similar de desarrollo, T. Roosevelt era partidario de mantener un equilibrio pacífico basado en la resolución negociada de las controversias que pudieran surgir entre ellas, por ello proponía el arbitrio como mejor modo de lograrlo, eso sí, sin que ello afectase a la modernización de la Armada estadounidense<sup>985</sup>.

Pero la animadversión de T. Roosevelt hacia los tratados injustos le llevaba a recalcar una vez más la necesidad de no descuidar *el garrote* que le hizo famoso, y que tanto ha distorsionado su imagen<sup>986</sup>, de hecho, para T. Roosevelt, el arbitrio no era el único instrumento al alcance de los pueblos civilizados para la resolución pacífica de las controversias, junto a él se encontraban el recurso al Tribunal de la Haya y sus conferencias, con el Tribunal Supremo estadounidense en mente como modelo, y al que tantos esfuerzos dedicaría durante su presidencia, involucrando con ello a Estados Unidos en una instancia judicial internacional, lo que sin duda suponía toda una novedad en su historia, pero sobre todo, como tercer método, T. Roosevelt lanzaría la idea de “formar una Liga de la Paz, no sólo para mantener la paz entre ellas (las grandes potencias honestamente interesadas en la paz), sino también para prevenir, por la fuerza si fuera necesario, que sea rota por otros”<sup>987</sup>, pero T. Roosevelt era

<sup>983</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Expansion and Peace”, ob.cit.

<sup>984</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Strenuous Life”, ob.cit. pues según Roosevelt “como las naciones nacen para tener cada vez mayores intereses, y están obligadas a tener cada vez un contacto más cercano, si estamos por tener éxito en la lucha por la supremacía naval y comercial, debemos construir nuestro poder fuera de nuestras fronteras. Debemos construir el canal interoceánico, y debemos hacernos con puntos de ventaja que nos permitirán tener nuestra palabra al decidir el destino de los océanos del Este y del Oeste”, *Ibíd.*

<sup>985</sup> ROOSEVELT, Theodore, discurso pronunciado en la Escuela Naval de Guerra el 2 de julio de 1897, párrafo 4, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com). pues aunque “el arbitrio es una cosa excelente, pero a la postre aquellos que desean ver a este país en paz con las naciones extranjeras serán sabios si colocan su confianza en una flota de primera categoría de acorazados de primera clase mejor que en cualquier tratado de arbitrio que la inteligencia del hombre pueda idear...Más aun, mientras somos sinceros y firmes en nuestra defensa de la paz, no debemos olvidar que una paz innoble es peor que cualquier guerra”, *Ibíd.*

<sup>986</sup> ROOSEVELT, Theodore, discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz del 10 de mayo de 1910, párrafo 1, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com) pero de todos modos, ello nunca implicó un rechazo de plano de la idea de la negociación, pues para él “todas las comunidades civilizadas tendrían que tener tratados de arbitraje efectivos entre ellas”, *Ibíd.*

<sup>987</sup> *Ibíd.*



consciente de que la principal dificultad del proyecto radicaba en “la falta de cualquier poder Ejecutivo, de cualquier poder de policía para reforzar los decretos de la corte”<sup>988</sup>, por ello “cada nación debe mantenerse bien preparada para defenderse hasta el establecimiento de alguna forma de poder internacional de policía, competente y dispuesto a prevenir la violencia entre las naciones”<sup>989</sup> y para T. Roosevelt, en su momento, el mejor modo de lograrlo sería a través de “alguna combinación entre esas grandes naciones que sinceramente desean la paz y no tienen ningún deseo de cometer agresiones”<sup>990</sup>.

Como vemos, su realismo y su particular concepción evolutiva de los pueblos le llevaban a reconocer que por el momento esa Liga de la Paz fuese sólo un ideal a alcanzar, pues a falta de un poder coercitivo global que hiciese ejecutar la ley internacional, dicho proyecto no sería más que una quimera, o peor aun, letra muerta que diese pie a mayores injusticias<sup>991</sup>. Es decir, T. Roosevelt reconocía aun la preeminencia de la soberanía Estatal y del interés nacional sobre un incipiente orden mundial basado en leyes y organizaciones internacionales, y es a partir de éste punto de vista donde hay que colocar al resto de principios hasta aquí estudiados, pues para T. Roosevelt la democracia estadounidense debía ser preservada a través de un carácter fuerte y realista tendiente siempre a relacionarse pacíficamente con el resto de países, pero siendo a la vez capaz de defender sus intereses, incluso a través de la fuerza si fuera necesario, y ello era así ante la ausencia de un ordenamiento a escala mundial capaz de armonizar los comportamientos de los Estados, pues a diferencia de Estados Unidos, donde los diferentes estados se habían asociado en torno a la Unión, a nivel mundial las naciones aun se guiaban por sus exclusivos y excluyentes intereses nacionales, de ahí que Estados Unidos debiera alcanzar una posición de preeminencia que le permitiese defender sus intereses, tanto en su propio beneficio, como por el bien de la humanidad, al encarnar su pueblo los ideales democráticos.

Como vemos, su internacionalismo es conservador en la medida en que su afán por colocar a Estados Unidos entre las grandes potencias, haciendo así que su nación participara de forma activa en los asuntos mundiales de mayor trascendencia, y su creencia en un orden futuro de colaboración internacional institucionalizada, no le impedía que al mismo tiempo reconociera que por el momento los Estados aun se regían por el clásico interés nacional, lo que en cierta medida obligaba a Estados Unidos a jugar el mismo juego que el resto de grandes potencias en la gran partida por el poder mundial de finales del siglo XIX e inicios del XX.

- *Progresivismo*: si bien los principios progresivistas no pertenecen en sentido estricto al ideario del Internacionalismo conservador, considero apropiada su inclusión pues formaban una parte esencial de la concepción del sistema democrático

---

<sup>988</sup> *Ibíd.*

<sup>989</sup> *Ibíd.*

<sup>990</sup> *Ibíd.*

<sup>991</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena”, *ob.cit.* “la ley internacional, creo, conforme pasen las generaciones, crecerá más fuerte hasta que un día u otro se desarrolle el poder de ser respetada. Pero hasta entonces está sólo en su periodo formativo. Hasta entonces, como una regla, cada nación tiene la necesidad de juzgar por sí misma en materias de vital importancia entre ella y sus vecinos [...] como último recurso deben poseer tanto el poder como la voluntad de guardar rencor por las ofensas de otros”, *Ibíd.*



de T. Roosevelt, además de constituir la base de su programa de política doméstica que a continuación se analiza.

Pese al rápido desarrollo económico, comercial e industrial de Estados Unidos, T. Roosevelt fue consciente de los peligros que ello entrañaba para la convivencia social de su país, y antes de encarar un papel más activo a nivel internacional, creía que “nuestro trabajo más importante es poner nuestra propia casa en orden [...] solventar los tremendos problemas sociales que se nos han venido encima por los dramáticos cambios industriales de las dos últimas generaciones”<sup>992</sup>, sobre todo de la mano de la concentración industrial, contra las que luchó, y del radicalismo sindical, al que siempre criticó por sus nefastas consecuencias, pues para T. Roosevelt tan perjudiciales eran los extremos del individualismo total como del socialismo, pues toda sociedad cuyas lealtades se cifren en divisiones de clase tendrá a su juicio graves problemas; tampoco creía T. Roosevelt que el ciudadano tuviese en el éxito económico el ideal más alto, lo que él denominaba “la deificación del bienestar material en sí y por sí mismo”<sup>993</sup>, pues si no venía acompañado de otras cualidades se podía convertir en una fuerza nociva para la sociedad.

Incluso T. Roosevelt emplearía su personal interpretación evolutiva de la historia para justificar sus ideas económico-sociales, al interpretar el progreso humano como un tránsito del barbarismo hacia la civilización donde la lucha contra el privilegio se convertía en el centro de dicha evolución, de ahí su hincapié en acabar con los intereses especiales en la industria y con el poder político de las grandes corporaciones para un mayor control de las mismas por parte de las instituciones públicas<sup>994</sup>.

Una vez estudiados los principios teóricos del Internacionalismo conservador es hora de comprobar cómo estos se tradujeron en la práctica, pues para T. Roosevelt, como hemos visto, la ideología no servía de nada si no se llevaba a la realidad a través de los hechos.

### **3.b.4 El frente doméstico**

T. Roosevelt asumió la presidencia de Estados Unidos el 14 de septiembre de 1901, el Presidente más parecido a J. Q. Adams tenía entre sus favoritos a A. Lincoln y A. Jackson, y al menos querido a T. Jefferson, al que tildaba de doctrinario tímido, escolar y cambiante<sup>995</sup>. T. Roosevelt contaba con el apoyo del sector agrario del país, junto a los pequeños empresarios y trabajadores cualificados, y pese a su carácter exaltado, no era un doctrinario, sino más bien un innovador político que por sus ideas económicas se enfrentaría a un importante sector de su propio Partido Republicano<sup>996</sup>. T. Roosevelt fue el primer Presidente en invitar a una persona de origen afroamericano a una comida oficial en la Casa Blanca, el activista Broker T. Washington, y el primero también en nombrar a un judío como Secretario, Oscar J.

---

<sup>992</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Grant” , ob.cit.

<sup>993</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” ob.cit.

<sup>994</sup> ROOSEVELT, Theodore, ver “The new nationalism”, ob.cit.

<sup>995</sup> MORRIS, op.cit., p. 330.

<sup>996</sup> MOWRY, ob.cit., p. 114.



Straus al frente del Departamento de Comercio y Trabajo, pues para T. Roosevelt lo fundamental a la hora de valorar a una persona era centrarse en sus cualidades particulares, y no tanto en el grupo de pertenencia, quizá en ello tuviera que ver el hecho de que también era el primer Presidente salido de una gran ciudad, y que al mismo tiempo hubiese pasado buenos momentos de su vida trabajando en condiciones muy duras en Dakota, rodeado de todo tipo de gente, muy lejos del snobismo de su Nueva York natal<sup>997</sup>.

Su programa de política interna se denominó *Square Deal*, un “acuerdo decente” basado en los cuatro pilares del conservacionismo, la regulación de los monopolios, las leyes *antitrust* y el apoyo a las ideas progresivistas, todo encaminado a la creación de un equilibrio entre los agentes laborales, empresariales y ciudadanos, aderezado con su particular ética del trabajo individual.

Como se ha visto, T. Roosevelt se convirtió en el mayor exponente del progresivismo a nivel nacional, pero el control de ambas cámaras por los Republicanos junto a la división interna Demócrata, no le servirían para aplicar sus medidas de manera completa, ya que su partido se encontraba dominado por los conservadores y hamiltonianos partidarios de un crecimiento económico sin trabas, por lo que tuvo que buscar alianzas para ver aprobados sus proyectos legislativos y asegurarse de paso la reelección en 1904<sup>998</sup>. El estandarte de su política progresivista fue la lucha contra el monopolio ejercido contra los grandes conglomerados industriales, para ello contó con la inestimable ayuda del Fiscal General Philander C. Knox. Nacido en 1853 en Pennsylvania, abogado de éxito, en 1901 participaría en la adquisición de la Compañía de Acero Carnegie por J. P. Morgan, en lo que se convertiría en la Compañía de Acero de Estados Unidos, primera corporación estadounidense en llegar al billón de dólares en capital; en ese mismo año entró a formar parte de la Administración McKinley como Fiscal General, puesto que conservaría con T. Roosevelt<sup>999</sup>. Su mayor éxito lo cosechó al denunciar y vencer bajo la Ley Sherman al consorcio ferroviario formado por los magnates J. P. Morgan, J. Hill y E. H. Harriman, teniendo que disolverse la Compañía de Valores del Norte ante el fallo del Tribunal Supremo, lo que enfrentó a T. Roosevelt con hombres importantes del Partido Republicano, como M. Hanna, y por supuesto, con el mundo financiero estadounidense, que esperaban para 1904 poder colocar un nuevo candidato Republicano para las elecciones de ese año, e impedir así la reelección del peligroso Theodore<sup>1000</sup>. Pero en los siguientes siete años, un total de 44 corporaciones en todos los campos serían denunciadas por la Administración al incumplir las leyes antimonopolio, no quedándole más remedio al Ejecutivo el recurso a los tribunales ante la negativa del Congreso a aprobar más legislación *antitrust*<sup>1001</sup>. T. Roosevelt veía en el desarrollo capitalista de inicios del siglo XX el caldo de cultivo ideal para el nacimiento de nuevas revueltas populares, para evitarlo, veía en la regulación federal el modo más seguro de vencer las injusticias que engendraba el crecimiento

---

<sup>997</sup> MORRIS, op.cit., p. 52.

<sup>998</sup> *Ibíd.*, p. 115 y 122.

<sup>999</sup> Datos biográficos consultados en Encyclopedia of World Biography.

<sup>1000</sup> MORRIS, Edmund *Theodore Rex*, Random House, New York, 2001, p. 95.

<sup>1001</sup> MOWRY, op.cit., p. 130-133.



económico y así asegurar el orden social, mucho más importante en su particular concepción global que el mantenimiento del *laissez faire* económico<sup>1002</sup>.

Para adaptar el país a los nuevos cambios derivados de la rápida industrialización de finales del siglo XIX, T. Roosevelt no sólo recurrió al progresivismo, también reorganizó al propio Ejecutivo con vistas a responder a los desafíos planteados por dicha transformación, así creó el Departamento de Comercio, contando en su seno con la Oficina de Corporaciones, para la investigación de la industria a escala interestatal, pero si bien el ala conservadora no impidió la formación del nuevo ministerio, sí que fue efectiva a la hora de bloquear diversas propuestas presidenciales como la Ley de reforma de la moneda, el programa de subsidio a la marina mercante o los tratados de reciprocidad comercial con Cuba y Filipinas ante la oposición de los granjeros del sur y oeste norteamericanos<sup>1003</sup>.

Otra faceta en la que se puede comprobar el reformismo de T. Roosevelt la encontramos en su debilidad por la naturaleza, y ya en 1887 presidía la Asociación para la conservación de bosques y fauna, cuyos esfuerzos ayudaron a la aprobación de la ley de Reserva Forestal de 1891<sup>1004</sup>. Ya en la Presidencia, creó los parques nacionales del Lago Crater en Oregon, de Wind Cave en Dakota del Sur, de Platt en Oklahoma, de Sully's Hill en Dakota del Norte y de Mesa Verde en Colorado, además de numerosos bosques nacionales y 51 reservas para aves, llegando a los 150 millones de acres puestos bajo reserva gubernamental durante su presidencia, cuando antes sólo existían 45 millones, con la ley de Antigüedades de junio de 1906 como estandarte legislativo de sus medidas para la conservación de la naturaleza<sup>1005</sup>.

Su estilo personal de liderazgo impregnó no sólo la política exterior, sino que en el plano doméstico también influyó sus decisiones, como su implicación directa en la huelga minera de 1902 en Pennsylvania, donde 50.000 trabajadores pedían una subida laboral del diez por ciento y una mejora de las condiciones laborales. Ante la negativa de los propietarios a escuchar tales reclamaciones, T. Roosevelt decidió participar personalmente en el conflicto, obligando a ambos bandos a sentarse a negociar, con el Gobierno como moderador a través de una comisión de mediación creada *ad hoc* cuyo arbitrio debían aceptar las partes, eso sí, bajo amenaza de enviar las tropas si no se aceptaba su plan, tropas que no dudarían en emplear para sofocar otros incidentes similares, en plena consonancia con su visión de la realidad, no contraria a los sindicatos, pero sí a un uso de la violencia o el chantaje que interrumpiese el crecimiento económico nacional<sup>1006</sup>.

Para entender todo ello hay que tener presente que T. Roosevelt era partidario de una concepción fuerte del Ejecutivo, para él el Presidente de la nación debía hacer todo lo que no estuviera prohibido por la Constitución en pro del bienestar del pueblo, según él mismo “no usurpé poder, pero sí que aumenté el poder Ejecutivo”<sup>1007</sup>, y se definía como “necesariamente hamiltoniano en su creencia en un Gobierno nacional

<sup>1002</sup> MORRIS, Theodore Rex, op.cit., p. 431 y 506.

<sup>1003</sup> *Ibíd.*, p. 124 y 129.

<sup>1004</sup> MORRIS, *The Rise of...*, op.cit., p. 388.

<sup>1005</sup> MOWRY, ob.cit., p. 214 y [www.theodore-roosevelt.com/trenv.html](http://www.theodore-roosevelt.com/trenv.html), que Roosevelt daba una importancia capital al conservacionismo se puede comprobar en su autobiografía, en la que dedica el Capítulo XI por entero al tema.

<sup>1006</sup> *Ibíd.*, p. 139.

<sup>1007</sup> ROOSEVELT, ob.cit., Capítulo X, párrafo 10.



fuerte y eficiente y jeffersoniano en su creencia en el pueblo como la última autoridad, y en el bienestar del pueblo como el fin del Gobierno”<sup>1008</sup>, pues el objetivo de su política interna no era otro que el hacer de la democracia estadounidense tan industrial como política. Para Roosevelt, la estabilidad de la salud nacional dependía del reconocimiento de “una comunidad de intereses entre el pueblo”<sup>1009</sup>, descansando la salud del Gobierno republicano en los individuos, no en las clases o secciones, ya que el autogobierno implicaría no mezclarse en antagonismos de clase pues “debemos tener en mente que una república como la nuestra sólo puede existir en virtud de la libertad ordenada que viene de la dominación igualitaria de la ley sobre todos los hombres”<sup>1010</sup>, pues nadie podía estar ni por encima ni por debajo de la misma.

### 3.b.5 *La presidencia internacionalista*

Como se ha visto con anterioridad, uno de los temas recurrentes en el desarrollo de la política exterior estadounidense ha sido su reivindicación a cerca de su carácter excepcional respecto a la diplomacia europea, ésta excepcionalidad se basaría en los principios supuestamente antitéticos que informan a cada una de las tradiciones, si por parte europea primarían el interés nacional y el balance de poder sin temor al desencadenamiento de conflictos armados, los estadounidenses se complacen con pensar que su país se rige mediante premisas totalmente opuestas, como el respeto a la libertad y derechos de otros pueblos o el ascenso pacífico de su nación al rango de potencia mundial, algo que como se ha comprobado con anterioridad, muchos consideraban dentro del orden de las cosas y sancionado incluso por la voluntad divina. Así, si Estados Unidos se involucraba en guerras no era por voluntad propia, sino que se veía obligado a ello por causas ajenas y contrarias a esos principios excepcionales. También se ha visto cómo en cada ocasión que Washington extendía su potestad sobre nuevos territorios, renacían una y otra vez los debates en torno a la idoneidad de dicha acción y a los peligros que entrañaba para la supervivencia del modelo republicano y democrático. En la mente de los detractores de la expansión territorial permanecía la imagen idílica de las pequeñas colonias que se alzaron contra la Corona Británica, así como el temor a que el engrandecimiento nacional llevara aparejados el aumento del poder tanto Federal, frente al de los distintos estados, como Presidencial, frente al resto de poderes y en especial al Legislativo. La victoria sobre España tuvo tanta importancia que trastocaría completamente los equilibrios internos del sistema estadounidense, y quizá la primera víctima a nivel doméstico fuese precisamente la herencia jeffersoniana, en plena expansión del modelo republicano y democrático sus críticas y advertencias sobre los peligros de la misma no obtenían demasiados apoyos ni entre una clase política, ocupada en administrar las ganancias recién adquiridas, ni entre una opinión pública enaltecida y volcada con los éxitos militares de la nación.

Pero una cosa es que los partidarios de la moderación expansionista perdieran la batalla ideológica frente a los imperialistas, y otra muy distinta que la victoria de

---

<sup>1008</sup> *Ibíd.*, Cáp. XII, párrafo 1.

<sup>1009</sup> ROOSEVELT, Theodore, Discurso del 7 de septiembre de 1903 ante la Asociación Agrícola del estado de Nueva York, texto consultado en [www.thodore-roosevelt.com](http://www.thodore-roosevelt.com)

<sup>1010</sup> *Ibíd.*



estos últimos acabase con el debate interno sobre el modelo a seguir a partir de entonces. Bajo las nuevas circunstancias, la Casa Blanca no podía manejarse con su tradicional acervo estratégico, pues ni la Gran Regla ni la Doctrina Monroe en su redacción inicial respondían ya a las necesidades de una potencia mundial e imperial como eran los Estados Unidos de 1898, por ello necesitaba desarrollar un nuevo conjunto de reglas que dieran cuenta de su nuevo *status* y le permitiesen alcanzar sus nuevos objetivos políticos; a partir de entonces Estados Unidos ya no tendría reparo en ir fuera en busca de monstruos que destruir.

Bajo la presidencia de McKinley Estados Unidos ganó un Imperio, pero sería bajo la batuta de su sucesor, Theodore Roosevelt, que se dotaría de ese nuevo arsenal estratégico con el cual conducir a la nación desviándose de forma consciente y tajante del unilateralismo aislacionista, que hasta el momento había sido la norma en la política exterior nacional. Anteriormente, Mahan ya había sentado las bases del rearme naval con el apoyo de T. Roosevelt y Lodge, pero ahora en la presidencia, Roosevelt heredó el equipo reunido por McKinley, con Hay como Secretario de Estado y Root en el Departamento de Guerra, y este grupo pudo desarrollar ya sin restricciones lo que a la postre se conocerá como internacionalismo conservador.

Elihu Root<sup>1011</sup> nació el 15 de febrero de 1845 en Clinton, Nueva York, su familia procedía de Nueva Inglaterra, y su padre fue profesor de matemáticas en la misma escuela de la ciudad de Hamilton, donde se licenció con las mejores notas de su promoción en 1864. Tras licenciarse en derecho por la Universidad de Nueva York, era ya un rico abogado de éxito a los 30 años, reconocido nacionalmente por su conocimiento de los asuntos legales corporativos, no en vano fue decisivo para que el *Havemeyer Sugar Trust* se hiciese con el 98 por ciento del mercado. Como Republicano liberal trabajó en la compañía presidencial de Garfield en 1880, y apoyó los inicios políticos de su amigo T. Roosevelt. Entró en la política al ser nombrado Fiscal para el distrito sur de Nueva York en 1883, donde trabajó activamente para acabar con la corrupción y luchar por la reforma política, temas muy en consonancia con el progresismo de la época. El ideario político de Root estaba formado por la creencia en un Gobierno activista que no menoscabase los poderes constitucionales de los estados y municipalidades, con el cambio social dentro de los cauces establecidos por la leyes, aunque eso sí, sin coartarlo como harían su compañeros conservadores del Partido Republicano, de hecho, su lema podía resumirse en reforma, sobriedad y responsabilidad. En el plano internacional, Root abogó por la exigencia de convertir a la Armada estadounidense en una de las más potentes del mundo, con ello se ponía del lado de Mahan, Roosevelt y Lodge en la su lucha por dotar a Estados Unidos de una Marina capaz de defender los crecientes intereses nacionales; Root concebía la Doctrina Monroe como un derecho de Estados Unidos a defenderse, pero no la integraba como parte del derecho internacional; con respecto a la guerra, reconocía que representaba un mal para la humanidad pero que era algo irremediable dada la naturaleza humana, y defendía el derecho de Estados Unidos a entrar en guerra siempre que se tratase de una guerra justa para implantar una paz justa.

---

<sup>1011</sup> Los datos biográficos se pueden encontrar en ZIMMERMANN, ob.cit. p. 123-149 y [www.encyclopedia.com/doc/1G2-3404705564.html](http://www.encyclopedia.com/doc/1G2-3404705564.html), [www.conservapedia.com/Elihu\\_Root](http://www.conservapedia.com/Elihu_Root), [www.u-s-history.com/pages/h891.html](http://www.u-s-history.com/pages/h891.html) y [http://nobelprize.org/nobel\\_prizes/peace/laureates/1912/root-bio.html](http://nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1912/root-bio.html).



Tras la victoria sobre España, en 1899 McKinley le nombró Secretario de Guerra para administrar las nuevas colonias. Así, en Puerto Rico optó por una administración centralizada sin participación nativa, y presionó a McKinley para conceder a la isla la excepción a las restricciones tarifarias. En Cuba, además de insistir en el rápido desarrollo de un Gobierno Civil, era partidario de mantener el control de la política exterior cubana, lo que lograría con la Enmienda Platt. En Filipinas también promocionó el Gobierno Civil, al mismo tiempo que organizaba el ejército para acabar con la guerrilla de Aguinaldo. En el plano nacional reorganizó la estructura del ejército estadounidense, con una nueva Junta de Jefes del Estado Mayor, la creación de la Escuela de Guerra del Ejército y el Consejo Conjunto Marina-Ejército, junto al establecimiento de un mayor control sobre el Departamento y la Guardia Nacional.

En política internacional, donde desempeñó también la labor de Secretario de Estado a partir de 1905, Root fue partidario de dotar de cierta estabilidad al orden mundial, su solución sería la aplicación de la ley internacional a las disputas entre Estados, como la figura del arbitrio obligatorio, y que en la práctica se tradujo en la promoción de relaciones amistosas con Latinoamérica y Japón y la participación en la Segunda Conferencia de La Haya, además de la firma de 24 tratados bilaterales de arbitraje. En 1909 sería elegido para el Senado por el Estado de Nueva York, donde permanecería hasta 1915, mostrado en todo momento su desacuerdo hacia el intervencionismo progresivista de Taft y Wilson, si bien ello no le impidió presidir una misión enviada a Rusia en 1917 para calibrar la situación interna tras la Revolución de ese mismo año, participando también en la Conferencia Naval de Washington de 1921-1922. Sus esfuerzos en pos de la promoción de la ley internacional y su papel en la *Carnegie Endowment for International Peace*, que entre sus objetivos se encontraba inclinar a la opinión pública estadounidense a favor de la participación de Estados Unidos en una organización internacional de postguerra, le valieron la concesión del premio Nobel de la paz en 1912. Elihu Root moriría el 7 de febrero de 1937 siendo una de las voces más respetadas del conservadurismo estadounidense.

John Milton Hay<sup>1012</sup>, cuya familia procedía de Escocia, nació el 8 de octubre de 1838 en Salem, Indiana, siendo el tercer hijo de un doctor de clara adscripción *whig* de la entonces frontera estadounidense. En 1841 la familia se mudó a Warsaw, Illinois, ciudad que albergaba el puerto más importante del Mississippi, y donde conocería las duras condiciones de vida de los pioneros, y tras pasar por la escuela preparatoria de Springfield, en 1855 entró en la Universidad Brown de Providence, Rhode Island, donde egresaría con el título de doctor en leyes en 1897. Tras la universidad, Hay daría rienda suelta a una de sus mayores aficiones, la poesía, pues a pesar del derecho, Poe, Whitman, Milton o Byron nunca dejaron de ser sus referencias, si bien pronto se decidiría por ejercer la abogacía en Springfield de la mano de su tío Milton en 1859, en la misma firma en la que años atrás había trabajado Abraham Lincoln. Entró muy pronto en política, sin duda que la personalidad de Abraham Lincoln y el nuevo Republicanismo, heredero del antiguo partido *whig*, en

---

<sup>1012</sup> Datos biográficos consultados en ZIMMERMANN, op. cit. p. 85-123 y THAYER, William Roscoe *The Life and Letters of John Hay*, Vol. 1-2, Houghton Mifflin Company, Boston, 1915.



lucha por la libertad individual, tuvieron un gran impacto en el joven abogado, participando activamente en la campaña presidencial de 1860 a favor de Lincoln, lo que le sirvió para entrar en su Administración como Subsecretario del Secretario privado del Presidente, con tan sólo 22 años. Luchó al lado del Presidente en la Guerra Civil, donde desempeñó varios puestos y misiones tanto civiles como militares, en calidad de su secretario privado, desde entonces no abandonaría el Partido Republicano e incluso asistiría al presidente Lincoln en su lecho de muerte.

Con su asesinato, el 14 de abril de 1865, Hay perdió a un admirado amigo, y tras renunciar a su propia empresa de vino en Warsaw, comenzó una corta carrera diplomática que le llevaría primero a París en junio de 1865, para recalar después en Viena y Madrid, destino al que llegaría en octubre de 1868, justo cuando tenía lugar la revuelta cubana y en medio del sexenio revolucionario español. Ya entonces Hay apoyaría a los rebeldes cubanos, pero no sobre la base del destino manifiesto, el imperialismo o el interés geoestratégico, sino por el respeto de los derechos humanos y a la autodeterminación cubana, pues para Hay en 1870 “lo único que puede hacer nuestro Gobierno es nada y mantener su boca cerrada, o interferir para parar los horrores en Cuba bajo el camino de la humanidad o del daño resultante para los intereses americanos”<sup>1013</sup>. Tras dejar la diplomacia en mayo 1870, no volvió a ejercer la abogacía, sino que se dedicó al periodismo, de la mano del *New York Tribune*, donde estrecharía su amistad con Whitelaw Reid, y a lo que siempre había apartado por la política, su obra literaria, y entre ella, por supuesto la poesía, ya viviendo con su esposa en Cleveland. Ese mismo año de 1870, Hay sería presentado a T. Roosevelt por su padre, buen amigo de éste desde la Administración Lincoln<sup>1014</sup>.

Hay regresó a la política en 1878 bajo la Administración Hayes (1877-1881) para ocupar la Subsecretaría de Estado. De nuevo en Washington entraría a formar parte del círculo de amistades de Henry Adams y Henry Cabot Lodge, donde encontraría de nuevo a Theodore Roosevelt. Tras su marcha del Gobierno en 1881, Hay reanudaría su labor literaria durante los siguientes quince años, destacando entre sus obras los diez volúmenes de *Abraham Lincoln: A History*, escrita en colaboración con J. G. Nicolay, su superior en la Administración Lincoln.

Tras la victoria de W. McKinley en 1896, Hay, que había apoyado al nuevo Presidente durante la campaña, fue elegido para el puesto de embajador en Londres, tanto por su experiencia como por no pertenecer a ninguna facción dentro del Partido Republicano, y por tanto, ser considerado más un hombre de Estado que un político<sup>1015</sup>. En Londres Hay trataría de reparar el malestar producido entre ambos países por la controversia de 1895 en Venezuela, que había enturbiado las relaciones transatlánticas, no dudando en señalar a las autoridades británicas la necesidad de la colaboración anglosajona para no ver perjudicados sus intereses en un mundo en transformación. Para entonces ya le unían varios años de amistad con T. Roosevelt y Lodge, relación que sin duda fortalecería su concepción acerca del nuevo papel que Estados Unidos debía jugar a escala internacional. En octubre de 1898 el Presidente McKinley le nombraría Secretario de Estado, puesto desde el que elaboró su

<sup>1013</sup> THAYER, op. cit., Vol.1, p. 324.

<sup>1014</sup> MORRIS, op.cit., p. 32.

<sup>1015</sup> *Ibíd.*, Vol. 2, p. 156.



aportación al Internacionalismo conservador con su puesta al día de la tradicional política estadounidense de Puertas Abiertas respecto a China<sup>1016</sup>, además de continuar el acercamiento de Londres a Washington sin perder de vista los intereses estadounidenses, como dejara bien claro al resolver satisfactoriamente cuestiones tan importantes como las de Alaska respecto a Canadá y la del Canal de Panamá respecto a Colombia y la propia Gran Bretaña. John Hay moriría el 1 de julio de 1905.

A finales del siglo XIX China se encontraba bajo el dominio de las potencias europeas, además, el ascenso imparable de Japón se traducía, para su desgracia, en el incremento del territorio continental chino controlado por las tropas niponas. Ante tales circunstancias, el dominio estadounidense de las islas Filipinas obligaba a Estados Unidos a mediar en la disputa por el control de China. Si bien los estadounidenses no contaban con ninguna posesión territorial en el mayor país asiático, sí que desde muy antiguo se había interesado por las perspectivas de negocio que presentaba el gigante asiático, sin olvidar el ingente número de misioneros protestantes que recorrían el país expandiendo con ello la influencia norteamericana. El hecho crucial fue la posesión de las Filipinas, con ello Estados Unidos se convertía en una potencia asiática más, y por ende, estaba interesada en que la situación en China no llegase a deteriorarse tanto como para quedarse fuera del reparto del mercado chino o que incluso China fuese desmembrada entre los distintos imperios, al modo africano, pues para Hay “nuestros intereses en el océano Pacífico son tan grandes como los de cualquier potencia”<sup>1017</sup>.

Cuando J. Hay se hizo cargo del Departamento de Estado éste no contaba con ningún asesor en asuntos de Lejano Oriente, circunstancia que cambiaría con el nombramiento de W. Rockhill para dicho cargo. La llegada de Rockhill fue esencial, pues bajo la presión del Servicio Imperial Marino de Aduanas británico diseñó las primeras notas de puertas abiertas para su Secretario de Estado Hay, no es extraño que fuesen los británicos quienes presionaran a Washington para anunciar dicha estrategia, pues dominaban el 80 por ciento del comercio chino y temían que sin ellas el expansionismo del resto de potencias acabase con su dominio en la región, oponiéndose por ello más a anexiones territoriales que limitasen la libertad de comercio, pero no tanto a las esferas de influencia<sup>1018</sup>.

De ahí que en 1899 Hay comunicase sus primeras notas de Puertas Abiertas al resto de potencias, en ellas se pedía a éstas que respetasen la libertad de comercio en China con el fin de no dividirla en esferas de influencia estancas, y conferir así a todas ellas el mismo status, lo que beneficiaría a Estados Unidos que no contaba con ninguna base en China; si bien la propuesta no fue formalmente rechazada por ninguna potencia, ni Rusia ni Japón la llegaron a aceptar completamente, en todo caso, ello fue entendido en Estados Unidos como un éxito de su diplomacia, al poner freno al expansionismo europeo, lo que sin duda sentó un precedente para la injerencia benevolente estadounidense en los asuntos mundiales<sup>1019</sup>, a pesar del tímido triunfo de los principios americanos en esta disputa internacional.

---

<sup>1016</sup> Para el estudio la estrategia de Puertas Abiertas ver ZIMMERMANN, ob.cit. p. 443-452.

<sup>1017</sup> SCHULZNGER, op. cit., p. 19.

<sup>1018</sup> KENNAN, op. cit., p. 26-30.

<sup>1019</sup> Ibid., p 24 y 33.



Tras la revuelta y derrota de los Boxers en 1901, la influencia extranjera aumentó en China, Hay anunció sus segundas notas de Puertas Abiertas, donde reclamaba la defensa de la integridad territorial china a las respectivas potencias imperiales, algo que como se verá más tarde, Japón no estaba dispuesto a cumplir. Como en el caso de la paz con España, donde no participaron representantes de sus ex colonias, tampoco las autoridades chinas fueron consultadas por Hay en la elaboración de su política respecto a su nación<sup>1020</sup>, una muestra más de que el respeto a los pueblos oprimidos por el imperialismo europeo no equivalía a su reconocimiento por Estados Unidos como iguales en las mesas de negociación, herencia del típico paternalismo colonial. En cualquier caso, ni Hay ni T. Roosevelt estaban dispuestos a defender las segundas notas con la fuerza de las armas, y aquellas cedieron paso al aguerrido imperialismo japonés. De todos modos, conviene tener en cuenta para no cargar toda la culpa sobre la acción de la Administración estadounidense, que la estrategia de puertas abiertas se basaba en términos poco precisos para entonces, como el principio de integridad territorial y la soberanía en una nación en proceso de construcción como era la China de inicios del siglo XX<sup>1021</sup>.

Ambas aportaciones, el internacionalismo legal de Root y la política de Puertas Abiertas de Hay, respondían a un mismo fin, dotar al sistema internacional de la estabilidad suficiente como para llegar a predecir los movimientos del resto de potencias, al mismo tiempo que dicho sistema se amoldaba a los intereses estadounidenses. Para ello Hay diseñó sus famosas notas, donde enlazaba con la tradición hamiltoniana, considerando el avance del interés económico estadounidense como el mejor camino para lograr sus objetivos políticos y al mismo tiempo dulcificar las relaciones internacionales<sup>1022</sup>, ya que el crecimiento de los lazos comerciales harían que la guerra resultase muy costosa a todos, y aquí es donde entraba en juego el internacionalismo legal de Root, concebido para tratar de ordenar el nuevo juego de relaciones entre las potencias, que ya no dirimirían sus diferencias en el campo de batalla, sino en las salas de las cortes internacionales.

Tanto Hay como Root, ambos partidarios del imperio estadounidense, representan por tanto el aspecto más afable del internacionalismo conservador, falta aun por ver sus aspectos más duros, aquellos que le confieren su carácter conservador y que más lo diferencian del internacionalismo liberal democrático, y más lo acercaban al clásico realismo continental europeo, a saber, el uso del aparato militar como un instrumento diplomático más, las esferas de influencia, el balance de poder...todas ellas notas características del pensamiento político europeo, y que habían ido calando poco a poco en la política exterior estadounidense a medida que el país se afianzaba como potencia mundial, pero no sería hasta la llegada de T. Roosevelt a la Casa Blanca que aquellas se vieron integradas en la nueva estrategia internacional de Estados Unidos, y para ello el papel del Senador Lodge sería clave.

---

<sup>1020</sup> SCHULZNGER, op. cit., p. 21.

<sup>1021</sup> KENNAN, op. cit., p. 43.

<sup>1022</sup> MEAD, op. cit., p. 103 y 114.



Henry Cabot Lodge<sup>1023</sup> nació en Boston, Massachusetts, en 1850, en el seno de una acaudalada familia que se encontraba en la élite bostoniana desde hacía décadas, no en vano su tatarabuelo George Cabot fue le primer Senador por Massachusetts bajo la Administración Adams a principios del siglo XIX, y su padre era propietario de una próspera empresa naviera, y reconocido Republicano *negro*, es decir, que como A. Lincoln favorecía la causa antiesclavista, lo que sin duda influyó en el joven Henry para ver en el Partido Republicano la única fuerza política capaz de mantener al país unido. Tras viajar por Europa con su madre, estudió en Harvard, donde sería alumno de Henry Adams, graduándose en derecho en 1874 tras haber permanecido otro año en el viejo continente, y logrando el doctorado en ciencias políticas dos años más tarde en la misma universidad, uno de los primeros doctorados en Historia y Gobierno concedidos por dicha institución. Durante sus años de formación universitaria también participaría como editorialista en la *North American Review* y en la *International Review*, también en Harvard daría clase de historia americana de 1876 a 1879. Siendo una persona puritana y elitista no era ultraconservadora, y al igual que Root o Roosevelt, pertenecía al ala liberal del Partido Republicano, y como Hay y Roosevelt su carrera política no le impediría destacar como escritor, en especial como historiador, destacando su *Vida y cartas de George Cabot*, *La vida de Alexander Hamilton* o *La Vida de Washington*, incluso escribiría alguna obra en colaboración con T. Roosevelt, como *Cuentos de héroes de la historia americana* de 1895.

En 1879 comenzó su carrera política como miembro de la legislatura estatal de Massachusetts y cinco años más tarde daba inicio a su colaboración política con T. Roosevelt, y tras dos intentos fallidos por entrar en el Congreso nacional, en 1886 fue elegido para la Cámara de Representantes, donde permanecería por tres legislaturas hasta 1893, tras haber sido elegido en 1892 como Senador por Massachussets, puesto que ocuparía por más de 30 años, hasta su muerte el 9 de noviembre de 1924, y en le que desempeñaría un importante papel al presidir numerosos comités, como los de Filipinas, de Inmigración o de Relaciones Exteriores, al que pertenecería durante su permanencia en el Senado.

En el club Metropolitan, tanto T. Roosevelt como él mismo entablaron amistad con Hay, ya antes Lodge conocería a Mahan y junto a T. Roosevelt unirían sus fuerzas para luchar a favor de la creación de una Marina a la altura de sus ambiciones, nada menos que colocar a Estados Unidos entre las grandes potencias mundiales, usando su poder para inclinar el debate presupuestario naval del lado de las tesis de Mahan.

---

<sup>1023</sup> Para consulta de sus datos biográficos consultar ZIMMERMANN, op. cit., p. 149-188 y <http://bioguide.congress.gov/scripts/biodisplay.pl?index=L000393>, [www.senate.gov/artandhistory/history/common/generic/People\\_Leaders\\_Lodge.htm](http://www.senate.gov/artandhistory/history/common/generic/People_Leaders_Lodge.htm), [www.u-s-history.com/pages/h1342.html](http://www.u-s-history.com/pages/h1342.html) y WILDMAN, Edwin *Famous leaders of character in America, from the latter half of nineteenth century; the life stories of boys who have impressed their personalities on the life and history of the United States*, The Page Company, Cap. XIV, Boston, 1922.



Lodge apoyaba la creación de un Imperio Estadounidense con el cual poder competir en igualdad de condiciones con el resto de potencias, y cuando McKinley llegó a la presidencia ya era el mayor defensor del imperialismo en Estados Unidos, abogando por la anexión de Hawai y la declaración de guerra a España. Apoyado en sus creencias por el darwinismo social en boga por entonces, su pensamiento era una mezcla de elitismo, revolución industrial e idealismo referente al papel de Estados Unidos en la escena mundial, hablando de una “*large policy*” en la que Estados Unidos se haría con el control del Caribe, de partes del Pacífico y mantendría puestos vitales en islas como Hawai, Filipinas o Cuba; el propio T. Roosevelt recogió en su autobiografía que consultaba todos los aspectos importantes de su política con su amigo Lodge<sup>1024</sup>. Años más tarde, en 1917, cuando los Republicanos habían perdido la presidencia a favor del Demócrata Wilson, Lodge lanzó su propio corolario a la Doctrina Monroe, aprobado por el Senado, por el que intentaba excluir tanto a gobiernos extranjeros como a sus compañías nacionales del continente americano, con ello Lodge pretendía no sólo asegurar el dominio geoestratégico continental, sino también la hegemonía comercial estadounidense en el hemisferio occidental<sup>1025</sup>.

Mahan, Root, Hay, Lodge, todos ellos compartían un mismo ideario, colocar a Estados Unidos entre las grandes potencias mundiales y defender mejor así sus intereses cada vez más globales; con McKinley se daría el primer paso, lograr un imperio y una serie de bases vitales para la nueva y flamante flota de Estados Unidos, pero aun con todo, faltaba en la presidencia un hombre capaz de liderar con convicción los esfuerzos por transformar a la nación en una potencia mundial, y con el fatídico atentado contra McKinley, su Vicepresidente, T. Roosevelt, se convertiría en el hombre ideal para conducir a la nación hacia su nuevo rol.

Con T. Roosevelt dio comienzo lo que McDougall denomina imperialismo progresista, primera manifestación del nuevo testamento de la política exterior estadounidense<sup>1026</sup>. Con anterioridad se ha visto cómo T. Roosevelt se había enfrentado desde los comienzos de su carrera política a la corrupción imperante en el sistema estadounidense de finales de siglo XIX, sus convicciones acerca de la justicia social le llevarían a defender en el seno Republicano medidas progresivistas como leyes *antitrust*, sin dudar a la hora de enfrentarse a magnates como el propio JP Morgan<sup>1027</sup>, o crear en 1903 el Departamento de Comercio y Trabajo, además de conceder una especial dedicación a los temas medioambientales, promocionando grandes programas de irrigación, reservando terrenos para uso público o reforestando importantes áreas en el Oeste<sup>1028</sup>. Detrás de toda esta actividad gubernamental se escondía la férrea convicción en el poder de las autoridades para influir decisivamente en aspectos cruciales de la vida, sin dicha creencia no podrían entenderse los ingentes compromisos que Estados Unidos iría adquiriendo por todo el mundo, no sólo a nivel nacional, si bien aquí se añadía la clásica presunción de la superioridad del modelo estadounidense. Con todo, a pesar de su dedicación a los temas domésticos, T.

---

<sup>1024</sup> ROOSEVELT, op.cit., cap. X, párrafo 5.

<sup>1025</sup> SCHULZINGER, op. cit. p50.

<sup>1026</sup> McDOUGALL, op. cit, p. 10, 101 y 214.

<sup>1027</sup> GRAUBARD, ob.cit. p. 103.

<sup>1028</sup> Consultado en [www.whitehouse.gov/history/presidents/tr26.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/tr26.html)



Roosevelt sería recordado, más que por cualquier otra faceta, por su predisposición a mostrar sin reservas el nuevo poder estadounidense.

Partidario desde muy joven de unos Estados Unidos que luchasen por su lugar entre las grandes potencias mundiales, Roosevelt dejaría su impronta en la política exterior estadounidense. Como hemos visto en el anterior apartado, con un pensamiento mezcla de nacionalismo, moralismo, racismo, darwinismo social, mejora y planificación social<sup>1029</sup>, fue fiel reflejo del conservadurismo de la época, existiendo en el mundo dos tipos de naciones para el futuro Presidente, las civilizadas y las atrasadas, con las primeras Estados Unidos debía relacionarse siguiendo los procedimientos normales entre naciones soberanas, pero con las segundas Estados Unidos debía valerse de su superioridad y dominarlas para así educarlas a través de la capacidad del Gobierno para regular, aquí T. Roosevelt aplicaba al espacio internacional su concepción evolutiva según la cual se puede resumir la historia de las naciones como el tránsito temporal de la barbarie a la civilización<sup>1030</sup>. De modo que Roosevelt emplearía dos estrategias diferentes según la nación con la que se relacionase, si se trataba de un pueblo civilizado Estados Unidos aplicaría un código de conducta basado en el compromiso, el honor y la ley, con el fin de erradicar el peligro de la guerra; pero si era un pueblo retrasado con el que Estados Unidos se relacionaba, aquí Roosevelt abogaba por una especie de imperialismo voluntarista en el que tan importante era educar a los dominados como mantener el Imperio a salvo de críticas, es decir, el imperialismo estadounidense difería del europeo en que éste no sólo se justificaba por el bien de la metrópoli, sino por el progreso del colonizado, algo que los europeos mismos ya habían intentado sin lograr convencer a muchos de sus bondades.

Pero T. Roosevelt no sólo era un defensor de la utilización de las capacidades militares para fines políticos en Estados Unidos, su jingoísmo no fue un impedimento para que reformulara la política exterior de su país. Al igual que Hay o Lodge, Roosevelt se preciaba de ser un intelectual no inferior en ésta faceta a cualquier otro político norteamericano de su época, y como buen táctico que era, supo aplicar su genio especulativo a la práctica diplomática con el único fin de poner a Estados Unidos en el lugar que le correspondía, sacarlo del anonimato americano e instalarlo en igualdad de condiciones entre el resto de potencias mundiales. Según T. Roosevelt “ninguna nación puede reclamar sus derechos sin reconocer sus obligaciones que van con los derechos. Es algo lamentable para una nación mantenerse impotente en lo relativo a la acción internacional”<sup>1031</sup>, y aunque reconocía que atacar a otras naciones era en sí malo, peor aun era para el nuevo Presidente “asumir responsabilidades y luego no cumplirlas”<sup>1032</sup>. Para no caer en tal contradicción Roosevelt desarrolló una serie de políticas en las distintas áreas de interés de Estados Unidos que pueden resumirse en:

1. Defensa nacional: al igual que el resto de su equipo, T. Roosevelt siempre abogó por la necesidad de una Marina capaz de servir a los nuevos intereses globales

<sup>1029</sup> SCHULZINGER, op. cit., p.23.

<sup>1030</sup> *Ibíd.*, p.24 y STEPHANSON, op. cit., p.105-107.

<sup>1031</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. XIV, párrafo 1.

<sup>1032</sup> *Ibíd.*



de Estados Unidos; continuó con el rearme naval hasta el punto de convertir la flota estadounidense en la segunda del mundo sólo por detrás de la británica, cuando al principio de su Presidencia era la quinta por detrás de británicos, franceses, alemanes y rusos, de hecho, desde 1900 hasta 1905 Estados Unidos habría construido cinco acorazados, cuatro cruceros, cuatro monitores y 34 destructores y botes torpederos, de ese modo, la Marina para 1907 había doblado su tamaño desde su llegada al poder<sup>1033</sup>. Para ello contaría con la ayuda de su admirado amigo A. T. Mahan, a quien no dudó en pedir sus servicios en 1909 para formar parte de la Comisión sobre la reorganización del Departamento de Marina<sup>1034</sup>. Para T. Roosevelt se trataba de que

el pueblo americano debe construir y mantener una Armada adecuada o hacerse a la idea definitivamente de aceptar una posición secundaria en los asuntos internacionales, no sólo en los políticos, sino también en los económicos. Se ha dicho bien que no hay modo más seguro de cortejar el desastre nacional que el ser “opulento, agresivo y desarmado” [...] Que la Armada no es un mero instrumento de destrucción ha sido demostrado en los últimos tres años. En las Filipinas, Cuba y Puerto Rico se ha probado ella misma como una fuerza constructiva, como una fuerte herramienta para la construcción de una civilización pacífica<sup>1035</sup>

Así, en 1907 ordenó a su flota (la llamada Gran Flota Blanca) partir en una gira mundial de catorce meses con el propósito de mostrar al mundo el nuevo poder estadounidense<sup>1036</sup>, y así añadir una proeza a su segundo mandato equiparable al acuerdo sobre el Canal de Panamá del primero<sup>1037</sup>, a lo que hay que sumar varios objetivos soterrados, como el presionar a Japón, el ganar apoyo popular tanto a la construcción del Canal de Panamá como al aumento de la Armada, así como brindarle a la misma una inmejorable ocasión de entrenamiento<sup>1038</sup>. Para el propio T. Roosevelt dicha gira mundial, que organizó pese a la oposición de numerosos sectores de la sociedad estadounidense, fue trascendental pues benefició en gran medida a la Armada, aumentó el interés y entusiasmo populares por la misma y contribuyó a la aceptación internacional de la presencia de Estados Unidos en el Pacífico

en mi opinión el servicio más importante que di a la paz fue el viaje de la Armada alrededor del mundo. Llegué a convencerme por numerosas razones lo esencial que era que tuviésemos claramente comprendido, por nuestro pueblo especialmente, pero también por otros pueblos, que el Pacífico era nuestro hogar tanto como el Atlántico, y que nuestra armada podría y pasaría de uno a otro de los grandes océanos<sup>1039</sup>

De hecho, ante la creciente amenaza japonesa en Asia, el Almirante Dewey ya había aconsejado el traslado de parte de la flota estadounidense del Atlántico al Pacífico, y con todo ello T. Roosevelt no dudó en movilizar 16 buques, 348.000 toneladas en

<sup>1033</sup> MORRIS, Edmund *Theodore Rex*, op.cit., p. 334 y 485.

<sup>1034</sup> TAYLOR, ob.cit., p. 108.

<sup>1035</sup> ROOSEVELT, Theodore, primer discurso anual del 3 de diciembre de 1901, consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29542](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29542)

<sup>1036</sup> ZIMMERMANN, op. cit., p. 3.

<sup>1037</sup> MORRIS, *Theodore Rex*, op.cit., p. 494.

<sup>1038</sup> BEALE., p. 331.

<sup>1039</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. XV, párrafo 28.



total, sin importarle una posible negativa del Congreso para su financiación, para un viaje que en principio sólo estaba previsto entre Nueva York y San Francisco, pero que ya sabía pasaría parte importante de su viaje en Asia, y así demostrar a Tokio el poder naval estadounidense<sup>1040</sup>. La gira mundial de la Armada reflejaba uno de los aspectos cardinales de la personalidad de T. Roosevelt, como ya hemos visto, Theodore prefería encarar los problemas antes que huir de ellos, lo que a nivel de Presidente lo tradujo en que “en política internacional el principio del que nunca nos desviamos fue que la nación se comportase con otras naciones como un hombre fuerte, honorable y honrado se comporta al tratar con sus prójimos”<sup>1041</sup>, y como quiera que entre las naciones no existía una policía mundial que hiciera cumplir las leyes internacionales, Estados Unidos debía protegerse si no quería seguir el ejemplo chino, donde se había dejado una nación poderosa a merced de la voluntad de otros, no en vano

ninguna nación puede reclamar derechos sin reconocer los deberes que acompañan esos derechos. Es algo despreciable para una gran nación mantenerse impotente en la acción internacional, ya sea por cobardía o pereza o por pura ineficacia y falta de voluntad de mirar hacia el futuro<sup>1042</sup>

2. Pacífico: ya hemos visto con la política de Puertas Abiertas diseñada por Hay, cómo la adquisición de las Filipinas aumentó exponencialmente la implicación estadounidense en el Pacífico, por si fuera poco, el ascenso de Estados Unidos se vio acompañado por el nipón, que desde el comienzo del periodo Meiji había emprendido un proceso modernizador que le llevaría a controlar gran parte del Pacífico e importantes áreas de Asia continental; de modo que T. Roosevelt además de percibir a Alemania como su rival más peligroso en el Caribe, veía en Japón una creciente amenaza para la estabilidad asiática, así que no dudó en animar a los empresarios estadounidenses para que invirtiesen en China y así aumentar la influencia nacional en dicho país, ni en mediar en la guerra ruso-japonesa de 1905 ante el temor de que cualquiera de los dos ganase demasiados territorios en el norte de China. Con la paz de Portsmouth se paralizaba el conflicto con un Japón que salía del mismo reforzado como principal potencia asiática<sup>1043</sup>, para T. Roosevelt apaciguar al dragón nipón fue su mayor logro en el segundo mandato presidencial, sin duda, el temor a un posible ataque japonés a las Filipinas o Hawai pesaban más que la amenaza del creciente poder nipón, al que se cedió sin restricciones la península coreana, y si bien Estados Unidos siempre intentó aparecer ante las autoridades chinas como su defensor ante el imperialismo del resto de potencias, el pragmatismo realista de Roosevelt le condujo a aceptar la primacía nipona en la región sin poner por ello en riesgo los intereses estadounidenses. Respecto a las Filipinas T. Roosevelt quiso dejar claro que Estados

---

<sup>1040</sup> MORRIS, *Theodore Rex*, op.cit., p. 502.

<sup>1041</sup> ROOSEVELT, op.cit., Cáp. X, párrafo 52.

<sup>1042</sup> *Ibíd.*, Cáp. XIV, párrafo 1.

<sup>1043</sup> ZIMMERMANN, op. cit., p. 470. En realidad, el éxito de T. Roosevelt en las negociaciones de paz ruso-japonesas se debió en gran medida a las calamitosas condiciones económicas de los contendientes, pues ninguno de los dos podía permitirse la reanudación del conflicto, de ahí que Japón renunciase a sus exorbitantes condiciones impuestas en un principio (como el pago ruso de una indemnización económica, el desarme de los puertos bajo control ruso, o la salida de Manchuria) y que Rusia cediese en la división de la isla Sakhalin, MORRIS, *Theodore Rex*, op.cit., p. 400-411.



Unidos no tenía interés alguno en retenerlas, sino que su tarea era entrenar a los filipinos en el autogobierno para concederles más tarde la independencia cuanto antes fuera posible, sin determinar una fecha y dejando a los propios filipinos la elección de permanecer o no en la Unión, es decir, que la presencia estadounidense se explicaba por y para el exclusivo desarrollo y beneficio del pueblo filipino, ya que según Roosevelt “no creo que América tenga un interés especial en retener las Filipinas. Nuestro trabajo allí sólo nos ha beneficiado como cualquier trabajo eficientemente realizado para el beneficio de otros ayuda incidentalmente al carácter de aquellos que lo realizan”<sup>1044</sup>. Como veremos en el caso europeo, la prioridad en Asia para Roosevelt fue mantener el equilibrio de poder en la región, equilibrio que la lucha entre Rusia y Japón en China amenazaba con romper, no en vano, para el Presidente norteamericano el Pacífico sería lo que el Mediterráneo fue para la antigua Grecia, el nuevo centro mundial, y Estados Unidos no debía perder ese tren<sup>1045</sup>, debido principalmente al deseo expansionista de poder y prestigio mundiales, con China como principal escenario, también por la teoría de esparcir la civilización, por ayudar a Gran Bretaña, necesitada de aliados en la región, y movido en parte por motivos económicos, así, con el objetivo de mantener el comercio abierto en China, incluso se creó en 1905 la Compañía Americana de Desarrollo de China, un consorcio para la obtención de contratos de construcción de vías férreas en China que, encabezado por J. P. Morgan, contaba con un fuerte apoyo de la Administración. En su acercamiento a los asuntos chinos T. Roosevelt, como hemos visto, veía en los escritos de Mahan, en especial *The problem of Asia*, la justificación para el aumento del poder naval estadounidense, sin el cual no podría ser un actor principal en Asia, también en el historiador Brook Adams encontró un refugio para sus ideas, pues en su libro *America's economic supremacy* explicaba la necesidad de mantener el equilibrio de poder en la zona ante el ascenso ruso y la importancia del crecimiento económico de China, como el propio Roosevelt dijera en su primer discurso anual en diciembre de 1901:

Debido al rápido crecimiento de nuestro poder y nuestros intereses en el Pacífico, todo lo que suceda en China debe ser una honda preocupación nacional para nosotros [...] Abogamos por las puertas abiertas con todo lo que ello implica, no sólo proporcionar el aumento de las oportunidades comerciales en la costa, sino el acceso al interior a través de las vías fluviales con las que China tan extraordinariamente ha sido favorecida. Solo conduciendo al pueblo chino a la pacífica y amistosa comunidad de comercio con todos los pueblos del mundo podrá ahora el trabajo tan prometedoramente comenzado llegar a completarse<sup>1046</sup>

Para entonces las exportaciones a Japón y China ya doblaban las destinadas a Suramérica<sup>1047</sup>. Por todo ello no sorprende que T. Roosevelt viese en Rusia al principal obstáculo a su política de Puertas Abiertas, buscando para contrarrestarla la colaboración de Londres, Berlín y Tokio, llegando incluso en 1903 a protestar por su política hacia los judíos con el fin de obligarle a abrir varios puertos en Manchuria y

---

<sup>1044</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. XIV, párrafo 2.

<sup>1045</sup> En lo relativo a China y al equilibrio de poder asiático consultar BEALE, ob.cit., p 172-251 y 253-334.

<sup>1046</sup> ROOSEVELT, Theodore, primer discurso anual del 3 de diciembre de 1901, consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29542](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29542)

<sup>1047</sup> MOWRY, op. cit., p. 181.



retirar de ellos las tropas allí estacionadas. A diferencia de Rusia, T. Roosevelt admiraba la modernización emprendida por Japón, si bien temía que ello implicase un aumento de su poder en Asia que pusiese en peligro su ansiado equilibrio de poder, por ello, al estallar las hostilidades entre rusos y nipones buscó la manera de lograr un acuerdo antes de que ninguno de los dos obtuviese demasiada ventaja, tratando a la vez de monopolizar los esfuerzos de negociación en perjuicio de los europeos, lo que logró al celebrarlas en agosto de 1905 en New Hampshire, ayudado sin duda alguna tanto por la Revolución estallada en Rusia ese mismo año como por los problemas financieros japoneses<sup>1048</sup>. En todo caso, T. Roosevelt era consciente de que el creciente poderío japonés podría amenazar los intereses americanos en Asia, por ello no dudó, como acabamos de ver, en lanzar a su nueva Armada en una gira mundial en 1907 y así tratar de dulcificar el expansionismo nipón en la región, considerado por el propio Roosevelt uno de sus mayores logros, al apaciguar a Japón a través de una muestra de fuerza sin la necesidad recurrir así a medidas más drásticas. Pese a sus intentos por mantener el equilibrio de poder asiático, la estrategia de T. Roosevelt fracasó debido a varios factores, entre ellos el aumento del nacionalismo chino, la división del norte de China entre Rusia y Japón, el aumento de los intereses económicos japoneses en China, la deriva política interna japonesa, donde los militaristas fueron ganando terreno a los pro estadounidenses, más aun cuando no lograron la esperada indemnización económica rusa en las negociaciones de paz ante la presión de Roosevelt, además las nuevas leyes antiinmigración en Estados Unidos les afectaron<sup>1049</sup>, lo que hizo que el nuevo Presidente Taft girara hacia una postura más agresiva frente a Japón, y porque el propio T. Roosevelt no supo ver en China una nación independiente en pleno crecimiento económico, incluso Estados Unidos sufrió un bloqueo comercial chino en 1905 cuando la Compañía Americana de Desarrollo se resistió a vender al Gobierno Imperial sus concesiones ferroviarias, a lo que el Presidente respondería mandando a la Armada estadounidense para acabar con el embargo;

3 Europa: una de las constantes de la diplomacia estadounidense ha sido su aversión a verse enredada en los asuntos europeos, T. Roosevelt daría los primeros pasos en la eliminación de dicha restricción en 1906 al mediar en la disputa por Marruecos entre franceses y alemanes en la Conferencia de Algeciras, y tratar así de apaciguar el ardor imperial del Kaiser Guillermo II; ese mismo año, también incluyó a Estados Unidos en la II Conferencia de la Haya para el establecimiento de un conjunto de reglas de guerra, pues para Roosevelt si Estados Unidos era una gran nación debía estar presente en los foros de grandes potencias para así tratar de influirlos y acercarlos al ideal estadounidense de un sistema internacional gobernado por el respeto a la ley y el orden<sup>1050</sup>; cabe destacar que durante todo el proceso de acercamiento a los asuntos europeos, Estados Unidos fue estrechando continuamente sus lazos con Gran Bretaña, plasmándose la solidaridad anglosajona en el acuerdo negociado por Hay con los representantes británicos acerca del trazado definitivo de

---

<sup>1048</sup> *Ibíd.*, p. 185.

<sup>1049</sup> *Ibíd.*, p. 189. Al respecto es interesante ver cómo el mismo T. Roosevelt tras expresar su admiración y respeto por el pueblo japonés reconocía sin tapujos que no creía que ambos pueblos debieran convivir de forma masiva, no porque una raza fuese superior a otra, sino por ser civilizaciones demasiado diferentes, ROOSEVELT, *ob.cit.*, Cáp. X, párrafo 48.

<sup>1050</sup> SCHULZINGER, *op. cit.*, p. 36.



la frontera con Canadá de 1903<sup>1051</sup>, Tratado Hay-Herbert, y que selló la unión anglosajona en el concierto internacional, acabando de paso con la rivalidad que les enfrentaba desde la guerra de independencia, y colocando así a Alemania como principal rival a contener en Europa. A diferencia de Hay y el propio T. Roosevelt, Lodge era más suspicaz respecto a Londres, fiel reflejo del fuerte poso de anglofobia todavía existente en la sociedad estadounidense, aunque todos en torno al Presidente preferían que los intereses de ambas potencias no chocasen, como años atrás en Venezuela, si bien ya en la guerra con España Gran Bretaña se había decantado del bando estadounidense, vendiéndole carbón y barcos en el Pacífico<sup>1052</sup>. Para el equipo gubernamental de T. Roosevelt los intereses de Washington y Londres eran similares, por ello, pese a admirar la resistencia de los Boer, no dudaron en apoyar a Gran Bretaña, además los acuerdos sobre Panamá y Canadá ayudaron a cimentar aun más las relaciones entre ambos países, por si fuera poco, el propio Presidente veía en el dominio británico sobre Egipto un ejemplo a seguir en las Filipinas, siendo uno de sus objetivos lograr un control angloamericano de las áreas colonizadas para cumplir con su misión civilizadora<sup>1053</sup>. El acercamiento a Gran Bretaña formó parte de una política plenamente consciente de T. Roosevelt encaminada a mantener el equilibrio de poder en Europa, concebido como el intento por evitar que cualquier nación fuera tan poderosa como para amenazar los derechos del resto de potencias, corriéndose el riesgo de una guerra mundial si no se mantenía dicho equilibrio<sup>1054</sup>, en ello estaba plenamente de acuerdo con Mahan, para quien

en los intereses de la paz cabe señalar que ninguna fuerza en Europa puede actuar como una fuerza disuasoria ante la guerra, inducida por la posible ambición o las inevitables tendencias de Europa Central como puede la Marina de Gran Bretaña<sup>1055</sup>

De ese modo, puede afirmarse que T. Roosevelt estaba adaptando para Estados Unidos la clásica política exterior británica de balance de poder aplicada durante todo el siglo XIX en Europa con Castlereagh, Palmerston, Gladstone o Canning<sup>1056</sup>, consecuencia, que por otra parte, resultaba totalmente lógica con la creencia de T. Roosevelt de que Estados Unidos debía sustituir a Gran Bretaña como árbitro del concierto mundial. Por ello, para mantener ese precario equilibrio de poder europeo, T. Roosevelt participaría tanto en la Conferencia de la Haya de 1905 como en la de Algeciras un año más tarde. En La Haya promovió el arbitrio internacional, con Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia presionando para que la conferencia acabara con algún acuerdo mientras Alemania y Rusia se mostraban más escépticas; mediante el trabajo de Root luchó también por la creación de una Corte Internacional de Justicia, que mejorara lo acordado en 1899 a través de un tribunal permanente e independiente, pero el desacuerdo acerca del sistema de nombramiento de jueces llevó al traste los planes estadounidenses; tampoco T. Roosevelt tuvo éxito a la hora de promover el desarme o la reducción armamentística, aquí tan sólo Alemania lo apoyó pero bajo condiciones, Francia, Rusia y Gran Bretaña ni siquiera eso; tampoco

<sup>1051</sup> ZIMMERMANN, op. cit., p. 452.

<sup>1052</sup> BEALE, ob.cit., p. 81-92.

<sup>1053</sup> *Ibíd.*, p. 95 y 165.

<sup>1054</sup> Para consultar lo relativo al mantenimiento del equilibrio de poder ver BEALE, ob.cit., p. 336-449.

<sup>1055</sup> TAYLOR, op. cit., p. 190.

<sup>1056</sup> KISSINGER, Henry *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona, 2000. p. 117, 130 y 202.



el Congreso de Estados Unidos veía con buenos ojos la figura del arbitrio internacional, en especial en lo relativo a las deudas, y sólo lo aceptaban mientras no fuera obligatorio para las partes someterse a sus dictados, a la postre T. Roosevelt tuvo que renunciar a su propuesta de desarme en 1907, pues sólo los países pequeños votarían a su favor, lo mismo que con sus planes de abolición de la guerra. Para T. Roosevelt la guerra entre las naciones civilizadas era un desastre a evitar, no así contra los bárbaros, siendo un instrumento civilizador, aspirando en todo caso a un concierto entre los distintos imperios que evitara un posible enfrentamiento entre ellos, de ahí que decidiera participar en la Conferencia de Algeciras. Las rivalidades coloniales fueron perfilando a finales del siglo XIX los distintos bloques que años más tarde se enfrentarían en la I Guerra Mundial, con Alemania y Francia como principales contendientes, Rusia como pivote y Gran Bretaña apoyando a París, así, fue Marruecos el terreno en el que se fraguó parte del resultado final de la contienda, donde el káiser Guillermo II intentó jugar la baza estadounidense al apoyar una política de puertas abiertas con el fin de ganarse el apoyo de T. Roosevelt, quien a su vez conminó a Francia a participar en la conferencia pedida por el Sultán marroquí, con la intención de evitar una guerra entre europeos. Ya en la conferencia, celebrada a partir de enero de 1906 en la ciudad española de Algeciras, sólo ocho años después de la derrota española frente a Estados Unidos, el equipo estadounidense, ya que T. Roosevelt no acudió personalmente a las negociaciones, abogó por un acuerdo que, reconociendo el dominio franco-español de Marruecos, también aprobase su apertura comercial supervisada a través de inspectores internacionales, todo ello sin menoscabar la unidad y seguridad marroquíes, y que fue finalmente aceptado por las partes el 7 de abril<sup>1057</sup>. En Algeciras, al igual que sucediera en Portsmouth meses atrás, T. Roosevelt jugó con alemanes y franceses igual que lo había hecho con rusos y japoneses, intentando mantener en todo momento el precario equilibrio de poder que desde Tokio y Berlín comenzaba a cuestionarse. En el proceso, T. Roosevelt sufrió diversas críticas internas, como la del Senador Bacon, Demócrata por Georgia, por renunciar a la gran regla washingtoniana al dejarse enredar en los asuntos europeos, además, con la resistencia alemana a plegarse a los planes presidenciales, aumentaron las peticiones en el Congreso de abstenerse y retirarse de la conferencia, mientras Lodge trataba de defender la iniciativa presidencial como un intento por aumentar el peso moral de Estados Unidos en el mundo<sup>1058</sup>. Tales esfuerzos encaminados a poner a Estados Unidos en el centro de la lucha por mantener el equilibrio de poder mundial eran fruto del papel protagónico que T. Roosevelt ansiaba para su país, más aún si Gran Bretaña perdía la condición de potencia líder, posición que enseguida tendría que cubrir Estados Unidos, según los planes de su Presidente. Por tanto, el Internacionalismo conservador de T. Roosevelt se debió mucho a su conocimiento y admiración de la política exterior británica y a su intento por adaptarla a la acción exterior estadounidense, bajo el prisma de un realismo extraño hasta entonces en el acervo político estadounidense. Todo ello dejó a Alemania como la potencia a contener en Europa, como se pudo apreciar en el caso venezolano de 1903, donde Alemania, tras bombardear la costa de Venezuela, con desembarco de tropas alemanas y británicas incluido, amenazaba con continuar sus

---

<sup>1057</sup> MORRIS, *Theodore Rex*, op.cit., p. 440. Mientras Francia quería un control de los puertos marroquíes ejercido por gendarmes, Alemania abogaba por un control internacional, siendo la solución final propuesta por Estados Unidos formar cuerpos de policías marroquíes bajo mando franco-español.

<sup>1058</sup> MOWRY, op. cit., p. 195.



ataques a menos que aquella pagase sus deudas, a lo que T. Roosevelt no dudó en responder con la amenaza de enviar a la zona la flota estadounidense, obligando a las partes a aceptar resolver la cuestión por arbitrio. Pese a que el propio Roosevelt consideraba un éxito el manejo de la crisis venezolana al admitir que “ha habido un crecimiento real entre las naciones civilizadas de un sentimiento que permitirá una substitución gradual del método de guerra por otros métodos para el arreglo de controversias”<sup>1059</sup>, el ver a un país americano nuevamente amenazado por potencias europeas a causa de sus deudas, le llevó a proclamar su Corolario a la Doctrina Monroe.

4. Caribe: para comprender la política hemisférica de T. Roosevelt antes hay que tener presente que para él la observancia y permanencia de la Doctrina Monroe era cardinal, ya que “no es ley internacional, pero sí un principio cardinal de nuestra política exterior”<sup>1060</sup>. La guerra con España había convertido a la cuenca caribeña en un lago norteamericano, con las perspectivas de la construcción del canal interoceánico en el istmo de Panamá, los intereses geoestratégicos de Estados Unidos en la región sólo hicieron que aumentar, y una vez descartada Nicaragua como emplazamiento para el canal, se presionó a las autoridades colombianas para conceder a Estados Unidos el derecho a construirlo en su provincia panameña, pero los esfuerzos de Hay no dieron fruto y el Senado colombiano rechazó la propuesta norteamericana; ante el fracaso de las negociaciones, T. Roosevelt optó por desentenderse del Gobierno autoritario colombiano y comenzó a ver en los secesionistas panameños a los únicos interlocutores válidos en el proceso, y que bajo la protección estadounidense, lograron la independencia de Panamá en noviembre de 1903, lo que culminaba medio siglo de intervencionismo estadounidense en Colombia, pues desde 1846, año en que se firmó un tratado bilateral entre ambos países, Estados Unidos había actuado no menos de trece veces en los asuntos internos del país<sup>1061</sup>. Con la secesión, Estados Unidos logró el ansiado acuerdo de construcción del canal, firmado el 18 de noviembre por el Ministro Plenipotenciario en Washington Bunau-Varilla, antiguo representante de una de las compañías francesas que habían fracasado anteriormente en la construcción del canal, y que había ganado su cargo tras apoyar económicamente a los rebeldes panameños<sup>1062</sup>. Con el nuevo acuerdo, Estados Unidos se comprometía a garantizar la seguridad de Panamá en contrapartida a las ventajas que se le concedían (control exclusivo del canal a perpetuidad y de una franja de 18 Km. alrededor del mismo, y cuya construcción no finalizó hasta 1914); para T. Roosevelt éste fue el mayor logro diplomático de su primer mandato, para él, la construcción del canal era del “interés de la civilización colectiva. Si alguna vez un Gobierno ha podido decir que ha recibido un mandato de la civilización...los Estados Unidos guardan esa posición respecto al canal interoceánico”<sup>1063</sup>, es decir, para Roosevelt su Gobierno había actuado no sólo en interés de la nación, sino del bien mundial, pues nadie se podía

---

<sup>1059</sup> ROOSEVELT, Theodore, mensaje del estado de la Unión del 7 de diciembre de 1903, consultado íntegro en [www.theodore-roosevelt.com/sotu3.html](http://www.theodore-roosevelt.com/sotu3.html)

<sup>1060</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. XIV, párrafo 7.

<sup>1061</sup> *Ibíd.*, p. 429.

<sup>1062</sup> MORRIS, *Theodore Rex*, op.cit., p. 279.

<sup>1063</sup> ZIMMERMANN, op. cit., p. 434.



permitir un nuevo retraso en la construcción del canal, retraso que Roosevelt achacaba a la mala actuación del Gobierno autoritario colombiano, verdadero culpable del resultado final, pues con su postura incitó al separatismo panameño, que ya por tres veces había intentado independizarse de un país que desde 1850 había acumulado al menos 53 incidentes entre revoluciones, revueltas y golpes de Estado, es decir, por todo ello para Roosevelt la actuación estadounidense reconociendo inmediatamente la independencia panameña fue conforme a la moral, ya que

si, representando al pueblo americano, no hubiese actuado como lo hice, habría sido un representante infiel e incompetente, la inacción en ésta crisis hubiese supuesto no sólo un retraso indefinido en la construcción del canal, sino también el reconocimiento práctico por nuestra parte de que no estábamos preparados para jugar el papel en el Istmo que nos habíamos concedido para nosotros mismos<sup>1064</sup>

Con respecto al resto de Latinoamérica, la Administración de T. Roosevelt no permaneció al margen de la amenaza siempre presente de la intervención europea en los asuntos continentales a causa de las deudas estatales, así, en 1902 Venezuela, como décadas atrás México, se vio amenazada por varias potencias europeas por el impago de sus deudas, y tras el bloqueo de su puertos, T. Roosevelt instó al Gobierno venezolano y al alemán para que resolvieran sus diferencias ante el tribunal de La Haya. A causa de Venezuela, o mejor dicho, por la defensa de la Doctrina Monroe, T. Roosevelt estuvo dispuesto incluso a llegar a la guerra con Alemania, pues no dudó en informar al embajador alemán de que Estados Unidos impediría por la fuerza cualquier adquisición de territorio venezolano, cuando la Marina del Caribe había sido ya reforzada y un nuevo ultimátum de cese de hostilidades lanzado en diciembre<sup>1065</sup>. No es extraño pues, que tras el bloqueo naval impuesto por los europeos a Venezuela, Roosevelt proclamara su corolario a la Doctrina Monroe:

Todo lo que este país desea es ver a los países vecinos estables, ordenados y prósperos. Todo país cuya gente se conduzca bien puede contar con nuestra amistad. Si una nación muestra que sabe actuar con razonable eficiencia y decencia en asuntos políticos y sociales, si mantiene el orden y paga sus obligaciones, no necesita temer la intervención de Estados Unidos. La incompetencia crónica o una impotencia que resulten en una pérdida general de los lazos de la sociedad civilizada, puede en América, y en cualquier otro lugar, requerir en último término la intervención de alguna nación civilizada, y en el hemisferio occidental la adherencia de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe debe forzar a los Estados Unidos, aunque de forma reluciente, en casos flagrantes de incompetencia o impotencia, al ejercicio de un poder de policía internacional<sup>1066</sup>

No en vano, T. Roosevelt consideraba que “la Doctrina Monroe debe ser el rasgo cardinal de la política exterior de todas las naciones de las dos Américas”<sup>1067</sup>, al considerarla como “una declaración de que no debe haber engrandecimiento

<sup>1064</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. XIV, párrafo 39.

<sup>1065</sup> MORRIS, *Theodore Rex*, op.cit., p. 187.

<sup>1066</sup> Consultado en [www.theodoresevelt.org](http://www.theodoresevelt.org)

<sup>1067</sup> ROOSEVELT, Theodore, primer discurso anual del 3 de diciembre de 1901, texto consultado en [www.presidentry.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29542](http://www.presidentry.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29542)



territorial por ninguna potencia no americana a expensas de ninguna potencia americana en suelo americano”<sup>1068</sup>. Con su corolario a la Doctrina Monroe, Roosevelt transformaba ésta, pues de ser una prohibición a los países europeos de inmiscuirse en los asuntos americanos, se convirtió en una justificación de la intervención estadounidense en toda Latinoamérica, es decir, en una expansión continental de la enmienda Platt y del derecho de injerencia estadounidense en los asuntos internos de los países de la región. Para T. Roosevelt, que Estados Unidos se hiciese cargo del desgobierno regional era una consecuencia lógica de sus prejuicios sobre la superioridad de la civilización norteamericana, además, con ello se intentaba desterrar de una vez por todas la amenaza de que Alemania se hiciese con algún punto clave en la región como consecuencia del impago de deudas. Su estrategia para el continente fue apoyada por el gran capital de Boston y Nueva York, con cierta oposición del bando Demócrata, pudiendo decirse que con ello dio comienzo la diplomacia del dólar, con Root ya en la Secretaría de Estado, tras la muerte de J. Hay en julio de 1905, y su predilección por consolidar la influencia de Estados Unidos en la región sin recurrir a las intervenciones militares<sup>1069</sup>. Su corolario lo tradujo en la práctica con su famosa frase “habla con suavidad y porta un gran garrote”<sup>1070</sup>, para 1904, año en que fue reelegido con una abrumadora mayoría de votos (y primera vez que un Presidente “accidental” era reelegido para la presidencia), Roosevelt tenía ya diseñadas las bases del intervencionismo continental estadounidense al ligar inextricablemente los intereses económicos de Estados Unidos con sus objetivos geoestratégicos<sup>1071</sup>, así, en Honduras, donde los empresarios estadounidenses poseían la mayoría de las minas y controlaban la mayor exportación del país, la banana, Estados Unidos comenzó en 1903 una serie de intervenciones directas para controlar a los Gobiernos hondureños que mantenían un conflicto fronterizo con Nicaragua y vivían una situación de inestabilidad crónica; también en la República Dominicana Roosevelt aplicaría su corolario, si en 1905 se firmó un acuerdo por el que Estados Unidos se hacía cargo de sus finanzas, dos años más tarde comenzó el control directo de las aduanas, con el que el 45 por ciento de lo recaudado iba a las arcas dominicanas y el 55 por ciento restante a un fondo neoyorquino para el pago de la deuda, y una ocupación armada que no acabaría con la inestabilidad interna del país (el acuerdo aduanero perduraría hasta 1940)<sup>1072</sup>. Para el propio Presidente Roosevelt la inestabilidad interna de los países caribeños, más que el intervencionismo europeo, era lo que impulsaba a Estados Unidos a actuar en la región, así resumía su propia actuación, “nosotros aseguramos el lugar, protegimos al pueblo de las islas contra los enemigos externos y minimizamos la posibilidad de problemas domésticos. Nosotros satisfacimos a los acreedores”<sup>1073</sup>; también Cuba sufriría los embates del “gran garrote” estadounidense, y tras la retirada de sus soldados en 1902, estos volverían cuatro años más tarde ante la revuelta desencadenada como protesta de la reelección del pro estadounidense Estrada Palma, estableciendo una administración temporal hasta el restablecimiento del orden y la celebración de nuevas elecciones<sup>1074</sup>.

---

<sup>1068</sup> *Ibíd.*

<sup>1069</sup> MOWRY, *op. cit.*, p. 169.

<sup>1070</sup> [www.whitehouse.gov/history/presidents/tr26.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/tr26.html)

<sup>1071</sup> SCHULZINGER, *op. cit.*, p. 31.

<sup>1072</sup> LEMARCHAND, *op. cit.*, p.57.

<sup>1073</sup> ROOSEVELT, *op. cit.*, cap. XIV, párrafo 14.

<sup>1074</sup> MORRIS, *Theodore Rex*, *op.cit.*, p. 461.



De las políticas aplicadas por Roosevelt y su equipo en las diferentes áreas de interés se pueden extraer las notas principales de su conservadurismo internacional, para Zimmermann<sup>1075</sup> éstas podrían resumirse en la necesidad de obtener un imperio colonial con el que reforzar la posición mundial de Estados Unidos, en el cual la obtención de una serie de bases, al modo británico, era esencial para los intereses estadounidenses; lo que representaba una novedad en la historia de Estados Unidos, pues nunca antes se habían asegurado los intereses nacionales fuera del territorio continental, algo que a partir de entonces sería crucial para el ascenso nacional al status de superpotencia; dicha promoción internacional se haría bajo dos prioridades fundamentales en las relaciones exteriores como fueron el respeto a los derechos humanos y la búsqueda de la estabilidad mundial, por último, la Administración de T. Roosevelt supuso el refuerzo definitivo del Ejecutivo respecto al Congreso, que había dominado la política nacional desde el final de la guerra civil, un proceso que se había iniciado con Cleveland y McKinley pero que la personalidad de T. Roosevelt apuntaló vigorosamente para convertir al Presidente de la nación en el motor del impulso político estadounidense.

Con una mezcla de realismo hamiltoniano aderezado con la importancia concedida a los aspectos económico-comerciales de la política exterior nacional y de un populismo jacksoniano salpicado en ocasiones por un nacionalismo y una política de fuerza poco sofisticados, la Administración de T. Roosevelt supo apartar a la diplomacia estadounidense de sus comienzos aislacionistas<sup>1076</sup> y dotarla así de un nuevo carácter intervencionista en los asuntos mundiales. El internacionalismo conservador fue el primer intento de reorientación estratégica emprendido en Estados Unidos, hasta el momento, los líderes de la nación se habían contentado con finalizar la conquista continental y curar las heridas de la Guerra Civil, pero con la adquisición del imperio de ultramar y la voluntad de una nueva generación de políticos, Estados Unidos adquirió un nuevo *status* de potencia mundial que la alejaba definitivamente de los sueños jeffersonianos de una pequeña república cuya revolución había triunfado, muy al contrario, surgía un gigante en plena expansión con el firme propósito de continuar con la misión de propagar su modelo allá donde se encaminase. Que al hacerlo se viera impelido a usar el gastado lenguaje de las viejas potencias europeas, con sus queridos balance de poder, interés nacional, esferas de influencia y geoestrategia, era sólo parte del precio que Estados Unidos debía pagar en su tránsito de primera nación descolonizada a potencia mundial. De cualquier forma, con anterioridad hemos visto cómo la tradición hamiltoniana no era ajena al universo realista del pensamiento político europeo, lo que Mead denomina “realismo continental”<sup>1077</sup>, tampoco el pensamiento jacksoniano lo era<sup>1078</sup>, de modo que para T. Roosevelt y su equipo emplear el lenguaje realista no les supuso ninguna dificultad,

---

<sup>1075</sup> ROOSEVELT, op. cit., cap. XIV p. 493.

<sup>1076</sup> Si bien aquí cabría recordar que entendemos con McDougall el aislacionismo norteamericano como una muestra de su unilateralismo.

<sup>1077</sup> Para Mead éste sería “no sólo la creencia de que el realismo más que el idealismo es el marco ideológico más apropiado desde el cual entender y proseguir la vida diplomática de las naciones. El realismo, a creencia en que los países son conducidos por el interés y la conquista de poder en las relaciones internacionales más que por los ideales y la benevolencia, está muy extendida tanto entre los anglosajones como entre los continentales.” MEAD, ob.cit. p. 35.

<sup>1078</sup> *Ibíd.*, p. 244-245.



lo que sí que les supuso un reto intelectual y estratégico fue combinar los aspectos realistas de tradición europea con los temas típicos del modelo estadounidense, como son la importancia del componente económico para las relaciones exteriores y el respeto concedido al modelo republicano y democrático que se traducían en un voluntarismo mesiánico que impelía constantemente a Washington a intervenir en los asuntos internos de otros países, algo completamente ajeno al realismo continental. Tal intento por combinar interés nacional, idealismo estadounidense y realismo europeo se puede resumir en palabras del Presidente, dichas con ocasión de su discurso inaugural de marzo de 1905:

Hacia todas las naciones, grandes y pequeñas, nuestra actitud debe ser una de amistad cordial y sincera. Debemos mostrar no sólo en nuestras palabras, sino también en nuestros actos, que deseamos totalmente asegurar su bienestar actuando hacia ellos en un espíritu de reconocimiento justo y generoso de todos sus derechos. Pero la justicia y la generosidad en una nación, como a nivel individual, cuenta más cuando se muestra no por el débil, sino por el fuerte [...] Deseamos la paz, pero deseamos la paz de la justicia, la paz de lo correcto<sup>1079</sup>

Dicha contradicción tuvo su reflejo en la implementación del internacionalismo conservador, si por una parte T. Roosevelt estaba dedicado a la tarea de convertir a Estados Unidos en una potencia mundial, por otra también deseaba que dicho ascenso se fraguase sobre bases muy diferentes a las que sostenían el poder europeo; pero los promotores del internacionalismo conservador tenían muy claro cual era la prioridad, y siempre que el interés nacional entraba en contradicción con la defensa de los principios e ideales estadounidenses, estos eran dejados a un lado en nombre de la defensa del primero.

Así se puede entender que Roosevelt promocionase por encima de la democratización y la integridad territorial chinas el balance de poder en Asia, y tras comprobar la fortaleza nipona y ver peligrar su posición en el Pacífico, reconociese la preeminencia de Japón en el norte de China; también resultan más claras sus acciones en el continente americano, mientras que a través de su corolario a la Doctrina Monroe impedía al resto de potencias europeas inmiscuirse en los asuntos internos de los países latinoamericanos, Washington se reservaba el derecho a intervenir siempre que la inseguridad política o financiera amenazase con quebrar la estabilidad interna, convirtiendo a Estados Unidos más que en el líder, en el policía continental, primando así la estabilidad interna por encima de la democratización (algo que años más tarde, con el fantasma del comunismo rondando por toda Centroamérica, no haría más que intensificarse); en Europa, Roosevelt evitó verse envuelto directamente en cualquier guerra que se produjese, pero a diferencia de sus predecesores, entendió que Estados Unidos debía tomar parte en sus disputas si no quería ver roto el quebradizo equilibrio de poder continental. Ante la cada vez más evidente pérdida de poder británica y el ascenso alemán, T. Roosevelt no dudó en estrechar lazos con sus congéneres británicos para así contener el irredentismo germano; y todo ello, sin menoscabo de la promoción de los intereses económicos nacionales desde Nicaragua a China, pasando por Hawai o Filipinas, y sin olvidar tampoco que Roosevelt

---

<sup>1079</sup> ROOSEVELT, Theodore, Discurso Inaugural del 4 de marzo de 1905, consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25829](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25829)



consideraba que “estar preparado para la guerra es el modo más efectivo de promocionar la paz”<sup>1080</sup> y que “la diplomacia es finalmente inservible cuando no hay fuerza detrás de ella”<sup>1081</sup>, de ahí que se esforzara por dotar a la nación de un ejército capaz de soportar las cargas de una gran potencia mundial.

Por tanto, lo que quizá confiere el carácter conservador a este internacionalismo estadounidense de nuevo cuño, fuera su decantación por el realismo europeo en detrimento del idealismo norteamericano a la hora de defender los intereses nacionales; en lo que no cabe duda es que su internacionalismo se basaba en la certeza de que Estados Unidos no debía permanecer ajeno a los acontecimientos internacionales, y por tanto debía abandonar su tradicional ostracismo y participar de pleno en la política mundial y en pie de igualdad con el resto de potencias. El internacionalismo conservador trató de asimilar a los valores típicos estadounidenses su nuevo rol de potencia mundial, para ello diseñó toda una diplomacia nueva encaminada a sentar las bases de unos Estados Unidos poderosos y respetados a escala global, al hacerlo, emprendió los primeros esfuerzos estadounidenses de Promoción de la Democracia, así, en Filipinas, a miles de kilómetros de distancia y con la mitad de las tropas regulares enfrascadas en la pacificación de las islas<sup>1082</sup>, Estados Unidos se enfrentó por vez primera a las contradicciones de tener que combatir contra aquellos a los que se pretendía ayudar.

Theodore Roosevelt ganaría fácilmente las elecciones de 1904, por casi millón y medio de votos populares y por 336 a 140 votos electorales, en parte debido a la división interna del Partido Demócrata entre los partidarios del candidato W. J. Bryan y el ala conservadora que apoyaba a Parker. En su segundo mandato sus políticas progresivistas le fueron alejando cada vez más tanto del gran capital y del sector financiero del país como del bando conservador de su propio partido, lo que a la postre dividiría al Republicanismo cuando dejó la Casa Blanca, con una minoría progresivista enfrentada a la mayoría conservadora, liderada por Foraker, opuesta a las reformas, situación heredada por su sucesor W. Taft y que éste resolvería decantándose, para escarnio del propio T. Roosevelt, por seguir la línea mayoritaria del partido<sup>1083</sup>.

Si McKinley legó un Imperio a su sucesor, T. Roosevelt dejaría como herencia todo un entramado estratégico para justificarlo y administrarlo, pero como veremos a continuación al estudiar la Administración Taft, el internacionalismo conservador dependía para su consolidación no tanto de unos principios teóricos bien estructurados, como de una firme voluntad política para asumirlos.

### **3.b.6 El Internacionalismo conservador**

Una vez analizada la ideología en torno a la cual T. Roosevelt y su equipo modelaron su pensamiento político y la implementación de la misma en la escena

---

<sup>1080</sup> GRAUBARD, ob.cit. p. 95.

<sup>1081</sup> *Ibíd*

<sup>1082</sup> *Ibíd.*, p. 130.

<sup>1083</sup> MOWRY, op. cit., p. 177 y 217-225.



internacional, el objeto del presente apartado es integrar ambas facetas para obtener una visión de conjunto del Internacionalismo conservador, y comprobar cómo las ideas guiaron las prácticas a la hora de crear el primer ensayo internacionalista en la historia de Estados Unidos.

Ha quedado claro que el punto de partida de T. Roosevelt es la posesión de un carácter particular, pues “tanto para la nación como para el individuo, el único requisito indispensable es el carácter- carácter que hace y desafía tanto como perdura, carácter que es activo en la ejecución de la virtud no menos que en la firme repulsa de hacer nada que sea vicioso o degradante”<sup>1084</sup>, es decir, el individuo y la nación debían ser tan virtuosos como firmes “recordando que la debilidad es el mayor de los crímenes, y que tras la debilidad viene la falta de consideración a sus principios y prejuicios”<sup>1085</sup>, por ello no es de extrañar que para T. Roosevelt “el Ejército y la Armada son la espada y el escudo que esta nación debe portar si es que va realizar su tarea entre las naciones de la tierra- si es que no va a permanecer meramente como la China del hemisferio occidental”<sup>1086</sup>. Su constante temor a que Estados Unidos siguiera los pasos de China y permitiera así verse dominado bajo los intereses de potencias extranjeras, sin duda tuvo una gran influencia en su visión de la evolución humana y en la necesidad de ser fuertes para ser capaces de defender los intereses nacionales.

Para T. Roosevelt toda nación debía compaginar sus habilidades comerciales y culturales con una preparación militar acorde con ellas para de ese modo poder defenderlas, siendo consciente de las amenazas siempre presentes que las acechan, ya que según él mismo “el modo más pobre de encarar la vida es hacerlo con desdén”<sup>1087</sup>, más aún para un pueblo como Estados Unidos, de cuyo futuro éxito, y en completa armonía, aquí sí, con la idealista tradición política estadounidense, dependía el devenir de la humanidad<sup>1088</sup>.

---

<sup>1084</sup> ROOSEVELT, Theodore, “Character and Success” artículo publicado el 31 de mayo en *Outlook*, párrafo 8, texto consultado en [www.bartleby.com/58/6.html](http://www.bartleby.com/58/6.html). por lo tanto “tenemos que recordar siempre que ninguna agudeza ni sutileza del intelecto, no importa lo educada o acertada, puede en ningún caso compensar la falta de grandes cualidades sólidas. Autocontención, autocontrol, sentido común, el poder de aceptar la responsabilidad individual y aun así actuar en conjunción con otros, coraje y resolución- estas son las cualidades que marcan a un pueblo dominante”, ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena”, ob.cit.

<sup>1085</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Strenuous Life” discurso pronunciado el 10 de abril de 1899 en Chicago, párrafo 17, texto consultado en [www.bartleby.com/58/1.html](http://www.bartleby.com/58/1.html).

<sup>1086</sup> *Ibíd.*, así “un pueblo realmente grande, orgulloso y fogoso, encararía todos los desastres de la guerra antes que comprar la base de la prosperidad que es obtenida al precio del honor nacional. Todas las grandes razas dominantes han sido razas guerreras, y al minuto que esa raza pierde las duras virtudes guerreras, no importa el resto que retenga, no importa lo hábil en comercio o finanzas, en ciencias o en arte, ha perdido su soberbio derecho a permanecer como un igual de los mejores”, ROOSEVELT, Theodore, discurso pronunciado en la Escuela Naval de Guerra el 2 de julio de 1897, párrafo 5, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>1087</sup> ROOSEVELT, Theodore, “The Man in the Arena” discurso pronunciado el 23 de abril de 1910 en la Sorbona de París, párrafo 11, texto consultado en [www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com).

<sup>1088</sup> “una república democrática como la nuestra- un esfuerzo para realizar su sentido completo de gobierno por, de y para el pueblo- representa el mayor experimento social de todos los posibles, el único lleno de grandes responsabilidades tanto para el bien como para el mal. El éxito de las repúblicas como las nuestras conlleva la gloria, y nuestro fracaso la desesperación de la humanidad”, *Ibíd.*



Es decir, Estados Unidos debía asumir internacionalmente las responsabilidades inherentes a su naturaleza democrática, que le situaban a la vanguardia de la humanidad en su incansable camino hacia el progreso, lo que conllevaba como contrapartida el que prescindiera ya de su provincianismo y asumiera el papel que le correspondía, teniendo para ello que convertirse en una república fuerte capaz de influir en los asuntos mundiales. La receta de T. Roosevelt para lograrlo ya se ha analizado, una Armada y un Ejército preparado y modernizado que apoyase la creciente participación de Estados Unidos en la escena internacional. Quizá lo que convendría estudiar con mayor profundidad es el realismo que impregna todo el razonamiento de T. Roosevelt, realismo de origen europeo que tanto le separó de la tradición liberal norteamericana, y que a la postre puede ayudar a comprender las razones del fracaso del Internacionalismo conservador a la hora de convertirse en la doctrina dominante de la primera mitad del siglo XX.

El realismo de T. Roosevelt va más allá de su famosa frase asegurando que “la única norma segura es prometer poco y con buena fe mantener toda promesa, hablar suave y portar un gran garrote”<sup>1089</sup>, pues para T. Roosevelt la debilidad militar de Estados Unidos le colocaba en una peligrosa situación desde el mismo instante en que pretendía jugar un papel más activo en la escena internacional, ya que para T. Roosevelt “en asuntos internacionales somos un pueblo de miras cortas. Somos un pueblo rico, y un pueblo desarmado [...] el camino más seguro de todos para invitar al desastre es ser opulento, agresivo y desarmado”<sup>1090</sup>, con ello Estados Unidos no podría hacer oír su opinión, ni menos aún ver que fuera respetada, con lo que se exponía a contemplar cómo otros dictaban los términos de sus relaciones, en especial en lo relativo a la paz, terreno donde no cabía hacer concesiones pues en su opinión “no hay hombres más innobles y más insensatos, cuyas acciones están llenas de grandes posibilidades de hacer daño a su país y a la humanidad, que aquellos que exaltan la paz injusta como mejor que la paz justa”<sup>1091</sup>.

Por todo ello, T. Roosevelt no dudaba en afirmar que durante su presidencia “perseguí sin descanso una política exterior consistente, una política de genuina buena voluntad internacional y de consideración por los derechos de los otros, y al mismo tiempo de continua preparación”<sup>1092</sup>, pues a pesar de que no descartaba una unión más estrecha de la naciones en los asuntos internacionales, era consciente de las limitadas perspectivas de lograrlo a corto plazo. Para T. Roosevelt

hasta que la gente tenga firme en sus mentes que la paz es el valor principalmente como una media de rectitud, y que sólo puede ser considerada como un fin cuando también coincide con la rectitud, sólo podremos hacer un pequeño aporte al avance de su llegada a ésta tierra [...] en el presente no hay una fuerza internacional a la que acudir, y aún no veo cómo puede ser creada en el presente. Hasta ahora la paz ha llegado a menudo porque alguna potencia fuerte y en conjunto justa ha impuesto por la fuerza armada, o por la amenaza de la fuerza armada, fin al desorden<sup>1093</sup>

<sup>1089</sup> ROOSEVELT, Theodore *Autobiography*, op. cit., Cáp. XV, párrafo 8.

<sup>1090</sup> *Ibíd.*, párrafo 10.

<sup>1091</sup> *Ibíd.*, párrafo 1.

<sup>1092</sup> *Ibíd.*, párrafo 11.

<sup>1093</sup> *Ibíd.*, párrafo 25.



Es decir, para T. Roosevelt el mundo aún no podía desembarazarse de la clásica política de poder tan conocida en Europa y que durante tanto tiempo fue esquivada por Estados Unidos, y aunque durante su Administración no dudó en buscar una salida pacífica a sus diferencias con el resto de naciones, sí es cierto que las limitaciones que él mismo reconocía a una figura como el arbitrio de las disputas, acercó de modo significativo, y hasta ese momento desconocido en Estados Unidos, su filosofía política al realismo continental europeo

concluimos con Gran Bretaña, y con gran parte de las otras naciones, tratados de arbitraje específicamente acordando arbitrar todos los asuntos, y especialmente la interpretación de los tratados, *salvo las cuestiones relativas que afecten a la integridad nacional, el honor nacional y los intereses nacionales vitales*<sup>1094</sup>

Por lo tanto, según T. Roosevelt, Estados Unidos debía preservar un significativo umbral de soberanía nacional (integridad, honor e intereses vitales) respecto al cual mantener libre su campo de acción exterior, es decir, a la hora de conducir a la nación al internacionalismo, T. Roosevelt se sintió más seguro haciéndolo desde un enfoque realista de clara tradición europea continental que desde una perspectiva liberal anglosajona, si bien es cierto que la Administración de T. Roosevelt, como hemos visto en su política hacia Asia y Europa, no dejó de aplicar una estrategia similar a la empleada por Londres durante todo el siglo XIX hacia Europa, basada en el mantenimiento del balance de poder como mejor modo de asegurar el equilibrio y estabilidad mundiales.

En 1901 el realismo político no era nada nuevo, tampoco en Estados Unidos, donde se había criticado la política de poder ejercida en Europa desde los orígenes mismos de la independencia. En realidad nos podemos remontar a la Grecia clásica para encontrar una de las primeras referencias al realismo político, donde ya Tucídides, siglo V a. C., en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* recogía los principios esenciales del realismo aplicados por los atenienses en su expedición a Melos<sup>1095</sup>, en ella Atenas defendía que “en las cuestiones humanas las razones de derecho intervienen cuando se parte de una igualdad de fuerzas, mientras que, en caso contrario, lo más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan”<sup>1096</sup>, en dichos casos “la conveniencia es compañera de la seguridad”<sup>1097</sup>, es más, para los atenienses el hecho de imponer su voluntad sobre el pueblo de Melos, mucho más débil que el de Atenas, no entraba en contradicción alguna con la justicia, ya que

siempre se tiene el mando, por una imperiosa ley de la naturaleza, cuando se es más fuerte. Y no somos quienes hemos instituido esta ley ni fuimos los primeros

---

<sup>1094</sup> *Ibíd.*, párrafo 2, la cursiva es mía. De hecho, para su colega Mahan “ni el Arbitrio en un sentido general, ni en una forma mas específica de decisión judicial basada en un código legal, puede formar parte siempre, ni practica ni beneficiosamente, de los procesos y resultados obtenidos por el libre juego de las fuerzas naturales. De esas fuerzas la eficacia nacional es un elemento capital, y el armamento, siendo la representación de la fortaleza nacional, es su exponente”, TAYLOR, *ob.cit.*, p. 172.

<sup>1095</sup> DONNELLY, Jack *Realism and International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p.1.

<sup>1096</sup> Tucídides *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997, Libro V, p. 476.

<sup>1097</sup> *Ibíd.*, p. 480.



en aplicarla una vez establecida, sino que la recibimos cuando ya existía y la dejaremos en vigor para siempre habiéndonos limitado a aplicarla, convencidos de que vosotros como cualquier otro pueblo haríais lo mismo de encontraros en la misma situación de poder que nosotros<sup>1098</sup>

Es decir, para Atenas su superioridad sobre Melos le confería el derecho a imponer su voluntad, primando así las demandas del poder sobre las de la justicia.

Casi 2.000 años más tarde, a inicios del siglo XVI, Nicolás de Maquiavelo publicaría una de las obras de referencia del realismo político, *El príncipe*. En ella Maquiavelo recogía tres principios básicos, a saber, el uso del ejemplo histórico para sustentar sus ideas, la inmutabilidad de la naturaleza humana y la primacía de la supervivencia del Estado sobre cualquier consideración moral<sup>1099</sup>.

Un siglo después, y durante el tiempo en que el cardenal de Richelieu permaneció en el cargo de primer ministro de Francia, 1624-1642, la razón de Estado sustituyó al “concepto medieval de valores morales universales como principio rector de la política francesa”<sup>1100</sup> y con ello el interés nacional se convirtió en la prioridad de la política gala, jugando a partir de entonces un papel principal una correcta evaluación de las relaciones de poder existentes, ya fuese para lograr la supremacía mundial o regional, o para alcanzar cierto equilibrio entre las naciones contendientes, como el buscado a través del Concierto de Europa entre Gran Bretaña, Austria y Rusia tras las guerras napoleónicas, pero que con su fracaso fue sustituido por la *realpolitik* de Otto von Bismark en la segunda mitad del siglo XIX, instituyendo de nuevo a las relaciones de fuerza entre las naciones como el fiel de la balanza de sus relaciones, sin papel alguno para las ideologías, llevando en último término a Europa a una peligrosa carrera armamentística que en nada mitigaría el desencadenamiento de la I Guerra Mundial.

Por tanto, para el realismo el hecho fundamental en las relaciones internacionales es el cambiante equilibrio de poder, donde los Estados deben buscar inclinarlo a su favor, llegado incluso a la guerra para lograrlo, pues a falta de un Gobierno mundial, el realismo ve en el egoísmo humano, en la búsqueda del interés propio, la fuente de la conducta tanto individual como Estatal, de ahí que los conflictos sean inevitables, hallando en la política de poder y de seguridad el mejor camino para controlarlos.

Como podemos observar, el realismo político de origen continental europeo se aleja de la tradición liberal anglosajona pues aquel no esconde su predilección por las políticas de poder, a diferencia de éste, que en todo momento pretende someter ese mismo poder a ciertas normas que garanticen cierto espacio de libertad individual, así, para el primero la seguridad del Estado se antepone a la libertad individual, mientras que para el segundo de nada sirve la seguridad Estatal sin libertad individual.

---

<sup>1098</sup> *Ibíd.*, p. 479.

<sup>1099</sup> MYERS, Robert J. *U.S. Foreign Policy in the Twenty First Century. The relevance of Realism*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1999, p. 30.

<sup>1100</sup> KISSINGER, *op.cit.*, p. 73.



El que T. Roosevelt se decantase por el realismo continental en detrimento del liberalismo anglosajón, tuvo que ver más, bajo mi punto de vista, con su personalidad que con su educación, férreamente anclada en los valores y tradiciones estadounidenses, pues aquella, fruto de tenacidad y compromiso con el rumbo elegido, de honesta moral e influjo religioso y de una acusada predilección por la acción, cuajó en un fuerte carácter patriótico difícil de conjugar con el legalismo de las fórmulas liberales.

Con una nación en plena explosión económica y que acababa de vencer a una de las viejas potencias europeas, no es de extrañar que T. Roosevelt encontrase en los principios realistas la guía idónea con la que sacar un mayor partido al indómito carácter norteamericano, de no hacerlo de ese modo, bajo su opinión se corría el riesgo de perder la oportunidad de colocar a Estados Unidos entre el grupo de las grandes naciones que entonces regían el destino mundial. Al escoger el realismo, T. Roosevelt se decantó por un Estado fuerte totalmente ajeno a la tradición liberal estadounidense del Estado mínimo, pero que era inevitable ya a inicios del siglo XX, dados los compromisos internacionales adquiridos y el volumen alcanzado de la economía nacional, por citar sólo dos aspectos que requerían para su supervivencia y desarrollo de una estructura estatal compleja.

T. Roosevelt encontró en el realismo continental el modo de preservar la tradición democrática y liberal estadounidense en los inicios del siglo XX al mismo tiempo que se alejaba de la gran regla washingtoniana para colocar a Estados Unidos al frente de los asuntos mundiales, todo ello a través de su particular fórmula de reafirmación de la civilización frente a la barbarie, de no buscar la paz a cualquier precio, de reconocer la utilidad de la guerra, y por tanto, de aumentar la preparación militar nacional con la extensión de la flota y la expansión al Pacífico, fiel reflejo de un internacionalismo capaz de encarar las nuevas responsabilidades de Estados Unidos, no sólo para con sus ciudadanos, sino con el resto de la humanidad.

El que de su éxito dependiera en gran medida la propia personalidad del gobernante, convertía al Internacionalismo conservador en una ideología especialmente vulnerable en Estados Unidos, donde desde su nacimiento existía una fuerte desconfianza por las grandes empresas de naturaleza estatal, y donde los principios liberales se habían erigido en el contrapeso necesario a las corruptas prácticas europeas. T. Roosevelt unió de esa forma, hecho por completo ajeno a su voluntad, su éxito personal al futuro del Internacionalismo conservador, por ello cuando aquel finalizó su estancia en la Casa Blanca con él también se dio por zanjado el primer ensayo internacionalista en la historia de Estados Unidos.

Del mismo modo en que el inverosímil equilibrio de la *realpolitik* de Bismark se vino abajo como un castillo de naipes tras su retirada del poder, el Internacionalismo conservador tampoco sobrevivió a su máximo exponente, si bien sus principios y políticas sentaron un precedente para lo que medio siglo más tarde se llamó ya sin tapujos escuela realista norteamericana, incluso autores como Beale han afirmado que el pensamiento de T. Roosevelt anticipó en numerosos aspectos el de realistas como H. Morgenthau<sup>1101</sup>.

---

<sup>1101</sup> BEALE, op. cit., p. 449.



El realismo del Internacionalismo conservador repercutió en la implementación de la política de la Administración de T. Roosevelt, colocando a Estados Unidos entre las naciones líderes del siglo XX a través de una estrategia muy alejada de la intromisión de la gran regla washingtoniana y de los ideales liberales tan queridos por la tradición política estadounidense, si bien a los cuales el propio T. Roosevelt se guardaba de honrar al menos retóricamente. Pero antes de ver cómo el realismo se tradujo en la práctica política de T. Roosevelt, convendría aclarar la naturaleza del Internacionalismo conservador.

¿Qué es lo que convierte al Internacionalismo conservador en el primer ensayo internacionalista de la política exterior estadounidense si en última instancia dependió en gran medida de la modernización de la Armada comenzada en la década de 1880 y de las políticas de anteriores Administraciones, sobre todo de su inmediato antecesor, W. McKinley, de quien heredó los enormes frutos de su victoria frente a España en 1898, pero también de la Administración Cleveland, quien no dudó en enfrentarse a Londres por Venezuela para impedir que éste sacase partido de la debilidad de un país americano?

En primer lugar, y como su propio nombre indica, T. Roosevelt asumió el internacionalismo como la base de su acción exterior, a diferencia de sus predecesores, quienes no advirtieron la necesidad de que Estados Unidos participara activamente en los asuntos mundiales si quería jugar algún papel en ellos. Mientras los objetivos del Presidente Polk, por tomar un ejemplo de un Presidente que sí vio cumplido su programa, al alcanzarse supusieron un gran cambio para Estados Unidos, ello no implicó la alteración de los principios clásicos de la política exterior estadounidense, en efecto, ni la solución de las diferencias con Londres respecto a Oregón, ni la obtención de California, ni muchos menos la reducción tarifaria o el logro de un Tesoro independiente pueden considerarse un cambio trascendental en las estrategias norteamericanas.

Tampoco con W. H. Seward, pese a su importancia en la política estadounidense de la segunda mitad del siglo XIX, los Gobiernos de A. Lincoln o A. Jackson se alejarían del clásico unilateralismo aislacionista. El que Seward buscara afianzar el expansionismo económico de Estados Unidos, en especial en Asia, no supuso en ningún momento cambios fundamentales en las tácticas políticas, y menos aun en los principios que las informaban, e incluso la compra de Alaska no fue más que la culminación de la expansión continental, sin responder a ningún diseño de internacionalización de la política exterior estadounidense, lo mismo que la anexión de las islas Midway, donde el componente geoeconómico, como punto de apoyo en el camino hacia Asia, jugó el principal papel en su adquisición.

Por el contrario, incorporar a Estados Unidos en los foros mundiales más importantes, asegurar su participación en los asuntos globales y así jugar un papel protagonista en la escena mundial, fue desde el primer momento uno de los objetivos clave de la presidencia de T. Roosevelt. Con ello no sólo se alteraban los principios básicos que desde el nacimiento de Estados Unidos le habían mantenido alejado de las disputas internacionales, sino que deliberadamente se buscó la participación



estadounidense en las mismas como exigencia ineludible de su nuevo *status* de potencia mundial.

Con T. Roosevelt, por primera vez y con voluntad firme, Estados Unidos participó en pie de igualdad con el resto de potencias en la resolución de las principales cuestiones internacionales, asumiendo un liderazgo mundial desconocido y esquivado hasta entonces por la clase política estadounidense. Con T. Roosevelt Estados Unidos ya no temería enredarse en los asuntos europeos ni se echaría para atrás a la hora de buscar monstruos en el exterior a los que destruir, la victoria sobre España supuso para el joven Presidente la confirmación de que Estados Unidos había asumido su mayoría de edad y con ello había llegado la hora de reconocer sus responsabilidades globales. Al pensar en términos mundiales, la política exterior de T. Roosevelt supuso un vuelco para el unilateralismo aislacionista, pues para cumplir con los nuevos objetivos Estados Unidos debía responder con nuevas tácticas y estrategias a los nuevos desafíos.

Una vez terminada la expansión continental, con el cierre de la frontera, una economía en progreso constante y un ejército que había probado su valía y estar a la altura de los mejores, Estados Unidos ya no era la pequeña potencia continental de mediados del siglo XIX, sino que se había convertido en la primera nación industrial de la tierra, pero cuyo peso político no se correspondía en absoluto con dicha realidad. Desde un comienzo, T. Roosevelt se propuso acabar con ese desequilibrio de la mano de su Internacionalismo conservador.

De todos modos, el que T. Roosevelt quisiera dotar a la política exterior estadounidense de una clara dimensión mundial no hubiese sido suficiente para que el Internacionalismo conservador se convirtiera en el primer ensayo internacionalista de la historia de Estados Unidos. Para ello era además imperativo que aquel contase con una base ideológica capaz de dotar de cierta coherencia intelectual a dicho impulso internacionalista, y que al mismo tiempo fuera implementada en la práctica.

Como hemos visto, el frente intelectual no era el flanco débil de T. Roosevelt, quien no se sentía inferior en dicho campo respecto a ninguno de sus contemporáneos, no en vano sus obras completas abarcan 24 extensos volúmenes. Al contrario de lo que pudiera parecer por su imagen de hombre de acción, que él mismo no se cansaría de difundir, T. Roosevelt fue un prolijo escritor y pensador, en cuya obra, como hemos analizado con anterioridad, se pueden rastrear con facilidad los principales rasgos de su pensamiento.

Al no establecer una clara distinción entre los valores que aplicaba en su vida ordinaria y los proclamados en su práctica política, T. Roosevelt creó una base ideológica de sencillo reconocimiento que dotó a su Internacionalismo conservador de la necesaria consistencia programática para convertirse en una verdadera revolución dentro de la política exterior estadounidense. Si el realismo, junto al internacionalismo, son las notas predominantes de su ideario, su insistencia en transformar las palabras en actos ha facilitado enormemente la tarea de rastrear las huellas del Internacionalismo conservador en la práctica.



Enviando la flota estadounidense a una gira mundial en 1907, T. Roosevelt mostraba al mundo la culminación del proceso de modernización de la Armada iniciado en el década de 1880, de ese modo Estados Unidos contaba por fin con un instrumento que T. Roosevelt consideraba esencial para ser respetado a nivel internacional, un brazo armado capaz de inspirar respeto, y que permitiría disuadir a los posibles adversarios del pueblo americano ante posibles acciones hostiles, exactamente como medio siglo después, ya en plena Guerra Fría, sucedería con el arsenal nuclear. Además, en ausencia de un poder internacional que obligara a todos por igual, para T. Roosevelt Estados Unidos debía mostrarse capaz de defender sus intereses, y ello sólo se lograba ganándose el respeto ajeno, y como hemos visto, para él aquel no se podía ganar merced a un mojigato aislamiento puritano, sino gracias a una participación activa y responsable en los asuntos mundiales, ya fuera en Asia o en Europa.

En Asia, no hay que olvidar que para entonces China se encontraba dividida en esferas de influencia por el resto de potencias, uniéndose a las europeas un reforzado Japón, T. Roosevelt aplicó un enfoque totalmente realista. Llevado por su interés en colocar a Estados Unidos entre las naciones a tener en cuenta en la región, basó su estrategia en tratar de reforzar el precario equilibrio regional para que ninguna de ellas se hiciese con la hegemonía en la zona, para ello empleó dos tácticas distintas, si a nivel económico afianzó la política de Puertas Abiertas gracias a la labor de su Secretario de Estado J. Hay, con la esperanza de abrir a todas las potencias el extenso mercado chino, y en especial para que a Estados Unidos, último en llegar al reparto asiático, le resultase posible aun obtener parte del botín, a nivel político trató de contener los expansionismos ruso y japonés, mediando de forma activa entre ambos, y a pesar de que su admiración estaba con el progreso japonés, no dudó en catalogar a ambos como la principal amenaza a los intereses estadounidenses en la región. Además, en vista de la creciente importancia tanto geopolítica como económica del teatro asiático, T. Roosevelt fue el primer Presidente en estimar imperativa la ayuda norteamericana a Australia ante cualquier emergencia que se le presentara, de hecho la flota estadounidense recaló allí durante su gira mundial, como muestra de la importancia concedida desde la Casa Blanca a un potencial aliado anglosajón en la región.

En el caso europeo, el equilibrio de poder también fue el principal objetivo de su presidencia, si bien aquí las estrategias fueron puramente políticas, pues si por una parte se promovió el acercamiento a Gran Bretaña como eje anglosajón que impidiese el surgimiento de una potencia continental capaz de dominar al resto de Europa, pues acertadamente T. Roosevelt comprendió que su lento pero constante declive impedía a Londres actuar por sí solo como contrapeso para equilibrar las luchas continentales, por otra fomentó el arbitrio internacional de las disputas para obligar a dichas potencias a negociar, y evitar de ese modo el enfrentamiento entre naciones civilizadas. Con dicha estrategia, al igual que en China las puertas abiertas debían permitir a todos mantener unas relaciones amistosas entre sí, o al menos no violentas, la resolución pacífica de sus controversias debería servir para amortiguar una probable escalada bélica, con ello además T. Roosevelt pretendía apaciguar el ímpetu alemán, que concebía como el verdadero peligro al equilibrio de poder europeo, más aun dado el creciente intervencionismo alemán en el Caribe.



Respecto al continente americano, y en especial al Caribe, T. Roosevelt no buscaba ya el equilibrio de poder, en su particular patio trasero Estados Unidos debía jugar un papel hegemónico no contestado por ninguna otra potencia, más aun tras la victoria sobre España y el comienzo de la construcción del canal interoceánico en Panamá, por ello no dudó en reconvertir la Doctrina Monroe con su Corolario en un trampolín para la injerencia estadounidense en el continente, con ello mostraba al mundo el liderazgo incontestable estadounidense en América, de la mano de su superioridad sobre el resto de naciones americanas y de la expulsión definitiva de la región del expansionismo europeo, intensificando aun más la demostración de fuerza realizada en 1895 por la Administración Cleveland, y en particular su Secretario de Estado R. Olney, pues si en ese caso Estados Unidos unió de manera inextricable la Doctrina Monroe a la defensa de la democracia en el continente americano, el Corolario Roosevelt a la misma lo que reconocería sería el poder de injerencia estadounidense en el mismo, de nuevo el Internacionalismo conservador puede verse aquí como un precursor de las políticas emanadas desde Washington durante toda la Guerra Fría al resto de la región, sobre todo a partir de la crisis de los misiles de Cuba en 1962.

En todo caso, y como una nueva muestra de su realismo, durante su presidencia Estados Unidos no participó en ningún enfrentamiento bélico contra ninguna potencia. Más allá de las intervenciones en el continente americano, T. Roosevelt fue siempre consciente de que lo principal era mantener el ascenso de Estados Unidos a potencia mundial, de ahí que el componente militar de ese avance sirviese más como estímulo y apoyo del mismo que como herramienta diseñada para una amenaza específica. De hecho, a pesar de valerse de una política de fuerza, siempre lo hizo con mucha precaución, pues en su presidencia lo primero era el bienestar nacional, guardando en todo momento un sumo respeto por su ciudadanía y con la democracia entendida como antorcha del progreso, de ahí que a la postre decidiera continuar la ocupación de Filipinas, por los efectos positivos que el Gobierno colonial les reportaría<sup>1102</sup>. Una muestra de ese enfoque cauto que caracterizó su política respecto al resto de potencias lo podemos apreciar en China, donde la política de puertas abiertas se sacrificó en aras de no provocar un conflicto con Japón, como demuestran los acuerdos Taft-Katsura de 1905 y Root-Takahira de 1908, por los cuales se reconocía la ocupación nipona de Manchuria<sup>1103</sup>.

Por tanto, una base ideológica discernible, un firme internacionalismo y una evidente plasmación práctica de todo ello dotaron al Internacionalismo conservador del presidente T. Roosevelt y su equipo de las dimensiones necesarias para convertir su programa en el primer ensayo internacionalista en la historia de la política estadounidense. A partir de entonces, sus sucesores debieron de hacer frente a nuevos retos derivados de la recién adquirida condición de potencia mundial de Estados Unidos, pues quisieran o no, con T. Roosevelt la joven república adquirió compromisos desconocidos hasta entonces que la alejaban de su pasado de unilateralismo aislacionista.

---

<sup>1102</sup> *Ibíd.*, p. 454.

<sup>1103</sup> KENNAN, *op. cit.*, p. 42.



El Internacionalismo conservador culminó el ascenso meteórico que condujo a Estados Unidos de ser una potencia continental herida tras la Guerra Civil a una dinámica potencia mundial tras su victoria frente a España en 1898, pues sin la modernización de la Marina emprendida desde la década de 1880, sin los aportes de Secretarios de Estado como Seward y Olney, sin el progreso económico imparable de Estados Unidos, sin el apoyo y sintonía intelectual de personalidades tan importantes como Mahan o Hay y, por supuesto, sin la presidencia de W. McKinley y su postura frente a la situación cubana, el Internacionalismo conservador no hubiese podido erigirse en la nueva guía de la política exterior estadounidense a inicios del siglo XX, pero igualmente sin la personalidad de T. Roosevelt éste no hubiese pasado de los pasillos y despachos de un puñado de defensores sin relevancia de un cambio en la estrategia internacional de la Casa Blanca, en cambio, con T. Roosevelt el Internacionalismo conservador no sólo ganó un firme defensor en las más altas esferas de poder, sino que halló en su persona el aglutinador perfecto para dar las últimas cinceladas a su ideario, convirtiéndolo así en una ideología coherente capaz de servir como nuevo paradigma político a inicios del siglo XX.

Aunque T. Roosevelt dejase como legado una herramienta tan elaborada como el Internacionalismo conservador para conducir a la nación por las turbulentas aguas de las disputas por el poder mundial, como se ha señalado, al estar tan ligados uno con otro, creador y obra, T. Roosevelt e Internacionalismo conservador, su permanencia como estrategia estable de gobierno dependía en última instancia más de las personalidades de los Presidentes de turno que de su adscripción política, como muy pronto dejaría bien claro su sucesor, William Taft, no digamos ya la antítesis ideológica de T. Roosevelt, Woodrow Wilson. Al presentar un programa tan alejado de la tradición política nacional, T. Roosevelt se valió para llevarlo a cabo no sólo de su personalidad arrolladora, sino del auge del patriotismo vivido tras la victoria sobre España, pero sin duda que tratar de dilatarlo en el tiempo, con los gastos que ello implicaba, al mantener no sólo un ejército numeroso, sino unos onerosos compromisos exteriores, donde la ocupación de pueblos extranjeros era sólo la punta del iceberg, acabarían por hastiar a una desencantada opinión pública estadounidense, pues el Internacionalismo conservador necesitaba para su pervivencia una constante e ingente movilización de recursos estatales que sólo la conjunción y equilibrio entre una férrea voluntad de dirección desde la Casa Blanca, un apoyo decidido y fiel desde el Congreso y un consentimiento permanente desde la mayoría de la ciudadanía podían asegurar, tres requisitos con los que ningún Presidente, salvo quizás G. Washington o A. Lincoln, habían contado hasta entonces, y que por supuesto ni el mismo T. Roosevelt era capaz de movilizar por un tiempo indefinido.

Por tanto, las propias características del Internacionalismo conservador, cuyas exigencias requerían un cambio demasiado profundo del sistema político estadounidense, condenaron su supervivencia en la primera mitad del siglo XX, pues los sacrificios que requería del pueblo norteamericano eran tan grandes, que hacía impensable que se pudieran asumir en 1901. Tras T. Roosevelt, la presidencia de W. Taft supuso cierto descanso ideológico para el pueblo estadounidense, sin que ello supusiera una vuelta atrás respecto a los compromisos adquiridos. La personalidad del nuevo Presidente repercutiría en un repliegue ideológico, fuertemente criticado por su antecesor y mentor, T. Roosevelt. Con la llegada de W. Wilson, como veremos en el



## IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

siguiente capítulo, el internacionalismo se vistió con el traje liberal democrático, alejado ya de los supuestos realistas del primer ensayo conservador. Hasta el desencadenamiento de la II Guerra Mundial, y sobre todo de la Guerra Fría, los principios inicialmente esbozados por T. Roosevelt no volverían a salir a la luz, con la nación de nuevo sumergida bajo las urgencias de la guerra y, ésta vez, con el domo Demócrata en la escena política estadounidense, hecho esencial para calcular la relevancia del ideario rooseveltiano, pues que se haya dado cierto consenso bipartidista en torno a los supuestos primeramente defendidos por T. Roosevelt da una idea de la trascendencia del Internacionalismo conservador en general, y de T. Roosevelt en particular, para la evolución de la política exterior de Estados Unidos.



#### 4. EL INTERLUDIO TAFT

En 1909 el papel de Estados Unidos en la escena internacional había cambiado tanto que en autores como Herbert Croly se puede encontrar la traducción intelectual al cambio de paradigma estratégico elaborado por T. Roosevelt y su equipo. En su libro *The Promise of American Life*, Croly abogaba por un nuevo nacionalismo, que sin renunciar a su componente religioso, se encaminase a una promesa nacional cuyo destino ya no estuviese fijado por la voluntad divina, sino que se tradujera en un futuro abierto a la acción estadounidense, es decir, de una concepción sagrada y profética se pasaba a una liberal y secular, y de un destino manifiesto a otro manejado por los propios sujetos de la historia, los hombres y mujeres que construyen día a día América<sup>1104</sup>.

Un cambio tan radical no fue fácil de asumir por parte de importantes sectores de la clase política estadounidense, y lo que en principio pareció una sucesión estable, tras la renuncia de Roosevelt de presentarse a un tercer mandato y con el nombramiento de William Taft como candidato Republicano a la presidencia, se convirtió para sorpresa de muchos en un fiasco monumental que le costó al partido las elecciones de 1912.

William Howard Taft<sup>1105</sup>, hijo de juez y tras estudiar en Yale, abogado de éxito, al igual que Root, nunca pensó en entrar de lleno en la política, aunque siguió los pasos de su padre quien había servido en la Administración Grant. Taft se ganó el respeto nacional al ser nombrado primero para la comisión de las Filipinas por McKinley en 1899 y ocupar el cargo de gobernador después de las mismas. Pese a no apoyar la ocupación de las islas en un principio, ejerció su tarea hasta el punto de ayudar a estabilizar la situación tras la revuelta de Aguinaldo, sin dudar a la hora de criticar las prácticas crueles del ejército americano contra los rebeldes. En 1904 dejó las islas para suceder a Root en el Departamento de Guerra, ya que la muerte de J. Hay en 1905 obligaría al Presidente a buscar su sucesor en aquel. Tres años más tarde, y ante la falta de carisma, por su conservadurismo político y problemáticas conexiones con el mundo de Wall Street de E. Root, T. Roosevelt decidió nombrar a Taft para encabezar al Partido Republicano en la siguiente contienda presidencial. Para entonces el Partido Republicano luchaba por zafarse del control de T. Roosevelt, así, en la convención republicana de 1908 la vicepresidencia y la presidencia del partido fueron para el ala conservadora del mismo, y Taft fue de lo poco que el ex Presidente logró imponer al partido, pues hasta su programa respondía más a la nueva mayoría conservadora, mientras que el partido Demócrata se decantaba por el radicalismo de W. J. Bryan<sup>1106</sup>.

Tras ganar las elecciones de 1908, por más de 1 millón de votos y 321 votos electorales a 162, y convertirse en el vigésimo séptimo Presidente de Estados Unidos, Taft tenía la complicada misión de sustituir a un Presidente tan carismático como lo fue Roosevelt, careciendo para ello de su talento intelectual y vigor político para

---

<sup>1104</sup> STEPHANSON, op. cit., p. 108-110.

<sup>1105</sup> Para consultar los datos biográficos de W. Taft ver GRAUBARD, ob.cit., p. 127-148 y [www.whitehouse.gov/history/presidents/wt27.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/wt27.html)

<sup>1106</sup> MOWRY, op. cit., p. 227.



continuar por la senda del Internacionalismo conservador. En su lugar, y junto a su Secretario de Estado, Philander C. Knox, para quien los empresarios hacían más que los militares por unir al mundo confiriéndole así un carácter mucho más pacífico y predecible<sup>1107</sup>, aspiraba a sustituir el *gran garrote* de T. Roosevelt por la estrategia menos dura de su *diplomacia del dólar*. Y aunque prometió continuar con las políticas de su antecesor, era mucho más conservador que éste, y siempre guardó cierta suspicacia frente a los sindicatos, siendo partidario del *laissez faire* económico y de tarifas bajas, en consonancia más con G. Cleveland que con T. Roosevelt, y por ello temió en todo momento que el ala progresista del Senado, con Beveridge, La Follete y Cummins a la cabeza, obstruyera sus medidas<sup>1108</sup>.

Sin duda que por ello en su discurso inaugural de 1909, Taft trató de demostrar su lealtad a las políticas progresivistas de su mentor al afirmar que “sería falso conmigo mismo, a mis promesas y a las declaraciones de la plataforma de mi partido sobre las que fui elegido para el cargo, si no hiciera del mantenimiento y refuerzo de esas reformas el rasgo más importante de mi Administración”<sup>1109</sup>, como eran las dirigidas contra “la ilegalidad y abusos de poder de las grandes combinaciones de capital invertidas en vías férreas y empresas industriales envueltas en el comercio interestatal”<sup>1110</sup>, la reforma del Departamento de Justicia y de la Comisión de Comercio Interestatal o la revisión de la política tarifaria, esencial para “la protección por una tarifa equitativa de la diferencia entre el coste de producción en el exterior y el coste de producción aquí”<sup>1111</sup>, además de continuar con las medidas conservacionistas de T. Roosevelt y con “los gastos de Gobierno absolutamente necesarios si nuestro país ha de mantener su lugar apropiado entre las naciones del mundo”<sup>1112</sup>, es decir, Taft anunciaba que mantendría los elevados gastos de defensa heredados de la anterior Administración para

ejercer su adecuada influencia en defensa de sus propios intereses comerciales, en el mantenimiento de la política tradicional americana contra la colonización de las monarquías europeas en éste continente, y en la promoción de la paz y la moralidad internacional<sup>1113</sup>

Aunque Taft se desvinculó de la interpretación *democrática* hecha por Olney de la Doctrina Monroe, o de la *intervencionista* realizada por T. Roosevelt, sí que la esgrimió, aunque fuera por la vía de los intereses económicos, como acicate de la preparación militar estadounidense, pues según el propio Taft ésta venía a legitimarse ante la necesidad de “resistir toda probable invasión del exterior y para suministrar una fuerza expedicionaria respetable si fuera necesario en el mantenimiento de nuestra tradicional política americana que porta el nombre del Presidente Monroe”<sup>1114</sup>.

---

<sup>1107</sup> SCHULZINGER, op. cit., p. 38.

<sup>1108</sup> MOWRY, ob.cit., p. 234.

<sup>1109</sup> TAFT, William Howard, Discurso inaugural del 4 de marzo de 1909, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25830](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25830)

<sup>1110</sup> *Ibíd.*

<sup>1111</sup> *Ibíd.*

<sup>1112</sup> *Ibíd.*

<sup>1113</sup> *Ibíd.*

<sup>1114</sup> *Ibíd.*



En cualquier caso, Taft, antiguo Gobernador Civil de Filipinas, fue plenamente consciente de lo que los nuevos requerimientos derivados de las posesiones de ultramar exigían a las fuerzas armadas de Estados Unidos, de ahí que intentase conjugar el clásico temor del pueblo estadounidense a un excesivo cuerpo militar con el imperativo de “tener un ejército suficientemente grande así constituido para formar un núcleo desde el cual una fuerza competente pueda desarrollarse con rapidez”<sup>1115</sup>, es decir, crear capacidad de proyección. Para ello Taft, como T. Roosevelt y su equipo, seguía viendo en la Marina la punta de lanza de dicha proyección del poder estadounidense, estando

a favor de la política de mantener una Marina fuerte como el mejor conservador de nuestra paz con otras naciones, como el mejor medio de asegurar el respeto por la afirmación de nuestros derechos, la defensa de nuestros intereses y el ejercicio de nuestra influencia en los asuntos internacionales<sup>1116</sup>

Como se aprecia en el párrafo anterior, el realismo del Internacionalismo conservador había penetrado tanto en el republicanismo, que incluso Taft, tan alejado de la grandilocuencia de su predecesor, no se guardaba en asegurar que aunque “nuestra política internacional es siempre promocionar la paz”<sup>1117</sup>, Estados Unidos no debía ser ciego a la realidad de los hechos ni

permitir que nos convirtamos en locos idealistas si no asumimos que, con todas las naciones del mundo armadas y preparadas para la guerra, nosotros debemos estar en una condición similar, para prevenir que otras naciones se beneficien de nosotros y de nuestra inhabilidad para defender nuestros intereses y asegurar nuestros derechos con mano firme<sup>1118</sup>

De hecho, en Asia, Taft era consciente que para mantener la política de puertas abiertas era necesario que Estados Unidos fuera respetado, algo que no pasaría si “se entendiera que nunca respaldaría su afirmación de derecho y de su interés con nada más que una protesta verbal o una nota diplomática”<sup>1119</sup>. Por todo ello, Taft era partidario de mantener los gastos en defensa, pues consideraba que no suponían “el más mínimo peligro para la República o la causa de las instituciones libres”.<sup>1120</sup>

Incluso W. Taft asumió la transformación de la nación tras el éxito de 1898, lo que sin duda confirmaba sus anteriores aseveraciones, al reconocer que

la política de Estados Unidos en la guerra española y desde entonces le ha dotado de una posición de influencia entre las naciones que nunca tuvo antes, y debe ser ejercida constantemente para asegurar a sus ciudadanos de buena voluntad, ya sean nativos o naturalizados, el respeto por ellos como tales en países extranjeros<sup>1121</sup>

---

<sup>1115</sup> *Ibíd.*

<sup>1116</sup> *Ibíd.*

<sup>1117</sup> *Ibíd.*

<sup>1118</sup> *Ibíd.*

<sup>1119</sup> *Ibíd.*

<sup>1120</sup> *Ibíd.*

<sup>1121</sup> *Ibíd.*



En el mismo sentido, en agosto de 1909 se emprendió una reorganización del Departamento de Estado con la creación de las Divisiones de Asuntos Latinoamericanos, Extremo Oriente, Oriente Próximo y Europa Occidental, para responder mejor a los requerimientos derivados del nuevo *status* adquirido por Estados Unidos tras la guerra con España, y en especial a la evolución económica pues

la diplomacia de la presente Administración ha buscado responder a las ideas modernas de las relaciones comerciales [...] es un esfuerzo dirigido francamente al incremento del comercio americano sobre el principio axiomático de que el Gobierno de Estados Unidos ofrezca todo apoyo apropiado a toda legítima y beneficiosa empresa americana en el exterior<sup>1122</sup>

Con ello, Taft colocaba al componente económico a la misma altura que los intereses nacionales o la defensa de la democracia, asumiendo así un papel protagonista bajo su presidencia, esperando que “el nuevo Congreso esté atento, como debiera, a la importancia de nuestro comercio exterior y de alentarlos de todas las formas posibles”<sup>1123</sup>, ya fuera en Oriente, las Filipinas o el Sur de América. Para Taft “la diplomacia moderna es comercial”<sup>1124</sup> y asumía que “esta política ha sido caracterizada como la sustitución de las balas por los dólares”<sup>1125</sup>, no en vano, Taft creía que

en los tiempos modernos los intereses políticos y comerciales, y en la negociación de tratados comerciales, convenciones y acuerdos tarifarios, en el mantener abiertas las oportunidades y el apoyo adecuado a las empresas americanas, nuestro servicio diplomático es tan importante como el servicio consular para los intereses empresariales de nuestro país<sup>1126</sup>

Si bien la estrategia comercial de Taft resaltaba los aspectos económicos del internacionalismo conservador de su antecesor, no rechazaba el componente más intervencionista del mismo, aunque no dudó en recortar en 45 millones de dólares el gasto militar para el año fiscal 1909-1910, traducándose en la práctica en “anular nuevos proyectos y suspender por el periodo de un año todo progreso en los asuntos militares”<sup>1127</sup>, todo ello debido a la perspectiva de un déficit, dejando bien a las claras que la economía tomaba precedencia respecto a lo militar, reducción de gastos que se mantendrían en 1911, cuando los Departamentos de Guerra y Marina sufrirían recortes de 2,2 y 3,5 millones de dólares respectivamente<sup>1128</sup>.

---

<sup>1122</sup> TAFT, William H., Cuarto discurso anual del 3 de diciembre de 1912, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=).

<sup>1123</sup> *Ibíd.*

<sup>1124</sup> NINKOVICH, Frank *The wilsonian century. US foreign policy since 1900*, University of Chicago, Chicago, 1999, p. 27.

<sup>1125</sup> TAFT, William H., Cuarto discurso anual del 3 de diciembre de 1912, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=).

<sup>1126</sup> TAFT, William H., Primer discurso anual del 7 de diciembre de 1909, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29550&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29550&st=taft&st1=)

<sup>1127</sup> *Ibíd.*

<sup>1128</sup> TAFT, William H., Segundo discurso anual del 6 de diciembre de 1910, texto consultado en [www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsba.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=).



Ambas posturas, pro comercial y pro intervención se pueden observar en las dos áreas de mayor interés para la Administración Taft:

-Caribe: pese a su inicial rechazo al *gran garrote*, Taft intervino más en Latinoamérica que su antecesor; en Nicaragua se instaló un Gobierno conservador pro estadounidense en 1909 después de que los rebeldes hubieran depuesto al dictador Zelaya, considerado por Taft como “el turbador de la paz en Centro América y que se ha opuesto a todo plan de promoción de la paz entre las cinco repúblicas (centroamericanas)”<sup>1129</sup>, quien habiendo rendido la deuda del país en manos de los bancos europeos, amenazaba con permitir a estos construir un nuevo canal interoceánico al margen del control de Estados Unidos, de modo que la Administración Taft no dudó en suministrar ayuda militar a los golpistas, asistencia que se repetiría en 1912 con el envío de 2.500 soldados ante una revuelta contra el Gobierno pro estadounidense, en el ínterin, Estados Unidos logró acuerdos que ponían al país bajo un semiprotectorado, a imagen del caso cubano, con el control de las finanzas nacionales y la concesión de puertos a cambio de asegurar la seguridad nicaragüense<sup>1130</sup>, la ocupación se dilató hasta 1933; en Honduras también se intervino ante su inestabilidad interna en 1911, aunque aquí el congreso rechazó hacerse cargo de sus deudas que siguieron en poder de los bancos europeos<sup>1131</sup>; en Costa Rica y Guatemala sus autoridades rechazaron la oferta de Taft de control de sus finanzas; y en 1912 Taft no dudó en enviar 750 marines a la República Dominicana para obligar al presidente corrupto Cincinnatus Leconte a abdicar y supervisar después las nuevas elecciones, también ese mismo año entraron en Cuba soldados estadounidenses desde la base de Guantánamo “para la protección de la vida y propiedades americanas y extranjeras”<sup>1132</sup>. Como se aprecia, Centroamérica y el Caribe fueron dos áreas de especial interés para la Administración Taft, pues según el propio Presidente

es obvio que la Doctrina Monroe es más vital en las cercanías del Canal de Panamá y en la zona del Caribe que en cualquier otra parte [...] es esencial por lo tanto que los países dentro de esa esfera sean alejados del peligro que envuelven las pesadas deudas externas y las finanzas nacionales caóticas y del siempre peligro presente de las complicaciones internacionales debidas al desorden interno<sup>1133</sup>

en clara consonancia con los postulados del Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, eso sí, dejando muy claro también su inquebrantable apoyo a los

banqueros americanos que estén dispuestos a prestar su ayuda a la rehabilitación financiera de tales países pues su rehabilitación financiera y la protección de sus aduanas de ser presa de posibles dictadores quitaría de un solo golpe la amenaza de acreedores extranjeros y la amenaza de desorden revolucionario<sup>1134</sup>

<sup>1129</sup> TAFT, William H., Segundo discurso anual del 6 de diciembre de 1910, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=).

<sup>1130</sup> Para consultar el caso de Nicaragua ver SCHULZINGER, ob.cit., p. 45-47.

<sup>1131</sup> *Ibíd.*, p. 49.

<sup>1132</sup> TAFT, William H., Cuarto discurso anual del 3 de diciembre de 1912, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=)

<sup>1133</sup> *Ibíd.*

<sup>1134</sup> *Ibíd.*



ya que para Taft era esencial

extender la ayuda financiera a los Estados débiles de América Central con el objetivo prioritario de evitar justo tales revoluciones asistiendo a tales Repúblicas para rehabilitar sus finanzas, establecer su moneda en una base estable, retirar las aduanas del peligro de revoluciones gestionándolas para su segura administración y para instalar bancos de confianza<sup>1135</sup>

De todos modos, en México, pese a movilizar 20.000 soldados al norte de su frontera y estimar que las inversiones estadounidenses ascendían a 1.000 millones de dólares, Taft se resistiría a intervenir tras la caída del Presidente Díaz en mayo de 1911, en clara consonancia con el movimiento pacifista y la opinión de T. Roosevelt<sup>1136</sup>, quien sólo estaba dispuesto a entrar en México si éste era ayudado por otra potencia.

-Asia: en China Taft quiso dotar a la política exterior de Estados Unidos de un enfoque más activo, así, tras el reconocimiento del dominio nipón por parte de T. Roosevelt, se buscó una mayor penetración económica mediante una política más agresiva, con proyectos apoyados por la Casa Blanca para internacionalizar las vías férreas y los préstamos a la economía en bancarrota de China, pero ante la negativa rusa y británica, Taft animó a los bancos estadounidenses a entrar en el gigante asiático para preservar la política de puertas abiertas establecida por Hay, pues “la política de éste Gobierno en dichas materias ha sido dirigida por un deseo de usar el capital americano en el desarrollo de China como instrumento en la promoción del bienestar y prosperidad material chinos sin perjuicio de sus derechos legítimos como un poder político independiente”<sup>1137</sup>, y para Knox “cuando apoyamos las Puertas Abiertas en China no se le puede llamar diplomacia del dólar, sino el reconocimiento de una alta tarea moral”<sup>1138</sup>, pues según Taft en China la política de alentar la inversión financiera servía para “permitir a ese país ayudarse a sí mismo”<sup>1139</sup>. En 1911 la Revolución en China acababa con el imperio para instalar la república, y ante el amenazador crecimiento japonés en Asia, Estados Unidos empezó a considerar a China como el mejor candidato en la región para seguir sus pasos democráticos, pero pronto el entusiasmo se desvanecería a medida que los revolucionarios se tornaron más nacionalistas; lo mismo sucedería años más tarde con Rusia.

En otras áreas Taft trató de aplicar una política continuista, por ejemplo, respecto a Francia y Gran Bretaña firmó varios tratados de arbitraje que dirimían todo tipo de disputas, como las relativas a la pesca, pero que serían rechazados por el Senado, y en lo tocante a política interna, durante su mandato se denunciaron más monopolios que en los ocho años de T. Roosevelt, el más importante contra la

---

<sup>1135</sup> *Ibíd.*

<sup>1136</sup> MOWRY, *ob.cit.*, p. 277.

<sup>1137</sup> TAFT, William H., Segundo discurso anual del 6 de diciembre de 1910, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=).

<sup>1138</sup> SCHULZINGER, *ob.cit.*, p. 42.

<sup>1139</sup> TAFT, William H., Cuarto discurso anual del 3 de diciembre de 1912, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=).



Corporación del Acero de Estados Unidos, y se aprobó, gracias al apoyo de Demócratas y progresivistas, la elección directa de los Senadores<sup>1140</sup>.

Como se desprende de lo anterior, Taft no cambió demasiado en la práctica la estrategia de Roosevelt, quizás le faltó su celo político y su carisma personal para convencer de ello a sus propios compañeros de partido y al electorado estadounidense, pues si bien bajo su presidencia Estados Unidos vio completada su formación estatal en el continente, al convertirse Nuevo México y Arizona en los cuadragésimo séptimo y cuadragésimo octavo estados de la Unión, y su Marina alcanzó el segundo lugar, sólo superada por la británica, fue en el aspecto económico dónde Taft se vería superado por las críticas.

Pese a aprobar más legislación *antitrust* que T. Roosevelt, el representante de la *diplomacia del dólar* fue acusado de estar unido a los intereses del gran capital en perjuicio del ciudadano medio<sup>1141</sup>, con ello se le culpaba de romper el legado progresivista de su antecesor, no sin motivo, pues no se guardaba en absoluto de confirmar continuamente su apoyo al expansionismo comercial y financiero estadounidense, como demuestran las siguientes palabras de 1910, en las cuales afirmaba que

nuestro comercio exterior se merece el mejor apoyo del Gobierno y el esfuerzo más serio de nuestros manufactureros y comerciantes, quienes, si no en todos los casos necesitan un mercado exterior, ciertamente se convertirán pronto dependientes de él. Por lo tanto, ahora es el tiempo de asegurar una posición fuerte en éste campo<sup>1142</sup>

Su revisión arancelaria, más baja de lo esperado, hizo el resto para que el Partido Republicano se dividiera por un lado entre los progresivistas del Medio Oeste, representantes de los intereses agrarios y de la industria extractiva, y que se consideraban los herederos políticos de T. Roosevelt, y por otro el ala Este conservadora, que tildaba a los anteriores de demagogos y Demócratas encubiertos, además, el caso Ballinger-Pinchot, relativo a la causa conservacionista, uno de los legados de T. Roosevelt más queridos por sus seguidores, añadió más leña al fuego al empeorar las relaciones entre la Administración Taft y los progresivistas<sup>1143</sup>.

El que en las elecciones de medio término de 1910 los Demócratas ganaran el control de la Cámara Baja, y los progresivistas aumentaran su peso en el Senado, no ayudó a rebajar la tensión entre estos y los llamados Republicanos *regulares*, es decir, aquellos que permanecían fieles al Presidente Taft<sup>1144</sup>. Dichas elecciones sancionaron la fractura insalvable entre los Republicanos progresivistas o *insurgentes* y los Republicanos regulares, pues la victoria Demócrata fue achacada por los regulares al programa progresivista impuesto por T. Roosevelt en la Convención Republicana del estado de Nueva York, cuyo “Nuevo Nacionalismo” basado en la recusación judicial,

<sup>1140</sup> MOWRY, op. cit., p. 264, 278 y 288.

<sup>1141</sup> GRAUBARD, op. cit., p. 137.

<sup>1142</sup> TAFT, William H., Segundo discurso anual del 6 de diciembre de 1910, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29551&st=taft&st1=).

<sup>1143</sup> MOWRY, ob.cit., p. 245 y 258.

<sup>1144</sup> *Ibíd.*, p. 268.



la supeditación de los derechos de propiedad al bienestar común, el conservacionismo, la seguridad nacional, la implantación de impuestos graduales a las grandes fortunas y la mejora de las condiciones laborales, fue visto desde la vieja guardia Republicana y el mundo de Wall Street como un programa populista, revolucionario y contrario a las instituciones estadounidenses<sup>1145</sup>. La derrota Republicana fue vista como un rechazo a una posible nominación de T. Roosevelt a la candidatura Republicana de 1912, y así fue entendida por los sectores financieros que apoyaron masivamente a los Demócratas, que se hicieron con más de la mitad de los estados, incluido Nueva York<sup>1146</sup>.

Así las cosas, fue inevitable que un sector del Partido Republicano siguiera los pasos de T. Roosevelt y crearan el Partido Progresivista, primero en torno al Senador R. La Follete y la Liga Nacional de Republicanos Progresivistas creada en enero de 1911, para más tarde, tras el rechazo de T. Roosevelt como candidato Republicano en favor de Taft, reunirse en torno al mismo T. Roosevelt y el nuevo Partido Progresivista, situación considerada por el propio Roosevelt como un combate por la supremacía Republicana, pues “luchamos de forma honorable por el bien de la humanidad, sin temor al futuro, despreocupados por nuestro destino personal, con corazones firmes y ojos claros, permanecemos ante el Armagedón, y luchamos por nuestro Señor”<sup>1147</sup>.

En 1912, con el partido ya dividido a causa de la rebeldía de T. Roosevelt, Taft recalcaría de nuevo su disposición a continuar por la senda internacionalista la asegurar que

las relaciones exteriores de Estados Unidos actual y potencialmente afectan al estado de la Unión en un grado no asumido en toda su extensión y difícilmente sobrepasado por cualquier otro factor en el bienestar de la nación. La posición de Estados Unidos en las relaciones morales, intelectuales y materiales de la familia de las naciones debe ser un asunto de interés vital para todo ciudadano patriótico. La prosperidad y el poder nacionales imponen sobre nosotros tareas que no podemos eludir si vamos a ser fieles a nuestros ideales [...]

Estamos ahora en una relación más estrecha y con mayores derechos por nuestra parte y obligaciones respecto a otros que con nosotros. Un número de grandes principios para guiarnos fueron creados muy pronto en la historia de éste Gobierno. La tarea reciente de nuestra diplomacia ha sido ajustar esos principios a las condiciones de hoy día, desarrollar sus corolarios, encontrar las aplicaciones prácticas de los viejos principios para lidiar con nuevas situaciones. Así evolucionan las bases sobre las que reposan la superestructura de políticas que deben nacer con el progreso al que está destinada esta nación. La conducta exitosa de nuestras relaciones exteriores demanda una visión amplia y moderna. *No podemos afrontar nuevos problemas ni construir para el futuro si nos confinamos a dogmas gastados del pasado y a la perspectiva adecuada a nuestra emergencia desde las condiciones y tiempos coloniales [...]* No debemos esperar a que los hechos nos sorprendan sin estar preparados. Con continuidad de propósito debemos lidiar con los problemas de nuestras

---

<sup>1145</sup> MORRIS, Edmund *Colonel Roosevelt*, Random House, New York, 2010, p. 110.

<sup>1146</sup> *Ibíd.*, p. 123.

<sup>1147</sup> GRAUBARD, *op.cit.*, p. 143.



relaciones exteriores con una diplomacia moderna, inventiva, magnánima y que exprese totalmente los altos ideales de una gran nación<sup>1148</sup>

Difícilmente encontraríamos en T. Roosevelt una afirmación más clara y vehemente del internacionalismo, para Taft la nueva situación de Estados Unidos, su potencia, le obligan a participar en los asuntos mundiales para influirlos de acuerdo a sus principios y valores, de no hacerlo así Estados Unidos iría en contra de sus propios ideales, mostrando a las claras el camino de no retorno emprendido desde finales del siglo XIX, además, para ello era imprescindible encontrar una nueva estrategia que adaptara los viejos principios republicanos al escenario actual de principios del siglo XX, y nada mejor que las bases puestas por su predecesor, de las que Taft se valdría para desarrollar su particular visión economicista del internacionalismo, como el propio Taft insistía de nuevo en la importancia capital de lo económico pues “el tremendo crecimiento del comercio de exportación de Estados Unidos ha convertido a tal comercio en un factor muy real de la prosperidad industrial y comercial del país”<sup>1149</sup>. Para Taft la cuestión esencial a dilucidar en el presente, en clara referencia a la belicosidad de su ahora rival T. Roosevelt, era

si tenemos una diplomacia con nuevos horizontes y prudente y que no se arroje atronadoramente en guerras innecesarias, o si nuestra política exterior está gobernada por una conveniencia temporal y tímida o por una visión estrecha propia de una nación infantil<sup>1150</sup>

Es decir, Taft abogaba por una política menos estridente que la dialéctica de T. Roosevelt sugería, encaminada a asegurar la expansión comercial estadounidense, en clara sintonía con la estrategia de expansión comercial diseñada por el Secretario Seward en el último tercio del siglo XIX, de ahí que “las relaciones de Estados Unidos con todos los poderes extranjeros permanecen sobre una base firme de paz, armonía y amistad”<sup>1151</sup>, para así no poner en peligro un volumen de negocio que en 1912 reportaba a Estados Unidos 2.200 millones de dólares vía exportaciones, la mayoría de productos manufacturados, el doble que en 1897, cuando de los mil millones de exportaciones sólo un tercio correspondían a bienes manufacturados<sup>1152</sup>.

Si al menos retóricamente Taft continuaba apoyando el internacionalismo de su predecesor, es difícil saber qué impulsó a T. Roosevelt primero a retirar su apoyo al Presidente electo y antiguo delfín W. Taft, a presentarse después como candidato Republicano el 12 de febrero de 1912 y por último a encabezar su propio Partido Progresivista, pero sin duda que la clave se encontraba en su creciente animadversión respecto a W. Taft. Para T. Roosevelt aquel era un inepto para el cargo de presidente de Estados Unidos, y ante las presiones recibidas para presentarse, transformó ese requerimiento de volver a la arena política en un deber impuesto sobre sí mismo,

---

<sup>1148</sup> TAFT, William H., Cuarto discurso anual del 3 de diciembre de 1912, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=), la cursiva es mía.

<sup>1149</sup> *Ibíd.*

<sup>1150</sup> *Ibíd.*

<sup>1151</sup> *Ibíd.*

<sup>1152</sup> Las cifras corresponden a TAFT, William H., Cuarto discurso anual del 3 de diciembre de 1912, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=taft&st1=) y LAFEBER, op.cit., p. 377.



como él declarara “si se convierte necesario para mí en el interés popular pretender cualquier trabajo, por supuesto que lo pretenderé, pero nada me persuadirá de pretenderlo para mi propio interés y bienestar”<sup>1153</sup>, es decir, que de necesitarle el país, no dudaría en presentarse de nuevo como candidato a la presidencia, más al modo de un antiguo dictador romano que de un resurgido Napoleón.

Como hemos visto, el énfasis en lo económico, los recortes presupuestarios y el lenguaje menos combativo que caracterizaron la estrategia de la presidencia de W. Taft, tan diferentes al carácter personal y las políticas aplicadas por T. Roosevelt, hicieron sin duda que éste se arrepintiese de su elección, terminando por ver a su antiguo protegido como un político timorato incapaz para mantener a Estados Unidos entre las grandes potencias mundiales. La diferencia esencial radicaba en el énfasis que cada personalidad, tan distintas entre sí, colocaba sobre la deriva internacionalista. Mientras T. Roosevelt moderó su actitud al llegar a la presidencia, valiéndose más que del rudo empleo de poder de Estados Unidos, de una estrategia basada en el balance de poder, las esferas de influencia y los tratados de arbitraje como modo de preservar el orden internacional, W. Taft se volcó, al igual que el pueblo estadounidense que para entonces estaba descontento con el imperialismo en Filipinas, en un internacionalismo legal cuya fuente sería la propia Constitución de Estados Unidos, que según algunos ya señalaba el camino hacia una federación de carácter mundial, como sostenía la Sociedad Americana de la Paz, que contaba con W. Taft y P. C. Knox entre sus seguidores<sup>1154</sup>. Dicho legalismo estadounidense es descrito por Kennan como una estrategia basada en el logro de objetivos de política internacional a través de la obtención de profesiones de fe del resto de Gobiernos a los principios morales y legales de Estados Unidos, en la creencia de que se puede establecer el orden merced a la ley más que mediante un interés nacional concreto, y bastando la amenaza del escarnio público para hacer que se cumplieran, aunque de ser aceptados, Estados Unidos tampoco estaría dispuesto a hacer nada para ayudar a cumplirlos<sup>1155</sup>. Podría decirse por tanto que el internacionalismo legalista se encontraba un paso atrás respecto al conservador, pues aquel no estaba dispuesto a emplear los recursos nacionales, sobre todo de orden militar, a la hora de hacer respetar sus propios principios e implementar sus estrategias.

Aunque T. Roosevelt había intentado salvar la unidad Republicana, su rechazo al mantenimiento de una paz judicial favorecida por Taft y Root, fue clave para entender su salida del Partido, pues para el antiguo *Rough Rider* los tratados bilaterales de arbitrio serían letra muerta ante cualquier situación de crisis, amén de poner en cuestión el honor, la independencia y la integridad estadounidenses, como venía a demostrar de nuevo Marruecos, donde las potencias volvían a enfrentarse en su sed de dominio, potencias que para T. Roosevelt sólo serían frenadas al verse obligadas a encarar una fuerza igual a la suya, de ahí que fuese partidario de un tribunal internacional con poder punitivo<sup>1156</sup>.

---

<sup>1153</sup> ROOSEVELT, Theodore *The Works of Theodore Roosevelt*, Vol. 1, Cap. XXI, p. 314.

<sup>1154</sup> HENDRICKSON, ob.cit., p. 277 y 294. Incluso en 1907 el propio T. Roosevelt habría admitido la imposibilidad de defender Filipinas ante un posible ataque japonés, aportando un nuevo motivo a quienes eran contrarios a su ocupación.

<sup>1155</sup> KENNAN, ob.cit., p. 44.

<sup>1156</sup> MORRIS, *Colonel Roosevelt*, op.cit., p. 145.



Con un Congreso dividido ya en tres sectores, el Demócrata, el Republicano regular y el Republicano insurgente, en la Convención Republicana de junio se escenificaría el duelo final entre W. Taft y T. Roosevelt, cuya derrota frente al Presidente en ejercicio, y que contaba con el control de la maquinaria partidista, le animó a liderar el nuevo proyecto progresivista<sup>1157</sup>. El *Bull Moose Party*, en referencia a su líder, se creó en apenas unos meses, y en su primera Convención en los mismos salones de Chicago de la anterior Convención Republicana, logró reunir a 2.000 delegados de todos los estados salvo Carolina del Sur, si bien cuatro de los siete Gobernadores que le habían apoyado en junio ya no le seguían fuera del Partido Republicano<sup>1158</sup>. En su programa político, englobado en lo que se denominó “New Nationalism”, T. Roosevelt se valió de su experiencia pasada para presentar al público estadounidense una alterativa fundamentada en los aspectos clave sobre “regulación y control de las combinaciones industriales y corporaciones, relaciones entre capital y trabajo, justicia social e industrial, privilegio social, conducta judicial...”<sup>1159</sup>, es decir, sobre el progresivismo que a finales del siglo XIX había surgido imparable en la escena política estadounidense, pero que para 1912 comenzaba a languidecer, sobre todo del bando conservador, a la espera de su sentencia definitiva tras la I Guerra Mundial.

De esta forma se dividió el voto Republicano en las elecciones de 1912, facilitando así la victoria Demócrata de W. Wilson. Aunque T. Roosevelt logró más apoyo popular que Taft, todo un fiasco para un Presidente saliente, el Partido Progresivista fue tildado de radical, e incluso acusado de predicar el socialismo y la revolución, y de querer cambiar la Constitución, no es extraño por tanto, que el otro candidato progresivista y que contaba con el apoyo del otro gran partido nacional, ganase cómodamente las elecciones<sup>1160</sup>. Aparte de sus fracasos en política interior, el mayor error de Taft fue desvincularse del discurso internacionalista conservador de su predecesor a la hora de justificar su política externa y vincularla a su diplomacia del dólar, pues la ciudadanía estadounidense se ha mostrado siempre muy apática a la hora de apoyar las acciones internacionales que apelan únicamente a su interés económico, todo lo contrario sucede cuando se ponen en juego los valores y principios nacionales, no ya la seguridad, entonces la opinión pública estadounidense no duda en participar en el debate nacional, y en general, apoyar aquellos discursos que mejor responden a su propia concepción del sistema republicano y democrático norteamericano.

Si la guerra con España, como anteriormente las de Independencia y más tarde contra México, había transformado a Estados Unidos al calor de los debates internos acerca de las implicaciones prácticas derivadas de la naturaleza de su sistema político y de su papel en el concierto internacional, la I Guerra Mundial acentuaría aún más

---

<sup>1157</sup> *Ibíd.*, p. 209.

<sup>1158</sup> *Ibíd.*, p. 224.

<sup>1159</sup> ROOSEVELT, Theodore, *op.cit.*, Cap. XXI, p. 314.

<sup>1160</sup> MORRIS, *Colonel Roosevelt*, *op.cit.*, p. 253. Las elecciones casi le cuestan la vida a T. Roosevelt, quien fue herido de bala en el pecho tras un atentado en Milwaukee, y pese al cual fue capaz de dar un discurso de una hora antes de ser hospitalizado, *Ibíd.*, p. 244. También cabe destacar que T. Roosevelt seguía siendo, a pesar de su dilatada vida política, el candidato más joven de los tres con 54 años, por 55 de Taft y 56 de Wilson, *Ibíd.*, p. 250.



## IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

las disputas domésticas en torno a la idoneidad de colocar o no a Estados Unidos entre las grandes potencias mundiales, pero como veremos en el siguiente capítulo, el Internacionalismo conservador de T. Roosevelt y su equipo ya habían puesto a la nación en el camino para convertirlo en un protagonista internacional de primer orden, algo que se confirmaría con W. Wilson en la presidencia, para quien la defensa a ultranza del modelo democrático estadounidense sería la base de su acción exterior, colocando una vez más las cuestiones ideológicas, tras el efímero descanso del interregno económico del Presidente Taft, en el centro de la política nacional.



## 5. LA OCUPACIÓN DE FILIPINAS

*Llevar la carga del Hombre blanco-  
Enviad adelante a quienes mejor criáis-  
Vamos, atad a vuestros hijos al exilio  
Para servir a las necesidades de vuestros cautivos;  
Para servir, con equipo de combate,  
A razas agitadas y salvajes-  
A vuestros recién conquistados y descontentos pueblos,  
Mitad demonios y mitad niños<sup>1161</sup>*

Estos versos de Rudyard Kipling que pertenecen a su poema “La carga del Hombre Blanco”, fueron escritos con ocasión de la toma por Estados Unidos de Cuba, Puerto Rico, Guam y las islas Filipinas tras su victoria sobre España en 1898, a modo de advertencia sobre la nueva tarea que se le avecinaba a los estadounidenses, en especial en su lucha por pacificar Filipinas<sup>1162</sup>. En efecto, la historia de Estados Unidos cambiaría por completo al convertirse en una potencia colonial más dentro de la división imperial de mundo que existía a finales del siglo XIX, donde cada metrópoli controlaba su parcela de dominio y aplicaba allí su propio modelo de autoridad. Si bien en ello Estados Unidos no se distinguía demasiado de sus competidores, sí que reclamaba un lugar especial entre ellos debido, principalmente, a las razones y propósitos que le habían conducido a traspasar las fronteras continentales e invadir y controlar alejadas tierras y pueblos extraños.

La historia de la ocupación estadounidense del archipiélago filipino es un ejemplo perfecto para ilustrar los primeros esfuerzos de Estados Unidos en la Promoción de la Democracia, de cómo los justificó, de cómo estos se mezclaron con otros requerimientos de la política exterior nacional, de cómo los diferentes enfoques empleados por el internacionalismo conservador y el liberal democrático dañaron las posibilidades de implementar una estrategia coherente, de cómo Estados Unidos dejó de lado los proyectos nativos de progreso para monopolizar el proceso de democratización aun a riesgo de implicar el desencadenamiento de revueltas armadas, y de cómo a pesar de un esfuerzo prolongado de más de cuatro décadas Estados Unidos no pudo asegurar por completo el pleno desarrollo económico y político filipinos. En el presente apartado, por tanto, se estudiará la ocupación estadounidense de Filipinas de 1898 a 1946, indicando primero las razones que llevaron a la ocupación del archipiélago, para describir después la intervención militar estadounidense, tanto en lo que se refiere a la derrota española como a la pacificación de la revuelta nacionalista; a continuación se analizarán los esfuerzos en materia de Promoción de la Democracia, distinguiendo entre la construcción del Estado colonial y la Promoción de la Democracia propiamente dicha, para finalizar con diversas conclusiones sobre el caso filipino.

---

<sup>1161</sup> Traducción del poema, extracto, “The White Man’s burden” de Rudyard Kipling de febrero de 1899 y publicado en McClure’s Magazine, consultado en [www.historywiz.com/burden.htm](http://www.historywiz.com/burden.htm)

<sup>1162</sup> GO & FOSTER, editors “The american colonial state in the Philippines”, Duke University Press, 2003, p. 73.



### 5.a. Razones de la ocupación

Desde que Fernando de Magallanes arribara a la isla de Cebú en 1521 y la posterior campaña de conquista llevada a cabo por Miguel de Legazpi (con el establecimiento de la capital en Manila en 1571), España fue soberana del archipiélago filipino, si bien su autoridad sobre los territorios musulmanes (en especial las islas de Mindanao y Joló) siempre fue contestada. Junto a la espada española llegaría la fe cristiana, con una intensa campaña misionera para convertir a numerosos sectores de la población filipina a la fe católica. En cualquier caso, el control español no fue total, y tras repetidas crisis económicas Gran Bretaña ocuparía Manila en 1762 en el contexto de la Guerra de los Siete años contra Francia, si bien la devolvería a España al año siguiente. La explotación económica de las islas no fue un punto fuerte del dominio español, pese a abrir el puerto de Manila al comercio internacional en 1834 y convertirlo en puerto franco tres años después, los británicos se harían con importantes sectores de la economía filipina (como muestra, en 1898 poseían tres grandes bancos, eran responsables de numerosos proyectos de infraestructuras además de destacar en el comercio exterior de las islas)<sup>1163</sup>.

Las Filipinas, por tanto, formaban parte del reparto colonial mundial, y en concreto del asiático, en el cual Estados Unidos estaba presente al menos desde que en 1853 el comodoro Perry abriese Japón al comercio internacional, sin olvidar el papel que China jugaba en los intereses empresariales de las principales metrópolis europeas y también en Washington. No es de extrañar que ya antes del conflicto con España, las Filipinas figurasen en los planes expansionistas de los imperialistas estadounidenses partidarios de una “política extensa”<sup>1164</sup>, hombres que como Lodge, T. Roosevelt y, en concreto, Mahan veían una necesidad imperiosa en la adquisición del archipiélago primero para lograr así un punto de entrada al lucrativo mercado chino, segundo, por la superioridad anglosajona y el modelo político estadounidense entendidos como motores del progreso político y económico de los pueblos menos civilizados, tercero, para alcanzar de ese modo una motivación más para continuar con el reforzamiento naval estadounidense, a la vez que se lograban más puntos de abastecimiento para la misma, y por último, obtener el reconocimiento y respeto del resto de potencias imperiales, razón nada desdeñable en el contexto de creciente reparto colonial que se vivía a finales del siglo XIX.

De modo que dentro del discurso imperial el interés por la democratización filipina se subordinó a intereses nacionales más prosaicos y en nada desinteresados, como bien puede observarse en el discurso del Senador por Indiana Albert Beveridge pronunciado en septiembre de 1898, para quien la conquista filipina no era más que una continuación de la expansión continental iniciada por las trece repúblicas en 1787, “nosotros sólo continuamos la marcha de la bandera”<sup>1165</sup>, y era necesaria ya que:

---

<sup>1163</sup> GO & FOSTER, ob.cit., p. 57.

<sup>1164</sup> En lo referente a la “large policy” consultar el apartado 2.3, p.92-93 y KRAMER, Paul A., “*The blood of government. Race, empire, the U.S. and the Philippines*” The University of North Carolina Press, 2006, p. 91.

<sup>1165</sup> Discurso de “La marcha de la bandera” del 16 de septiembre de 1898, consultado íntegro en [www.fordham.edu/halsall/mod/1898beveridge.html](http://www.fordham.edu/halsall/mod/1898beveridge.html)



- Los filipinos eran incapaces de autogobernarse, y por tanto correspondía a Estados Unidos ocuparse de su gobierno ya que “la regla de la libertad según la cual todos los Gobiernos justos derivan su autoridad del consentimiento de los gobernados, sólo se aplica a aquellos capaces de autogobernarse”<sup>1166</sup>,

- Otras potencias podrían hacerse con el archipiélago, “¿debemos abandonarlas con Alemania, Inglaterra, Japón, ansiándolas?”<sup>1167</sup>,

- Se necesitaban nuevos mercados para mejorar el rendimiento económico estadounidense, “los recursos y el comercio de los dominios inmensamente ricos se incrementarán en igual proporción a la grandeza de la energía americana respecto a la pereza española”<sup>1168</sup>,

- Era un paso esencial para controlar el Pacífico, “como Hawaii nos proporciona una base naval en el corazón del Pacífico...Manila otra en las puertas de Asia...dentro de cinco décadas el grueso del comercio Oriental será nuestro”<sup>1169</sup>, y

- A Estados Unidos se le habían presentado una tarea y una oportunidad irrenunciables con la adquisición de sus colonias, de su papel como potencia mundial y de su misión para con sus nuevos dominios, “no nos podemos retirar de ningún territorio donde la Providencia haya desplegado nuestro estandarte, es nuestra tarea ganar esos territorios para la libertad y la civilización”<sup>1170</sup>.

Pero sería el Presidente McKinley quien diese las claves para la adquisición de sus nuevas colonias en los discursos que ofrecería a lo largo del conflicto, así, en su discurso de guerra esgrimía como causa de la misma el prolongado conflicto que “por más de tres años ha enfurecido la vecina isla de Cuba”<sup>1171</sup> y la entrada de Estados Unidos en él era consistente con los preceptos dictados por los padres fundadores de la República, para McKinley las razones para intervenir contra España eran las siguientes:

- Las medidas empleadas por España eran contrarias a la sensibilidad norteamericana, y por tanto Estados Unidos “en la causa de la humanidad y para poner fin a las barbaridades, el derramamiento de sangre y las horribles miserias ahora existentes”<sup>1172</sup> debía intervenir ya que “es especialmente nuestra tarea, ya que está a nuestras puertas”<sup>1173</sup>;

- Porque Estados Unidos debía proteger a los residentes estadounidenses en Cuba,

---

<sup>1166</sup> *Ibíd.*

<sup>1167</sup> *Ibíd.*

<sup>1168</sup> *Ibíd.*

<sup>1169</sup> *Ibíd.*

<sup>1170</sup> *Ibíd.*

<sup>1171</sup> MCKINLEY, William, discurso de guerra de 1898 consultado íntegro en [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/mkinly2.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/mkinly2.htm)

<sup>1172</sup> *Ibíd.*

<sup>1173</sup> *Ibíd.*



- A causa de los perjuicios económicos que el conflicto estaba causando a la economía de Estados Unidos,
- Ya que la duración del conflicto amenazaba la propia seguridad nacional “y representa para el presente Gobierno un coste enorme”<sup>1174</sup>.

Por todo ello, para Estados Unidos su entrada no sólo beneficiaba a los intereses nacionales, sino que dada la naturaleza malvada del régimen español “en nombre de la humanidad, en nombre de la civilización, a favor de los intereses de Estados Unidos dañados que nos conceden el derecho y la tarea de hablar y actuar, la guerra en Cuba debe terminar”<sup>1175</sup>, en cualquier caso, McKinley quiso dejar claro que

no hablo de anexión forzosa, en la cual no puedo ni pensar, que, por nuestro código de moralidad, sería agresión criminal...el espíritu de nuestros actos hasta el momento ha sido un deseo serio y desinteresado de paz y prosperidad en Cuba<sup>1176</sup>

Si estos eran los planes para Cuba, acabar con el conflicto y no anexionarse la isla, ¿por qué el caso filipino fue distinto? En un discurso anterior a la firma de la paz con España el Presidente McKinley había dado las claves para la posterior compra del archipiélago, reiterando que “sólo cogimos las armas en obediencia a los dictados de la humanidad y al cumplimiento de las altas obligaciones públicas y morales”<sup>1177</sup> y que

no tuvimos ningún diseño de engrandecimiento ni ambición de conquista, éste país fue impelido solamente por el propósito de aliviar equivocaciones enojosas y remover las condiciones duraderas que disturbaban su tranquilidad, las cuales horrorizaban el sentido moral de la humanidad y que no podían ser prolongadas<sup>1178</sup>

puesto que para Estados Unidos el abandono del hemisferio occidental por España era una necesidad imperativa, presentando ese requerimiento, sólo se cumpliría con una obligación universalmente reconocida. Pero para la Administración McKinley

las Filipinas se encuentran en una base diferente...sin ningún deseo o diseño por nuestra parte, la guerra nos ha traído nuevas responsabilidades y tareas que debemos encarar y desempeñar como nos convertimos en una gran nación cuyo crecimiento y carrera desde el principio el gran regulador de las naciones plenamente ha escrito con el alto mando y el compromiso de la civilización<sup>1179</sup>

es decir, que tanto el nuevo papel de Estados Unidos como potencia mundial como la especificidad del caso filipino obligaban a Estados Unidos a aplicar un enfoque

---

<sup>1174</sup> *Ibíd.*

<sup>1175</sup> *Ibíd.*

<sup>1176</sup> *Ibíd.*

<sup>1177</sup> Discurso sobre la adquisición de las Filipinas de W. McKinley consultado íntegro en [www.nthloyoke.edu/acad/intrel/mkinly3.htm](http://www.nthloyoke.edu/acad/intrel/mkinly3.htm)

<sup>1178</sup> *Ibíd.*

<sup>1179</sup> *Ibíd.*



distinto y controlar directamente las islas, de hecho, a lo anterior se sumaba la cuestión económica pues “incidental a nuestra permanencia en las Filipinas es la oportunidad económica a la que los estadistas americanos no pueden ser indiferentes”<sup>1180</sup>, eso sí “pidiendo sólo las puertas abiertas para nosotros, estamos preparados para acordar las puertas abiertas para otros”<sup>1181</sup>; en cualquier caso, pese a que para entonces, con la guerra aun no finalizada, no estaba claro cuántas islas retendría Estados Unidos, sí que reclamaban que “no aceptarían menos que la plena cesión de los derechos y soberanía de la isla de Luzón”<sup>1182</sup>.

Finalmente, once días después de firmada la paz de París con España y efectuada la compra de Filipinas por 20 millones de dólares, el Presidente McKinley anunciaba su Proclamación de asimilación benevolente, en la que tras anunciar que “los futuros control, disposición, y gobierno de las islas Filipinas son cedidos a los Estados Unidos”, proclamaba que

sucediendo a la soberanía española, rompiendo las anteriores relaciones políticas, y estableciendo un nuevo poder político, la autoridad de los Estados Unidos es para ser ejercida para la seguridad de las personas y la propiedad del pueblo de las islas y para la confirmación de todos sus derechos y relaciones privadas<sup>1183</sup>

Es decir, que Estados Unidos gobernaría por el bienestar de los filipinos cumpliendo así con los principios que informaban su propio modelo republicano y democrático y alejándose así del imperialismo europeo ya que “venimos, no como conquistadores o invasores, sino como amigos, para proteger a los nativos en sus casas y en sus derechos y religiones personales”<sup>1184</sup>, para McKinley era especialmente importante resaltar que

debe ser nuestro deseo más ansiado y el objetivo más importante de la administración militar ganar la confianza, el respeto y el afecto de los habitantes de Filipinas...y haciéndoles prueba de que la misión de los Estados Unidos es una de *asimilación benevolente* sustituyendo la ley arbitraria por el dominio afable y la justicia<sup>1185</sup>

De este modo, la transición en la racionalidad de la conquista es clara, desde unos postulados geoestratégicos y en sintonía con los partidarios del engrandecimiento nacional en el periodo anterior a la conquista, a una retórica más moralista y enlazada con la misión patrioterica y democratizadora utilizada durante el conflicto y al inicio de la ocupación.

Una prueba trascendental de los designios estadounidenses para Filipinas la encontró pronto Washington en la insurrección liderada por Emilio Aguinaldo, pues

---

<sup>1180</sup> *Ibíd.*

<sup>1181</sup> *Ibíd.*

<sup>1182</sup> *Ibíd.*

<sup>1183</sup> MCKINLEY, William, “*Benevolent Assimilation Proclamation*” del 21 de diciembre de 1898, consultada íntegramente en [www.msc.edu.ph/centennial/benevolent.html](http://www.msc.edu.ph/centennial/benevolent.html)

<sup>1184</sup> *Ibíd.*

<sup>1185</sup> *Ibíd.*



el éxito de la ocupación dependía no sólo de la victoria sobre la misma, sino también de la manera en que ésta se lograra.

### 5.b. Intervención militar

Cuando Estados Unidos comenzó el ataque sobre la bahía de Manila, España, al igual que en Cuba, llevaba varios años luchando contra la revuelta del movimiento nacionalista filipino, quien en 1896 se transformó de una asociación patriótica secreta, la Katipunan<sup>1186</sup>, en todo un ejército independentista liderado por Emilio Aguinaldo, que en noviembre del año siguiente proclamaba la República de Biak-na-Bato, y tras adoptar la Constitución del mismo nombre<sup>1187</sup>, se proclamaba en la provincia de Cavite como primer Presidente de la nueva entidad; de todos modos, el punto muerto alcanzado en el conflicto contra España impulsó a los contendientes a comenzar unas negociaciones que culminarían en la firma del Pacto de Biak-na-Bato, en él los españoles se comprometían a reformar el sistema colonial a cambio del desarme de los nacionalistas, el pago a estos de 1,7 millones de pesos y el exilio a Hong Kong de la élite revolucionaria<sup>1188</sup> (entre ellos Aguinaldo quien llegaría a la colonia británica el 31 de diciembre de 1898). Ninguna de las partes cumpliría los términos del pacto y los combates se reanudarían a comienzos de 1898, y cuando el 25 de abril Estados Unidos declaró la guerra a España, la flota estadounidense acantonada en Hong Kong bajo el mando del comodoro George Dewey ya había establecido contacto con los representantes del Gobierno de Aguinaldo exiliados en la misma ciudad. Como resultado de dichas negociaciones, Estados Unidos proporcionaría armas a los insurgentes nacionalistas sin contestar claramente a sus propuestas de reconocimiento inmediato de su independencia, de hecho, ni el propio Gobierno estadounidense tenía claro qué hacer con las Filipinas, para las que la Enmienda Teller<sup>1189</sup> no tendría efecto alguno, mostrando a las claras el diferente enfoque que desde un principio concedió Washington a los casos cubano y filipino.

La guerra con España fue breve, el primero de mayo de 1898 Dewey había vencido a la flota española y el 13 de agosto las tropas estadounidenses tomaban Manila. El episodio de la caída de la capital filipina es revelador respecto al futuro de las relaciones entre los estadounidenses y los nacionalistas, tras alcanzar un acuerdo secreto por el que el ejército español rendiría la ciudad tras una batalla falsa con las tropas estadounidenses, con ello se pretendía mantener alejados a los insurgentes filipinos de la capital, puesto que los españoles temían sus represalias y los estadounidenses querían controlar el cambio de Gobierno por entero, y la entrada de los hombres de Aguinaldo en Manila les hubiese concedido una oportunidad de oro

---

<sup>1186</sup> El 26 de agosto de 1898, el líder de la Katipunan, Andrés Bonifacio, lanzó el Grito de Balintawak por el que se llamaba al comienzo de la resistencia armada contra la ocupación española de las islas, el asesinato de José Rizal cuatro meses más tarde no hizo más que inflamar los sentimientos nacionalistas filipinos. Para consultar una cronología del conflicto filipino ver [www.loc.gov/rr/hispanic/1898/cronphil.html](http://www.loc.gov/rr/hispanic/1898/cronphil.html)

<sup>1187</sup> Para consultar el texto de la Constitución de Biak-na-Bato ver [www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1897\\_biak-na-bato\\_constitution.html](http://www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1897_biak-na-bato_constitution.html)

<sup>1188</sup> GO & FOSTER, op.cit., p. 81.

<sup>1189</sup> Enmienda presentada por el Senador de Colorado Henry Moore Teller por la que Estados Unidos renunciaba al control prolongado de Cuba salvo en lo relativo a la conducción de la guerra contra España y la posterior pacificación de la isla.



para el advenimiento de unas Filipinas independientes, ya que desde junio el propio Aguinaldo se había convertido en presidente de la proclamada República Filipina; de ese modo la bandera estadounidense sustituyó a la española en Manila, ondeando desde entonces hasta 1946.

Tras la toma de Manila los hechos se sucedieron de tal manera que las diferencias entre Estados Unidos y los nacionalistas filipinos no dejaron de acrecentarse, mientras los estadounidenses establecían un Gobierno Militar en Manila, los insurgentes inauguraban el Congreso de Malolos que en noviembre acordaba crear una nueva Constitución que fue aprobada en enero de 1899, para entonces la Administración McKinley ya había rechazado reconocer al Gobierno de Aguinaldo, incluso durante la firma del Tratado de París con España, Estados Unidos no había permitido la presencia de ningún representante filipino<sup>1190</sup>.

Por 20 millones de dólares Estados Unidos compró el archipiélago filipino a España, asegurándose así el control exclusivo del futuro de las islas, pero la Administración McKinley pudo actuar de otra manera. Como se desprende de lo dicho con anterioridad, existía en las Filipinas un movimiento nacionalista poderoso y organizado capaz de liderar la política local bajo la batuta norteamericana, en lugar de ello, Estados Unidos decidió dejar a un lado a los nacionalistas para construir desde cero y bajo su responsabilidad un nuevo Estado a su imagen y semejanza, alienando con ello a importantes sectores de la sociedad filipina y arruinando por completo las posibilidades de un cambio de régimen pacífico<sup>1191</sup>.

A la proclamación de asimilación benevolente de McKinley le siguió el manifiesto de Emilio Aguinaldo, según el presidente de la República Filipina

las fuerzas navales y terrestres de Estados Unidos han venido a darnos nuestra libertad, desarticulando el mal gobierno español, y de aquí que proteste contra éste acto inesperado de los Estados Unidos proclamando la soberanía de las islas, mis relaciones con Estados Unidos no me han sacado de Hong Kong a aquí para hacer la guerra a los españoles en su beneficio, sino con el propósito de nuestra libertad e independencia...<sup>1192</sup>

El 4 de febrero de 1899 la República Filipina declaraba la guerra a las fuerzas de ocupación estadounidenses, la insurrección filipina daba comienzo.

---

<sup>1190</sup> KRAMER, ob.cit., p. 91-110.

<sup>1191</sup> Éste fue uno de los principales motivos del rechazo de la ocupación de las Filipinas por algunos miembros de la Liga antiimperialista que como Mark Twain sabían que otro modelo de ocupación era posible, como él mismo diría “detrás viene Estados Unidos y nuestro maestro del juego lo hace fatal; juega como lo hizo el Sr. Chamberlain en Sudáfrica...porque, de inmediato, llegó la tentación filipina...jugó la modalidad europea, el juego de Chamberlain. Fue una pena...porque era el lugar adecuado y el momento preciso para volver a jugar la modalidad americana...haber dejado que los ciudadanos filipinos decidiesen la forma de gobierno que más les agradase...pero jugamos como lo hizo Chamberlain y perdimos la ocasión de sumar otra Cuba y otro gesto honorable a nuestra historia”, “*Antiimperialismo. Patriotas y traidores*” TWAIN, Mark, Icaria Editorial, 2006, p. 35-36.

<sup>1192</sup> El Manifiesto de Aguinaldo fue pronunciado el 5 de enero de 1899, consultado en [www.historywiz.com/primarysources/aguinaldosmanifesto.htm](http://www.historywiz.com/primarysources/aguinaldosmanifesto.htm)



Si en julio de 1898 habían sido enviados 11.000 soldados estadounidenses a las Filipinas para luchar contra los españoles, para acabar con los insurgentes había en 1900 unas 70.000 tropas estadounidenses, con un total de más de 120.000 soldados enviados a las islas, lo que representaba un tercio del ejército de Estados Unidos de la época. Tras nueve meses de combates, Aguinaldo decidió cambiar de estrategia dada la fortaleza del ejército estadounidense comenzando la fase de guerra de guerrillas, un mes antes, en agosto de 1899, el general Bates firmaba un acuerdo con el sultán de Sulu para que los musulmanes de la isla no se unieran al movimiento independentista.

Como se ha visto con anterioridad, un Gobierno Militar controlaba la administración y la conducción de la guerra en las islas, al mando del mismo se encontraba el gobernador militar, con el tercer y último de los mismos, el teniente coronel Arthur MacArthur, se endurecieron las tácticas contrainsurgentes al encontrar numerosas dificultades para luchar contra las tácticas de guerrilla. A los casos de tortura (donde destacaba la práctica denominada “cura de agua”<sup>1193</sup>) se sumó la reubicación en campos de concentración de poblaciones rurales enteras con el fin de aislar a los guerrilleros de su medio y así privarles de la ayuda local. El régimen impuesto por MacArthur, recogido en su proclamación de diciembre de 1900, y que no era más que un endurecimiento de la Orden General N° 100 sobre reglas de comportamiento en combate en guerras civiles<sup>1194</sup>, recogía la equiparación de cualquier insurgente nacionalista como traidores y extendía la jurisdicción militar a los juicios contra civiles acusados de colaborar con la guerrilla. La nueva estrategia estadounidense fue aplicada con extrema efectividad, causando importantes daños a la agricultura filipina que se vio seriamente dañada a causa de la reconcentración, y crueldad, pues a la táctica de no dejar prisioneros se cometieron auténticos crímenes como la matanza de Balangiga, en la isla de Samar, donde en agosto de 1901 el ejército de Estados Unidos mató a toda persona capaz de portar armas, es decir, a cualquiera por encima de diez años, como represalia por el asesinato anterior de 54 soldados estadounidenses<sup>1195</sup>.

A pesar de las numerosas críticas que dichas prácticas despertarían en los propios Estados Unidos, además de en las Filipinas, el ejército estadounidense fue cosechando éxitos como la captura de Emilio Aguinaldo el 23 de marzo de 1901, que condujeron a la tercera proclamación del fin definitivo de la guerra y al cese de la administración militar el 4 de julio de 1902, si bien en las provincias Mora y de la Montaña, aproximadamente la mitad del territorio filipino, se seguía combatiendo.

La guerra contra la insurgencia filipina fue mucho más costosa que la campaña contra España. Hasta julio de 1902 Estados Unidos había perdido a 4.234 soldados y gastado más de 400 millones de dólares (veinte veces más que frente a España)<sup>1196</sup> al verse obligado MacArthur a dividir el ejército en más de 600 puestos repartidos en cuatro departamentos para contrarrestar la guerrilla nacionalista<sup>1197</sup>. Por

---

<sup>1193</sup> KRAMER, ob.cit., p. 140.

<sup>1194</sup> *Ibíd.*, p. 136.

<sup>1195</sup> Incluso tras la masacre, los soldados estadounidenses se llevaron las campanas de la iglesia local de 1557 como botín de guerra para enviarlas a Wyoming. Sobre la matanza de Balangiga consultar <http://opmanong.ssc.hawaii.edu/filipino/balangiga.html> y KRAMER, ob.cit., p. 145.

<sup>1196</sup> ZIMMERMANN, ob.cit., p. 413.

<sup>1197</sup> KRAMER, ob.cit., p. 133.



parte filipina las cifras varían según las fuentes, pero las pérdidas fueron mucho mayores, entre 20.000 y 50.000 combatientes y entre 200.000 y un millón de civiles muertos a causa del conflicto, además del coste económico al arruinar la guerra la agricultura y las granjas locales<sup>1198</sup>.

### 5.c. Esfuerzo de Promoción de la Democracia

Al mismo tiempo que Estados Unidos se enfrentaba a los nacionalistas filipinos comenzaba su labor democratizadora que, como se ha visto con anterioridad, era una de las razones básicas, si no la principal, por las que se comprometía a ocupar y permanecer en las islas; de todos modos, los estadounidenses serían los únicos responsables en dicho proyecto, dejando a los principales afectados, los mismos filipinos, en un pasivo segundo plano.

McKinley creó el Despacho de Asuntos Insulares en diciembre de 1898 encargado de asesorar e informar al Secretario de Guerra sobre la administración de las posesiones e islas bajo ocupación militar, en el caso filipino, instando desde un principio por la creación de una autoridad instalada en las Filipinas que dirigiera *in situ* el proceso de modernización, sin menoscabo de la dirección general inspirada desde Washington<sup>1199</sup>. De ese modo fue nombrada la primera Comisión Filipina en enero de 1899 para estudiar las condiciones locales e investigar las razones del empeoramiento en las relaciones bilaterales entre filipinos y estadounidenses<sup>1200</sup>; a medida que el ejército de Estados Unidos iba cosechando éxitos contra los insurgentes se nombró a las segunda Comisión Filipina en marzo de 1900, encabezada por W. H. Taft.

Mientras Estados Unidos iba construyendo su nuevo sistema colonial, se distanciaba del mito anglosajón como uno de los pilares ideológicos de su expansionismo para basarse cada vez más en un excepcionalismo netamente estadounidense. En efecto, si con el anglosajonismo se pretendía destacar la superioridad de Londres y Washington al ser los dos países más próximos a los valores e instituciones políticos libres, y que gracias a su Imperio extendían la libertad a través de sus modelos coloniales<sup>1201</sup>, con el excepcionalismo Estados Unidos trataba de alcanzar el protagonismo mundial al reivindicar un nuevo modo de administrar a los pueblos por civilizar, superior a todos los ensayados hasta el momento, englobando los valores tradicionales estadounidenses en una empresa de “asimilación benevolente, tutela en autogobierno y republicanism expansivo”<sup>1202</sup> capaz de enseñar no sólo a las naciones retrasadas, sino también a las potencias imperiales el mejor modo de gobierno, convirtiendo a Estados Unidos en el faro antiimperial del mundo.

---

<sup>1198</sup> *Ibíd.*, p. 170.

<sup>1199</sup> Sobre el Despacho de asuntos insulares consultar KRAMER, *ob.cit.*, p. 164 y [www.tioh.hqda.pentagon.mil](http://www.tioh.hqda.pentagon.mil)

<sup>1200</sup> [www.loc.gov/tr/hispanic/1898/chronphil.html](http://www.loc.gov/tr/hispanic/1898/chronphil.html)

<sup>1201</sup> GO & FOSTER, *op.cit.*, p. 45-50.

<sup>1202</sup> *Ibíd.*, p. 73-78.



Los primeros pasos hacia ese nuevo modelo se dieron con la guerra aun en marcha, cuando se pusieron en práctica tanto la *política de amistad* para ganarse el apoyo de la población local y de ese modo se reconociera al nuevo Gobierno estadounidense, como la *política de atracción* que contenía dos estrategias clave, la primera de acercamiento a la élite filipina, en especial a los *ilustrados*, para ganarse su favor y reconocimiento, llegando incluso a abrir un periódico proanexión, *La democracia*, y la segunda de reclutamiento de nativos para ayudar al ejército estadounidense en las acciones de contrainsurgencia, las unidades militares filipinas o *Scouts* serían esenciales para fomentar la imagen de la colaboración local con el nuevo Gobierno y para acabar contra la resistencia nacionalista, así para 1902, encontrándose bajo mando de oficiales estadounidenses, los *Scouts* habían alcanzado 5.000 miembros para 1902<sup>1203</sup>.

Una vez dada por concluida la lucha armada contra el nacionalismo filipino, puede dividirse la ocupación estadounidense en tres fases, cada una regida por un sistema diferente que da cuenta de la evolución del dominio colonial, como son la Ley Orgánica Filipina de 1902, la Ley de Autonomía Filipina de 1916 y la Constitución Filipina de 1935.

#### A).LEY ORGÁNICA FILIPINA de 1902

La nueva proclamación del fin de la guerra el 4 de julio de 1902 supuso el fin del Gobierno Militar y su sustitución por uno Civil, liderado por W. H. Taft, a quien T. Roosevelt había nombrado expresamente para el cargo. Hasta el momento habían seguido en pie las disposiciones legales españolas siempre que no contraviniesen las disposiciones estadounidenses, pero la segunda Comisión Filipina aprobó en dos años cerca de 500 nuevas leyes que junto a la Ley Orgánica Filipina de 1902 pasaron a convertirse en el nuevo sistema reglamentario para aquellas provincias pacificadas, ya que una de las características de los primeros años de ocupación fue el doble carácter de la misma, pues en las regiones donde la guerra continuaba los militares seguían al frente de la administración, reducida en la práctica a acabar con la resistencia.

Por tanto, la Ley Orgánica Filipina más que como un esfuerzo de Promoción de la Democracia debe entenderse como un acto de construcción estatal colonial, por cuanto sentó las bases jurídico-políticas de la soberanía estadounidense sobre las Filipinas. Como se desprende del texto de la Ley<sup>1204</sup>, Estados Unidos organizó el estado colonial de la siguiente forma:

- **Poder Ejecutivo:** formado por el Gobernador Civil, el Vicegobernador, el resto de miembros de la Comisión y los jefes de los Departamentos ejecutivos, todos “serán nombrados por el Presidente (de Estados Unidos), con el asesoramiento y consentimiento del Senado”<sup>1205</sup>;

<sup>1203</sup> KRAMER, ob.cit., p. 112-113.

<sup>1204</sup> Texto íntegro de la Ley Orgánica Filipina consultado en [www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1902\\_philippine\\_organic\\_act.html](http://www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1902_philippine_organic_act.html)

<sup>1205</sup> *Ibíd.*, sección 1.



- **Sistema Judicial:** se reorganizaba por entero tanto el poder judicial (con una corte suprema, nombrada por el Presidente, y cortes de primera instancia, cuyos jueces serían nombrados por el Gobernador provincial respectivo<sup>1206</sup>; si bien la Corte Suprema de Estados Unidos se reservaba el poder de revisión de las decisiones de su homóloga filipina<sup>1207</sup>), como el sistema procesal, asegurándose garantías judiciales como el *habeas corpus*, el proceso debido, la prohibición de la esclavitud, la libertad de expresión y religiosa...<sup>1208</sup>;

- **Poder Legislativo:** la ley establecía que cuando se declarara el fin de la insurrección por parte del Presidente de la Comisión Filipina se llevara a cabo un censo de la población filipina, una vez realizado y pasados dos años desde su elaboración se celebraría la elección para una asamblea popular, llamada Asamblea Filipina que se convertiría en la Cámara Baja del Legislativo insular, permaneciendo la Comisión Filipina como cámara alta (hasta el nacimiento de la Asamblea, la Comisión actuará a modo de ambas cámaras), con reuniones anuales; eso sí, se hacía mención expresa de que lo anterior no se refería a las regiones “habitadas por los Moros u otras tribus no cristianas”<sup>1209</sup>.

Otras disposiciones completaban el diseño institucional del estado colonial estadounidense:

- **Administración:** en septiembre de 1900 la Comisión Filipina a través de la ley n° 5 instaba a la creación de un servicio civil honesto y eficiente que el Consejo Filipino de Servicio Civil se encargaría de desarrollar en los siguientes años, así, para 1903 habían sido examinados más de 9.000 candidatos (la mayoría en español) con preferencia de los filipinos sobre antiguos militares (soldados, marineros y marines) del ejército de Estados Unidos y ciudadanos estadounidenses<sup>1210</sup>;

- **Gobierno Local:** en 1899 las autoridades militares estadounidenses aprobaron la Orden General n° 43 por la que se llamaba a crear las bases de gobiernos municipales elegidos por sufragio censitario (sólo los alfabetizados y propietarios podrían votar) con el fin de ir adaptando a los filipinos al nuevo modelo democrático; en Filipinas el sistema local de gobierno fue una de las razones tanto de la rápida participación filipina en la administración colonial (las primeras elecciones municipales se celebraron en 1901, y las provinciales dos años más tarde) como del carácter descentralizado de la misma<sup>1211</sup>; los presidentes municipales, o alcaldes, serían supervisados por los gobernadores provinciales quienes remitían sus informes al Despacho Ejecutivo de la Comisión Filipina en Manila, a su vez, los consejos provinciales eran supervisados por el tesorero de los mismos, siempre un funcionario estadounidense, quien además de ser su responsable económico era el que controlaba las acciones del gobernador provincial y su equipo<sup>1212</sup>.

---

<sup>1206</sup> *Ibíd.*, sección 9.

<sup>1207</sup> *Ibíd.*, sección 10.

<sup>1208</sup> *Ibíd.*, sección 5.

<sup>1209</sup> *Ibíd.*, secciones 6 y 7.

<sup>1210</sup> *Ibíd.*, p. 166-167.

<sup>1211</sup> GO & FOSTER, *op. cit.*, p. 182-185.

<sup>1212</sup> *Ibíd.*, p. 198.





Así pues, en los primeros años de ocupación, Estados Unidos construyó su Estado colonial a la vez que emprendía los primeros esfuerzos de democratización, centrados en la incorporación paulatina de determinados sectores de la población local en la administración civil de las islas, eso sí, dentro del orden marcado desde Washington y Manila. Al heredar una férrea división racial del anterior sistema español (que dividía a la población en tres clases, la superior formada por españoles y *creoles*, filipino-españoles, una intermedia integrada por los mestizos y la clase baja, y más numerosa, constituida por indios, chinos e infieles, tanto moros como igorotes<sup>1216</sup>) Estados Unidos se sirvió de las élites ilustradas y los potentados locales para iniciar la asimilación del modelo republicano y democrático, un proceso, que como se verá a continuación, ayudó a la pervivencia de un sistema caciquil y descentralizado que ha informado desde entonces la vida política filipina.

Una de las razones que explican dicha evolución puede encontrarse en la negativa del congreso estadounidense a anular las tarifas impuestas a los productos filipinos, a través del Proyecto de Ley Spooner de 1901 y de la Ley de Tarifas Filipinas de 1902 éstas se vieron reducidas en un escueto 25 por ciento, además de limitar la superficie de compra de tierra filipina por corporaciones nacionales a un máximo de 1.024 hectáreas<sup>1217</sup>; todo ello frustró los planes que tenían Taft y Root, como secretario de Guerra y máximo responsable en la administración de las colonias, para aumentar el volumen de inversiones hacia el archipiélago. Al negar el libre comercio de Filipinas con Estados Unidos el Congreso era consecuente con las decisiones tomadas desde el comienzo de la ocupación (ésta, a diferencia de los precedentes latinoamericanos, se caracterizó por ser un colonialismo formal, con las Filipinas como propiedad estadounidense quien retenía su soberanía y controlaba su territorio, además de tratarse de un colonialismo administrativo, no poblacional) puesto que ya el Tribunal Supremo de Estados Unidos en 1901, al decidir sobre el *status* definitivo de las Filipinas, las había declarado *territorios no incorporados* y por tanto no susceptibles de aplicación de la Ordenanza del Noroeste, es decir, las Filipinas tendrían un sistema económico-político distinto al de Estados Unidos, consecuentemente su financiamiento correría a cargo por entero de las propias islas, sin depender de Estados Unidos, que no correría con los gastos más allá de la misma ocupación<sup>1218</sup>.

El que la Comisión Filipina tuviese que valerse únicamente de la recogida de impuestos para sufragar la construcción del Estado colonial, fomentó tanto la descentralización del sistema como la autonomía y auge de las élites locales<sup>1219</sup>, ya que éstas eran esenciales a la hora de recaudarlos, sobre todo en el campo, donde las medidas tomadas por Estados Unidos no favorecieron la desconcentración agraria (incluso tras la compra de los terrenos pertenecientes a la Iglesia española pactada con el Vaticano en 1902<sup>1220</sup>) y los terratenientes filipinos se las arreglaron para controlar aun más una agricultura basada desde los tiempos de la colonización

---

<sup>1216</sup> *Ibíd.*, p. 39.

<sup>1217</sup> GO & FOSTER, *ob.cit.*, p. 196.

<sup>1218</sup> *Ibíd.*, p. 4-9.

<sup>1219</sup> *Ibíd.*, p. 199.

<sup>1220</sup> KRAMER, *ob.cit.*, p. 209.



española en la exportación de mercancías<sup>1221</sup>, procesos ambos, concentración económica y monopolio político, que se reforzaban mutuamente.

Pero eso sucedía en las regiones ya pacificadas, el régimen dual establecido por Estados Unidos creaba dos provincias especiales donde el Ejército aun luchaba por doblegar la resistencia y donde el Gobierno Civil aun no había puesto un pie, además, ambas provincias compartían la característica de estar pobladas por pueblos no cristianos, dejando traslucir una vez más los tintes raciales de la nueva tutela estadounidense. En la provincia de la Montaña, situada al norte de la isla de Luzón, en la región de la Cordillera y habitada por la tribu animista de los Igorotes, la guerra no finalizó hasta 1903, para entonces la Comisión Filipina ya se había hecho con el control de la región si bien no aplicándole el mismo régimen administrativo que al resto de provincias bajo su control, sino “tratándola como su reserva privada”<sup>1222</sup> al sustraerla del escrutinio de la Asamblea Filipina y siendo sus gobernadores estadounidenses y no filipinos como en el resto de provincias pacificadas, además, en lugar de recaudar impuestos, en dicha provincia se recurrió a los trabajos forzados a modo de pago fiscal. Hasta 1908 no se constituiría oficialmente la Provincia de la Montaña.

En la segunda provincia, la Mora, establecida al sur de la isla de Mindanao y poblada por musulmanes, Estados Unidos heredó de nuevo los problemas españoles a la hora de colonizar a las poblaciones no cristianizadas de las islas. Al inicio de la ocupación, la firma del Tratado de Bates en 1899 con el sultán de Jolo obligaba a los estadounidenses a reconocerle ciertos privilegios (como el gobierno indirecto y la permanencia de la esclavitud) a cambio de que permaneciera neutral en el conflicto con los nacionalistas y reconociera la soberanía de Estados Unidos sobre Filipinas; pero una vez finalizada la guerra, el Ejército estadounidense asumió el mando de la recién creada Provincia Mora con el fin de acabar con el supuesto desgobierno del sultán y asimilar la ley musulmana a la ley filipina, dando comienzo a una guerra que duraría más de diez años y que no finalizaría hasta 1913, durante todo éste tiempo, la Provincia Mora estuvo bajo la jurisdicción militar del ejército estadounidense. Ni los esfuerzos por cambiar el modelo de segregación español, creando el Despacho de Tribus no-Cristianas para el estudio de las mismas, con el propósito de gobernarlas más eficazmente y lograr su asimilación con respecto al resto del pueblo filipino, ni las campañas militares<sup>1223</sup>, impedirían que durante más de la primera década de ocupación estadounidense, las regiones musulmanas vivieran desconectadas del resto de la evolución nacional. De hecho, ambas provincias, permanecerían entre las más retrasadas económicamente de las Filipinas, aumentando así tanto su resentimiento como sus aspiraciones separatistas<sup>1224</sup>.

En los primeros años de administración de las regiones donde la Comisión Filipina aplicaba la letra de la Ley Orgánica Filipina de 1902 cabría describir al régimen estadounidense de “colonialismo calibrado”<sup>1225</sup>, por cuanto las autoridades

<sup>1221</sup> SMITH, ob.cit., p. 51-55.

<sup>1222</sup> GO & FOSTER, ob.cit., p. 237.

<sup>1223</sup> *Ibíd.*, p. 127.

<sup>1224</sup> *Ibíd.*, p. 164.

<sup>1225</sup> KRAMER, ob.cit., p. 191.



coloniales intentaban compaginar al mismo tiempo la asimilación nativa (en especial a través de sus élites) al modelo republicano y democrático con la devolución paulatina de la responsabilidad política a los filipinos dentro de una limitación temporal del mandato estadounidense<sup>1226</sup>. Para mediados de 1903 se habían creado cerca de 1.100 municipalidades en las 31 provincias establecidas por la Comisión Filipina<sup>1227</sup>, dicho sistema, junto a la creación de la Asamblea Filipina cuatro años más tarde, fue el cauce que las élites locales siguieron para insertarse en el sistema colonial, primero a través de las municipalidades, luego el Gobierno provincial y más tarde en la Asamblea, convirtiéndose así en pieza imprescindible del Gobierno Colonial, de hecho, Taft se valdría del Partido Federalista para cooptar a la élite ilustrada en los primeros años de ocupación<sup>1228</sup>, ya que representaba a las élites colaboracionistas y prodemocráticas de la sociedad filipina.

La cuestión clave sobre la que giraba la lógica de la dominación colonial era la de la *capacidad* filipina para autogobernarse, los estadounidenses argumentaban que la falta de capacidad filipina para el autogobierno les imponía una responsabilidad moral de ayudarles en el progreso hacia la libertad, es decir, bajo la tutela de Estados Unidos las Filipinas podrían formar parte algún día del grupo de naciones civilizadas; el concepto de capacidad también se empleó a nivel interno, para justificar la especificidad de las provincias especiales, presentando a los no-cristianos poco menos que como bestias incapaces de merecer la bendición de la responsabilidad política, pues no reconocían ni la soberanía estadounidense<sup>1229</sup>.

Un aspecto esencial donde se debía demostrar dicha capacidad era en el campo de la seguridad, a medida que Estados Unidos pacificaba las islas reducía su despliegue militar en el archipiélago, pasando de 71,528 soldados en 1901 a 17.748 en 1903<sup>1230</sup>, el vacío lo llenaría la nueva fuerza policial filipina, a quien el Departamento de Guerra traspasaría el control del orden civil, y para 1904 sólo 345 oficiales estadounidenses lideraban a más de 7.000 policías filipinos. En la Provincia de la Montaña se incorporó a los igorotes para formar parte de los cuerpos policiales, con ello se pretendía mantener alejados a los filipinos de las tierras bajas de los igorotes con el fin de evitar conflictos interraciales, aumentando así la distancia entre ambas poblaciones<sup>1231</sup>.

El colonialismo calibrado si bien ayudó a la incorporación de las élites a la administración colonial, legitimándola así en cierto modo, también implicó una serie de fallos que empañarían el proceso de asimilación y el progreso hacia el autogobierno. Una de las consecuencias más evidentes de la descentralización del modelo aplicado en las Filipinas fue el aumento de la corrupción a nivel local y provincial, a medida que las élites locales se hacían con el mando de la administración, pues sus puestos se prestaban al enriquecimiento fraudulento fruto de los beneficios ilegales en la contratación de contratos en infraestructuras con

---

<sup>1226</sup> *Ibíd.*, p. 191.

<sup>1227</sup> GO & FOSTER, *ob.cit.*, p. 151.

<sup>1228</sup> KRAMER, *ob.cit.*, p. 173.

<sup>1229</sup> *Ibíd.*, p. 210 y GO & FOSTER, *op. Cit.*, p. 163.

<sup>1230</sup> GO & FOSTER, *ob.cit.*, p. 265.

<sup>1231</sup> *Ibíd.*, p. 238.



empresas estadounidenses<sup>1232</sup>, la recaudación de impuestos a través del uso privado de las fuerzas policiales<sup>1233</sup>, y todo tipo de tropelías y desmanes que fueron denunciados tanto por la población filipina como por los contratistas estadounidenses que veían en peligro sus beneficios<sup>1234</sup>; de hecho, las autoridades coloniales llegaron a esgrimir el alto nivel de corrupción como una señal de la falta de madurez filipina para el autogobierno, es decir, como una muestra de su incapacidad que obligaba a postergar su independencia por tiempo indefinido<sup>1235</sup>. El que fueran los propios estadounidenses los encargados de valorar el grado de capacidad filipino les convertía en los jueces únicos en la concesión de autogobierno, la promesa de autogobierno que limitaba el dominio de Estados Unidos se compensaba así con su capacidad exclusiva de juzgar la madurez filipina.

La corrupción más que un fenómeno aislado era la consecuencia de otros dos fallos graves en la administración colonial, la descentralización y la oligarquía instalada en los niveles locales y provinciales de gobierno, lo que Robinson denomina poliarquía y que según el autor caracterizaría toda intervención estadounidense a favor de la democratización<sup>1236</sup>. Ambas, descentralización y poliarquía, se reforzaban mutuamente a medida que las élites ilustradas y agrarias ganaban poder en la estructura estatal colonial. La falta de una resistencia firme una vez sofocada la lucha armada puede explicarse en parte gracias al acceso de las élites al poder, lo que unido a la promesa de autogobierno desarboló por completo la unidad de un posible movimiento independentista<sup>1237</sup>, por si fuera poco, la inclusión en la administración de una nueva élite ilustrada, opuesta a la tradicional agraria<sup>1238</sup>, redujo aun más la unidad del nacionalismo filipino. Las incongruencias del modelo aplicado por Taft tendrían sus raíces precisamente en la mezcla de viejas recetas coloniales, como la captación de élites, con nuevos enfoques progresistas, como la incorporación filipina al sistema administrativo al mismo tiempo que se intentaba que éste fuera más efectivo<sup>1239</sup>, lo que a la postre indujo a pensar a numerosos estadounidenses que se había ido demasiado lejos muy pronto en la concesión de privilegios a los filipinos<sup>1240</sup>.

Cuando Taft decidió a finales de 1903 abandonar las islas para regresar a Washington y convertirse en el nuevo Secretario de Guerra, los cambios no se hicieron esperar con la llegada del nuevo gobernador general, Luke Wright, quien alteraría por completo el sistema de alianzas organizado por su predecesor en un intento por cercenar la autonomía local y aumentar la centralización del Gobierno Colonial<sup>1241</sup>. Wright pasó a un sistema de patronazgo más conservador que reconocía menos poder a las élites locales, con un aumento de la represión de las fuerzas

---

<sup>1232</sup> KRAMER, ob.cit., p. 167.

<sup>1233</sup> GO & FOSTER, ob.cit., p. 191.

<sup>1234</sup> KRAMER, ob.cit., p. 176.

<sup>1235</sup> *Ibíd.*, p. 372.

<sup>1236</sup> ROBINSON, William I., *Promoting polyarchy. Globalization, US intervention and hegemony*, Cambridge University Press, 1996.

<sup>1237</sup> GO & FOSTER, op. cit, p. 256.

<sup>1238</sup> *Ibíd.*, p. 267.

<sup>1239</sup> *Ibíd.*, p. 157.

<sup>1240</sup> KRAMER, ob.cit., p. 291.

<sup>1241</sup> *Ibíd.*, p. 291.



policiales como instrumento de domino colonial, siendo instrumentalizadas para labores de contrainsurgencia en perjuicio de sus propias policiales, como por ejemplo a la hora de cumplir con la Ley de Reconcentración de junio de 1903, que permitía la reconcentración de poblaciones bajo la autorización del gobernador general. Los esfuerzos por recuperar el control administrativo se plasmaron en la Ley de Reorganización de 1905, por la que se aspiraba a una mayor responsabilidad fiscal, a lograr una burocracia consolidada y una estandarización de procesos<sup>1242</sup>. A todo ello se unieron los programas económicos del Secretario de Economía de Wright, W. C. Forbes, quien impulsó una política de desarrollo material como segundo pilar del domino estadounidense, eso sí, desarrollada de arriba a abajo, fuertemente tutelada<sup>1243</sup>.

Para entonces, la victoria japonesa sobre Rusia en 1905 supuso un acicate para el nacionalismo en todo el sudeste asiático al que Filipinas no fue inmune. Tanta fue la preocupación estadounidense que el Presidente Roosevelt se apresuró a firmar un tratado con Japón por el que se reconocía su control de la península coreana a cambio de no abrigar intenciones hostiles hacia filipinas<sup>1244</sup>.

En cualquier caso, la dureza de la administración de Wright produjo tal malestar que Taft se vio obligado a reenviarle como embajador a Japón y nombrar nuevo gobernador general para las Filipinas<sup>1245</sup> ante la llegada de las primeras elecciones parlamentarias. De todos modos, el régimen no se debilitó con la marcha de Wright, como lo demuestra la aprobación de la Ley nº 1511 de julio de 1906, por la que todo hombre filipino capaz debía trabajar al menos cinco días al año en la construcción de carreteras y su mantenimiento o pagar la suma equivalente a dicho trabajo<sup>1246</sup>. Tal medida era entendida por Forbes como un medio para aumentar la capacidad laboral filipina, instituyéndose en 1908 el Despacho de Trabajo para políticas laborales y sindicales<sup>1247</sup>, capacidad que donde mejor se ejemplarizaba para las autoridades estadounidenses era en los Scouts y en la Policía Filipina, muestra de los beneficios del progreso local mediante la tutela estadounidense.

En este ambiente de creciente descontento filipino ante el control absoluto del proceso por parte de Estados Unidos se celebraron las primeras elecciones legislativas en julio de 1907. Las elecciones se llevaron a cabo tan sólo en las provincias cristianas pacificadas, con sufragio censitario pues únicamente tenían derecho a voto quienes hubiesen servido en la administración española o lo hicieran en la estadounidense, es decir, un 1,4 por ciento de la población filipina y formada por entero por ilustrados y principales. A pesar de ser unas elecciones de carácter tan restringido sus resultados fueron muy importantes para el devenir de la vida política filipina, pues entrañaron el paso del dominio del Partido Federalista, en el que se había apoyado el régimen colonial hasta el momento, al del Partido Nacionalista (con 16 diputados por 59, respectivamente). Habiendo salido el 90 por ciento de los

---

<sup>1242</sup> *Ibíd.*, p. 309.

<sup>1243</sup> *Ibíd.*, p. 310.

<sup>1244</sup> *Ibíd.*, p. 296.

<sup>1245</sup> *Ibíd.*, p. 299.

<sup>1246</sup> *Ibíd.*, p. 314.

<sup>1247</sup> GO & FOSTER, *ob.cit.*, p. 262.



parlamentarios elegidos del sistema colonial estadounidense (el resto del español y de la efímera República de Malolos), se garantizaba una mayor adaptabilidad al dominio de Estados Unidos<sup>1248</sup>. Aunque la Asamblea contaba con escasos poderes legislativos, e incluso estos eran supervisados por la Comisión Filipina, las autoridades coloniales veían en ella un instrumento esencial del proceso tutelado hacia el autogobierno y en éste sentido, como una prueba inequívoca de la capacidad política filipina; por el contrario, la nueva élite nacionalista entendía la Constitución de la nueva Asamblea como una señal de la inminente independencia nacional<sup>1249</sup>.

Las interpretaciones divergentes sobre el significado real de la Asamblea Filipina traslucían en verdad diferencias capitales sobre el carácter de la nación filipina y el dominio estadounidense sobre ella, así, para las autoridades coloniales venidas de Washington se trataba de forjar la nación filipina a través de la ocupación y tutela estadounidenses, es decir, el logro de una identidad nacional homogénea se situaba en un futuro controlado por Estados Unidos; por el contrario, la nueva élite del Partido Nacionalista filipino veía a la nación filipina como una realidad y existente en el pasado, no digamos ya en el presente, y por tanto, la cuestión clave no radicaba en construcción de ningún tipo, con sus derivados implícitos de progreso y capacidad, sino que se trataba simplemente de la inmediata concesión de independencia real<sup>1250</sup>.

Así, no es de extrañar que la llegada del Partido Nacionalista supusiera un aumento de las reivindicaciones filipinas de autogobierno, hecho que se dilataría a lo largo de todo el periodo de dominio Republicano en Washington, y por extensión en Filipinas. A medida que se reducía la censura informativa las pretensiones filipinas subían de tono, con peticiones de devolución de poder y de mayor control sobre la administración de las provincias especiales<sup>1251</sup>, ni siquiera acalladas con la concesión por parte de las autoridades estadounidenses del libre comercio total con las islas en 1913, que culminaba una rebaja parcial de las tarifas aduaneras a los productos filipinos de 1909<sup>1252</sup>.

A medida que se acercaba el fin del régimen dual con la pacificación de dichas provincias, la Comisión Filipina cambiaba de un colonialismo calibrado, caracterizado por un proceso de devolución paulatina del poder en medio de un progreso tutelado, a un “indigenismo imperial”<sup>1253</sup> consistente en la utilización de las diferencias raciales como excusa del retraso en la completa concesión del autogobierno, puesto que Estados Unidos temía que la tribalización de la política filipina degenerara en la inestabilidad del sistema en su conjunto, problema el de la estabilidad, que como se verá más adelante, sustituiría al de la capacidad a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 como principal excusa del mantenimiento de la presencia estadounidense en el archipiélago.

---

<sup>1248</sup> KRAMER, ob.cit., p. 301.

<sup>1249</sup> *Ibíd.*, p. 302 y 305.

<sup>1250</sup> *Ibíd.*, p. 300 y 309.

<sup>1251</sup> *Ibíd.*, p. 341.

<sup>1252</sup> *Ibíd.*, p. 394.

<sup>1253</sup> *Ibíd.*, p. 289.



Por tanto, en los primeros años de administración civil Estados Unidos desarrolló su internacionalismo conservador aplicándolo a las nuevas colonias, siendo en las Filipinas donde se encontraría con las mayores dificultades a la hora de implementarlo. Las contradicciones entre el discurso redentor y las prácticas imperialistas se tradujeron en un aumento del descontento y las reivindicaciones nativas que ponían en cuestión el modelo aplicado, pues mientras Estados Unidos proclamaba como su fin último la construcción de una nación filipina libre e independiente, los métodos para lograrlo colocaban a esa misma nación bajo la rígida tutela de unos Estados Unidos que en numerosas ocasiones parecían anteponer diversos intereses nacionales (económicos, geoestratégicos...) a los de los propios filipinos.

Con la llegada de Woodrow Wilson a la Casa Blanca, la promesa de un cambio de rumbo aumentó las expectativas de los nacionalistas en el incremento de autonomía y en una pronta independencia, pero como se verá a continuación los importantes cambios no condujeron a la ansiada libertad, sino que el destino filipino continuaría atado a las vicisitudes políticas de la metrópoli.

#### B). LEY de AUTONOMÍA FILIPINA (Ley Jones) de 1916

En diciembre de 1913, W. Wilson lanzaba en un discurso lo que luego se llamó su Promesa de Independencia al declarar que “las Filipinas son ahora nuestra frontera. No sabemos lo que sucede allí ahora, y en poco tiempo espero privarnos de dicha frontera”<sup>1254</sup>; dos meses antes había nombrado a F. B. Harrison como gobernador general con la promesa de ser “fideicomisarios actuando no por el beneficio de Estados Unidos sino por el bien de las Filipinas”<sup>1255</sup>.

En la práctica, la nueva estrategia estadounidense se materializó en un proceso de filipinización de la administración colonial y en la aprobación de la Ley Jones que sustituía a la Ley Orgánica Filipina de 1902 como marco legal colonial. Por lo que respecta a la incorporación filipina a la administración, en seis años se logró reducir el porcentaje de estadounidenses en la misma de un 29 a un 6 por ciento<sup>1256</sup>, afectando a todos los niveles, desde el provincial, donde incluso en la Provincia de la Montaña hubo hasta 1924 un gobernador filipino, hasta el Ejecutivo, pasando los filipinos a ser mayoría en la Comisión Filipina.

El texto definitivo de la Ley Jones no fue aprobado hasta 1916, tras dos años de duras negociaciones entre los representantes Republicanos y Demócratas. Inicialmente, los Demócratas abogaban por la concesión de independencia filipina en diferentes modalidades, o bien tras la elaboración de un nuevo censo en 1925 con la intención de celebrar un referéndum de independencia o bien con fijación unilateral de una fecha de independencia (ocho años) unida a un tratado de permanencia militar en las islas de 20 años, todo ello rechazado por los Republicanos.

---

<sup>1254</sup> WILSON, Woodrow, primer discurso anual del 2 de diciembre de 1913, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29554&st=&st1=#axzz1Gmfgl6sc](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29554&st=&st1=#axzz1Gmfgl6sc)

<sup>1255</sup> *Ibíd.*

<sup>1256</sup> KRAMER, *ob.cit.*, p. 353. .



La oposición Republicana a los planes antiimperialistas de un sector Demócrata se vio reforzada por la postura pro imperial de varios sectores de la sociedad estadounidense, pues a determinados oficiales coloniales de alto nivel se les sumaban el mundo de los negocios, con la Compañía Filipino-Americana a la cabeza, y la Iglesia Católica estadounidense, una vez se “americanizó” a la iglesia filipina; el movimiento contaba con la Sociedad Filipina como organización más visible, encargada de diseminar el conocimiento de las islas entre los norteamericanos, pero en realidad dedicada a la propaganda “retencionista”<sup>1257</sup>.

Los debates en Estados Unidos traslucían el cambio de rumbo que comenzaba a darse con el paso del internacionalismo conservador al liberal democrático, y que en las Filipinas se plasmó, además de con la filipinización, con la aprobación de la Ley de Autonomía Filipina, o Ley Jones por el Congresista Demócrata de Arkansas, William A. Jones, quien venía proponiendo la fijación de una fecha para la independencia filipina y sobre cuyas propuestas se redactó y aprobó el texto final de la Ley en agosto de 1916.

En el preámbulo de la misma se hacía hincapié en que su propósito era

proveer de un Gobierno más autónomo a aquellas islas, por cuanto nunca fue la intención del pueblo de Estados Unidos en los prolegómenos de la guerra con España convertirla en una guerra de conquista o para el engrandecimiento territorial; y por cuanto es, y siempre ha sido, el propósito del pueblo de Estados Unidos el retirar su soberanía sobre las Islas Filipinas y reconocer su independencia tan pronto como un Gobierno estable pueda ser establecido allí, y por cuanto para el rápido logro de tal propósito es deseable colocar en las manos del pueblo de las Filipinas tanto control de sus asuntos domésticos como pueda serles dado<sup>1258</sup>

Sin menoscabo de la autoridad estadounidense sobre la islas

para que, mediante el uso y ejercicio del derecho al voto popular y de los poderes gubernamentales, puedan estar lo mejor preparados para asumir completamente las responsabilidades y disfrutar de todos los privilegios de la completa independencia<sup>1259</sup>

Por tanto, la Ley respondía a los planteamientos del nuevo Presidente Demócrata, W. Wilson, quien siempre había mostrado su voluntad de conceder la independencia a las Filipinas una vez mostraran su capacidad para el autogobierno, capacidad que con la nueva regulación trataba de aumentar de forma rápida y eficaz, de hecho, las mayores novedades se dieron en el poder Ejecutivo y Legislativo, donde los filipinos vieron cómo sus competencias se incrementaban con respecto al anterior sistema:

---

<sup>1257</sup> *Ibíd.*, p. 358.

<sup>1258</sup> Ley de Autonomía Filipina consultada íntegramente en [www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1916\\_philippine\\_autonomy\\_act.html](http://www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1916_philippine_autonomy_act.html)

<sup>1259</sup> *Ibíd.*



- **Poder Ejecutivo:** desaparecía la Comisión Filipina, sustituida por un Gobierno Filipino presidido por el Gobernador General de las Islas Filipinas, nombrado por el Presidente de Estados Unidos, quien propondría al Senado filipino el consentimiento a sus propuestas del resto de miembros gubernamentales, estableciéndose el Despacho de Tribus no Cristianas para la supervisión de sus asuntos públicos; el vicegobernador también pasaba a ser nombrado por el Presidente de Estados Unidos, estando al frente del Departamento Ejecutivo encargado de las materias de educación y salud; otra figura importante era la del Auditor “quien examinará, auditará, y saldará todas las cuentas pertenecientes a los ingresos y recibos de cualquier fuente del Gobierno Filipino y de los gobiernos provinciales y municipales de las Filipinas”<sup>1260</sup>, siendo supervisado por el Gobernador General<sup>1261</sup>;

- **Poder Legislativo:** la desaparición de la Comisión Filipina cambiaría por completo su fisionomía, pues se establecería un verdadero Senado, cuyos miembros serían elegidos para términos de seis y tres años, aportando cada distrito senatorial (16 en total con la nueva división) dos Senadores; la legislatura filipina se completaba con la cámara baja o Casa de Representantes, formada por cada representante elegido en los 90 Distritos Representativos en que la presente ley dividía a las islas (incluyendo por primera vez a las antiguas provincias especiales de la Montaña y Mora, ahora Departamento de Mindanao y Sulu); las condiciones para poder votar también se ampliaban respecto al anterior régimen, pues bastaba con ser mayor de 21 años y haber residido al menos por un año en su respectivo distrito y ser ya votante legal bajo la anterior ley, además de tener posesiones por valor de 500 pesos o pagar al menos 30 pesos en impuestos cada año y ser capaz de leer y escribir en español, inglés o cualquier lenguaje nativo; el proceso legislativo estaba supeditado al consentimiento del Gobernador General, pues las propuestas de ley aprobadas por dos tercios de las cámaras debían ser remitidas a éste, si mostraba su conformidad se convertían en ley, si no las aprobaba debía remitirlas al Presidente de Estados Unidos quien decidía sobre su validez, también el Congreso estadounidense tenía potestad para anularlas pues toda ley filipina le era remitida<sup>1262</sup>;

- **Poder Judicial:** no hubo mayores cambios en el apartado judicial, los miembros del Tribunal Supremo Filipino eran nombrados por el Presidente de Estados Unidos bajo en consentimiento del Senado estadounidense, el resto de jueces de primera instancia eran nombrados por el Gobernador General con el consentimiento del Senado Filipino; en cuanto al sistema procesal continuaban las mismas garantías que en la anterior ley, sólo suspendidas en caso de rebelión, insurrección o invasión, por el presidente de Estados Unidos o el Gobernador General<sup>1263</sup>.

Como puede apreciarse, la Ley de Autonomía Filipina concedía mayores poderes a los filipinos pero seguía fijando la fecha de la independencia para cuando se dieran las condiciones adecuadas que aseguraran un autogobierno eficaz, es decir, la capacidad continuaría siendo juzgada por las autoridades estadounidenses, lo que

---

<sup>1260</sup> *Ibíd.*

<sup>1261</sup> Sobre el Poder Ejecutivo consultar secciones 21 a 25 de la Ley de Autonomía Filipina.

<sup>1262</sup> Sobre el Poder Legislativo consultar secciones 12 a 20 de la Ley de Autonomía Filipina.

<sup>1263</sup> Sobre el Poder Judicial consultar secciones 3, 26 y 27 de la Ley de Autonomía Filipina.



cambiaba era que éstas delegaban mayores áreas de autoridad con el fin de agilizar el proceso de aprendizaje local y con ello acortar los plazos hacia la plena autonomía.

Con la I Guerra Mundial los filipinos esperaban que las esperanzas de una pronta independencia se vieran cumplidas, ya que a la bancarrota europea, que supuso el fin del mito de la superioridad moral Occidental, se unirían tanto la utilización de los principios wilsonianos por parte del nacionalismo filipino como la colaboración filipina en los esfuerzos de guerra estadounidenses (si bien el escuadrón filipino nunca entró en combate), que se esperaba rindiese réditos políticos. Aun con todo, la Administración Wilson no se movería del patrón establecido, negándose incluso a la presencia filipina en las negociaciones de paz de París como delegación independiente<sup>1264</sup>. De hecho, más que acercarse a la independencia lo que se produjo durante la etapa Demócrata fue, en palabras de Kramer, una “filipinización del fardo del hombre blanco”<sup>1265</sup> pues al enfrentarse los nuevos cargos filipinos a las dificultades de organizar el control de un archipiélago tan complejo, se vieron en la tesitura de aplicar a los no-cristianos los mismos métodos imperiales de asimilación que Estados Unidos les había impuesto con anterioridad, pues para el mismo autor, con la cooptación de las élites cristianas se pasó de un indigenismo imperial a un colonialismo nacionalista donde las minorías no-cristianas se veían impelidas a la asimilación o al abandono<sup>1266</sup>, mientras importantes áreas permanecían sujetas aun al control colonial estadounidense, como las provincias, cuyos gobernadores provinciales no respondían al Legislativo filipino sino ante el Gobernador General.

Sólo al final de su mandato habló Wilson de conceder la independencia a las Filipinas, convirtiéndose así en el primer Presidente de Estados Unidos en hacerlo, pero la victoria republicana de 1920 supuso el fin de la aplicación del internacionalismo liberal democrático de Wilson y la vuelta a los postulados menos ambiciosos del internacionalismo conservador.

Si bien el internacionalismo liberal democrático supuso para las Filipinas un incremento de la autonomía local respecto al dominio colonial, la nueva Ley Jones no colmaría las aspiraciones del nacionalismo filipino, pues la influencia estadounidense era aun demasiado pesada como para ignorarla; de hecho, ni siquiera el Presidente Wilson pudo en ningún momento zafarse de los intereses nacionales a la hora de afrontar los esfuerzos democratizadores en el archipiélago, aunque su visión se encontraba más acorde con los deseos de independencia filipinos que la postura republicana, que no dudaba en supeditar el futuro filipino a los intereses nacionales. Así pues, la política exterior de Estados Unidos para Asia no dejó de estar presente en la forma de organizar el control de las Filipinas<sup>1267</sup>, por no mencionar siquiera la imposibilidad de conceder la independencia a unas islas tan importantes estando Estados Unidos inmerso en una guerra mundial.

---

<sup>1264</sup> KRAMER, ob.cit., p. 383-386.

<sup>1265</sup> *Ibíd.*, p. 381.

<sup>1266</sup> *Ibíd.*, p. 374.

<sup>1267</sup> Para Kramer, las tres prioridades de la política exterior de Estados Unidos respecto a Asia en 1914 eran: hacia China la economía y el dominio naval imperiales indirectos (para asegurar la política de Puertas Abiertas), para Filipinas, Samoa y Guam continuación del colonialismo formal, y a nivel doméstico el control de la inmigración china y japonesa. KRAMER, ob.cit., p. 349.



Durante la década de 1920 los Republicanos intentaron deshacer el legado Demócrata al criticar la filipinización ante los informes y pruebas presentados con los numerosos fallos en la administración filipina, llevando a cabo un intento sistemático de *americanización* administrativa para recuperar el control del Gobierno Colonial, lo que produciría un aumento de las tensiones entre la élite local filipina y las nuevas autoridades estadounidenses, en especial, el Gobernador General Leonard Wood, al que se acusaba de romper el equilibrio entre colonialismo e independencia diferida<sup>1268</sup>.

Por si fuera poco, la militarización de Estado colonial, denunciada también por amplios sectores de la sociedad filipina, se vio facilitada por la explosión de numerosas revueltas a lo largo de la década de 1920, con dos tipos de protestas, las primeras de carácter sindical y agrarias, como la rebelión de Colorem de 1923, siendo luchas de escasa duración y que no lograron el apoyo de las élites que claramente no compartían sus intereses, mientras que las segundas fueron movimientos populares que se extenderían también a la siguiente década, como la protesta de Sakdal de 1935, en las que la división social filipina jugó a favor de las autoridades para su rápida disolución<sup>1269</sup>.

La militarización también respondía al nuevo mantra de la estabilidad como principal razón para la expansión del dominio colonial estadounidense, pues se esgrimía el temor a que los cristianos no fuesen capaces de dar un trato justo a las tribus no-cristianas, aumentando de ese modo la inestabilidad interna filipina poniendo así en peligro su futuro político, de ahí que la presencia de Estados Unidos garantizase la estabilidad nacional ayudando a la cohesión interracial<sup>1270</sup>.

Para entonces, la sociedad filipina, dividida en nacionalistas, trabajadores y movimientos indigenistas, no era la única en pedir con mayor insistencia la independencia, pues en Estados Unidos eran cada vez más los sectores interesados en que su país se deshiciese de tan lejana colonia. El principal de dichos movimientos era el conocido como nativista, organizado en torno al problema de la emigración asiática, pedía que se restringiera de forma más enérgica los cupos de inmigrantes chinos y japoneses ante el temor de dejar sin trabajo a los propios estadounidenses, en especial en la costa Oeste. El movimiento afectó desde finales de la década de 1920 a los filipinos, quienes desde el final de la I Guerra Mundial habían aumentado sus niveles de emigración a Estados Unidos vía Hawai<sup>1271</sup>, para los nativistas los filipinos representaban una tercera ola de emigración, tras la china y japonesa, e intentaron a través de la propuesta de ley Welch de 1930, prohibir la entrada de filipinos a los Estados Unidos, que sólo fue rechazada por el Congreso ante los temores de los oficiales coloniales por los daños que tal medida entrañarían para la continuación del dominio estadounidense sobre las islas<sup>1272</sup>.

---

<sup>1268</sup> *Ibíd.*, p. 389.

<sup>1269</sup> GO & FOSTER, *ob.cit.*, p. 262-264.

<sup>1270</sup> KRAMER, *ob.cit.*, p. 368.

<sup>1271</sup> *Ibíd.*, p. 398.

<sup>1272</sup> *Ibíd.*, p. 418.



Otro importante sector preocupado por los efectos negativos que le causaba el control colonial sobre las Filipinas era el comercial, pues con la concesión del libre comercio en 1913 las exportaciones filipinas a Estados Unidos se multiplicaron tras la I Guerra Mundial, sobre todo en la década de 1920 cuando las importaciones de cordaje filipino se incrementaron un 500 por ciento, de aceite de coco un 223 por ciento y de azúcar un 450 por ciento<sup>1273</sup>, precisamente fue el sector azucarero estadounidense el más activo a la hora de pedir una vuelta a las tarifas sobre los productos filipinos, postura concretada en la propuesta de ley Smoot-Hawley, rechazada al igual que la relativa a la inmigración por ser Filipinas aun colonia estadounidense.

En este clima de protestas filipinas y nacionales, el Presidente Demócrata F. D. Roosevelt inmerso también en la recuperación económica tras el crack bursátil de 1929, decidió que era el momento de poner sobre la mesa un calendario para la concesión de la independencia filipina. La primera propuesta estadounidense, la conocida por Ley Hare-Hawes-Cutting, consistía en la llamada a una Convención Constitucional del Legislativo filipino, con la devolución paulatina de todo el poder a un Gobierno supervisado por Estados Unidos, y por un periodo de diez años donde se impondrían tarifas a los productos filipinos, culminando en un plebiscito sobre la independencia. La propuesta, aprobada por el Congreso estadounidense, fue rechazada por el partido nacionalista filipino, comenzando sus líderes a negociar la aprobación de un segundo texto, el Tydings-McDuffie, aprobado en marzo de 1934 por ambas partes<sup>1274</sup>.

La Ley de Independencia Filipina de 1934, o Ley Tydings-McDuffie, se ideó como “una Ley para conceder la completa independencia a las Islas Filipinas, para proveer la adopción de una Constitución y una forma de gobierno para las Islas Filipinas...”<sup>1275</sup>, estipulando en la sección segunda el carácter que dicha Constitución debía tener, dejando poco espacio a la libre voluntad filipina con más de 20 provisiones sobre la misma, estando su aprobación supeditada a la confirmación del presidente estadounidense<sup>1276</sup>, con estipulaciones sobre el aumento de tarifas a los productos filipinos<sup>1277</sup> y restricciones a la inmigración a Estados Unidos<sup>1278</sup>, fijando en diez años a partir de la Constitución del nuevo Gobierno la concesión unilateral por parte estadounidense de la independencia a las Filipinas<sup>1279</sup>, las cuales debían permanecer en un estado de neutralidad perpetuo en cuestiones de política exterior, garantizado por tratados bilaterales firmados por Estados Unidos con el resto de potencias<sup>1280</sup>.

---

<sup>1273</sup> *Ibíd.*, p. 394.

<sup>1274</sup> *Ibíd.*, p. 424.

<sup>1275</sup> la Ley de Independencia Filipina consultada íntegramente en [www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1934\\_philippine\\_independence\\_act.html](http://www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1934_philippine_independence_act.html)

<sup>1276</sup> Sección 3 de la Ley de Independencia Filipina.

<sup>1277</sup> *Ibíd.*, sección 6 y 13.

<sup>1278</sup> *Ibíd.*, sección 8 y 14.

<sup>1279</sup> *Ibíd.*, sección 10.

<sup>1280</sup> *Ibíd.*, sección 11.



### C). CONSTITUCIÓN de 1935

Tras 37 años de la ocupación estadounidense y más de tres décadas de administración colonial con la eterna promesa de la independencia, las Filipinas aprobaban su primera Constitución, cuando ya se había estipulado una fecha definitiva para el fin del domino imperial estadounidense.

Que un aspecto tan fundamental para la democratización de cualquier país como la elaboración de una Constitución sólo se aprobase en la última fase de su presencia colonial, da una idea de las enormes dificultades que afrontó Estados Unidos a la hora de abordar su primer gran reto de Promoción de la Democracia.

Con el nuevo texto la soberanía recaía por primera vez en el pueblo filipino<sup>1281</sup>, quien debía elegir cada seis años al Presidente y Vicepresidente de las Filipinas<sup>1282</sup> al frente del Gobierno de la Commonwealth<sup>1283</sup>, el cual estaba sujeto hasta la proclamación de independencia por el Presidente estadounidense a las obligaciones respecto a los Estados Unidos establecidas en el Tratado de París de 1898<sup>1284</sup>, incluso una ordenanza añadida en 1939 señalaba que todos los ciudadanos de las Filipinas debían lealtad a los Estados Unidos hasta el día en que éste renunciase a su soberanía sobre las islas<sup>1285</sup>, estando su política exterior bajo la supervisión estadounidense también hasta el anuncio de su independencia<sup>1286</sup>, además de estar aun en poder del Presidente de Estados Unidos “el derecho a intervenir para la preservación del Gobierno de la Commonwealth de las Filipinas”<sup>1287</sup>, contando éste con la labor de control del Alto Comisionado de Estados Unidos para el Gobierno de la Commonwealth de las Filipinas<sup>1288</sup>.

Por tanto, Estados Unidos aun se reservaba una gran capacidad de influencia en los asuntos políticos filipinos, incluso cuando ya había puesto fecha a la independencia de las islas. Sin duda, la situación mundial no beneficiaba en absoluto al nacionalismo filipino, pues para la segunda mitad de la década de 1930 Estados Unidos temía la amenaza que el imperialismo nipón representaba para sus intereses asiáticos, dificultando y retrasando así una pronta y efectiva independencia real.

La entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial confirmó los augurios más pesimistas sobre las intenciones japonesas, y las tropas filipino-estadounidenses rindieron el archipiélago a las fuerzas niponas en mayo de 1942. Manila no pudo ser retomada hasta febrero de 1945, cuando el general MacArthur cumplió su promesa de regresar y expulsar a los japoneses, casi año y medio más tarde, el 4 de julio de 1946,

---

<sup>1281</sup> Artículo I, sección 1. Para consultar íntegramente la Constitución filipina de 1935 visitar [www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1935\\_constitution.html](http://www.philippines-archipelago.com/politics/documents/1935_constitution.html)

<sup>1282</sup> *Ibíd.*, artículo VII, sección 2, enmendado en 1940 que reducía el término presidencial a 4 años limitando a 2 los mandatos presidenciales.

<sup>1283</sup> *Ibíd.*, artículo XVI, sección 1 y artículo XVIII, sección 1 en la que se denominaba a la Commonwealth de las Filipinas como República de las Filipinas.

<sup>1284</sup> *Ibíd.*, artículo XVII, sección 4.

<sup>1285</sup> *Ibíd.*, Ordenanza añadida a la Constitución en 1939, sección 1.

<sup>1286</sup> *Ibíd.*, sección 10.

<sup>1287</sup> *Ibíd.*, sección 15.

<sup>1288</sup> *Ibíd.*, sección 16.



fue proclamada la independencia de las Islas Filipinas tras la firma de un tratado con Estados Unidos por el que se le cedían una serie de bases militares por un periodo de 99 años.

#### **5.d. Conclusiones**

El fin del imperio colonial estadounidense sobre las Filipinas puede ser considerado el primer esfuerzo prolongado de Promoción de la Democracia en la historia política de Estados Unidos. En las Filipinas se aplicaron dos visiones que si bien compartían su voluntad de poner a Estados Unidos en el lugar que le correspondía como gran potencia mundial, es especial en sus relaciones con países menos desarrollados, diferían sustancialmente en los métodos aplicados, pues mientras el internacionalismo conservador veía a la Promoción de la Democracia como un instrumento importante, pero, al servicio de los intereses vitales nacionales, el internacionalismo liberal democrático intentó responder a las incongruencias del realismo del anterior modelo haciendo mayor hincapié en los aspectos morales de la política exterior nacional, con ello se pretendía ser más consecuente con los principios y valores estadounidenses alejando a la Promoción de la Democracia de oscuros intereses nacionales para servir mejor a la voluntad desinteresada de propagar el modelo republicano y democrático por el bien de la humanidad, no sólo del estadounidense.

La aplicación simultánea de ambos modelos, con sus diferentes concepciones acerca del grado de autonomía a conceder y las políticas más o menos dominantes, dificultaron las relaciones con la sociedad local, en especial con el nacionalismo filipino, que veía cómo cada adelanto se contrarrestaba por continuas vueltas hacia atrás, y a pesar del innegable esfuerzo estadounidense por democratizar el sistema político filipino, no es menos cierto que durante gran parte del dominio colonial, diversos intereses nacionales, como los económicos o geoestratégicos, jugaron en contra de la Promoción de la Democracia, en perjuicio tanto de los filipinos como de las propias autoridades coloniales.

En todo caso, al desprenderse Estados Unidos de las Filipinas el balance colonial arroja un resultado mixto, pues a pesar de democratizar la vida política del archipiélago, el proceso se llevó a cabo con la colaboración de una élites culturales y, sobre todo, económicas que aprovecharon tal situación para perpetuar y acrecentar su dominio económico sobre el grueso de la población filipina, por no hablar de la problemática integración de la minoría musulmana del Sur de archipiélago, circunstancias que aun hoy día continúan dificultando el proceso democrático filipino.



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION



# Capítulo III

## El Internacionalismo liberal democrático. Segundo ensayo Internacionalista

### 6. W. WILSON: EL INTERNACIONALISMO LIBERAL DEMOCRÁTICO

En los albores de la Gran Guerra es difícil imaginarse un Presidente estadounidense más acorde que Woodrow Wilson con los traumáticos acontecimientos que sorprendieron al mundo entero. Los realistas le denigrarán por su idealismo y los conservadores por su progresismo, quizá los liberales le achaquen un excesivo conservadurismo en temas sociales (sobre todo en lo relativo a la igualdad racial), pero de lo que nadie dudará será de su influencia a lo largo de todo el siglo XX sobre la política exterior de Estados Unidos. Como veremos en el presente apartado, el vigésimo octavo Presidente norteamericano supo dotar a las relaciones exteriores de su país de un anclaje ideológico de raíces morales que en los combates futuros sería la base para la acción exterior de sus sucesores, sin distinción de Partido, y lo más importante, contra los dos totalitarismos a los que haría frente el gigante americano, nazismo primero y comunismo después. Por tanto, se puede decir que con Wilson se inauguró el llamado siglo americano con la Promoción de la Democracia como punta de lanza de la política exterior de Estados Unidos, en sus dos vertientes, tanto a nivel interno (de Estados) como a nivel internacional (de sistema mundial de naciones), componente éste que muchas veces queda eclipsado por el anterior, si bien no dejan de ser las dos caras de una misma moneda.

#### 6.a. Biografía<sup>1289</sup>

Nacido en Stanton, Virginia, el 28 de diciembre de 1856, Thomas Woodrow Wilson fue el tercer hijo de un ministro presbiteriano. Pronto sufriría continuos achaques de salud que incluso le impedirían asistir a clase con regularidad. Durante la Guerra Civil su padre fue capellán castrense del ejército Confederado y su madre

---

<sup>1289</sup> Para los datos biográficos de W. Wilson he consultado GRAUBARD, Stephen “*The Presidents. The transformation of american presidency from Theodore Roosevelt to George W. Bush*”, Penguin Books 2005, paginas 148 a 202 y la Web oficial de la Casa Blanca relativa a la biografía de los Presidentes [www.whitehouse.gov/history/presidents/ww28.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/ww28.html) , y las Web [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org) y [www.wilsonboyhoodhome.org](http://www.wilsonboyhoodhome.org)



ayudaría a transformar su iglesia en un hospital de campaña. Se graduó en Princeton (entonces llamada College of New Jersey) donde publicaría ensayos sobre Bismarck y Pitt, siendo el político inglés Gladstone su modelo de hombre de Estado, a continuación estudió Derecho en la Universidad de Virginia, aunque finalmente lo abandonaría a favor de un doctorado en historia en la entonces novísima Johns Hopkins University de Baltimore, Maryland. Sus obras publicadas sobre el sistema político norteamericano le ayudaron a adquirir buena fama entre el profesorado de su generación, lo que le sirvió para regresar a Princeton en 1890, esta vez como profesor de jurisprudencia y economía política, y desde 1902 como rector. En todo este tiempo, el joven Wilson no renegaría de sus aspiraciones políticas, considerando cada paso como un peldaño más de su carrera política, de ahí que se tomase muy seriamente sus cargos como plataformas desde las que darse a conocer, aunque en ocasiones ello implicase enfrentarse a sus compañeros, como demostraría en Princeton, donde su terquedad para sacar adelante sus reformas ya pronosticaba su futuro unilateralismo al frente de la Casa Blanca. En 1910 se convertiría en Gobernador de New Jersey, y cuatro años después en Presidente de Estados Unidos, puesto que retendría por un segundo mandato consecutivo; también en la escena mundial fue protagonista ya que su gran papel tras el término de la Primera Guerra Mundial le valió la candidatura al Premio Nobel de la Paz de 1919, premio que se le concedería un año más tarde. Tras enviudar y casarse de nuevo, sus problemas de salud le apartarían de la actividad política hasta que el 3 de febrero de 1924, moría a los 67 años<sup>1290</sup>.

### 6.a.1. *Escritos políticos*

Su carácter no fue lo único que moldearía la carrera política de este Demócrata sureño, de sus escritos políticos podemos entresacar las notas rectoras de su posterior comportamiento tanto como Gobernador como Presidente de Estados Unidos, en lo que se ha dado en llamar la “presidencia retórica”. Si bien de sus escritos no se puede colegir un conjunto coherente de pensamientos que forme un *corpus* teórico unitario, sí es cierto que se puede decir que su ideario estaba basado en el historicismo y una interpretación progresiva de la teoría política<sup>1291</sup>, derivados tanto de su fe en el progreso como de la importancia por él dada a la contingencia histórica, no es de extrañar pues, que sus mayores influencias intelectuales fuesen el pensador y político liberal irlandés Edmund Burke, el biólogo inglés Charles Darwin y el filósofo alemán Georg W. F. Hegel. Del primero tomaría sus críticas a la abstracción teórica, y en particular al ahistoricismo que supone fijar el origen del Estado moderno en la teoría del contrato social, para Wilson no era necesario imaginar ninguna teoría abstracta para remontarse al nacimiento de nuestras instituciones, bastaba con estudiar los modelos precedentes para trazar desde entonces su evolución a través del tiempo, y en concreto, el ejemplo del Parlamento inglés le servía como punto de partida para su estudio, y es que según Wilson las teorías del tipo contrato social eran un impedimento para el progreso por cuanto fijaban reglas inmutables al devenir histórico, frenando de ese modo el progreso social, en su lugar,

---

<sup>1290</sup> Considero que es más apropiado ahondar en ciertos aspectos de la biografía de W. Wilson según de avance en su carrera política por la influencia que aquellos tuvieron sobre ésta.

<sup>1291</sup> Sobre sus escritos políticos he consultado “*Woodrow Wilson. The essential political writings*” Lexington Books, 2005, seleccionados y prologados por Ronald J. Pestritto.



Wilson veía en la familia patriarcal el origen del Estado moderno<sup>1292</sup>, y en el status y no en el contrato la fuente original del poder en los primeros pasos de la organización social, más tarde las familias forman tribus que uniéndose entre sí darán lugar a los Estados primitivos, progresión histórica que se deriva también de sus otras dos influencias, Darwin y Hegel.

De la teoría de la evolución de las especies de Darwin, Wilson aplicó a la progresión histórica del Estado antes citada la supervivencia del más apto, es decir, para Wilson los Estados se ordenaban según sus costumbres que con el paso del tiempo se vertirían en leyes consuetudinarias, la primacía de unos Estados y no otros se debería a la diferencia de adaptación de dichas costumbres transformadas en ley, así las más aptas acabarán por dominar a las menos aptas (generalmente a través de la guerra, de este modo, “el aislamiento absoluto de cualquiera de estos primeros grupos hubiese implicado, por supuesto, el estancamiento, lo mismo que seguramente el contacto con otros grupos significaba la guerra”<sup>1293</sup>), así, las instituciones políticas se adaptarían constantemente hasta llegar a las formas que hoy conocemos, y de ahí que para Wilson la democracia fuese el sistema político mejor adaptado para los tiempos modernos. Si la naturaleza del Gobierno había que buscarla en la sociedad ya que aquel es el órgano Ejecutivo de ésta, la democracia era el sistema político más acorde con el progreso actual de la sociedad (“Al mayor desarrollo, el Gobierno Representativo es la forma que mejor permite a la gente libre gobernarse a sí misma”<sup>1294</sup>), de todos modos, y aunque Wilson estimara la clasificación aristotélica de sistemas políticos a efectos prácticos, no creía que sus implicaciones pudiesen aplicarse a las condiciones modernas debido a las diferencias existentes entre la sociedad de la Grecia clásica y la Norteamérica del recién iniciado siglo XX, es decir, que si bien entonces tenía sentido la degeneración anárquica de la democracia, las diferencias entre ambas sociedades la hacía altamente improbable en la actualidad, ya que la ampliación del voto había desbancado a la monarquía y a la oligarquía convirtiendo a la democracia en el sistema imperante (algo que en nuestros días puede resultar evidente pero que no lo era tanto a finales del siglo XIX, cuando Wilson escribía estas líneas, lo que puede dar una idea de su presciencia intelectual), además de ampliar la base de apoyo a los mecanismos democráticos (ya no dependientes sólo de una pequeña fracción de la sociedad, pues se había pasado de un sistema directo a otro representativo, donde el elegido dejaba de ser el Estado para ser sólo representante del pueblo), pues el progreso habría hecho evolucionar el sistema para convertirlo en un sistema mayoritario, donde el objeto del Gobierno debía responder al de la sociedad, que no es otro que el desarrollo, a través de lo que el propio Wilson denominaba “*conservative adaptation*”<sup>1295</sup>, es decir, el Gobierno debe asistir a la sociedad para optimizar los cambios sociales e industriales, no es su tarea interferir o implantar un sistema, tan sólo velar por el interés público (de ahí que abogase por una implantación gradual y siempre conforme con el propio pasado del modelo democrático en aquellas sociedades ajenas al mismo; para Wilson incluso habría sociedades que requerirían aun mucho tiempo para democratizarse, no siendo su modernización política cuestión de un día para otro).

<sup>1292</sup> WILSON, Woodrow, “*The essential political writings*”, dentro del texto “The State” publicado en 1889., Lexington Books, New York, 2005, pag. 35.

<sup>1293</sup> Ibid p. 38.

<sup>1294</sup> Ibid p 128.

<sup>1295</sup> Ibid p. 69.



Pero si el Estado evolucionaba, lo hacía en función de su naturaleza orgánica, de nuevo se enfrenta aquí el legado newtoniano que considera a las instituciones como un mecanismo contra la revolución darvinista que para Wilson implicaba una concepción orgánica del Estado, lo que también le acercaba al filósofo alemán Hegel. Junto a su historicismo, en este aspecto comparte con Hegel la primacía que concedía a los individuos sobre el conjunto de la sociedad a la hora de dar cuenta de su desarrollo, lo que sin duda influyó en su modo de entender la figura presidencial, y la preeminencia que concedió a esta sobre el resto de instituciones políticas, así como la confianza, aunque para muchos obstinación, que mostró a la hora de defender lo que pensaba era lo mejor para el nuevo orden mundial que tendría que surgir tras la Gran Guerra<sup>1296</sup>. Para Wilson, el principal fallo de los padres fundadores a la hora de diseñar el sistema político estadounidense fue el establecimiento de una férrea división de poderes (basada en el sistema de *checks and balances*), derivada de la concepción mecanicista de Newton y que intentó diseñar *ad eternum* un sistema político que tendría que soportar todos los cambios socioeconómicos que se presentasen. Desde su Universidad, Wilson contemplaba los rápidos cambios que la industrialización infligía a la sociedad estadounidense, ante ellos y bajo su prisma historicista y progresista, esta solidez institucional le restaba capacidad de adaptación al Estado, entendido como un organismo capaz de adaptarse al progreso que le circunda, para ello Wilson defendía una reforma institucional para superar el enfrentamiento institucional que a su juicio se establecía con el sistema de *checks and balances*, en concreto, proponía el Gobierno de Gabinete con el que los Ministros pertenecerían al Congreso con el fin de devolverle a éste la supremacía perdida a favor de los comités parlamentarios, de todos modos, para Wilson la presidencia sería la institución más importante, por cuanto representaba a la nación en su conjunto y dotaba de coherencia política al Estado, el liderazgo radicaría en la interpretación del

---

<sup>1296</sup> Quizá sea oportuno confrontar lo escrito al respecto por ambos autores, en primer lugar las citas correspondientes a las lecciones impartidas por Hegel en la Universidad de Berlín durante la década de 1820 y que forman el grueso de su libro *Lecciones sobre filosofía de la Historia* Círculo de Lectores, Barcelona, 1996; en la p. 100 podemos leer que “*estos son los grandes hombres de la historia, los que se proponen fines particulares que contienen lo sustancial, la voluntad del espíritu universal*. Este contenido es su verdadero poder y reside en el instinto universal inconsciente del hombre. Los grandes hombres se sienten interiormente impulsados [...] Los pueblos se reúnen en torno a la bandera de esos hombres que muestran y realizan lo que es su propio impulso inmanente”, y en las p. 107-108 “*Los grandes individuos en la historia universal son, pues, los que aprehenden este contenido universal superior y hacen de él su fin* [...] En este sentido hay que llamarlos héroes. No hallan su fin y su misión en el sistema tranquilo y ordenado, en el curso consagrado de las cosas. Su justificación no está en el estado existente [...] y los individuos que cuentan en la historia universal son justamente aquellos que no han querido ni realizado una mera figuración u opinión, sino lo justo y necesario, y que saben que lo que estaba en el tiempo, lo que era necesario, se ha revelado en su interior [...] Han sacado de sí mismos lo universal que han realizado; pero este no ha sido inventado por ellos, sino que existe eternamente y se realiza mediante ellos y es honrado en ellos [...] son los clarividentes; saben lo que es verdad de su mundo, de su tiempo, lo que es el concepto, lo universal que viene [...] son lo más clarividentes de su mundo y los que mejor saben lo que debe hacerse [...] precisamente por esto tienen estos héroes poder en el mundo”; la cursiva es mía para destacar las frases que más debieron influir en el académico Wilson y que a la postre sin duda moldearon su concepción presidencial, él mismo hablaría en 1896, en el artículo del *Harper’s New Monthly Magazine* “First in peace” de “los líderes que tuvieron la visión frente a aquellos que solo tenían la lenta sabiduría de la prudencia y el presentimiento [...] eran la masa de hombres esperando a ser liderados”, y en otro artículo de 1897 del *Atlantic Monthly*, titulado “The making of the nation” puede leerse que “se requerirá un liderazgo del orden más alto para enseñarnos los triunfos de la cooperación, de la auto posesión y de las opciones calmadas de la madurez”. Ambos artículos consultados en <http://cdl.library.cornell.edu>



pensamiento popular, no de las modas de la pasión popular (aquí los partidos políticos jugaban un papel esencial, pues para Wilson serían responsables en buen grado de convertir lo que antes no dejaban de ser intereses locales en verdaderas opiniones nacionales, tarea que había necesitado su tiempo, lo que puede explicar también el enfoque gradual que Wilson tomaba a la hora de pensar en la democratización de otras naciones), además, desde la guerra con España en 1898 el ascenso de Estados Unidos como potencia mundial era indiscutible, lo que en opinión de Wilson otorgaba al Presidente la representación de la nación en la escena internacional, implicando por ello un crecimiento de su oficina y de su relevancia frente a otras instituciones<sup>1297</sup>.

Dejando de lado sus influencias intelectuales, Wilson fue un genuino pensador político norteamericano, para el cual el individuo estaba por encima del grupo, para él, el objetivo de la Independencia fue la defensa de la libertad individual, y por tanto, el Gobierno debía guardar sus derechos, no ejercerlos por él, el Gobierno era un medio a través del cual el individuo se realiza bajo su propia responsabilidad y libertad sin restricciones, siendo la ley la garante de dicha libertad y el nexo de unión entre el individuo y el Estado, para Wilson era necesario que el individuo fuese el sujeto y el objeto de la ley si no se quería caer en el socialismo, pues

no hay más fórmula posible para un Gobierno libre que esta: que las leyes deben tratar con individuales, permitiéndoles elegir sus propias vidas bajo una responsabilidad personal definida a un Gobierno común puesto sobre ellos; y el Gobierno debe regular, no como un superintendente lo hace, sino como un juez, debe salvaguardar, no dirigir<sup>1298</sup>

Según Wilson, la libertad derivaba de la Constitución, de sus principios, y es que entendía la ley como el lubricante del Gobierno, con el Parlamento hablando en nombre de la voluntad popular, y en ocasiones incluso guiándola en sus conclusiones (Wilson desconfiaba de los intereses privados con respecto al bien público, en especial de las grandes corporaciones industriales; algo que como veremos más adelante le acercaría a posiciones progresivistas).

Otro rasgo que define a Wilson como claro representante del pensamiento político estadounidense además de su individualismo, fue su fe en el papel protagonista que le estaba reservado a Estados Unidos en la escena internacional, ya en 1887 había escrito que

si resolvemos este problema pilotaremos de nuevo el mundo. Hay una tendencia- ¿no la hay?- una tendencia apenas vista, pero ya impulsada con denuedo y claramente destinada a prevalecer, sobre, primero la confederación de partes de los imperios como el británico, y finalmente sobre las grandes naciones mismas<sup>1299</sup>

---

<sup>1297</sup> “Nuestro Presidente debe ser siempre, desde ahora, uno de los grandes poderes del mundo [...] No podemos esconder más a nuestro Presidente como un mero cargo doméstico [...] Él debe mantenerse siempre al frente de nuestros asuntos, y su oficina será tan grande e influyente como el hombre que la ocupa.” WILSON, Woodrow, “The essential political writings”, dentro del texto “The State” publicado en 1889, p. 188.

<sup>1298</sup> *Ibíd.* p. 105.

<sup>1299</sup> *Ibíd.* p. 248.



Creencia que la victoria sobre España en la guerra por Cuba no hizo más que reforzarse, entonces Wilson reclamaría para Estados Unidos el deber de poner en la senda democrática a aquellas naciones bajo su protectorado

Puede que no hubiésemos visto nuestra tarea, si las Filipinas no hubiesen caído sobre nosotros por la arbitraria fortuna de la guerra, pero habría sido nuestra tarea jugar el papel que ahora nos vemos obligados a jugar [...] y ahí en particular debe la moral de nuestra política ser erigida y vindicada<sup>1300</sup>

Como se puede apreciar en numerosas ocasiones a la hora de analizar las justificaciones esgrimidas por Estados Unidos para su preeminencia, el componente moral también estaba presente en el pensamiento wilsoniano, quizás aquí su educación calvinista tuviese mucho que decir al respecto.

Otros rasgos definitivamente estadounidenses del pensamiento wilsoniano como su religiosidad, su conservadurismo, a pesar de su adscripción Demócrata, y su progresivismo, serán objeto de estudio en el siguiente punto, para cuando Woodrow Wilson haya dejado el mundo académico, inmerso ya de lleno en la vida política gracias a su candidatura como Gobernador del estado de New Jersey en 1909, segundo paso claro en su carrera hacia la presidencia de Estados Unidos (tras siete años como rector de Princeton).

### **6.a.2. Carrera política**

Aunque el propio Wilson afirmase que el puesto de Gobernador le había poco menos que caído del cielo, lo cierto es que siempre tuvo en mente dedicarse de lleno a la vida política, y no sólo estudiarla desde su despacho. Su determinación le valió primero su candidatura Demócrata al puesto de Gobernador por New Jersey, un feudo tradicional Republicano; ya durante la campaña Wilson había apelado a un alejamiento de los sistemas partidistas para ganarse el voto Republicano, con una promesa de renovación de la política Demócrata, y de transformación de su Partido de clara adscripción sureña a uno de ámbito nacional, sobre todo gracias al progresivismo.

Como se ha visto con anterioridad, Wilson era consciente de las transformaciones que la industrialización acarrearía a nivel socioeconómico, así como de los perjuicios que la misma infligía en la sociedad, de ahí que abrazase el ideario progresivista como medio para paliar los desajustes sociales que causaba la modernización industrial.

En su afán por aglutinar bajo su manto tanto a Demócratas como a Republicanos, Wilson también representaba cierto tipo de conservadurismo anclado, seguramente, a su Virginia natal. Esa herencia sureña<sup>1301</sup>, por mucho que él se esforzase por modernizar y ampliar a escala nacional las bases del Partido Demócrata, se traslucía en importantes aspectos de sus políticas, como por ejemplo en su escaso interés por la igualdad racial, para Wilson, como hemos visto, era impensable que un pueblo alcanzase un nivel de desarrollo superior (si por tal entendemos los avances

---

<sup>1300</sup> SMITH, Tony. “America’s mission. The United States and the worldwide struggle for democracy in the twentieth century”, Princeton University Press, 1994, pag. 63.

<sup>1301</sup> Él mismo afirmaría que “el único lugar en el país, el único sitio del mundo donde nada me debe ser explicado, es el sur”, en [www.wilsonboyhoodhome.org](http://www.wilsonboyhoodhome.org).



técnico industriales de finales del siglo XIX) de un día para otro, en sus propias palabras “la sociedad, como otros organismos, sólo puede ser cambiada por la evolución, y la revolución es la antípoda de la evolución”<sup>1302</sup>, concepción que para Wilson estaba basada en la experiencia norteamericana

estas tareas son típicamente americanas. Siempre ha sido nuestro privilegio y nuestra feliz capacidad mostrar como pueden ser hechas- sin revolución, sin luchas u odio o injusticia, sin la necesidad de derramar, en la frase memorable de Tocqueville, una simple lágrima o gota de sangre de la humanidad<sup>1303</sup>

Si a esto le añadimos su escasa fe en que el Estado pudiera cambiar la naturaleza de la sociedad, comprenderemos mejor lo que seguramente hoy sería entendido como políticas racistas. Otro aspecto de su conservadurismo puede verse en su nacionalismo, aunque este se conjugue también con su moralismo de carácter religioso, sin duda aquí, como veremos, su educación tuvo mucho que ver. Para Wilson, la fortaleza de Estados Unidos residía en gran parte en su sistema político, y a esa fe en la superioridad del modelo estadounidense le añadía un mandato divino para exportarlo, “América nació para ejemplarizar la devoción a los elementos de rectitud moral que se derivan de las revelaciones de las Sagradas Escrituras”<sup>1304</sup>. Él mismo se creía investido por la voluntad de Dios para llevar adelante sus designios, y en particular con respecto a sus vecinos del sur, mostrar “a las naciones del mundo la forma de caminar por los senderos de la libertad”<sup>1305</sup>; de ese modo, a través del nacionalismo de raíz religiosa fue capaz de dotar de un sentido moral a la política exterior de Estados Unidos, o lo que es lo mismo para otros, fue capaz de justificar y legitimar moralmente el ascenso de Estados Unidos al rango de potencia mundial, con todos los privilegios y responsabilidades que ello comportaba.

En los apenas dos años que Wilson fue Gobernador de New Jersey ya se había granjeado fama de intolerante y de no saber agradecer la ayuda de aquellos que le habían aupado en su carrera política<sup>1306</sup>, aunque también supo ganarse el apoyo de un importante sector de la prensa, así, en un editorial de 1911, el *Philadelphia North American* se expresaba de este modo sobre Wilson “no exageramos al declarar nuestra opinión de que ningún otro americano se ha acercado más a Jefferson y Lincoln en maravillosa felicidad y facilidad para encuadrar los problemas y sus soluciones las cuales tocan el americanismo real desde todo ángulo”<sup>1307</sup>. Su victoria en un Estado de tradición Republicana así como su capacidad para formar amplias mayorías de coalición cuando eran necesarias y su facilidad para apelar a la aprobación popular a través de la movilización de las masas, le hizo sonar como candidato Demócrata a la presidencia para las elecciones de 1912. Tras hacerse con el liderazgo de su Partido, Wilson se presentó ante el electorado como la apuesta intermedia entre el radicalismo de T. Roosevelt y el conservadurismo de W. Taft, lo que él mismo denominaba “nueva libertad”<sup>1308</sup>, y que a la postre le valdría la victoria

<sup>1302</sup> WILSON, Woodrow, op.cit. p. 53.

<sup>1303</sup> WILSON, Woodrow, “True americanism”, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1304</sup> STEEL, Ronald “El Presidente Wilson y los neoconservadores” *Política Exterior* nº 97, enero-febrero 2004, p.100.

<sup>1305</sup> Consultado en el art. de William Pfaff “El destino manifiesto de EEUU: ideología y política exterior” *Política Exterior* nº 117, mayo-junio 2007, p. 60.

<sup>1306</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 163.

<sup>1307</sup> Editorial titulado “True Americanism”, 6 de julio de 1911, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1308</sup> GRAUBARD, op. cit., p. 165.



y la presidencia de Estados Unidos<sup>1309</sup>, convirtiéndose de ese modo en el primer y único, hasta la fecha, académico y pensador político en alcanzar la Casa Blanca.

## 6.b. Presidencia

Woodrow Wilson no sólo se convirtió en el vigésimo octavo Presidente de Estados Unidos, con 6,2 millones de votos populares y 435 votos electorales, sino que ganó para su Partido ambas Cámaras Legislativas, la primera vez que los Demócratas dominaban el Congreso y el Senado desde la Guerra Civil. En ello tuvo mucho que ver la división del voto Republicano entre T. Roosevelt, con 4,1 millones de votos populares y 88 votos electorales y el Presidente saliente, W. H. Taft, con 3,4 millones y 8 respectivamente<sup>1310</sup>. Para una mayor comprensión del legado político del wilsonianismo se dividirá el estudio de su presidencia entre los aspectos internos de su Administración y los más vinculados a la política exterior (donde se incluirá también la seguridad nacional).

Por si algunos de sus correligionarios mantenían aún alguna duda sobre la alta consideración que Wilson albergaba para sí y para su nuevo cargo, él mismo dejaría bien claro que su presidencia no sería una más en la historia de Estados Unidos al decir “recordad que Dios ordenó que yo debería ser el Presidente de los Estados Unidos”<sup>1311</sup>.

### 6.b.1. Política nacional

Woodrow Wilson pronto puso en práctica su concepción amplia de la presidencia, tanto a nivel internacional como doméstico, “viéndose él mismo como un Presidente capaz de actuar como un Primer Ministro británico”<sup>1312</sup>. Al considerarse un progresivista<sup>1313</sup>, se desmarcó pronto de la política tradicional Demócrata (aunque no en lo referente a la igualdad racial, pues no nombraría a ningún negro para ningún cargo relevante y no vería nada malo para ambas razas en la continuación de la segregación racial<sup>1314</sup>), consiguiendo en su primer año como Presidente grandes victorias en forma de leyes, como la mayor bajada de tarifas desde la Guerra Civil, en

---

<sup>1309</sup> *Ibíd.* p. 154.

<sup>1310</sup> Datos electorales consultados en [www.ipl.org/div/potus/wwilson.html](http://www.ipl.org/div/potus/wwilson.html).

<sup>1311</sup> GRAUBARD, op. cit., p. 160. Es sorprendente que casi un siglo después, otro Presidente al que se ha acusado de mesianismo político en su acción exterior, G. W. Bush, también se creyese elegido por el mismo Dios para liderar su nación.

<sup>1312</sup> *Ibíd.* p. 163.

<sup>1313</sup> En el discurso de enero de 1915 en Indianápolis diría “lo que quiero destacaros, y creo que esto es lo que el país entero está empezando a percibir, que hay un gran conjunto de hombres en los rangos medios del Partido Demócrata que creen en las políticas progresivistas de nuestros días”, WILSON, Woodrow, discurso del 28 de enero de 1915, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65386&st=&st1=#axzz1Gwj52eny](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65386&st=&st1=#axzz1Gwj52eny)

<sup>1314</sup> Para Wilson la guerra civil americana habría dirimido más una cuestión de homogeneidad entre Estados que una disputa sobre la igualdad racial, “Su resultado fue eliminar un terreno de diferencia social y económica como entre sección y sección que amenazaba con convertirse en permanente, quedando para siempre en el camino de una vida nacional homogénea. La lucha apasionada para prevenir su extensión condujo inevitablemente a su total abolición...” Consultado en el art. de W. Wilson “The making of the nation” *Atlantic Monthly* vol. LXXX- July, 1897- No. CCCCLXXVII <http://cdl.library.cornell.edu>



octubre de 1913, la reforma bancaria pese a la gran oposición Republicana (*Federal Reserve Act*), o la creación en abril de 1914 de la Comisión Federal de Comercio encargada de investigar las violaciones a la legislación *antitrust* (*Clayton Antitrust Act* y *Federal Trade Commission Act*), de todos modos, otras leyes progresistas debieron esperar a su segundo mandato, como la *Keating-Owen Act* de 1916, que restringía el trabajo infantil.

Con él en la presidencia, la sociedad estadounidense dio el paso definitivo desde un pasado liberal a una modernidad más controlada por el Gobierno, proceso que hubo comenzado con su antagonista T. Roosevelt, de la mano de un poder federal en expansión y de carácter benevolente, cuyas leyes fueron la expresión práctica de la injerencia gubernamental, como la Ley de Tarifas Underwood, la creación por su Secretario del Tesoro, W. McAdoo, del sistema de la Reserva Federal con sus doce bancos regionales y de la Comisión de Comercio Federal, que traspasó la iniciativa económica de Wall Street a Washington, además de las leyes *antitrust* como la Clayton o la Ley Federal de Préstamo a granjeros o la Adamson de establecimiento de la jornada laboral de ocho horas; como veremos más adelante, el estallido de la I Guerra Mundial y la entrada de Estados Unidos en ella sólo hizo que reforzar el poder federal, y con ello la figura presidencial<sup>1315</sup>.

Durante su primer mandato Wilson consiguió más que ningún otro Presidente hasta la fecha, en parte debido al control que logró sobre su propio Partido, algo que nadie había conseguido aún, dotando de una disciplina envidiable a su grupo en las votaciones legislativas (éxito del que ninguno de sus predecesores pudieron beneficiarse, pues los Republicanos ni con T. Roosevelt primero, ni con Taft después, alcanzaron tal triunfo a la hora de dominar sus propias mayorías, en especial por lo que al Senado respecta<sup>1316</sup>); de todos modos, su reelección no fue tan sencilla como dichas victorias augurarían, pues venció por estrecho margen a su rival Republicano, Charles Evans Hughes, y gracias a que California se decantó del lado Demócrata<sup>1317</sup>, 9,1 millones por 8,5 de votos populares y 277 a 254 votos electorales, de ese modo Wilson se convertía en el primer Presidente Demócrata reelecto desde Andrew Jackson (1829-1837). Sus principales bazas durante la campaña fueron las promesas de continuar con las reformas progresistas (en su segundo mandato se aprobó la decimonovena Enmienda a la Constitución que garantizaba el voto femenino, y que constituía una ansiada reclamación progresista) y el mantenimiento de la neutralidad de Estados Unidos en la guerra fratricida que asolaba Europa (uno de sus lemas de campaña sería “Él nos mantuvo fuera de la guerra”<sup>1318</sup>), pero como se verá en el siguiente apartado, las repercusiones globales que tendría la I Guerra Mundial serían demasiado trascendentales como para permitir a una potencia mundial como Estados Unidos permanecer al margen del conflicto; y es aquí donde la figura de Woodrow Wilson adquirió talla mundial, ya que de su interpretación de las consecuencias de la Gran Guerra parte la remodelación que su país emprendería del futuro sistema

<sup>1315</sup> JOHNSON, op. cit., p. 627 y 633-639.

<sup>1316</sup> GRAUBARD, op. cit., p. 169.

<sup>1317</sup> *Ibid.* p. 180.

<sup>1318</sup> [www.bartleby.com/124/pres45.html](http://www.bartleby.com/124/pres45.html)



internacional, dando al wilsonismo la categoría de auténtica ideología cimentadora de la política exterior estadounidense desde los años 20 en adelante<sup>1319</sup>.

### 6.b.2. *Política exterior*

Aunque Wilson lograra sacar adelante gran parte de su programa de política interna, los acontecimientos internacionales que desembocaron en la I Guerra Mundial, junto a la evolución política de la cuenca caribeña y del resto de países de Iberoamérica, transformarían su presidencia pasando de una agenda doméstica a una de carácter netamente internacional. De todos modos, no puede entenderse su política exterior como una simple respuesta a los peligros que se le presentaban, para interpretar su legado es necesario examinar tanto el componente teórico como el práctico de su acción externa; en cuanto al corpus teórico que Wilson elaboró como base de aquella, se puede distinguir entre las ideas desarrolladas durante su etapa académica de aquellas surgidas al calor de los sucesos internacionales, y que darían lugar a sus ya célebres catorce puntos y a la internacionalización de la Promoción de la Democracia; por lo que respecta a la práctica de su política aquí cabría dividirla entre sus actuaciones en el continente americano, además de Filipinas, y su participación en la Gran Guerra, con ésta división se puede apreciar mejor las distintas implicaciones del pensamiento wilsoniano derivadas de su ideario político. Comencemos por la teoría.

#### *\*Ámbito teórico*

Del mismo modo que para entender la etapa presidencial es imprescindible hacer mención a su carrera académica y al trabajo realizado en ella, también es fundamental antes de enjuiciar su acción política reseñar, aunque sea mínimamente, los principios teóricos en los cuales estaba basada, no conviene olvidar que la altura intelectual de Wilson corría pareja a su vocación de servicio público, lo que sin duda dio el cariz definitivo a su legado político.

Si por algo es recordado Woodrow Wilson es por su postura tras el final de la Gran Guerra y la creación de la Sociedad de Naciones, pese a que finalmente su propio país rechazase formar parte de la nueva organización internacional. De todos modos, para comprender en toda su extensión y en su justa medida lo que W. Wilson intentaba construir con sus célebres catorce puntos es necesario estudiar qué era lo que él mismo entendía por democracia, pues el alcance real del concepto en la visión wilsoniana difiere, como se verá, sustancialmente de lo que hoy entendemos por Promoción de la Democracia, de ahí que sea ineludible analizar el corpus teórico wilsoniano para no estereotiparlo, y lo que es peor, para no caer en su extrapolación a

---

<sup>1319</sup> KISSINGER, Henry A. *Diplomacy*, citado por SMITH, Tony op.cit., p. 394, nota 40, en la que afirma que Kissinger considera que desde Wilson “todo Presidente americano” ha sido wilsoniano. También en AMBROSIUS, Lloyd E. *Wilsonianism. Woodrow Wilson and his legacy in American foreign relations*, Palgrave Macmillan, 2002, que cita a Kissinger “la victoria intelectual de Wilson probó ser más seminal que ningún otro triunfo político podía haber sido. Ya que, siempre que América ha encarado la tarea de construir un nuevo orden mundial, ha vuelto de una u otra forma a los preceptos de Woodrow Wilson.” p. 8. Para el historiador Ira Katznelson “Wilson importa como el primer Presidente moderno, Wilson importa como la persona que introdujo a Estados Unidos en la geopolítica mundial”, consultado en [www.pbs.org/wgbh/amex/wilson/sfeature/sf\\_legacy.html](http://www.pbs.org/wgbh/amex/wilson/sfeature/sf_legacy.html)



teorías modernas de democratización que muy poco tienen que ver con el genio intelectual del vigésimo octavo Presidente de Estados Unidos.

Lo primero que hay que tener presente, y que distanciaría al wilsonismo de la actual estrategia estadounidense de Promoción de la Democracia es que para Wilson la democracia es un proceso, no un suceso, es decir, en su particular visión de la democracia Wilson no creía que todos los pueblos estuviesen preparados para gobernarse a sí mismos<sup>1320</sup>, pese a pronosticar, quizás prematuramente, que el régimen democrático se estaba imponiendo al resto de sistemas políticos<sup>1321</sup>, tenía muy presente la evolución histórica de su propia nación como para postular la exportabilidad universal del modelo democrático, para Wilson no bastaba con que un pueblo contase con homogeneidad étnica para que éste pudiese dotarse de una estructura estatal autónoma, y mucho menos con un régimen democrático, sino que era esencial que en su devenir histórico fuese capaz de crear una *comunidad de destino* que le confiriese la capacidad de una acción común por encima de intereses particulares, sólo entonces un pueblo estaba maduro para formar parte del grupo de naciones libres y democráticas. Es decir, de lo dicho hasta ahora se desprenden tanto su historicismo como su conservadurismo vistos ya en su etapa académica, historicismo que le llevaba a postular que sólo aquellos pueblos cuyo grado de evolución haya alcanzado el punto adecuado podrían aspirar a gobernarse a sí mismos (“Él creía, como escribió en 1885, que la democracia era “el resultado de la historia, no de la teoría, una creación de la experiencia más que de la especulación”.<sup>1322</sup>), y de su historicismo Wilson derivó su conservadurismo, a pesar de la tremenda novedad que su pensamiento supuso para la política exterior de Estados Unidos<sup>1323</sup>, para él la clave estaba en la reforma, no en la revolución, en adaptar gradualmente las costumbres propias de cada pueblo a las instituciones democráticas

Creo, totalmente, que no puedes destruir orígenes ancianos y plantar el árbol de la libertad de forma segura en un suelo que no sea su suelo natal. Creo que las tradiciones antiguas de la gente son su lastre; no puedes hacer tabula rasa sobre la que escribir un programa político [...] Debes unir lo nuevo dentro de lo viejo<sup>1324</sup>

Wilson tenía una fe desbordante en la primacía del régimen democrático sobre el resto de sistemas políticos, derivada de la experiencia de su propio país y de la certeza sobre la perfecta compatibilidad entre capitalismo y democracia, pero al

---

<sup>1320</sup> En esto también compartía el mismo criterio que Hegel, para quien “todo pueblo, siendo la representación de un grado particular en la evolución del espíritu, es una *nación*, su contextura natural corresponde a lo que el principio natural significa en la serie de las formas espirituales”, HEGEL, op.cit. p. 200.

<sup>1321</sup> “...el avance de la opinión democrática y la diseminación de las instituciones democráticas han sido las más marcadas y las más significativas. Han destruido casi por completo todas las formas puras de monarquía y aristocracia introduciendo dentro de ellas fuerzas imperativas de pensamiento popular y las instituciones concretas de representación popular...” WILSON, Woodrow, op.cit. p. 57.

<sup>1322</sup> AMBROSIUS, op.cit. p. 26.

<sup>1323</sup> “El nuevo enfoque de Wilson sobre las relaciones internacionales no tiene mucho sentido a no ser que se entienda que estaba basado en una comprensión imaginativa de la posterior novedad de la guerra [...] Esta comprensión, que se basaba en una interpretación creativa del peligro que se escondía tras las interpretaciones tradicionales de interés, fue en sí mismo muy moderno tanto en forma como en contenido e hizo del Wilsonianismo un logro intelectual tremendamente original.” NINKOVICH, Frank *The wilsonian century. US foreign policy since 1900*, University of Chicago, 1999. p. 49-50.

<sup>1324</sup> WILSON, Woodrow, op. cit. p. 120.



mismo tiempo era consciente de las limitaciones de su implantación en otros pueblos, “creo en estas cosas, y, después de todo, creo sobre todo en la democracia no sólo para América sino para toda la gente *despierta* que desea e intenta gobernar y controlar sus propios asuntos”<sup>1325</sup>, es decir, para aquellos pueblos maduros para el autogobierno. La llamada Doctrina Wilson<sup>1326</sup> según la cual Washington ya no reconocería a ningún Gobierno del continente americano que hubiese alcanzado el poder de manera inconstitucional, rompía con la tradicional impasibilidad estadounidense frente a aquellos regímenes no democráticos pero que garantizaban la estabilidad interna, Wilson enunció dicha doctrina en diciembre de 1915, puesto que

la libertad es algo fiero e intratable, a la que ninguna barrera se puede poner, ni siquiera la de unos pocos hombres. Todo americano que haya bebido de las fuentes verdaderas del principio y tradición debe suscribir sin reserva la alta doctrina de la Carta de los derechos de Virginia, la cual en los momentos en que nuestro país era creado fue aceptada en todo lugar por nosotros como el credo del hombre libre. Esa doctrina es –El Gobierno es, o debería ser, instituido para el beneficio, protección y seguridad comunes de la gente, nación o comunidad- y que –de todos los varios modos y formas de gobierno, es el mejor el que es capaz de producir el mayor grado de felicidad y seguridad y es más seguro contra el peligro de la mala administración; y que cualquier gobierno que se halle inadecuado o contrario a estos propósitos, la mayoría de la comunidad tiene un derecho indudable e inalienable de reformar, alterar o abolirlo, de tal manera como se considere más acorde con el bien público- [...] Esto es Panamericanismo. No hay ningún espíritu de imperio en ello. Es la encarnación efectiva del espíritu de ley e independencia y libertad y servicio público<sup>1327</sup>

A todo ello habría que añadir, como se verá más adelante, cómo Wilson derivará de los peligros de las políticas de equilibrio de poder la necesidad de democratizar las relaciones entre las naciones al mismo tiempo que su sistema interno, ya que el peligro provendría de la naturaleza del régimen interno (autoritario) que con sus prácticas amenazaría la buena marcha de la sociedad internacional. Aquí radicaría la originalidad y modernidad del discurso wilsoniano y donde su genio académico más le pudo ayudar a alcanzar fama mundial, pues para Wilson tan imprescindible era acabar con los restos de autoritarismo en Europa como ampliar la democratización de los mismos al ámbito del sistema internacional, es decir, democratizar los Estados, y sobre todo los más poderosos como Alemania, y acabar con la diplomacia secreta y sus pactos de no agresión, que irremediamente conducían a la misma, para alcanzar también la democratización de las relaciones interestatales, ambos procesos constituirían la base de la remodelación del sistema mundial que Wilson ambicionaba pero que, como se verá en el apartado dedicado a la Sociedad de Naciones, muy pocos estaban dispuestos a implementar (en una mezcla de reticencia ante el idealismo wilsoniano, persistencia de la rivalidad intraeuropea y atavismo decimonónico).

Otro de los aspectos primordiales del wilsonismo es la valoración que hizo del surgimiento de una poderosa fuerza que a inicios del siglo XX amenazaba con acabar

<sup>1325</sup> WILSON, Woodrow, Discurso del 4 de julio de 1914 en el Independence Hall de Filadelfia, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1326</sup> LOWENTHAL, Abraham F. *Exporting democracy. The United States and Latin America*, John Hopkins University Press, Washington, p. 13.

<sup>1327</sup> WILSON, Woodrow, Tercer Discurso Anual del 7 de diciembre de 1915, [www.presidency.ucsb.edu](http://www.presidency.ucsb.edu)



con la estabilidad mundial, el nacionalismo. Si bien Wilson era acérrimo enemigo tanto de los elementos reaccionarios como revolucionarios de la sociedad<sup>1328</sup>, supo entender que el único modo de apaciguar el sentimiento nacionalista consistía en encuadrarlo dentro de un sistema democrático de gobierno que diese satisfacción a sus reclamaciones más perentorias, ya que ni las anquilosadas autocracias ni los excesos de las nuevas vanguardias, léase comunismo, podían aspirar a domar la fuerza nacionalista, pues sólo la democracia concedería el grado de libertad y justicia necesarios para atemperar los exaltados ánimos políticos derivados de siglos de opresión y arbitrariedad.

Se puede resumir por tanto la concepción wilsoniana de la democracia como el sistema que mejor permite el autogobierno basado en el respeto de la voluntad popular por parte de los gobernantes, elegidos libremente por el conjunto de la ciudadanía; es decir, la democracia para Wilson era el arreglo político que mejor garantizaría la libertad, la igualdad y la justicia en el seno de la sociedad, y todo ello manteniendo al poder bajo el control permanente del escrutinio público y bajo el dictado de sus intereses expresado a través de un régimen periódico de elecciones. Eso sí, Wilson no creyó nunca en su total exportabilidad, para él el sistema democrático era más bien el fruto de una dificultosa evolución que el perfecto diseño de un mecanismo. La democracia daba cuenta del grado de desarrollo de una sociedad determinada, y por tanto nunca intentó su promoción allí donde no se daban, a su juicio, las condiciones mínimas para su supervivencia, y es así que si bien abogó por la independencia y democratización de las naciones europeas pertenecientes a los extintos imperios austro-húngaro y turco (y en menor grado para los pueblos de Oriente Medio, como se verá con más profundidad a la hora de estudiar la Sociedad de Naciones) ni por asomo pensaba lo mismo para los pueblos africanos que dejaron de ser colonias alemanas, para ellos y otros pueblos con distinto grado de desarrollo, se crearía la figura del mandato con el fin de ser tutelados en el camino de la independencia por una sociedad más avanzada, y en teoría alejados de los intereses egoístas del colonialismo decimonónico.

También conviene establecer una separación entre el plano interno de la democratización promulgada por Wilson y su manifestación internacional, ya que aquí radica la novedad y modernidad de su pensamiento. Por un lado Wilson abogaría por la necesidad de democratizar los sistemas políticos tanto de su entorno geográfico y político (como se verá en los casos de México, Haití, República Dominicana y Filipinas) como de las potencias perdedoras, es decir, lo que se podría llamar el nivel estatal de su teoría democrática, y por otro lucharía por dotar al sistema de relaciones internacionales de los atributos democráticos que regirían en el nivel Estatal, y cuya manifestación más notable sería la creación de la Sociedad de Naciones, como institución encargada de la trascendental misión del arreglo pacífico de las controversias, y que formaría parte del nivel internacional (hoy diríamos global) de su modelo democrático. Ambos aspectos, niveles Estatal e internacional, son inextricables para entender el pensamiento wilsoniano y los frutos que de él se derivaron en el transcurso de su presidencia; de todos modos, la Promoción de la Democracia no actuaba en un vacío teórico, sino que Wilson supo conjugarlas con antiguas tradiciones políticas norteamericanas, lo que a la postre le sirvió para

---

<sup>1328</sup> SMITH, op. cit. p. 90.



convertir su pensamiento en auténtica ideología estadounidense para la segunda mitad del siglo XX.

Wilson fue quizás el primer Presidente estadounidense en dotar de un enfoque global a la política exterior y de seguridad norteamericanas, tras la modernización de las relaciones internacionales de Estados Unidos comenzada por Theodore Roosevelt y William Taft<sup>1329</sup>. El wilsonismo inauguraría lo que Tony Smith denomina “internacionalismo liberal democrático”<sup>1330</sup> cuya nota principal sería la perfecta comunión entre democratización política y liberalismo económico, es decir, ambas facetas serían imprescindibles para el desarrollo de una sociedad moderna, ya que como vimos, para Wilson el sistema democrático es el acuerdo político que mejor respondía a las exigencias de la sociedad industrial, ambas caracterizadas por su capacidad de adaptación y respeto por la iniciativa privada. En Wilson ese *internacionalismo liberal democrático* conjugaría su ardor democrático con la extensión a escala mundial, globalización, de dos antiguas políticas estadounidenses, la Doctrina Monroe y la Política de Puertas Abiertas y que en ambos casos, implicarían a su vez la implementación de dos principios claves del wilsonismo, como son la novedosa defensa del principio de autodeterminación y la ya vieja promoción de la liberalización económica.

La Doctrina Monroe, como se vio con anterioridad, puede considerarse como el primer paso de Estados Unidos en su camino hacia la hegemonía mundial, apartando a las potencias europeas de los asuntos del continente americano, postura que se vería reforzada con el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe y que hacía hincapié esta vez en los aspectos económicos de la misma. Para Wilson los desafíos encarados por el mundo en la I Guerra Mundial reclamaban una respuesta global<sup>1331</sup> y por tanto los principios encarnados en la Doctrina Monroe debían dejar de ser preceptos de carácter continental para convertirse en reglas de observancia mundial, en palabras del propio Wilson

...estoy proponiendo que las naciones debieran adoptar mediante un acuerdo la doctrina del Presidente Monroe como la doctrina del mundo: que ninguna nación debería buscar extender su política sobre cualquier otra nación o pueblo, pero que sí todo pueblo debe ser libre de determinar su propia política, su propio modo de desarrollo...<sup>1332</sup>

Es decir, Wilson abogaba por defender el principio de autodeterminación allí donde, y según su concepción orgánica de la democracia, los pueblos hubiesen alcanzado la madurez suficiente como para gobernarse a sí mismos, y como hemos visto, para Wilson sólo las naciones europeas del antiguo Imperio Austro-húngaro satisfacían dicho requerimiento (junto con la excepción de algún país como Armenia), de ese modo pretendía dos objetivos al mismo tiempo, mientras acababa con los caducos imperios centroeuropeos basados en el poder despótico y en la ganancia colonial,

---

<sup>1329</sup> NINKOVICH, op.cit., p.26.

<sup>1330</sup> “Nacionalismo, democracia, un orden económico mundial liberal, un sistema colectivo de seguridad, un empeño moral para liderar este acuerdo por parte de Estados Unidos: este fue el proyecto wilsoniano de liberalismo para el nuevo orden mundial tras 1918”, SMITH, ob.cit. p.95.

<sup>1331</sup> “Las recomendaciones de Wilson marcan la primera ocasión en que Estados Unidos ha elaborado un marco para el orden mundial” SMITH, op.cit. p. 84.

<sup>1332</sup> WILSON, Woodrow, discurso al Senado sobre Paz sin Victoria, 22 de enero de 1917, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).



también pretendía ampliar la base de Estados democráticos con el fin último de limitar las causas profundas de nuevos conflictos futuros. Para Wilson era indispensable, si la paz debía perdurar, pasar a una nueva página de la historia y dar comienzo a un orden internacional distinto, ya que

ninguna política antigua significa nada más que fuerza, fuerza- siempre fuerza. Y ellos sabían que esto era intolerable. Todo corazón leal en el mundo, y todo juicio lúcido demanda que, a cualquier coste de acción independiente, todo gobierno que tome conciencia de su pueblo o de la justicia o de la libertad ordenada debe entregarse él mismo a un nuevo propósito y finalmente destruir el viejo orden de la política internacional<sup>1333</sup>

La Política de Puertas Abiertas, como hemos visto en el capítulo anterior, había nacido a finales del siglo XIX como respuesta a la crisis desatada en China que amenazaba su integridad territorial y la libertad de comercio en la costa asiática, Estados Unidos se enfrentaba de este modo a los intereses coloniales europeos y japoneses al impedir que estos pudiesen compartimentar en zonas exclusivas de explotación económica el territorio chino a través de la instauración de un patrón uniforme que unificara las reglas de comercio e inversión en toda China, es decir, ya no habría naciones por encima de otras gracias a favores especiales (algo similar a lo que más recientemente se ha llamado trato de nación más favorecida<sup>1334</sup>), en 1900 se añadiría una segunda nota a la Política de Puertas Abiertas por la que se garantizaba la unidad china pese a la presencia internacional, algo que sólo se lograría con la colaboración del resto de potencias y que supondría la creación de un nuevo régimen de relaciones entre las mismas, ya con W. Taft en la presidencia, dicha estrategia se expandió con la inversión económica directa (en especial en trazados de vía férrea, lo que condujo al aumento de la enemistad con Japón, convirtiendo a China, en especial tras la llegada de la república en 1911, en la mayor esperanza aliada de Estados Unidos en Asia<sup>1335</sup>). Con este trasfondo Wilson fusionaba su internacionalismo con su lucha contra el proteccionismo y las políticas coloniales que impedían la instauración de una auténtica liberalización comercial mundial, acabando tanto con medidas autárquicas de desarrollo como potenciando el intercambio mercantil entre las naciones, algo que en la concepción wilsoniana del nuevo orden ayudaría a su pacificación y estabilidad, para Wilson el mercantilismo habría llegado a su fin, ya que “el liberalismo es lo único que puede salvar a la civilización del caos...El liberalismo debe ser más liberal que nunca antes, debe ser radical, si la civilización ha de escapar del tifón”<sup>1336</sup>.

---

<sup>1333</sup> WILSON, Woodrow, discurso al Senado sobre el Tratado de Versalles, 10 de julio de 1919, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1334</sup> SMITH, op.cit. p.91. para quien “la Política de Puertas Abiertas fue un equivalente funcional a la Doctrina Monroe para el extremo oriente, desde que Washington buscó preservar la integridad política de China contra las demandas de que debía ser dividida en esferas de influencia basadas en intereses económicos europeos o japoneses”.

<sup>1335</sup> NINKOVICH, Frank, op.cit. p. 35-40.

<sup>1336</sup> Woodrow Wilson, en SMITH, Tony, op. cit. p.90-91, para Wilson “la riqueza real de las relaciones exteriores...ya sean las relaciones comerciales o cualquier otro tipo de comercio, la verdadera riqueza de esas transacciones es la riqueza de la mutua confianza y comprensión [...] debemos tener el conocimiento, debemos tener la cooperación, y luego volver a lo que América tiene en abundancia y sólo ha de darse cuenta de ello, es decir, la empresa independiente”, *Ibíd.*



En resumen, si Wilson ofreció el principio de autodeterminación a modo de respuesta para acabar con los problemas generados por los viejos imperios centroeuropeos, haría lo mismo con el liberalismo económico internacional para acabar con las distorsiones que las medidas mercantilistas y colonialistas causaban a la economía mundial en general, y al crecimiento estadounidense en particular.

De todos modos, el aspecto económico de su internacionalismo siempre fue a la zaga del componente político, para Wilson la política exterior de Estados Unidos debía estar basada en principios morales puesto que “es algo muy peligroso determinar la política exterior de una nación en términos de interés material”<sup>1337</sup>, y como veremos en el siguiente apartado dedicado al ámbito práctico de su presidencia, su exceso de idealismo le llevó en numerosas ocasiones a enfrentarse tanto en su país como en la arena internacional, a las posturas que se oponían a su celo político, unilateralismo que en nada le serviría para fomentar su concepción del nuevo orden mundial<sup>1338</sup>.

*\*Ámbito práctico*

Cuando Wilson se convirtió en Presidente, de sus numerosas comparecencias públicas se esperaba que en su acción exterior se desligase tanto de empresas imperiales del tipo Gran Garrote de Roosevelt como de la diplomacia del dólar de Taft, y se valiese de los acuerdos internacionales existentes para encuadrar su política exterior, en especial con el hemisferio sur americano<sup>1339</sup>, pero pronto su rechazo del orden preestablecido le llevó a un intento de remodelación, como fue la iniciativa Panamericana<sup>1340</sup>, un tratado que contendría los principios de no agresión y de cooperación política entre Estados Unidos y los países ABC (Argentina, Brasil y Chile)<sup>1341</sup> que no cuajó debido a los continuos conflictos fronterizos entre las jóvenes naciones al sur del río Grande. También, pese a las promesas de no ampliar la carga imperial americana, Wilson intervino militarmente en la región más que ninguno de sus predecesores. Algo similar sucedería en el contexto de la I Guerra Mundial, si bien en un principio Wilson mantuvo a Estados Unidos lejos del conflicto esgrimiendo una neutralidad no desprovista de ganancia egoísta<sup>1342</sup>, pasó después a defender la participación estadounidense con el fin de servir no a intereses americanos, pero sí de toda la humanidad. Lo que Wilson escondía tras su retórica moralista era el intento de implicar de lleno a su país en la arena internacional para que de una vez por todas desempeñase el papel de gran potencia mundial, acabando así con un siglo de política localista para asegurarse la preeminencia en su patio trasero sin intervenciones extrañas, y comenzando de este modo el llamado siglo americano.

<sup>1337</sup> Woodrow Wilson citado por NINKOVICH, Frank, op.cit., p.51.

<sup>1338</sup> “Tanto unilateralismo como universalismo caracterizaron su estilo diplomático” AMBROSIUS, op.cit. p.44.

<sup>1339</sup> SMITH, op.cit. p.67.

<sup>1340</sup> NINKOVICH, ob.cit. p.52.

<sup>1341</sup> AMBROSIUS, ob.cit. p.37.

<sup>1342</sup> Hasta la entrada de Estados Unidos en el conflicto, los bancos norteamericanos habían prestado a los aliados 2.000 millones de dólares y 27 millones a las potencias centrales; en su mayor parte para pagar el aumento de compra de armas y la necesidad de financiar el comercio con su socio atlántico (la venta de armas a los aliados había ascendido a 1.290 millones de dólares en 1916). BOSCH, op.cit., p. 358.



Dicho ascenso estadounidense no culminó un proceso de afianzamiento tan pacífico como algunos quisieran verlo<sup>1343</sup>, como se ha estudiado en el capítulo anterior, Estados Unidos no dudó nunca en emplear la fuerza a la hora de lograr sus objetivos, cosa distinta es que haya sabido arroparlos con excusas que hagan menos censurable su conducta, aquí el moralismo típico americano juega a su favor, y en esto Wilson fue un digno portavoz de la tradición política estadounidense, pues como se expondrá a continuación, primero se sirvió de ella para justificar su acción en el hemisferio sur, convirtiéndola en verdadera tierra de ensayo para lo que se avecinaba con la I Guerra Mundial y su intento de reordenación mundial.

A través de su acción exterior se puede, por tanto, distinguir entre sus políticas en el continente americano (aquí se incluirá la ocupación de las islas Filipinas) y las derivadas de la I Guerra Mundial, donde se estudiará con detenimiento su mayor proyecto político, la Sociedad de Naciones. Con dicha división no se pretende establecer una diferenciación tajante entre ambos aspectos de su acción exterior, simplemente es un intento de arrojar claridad a lo que fue una presidencia compleja tanto en términos teóricos como prácticos, y como ya se ha dicho antes, en América latina Wilson halló el laboratorio donde fraguar el ideario que a la postre le convertiría en un personaje de relevancia mundial, pudiendo así rastrear las directrices que gobernarían su pensamiento y acción<sup>1344</sup>.

#### A-) América Latina

A comienzos del siglo XX las jóvenes repúblicas nacidas tras la independencia del Imperio Español vivían momentos de gran tensión política, Estados Unidos no se había mantenido al margen de tanta turbulencia estatal y había intervenido decisivamente para acabar con la influencia europea en los asuntos continentales. La novedad que supuso la presidencia de W. Wilson estribó en su insistencia en la democratización de los Gobiernos sudamericanos, lo que supondría un cambio de rumbo radical en las relaciones interamericanas, y un sensible aumento del intervencionismo militar norteamericano, acompañado de electoralismo, reorganización de las Fuerzas Armadas y de medidas económicas, colocando a la Promoción de la Democracia como tarea moral y mejor antídoto contra las revoluciones. Wilson envió tropas estadounidenses a México, Haití, República Dominicana y mantuvo el compromiso de la ocupación filipina, en cada uno de estos casos buscó ampliar las bases para la democratización del país en cuestión o instaurarla ya de pleno, como se verá a continuación. Ya entonces se pueden percibir los principios básicos que guiarían su posterior comportamiento durante la I Guerra Mundial, con ese *universalismo unilateral* que caracterizó su pensamiento, como él mismo diría en 1914 “voy a enseñar a Sudamérica a elegir a buenos gobernantes”<sup>1345</sup> o como en 1915

el Gobierno de Estados Unidos se vio como una especie de guardián de las repúblicas del sur contra cualquier usurpación o intento de control político desde

<sup>1343</sup> NINKOVICH, op.cit. p. 45.

<sup>1344</sup> “La concepción de Wilson de la misión global de Estados Unidos emergió de su política en América latina. En ella, combinó los elementos de unilateralismo y universalismo que más tarde caracterizarían su visión de la Sociedad de Naciones” AMBROSIUS, op.cit. p.37.

<sup>1345</sup> *Ibíd.*, p.52.



cualquier lado del océano; sintió que era su tarea jugar su parte incluso sin su invitación [...] servimos a una gran nación, debemos servirla en el espíritu de su genio peculiar. Ese es el genio de los hombres comunes por el autogobierno, industria, justicia, libertad y paz [...] En esto no somos partidistas pero sí heraldos y profetas de una nueva era<sup>1346</sup>

En ese mismo discurso, Wilson lanzaría su doctrina de no reconocimiento de Gobiernos inconstitucionales, ni siquiera si mantenían el orden, si bien su aplicación no fue total, como sucedió en Perú o Ecuador. Para Wilson su doctrina no “es panamericanismo. No tiene nada del espíritu de imperialismo en él. Es la encarnación del espíritu de la ley, independencia, libertad y servicio mutuo”<sup>1347</sup>.

-México<sup>1348</sup>: en el país vecino el Presidente estadounidense aspiraba a su democratización, pero de forma no radical, sino gradual para no poner en peligro el orden social. Cuando Wilson accedió a la presidencia estadounidense el vecino del sur vivía momentos de auténtica descomposición estatal inmerso en una cruenta guerra civil, en febrero de 1913 los generales Huerta y Díaz destituían y asesinaban al Presidente Madero, Wilson decidió ayudar a los constitucionalistas con el envío de armamento, en especial al bando liderado por Villa, y pese a la oposición británica que buscaba un arreglo con el nuevo dictador, Huerta, y los informes favorables al mismo de su propio equipo (en concreto, del Departamento de Estado y el cuerpo diplomático), Wilson ordenó la ocupación de Veracruz tras romper relaciones diplomáticas con México, en abril de 1914. El desembarco de 1.000 soldados estadounidenses durante siete meses tuvo un coste de 19 bajas, de todos modos, Huerta no accedió a dejar el poder hasta la mediación de los países ABC (Argentina, Brasil y Chile), en julio del mismo año, luego continuaron los enfrentamientos entre los diferentes caudillos y generales rebeldes y constitucionalistas, hasta que en octubre de 1914 fue reconocido el Gobierno de Carranza, a pesar de que Villa se proclamase nuevo Presidente de la República. Estados Unidos reanudaría las relaciones diplomáticas con México en diciembre, pero de nuevo surgieron las fricciones entre ambos países cuando Villa invadió Arizona, secuestrando a varios policías estadounidenses, y después ocupando y arrasando la ciudad de Columbus, con una veintena de muertos estadounidenses, provocando la incursión en territorio mexicano de 15.000 soldados norteamericanos para capturar a Villa, quien supo eludir su arresto, tal intervencionismo no cesó en los años siguientes, pues en 1918 serían tres las incursiones armadas y seis al año siguiente; en todas estas acciones, Wilson siempre dejó claro que no buscaba el engrandecimiento de Estados Unidos, ni territorial ni de carácter influyente, sino el propio bien de los mexicanos, en sus propias palabras ante el Congreso en 1913 diría que

---

<sup>1346</sup> WILSON, Woodrow, discurso sobre el Estado de la Unión, 7 de diciembre de 1915, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org)

<sup>1347</sup> *Ibíd.*

<sup>1348</sup> Para el caso mexicano he consultado GRAUBARD, op.cit., SMITH, op.cit. y LOWENTHAL, op.cit.



la paz, la prosperidad y felicidad de México significan más, mucho más para nosotros que meramente la extensión del campo para nuestro comercio y empresas. Significan un ensanchamiento en el terreno del autogobierno y la realización de los deseos y derechos de una nación con cuyas mejores aspiraciones, de tan largo suprimidas y decepcionadas, tan profundamente simpatizamos [...] el Gobierno de Estados Unidos no se siente libre ya de permanecer inactivo mientras día a día es más evidente que no hay progreso real hacia el establecimiento de un gobierno en la ciudad de México que la nación obedezca y respete [...] deseamos actuar en estas circunstancias en el espíritu del más querido y deseado amigo<sup>1349</sup>

Wilson pasaba luego a enumerar las condiciones necesarias para que dicho deseo se cumpliera, como el cese de hostilidades, la abdicación de Huerta, su no participación en las futuras elecciones, el respeto de sus resultados y a la nueva Administración salida de ellas. Como quiera que el dictador Huerta no accedió a la presión estadounidense, Wilson decidió el ataque sobre Veracruz, para justificarlo afirmar que

hemos bajado a México para servir a la humanidad si podemos encontrar la manera. No queremos luchar contra los mexicanos. Queremos servir a los mexicanos si podemos, porque sabemos cómo nos gustaría ser libres y cómo nos gustaría ser servidos si hubiese amigos aguardando en ese caso listos para servirnos. Una guerra de agresión no es una guerra en la que sentirse orgulloso de morir, pero una guerra de auxilio es algo por lo que sentirse orgulloso en morir<sup>1350</sup>

Cuando Villa invadió suelo estadounidense provocando la represalia del Presidente para intentar apresarlos, Wilson justificaría la violación de la soberanía mexicana aduciendo que

nos aventuramos a entrar en territorio mexicano sólo porque no había fuerzas militares en México que pudieran proteger a nuestra frontera de ataques hostiles y a nuestra propia gente de la violencia [...] está en juego más que el destino inmediato de México [...] la prueba está ahora sobre nosotros si somos sinceros amantes de la libertad popular o no y si también somos dignos de confianza para respetar la soberanía nacional de nuestros vecinos más débiles [...] sobre el resultado de esta prueba depende toda relación de Estados Unidos con América latina (su resultado en sus mentes, no en la nuestra) [...] no podemos por más tiempo perdonar nuestro tradicional provincianismo. Vamos a jugar un papel líder en el drama del mundo lo queramos o no<sup>1351</sup>

Finalmente Huerta dejó el poder y México se dotó de un Gobierno constitucional y democrático, de todos modos, la Constitución aprobada por los mexicanos en 1920 no era muy favorable a los intereses económicos de Estados Unidos, en especial los petroleros, tampoco Villa fue capturado por

---

<sup>1349</sup> WILSON, Woodrow, discurso al Congreso sobre los asuntos de México, 27 de agosto de 1913, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1350</sup> WILSON, Woodrow, servicio en memoria de los caídos en Veracruz, 11 de mayo de 1914; he traducido el término empleado por Wilson “war of service” por el de “guerra de auxilio” ya que el término servicio en español no contiene las mismas connotaciones que en inglés service, por muy insatisfactoria que continúe siendo la traducción estimo que es la menos mala.

<sup>1351</sup> WILSON, Woodrow, discurso de aceptación a la nominación presidencial Demócrata, 2 de septiembre de 1916, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).



las tropas estadounidenses, y la sensación de que el idealismo wilsoniano dejaba demasiados cabos sin atar se extendía entre los opositores a sus políticas.

En la experiencia mexicana, la más importante a la que Wilson hubo de hacer frente antes de la entrada de Estados Unidos en la I Guerra Mundial, Wilson desplegó las características básicas de su pensamiento y acción exteriores, su universalismo unilateral basado en la piedad y generalización de los valores estadounidenses, la necesidad imperiosa de democratizar los regímenes políticos de los Estados vecinos, la ausencia de egoísmo en la política exterior estadounidense que estaría basada en el bien de la humanidad, y la a veces ineludible participación armada americana para lograr dichos objetivos y encaminada al establecimiento de un nuevo orden en las relaciones internacionales. Todo ello estaría también presente en el resto de intervenciones en el Caribe y en Filipinas y que a continuación se enumeran.

-Haití: tras su independencia de Francia en 1804, la inestabilidad se convirtió en la norma de la vida política haitiana, tras un periodo de guerras civiles, de 1843 a 1847 se sucedieron cinco Presidentes, el último de los cuales se proclamó emperador, Faustino I, la república se restableció en 1859, sin que cambiara demasiado la situación de precariedad institucional, a lo que hay que añadir el constante declive económico de Haití; a inicios del siglo XX el panorama no era muy diferente, en cuatro años, de 1911 a 1915, se sucedieron ocho jefes de Estado distintos, hasta que en marzo de 1915 el general Vilbrun Guillaume Sam se convirtió en Presidente tras un golpe de Estado, para entonces Washington había visto rechazada su propuesta de un acuerdo militar para acabar con la inseguridad, el desorden administrativo y el marasmo económico en Haití, pero tras el asesinato de Sam, Wilson decidió el envío de marines que ocuparon Haití con el fin de restablecer el orden, gracias a ello las condiciones de seguridad mejoraron al ser desmovilizadas las bandas de salteadores y mantener bajo control al ejército haitiano creando la Guardia Nacional, se aprobó también una nueva Constitución que permitía a los extranjeros poseer y arrendar tierras haitianas, lo que sin duda aumentó la influencia económica estadounidense en el país, el Parlamento haitiano, bajo la atenta presencia de los marines, eligió al hasta entonces Presidente del Senado, Sudré Dartiguenare, como nuevo Presidente de la República; para formalizar lo que de facto se había convertido en un protectorado de Estados Unidos, se firmó un convenio por el cual se aceptaba la presencia militar y la gestión estadounidense por un periodo de diez años con el objetivo de la reconstrucción nacional (el convenio entró en vigor en noviembre de 1915)<sup>1352</sup>, todo estipulado de acuerdo a la nueva Constitución y preservando la soberanía de Haití así como una amplia autonomía de los poderes públicos, eso sí, con el nuevo tratado Estados Unidos también podría intervenir en caso de desorden interno.

---

<sup>1352</sup> A la postre, la ocupación finalizaría en 1934 con la política de buena vecindad de F. D. Roosevelt, en ese periodo Haití conoció cuatro Presidentes, lo que sin duda mejoró la vida política del país.



-República Dominicana: la situación dominicana era muy similar a la de su vecino, desde que se independizara de Haití en 1844 hasta 1916, los dominicanos tuvieron 19 constituciones, con 23 golpes de Estado llevados con éxito y 42 Presidentes, con el 70 por ciento del presupuesto nacional asignado al gasto militar<sup>1353</sup>, con todo ello la economía dominicana estaba en permanente crisis, así, en 1905 se firmó un acuerdo con Estados Unidos por el cual Washington se hacía cargo de toda su deuda extranjera y evitar así su control por potencias europeas, dirigiendo los estadounidenses las aduanas como garantía de reembolso de la deuda. A pesar de la ocupación militar que contemplaba el acuerdo, la inestabilidad política continuó en la república; tras la elección por el Congreso del General José Bordas Valdés, en 1914 el llamado Plan Wilson contemplaba el uso de la fuerza militar si no se restablecía la paz civil, con todo, los esfuerzos estadounidenses por controlar el proceso democratizador desembocaron en el golpe de Estado por el Ministro de Defensa Desiderio Arias y la posterior invasión de los marines en abril de 1916, en noviembre de ese mismo año se decretaba la ocupación militar del país ante la negativa del nuevo Presidente, Carvajal, de seguir los dictados de Estados Unidos. Con el gobierno militar estadounidense, al frente del cual se encontraba un Almirante de la Marina, quedaron abolidas las libertades públicas así como las instituciones civiles y el propio ejército dominicano, reemplazado por la nueva Guardia Nacional con el objetivo velado de acabar con el caudillismo y el más claro de centralizar el poder militar, y que tuvo que hacer frente a las guerrillas patrióticas; hasta 1922 no se firmaría el Entendido de evacuación del ejército de Estados Unidos de la República (efectiva en 1924); durante la ocupación, Wilson fomentó la reforma agraria para crear una clase media capaz de sostener la democracia, pero dicha reforma sólo favoreció a la oligarquía terrateniente y a los extranjeros, algo que como se verá a continuación se repetirá en Filipinas y que no hizo más que aumentar la concentración de la riqueza. Por tanto, en la República Dominicana Wilson buscó la Promoción de la Democracia a través de la reforma política en conjunción con la reforma económica, todo ello bajo la atenta supervisión estadounidense.

-Otras intervenciones<sup>1354</sup>: en Nicaragua Wilson primó el orden sobre la democratización, que hubiese exigido la intervención masiva de tropas estadounidenses, al reforzar con la presencia de sus buques en las costas nicaragüenses al Gobierno impopular pero cercano a Estados Unidos, cuyas elecciones amañadas aumentaron el descontento popular; en Cuba, con Estados Unidos ya inmerso en la I Guerra Mundial, Wilson tampoco prestó demasiada atención a los fraudes electorales de 1920 para no verse obligado a una nueva ocupación; en Costa Rica Wilson se enfrentó a los intereses económicos al no reconocer al Gobierno dictatorial de Federico Tinoco; y

<sup>1353</sup> Cifras aportadas por SMITH, op.cit., p. 76.

<sup>1354</sup> Al respecto ver LOWENTHAL, op.cit., p. 20-22.



en Honduras, donde una rebelión en 1919 había derrocado a su legítimo Presidente, Wilson no reconoció al nuevo Gobierno hasta celebradas nuevas elecciones.

Hasta el momento, los casos estudiados corresponden a situaciones en las que Wilson decidió intervenir en otros países soberanos con el fin de restablecer el orden democrático, pero en las islas Filipinas el Presidente trató de cambiar el rumbo de la política Republicana respecto a la ocupación de la única colonia estadounidense<sup>1355</sup>, algo que, como en las anteriores intervenciones arrojó más sombras que luces sobre la ya castigada población nativa.

-Filipinas: Estados Unidos se haría cargo del archipiélago tras su victoria sobre España en 1898, la ocupación, con una tropa de 70.000 soldados, no sería finalizada hasta 1902, año en que fue derrotada la resistencia filipina que había comenzado una guerra de guerrillas que costó la vida al menos a un millón de filipinos<sup>1356</sup>; comenzó entonces la reforma progresiva tanto del sistema político como del económico de las islas bajo la tutela estadounidense, pero cuando Wilson llegó al poder dejó bien claro cuales eran sus intenciones respecto a las Filipinas

aquí somos fideicomisarios. Puerto Rico, Hawai, las Filipinas, son nuestras, en efecto, pero no nuestras para hacer lo que queramos. Estos territorios, antes considerados como meras posesiones, no serán más explotados egoístamente; son parte del dominio de la conciencia pública y de la habilidad estadista servicial e iluminada. Debemos administrarla para la gente que vive en ellos y con el mismo sentido de responsabilidad hacia ellos que hacia nuestra propia gente en los asuntos domésticos [...] pero nuestra realización del deber en Filipinas es un asunto más difícil y debatible. Podemos satisfacer las obligaciones de generosa justicia hacia la gente de Puerto Rico concediéndoles unos amplios y familiares derechos y privilegios de acuerdo con los de nuestros ciudadanos en nuestros territorios y nuestras obligaciones hacia Hawai perfeccionando las disposiciones de autogobierno ya concedidas a ellos, pero en Filipinas debemos ir más lejos. Debemos mantener constantemente la vista en su independencia final, y debemos movernos hacia el tiempo de esa independencia tan constantemente como el camino se aclare y los fundamentos racional y permanentemente dispuestos [...] paso a paso debemos extender y perfeccionar el autogobierno en las islas [...] al final espero y creo, que estamos empezando a ganar la confianza del pueblo filipino. Con su consejo y experiencia, mejor que el nuestro, debemos aprender a cómo servirles mejor y cómo nos será posible más temprano y aconsejable retirar nuestra supervisión<sup>1357</sup>

---

<sup>1355</sup> SMITH, , op. cit. p. 64.

<sup>1356</sup> ROBINSON, W. I. *Promoting polyarchy. Globalization, US intervention and hegemony*, Prees Syndicate of the Univeristy of Cambridge, Cambridge, 1996.

<sup>1357</sup> WILSON, Woodrow, discurso ante las dos Cámaras sobre el Estado de la Unión, 2 de diciembre de 1913, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org) .



Para ello Wilson aplicaría medidas progresivas para aumentar la capacidad de autogobierno y de responsabilidad política de los filipinos, como el aumento de cuatro a cinco de los ciudadanos nativos en la comisión de las Cámaras Legislativas para así dotarles de mayoría en la misma<sup>1358</sup>; en 1915 Wilson afirmaría que la cuestión filipina estaba

íntimamente relacionada con el asunto de seguridad nacional y la preparación de la defensa [...] el trato hacia ellos y su actitud hacia nosotros son manifiestamente de primera importancia en el desarrollo de nuestras tareas en el mundo y en mantener una mano libre para desempeñar esas tareas. Debemos estar libres de toda carga innecesaria de vergüenza, y no hay mejor modo de limpiar la vergüenza que cumplir nuestras promesas de promover hasta el final los intereses de aquellos dependientes de nosotros. Leyes de alteración y reforma del gobierno en Filipinas...<sup>1359</sup>

que se concretarían en 1916 con la *Jones Act*, ley promovida por Wilson para reformar las estructuras estatales filipinas y acercarlas más al autogobierno. Como en el caso dominicano, Wilson también afrontó la modernización de la economía filipina que hasta el momento dependía por entero del sector agrario, se inició una tímida industrialización de las islas y una arriesgada reforma agraria, que si bien en el diseño inicial de Wilson permitiría el surgimiento de una numerosa clase media, en la práctica reforzó a la oligarquía terrateniente y a los intereses económicos extranjeros, y muy en particular los estadounidenses, lo que sin duda perjudicó las perspectivas democráticas en Filipinas debido al creciente poder oligárquico de las clases adineradas locales en clara unión con los intereses económicos de las élites metropolitanas. En cualquier caso, el compromiso de Wilson con la democratización de Filipinas era total, y después de sufrir el colapso que le apartaría por un tiempo de su vida política y a tan sólo unos meses de dejar la presidencia, Wilson continuaba insistiendo

en el hecho de que la gente de las islas Filipinas han tenido éxito en mantener un Gobierno estable desde la última acción del Congreso en su nombre, y han así cumplido la condición impuesta por el Congreso previa a la consideración de conceder la independencia a las islas. Respetuosamente atestiguo que esa condición sine qua non ha sido cumplida, es ahora nuestra libertad y nuestra tarea mantener nuestra promesa hacia la gente de esas islas concediéndoles la independencia que tan honorablemente desean<sup>1360</sup>

Salvo en México y en Filipinas, y aquí con reservas, en el resto de los casos analizados la implementación de los principios wilsonianos de Promoción de la Democracia no arrojan un resultado muy favorable, tanto en Haití como en la República Dominicana las perspectivas de un régimen constitucional firme pronto

---

<sup>1358</sup> *Ibíd.*

<sup>1359</sup> WILSON, Woodrow, discurso ante las dos Cámaras sobre el Estado de la Unión, 7 de diciembre de 1915, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1360</sup> WILSON, Woodrow, discurso ante las dos Cámaras sobre el Estado de la Unión, 7 de diciembre de 1920, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).



fueron truncadas por la inestabilidad político-económica en el primer caso, y por una dictadura en el segundo (del general Trujillo, quien se valió del mando de la Guardia Nacional creada por los estadounidenses para dar un exitoso golpe de Estado); en México puede decirse que tras la nueva Constitución se puso fin al periodo guerracivilista, pero el coste para Estados Unidos fue una cierta pérdida de influencia en el vecino del sur, sin duda una consecuencia no deseada de la Promoción de la Democracia y que se vendrá repitiendo una y otra vez desde entonces, incluso en Filipinas, donde el proceso gradual de cimentación de las instituciones democráticas finalizó tras la II Guerra Mundial con la concesión de la independencia, y que tras el interregno de Marcos, conduciría a la petición del cierre de las bases militares de Estados Unidos instaladas en las islas. Por tanto y a la luz de lo hasta aquí analizado, cabría decir que ni siquiera la Promoción de la Democracia constituyó una estrategia segura para hacer avanzar tanto los intereses estadounidenses como su propia seguridad, y en muchos casos resultó ser un sueño imposible de cumplir. De todos modos, Wilson no cejaría en su afán democratizador y en Europa, como veremos a continuación, lo ampliaría a escala mundial; pero como el propio Smith ha dejado escrito, el principal escollo del wilsonismo quizás fuera que “en pocas palabras, lo que es deseable puede no ser siempre alcanzable”<sup>1361</sup>.

## B-) I Guerra Mundial

Si en el continente americano Wilson tuvo la oportunidad de desplegar por primera vez su ideario político, no sería hasta su entrada en la I Guerra Mundial que éste alcanzaría talla mundial, en efecto, la debacle europea que tendría lugar en Europa a partir de 1914 daría paso al primer intento de reorganización global bajo la preeminencia estadounidense, empeño formulado bajo las tesis wilsonianas y que, como se verá a continuación, al igual que su afán democratizador, tampoco gozó del éxito esperado.

Para comprender en toda su extensión la implicación de Estados Unidos en la Gran Guerra, es conveniente distinguir entre la etapa anterior a su entrada en el conflicto, junto con los motivos esgrimidos por el Presidente Wilson para justificar la misma, y las subsiguientes conversaciones de paz que condujeron a la firma del Tratado de Versalles. Como podrá apreciarse, del paso de la neutralidad al intento de creación de un nuevo orden internacional, media el impulso idealista de un hombre ajeno a los imperativos de la realidad, atento tan sólo a ver cumplido su sueño de conducir al resto de la humanidad hacia una paz duradera, y todo ello bajo la indiscutible guía de los valores y principios democráticos encarnados en la experiencia estadounidense.

### -De la neutralidad armada a la declaración de guerra

Al iniciarse la I Guerra Mundial existía en Estados Unidos una tendencia generalizada hacia la neutralidad, pues era una opinión mayoritaria ver las causas de la guerra en el sistema europeo de carrera armamentística, tratados secretos y

---

<sup>1361</sup> SMITH, op.cit. p.74.



sistemas de alianzas, tan distinto del norteamericano. El consenso nacional respecto a la enorme distancia que separaba los intereses nacionales de las causas de la guerra impregnaron incluso el discurso presidencial, Wilson, un Presidente tan consciente de la opinión pública, no fue ajeno a la misma, de todos modos, ni siquiera en la neutralidad Wilson pudo alejarse de su idealismo respecto al papel desempeñado por su país, para él

una de las cuestiones más serias para una mente sobria que debe hacerse en los Estados Unidos es esta: ¿qué vamos a hacer con la influencia y poder de esta gran nación? ¿Vamos a jugar el viejo papel de usar nuestro poder sólo para nuestro crecimiento y beneficio material?<sup>1362</sup>

De hecho, para Wilson la neutralidad no implicaba una etapa de beneficios nacionales (ya fueran estos comerciales, políticos o de cualquier otra índole), sino más bien todo lo contrario, lo que traducido a la acción significaba un esfuerzo continuo por mediar entre los beligerantes y encontrar esa *paz sin victoria* tan denostada por británicos y franceses, una paz que no instaurase un nuevo y efímero balance de poder sino una *comunidad de poder* ya que “ninguna paz puede durar, ni debe durar, que no reconozca y acepte el principio según el cual todos los gobiernos derivan sus poderes del consentimiento de los gobernados”<sup>1363</sup>. En todo caso, para Wilson, dados los problemas de ilegalidad que planteaba el bloqueo naval británico del Atlántico y la guerra submarina alemana, la neutralidad erigida en estrategia desde 1915 era la mejor respuesta para evitar entrar en guerra con cualquiera de ambos países<sup>1364</sup>. Si bien el hundimiento del *Lusitania* el 7 de mayo de ese mismo año, con más de mil víctimas, entre ellas cien norteamericanos, cambió las simpatías estadounidenses a favor de los británicos en detrimento de los alemanes, tal circunstancia no influyó en gran medida en el rechazo a entrar en guerra, medida apoyada tan sólo por el seis por ciento de la opinión pública, aunque sí que provocó la renuncia del Secretario de Estado Bryan, quien veía cierta parcialidad en la Administración Wilson al condenar el ataque alemán y no el bloqueo británico.

Tras una primera etapa basada en la neutralidad para mantener alejado a Estados Unidos del conflicto, una vez comprobado que una estrategia de ese tipo no podría ser mantenida a largo plazo, puede observarse cómo el idealismo wilsoniano le llevó a buscar un acuerdo que terminase con los combates entre las partes beligerantes sin tomar partido claramente por los aliados británicos y franceses, algo que con el discurrir de la guerra cambiaría de manera notable y que influiría definitivamente en la entrada de Estados Unidos en la guerra. Así, a inicios de 1916 Wilson envió al Coronel House a Europa como plenipotenciario para lograr un acuerdo de paz entre los contendientes, pero por entonces, con un ejército alemán aún sin haber sufrido pérdidas importantes, los aliados temían que de sentarse a negociar con las potencias centrales éstas no fueran lo suficientemente débiles como para aceptar sus condiciones, es decir, ni Londres ni París querían negociar con Berlín hasta no verlo derrotado, lo que Wilson entendió como muestra de que en lugar de haber entrado en la guerra para defender la neutralidad belga, lo que en verdad había motivado a los aliados era su afán por acabar con Alemania, lo que a la postre les

---

<sup>1362</sup> Cita de Woodrow Wilson procedente de NINKOVICH, op.cit. p. 55.

<sup>1363</sup> *Ibíd.*, p.59.

<sup>1364</sup> FROMKIN, David *In the Times of Americans. FDR, Truman, Eisenhower, Marshall, MacArthur. The Generation that changed America's Role in the World*, Vintage Books, New York, 1996, p. 101 y 114.



hacia iguales a sus ojos, máxime cuando para Wilson todos buscaban agrandar sus imperios respectivos a costa del enemigo, incluso por entonces salió a la luz pública una reunión secreta entre rusos, italianos, británicos y franceses para romper el futuro dominio económico estadounidense de posguerra creando barreras a sus exportaciones<sup>1365</sup>, noticia que sin duda confirmaría la opinión del Presidente.

Ni los Aliados ni las potencias centrales tenían mucho interés en parar una guerra que para entonces, lejos de ser el conflicto corto que todos esperaban, se había convertido en una cruel lucha de desgaste entre trincheras cuyos enormes sacrificios en ambos bandos les obligaban a buscar la victoria, así, al no ponerse de acuerdo sobre los términos de un futuro acuerdo de paz, Wilson lanzó su propio plan en enero de 1917, mismo mes en que la cúpula del ejército alemán había decidido continuar con la guerra submarina a partir del mes siguiente, disimulando hasta entonces apoyar los esfuerzos de paz estadounidenses, concretados el 22 de enero en el anuncio de la Administración Wilson de su propuesta, que no sería aceptada ni por los aliados ni por la propia opinión pública estadounidense.

En su discurso al Senado titulado *A World League for Peace*, Wilson declaraba hablar “en nombre de la humanidad y de los derechos de todas las naciones neutrales como la nuestra, muchos de cuyos intereses vitales la guerra pone en constante peligro”<sup>1366</sup>. A continuación resaltaba la necesidad de constituir tras la guerra algún concierto de poder definitivo que “haga imposible virtualmente que una catástrofe como la actual nos abrume de nuevo”<sup>1367</sup>, y en tal empresa quería que su país estuviese presente, pues “es inconcebible que el pueblo de Estados Unidos no juegue ningún papel en tal gran empresa”<sup>1368</sup>, ya que era la ocasión soñada para mostrar a la humanidad el camino a la libertad. Dicho servicio al cumplir con su deber no era otro para el Presidente que “añadir su autoridad y su poder a la autoridad y fuerza de otras naciones para garantizar la paz y la justicia alrededor del mundo”<sup>1369</sup>, pues a modo de premonición, Wilson advertía de que sin la presencia del Nuevo Mundo ningún pacto podría mantener al futuro seguro contra la guerra, por ello para Wilson la paz que diera término a la guerra debía contener los principios y elementos consistentes “con su fe política y convicciones prácticas que los pueblos americanos han abrazado y decidido defender para siempre”<sup>1370</sup>, es decir, Wilson quería que el nuevo concierto mundial tuviera en el americano, y no en el europeo, su principal fuente de inspiración.

Pero lo esencial para Wilson era remarcar la necesidad de crear una fuerza que garantizase el cumplimiento de los acuerdos de paz, cuyo poder no pudiera ser contestado por ninguna nación o alianza de naciones posible, y para Wilson un nuevo balance de poder no era la respuesta adecuada, sino “una comunidad de poder, no rivalidades organizadas, sino una paz común organizada”<sup>1371</sup>, por ello su insistencia en que debía ser una paz sin victoria, pues “sólo una paz entre iguales puede

---

<sup>1365</sup> *Ibíd.*, p. 118-122.

<sup>1366</sup> WILSON, Woodrow, discurso ante el Senado del 22 de enero de 1917, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65396&st=&st1=>

<sup>1367</sup> *Ibíd.*

<sup>1368</sup> *Ibíd.*

<sup>1369</sup> *Ibíd.*

<sup>1370</sup> *Ibíd.*

<sup>1371</sup> *Ibíd.*



perdurar”<sup>1372</sup>. A continuación Wilson vinculaba el éxito de la futura paz a la democratización de las naciones ya que “ninguna paz puede perdurar, o debe hacerlo, que no reconozca y acepte el principio de que los gobiernos derivan todos sus justos poderes del consentimiento de los gobernados”<sup>1373</sup>, pues sólo en un mundo estable podría haber paz, y “no puede existir estabilidad donde la voluntad está en rebelión, donde no hay tranquilidad de espíritu ni sensación de justicia, libertad ni derecho”<sup>1374</sup>. A partir de entonces Wilson enumeraba lo que más tarde sería la base de sus 14 puntos, libertad de comercio y de los mares, limitación armamentística, internacionalización de la Doctrina Monroe y el rechazo de las alianzas, todos ellos no sólo principios y políticas americanos, pues para el Presidente “son los principios de la humanidad y deben prevalecer”<sup>1375</sup>.

A pesar de la vehemencia con la que el Presidente defendió su plan de paz, el Gobierno alemán le anunciaba pocos días más tarde, el 31 de enero, que el 1 de febrero siguiente reanudaría la guerra submarina. Para el Secretario de Estado Lansing la respuesta estadounidense no debía ser otra que la declaración de guerra, pero Wilson sólo estaba dispuesto a cortar las relaciones diplomáticas con Alemania<sup>1376</sup>, a la espera de alcanzar una entonces más que improbable paz entre los contendientes.

La reanudación de la guerra submarina fue el punto de no retorno para Wilson, perdido el sueño de la neutralidad, desde entonces sabría que de entrar en la guerra lo haría del lado de la Entente. Tal resultado se debió, además de la estrategia alemana, primordialmente al análisis que Wilson realizara de dos componentes clave de la I Guerra Mundial, por un lado las implicaciones que los medios técnicos puestos al servicio de la maquinaria bélica tenían sobre la guerra misma, y por otro, quizás el fundamental, la importancia del régimen político a la hora de explicar el comportamiento de un Estado dado en la arena internacional.

Por lo que respecta al primer aspecto, Wilson analizó el impacto de los nuevos medios de guerra sobre la política internacional, pues lo que en un principio los propagandistas de la guerra vendían a los jóvenes reclutas como un conflicto que duraría sólo seis meses, pasó pronto a convertirse en una interminable guerra de trincheras donde las cargas sucumbían ante los nidos de ametralladoras y la caballería ante el empuje de los blindados, por no hacer mención de las primeras escaramuzas que daban pie al nuevo poder aéreo. Para Wilson el nuevo arte de la guerra difería tanto de los siglos anteriores que dejaba obsoleta la utilización de la guerra como instrumento político, es decir, dados los avances técnicos aplicados al mundo militar cualquier enfrentamiento haría que los costes del mismo superasen con creces a los beneficios esperados, es decir, la guerra de agresión perdía así su razón de ser, al menos entre dos Estados de similar desarrollo técnico, de cualquier manera, un Estado podía recurrir a la misma de estar gobernado por un régimen autocrático desprovisto de todo interés por el bien común y sólo preocupado por su propio engrandecimiento. Lo que enlazaba al primero con el segundo aspecto, para Wilson la naturaleza del régimen era de suma importancia para entender el comportamiento de

---

<sup>1372</sup> *Ibíd.*

<sup>1373</sup> *Ibíd.*

<sup>1374</sup> *Ibíd.*

<sup>1375</sup> *Ibíd.*

<sup>1376</sup> FROMKIN, op. cit., p. 142.



los Estados, un régimen democrático que debe explicaciones a sus ciudadanos raramente se implicaría en un conflicto cuyas causas sean egoístas, por el contrario, a un régimen autoritario nada le costará embarcar a su población en aventuras bélicas de difícil justificación, lo que suponía una amenaza mundial dados esos adelantos técnicos al servicio de la guerra<sup>1377</sup>.

Como se puede apreciar, Wilson fue aproximándose paulatinamente a aquellos oponentes que como Theodore Roosevelt o Robert Lansing, dentro de su Administración, estaban a favor de intervenir del lado aliado en la guerra, pues tanto los intentos por permanecer neutral como de lograr la paz habían fracasado, además el Presidente se sentía defraudado por ambos bandos, pero era consciente de que Estados Unidos tendría que unirse a las democracias británica y francesa para derrotar al autoritarismo germano, incluso la evolución de los asuntos americanos, que en un principio habían alejado a la opinión pública de lo sucedido en Europa, terminaron por convertirse en un nuevo acicate para la entrada en la guerra.

En efecto, si en un principio el intervencionismo presidencial en México distrajo al país respecto a la lucha europea (a mediados de 1916 Wilson tenía concentradas en la zona fronteriza y dentro del país vecino cuatro quintas partes del ejército regular estadounidense, que no se retiraría de México hasta enero del año siguiente), la publicación del telegrama enviado por Arthur Zimmermann a las autoridades mexicanas, y por el que se le prometía la restitución de los territorios perdidos en 1848 si México entraba en guerra con Estados Unidos, inclinó de forma irreversible el apoyo público no sólo al bando aliado, sino a una probable entrada de Estados Unidos en la guerra<sup>1378</sup>. De todos modos, el Presidente temía que de entrar en la guerra se produjeran disturbios internos a causa de los descendientes germanos, por ello su estrategia se basaba en intentar aparentar que la intervención estadounidense no se debía a los aliados, sino a un asunto exclusivo entre Alemania y Estados Unidos<sup>1379</sup>.

La oportunidad no pudo presentársele al Presidente más clara el 18 de marzo de 1917, cuando submarinos alemanes atacaron tres buques civiles norteamericanos, el *City of Memphis*, el *Illinois* y el *Vigilancia*, era la gota que colmaba el vaso, la última ignominia consentida por Estados Unidos al Gobierno autoritario del Kaiser, y el 2 de abril Wilson pedía formalmente al Congreso que aprobara su petición de guerra a Alemania<sup>1380</sup>.

Aun con todo, a la Casa Blanca le resultó difícil venderle a la opinión pública estadounidense la necesidad de entrar en el conflicto del lado de la Entente. Si bien los lazos con Londres eran para entonces mucho más estrechos que con Berlín, para muestra decir que en 1916 el comercio con Alemania suponía el 1 por ciento respecto al de 1914, mientras que con Inglaterra se había triplicado<sup>1381</sup>, y sólo el recrudecimiento de la guerra submarina por parte alemana, que costó numerosas vidas americanas, junto con la interceptación de una carta alemana, el telegrama Zimmerman, dirigida al Gobierno mexicano con una petición de alianza militar,

---

<sup>1377</sup> NINKOVICH, op. cit. p. 66.

<sup>1378</sup> FROMKIN, op. cit., p. 149.

<sup>1379</sup> *Ibíd.*, p. 152.

<sup>1380</sup> *Ibíd.*, p. 155.

<sup>1381</sup> JOHNSON, op.cit., p. 644.



pudieron torcer la balanza a favor de la declaración de guerra; para Wilson Alemania había

apartado todo freno a la ley y a la humanidad [...] la presente guerra submarina alemana contra el comercio es una guerra contra la humanidad [...] nuestro motivo no será la venganza [...] y sí la vindicación del derecho, del derecho del hombre, del cual somos un simple paladín [...] permítasenos ser claros, y aclarar a todo el mundo cuales son nuestros motivos y objetivos [...] nuestro objetivo ahora, como antes, es vindicar los principios de paz y justicia en la vida del mundo contra el egoísmo y poder autocrático y crear entre las realmente libres gentes autogobernadas del mundo tal unión de propósito y de acción que pueda en adelante asegurar la observancia de dichos principios. La neutralidad no puede ser por más tiempo deseable o posible cuando la paz del mundo y la libertad de su gente están en juego, y la amenaza a la paz y la libertad descansa en la existencia de Gobiernos autocráticos basados en la fuerza organizada [...] no tenemos ninguna disputa con la gente de Alemania [...] fue una guerra determinada sobre lo que las guerras solían estar determinadas antaño, días infelices cuando la gente no eran consultadas por sus mandatarios y las guerras eran provocadas y manejadas en el interés de dinastías o de pequeños grupos de hombres ambiciosos acostumbrados a utilizar a sus conciudadanos como peones y herramientas [...] un firme concierto para la paz nunca podrá ser mantenido salvo por una alianza de naciones democráticas. No se podrá confiar en ningún Gobierno autocrático a la hora de mantener su palabra dentro de él o de observar sus principios [...] sólo la gente libre puede mantener su propósito y su honor de manera estable hacia un fin común y preferir los intereses de la humanidad a cualquier estrecho interés de su incumbencia [...] aceptamos este desafío de propósito hostil porque sabemos que en tal Gobierno, siguiendo esos métodos, nunca tendremos un amigo [...] El mundo debe ser hecho seguro para la democracia. Su paz debe ser plantada sobre las probadas raíces de la libertad política. No tenemos intereses egoístas a los que servir. No deseamos ninguna conquista, ningún dominio [...] entramos en esta guerra sólo cuando nos vemos claramente forzados ya que no hay otros medios con los que defender nuestros intereses [...] lucharemos por las cosas que siempre hemos llevado con más aprecio en nuestros corazones...por los derechos y libertades de las pequeñas naciones, por el dominio universal del derecho gracias a una unión de pueblos libres que pueda conceder la paz y la seguridad a todas las naciones y hacer al mundo finalmente libre<sup>1382</sup>

Es decir, como en América Latina antes, Estados Unidos actuaría en Europa en nombre de la humanidad y no bajo impulsos egoístas, no contra un pueblo en particular, el alemán, sino contra un tipo de régimen, el autocrático, y sobre todo, con la intención de crear un nuevo sistema mundial que fuese fiel reflejo de los valores y principios estadounidenses, pues su objetivo no sólo era acabar con el militarismo alemán, como sin duda sucedía con los aliados, sino también transformar el sistema mundial democratizando las relaciones internacionales, de hecho, para dejar bien patentes sus diferencias con los aliados, Estados Unidos entraría en el conflicto con el *status* de potencia asociada, con su propio programa recogido con posterioridad en los 14 puntos del Presidente<sup>1383</sup>.

---

<sup>1382</sup> WILSON, Woodrow, discurso de guerra al Congreso, 2 de abril de 1917, *The essential political writings*, p. 251-257.

<sup>1383</sup> JOHNSON, op.cit., p. 645 y FROMKIN, op.cit., p. 158.



La posición de Wilson frente al Gobierno prusiano fue respaldada por amplios sectores de la opinión pública y también de los partidos políticos. Como muestra el editorial del 30 de marzo de la revista conservadora *North American Review*, para quien “el asunto no ofrece más dudas, sabemos ahora, si no lo sabíamos antes, lo que ésta guerra es, es la última de las grandes batallas por la libertad y la democracia”<sup>1384</sup>, y en ella Estados Unidos debía jugar un papel destacado pues

¿deberíamos renunciar a nuestros propios ideales profesados tan completamente que, al final de la guerra, no debamos negar como una cuestión de conveniencia y rectitud, el paso de la libertad alumbrando al mundo desde el puerto de Nueva York a los de Hong Kong o Vladivostok?<sup>1385</sup>

Por tanto, en esa lucha por la democracia Estados Unidos no debía quedarse al margen, sino unirse a quienes se enfrentaban a la autocracia germana ya que “no podemos admitir la supremacía del poder y del espanto sobre el derecho y la honradez sin negar nuestra fe en Dios”<sup>1386</sup>, y también

porque debemos a nuestros antepasados que fundaron la República y a nuestros padres que salvaron la Unión el probar que no sólo somos dignos de la felicidad que emana de la prosperidad, sino que también estamos ansiosos y no tenemos miedo de apoyar la vida libre y la plena libertad alrededor del mundo<sup>1387</sup>

Esta defensa de la guerra basada en el reclamo de la tradición política estadounidense para justificarla, acababa con unas palabras dignas del propio Theodore Roosevelt, al sentenciar que en dicho caso, para probar la voluntad de sacrificio nacional por la democracia “la guerra es curativa, no destructiva, una bendición, no una maldición”<sup>1388</sup>. Como último motivo para intervenir en el conflicto, los editores señalaban que de ese modo “el círculo de democracias en torno a la autocracia condenada”<sup>1389</sup> sería completado y con ello millones de vidas serían salvadas al acortar la duración de la guerra.

También periodistas en la tradición de Theodore Roosevelt, como Walter Lippmann, apoyaban al Presidente en su declaración de guerra, al dotar así de un sentido moral al egoísmo del primero, confiriendo al liderazgo estadounidense de un impulso moral transformador y democrático del que carecía aquel; incluso el entonces periodista Arthur Vandenberg, que había criticado al Presidente con anterioridad por no mostrarse más firme con Gran Bretaña por su bloqueo ilegal del Atlántico, apoyaba ahora la entrada en la guerra contra Alemania<sup>1390</sup>.

La declaración de guerra fue aprobada por la gran mayoría del Congreso el 6 de abril, tan sólo se opusieron a ella 50 miembros de la Cámara de Representantes y seis Senadores, los Demócratas James O’Gorman por Nueva York, James A. Reed y William J. Stone por Missouri, y M. Hoke Smith por Georgia, más los Republicanos George W. Norris por Nebraska y Robert M. LaFollette por Wisconsin, donde un importante porcentaje de la población agraria era de origen alemán.

<sup>1384</sup> “For Freedom and Democracy”, *North American Review*, n° 206, del 30 de marzo de 1917, texto consultado en <http://historymatters.gmu.edu/d/4939>.

<sup>1385</sup> *Ibíd.*

<sup>1386</sup> *Ibíd.*

<sup>1387</sup> *Ibíd.*

<sup>1388</sup> *Ibíd.*

<sup>1389</sup> *Ibíd.*

<sup>1390</sup> FROMKIN, op.cit., p. 161.



En estos dos últimos Senadores podemos ver reflejados con mayor nitidez los motivos de la oposición a la entrada de Estados Unidos en la guerra. Norris comenzó su oposición a la misma advirtiéndole que de aprobarse ayudaría en lo necesario para la consecución de la victoria, pero antes de ello debían considerarse “las consecuencias terribles del paso que vamos a dar”<sup>1391</sup>, pues para él se trataba de una guerra impía e injusta, pues tanto Alemania como Gran Bretaña habían violado por igual los derechos de los buques neutrales desde el comienzo de la contienda, declarando ambas naciones ilegalmente sus respectivas zonas de guerra, a lo que Estados Unidos tendría que haber respondido con un embargo que afectase a las dos por igual, pues para Norris “lo que debíamos haber mantenido desde el principio era una estricta neutralidad”<sup>1392</sup>, y más que una tarea humanitaria, veía intereses económicos detrás de la entrada de su país en la guerra. Norris, fiel a su pasado progresivista, basó su crítica a la participación en el conflicto en los intereses económicos ocultos que veía en el campo intervencionista, pues

los enormes beneficios de los fabricantes de municiones, de los corredores de bolsa y de los negociadores de depósitos se verán aun mas agrandados con nuestra entrada en la guerra [...] el sufrimiento humano y el sacrificio de vida humana son necesarios, pero Wall Street sólo considera los dólares y los centavos<sup>1393</sup>

En conclusión, “estamos tomando un paso hoy que está lleno de peligro desconocido. Vamos a la guerra bajo el mando del oro...para que otros compatriotas acúen su sangre en dinero”<sup>1394</sup>, y como si de T. Jefferson se tratara criticaba la deuda que ésta guerra supondría para las generaciones futuras, que se verían obligadas a pagar, y todo, sufrimiento y deuda para “preservar el derecho comercial de los ciudadanos americanos para repartir municiones de guerra a las naciones beligerantes”<sup>1395</sup>.

En el caso de LaFollette nos encontramos ante el clásico debate acerca de la división de poderes en tiempos de guerra, pues LaFollette temía que la doctrina de permanecer tras el Presidente implicase una merma de los poderes asignados por la Constitución al Congreso. Según el propio LaFollette, de las 15.000 cartas recibidas hasta abril de 1917, nueve de cada diez eran contrarias a la entrada en la guerra contra Alemania, por ello, aunque en el Congreso fueran minoría los Senadores opuestos a la guerra, podían representar bien a la mayoría de la población, y con su oposición

llevar adelante lo que estaba en la mente de los creadores de la Constitución [...] es uno de esos controles provistos por la sabiduría de los padres para prevenir que la mayoría (parlamentaria) abuse del poder que pueda tener, cuando no representa el juicio real, la opinión, la voluntad de la mayoría del pueblo que constituye el poder soberano de la democracia<sup>1396</sup>

---

<sup>1391</sup> NORRIS, George W., discurso ante el 65º Senado en su primera sesión del 4 de abril de 1917, texto consultado en <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/doc19.htm>

<sup>1392</sup> *Ibíd.*

<sup>1393</sup> *Ibíd.*

<sup>1394</sup> *Ibíd.*

<sup>1395</sup> *Ibíd.*

<sup>1396</sup> LAFOLLETTE, Robert M., discurso ante el 65º Senado en su primera sesión del 4 de abril de 1917, texto consultado en <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/doc19.htm>



Luego LaFollette pasaba a criticar la entrada en la guerra contra Alemania, pues al igual que Norris no veía demasiada diferencia entre Londres y Berlín, pues aliándose con los enemigos de Alemania “avalamos los vergonzosos métodos de guerra contra los que hemos protestado incansablemente en ésta guerra”<sup>1397</sup>, además de caer en la trampa británica para hacer que Estados Unidos le ayudase en la consecución de sus objetivos, transformando con ello a Estados Unidos al “hacer de esta tierra nuestra feliz, justa y libre las mismas ruinas y pozo sin fondo de horror que vemos hoy en Europa”<sup>1398</sup>.

Por si fuera poco, para LaFollette el Presidente Wilson no era muy justo al tildar al Ejecutivo alemán de autocracia prusiana contraria a la democracia, y con ello a Estados Unidos, y todos los aliados contra Alemania con los que Estados Unidos iba a unir esfuerzos, cuando Gran Bretaña también estaba gobernada por una monarquía hereditaria y mantenía subyugados a numerosas naciones como Irlanda, Egipto o la India. Por tanto, para LaFollette Estados Unidos no debería esconder su torpeza tras el humo de la batalla sino “demandar que ambas naciones (Gran Bretaña y Alemania) respeten nuestros derechos neutrales sobre los mares al pie de la letra, y anunciar que reforzaremos esos derechos desde entonces contra ambos beligerantes...la otra alternativa es abandonar nuestro comercio con las dos”<sup>1399</sup>. Es decir, para LaFollette, igual que para Norris, Estados Unidos cometía un error de juicio al aliarse con Londres bajo una supuesta comunidad de intereses y la contraposición respecto al comportamiento alemán, cuando en realidad tanto unos como otros compartían métodos y objetivos muy alejados de la tradición estadounidense.

Ni siquiera la aprobación de la declaración de guerra y la consiguiente entrada en la misma, hicieron que LaFollette acallara sus críticas contra la Administración Wilson, y el 6 de octubre de 1917 pronunció uno de sus discursos más famosos ante el Senado, sobre la libertad de expresión y el derecho del Congreso a declarar los objetivos de la guerra, para denunciar el hecho de que “desde la declaración de guerra la prensa pro guerra triunfante ha perseguido aquellos Senadores y Representantes que votaron contra la guerra con maliciosa falsedad y con atronadores ataques difamatorios, yendo al extremo de acusarles de traicionar a su país”<sup>1400</sup>. Por si fuera poco, además de la presión sobre dichos Congresistas, LaFollette denunció también que “los más sagrados derechos constitucionales garantizados a todo ciudadano americano están siendo violados”<sup>1401</sup>, con el propósito de “lanzar al país en un estado de terror, de coacer a la opinión pública, de ahogar el criticismo y de suprimir la discusión de los grandes asuntos envueltos en ésta guerra”<sup>1402</sup>, y aunque en periodos de guerra era normal que hubiese una merma de las libertades, ello no era obstáculo para que aumentara a su vez el control sobre el Gobierno, y para que ciudadanos y representantes mantuviesen su derecho a la libertad de expresión, y en concreto sobre la guerra, sus causas, la manera en que debía ser conducida, y los términos sobre los que la paz debía ser hecha.

---

<sup>1397</sup> *Ibíd.*

<sup>1398</sup> *Ibíd.*

<sup>1399</sup> *Ibíd.*

<sup>1400</sup> LAFOLLETTE, Robert M., discurso ante el Senado del 6 de octubre de 1917, texto consultado en <http://www.uark.edu/depts/comminfo/cambridge/war.html>

<sup>1401</sup> *Ibíd.*

<sup>1402</sup> *Ibíd.*



Para LaFollette era esencial si la democracia estadounidense debía preservarse que el pueblo tuviera derecho a discutir los asuntos de guerra y relacionado con ello, mantener “el poder Constitucional y la obligación del Congreso de declarar los propósitos y los objetivos de cualquier guerra en la que nuestro país se vea envuelto”<sup>1403</sup>, y para defender su opinión en éste punto LaFollette recurrió a la tradición política estadounidense citando a Henry Clay, Daniel Webster y Abraham Lincoln con ocasión de la guerra contra México en 1847, quienes con la misma vehemencia que LaFollette habían clamado para que los derechos del Congreso relativos a las cuestiones de la guerra no fueran sobrepasados por la autoridad presidencial, pues

si toda la preparación para la guerra puede ser convertida en la excusa para destruir la libertad de expresión y la prensa libre y el derecho popular a reunirse para discutir pacíficamente, entonces desesperaremos de encontrarnos de nuevo por un largo periodo de tiempo en un estado de paz [...] éste es el camino de todos los Gobiernos libres han recorrido hasta la fecha hacia su destrucción<sup>1404</sup>

Por ello el 11 de agosto previo, LaFollette había introducido una resolución que asegurase el poder del Congreso para declarar los propósitos de la guerra, pero sin mucho éxito. En todo caso, según LaFollette la propia Constitución estadounidense contenía suficientes provisiones para asegurar al Congreso el papel que él mismo reclamaba, como el Art. 1, sección 8<sup>1405</sup>, lo que confería al Congreso, en su caso la Cámara de Representantes, una influencia capital al controlar las arcas estatales, cuyo consentimiento necesitaba el Gobierno para aprobar cualquier gasto de guerra, además la sección 8 otorgaba al Congreso la potestad de declarar la guerra, de crear y sostener Ejércitos, la Armada y de la disciplina de estos entre otras disposiciones. Y todo ello porque los creadores de la Constitución habrían querido ahorrar a su nación el viejo modelo político de los emperadores<sup>1406</sup>.

En resumidas cuentas, para LaFollette “es la tarea suprema del Congreso ejercer la función conferida sobre él por la Constitución de guiar la política exterior de la nación en la presente crisis”<sup>1407</sup>, de no hacerlo se subvertiría “nuestra forma de

---

<sup>1403</sup> *Ibíd.*

<sup>1404</sup> *Ibíd.*

<sup>1405</sup> Por el cual “el Congreso tendrá el poder de extender y recaudar impuestos, y ejercer el pago de las deudas y proveer para la defensa común y el bienestar general de Estados Unidos”, *Ibíd.*

<sup>1406</sup> *Ibíd.*, pues “poner en sus manos el poder de hacer la guerra o la paz significa despotismo” y porque se creía que el Congreso, al ser elegido directamente por el pueblo representaría mejor sus puntos de vista, y “el único poder relativo a la guerra con el que el Ejecutivo fue confiado fue el de actuar como comandante en jefe del Ejército y la Armada...su función es puramente militar...tan completamente quietaron los padres de la Constitución al Ejecutivo de poder militar”, *Ibíd.*, además, no podía olvidarse que la sección 2 del Art. II recoge que el Presidente no tendrá poder de hacer tratados con o sin el consentimiento del Senado, siempre que dos tercios del Senado concurra, es decir, una minoría de un tercio sería suficiente para bloquear la iniciativa presidencial relativa a los propósitos y objetivos de la guerra, por lo que a tenor de la propia Constitución el Ejecutivo se verá obligado a pactar con el Senado las cuestiones relativas a la guerra, no a imponer su voluntad, ya que sería el Congreso el que determinaría por lo que se estaba luchando, lo contrario equivaldría a sostener “una doctrina tan tiránica y odiosa que nunca ha sido mantenida por los hombres que se han levantado por la libertad y el gobierno representativo en es éste país”, *Ibíd.*

<sup>1407</sup> *Ibíd.*



gobierno”<sup>1408</sup>. De lo contrario se caería en la vieja diplomacia secreta y en el poder autoritario que había conducido a todos a la guerra, y para evitar que finalmente Estados Unidos acudiese en ayuda de sus aliados para “quizás finalmente mantener el imperialismo y la explotación”<sup>1409</sup>, el derecho de libertad de expresión debía ser defendido tanto a nivel popular como en el Congreso.

Como se aprecia, en el transcurso de apenas tres años, Wilson pasó de defender la neutralidad, a convertir ésta en armada, presionando a los beligerantes para aceptar su programa de paz, para acabar involucrando a su país en la I Guerra Mundial. En medio de éste tránsito<sup>1410</sup>, Wilson completó su ideario democrático al percibir la importancia de la naturaleza del régimen político a la hora de entender, y predecir así, el comportamiento de los Estados, es decir, para Wilson era fundamental la democratización política de los actores principales de la escena internacional, los Estados, y del propio sistema mundial si de verdad se aspiraba a una paz estable. Sólo a la luz de estos parámetros puede entenderse el posterior comportamiento de Wilson en la mesa de negociaciones, bajo la exasperación francesa y el desconcierto nacional, y que acabaría con la negativa del Congreso estadounidense a aprobar su plan de paz y el descalabro final de su ansiada Sociedad de Naciones.

En efecto, como se ha comprobado, las motivaciones de Wilson a la hora de hacer a Estados Unidos partícipe de la Guerra Mundial eran, bajo su propia concepción, diametralmente opuestas a las de los beligerantes, incluidos los aliados, lo que a la postre influiría en las distintas concepciones con las que los protagonistas llegaron a la mesa de negociaciones una vez terminada la guerra, por el contrario, para el realista Theodore Roosevelt Estados Unidos no debía ir a la guerra sino para afianzar su propia seguridad, que una posible victoria alemana pondría en aprietos. Para Wilson era esencial que Estados Unidos encarase la paz con un plan elaborado con el que remodelar las relaciones internacionales, para ello, pese a tener ya en mente sus notas principales, no dudó en crear un grupo de consulta llamado *The Inquiry* formado por Walter Lippmann, periodista, Sidney Mezes, presidente del grupo y del Colegio de la ciudad de Nueva York, James Shotwell, historiador de la Universidad de Columbia, D. H. Miller, abogado y el geógrafo Isaiah Bowman, y que radicado en Nueva York le servía también para burlar la influencia que el Departamento de Estado pudiera tener sobre la elaboración del plan de paz<sup>1411</sup>.

El que Estados Unidos presentase su programa de paz particular era sólo una muestra más de la independencia con que el Presidente Wilson encaraba su entrada en la guerra, independencia que se puede entender como reminiscencia del tradicional unilateralismo aislacionista estadounidense. Es más, al participar del bando aliado como potencia asociada, con su ejército separado del de los aliados, no sólo por tener distintos objetivos, sino por tener también tácticas diferentes, mucho más ofensiva en

---

<sup>1408</sup> *Ibíd.* pues aquellos que soportan los flagelos de la guerra han de ser los que decidan sobre ella, y según LaFollette “ninguna convicción es más fuerte en el pueblo hoy que la de que no debe haber guerra futuras salvo en el caso de invasión, salvo respaldadas por referéndum, plebiscito o voto de ratificación sobre la declaración de guerra antes de que sea efectiva”, *Ibíd.*

<sup>1409</sup> *Ibíd.*

<sup>1410</sup> Para convencer a la opinión pública norteamericana, Wilson creó el Comité de Información Pública que con 75.000 voluntarios ayudó a la aceptación de la entrada de Estados Unidos en la I Guerra Mundial. BOSCH, *op.cit.*, p. 360.

<sup>1411</sup> FROMKIN, *op.cit.*, p. 175 y 193.



el caso estadounidense, Wilson pretendía evitar que su nación se viese enredada en los objetivos de guerra británicos o franceses, entendidos como vanos intentos por aumentar sus respectivos imperios, además de tratar de preservar así cierta independencia diplomática con el objetivo de tener la libertad de hacer la paz por separado, así, Wilson sólo aceptó que Estados Unidos estuviese presente en el Consejo Supremo de Guerra Aliado en calidad de observador<sup>1412</sup>.

Pese a los esfuerzos y voluntad estadounidenses, la entrada de Estados Unidos en la guerra se vio retrasada por los inevitables problemas logísticos en el traslado de sus tropas, pertrechos y armamentos de un lado del Atlántico al otro, por lo que hasta la primavera de 1919 no se esperaba que el ejército norteamericano lanzase su propia ofensiva, de hecho, más de la mitad de sus efectivos fueron transportados por barcos británicos, lo que costaba a Washington más de 81 dólares por soldado, lo que da una ligera idea del desconocido coste que la guerra suponía para Estados Unidos, que sólo en 1917 ascendió a 22 billones de dólares, cuando hasta entonces el gasto total del Gobierno desde 1789 había sido de tan sólo 24 billones<sup>1413</sup>.

#### - Del final de la Guerra a la firma de la Paz

La participación de Estados Unidos fue decisiva, pues tras la retirada rusa del conflicto, la ofensiva alemana de marzo de 1918 parecía alejar aun más las expectativas de un alto el fuego, y de victoria de la Entente; el tributo de vidas estadounidenses fue de 150.000<sup>1414</sup> soldados, cifra que palidece ante el total de 20 millones de muertos en el conflicto, pero el ejército estadounidense había pasado de 200.000 efectivos en enero de 1917 a más de cuatro millones al finalizar la guerra, de los cuales casi dos millones se encontraban destinados en Europa, si bien de ellos entre un tercio y la mitad no entraría nunca en combate. Aun así la guerra supuso para Estados Unidos diez veces el coste de su Guerra Civil, unos 112 billones de dólares<sup>1415</sup>, lo que da una idea del compromiso de Wilson con la causa democrática, además de que a esas alturas de la guerra, el Presidente norteamericano había diseñado el esquema de lo que debía ser el nuevo orden internacional de posguerra.

En su segundo discurso inaugural, de marzo de 1917, un mes antes de entrar en guerra, Wilson revelaría por primera vez sus planes para una paz duradera basada en

los principios de una humanidad liberada ... ya sea en la guerra como en la paz : que todas las naciones están igualmente interesadas en la paz del mundo y en la estabilidad política de la gente libre, e igualmente responsables de su mantenimiento, que el principio esencial de la paz es la actual igualdad de las naciones en todos los asuntos de derecho o privilegio, que la paz no puede descansar ni segura ni justamente en un balance de poder armado, que los Gobiernos derivan todos sus justos poderes del consentimiento de los gobernados y que ningún otro poder debería ser apoyado por el sentido común, propósito o poder de la familia de naciones, que los mares deberían ser igualmente libres y seguros para el disfrute de toda la gente [...] que los ejércitos

---

<sup>1412</sup> *Ibíd.*, p. 181, 192 y 215.

<sup>1413</sup> *Ibíd.*, p. 189.

<sup>1414</sup> NINKOVICH, *op.cit.* p.78.

<sup>1415</sup> JOHNSON, *op. cit.*, p. 647 , HERRING, *op. cit.*, p. 415 y FROMKIN, *op. cit.*, p. 231.



nacionales debieran ser limitados a las necesidades de orden nacional y seguridad doméstica, que la comunidad de interés y de poder sobre la que desde entonces debe depender la paz imponga sobre cada nación la tarea de supervisar que toda influencia procedente de sus propios ciudadanos para animar o ayudar a la revolución en otros Estados debe ser severa y efectivamente suprimida y prevenida<sup>1416</sup>

Como se verá más adelante, aquí ya se recogían los principios esenciales de lo que constituirá el núcleo de sus famosos catorce puntos, como son la igualdad de naciones, la necesidad de no basar el orden internacional en el balance de poder y sí en la cooperación interestatal, la libertad de mares... en cuanto a los dos últimos puntos, su interés por la restricción del papel y tamaño de los ejércitos era fiel reflejo de su idealismo y falta de interés por la realidad y por los postulados clásicos de seguridad, tan necesarios en Europa como extraños para Estados Unidos<sup>1417</sup>; en cuanto al último, reflejaba su preocupación por los acontecimientos rusos, y aunque en un principio celebró la Revolución Rusa que acabó con siglos de reinado zarista para instaurar la república, pronto criticó los desmanes bolcheviques, cuya ideología calificó de *cosa venenosa* y que odiaría por truncar sus esperanzas de ver a Rusia convertida en una democracia afín a los intereses estadounidenses (lo que posteriormente se tradujo en una intervención activa en la guerra civil por expulsar a los bolcheviques del poder<sup>1418</sup>). Es más, la Revolución Rusa de 1917 tuvo un enorme impacto en la estrategia wilsoniana al convertirse en un nuevo acicate para lanzar cuanto ante sus propuestas para un nuevo orden internacional, de hecho, al publicar los comunistas en el poder los acuerdos secretos entre el Gobierno zarista y sus aliados británicos, franceses, italianos y japoneses para el futuro reparto de los Imperios de las potencias centrales, se renovó la crítica interna en Estados Unidos por luchar en un bando que albergaba tales objetivos imperialistas, tan contrarios a los propugnados por el Presidente, lo que le llevó a resaltar una vez más la distancia que separaba en tal apartado a Estados Unidos del resto de beligerantes, diferencia que Wilson encarnaría en sus catorce puntos del 8 de enero de 1918, un mes más tarde de la firma de la paz entre rusos y alemanes, en un intento por erigirse en líder de la opinión progresista en detrimento de liberales ingleses y bolcheviques rusos, y que continuaría el 11 de febrero siguiente con el anuncio de sus cuatro principios, un mes antes de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, del 15 de marzo, y por el que Alemania lograba rehacer el Este europeo en su beneficio, desde entonces Wilson trataría de ganar la batalla ideológica tanto contra el nacionalismo de los beligerantes como contra la propaganda comunista, empeñada en describirlo como un heraldo capitalista más<sup>1419</sup>.

En su discurso al Congreso del 8 de enero de 1918 sobre las condiciones de la paz, Wilson comenzó mostrando su disgusto por el modo en que se estaban llevando a cabo las conversaciones de paz entre rusos y alemanes en Brest-Litovsk, al no tener

---

<sup>1416</sup> WILSON, Woodrow, segundo discurso inaugural, 5 de marzo de 1917, [www.bartleby.com/124/pres45.html](http://www.bartleby.com/124/pres45.html).

<sup>1417</sup> Una vez más, se puede apreciar el modo en que la geografía tiene mucho que ver en la política y a menudo la condiciona, Estados Unidos rodeado por dos océanos y sin ningún país vecino al que se pueda calificar de hostil, ha vivido siempre en una posición geopolítica muy distinta a la europea, dividida entre Estados a menudo enfrentados entre sí y sin más remedio que usar su ejército como amenaza disuasoria o instrumento político de último recurso.

<sup>1418</sup> AMBROSIUS, op.cit. p. 43.

<sup>1419</sup> FROMKIN, op.cit., p. 195-210.



en cuenta la opinión de los pueblos afectados, y sobre todo del ruso. A continuación Wilson anunciaba a todo el que le quisiera escuchar, aliado o enemigo, que “los días de la conquista y el engrandecimiento han pasado”<sup>1420</sup>, lo mismo que para los pactos secretos, pues pertenecían a una era que estaba muerta y superada, por todo ello

lo que demandamos en ésta guerra [...] es que el mundo sea hecho adecuado y seguro para vivir en él, y particularmente que sea hecho seguro para toda nación amante de la paz que, como la nuestra, desea vivir su propia vida, determinar sus propias instituciones, asegurarse la justicia y las relaciones justas con otros pueblos del mundo en contra de la fuerza y la agresión egoísta. Todos los pueblos del mundo son de hecho compañeros en este interés [...] el programa de la paz mundial, de esta manera, es nuestro programa, y ese programa, el único programa posible, como lo vemos, es éste:

- I. Pactos de paz abiertos... tras los cuales no habrá entendimientos internacionales privados de ninguna clase [...]
- II. Libertad absoluta de navegación en los mares [...]
- III. La eliminación, tanto como sea posible, de todas las barreras económicas y el establecimiento de la igualdad de condiciones de comercio [...]
- IV. Garantías adecuadas dadas y tomadas de que los armamentos nacionales serán reducidos al punto más bajo consistente con la seguridad doméstica.
- V. Un ajuste libre, abierto de mente, y absolutamente imparcial de todas las reivindicaciones coloniales [...]
- VI. La evacuación de todo el territorio ruso y un acuerdo de todas las cuestiones afectando a Rusia [...]
- VII. Bélgica, el mundo entero estará de acuerdo, debe ser evacuada y restaurada [...]
- VIII. Todo el territorio francés será liberado y las porciones invadidas restauradas, y el mal hecho a Francia por Prusia en 1871 en la cuestión de Alsacia y Lorena [...]
- IX. Un reajuste de las fronteras de Italia [...]
- X. Los pueblos de Austria-Hungría.... Se les acordará la oportunidad más libre de desarrollo autónomo.
- XI. Rumanía, Serbia y Montenegro deben ser evacuados [...] la independencia política y económica y la integridad territorial de los varios Estados balcánicos debe ser admitida.
- XII. Las porciones turcas del presente Imperio Otomano se les deben asegurar una soberanía segura, pero a las otras nacionales que están ahora bajo el mando turco se les debe asegurar una seguridad de vida sin trabas y una oportunidad absoluta de desarrollo autónomo [...]
- XIII. Un Estado polaco independiente debe ser erigido [...]

---

<sup>1420</sup> WILSON, Woodrow, discurso ante el Congreso del 8 de enero de 1918, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65405&st=&st1=>



- XIV. Una asociación general de naciones debe ser creada bajo los pactos específicos con el propósito de permitir garantías mutuas de independencia política e integridad territorial a grandes y pequeños Estados por igual [...]

Un principio evidente corre a través del programa que he descrito. Ese es el principio de justicia a todos los pueblos y nacionalidades, y su derecho a vivir en igualdad de términos y seguros con los demás, ya sean fuertes o débiles. Salvo que este principio sea hecho su fundamento, ninguna parte de la estructura de la justicia internacional puede sostenerse. El pueblo de Estados Unidos no puede actuar bajo ningún otro principio, y a la reivindicación de este principio están listos para dedicar sus vidas, su honor y todo lo que poseen<sup>1421</sup>

Es decir, o la futura paz encarnaba los principios y valores del sistema estadounidense o no sería aceptada por el pueblo de Estados Unidos, en ello Wilson fue incapaz de comprender los esfuerzos que tal estrategia exigía a los aliados, sobre todo lo relativo a las reivindicaciones coloniales, la libertad de mares y el comercio libre, y más aún, los problemas que sin duda su principio de libre autodeterminación de los pueblos entrañaría en la desarticulada Europa Central y del Este tras el fin de los imperios austro-húngaro, alemán, ruso y otomano, por no hablar de las ansias de seguridad francesas, escasamente aplacadas en los 14 puntos propuestos por Wilson.

Al mes siguiente, el 11 de febrero, Wilson incidiría de nuevo en una de sus propuestas más queridas, la controvertida libre autodeterminación de los pueblos, anunciando cuatro principios esenciales para ser aplicados en el nuevo sistema internacional, a saber, que para lograr una paz permanente cada caso debía ser juzgado según sus propias características, que “los pueblos y provincias no pueden ser cambiados de soberanía en soberanía como si fueran los peones en un juego... del balance de poder”<sup>1422</sup>, que los acuerdos territoriales se hiciera en beneficio de sus pueblos y no de Estados rivales y que se resolvieran las aspiraciones nacionales de tal manera que dejaran de alimentar el antagonismo que había sacudido la paz europea y mundial.

La complejidad del pensamiento wilsoniano se nos muestra aquí en toda su impracticable contrariedad, pues si por un lado vio en el nacionalismo alemán, e incluso aliado, una de las principales causas de la guerra, y por ello intentó contrarrestarlo con la creación de un organismo internacional que fomentara la cooperación interestatal, por otro lado trató de reparar las injusticias cometidas contra los numerosos pueblos sin Estado de Europa central y del este, apelando precisamente a ese nacionalismo que antes había criticado, sin duda, que esperando ponerlo bajo control con las resoluciones de su Sociedad de Naciones, lo que no pensó, o no quiso pensar en ello, es que esa misma organización podía ser utilizada para todo lo contrario, para desestabilizar al contrario a través de la exaltación de reivindicaciones soberanistas que al tenor de lo defendido por el propio Wilson, deberían ser al menos tenidas en cuenta.

Cinco meses más tarde, Wilson bosquejaría de nuevo sus planes para el futuro nuevo orden mundial, en plena guerra entendida por él como la lucha entre las democracias y los regímenes autoritarios, donde

---

<sup>1421</sup> *Ibíd.*

<sup>1422</sup> WILSON, Woodrow, discurso ante el Congreso del 11 de febrero de 1918, texto consultado en [http://www.firstworldwar.com/source/fourteenpoints\\_wilson2.htm](http://www.firstworldwar.com/source/fourteenpoints_wilson2.htm).



el pasado y el presente están luchando a muerte y los pueblos del mundo están luchando entre ellos [...] Estos son los fines por los que los pueblos asociados del mundo están luchando y los que les deben ser concedidos antes de que pueda haber paz:

- La destrucción de todo poder arbitrario en cualquier parte que pueda separada y secretamente y por su propia elección amenazar la paz del mundo [...]
- La resolución de toda cuestión, sea de territorio, soberanía, arreglo económico o de relaciones políticas, sobre la base de la aceptación libre de los pueblos inmediatamente concernidos por dicha resolución, y no bajo la base del interés material de cualquier otra nación o pueblo que pueda desear otra resolución distinta a favor de su propia influencia exterior o poderío.
- El consentimiento de todas las naciones de ser gobernadas en su conducta entre ellas por los mismos principios de honor y respeto a la ley común a la sociedad civilizada [...]
- El establecimiento de una organización de paz que pueda asegurar que el poder combinado de las naciones libres pueda controlar toda invasión del derecho y servir para hacer la paz y la justicia lo más seguras, proporcionando un tribunal de opinión definitivo<sup>1423</sup>

Tras estos cuatro principios, Wilson completaría sus objetivos de guerra el 27 de septiembre con el anuncio de sus cinco particulares que representaban

la interpretación de éste Gobierno de su propia tarea respecto a la paz:

Primero, la justicia imparcial que nos encontremos no debe envolver discriminación alguna [...] debe ser una justicia que no tenga favoritos ni sepa de otro parámetro que la igualdad de derechos de los pueblos concernidos;

Segundo, ningún interés especial o separado de ninguna nación particular o ningún grupo de naciones puede ser hecho la base de ningún acuerdo que no sea consistente con el interés común de todos;

Tercero, no puede haber ninguna sociedad o alianzas o pactos especiales y entendimientos dentro de la familia general y común de la Sociedad de Naciones;

Cuarto, más específicamente, no puede haber ninguna combinación económica especial o egoísta dentro de la Sociedad y ningún empleo de cualquier tipo de boicot económico o exclusión salvo el poder de sanción económica...conferida a la Sociedad de Naciones como medio de disciplina y sanción;

Quinto, todo acuerdo internacional y tratado de todo tipo debe ser conocido en su integridad por el resto del mundo. Las alianzas especiales y las rivalidades y hostilidades económicas han sido las fuentes prolíficas en el mundo moderno de los planes y pasiones que producen guerra. Sería una paz insincera tanto como insegura si no los excluimos en términos definitivos y vinculantes<sup>1424</sup>

---

<sup>1423</sup> WILSON, Woodrow, discurso en Mount Vernon, 4 de Julio de 1918, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org) .

<sup>1424</sup> WILSON, Woodrow, discurso pronunciado en Nueva York el 27 de septiembre de 1918, texto consultado en <http://wwl2.dataformat.com/Document.aspx?doc=32183>.



Al hacer públicos sus objetivos de guerra y sus planes de paz, Wilson trataba de presionar a los Gobiernos aliados en la creencia de que sus respectivas opiniones públicas compartían sus puntos de vista sobre el carácter caduco del viejo orden internacional, basado en esas alianzas y diplomacia secretas y balances de poder que habían conducido a la Gran Guerra, y así poder imponer su plan al resto de potencias.

Ya durante la guerra, Wilson había dado muestras una vez más de sus dificultades a la hora de ceder ante las opiniones ajenas, si en el plano doméstico se negó a crear un Consejo de Guerra (reforzando de paso la figura presidencial frente al Congreso)<sup>1425</sup>, luego, en las negociaciones con sus aliados, intentó imponer en todo momento su visión de la realidad, siempre bajo el paraguas de un americanismo cerril (“Ha sido nuestro privilegio formular los principios que fueron aceptados como la base de la paz [...] ellos hablan por la conciencia del mundo tanto como por la conciencia de América”<sup>1426</sup>). De nuevo, al universalismo unilateral de Wilson se enfrentaban los imperativos de la realidad, que en forma de requerimientos aliados, amenazaban con frustrar sus planes; de hecho, durante las negociaciones de paz Wilson no cedió ante los deseos franceses de imponer en adelante un estricto control sobre Alemania, con el fin de anular la amenaza de su remilitarización, en lugar de ello, Wilson abogaría por la democratización de su régimen político como la garantía más eficaz que asegurase la paz en Europa, lo que a la hora de negociar la estructura de la nueva Sociedad de Naciones, se tradujo en la negativa estadounidense de incluir cualquier cláusula que llevase más allá de lo finalmente estipulado los deberes de asistencia militar para con los países miembros de la sociedad. Mientras Wilson no percibía el rearme alemán como una amenaza, creyendo firmemente que las estructuras democráticas harían impensable una nueva guerra de agresión, los franceses pensaban que era imprescindible que los alemanes se sintieran amenazados por el conjunto de los aliados a través de un firme y duradero compromiso de defensa mutua, junto con un control exhaustivo de su complejo militar-industrial (además de numerosas disposiciones sobre deudas de guerra, control de la zona desmilitarizada, compensaciones económicas con control de zonas mineras...), justo todo lo que Wilson deploraba y tachaba de culpables del conflicto, elementos de una diplomacia secreta y caduca basada en la razón de Estado y no en el bienestar común, herederas de un viejo régimen enterrado en las trincheras de la I Guerra Mundial. Para Wilson

todo el mundo está esperando a saber cuando tendrá paz y qué tipo de paz será cuando llegue- una paz en la que cada nación deba tirar por sí misma como pueda, o una paz basada y apoyada por el concierto de naciones que tienen el propósito y el poder de hacer y de reforzar lo que es correcto<sup>1427</sup>

Wilson concebía una *paz sin victoria* ya que si

la paz de ahora está hecha para durar, debe ser una paz fabricada por las mayores fuerzas de la humanidad organizadas [...] debe ser una paz sin victoria [...] victoria significaría paz forzada sobre el perdedor [...] sólo una paz entre iguales puede perdurar [...] la igualdad de las naciones sobre la que la paz debe fundarse

<sup>1425</sup> GRAUBARD, Stephen, op. cit. p.186-7.

<sup>1426</sup> WILSON, Woodrow, Discurso sobre el Tratado de Versalles, 10 de julio de 1919, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1427</sup> WILSON, Woodrow, discurso ante el Congreso, 8 de agosto de 1919, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).



si es que ha de durar, debe ser en igualdad de derechos [...] el derecho debe estar basado sobre la fuerza común, no sobre la fuerza individual<sup>1428</sup>

Pero una cosa era proclamar a los cuatro vientos el tipo de paz al que aspiraba el Presidente Wilson, y otra muy distinta el que fuera escuchado, entendido y aceptado. Ni en su propia casa Wilson era ya unánimemente aceptado, pues parte importante de la opinión pública estadounidense estaba en contra de su Presidente antes de la firma de Versalles por la manera de conducir al país en la guerra de forma tan partidista, y no como un líder nacional, apartando al Partido Republicano de toda decisión, haciendo que toda culpa recayera en exclusiva sobre los Demócratas y en especial en el propio Wilson, también las críticas de Theodore Roosevelt sobre la falta de preparación militar del país antes de la guerra cundieron en el sentir general, lo que se tradujo en la derrota Demócrata en las elecciones de medio término de 1918, hecho que los líderes europeos vieron como una señal de que a Wilson le resultaría muy difícil ver aprobado por el Congreso su plan de paz<sup>1429</sup>.

A finales de 1918 resultaba claro que Alemania tenía perdida la guerra, más por mera cuestión de números que por las batallas perdidas en el campo de batalla, y a pesar de ciertos cambios internos, Wilson no vio satisfechos sus intentos por democratizar el régimen alemán antes de alcanzar el armisticio, para entonces Wilson estaba jugando cuatro batallas a la vez, contra sus oponentes en Estados Unidos, por el apoyo de la izquierda europea contra británicos y comunistas, contra los aliados por los términos de la paz y contra Alemania en la guerra<sup>1430</sup>.

Finalmente el esperado armisticio llegó el 11 de noviembre de 1918, tras la ruptura del frente búlgaro por las tropas británicas y francesas, pero si bien Alemania lo firmó sobre la base de los catorce puntos, los cuatro principios y cinco particulares de Wilson, por el contrario, los aliados lo hicieron sobre una propuesta norteamericana mucho más vaga, y que en nada les obligaba respecto a aquellos, pues lo esencial para comprender las diferencias entre Wilson y el resto de los aliados es que mientras el primero llegaba a la mesa de negociaciones dispuesto a crear un mundo nuevo basado en la cooperación internacional, estos pretendían sustituir los viejos imperios caídos por unos nuevos que crearan un nuevo balance de poder a su favor, así, David Lloyd George estaba preocupado sobre todo por mantener el poder británico y aumentar su Imperio, el líder francés, Georges Clemenceau, sólo buscaba reforzar la seguridad francesa, asegurándose de que Alemania no volviese a atacar a Francia, y Vittorio E. Orlando que Italia sacase el máximo beneficio de los despojos dejados por los anteriores<sup>1431</sup>. De modo que desde un principio eran patentes los distintos enfoques con que cada uno de los protagonistas llegaban a París, diferencias que en muchos casos se convertían en barreras infranqueables para alcanzar los objetivos marcados por Wilson, y que como veremos, para salvarlas no tuvo más remedio que renunciar a parte de su ideario con el fin de lograr su objetivo principal, la creación de la Sociedad de Naciones, lo que en el ámbito doméstico produjo un mar de críticas por traicionar los ideales por él defendidos y en la práctica supuso el fracaso de su nuevo orden internacional por no poder implementarlo completamente.

<sup>1428</sup> WILSON, Woodrow, discurso al Senado sobre Paz sin victoria, 22 de enero de 1917, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1429</sup> FROMKIN, op. cit., p. 242.

<sup>1430</sup> *Ibíd.*, p. 254.

<sup>1431</sup> *Ibíd.*, p. 259 y 280.



El 13 de diciembre de 1918 llegaba a París un Presidente Wilson aclamado en las calles de la capital francesa como si de él sólo dependiera el éxito de la futura paz, y hasta enero se embarcaría por una gira que le llevaría a Gran Bretaña e Italia, siempre las mismos vótores, las mismas esperanzas depositadas en el mandatario americano, el mismo apoyo público que tras la fanfarria y la alegría escondía las profundas diferencias que llevarían al traste su plan de paz.

En París la delegación estadounidense estaba compuesta por alrededor de 1.300 miembros, incluidos miembros del Gobierno, del grupo de estudio Inquiry, los propios delegados en la Conferencia y sus respectivos ayudantes, con el Coronel House funcionando de enlace entre el Presidente y la delegación de Estados Unidos en la Conferencia, que dio inicio sin preparación previa de los temas a tratar y sin haberse marcado un límite de tiempo, tampoco sin haber decidido si sería una paz dictada por los aliados o con participación alemana, duda que muy pronto quedaría resuelta al no ser invitados a la misma los países vencidos<sup>1432</sup>.

La primera reunión de Wilson con los aliados se celebró el 12 de enero de 1919, con los Jefes de Gobierno y Ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón, donde surgieron los primeros desacuerdos pues Wilson, al contrario que los franceses, quería resolver en primer lugar la cuestión de la Sociedad de Naciones y sólo más tarde pasar a los temas económicos y territoriales. La Conferencia empezó formalmente el 18 de enero, con Francia pidiendo garantías de seguridad para que no volviera a repetirse un nuevo ataque alemán, una vez resuelta dicha cuestión se podría abordar la creación de la Sociedad de Naciones y el resto de temas por resolver, tras ello Wilson no se atrevió a pedir el fin puro y simple de los Imperios, sino que lanzó la idea de los protectorados para salvar su oposición al saqueo de las colonias de los imperios vencidos. Ya en la segunda sesión, del 25 de enero, sí que propuso la creación de la Sociedad de Naciones, que no fue aprobada hasta el 14 de febrero siguiente, existiendo entonces distintos planes para el futuro ejército de la organización (que fuera el ejército francés bajo el manto de la Sociedad o las Marinas de Estados Unidos y Gran Bretaña combinadas)<sup>1433</sup>.

Ese mismo 14 de febrero de 1919 Woodrow Wilson regresaba a Estados Unidos para atender asuntos de política interna, a partir de entonces ya no volvería a gozar del apoyo internacional como a inicios de año. Para marzo, cuando de nuevo se encontraba en París, la opinión pública francesa y europea en general ya no confiaba en Estados Unidos, pues Francia, con seis millones de muertos, sólo tenía en mente que una nueva invasión alemana no volviera a repetirse, y en lugar de ello veía cómo Wilson se preocupaba más por el trato dado a los vencidos que por aplacarlos, por si fuera poco, Wilson debió de transigir en numerosos puntos para ver aprobada su Sociedad, tantos que a la postre ésta se vería totalmente desvirtuada. En efecto, a mitad de marzo Wilson llegó a París con tres enmiendas a su plan de Sociedad para poder ser aprobado por el Senado estadounidense (derecho a retirarse de la Sociedad, no injerencia en asuntos internos de otros Estados y respeto a la Doctrina Monroe) y que en la práctica se tradujeron en trece cambios en el texto consensuado en febrero,

---

<sup>1432</sup> *Ibíd.*, p. 294.

<sup>1433</sup> *Ibíd.*, p. 299-304.



todos ellos consentidos por los franceses que en compensación recibieron ciertas garantías de Estados Unidos respecto a Alemania (ocupación y desarme de Renania, limitaciones al rearme alemán y pacto para acudir en ayuda de Francia por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña, si Alemania la atacaba de nuevo, lo que nunca sería aprobado por el Congreso norteamericano y era contrario a lo defendido por el propio Wilson), y para captar el apoyo japonés se le permitió la ocupación de la provincia china de Shantung, para oprobio de los propios ideales y de la tradición política estadounidense en la región, amén de los intereses de los aliados. A la postre, Wilson tampoco logró que su propuesta de desarme fuera atendida, ante el eterno temor francés a un resurgir alemán, y al poco de sufrir un ataque que le dejara postrado en la cama, Wilson consintió el 5 de abril las duras condiciones económicas impuestas a Alemania, negándose eso sí, a relacionar el pago de la deuda de guerra aliada con Estados Unidos con una rebaja de las reparaciones de guerra germanas para facilitar su recuperación económica, y con ello el pago de las mismas<sup>1434</sup>.

Aunque la Conferencia contaba con 58 comités sectoriales, con participación de los 32 Estados vencedores, el grueso del trabajo fue llevado a cabo por el Consejo de cuatro formado por Italia, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, y que el 29 de abril invitaba a la delegación alemana, formada por 160 miembros, para conocer la propuesta de paz, que no les sería finalmente presentada hasta el 7 de mayo, cuyos duros términos (además de perder su imperio, se le quitaba el trece por ciento de su territorio y el diez por ciento de su población a favor de países vecinos como Polonia, Francia o Dinamarca, como se aprecia en el siguiente mapa, además de limitar en gran medida su rearme, de prohibir su unión a Austria y su participación en la Sociedad de Naciones y la ocupación del Rin, por no hablar de las reparaciones de guerra aún por cuantificar; con Austria, Tratado de Saint Germain, Hungría, Tratado de Trianon, Bulgaria, Tratado de Neuilly e Imperio Otomano, Tratado de Sévres, los términos serían parecidos aunque mucho menos severos) no fueron apoyados ni por la delegación estadounidense ni por el propio Wilson, al privar a Alemania de la necesaria recuperación económica para el pago de las reparaciones, y ser una fuente de conflictos sin haber debilitado en exceso a Alemania, siendo entonces evidente que sólo era cuestión de tiempo que impugnase el acuerdo, de hecho, Gran Bretaña intentó la revisión del Tratado advirtiendo que de reabrirse los hostilidades por su causa ésta vez no participaría en ellas, iniciativa que aún así fracasó. De todos modos, la posición alemana era tan débil que, pese a renunciar su Gobierno antes que firmar tales condiciones, el nuevo Ejecutivo no tuvo más remedio que firmarlos el 28 de junio de 1919, al día siguiente un descorazonado Woodrow Wilson volvía a Estados Unidos para librar su batalla más importante, la aprobación de la paz por su Senado<sup>1435</sup>.

Como se puede observar en los siguientes mapas, la Conferencia de París lejos de representar el espíritu de una paz sin victoria, acabó por ser una paz impuesta cuya letra se alejaba en numerosos puntos de la visión wilsoniana del nuevo orden internacional. Para empezar, Wilson no pudo hacer desaparecer por entero en las conversaciones de paz la clásica política de poder europea, así, Londres hizo todo lo

---

<sup>1434</sup> *Ibíd.*, p. 316-327, la cuantía de las reparaciones de guerras se cifró en más de 33 billones de dólares, cifra imposible de alcanzar para Alemania, que cuando declaró el impago de la misma en 1931, sólo había cumplido con el pago de 5 billones, de los cuales la mitad eran préstamos estadounidenses.

<sup>1435</sup> *Ibíd.*, p. 330-346.



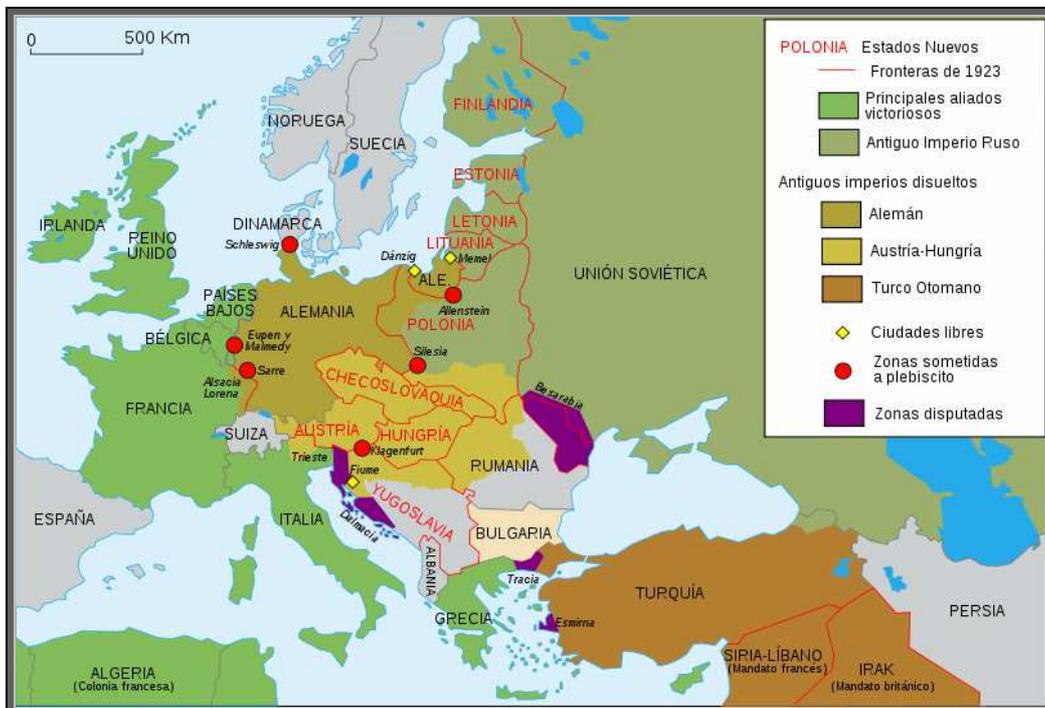
posible para rebajar las reivindicaciones de seguridad francesas respecto a Alemania, evitando así que París pudiese erigirse como centro continental indiscutible, algo que dañaría el clásico interés británico en el equilibrio continental europeo, a pesar de todo, Alemania vería reducido su territorio a una octava parte con sus pérdidas europeas y sobre todo coloniales; de hecho, no se acababa con los imperios de los aliados, sino que se expandieron sin más, como el japonés en China, o vieron agrandada su influencia, merced al sistema de mandatos, sobre todo en Medio Oriente.

### Reparto franco-británico de Oriente Medio, 1916



Fuente: [http://analesdeltiempo.blogspot.com/2010\\_10\\_01\\_archive.html](http://analesdeltiempo.blogspot.com/2010_10_01_archive.html)

### La nueva Europa tras la I Guerra Mundial, 1923



Fuente: <http://erasmus.ufm.edu/2011/03/07/panorama-siglo-xx-primera-mitad-introduccion>



En el olvido también quedó una de las medidas más queridas por Wilson y típica de la tradición política estadounidense, la limitación del poder militar a aspectos meramente defensivos, pues sólo a los perdedores se les aplicó cláusulas de tal tipo, mientras que a los vencedores se les concedía el beneficio de la duda respecto a la bienaventuranza de sus intenciones; tampoco el principio de autodeterminación de los pueblos se aplicó en todos los casos por igual, y que en Centro Europa significó la ampliación de las fronteras existentes antes de la guerra, de 6.000 kilómetros entonces se pasó a los 13.000 tras Versalles, como se aprecia en el mapa, con la creación de pequeños y débiles Estados condenados a vivir entre la Caribdis rusa y la Escila alemana<sup>1436</sup>, por el contrario, el ejemplo de los alemanes que desde 1919 se vieron obligados a pertenecer a Estados vecinos, unos doce millones, y que como puede verse en el siguiente mapa, representados por las zonas más claras, se convirtieron en fuente de alimento para el revanchismo pangermano, plasmado en el poema por Paul Warncke que figura debajo del mapa titulado “Perdido- pero no olvidado país”, y que rezaba “Debes grabar en tu corazón/ éstas palabras como en piedra:/ ¡Lo que hemos perdido,/ lo recuperaremos!”<sup>1437</sup>



Fuente: [http://www.ww1-propaganda-cards.com/lost\\_territories.html](http://www.ww1-propaganda-cards.com/lost_territories.html)

También quedó en saco roto el plan de liberalización comercial estadounidense, con los imperios aún en pie y una Alemania hundida por el Tratado, pues resultaría imposible la libre circulación de bienes. Pero sobre todo se había faltado a la promesa de tratar a vencedores y vencidos por igual, lo que ante la opinión pública estadounidense era una prueba más de que Estados Unidos fue engañado y a la postre había ido a luchar para defender todo aquello contra lo que se rebeló siglo y medio atrás, bajo tal interpretación, lejos de crear un nuevo mundo basado en el modelo americano, Wilson habría consentido que las potencias europeas enredaran a Estados Unidos en sus sucios juegos de poder para la supervivencia de su

<sup>1436</sup> Historia 16. Siglo XX Historia Universal, 8, ABELLA, Rafael “Los años veinte: entre la guerra y la crisis”, p. 12-13.

<sup>1437</sup> Datos consultados en ABELLA, op.cit., p. 13.



modelo político, como el trato a Alemania atestiguaba, algo que ni la propia Sociedad de Naciones podría impedir.

Wilson perdió la oportunidad de rediseñar el orden internacional no porque le faltara imaginación para hacerlo, para ello tenía la sabiduría del académico y el celo del predicador a partes iguales, pero en medio de los debates con los aliados y con su Senado, se fue escapando la posibilidad de cambiar el mundo a imagen y semejanza del sistema americano.

Y fue aquí, en los conflictos que Wilson hubo de afrontar contra sus aliados y contra su Senado, donde se escenificó la lucha del wilsonismo, ideología universalista pero tremendamente unilateral basada en los principios estadounidenses, frente a los principios tradicionales fundados en el nacionalismo y en las luchas de suma cero, es decir, quizá se asistió al primer acto del enfrentamiento entre la visión global que impera en nuestros días y la visión localista que a duras penas intenta sobrevivir. Pero antes de analizar en profundidad ese debate, conviene examinar lo que fue la Sociedad de Naciones tanto en la mente de Wilson como en su estructuración final

### **6.b.3. *La Sociedad de Naciones***

#### *\*Los orígenes de la Sociedad de Naciones*

La idea de crear una organización internacional con el fin de salvaguardar la paz entre las naciones no era nueva, ya en mayo de 1910 el Presidente T. Roosevelt la había anunciado al aceptar el Premio Nobel de la Paz, y desde 1915 destacados miembros del Partido Republicano la defendían, como H. C. Lodge o el propio Presidente Taft, quien presidía La Sociedad para Reforzar la Paz, creada ese mismo año, con el objetivo de presionar a favor de dicha empresa internacionalista; incluso el propio W. Wilson se referiría por primera vez a su proyecto de Sociedad de Naciones en mayo de 1916 en un discurso pronunciado ante la misma. Si bien había Republicanos opuestos al tal objetivo, como el propio nuero de Lodge, A. P. Gardner, o el anteriormente imperialista A. J. Beveridge, a los que se sumaría el ex Presidente Roosevelt<sup>1438</sup>.

Para Wilson la Constitución de una institución internacional era esencial para la estabilización de un nuevo orden mundial, necesario para acabar de raíz con las causas que habían conducido al desastre de la I Guerra Mundial y que debía basarse en los principios democráticos tan queridos por su nación, Wilson creía firmemente en que el ejemplo estadounidense brindaba

la esperanza al mundo de que un nuevo orden prevalecería en los asuntos de la humanidad, un orden en el que el derecho y la razón tomarían precedencia sobre

---

<sup>1438</sup> COOPER, John Milton Jr, *Breaking the Heart of the World. Woodrow Wilson and the Fight for the League of Nations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, p. 11-14. Para ampliar información sobre las opiniones de T. Roosevelt sobre la Sociedad de Naciones ver también JOSA, Pedro F. R. “*El Internacionalismo de Theodore Roosevelt: el excepcionalismo energético de su política exterior*”, Espacio, tiempo y forma, Serie V Historia Contemporánea, año 2012, nº 24.



la codicia y la fuerza, y creo que expreso el deseo y propósito de todo americano juicioso...<sup>1439</sup>

Por ello tuvo presente en todo momento el papel que debía jugar Estados Unidos en la nueva organización, y por supuesto, sus propias responsabilidades para con la misma en las negociaciones de paz, para Wilson en ellas habló

en nombre de la humanidad y de los derechos de todas las naciones neutrales como la nuestra, la mayoría de las cuales la guerra ha puesto en peligro sus intereses vitales [...] la paz debe ser seguida de algún tipo de concierto definido de poder que haga virtualmente imposible que una catástrofe similar nos sobrepase de nuevo [...] no es concebible que los estadounidenses no tomen parte en esta gran empresa [...] para añadir su poder y autoridad a la autoridad y fuerza de otras naciones para garantizar la paz y justicia por todo el mundo [...] los elementos de esta paz deben ser elementos que enlacen la confianza y santifiquen los principios de los Gobiernos americanos, elementos consistentes con su fe política y con las convicciones prácticas que las gentes de América han abrazado para siempre y han emprendido defender<sup>1440</sup>

Dichos principios encarnaban en primer lugar la tradición democrática, tan distante a la experiencia autoritaria europea y que para Wilson era el principal obstáculo para la paz, ya que

ninguna paz puede durar, o debería hacerlo, que no reconozca y acepte el principio según el cual los Gobiernos derivan todo su justo poder del consentimiento de los gobernados [...] el mundo sólo puede estar en paz si vive establemente, y no puede haber estabilidad donde hay rebelión, donde no hay tranquilidad de espíritu ni sensación de justicia, libertad y derecho [...] estos son principios americanos, políticas americanas. No podemos defender otras. Y son también los principios y políticas de los hombres y mujeres con vistas al futuro, de toda nación moderna, de toda comunidad iluminada. Son los principios de la humanidad y deben prevalecer<sup>1441</sup>

Es decir, para Wilson el nuevo orden internacional debería basarse en la unión de los intereses de las naciones a través de una organización interestatal, cuyos objetivos fuesen globales y estuviese basada en los principios democráticos, para así evitar que los tradicionales intereses egoístas y mezquinos de las élites en el poder pusiesen en peligro la consecución del bien común

mi concepción de la Sociedad de Naciones es simplemente ésta, que debería operar como la fuerza moral organizada de los hombres del mundo, y que donde quiera y cuando quiera que el mal o la agresión sean planeadas o contempladas, ésta luz de conciencia vigilante se ponga sobre ellos<sup>1442</sup>

Con estas palabras Wilson intentaba conjugar dos imperativos difícilmente compatibles, por un lado la necesidad de fiscalizar a escala global el comportamiento

---

<sup>1439</sup> WILSON, Woodrow, discurso del estado de la Unión, 7 de diciembre de 1920, texto consultado en [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1440</sup> WILSON, Woodrow, discurso al Senado sobre Paz sin victoria, 22 de enero de 1917, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org)

<sup>1441</sup> *Ibíd.*

<sup>1442</sup> Woodrow Wilson, discurso en la Universidad de París, 21 de diciembre de 1918, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).



de los Estados, pero por otro, lograrlo sólo a través de la intimidación de la condena moral, ya que el tradicional aislacionismo estadounidense no le permitía aceptar las propuestas francesas de una mayor implicación militar en el seno de la nueva organización (con vistas, claro está, a controlar un presumible resurgimiento alemán). Como se verá más adelante, incluso esa condena moral implicaba para la mayoría de la clase política estadounidense demasiado a Estados Unidos en la revuelta escena europea.

La composición final de la Sociedad de Naciones intentó compaginar el idealismo wilsoniano junto a las reservas francesas respecto a Alemania, eso sí, primando el primero sobre las segundas. Creada “en orden a promover la cooperación internacional y asegurar la paz y seguridad internacionales”<sup>1443</sup>, la Sociedad contaba con 26 artículos, de los que cabe destacar el tercero relativo a la composición del Consejo Ejecutivo (compuesto por los representantes de Estados Unidos, el Imperio Británico, Francia, Italia y Japón, más otros cuatro miembros de la Sociedad); el quinto que establecía la figura del Secretario General de la Sociedad; el séptimo trataba sobre la admisión de nuevos miembros, que debía aprobarse por dos tercios del Cuerpo de Delegados; el octavo que recogía el ideal wilsoniano de reducción de los ejércitos para el mantenimiento de la paz (que se complementaba con el decimotercero sobre control del comercio armamentístico); el décimo y más controvertido, según el cual

las altas partes contratantes se comprometen a respetar y a preservar de la agresión externa la integridad territorial e independencia política existente de todos los Estados miembros de la Sociedad de Naciones. En caso de que dicha agresión o en caso de cualquier amenaza o peligro de dicha agresión, el Consejo Ejecutivo debe aconsejar los medios por los que ésta obligación debe ser cumplida<sup>1444</sup>

El undécimo declaraba que todas las guerras eran asunto a tratar por la Sociedad; el duodécimo designaba los medios para que los Estados miembros no recurrieran a la guerra como medio de resolución de disputas (diplomacia, arbitrio del Consejo Ejecutivo...); el decimocuarto abogaba por la creación de una Corte Permanente Internacional de Justicia; el decimosexto describía las acciones a emprender en caso de violación del artículo 12 (ruptura de relaciones con dicho Estado y recomendación del Consejo Ejecutivo sobre las medidas militares a tomar), el decimonoveno recogía la figura del Mandato para hacerse cargo de los territorios coloniales de Alemania y el extinto Imperio turco (aquí se puede apreciar la influencia que la concepción wilsoniana progresiva y conservadora de la democratización tuvo sobre la redacción final de la Sociedad de Naciones, según la cual “el carácter del mandato debe diferir de acuerdo al estadio de desarrollo de los pueblos, la situación geográfica del territorio, sus condiciones económicas y otras circunstancias similares”<sup>1445</sup>); el artículo vigésimo daba cuenta del progresivismo wilsoniano al establecer la organización de una Oficina de Trabajo para “asegurar y mantener condiciones de trabajo justas y humanas”<sup>1446</sup>; finalmente, del vigésimo segundo al vigésimo quinto se

---

<sup>1443</sup> Sociedad de Naciones, tercera sesión plenaria de la Conferencia de Paz, celebrada el 14 de febrero de 1919, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1444</sup> *Ibíd.*

<sup>1445</sup> *Ibíd.*

<sup>1446</sup> *Ibíd.*



trataba el tema de la superioridad del presente tratado constitutivo de la Sociedad sobre cualesquiera otros acuerdos internacionales que pudieran afectar a las partes firmantes.

La estructura orgánica de la Sociedad estaba formada por tres instituciones principales, a saber:

- el Secretariado, a cuya cabeza se encontraba el Secretario General, y cuya labor consistía en preparar la agenda del resto de órganos y demás tareas de publicación y administración rutinaria, como el informe anual que debía entregar el mismo Secretario General;
- el Consejo de la Sociedad, con autoridad para tratar con cualquier asunto que afectara a la paz mundial, estaba formado por cuatro miembros permanentes, Reino Unido, Francia, Italia y Japón (hubiesen sido cinco si el Senado de Estados Unidos no hubiese votado en contra de la aprobación del Tratado de Versalles, impidiendo con ello la entrada de su país en la organización), y cuatro no permanentes elegidos por la Asamblea cada tres años, y que acabaron siendo nueve tras la incorporación de Alemania como miembro permanente, haciendo un total de quince, que se reunían en cuatro sesiones ordinarias por año, más las extraordinarias cuando se convocaran;
- la Asamblea estaba compuesta por todos los miembros de la Sociedad de Naciones, contando cada nación con un voto y reuniéndose en Ginebra una vez al año cada septiembre;
- otros órganos dentro de la Sociedad fueron la Comisión de Desarme, la Corte Internacional de Justicia Permanente, la Comisión de Mandatos, la Comisión de Refugiados y de Esclavitud, la Organización Internacional del Trabajo, la Organización de la Salud o el Despacho Central Permanente del Opio, y que en algunos casos sobrevivieron a la propia Sociedad<sup>1447</sup>.

Como se ha podido apreciar, en la configuración de la Sociedad de Naciones resuenan sin duda los elementos principales del ideario democrático wilsoniano, ahí se encontraban su progresivismo, su conservadurismo y gradualismo, su idealismo pacifista, pero también su concepción orgánica-darwiniana de las instituciones políticas<sup>1448</sup>. También estaban recogidos su rechazo de la diplomacia secreta para que

---

<sup>1447</sup> Los datos sobre la estructura de la Sociedad han sido consultados en <http://www.spiritus-temporis.com/league-of-nations/structure.html>, la Sociedad tuvo tres Secretarios Generales, el británico Sir James Eric Drummond (1920-1933), el francés Joseph Avenol (1933-1940) y el irlandés Sean Lester (1940-1946). A lo largo de su existencia la Sociedad tuvo 62 miembros en total, de los 41 originales, pero también 17 países se retiraron de ella, como Japón y Alemania en 1933 y uno fue expulsado, la Unión Soviética en 1939.

<sup>1448</sup> “una cosa viva ha nacido, y debemos observar que los ropajes que le pongamos no la entorpezcan- un vehículo de poder, pero un vehículo cuyo poder pueda variar a la discreción de aquellos que lo ejercen y de acuerdo a las cambiantes circunstancias del tiempo. Y aunque, mientras es elástica [...] sea una rotunda garantía de paz. Sea una rotunda garantía de palabra contra la agresión”, Sociedad de Naciones, tercera sesión plenaria de la Conferencia de Paz, celebrada el 14 de febrero de 1919, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).



“las intrigas no puedan por más tiempo tener sus refugios”<sup>1449</sup>, su compromiso contra el colonialismo y a favor de la tutela de los menos desarrollados por las países más avanzados<sup>1450</sup>, ya que la tutela no implicaría una ganancia para el mandatario, sino una responsabilidad para con los pueblos objeto de mandato, invirtiendo así la lógica colonial, pasando de un dominio unilateral y en beneficio exclusivo de la metrópoli a una voluntad general consensuada de tutela para la modernización de la nación afectada.

En resumidas cuentas, lo que Wilson se propuso con su Sociedad fue idear la arquitectura de un nuevo orden mundial democrático alejado de los intereses de Estado y centrado en la cooperación internacional, para ello, veía imprescindible la participación activa de Estados Unidos en los asuntos mundiales y la renuncia por parte de las potencias europeas de recurrir a la fuerza tanto para dirimir sus disputas como para ampliar su poder (es decir, para acabar con el fantasma de un nuevo conflicto mundial y también para cerrar definitivamente la etapa colonial); ambas tareas, como se verá a continuación, resultaron demasiado para el testarudo Presidente estadounidense.

*\*Los debates sobre la Sociedad de Naciones*

Con respecto a las diferencias con los aliados, éstas se centraron principalmente en el modo en que se debía tratar a los vencidos, en especial a Alemania, aquí, esa paz sin victoria tan querida por Wilson chocó contra las suspicacias británicas y las reservas expresas de Francia, si bien ante los primeros Estados Unidos había cedido a sus deseos de crear los mandatos para el reparto de las ex colonias alemanas y los restos del Imperio Turco (aunque aquí el acuerdo anglo-francés de Sykes-Picot contravenía claramente los postulados de diplomacia abierta defendidos por Wilson), con los segundos hubo serias diferencias a la hora de enfocar el asunto de la posguerra, y es que, como ya se ha indicado anteriormente, Wilson debió navegar entre los polos del aislacionismo estadounidense que le impedía comprometerse militarmente y de las propuestas francesas de creación de una fuerza permanente en la Sociedad con vistas a frenar la posibilidad de un resurgimiento alemán; y como toda solución de compromiso, el tan airado artículo diez no satisfizo ni al aislacionismo nacional ni al revanchismo francés, aunque quizás aquí la historia sea injusta con Clemenceau y su equipo, pues si bien es cierto que impusieron unas condiciones draconianas a los alemanes, no lo es menos que veinte años más tarde se verían las consecuencias de no implantar un régimen de seguridad más estricto y coercitivo que pudiese disuadir a los Estados agresores, ya que como bien percibió el

---

<sup>1449</sup> *Ibíd.*

<sup>1450</sup> *Ibíd.* “reconocemos de la manera más solemne que los pueblos necesitados y los subdesarrollados del mundo, estando en dicha condición, ponen una obligación sobre nosotros de cuidar sus intereses primeramente antes que usarlos para nuestro interés [...] el mejor método de dar un efecto práctico a este principio es que la tutela de dichos pueblos debería ser confiada a las naciones avanzadas que por razón de sus recursos, su experiencia o su posición geográfica, puedan emprender del mejor modo esta responsabilidad, y que ésta tutela debe ser ejercida por ellos como mandatarios en nombre de la Sociedad de Naciones”



equipo francés en las negociaciones de paz, la persuasión moral, tan de la estima de Wilson, no sería suficiente para asegurar los principios democráticos que debían apuntalar la paz mundial. Aquí, una vez más, el idealismo wilsoniano fue incapaz de asimilar, y menos aun aceptar, las visiones que centradas en intereses más prosaicos pudiesen al fin ayudar al objetivo último tan ansiado de no repetir la experiencia de la I Guerra Mundial; para Ambrosius “al negarse a apoyar el mantenimiento efectivo de la coalición de guerra, que era la principal solución de Clemenceau para la solución del problema alemán, Wilson sacrificó la posibilidad de proveer seguridad a Francia sin imponer una paz Cartaginesa a Alemania”<sup>1451</sup>, es decir, para Ambrosius, la insistencia wilsoniana de lograr la normalización alemana a través de medios políticos, secundados por la estrategia de apaciguamiento británica, radicalizó las posturas francesas que buscaban su propia seguridad a expensas de la reintegración de Alemania en el concierto europeo, lo que a la postre se traduciría en los duros términos impuestos a la nueva República de Weimar.

Finalmente, Wilson no contentó ni a los aliados, que con Francia a la cabeza esperaban mantener una estructura militar permanente con vistas a garantizar los términos del tratado de paz, y que incluso renunció en el texto final a un trato más duro hacia Alemania con la esperanza del paraguas estadounidense bajo la nueva organización internacional<sup>1452</sup>, ni a los vencidos, con una Alemania seriamente defraudada por el trato final recibido, pues pese a las promesas estadounidenses de una paz consensuada, cabe hablar de “paz impuesta”<sup>1453</sup>, muy alejada de los supuestos liberales defendidos por Wilson, y donde ningún representante alemán estuvo presente en las deliberaciones que la crearon, además, el artículo 231 por el que Alemania aceptaba la responsabilidad de la guerra, que había acabado el 11 de noviembre de 1918 con un armisticio, es considerado por Kissinger como el mayor error psicológico de la paz de Versalles<sup>1454</sup>, en todo caso, y como el propio Kissinger afirma, y sin duda los mismos franceses debieron percibir durante las negociaciones, Versalles favorecía en términos geopolíticos a Alemania, pues la rodeaba de pequeños Estados débiles<sup>1455</sup> ante una Francia herida de muerte y una Inglaterra demasiado conciliadora.

En cualquier caso, donde Wilson hubo de encarar los más agrios debates acerca del Tratado de Versalles y su Sociedad de Naciones fue en el terreno doméstico, a la postre la oposición Republicana se encargaría de rechazar ambas en el Senado y de retrasar así el liderazgo mundial de Estados Unidos a penas esgrimido por su Presidente.

*La lucha por la Sociedad*, así se dio a conocer el debate que dividió al Congreso estadounidense a la hora de ratificar el Tratado de paz de Versalles que el propio Wilson ataría a la aprobación de su Sociedad de Naciones. Durante 1919 y 1920 la entrada de Estados Unidos en la Sociedad se convirtió en la cuestión política más importante y debatida desde la Guerra Civil, y todo pese al acuerdo existente entre ambos Partidos sobre grandes áreas del Tratado y al virtual consenso sobre la mayoría de los supuestos y valores que lo impregnaban. Así, para Cooper, los

---

<sup>1451</sup> AMBROSIUS, op.cit. p.73.

<sup>1452</sup> KISSINGER, op.cit., p. 329.

<sup>1453</sup> NINKOVICH, op.cit., p. 143.

<sup>1454</sup> KISSINGER, op. cit., p. 351.

<sup>1455</sup> Ibid., p. 352.



sentimientos que prevalecían entre los contendientes se pueden resumir en una fe ciega en el carácter único de unos Estados Unidos virtuosos y democráticos, a lo que habría de sumar el respeto a ciertos intereses nacionales (de seguridad, prosperidad y soberanía), es decir, la esencia del debate recaía en la reconciliación entre la participación y el compromiso internacionales por un lado y el respeto a la soberanía nacional por otro, con un trasfondo por el control de la política exterior estadounidense (quién la conduce y cómo) desglosado en tres dimensiones, a saber, la formal/constitucional, la partidista y la estratégico-ideológica, de tal forma que a la postre los aspectos de política mundial se supeditaron a lo relativo a la política exterior estadounidense<sup>1456</sup>.

El unilateralismo de Wilson se demostró también en las negociaciones de paz, donde las encabezó personalmente, sin contar con presencia Republicana alguna<sup>1457</sup>, ni del Senado, esencial a la hora de aprobar Tratados internacionales, lo que sin duda le concedió más margen de maniobra en París, pero que en Estados Unidos le restaría apoyos políticos esenciales para ver ratificado su proyecto. Junto a él el equipo estadounidense estaba formado por el Secretario de Estado Lansing, H. White y el General T. H. Bliss<sup>1458</sup>. Wilson contaba con que “nada hay aparentemente a lo que la mente humana sea menos hospitalaria que al cambio”<sup>1459</sup>, pero esperaba convertir su plan en una empresa nacional y no en un asunto partidista, ya que “el país debe apoyarlo independientemente del Partido”<sup>1460</sup>, puesto que “proponemos estas grandes cosas generosas, esta es la gloria de América, y si podemos confirmar dicha creencia habremos fijado el proceso entero de la historia en el futuro inmediato”<sup>1461</sup>, así “nuestra tarea inmediata, no como Demócratas, sino como ciudadanos americanos, es emprender la campaña más poderosa que jamás se haya realizado en este país a favor del apoyo de la Sociedad de Naciones”<sup>1462</sup>. Wilson intentó convencer a la clase política norteamericana de que “una liga de naciones se ha convertido en una necesidad práctica [...] la Sociedad de Naciones es un instrumento indispensable para el mantenimiento del nuevo orden”<sup>1463</sup>, por ello, Estados Unidos no debía permanecer al margen de la reorganización mundial, pues

se puede decir que América ha alcanzado su mayoría como potencia mundial [...] nuestro aislacionismo finalizó hace veinte años [...] no puede haber ninguna cuestión sobre nuestro cese como potencia mundial. La única cuestión es si podemos renunciar a nuestro liderazgo moral que se nos ha ofrecido, si debemos aceptar o rechazar la confianza del mundo [...] fue nuestra tarea entrar, si es que éramos los campeones de la libertad y el derecho<sup>1464</sup>

En la campaña presidencial de 1916 el candidato Republicano C. E. Hughes se postuló a favor de una organización internacional, lo que da idea del consenso que

<sup>1456</sup> COOPER, op. cit, p. I, 4-5.

<sup>1457</sup> GRAUBARD, Stephen, op. Cit. p. 192.

<sup>1458</sup> COOPER, op.cit. , p. 32.

<sup>1459</sup> WILSON, Woodrow, discurso sobre la Sociedad de Naciones ante el Comité Demócrata Nacional, 28 de febrero de 1919, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org)

<sup>1460</sup> *Ibíd.*

<sup>1461</sup> *Ibíd.*

<sup>1462</sup> *Ibíd.*

<sup>1463</sup> Woodrow Wilson, discurso ante el Senado sobre el Tratado de Versalles, 10 de julio de 1919, [www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org).

<sup>1464</sup> *Ibíd.*



sobre la materia existía ya antes de que Estados Unidos entrase en la I Guerra Mundial, en todo caso la reelección de W. Wilson supuso un aumento de los esfuerzos de éste por acabar con el conflicto a través de un acuerdo que creara las condiciones para un nuevo orden internacional, con la entrada estadounidense en el mismo como incentivo para que los contendientes cesasen las hostilidades, lo que le valió duras críticas internas por intentar mezclar a Estados Unidos en los asuntos europeos<sup>1465</sup>.

En todo caso, y como ya se ha comentado, lo que Wilson tenía en mente, más que involucrar a Estados Unidos en Europa con el fin de acabar con más guerras mundiales, era americanizar el sistema político internacional, para ello crearía un grupo de trabajo con 150 expertos, llamado *Inquiry*, con el fin de diseñar el mundo de posguerra<sup>1466</sup>, como el propio Presidente dejara muy claro en su discurso del 22 de enero de 1917 ante el Senado

Estoy proponiendo, tal como es, que las naciones deberían a través de un acuerdo adoptar la doctrina del Presidente Monroe como la doctrina del mundo: que ninguna nación debe buscar extender su política sobre ninguna otra nación o pueblo, y sí que todo pueblo debe ser dejado libre para determinar su propia política, su propio modo de desarrollo, sin restricciones, sin ser amenazado, sin miedo, los pequeños como los más poderosos.

Estoy proponiendo que todas las naciones desde ahora prohíban las alianzas cerradas que les conducirán a competiciones de poder, atrapándoles en una red de intriga y rivalidad egoísta, deformando sus propios asuntos por las influencias introducidas desde fuera.

Estos son principios americanos, políticas americanas [...] Son los principios de la humanidad y deben prevalecer<sup>1467</sup>

Para entonces el Gobierno británico ya había trabajado en su propio proyecto, el Informe Philimore se distanciaba del programa de Wilson a la hora de no conceder igualdad de voto a las pequeñas naciones, en hacer menor hincapié en la reforma del orden internacional y sí en una corte mundial; también el Partido Republicano, con la Sociedad dirigida por Taft a la cabeza, tenía su propio bosquejo, con el arreglo de las disputas internacionales a través del arbitrio como principal medio para asegurar la paz mundial<sup>1468</sup>.

Como veremos, la Sociedad para Reforzar la Paz se encontraba en el extremo más internacionalista del Partido Republicano, al otro se encontraba el formado por los contrarios a la participación de Estados Unidos en cualquier organización internacional, tildados de aislacionistas, y en medio la mayoría del Partido que sí aceptaba la entrada en la misma pero con condiciones, como era el caso de H. C. Lodge, E. Root o P. C. Knox, si bien éste último recalaría en las filas de los Irreconciliables rechazando totalmente la entrada en la Sociedad de Naciones. La postura de la mayoría Republicana, recordemos, a favor de la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones pero con condiciones, se basaba en no hacer parte integral de la misma los instrumentos diseñados para el refuerzo de la paz, y sí hacer

<sup>1465</sup> COOPER, op.cit., p. 18.

<sup>1466</sup> JOHNSON, op.cit., p. 648.

<sup>1467</sup> WILSON. W., discurso del 22 de enero de 1917 ante el Senado, consultado íntegro en <http://ww12.dataformat.com/Document.aspx?doc=30688>

<sup>1468</sup> COOPER, op.cit., p. 28.



dependen estos de un frente unido con lo aliados, unos duros términos de paz con Alemania y desligar a ésta de la Sociedad de Naciones.

En el fondo de la discusión se encontraban las distintas conclusiones que del conflicto sacaron los protagonistas del debate, si Wilson entendió la I Guerra Mundial como un maremoto histórico que cambió por completo al mundo, Lodge consideraba que la guerra no había dejado inservibles los mecanismos de la diplomacia tradicional, y por lo tanto defendía una visión más regionalista que globalista, optando por conservar la unión con los aliados como mejor modo de conservar la paz mundial antes que hacer recaer su defensa en un organismo internacional, con ello coincidía con su compañero de Partido Knox, quien además abogaba por reforzar el arbitrio internacional gracias a una corte mundial en el seno de la Sociedad de Naciones<sup>1469</sup>. En medio se encontraban Taft y sus seguidores, quienes eran partidarios de la Sociedad de Naciones pero también eran conscientes de la necesidad de mantener la unidad del Partido Republicano.

Más radicales en sus reivindicaciones respecto a la Sociedad de Naciones eran los integrantes de la Sociedad para la Preservación de la Independencia Americana, liderada por el ex Senador Beveridge y los Senadores G. H. Moses y H. W. Jonson, quienes sólo aceptaban la entrada estadounidense en ella si se separaba del Tratado de Paz, se reconocía el derecho a retirarse de la misma, no violaba la Doctrina Monroe ni interfería en los asuntos internos ni obligaba a la nación a luchar en cuestiones lejanas<sup>1470</sup>.

Con todo, el sentimiento antiinternacionalista no era patrimonio exclusivo Republicano, también los Demócratas contaban con un ala aislacionista formada principalmente por Representantes agrarios como J. K. Vardaman de Misissippi o T. Hardwick de Georgia. Por si fuera poco para Wilson, los duros términos finales impuestos a Alemania en la paz le restaron el apoyo del sector más liberal de su propio Partido, contrario a lo que consideraron una paz injusta en contradicción con el mensaje de su Presidente<sup>1471</sup>, sin olvidar que el *melting pot* estadounidense tampoco favoreció los intereses presidenciales, puesto que los inmigrantes y descendientes de alemanes e irlandeses se unieron al Partido Republicano en su rechazo al Tratado de Versalles<sup>1472</sup>, a lo que hay que sumar la victoria Republicana en las elecciones de mitad de mandato de 1918, dejando sellado prácticamente el destino de la Administración Wilson<sup>1473</sup>.

A inicios de marzo de 1919 dio comienzo el debate de ratificación del Tratado de Paz en el Senado, que a finales del mismo mes ya había dejado bastante claro las distintas posturas sobre el mismo, pudiéndose distinguir tres como las más importantes:

1. Los partidarios del Tratado y de la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, en su amplia mayoría Demócratas, sobre unos cuarenta Senadores,

---

<sup>1469</sup> Ibid., p. 65.

<sup>1470</sup> Ibid., p. 80.

<sup>1471</sup> AMBROSIUS, op.cit. p. 120.

<sup>1472</sup> COOPER, op.cit., p. 60 y 97.

<sup>1473</sup> JOHNSON, op.cit., p.654.



2. Los partidarios de la entrada de Estados Unidos en la Sociedad pero con reservas, en su mayoría Republicanos, también alrededor de cuarenta Senadores y
3. Los que se negaban a la entrada de Estados Unidos en la Sociedad, en su mayoría Republicanos pero también con una minoría Demócrata, en torno a la docena.

El debate sobre la Sociedad de Naciones fue de capital importancia ya que fue el primero que se escenificaba en el Congreso estadounidense sobre el papel que Estados Unidos debía jugar en el concierto internacional. Si el anterior debate suscitado a raíz de la guerra con España en 1898 se produjo más bien fuera de las esferas políticas, usando los periódicos y los grupos de presión, en éste fue el Senado el verdadero protagonista de la contienda, dando a la misma una importancia desconocida hasta el momento para las cuestiones de política exterior. Si Wilson y su Partido, unido en torno a la figura presidencial, fueron los adalides del internacionalismo, al Partido Republicano no le restó el de mero contrario aislacionista, como normalmente se le acusa, sino que en su seno se produjeron los enfrentamientos más interesantes que ayudaron a clarificar de forma extraordinaria la oposición a los planes de W. Wilson, con una riqueza de matices que sin duda prefiguran, y ayudan a entender, los futuros debates que sobre política exterior se han producido en Estados Unidos desde 1919.

En efecto, en el seno del Partido Republicano se podían distinguir al menos tres posturas diferentes respecto a la Sociedad de Naciones, la de completo rechazo representada por los Irreconciliables, grupo formado por los Senadores Poindexter, Brandegee, McCormick, Borah, Fall, Fernald, Sherman, Knox, Moses, Norris, Gronna, La Follette, France y Johnson (más los Demócratas Thomas y Reed), la de aceptación de participación en la Sociedad pero con numerosas reservas para salvaguardar la soberanía nacional, grupo mayoritario liderado por Lodge y el futuro Presidente W. G. Harding, y la más cercana a los planes de Wilson liderada por el ex Presidente Taft. Salvo el primero, inamovible en sus posturas, los otros dos grupos se unieron en un frente común para salvar la entrada de Estados Unidos en la nueva organización internacional pero despojándola al mismo tiempo de los aspectos que, bajo su opinión, atentaban contra la independencia estadounidense.

Para Knox, antiguo Fiscal General con T. Roosevelt y Secretario de Estado con Taft, no se trataba tanto de aislar a Estados Unidos de los asuntos mundiales como de rechazar el modelo presentado por el Presidente Wilson, incluso llegó a postular una doctrina que compensase el rechazo de la entrada en la Sociedad de Naciones considerando cualquier crisis en Europa como un asunto esencial para la seguridad estadounidense, y estudiando el mejor modo de resolverla pero sin alianzas, teniendo en ello siempre presente la regla washingtoniana contra las alianzas permanentes. Incluso ésta doctrina era una concesión demasiado internacionalista para el resto de Irreconciliables, todo lo contrario que para la mayoría del Partido, unido gracias a Lodge en torno al programa de reservas al plan del Presidente Wilson diseñado por E. Root, quien aspiraba a salvar la ratificación de la Sociedad de Naciones limitando su alcance a través del poder de retirada sin trabas tras dos años en la misma, negando el consentimiento al art. 10 y reforzando la figura del arbitrio internacional como solución a los conflictos mundiales y asegurando que la entrada



en la Sociedad no implicaría la renuncia a las políticas tradicionales de Estados Unidos, como la Doctrina Monroe<sup>1474</sup>.

Las reservas, elaboradas en su mayor parte por Elihu Root, que finalmente se presentaron para acompañar el Tratado de Versalles, una vez rechazado éste por el Senado, ascendían a quince, siendo:

1. Estados Unidos sería el único juez para decidir su permanencia en la Sociedad de Naciones, previo acuerdo de su Congreso,
2. “El Congreso de Estados Unidos no asume ninguna obligación de preservar la integridad territorial o la independencia política de otro país, con el empleo de sus fuerzas navales o militares, sus recursos o cualquier forma de discriminación económica...bajo las provisiones del artículo 10...si en cualquier caso particular el Congreso, quien bajo la Constitución, tiene el único poder de declarar la guerra o autorizar el empleo de fuerzas navales y militares, lo prevé, en el ejercicio de sus plena libertad de acción”<sup>1475</sup>,
3. “Ningún mandato será aceptado por Estados Unidos bajo el artículo 22... salvo por la acción del Congreso de Estados Unidos”<sup>1476</sup>,
4. Todos los asuntos internos de Estados Unidos estarían bajo su exclusiva jurisdicción, no siendo susceptibles de someterse a la Sociedad de Naciones ni a recomendaciones de otros países,
5. Estados Unidos no sometería a arbitraje ni a la Sociedad de Naciones cuestiones relativas a la Doctrina Monroe, por ser, al igual que el campo doméstico, de su entera jurisdicción,
6. “Estados Unidos niega su consentimiento a los artículos 156, 157 y 158”<sup>1477</sup>, relativos a la cesión de territorios alemanes a Japón,
7. Todo ciudadano estadounidense nombrado para servir en la Sociedad de Naciones debía recibir previamente al visto bueno del Congreso de Estados Unidos,
8. El Congreso estadounidense aprobaría las interferencias de la Sociedad de Naciones con el comercio con Alemania,
9. El Congreso estadounidense aprobaría las sumas destinadas al presupuesto de la Sociedad de Naciones,
10. “Ningún plan de limitación de armamentos propuesto por el consejo de la Sociedad de Naciones bajo las provisiones del artículo 8 serán consideradas vinculantes por Estados Unidos hasta que el mismo no sea aceptado por el Congreso”<sup>1478</sup>,

---

<sup>1474</sup> COOPER, op.cit., p.100-107.

<sup>1475</sup> Resolución de ratificación del Senado, texto consultado en <http://poa1.uned.es/web/ehost>

<sup>1476</sup> *Ibíd.*

<sup>1477</sup> *Ibíd.*

<sup>1478</sup> *Ibíd.*



11. Estados Unidos se reservaría la facultad de comerciar con nacionales de países que hayan roto con el convenio de la Sociedad de Naciones,
12. Ninguna disposición sobre deudas y propiedades del Tratado de Versalles podría vulnerar los derechos de los ciudadanos estadounidenses,
13. Estados Unidos no se vería obligado en lo relativo a la organización del trabajo hasta no ratificar sus artículos y reservas,
14. Estados Unidos no aprobaría su participación en la Sociedad de Naciones hasta no ver asegurada la igualdad de votos en la misma,
15. Al ratificar el Tratado, Estados Unidos se adheriría también a la libre autodeterminación de Irlanda y esperaría su pronta integración como un miembro más en la Sociedad de Naciones.

Como se puede apreciar, las enmiendas trataban de preservar la independencia y soberanía nacionales ante el temor de ver ambas cercenadas con la participación de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, en ningún caso representaban una negativa total a dicha organización, y salvo en lo relativo a los mandatos que no estaban dispuestos a aceptar, los Republicanos internacionalistas como Root y Lodge aprobarían la mayoría de los contenidos del convenio siempre que no menoscabasen los poderes reservados al Congreso por la Constitución estadounidense, verdadero centro de la polémica entre Ejecutivo y Senado, pues temían que con la Sociedad, lo que de verdad intentaba Wilson era que el Presidente sobrepasase la potestad del Legislativo respecto a la definición de la política exterior de la nación, dañando así los equilibrios de poderes internos, y cuyas reservas, como acabamos de ver, trataban de impedir.

En resumen, mientras para Root, Lodge y compañía, las enmiendas al convenio de la Sociedad de Naciones eran esenciales al garantizar con ello el régimen democrático y republicano sancionado en la Constitución estadounidenses, para Wilson la aprobación de su plan tal cual lo había presentado al Senado, era el único modo con el que contaba Estados Unidos para democratizar el sistema internacional y acabar así con el viejo orden europeo de diplomacia secreta y políticas de poder. Asistimos pues con el debate sobre la Sociedad de Naciones a la tensión entre los internacionalismos conservador y liberal democrático, y sus distintas visiones sobre la Promoción de la Democracia, pues mientras el primero se centraba en conservar la soberanía nacional, el segundo lo hacía en promover un cambio en las pautas de comportamiento interestatal, un verdadero proyecto global que indefectiblemente habría de chocar con los temores a una corrupción del sistema democrático nacional de los Republicanos. Para los seguidores del Presidente Wilson, aprobar el tratado con las reservas Republicanas significaría de hecho su rechazo, además tales reservas apenas podían disimular el menosprecio Republicano por el Presidente y la falta de confianza en los aliados de Estados Unidos en la guerra, como el Senador Demócrata por Arkansas, J. T. Robinson declarara “el propósito declarado es repudiar completamente toda obligación de éste Gobierno de animar y sostener a los Estados



nuevos y débiles...negándoles el poder moral u militar de Estados Unidos”<sup>1479</sup>, pues tales reservas dejarían la Ejecutivo sin posibilidades de actuar y a los términos del tratado impracticables, como bien demuestra el caso del Art. 10, y de ser aprobadas sin duda que serían rechazadas por el resto de naciones.

Tras firmar el Tratado de Paz con Alemania el 28 de junio de 1919, el Presidente Wilson llegó a Nueva York el 8 de julio, y tras su estancia de varios meses en Europa pronto comprobaría que le resultaría mucho más complicado ver aceptado su programa en casa que en el viejo continente. Dos días más tarde, el 10 de julio, se presentó ante el Senado para defender el Tratado de Paz y la entrada estadounidense en la Sociedad de Naciones, la primera vez en la historia estadounidense que un Presidente se dirigía directamente al Congreso para ratificar un Tratado, además, hasta el 1 de agosto se reunió con 26 Senadores, casi todos Republicanos, para discutir el acuerdo de paz<sup>1480</sup>, lo que da una idea de la trascendencia concedida al asunto por los contendientes.

Como hemos visto, las críticas procedían de varios frentes, el de pleno rechazo y el reformador. Para analizar con mayor profundidad el debate conviene presentar un resumen de sus principales objeciones a la propuesta presidencial.

1-Frente reformador: si el Partido Republicano se unió en torno al listado de reservas elaborado por Root, ello no fue obstáculo para que cierta minoría de reservacionistas moderados como los Senadores McCumber, Kellogg, Lenroot o Hale intentasen salvar las distancias entre el Presidente Wilson y su Partido. En consonancia con el programa de la Sociedad para Reforzar la Paz de Taft, apoyaban la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones siempre que se preservase la soberanía nacional, si bien a partir de julio el Partido optó por seguir la línea de Lodge de no ceder en sus reivindicaciones y aprobar sólo el Tratado de Paz y la entrada en la Sociedad de Naciones si también se aprobaban las reservas diseñadas por Root. Así, el 10 de septiembre Lodge presentaría 45 enmiendas y cuatro reservas al Senado, consistiendo éstas últimas en el derecho incondicional a retirarse de la Sociedad, que ésta no afectase a cuestiones domésticas, la eliminación de la Doctrina Monroe de cualquier parte de la Sociedad y sobre los Art. 10 y 22, no en vano, para Lodge la organización propuesta por el Presidente no era más que una alianza diseñada para intervenir globalmente en aras de mantener la actual distribución de poder mundial, de ahí que Estados Unidos debería permanecer al margen si no quería ver disminuida su soberanía, o al menos reformarla lo suficiente como para no ponerla en peligro<sup>1481</sup>. La clave del pensamiento de Lodge respecto a la Sociedad de Naciones partía de una idea bien simple “la independencia de Estados Unidos no es sólo más preciosa para nosotros que cualquier otra posesión sino también para el mundo”<sup>1482</sup>, y no había que olvidar que cada nación acudía a las negociaciones con sus propios objetivos e intereses, convirtiendo en un grave peligro el idealismo no compartido, por ello había

---

<sup>1479</sup> ROBINSON, Joseph T., discurso ante el Senado del 18 de noviembre de 1919, *Congressional Record*, 66º Congreso, 1ª sesión, p. 8778.

<sup>1480</sup> COOPER, op. cit., 117.

<sup>1481</sup> *Ibíd.*, p. 129-134 y 165.

<sup>1482</sup> LODGE, Henry C., discurso del 12 de agosto de 1919 en el Senado, texto consultado en [www.firstworldwar.com/source/lodge\\_leagueofnations.htm](http://www.firstworldwar.com/source/lodge_leagueofnations.htm)



que tener en mente en todo momento que “el primer paso para servir al mundo es la preservación de Estados Unidos”<sup>1483</sup>, pues

Estados Unidos es la mayor esperanza del mundo, si tú (dirigiéndose al Presidente Wilson) los encadenas a los intereses y peleas de otras naciones, si la enredas en las intrigas de Europa, destruirás su poder para el bien y pondrás en peligro su misma existencia. Deja que marche con libertad en los siglos venideros como en los años pasados<sup>1484</sup>

Para que Estados Unidos no rompiera los sueños de un mundo mejor, la opción más sensata sería modificar el tratado, que Lodge calificaba de experimento deformado, forjado por el idealismo del Presidente Wilson, no en vano “todos respetamos y compartimos esas aspiraciones y deseos, pero algunos de nosotros no vemos esperanza alguna, sino derrota, para ellos en ésta sombría sociedad”<sup>1485</sup>, y en clara nota internacionalista conservadora Lodge afirmaba que

no requerimos que naciones extranjeras nos digan cuando debemos trabajar por la libertad y la civilización. Creo que iremos hacia la victoria mucho mejor bajo nuestro propio mando que bajo las órdenes de otros...que nos dejen retener en nuestras manos y en nuestro control las vidas de los jóvenes de nuestra tierra. No se permita que ningún americano sea enviado a la batalla salvo por las autoridades constituidas en su propio país y por la voluntad del pueblo de Estados Unidos<sup>1486</sup>

El choque entre el internacionalismo liberal democrático de Wilson y el conservador de T. Roosevelt era inevitable. Como se aprecia en las reservas diseñadas por Root y defendidas por Lodge, el idealismo wilsoniano iba en contra de los cimientos del realismo conservador, en especial en lo relativo a instancias de carácter supranacional, que para los supervivientes de 1898 no representaban más que un ataque a la soberanía nacional, sólo estarían dispuestos a aceptar una organización internacional que no la limitase comprometiéndola en los intereses y peleas de otros, de ahí las quince reservas al tratado, en resumen, internacionalismo sí, pero no idealismo.

2-Frente de rechazo: llamados a sí mismos los Irreconciliables, no eran un grupo homogéneo, tan sólo tenían en común su escaso apego por la disciplina partidista, su antimilitarismo y antiimperialismo, y su nacionalismo, procedían en parte del agonizante movimiento progresivista y de toda la geografía estadounidense salvo del Sur, tan afecto al Presidente; incluso había miembros como La Follette, Norris o Knox que se consideraban internacionalistas, y otros como Moses que no dudaban en afirmar su aislacionismo; en todo caso, les unía un profundo rechazo al Presidente y a su Sociedad de Naciones, así, para Hiram Johnson la actitud de J. Q. Adams frente a la Santa Alianza en 1820 era totalmente asumible en 1920 frente a la Sociedad de Naciones, mientras que para Knox no hacía falta ésta organización internacional, bastaba con unos duros términos de paz a Alemania, el refuerzo del arbitrio y el

---

<sup>1483</sup> *Ibíd.*

<sup>1484</sup> *Ibíd.*

<sup>1485</sup> *Ibíd.* Para Lodge “nuestro primer ideal es nuestro país...nuestro ideal de futuro es que debe seguir rindiendo tal servicio (al mundo) bajo su propia libre voluntad...nuestro ideal es hacer a la nación más fuerte y aguda, porque sólo de ese modo, como creemos, puede ella ser de la mayor ayuda a la paz mundial y al bienestar de la humanidad, *Ibíd.*

<sup>1486</sup> *Ibíd.*



desarme internacionales y que Estados Unidos conservase su libertad de acción en otra unión mundial ya sin poderes de refuerzo de la paz, lo que en la década de 1920 se convertiría en el programa Republicano<sup>1487</sup>. Si la defensa del modelo democrático estadounidense estaba en la base de la mayoría de las críticas al programa de Wilson, fue el Senador Republicano por Idaho W. E. Borah quien mejor lo expondría en su discurso ante el Senado del 19 de noviembre de 1919, oponiéndose tanto al Presidente como a su Partido ya que “no creo que las reservas hayan tocado las principales cuestiones que están envueltas en ésta disputa”<sup>1488</sup>, ya que para Borah la cuestión clave en la entrada en la Sociedad de Naciones era “¿Cuánto tiempo permaneceremos como permanecemos, una gran república comandando el respeto y el liderazgo del mundo, si adoptáramos tal curso?”<sup>1489</sup>, para él “hemos capitulado y rendido, de una vez por todas, la gran política de “no alianzas permanentes” sobre la que la fortaleza de ésta república ha sido fundada durante 150 años”<sup>1490</sup>, y veía en ello uno de los objetivos de los participantes en Versalles, que Estados Unidos renunciase a su unilateralismo aislacionista, preguntándose “una vez habiéndose rendido y convertido en parte de los asuntos europeos, ¿dónde, mis amigos, vais a parar?”<sup>1491</sup>, tampoco veía el modo de cómo salvaguardar la Doctrina Monroe dentro de la Sociedad ya que ésta se ocuparía de los asuntos del mundo entero, por tanto “¿cómo os mantendréis fuera de enredaros en los asuntos europeos o mantener fuera a Europa de los asuntos americanos?”<sup>1492</sup>, para Borah el Tratado presentado por Wilson “pone en peligro lo que concibo como los principios primeros de esta república. Está en conflicto con el derecho de nuestro pueblo de gobernarse a sí mismo libre de todo impedimento, legal o moral, de potencias extranjeras”<sup>1493</sup>, por ello “no cesaré, no puedo, en mi creencia de que América debe, no sólo por la felicidad de su pueblo, sino por la guía moral y la mayor felicidad mundial, serle permitida vivir su propia vida”<sup>1494</sup>; para Borah era esencial entender que

la democracia es algo más, mucho más, que una mera forma de gobierno por la que la sociedad es templada por la vida libre y ordenada. Es una entidad moral y también una fuerza espiritual. Y esas son cosas que viven sólo en la atmósfera de la libertad [...] cuando esto se pierde o es rendido vuestras anteriores formas, aunque democráticas en términos, son una burla [...] estas virtudes distinguidas de una república real no las puedes fusionar con las fuerzas discordantes y destructivas de las fuerzas del Viejo Mundo y aun así preservarlas [...] estas cosas están en eterna guerra, y una debe finalmente destruir a la otra [...] cuando tú confíes esta república a la escena de un control mundial basado en la fuerza, sobre la fuerza militar combinada de las cuatro grandes potencias del mundo, habrás destruido pronto la atmósfera de libertad, de confianza en la capacidad de autogobierno de las masas, en la que la democracia debe prosperar. Nos

---

<sup>1487</sup> COOPER, op.cit., p.126 y 136.

<sup>1488</sup> BORAH, W. E., discurso ante el Senado del 19 de noviembre de 1919, consultado íntegro en [www.corzine.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/BorahLeague.pdf](http://www.corzine.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/BorahLeague.pdf)

<sup>1489</sup> *Ibíd.*

<sup>1490</sup> *Ibíd.*

<sup>1491</sup> *Ibíd.*

<sup>1492</sup> *Ibíd.*

<sup>1493</sup> *Ibíd.*

<sup>1494</sup> *Ibíd.*



convertiremos en uno de los cuatro dictadores del mundo, pero no seremos más el maestro de nuestro propio espíritu<sup>1495</sup>

Para Borah la Sociedad de Naciones implicaba

dominar por la fuerza, y seremos parte de ello [...] Si nos mantenemos en nuestro contrato, nos veremos cada cierto tiempo declarando con nuestros asociados que la fuerza- la fuerza, el credo de la oligarquía militar prusiana- es después de todo el verdadero fundamento sobre el que debe apoyarse todo Gobierno estable [...] la máxima de la libertad dará pronto paso a la ley de la sangre y el acero<sup>1496</sup>

Por el contrario, Estados Unidos debía

respetar y preservar los sentimientos y pasiones en pro de la libertad y la justicia con los que Dios en su infinita sabiduría ha plantado tan profundamente en el corazón humano que ninguna forma de tiranía por muy cruel, por muy prolongada la persecución, puede desterrar o matar del todo [...] ¿Comprarías la paz al coste de cualquier parte de tu independencia? [...] La paz sobre cualquier otra base que no sea la independencia nacional, la paz comprada al coste de cualquier parte de nuestra integridad nacional, está hecha sólo para esclavos, e incluso cuando se compra a tal precio es un engaño, porque no puede durar<sup>1497</sup>

Porque para Borah el tratado presentado por el Presidente Wilson

implica la guerra. Significa la esclavitud. Y de todo esto tu pides a ésta república que se haga parte. Le pides que abandone el credo sobre el que ha alcanzado el poder y acepte el credo de la autocracia, el credo de la represión y la fuerza<sup>1498</sup>

Para finalizar, y consecuentemente, Borah reclamaba que no se abandonase la regla heredada del Presidente Washington, a la que consideraba

un elemento vital e indispensable de nuestro plan, propósito y misión como nación. Abandonarlo no es más que una traición al pueblo americano [...] el americanismo no debe, no puede, morir [...] América libre en espíritu de todas estas cosas continuará su misión en la causa de la paz, la libertad y de la civilización<sup>1499</sup>

Éste discurso, considerado una pieza maestra de la retórica política estadounidense, es la muestra perfecta de cómo se enfrentaban dos concepciones opuestas concebidas ambas para reforzar y promover el modelo democrático y republicano estadounidense. De un lado el tradicional discurso unilateral de Borah, anclado en la gran regla washingtoniana y contrario a cualquier alianza permanente que pudiese contaminar los principios y valores estadounidenses, del otro el internacionalismo wilsoniano, que veía imprescindible que Estados Unidos liderase la alianza mundial con el fin de modelar a su imagen el nuevo orden internacional, única vía posible para preservar el modelo democrático de las atroces consecuencias de las guerras modernas. Lo esencial en el enfrentamiento de ambas posturas fue su incapacidad para resolver la tensión existente entre la defensa de la soberanía estadounidense y su participación activa en el nuevo orden internacional, dilema que por otra parte no se

---

<sup>1495</sup> *Ibíd.*

<sup>1496</sup> *Ibíd.*

<sup>1497</sup> *Ibíd.*

<sup>1498</sup> *Ibíd.*

<sup>1499</sup> *Ibíd.*



resolvería hasta terminada la II Guerra Mundial, y que, como veremos a continuación, hasta entonces, el Republicanismo primero y F. D. Roosevelt después, resolvieron refugiándose en su tradicional unilateralismo aislacionista.

Ni siquiera dentro de su propio Partido el Presidente Wilson se veía libre de las críticas respecto a la Sociedad de Naciones, y Senadores como James A. Reed, que como vimos ya se había opuesto a la entrada de Estados Unidos en la guerra. Para Reed estaba claro que el Partido Demócrata había perdido las elecciones de noviembre de 1920 “porque su capitán trató de dirigirnos al falso puerto del internacionalismo”<sup>1500</sup>. Según Reed, la cuestión clave que encerraba el debate sobre la Sociedad de Naciones “era si abandonaríamos las políticas antiguas de éste Gobierno, políticas tan bien mostradas por George Washington en su discurso de despedida, o si deberíamos adherirnos a esas políticas”<sup>1501</sup>.

Reed acusaba al plan de Wilson de responder al tipo de idealismo “que significa que un hombre sigue los pasos de sus visiones y sueños, que hace cosas que no son prácticas, eso no funcionará, y ese tipo de idealismo está estrechamente asociado con la insensatez”<sup>1502</sup>, el mismo idealismo que no supo ver en la carrera imperialista, “una carrera no entre naciones buscando defenderse sino por unas naciones buscando explotar la tierra”<sup>1503</sup>, el germen de la I Guerra Mundial. De hecho, para Reed “la conversación sobre democratizar al mundo, y lo digo con el debido respeto, es la cosa con menos sentido que jamás haya salido de los labios humanos”<sup>1504</sup>, ya sólo fuera porque de los aliados estadounidenses en la guerra sólo uno era una república, el resto monarquías, y éstas no iban a renunciar a sus privilegios. Además, para Reed, lejos de significar la democratización del orden mundial, la Sociedad de Naciones presenciaba cómo los imperios se hacían más grandes, subyugando cada vez a más pueblos, de modo que según Reed “ésta Sociedad fue creada con el propósito de cristalizar los grilletes sobre los pueblos conquistados, de clavar las garras en el ataúd de los deseos de las masas conquistadas sobre el castigo impuesto no por una nación, sino por las potencias unidas de la tierra”<sup>1505</sup>, es decir, que la Sociedad creada por Wilson era usada por el resto de potencias “con el objetivo de perpetuar su propio poder y su grandeza y de establecer de forma más firme sus posesiones”<sup>1506</sup>, por ello ha fallado en uno de sus fines declarados, como era el de la reducción armamentística, y todo porque “ninguna (de las naciones) confía en la otra, y ninguna de ellas confía en la Sociedad de Naciones, y el agregado de 46 recelos no producirá confianza”<sup>1507</sup>, y sólo querían a Estados Unidos dentro de la organización para “gastar nuestra sangre y nuestro tesoro para

---

<sup>1500</sup> REED, James A., discurso ante el Senado del 2 de marzo de 1921, texto consultado en <http://pages.prodigy.net/krtq73aa/reed3.htm>

<sup>1501</sup> *Ibíd.*

<sup>1502</sup> *Ibíd.*

<sup>1503</sup> *Ibíd.*

<sup>1504</sup> *Ibíd.*

<sup>1505</sup> *Ibíd.*

<sup>1506</sup> *Ibíd.*

<sup>1507</sup> *Ibíd.*



permitirles mantener el mayor volumen de botín que jamás se haya reunido en un siglo desde que el mundo fue creado”<sup>1508</sup>.

Como se aprecia en dichas palabras, no sólo desconfiaba Reed del objetivo de democratizar al mundo mediante la Sociedad de Naciones, sino que adelantaba una de las críticas más utilizadas en el periodo de entreguerras por los partidarios de mantenerse fuera de ella, basada en el hecho de que los participantes en la misma, sobre todo las grandes naciones, habían desvirtuado el diseño inicial del Presidente Wilson, convirtiendo a la organización en el escenario de representación de sus rivalidades y de convalidación de sus fechorías, y a tal farsa Estados Unidos no podía dar su consentimiento si no quería ver comprometidos sus valores y principios básicos.

Bien al contrario, para Reed Estados Unidos debería contar con un poder militar suficientemente poderoso como para disuadir a cualquier otra nación de atacarle, y para ello era esencial tener una Armada poderosa, pues “ninguna nación es prudente si confía sólo en los convenios de los tratados”<sup>1509</sup>, ya que “el dominio de los océanos hoy significa el dominio prácticamente del mundo [...] el país que domine el océano domina los recursos del mundo entero”<sup>1510</sup>. Para defenderse de las posibles críticas por su discurso, Reed aducía que “esto no es patriotería...es un intento de preservar la integridad e independencia de Estados Unidos, y de mantenerle en paz asegurando al mundo que estamos preparados para la defendernos”<sup>1511</sup>, de todos modos, al mismo tiempo y en consonancia con la tradición estadounidense, sostenía que “si nuestro país está seguro, la civilización estará segura. Si infortunadamente nuestro país es alguna vez destruido, entonces de verdad, la bandera de la civilización habrá sido recogida”<sup>1512</sup>. En todo caso, no sólo por la civilización Estados Unidos debía defenderse, también por motivos más prosaicos como el apoyo a su comercio internacional, no se fuera a caer en la experiencia china, vivo ejemplo de que “algunos tipos de idealismo se acercan a la estupidez”<sup>1513</sup>.

Como se desprende de los discurso mencionados, el principal escollo a superar para Wilson fue la negativa de la oposición a aceptar el nuevo papel que pretendía para Estados Unidos en el nuevo entramado internacional diseñado por él mismo, los Republicanos no estaban dispuestos a aceptar que Estados Unidos se convirtiese en el “policía mundial” y verse así obligados a participar en numerosos conflictos alejados de sus intereses tradicionales; en particular, los republicanos temían que el artículo 10 implicase en la práctica una cláusula de asistencia militar inmediata en caso de agresión a cualquier miembro de la Sociedad de Naciones, lo que habría acabado con su estrategia tradicional de no sobrepasar los límites del hemisferio occidental. Wilson intentó salvar dichas reservas al art. 10, piedra angular de la Sociedad de Naciones, argumentando que sólo entrañaba una condena moral, y no una obligación legal, siendo más bien de carácter asesor, desde luego una interpretación muy alejada de la realizada por sus aliados, más aun en el caso francés. Ante la persistencia presidencial de no ceder en el asunto de la pertenencia, y

---

<sup>1508</sup> *Ibíd.*

<sup>1509</sup> *Ibíd.*

<sup>1510</sup> *Ibíd.*

<sup>1511</sup> *Ibíd.*

<sup>1512</sup> *Ibíd.*

<sup>1513</sup> *Ibíd.*



liderazgo, estadounidense a la Sociedad, los Republicanos estuvieron dispuestos a desligar ésta del Tratado mismo de paz con tal de salvar aquel, pero para Wilson la Sociedad era indisociable y parte principal de los términos de paz, primordial para su defensa, de modo que tampoco cedió en este asunto<sup>1514</sup>.

Para convencer a la nación, Wilson se embarcó en una agotadora gira que, comenzada el 3 de septiembre de 1919 en Columbus, Ohio, a 18 meses del fin de su mandato, acabaría 21 días más tarde tras 40 discursos y una salud cada vez en peor estado que le obligó a cancelarla. Mientras tanto, las críticas a su política arreciaban en el Senado, siendo las principales las respectivas al art.10, a la cesión de Sahntung a Japón y a los votos del Imperio Británico, además, la división en su gabinete ante su intransigencia era cada vez más evidente, con el Secretario de Estado Lansing amenazando incluso con dimitir. No es sorprendente que el acosado y debilitado Presidente sufriese el 2 de octubre una hemiplejía orgánica severa por trombosis cerebral, produciéndole la paralización del lado izquierdo<sup>1515</sup>, puede que su intransigencia se intensificara desde entonces, pero lo que es seguro es que Wilson no habría aceptado de ninguna manera la ausencia estadounidense de la organización que tanto había ayudado a crear, y que en su particular visión del nuevo orden mundial habría de ser su principal apoyo. A partir de entonces, un Presidente aislado por la enfermedad y el celo de su esposa en su cuidado, presencié cómo el Senado aprobaba una tras otra las principales reservas a su Tratado (sobre el art. 10, Shantung, el Imperio Británico, limitación de armamento...) que Lodge, presidiendo el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, presentara el 24 de octubre en el Senado, incluso algún Demócrata, pese a los temores iniciales a ser considerado desleal al Presidente por favorecer las reservas con tal de salvar el Tratado, se fue uniendo al sector moderado del Partido Republicano, así, dos de las reservas propuestas por Lodge pertenecían al Demócrata J. Shields de Tennessee, las relativas al rechazo del mandato estadounidense sobre las ex colonias alemanas y a excluir de la Sociedad los asuntos de seguridad nacional que serían competencia exclusiva de Estados Unidos<sup>1516</sup>.

Hasta el día de la votación final, fijada para el 19 de noviembre, se sucedieron los intentos por alcanzar un acuerdo bipartidista que salvase la entrada estadounidense en la Sociedad de Naciones, conviene no olvidar que tan sólo la minoría compuesta por los Irreconciliables era contraria a ésta, pero la intransigencia presidencial ante las reservas Republicanas que según su opinión anularían la esencia de la Sociedad, y la negativa de Lodge a ceder un ápice en su rechazo al art. 10, dieron al traste con las esperanzas de los moderados de ambos bandos por llegar a un consenso<sup>1517</sup>, incluso los Irreconciliables amenazaron con abandonar el Partido Republicano si tal extremo se producía<sup>1518</sup>. El drama concluiría con el rechazo del Senado a la ratificación del Tratado de Versalles, tanto en la votación del 19 de noviembre como en la del 19 de marzo de 1920, con o sin reservas, con un Presidente inválido y cada vez más alejado del favor tanto de la clase política como de la opinión pública. Como se aprecia, el peso del rechazo de la Sociedad habría que

---

<sup>1514</sup> COOPER, op.cit., p. 141.

<sup>1515</sup> *Ibíd.*, p. 153, 188 y 198.

<sup>1516</sup> *Ibíd.*, p. 214 y 224-227.

<sup>1517</sup> *Ibíd.*, p. 262 y 310.

<sup>1518</sup> HERRING, op.cit., p. 433.



repartirlo a partes iguales entre Republicanos y Presidente, pues ambos bandos rechazaron por igual los proyectos de sus rivales, 39 votos a favor por 55 en contra para el proyecto con enmiendas y 38 favor y 53 en contra para el plan sin ellas, que de haberse aprobado cualquiera de los dos hubiese supuesto la entrada de Estados Unidos en la misma<sup>1519</sup>, en marzo de 1920 un débil Wilson tuvo que aceptar la votación del Tratado con reservas, con 35 votos en contra y 49 a favor, así, a los partidarios del tratado con enmiendas les separaron sólo siete votos de una victoria histórica<sup>1520</sup>.

Tras el rechazo al Tratado y a la entrada en la Sociedad, el Partido Republicano se hizo con la iniciativa en materia de política exterior, aprobándose en el Congreso varias resoluciones auspiciadas por él, como las relativas a firmar la paz por separado con Alemania a finales de abril, la vetada por Wilson a fines de mayo y presentada por Knox para organizar una nueva conferencia internacional según las líneas de su programa (corte mundial, arbitrio internacional, prohibición de la guerra...) y en junio el Congreso vetaría la iniciativa presidencial de aceptar el mandato sobre Armenia<sup>1521</sup>.

Con la negativa del Senado estadounidense a participar en la Sociedad de Naciones tal y como Wilson quería, Estados Unidos impuso sobre unos aliados que no la habían concebido, y a duras penas consentido, y tan alejada como estaba de sus tradiciones e intereses políticos, la inverosímil labor de ponerla en marcha y asegurar su supervivencia, más aún, al no participar en la nueva organización internacional, Estados Unidos garantizaba en cierto modo su irrelevancia a nivel mundial, dejando en manos europeas el timón de las relaciones internacionales, cuyas consecuencias se desataron en 1939 de la peor de las maneras posible.

### 6.c. El liberalismo del internacionalismo liberal democrático

Ya vimos a la hora de enumerar las influencias intelectuales de W. Wilson que el liberalismo inglés era una de ellas, en concreto Edmund Burke, pero ahora que hemos analizado la obra del wilsonismo en su conjunto, para comprenderla del todo conviene que nos detengamos un poco más en la influencia que el liberalismo ejerció sobre la misma.

Tras la *contaminación realista* que supuso el internacionalismo conservador de Theodore Roosevelt, que trató de asentar a Estados Unidos entre la élite de las potencias mundiales bajo el manto de una concepción conservadora y realista más pendiente de las realidades de poder imperantes que de los principios y valores estadounidenses, el internacionalismo de W. Wilson giró en torno a una recuperación de la inocencia perdida con su predecesor Republicano a través de una vuelta a los postulados liberales, en especial de J. Locke e I. Kant, que fuese más acorde con el legado de los padres fundadores.

---

<sup>1519</sup> [www.senate.gov/reference/reference\\_item/Versailles.htm](http://www.senate.gov/reference/reference_item/Versailles.htm)

<sup>1520</sup> [www.u-s-history.com/pages/h1338.html](http://www.u-s-history.com/pages/h1338.html)

<sup>1521</sup> COOPER, op.cit., p. 378.



Si para Locke las sociedades políticas surgieron del pacto entre sus miembros para huir del estado de naturaleza y así lograr la seguridad de la que carecen permaneciendo en éste, no ocurriría lo mismo en el ámbito internacional, es decir, en las relaciones entre Estados, donde según Locke “tenemos, pues, que la comunidad, tomada globalmente, constituye un solo cuerpo, y que este cuerpo se encuentra en el estado de Naturaleza por lo que se refiere a todos los demás Estados o personas ajenas a la comunidad”<sup>1522</sup>, ya que “los miembros de una comunidad [...] se halla(n) colocado(s) en relación al resto del cuerpo humano en el mismo Estado de Naturaleza en que se encontraban antes todos los miembros que lo constituyen”<sup>1523</sup>, es decir, la ausencia de un pacto entre dichas comunidades políticas, en las que en su seno sí existía dicho pacto que las estructuraba, las mantenía en un estado de inseguridad semejante al que se encontraban los individuos en el de Naturaleza antes de llegar al acuerdo para unirse en sociedad. De hecho, para Carr, la Sociedad de Naciones fue el intento wilsoniano de convertir los principios liberales de Locke en una maquinaria de orden internacional<sup>1524</sup>.

A esa ausencia de un pacto entre los Estados para escapar del estado de Naturaleza le dedicaría especial atención Immanuel Kant, cuyo pensamiento tendría gran relevancia en W. Wilson.

En Kant, su imperativo categórico permea su concepción política, basada en la autonomía de la voluntad individual entendida como principio moral supremo, ya que las leyes han de respetar que cada ser humano sea un fin en sí mismo, considerando la libertad como el acto de obedecer tan sólo las leyes que cada cual se da así mismo<sup>1525</sup>, siendo esa libertad externa una idea irrechazable de la razón práctica pura, lo que no le conducía a rechazar la noción de derechos previos, sino tan sólo los que la propia voluntad asumía, pues sólo así los respetaría, uniendo de ese modo la felicidad con el bien moral, cuyo cenit sería alcanzar el máximo bien acorde con la razón pura práctica, donde el derecho trataría de conciliar los diferentes arbitrios de los individuos, situación que distinguiría al Estado de derecho del de naturaleza, donde sólo existe la guerra, al contrario, en el primero la sociedad se conformaría con arreglo al estado civil, convirtiéndose el derecho en el medio para cumplir con la naturaleza y vocación humanas<sup>1526</sup>. Para Kant, un régimen político sería republicano, el más acorde con su concepción política antes descrita y único capaz de garantizar el respeto de la voluntad individual, cuando fuera representativo y existiese una clara división de poderes entre quienes legislan, ejecutan y aplican ese derecho.

Junto a la *Crítica de la razón pura*, una de las obras más conocidas y comentadas de Kant es *Sobre la paz perpetua*, y quizá la que mayor influjo causó en la concepción wilsoniana de las relaciones internacionales, pues en ella encontramos muchos de los puntos esenciales que caracterizarían a su proyecto de Sociedad de Naciones.

---

<sup>1522</sup> LOCKE, op.cit., p. 185.

<sup>1523</sup> *Ibíd.*

<sup>1524</sup> CARR, Edward Hallet *The Twenty Year's Crisis, 1919-1939. An Introduction to the Study of International Relations*, Perennial, New York, 2001, p. 28.

<sup>1525</sup> SPRUTE, Jürgen *Filosofía política de Kant*, Tecnos, Madrid, 2008, p. 46

<sup>1526</sup> *Ibíd.*, p. 51.



Para Kant “la paz no es lo natural entre los hombres, sino una conquista de su voluntad consciente”<sup>1527</sup>, como él mismo reconocía “la guerra misma no necesita motivos especiales, pues parece estar injertada en la naturaleza humana, e incluso, parece estar considerada como algo *noble*”<sup>1528</sup>, de hecho

vemos que la manera que tienen los Estados de procurar su derecho sólo puede ser la guerra -nunca un juicio ante un tribunal-, pero el derecho, sin embargo, no puede ser decidido mediante la guerra ni mediante su resultado favorable, la victoria; vemos asimismo que un *tratado de paz* puede poner término a una guerra determinada pero no a la situación de la guerra<sup>1529</sup>

Para evitar que dicha situación continúe, Kant establecía que

“tiene que existir, por tanto, una federación de la paz (*foedus pacificum*), que se distinguiría del pacto de paz (*pactum pacis*) en que éste buscaría acabar con una guerra, mientras que aquella buscaría terminar con todas las guerras para siempre [...] es posible representarse la posibilidad de llevar a cabo esta idea de la *federación*, que debe extenderse paulatinamente a todos los Estados, conduciendo así a la paz perpetua”<sup>1530</sup>

Por tanto, Kant iba más allá de los tratados de paz que daban por terminado un conflicto, pues para él la base del problema residía en el tipo de relación que imperaba entre los Estados, y sólo modificándola se podría llegar a evitar todo conflicto, instaurando así la paz perpetua, verdadero objetivo de su estudio. Éste empazaba por enumerar los artículos preliminares para la paz perpetua entre los Estados, siendo el primero el que “no debe considerarse válido ningún tratado de paz que se haya celebrado con la reserva secreta sobre alguna causa de guerra en el futuro”<sup>1531</sup>, el segundo el que “ningún Estado independiente podrá ser adquirido por otro mediante herencia, permuta, compra o donación”<sup>1532</sup>, aquí podemos encontrar un antecedente del principio de autodeterminación de los pueblos tan querido por Wilson; el tercero el que “los ejércitos permanentes deben desaparecer totalmente con el tiempo”<sup>1533</sup>, anticipando todos los esfuerzos que tras la I Guerra Mundial se emprendieron para la reducción armamentística; el cuarto el que “no debe emitirse deuda pública en relación con los asuntos de política exterior”<sup>1534</sup>, el quinto que “ningún Estado debe inmiscuirse por la fuerza en la constitución y gobierno de otro”<sup>1535</sup>, ya que pondría en peligro la autonomía de todos los Estados, argumento utilizado hoy en día por quienes están en contra del derecho de injerencia; y en sexto lugar el que “ningún Estado en guerra con otro debe permitirse tales hostilidades que hagan imposible la confianza mutua en la paz futura”<sup>1536</sup>, es decir, que se observen las reglas mínimas del *jus in bellum*, ya que “la guerra es, ciertamente, el medio

---

<sup>1527</sup> KANT, Immanuel *Sobre la paz perpetua*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, prólogo de Antonio Truyol y Serra, p. 12.

<sup>1528</sup> *Ibíd.*, p. 72

<sup>1529</sup> *Ibíd.*, p. 60.

<sup>1530</sup> *Ibíd.*, p. 61.

<sup>1531</sup> *Ibíd.*, p. 43.

<sup>1532</sup> *Ibíd.*, p. 44.

<sup>1533</sup> *Ibíd.*, p. 45.

<sup>1534</sup> *Ibíd.*, p. 46.

<sup>1535</sup> *Ibíd.*, p. 47.

<sup>1536</sup> *Ibíd.*



tristemente necesario en el estado de naturaleza para afirmar el derecho por la fuerza”<sup>1537</sup>.

A continuación Kant pasaba a describir sus artículos definitivos para la paz perpetua, ya que “el estado de paz debe ser *instaurado*, pues la omisión de hostilidades no es todavía garantía de paz”<sup>1538</sup>, y dependiendo el que dicho estado de paz sea impuesto de la imposición de un derecho por todos aceptado, Kant definía la libertad exterior (jurídica) “como la facultad de no obedecer ninguna ley exterior sino en tanto en cuanto he podido darle mi consentimiento”<sup>1539</sup>, lo que trasladado al ámbito interestatal se concretaba en que

la igualdad exterior (jurídica) en un Estado consiste en la relación entre los ciudadanos según la cual nadie puede imponer a otro una obligación jurídica sin someterse él mismo también a esa ley y *poder ser*, de la misma manera, obligado a su vez<sup>1540</sup>

El primero de dichos artículos se basaba en que “la Constitución civil de todo Estado debe ser republicana”<sup>1541</sup>, pues para Kant

en una Constitución que no es republicana, la guerra es la cosa más sencilla del mundo, porque el jefe del Estado no es un miembro del Estado sino su propietario [...] y puede, por tanto, decidir la guerra, como una especie de juego, por causas insignificantes<sup>1542</sup>

Pues para Kant “el republicanismo es el principio político de la separación del Poder Ejecutivo (Gobierno) del Legislativo”<sup>1543</sup>, además de que “al modo de gobierno que es conforme a la idea del derecho pertenece el sistema representativo, único en el que es posible un modo de gobierno republicano y sin el cual el gobierno es despótico y violento”<sup>1544</sup>. No es necesario aquí recordar la devoción que por el sistema republicano estadounidense sentía el Presidente Wilson y que tan bien concuerda con las anteriores palabras de Kant.

Como segundo artículo Kant señalaba que “el derecho de gentes debe fundarse en una *federación* de Estados libres”<sup>1545</sup>, pues ya que “los pueblos pueden considerarse, en cuanto Estados, como individuos que en su estado de naturaleza (es decir, independientes de leyes externas) se perjudican unos a otros”<sup>1546</sup>, sería aconsejable que “en aras de su seguridad, puede y debe exigir del otro que entre con él en una Constitución semejante a la Constitución civil, en la que se pueda garantizar a cada uno su derecho”<sup>1547</sup>. De hecho, para Kant el que los Estados continuasen sin querer someterse a ninguna fuerza legal externa en nombre de la defensa de su soberanía los colocaba al mismo nivel que “el apego de los salvajes a la libertad sin ley, que prefiere la lucha continua a la sumisión a una fuerza legal determinable por

---

<sup>1537</sup> *Ibíd.*, p. 48.

<sup>1538</sup> *Ibíd.*, p. 51.

<sup>1539</sup> *Ibíd.*, p. 53.

<sup>1540</sup> *Ibíd.*

<sup>1541</sup> *Ibíd.*, p. 52.

<sup>1542</sup> *Ibíd.*, p. 54.

<sup>1543</sup> *Ibíd.*, p. 55.

<sup>1544</sup> *Ibíd.*, p. 57.

<sup>1545</sup> *Ibíd.*, p. 58.

<sup>1546</sup> *Ibíd.*

<sup>1547</sup> *Ibíd.*



ellos mismos”<sup>1548</sup>. En éste segundo punto sin duda que se encuentran similitudes con el proyecto wilsoniano de la Sociedad de Naciones, y que el propio Wilson concibió como modo de democratizar el sistema de relaciones internacionales traspasando los valores y principios que regían el sistema político estadounidense a la escena mundial.

Como tercer artículo Kant establecía que “el derecho *cosmopolita* debe limitarse a las condiciones de la *hospitalidad universal*”<sup>1549</sup>, es decir, “el derecho de un extranjero a no ser tratado hostilmente por el hecho de haber llegado al territorio de otro”<sup>1550</sup>, dicha concepción derivaba de la presunción inferida por Kant de que

como se ha avanzado tanto en el establecimiento de una comunidad (más o menos estrecha) entre los pueblos de la tierra que la violación del derecho en un punto de la tierra repercute en todos los demás, la idea de un derecho cosmopolita no resulta una representación fantástica ni extravagante [...] siendo un complemento de la paz perpetua, al constituirse en condición para una continua aproximación a ella<sup>1551</sup>

En el párrafo anterior se describen claramente los signos de una globalidad incipiente, ya percibida por Kant en 1795 y que en 1919 había hecho saltar en añicos a media Europa tras dejar al mundo en el siglo XVIII repartido en Imperios, globalidad que para el propio Wilson era evidente después del recuento de muertos de la I Guerra Mundial y que debía gestionarse si no se quería repetir el mismo resultado desastroso, y tanto Kant como Wilson veían en la federación entre Estados el mejor modo de hacerlo, con el fin de instaurar un orden internacional que, al igual que el régimen político en el seno interno de los Estados, diese estabilidad y seguridad a unas caóticas y conflictivas relaciones internacionales.

Otro punto en común entre Kant y Wilson fue que ambos concebían al comercio internacional como un elemento básico para alcanzar el ideal de la paz perpetua, ya que según el primero el “*espíritu comercial* no puede coexistir con la guerra”<sup>1552</sup> pues como “el *poder del dinero* es, en realidad, el más fiel de todos los poderes subordinados al poder del Estado, los Estados se ven obligados a fomentar la paz y a evitar la guerra con negociaciones”<sup>1553</sup>, y ya hemos visto cómo para Wilson la libertad de mares y la desaparición de las barreras comerciales eran esenciales para el éxito de la Sociedad de Naciones, empresa que no hubiese sido viable sin una alta dosis de idealismo por parte de su principal impulsor, y que compartía con el propio Kant, para quien “el principio supremo del que arranca la idea de la paz perpetua”<sup>1554</sup> sería “que todo el mal que la obstaculiza proviene de que el moralismo político comienza donde el político moralista termina y hace vano su propio propósito de conciliar la política con la moral, al subordinar los principios al fin”<sup>1555</sup>, es decir, como para Wilson, y a diferencia del internacionalismo conservador de T. Roosevelt, los valores y principios republicanos han de guiar en todo momento la acción del

---

<sup>1548</sup> *Ibíd.*, p. 62.

<sup>1549</sup> *Ibíd.*, p. 63.

<sup>1550</sup> *Ibíd.*

<sup>1551</sup> *Ibíd.*, p. 67.

<sup>1552</sup> *Ibíd.*, p. 77.

<sup>1553</sup> *Ibíd.*

<sup>1554</sup> *Ibíd.*, p. 92.

<sup>1555</sup> *Ibíd.*, p. 92.



estadista que quiera sentar las bases de un nuevo orden internacional tendente a la paz perpetua.

Si Theodore Roosevelt tomó de Europa los principios realistas para asentar a Estados Unidos entre las potencias mundiales, colocando al interés nacional como guía de su acción exterior, Woodrow Wilson buscaría en la herencia liberal europea un retorno a los principios y valores del republicanismo estadounidense. Su idealismo le llevó a obviar en muchas ocasiones los imponderables del poder internacional, pero al mismo tiempo estableció una serie de postulados que regirían como auténticos artículos de fe en la política exterior de Estados Unidos durante el resto del siglo XX. Para Kissinger, T. Roosevelt habría captado como ningún otro político norteamericano la esencia de la política internacional europea de equilibrio de poder, pero fue W. Wilson quien comprendió mejor que nadie las fuentes de motivación norteamericanas, rechazando la política de poder y su equilibrio sustituyéndola por los valores estadounidenses<sup>1556</sup>. En su segundo discurso anual, con la guerra en Europa ya empezada, Wilson pediría a la nación que “este es tiempo más que nunca en el que deberíamos desear y lograr mantener nuestra fortaleza a través de la serenidad y nuestra influencia a través de la preservación de nuestros antiguos principios de acción”<sup>1557</sup>, ya que “somos, de hecho, un verdadero amigo de todas las naciones del mundo, porque no amenazamos a ninguna, no ansiamos las posesiones de ninguna ni deseamos la caída de ninguna”<sup>1558</sup>.

Al año siguiente, Wilson describía la neutralidad de Estados Unidos como una “tarea manifiesta”<sup>1559</sup> para la nación ya que “no sólo no tenemos parte o interés en las políticas que parecen haber conducido al conflicto”<sup>1560</sup> sino que si una catástrofe universal debía ser evitada los Estados americanos debían quedar al margen de la guerra para así servir al mundo de retaguardia para la futura recuperación mundial, de hecho, para Wilson “los Estados de América se han hecho conscientes de una comunidad de intereses y una asociación moral nuevas y más vitales en sus relaciones, más claramente conscientes de las muchas simpatías e intereses y deberes comunes que les unen”<sup>1561</sup>, pues

la moraleja es, que los Estados de América no son rivales hostiles sino amigos cooperantes, y que su creciente sentido de comunidad o interés [...] seguro les dará una nueva dimensión como factores en los asuntos internacionales y en la historia política mundial<sup>1562</sup>

Es decir, que a diferencia de Europa donde dominaba el conflicto de intereses nacionales que había conducido a la Gran Guerra, en América sucedía todo lo contrario merced a unas relaciones continentales basadas en “la efectiva personificación, del espíritu de la ley, la independencia, la libertad y el servicio mutuo”<sup>1563</sup>. Pero Wilson no se quedaría en tan sólo describir las diferencias entre el

<sup>1556</sup> KISSINGER, op.cit., p. 50.

<sup>1557</sup> WILSON, Woodrow, Segundo discurso anual del 8 de diciembre de 1914, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29555&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29555&st=&st1=)

<sup>1558</sup> *Ibíd.*

<sup>1559</sup> WILSON, Woodrow, Tercer discurso anual del 7 de diciembre de 1915, discurso consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29556&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29556&st=&st1=)

<sup>1560</sup> *Ibíd.*

<sup>1561</sup> *Ibíd.*

<sup>1562</sup> *Ibíd.*

<sup>1563</sup> *Ibíd.*



orden europeo y el americano, sino que al afirmar que “la conquista y la dominación no entran en nuestros cálculos, ni son agradables a nuestros principios”<sup>1564</sup>, para Wilson Estados Unidos no debería confinar

nuestro entusiasmo por la libertad individual y el libre desarrollo nacional a los incidentes y movimientos de los asuntos que sólo nos afecten a nosotros. Lo sentimos allá donde exista un pueblo que intente caminar en éste difícil camino de la independencia y el derecho. De tales pensamientos crecen todas nuestras políticas. Consideramos a la guerra sólo como un medio de asegurar los derechos de un pueblo frente a una agresión<sup>1565</sup>

Como se desprende de las anteriores líneas, la recuperación del liberalismo emprendida por Wilson confirió a su legado político un mayor anclaje en los valores y principios clásicos del republicanismo estadounidense, lo que permitiría a sus sucesores reivindicar, en mayor medida que si hubiesen seguido por la senda del internacionalismo conservador, el excepcionalismo estadounidense a la hora de enfocar y alterar las relaciones internacionales. Cabe aquí recordar las palabras de Carl Shurz, quien apenas podía imaginarse un tipo de gobierno más repelente que una democracia que ya no cree en anda, y en la que todas las ambiciones están dirigidas por un uso egoísta del poder, es decir, a este representante del tradicional unilateralismo aislacionista, el realismo de raíz europea le resultaba totalmente ajeno al legado político de los padres fundadores de Estados Unidos, y no podía más que rechazar cualquier intento por implantarlo al otro lado del Atlántico, y menos aun si ello conducía a enredar a la nación en asuntos mundiales que no le afectaran directamente; por el contrario, la trampa de W. Wilson consistió precisamente en unir en un mismo proyecto esos valores y principios tan queridos a los tradicionalistas estadounidenses con el internacionalismo del que ellos mismos abominaban, convirtiendo a aquellos en la base ideológica de éste, por ello a partir de Wilson, cada intento por colocar a Estados Unidos en la senda internacionalista no volvió la vista atrás al conservadurismo de T. Roosevelt, sino al idealismo wilsoniano anclado en los clásicos principios y valores estadounidenses.

#### **6.d. Balance final sobre el Wilsonismo**

Como todo gran personaje histórico, la controvertida figura de Woodrow Wilson arroja tantas luces como sombras, tremendamente moderno en su concepción política de las relaciones internacionales y en cambio tan conservador en el plano social, como sus posturas ante la igualdad racial atestiguan, y no sólo en el plano nacional, sino que también se negaría a una petición japonesa de mencionar la igualdad racial en la reuniones de preparación de la Sociedad de Naciones (aquí bien secundado por los británicos<sup>1566</sup>); defensor a ultranza de la democratización tanto a escala Estatal como internacional, pero tan unilateral a la hora de tratar de imponer su visión política, mezcla de terquedad personal, convicción religiosa y defensa de la preeminencia de la figura presidencial; consciente de las limitaciones de la injerencia externa cuando de modernizar a una nación se trataba, y en cambio tan idealista,

---

<sup>1564</sup> *Ibíd.*

<sup>1565</sup> *Ibíd.*

<sup>1566</sup> AMBROSIUS, *op.cit.* p. 46.



rayano en la ingenuidad, al creer que podría asegurar la cooperación internacional, pasando por encima de los tradicionales intereses de Estado; todo esto y mucho más fue Woodrow Wilson, un Presidente que quizás por su naturaleza académica intentó hacer mucho más de lo que un político de carrera hubiese osado siquiera soñar, de todos modos, para su desgracia, se suele juzgar más a los hombres por sus fracasos que por las causas de los mismos, y menos aun por sus virtudes, y aunque en buena medida el resto del siglo XX le deba su impronta, el fatídico modo en que acabó su Sociedad de Naciones será siempre asociado a su persona.

Pasado ya casi un siglo desde su presidencia, ¿cómo valorar e interpretar tanto su legado teórico como su acción presidencial? ¿Cuál fue la esencia del wilsonismo? ¿Cuál su verdadera influencia en el desarrollo de la política mundial? ¿Por qué Wilson no vio coronados con éxito todos sus esfuerzos a la hora de implementar su ideario político? Vayamos por partes, para entender por qué mientras en París se le recibió con grandes pompas, casi como el salvador de la humanidad, y en cambio en Estados Unidos el economista John Maynard Keynes le calificaba de “retardado mental, cabezón párroco presbiteriano”<sup>1567</sup>, antes hay que comprender el esfuerzo que supuso para la mentalidad de principios de siglo XX el modo wilsoniano de entender la realidad. Wilson fue siempre un personaje atípico en la escena política estadounidense, alejado de la maquinaria partidista pronto se encargó de controlar férreamente su Partido, proveniente de la academia siempre le resultó difícil confiar sus dudas a sus subordinados (con la excepción de su confidente el Coronel Edward M. House), y más abstracto que práctico, sus convicciones le condujeron en más de una ocasión a confundir sus deseos con la realidad, y pese a todo, durante un breve espacio de tiempo, fue capaz de mantener la atención del mundo entero, cuyas esperanzas se posaban sobre los hombros de un Presidente vilipendiado en casa e incomprendido en el exterior.

De sus políticas en el continente americano y en Europa se puede adivinar lo que en resumidas cuentas puede denominarse wilsonismo, algo que para Smith podría sintetizarse con el título de “internacionalismo liberal democrático americano”<sup>1568</sup> y cuyas notas principales para el mismo autor serían: nacionalismo, democracia, orden económico mundial liberal, sistema de seguridad colectiva y liderazgo de Estados Unidos como imperativo moral<sup>1569</sup>, y que Wilson traduciría a términos prácticos en sus políticas de defensa de la autodeterminación nacional, Promoción de la Democracia e internacionalización de la Doctrina Monroe, globalización de la política de puertas abiertas, creación de la Sociedad de Naciones y una firme convicción de que Estados Unidos se erigiera en garante de todo ello, tanto por su experiencia política como por su rango de potencia mundial. Como el propio Wilson no se cansó de decir, de lo que se trataba en realidad era de sentar las bases de un nuevo orden internacional y paralelamente, y no menos importante, hacer de Estados Unidos, de una vez por todas, la nación hegemónica sobre la que dicho orden descansase. Ambas empresas resultaron ser demasiado incluso para la famosa terquedad del Presidente.

Wilson fracasó no sólo por la oposición Republicana, el irredentismo francés o su fanática ingenuidad idealista, la triste realidad de los hechos se encargó en buena

<sup>1567</sup> GRAUBARD, op.cit. t. p. 198.

<sup>1568</sup> SMITH, op.cit., p. 84.

<sup>1569</sup> *Ibíd.* p. 95.



medida de impedir su victoria final. Siguiendo también a Smith, cabría hablar de cuatro dificultades mayores con las que se topó el plan wilsoniano, a saber, el carácter de las demandas aliadas para la posguerra (y en especial la contención de Alemania, mientras Wilson anhelaba su integración en el concierto mundial como estrategia más apta para la normalización de la situación europea), el impacto de la Revolución Bolchevique sobre los problemas de clase en Europa, las esperanzas de democratización a medio plazo en Alemania y la situación política en Europa del Este, donde los planes wilsonianos chocaban con una realidad agraria y una división étnica difíciles de conjugar con su democratización<sup>1570</sup>, y donde la aplicación de su principio de libre determinación añadió más problemas de los que resolvió. En el continente americano, Wilson se enfrentó a situaciones bien distintas pero con problemas similares, ya que sus intervenciones no cosecharon los frutos deseados (salvo quizá en el caso mexicano) y se hizo evidente que la intervención militar de nada servía a la democratización si esta no venía acompañada de una amplia ayuda económica, ayuda que debía ir más allá de la necesaria reforma agraria o la inversión de capitales, para alcanzar así el ineludible plano social de la Promoción de la Democracia, algo que Wilson no percibió en ningún momento<sup>1571</sup>. En todo caso, como bien señala Kissinger, ningún sistema de seguridad colectiva hubiese sido posible en el periodo de entreguerras sin la participación de Alemania, de Estados Unidos o de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas<sup>1572</sup>, y la primera no entraría hasta 1925, abandonándola en 1933, los segundos no lo harían nunca y la tercera sería expulsada en 1939, tras sólo cinco años de permanencia en la Sociedad de Naciones.

Tampoco hay que olvidarse como bien señala Kennan que las democracias tienden a pasar de la pasividad a la acción demasiado rápido, al no tomar en cuenta las amenazas suelen actuar cuando el daño ya está hecho, en concreto, para Kennan W. Wilson despreció en un primer término las causas de la guerra al no relacionarlas con Estados Unidos, es más, ni siquiera habría tenido en cuenta las consecuencias de la misma desde sus inicios, cuando ya en 1913 las señales del conflicto eran evidentes, defendiendo en un principio los derechos de neutralidad, justo cuando las realidades de la guerra lo hacía imposible y podía haber desembocado en un conflicto con ambos bandos, para a continuación pasar a una postura pro aliada ante el peligro de ver caer a Gran Bretaña, cuando ya inmersos en la guerra no resultaba difícil descubrir qué estaba en juego<sup>1573</sup>, para finalmente anunciar un plan de reordenamiento mundial de posguerra que justificase tanto la intervención en la guerra como las consecuencias que de ello se derivaban, en su raíz tremendamente negativas para Estados Unidos por su impacto también negativo para Europa, pues se dejaba a Alemania y Rusia como únicos grandes Estados, con una miríada de pequeñas y débiles naciones entre ambas potencias, que ni Francia ni Gran Bretaña podrían defender jamás, lo que se traducía para Kennan en que “verdaderamente ésta fue una paz que llevaba las tragedias del futuro escritas en ella como por la propia

---

<sup>1570</sup> *Ibíd.* p. 97.

<sup>1571</sup> *Ibíd.* p. 81.

<sup>1572</sup> KISSINGER, *op.cit.*, p. 359.

<sup>1573</sup> KENNAN, *op. cit.*, p. 57-62.



mano del diablo”<sup>1574</sup>, pues “esa fue la clase de paz que se obtiene cuando permites a la histeria de guerra y al idealismo inútil permanecer juntos en tu mente”<sup>1575</sup>.

Así pues, la realidad, el modo en que efectivamente se conducían las naciones en sus relaciones recíprocas iba totalmente en contra del plan wilsoniano. A pesar de las buenas palabras y la adhesión a su programa, como bien supieron ver los Republicanos internacionalistas, los países europeos no renunciarían jamás a su soberanía, menos aun en medio de una paz impuesta que muy pronto todos esperaban sería contestada por los alemanes. Mientras Wilson hablaba de principios universales y orden mundial, franceses, británicos o italianos medían su adhesión a los mismos por el peso de las ganancias a ellos asociadas, ya fuese en términos de seguridad, en el caso francés, ya de ventajas coloniales en el resto.

Junto a estos problemas, cabe mencionar otros dos que tienen que ver más con el carácter personal de W. Wilson que con los imperativos de la realidad, como son su idealismo y modernidad, quizá ambos excesivos para el éxito de sus políticas. Una de las críticas clásicas del realismo a las posturas wilsonianas es su idealismo exacerbado, lo que le llevó a granjearse la fama de intratable en unas ocasiones y de ingenuo en otras, pero que sin duda existió por su parte. Esa fe inquebrantable en sus propios ideales hizo de Wilson un político sordo a las críticas y reacio a los compromisos, lo que a la hora de negociar el Tratado de Versalles significó un rechazo de las tesis francesas de contener a Alemania en favor de sus altos ideales de seguridad colectiva y democratización. Lo que Wilson no percibió fue que para disuadir a un Estado en el mundo moderno, no sólo basta la condena moral de la mayoría de los pueblos, sino que también es necesaria el empleo de la amenaza de su fuerza, aquí sin duda jugó un papel importante el tradicional aislacionismo estadounidense, pero Wilson debió mostrar más atención a la postura francesa para comprender mejor los aspectos de seguridad de su nueva organización, y puede que una mente ilustrada como la suya fuese capaz de comprender, dados los avances tecnológicos alcanzados, la inutilidad de la guerra como instrumento político, pero Wilson no debió jamás pensar que todos los líderes serían capaces de entenderlo del mismo modo, quizá así hubiese contemplado la posibilidad de crear los medios militares necesarios para disuadirlos. En todo caso, en este aspecto el idealismo wilsoniano jugó en contra de sus propios intereses, ya que sin una estructura militar clara, su Sociedad de Naciones estaba condenada a la irrelevancia ante la menor muestra de beligerancia por parte de cualquier Estado miembro que se atreviese a plantarle cara (como sucedería con Italia); de todos modos, de haberse percatado de la idoneidad de la postura francesa, habría topado con la intransigencia doméstica a una mayor implicación estadounidense.

---

<sup>1574</sup> *Ibíd.*, p. 61.

<sup>1575</sup> *Ibíd.* Las críticas de Kennan al wilsonismo parten de una visión realista de las relaciones internacionales, mucho más acorde con el proyecto de T. Roosevelt, cuyo realismo conservador, como hemos visto en el capítulo anterior, se basaba en el realismo continental europeo, sin ninguna pretensión de cambio del orden internacional, tan sólo de insertar en él a Estados Unidos como una potencia mundial más, usando una estrategia similar a la empleada por el resto de potencias, por el contrario W. Wilson pretendía cambiar esas mismas reglas, y con ello el orden internacional, como medio para conseguir un papel preponderante para Estados Unidos.



Aunque ninguno de los proyectos internacionalistas sobrevivió a su creador, ambos triunfaron a la postre pues con W. Wilson el internacionalismo se instaló ideológicamente de forma definitiva en la política exterior de Estados Unidos, cuando ya lo estaba en la práctica desde T. Roosevelt, pues el paréntesis de entreguerras que se inició con los Republicanos y continuó con F. D. Roosevelt de la mano de las repercusiones de la crisis de 1929, se rompería irremisiblemente con la II Guerra Mundial. De hecho, se puede decir que T. Roosevelt creó a inicios del siglo XX los medios de los que se serviría el internacionalismo estadounidense a partir de la II Guerra Mundial, mientras que W. Wilson diseñaría en plena Gran Guerra el camino por el que éste discurriría, de ahí que aunque antitéticos en la teoría hayan sido empujados complementariamente en la práctica, el primero de forma soterrada y más sutil, mientras que el segundo ha sido reivindicado de manera abierta por todos aquellos Presidentes que han defendido su internacionalismo.

Puede que lo que hoy menos nos llame la atención de Wilson sea su internacionalismo, su concepción de la seguridad como algo global, pero sin lugar a dudas, esto fue precisamente lo que en su día convirtió a su proyecto en una propuesta definitivamente moderna, tan avanzada a su tiempo que fue combatida con ahínco y finalmente rechazada por sus propios conciudadanos. Wilson fue de los primeros líderes estadounidenses en percatarse del carácter global del mundo en que vivía, y actualizando la concepción kantiana de paz perpetua, diseñó un proyecto de seguridad colectiva que dotase al mundo de la estabilidad necesaria para alcanzar dicha paz. Para ello Wilson invitaba a los Estados a prescindir de sus estrechos intereses tradicionales y a que luchasen juntos por el bien común de la humanidad, renunciando a la guerra como instrumento político, junto con el olvido de la diplomacia secreta y los regímenes autoritarios, y la democracia como sistema político más acorde con el discurrir de los tiempos. Wilson fue moderno no sólo en teoría, también en la práctica intentó implementar medidas que se adelantaron a su tiempo, veamos tres ejemplos:

1. Alemania: mientras los franceses abogaban por contener a los alemanes con duras condiciones de paz y los británicos a través de una política más laxa de apaciguamiento, Wilson vio con claridad que el único modo de impedir una nueva guerra era la normalización de la situación de Alemania gracias a su inclusión en la nueva estructura supranacional; algo que los propios europeos no comprendieron sino después de 20 años, una nueva guerra mundial y otros 40 millones de muertos.
2. Sociedad de Naciones: Wilson fue el primer líder mundial en implementar un sistema de seguridad colectivo, bajo esta necesidad se escondía el absoluto rechazo wilsoniano por las políticas de poder y la fe en la democratización de la política internacional como mejor modo de asegurar la paz mundial; con el fracaso de la Sociedad este proyecto no se abandonó, tras la II Guerra Mundial se crearon las Naciones Unidas, y tras el fin de la Guerra Fría aun estamos a vueltas con la manida Promoción de la Democracia
3. Estados Unidos: quizá los líderes europeos fueron ajenos a los esfuerzos de Wilson por intentar que su país no se escudase en su aislacionismo una vez acabado el conflicto, como así sucedió, de haber comprendido dicha situación quizás las negociaciones



hubiesen ido por otro derrotero, lo que es seguro es que Wilson trató de vender a la opinión pública y clase política estadounidenses su proyecto de Sociedad de Naciones como un asunto de interés común, capaz de forjar un consenso que llevase a Estados Unidos a ocupar el papel preeminente que las circunstancias le otorgaban; si Wilson concedió a Washington el privilegio de haber sido el primero en ver la necesidad de pasar de una política local a una continental<sup>1576</sup>, al propio Wilson habría que concederle el de ser el primero en concebir un papel hegemónico a escala internacional para Estados Unidos, en este sentido algunos autores ha interpretado su Sociedad como un instrumento para atar definitivamente a Estados Unidos a los asuntos mundiales, y superar así su tradicional papel de potencia regional<sup>1577</sup>. Durante las décadas de 1920 y 1930 Estados Unidos permaneció al margen de los asuntos europeos, la II Guerra Mundial lo cambiaría todo y Estados Unidos aceptaría sin reservas desde entonces la primacía del mundo Occidental.

Hoy estos principios son la norma, hace casi un siglo eran la excepción, que Wilson acertase a defenderlos le convierte por sí sólo en una figura principal de la política mundial, no solo estadounidense. El fracaso wilsoniano en su propio país se debió a que éste aun no estaba preparado para asumir las responsabilidades de gran potencia mundial, y el fiasco final de su amada Sociedad de Naciones puede achacarse principalmente a que los líderes europeos no fueron capaces de prescindir de la vieja política de interés de Estado, en detrimento de la seguridad colectiva. Pero a todo ello el propio Wilson también aportó su propio grano de arena, como se ha comentado con anterioridad, el diálogo y el consenso no formaron nunca parte del repertorio de sus virtudes, y a menudo Wilson, académico más que político, se olvidó de que en política la voluntad no lo es todo, en muchos casos el éxito depende más de una mezcla de oportunidad, flexibilidad ideológica acompañada de concesiones prácticas, trabajo en la sombra y apoyo popular, de todos estos requisitos Wilson únicamente fue capaz de apelar a éste último, pero tan sólo para imponer a la opinión pública su propio punto de vista, no para conocer su parecer. Wilson, con fe ciega en su plan para lograr la paz mundial, se olvidó de escuchar otras opiniones y no consintió nunca que se enmendara su estrategia, y olvidando que el voluntarismo no es política, selló él mismo el carácter inevitable de su derrota.

W. Wilson fue más académico que político, y pagó el precio de tal circunstancia al contaminar excesivamente las características del pensador con las labores del Presidente, pues su idealismo y su voluntarismo pueden interpretarse también como trasuntos del racionalismo que impregnaba todo su pensamiento. W. Wilson puede considerarse como miembro destacado de esa generación que florecía hacia 1900 y que Ortega y Gasset describía como “la última de un amplísimo ciclo, iniciado a fines del siglo XVI y que se caracterizó porque sus hombres vivieron de la fe en la razón”<sup>1578</sup>. Con su empecinada confianza en su capacidad de transformar al mundo merced a su programa para acabar con el viejo sistema europeo de políticas y

---

<sup>1576</sup> WILSON, Woodrow, “The making of the nation”, artículo publicado en el *Athlantic Monthly*, Julio de 1897, <http://cdl.library.cornell.edu>

<sup>1577</sup> SMITH, op.cit, p. 105.

<sup>1578</sup> ORTEGA y GASSET, José, *Historia como sistema*, Espasa-Calpe, Madrid, 1971, p. 13.



equilibrios de poder, a favor de uno basado en la colaboración y la igualdad entre Estados, Wilson se convirtió no sólo en uno de los últimos exponentes de ese racionalismo, sino en uno de los más radicales, al creer que con sólo adoptar su plan el mundo cambiaría de repente y para siempre, así, al llevar al extremo su racionalismo, creyendo que con su programa cambiaría el sistema mundial, reforzó su idealismo y voluntarismo connaturales a su personalidad. Para Carr, la fuente de dicho celo racionalista hay que buscarlo en la escuela que el liberalismo inglés del siglo XIX supuso para Wilson, la adaptación de la fe racionalista al campo político le indujo a pensar que aplicando principios racionales apriorísticos se cambiaría la esencia de las relaciones internacionales, descartando completamente los conflictos de poder que en la realidad la integraban<sup>1579</sup>, además, se puede ver en la constante apelación de W. Wilson a la opinión pública como una muestra más de dicho liberalismo, el cual sostenía que aquella siempre prevalecería a largo plazo pues solía tener razón<sup>1580</sup>. Con ello, Wilson, aun viendo fracasado su programa en su propio Congreso, afectó al resto del periodo de entreguerras, pues como veremos a continuación, a pesar de rechazar su plan basado en la Sociedad de Naciones, los Republicanos no fueron capaces de escapar del influjo racionalista con sus expectativas de sustituir aquella con iniciativas de desarme, arbitraje y prohibición de la guerra.

A pesar de todo, de la falta de atención a los requerimientos ajenos y a su innovador idealismo, Wilson era consciente de que lo que realmente estaba en juego era la seguridad mundial, no sólo la de Estados Unidos o cualquier otra nación en particular, y atento siempre a la evolución técnica y a sus consecuencias, dejó a título de mal agüero la siguiente advertencia “no dudo en decir que la guerra en la que acabamos de estar, aunque estuvo repleta de terror de toda clase, no será comparable con la guerra que tendremos que luchar la próxima vez”<sup>1581</sup>, tristemente para todos, sus palabras no pudieron ser más acertadas.

---

<sup>1579</sup> CARR, op.cit., p. 27.

<sup>1580</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>1581</sup> NINKOVICH, Frank, op.cit., p. 75.



## 7. EL RETORNO REPUBLICANO. LA DIPLOMACIA DEL DÓLAR

La derrota de Wilson frente al Senado con el subsiguiente rechazo a la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, abrió un periodo de claro dominio Republicano en la vida política estadounidense. Pero la vuelta de los Republicanos al poder no supuso un reavivamiento de las políticas rooseveltianas, sino que como la Administración Taft ya augurara, representó más bien un regreso a las políticas de fin de siglo, giro que se puede interpretar como un rechazo inicial a las responsabilidades que como potencia mundial había asumido Estados Unidos tras su victoria sobre España en 1898. Tanto Harding como Coolidge y Hoover siguieron con fidelidad los principios de la Gran Regla de no enredar al país en alianzas permanentes, ni muchos menos aun hacerle participar en escenarios de seguridad colectiva, buscando más bien las soluciones a través del sector privado, en una promoción de los intereses nacionales sin compromiso<sup>1582</sup>. Sin duda que el sentir popular influyó en gran medida en todos ellos, pues tras los duros términos de la paz sobre Alemania y el reparto de sus despojos coloniales y demás esferas de influencia, la opinión pública estadounidense veía a los aliados tan culpables como el Kaiser, desmereciendo todos por igual la confianza norteamericana<sup>1583</sup>, lo que a la postre convertía de nuevo al unilateralismo aislacionista en la opción más sensata para la consecución de los intereses nacionales. Como síntoma del renovado ostracismo estadounidense, salvo en el sector económico, cabe señalar la aprobación de las primeras leyes que limitaban la inmigración a gran escala, si en 1885 la regulación migratoria había sido dirigida contra China, ahora todos los países se veían afectados, lo que perjudicó las relaciones bilaterales durante todo el periodo Republicano<sup>1584</sup>, más aun con una Europa endeudada por la guerra y que se le negaba la tradicional válvula de escape migratoria.

De 1921 a 1933, año en que Franklin Delano Roosevelt devolverá la presidencia a los Demócratas, son tres los Presidentes Republicanos que pasaron por la Casa Blanca, sin que ninguno dejase una impronta semejante a sus predecesores, y es que tras los acontecimientos extraordinarios de 1898 que habían reportado a Estados Unidos un Imperio y los traumáticos de la I Guerra Mundial, con todo su sufrimiento, la voluntad general estaba más por volver a la tranquilidad de los asuntos nacionales que por nadar entre las turbulentas aguas de los asuntos internacionales de entreguerras. Conviene no olvidar, que a diferencia de los europeos, la guerra le había costado a Francia el 30 por ciento de su riqueza nacional, a Italia el 26 por ciento y a Alemania el 22 por ciento, país cuyas reparaciones de guerra, fijadas en 1921 en 30.000 millones de dólares, eran el triple de su renta nacional de 1914<sup>1585</sup>, por el contrario, Estados Unidos no vivió en su suelo combate alguno, ninguna de sus ciudades fue destruida, de modo que su sentido de invulnerabilidad permaneció intacto tras la I Guerra Mundial, lo que sumado al repudio de las estrategias y motivaciones de aliados y enemigos por igual, le hizo totalmente impermeable ante los problemas que surgían en Europa y Asia, con ello, se creía, Estados Unidos podría

<sup>1582</sup> JOHNSON, op.cit., p. 436.

<sup>1583</sup> SCHULZINGER, op.cit., p. 132.

<sup>1584</sup> *Ibíd.*, p. 133.

<sup>1585</sup> *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, 8, ABELLA, Rafael "los años veinte: entre la guerra y la crisis", p. 14.



ocuparse mejor de sus propios asuntos, y dejar que el resto hiciese lo mismo, pero mientras europeos y asiáticos se veían condenados a convivir con las crecientes tensiones que amenazaban con romper el frágil equilibrio de posguerra, Estados Unidos se preparaba para vivir su particular década feliz.

En ella, el país vivió diez años de contradicciones, a la prosperidad económica y a los cambios sociales vividos tras la guerra, en especial la liberación de la mujer de sus roles tradicionales, le acompañó un conservadurismo político<sup>1586</sup> que tenía en la prohibición del alcohol y el dominio Republicano sus muestras más características. La ley seca fracasó al fomentar los cambios que precisamente quería evitar, sobre todo en lo relativo a la liberación de la mujer, extendiéndose el consumo público, aunque a escondidas por ilegal, del alcohol a todas las clases sociales, e incluso la prohibición tuvo sus consecuencias políticas, al costarle al candidato Demócrata de origen irlandés y católico Al Smith, parte importante de la derrota ante Hoover en 1928 por su postura antiprohibicionista, aquel ya había sufrido el embate de las fuerzas conservadoras del país, pues en 1924 la acción coordinada de los miembros Demócratas del Ku Klux Klan hizo que perdiera las primarias de su Partido, al representar Smith cuanto el conservadurismo odiaba. El Klan contaba con más de 100.000 miembros a finales de la década, siendo una muestra más de ese fundamentalismo protestante que había llevado a tres estados a prohibir la enseñanza de las teorías de Charles Darwin sobre la evolución por ser contrarias a las escrituras bíblicas<sup>1587</sup>.

Por tanto, se puede ver en la década de 1920 una etapa bisagra entre dos eras, la dominada económicamente por Gran Bretaña y la City de Londres como eje financiero mundial fruto de la Revolución Industrial, y el tránsito a la economía moderna, con Estados Unidos como motor mundial y Wall Street de Nueva York como nuevo centro financiero mundial<sup>1588</sup>. En medio de dicho proceso se encontraba la quiebra del patrón oro provocada por la guerra y que no se pudo restablecer hasta mediada la década, debido sobre todo a los desiguales índices de inflación y de expansión monetaria de los distintos países, como ejemplo más sangrante el alemán, si en 1920 el marco oro valía 17 marcos papel, en junio de 1923 valía 43.000 y en agosto de ese mismo año 1 millón, parecidas circunstancias se vivieron en Austria, Polonia, Hungría, Rusia...hasta entonces, el patrón oro había servido como sustento a la hegemonía de la libra como moneda de cambio internacionalmente aceptada, tras la guerra, sería el dólar, única moneda capaz de resistir al conflicto, la que ocuparía el privilegio de ser la moneda de reserva de valor mundial, pues Londres había suspendido la convertibilidad de su moneda en oro y la exportación de éste, y sólo pudo regresar al viejo patrón en 1925, y eso al coste de una onerosa deflación, con la intención de recuperar para la City londinense la preeminencia perdida.

Lo cierto es que el modelo de sociedad encarnado por Estados Unidos estaba mucho más adaptado a la nueva fase capitalista que se abría tras el final de la guerra. Con una sociedad joven, abierta y ávida de nuevas empresas, la economía norteamericana podría explotar mucho más intensamente los avances técnicos que las

---

<sup>1586</sup> *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, 8, COOPER, John "Los felices veinte en Estados Unidos", p. 45.

<sup>1587</sup> *Ibíd.*, p. 53-56.

<sup>1588</sup> Sobre los datos económicos de la década consultar *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, 8, PALAU, Senen F. "El fin del patrón oro", p. 61-70.



cansadas y derruidas economías europeas. Cosa bien distinta era que sus autoridades quisieran portar el báculo de la preeminencia mundial, la resistencia a hacerlo, como se verá, privaría a Estados Unidos de una oportunidad única para influir decisivamente en los acontecimientos mundiales de entreguerras.

### 7.a. El retorno a la normalidad: W. Harding

El primero de los Presidentes Republicanos no podía estar más en sintonía con el deseo popular de librarse del fardo inherente a las potencias mundiales, y Warren Gamaliel Harding (1921-1923) le ofreció al pueblo americano la promesa de volver a la normalidad. Nacido en Ohio el 2 de diciembre de 1865<sup>1589</sup>, se convertiría en el primer Presidente estadounidense nacido tras la Guerra Civil, dueño de un periódico local, muy pronto se proclamó Republicano y defensor de los hombres de negocios frente a las críticas progresivistas; tras un breve intento de entrar en la vida política estatal, apoyó a Taft en su enfrentamiento con T. Roosevelt durante la campaña de 1913, un año más tarde entró en el Senado donde no se destacaría frente a belicosidad de la vieja guardia Republicana representada por Lodge o Root, si bien siempre se abstuvo de apoyar las medidas presentadas por W. Wilson. La falta de un candidato claro, además de su carácter accesible y maleable, le valieron la nominación Republicana para la campaña de 1920, donde derrotaría con facilidad al Demócrata James Cox por siete millones de votos populares, y 404 votos electorales por 127 del Demócrata, consiguiendo ambas Cámaras para los Republicanos. Durante la campaña se había mostrado totalmente opuesto a la figura de W. Wilson, contra el globalismo wilsoniano y su repudio del Senado y el gran capital. Harding era un político afable que tenía a su país como prioridad y añoraba los viejos tiempos en que el Gobierno no molestaba al mundo de los negocios, lo que facilitó su llegada a la Casa Blanca, pues coincidía con el sentir popular de una nación cansada de grandes empresas exteriores, además de mantener buenas relaciones con ambas Cámaras.

En la campaña de 1920 el Partido Republicano mostraba de manera patente su rechazo al legado wilsoniano al afirmar su “inflexible devoción a la Constitución de Estados Unidos”<sup>1590</sup> y que “resistirá todo intento por erradicar los fundamentos del gobierno o por debilitar la fuerza de sus principios e ideas que le animan, ya sean hechos esos intentos en la forma de política internacional o agitación doméstica”<sup>1591</sup>, así, su principio rector en sus relaciones exteriores se podría resumir en que

favorecemos una política exterior liberal y generosa fundada sobre los definidos principios morales y políticos, caracterizados por un claro entendimiento de y una firme adherencia a nuestros propios derechos, y un constante respeto a los derechos de los demás [...] debemos dejar a nuestro país libre para desarrollar su civilización según las líneas más seguras para la felicidad y el bienestar de su

<sup>1589</sup> Para los datos biográficos he consultado GRAUBARD, op.cit., p. 202-213 y [www.whitehouse.gov/hostory/presidents/wh29.html](http://www.whitehouse.gov/hostory/presidents/wh29.html).

<sup>1590</sup> Plataforma Política Republicana del 8 de junio de 1920, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29635&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29635&st=&st1=)

<sup>1591</sup> *Ibíd.*



pueblo, y para ofrecer su influencia del lado de la justicia y el derecho si la ocasión lo requiere<sup>1592</sup>

De ahí que rechazaran la petición de Wilson para aceptar un mandato sobre Armenia, pues ello “metería a Estados Unidos en el mismo remolino de las disputas europeas”<sup>1593</sup>, lo que traslucía “el desprecio del Presidente Wilson por las vidas de los chicos americanos o de los intereses americanos”<sup>1594</sup>. Lo mismo sucedía con la Sociedad de Naciones, pues aunque el Partido Republicano reconocía que las naciones debían llegar a un acuerdo para “preservar la paz mundial”<sup>1595</sup> basado en la justicia internacional, al mismo tiempo

creemos que todo esto puede ser hecho sin comprometer la independencia nacional, sin privar de antemano al pueblo de Estados Unidos del derecho a determinar por sí mismos lo que es justo... y sin envolverles como participantes y no como creadores de paz en multitud de peleas<sup>1596</sup>

Para los Republicanos la Sociedad era contraria a la tradición política estadounidense, y por tanto la rechazaban completamente ya que

el convenio repudia, en un grado totalmente innecesario e injustificable, las políticas honradas en el tiempo a favor de la paz declaradas por Washington, Jefferson y Monroe, y seguidas por toda Administración americana por más de un siglo, e ignoró el sentimiento universal americano por generaciones pasadas a favor de la ley internacional y el arbitraje, apoyando la esperanza del futuro en la mera oportunidad y negociación<sup>1597</sup>

En su discurso de aceptación a la candidatura Republicana, W. Harding fue más allá en las críticas a W. Wilson al acusarle de subvertir el modelo político estadounidense, pues según Harding “creo en el gobierno de partido distinguido del gobierno personal, individual, dictatorial, autocrático o lo que sea”<sup>1598</sup>, pero durante la I Guerra Mundial para el líder Republicano “en el nombre de la democracia establecimos la autocracia”<sup>1599</sup>. Y siguiendo el programa de su Partido, criticaba a la Sociedad de Naciones y explicaba la posición Republicana declarando que “no estábamos buscando la derrota de una aspiración mundial, estábamos resueltos a salvaguardar América. Estábamos resueltos entonces, como lo estamos hoy, y estaremos mañana, a preservar ésta república libre e independiente”<sup>1600</sup>, lo que no implicaba mantenerse alejado del mundo, como su apoyo a las iniciativas de desarme atestiguaba, donde la influencia y apoyo estadounidense serían de gran valor, pues “debemos ofrecer el liderazgo americano a éste logro invaluable”<sup>1601</sup>. Las iniciativas internacionales como las de desarme eran el único tipo de compromiso al que los Republicanos podían llegar a nivel internacional, pues al contrario de la Sociedad,

---

<sup>1592</sup> *Ibíd.*

<sup>1593</sup> *Ibíd.*

<sup>1594</sup> *Ibíd.*

<sup>1595</sup> *Ibíd.*

<sup>1596</sup> *Ibíd.*

<sup>1597</sup> *Ibíd.*

<sup>1598</sup> HARDING, Warren, discurso de aceptación de la nominación presidencial Republicana del 12 de junio de 1920, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=76198&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=76198&st=&st1=)

<sup>1599</sup> *Ibíd.*

<sup>1600</sup> *Ibíd.*

<sup>1601</sup> *Ibíd.*



estos servían para “lograr y preservar la paz a través de la justicia más que de la fuerza”<sup>1602</sup>, ya que sin duda

es mejor ser el agente libre y desinteresado de la justicia internacional y del avance de la civilización, con el pacto de la conciencia, que ser engrilletado por un pacto escrito que rinda nuestra libertad de acción y conceda a una alianza militar el derecho a proclamar las tareas americanas en el mundo [...] queremos ayudar, tenemos la voluntad de ayudar, pero nos aferramos a nuestra propia interpretación de la conciencia americana como la verdadera alma de nuestra nacionalidad [...] desde nuestro punto de vista el programa es específicamente americano para todo el mundo, y tenemos la intención de ser primero americanos<sup>1603</sup>

El mejor favor que Estados Unidos podía hacer a la paz mundial era a través de su ejemplo, no poniendo en riesgo su independencia y con ello su modelo republicano, pues “somos hoy la fuerza de reserva mundial en la gran contienda por la libertad a través de la seguridad [...] el nuestro es el templo de la libertad bajo la ley”<sup>1604</sup> y por ello “América no sólo debe salvarse así misma, sino que la nuestra es la voz suplicante para desembriagar al mundo”<sup>1605</sup>, no en vano “es bueno creer que el destino quizá reservó a ésta nueva república mundial el ser el ejemplo supremo de democracia representativa y libertad ordenada por el que la humanidad se inspira para un logro mayor.”<sup>1606</sup>

Cuando llegó a la presidencia Harding no contaba ni con un programa político claro, y menos aun de reforma social, ni con una visión en política exterior acorde con el papel de Estados Unidos en el concierto internacional. Pero Harding sí que reunió un gran equipo a su alrededor, sustituyendo la ideologización y politización excesiva del anterior Gobierno por una Administración más racional y tecnócrata, con sólo dos políticos profesionales en su gabinete, que logró reducir el gasto gubernamental en un 40 por ciento<sup>1607</sup>, con Andrew Mellon, tercera fortuna del país, como Secretario del Tesoro, Herbert Hoover como Secretario de Comercio y Charles Evan Hughes al frente del de Estado. Entre Hoover y Hughes se diseñó la estrategia estadounidense<sup>1608</sup> de sustituir el wilsonismo por la globalización de la política de Puertas Abiertas, es decir, una mundialización de la diplomacia de dólar, en plena explosión del sector automovilístico, con la consiguiente demanda de caucho y petróleo, y que obligaría a Estados Unidos a penetrar por primera vez en Oriente Medio. Lo principal era colocar a Estados Unidos en la carrera global por los recursos naturales manteniendo el mayor margen de acción, y así sustituir a Gran Bretaña como líder comercial mundial, en un momento en que Estados Unidos ya había igualado su flota y la incipiente industria automovilística absorbía cada vez más recursos, obligando a Estados Unidos a comenzar su participación en los asuntos de Oriente Medio<sup>1609</sup>. Para los políticos estadounidenses la política económica jugaba en

---

<sup>1602</sup> *Ibíd.*

<sup>1603</sup> *Ibíd.*

<sup>1604</sup> *Ibíd.*

<sup>1605</sup> *Ibíd.*

<sup>1606</sup> *Ibíd.*

<sup>1607</sup> NINKOVICH, *ob.cit.*, p. 78 y JOHNSON, *ob.cit.*, p. 708.

<sup>1608</sup> SCHULZINGER, *op.cit.*, p. 125.

<sup>1609</sup> *Ibíd.*, p. 129.



la década de 1920 el mismo papel que el imperialismo durante el siglo XIX<sup>1610</sup>, de ahí que se redujese notablemente el intervencionismo en los asuntos internos de otros países y se suplantase por la influencia del capital estadounidense. Para Hoover lo que el Gobierno debía hacer era aplicar una política comercial liberal y expansionista con el fin de convertir a Estados Unidos en el líder exportador mundial, además de aumentar la inversión directa bajo el manto protector del Gobierno en Europa y en el resto de continentes en todos los sectores productores, así, la extensión de la política de Puertas Abiertas serviría tanto a los intereses nacionales económicos como políticos, pues de aplicarse podría convertirse en un medio idóneo para la estabilidad en Europa y Asia<sup>1611</sup>. A nivel interno ello supuso el punto y final al progresivismo de principios de siglo, pues centrándose en el sector exportador, las Administraciones Republicanas de la década de 1920 aplicaron una política económica consistente en reducir impuestos y subir aranceles a la importación para beneficio de las grandes empresas, favorecidas a su vez por las sentencias del Tribunal Supremo que acababan con la legislación antimonopolios (sentencias de los casos Estados Unidos contra *General Electric* en 1926 o Estados Unidos contra *Internal Harvester Co.* de 1928)<sup>1612</sup>.

En su discurso inaugural W. Harding quiso dejar a las claras al pueblo estadounidense el gran cambio que su presidencia representaba respecto a la anterior Administración, expresando en primer lugar “mi creencia en la inspiración divina de los padres fundadores”<sup>1613</sup>, y ya que

nuestro Gobierno representativo es la máxima expresión y la más segura garantía de la libertad y la civilización [...] el progreso atestiguado de nuestra República, material y espiritualmente, prueba en sí mismo la sabiduría de la política heredada de no participación en los asuntos del viejo mundo. No pretendemos estar embrollados. No aceptaremos ninguna responsabilidad salvo las que nuestra propia consciencia y juicio, en cada caso, puedan determinar<sup>1614</sup>

Es decir, al Administración Harding repudiaba cualquier intento por hacer de Estados Unidos parte activa de la Sociedad de Naciones diseñada por su predecesor, y aunque “reconocemos el nuevo orden en el mundo, con los contactos más próximos que el progreso ha traído”<sup>1615</sup> y que “aspiramos a la amistad y no albergamos odio alguno”<sup>1616</sup>, a pesar de ello

América, nuestra América, la América construida sobre el cimiento dado por los inspirados padres, no será parte de ninguna alianza militar permanente. No puede entrar en ningún compromiso político, ni asumir ninguna obligación económica que sujete nuestras decisiones a ninguna otra autoridad que la nuestra propia<sup>1617</sup>

---

<sup>1610</sup> *Ibíd.*, p. 130.

<sup>1611</sup> JOHNSON, *op.cit.*, p. 450.

<sup>1612</sup> COOPER, *op.cit.*, p. 45.

<sup>1613</sup> HARDING, Warren G., discurso inaugural del 4 de marzo de 1921, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25833&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25833&st=&st1=)

<sup>1614</sup> *Ibíd.*

<sup>1615</sup> *Ibíd.*

<sup>1616</sup> *Ibíd.*

<sup>1617</sup> *Ibíd.*



El que Estados Unidos no participase en la Sociedad de Naciones no implicaba que dejase de colaborar con el resto de naciones, pues seguiría haciéndolo en planes de mediación, conciliación y arbitraje que tradujesen “el nuevo concepto de la humanidad de rectitud y justicia y su odio por la guerra en acción recomendada”<sup>1618</sup>, eso sí, “pero todo nuevo compromiso debe ser hecho en el ejercicio de nuestra soberanía nacional”<sup>1619</sup>, pues “un supergobierno mundial es contrario a todo cuanto amamos y no puede tener la aprobación de nuestra República”<sup>1620</sup>, ya para Harding “esto no es egoísmo, es santidad. No es distanciamiento, es seguridad. No es sospechar del otro, es adhesión patriótica a las cosas que nos han hecho lo que somos”<sup>1621</sup>. Su victoria ante el Partido Demócrata le daba la confianza necesaria como para legitimar así el rechazo del internacionalismo y la vuelta a los principios de los padres fundadores, pues

en un deliberado cuestionamiento del sugerido cambio de política nacional, donde internacionalismo superaría a la nacionalidad, recurrimos a un referéndum al pueblo americano, hubo amplia discusión, y hay un mandato público de manifiesto entendimiento<sup>1622</sup>

Y a pesar de repudiar, eso sí, sin nombrarla siquiera, la entrada en la Sociedad de Naciones, una vez más reiteraba el deseo nacional por lograr un mundo en paz y seguro, donde Estados Unidos ejerciera su liderazgo como “el templo imperturbable de la democracia representativa, para ser no sólo una inspiración y un ejemplo, sino la mayor agencia de refuerzo de la buena voluntad y de promoción del acuerdo en ambos continentes”<sup>1623</sup>, recurriendo para ello al clásico impulso estadounidense del acuerdo internacional, como si el mundo de posguerra pudiera ser estabilizado con el mero recurso al diálogo. Con ello Harding no era menos idealista que Wilson, si éste pretendió cambiar por entero las relaciones internacionales, el otro intentó basarlas por entero en la suposición de un interés compartido por mantener la paz a través de mejorar las relaciones entre las naciones, y si aquel colocó los valores y principios estadounidenses como la base del nuevo orden, éste de nuevo pretendió que Estados Unidos sirviese como ejemplo de “capacidad para emerger del naufragio de la guerra”<sup>1624</sup>, ya que “cuando los Gobiernos de la tierra hayan establecido una libertad como la nuestra y hayan sancionado la búsqueda de la paz como nosotros la hemos practicado, creo que la última sombra y el sacrificio final de la guerra internacional se habrán escrito”<sup>1625</sup>. Por tanto, se puede decir que a la mística internacionalista de Wilson, Harding opuso la no menos mística del nacionalismo americano, pues como pronto se demostraría, ninguna sirvió para cambiar el curso de los acontecimientos internacionales, tan sólo, y ello sólo por un tiempo, para acallar las conciencias nacionales alimentándolas con sus respectivas raciones de autoproclamada superioridad democrática.

En efecto, Harding combatió al voluntarioso idealismo wilsoniano con la cómoda ingenuidad estadounidense del clásico unilateralismo aislacionista, donde

---

<sup>1618</sup> *Ibíd.*

<sup>1619</sup> *Ibíd.*

<sup>1620</sup> *Ibíd.*

<sup>1621</sup> *Ibíd.*

<sup>1622</sup> *Ibíd.*

<sup>1623</sup> *Ibíd.*

<sup>1624</sup> *Ibíd.*

<sup>1625</sup> *Ibíd.*



“nuestra tarea suprema es la recuperación de nuestro camino normal hacia delante”<sup>1626</sup>, y no el permitir que Estados Unidos se convirtiera en una nación militarista, pues, lanzando una acusación que con los años se convertiría en el estribillo de la crítica de los sectores aislacionistas contra la intervención en la I Guerra Mundial, Harding señalaba que

hay algo inherentemente equivocado, algo contrario a los ideales de la democracia representativa, cuando una porción de nuestra ciudadanía enfoca sus actividades a la ganancia privada en medio de la guerra defensiva mientras otra está luchando, sacrificándose o muriendo para la preservación nacional<sup>1627</sup>

De hecho, para Harding la guerra nunca había dejado tal resultado, con un mundo aún recuperándose de sus consecuencias, con sus pérdidas de vidas y materiales, además del lastre económico de las deudas, y que Estados Unidos necesitaba ver restauradas ya que “ninguna civilización sobrevive al rechazo (de las deudas)”<sup>1628</sup>, pues las revueltas sociales acechaban detrás de toda crisis económica, y Harding tenía claro que “si la revolución insiste en trastocar el orden establecido, dejemos a otros pueblos hacer el trágico experimento, no hay lugar para él en América”<sup>1629</sup>, pues “el bienestar común es el objetivo de nuestro esfuerzo nacional”<sup>1630</sup>, y nada mejor para lograrlo que resolver los posibles conflictos y las diferencias sociales derivados de la industrialización, al mismo tiempo que se promociona la exportación de bienes estadounidenses liberalizando el comercio internacional. El legado de Harding se puede resumir en que “debemos luchar por la normalidad para alcanzar la estabilidad”<sup>1631</sup>.

Como si los años de Wilson en la Casa Blanca hubiesen sido borrados de la historia, Harding trató de devolver a Estados Unidos a 1912, continuando con el programa Republicano clásico, en la vía más de Taft que de T. Roosevelt, basado en el crecimiento económico nacional que a su vez reclamaba una mayor apertura del comercio mundial, y que en política internacional rechazaba cualquier tipo de compromiso estadounidense con otras naciones, concentrándose sobre todo en su propio progreso, pues como dice Fromkin “la suposición aislacionista era que si Estados Unidos permanecía fuera de los asuntos, sería dejado de lado”<sup>1632</sup>, es decir, Harding renunciaba a que Estados Unidos jugase el papel de salvador mundial que Wilson había diseñado, a partir de entonces cada uno tendría que buscar su salvación por sí mismo, y eso es precisamente lo que pasaría, pero las consecuencias de tal política no se percibieron hasta la década siguiente, cuando ya era demasiado tarde para reequilibrar la balanza tras años de desorden.

Pero ni el mundo ni Estados Unidos eran los de 1912, entre medias una guerra mundial había acabado con el orden del siglo XIX y se encontraba a la espera de uno nuevo, zarandeado en plena deriva por crisis, extremismos y el fantasma de una nueva guerra siempre presente. En Estados Unidos la guerra trajo muchos cambios, pero quizá el más llamativo fuese la incorporación femenina tanto al mundo político

---

<sup>1626</sup> *Ibíd.*

<sup>1627</sup> *Ibíd.*

<sup>1628</sup> *Ibíd.*

<sup>1629</sup> *Ibíd.*

<sup>1630</sup> *Ibíd.*

<sup>1631</sup> *Ibíd.*

<sup>1632</sup> FROMKIN, *op.cit.*, p. 460.



como al laboral, fenómeno al que el propio Harding dedicaría unas palabras en su discurso inaugural, de hecho, si en 1880 sólo había 2,6 millones de mujeres trabajando, en 1910 ya eran 7,8 millones y en 1930 10,5 millones, a lo que se sumó su integración en el proceso democrático, si en 1917 ya 15 estados habían aprobado el sufragio femenino, éste se convirtió en junio de 1919 en una realidad nacional gracias a la decimonovena enmienda, ratificada en agosto de 1920<sup>1633</sup>. Los cambios sociales no se detuvieron ahí, al igual que sucediera con las mujeres, la población negra se incorporó al trabajo industrial del Norte también favorecidos por la caída de la emigración europea, residiendo predominantemente en medios rurales (en 1889 sólo el 12,9 por ciento de la población negra vivía en ciudades), situación que no cambiaría hasta la década de 1950, y si bien existía una sentencia del Tribunal Supremo que impedía negar el derecho al voto por discriminación racial, sí que se permitía a los estados poderes discrecionales para hacerlo por otras razones, circunstancia que también perviviría hasta bien entrado el siglo XX<sup>1634</sup>.

Es curioso que fuese un dramaturgo judío, Israel Zangwill, quien acuñase en una de sus obras la expresión *melting pot* para describir el crisol de culturas que convivían en Estados Unidos, pero casi automáticamente nació también el término *WASP* para englobar a los anglosajones blancos y protestantes como supuesto germen sociocultural de la nación<sup>1635</sup>, traduciendo con ello cierto cansancio por la llegada constante de foráneos, hartazgo que se plasmó en la Ley de cuota de emergencia de 1921 que reducía a 357.000 por año el número de europeos admitidos en Estados Unidos, medida que sería reforzada en 1924 por la Ley Johnson-Reed y que rebajaba la cifra a 150.000, y que el Presidente Coolidge describiría como “una protección para los asalariados de éste país”<sup>1636</sup>, así, si en le década de 1920 la emigración europea ascendió a 2,5 millones, de un total de 4,1 millones, para los años treinta los números habían bajado a menos de 400.000 y poco más de medio millón respectivamente<sup>1637</sup>.

El conservadurismo predominante durante los inicios de la década de 1920 no fue resultado de la victoria Republicana, sino más bien viceversa, dicha victoria venía a confirmar el giro conservador del pueblo estadounidense, como la aprobación de la Ley Volstead de prohibición de fabricación, transporte y venta de bebidas alcohólicas de 1919 venía a demostrar, reflejo del celo religioso, legalista y antiliberal de los Estados Unidos de posguerra, y que lejos de confirmar la creencia de que las leyes podían cambiar al hombre, supusieron el crecimiento de las mafias, el crimen organizado y del mercado negro, con Al Capone como epítome de la nueva realidad creada por la prohibición, que generó una ingente cantidad de capital ilícito empleado para otros fines criminales como la prostitución, el tráfico de estupefacientes, etc., confirmando una vez más las malas consecuencias a largo plazo de la ingeniería social<sup>1638</sup>.

---

<sup>1633</sup> JOHNSON, op.cit., p. 656.

<sup>1634</sup> *Ibíd.*, p. 661.

<sup>1635</sup> *White AngloSaxon Protestant, WASP.*

<sup>1636</sup> COOLIDGE, Calvin, tercer discurso anual del 8 de diciembre de 1925, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29566&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29566&st=&st1=).

<sup>1637</sup> JOHNSON, op. cit., p. 666.

<sup>1638</sup> *Ibíd.*, p. 682.



De todos modos, a mediados de 1920, con el tres por ciento de la población mundial, Estados Unidos contaba con el 46 por ciento de la producción industrial, el 70 por ciento del petróleo y el 40 por ciento del carbón mundiales, y su marina mercante pasaba de un millón de toneladas en 1913 a los siete millones de 1922, mientras los jóvenes soldados que habían combatido en la guerra se volcaban ahora al trepidante mundo de los negocios, como muestra de ello, además de la bolsa de valores, se puede señalar el boom de la industria cinematográfica, que, creada en 1913, por judíos asquenazíes y protestantes en su mayor parte, en 1915 Hollywood ya obtenía 20 millones de dólares de beneficio, ganancias que con la llegada del cine sonoro en 1927 no harían más que crecer<sup>1639</sup>, convirtiendo con el tiempo a la industria cinematográfica no sólo en una fuente de ingresos económicos, sino en un inagotable instrumento de influencia cultural para Estados Unidos.

En cuanto a su política exterior Harding, a pesar de su declarado rechazo al legado wilsoniano, sí que hizo partícipe a Estados Unidos en negociaciones internacionales de desarme, estrategia que casaba a la perfección con la tradición política estadounidense. Quizá el mayor logro de la Administración Harding fuese el acuerdo sobre desarme y la situación en China alcanzado en 1921 en Washington, obra del secretario de Estado Hughes, que si bien llegó al Gobierno sin un gran esquema ni objetivos ambiciosos, fue siempre consciente del destino de Wilson<sup>1640</sup>, lo que sin duda le hizo comprender mejor los límites de la política durante el periodo de posguerra. En la conferencia se firmaron tres pactos distintos ante la creciente militarización en el extremo oriente<sup>1641</sup>, por el primero de ellos se fijaba la proporción de 5, 5, 3, 1'67 y 1'67 del poder naval entre las cinco potencias marítimas de Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Francia e Italia; por el segundo Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia se comprometían a respetar sus respectivas propiedades asiáticas y con el tercero, se instaba a las nueve potencias reunidas a garantizar la integridad territorial china. También el Tratado de las cuatro Potencias, de diciembre de ese mismo año, entre Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Japón iba en el mismo sentido de reducir las tensiones internacionales, y aunque no contenía mención alguna de acudir en defensa de ninguno de los firmantes, sí que estipulaba la conveniencia del arreglo pacífico de las controversias<sup>1642</sup>.

De todos los acuerdos, lo más satisfactorio para Estados Unidos fue que Gran Bretaña admitió por primera vez la paridad naval, un hecho en si innegable ya en la realidad, y que le convertía en potencia naval en el Pacífico junto a Japón, además, con el pacto se evitaba que éste tratara de igualar el poder naval estadounidense. Estos acuerdos, los primeros en llevar a buen término los esfuerzos en limitación de armamentos, no infligieron mella alguna en el deseo nacional por permanecer fuera de la Sociedad de Naciones, persistiendo como tabú para la clase política estadounidense cualquier mención o intento a la entrada en la misma<sup>1643</sup>.

En cualquier caso, ni Harding estaba interesado en convertir la política exterior en la prioridad de su Administración ni compartía con T. Roosevelt o Wilson las aspiraciones de gran potencia, tan sólo pensaba que “lo que América necesita no

<sup>1639</sup> FROMKIN, op. cit., p. 379, JOHNSON, op. cit., p. 692 y ABELLA, op. cit., p. 17.

<sup>1640</sup> JOHNSON, op. cit., p. 442.

<sup>1641</sup> NINKOVICH, op.cit., p. 85 y SCHULZINGER, op.cit., p. 135.

<sup>1642</sup> KISSINGER, op. cit., p. 540.

<sup>1643</sup> JOHNSON, op. cit., p. 456.



son heroicidades sino cura, no ideas descabelladas sino normalidad, no revolución sino restauración...no cirugía sino serenidad”<sup>1644</sup>, y a modo de prueba de todo ello, las circunstancias quisieron que fuera bajo su presidencia, en enero de 1923, cuando retornasen las últimas tropas estadounidenses destinadas en Europa, tras la ocupación francesa del Ruhr<sup>1645</sup>, claro símbolo de que Estados Unidos dejaba en manos europeas su propio destino, renunciando a jugar papel político alguno en el viejo continente.

Por lo que respecta a Latinoamérica, ya no se trataba de mantenerse en pie de igualdad con el resto de potencias, sino de proteger la preeminencia estadounidense, para ello las distintas Administraciones Republicanas se valieron de cuatro tácticas, a saber, la inversión directa, el control del canal de Panamá, la Doctrina Monroe (eso sí, rechazando el Corolario Roosevelt) y la ocasional intervención militar<sup>1646</sup>, con especial énfasis en la primera, si bien ésta última también seguía vigente, como la continuación de la ocupación de Haití, comenzada en 1915, atestiguaba. Con el fin de la I Guerra Mundial el nacionalismo sustituyó a la intervención europea en el continente como la primera preocupación para Washington, de ahí que Harding más que la Promoción de la Democracia lo que buscarse fuese el desarrollo socioeconómico de la mano de la diplomacia del dólar, si bien con escasos resultados, situación que tampoco espoleó el intervencionismo Republicano, así, no se intervino en Cuba pese al reiterado fraude electoral, en Honduras sí que se envió un pequeño contingente de marines en 1924 tras el conflicto civil sufrido a causa de unas elecciones fraudulentas, aquí si que Harding no reconoció al nuevo Gobierno hasta no celebrarse unos comicios limpios, , y en la República Dominicana sí que se intervino en 1924 para que se celebrasen elecciones y así poder retirar las tropas allí estacionadas, a pesar de que la corrupción y el autoritarismo campaban a sus anchas bajo el creciente poder de la Guardia Nacional, caso similar al nicaragüense, donde tras las elecciones fraudulentas de 1924 los marines dejaron el país al año siguiente tras considerar al Gobierno como legítimo<sup>1647</sup>.

Cuando el Presidente murió el 2 de agosto de 1923 por una apoplejía coronaria masiva, debida a un aumento de sus actividades para acallar las crecientes críticas por los supuestos casos de corrupción dentro de su Administración<sup>1648</sup>, y que le costaron su puesto a tres miembros de su gabinete (Secretarios de Interior y Marina, con escándalos relativos a ventas fraudulentas de tierras del Departamento, además de Fiscal General), con ello había restaurado sin pretenderlo a Estados Unidos en su ostracismo y corrupción de finales de siglo XIX, pues justo tras su muerte se dieron a conocer su vida privada más que libertina y numerosos casos de corrupción que sumados a la merma de actividad exterior dieron la sensación de hacer retroceder a Estados Unidos a los años de Grover Cleveland.

---

<sup>1644</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 207.

<sup>1645</sup> KISSINGER, op.cit., p.537.

<sup>1646</sup> SCHULZINGER, op.cit., p. 139.

<sup>1647</sup> LOWENTHAL, op.cit., p. 22-27.

<sup>1648</sup> JOHNSON, op.cit., p. 712.



### 7.b. Los felices años 20: C. Coolidge

Calvin Coolidge<sup>1649</sup> (1923-1929) llegó a la presidencia con la intención de devolverle la dignidad perdida a causa de los escándalos revelados tras la temprana muerte de su antecesor. Nacido el 4 de julio de 1872, hijo de un notario de Vermont, único estado sin costa de Nueva Inglaterra y representante del conservadurismo rural, el propio Coolidge fue granjero, había sido también el primer estado en abolir la esclavitud y aprobar el sufragio universal masculino. De fe puritana, carecía del carisma de Theodore Roosevelt y nunca formó parte del círculo más cercano a Harding, incluso se encontraba en su granja cuando el Presidente murió, si bien al sucederle mantuvo su equipo de Gobierno. Calvin había ascendido lentamente hasta la cima del poder, de alcalde había pasado primero a legislador estatal para ser luego miembro de su Senado, y más tarde Gobernador del estado de Massachusetts, caracterizándose por ser un político minimalista, partidario de afianzar el imperio de la ley antes que la democracia en sí, abogaba por el *laissez-faire* económico que separase claramente dicho mundo del político, así, el Estado debía intervenir lo mínimo en la buena marcha nacional. Para Coolidge la fortaleza de Estados Unidos residía más en su poder industrial (para la década de 1920 Estados Unidos era ya la primera potencia industrial mundial) que en cualquier otra faceta, de ahí que antepusiera los intereses económicos a los principios políticos, extendiendo la diplomacia del dólar y alejándose con ello más del jingoísmo de principios de siglo y su entusiasmo por el poder mundial (al igual que del progresivismo, pues para Coolidge la iniciativa privada merecía más crédito que la intervención federal).

Observando los datos de crecimiento estadounidense en la década de 1920 la estrategia de Coolidge tenía su lógica, pues durante dichos años el ingreso nacional pasó de 59,4 billones de dólares en 1921 a 87,2 billones en 1929, mientras el *per capita* aumentaba de 522 dólares a 716, consecuentemente el gasto en educación se disparó a 2,3 billones de dólares en 1930, cuando era de tan sólo 426 millones en 1910, cayendo el analfabetismo al 4,3 por ciento, se asistió al mismo tiempo al boom de la construcción más prolongado de toda su historia, la producción de coches creció de los 570.000 de 1914 a los 5,6 millones de 1929, y de 1,3 millones en circulación a 26,5 millones (en 1924 los cuatro países europeos líderes del sector produjeron sólo el 11 por ciento de los coches fabricados en Estados Unidos, y en 1928 cuatro quintas partes de los coches en circulación en el mundo habían sido fabricados en Estados Unidos<sup>1650</sup>), y con ello el sector seguros se desarrolló en la misma proporción, también el transporte aéreo se vio afectado por el galopante desarrollo norteamericano, si en 1920 los pasajeros llegaban a la cifra de 50.000, diez años más tarde estos ya eran 420.000. Todo ello estimuló el crecimiento de las empresas petroleras, con Estados Unidos como líder mundial de consumo y producción del sector, pronto sus empresas comenzaron a diversificar sus emplazamientos, y en 1928 se llegaba al conocido como acuerdo de las siete hermanas entre la Standard Oil de Nueva Jersey, la de California y la de Nueva York, más Shell, Gulf, Texaco y la Anglo-Iranian, por el que se repartían los mercados, además de establecer un sistema

---

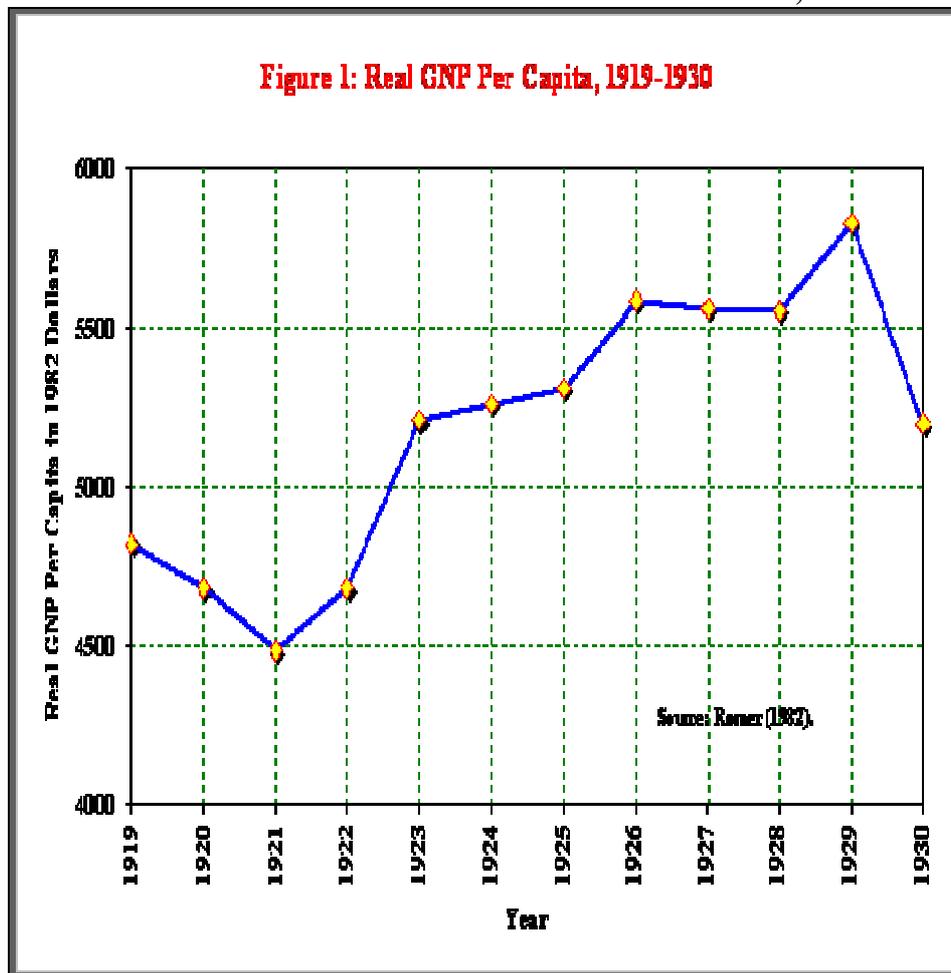
<sup>1649</sup> Para los datos biográficos ver GRAUBARD, op.cit., p 214-228, JOHNSON, op.cit., p. 712 y [www.whitehouse.gov/history/presidents/cc30.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/cc30.html)

<sup>1650</sup> *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, 8, p. 5.



de fijación de precios<sup>1651</sup>. Para entonces Estados Unidos había reforzado su papel de primera potencia económica mundial, con el 34,4 por ciento de la producción mundial, por el 10,4 por ciento de Gran Bretaña o el cuatro por ciento de Japón, ahorrándose en el camino en gran medida la conflictividad social que en Europa asediaba a los Gobiernos de todo signo, incluso en Estados Unidos la afiliación sindical bajó de los cuatro millones de 1920 a 2,5 millones en 1930<sup>1652</sup>. Así, expansión comercial exterior y crecimiento económico interno se dieron la mano durante toda la década de 1920, como muestran los siguientes gráficos, el primero mostrando el aumento de la renta nacional *per capita* (en dólares de 1982), y el segundo el constante balance positivo del comercio estadounidense con el resto del mundo.

### Evolución del Producto Interior Bruto de Estados Unidos, 1919-1930



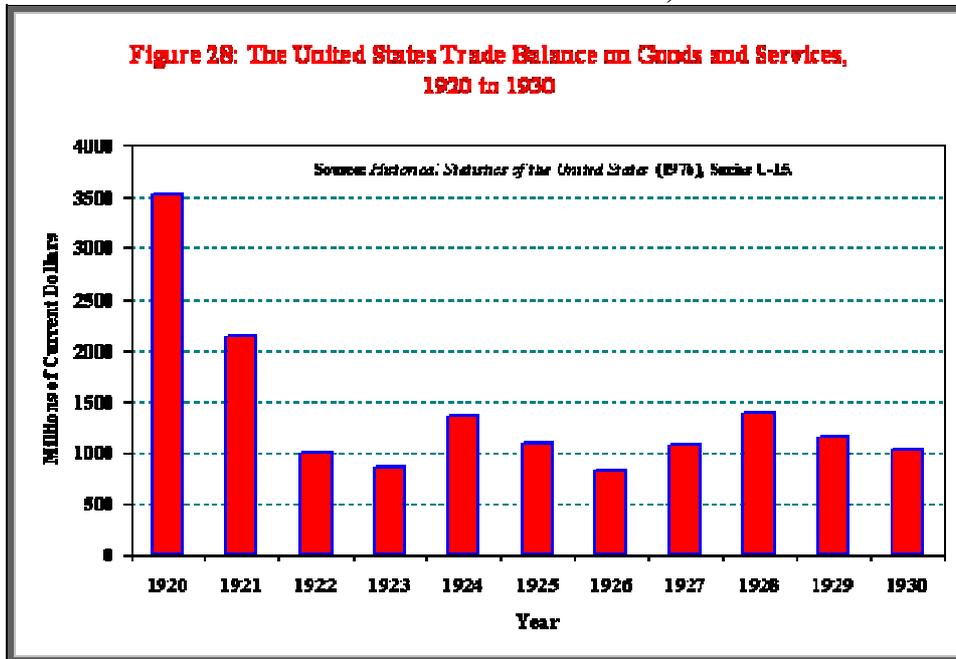
Fuente: <http://eh.net/encyclopedia/article/smiley.1920s.final>

<sup>1651</sup> Historia 16. Siglo XX Historia Universal, 8, TAMAMES, Ramón “Multinacionales y materias primas”, p. 75.

<sup>1652</sup> Las cifras sobre el crecimiento económico estadounidense pertenecen a JOHNSON, op.cit., p. 719-726.



### Evolución del balance comercial estadounidense, 1920-1930



Fuente: <http://eh.net/encyclopedia/article/smiley.1920s.final>

No es extraño, por tanto, que con dichas cifras Coolidge, y con Charles G. Dawes como candidato a Vicepresidente, ganase las elecciones de 1924 al candidato Demócrata John W. Davis, con F. D. Roosevelt como Vicepresidente, por más de siete millones de votos populares y 382 votos electorales a 136, más aun con el Partido Demócrata encontrándose en pleno proceso de reconversión tras la muerte de Wilson y Robert M. LaFollette logrando casi cinco millones de votos populares y trece electorales con el Partido Progresivista, lo que sin duda perjudicó más a Demócratas que a Republicanos<sup>1653</sup>. En los Demócratas la sombra de su malogrado líder era demasiado larga y pesada como para librarse de ella con facilidad, así, en su plataforma política de junio de 1924 podía leerse que “afirmamos nuestra fe sostenida en esos ideales (de gobierno democrático) y nos brindamos a tomar el modelo que él representaba y luchar para el completo triunfo de los principios de la democracia a los que él (Wilson) dedicó su vida”<sup>1654</sup>, de hecho, lo único que pudieron alegar en contra del domino Republicano era que “el Partido Republicano está preocupado principalmente por cosas materiales”<sup>1655</sup> mientras que el Demócrata lo estaba por los derechos humanos, valiéndose de los casos de corrupción para acusar a los Republicanos, “lo que marca el contraste entre la alta concepción de servicio público y un propósito ávido por distribuir el botín”<sup>1656</sup>, advirtiendo de que un voto por Coolidge era una voto a favor del caos, tratando de convertir en el centro de la

<sup>1653</sup> Cifras electorales consultadas en [www.ipl.org/div/potus/ccoolidge.html](http://www.ipl.org/div/potus/ccoolidge.html).

<sup>1654</sup> Plataforma política del Partido Demócrata del 24 de junio de 1924, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29593&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29593&st=&st1=)

<sup>1655</sup> *Ibíd.*

<sup>1656</sup> *Ibíd.*



campaña las supuestas ineficacia y corrupción Republicanas para gobernar, y así tener una posibilidad de victoria.

Pero el Partido Demócrata no se quedó tan sólo en la crítica interna, si la Administración Republicana había sido perjudicial para los intereses estadounidenses, no lo había sido menos su política exterior, pues su “aislamiento en los asuntos internacionales había impedido a Europa regresar a su equilibrio normal”<sup>1657</sup>. En política exterior los Demócratas apoyaban “una estricta y extensa reducción de armamentos navales y terrestres, para que no haya ningún programa militar ni construcción naval competitivos”<sup>1658</sup>, pero eran conscientes al mismo tiempo de que “la única esperanza para la paz mundial y la recuperación económica descansa en los esfuerzos organizados de las naciones soberanas cooperando para eliminar las causas de la guerra y sustituir la violencia con ley y orden”<sup>1659</sup>, como se había intentado con la Sociedad de Naciones, organización menospreciada por los Republicanos, quienes habían dañado el prestigio nacional en el exterior, es más

es de suma importancia para la civilización y la humanidad que América se coloque y permanezca del lado correcto en la mayor cuestión moral de todos los tiempos, y así el Partido Demócrata renueva su declaración de confianza en la idea de la paz mundial, la Sociedad de Naciones y la Corte Mundial de Justicia como conjunto del supremo esfuerzo de labor política y convicción religiosa de nuestro tiempo para organizar la paz del mundo.

Más allá, el Partido Demócrata declara que será el propósito de la próxima Administración hacer todo lo que pueda por asegurar a nuestro país el liderazgo moral en la familia de naciones que, bajo la providencia del Señor, ha sido tan claramente marcado para ello. No hay sustituto para la Sociedad de Naciones<sup>1660</sup>

Y por ello estaban a favor de celebrar un referéndum nacional que dirimiese de una vez por todas la cuestión de la entrada de Estados Unidos en la Sociedad, eso sí, “con las reservas o enmiendas... que el Presidente y el Senado acuerden”<sup>1661</sup>.

Pero como se demostrara en las elecciones, el público estadounidense no quería saber más de responsabilidades internacionales, por muy morales que estas fuesen, y sí más bien de compartir aunque fuesen los despojos que el botín del progreso prometía bajo el liderazgo Republicano. A pesar de no haber frecuentado a Harding, Coolidge no sólo mantuvo a su equipo en el Gobierno, sino que no innovó nada en el plano político, basando su estrategia en el rechazo a la Sociedad de Naciones, no reconocimiento a la Unión Soviética ni la reducción de la deuda de guerra aliada.

En su discurso inaugural de 1925, Coolidge no dudó en señalar que “nuestro país está liderando al mundo en el reajuste general de los resultados del gran

---

<sup>1657</sup> *Ibíd.*

<sup>1658</sup> *Ibíd.* Pues “la guerra es una reliquia de barbarismo y sólo es justificable como medida de defensa”, *Ibíd.*, de hecho “el Partido Demócrata entrega todas sus energías a la proscripción de todo el sistema de guerra”, *Ibíd.*

<sup>1659</sup> *Ibíd.*

<sup>1660</sup> *Ibíd.*

<sup>1661</sup> *Ibíd.*



conflicto”<sup>1662</sup>, y ello sin participar en la Sociedad de Naciones, que no entendía necesario para que Estados Unidos asumiera sus responsabilidades, puesto que

estos resultados no han ocurrido por mera casualidad. Han sido asegurados por un esfuerzo constante e ilustrado marcado por muchos sacrificios y extendido a muchas generaciones. No podemos continuar este brillante éxito en el futuro a menos que continuemos aprendiendo del pasado. Es necesario mantener las anteriores experiencias de nuestro país tanto en casa como en el exterior ante nosotros si vamos a tener alguna ciencia de gobierno. Si deseamos erigir nuevas estructuras, debemos tener un conocimiento definitivo de los viejos fundamentos<sup>1663</sup>

Es decir, Coolidge rechazaba por entero la novedad que supuso el wilsonismo y, como ya hiciera su predecesor en el cargo, haría descansar de nuevo a la política exterior estadounidense en los clásicos principios del unilateralismo aislacionista, pues “creemos que podemos servir mejor a nuestro propio país y con más éxito desempeñar nuestras obligaciones con la humanidad al continuar siendo abierta, cándida, intensa y escrupulosamente americanos [...] si tenemos algún destino, lo hemos encontrado en esa dirección”<sup>1664</sup>, y lejos del idealismo wilsoniano afirmaba que no era el nombre de la acción, sino el resultado de la misma, lo que era la principal cuestión, por ello Estados Unidos en lugar de embarcarse en la dudosa empresa de la Sociedad de Naciones, sí que había participado en los esfuerzos por la limitación de armamentos, que “es uno de los métodos más efectivos de disminuir esas malas interpretaciones e histeria irracional que son los medios más potentes para fomentar la guerra”<sup>1665</sup>. El éxito de dichas negociaciones impulsaba a Coolidge a justificar la participación de Estados Unidos en aquellas reuniones que prometieran resultados prácticos y favorables, por ello favorecía el arreglo pacífico de las disputas por métodos de arbitraje, en clara sintonía con la tradición política estadounidense, e incluso llegaba a pedir la entrada de Estados Unidos en la Corte Internacional de Justicia al representar ésta el ideal de negociación entre las naciones, pues

no podemos deshacernos de nuestra independencia o soberanía, pero tampoco debemos engancharnos en refinamientos de lógica, ni en sofismos, ni en subterfugios para rechazar el indudable deber de este país por la razón del poder de sus números, del poder de sus recursos y su posición de liderazgo en el mundo, activa y comprensivamente para manifestar su aprobación y encarar su parte de responsabilidad en el intento cándido y desinteresado de establecer un tribunal para la administración de justicia imparcial entre nación y nación<sup>1666</sup>

De todos modos, una cosa era pedir la participación de la nación en la Corte Internacional de Justicia, que en cierto modo se amoldaba a la concepción Republicana de resolución de conflictos, y otra muy distinta que ello implicase abrazar internacionalismo alguno. El propio Coolidge se apresuraba a aseverar tras estas palabras que “nunca hemos tenido ningún deseo de interferir en las condiciones

<sup>1662</sup> COOLIDGE, Calvin, discurso inaugural del 4 de marzo de 1925, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25834&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25834&st=&st1=)

<sup>1663</sup> *Ibíd.*

<sup>1664</sup> *Ibíd.*

<sup>1665</sup> *Ibíd.*

<sup>1666</sup> *Ibíd.*



políticas de ningún otro país. Estamos determinados especialmente a no vernos implicados en las controversias políticas del Viejo Mundo<sup>1667</sup>, y es que a pesar de que para Coolidge Estados Unidos se encontraba unido al resto de naciones en la búsqueda de una fórmula para la paz permanente, no era menos cierto que “todos esos planes y preparaciones, esos tratados y convenios no serán ellos mismos adecuados”<sup>1668</sup>, pues “el pergamino fallará, la espada fallará”<sup>1669</sup> hasta que la mayoría de los hombres no alberguen en sus corazones el deseo de la paz, hasta que eso no sucediera todo sería en vano. Para facilitar tal circunstancia, Coolidge reiteraba que “podemos contribuir mejor a estos importantes objetivos manteniendo una posición de independencia y desprendimiento político”<sup>1670</sup>, más aun cuando “no estamos identificados con ningún interés del Viejo Mundo”<sup>1671</sup>, aunque asimismo reconocía que “conscientes de esas limitaciones, la única gran tarea que resta nos requiere usar nuestros enormes poderes para templar el balance mundial”<sup>1672</sup>. Cómo hacerlo desde una posición de separación política es algo que ni el propio Coolidge podría haber aclarado, y que sin duda pretendía lograr a través de esas negociaciones de mínimo común denominador, como la de desarme, cuyos resultados eran tan escasos y débiles como el contenido de las mismas. A partir de entonces, si con el idealismo wilsoniano el voluntarismo unilateral de su idealismo había impedido el éxito de su diseño, con el retraimiento Republicano de la década de 1920, las limitaciones inherentes a su enfoque nacionalista no pudieron hacer mucho más por el triunfo del modelo estadounidense en la escena mundial.

Unos meses más tarde, en octubre de 1925, el Presidente Coolidge explicaría de nuevo la base de su política exterior, tras describir los beneficiosos efectos de la Gran Guerra sobre la expansión del modelo democrático y el aumento del gasto y preparación militar en Estados Unidos, describiendo cómo la nación había entrado en ella para defender precisamente su modelo democrático, amenazado por el militarismo de las potencias centrales, reconociendo eso sí que durante la contienda el país fue barrido por una ola de idealismo, justificaba así la participación estadounidense en las negociaciones de desarme

la cuestión real es si gastando más dinero para crear una mejor fuerza militar hará realmente un país mejor [...] nuestro pueblo ha tenido toda la guerra, todos los impuestos y todo el servicio militar que ha querido. Después ellos han deseado destacar su apego a nuestra tradicional política de paz. Han insistido sobre la economía. Han apoyado el principio de limitación de armamentos. Tenemos un tremendo poder natural que suplementa a nuestras ramas. Somos conscientes de que ninguna nación desea ponernos en peligro. Es nuestro propósito al relacionarnos con potencias extranjeras valernos no de la fuerza de nuestras flotas o ejércitos sino de la justicia de nuestra causa. Por esas razones nuestro país no ha querido mantener grandes fuerzas militares. Ha sido convencido de que puede servir mejor al sí mismo y a la humanidad usando sus

---

<sup>1667</sup> *Ibíd.*

<sup>1668</sup> *Ibíd.*

<sup>1669</sup> *Ibíd.*

<sup>1670</sup> *Ibíd.*

<sup>1671</sup> *Ibíd.*

<sup>1672</sup> *Ibíd.*



recursos para otros propósitos [...] nuestros antepasados han visto tanto militarismo, y sufrido tanto por él, que desearon eliminarlo para siempre<sup>1673</sup>

Es decir, Coolidge veía la victoria Republicana como el referéndum que reclamaban los Demócratas sobre la Sociedad de Naciones, como la victoria de la propuesta Republicana de volver a la política clásica de los padres fundadores y un repudio popular del idealismo wilsoniano, aunque plenamente consciente de que aun seguía siendo necesaria la búsqueda de

un completo reino de la justicia, una armonía social más completa, debemos buscar en los caminos de la paz. El progreso e esas direcciones bajo el presente orden mundial no será realizado salvo durante un estado de tranquilidad doméstica e internacional. Una de las grandes cuestiones ante las naciones hoy es cómo promocionar tal tranquilidad<sup>1674</sup>

En todo caso, esa búsqueda no se realizaría bajo las directrices del idealismo internacionalista, sino todo lo contrario, con la certidumbre de los viejos valores y principios legados por la tradición política estadounidense, de hecho, para Coolidge “el deseo generalmente expresado de ` América primero ´ no puede ser criticado. Es una aspiración perfectamente correcta desearla por nuestro pueblo”<sup>1675</sup>, si bien “el problema que debemos resolver es cómo hacer América primero”<sup>1676</sup>, y lejos del activismo wilsoniano, Coolidge lo haría “cultivando un espíritu de amistad y buena voluntad, con el ejercicio de las virtudes de la paciencia e indulgencia, siendo plenos de misericordia, y a través del progreso en casa y ánimo de servicio fuera como un ejemplo de ayuda real a la humanidad”<sup>1677</sup>, apelando así a la conciencia de los pueblos para alcanzar juntos una actitud de tolerancia recíproca que evitara una nueva guerra, pues “debemos movilizar la conciencia de la humanidad”.<sup>1678</sup>

Si bien desde ese mismo año, 1925, Estados Unidos tuvo representación en Ginebra, nunca se contempló la opción de una integración plena en la organización<sup>1679</sup>, menos aun cuando ese mismo año Alemania era aceptada en la Sociedad tras el Tratado de Locarno, pues ello representó el comienzo del fin del orden impuesto en Versalles al reconocer sólo las fronteras occidentales, dejando libre al expansionismo alemán en el Este de Europa<sup>1680</sup>. Firmado por Alemania, Bélgica, Francia, Italia y Gran Bretaña, el Tratado de Garantía Mutua del 16 de octubre de 1925, fue negociado con la voluntad de

satisfacer el deseo de seguridad y protección que anima a los pueblos sobre los que calló el flagelo de la guerra d 1914-1918, tomando nota de la anulación de los tratado de neutralización de Bélgica, y conscientes de la necesidad de

---

<sup>1673</sup> COOLIDGE, Calvin, discurso ante la Convención de la Legión Americana del 6 de octubre de 1925 en Omaha, Nebraska, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=438&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=438&st=&st1=)

<sup>1674</sup> *Ibíd.*

<sup>1675</sup> *Ibíd.*

<sup>1676</sup> *Ibíd.*

<sup>1677</sup> *Ibíd.*

<sup>1678</sup> *Ibíd.*

<sup>1679</sup> JOHNSON, op.cit., p.

<sup>1680</sup> KISSINGER, op. cit., p. 395.



asegurar la paz en un área que tan frecuentemente ha sido el escenario de conflictos europeos<sup>1681</sup>

Para ello los signatarios se comprometían a respetar “el *status quo* territorial resultante de las fronteras entre Alemania y Bélgica y entre Alemania y Francia”<sup>1682</sup>, Art. 1, que salvo en legítima defensa “Alemania y Bélgica, y también Alemania y Francia mutuamente se comprometen a no atacarse ni invadirse o recurrir a la guerra entre sí”<sup>1683</sup>, Art. 2, a que Alemania, Francia y Bélgica aprobaban resolver sus diferencias por métodos pacíficos, ya mediante sentencia judicial, ya mediante comisión de arbitraje, cuando fallasen los canales diplomáticos, Art. 3, a someter al Consejo de la Sociedad de Naciones cualquier violación de los anteriores artículos, así como que el presente Tratado no menoscababa la potestad de la Sociedad de Naciones, debiendo ser depositado en su sede de Ginebra, Art. 4-10.

Coolidge calificaba en su tercer discurso anual los acuerdos firmados en Locarno como esenciales para la estabilización europea, pues pese a “no proveer una rehabilitación económica, que es necesaria para el progreso de Europa, fortaleciendo las garantías de la paz disminuyen la necesidad de grandes armamentos”<sup>1684</sup>, lo que repercutirá en su desarrollo económico. La no participación estadounidense fue justificada por el Presidente aduciendo que Estados Unidos sólo mediaría cuando fuese necesario, así, “estos acuerdos recientes de Locarno representan el éxito de ésta política... de permitir a los países europeos resolver sus propios problema políticos sin implicar a éste país”<sup>1685</sup>, es más, “cuando estos acuerdos sean finalmente adoptados, proveerán garantías de paz que harán del presente recurso a la fuerza en algunas partes de Europa mucho menos necesario”<sup>1686</sup>, y para Coolidge “el corolario natural a estos tratados deben ser mayores contratos internacionales de limitación de armamentos”<sup>1687</sup>, poniendo de nuevo a Estados Unidos de ejemplo, cuyas tropas habían sido reducidas a 118.000 efectivos “no amenazan a nadie, son más bien para la protección de todos”<sup>1688</sup>, es más, aunque las fuerzas agregadas del Ejército, la Marina, la Guardia Nacional y la reserva ascendían a 558,400 hombres, “nunca antes en tiempos de paz ha mantenido nuestro país una fuerza militar tan grande y efectiva”<sup>1689</sup>, y aunque Coolidge instaba a desarrollar la Marina y la fuerza aérea, señalaba al mismo tiempo que “mientras soy un ferviente creyente en la defensa nacional y estoy enteramente comprometido con la política de adecuada preparación, estoy igualmente opuesto a instigar o participar en una política de competición armamentística”<sup>1690</sup>, para Coolidge tampoco la preparación significaba una política de militarización, sino que dichas fuerzas “son los instrumentos con los que acometer

---

<sup>1681</sup> Tratado de Locarno del 16 de octubre de 1926, texto consultado en [http://avalon.law.yale.edu/20th\\_century/locarno\\_001.asp](http://avalon.law.yale.edu/20th_century/locarno_001.asp)

<sup>1682</sup> *Ibíd.*

<sup>1683</sup> *Ibíd.*

<sup>1684</sup> COOLIDGE, Calvin, tercer discurso anual del 8 de diciembre de 1925, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29566&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29566&st=&st1=)

<sup>1685</sup> *Ibíd.*

<sup>1686</sup> *Ibíd.*

<sup>1687</sup> *Ibíd.*

<sup>1688</sup> *Ibíd.*

<sup>1689</sup> *Ibíd.*

<sup>1690</sup> *Ibíd.*



nuestra parte para promocionar la buena voluntad y apoyar la estabilidad entre los pueblos”<sup>1691</sup>.

Coolidge reiteraba así la necesidad una vez más de mayores reducciones en el tamaño de los ejércitos europeos, sobre todo en lo tocante a tropas terrestres, y sólo entonces, cuando estas reducciones fuesen tomadas, se hablaría de limitaciones navales, así “la política general de nuestro país es por el desarme, y no dudará en adoptar cualquier plan práctico que razonablemente tenga visos de tener éxito. Pero no querrá atender una conferencia que desde su localización o participantes pruebe ser en toda probabilidad inútil”<sup>1692</sup>, es decir, Coolidge advertía a los demás países que sólo cuando llegasen a un acuerdo, o existiese voluntad de llegar a tal, Estados Unidos sería parte de él, no debían mirar a Washington como su motor o valedor, sino como un participante más.

En ese mismo discurso, Coolidge tocaba de nuevo el espinoso asunto de la participación estadounidense en la Corte Internacional de Justicia, último reducto de los internacionalistas a través del cual ansiaban relacionar indirectamente a Estados Unidos con la Sociedad de Naciones<sup>1693</sup>. Coolidge favorecía la entrada de Estados Unidos en ella pero apoyando las clásicas reservas a la misma, a saber:

- Que la participación en la Corte no implicase asumir ninguna obligación de la Sociedad de Naciones,
- Que Estados Unidos participaría en pie de igualdad con otras naciones en la elección de los jueces,
- Que el Congreso controlaría los gastos derivados de dicha participación,
- Que el estatuto de creación de la Corte no pudiera ser enmendado sin el consentimiento estadounidense,
- Y que, ésta misma reserva añadida por Coolidge, Estados Unidos no se vería afectado por opiniones consultivas tomadas sin su consentimiento.

La propuesta de participación de Estados Unidos en la Corte, con las citadas reservas incluidas, fue aprobada por el Senado en enero de 1926, pero meses más tarde, cuando el resto de países firmantes de la Corte añadieron su propia reserva a la entrada de Estados Unidos, Coolidge la rechazó por inaceptable y el asunto de la Corte fue enterrado con la ayuda del escaso interés público en el asunto<sup>1694</sup>.

Nos encontramos por tanto ante la clásica dificultad a la hora de conciliar la soberanía y el equilibrio de poderes nacionales con la participación en organismos internacionales, y que los Republicanos trataban de resolver con tantas reservas que a la postre vaciaban de contenido real dicha participación, de hecho, Coolidge advertía que si pedía la entrada de Estados Unidos en la Corte “no estamos proponiendo rendirnos a ninguna jurisdicción obligatoria. Si apoyamos la Corte, no podremos ser nunca obligados a someter a su decisión ningún caso que envuelva nuestros intereses.

---

<sup>1691</sup> *Ibíd.*

<sup>1692</sup> *Ibíd.*

<sup>1693</sup> MORRISON, Charles Clayton “Outlawry of War”, *Congressional Digest*, marzo 1928, p. 76.

<sup>1694</sup> *Ibíd.*



Nuestra comparecencia ante ella será siempre voluntaria”<sup>1695</sup>, pues para Coolidge “haremos mayor servicio a nosotros y a los demás si admitimos esto (que Estados Unidos ha de compartir su parte de responsabilidad) y desempeñaremos nuestras obligaciones voluntariamente, que si negamos esto y somos forzados a encarar los mismos deberes en contra de nuestra voluntad”<sup>1696</sup>, es decir, para Coolidge era mucho más sensato que Estados Unidos participase en aquellas empresas internacionales en las que estaba dispuesto a entrar manteniendo su soberanía intacta, que verse afectado u obligado a actuar en las mismas al ver su soberanía comprometida, como sucedería de ser miembro de la Sociedad de Naciones, de hecho, para Coolidge “podemos contribuir mucho al avance de nuestros ideales uniéndonos con otras naciones en el mantenimiento de tal tribunal”<sup>1697</sup>.

Como el asunto de la Corte revela, tras el fracaso de la aprobación de la Sociedad de Naciones, en Estados Unidos se mantenía firme la creencia de que “el modelo europeo de organización internacional no contiene ningún principio o promesa hacia la eliminación de la guerra, sino al contrario, que envuelve unos compromisos muy peligrosos para América y para la paz del mundo si América los aceptara”<sup>1698</sup>.

En Europa la visión política de Coolidge tuvo su traducción práctica en el Plan Dawes de revisión de la deuda de guerra alemana y en el Pacto de París, o Pacto Briand-Kellogg. La mala situación económica alemana había obligado a su Gobierno en 1923 a suspender sus pagos de la deuda a los aliados, y Francia y Bélgica reaccionaron ocupando el Ruhr, situación que fue aprovechada por Estados Unidos para retirar sus últimas tropas de ocupación de Renania<sup>1699</sup>. La inflación y el desempleo se dispararon en Alemania, condiciones ante las cuales el Comité de Reparaciones Aliado respondió pidiendo un informe de investigación al banquero estadounidense Charles G. Dawes. El llamado Plan Dawes se presentó el 9 de abril, en él se estipulaba un escalonamiento progresivo de la deuda alemana, con ello se pretendía estabilizar a Alemania, y con el préstamo estadounidense de dos billones de dólares en los siguientes cinco años, mantener el flujo de pagos (de alemanes a aliados, y de aliados a Estados Unidos), y a pesar de que dicho plan convertía a los aliados en los verdaderos gestores de la economía alemana fue aprobado por el Gobierno germano el 16 de abril, y puesto en práctica tras la Conferencia de Londres de ese mismo verano. El plan fue todo un éxito a corto plazo, la moneda alemana fue estabilizada, la inflación y el desempleo puestos bajo control, a la vez que se transformaba a Estados Unidos en el banco mundial, colocando a los préstamos económicos en el lugar que antes cumplía la flota estadounidense.

---

<sup>1695</sup> COOLIDGE, Calvin, tercer discurso anual del 8 de diciembre de 1925, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29566&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29566&st=&st1=)

<sup>1696</sup> *Ibíd.*

<sup>1697</sup> *Ibíd.* Otra cuestión importante que Coolidge mencionaba en su discurso era la relativa a las deudas de guerra que afectaban a 18 países, a saber, Gran Bretaña, Finlandia, Hungría, Lituania, Polonia, Bélgica, Checoslovaquia, Letonia, Estonia, Italia, Rumania, Francia, Grecia, Yugoslavia, Liberia, Rusia, Nicaragua y Austria, con un monto total con intereses por valor de más de 15.200 millones de dólares, más o menos lo mismo que la propia deuda nacional estadounidense, y que le convertía en el prestamista mundial *de facto*.

<sup>1698</sup> MORRISON, *op.cit.*, p. 77.

<sup>1699</sup> KISSINGER, *op.cit.*, p. 537.



Al igual que las cuestiones de desarme o el mismo arbitraje, Coolidge concebía la resolución de los problemas económicos como la otra cara de la estabilización mundial, así, en la plataforma Republicana de 1924 se afirmaba que

un ejemplo de lo más impresionante de la capacidad de Estados Unidos de servir a la causa de la paz mundial sin afiliaciones políticas fue mostrado en el efectivo y beneficioso trabajo de la comisión Dawes hacia la solución de la confusa cuestión de las reparaciones alemanas<sup>1700</sup>

El propio Coolidge defendía y elogiaba el Plan Dawes en diciembre de 1924 puesto que “deseamos ver a Europa recuperada como para reanudar su productividad en el incremento industrial y su apoyo al avance de la civilización”<sup>1701</sup>. El Plan Dawes no sólo respondía a la visión Republicana de iniciativa internacional despojada de toda alianza permanente, sino a la filosofía, tan próxima al individualismo liberal estadounidense, adoptada por los Gobiernos Republicanos durante toda la década de 1920 de *vive y deja vivir*, postura justificada por Coolidge ya que

últimamente las naciones, como los individuos, no pueden depender de los otros sino que deben depender de sí mismas. Cada una debe trabajar su propia salvación. Tenemos todo el deseo de ayudar. Pero con todos nuestros recursos somos impotentes para salvar a menos que nuestros esfuerzos encuentren una respuesta constructiva [...] mientras deseamos siempre cooperar y ayudar, estamos igualmente determinados a ser independientes y libres [...] no deseamos vernos envueltos en las controversias políticas de otros. Ni está nuestro país dispuesto a convertirse en miembro de la Sociedad de Naciones ni a asumir las obligaciones impuestas por su convenio<sup>1702</sup>

Es decir, Estados Unidos sólo participaría en aquellas iniciativas internacionales que tuviesen visos de acabar en éxito, y siempre que no comprometieran su soberanía nacional, como el Plan Dawes reflejaba a la perfección, además, los Republicanos, fieles a su tradición, intentaban además rebajar el nivel de participación Estatal en los asuntos económicos, de ahí su insistencia en la iniciativa privada y en rebajar los gastos gubernamentales intrascendentes.

Respecto a la segunda iniciativa, la idea de prohibir la guerra no era nueva en Estados Unidos. En marzo de 1918, un abogado de Chicago, S. O. Levinson, la había anunciado en un artículo en *New Republic*, y cinco años más tarde, en febrero de 1923, el Senador Republicano por Idaho W. Borah introdujo en el Senado una resolución que prohibía la guerra

<sup>1700</sup> Plataforma Política Republicana del 10 de junio de 1924, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29636&st=dawes&st1=>.

<sup>1701</sup> COOLIDGE, Calvin, segundo discurso anual del 3 de diciembre de 1924, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29565&st=dawes&st1=>, por ello “miramos con enorme gratificación a la prometedora perspectiva de recuperación en Europa a través del Plan Dawes. Tal iniciativa como puede darse mediante la acción de las autoridades públicas y de nuestros ciudadanos privados será dada sin duda, mediante el consejo y cooperación amistosos y mediante apoyo económico y financiero, no por ningún esfuerzo bélico sino por iniciativa reproductiva, no para ofrecer medios de financiamiento gubernamental defectuoso sino con el establecimiento de administración de negocios firme”, *Ibíd.*

<sup>1702</sup> *Ibíd.*



como institución o medio para la resolución de controversias internacionales declarándola un crimen público bajo la ley de las naciones... que un código de ley internacional de paz sea creado y adoptado... y que un sustituto judicial para la guerra sea creado (o de existir en parte, adaptado o reajustado) en la forma de una corte internacional, inspirada en nuestra Corte Suprema Federal<sup>1703</sup>

Desde entonces, Borah presentaría la misma resolución en cada legislatura.

En el mismo tono habría que entender las palabras de Charles Evans Hughes relativas al mantenimiento de la paz en el continente americano, al que se debería mostrar “dedicado a los intereses de la paz, y debemos esforzarnos en encontrar soluciones pacíficas para todas las controversias que aparezcan”<sup>1704</sup>. Para ello Hughes contaba con tres medios principales, las conferencias, los medios de conciliación y la resolución judicial de controversias, además de estar de acuerdo con la propuesta mexicana para prohibir la guerra agresiva.

No es sorprendente pues, que el sucesor de Hughes al frente del Departamento de Estado, Frank B. Kellogg, convirtiera una propuesta francesa de abril de 1927 para un acuerdo bilateral de condena del recurso a la guerra y la renuncia a ella en sus mutuas relaciones, en un tratado multinacional de prohibición de la guerra. El embajador francés en Washington, eso sí, asegurando que con él Estados Unidos no se vería obligado en ningún momento por el convenio de la Sociedad de Naciones, defendía así en enero de 1928 la necesidad de tal acuerdo

una declaración de tal tipo, de ser suscrita por las principales potencias, no puede fallar en ser un impresionante ejemplo a todas las naciones del mundo y seguro que las guiará a suscribir el mismo pacto, haciendo práctico a todas las naciones un acuerdo que sólo fue sugerido para Francia y Estados Unidos<sup>1705</sup>

El Pacto de París, firmado en la capital francesa el 27 de agosto de 1928, o Pacto Kellogg-Briand<sup>1706</sup>, refrendado por 62 naciones, no recogía régimen de sanciones alguno, sin recurso a la fuerza para hacerlo cumplir se apelaba únicamente a la moral y opinión pública mundiales, lo que lo convertía en poco menos que letra muerta. Así, el texto del pacto representaba el acuerdo idóneo tanto para el ideal Republicano de compromiso internacional no vinculante (no en vano fue aprobado en el Senado el 16 de enero de 1929 con tan sólo un voto en contra) como para las democracias de entreguerras, adictas a la retórica de la seguridad colectiva sin contenido real. Inicialmente el “tratado entre los Estados Unidos y otras potencias ofreciendo la renuncia a la guerra como instrumento de política nacional”<sup>1707</sup> fue ratificado por Estados Unidos, en cuya capital se depositaron los instrumentos de ratificación del resto de países (que fueron Australia, el Dominio de Canadá,

<sup>1703</sup> MORRISON, op.cit., p. 77.

<sup>1704</sup> HUGHES, C. E. “El mantenimiento de la paz en el Hemisferio Occidental”, *Congressional Digest*, marzo de 1928, p. 79

<sup>1705</sup> *Congressional Digest*, marzo de 1928, p. 81.

<sup>1706</sup> Sobre el Pacto de París KISSINGER, op.cit., p. 536-541, SCHULZINGER, op.cit., p. 137 y HERRING, op.cit., p. 477.

<sup>1707</sup> Pacto Kellogg-Briand del 27 de agosto de 1928, texto consultado en [www.yale.edu/lawweb/avalon/imt/kbpact.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/imt/kbpact.htm)



Checoslovaquia, Alemania, Gran Bretaña, India, el Estado Libre Irlandés, Italia, Nueva Zelanda, la Unión de Sudáfrica, Polonia, Bélgica, Francia y Japón<sup>1708</sup>), si bien hasta julio de 1929, con H. Hoover ya en la Casa Blanca, el tratado no se hizo efectivo.

El tratado constaba de tan sólo tres artículos:

1. Las altas partes contratantes declaran solemnemente en nombre de sus respectivos pueblos que condenan el recurso a la guerra para la solución de controversias internacionales, y renuncian a ella como instrumento de política nacional en sus relaciones con los demás.”
2. “Las altas partes contratantes acuerdan que la solución o ajuste de las disputas o conflictos de cualquier naturaleza o cualquier origen que se produzcan entre ellas, no sean vistas salvo por medios pacíficos.”
3. “El presente Tratado debe ser ratificado por las altas partes contratantes nombradas en el Preámbulo de acuerdo a sus respectivos requerimientos constitucionales<sup>1709</sup>”

Como se aprecia, el Pacto de París colmaba las expectativas Republicanas respecto a la participación estadounidense en cualquier empresa internacional, pues no se creaba ningún mecanismo de defensa del tratado que comprometiera la soberanía nacional, respetando así sus respectivos requerimientos constitucionales, lo que evitaba todo tipo de veleidades por parte del Ejecutivo respecto a las prerrogativas del Congreso, con ello Estados Unidos lograba la garantía del resto de potencias a asumir los principios norteamericanos de resolución pacífica de las controversias sin la necesidad de crear, y menos aun de participar en una organización internacional. Pero tales características eran precisamente las que impedían que el Pacto de París fuese poco más que un acuerdo político entre naciones, y nunca un acto legislativo, ni menos aun una ley internacional, pues para ello hubiese sido necesario haber desarrollado un sistema que tradujese en la práctica tales cambios legales<sup>1710</sup>. Como bien describe Kissinger “en la década de los veinte, el carácter de los Estados Unidos era ambivalente y oscilaba entre la disposición a afirmar principios de aplicación universal y la necesidad de justificarlos en nombre de una política exterior aislacionista”<sup>1711</sup>.

No es extraño por parto que Coolidge viese en tal pacto “uno de los movimientos por la paz más impresionantes que el mundo haya visto jamás”<sup>1712</sup>, extendiendo la propuesta francesa al resto de potencias, iniciativa claramente en sintonía con los intereses nacionales, pues “los intereses mundiales de Estados Unidos, más allá de los dictados de la humanidad, nos hacen ver con peculiar desaprobación no sólo el peligro de envolvernos en una guerra, sino cualquier peligro de guerra entre otras naciones”<sup>1713</sup>, ya que dadas las inversiones económicas y

---

<sup>1708</sup> Tras dicha fecha se unieron al tratado el resto de naciones, desde España, Portugal y Austria hasta China, pasando por los países bálticos y balcánicos o Afganistán.

<sup>1709</sup> *Ibíd.*

<sup>1710</sup> CARR, *op.cit.*, p. 172 y 191.

<sup>1711</sup> KISSINGER, *op.cit.*, p. 536.

<sup>1712</sup> COOLIDGE, Calvin, discurso en el campo de batalla de Gettysburg del 30 de mayo de 1928, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=458&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=458&st=&st1=)

<sup>1713</sup> *Ibíd.*



comerciales estadounidenses en el mundo “toda nación participe en la guerra necesariamente lo hará de una manera perjudicial para nosotros”<sup>1714</sup>, lo que a su vez se relacionaba con el interés estadounidense por el desarme, pues “es nuestra teoría que mientras el Ejército y la Marina son una parte necesaria e importante, no son las únicas agencias de seguridad nacional”<sup>1715</sup>, pues “se ha probado que la guerra no es beneficiosa”<sup>1716</sup>, que la marcha de la humanidad es sin duda hacia la paz, y que el principal esfuerzo de la civilización es poner al mundo bajo la obediencia de la ley, como ya sucede en las instituciones republicanas que hacen de sus pueblos una nación pacífica, a diferencia de donde no existe respeto a la ley, pero la obediencia a la ley internacional es una tarea recíproca y con la influencia y ejemplo estadounidenses se podía hacer mucho para disuadir todo acto de ilegalidad internacional, ya que

después de todo, la paz es un logro espiritual. Podemos levantar salvaguardas como fortificaciones y armamentos, que nos proporcionarán sólo protección contra el ataque, pero a menos que cultivemos y deseemos sentimientos de amistad y entendimiento no habrá garantía para la paz. Un método de llegar a un mejor estado de entendimiento, para que la amistad sea preservada, es proveer antes del conflicto métodos de negociación y decisión jurídica para la disputa<sup>1717</sup>

Como vemos, Coolidge preparaba al público estadounidense para la firma del Pacto de París relacionándolo con la clásica búsqueda estadounidense de relaciones pacíficas entre las naciones, sustituyendo la fuerza de las armas por los lazos de la amistad, de ahí que en abril de 1928 el Secretario de Estado Kellogg enviase al resto de potencias el borrador del tratado para su consideración, pues “no sólo la idea de un tratado multilateral de renuncia a la guerra ha sido apoyado por la opinión pública aquí y afuera, sino que los mismos Gobiernos se han aproximado al asunto con un interés y simpatía muy alentadores”<sup>1718</sup>. Con ello Estados Unidos se convertía de nuevo en el impulsor de la pacificación mundial, no de la mano de complejas organizaciones internacionales permanentes ni nuevos principios e ideales apartándolo de su tradición política, sino firmemente anclada en ella y a través de un simple tratado internacional, pues para Coolidge

el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, que Lincoln describiera en su mensaje inmortal, es un gobierno de paz, no de guerra, y nuestros muertos no habrán fallecido en vano si, inspirados por su sacrificio, nos esforzamos por todos los medios en nuestro poder para prevenir el derramamiento de sangre humana en el acuerdo de disputas internacionales ensayado<sup>1719</sup>

Para Coolidge, el Pacto de París además de implicar la toma del “reciente movimiento para la renuncia de la guerra como un principio de política nacional”<sup>1720</sup>,

---

<sup>1714</sup> *Ibíd.*

<sup>1715</sup> *Ibíd.*

<sup>1716</sup> *Ibíd.*

<sup>1717</sup> *Ibíd.*

<sup>1718</sup> *Ibíd.*

<sup>1719</sup> *Ibíd.*

<sup>1720</sup> COOLIDGE, Calvin, discurso ante la Conferencia Panamericana de Arbitraje y Conciliación de Washington del 10 de diciembre de 1928, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=471&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=471&st=&st1=)



significaba también un paso más en el ordenado proceso hacia el arbitraje, esencial para la estabilidad mundial puesto que el Presidente estadounidense creía que “cuando éste principio haya sido establecido, cuando tenga el beneficio de la experiencia, se habrá convertido en tal hábito de pensamiento que la gente no sentirá inclinación alguna por valerse de algún método de acción directa o personal”<sup>1721</sup>, es decir, Coolidge confiaba en que la práctica continua de métodos de arbitraje y conciliación entre las naciones se convirtiese en una suerte de norma consuetudinaria aceptada por los Gobiernos, convirtiendo de paso en poco menos que irrelevante una organización internacional como la Sociedad de Naciones. El arbitraje, siendo el Pacto de París un escalón más hacia el mismo, era por tanto para Coolidge el método ideal para dejar de lado a la Sociedad, al mismo tiempo que se buscaba la paz mundial con el sello distintivo de los valores y principios republicanos, estrategia que en Latinoamérica fue buscada con ahínco.

En todo caso, el Pacto Kellogg-Briand fue, aunque débilmente, contestado en Estados Unidos por ser una violación de su política de tratar a todas las naciones por igual, por ser más un expediente político que una extensión de los procesos judiciales que de verdad beneficiaban a la paz, por vulnerar la Constitución al pasar por encima de los poderes del Congreso respecto a la declaración de guerra, por negar a la nación la capacidad de influir en los conflictos europeos y por amenazar su derecho a defender lo correcto por la fuerza<sup>1722</sup>. Por ejemplo, para el periodista F. Simonds el Pacto de París reflejaba las diferentes concepciones de seguridad europeas y estadounidenses, pues mientras aquellos pretendían una extensión del modelo de la Sociedad de Naciones a Estados Unidos, consistente no en una prohibición de la guerra sino un acuerdo que estableciera “las condiciones en las que la guerra debe ser hecha por todas las naciones miembro”<sup>1723</sup>, por el contrario, Estados Unidos demostraba que “el camino a la paz descansa en la renuncia específica al uso de la fuerza”<sup>1724</sup>.

Para Robert Lansing, antiguo Secretario de Estado de Wilson, el Pacto de París era el perfecto ejemplo de cómo “a la posibilidad visionaria, en lugar de al carácter práctico, se le concede el primer lugar por aquellos gobernados por el sentimiento en la formulación de un plan para desterrar la violencia del mundo y establecer un reino de paz universal”<sup>1725</sup>, de hecho, para Lansing “la guerra no puede ser prohibida porque bajo ciertas circunstancias es el único medio para preservar la vida nacional”<sup>1726</sup>, y porque no se había llegado al consenso internacional que condenara como ilegal a la guerra, y hasta que no se lleguase a tal acuerdo “esta charla y discusión sobre prohibir la guerra es inútil y estúpida”<sup>1727</sup>, pues la guerra no podía ser abolida por mandato, y convendría no olvidar que “en la ley internacional, las sanciones morales prevalecen ya que no hay un poder supranacional que ejerza sanciones físicas (medios comunes y prevalecientes de refuerzo de la ley)”<sup>1728</sup>, por

---

<sup>1721</sup> *Ibíd.*

<sup>1722</sup> *Congressional Digest*, marzo de 1928, p. 84.

<sup>1723</sup> SIMONDS, F. H. *Congressional Digest*, marzo de 1928, p. 85.

<sup>1724</sup> *Ibíd.*

<sup>1725</sup> LANSING, Robert, *Congressional Digest*, marzo de 1928, p. 87.

<sup>1726</sup> *Ibíd.*

<sup>1727</sup> *Ibíd.*

<sup>1728</sup> *Ibíd.*



todo ello Lansing consideraba la iniciativa como “una absurdidad, una demanda vacía de descuidados pero bien intencionados pacifistas, que ignoran las condiciones reales”<sup>1729</sup>.

En la misma línea realista de oposición se encontraba el periodista Walter Lippman, para quien el Pacto de París representaba para los pacifistas la legalización de su ideario y la negación de la legalidad y autoridad del espíritu guerrero, pero “es impensable que Gran Bretaña, Francia, Japón o Estados Unidos acuerden cualquier tipo de acuerdos que sobrepasen sus imperios, Doctrinas Monroe o sus alegados requerimientos estratégicos”<sup>1730</sup>, de hecho, según Lippman, “deja a cincuenta naciones realizar el catálogo de las cuestiones sobre las que lucharán más que someterlas a un tribunal, y el total de guerra que habrás prohibido será insignificante”<sup>1731</sup>. Lippman tampoco creía que la única alternativa a la guerra fuese la ley, entendida aquí como el recurso a un tribunal para dirimir las diferencias, sino que “la noción según la cual el proceso judicial en una corte es el único método de paz es fantástico”<sup>1732</sup>, existiendo también “la diplomacia, el Gobierno representativo, el federalismo, la mediación, la conciliación, la intervención amistosa, el compromiso y las conferencias”<sup>1733</sup>, pues “habrá multitud de clases de las más peligrosas disputas que ningún código o corte podrán resolver”<sup>1734</sup>.

El contraste entre las administraciones de Harding y Coolidge respecto a la de Wilson no podía ser mayor, si éste había buscado un método de Promoción de la Democracia universal y directo con la Sociedad de Naciones como método para dotar de seguridad a la escena internacional, los Gobiernos Republicanos que le sucedieron fueron menos ambiciosos al respecto, y tras la guerra se conformaron con estabilizar el mundo de posguerra a través de una estrategia indirecta, sin centrarse en casos particulares ni en un nivel general, confiando en la marcha mundial hacia un mismo ideal de paz y cooperación, al que Estados Unidos contribuía con medidas como el Plan Dawes o el Pacto Kellogg-Briand, como el Presidente Coolidge afirmó “lentamente pero con seguridad el pensamiento moderno está llevando a las diferentes naciones del mundo a modelos análogos”<sup>1735</sup>, pues “los Gobiernos van asimilando cómo en ningún momento se deroga su dignidad al rendir sus diferencias entre sí a la decisión de un tribunal imparcial. La disposición a seguir la acción precipitada está desapareciendo”<sup>1736</sup>, y por ello “debemos promocionar éste espíritu”<sup>1737</sup>.

En efecto, en Latinoamérica el intervencionismo ya no era la primera opción presidencial, incluso en la República Dominicana se puso fin a la presencia de las tropas estadounidenses en 1924, ante la presión del sector progresivista, y en

---

<sup>1729</sup> *Ibíd.*

<sup>1730</sup> LIPPMAN, Walter, *Congressional Digest*, marzo de 1928, p. 92.

<sup>1731</sup> *Ibíd.*

<sup>1732</sup> *Ibíd.*

<sup>1733</sup> *Ibíd.*

<sup>1734</sup> *Ibíd.*

<sup>1735</sup> COOLIDGE, Calvin, discurso del 22 de febrero de 1926, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=385&st=modern&st1=thought#axzz1GyOALqbB](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=385&st=modern&st1=thought#axzz1GyOALqbB)

<sup>1736</sup> *Ibíd.*

<sup>1737</sup> *Ibíd.*



particular del Senador W. Borah, si bien no desapareció del todo, pues continuó la ocupación de Haití y en Nicaragua, tras retirarse en 1925, 5.000 marines regresarían en 1926 ante el estallido de una nueva guerra civil, cuya estancia perduraría hasta 1934<sup>1738</sup>; de todos modos, no se intervino ni en México en 1925, a causa de un diferendo sobre la nacionalización de recursos naturales, ni en Ecuador, donde simplemente no se reconoció al Gobierno golpista hasta que no hubo aprobado una nueva Constitución, y en Cuba Coolidge prefirió no hacer nada ante el continuismo de Machado<sup>1739</sup>. Para 1929, Estados Unidos había invertido en la región el doble en la década de 1920 que antes de la I Guerra Mundial, por tanto no es de extrañar que las tácticas de control continental fuesen, por orden de preferencia, la inversión económica directa, el control del canal de Panamá, la Doctrina Monroe y la ocasional intervención militar.

En cualquier caso, la retórica de la Casa Blanca ya no recurría a garrotes, sino que tras la resaca wilsoniana el arbitraje se convirtió en la solución idónea para resolver las disputas continentales, como atestigua la Conferencia Panamericana sobre Arbitraje y Conciliación celebrada en Washington en diciembre de 1928. En dicha conferencia, Coolidge se congratulaba de ver reunidas a 20 naciones americanas con el

propósito común de avanzar la causa de la civilización sustituyendo la coerción de la fuerza por la obligación de la razón. Es un esfuerzo para elevar a la humanidad a un nivel de existencia más alto, donde las naciones moren juntas en paz y armonía de acuerdo a los principios de libertad e igualdad bajo la influencia alentadora de la justicia y la equidad<sup>1740</sup>

Para Coolidge, las naciones de América tenían una larga tradición en arbitraje y conciliación como partes integrales de su política nacional, por tanto “lo que más contribuye a su fuerza es el hecho de que eso fue hecho en un tiempo en que esos dos principios eran prácticamente desconocidos en otras partes del mundo”<sup>1741</sup>, y ahora, el hecho de que se hayan extendido es señal de que “su profundo significado descansa en la habilidad sin par de la humanidad que lenta pero segura logra lo que más quiere”<sup>1742</sup>, de hecho, para Coolidge

no solo debemos mantener la política tradicional establecida por los fundadores de nuestras repúblicas sino que también llevar a una esfera nueva y más alta el procedimiento de conciliación y arbitraje. El mundo tiene el derecho de esperar que esa misión acarreada por los anteriores estadistas de éste continente sea llevada a su finalización. Nuestra historia, nuestros ideales nacionales y el modelo de nuestras relaciones internacionales hacen de ello una solemne obligación<sup>1743</sup>

---

<sup>1738</sup> BOSCH, op.cit., p. 446 y SCHULZINGER, op.cit., p. 139.

<sup>1739</sup> LOWENTHAL, op.cit., p. 28.

<sup>1740</sup> COOLIDGE, Calvin, discurso ante la Conferencia Panamericana de Arbitraje y Conciliación de Washington del 10 de diciembre de 1928, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=471&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=471&st=&st1=)

<sup>1741</sup> *Ibíd.*

<sup>1742</sup> *Ibíd.*

<sup>1743</sup> *Ibíd.*



Por tanto, el arbitraje, junto al desarme y la estabilización económica eran los verdaderos medios con los que Estados Unidos contaba para hacer del mundo un lugar más estable y seguro, a la vez que se mantenía intacta la soberanía nacional, repudiando así cualquier intento por hacer entrar al país en la Sociedad de Naciones, ejemplo para los Republicanos de los compromisos que limitaban la propia independencia sin mejorar un ápice la seguridad mundial.

Pese a toda la retórica empleada en sus discursos acerca de los acontecimientos internacionales que acabamos de analizar, al igual que su predecesor, Coolidge nunca se interesó demasiado por la política exterior, ni se preocupó en exceso por las connotaciones ideológicas de la misma, para él lo principal era que Estados Unidos aumentase su poder económico, como lo demuestra el hecho de que pese a no reconocer nunca a la Unión Soviética, no prohibiese a Ford vender el 85 por ciento de los tractores utilizados por el gigante comunista. Con Harding y Coolidge desapareció por completo el progresivismo como fuerza política, al mismo tiempo que se abandonaba el intervencionismo exterior en favor de una estrategia principalmente económica más acorde con las ansias de tranquilidad del pueblo norteamericano. En 1928, tras seis años en la presidencia y con 56 años de edad, Coolidge no buscó la reelección a la que podía optar y que con facilidad hubiese logrado ante la caída Demócrata, de todos modos, tampoco le gustó demasiado que fuese Herbert Hoover quien le sustituyera como candidato Republicano<sup>1744</sup>, esperando que el Partido hubiese elegido a alguien más afín a su estrecha visión política, además, al no haberle nombrado Vicepresidente a pesar de su popularidad, Coolidge había dado crédito y apoyo al rechazo en el seno del Partido Republicano que había despertado la anterior colaboración de Hoover en la Administración Wilson<sup>1745</sup>, y que aun persistía en 1928.

### 7.c. El fin de una era: H. Hoover

Tras la renuncia de Coolidge para presentarse de nuevo a las elecciones de 1928, Herbert Hoover<sup>1746</sup> (1929-1933) logró la nominación Republicana venciendo posteriormente a su rival Demócrata, Alfred E. Smith, por poco más de seis millones de votos populares y por 444 votos electorales a 87, convirtiéndose en el trigésimo primer Presidente estadounidense. Nacido el 10 de agosto de 1874, fue el primer Presidente en nacer al oeste del Mississippi y de confesión cuáquera. En la Universidad de Stanford desarrollaría todas sus habilidades que le sirvieron para convertirse en un ingeniero de prestigio, conocía como pocos estadounidenses Asia, África y Europa, lo que le valió para amasar una fortuna antes de ser llamado por la Administración Wilson, donde Hoover se ganó fama nacional durante su etapa al frente de la Administración de Alimentación, encargada del control del envío de víveres a Europa durante y después de la I Guerra Mundial; época en la que tomó conciencia de la necesidad de Estados Unidos de mantenerse alejado de los asuntos europeos, pues compartía con Wilson su desconfianza ante ambos bandos de la contienda, suspicacia

<sup>1744</sup> JOHNSON, op.cit., p. 720.

<sup>1745</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 217.

<sup>1746</sup> Para ver datos biográficos consultar GRAUBARD, op.cit., p. 228-243 y [www.whitehouse.gov/history/presidents/hh31.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/hh31.html)



que se vería aumentada tras conocer los términos de la paz. Para Hoover, era esencial ayudar a Alemania, pues estaba convencido de que de lo contrario el hambre atraería a la revolución; separándose así de la *realpolitik* europea y convirtiéndose con ello a Estados Unidos en la única gran reserva moral del mundo. Su colaboración con Wilson le apartó de la nominación Republicana de 1920, y como hemos visto, casi le cuesta la de 1928, pero no le apartó del Gobierno, cuya labor como Secretario de Comercio resultó fundamental a la hora de implementar la diplomacia del dólar durante toda la década de 1920.

Aunque era partidario de una política exterior más activa que la de su predecesor, el crack del 29 supuso una carga demasiado pesada que puso fin a los sueños de un sistema mundial cooperativo basado en el comercio y en la internacionalización de la política de Puertas Abiertas, con el aumento de los aranceles y el impago de las deudas de guerra derivados de la aplicación de políticas nacionales proteccionistas<sup>1747</sup>, demostrando que la falta de responsabilidad política no se podía compensar con la conectividad económica, pues si bien en el patio trasero latinoamericano Estados Unidos podía valerse de la influencia económica para contrarrestar su inactividad política, no sucedía lo mismo en otras áreas geográficas.

En su discurso inaugural H. Hoover mostraba un optimismo inquebrantable en la pujanza estadounidense tras la Gran Guerra, esencial para el resto de naciones pues “desde esa fortaleza hemos contribuido a la recuperación y progreso del mundo”<sup>1748</sup>, ya que habiendo alcanzado el mayor grado en prosperidad y seguridad que nunca ha existido en la historia, Hoover pensaba que con ello “América ha dado un coraje y esperanza renovados a todos aquellos que confían en el gobierno por el pueblo”<sup>1749</sup>, es decir, siguiendo claramente la línea de la diplomacia del dólar, Hoover medía la influencia estadounidense en términos de desarrollo económico, no de poder como lo hubiera hecho T. Roosevelt, ni de liderazgo moral activo como fue el caso de Wilson, bien al contrario, en la década de 1920 Estados Unidos con su ejemplo había mostrado el camino a seguir, y con ello los Republicanos creían hacer todo lo que el país podía en el campo internacional.

Por supuesto que Estados Unidos tenía problemas, el propio Hoover reconocía el aumento de la criminalidad, las dificultades para hacer cumplir la ley seca o las malas condiciones de salud pública (pues Hoover era partidario de crear un sistema de salud universal como el educativo) como las peores amenazas internas del país. Ya en el plano internacional, Hoover declaraba que el mundo entero estaba en paz y que “los peligros a la continuación de esta paz hoy son de largo el miedo y las sospechas que aún persiguen al mundo”<sup>1750</sup>, de ahí que viese el Pacto de París como la encarnación de la postura estadounidense hacia el resto de naciones, basada en el desarme y el arbitraje, y que también se materializaban en la Corte Internacional de Justicia, a pesar de la no participación de Estados Unidos en ella, y cuyas “reservas

---

<sup>1747</sup> NINKOVICH, op.cit., p. 106 y SCHULZINGER, op.cit., p. 148.

<sup>1748</sup> HOOVER, Herbert, discurso inaugural del 4 de marzo de 1929, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=21804&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=21804&st=&st1=)

<sup>1749</sup> *Ibíd.*

<sup>1750</sup> *Ibíd.*



puestas sobre nuestra adherencia no deben ser malinterpretadas”<sup>1751</sup> ya que no implicaban ningún “privilegio o ventajas especiales sino sólo clarificar nuestra relación con opiniones consultivas y otras materias que son subsidiarias al principal propósito de la Corte”<sup>1752</sup>, y con el que Estados Unidos no podía estar más de acuerdo, la resolución pacífica de las controversias. Para Hoover “la paz puede ser promocionada con la limitación de las armas y por la creación de los instrumentos para la resolución pacífica de controversias. Pero sólo será una realidad a través del autocontrol y el esfuerzo activo en amistad y servicio”<sup>1753</sup>, es decir, Hoover reiteraba la negativa Republicana a considerar a la Sociedad de Naciones como la única agencia capaz de lograr la paz mundial, y consideraba más bien la voluntad particular de cada nación al respecto, y no una organización internacional, como la verdadera base de dicha aspiración, en dicho apartado Estados Unidos podría mostrarse como el campeón mundial de la paz a través de su ejemplo y su esfuerzo en pos del desarme y el arbitraje.

En Latinoamérica la crisis económica sirvió para que incluso la política basada en el reconocimiento de los Gobiernos a través de su carácter democrático (electoralismo) fuese demasiado costosa para los intereses estadounidenses en la región<sup>1754</sup>, de este modo Hoover acabó con la Doctrina Wilson, regresando a la anterior estrategia de reconocer aquellos Gobiernos que mantuvieran el orden, siendo la estabilidad el principal objetivo. Así, sin respaldo internacional y el reconocimiento de sus vecinos, se reconoció en 1934 al Gobierno golpista en El Salvador, dos años antes no había sucedido lo mismo con el golpe de Estado de la izquierda en Chile, al negarse a reconocer al nuevo Ejecutivo; se primaba así la estabilidad por encima de la democratización, e incluso se prohibió el envío de armas a movimientos rebeldes que se alzaban contra Gobiernos ya establecidos. En Honduras no se intervino pese a las amenazas contra los rebeldes, en la República Dominicana no se protestó ni siquiera cuando Trujillo se hizo con el poder, lo mismo que en Guatemala, donde incluso se reconoció al golpe de Estado tras celebrarse las oportunas elecciones y en Haití comenzó la evacuación de las tropas de la isla (completada ya con F. D. Roosevelt en la Casa Blanca). En todo caso, se había acabado la época del gran garrote y del intervencionismo wilsoniano, como el propio Hoover se encargara de recordar “nuestra negativa a la intervención militar en los países latinoamericanos”<sup>1755</sup>, y colocaba a la ayuda mutua en el centro del panamericanismo, encarnado a la perfección por la Unión Panamericana, que ofrecía un ejemplo al resto del mundo en lo que a resolución pacífica de controversias se refería, a través de la “mediación, conciliación y el arbitraje”<sup>1756</sup>, de modo que “el propósito común para eliminar la guerra y la determinación para alcanzar paz y seguridad representan una gran contribución de las Américas a la civilización

---

<sup>1751</sup> *Ibíd.*

<sup>1752</sup> *Ibíd.*

<sup>1753</sup> *Ibíd.*

<sup>1754</sup> NINKOVICH, op.cit., p. 29 y LOWENTHAL, op.cit., p. 29.

<sup>1755</sup> HOOVER, Herbert, discurso ante el Club Gridiron del 26 de abril de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22173&st=latin&st1=america](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22173&st=latin&st1=america).

<sup>1756</sup> HOOVER, Herbert, discurso ante la Unión Pan Americana del 14 de abril de 1931, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22605&st=latin&st1=america](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22605&st=latin&st1=america)



moderna”<sup>1757</sup>. Derivado de la unidad de interés de las Repúblicas americanas, Hoover pronto se encargaría de destacar las diferencias con la Sociedad de Naciones, pues

de ningún modo estamos intentando desarrollar un superestado, ni interferir en la libertad de acción de ninguno de los Estados miembros de la Unión, sino más bien desarrollar una atmósfera de buena voluntad- un espíritu de cooperación y mutuo entendimiento- en la que cualquier diferencia que surja, sin importar lo importante que sea, encuentre pronta solución<sup>1758</sup>

Por tanto, como ya hicieran anteriores administraciones, Hoover puso el ejemplo de la política estadounidense en la región como el camino a seguir por la comunidad internacional, hallando en la colaboración sin vinculación política estrecha el mejor método para alcanzar la paz. De este modo se promocionaba la democracia en aras de la estabilidad en su área de influencia, evitando con ello los costes de la ocupación permanente así como la influencia europea, pero aún así los resultados fueron más bien pobres, lo que convertía en excesivo incluso el gasto del electoralismo. Para Lowenthal, las razones del fracaso de la política estadounidense hacia América Latina en las tres primeras décadas del siglo XX fueron que buscó en muchas ocasiones la Promoción de la Democracia mediante medios no democráticos, lo que nos conduce a la segunda razón, la inconsistencia del apoyo de Washington a la democracia a favor del orden y la estabilidad, ya que como tercera razón Estados Unidos se fijó más en la forma que en la sustancia de esa débil democratización, con su predilección por el electoralismo y el constitucionalismo como criterios para evaluar dicha apertura política, y como cuarta razón, esta vez no achacable a Estados Unidos, el escaso apoyo recibido en la región a la Promoción de la Democracia, quienes sí lo hacían era en base a criterios de poder, y los pocos demócratas que existían no querían saber nada del intervencionismo norteamericano<sup>1759</sup>.

Así pues, si en un principio la Promoción de la Democracia en la región fue utilizada como un medio para asegurar la seguridad nacional, más tarde pasó a convertirse en un fin en sí mismo pues con ello se evitaba la penetración europea y se rebajaban las posibilidades de revueltas internas, aunque aquí también jugó su papel el prejuicio racial que predominaba en Estados Unidos y que veía a sus vecinos del sur como pueblos necesitados de la guía estadounidense para alcanzar la libertad política, contando para ello con sus propios medios, como la influencia diplomática y retórica, el embargo de armas y más raramente el económico, el no reconocimiento y la intervención armada<sup>1760</sup>.

El balance final de la política hacia América Latina durante las tres primeras décadas del siglo XX es pues agrídulce, si por un lado se dejó de lado la política del gran garrote de T. Roosevelt, cuya principal preocupación fue evitar la intromisión europea en el continente y desterrar del mismo a la monarquía, el intervencionismo democratizador, igualmente coercitivo, que le sustituyó con Wilson, no mejoró demasiado el resultado, a la postre, el electoralismo sirvió a Estados Unidos lo mismo

---

<sup>1757</sup> *Ibíd.*

<sup>1758</sup> *Ibíd.*

<sup>1759</sup> LOWENTHAL, *op.cit.*, p. 35.

<sup>1760</sup> *Ibíd.*, p. 8.



para la demostración de que sus valores triunfaban, para la pacificación y para legitimar determinados Gobiernos que como estrategia de salida de sus tropas<sup>1761</sup>.

En Asia Hoover no hizo demasiado por evitar la conquista japonesa de Manchuria, creando su Estado títere de Manchukuo, consciente de que Estados Unidos no podría afrontar los costes económicos, políticos y militares de una guerra librada por defender la integridad territorial china, tan sólo se refugió en la estrategia ideada por su secretario de Estado Henry Stimson, la llamada Doctrina Stimson de no reconocimiento de cualquier cambio territorial o administrativo impuesto por Japón en China<sup>1762</sup>. El expansionismo nipón había fijado como una de sus prioridades Manchuria, en la que ya tenía un pie merced al control de la Compañía Ferroviaria del Sur de Manchuria, y un incidente con las tropas chinas en septiembre de 1931 le concedió la excusa perfecta para iniciar su invasión, escasamente resistida por las fuerzas chinas y que se completaría en menos de un año, y cuando la Sociedad de Naciones, tras realizar un informe, dictaminó en 1933 en contra de Japón, éste reaccionó retirándose de la Sociedad, consciente de la debilidad de la comunidad internacional para frenar su celo expansionista.

La reacción estadounidense ante tales acontecimientos fue más bien tibia, y a pesar de que miembros de la Administración como el Secretario de Estado H. Stimson o el general D. MacArthur estaban a favor de imponer sanciones económicas, aun al precio de arriesgar con ello una guerra con Japón, el Presidente Hoover no quería oír ni hablar de tal posibilidad<sup>1763</sup>. En su mensaje anual al Congreso de diciembre de 1931, el Presidente Hoover declaraba al respecto que

las dificultades entre China y Japón nos han preocupado enormemente, no sólo por el mantenimiento del espíritu del Pacto Kellogg-Briand, sino por el mantenimiento de los tratados en los que somos parte asegurando la integridad territorial de China. Es nuestro propósito ayudar para encontrar soluciones que apoyen el espíritu de esos tratados<sup>1764</sup>

Es decir, la invasión japonesa ni siquiera era nombrada, calificando la situación de mera dificultad, por la que Estados Unidos sólo se veía afectado a causa de los tratados firmados en el pasado, no por una condena expresa a Japón o por lazos de solidaridad hacia China, y por ello se urgía a ambos países por igual a resolver pacíficamente sus disputas. Como se ha señalado, lo más que pudo hacer la Administración estadounidense fue anunciar la Doctrina Stimson, por la que “éste Gobierno no reconocerá ninguna situación, tratado o acuerdo alcanzado por la fuerza entre Japón y China y en oposición a los acuerdos del pacto Kellogg”<sup>1765</sup>. Para los Republicanos dicha doctrina, adoptada más tarde incluso por la Sociedad de Naciones, “representa hoy una contribución importante a la ley internacional y una significativa barrera moral y material para prevenir que una nación obtenga los frutos

---

<sup>1761</sup> *Ibíd.*, p. 7.

<sup>1762</sup> [www.state.gov/r/pa/ho/time/id/16326.htm](http://www.state.gov/r/pa/ho/time/id/16326.htm)

<sup>1763</sup> FROMKIN, *op.cit.*, p. 381.

<sup>1764</sup> HOOVER, Herbert, discurso anual sobre el estado de la Nación ante el Congreso del 8 de diciembre de 1931, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22933&st=china&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22933&st=china&st1=).

<sup>1765</sup> Plataforma del Partido Republicano del 14 de junio de 1932, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29638&st=china&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29638&st=china&st1=)



de la guerra agresiva. Lo que abre un nuevo camino a la paz y el orden”<sup>1766</sup>. De nuevo una Administración Republicana se apoyaba en la mera retórica de la legalidad internacional para hacer avanzar la causa de la paz mundial, mientras que al mismo tiempo la realidad se empeñaba en refutar tal ilusión con la fuerza de los hechos.

En Europa, la ofensiva nipona se convirtió en el preludio de lo que sería la estrategia nazi<sup>1767</sup>, donde ni la situación económica ni política auguraban nada bueno para el alejamiento estadounidense. La Administración Hoover lo máximo a lo que estaba dispuesta a intervenir en el viejo continente fue a organizar una nueva ronda de desarme en 1930, tan inútil como las anteriores ante el empuje japonés y pronto alemán. Ya en la comisión preparatoria de la Conferencia de Desarme en mayo de 1929, la delegación estadounidense había abogado por incluir el concepto de reducción en lugar del de limitación de la fuerza naval, y el 8 de enero de 1930 partía rumbo a Londres con la finalidad de acabar con “la competición en la construcción de armas navales”<sup>1768</sup> y sabedores de que “el progreso de la paz para el mundo descansa en gran medida sobre los hombros de las cinco delegaciones”<sup>1769</sup>, representantes de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón.

La Conferencia se dilató por espacio de tres meses, alcanzando un acuerdo sobre proporciones navales de diez (1,136 millones de toneladas, por 1,5 millones de toneladas contemplados en la Conferencia de Ginebra) para Estados Unidos y Gran Bretaña, seis para Japón (unas 800.000 toneladas, si bien en algunos tipos de barcos como cruceros ligeros ésta ascendía a siete, en submarinos obtuvo igualdad respecto a las flotas anglosajonas) y 1.67 para Francia e Italia. Hoover se sintió contento con el resultado final de la Conferencia pues, a diferencia del fracaso cosechado en Ginebra en 1927 que había disparado la carrera naval entre las potencias, en 1930

el rasgo más decisivo de sus grandes logros para la paz es la abolición final de la competición en armamento naval entre las grandes potencias navales y el entierro de los miedos y sospechas que han sido el producto constante de la rivalidad de la construcción de buques de guerra<sup>1770</sup>

La reducción de armamento lograda no sólo era esencial para acabar con la carrera naval, sino que con ella también se verían recortados los tremendos gastos económicos derivados de dicha carrera, así, Hoover señalaba que Estados Unidos gracias al acuerdo de Londres gastaría 2,5 veces menos que bajo la base de la Conferencia de Ginebra<sup>1771</sup>. Como vemos, los acuerdos de Londres sirvieron a la Administración Hoover tanto para reforzar la posición militar estadounidense, al sellar la paridad naval, como para garantizar la paz y el desarrollo económico

---

<sup>1766</sup> *Ibíd.*

<sup>1767</sup> HERRING, *op.cit.*, p. 490.

<sup>1768</sup> HOOVER, Herbert, discurso sobre la Conferencia Naval de Londres del 7 de enero de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22147&st=naval&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22147&st=naval&st1=)

<sup>1769</sup> *Ibíd.*

<sup>1770</sup> HOOVER, Herbert, declaración sobre la Conferencia de Londres del 11 de abril de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22151&st=naval&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22151&st=naval&st1=)

<sup>1771</sup> *Ibíd.* “el ahorro no es sólo de Estados Unidos sino de Gran Bretaña y Japón también. El ahorro total al mundo es tal vez de 2.500 millones de dólares... Esta suma dedicada a la empresa reproductiva será un gran estímulo para la prosperidad mundial [...] Todo el acuerdo es un gran paso en la paz mundial y en la garantía de la paridad americana en fortaleza naval”



mundiales de la mano de la reducción del gasto en defensa (a través de una disminución de 230.230 toneladas mundiales en buques de guerra)<sup>1772</sup>, aspectos claves del programa Republicano de entre guerras.

El 1 de mayo Hoover presentaba el texto del tratado de limitación y reducción de armamento naval al Senado. Al defenderlo, Hoover advertía que “la única alternativa a éste tratado es la construcción competitiva de buques con todas sus corrientes de sospechas, odio, mala voluntad y desastre final”<sup>1773</sup>, como la Europa de 1914 demostraba, además, como el propio Hoover ya resaltara “el hecho económico fundamental es que si los recursos de esas otras naciones están libres para el bienestar de sus pueblos y para los propósitos del comercio reproductivo, redundarán en bendiciones para el mundo, incluidos nosotros”<sup>1774</sup>, por todo ello “este tratado marca un paso importante en el desarme y en la paz mundial”<sup>1775</sup> y debía ser aprobado. El Congreso lo ratificó el 21 de julio junto a la resolución que prohibía que Estados Unidos fuese obligado por ningún acuerdo secreto, y al día siguiente el Presidente estampaba su firma en el tratado resaltando que “marcará un gran paso hacia delante para rebajar la carga del militarismo de la espalda de la humanidad y para acelerar la marcha hacia la paz mundial”<sup>1776</sup> además de que con ello Estados Unidos habría “eliminado de la mente del mundo cualquier noción de que Estados Unidos sostiene ideas de agresión, poder imperial o explotación de naciones extranjeras”<sup>1777</sup>.

Con la Conferencia de Desarme, el Plan Dawes, el Pacto Kellogg-Briand y la Conferencia de Londres el Partido Republicano confiaba haber desterrado para siempre la necesidad de ninguna organización internacional, al menos en lo que a la participación estadounidense se refería, para alcanzar la paz mundial, que pensaban se podría lograr con las anteriores iniciativas, sin menoscabo de la independencia y soberanía nacionales. Durante la década de 1920, con Europa aun curando sus heridas de guerra y el resto de potencias a la expectativa, la estabilidad, más que la seguridad, fue la principal preocupación en Washington para las Administraciones Republicanas, estabilidad que intentaron lograr a través de su influencia en las mesas de negociación y de su inigualable posición económica, pero ningún orden mundial puede descansar sobre una base insegura, y en cuanto el pilar económico se descompuso, desestabilizó por completo el resto de instrumentos ideados por Estados Unidos, la Sociedad de Naciones incluida. Con ello los Republicanos no fueron menos idealistas que Wilson a la hora de manejarse en la escena internacional, si éste pretendió dotar de seguridad al mundo con su propio diseño organizativo, aquellos trataron de estabilizar al mundo con los remedios clásicos estadounidenses, olvidándose en ambos casos de los imponderables del poder, pues no siempre la buena voluntad se puede asegurar en los

---

<sup>1772</sup> HOOVER, Herbert, declaración sobre el Tratado de Limitación y Reducción de Armamento Naval del 13 de junio de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22229&st=naval&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22229&st=naval&st1=).

<sup>1773</sup> HOOVER, Herbert, discurso sobre la Conferencia de Londres del 7 de julio de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22275&st=naval&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22275&st=naval&st1=)

<sup>1774</sup> *Ibíd.*

<sup>1775</sup> *Ibíd.*

<sup>1776</sup> HOOVER, Herbert, discurso sobre la Conferencia de Londres del 22 de julio de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22293&st=naval&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22293&st=naval&st1=)

<sup>1777</sup> *Ibíd.*



tratados, por muy buenas palabras que se usen para adornarla y ocultar así su debilidad.

En el viejo continente los inestables equilibrios de posguerra estallaron con la crisis económica y el advenimiento del autoritarismo en gran parte de sus países. Deriva antidemocrática que se venía cuajando desde la década anterior, en España, Italia o Portugal y que culminaría con el Gobierno nazi alemán en 1933. En efecto, en Italia el descontento por Versalles alimentó el fascismo que logró el poder de la mano de Benito Mussolini tras su marcha sobre Roma en octubre de 1922, un año después, Hitler hacía una intentona similar en Munich con su *putsch* que aunque fracasara, le colocó en el centro de la política alemana, en España el régimen de Primo de Rivera fue un aviso de lo que vendría en la década siguiente, y en Hungría con Horthy, Pilsudsky en Polonia o Salazar en Portugal<sup>1778</sup>, la democracia fue arrollada por distintos tipos de autoritarismos, todos ellos desafiantes del orden sancionado en Versalles.

Tampoco el Plan Young pudo revertir la crisis de las reparaciones de guerra alemanas, presentado por el banquero estadounidense Owen D. Young, a petición de los aliados como sucediera un lustro atrás con el Plan Dawes, implicaba un escalonamiento a la baja de los pagos alemanes hasta 1988, incluida una rebaja de tres cuartos del monto total de las reparaciones, pero ni siquiera con ello se logró su aceptación por amplios sectores alemanes, como el dominado por Hitler, y tampoco fue firmado por Estados Unidos al no considerarse parte de los acuerdos sobre las reparaciones alemanas. El 30 de junio de 1930, las tropas aliadas se retiraban finalmente de Renania, dejando un tapón de seguridad desmilitarizado entre Francia y Alemania, un paso más a favor de ésta última y en detrimento de los acuerdos y condiciones de la paz impuesta en Versalles. Pero la espoleta final para hacer saltar por los aires el sistema de seguridad de posguerra la ofreció la crisis económica mundial que llegaría tras la debacle de la bolsa estadounidense en 1929. Por si fueran pocos los problemas políticos y sociales de la crisis en Europa, Hoover había culpado a las economías europeas de la crisis mundial, y cuando quiso darse cuenta de que las medidas nacionales no eran suficientes para combatir el alcance global de la crisis ya era demasiado tarde para frenar el advenimiento de nuevas tormentas en el viejo continente, que ni la suspensión temporal del cobro de las deudas en 1931 pudo evitar. La decisión fue tomada en junio y con ella, con una vigencia de un año

el Gobierno americano pospondrá todo pago de las deudas de los Gobiernos extranjeros al Gobierno americano pagaderas durante el año fiscal que da comienzo el próximo 1 de julio, condicional a una prórroga similar de un año de todos los pagos de deudas intergubernamentales debidas a las potencias acreedoras importantes<sup>1779</sup>

Tal medida reconocía la crítica situación por la que atravesaba Europa, pero en ningún caso Hoover permitiría que se la relacionase con asuntos estrictamente europeos, como el de las reparaciones, pues “el reembolso de las deudas de los

---

<sup>1778</sup> Historia 16. Siglo XX Historia Universal, 8, ABELLA, Rafael “Los años veinte: entre la guerra y la crisis”, p. 16.

<sup>1779</sup> HOOVER, Herbert, mensaje anunciando la propuesta de moratoria sobre deudas internacionales del 21 de junio de 1931, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22720&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22720&st=&st1=)



aliados debidas a nosotros para la continuación de la guerra y las reparaciones, fueron establecidas sobre una base no contingente a las reparaciones alemanas o relacionadas con ellas<sup>1780</sup>, de hecho “las reparaciones son necesariamente un problema europeo por entero con el que no tenemos relación alguna”<sup>1781</sup>, pues “no estamos envueltos en la discusión de problemas estrictamente europeos, de los que el pago de las reparaciones alemanas es uno”<sup>1782</sup>, sino que la moratoria del pago de las deudas aliadas representaba “nuestra voluntad de hacer una contribución a la pronta restauración de la prosperidad mundial en la que nuestro pueblo tiene un profundo interés”<sup>1783</sup>, y aunque Hoover declarase que en ningún sentido remoto aprobaba la cancelación de las deudas, sí que pedía “tiempo para permitir a los Gobiernos deudores para recuperar su prosperidad nacional”<sup>1784</sup>, sugiriendo al pueblo americano ser un acreedor inteligente en su propio interés y ser un buen vecino. Alemania también anunció la suspensión del pago de las reparaciones, tras la quiebra del banco austriaco Crédito Anstalt, que condujo a la interrupción de la actividad de los bancos alemanes en julio de 1931, y en septiembre al anuncio de la salida de la libra del patrón oro y a una nueva devaluación<sup>1785</sup>, al año siguiente, en Lausana se acordaría entre Alemania y los aliados poner fin a las reparaciones ante la imposibilidad de cobrarlas, para entonces Alemania sólo había hecho frente a una octava parte de sus obligaciones.

Los errores de la Administración Hoover durante los meses sucesivos a la caída de la bolsa en octubre de 1929, no pueden considerarse los únicos culpables de la subsiguiente propagación mundial de la crisis, sino que fueron parte de una década de políticas Republicanas basadas en una desigual distribución de la riqueza en el plano interno, favoreciendo al Norte y Medio Oeste urbano y a sus clases medias y altas, en detrimento del Sur y Oeste y de sus granjeros; en el fomento de una economía basada en el estímulo del crédito para la adquisición de bienes y cuya cifra en 1929 ascendía a seis billones de dólares; y en una política arancelaria que impedía al resto de países lograr los dólares necesarios, vía exportaciones a Estados Unidos, para pagar sus deudas de guerra a ese mismo país<sup>1786</sup>. En todo caso, tampoco conviene cargar todas las culpas del lado estadounidense, los europeos también tuvieron su parte en el fracaso de la Sociedad de Naciones, que, nunca hay que olvidar, pertenecía más al imaginario político americano que europeo, además, no es de extrañar por tanto, que durante el periodo de entreguerras el interés común por la paz significase para unos un modo de mantener el *status quo* sin tener que luchar por él, como Gran Bretaña o Francia, mientras que para otros supusiese todo lo contrario, un medio para cambiarlo que no llevase a la guerra, léase Japón o Alemania<sup>1787</sup>. Por tanto, mantener un sistema que en teoría se basaba en un plan beneficioso para todas las partes, mientras en la práctica éstas buscaban sacar la mayor ventaja del mismo en detrimento del resto, era misión poco menos que imposible, y como veremos en el siguiente capítulo, cuando las potencias interesadas en mantener el *status quo*

---

<sup>1780</sup> *Ibíd.*

<sup>1781</sup> *Ibíd.*

<sup>1782</sup> *Ibíd.*

<sup>1783</sup> *Ibíd.*

<sup>1784</sup> *Ibíd.*

<sup>1785</sup> PALAU, *op.cit.*, p. 74.

<sup>1786</sup> COOPER, *op.cit.*, p. 59 y ABELLA, *op.cit.*, p. 29.

<sup>1787</sup> CARR, *op.cit.*, p. 52.



cedieron poder frente a las que pretendían cambiarlo, como sucedería de Locarno en adelante, todo el sistema de seguridad ideado en Versalles se fue desmoronando lenta pero inexorablemente, a favor de nuevo de las típicas políticas de poder<sup>1788</sup>, a las que Estados Unidos contemplaría desde la distancia de su incommovible pureza republicana.

Como se aprecia en sus palabras, a Hoover le faltó la capacidad para relacionar los principales acontecimientos del mundo de entreguerras, déficit sin duda agrandado por el deseo de alejar a Estados Unidos de todas las disputas que no tuvieran relación con sus intereses vitales. Al separar la cuestión de las reparaciones alemanas de la de las deudas aliadas, Hoover aplicaba a la perfección la estrategia clásica estadounidense de no inmiscuirse en los asuntos europeos, so pena de verse involucrado directamente en ellos, lo que redundaría en perjuicio del sistema político norteamericano, lo que no implicaba que Estados Unidos se desentendiera del mundo, simplemente que “entregado a la paz, hará sus propias tácticas políticas”<sup>1789</sup>. Con los Republicanos se descartó por entero la participación de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, confiando en implantar con la letra de los tratados internacionales la resolución pacífica de las disputas, sin comprometer con ello acción alguna para imponer tal diseño, pero lo que había funcionado con éxito durante finales del siglo XVIII y el siglo XIX, difícilmente podría resultar efectivo en la década de 1920, el mundo, y con él Estados Unidos, había cambiado tanto que ningún acontecimiento internacional podría resultarle ajeno a ninguna potencia mundial, la irresponsable estrategia de *vive y deja vivir*, que los Republicanos aplicaron tras la I Guerra Mundial, tocaba a su fin, pero antes de enterrarla para siempre Estados Unidos se hundiría en la segunda mitad de la década de 1930 en el ostracismo de las leyes de neutralidad para despertar sólo en medio de la pesadilla de la II Guerra Mundial.

Con Hoover se cierra una era Republicana caracterizada por una renuncia deliberada a soportar las cargas de ser la heredera británica como primera potencia mundial, y aunque Estados Unidos había cuadruplicado a Europa en la tasa de crecimiento en las dos primeras décadas del siglo XX<sup>1790</sup>, su primacía económica no se vio reflejada en el plano político; sin intervenir en la Sociedad de Naciones, no arriesgando su posición en Asia y con ello dando aliento al expansionismo japonés, permitiendo en Latinoamérica el surgimiento de Gobiernos autoritarios, sin percibir los peligros políticos que se escondían tras la crisis económica en Europa...ejemplos de políticas que son fiel reflejo del retiro político estadounidense durante los felices años veinte. Los costes de dicho retiro los tendría que soportar durante los próximos años, cuando Estados Unidos se unió en torno a la figura de F. D. Roosevelt para devolver a la nación la esperanza y el desarrollo perdidos en la crisis económica.

---

<sup>1788</sup> *Ibíd.*, p. 98.

<sup>1789</sup> HOOVER, Herbert, discurso ante el Club Gridiron del 26 de abril de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22173&st=latin&st1=america](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22173&st=latin&st1=america).

<sup>1790</sup> BOSCH, *op.cit.*, p. 412.



## 8. LA OCUPACIÓN DE HAITÍ, 1915-1934

1898 tuvo una influencia fundamental en la política exterior estadounidense durante el resto del siglo XX, pese a que el Internacionalismo conservador de T. Roosevelt fuese arrinconado primero a favor de la diplomacia del dólar de su sucesor, y por el Internacionalismo liberal democrático de Wilson después. En la ocupación de Haití iniciada en 1915 se pueden observar claros ecos de los principios que informaron al primer ensayo internacionalista en la historia de Estados Unidos. Si bien la Administración Wilson se valió en un inicio de excusas humanitarias para justificar la invasión estadounidense de la isla caribeña, en realidad Haití, como Cuba y Filipinas con anterioridad, representaba una plaza de trascendencia geoestratégica vital para Washington desde que controlara Cuba, se finalizaran las obras de construcción del Canal de Panamá en 1914 y diese comienzo la I Guerra Mundial en Europa ese mismo año. Como comprobaremos en las siguientes líneas, en Haití, más que en ninguna otra parte, los clásicos principios realistas defendidos por Mahan, H. C. Lodge y el propio T. Roosevelt llevaron la batuta en la ocupación de Haití, por encima de los valores e ideales defendidos por el Presidente Wilson, enturbiando con ello los objetivos iniciales y los resultados finales de la misma.

### 8.a. Introducción histórica

Haití proviene del taino Hayiti con el significado de isla montañosa. Cuando en diciembre de 1492 Colón arribó a la isla que nombró como La Española vivían en ella medio millón de indios tainos divididos en varios clanes liderados por sus respectivos caciques<sup>1791</sup>, al norte de la isla Colón fundó el Fuerte Navidad, primer asentamiento europeo en el Caribe. Para el siglo XVII la población taina había perecido y la isla dejó de tener interés económico alguno para España, aunque sí estratégico como punto de paso de los galeones cargados con el oro americano en su camino a los puertos españoles, interés compartido por franceses y británicos que pronto comenzarían a acosar el transporte de las riquezas americanas con la práctica de la piratería, y cuando ya Isla Tortuga era un feudo pirata incontrolable, el Tratado de Ryswick entre España y Francia concedió a ésta el tercio occidental de la isla, rebautizada por los franceses como Saint-Domingue<sup>1792</sup>.

Desde un comienzo, los franceses instauraron un sistema de dominio más estable que el español, creando grandes plantaciones de algodón, índigo, café y sobre todo caña de azúcar, el petróleo del siglo XVIII, que pronto convertiría a la recién posesión francesa en la perla de las islas azucareras. Con ello se hizo imprescindible aumentar la mano de obra, pues una plantación de azúcar requería de media unos 300 trabajadores, por medio de la importación de esclavos africanos, si en 1700 había 9.000 esclavos en las plantaciones, en la década de 1790 sólo al año llegaban unos

---

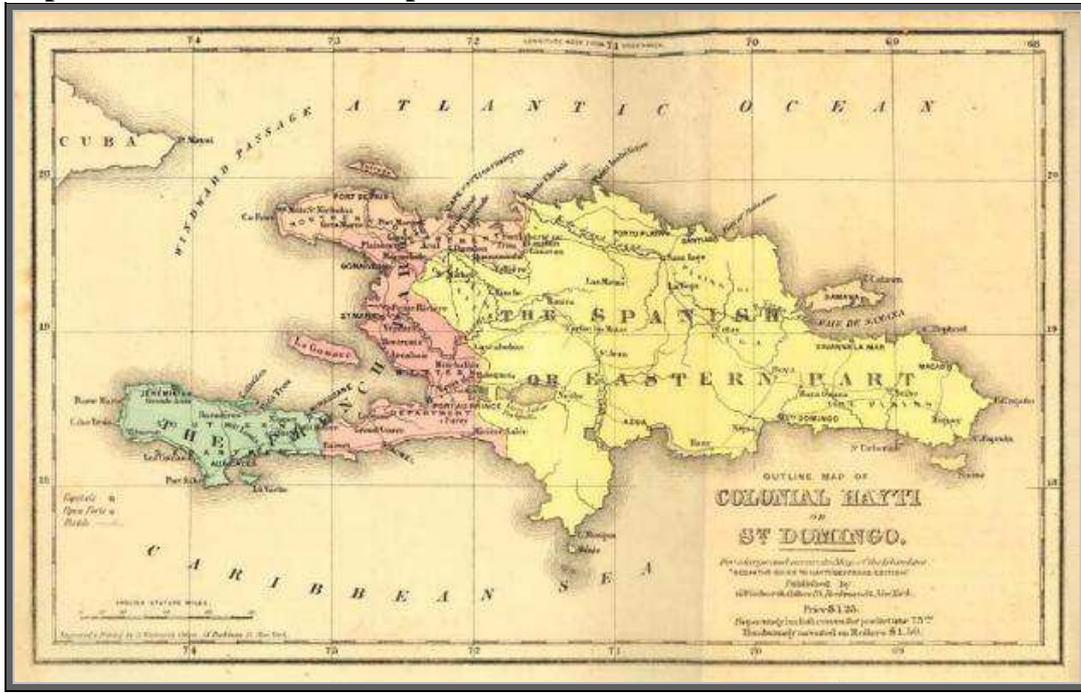
<sup>1791</sup> GIRARD, Philippe *Paradise Lost. Haiti's Tumultuous Journey from Pearl of the Caribbean to Third World Hot Spot*, Palgrave Macmillan, New York, 2005, p. 13.

<sup>1792</sup> *Ibíd.* 18.



48.000 a la isla, para una población de medio millón de habitantes, donde el 90 por ciento de la misma era esclava<sup>1793</sup>.

### Reparto colonial de la isla Española



Fuente: <http://eldomi.com/?m=201002&paged=2>

Los problemas de tener una numerosa población esclava pronto se revelaron a las autoridades francesas, los esclavos huidos a las montañas empleaban tácticas de guerrilla, favorecidos por el terreno montañoso y el apoyo local, para evitar ser apresados, además, la religión practicada por ellos, el Voodoo, sincretismo de creencias animistas africanas y ocultismo católico francés, fue también combatido por las autoridades, de todos modos, lo que uniría a la oposición a la ocupación por parte de la élite local y los esclavos serían las condiciones económicas impuestas por Francia a la isla, pues si a los esclavos se les mantenía bajo un régimen cruel de dominación, a la élite blanca y mulata se les prohibía comerciar con el resto de países, sólo la metrópoli tenía tal privilegio, cercenando así las posibilidades de desarrollo locales<sup>1794</sup>.

No es de extrañar que el primer intento de secesión fuese liderado por la élite mulata en 1790, si bien fue fácilmente derrotado por las autoridades coloniales, el segundo, llevado a cabo por los esclavos, daría a Haití la independencia tras trece

<sup>1793</sup> Haití importaría más esclavos que todo Estados Unidos, ello fue debido a que las altas tasas de mortalidad en las plantaciones de azúcar impedía su reproducción, como sí sucedía en Norteamérica, donde sus condiciones de vida eran menos crueles, a lo que habría que sumar las enfermedades tropicales, que en forma de fiebre amarilla o malaria, diezmaron aún más a la población esclava, que soportaba una mortalidad del 5-6 por ciento anual, *Ibíd.*, p. 23.

<sup>1794</sup> *Ibíd.*, p. 31, la élite blanca podía dividirse entre ricos plantadores y pobres urbanos, monárquicos y revolucionarios, leales e independentistas, nacidos en Haití o llegados de Francia, del medio millón de haitianos, sólo 40.000 eran blancos en 1791, además de los 20.000 mulatos, SCHMIDT, Hans, *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1995, p.21.



años de lucha. En efecto, tras la reunión en la noche del 21 de agosto de 1791 al norte de Haití, los esclavos dirigidos por G. Biassou y J. F. Papillon acordaron iniciar la revuelta al día siguiente en varias plantaciones, aunque los mulatos se unieron a los blancos, lo que puso en peligro el levantamiento, los acontecimientos en Europa les favorecieron, pues con una Francia asediada desde 1793, con Santo Domingo invadido ese año por Londres y Madrid. Para evitar que estos se hiciesen con toda la isla, París concedió la libertad a los esclavos para ganarse el apoyo local, pero era demasiado tarde para ello, y tras la victoria de las tropas de ex esclavos bajo el mando de Toussaint Louverture sobre los mulatos en 1799, sobre los españoles en 1800 y la redacción de una Constitución al año siguiente, los franceses no tuvieron más remedio que reconocer la pérdida de su joya caribeña, que entonces representaba un tercio de su comercio exterior, máxime cuando en 1802 una nueva expedición francesa para recuperarla fracasó, más debido a las enfermedades tropicales, causantes del 90 por ciento de las muertes de sus soldados, que de la pericia de la guerrilla nativa, así, pese a la captura de T. Louverture y su traslado a Francia, los haitianos pudieron vencer finalmente a los restos del ejército galo comandado por el cuñado de Napoleón, el general Leclerc, en noviembre de 1803<sup>1795</sup>.

La Independencia Haitiana se proclamó el 1 de enero de 1804, tras trece años de lucha la mitad de su población había perecido en el conflicto, pero la violencia no cesó con la victoria de los ex esclavos, pues con la presidencia de Dessalines se produjo el asesinato de todos los franceses que quedaban en la isla, con el fin de desalentar cualquier otro intento de conquista de la isla, ganándose con ello la hostilidad de todas las demás naciones<sup>1796</sup>. Al contrario de lo que se pudiera esperar, las autoridades haitianas en lugar de acabar con el racismo en la isla instauraron un nuevo código racial en el que ésta vez blancos y mulatos eran menospreciados por la gran mayoría de la población negra, incluso en la Constitución de 1805 se declaraba a Haití como nación negra, estableciéndose 128 categorías raciales y prohibiéndose la propiedad de tierra local a los extranjeros, aunque al igual que Louverture, Dessalines optó por no repartir las tierras entre los haitianos con el fin de mantener el cultivo basado en grandes explotaciones, cuando la mitad de ellas habían sido destruidas en la guerra, es más, como con su antecesor, se mantuvieron el trabajo forzoso, el monocultivo y la desigualdad social, incluso con un ejército que ascendía al quince por ciento de la población, Dessalines se hizo coronar primer emperador de Haití bajo el nombre de Jacques I, título que le duraría bien poco al ser linchado por sus propios oficiales en 1806, tras lo cual Haití se hundió en un ciclo de violencia interna, quedando dividido en un Norte y en un Sur en constante guerra civil, situación que no se revirtió hasta la unificación de 1820, para entonces, las grandes plantaciones habían dado paso a pequeñas explotaciones donde el café y los cultivos de subsistencia habían reemplazado a la caña de azúcar, con ello la isla no volvería a disfrutar jamás del esplendor económico de finales del siglo XVIII<sup>1797</sup>.

Tras vivir la cara amarga de la independencia, Haití comenzó la normalización de sus relaciones exteriores con la firma en 1825 del reconocimiento de su soberanía por parte francesa, eso sí, tras aceptar el pago de 150 millones de francos en concepto

<sup>1795</sup> *Ibíd.*, p. 50 y SCHMIDT, *op.cit.*, p. 19.

<sup>1796</sup> GIRARD, *op.cit.*, p. 55.

<sup>1797</sup> *Ibíd.*, p. 65.



de compensación a los plantadores franceses. Con ello Haití inauguró su eterna dependencia de los mercados de financiación externa para poder cumplir con su deuda y evitar así ser atacada de nuevo. De todos modos, bajo la presidencia de Boyer, Haití invadió Santo Domingo en 1821, donde permanecería hasta 1844, y al que volvería a atacar en 1849, 1850 y 1855, ya bajo un nuevo emperador, F. Soulouque, Faustino I, que a su vez sería depuesto tras una revuelta en 1859<sup>1798</sup>.

Como se ve, Haití vivió en constante inestabilidad tras su Independencia, 29 de los 34 firmantes de su declaración habían tenido una muerte violenta, y tras tres emperadores ninguna dinastía sobrevivió a su creador, y hasta 1915 sólo un Presidente, Nissage-Saget, pudo finalizar los siete años de presidencia sin ser derrocado, destino que sufrieron 17 de los 24 Presidentes haitianos entre 1806 y 1915, con once Presidentes sirviendo por menos de un año y sólo dos abandonando su puesto de modo pacífico, aunque Saget sufriría tres intentos de golpe de Estado y el palacio presidencial sería destruido en dos ocasiones, eso sólo bajo su presidencia, en un periodo en que se sucedían las guerras civiles y los golpes de Estado en medio de un país que se desarbolaba social y económicamente<sup>1799</sup>. Desde 1888 tal situación desastrosa empeoró aun más si cabe, en ese periodo, ningún Presidente pudo acabar los siete años de mandato, y sólo uno de ellos moriría de muerte natural, lo otros diez serían bien depuestos o bien asesinados, siete de ellos desde 1911, si bien las revueltas y Golpes de Estados no impidieron al débil Estado haitiano pagar su deuda externa, que entonces consumía ya el 80 por ciento de sus ganancias<sup>1800</sup>.

### **8.b. Antecedentes de la ocupación**

Tras la Guerra Civil, el interés de Estados Unidos en el Caribe se intensificó en pleno periodo de competencia por los mercados mundiales, lucha que hacía descansar en muchos casos la expansión comercial sobre el control militar. Como hemos visto en el capítulo anterior, el Internacionalismo conservador al abrazar el realismo del viejo continente hizo suyas las tesis básicas del imperialismo europeo al considerar elementos imprescindibles de toda potencia mundial una gran Armada y puntos clave alrededor del mundo para su avituallamiento, con el objetivo de controlar sus respectivas colonias, de hecho, tras la victoria sobre España, y al calor del Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, el objetivo de Estados Unidos pasó a ser lograr la hegemonía en el Caribe y el Pacífico, de modo que 1903 se intervino en Panamá, en 1905 se controlaban las aduanas de Santo Domingo, en 1909 se ocupaba Nicaragua (control que se ejercería hasta 1933, salvo de 1925 a 1927), en 1915 se ocupaba Haití, al año siguiente Santo Domingo y se compraban las Islas Vírgenes, es más, ya con el Demócrata W. Wilson en la Casa Blanca, Washington no dejaría de aplicar en todas estas intervenciones la política de puertas cerradas en su área de influencia, y a diferencia del resto de potencias, con las que Estados Unidos mantenía

---

<sup>1798</sup> *Ibíd.*, p. 70, las sucesivas invasiones de Santo Domingo dejarían la frontera entre ambos países en su estado actual, si bien el mayor legado de Soulouque sería su reivindicación del orgullo negro, aunque el empobrecimiento de la isla y su autoritarismo le costarían el cargo.

<sup>1799</sup> *Ibíd.*, p. 74 y SCHMIDT, *op.cit.*, p. 27.

<sup>1800</sup> SCHMIDT, *op.cit.*, p. 42.



relaciones basadas en el respeto diplomático, con dichos países Estados Unidos más bien se condujo en la clásica relación colonial<sup>1801</sup>.

Respecto a Haití, Estados Unidos siempre lo tuvo presente en su política exterior desde su Independencia de Francia, así, los comerciantes de Nueva Inglaterra y los dueños de plantaciones del Sur discutieron sobre la idoneidad de reconocer la soberanía de la ex colonia, al final los temores sobre un contagio a los esclavos sureños pesó sobre la decisión de no reconocer al nuevo país, situación que no cambiaría hasta 1862, cuando las autoridades haitianas ayudaron a la Unión en la Guerra Civil estadounidense, si bien ello no impidió que se estableciesen lazos comerciales entre ambos países. En 1868 el Presidente A. Johnson propondría la anexión de Haití y Santo Domingo, igual que su sucesor, U. Grant, pero tal medida fue rechazada por el Senado, a partir de entonces Washington se centraría en evitar que tanto Londres como París se hiciesen con puertos en la isla, máxime cuando la mitad de las exportaciones haitianas iban dirigidas aún a Francia. Así, de 1857 a 1917 la Marina estadounidense visitaría en 19 ocasiones Haití, con la preocupación de que con la excusa de la deuda externa Haití fuese ocupada por otra potencia europea. Para entonces Alemania ya representaba una seria amenaza en el Caribe, acrecentada a partir de 1900, basándose en una estrategia de penetración comercial y unión marital con mujeres nativas para sortear la excluyente legislación haitiana, para 1915 los 250 alemanes afincados en la isla controlaban el 80 por ciento de su comercio local así como el transporte naval, siendo frecuente su financiación a los distintos caciques locales, contribuyendo de ese modo a la inestabilidad interna y con ello a una posible intervención externa<sup>1802</sup>. Por el contrario, los intereses económicos estadounidenses en la isla siempre fueron más bien escasos y los pocos existentes espoleados por el Departamento de Estado, de hecho, para 1913 las exportaciones estadounidenses a Haití representaban una décima parte del uno por ciento de sus exportaciones totales, aunque para la isla suponían ya el 60 por ciento de sus importaciones, además, a ello había que sumar varios contratos para la construcción de vía férrea firmados por compañías estadounidenses y sobre todo los intereses financieros, principalmente del Nacional City Bank de Nueva York en la Banca Nacional haitiana, que actuaba como su Tesoro Nacional<sup>1803</sup>.

De todos modos, ningún otro Presidente volvería a hablar de anexión, así, T. Roosevelt declaraba en 1900 que tras intercambios diplomáticos entre Haití y Santo Domingo se había dejado claro por parte estadounidense que “bajo ninguna circunstancia pretendemos adquirir territorio o posesiones”<sup>1804</sup> en ninguno de esos países, y que incluso “si las dos Repúblicas desearan ser parte de Estados Unidos, Estados Unidos sin duda rechazaría su consentimiento”<sup>1805</sup>.

Con Taft instalado en la Casa Blanca, la principal preocupación pasó a ser impedir que la deuda haitiana condujese a su invasión por una potencia europea, en

---

<sup>1801</sup> *Ibíd.*, p. 8.

<sup>1802</sup> *Ibíd.*, p. 35.

<sup>1803</sup> *Ibíd.*, p. 41.

<sup>1804</sup> ROOSEVELT, Theodore, Mensaje especial del 6 de marzo de 1900, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=69548&st=haiti&st1=#axzz1I0vgxQPq](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=69548&st=haiti&st1=#axzz1I0vgxQPq)

<sup>1805</sup> *Ibíd.*



clara sintonía con el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, para ello era esencial reducir la influencia financiera de británicos y franceses, con ello también se intentaba ganar el mercado caribeño para los productos estadounidenses. Por todo ello en 1910 su Administración presionó para aumentar la participación estadounidense en el Banco Nacional haitiano hasta un 50 por ciento, con ello Estados Unidos ganaría presencia comercial en la isla y ésta sería estabilizada al alejar así el fantasma de una intervención europea aprovechando el desorden interno haitiano<sup>1806</sup>, además, en 1911 la Administración Taft ayudó a resolver la enésima controversia fronteriza entre la República Dominicana y Haití, celebrando una conferencia en Washington con el fin de alcanzar un acuerdo entre ambos países<sup>1807</sup>.

La llegada de W. Wilson a la presidencia no cambió demasiado la política hacia Haití, pese a su retórica idealista su primer mandato supuso un aumento de la implicación de Estados Unidos en la región mediante un activo intervencionismo militar, en parte debido a un escaso conocimiento del Presidente y del propio Secretario de Estado Bryan sobre el Caribe, y que éste intentó suplir nombrando como su asesor sobre el área a R. L. Farmham, antiguo vicepresidente del Nacional City Bank y ex miembro de la junta de gobierno del Banco Nacional haitiano, de hecho, la Administración Wilson se hizo cargo de los principales postulados adelantados ya por Farmham en sus anteriores negociaciones con el Gobierno haitiano, a saber, un control exclusivo de las finanzas nacionales por parte del Banco Nacional, incluidas las aduanas, que redujesen la influencia alemana y francesa en la isla<sup>1808</sup>. De todos modos, las principales consideraciones tenidas en cuenta hacia Haití por la Administración Wilson fueron de carácter estratégico y militar, sobre todo tras la finalización de las obras del Canal de Panamá en 1914, con ello la seguridad de Estados Unidos demandaba el control del Caribe, evitando que los intereses financieros de otras potencias en la región se convirtiese en la punta de lanza de sus Marinas en la zona, máxime cuando en Europa ya se estaban librando los primeros combates de la I Guerra Mundial, exacerbando los temores a una posible penetración alemana en la región vía Haití<sup>1809</sup>. Así, ya antes de la invasión definitiva de la isla, en diciembre de 1914 los marines estadounidenses habían entrado en las dependencias aduaneras de la capital Port-au-Prince, para llevarse a Nueva York 500.000 dólares depositados en las mismas, una más de las seis incursiones en la isla que en el año precedente a la invasión protagonizarían las tropas de Estados Unidos<sup>1810</sup>.

## 8.c. Ocupación

### 8.c. 1. *La invasión*

El 4 de marzo de 1915 J. V. G. Sam tomó posesión como nuevo Presidente de Haití, el sexto desde 1911, el año anterior, 1914, Haití había conocido tres

---

<sup>1806</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 45.

<sup>1807</sup> TAFT, William H, tercer mensaje anual del 5 de diciembre de 1911, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29552&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29552&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq)

<sup>1808</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 53.

<sup>1809</sup> *Ibíd.*, p. 60.

<sup>1810</sup> *The Seizure of Haiti by the United States. A Report on the Military Occupation of the Republic of Haiti and the History of the Treaty forced upon her*, Asociación de Política Exterior, abril de 1922, p. 4.



Presidentes, pero Sam no acabó con la inestabilidad interna y a los cuatro meses de su llegada al poder fue depuesto por un golpe de Estado. Refugiado en la embajada francesa de Port-au-Prince, Sam ordenó la matanza de 167 rehenes mulatos que a modo de garantía tenía retenidos en las cárceles haitianas, pero la matanza de los opositores en cautiverio no amedrentó a los rebeldes, al contrario, la violencia aumentó de grado incluso para los estándares del revuelto Haití, y en un acto de quebrantamiento de toda regla diplomática, los opositores penetraron en la embajada francesa, y sacaron al Presidente Sam para ser descuartizado en plena calle; tales atrocidades parecían culminar todo un siglo de desgobierno y violencia sin fin, y ante el temor a que tal circunstancia fuese utilizada por otra potencia para hacerse con la isla, el embajador estadounidense en ella llamó a la Marina estadounidense a intervenir, orden que se cumpliría el 29 de julio de 1915<sup>1811</sup>.

### Mar Caribe y la posición de Haití respecto a Estados Unidos



Fuente: [www.tlaxcala.es/pp.asp?lg=es&reference=7898](http://www.tlaxcala.es/pp.asp?lg=es&reference=7898)

Como en Cuba años atrás, bajo el paraguas humanitario para prevenir la anarquía y evitar un derramamiento de sangre, los 330 Marines bajo el mando del Almirante Caperton desembarcarían en Port-au-Prince, a los que pronto de unirían refuerzos procedentes de Cuba, sin apenas oposición, cumpliendo así los planes de una invasión concebida en detalle al menos desde noviembre del año anterior<sup>1812</sup>.

Inmediatamente después al despliegue y control estadounidense, el Tesoro haitiano fue puesto bajo la batuta de su Banco Nacional, que en pocas semanas ya dirigía todos los puertos y aduanas del país. Como el Presidente Wilson esperaba que la ocupación durase hasta que se constituyese un gobierno estable y fuerte, se valió de la maquinaria estatal existente para trabajar sobre el terreno, si bien como primer Presidente haitiano de la ocupación el Almirante Caperton optó por rechazar al líder de la oposición al depuesto Sam, R. Bobo, por considerarlo peligroso para los

<sup>1811</sup> GIRARD, op.cit., p. 76.

<sup>1812</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 68.



intereses estadounidenses, a favor del más dócil Presidente del Senado haitiano, P. S. Dartiguenave, quien se había comprometido a aceptar todas las condiciones estadounidenses. El 12 de agosto una Asamblea haitiana tutelada por la atenta mirada de los marines elegía a Dartiguenave como nuevo Presidente de la nación, tras lo cual el 3 de septiembre Caperton declaraba la ley marcial sobre Haití, sin embargo, pese al control militar de la isla y con un nuevo Presidente, Estados Unidos debía buscar aun legitimar su ocupación unilateral del país caribeño, por ello impulsó la aprobación de un tratado bilateral que estipulase los términos de la misma, en él se recogería que Estados Unidos ayudaría a Haití en su desarrollo económico, poniendo sus finanzas en una base firme mediante el envío de un asesor financiero, controlando sus aduanas, organizando una nueva fuerza policial, prohibiéndose la cesión de territorio haitiano a cualquier otra nación y estableciendo una vigencia para el acuerdo de diez años; sin participación nativa alguna en su elaboración, el Tratado fue aprobado por un Senado haitiano bajo presión el 15 de noviembre, y con la promesa de un nuevo préstamo si lo hacía, y por el Senado estadounidense sin debate alguno en febrero de 1916<sup>1813</sup>, tras lo cual el Almirante Caperton fue sustituido por el Coronel L. Waller, que junto a su segundo al mando, el Mayor S. Butler, hicieron descansar aun más la ocupación sobre la administración militar, arrinconando a las autoridades locales y aumentando con ello el rechazo local a la ocupación<sup>1814</sup>.

### 8.c.2. I Fase, 1915-1922

Tras una invasión sin sobresaltos, pronto llegaron los problemas de la ocupación, con escasez de alimentos provocada por el corte de carreteras efectuado por las guerrillas de resistencia, y el rechazo de la población haitiana a la presencia de marines en sus ciudades, obligando a las patrullas a circular por el medio de las calles para sortear los despojos arrojados a ellos desde las casas. En todo caso su principal misión era acabar con las guerrillas de los *cacos* establecidas en el interior del país, compuestas por campesinos armados al servicio de los jefes locales contrarios a la ocupación y al gobierno de Dartiguenave, finalmente, la compra de estos últimos y su posterior desarme lograron neutralizarlas, tras lo cual, en diciembre de 1915, se creó la policía haitiana bajo el mando del General Butler. Inicialmente de 1.500 efectivos,

---

<sup>1813</sup> Por el Tratado se establecía la prioridad en los gastos del gobierno haitiano, que primeramente irían destinados a los generados por el personal estadounidense destinado a la isla, en segundo lugar para el pago de la deuda, en tercer lugar para cubrir los sueldos de la policía y en último lugar para el resto de gastos gubernamentales, con ello Estados Unidos dejaba bien claras sus prioridades en la ocupación; además, los mandos de la policía serían estadounidenses, nombrados por el Presidente haitiano, previa propuesta de su homólogo norteamericano, *The Seizure of Haiti by the United States...*, p. 8.

<sup>1814</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 81. Resulta curioso que años más tarde, tras abandonar el ejército en 1931, el Mayor General Smedley Butler se convirtiera en un pacifista convencido, criticando el intervencionismo estadounidense y el belicismo imperante en el mundo de entreguerras, así, en su panfleto de 1935 *War is a Racket*, el otrora condecorado con dos medallas al honor, criticaba en clave aislacionista toda guerra, argumentando que sólo beneficiaban a una minoría de ricos acaudalados que especulaban mientras los demás morían en las trincheras, con ello, la deuda de Estados Unidos había pasado de mil millones de dólares en 1898 a 25.000 millones tras la I Guerra Mundial, cuyo coste para la nación fue de 52.000 millones, 400 dólares *per capita*, pero los 16.000 millones de ganancias de la industria en el mismo periodo sólo fueron a parar a manos de unos pocos, para que no volviese a pasar, además de recuperar la vieja gran regla de G. Washington, Butler abogaba por desterrar el beneficio económica de las guerras, hacer descansar el voto sobre las mismas en quien iba a lucharlas y limitar los ejércitos a propósitos defensivos, con ello se liberarían los recursos para el desarrollo nacional, y no para fines bélicos. BUTLER, Smedley *War is a Racket*, panfleto consultado en [www.archive.org/details/War\\_Is\\_A\\_Racket](http://www.archive.org/details/War_Is_A_Racket)



comenzó a ser operativa desde febrero del año siguiente, con el objetivo de evitar los golpes de Estado y dotar de cierta estabilidad al gobierno de Dartiguenave<sup>1815</sup>, de hecho, la policía pronto se convertiría en el instrumento principal de la ocupación, cumpliendo los marines acantonados en Port-au-Prince el papel de fuerza de reserva, con la policía controlando sus respectivas regiones y evitando el espionaje alemán, pues en medio del conflicto mundial, ésta pasó a ser una función vital dentro de sus cometidos, es más, con la guerra mundial en curso, Estados Unidos procedió a eliminar los intereses económicos alemanes en la isla<sup>1816</sup>.

#### \* Organigrama organizativo de la ocupación

En 1915 la Administración Wilson envió a Haití un grupo de oficiales civiles para encargarse de los cinco sectores clave del gobierno haitiano, a saber, policial, aduanero, finanzas, salud pública e infraestructuras, y si bien la administración militar bajo el mando del Coronel Waller se encontraba al frente de la ocupación, hasta la reforma de 1922 no se estableció una línea de mando clara<sup>1817</sup>.

Tras asegurar el control de la isla, establecer una mínima estructura administrativa y legitimar la ocupación mediante un tratado bilateral, la Administración Wilson decidió que era el momento de dotar a Haití de una nueva Constitución, y en 1917, año en que el Subsecretario de Marina F. D. Roosevelt visitara Haití, las autoridades estadounidenses presentaron un texto totalmente redactado por ellas a la Asamblea haitiana, que en un principio se negó a su aprobación, presentando un texto alternativo y opuesto en gran medida al anterior, negativa que pagaría con su disolución en la primavera de 1917, ordenada por el Mayor Butler, y que fue ejecutada por el Presidente Dartiguenave. Con ello se eliminaba la única institución hostil a la ocupación, aumentando así la influencia estadounidense sobre el Ejecutivo haitiano, al final, la Constitución fue aprobada en plebiscito el 12 de junio de 1918 por el 98 por ciento de los votos, contabilizándose sólo 768 votos en contra, en unos comicios controlados en su totalidad por la policía haitiana, con detención de opositores incluida<sup>1818</sup>.

La Constitución de 1918 constaba de 128 artículos, más uno especial y cinco disposiciones transitorias, reconociéndose en el primero de aquellos que “la República de Haití es una indivisible, libre, soberana e independiente”<sup>1819</sup>, siendo inviolable su territorio por ningún tratado o convenio, además se permitía la propiedad a los extranjeros residentes en Haití (Art. 5), se abolía la pena de muerte en materia políticas, salvo para el delito de traición (Art. 15), se garantizaban la libertad

<sup>1815</sup> Lo mismo se haría en Cuba, República Dominicana y Nicaragua, institución que a la postre sería utilizado por los futuros dictadores Batista, Trujillo y Somoza, SCHMIDT, op.cit., p. 86, en el caso haitiano la falta de personal cualificado debido al analfabetismo reinante y las malas condiciones físicas de los haitianos, sumado al rechazo a la ocupación, previnieron tal resultado.

<sup>1816</sup> Se confiscaron sus propiedades en la isla y se deportó a sus nacionales, tras retenerles en campos de internamiento, además de cambiar posteriormente la Constitución haitiana con el objetivo de eliminar la ventaja alemana al haberse casado con mujeres nativas, SCHMIDT, op.cit., p. 95.

<sup>1817</sup> GIRARD, op.cit., p. 80.

<sup>1818</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 100, los votos totales tan sólo representaban al 5 por ciento de la población haitiana, tal índice de abstención da idea de la oposición al proyecto estadounidense.

<sup>1819</sup> *Constitution de 1918 de la République D'Haiti*, Art. 1, texto consultado en [www.archive.org/details/constitutionde1900hait](http://www.archive.org/details/constitutionde1900hait)



de opinión, religión y reunión (Art. 16 a 21), se hacía descansar la soberanía nacional sobre la ciudadanía haitiana, que era delegada a los poderes independientes Legislativo, Ejecutivo y Judicial (Art. 27 y 28), el Legislativo estaba compuesto por la Cámara de Diputados y el Senado (Art. 31)<sup>1820</sup>, ambas Cámaras formaban la Asamblea Nacional encargada de la elección del Presidente, la declaración de la guerra bajo petición ejecutiva y aprobar o rechazar los tratados con otras naciones (Art. 42) y la elaboración y discusión de leyes (Art. 54 a 70), respecto al Ejecutivo, el Presidente de la República sería elegido por cuatro años, seis tras la enmienda de 1928, siendo necesario para ello ser de padre haitiano, tener los 40 años cumplidos y gozar de los derechos civiles y políticos (Art. 73), pudiendo nombrar y revocar a sus Secretarios de Estado, haciendo ejecutar y cumplir la leyes, preservando la seguridad interior y exterior de la nación, realizando los tratados internacionales y comandando las fuerzas armadas del país (Art. 75), siendo sustituido de sus funciones en caso de necesidad por el Consejo de Secretarios de Estado (Art. 77), dicho Consejo de Estado estaba formado por los cinco Secretarios de Estado elegidos por el Presidente (Art. 83), en cuanto al Poder Judicial, los jueces eran nombrados por el Presidente de la nación, repartidos desde el Tribunal de Casación hasta los Tribunales inferiores (Art. 89 y 90). Las finanzas quedaban reguladas por el Título IV, según el cual los impuestos debían establecerse por leyes de carácter anual (Art. 109), en el Título V se reglamentaba la Fuerza Pública, establecida para la seguridad interior y exterior de la República, la garantía de los derechos del pueblo y el mantenimiento del orden (Art. 118) y en el Art. 128 se establecía el mecanismo de enmienda de la Constitución.

En el Artículo Especial se recogía que “todos los actos del Gobierno de Estados Unidos durante la ocupación militar de Haití son ratificados y validados”<sup>1821</sup>, no pudiendo ser denunciados los actos bajo órdenes de ocupación, quedando igualmente ratificados y validados los actos del Poder Ejecutivo haitiano.

#### \* La revuelta *caco* de 1919

El Presidente Dartiguenave procedía del Sur de la isla, detalle importante en un país tan dividido socialmente, así, cuando a las autoridades militares estadounidenses no se les ocurrió mejor idea que, procedente de la Constitución de 1864, recuperar la figura del *corvéé*, o trabajo forzoso si no se quería pagar una tasa para mejorar las infraestructuras locales, la medida no sentó nada bien en el Norte de la isla, al recordarle el gobierno autoritario sufrido bajo los franceses, de nada sirvió que las carreteras pasasen de poco más de tres millas en 1915 a 470 en 1918, el daño estaba hecho y la excusa servida para una nueva revuelta, que ni la abolición del *corvéé* en 1918 pudo evitar<sup>1822</sup>.

La revuelta estaba liderada por Charlemagne Peralte, que incluso en el Norte constituyó un gobierno provisional, con una estrategia de guerra de guerrillas no pudo

<sup>1820</sup> Mientras los Diputados serían elegidos a razón de uno por cada 60.000 electores, los Senadores lo serían en base territorial, dividido el país en los departamentos del Oeste, del Norte, del Sur, de Artibonite y del Noroeste, por sufragio universal directo, *Ibíd.*, Art. 32 y 37.

<sup>1821</sup> *Ibíd.*, *Article Special*.

<sup>1822</sup> GIRARD, *op.cit.*, p. 80 y SCHMIDT, *op.cit.*, p. 100.



mantener por mucho tiempo la sublevación, él mismo sería asesinado por soldados americanos tras la traición de sus subordinados, y el golpe de gracia fue su derrota definitiva tras un intento de tomar la capital Port-au-Prince, y para mayo de 1920 ya se había sofocado por completo, dejando en ambos bandos un agrio recuerdo debido a la crueldad con que se enfrentaron, tanto por la dura represión estadounidense como por varios actos salvajes cometidos por haitianos contra marines, con un balance final de 2.250 muertes nativas por trece norteamericanas<sup>1823</sup>.

La revuelta tuvo una gran influencia en la ocupación, no por acabar con el trabajo forzoso, que continuó empleándose en varias zonas de la isla, sino porque acabó con los planes de la Administración Wilson de abandonar Haití tras la finalización de la I Guerra Mundial, incluso el manejo de la revuelta jugó un papel importante en la campaña presidencial de 1920, perjudicando a los Demócratas y siendo la razón principal de la reforma de la ocupación emprendida por los Republicanos en 1921<sup>1824</sup>.

La revuelta *caco* de 1919 puso en evidencia que la ocupación estadounidense llegó cargada con los estereotipos racistas de anteriores guerras e intervenciones (con los indios americanos, con los filipinos...), y con el principal objetivo de asegurar el control del Caribe por Estados Unidos, y sólo residualmente el desarrollo de la isla. De hecho, el legalismo wilsoniano condujo al autoritarismo al considerar a los haitianos incapaces para autogobernarse, incluso la Constitución de 1918 sirvió más a los intereses estadounidenses que a los locales, y como demuestra la disolución de ambas Cámaras Legislativas y su substitución por el Consejo de Estado, se contravinieron los principios del internacionalismo liberal en aras de asegurar la ocupación, circunstancia que la recuperación del *corvéé* dejaría bien a las claras, eliminando así cualquier posibilidad a un mayor reparto de las tierras entre los haitianos<sup>1825</sup>.

### 8.c.3. II Fase, 1922-1930

Si durante el mandato de Wilson la ocupación nunca gozó de una dirección plena, pues la I Guerra Mundial consumió gran parte de los esfuerzos de la política exterior en Washington, con la victoria Republicana y bajo la presidencia de W. Harding se creó una Comisión de investigación en el Senado con el fin de esclarecer los motivos de la revuelta y reorganizar la ocupación con el fin de centralizarla. Formada por tres Senadores y presidida por el Republicano de Illinois M. McCormick, en el texto final que elaboraron se decantaban más por una reforma de la ocupación que por abandonarla, consistente en centralizar el mando de la misma, desterrar por completo la práctica del *corvéé*, además de acercar el personal estadounidense a los haitianos, y en especial a sus autoridades, de todos modos, el informe también elogiaba las labores en infraestructuras realizadas hasta el momento, abogaba por no reducir el contingente de marines destinado en la isla, eliminar la ley marcial y comenzar un plan de industrialización, todo ello dirigido por un Alto

---

<sup>1823</sup> GIRARD, op.cit., p. 82.

<sup>1824</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 107.

<sup>1825</sup> *Ibíd.*, p. 12.



Comisionado con poderes de Ministro Extraordinario y Enviado Plenipotenciario nombrado por el Departamento de Estado, que supervisaría tanto a los marines, como a la policía y a los enviados civiles<sup>1826</sup>.

Como primer Ministro Extraordinario se pensó en el General S. Butler, prefiriendo a un militar que a un civil para el puesto, pues el orden seguía siendo la prioridad en la ocupación, aunque finalmente se nombró en febrero de 1922 al General J. H. Russell por considerarle más adecuado para el cargo. Así, tras su llegada a Haití emprendió una serie de políticas progresivas en materias educativa y económica, intentando en todo momento mantener unas buenas relaciones con la élite haitiana, a pesar de no tener en muy alta estima las capacidades del pueblo haitiano<sup>1827</sup>. Coincidiendo con la llegada del General Russell, el gobierno haitiano también sufrió cambios importantes, Dartiguenave fue sustituido en junio de 1922 por L. Borno, Presidente del Senado haitiano y admirador del desarrollismo de Mussolini, que se encontraba en plena sintonía con el *progresivismo tecnocrático* de Russell, primando un enfoque tecnológico y pragmático basado en la eficiencia y la organización racional de la ocupación<sup>1828</sup>. Russell debía informar al Departamento de Estado en calidad de representante del Presidente estadounidense en la isla, estando bajo su mando la policía, el personal militar y civil, éste último compuesto por 250 oficiales repartidos en los distintos Departamentos, siendo el más importante el de finanzas, pues controlaba el presupuesto nacional, más aun con la reforma del Banco Nacional, rechazada por Dartiguenave y aceptada por Borno, que le concedió más poder sobre la economía haitiana, y con el reajuste de la deuda externa en posesión de Estados Unidos ya en un cien por cien. Con todo ello la ocupación ganó en tranquilidad y apenas recibía atención en Estados Unidos, si bien Senadores como W. H. King, G. W. Norris o W. E. Borah no dejaron de criticarla, incluso el primero presentaría en 1922 una enmienda para impedir que se aprobase más dinero para los marines desplegados en Haití, República Dominicana y Nicaragua, pero fue derrotada por 43 votos en contra por sólo nueve a favor<sup>1829</sup>. El Presidente Coolidge por su parte, defendía las intervenciones en Haití y Nicaragua cuyo único objetivo era “asistir a los pueblos y Gobiernos de esos dos países a establecer la estabilidad, manteniendo ordenadas y en paz las instituciones en armonía con la sociedad civilizada”<sup>1830</sup>, además “estamos allí por su expresa petición y de acuerdo con acuerdos explícitos”<sup>1831</sup>.

#### \* Desarrollo económico-social

Entre 1922 y 1929 Haití vivió un periodo de calma social y estabilidad política desconocida en el último siglo de su historia, que le permitió experimentar un discreto auge económico, ayudado sin duda por el alza de los precios internacionales del café, si bien todos los intentos estadounidenses por inculcar en los haitianos los principios de moralidad política, pragmatismo y eficiencia fallaron debido a las relaciones

<sup>1826</sup> *Ibíd.*, p. 123.

<sup>1827</sup> *Ibíd.*, p. 125.

<sup>1828</sup> *Ibíd.*, p. 15.

<sup>1829</sup> *Ibíd.*, p. 134.

<sup>1830</sup> COOLIDGE, Calvin, discurso en el Campo de batalla de Gettysburg del 30 de mayo de 1928, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=458&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=458&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq)

<sup>1831</sup> *Ibíd.*



raciales, tanto debidas al racismo inherente de parte de las autoridades estadounidenses hacia los haitianos, como de los propios haitianos, pero sobre todo a causa de las diferencias culturales. El desdén estadounidense por el legado de la cultura francesa fue acompañado por la repulsa de la élite haitiana al trabajo manual, que nunca aprovechó los programas educativos puestos en marcha precisamente para acabar con sus privilegios de clase, pero debido a las altas tasas de analfabetismo la población negra acabó rechazando tanto el elitismo mulato como la propuesta estadounidense de modernización para acabar refugiándose en una exaltación de sus propios valores, naciendo así la negritud liderada por los intelectuales locales<sup>1832</sup>.

Tras haber firmado en 1917 una extensión por 20 años del Tratado de 1915 y así asegurar al sector financiero estadounidense la estabilidad de la ocupación, Washington pudo asegurar tres series de préstamos al Gobierno haitiano, con el principal objetivo de asegurar el pago de la deuda haitiana que para 1924 ascendía a 24,2 millones de dólares, así, del préstamo de 16 millones de dólares de 1922, sólo 2,4 millones pudieron destinarse a trabajos públicos, el resto se lo llevaba el pago de la deuda y demás gastos administrativos, además, a ello habría que sumar la escasa presencia de capital privado norteamericano en la isla a pesar de sus bajos costes laborales, en parte debido a que las autoridades estadounidenses no deseaban que el sector privado se hiciese con la parte del león de la economía haitiana, pero sobre todo a que la propia isla, escasa en recursos naturales, tenía poco atractivo para los inversores, todo ello unido a un descenso de la mortalidad y un ascenso de la natalidad hicieron palidecer los pocos progresos económicos que se dieron en la isla, siempre aquejada de bajas tasas de desarrollo<sup>1833</sup>.

Lo mejor que hizo Estados Unidos fue establecer la ley y el orden en la isla, además, la presencia de más de mil soldados dinamizó la economía local, si bien sus continuas borracheras hicieron que el rechazo a la ocupación creciese entre la población haitiana, más aun cuando la economía no despegaba, con las pequeñas parcelas impidiendo un mayor crecimiento vía exportaciones y el campesinado rechazando la modernización de sus prácticas propuestas por el Servicio Técnico y sus 68 escuelas, 256 profesores y más de 8.800 alumnos<sup>1834</sup>. De todos modos, los logros en infraestructuras fueron destacados, pues en 1929 se habían construido más de mil millas de carreteras y 210 puentes para un parque de casi 3.000 vehículos, además de la restauración del servicio telefónico y telegráfico, la construcción de una estación de radio, nueve muelles, doce de los 16 faros de la isla, cien millas de sistema de regadío más un sistema municipal de aguas, un nuevo palacio presidencial, nueve campos de aviación, una ruta marítima semanal a Panamá, once hospitales modernos y 153 clínicas rurales, todo financiado con impuestos haitianos, sin ayuda externa alguna<sup>1835</sup>.

- **Revolta de 1929**

---

<sup>1832</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 151.

<sup>1833</sup> *Ibíd.*, p. 173.

<sup>1834</sup> *Ibíd.*, p. 185.

<sup>1835</sup> GIRARD, op.cit., p. 84 y SCHMIDT, op.cit., p. 188.



Aun con todo, la ocupación adoleció de numerosos fallos, a la dificultad de integración con la población local, las autoridades estadounidenses en ningún momento se preocuparon de preparar a la clase política haitiana para su independencia, pese a quedar ésta fijada para 1936, tampoco se emprendieron esfuerzos serios por aumentar la base social de apoyo al Gobierno de Borno, incluso en 1926 se anularon los resultados de las elecciones comunales ante numerosos fallos, retrasando con ello las elecciones legislativas para crear una nueva Asamblea, disuelta desde 1917, siendo reelegido Borno por su Consejo de Estado<sup>1836</sup>. No es de extrañar por tanto que el descontento hacia la ocupación y Borno aumentara entre los haitianos, para contrarrestarlo, y tras la aprobación de las enmiendas a la Constitución en 1928, Russell obligó a Borno a convocar elecciones para 1930, pero tras ser pospuestas por éste en octubre de 1929 ante el temor estadounidense a una victoria de la oposición, la coincidencia de un aumento de la presión hacia la prensa opositora, una subida de impuestos, una bajada de los precios del café unida a la mala cosecha de 1928, y a la prohibición de la emigración laboral a Cuba, terminaron por provocar una serie de huelgas que acabaron en un levantamiento general en diciembre de 1929. De nada sirvió que Russell obligara a Borno a prometer que no se presentaría a un tercer mandato, y aunque para mitad de diciembre la revuelta estaba aplastada, en Washington se entendió que la ocupación no podía continuar sin aumentar la represión, hecho que aumentaría el rechazo interno y externo a la misma, por tanto la única salida viable sería evitar en adelante más desordenes y dejar la isla lo antes posible<sup>1837</sup>.

#### **8.c.4. III Fase y retirada, 1930-1934**

La revuelta de 1929 hizo recordar en más de un aspecto a la de diez años atrás, y la Administración Hoover se apresuró en crear una comisión de investigación, y en anunciar su intención de dejar la isla lo antes posible, en consonancia con la nueva doctrina Stimson de 1927 que defendía el respeto a la autodeterminación nacional, con ello la movilización haitiana provocó un cambio hacia políticas menos autoritarias y de mayor transmisión de poder para acelerar la partida de la isla, aun al coste de una victoria de la oposición y de contravenir los intereses de los tenedores de la deuda haitiana, preocupados ante la perspectiva de que una pronta marcha estadounidense pusiese en peligro el cobro de la misma. El Presidente Hoover sabía que Haití representaba una dificultad mayor que la ocupación de Nicaragua, pese a que ésta contaba con la presencia de 1.600 marines y Haití de sólo 700, por ello no dudaba en afirmar “que es un problema más difícil, cuya solución es aun oscura”<sup>1838</sup>, de ahí que enviara “una Comisión a Haití para revisar y estudiar el asunto en un esfuerzo por llegar a alguna política más definida que la presente”<sup>1839</sup>. Para Hoover lo esencial era delimitar “cómo y cuando vamos a retirarnos de Haití. La segunda

---

<sup>1836</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 191.

<sup>1837</sup> *Ibíd.*, p. 206, la primera huelga se realizó en la Escuela Agraria de Damián el 31 de octubre, y rápidamente fue extendiéndose por la isla, hasta alcanzar la dependencia aduaneras de la capital el 4 de diciembre, entonces los disturbios proliferaron en Port-au-Prince, culminando con la muerte de 24 haitiano dos días más tarde, cuando intentaron atacar a varios marines en Cayes.

<sup>1838</sup> HOOVER, Herbert, discurso sobre el estado de la Unión del 3 de diciembre de 1929, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22021&st=haiti&st1=#axzz1I0vgxQPq](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22021&st=haiti&st1=#axzz1I0vgxQPq)

<sup>1839</sup> *Ibíd.*



cuestión es qué vamos a hacer mientras tanto”<sup>1840</sup>, pues Estados Unidos, estando en deuda con el pueblo haitiano, no podía abandonarles sin cumplir con lo pactado, ni dejar el país antes de lo estipulado pues el resultado sería el completo caos en la isla, al contrario “hay una necesidad de reforzar la seguridad de un Gobierno efectivo y estable para que la vida y la propiedad puedan ser protegidas cuando nos retiremos”<sup>1841</sup>, ya que tras haber cumplido los objetivos de la invasión de 1915, como eran la creación de paz y orden, la rehabilitación de las finanzas, la creación de una fuerza policial y el desarrollo de sus recursos naturales, “lo que debemos hacer ahora es definir una política y conocer los pasos siguientes que debemos tomar antes de la expiración del tratado”<sup>1842</sup>, mediante una comisión de investigación.

En dichas circunstancias, la comisión formada en febrero de 1930 y presidida por el antiguo gobernador de Filipinas, W. C. Forbes, dictaminó la necesidad de transferir el poder a los moderados de la oposición, la posterior convocación de elecciones, la sustitución de Russell por un funcionario civil, pese a que se avalaban sus progresos en la isla, y aumentar el número de haitianos en puestos clave de la administración, junto a un descenso progresivo de los marines destinados a la isla, además se criticaba el racismo imperante en la ocupación, el que se primase el pago de la deuda por encima del desarrollo económico y la escasa preparación del personal haitiano para el autogobierno<sup>1843</sup>.

En sustitución de Borno fue elegido Eugene Roy por el Consejo de Estado en abril de 1930, que inmediatamente convocó elecciones para el octubre siguiente en medio de un ambiente de constantes protestas populares; por su parte, a Russell le sucedió el Dr. D. G. Munro, poniendo así fin a la dirección militar de la ocupación. De todos modos, la victoria de Sténio Vincent en las elecciones legislativas, derrotando así a los candidatos pro norteamericanos, complicó las relaciones entre Munro y la presidencia haitiana, pues mientras aquel era partidario de un proceso gradual de devolución de la autonomía, Vincent pedía una transferencia rápida del poder, visión que a la postre se impondría. En agosto de 1931 se acordó un proceso de *haitianización* de la administración, y para octubre responsables haitianos controlaban por completo los Departamentos de Obras Públicas, de Servicio Sanitario y del Servicio Técnico de Agricultura, salvo en el campo financiero, donde el oficial estadounidense aun manejaba el Departamento, manteniendo así a salvo los intereses de la banca estadounidense, de hecho, aunque desde 1933 cabría hablar de supervisión más que de control, hasta 1935 no se concluyó la venta del Banco Nacional al Gobierno haitiano por parte del Nacional City Bank<sup>1844</sup>.

Tras el Acuerdo Ejecutivo del 7 de agosto de 1933 entre los Presidentes Vincent y F. D. Roosevelt, rechazado por la Asamblea haitiana, se acordaba la retirada de las tropas estadounidenses para octubre de 1934, a cambio, la supervisión

---

<sup>1840</sup> HOOVER, Herbert, conferencia de prensa del 4 de febrero de 1930, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22446&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=22446&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq)

<sup>1841</sup> *Ibíd.*

<sup>1842</sup> *Ibíd.*

<sup>1843</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 215. Además, en su estancia en la isla, la Comisión alcanzó un acuerdo entre las diversas facciones rivales evitando con ello nuevos brotes de violencia.

<sup>1844</sup> *Ibíd.*, p. 225, en todo caso, la supervisión estadounidense de las finanzas haitianas no acabaría hasta 1947, año en que se terminó de pagar el préstamo de 1922.



financiera continuaría hasta el pago de la deuda, y al año siguiente, en julio de 1934, en lo que se convirtió en la primera visita de un Jefe de Estado extranjero a Haití, F. D. Roosevelt anunciaba la marcha definitiva de los marines para el mes siguiente, así, el 1 de agosto la policía haitiana asumía el mando militar en la isla y el 15 se celebraba la ceremonia de retirada de la bandera de Estados Unidos, el 21 el Presidente Vincent se autoproclamaba segundo libertador de la nación<sup>1845</sup>. F. D. Roosevelt aplicaba de esa forma su Política de Buena Vecindad a Haití, acabando con la ocupación y poniendo en una nueva base sus relaciones bilaterales con la isla, si bien la autonomía financiera haitiana seguía siendo objeto de supervisión estadounidense, así, el Presidente F. D. Roosevelt esperaba que “ciertamente Haití estará en una posición para mirar a su futuro con la mayor confianza”<sup>1846</sup>.

#### 8.d. Conclusiones

La salida de Haití puso fin al intervencionismo en el Caribe iniciado en 1898, una paradoja que una invasión llevada a cabo bajo el estandarte de las bondades del intervencionismo estadounidense, fuese la que pusiese fin al mismo en plena explosión de la Política de Buena Vecindad<sup>1847</sup>. Quizás el mayor error de la ocupación fue la falta de comprensión por parte estadounidense del papel central que la raza jugaba en la sociedad haitiana, sólo así se explica la aplicación del *corvéé* o la persecución del voodoo, con destrucción de templos y símbolos incluida, además de que los diversos jefes militares estadounidenses se sirvieron de la minoría mulata para cubrir los puestos de máxima responsabilidad, Dartiguenave, Borno y Roy eran mulatos, cuando el 90 por ciento de la población era negra, no es de extrañar que 19 años de ocupación no hicieran de Haití un país estable, próspero, democrático o pro estadounidense, ya que la reforma política fue siempre el flanco débil de la ocupación, sin acabar de entender nunca el arraigado nacionalismo haitiano, tan unido al componente racial, y que condujo al rechazo de la colaboración con la ocupación para que ésta finalmente fracasase, y con ella la futura normalización del país...En 1938 Vincent se adueñó definitivamente del poder al convertirse en el enésimo dictador de Haití, y como había sucedido un siglo atrás con los franceses, tras dos décadas de la marcha de los estadounidenses, todas las infraestructuras erigidas durante su mandato estaban inservibles por falta de cuidado o simple destrucción, ante la ausencia de cuadros locales que las mantuvieran<sup>1848</sup>.

Pese a que la ocupación acabó con el ostracismo internacional en que Haití estaba sumido, ayudó a centralizar el poder del Gobierno, siempre tan débil hasta entonces, y generó el orgullo nacional en torno de la negritud beneficiando a las clases bajas y a la emancipación de la mujer, lo cierto es que la ocupación estadounidense no cambió demasiado las vidas de los haitianos, de hecho, para la década de 1960 Haití seguía teniendo las tasas más bajas en Latinoamérica en

---

<sup>1845</sup> *Ibíd.*, p. 231.

<sup>1846</sup> ROOSEVELT, F. D., declaración conjunta con el Presidente Vincent del 17 de abril de 1934, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14847&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14847&st=haiti&st1=#axzz110vgxQPq)

<sup>1847</sup> SCHMIDT, op.cit., p. 13

<sup>1848</sup> GIRARD, op.cit., p. 90, en 1937 Trujillo masacró a 25.000 inmigrantes haitianos tras ser desalojados de Santo Domingo, el dictador Vincent fijó la compensación a cobrar en 525.000 dólares, suma finalmente repartida entre él y sus aliados, Haití descendía de nuevo al desgobierno del siglo XIX.



esperanza de vida, renta *per capita*, ingesta calórica, alfabetismo (con un paupérrimo diez por ciento)...

La ocupación estadounidense en Haití se expandió durante 19 años, comenzada por la Administración Demócrata de W. Wilson, fue continuada sin reproche alguno por tres sucesivos Presidentes Republicanos, W. Harding, C. Coolidge y H. Hoover, para ser finiquitada por otro Presidente Demócrata, F. D. Roosevelt. Como se ha visto, la Administración Wilson, lejos de aplicar en Haití sus ideales democratizadores, se sirvió más bien de los principios y tácticas defendidos por T. Roosevelt y el Internacionalismo conservador, primando así los intereses geoestratégicos de Estados Unidos sobre el propio desarrollo de la isla, situación que tampoco cambió demasiado durante la diplomacia del dólar, así, no es de extrañar que las contradicciones de una ocupación justificada por la mejora de las condiciones sociopolíticas del pueblo haitiano, pero manejada bajo los clásicos principios coloniales, se mostrase desde un principio como una empresa de dudoso resultado. A las sucesivas revueltas locales, se unió la falta de tacto por parte de las autoridades estadounidenses destinadas en Haití, que ni las reformas aplicadas pudieron erradicar, quizá porque no sólo era una cuestión de personal, pues en un país con el pasado haitiano y entre un pueblo con el 98 por ciento de analfabetismo, es más fácil que prenda el caciquismo autoritario que la democracia responsable, sobre todo si no se ponen los medios adecuados para la imprescindible educación política del pueblo, tarea costosa y cuyos frutos se dan a largo plazo, de ahí que las autoridades estadounidenses se centrasen en las tareas de modernización y estabilización económica, menos onerosas y cuyos resultados pueden verse a corto plazo, pero que si bien imprescindibles, no son garantía por sí mismas de democratización. La primacía de los aspectos técnicos sobre los políticos en el esfuerzo estadounidense, son una prueba de que en Haití, W. Wilson instauró más que nada una especie de mandato de la Sociedad de Naciones, y no una ocupación para la democratización de la isla, más aun cuando el propio Wilson no consideraba a todos los pueblos preparados para la democracia, y menos a aquellos con el pasado turbulento de Haití, pasado que sin duda actuaría como una losa sobre su desarrollo.

Haití demostró a Estados Unidos que ningún país puede ser gobernado por otro sin correr demasiados riesgos, hacerlo requeriría unos costes en los que la nación simplemente no quería incurrir, por no hablar de la inmoralidad política que muchos empezaban a ver en la ocupación de la isla. Como hemos visto, en Haití Estados Unidos se dejó el gran garrote que desde 1898 portaba en la región caribeña, a partir de entonces se comportaría como un buen vecino, más aun en el contexto de crisis económica mundial. El que nada cambiara en la isla pese a los esfuerzos emprendidos durante la ocupación, innegables y elogiados desde el punto de vista material, con un regreso a la anarquía y autoritarismo típicos del siglo XIX, indica que ninguna potencia por sí sola puede imponer a ningún pueblo un determinado modelo político, menos aún si esa potencia se dedica más que nada a defender sus propios intereses. En Haití, al liberalismo no le hizo ningún favor el realismo, confundiendo en muchas ocasiones los medios con los fines y en otras los intereses con los principios.



# Capítulo IV

## F. D. Roosevelt: la refundación wilsoniana. Tercer ensayo internacionalista

### 9- F. D. ROOSEVELT: LA REFUNDACIÓN WILSONIANA

Tras el acalorado debate sobre la Sociedad de Naciones y la amarga experiencia de la I Guerra Mundial, el pueblo norteamericano buscó en el Partido Republicano un refugio frente a las turbulencias de las políticas europeas. Como hemos visto, tras tres Presidentes Republicanos, Estados Unidos quiso retroceder a la diplomacia del dólar, pero en lugar de encontrar mayor tranquilidad y seguridad con lo que se topó fue con la mayor crisis económica de su historia, el crack bursátil de 1929 no sólo acabó con el asombroso desarrollo de la década de 1920, sino que devolvió a la nación a la realidad de un mundo interconectado ya sin remedio. Al elegir a Franklin Delano Roosevelt para sacar al país de la crisis económica, al mismo tiempo el pueblo estadounidense estaba eligiendo sin saberlo al Presidente que le pondría irremisiblemente en la senda internacionalista.

#### 9.a. Biografía

Franklin Delano Roosevelt<sup>1849</sup> nació el 30 de enero de 1882 en Hyde Park, Nueva York, cuando Estados Unidos apenas contaba con 50 millones de habitantes y estaba formado por tan sólo 38 estados. Los Roosevelt procedían de Holanda, de donde partiría en 1650 Claes Martens van Roosevelt hacia Nueva Amsterdam, una vez establecidos en Estados Unidos participaron activamente en su vida pública, así, un tatarabuelo de F. D. Roosevelt se uniría a los federalistas en la Convención constituyente de 1788. Su padre, James Roosevelt, egresado por Harvard en derecho, ejerció como abogado en Nueva York desde 1851, y al estallar la guerra civil permaneció fiel al Partido Demócrata, a diferencia del resto de la familia que se pasó al bando Republicano, si bien mantuvo su apoyo a la Unión. James conoció a su futura mujer, Sara Delano Roosevelt, en una cena organizada por la madre del futuro

---

<sup>1849</sup> Para consultar datos biográficos ver GRAUBARD, op.cit., p. 243- 299, MORGAN, Ted *Franklin Delano Roosevelt, una biografía*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1993, DALLECK, Robert *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1931-1945*, Oxford University Press, New York, 1979, HARPER, J. Lambertoc *American Visions of Europe. Franklin D. Roosevelt, George F. Kennan and Dean G. Acheson*, Cambridge University Press, New York, 1994 y [www.whitehouse.gov/history/presidents/fr32.html](http://www.whitehouse.gov/history/presidents/fr32.html)



Presidente Republicano Theodore Roosevelt. Sara era hija de Warren Delano, quien hizo fortuna con el comercio de te y opio en China, llegando a vivir en Hong Kong de 1862 a 1865 y más tarde también en Europa, en Dresde en 1867, y como toda gran familia estadounidense que se preciara de serlo, Sara podía recitar de memoria doce líneas sucesorias hasta el mismo Mayflower.

F. D. Roosevelt, hijo único, creció en el entorno campestre y elitista de Hyde Park bajo la sempiterna protección de su madre, siendo educado por tutores personales hasta los catorce años, cuando por primera vez ingresaría en una escuela, Groton, hasta entonces su vida había transcurrido entre la casa familiar y los viajes a Europa debido a la mala salud de su padre, que les obligaba a estancias temporales en balnearios alemanes, donde el joven Franklin no llegó nunca a integrarse con sus compañeros, situación agravada sin duda por la germanofobia de su madre. Desde la década de 1850 viajaban a Europa unos 30.000 estadounidenses al año, y la familia Roosevelt no era ajena a dicho tráfico intercontinental, estando su padre conectado con el ala liberal de la política inglesa, contaba con numerosas amistades en la antigua metrópoli, además, una hermana de su madre se encontraba afincada en París. Los primeros viajes de Franklin a Europa comenzaron cuando apenas contaba con tres años de edad, e incluso los cuatro meses de su luna de miel en 1905 transcurrirían por el viejo continente, lo que da una idea del conocimiento de primera mano sobre Europa con el que contaba el futuro Presidente.

En Septiembre de 1896, con catorce años, Franklin abandonaba el hogar familiar para ingresar en una de las escuelas más prestigiosas del momento, Groton, fundada en 1884 por Endicot Peabody, 70 kilómetros al Noroeste de Boston, sirviendo desde entonces como escuela para las futuras élites norteamericanas, y según Morgan como “un campo de entrenamiento darwiniano para el poder”<sup>1850</sup>. En Groton el joven Franklin vio en el rector Peabody el modelo de conducta a seguir, y en su primo Theodore Roosevelt, que por entonces comenzaba a destacar en las filas Republicanas, el modelo de acción, incluso su padre había respaldado al joven Theodore en su candidatura a Gobernador del estado de Nueva York. Por entonces comenzaría a leer a T. Mahan, al recibir como regalo en 1897 la *Influencia del poder naval en la Historia, 1660-1783* y al año siguiente *El interés de América en el poder naval, presente y futuro*, no es de extrañar que al igual que su primo Theodore, la Marina pronto se convirtiera en una de sus principales obsesiones, y al calor de la lectura del Almirante, comprendió que la diferencia entre las viejas potencias como Gran Bretaña o Francia y las nuevas como Estados Unidos o Rusia, estribaba en que éstas últimas no necesitaban de colonias para ver agrandado su poder<sup>1851</sup>. Tras dejar Groton en 1900 ingresó en Harvard, Universidad por la que habían pasado J. Adams, J. Q. Adams, R. B. Hayes y T. Roosevelt, en ella Franklin perdería un debate al defender la independencia filipina para cuando estuviera lista, licenciándose en artes cuatro años más tarde como miembro destacado de la misma al haber sobresalido como editor del diario *Grimson*. En Harvard se había unido al Club Republicano de la universidad en 1900 para marchar por Boston en apoyo de la candidatura a Vicepresidente de su primo Theodore, tan lejos llegaba su admiración por éste que no dudó entre la fidelidad familiar y la política. Tras ello, ingresó en la Universidad de

<sup>1850</sup> MORGAN, op.cit., p. 58.

<sup>1851</sup> HARPER, op.cit., p. 24.



Columbia para estudiar derecho, y en 1907 aprobó el examen de práctica legal, dos años antes, se había casado con su prima en quinto grado Eleanor Roosevelt, sobrina de Theodore Roosevelt, quien le fue entregada en la ceremonia a Franklin por su admirado primo, para entonces el menor de los Roosevelt estaba determinado a seguir los pasos de éste y entrar en el mundo de la política.

Para F. D. Roosevelt, la vida de su primo Theodore se podía resumir en un ejemplo de que

con claridad de visión, con energía, con una fe inquebrantable él trabajó su entera y ardua carrera para transformar las políticas de un tráfico corrupto a un servicio público. Con una gran pasión por la justicia y la libertad ante la ley, buscó con la voz, la pluma y con todo recurso a su alcance obtener para todo hombre en toda parte su garantía constitucional de vida, libertad y búsqueda de felicidad<sup>1852</sup>

Además, “todo sobre él fue grande y vital, y por encima de todo, nacional” pues según Franklin “miraba a la nación como un todo, no había nada local o particular en él”<sup>1853</sup>.

### 9. b. Carrera política

Perteneciente a la rama Demócrata de la familia, F. D. Roosevelt (1933-1945) siempre admiró a su primo Theodore como ejemplo a seguir en la vida política, a la que llegó muy pronto gracias a la legislatura de Nueva York, criticando la maquinaria partidista y alabando el buen gobierno. De hecho, Franklin nunca quiso entrar en la política de la mano de Tammany, emulando en ello la rebeldía de su primo Theodore, aun con todo, en 1910 se hizo con un puesto para el Senado de Nueva York por el distrito número 26, por más de 15.000 votos, tras 25 años de dominio Republicano. Desde el Senado estatal Franklin no dudó en enfrentarse a la maquinaria Demócrata y apoyar la elección directa de los Senadores, mostrando por entonces escaso interés por la reforma laboral. En 1912 fue reelegido de nuevo por más de 15.000 votos, pese a no poder hacer campaña debido a una enfermedad. Un año, durante 1911, Franklin conoció al entonces Gobernador Woodrow Wilson que como él se enfrentaba a la maquinaria del Partido. Pronto el futuro Presidente Demócrata se convirtió junto a su primo Theodore en el modelo a seguir en su carrera política, si bien a diferencia de ambos, Franklin se caracterizó por ser un político mucho más práctico, al no permitir que sus principios le impidieran salir victorioso, su flexibilidad a la hora de negociar con sus adversarios contrastaba con el dogmatismo de sus admirados arquetipos<sup>1854</sup>.

No es de extrañar por tanto, que en la convención Demócrata de 1912 apoyara a Wilson, quien finalmente, con más del 40 por ciento del voto popular debido a la división Republicana, acabaría derrotando precisamente a su primo Theodore por

---

<sup>1852</sup> Franklin Delano Roosevelt, discurso en la entrega del Memorial de Theodore Roosevelt del 19 de enero de 1936, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15311&st=&st1=>.

<sup>1853</sup> *Ibíd.*

<sup>1854</sup> MORGAN, op.cit., p. 119.



más de un millón de votos populares y al Presidente saliente R. Taft por casi tres millones, arrasando en los votos electores con 435 por 88 y ocho de sus rivales.

Sin duda que su progresivismo y su temprano apoyo a Wilson le sirvieron para ser nombrado Subsecretario de Marina en marzo de 1913, de nuevo tras los pasos de su primo Theodore. Como aquel, Franklin defendería un aumento de la Marina para situar a Estados Unidos entre las grandes potencias, pues pensaba que su país debía jugar un papel esencial en la arena internacional por el bien de la humanidad, poco que ver con su superior, el Secretario de Marina Daniels, quien estaba dispuesto a evitar conflictos a toda costa, en un momento en que el Departamento contaba con 150 millones de dólares de presupuesto y 65.000 efectivos. El joven Subsecretario estaba más inclinado a usar la Marina como instrumento de poder, como demostró en la guerra con México, donde era partidario de la guerra total, llegando incluso a estar dispuesto a combatir como hiciera anteriormente en Cuba su primo<sup>1855</sup>.

Con el estallido de la I Guerra Mundial las diferencias en el seno del Departamento se hicieron más evidentes, en parte quizá a los fracasos políticos del propio F. D. Roosevelt, quien se vio obligado a descartar presentarse al puesto de Gobernador de Nueva York ante la falta de apoyos en 1914 y también perdería ese mismo año las primarias para el Senado por su estado natal<sup>1856</sup>, en todo caso se sentía cada vez menos a gusto con la neutralidad estadounidense ante el conflicto en Europa, descontento que no hizo más que crecer tras la victoria de Wilson en 1916 sobre Hughes, ante la pasividad del Presidente frente el aumento de la agresividad de los submarinos alemanes, y al inicio de la guerra se enfrentó a Daniels y Bryan por no poner a la Marina en estado de alerta, a los que consideraba representantes del caduco pacifismo del siglo XIX, no dudando en señalar las debilidades de la flota estadounidense y pidiendo la creación de un Consejo de Defensa Nacional para la supervisión de la movilización industrial, e incluso llegó a reunirse con su primo Theodore, el general Leonard Wood y J. P. Morgan para tratar de todos estos temas<sup>1857</sup>, mostrando así su cercanía a las posturas Republicanas respecto a la neutralidad.

A inicios de 1917 F. D. Roosevelt realizó un viaje de inspección de la ocupación a Haití, allí cambiaría de opinión sobre la misma al ver los progresos realizados en materia de Promoción de la Democracia en la isla. Poco más tarde, en abril, Estados Unidos entraba en la I Guerra Mundial. La guerra supuso para Estados Unidos una especie de ensayo del *New Deal*, con un aumento desmesurado del poder federal al controlar los precios y la asignación de recursos en un tremendo esfuerzo bélico, y que en la Marina se tradujo en pasar de apenas 66.000 efectivos a cerca de 500.000 y de 197 navíos a 2.003 en el momento de firmar el armisticio, si bien no se vieron involucrados en ninguna batalla naval importante, limitándose al transporte y a la protección de convoyes<sup>1858</sup>.

---

<sup>1855</sup> Ibid., p. 130 y DALLECK, op.cit., p. 8.

<sup>1856</sup> MORGAN, op.cit., p. 140.

<sup>1857</sup> Ibid., p. 152 y DALLECK, op.cit., p. 10.

<sup>1858</sup> MORGAN, op.cit., p. 164.



Durante el conflicto Franklin siempre presionó a favor de conceder más ayuda a los aliados, y aunque visitó el campo de batalla en julio de 1918, en Francia y Bélgica, no participó activamente en la guerra, limitándose su misión a tratar de convencer a franceses, británicos e italianos para integrar sus flotas en un mando único aliado, y su acción más destacada puede considerarse la decisión de minar el Mar del Norte, si bien de dudosa efectividad. Por entonces Franklin ya se había reconciliado con la maquinaria partidista, prueba de ello fue su rechazo a presentarse al puesto de Gobernador de Nueva York a pesar del apoyo de Tammany Hall.

Al finalizar la I Guerra Mundial, F. D. Roosevelt tuvo que ocuparse del problema de la desmovilización y desmantelamiento de las 54 bases estadounidenses en las costas europeas, que incluían más de 250 barcos y 80.000 infantes de marina, lo que sin duda le concedió una oportunidad única para vivir personalmente las complicaciones derivadas de la presencia de tropas estadounidenses en suelo europeo.

El recibimiento de Woodrow Wilson tras la Conferencia de París hizo de Franklin un acérrimo seguidor del internacionalismo e idealismo presidenciales, como Wilson, pensaba que las políticas del viejo mundo estaban acabadas, y si bien no se vio enredado públicamente en el debate sobre los términos de la paz, sí que apoyó desde un principio la participación de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, que consideraba esencial para no caer en el modelo chino de ostracismo, que según el propio F. D. Roosevelt, no había conducido a China más que a una creciente injerencia externa en sus asuntos internos<sup>1859</sup>.

Con el país dividido sobre la Sociedad de Naciones y el Partido Republicano firmemente opuesto a las políticas de W. Wilson, F. D. Roosevelt tenía decidido continuar su carrera política en Washington de la mano de la candidatura a Vicepresidente, barajando primero presentarse junto a H. Hoover, hasta que éste se decantó por el Partido Republicano, para después formar tándem con James M. Cox, Gobernador de Ohio. Pese a que Franklin albergaba esperanzas de captar los votos de los progresivistas y de los Republicanos independientes, el equipo Republicano formado por W. Harding y John C. Coolidge arrasaron en las elecciones de noviembre de 1920, con el 60 por ciento del voto popular, 16 millones a nueve, y 404 votos electorales por 127 Demócratas, por si fuera poco, en medio de la campaña salió a la luz el escándalo Newport, por el cual se demostraba que Franklin, en calidad de Subsecretario de Marina, había creado ilegalmente un equipo para investigar la homosexualidad dentro del cuerpo de marines, lo que sin duda melló uno de los objetivos primordiales a la hora de presentarse como Vicepresidente, como era aumentar su popularidad a nivel nacional<sup>1860</sup>.

Tras su derrota electoral, Franklin regresó a Nueva York para la práctica de la abogacía, si bien no se alejó del todo de la vida política y en 1921 participó en la creación de la Fundación Wilson. Pero en el verano de ese mismo año, a los 39 años de edad, la vida de F. D. Roosevelt daría un vuelco al sufrir un ataque de

---

<sup>1859</sup> DALLECK, op.cit., p. 12, es curioso que F. D. Roosevelt utilizase el ejemplo de China para mostrar lo que Estados Unidos no debía hacer, pues el modelo chino fue también profusamente usado por su primo Theodore para el mismo fin, como puede verse en el II capítulo del presente trabajo.

<sup>1860</sup> MORGAN, op.cit., p. 210 y DALLECK, op.cit., p. 12.



poliomielitis, la enfermedad le dejaría secuelas incurables y ya nunca recuperaría la movilidad en las piernas. Además de las físicas, más evidentes, las consecuencias del golpe en su personalidad también fueron de gran calado, pues el reposo al que se vio obligado hizo de él una persona más paciente y reflexiva, más preocupado que antes por los menos favorecidos, además, como describe Morgan, la polio otorgó a Franklin “una dimensión heroica”<sup>1861</sup> que le sería muy útil en el futuro. La enfermedad también le resultó muy fructífera en el plano personal, al descubrir la obra de Thomas Jefferson, mientras la generación de su primo Theodore tenía al Hamilton pro Gran Bretaña como guía máxima, Franklin vio en Jefferson un ejemplo más acorde con los intereses estadounidenses, al mantenerse alejado de los enredos entre Londres y París para buscar un entorno pacífico en el que basar el desarrollo nacional, si bien luego en la presidencia aplicó un embargo a ambos, calificado de defensa no violenta, que condujo a la guerra de 1812<sup>1862</sup>.

Lejos de quedar postrado en un sillón, Franklin abandonó la abogacía para dedicarse al mundo de los negocios en Wall Street, como Vicepresidente de Fidelity & Deposit, su experiencia política era muy apreciada para captar clientes en los negocios de especulación típicos de la década de 1920, como las fianzas de seguros. Su regreso a la vida pública tampoco se hizo esperar, y en 1923-1924 trabajó como manager de la campaña presidencial del Demócrata Al Smith, además, ese mismo año de 1923 trabajó sobre el diseño de una nueva Sociedad de Naciones que limase los aspectos negativos para facilitar la entrada de Estados Unidos, y ya durante el resto de la década F. D. Roosevelt llegaría a la conclusión de que un papel activo estadounidense en la arena internacional dependía en primera instancia de un consenso interno basado en una reducción del militarismo y en un aumento del desarrollo económico y la cooperación política a nivel mundial<sup>1863</sup>.

Con el tesón mostrado a pesar de su enfermedad, Franklin se ganó la admiración pública, volvió a ejercer la abogacía, no cesó de publicar numerosos artículos en periódicos sobre temas políticos y fundó un centro para la cura de la poliomielitis, donde se practicaba la segregación racial entre los pacientes. En 1925 fue nombrado Presidente de la Comisión del Parque Nacional de Taconic, en su estado natal de Nueva York, y en 1928 volvería a defender a Al Smith en la convención Demócrata de ese mismo año, sin embargo, éste perdería estrepitosamente en la mayor derrota Demócrata desde la Guerra Civil frente a Herbert Hoover<sup>1864</sup>.

De todos modos, el mismo día en que Al Smith perdía frente a Hoover, F. D. Roosevelt, a los 46 años de edad y tras el requerimiento de su Partido, era elegido Gobernador del estado de Nueva York por más de 25.000 votos. Al asumir el nuevo cargo el 1 de enero de 1929, Franklin pretendía una presidencia progresivista, desembarazándose con ello del legado de su predecesor, precisamente Al Smith, nombrando 16 nuevos responsables al frente de los 18 ministerios estatales. Su primer

---

<sup>1861</sup> MORGAN, op.cit., p. 225.

<sup>1862</sup> HARPER, op.cit., p. 43, es curioso ver cómo años más tarde el embargo a los beligerantes precedería a la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial.

<sup>1863</sup> Ibid., p. 231 y DALLECK, op.cit., p. 15.

<sup>1864</sup> MORGAN, op.cit., p. 256.



objetivo a lograr fue recuperar la potestad presupuestaria entonces en manos de la Asamblea, tras conseguirlo procedió a reformar el sistema penitenciario y el sector laboral con la ley de reaseguro de cuidado de ancianos, y creó una junta energética para acabar con los abusos de las empresas semipúblicas, pero no pudo implementar su ansiada reforma bancaria<sup>1865</sup>.

A los diez meses de alcanzar la presidencia, la bolsa de Nueva York dijo basta a toda una década de crecimiento desmesurado, si de 1923 a 1928 el valor de las acciones había pasado de 25 millones de dólares a 1.125 millones, con el crack bursátil éste valor se redujo a la mitad. Como respuesta Franklin vio necesaria la implementación de un seguro de desempleo, pero la crisis no hacia más que profundizarse, y tras el abandono del patrón oro por Londres en septiembre de 1930, 5.000 millones de dólares abandonaron Estados Unidos en una auténtica fuga del oro. Con el 25 por ciento de desempleo en 1931, seis millones de parados, la crisis quebró la confianza en el sueño americano, para contrarrestarlo F. D. Roosevelt fundó la Administración Temporal de Ayuda de Emergencia, la primera de éste tipo a nivel nacional, y que demostraba a las claras sus diferencias con el Presidente Hoover, sirviéndole además para renovar su cargo en 1930 por más de 725.000 votos de diferencia respecto a su contrincante, todo ello, el enfoque diferente aplicado a la crisis y la segunda victoria estatal hicieron que F. D. Roosevelt sonara claramente como candidato presidencial para 1932, pero mucho más difícil que dominar la crisis económica le resultaría dominar a su propio partido político.

Con el Presidente Hoover cada día más arrinconado por los efectos de la crisis, el Partido Demócrata tenía grandes posibilidades de hacerse con las elecciones de 1932, y por ello Al Smith pretendía presentarse por tercera vez como candidato presidencial, pero su delfín hasta ese momento también ambicionaba el puesto, y F. D. Roosevelt estaba dispuesto a lograrlo aun al precio de enfrentarse de nuevo a la maquinaria partidista. Para entonces Franklin se había convertido en un político experto en ganar sus combates gracias a su capacidad de adaptación, como demostrara con el tema de la Sociedad de Naciones, a la que había apoyado desde un principio pero de la que ahora decía renegar por haberse convertido en algo distinto a lo pretendido por Wilson, congraciando así su pasado con el presente de la nación, en ello sin duda tuvo que ver la creación de un grupo de asesores de campaña, crucial a la hora de diseñarle una campaña ganadora, y que le acercó a los sectores más aislacionistas del Partido, como los patrocinados por el magnate periodístico William R. Hearst, quien no dudó en concederle el apoyo de su delfín político J. N. Garner en la convención Demócrata tras la promesa de no seguir una senda estrictamente internacionalista<sup>1866</sup>, y que a pesar de dividir al Partido por su ataque a los bancos y abogar por dirigir las ayudas a los afectados por la crisis, hizo que lograra la nominación de su Partido en julio, tras alcanzar los dos tercios de los votos de la convención frente a Smith.

Tras su victoria frente a su antiguo mentor, F. D. Roosevelt unió al Partido en torno a su figura con el único fin de derrotar a un Hoover desahuciado, sobre todo tras el uso del ejército en julio de 1932, comandado por D. Eisenhower, D. MacArthur y

---

<sup>1865</sup> *Ibíd.*, p. 271.

<sup>1866</sup> FROMKIN, *op.cit.*, p. 399.



G. S. Patton, contra una reunión de veteranos y el fracaso de la Compañía de Reconstrucción Financiera, encargada de conceder préstamos a bancos y compañías ferroviarias, y ante la negativa presidencial de extender más la intromisión federal en la economía nacional, todo lo contrario a un F. D. Roosevelt, que con Garner como candidato a Vicepresidente, ganaría con solvencia las elecciones de noviembre al imponerse en 42 de los 48 estados, con 22,8 millones de votos populares por 15,7 millones de Hoover y 472 votos electorales a 59. La victoria fue tan contundente que el Partido Demócrata ya no dependió de su tradicional bastión del sur para hacerse con la Casa Blanca. F. D. Roosevelt llegaba a ella con G. Washington, A. Lincoln y T. Jefferson como ejemplos a seguir para sacar al país de la crisis económica más severa de su historia<sup>1867</sup>. La victoria Demócrata fue un maremoto político en Estados Unidos, pues acababa con el dominio Republicano que databa del periodo de la Guerra Civil, arrebatando con ello la imagen de Partido progresista a los Republicanos, contando a su favor con la minoría industrial del Nordeste, el gran sur y la intelectualidad, junto a los medios de comunicación<sup>1868</sup>.

## 9.c. Presidencia

### 9.c.1. Política interna: el New Deal

La debacle económica desatada con el crack del 29 alcanzó una dimensión desconocida para Estados Unidos, cuando F. D. Roosevelt se convirtió en el trigésimo segundo Presidente de Estados Unidos había trece millones de parados (pasando de una tasa de desempleo del 3,2 por ciento en 1929 al 26,7 por ciento de 1934) y más de 5.000 bancos habían quebrado desde 1930 con una pérdida de 3,2 billones de dólares, el Producto Interior Bruto se redujo a la mitad de 1929 a 1932, la construcción había caído un 78 por ciento y la inversión un 98 por ciento, la producción se redujo de los 114 puntos en 1929 a 54 en 1933 (un 77 por ciento menos en manufacturas)<sup>1869</sup>; por tanto, no es de extrañar que F. D. Roosevelt se centrara en la política doméstica y dejara a un lado la internacional, donde no cambiaría el rumbo marcado por sus predecesores Republicanos. Para el Presidente y su Secretario de Estado, Cordell Hull, se mantenía intacta la creencia en que el comercio internacional mermaba las posibilidades del estallido de nuevas guerras al crecer la interconexión de intereses<sup>1870</sup>, junto a ello se dejaba a un lado la entrada en la Sociedad de Naciones debido al escaso apoyo público, si bien se expresaba la voluntad de respetar el arbitrio internacional, la no intervención en los asuntos internos de otros países y una entrada con reservas en la Corte Internacional de Justicia.

A penas existió contacto alguno entre el nuevo Presidente y el derrotado Hoover durante el periodo de transición, y con el nombramiento de W. Woodin como Secretario del Tesoro y J. H. Jones al frente de la Corporación de Recuperación Financiera, dejaba a las claras que para el nuevo Ejecutivo la recuperación nacional empezaría por el restablecimiento del sector bancario<sup>1871</sup>.

<sup>1867</sup> MORGAN, op.cit., p. 314.

<sup>1868</sup> JOHNSON, op.cit., p. 746.

<sup>1869</sup> HERRING, op.cit., 486 y JOHNSON, op. cit., 742.

<sup>1870</sup> SCHULZINGER, op.cit., p. 151.

<sup>1871</sup> JOHNSON, op.cit., p.751.



Con la toma de posesión del cargo el 4 de marzo de 1933, F. D. Roosevelt ponía fin a doce años de Gobiernos Republicanos pro capitalistas inaugurados por W. Harding, en los que la consigna había sido menos Gobierno en la empresas y más empresarios en el Gobierno<sup>1872</sup>. Para el nuevo Presidente la prioridad era restablecer la confianza del pueblo americano en su nación, pues “lo único que debemos temer es al miedo mismo- al terror anónimo, injustificado e insensato que paraliza la necesidad de esfuerzos para convertir la retirada en avance”<sup>1873</sup>, pues las dificultades que encaraba Estados Unidos eran sólo materiales, mucho menos peligrosas que a las que se enfrentaron los padres fundadores, y la clave para F. D. Roosevelt estribaba en que “debemos el templo de la civilización a las verdades antiguas. La medida de la restauración descansa en cuanto más apliquemos nobles valores sociales en lugar del mero beneficio monetario”<sup>1874</sup>, ya que “la felicidad no resta en la mera posesión de dinero, sino en la diversión del logro, en la emoción del esfuerzo creativo”<sup>1875</sup>, sin duda que en estas palabras resonaban los ecos de la educación recibida en Groton, y de la nostalgia por unos Estados Unidos sepultados bajo la especulación financiera e inmobiliaria. Por tanto, para la nueva Administración “nuestra primera gran tarea será poner la gente a trabajar”<sup>1876</sup>, y atajar así el gran problema del desempleo como si se tratara de una emergencia de guerra, y para no volver “a los males del viejo orden, debe haber una estricta supervisión de todas las inversiones bancarias y crediticias, para que haya un fin a la especulación con el dinero ajeno”<sup>1877</sup>. Con un enfoque centrado en el establecimiento de una economía nacional solvente, el Presidente no creía que su estrategia pudiera ser tildada de nacionalista, sino que más bien se trataba del “reconocimiento de la vieja e importante manifestación del espíritu americano del pionero, ese es el camino para la recuperación”<sup>1878</sup>.

En consonancia con su discurso inaugural, en su primer día de trabajo, el nuevo Presidente ordenó el cierre de los bancos por tres días, y en esa misma semana quedaba aprobada la Ley de Emergencia Bancaria, sacando a Estados Unidos del patrón oro, prohibiendo su exportación y fijando un cambio fijo de 27,67 dólares por onza, con ello se frenó la fuga de capitales y un mes más tarde siete de cada diez bancos habían recuperado su actividad, y el 13 de ese mismo mes de marzo se ponía fin a trece años de ley seca con la abrogación de la Ley Volstead, “con el fin de legalizar la manufactura y venta de cerveza y otras bebidas de contenido alcohólico...para proveer con tales fabricación y venta, con sustanciales impuestos, unos ingresos apropiados y muy necesarios para el Gobierno”<sup>1879</sup>; a dichas medidas le seguirían otras como la rebaja en el sueldo de los empleados públicos, y de las pensiones de los veteranos de guerra y del presupuesto nacional, sólo en defensa se pasaría de un gasto de 752 millones de dólares en 1931 a 531 en 1934, y otras muchas

---

<sup>1872</sup> MORGAN, op.cit., p. 317

<sup>1873</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso inaugural ante el Congreso del 4 de marzo de 1933, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14473&st=the&st1=>.

<sup>1874</sup> *Ibíd.*

<sup>1875</sup> *Ibíd.*

<sup>1876</sup> *Ibíd.*

<sup>1877</sup> *Ibíd.*

<sup>1878</sup> *Ibíd.*

<sup>1879</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje al Congreso sobre la derogación de la Ley Volstead, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14551&st=the&st1=>.



que formarían el grueso de lo que se denominó *New Deal*, el plan de recuperación nacional diseñado desde la Casa Blanca, como la creación del Grupo de Conservación Civil, que empleó a 2,5 millones de personas de 1933 a 1942, y se convirtió en un vehículo de inserción laboral para la población afroamericana, la Ley de ajuste agrícola del 12 de mayo, por la que se establecían pagos por la reducción de producción, la constitución de la Administración Federal de Alivio de Emergencia para la distribución de 5.000 millones de dólares a través de estados y gobiernos locales, y de la Junta del Valle del Tennessee el 18 de mayo, que cubría siete estados en una región infestada por la malaria y acosada por las inundaciones, a las que se sumaron la Administración de Recuperación Nacional y la Administración de Obras Públicas, que llegó a realizar cuatro millones de contratos<sup>1880</sup>.

De modo que pasados los primeros cien días de presidencia, F. D. Roosevelt había conseguido devolver la esperanza al pueblo estadounidense dando un nuevo impulso con sus medidas a la maltrecha estructura económica nacional, si bien a nivel internacional no practicase el mismo intervencionismo, como demostrara en la Conferencia Económica de Londres en el verano de ese mismo año, donde se negó a atar el dólar al resto de monedas. De nuevo en el plano doméstico, en enero de 1934 se aprobaba la Ley de Crédito de Emergencia destinada a las granjas y la Ley de Vivienda Nacional con la que se creaban la Corporación de Seguros y de Créditos para la Vivienda.

Tras un año en la Casa Blanca, F. D. Roosevelt pedía la cooperación del Congreso para “la restauración de nuestro bienestar nacional e igualmente importante, para construir sobre las ruinas del pasado una nueva estructura diseñada para encarar mejor los problemas presentes de la moderna civilización”<sup>1881</sup>, dejando atrás las malas prácticas que condujeron al desastre y que Roosevelt identificaba con

la innecesaria expansión de las plantas industriales, el desperdicio de los recursos naturales, la explotación de los consumidores de monopolios naturales, la acumulación de excedentes inactivos, el trabajo infantil y la explotación despiadada de todo trabajador, el fomento de la especulación con el dinero ajeno<sup>1882</sup>

Pero en 1936, pasados tres años desde su llegada al poder, F. D. Roosevelt comenzó a ver cuestionada su política económica, a pesar de su oposición al proyecto de regulación laboral, en junio se aprobaría la Ley Wagner que propició un gran desarrollo laboral, además en mayo de 1937 la Corte Suprema dictaminaba que la Agencia de Recuperación Nacional era inconstitucional, sobre todo a la hora de regular el comercio interestatal, en un momento en que éste parecía recuperarse y aquella ya era imprescindible, desde entonces los enemigos del *New Deal*, al estar perdida la batalla política contra ella, pasaron a intentar derrotarla en los tribunales, lo que no amedrentó al Presidente, quien pasó a atacar a los más pudientes con leyes como la de Compañías de Valores de Servicios Públicos de agosto de 1936, para entonces el desempleo había bajado de doce a cuatro millones, el precio de la

<sup>1880</sup> MORGAN, op.cit., p. 330-337.

<sup>1881</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 3 de enero de 1934, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14683&st=the&st1=>.

<sup>1882</sup> *Ibíd.*



propiedad había descendido mientras que los ingresos de los granjeros se habían casi doblado<sup>1883</sup>.

Desde entonces el Presidente sería criticado con mayor frecuencia, incluso dentro del bando Demócrata, como fue el caso de Dean Acheson, que en 1936 apoyaría la candidatura de Al Smith frente a F. D. Roosevelt, a causa del intervencionismo federal, que al igual que los conservadores no querían ver aumentado, y sin duda que se alegraban de sentencias de la Corte Suprema como la abolición del ajuste agrícola de enero de 1936 o del salario mínimo para mujeres en el estado de Nueva York en junio de ese año, por lo que no es de extrañar que F. D. Roosevelt basara su campaña electoral de 1936 en contraponer la labor de su Administración a las grandes empresas auspiciadas por las sentencias de la Corte Suprema, lo que le valdría el apoyo de la fuerza laboral frente al candidato Republicano, A. Landon, tildado de representante de los intereses monetarios. Con ello Roosevelt logró renovar su mandato con una aplastante victoria por 27,7 millones de votos populares a 16,6 millones de Landon, con 523 votos electorales a su favor y sólo 98 por parte Republicana, que además se encontraba en minoría en el Congreso, con 17 a 75 en Senado y 89 a 344 en Cámara de Representantes<sup>1884</sup>. La victoria de 1936 fue la más abrumadora en la historia política de Estados Unidos, transformando definitivamente a los Demócratas en un partido mayoritario, con ello F. D. Roosevelt pudo sentar las bases del estado de bienestar americano, y al mismo tiempo que crecían las leyes y la regulación estatal, en la misma medida lo hacía el poder de los jóvenes abogados que en tropel acudían a Washington para implementar el *New Deal*, más aun con la oposición de la Corte Suprema arreciando sobre aspectos clave de las políticas presidenciales<sup>1885</sup>.

Su segundo mandato se inició el 20 de enero de 1937, primera vez que sucedía, dejando atrás la tradición de hacerlo en marzo, con el Presidente resuelto a plantar batalla a la judicialización de sus medidas económicas, pues para Roosevelt se debían encontrar los medios “para adaptar nuestras formas legales y nuestra interpretación judicial a las necesidades nacionales actuales de la democracia más progresivista en el mundo entero”<sup>1886</sup>, esencial para la supervivencia de la democracia a nivel mundial, estando la clave en “la satisfactoria adaptación de nuestras tradiciones históricas al complejo mundo moderno, en ello está el desafío a nuestra forma democrática de gobierno”<sup>1887</sup>, de hecho

es nuestra tarea probar que la democracia puede funcionar en el mundo de hoy tan eficientemente como en el mundo más simple de hace cien años...los tiempos requieren la respuesta segura que represente a aquellos cuya fe instintiva en la humanidad les haga querer creer que a largo plazo la democracia se demostrará superior a formas más extremas de gobierno como un proceso de

---

<sup>1883</sup> MORGAN, op.cit., p. 365 y 376.

<sup>1884</sup> *Ibíd.*, p. 381.

<sup>1885</sup> JOHNSON, op.cit., 763-768.

<sup>1886</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 6 de enero de 1937, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15336&st=the&st1=>.

<sup>1887</sup> *Ibíd.*



lograr acción cuando la acción es sabiduría, sin los sacrificios espirituales que esas otras formas de gobierno imponen<sup>1888</sup>

En el orden interno esto implicaba “hacer triunfar a la democracia evitando que el desacuerdo innecesario surja entre dos de nuestras ramas de gobierno”<sup>1889</sup>, pues F. D. Roosevelt era consciente de que la composición de la Corte Suprema le era perjudicial por su declarado conservadurismo, y para contrarrestar dicha realidad pensó en aumentar el número de miembros de la misma con el fin de equilibrar la balanza a su favor y evitar así el obstruccionismo judicial a sus políticas, pero en éste caso el Presidente no midió bien el alcance de su propuesta, pues para aumentar el número de miembros de la Corte se requería un proceso lento que implicaba la mayoría de dos tercios del Senado y de los estados de la Unión, ante lo cual presentó un plan alternativo que consistía en añadir un nuevo miembro cada vez que uno antiguo que llegara a los 70 años de edad no se retirara, así hasta introducir seis nuevos miembros, pero ni siquiera el Presidente pudo recabar el apoyo suficiente entre sus propias filas para aprobar dicha medida, y el plan murió en plena crisis entre Casa Blanca y Partido Demócrata, de todos modos la Corte comenzó entonces a girar en sus sentencias a favor del *New Deal*, y en los siguientes cuatro años el Presidente pudo elegir a siete nuevos miembros sin necesidad de introducir cambios en la reglamentación de la Corte, lo que da idea de la inutilidad del enfrentamiento<sup>1890</sup> y de la forma personalista de gobernar de F. D. Roosevelt, quizá uno de los aspectos más controvertidos de su personalidad.

Pero de septiembre a diciembre de 1937 se perdieron de nuevo 1,8 millones de empleos y Roosevelt parecía perder hasta el apoyo de su Partido, sobre todo tras no poder sacar adelante en el Congreso su proyecto de reforma de la administración en marzo de 1938, iniciándose entonces una purga del sector conservador Demócrata que no le benefició en las elecciones de medio término, donde los Republicanos recortaron la ventaja Demócrata en ambas Cámaras<sup>1891</sup>.

En todo caso, los acontecimientos internacionales que en la segunda mitad de la década de 1930 encaminaban al mundo a un nuevo conflicto internacional, hicieron que el Presidente mirase con creciente atención el desarrollo de la política europea, no en vano, como dejara claro en su discurso anual de 1939 “los acontecimientos en el exterior han hecho cada vez más claro al pueblo americano que los peligros internos son menos de temer que los peligros de fuera”<sup>1892</sup> y que si para resolver los problemas internos con el fin de compatibilizar fuerza laboral e inversión de capital “el precio es la preservación de nuestra libertad, ningún miedo informe puede permanecer frente a nosotros”<sup>1893</sup>. Un año más tarde, con la guerra en Europa ya desatada y Estados Unidos permaneciendo neutral, F. D. Roosevelt justificaba en cierto modo la postura estadounidense con la habitual apelación a la tradición política y al mantenimiento de la democracia, pues “nuestra mejor defensa es la promoción de nuestro bienestar

---

<sup>1888</sup> *Ibíd.*

<sup>1889</sup> *Ibíd.*

<sup>1890</sup> MORGAN, op.cit., p. 405-417.

<sup>1891</sup> *Ibíd.*, p. 427.

<sup>1892</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 4 de enero de 1939, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15684&st=the&st1=>.

<sup>1893</sup> *Ibíd.*



general y nuestra tranquilidad interna”<sup>1894</sup>, y en contraposición a la deriva autoritaria europea “el pueblo americano rechazará la doctrina del miedo, seguro de que en los años treinta hemos construido con solidez un nuevo orden de cosas, distinto al orden de los años veinte”<sup>1895</sup>, es decir, para el Presidente su *New Deal* habría reforzado al sistema democrático, descartando así un posible brote autoritario en Estados Unidos, lo que era esencial para la salvaguarda de toda la democracia pues “debemos, como un pueblo unido, mantener en este continente vivas las llamas de la libertad humana, de la razón, de la democracia y del juego limpio como cosas vivas a preservar para el mundo mejor que está por llegar”<sup>1896</sup>.

Ya en 1940 F. D. Roosevelt decidió presentarse por tercera vez dado que aun no había sacado al país de la recesión, pero sobre todo “para preservar nuestra neutralidad, para modelar nuestro programa de defensa, para atender cambios rápidos, mantener nuestros asuntos domésticos, ajustados a las condiciones mundiales y para sostener la política de buena vecindad”<sup>1897</sup> y para “preparar moral tanto como físicamente (al país) ante cualquier contingencia que se esté preparando”<sup>1898</sup>, es decir, a mediados de 1940 F. D. Roosevelt era ya consciente de que Estados Unidos no podía tardar mucho en verse envuelto en el conflicto europeo. A la postre se impuso primero en las primarias de su Partido en julio por 946 votos a 147, y ya a nivel general, se enfrentó al candidato Republicano Wendell Willkie en lo que se convirtió en una campaña más dura de lo esperado, y que le obligó a recorrer 28.000 kilómetros en 51 días, visitando 32 estados en los que daría más de 500 discursos, con la guerra desbancando a la crisis como tema estrella de la campaña electoral; finalmente, F. D. Roosevelt se impondría por un estrecho margen de menos de tres millones de votos populares, 26,3 millones a 22,3, si bien en los votos electorales ganó con comodidad al imponerse por 449 a 82<sup>1899</sup>.

Desde 1933 F. D. Roosevelt había desarrollado una forma de gobernar mezcla de mandato popular, voluntad colectiva y conglomerado moral trascendental basado en la búsqueda permanente del bien común, con T. Jefferson, A. Lincoln, Theodore Roosevelt y W. Wilson como modelos a imitar. Siempre aderezado con su buen sentido del humor, su carácter optimista y poco pragmático que en ocasiones le llevaba a apoyar ideas alocadas, su gusto por los nexos de unión con sus contrincantes más que arrinconarse en el enfrentamiento, al que prefería evitar hasta el último momento, lo que en muchas ocasiones le condujo a agotar los medios de transacción actuando de forma indirecta, evasiva y en ciertos casos poco coherente, pero también compuesto por un nada desdeñable grado de fariseísmo que le impulsaba a creer tener a Dios siempre de su lado, confundiendo oposición con deslealtad, teniendo un doble rasero a la hora de juzgar a la gente y cierta tendencia nada elogiabile de acaparar el crédito de sus éxitos pero nunca la culpa de sus fracasos, además usó como nadie

---

<sup>1894</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 3 de enero de 1940, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15684&st=the&st1=>.

<sup>1895</sup> *Ibíd.*

<sup>1896</sup> *Ibíd.*

<sup>1897</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje de aceptación de la nominación Demócrata del 19 de julio de 1940, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15980&st=the&st1=>.

<sup>1898</sup> *Ibíd.*

<sup>1899</sup> MORGAN, op.cit., p. 467.



antes en su posición a la prensa, restituyendo las conferencias y manipulándola a su antojo<sup>1900</sup>.

El 20 de enero de 1941 por primera vez en la historia de Estados Unidos un Presidente juraba su cargo por tercer mandato consecutivo, pero lo que de verdad transformaría a la nación, más que la propia crisis económica, sería su entrada en la guerra tras el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de ese mismo año. Ya en su mensaje sobre el estado de la Unión de enero, F. D. Roosevelt calificaba al presente de “momento sin precedentes en la Historia de la Unión... porque en ningún tiempo previo la seguridad de América ha estado tan seriamente amenazada desde el exterior como lo está ahora”<sup>1901</sup>, puesto que Estados Unidos siempre se ha opuesto al “aislamiento forzoso para nosotros o para cualquier parte de las Américas”<sup>1902</sup> y porque “todo realista sabe que el estilo de vida democrático en éste momento está siendo directamente asaltado en todas las partes del mundo”<sup>1903</sup>, por todo ello “el futuro y la seguridad de nuestro país y de nuestra democracia están constreñidas por acontecimientos lejanos de nuestras fronteras”<sup>1904</sup>, ya que ningún americano podía esperar de la paz del dictador generosidad internacional pues “tal paz no otorgará seguridad para nosotros ni para nuestros vecinos”<sup>1905</sup>. De ésta forma F. D. Roosevelt trataba de preparar a la nación para su irremediable entrada en la guerra, justificada como una lucha por la supervivencia del modelo democrático frente al dictatorial, donde no existían “verdadera independencia, ni desarme mundial, ni libertad de expresión ni de religión, ni siquiera buenos negocios”<sup>1906</sup>. Con ello la política exterior pasaba desde entonces a un primer plano, pues “todos nuestros problemas domésticos son ahora parte de la gran emergencia”<sup>1907</sup> proveniente del exterior.

Al participar en la II Guerra Mundial la presidencia asumió un gran poder tras la aprobación de la Ley de Poderes, con ella F. D. Roosevelt fue capaz de crear dependencias con simples decretos, como fue el caso de la Oficina de Servicios Estratégicos en junio de 1941, y vio aumentado su control sobre el comercio, con potestad para fijar precios y normas laborales casi con absoluta libertad, además con la entrada en el conflicto el *New Deal* se vio profundamente alterado, al aumentar el gasto público, como muestra señalar que de 1941 a 1945 el Gobierno Federal gastó más que en el cómputo de los 150 años anteriores, y sobre todo porque el esfuerzo de guerra primó sobre la lucha contra los conglomerados industriales, que de haber continuado sin duda que hubiese afectado negativamente a la producción bélica, eso sí, al menos su incremento permitió la inserción laboral de millones de mujeres y ciudadanos afroamericanos, que de esa forma vieron demolerse ciertas barreras que hasta entonces les mantenían discriminados<sup>1908</sup>.

---

<sup>1900</sup> *Ibíd.*, p. 469-489.

<sup>1901</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje sobre el estado de la Unión del 6 de enero de 1941, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16092&st=the&st1=>.

<sup>1902</sup> *Ibíd.*

<sup>1903</sup> *Ibíd.*

<sup>1904</sup> *Ibíd.*

<sup>1905</sup> *Ibíd.*

<sup>1906</sup> *Ibíd.*

<sup>1907</sup> *Ibíd.*

<sup>1908</sup> MORGAN, op.cit., p. 574-580.



En todo caso, la guerra no supuso un cheque en blanco para el Presidente, pues F. D. Roosevelt perdería el veto sobre los impuestos y no vio aprobada su intención de hacer votar a los once millones de soldados, pero lo que sí logró la guerra fue animarle a presentarse a un cuarto mandato en 1944, con el fin de poner fin al conflicto y conducir al país a la victoria, ésta vez, en la convención Demócrata el problema fue la elección de su compañero electoral, pues ante la negativa del Partido a respaldar a su opción, H. Wallace, se eligió a H. S. Truman como Vicepresidente de consenso para mantener la unidad del Partido, ya en las generales, F. D. Roosevelt se impuso al Republicano T. E. Dewey por 25,6 millones de votos populares a 22 millones y por 432 votos electorales a 99<sup>1909</sup>.

Pese al enorme esfuerzo gubernamental que supuso el *New Deal*, ejemplificado en la presa Wilson que le valió para hacerse con la confianza pública, la recuperación económica fue débil y lenta, en parte por la oposición del gran capital al Presidente y por falta de coherencia intelectual a lo largo de su presidencia, y a pesar de los más de diez billones de dólares de gasto estatal, con ocho millones y medio de empleados públicos, unas 122.000 casas construidas, más de 77.000 puentes erigidos, 285 aeropuertos creados o las 664.000 millas de carretera trazadas<sup>1910</sup>, la ansiada recuperación no se produjo hasta que la guerra europea necesitó del arsenal de la democracia americano para abastecerse.

A pesar de ser su intención inicial, y como sucediera años antes durante la presidencia de su admirado Wilson, la voluntad de permanecer al margen de los asuntos mundiales no le fue posible a unos Estados Unidos convertidos ya en primera potencia mundial y menos aún dadas las circunstancias, con una crisis económica mundial y un militarismo creciente en Asia y Europa.

### **9.c.2. Política Internacional**

Como hemos visto, F. D. Roosevelt estuvo interesado en los asuntos mundiales desde muy temprano, además se encontraba en las antípodas de los políticos provincianos y partidarios de un ostracismo nacionalista que mantuviese a Estados Unidos alejado de las mareas llegadas del exterior, y si bien no participó en los debates sobre la Sociedad de Naciones, es evidente que su apoyo a la misma traslucía un internacionalismo incipiente que ni la crisis de 1929 pudo mermar.

Muestra de su interés por la política internacional es su artículo publicado en 1928 “*Our Foreign Policy. A Democratic View*”<sup>1911</sup>, en el que realizaba un repaso de la estrategia exterior Republicana durante la década de 1920 y describía la postura Demócrata al respecto.

Para F. D. Roosevelt desde la caída de W. Wilson, Estados Unidos había dejado de influir por su falta de liderazgo en el pensamiento y la acción del mundo

---

<sup>1909</sup> *Ibíd.*, p. 615 y 629.

<sup>1910</sup> JOHNSON, *op.cit.*, p. 754-760.

<sup>1911</sup> Franklin Delano Roosevelt “*Our Foreign Policy. A Democratic View*”, *Foreign Affairs*, vol. 6 n° 4, julio de 1928.



civilizado hacia la buena voluntad y paz internacionales. Venía siendo así desde 1919, como ejemplo ofrecía la Conferencia naval de 1921, donde no se instituyó maquinaria alguna para alcanzar sus objetivos, y permitió la carrera armamentística al no incluir cruceros, destructores, submarinos ni aviones. Estados Unidos no podía contentarse con su posición aislada de bolsillos llenos, ello era contrario a la tradición política norteamericana, encarnada en la Doctrina Monroe, instaurada para mantener la paz en el continente y para que la democracia no fuese amenazada por la intervención europea por medio de la Santa Alianza, y continuada en la guerra de 1898, donde no se trató de vengar el Maine, sino de ayudar a Cuba, o como en China, donde la política de puertas abiertas permitió preservar su integridad territorial en detrimento de los designios europeos. De hecho, para Franklin, la política exterior implementada por su primo Theodore era un ejemplo de cómo colocar al país en la senda internacionalista, como prueba su participación en las conferencias de La Haya, Algeciras y de paz entre Rusia y Japón; por el contrario, con H. Taft se habría asistido a un retroceso en el liderazgo liberal con la aplicación de la llamada *diplomacia del dólar*, donde el liderazgo económico sustituyó al liderazgo moral, si bien con la llegada de Woodrow Wilson se presencié “la restauración de un alto propósito moral para nuestras relaciones internacionales”<sup>1912</sup>.

Para F. D. Roosevelt, Wilson acertó en su estrategia en la I Guerra Mundial a la hora de respetar primero las obligaciones de la neutralidad, para más tarde participar en ella cuando ya se habían sentado los principios fundamentales de su estrategia, a saber, un nuevo esquema de relaciones internacionales, pero su rechazo por el Senado colocó a Estados Unidos desde 1919 en una posición de desarrollo industrial interno de espaldas a los asuntos mundiales, es más, para F. D. Roosevelt Harding no fue un líder, la presidencia fue para él sólo un trabajo político desarrollado desde un provincianismo ramplón.

Debido a su interés por los asuntos navales, F. D. Roosevelt dedicó parte importante de su artículo a los mismos, achacando a los Gobiernos Republicanos de la década de 1920 la competencia naval que se vivía a finales de ésta, y que Estados Unidos no necesitaba en tiempos de paz, al serle suficiente una fuerza policial defensiva. Para evitar que dicha carrera naval continuase, era partidario de un Tratado de limitación naval, para establecer y mantener los principios de la paz, pero en su opinión, lejos de ello, las Administraciones Republicanas habían ido en sentido contrario, al rechazar ser parte de la Sociedad de Naciones y de la Corte Mundial, a la que incluso un Republicano insigne como Elihu Root había mostrado su apoyo. Respecto a la Sociedad de Naciones, sin pretender superar la barrera de la intervención en el balance de poder de Europa, la veía como un foro adecuado para discutir las controversias internacionales, de hecho

deberíamos cooperar con la Sociedad de Naciones como la primera gran agencia jamás conocida por la civilización para el mantenimiento de la paz y para la solución de los problemas comunes, y sin entrar en las políticas europeas, debemos tomar parte activa, oficial y sincera en todos los procedimientos que tengan que ver con el bien general de la humanidad<sup>1913</sup>

---

<sup>1912</sup> *Ibíd.*

<sup>1913</sup> *Ibíd.*



Dicha cooperación con la Sociedad de Naciones más que suponer una voluntad expresa de participación activa o futura entrada en la misma, suponía un intento por aumentar la intervención de Estados Unidos en los asuntos mundiales, pues como dejara claro “nosotros los Demócratas no creemos en la posibilidad o en la conveniencia de una existencia nacional aislada o en un desarrollo nacional desatento al bienestar, prosperidad y paz de otros pueblos del mundo”<sup>1914</sup>. Lo que en la práctica se traducía en un rechazo a la iniciativa del pacto Kellog-Bryan y a un cambio en las relaciones hemisféricas.

Respecto al primero, al igual que sucediera con la Conferencia Naval de 1921, F. D. Roosevelt lo criticaba por crear una falsa creencia en Estados Unidos y no contribuir a arreglar asuntos de controversia internacional, ya que

es de la mayor importancia que esta nación comprenda que la guerra no puede ser prohibida sólo a través de una resolución. Eso ha fracasado durante 200 años [...] la primera causa de fracaso en el pasado ha sido la falta de maquinaria para la eliminación de las causas de las disputas antes de que alcancen grandes proporciones. Una maquinaria práctica debe erigirse y mantenerse en buena condición de trabajo<sup>1915</sup>

Pero ello iba en contra de la concepción Republicana respecto a los pactos de éste tipo, como sucediera con la Sociedad de Naciones, el Partido Republicano no estaba dispuesto a que Estados Unidos participase activamente en ningún pacto mundial que comprometiese su libertad de acción, ni menos aún que implicase la obligación de usar la fuerza cuando sus intereses vitales, entendidos eso sí de manera muy estrecha, no estuviesen en juego, lo que significaba en la práctica que Estados Unidos sólo participaría en aquellos pactos que no le obligasen más allá de la firma de los mismos, postura totalmente contraria a la de F. D. Roosevelt, para quien ya entonces “las palabras sin actos no son suficientes”<sup>1916</sup>.

En relación a los asuntos continentales, F. D. Roosevelt era partidario de cambiar la política llevada a cabo por los Republicanos respecto a los vecinos sudamericanos, pues no creía que las intervenciones en Santo Domingo o Haití fuesen el mejor modo de relacionarse con ellos, no criticaba tanto la asistencia en sí, pero sí el método de aplicarla, pues en su opinión

el tiempo ha llegado para que aceptemos no sólo ciertos hechos sino muchos nuevos principios de una ley más alta, un criterio nuevo y mejor en relaciones internacionales. Somos excesivamente celosos de nuestra soberanía y sólo es justo que respetemos un sentimiento similar en otras naciones [...] la paz, la seguridad, la integridad, la independencia de todas y cada una de las Repúblicas americanas es en el interés de todos los otros, no sólo en el de Estados Unidos [...] la intervención unilateral por nuestra parte en los asuntos internos de otras naciones debe terminar, con la cooperación de otros deberíamos tener más orden en este hemisferio y menos antipatía<sup>1917</sup>

---

<sup>1914</sup> *Ibíd.*

<sup>1915</sup> *Ibíd.*

<sup>1916</sup> *Ibíd.*

<sup>1917</sup> *Ibíd.*



Es decir, en 1928 F. D. Roosevelt había diseñado las notas principales de lo que, una vez en la Casa Blanca, llegaría a conocerse como su Política de Buena Vecindad y que constituiría el primer paso en la remodelación de la política exterior estadounidense hacia un internacionalismo de nuevo cuño, y que tras la participación en la II Guerra Mundial, culminaría con la creación de la Organización de las Naciones Unidas.

De todos modos, la crisis económica iniciada tras el crack bursátil de 1929 condicionó de forma notable los inicios de su presidencia, pues F. D. Roosevelt se volcó, como hemos visto en el apartado anterior, en la recuperación nacional antes de dirigir su atención a los acontecimientos del exterior. A través de una suerte de nacionalismo económico pretendía revertir el fracaso de las políticas de su predecesor, restaurando la confianza en la maquinaria económica y estatal estadounidenses, así, antes de su toma de posesión de marzo, se negó a colaborar con la Administración Hoover sobre la Conferencia Económica Mundial, pues pensaba que los temas relacionados con las deudas, el desarme y las cuestiones económicas mundiales deberían tratarse por separado, tampoco quería impulsar la reforma económica mundial hasta no hacerlo en el plano doméstico, y aunque trató de limar asperezas con Londres y París, tal visión chocaba de plano con las exigencias británicas a cerca de unir deudas y reparaciones de guerra, en todo caso, el nuevo Presidente estadounidense no quería que un fracaso internacional afectase a la recuperación interna, por ello no dudó en nombrar un equipo totalmente internacionalista para la cartera de exteriores, con Cordell Hull, Senador por Tennessee de 62 años, como Secretario de Estado en calidad de afamado partidario de la liberalización económica (con las exportaciones como clave de la recuperación estadounidense), representante del Sur evangélico y del wilsonismo (antiimperialista y pro desarme) y W. Phillips como Subsecretario, diplomático de carrera y también internacionalista<sup>1918</sup>.

En un plano ya estrictamente político, durante ese periodo de transición política antes de su llegada a la Casa Blanca, F. D. Roosevelt se negó a reconocer la ocupación japonesa de Manchuria, cuestión que a su juicio debía resolverse a través de los tratados internacionales existentes<sup>1919</sup>.

Ya como Presidente, su primera acción exterior se produjo en la Conferencia de Desarme de Ginebra, que iniciada en 1926 se había disuelto en 1931 sin avances significativos, y una vez reabierto, tras trece meses de estancamiento tendía a colapsarse de nuevo, más aun con la llegada de Hitler al poder en enero de 1933, si bien el ascenso de nazismo y fascismo en Alemania e Italia no preocuparon mucho al Presidente, a diferencia del expansionismo nipón, que amenazaba con desmembrar al tradicional aliado chino en la región, en todo caso, el objetivo de F. D. Roosevelt en la conferencia era rebajar el nivel de los ejércitos para que Estados Unidos pudiese así reducir el suyo propio, y que en esos momentos constaba de 140.000 efectivos (dicha reducción no contaba con el beneplácito del Jefe del Ejército, el general Douglas MacArthur, lo que le enemistó con el Presidente), pero cuando llamó a diez países

---

<sup>1918</sup> DALLECK, op.cit., p. 23-30 y HARPER, op. cit., p. 49.

<sup>1919</sup> DALLECK, op.cit., p. 27.



para discutir el asunto en Washington, el fracaso de la Conferencia Económica celebrada en el verano en Londres, y en la que F. D. Roosevelt no quiso atar el dólar al resto de monedas (parando la exportación de oro desde Estados Unidos y sacando al dólar del patrón oro) aumentó las diferencias entre Washington y el resto de capitales, que veían cómo al mismo tiempo que Estados Unidos hablaba de liberalizar el comercio mundial, sus políticas iban en sentido contrario, buscando la recuperación nacional desde dentro, sin interferencias exteriores<sup>1920</sup>.

Ya en la Conferencia de Desarme, F. D. Roosevelt dio también prioridad a sus obligaciones internas, si bien es este caso no en forma de recuperación económica sino de amplio sentir aislacionista, por encima de sus deseos de desarme mundial, en efecto, el Presidente estadounidense prometió al resto de potencias que si declaraban a otro Estado agresor, Estados Unidos no haría nada que perjudicara sus esfuerzos contra él, pero sólo si se alcanzaba un acuerdo de reducción de armas asociado a un programa de inspección continua, viendo ya a Alemania como el principal obstáculo para el desarme, tras ello, en junio en Londres pediría el respeto al desarme eliminando las armas ofensivas, y no aumentar el armamento ni atacar a otro Estado durante el periodo de desarme, de respetarse Estados Unidos abandonaría sus derechos de neutralidad para no entorpecer la acción colectiva contra el hipotético agresor, por todo ello daría su beneplácito al pacto de desarme de junio entre Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania de junio. Pero mientras la Cámara de Representantes en abril si aprobó el uso discrecional del embargo por el Presidente, el Senado lo rechazó al enmendarlo con uso imparcial del embargo, que bajo su entender evitaría que la nación se viese envuelta en el conflicto, lo que negaba a F. D. Roosevelt lo prometido en la Conferencia, pero que aceptó para rebajar el nivel de discusión interna y permitirle en última instancia evitar el envío de armas al agresor<sup>1921</sup>.

F. D. Roosevelt puso sus esperanzas en la Conferencia de Desarme no por confiar en las intenciones de los demás países, sino porque la veía como la garantía de la paz en Europa, pero su fracaso hizo que la opinión pública se distanciase un poco más de Europa, tampoco Franklin veía que la influencia estadounidense sirviese de mucho, centrándose a partir de entonces en la política interna, y aunque ensalzaba los valores de la Sociedad de Naciones, no pedía la entrada en ella, tan sólo la colaboración en tiempos de paz sin saber muy bien cómo llevarla a cabo, admitiendo en marzo de 1934 que Estados Unidos no podría respaldar con sus armas ningún acuerdo o arreglo de disputa, de hecho, el fracaso de la Conferencia de Desarme (que acabó con la equiparación de los armamentos de las potencias, incluida Alemania)

---

<sup>1920</sup> MORGAN, op.cit., p. 339, DALLECK, op.cit., p. 38 y FROMKIN, op.cit., p. 430. En la Conferencia Económica Mundial iniciada en Washington el 21 de abril, y más tarde continuada en Londres, todos los países reunidos pensaban que la estabilidad monetaria era esencial para la recuperación global salvo Japón y Gran Bretaña, pero las diferencias entre los participantes sólo condujeron a acuerdos parciales sobre principios generales, ninguna medida concreta pudo adoptarse salvo promesas de treguas tarifarias, coordinación monetaria y fiscal para el estímulo de los precios y economías nacionales, establecimiento de un adecuado patrón monetario internacional, sobre control-distribución-acceso a materias primas y eliminación de restricciones comerciales...lo que dejaba las puertas abiertas a futuros acuerdos, pero que en la práctica mantenía las manos libres a los Estados, lo que fue aprovechado por F. D. Roosevelt para seguir la vía nacionalista desde junio de 1933, DALLECK, op.cit., p. 44 y 54.

<sup>1921</sup> *Ibíd.*, p. 42 y 47.



aumentó la presión de los aislacionistas en el Congreso estadounidense (liderados por W. Borah de Idaho, B. Cutting de Nuevo México, L. Frazier y G. Nye de Dakota del Norte, Hiram Johnson de California y R. La Follette Jr. de Wisconsin), que si bien apoyaban las medidas internas del Presidente, querían evitar la explotación extranjera de Estados Unidos, bloqueando los intentos del Presidente de entrada en la Corte Mundial de Justicia de la Haya en 1933, 1934 y 1935, a pesar de que dicha medida contaba con el apoyo de Republicanos como Coolidge o Hoover<sup>1922</sup>.

Como vemos, la respuesta inicial de F. D. Roosevelt a los problemas que se incubaban en Europa y que amenazaban con romper de nuevo su ligero equilibrio, no se apartaban en exceso de la tradición política estadounidense, a pesar de su internacionalismo, el Presidente estadounidense pudo comprobar en la Conferencia de Desarme la escasa influencia de Estados Unidos en los asuntos mundiales. Al no ser miembro de la Sociedad de Naciones, no contar con un ejército al que temer y con un amplio sector aislacionista en su clase política, la Casa Blanca difícilmente podría hacer valer su opinión por encima de los intereses nacionales del resto de potencias, por ello se valió de la única táctica de la que disponía, tratar de universalizar el modelo estadounidense de desarme y liberalización económica a través de acuerdos internacionales, convencer al resto de países con el ejemplo del desarrollo estadounidense presentado como una historia de éxito frente a los desastres que las políticas de poder habían llevado a Europa y que de nuevo ensombrecían su futuro. Dicha muestra de ingenuidad política fue la respuesta que F. D. Roosevelt encontró a inicios de su mandato para intentar resolver la incertidumbre mundial, mientras que al mismo tiempo trataba de aplacar la oposición aislacionista a nivel interno, para lograr ambos objetivos a la vez, apeló al clásico idealismo estadounidense, el que situaba a Estados Unidos en la cima de la colina, retirado faro de la libertad, cuya luz debía alumbrar a todo el mundo pero cuya altura le distanciaba de todos por igual. A mediados de la década de 1930 era a lo más que podía aspirar un Presidente internacionalista, para no repetir los errores de su admirado Woodrow Wilson, F. D. Roosevelt fue paso a paso antes de insertar definitivamente a la nación por la senda internacionalista, pero antes de ello se vio obligado a probar con la estrategia clásica, y sólo tras la confirmación de su inutilidad para el mundo de entreguerras, se atrevería a desecharla por completo.

Como señala Fromkin, el descalabro de la Conferencia de Desarme supuso también el fracaso de la única política activa que la opinión pública estadounidense favorecía en Europa<sup>1923</sup>, a partir de entonces F. D. Roosevelt se inclinó por la senda nacionalista para la recuperación económica interna, y una vez lograda ésta, decantarse claramente por la vía internacionalista, que como veremos, ya se aplicaba en Latinoamérica vía política de buena vecindad al destacar la colaboración hemisférica en detrimento del intervencionismo, y que a nivel mundial se traduciría en el reconocimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas el 18 de noviembre de 1933, cuando el 63 por ciento de la opinión pública estadounidense estaba a favor de reanudar las relaciones con Moscú, pero con la oposición de su Secretario de Estado y de los sectores católicos y sindicales del país, en todo caso, F. D. Roosevelt consideraba el reconocimiento esencial para la expansión comercial

<sup>1922</sup> *Ibíd.*, p. 66-71 y MORGAN, *op.cit.*, p. 358.

<sup>1923</sup> FROMKIN, *op.cit.*, p. 430.



nacional y para poder mitigar el expansionismo japonés en Asia, si bien se guardó de supeditar dicha medida al acatamiento ruso de ciertas cláusulas como el respeto de la libertad religiosa, la no injerencia soviética en América latina y el pago de las deudas de guerra, para así acallar la oposición interna a tan osada iniciativa, que supuso el nombramiento de William Bullit como primer embajador estadounidense en Moscú, con G. Kennan y C. Bohlen en su equipo<sup>1924</sup>. El reconocimiento de la Unión Soviética puede entenderse también como el deseo de muchos integrantes de su Administración, como H. Morgenthau, H. L. Ickes, H. Wallace o H. L. Stimson por desentenderse de Europa, aun al coste de reanudar los contactos con Moscú si ello ayudaba a rebajar la animosidad alemana, si bien para ello confiaban sobre todo en un mayor acercamiento a Londres, para así preservar el equilibrio continental europeo, sin que ello implicase una excesiva anglofilia<sup>1925</sup>.

El reconocimiento de la Unión Soviética traslucía el espíritu de la política exterior de F. D. Roosevelt durante el resto de su primer mandato, basada en defender los intereses nacionales al mínimo coste posible, lo que para el nuevo Presidente se traducía en la práctica en una estrategia entendida en términos globales, con especial hincapié en la geopolítica (no en vano había sido un joven y atento lector de Mahan), de hecho, al igual que para la generación de su primo Theodore Roosevelt, para Franklin era esencial el control de los mares y ahora también de los cielos para que el país no se viera amenazado en su continente, pero tampoco en el Atlántico ni en el Pacífico, extendiéndose por tanto el alcance de los intereses nacionales, cambiando para defenderlos la estrategia, que a partir de entonces se haría con un nuevo enfoque, como la política de buena vecindad probaba<sup>1926</sup>.

Tratándose de un político práctico y realista, que sabía adaptar su estrategia a las circunstancias, F. D. Roosevelt fue introduciendo su modelo internacionalista a cuenta gotas, consciente de que a inicios de la década de 1930 no se podía actuar de otro modo, pues se corría el riesgo de volver en su contra al país si trataba de cambiar violentamente el aislacionismo predominante desde el fin de la I Guerra Mundial. Así, en su primer año en la Casa Blanca, F. D. Roosevelt aceptó la participación de Estados Unidos en la Organización Internacional del Trabajo, aunque desvinculándola por entero de una hipotética entrada en la Sociedad de Naciones, a la que pertenecía aquella, y con el objetivo velado de influir en el sector laboral en detrimento de la influencia comunista. También ese mismo año, como hemos visto, patrocinó sin éxito la entrada de Estados Unidos en la Corte Internacional de Justicia de la Haya, al igual que en 1934, y cuando en enero de 1935 parecía que por fin lograría su propósito, una fuerte ola antieuropea a causa del impago de las deudas de guerra trastocó sus planes, negándole los dos tercios necesarios para lograr el consentimiento del Senado (aun cuando el Presidente había aprobado sus enmiendas de no administrar otro Estado ni aceptar asunto alguno en la Corte sin el consentimiento del Senado), lo que fue entendido por el Presidente como una muestra fehaciente de la resistencia del aislacionismo entre la opinión pública estadounidense por el creciente temor a una nueva guerra en Europa<sup>1927</sup>.

<sup>1924</sup> Sobre el reconocimiento soviético ver DALLECK, op.cit., p. 79 y FROMKIN, op.cit., p. 418.

<sup>1925</sup> HARPER, op.cit., p. 61.

<sup>1926</sup> FROMKIN, op.cit., p. 412.

<sup>1927</sup> DALLECK, op.cit., p. 95.



En todo caso, debido a su antigua afición por los asuntos navales, y que le había llevado a ser Subsecretario de Marina en la Administración Wilson, y por las implicaciones prácticas de su propia concepción estratégica, F. D. Roosevelt era consciente de que Estados Unidos necesitaba una Marina capaz de defender los intereses nacionales ante el aumento de las tensiones internacionales, sobre todo en el Pacífico, apoyando así desde el inicio de su presidencia el aumento del presupuesto de la Marina, primero para igualarlo al japonés, tras conocer su programa de rearme, y que en 1933 le llevó a pedir 238 millones de dólares para la construcción de 32 barcos (con un total de 120.000 toneladas) más otros cinco de 17.000 toneladas, en lo que era de hecho el programa naval más ambicioso desde 1916. Pero al mismo tiempo, consciente de la debilidad de la posición estadounidense en Asia, no quiso enemistarse con Japón ni provocarlo, asumiendo una estrategia de inacción en la región, no apoyando a la Sociedad de Naciones en el embargo de armas a Tokio, ni reaccionando ante la doctrina nipona de no reconocer la ayuda extranjera a China<sup>1928</sup>. De igual modo, F. D. Roosevelt lucharía por mantener el respeto a la letra de los acuerdos navales de las décadas de 1920 y 1930, que mantenían las Marinas de Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón en una relación de 5:5:3, pues quería legitimar el rearme naval en plano interno y no perder poder en Asia ni la carrera naval ante el resto de potencias, con Tokio reclamando la paridad y Londres un ligero aumento de los cruceros, así, se llegó en diciembre de 1935 a nuevas negociaciones, rotas en marzo de 1936 tras la retirada de Japón y el anuncio británico de aumentar su Marina, tras lo cual F. D. Roosevelt hacía público el mayor incremento del gasto naval en la historia de Estados Unidos<sup>1929</sup>.

Si la I Guerra Mundial fue entendida en Estados Unidos como la manifestación del fracaso del orden liberal europeo a la hora de sustituir al antiguo orden, con el aumento de las amenazas a la seguridad mundial en la década de 1930, la inicial indiferencia estadounidense por los asuntos mundiales se fue transformando en un claro sentimiento por alejar a su país lo máximo posible de los vientos de guerra que le llegaban desde ambas orillas, más aun cuando la aplicación de medidas económicas nacionales proteccionistas habían perjudicado aún más la causa internacionalista. En todo caso, F. D. Roosevelt nunca abandonó su visión de la seguridad mundial basada en el wilsonismo, si bien era consciente de que debía transformarla para poder ser aceptada en su propia nación, para ello, y de nuevo aplicando un enfoque escalonado, primeramente se rindió al deseo de permanecer al margen de los conflictos europeos y asiáticos bajo el manto de la neutralidad, y que respondía tanto a los deseos tradicionales de la política estadounidense de neutralidad, como a una forma de seguridad colectiva basada más en la imparcialidad que en acciones concretas, sin olvidar al nuevo aislacionismo interno basado en evitar la guerra a toda costa, lo que implicaba la renuncia del liderazgo mundial norteamericano<sup>1930</sup>.

En sus dos primeros años en la presidencia F. D. Roosevelt jugó la carta continuista, trató de seguir el sentir mayoritario de la opinión pública estadounidense

---

<sup>1928</sup> *Ibíd.*, p. 75.

<sup>1929</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>1930</sup> NINKOVICH, *op.cit.*, p. 106-114.



practicando un internacionalismo sin fuerza basado en políticas sin implicaciones, al mínimo coste, y que a la postre se mostraron ineficaces e impotentes ante las políticas de poder alemanas y japonesas, que instigaban al resto de potencias a ir en contra de la dirección propuesta por la Casa Blanca. A partir de entonces, tras los éxitos cosechados en el continente americano, y que se verán a continuación, F. D. Roosevelt se decantaría definitivamente por la vía internacionalista, librando los principales combates al aislacionismo en los debates sobre la neutralidad.

### 9.c.2.a. *América Latina: la Política de Buena Vecindad*

En Latino América F. D. Roosevelt culminó el rechazo del intervencionismo emprendido por las anteriores Administraciones Republicanas al anunciar en su primer discurso inaugural de 1933 su política de Buena Vecindad, aseverando que

en el campo de la política exterior dedicaré esta nación a la política de la Buena Vecindad- el vecino que resueltamente se respete a sí mismo y, a causa de ello, respeta los derechos de los otros- el vecino que respeta sus obligaciones y respeta la santidad de sus acuerdos en y con un mundo de vecinos<sup>1931</sup>

Para F. D. Roosevelt, dicha política estaba en sintonía con el sentir general del pueblo estadounidense pues

si leo el temperamento de nuestra gente correctamente, ahora conocemos como nunca antes habíamos percibido nuestra interdependencia con los otros, que no sólo podemos coger sino que debemos dar también; que si vamos fuera, nos debemos mover como un ejército entrenado y leal dispuesto a sacrificarse por el bien de una disciplina común, porque sin dicha disciplina no hay progreso posible ni liderazgo que sea efectivo<sup>1932</sup>

Es decir, que Estados Unidos debía comprometerse a respetar el desarrollo interno de las naciones americanas, y no sólo a beneficiarse de ellas. Como es habitual en el pensamiento estadounidense, para Roosevelt el liderazgo de Estados Unidos en el continente se debía a que “nuestro sistema constitucional ha probado ser el mecanismo político más duradero que el mundo moderno haya conocido”<sup>1933</sup>, y sentenciaba que “seguimos creyendo en un futuro de imprescindible democracia”<sup>1934</sup>.

En la práctica, la política de Buena Vecindad se tradujo en una substitución de las intervenciones militares por la persuasión diplomática y la presión económica<sup>1935</sup> en el mantenimiento de la hegemonía continental. Así, en la Conferencia Panamericana de 1933 celebrada en Montevideo, a la que “el Presidente Roosevelt concede tanta importancia para el incremento del entendimiento y acuerdo entre los

<sup>1931</sup> ROOSEVELT, F. D., primer discurso inaugural del 4 de marzo de 1933 consultado en [www.bartleby.com/124/pres49.html](http://www.bartleby.com/124/pres49.html).

<sup>1932</sup> *Ibíd.*

<sup>1933</sup> *Ibíd.*

<sup>1934</sup> *Ibíd.*

<sup>1935</sup> SCHULZINGER, op.cit., p. 153.



Estados americanos”<sup>1936</sup>, envió al Secretario de Estado Hull en persona a la misma, y aunque su principal objetivo en la reunión era “desarrollar, en colaboración con los otros gobiernos, un programa exploratorio para la inmediata aceleración de la mejora en todas las formas de transporte comercial y de personas”<sup>1937</sup>, Estados Unidos aceptó la resolución que prohibía la intervención en los asuntos internos de otras naciones, si bien se reservaba el derecho a quebrantar la norma bajo circunstancias especiales. Para el Presidente estadounidense la conferencia había sido un éxito excepcional pues “hemos dejado claro a nuestros vecinos que pretendemos con ellos la futura declinación de expansión territorial y de interferencia de una nación en los asuntos internos de otra”<sup>1938</sup>, de hecho Roosevelt completó la retirada de tropas de Nicaragua en 1933 y un año más tarde de Haití, y en México no se intervino, llegando incluso con éste último a un acuerdo sobre la propiedad nacional de las riquezas del subsuelo mexicano.

Pero sería en Cuba donde se pudo apreciar el cambio de rumbo con mayor claridad. Hoover se había negado a intervenir en la isla tras la revuelta contra Gerardo Machado, interpretando la Enmienda Platt como una medida para proteger los intereses estadounidenses y no los cubanos, pero F. D. Roosevelt temía que la situación se volviese en contra de la seguridad de Estados Unidos, y por ello llamó a la tregua, y al empeorar la situación, presionó a las partes para evitar la intervención estadounidense y llegar así a un gobierno de coalición (eso sí, bajo las directrices de un plan diseñado por el embajador norteamericano S. Wells en Cuba, y al que el Presidente, mientras no reconocía al nuevo gobierno, se enfrentaría por su insistencia en favorecer una intervención en la isla), al no materializarse tal gobierno consultó con Argentina, Brasil, Chile y México al respecto, siendo la primera vez que un Presidente estadounidense hablaba de asuntos hemisféricos con sus homólogos iberoamericanos<sup>1939</sup>, es más, F. D. Roosevelt no dudó en describir el cambio de rumbo que suponía su política con la firma del Tratado del 29 de mayo de 1934

el derecho contractual a intervenir en Cuba que le fue concedido a Estados Unidos en el anterior tratado de 1903 queda abolido, así como los demás derechos de igual manera concedidos a Estados Unidos en el mismo instrumento, englobando la participación en la determinación de las políticas domésticas de la República de Cuba tales como las relacionadas con la sanidad o las finanzas. Con la consumación de éste tratado éste gobierno mostrará con claridad que no sólo se opone a la política de intervención armada, sino que renuncia a esos derechos de intervención e interferencia en Cuba que habían sido conferidos por tratado<sup>1940</sup>

---

<sup>1936</sup> Franklin Delano Roosevelt, comunicado sobre la Conferencia de Estados Americanos del 9 de noviembre de 1933, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14549&st=the&st1=>.

<sup>1937</sup> *Ibíd.*

<sup>1938</sup> Franklin Delano Roosevelt, mensaje anual al Congreso del 3 de enero de 1934, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14683&st=the&st1=>.

<sup>1939</sup> DALLECK, op.cit., p. 60-65.

<sup>1940</sup> Franklin Delano Roosevelt, mensaje al Senado pidiendo la aprobación del Tratado con Cuba del 29 de mayo de 1934, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14889&st=the&st1=>.



Tal transformación en la política exterior respecto a Cuba no significaba el alejamiento entre ambos países, al contrario, pues seguirían unidos tanto por lazos geográficos como por la lucha conjunta por la libertad librada contra España en 1898, es más, para F. D. Roosevelt “éste tratado reforzará esas buenas relaciones sobre la fundación duradera de la igualdad soberana y amistosa entre los dos pueblos”<sup>1941</sup>. De todos modos, lo anterior no evitó que al mes se decretase un embargo de venta de armas y municiones a la isla debido a adversas condiciones de violencia interna en Cuba<sup>1942</sup>.

Sin duda la crisis económica tanto como el rechazo público al gran garrote condujeron a una estrategia menos beligerante, centrada en el peso económico de Estados Unidos para influir en los acontecimientos continentales, a lo que habría que sumar su atractivo cultural. Como dejara claro el Presidente en la celebración del día Panamericano el 15 de abril de 1935, esencial para “la preservación de la civilización moderna”<sup>1943</sup> mostrando “la doctrina básica de responsabilidad y solidaridad continental que significa tanto para el presente y futuro de las Repúblicas americanas”<sup>1944</sup>, de ese modo las naciones de América demostrarían su fidelidad “a esos altos principios de cooperación y ayuda internacionales que, estoy seguro, serán una gran contribución a la civilización de las Américas”<sup>1945</sup>.

En el mismo sentido, tras la firma de la paz entre Paraguay y Bolivia que ponía fin a la disputa del Chaco, F. D. Roosevelt tuvo la iniciativa de presentar al resto de naciones americanas la propuesta de “una conferencia interamericana extraordinaria... para determinar cómo el mantenimiento de la paz entre las Repúblicas americanas pueda ser salvaguardado del mejor modo”<sup>1946</sup>, además ello “avanzaría la causa de la paz mundial, en la medida en que los acuerdos a los que se lleguen reforzarán los esfuerzos de la Sociedad de Naciones y de todas las presentes y futuras agencias de paz que busquen prevenir la guerra”<sup>1947</sup>. La conferencia se celebró entre el 1 y el 23 de diciembre de 1936, con F. D. Roosevelt abriendo la sesión de apertura de las negociaciones, tras haber hecho escala en Argentina, Brasil y Chile, mostrando al mundo “su determinación (de las Américas reunidas) de dar un ejemplo al mundo de cooperación internacional para que la paz prevalezca”<sup>1948</sup>, pues los acuerdos alcanzados en Buenos Aires “evidencian el deseo y la voluntad de los pueblos americanos de vivir en paz los unos con los otros y de proveer los largamente esperados instrumentos para asegurar la cooperación entre las naciones

---

<sup>1941</sup> *Ibíd.*

<sup>1942</sup> Franklin Delano Roosevelt, proclamación 2089 del 29 de junio de 1934, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14704&st=the&st1=>.

<sup>1943</sup> Franklin Delano Roosevelt, comunicado sobre Día Pan-americano del 15 de abril de 1935, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15034&st=the&st1=>.

<sup>1944</sup> *Ibíd.*

<sup>1945</sup> *Ibíd.*

<sup>1946</sup> Franklin Delano Roosevelt, carta de sugerencia de una Conferencia Interamericana para el avance la paz americana y mundial del 30 de enero de 1936, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15173&st=the&st1=>.

<sup>1947</sup> *Ibíd.*

<sup>1948</sup> Franklin Delano Roosevelt, mensaje al Senado presentando los Tratados adoptados en la Conferencia Interamericana de Buenos Aires del 26 de mayo de 1937, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15409&st=the&st1=>.



indispensables para el mantenimiento de la paz”<sup>1949</sup>. De hecho el Presidente presentaba al Senado nada menos que cinco convenciones internacionales (sobre el mantenimiento, preservación y reestablecimiento de la paz, sobre coordinación, extensión y aseguramiento del cumplimiento de los tratados interamericanos existentes, sobre la autopista pan-americana, sobre la promoción de las relaciones culturales interamericanas y sobre las exhibiciones artísticas), un protocolo adicional relativo a la no intervención y dos tratados (uno de prevención de controversias y otro de buenos oficios y mediación interamericano), que esperaba fueran aprobados por ser fruto de la iniciativa estadounidense y por representar “una nueva indicación de la sinceridad de la política de buena vecindad”. De todos modos, F. D. Roosevelt tuvo que renunciar a su propuesta de crear un Comité Consultivo Interamericano permanente para realizar consultas entre Estados cuando la guerra surgiera en el continente, iniciativa que fue rechazada por argentinos, bolivianos, chilenos y uruguayos, que sólo aceptaron un acuerdo sobre el principio de no intervención<sup>1950</sup>.

Para F. D. Roosevelt el sistema de relaciones interamericano fue esencial para su futuro diseño del nuevo orden mundial que vendría tras la derrota de las potencias del eje, hallando en el continente americano una fuente de inspiración al menos tan importante, sino más, que la propia Sociedad de Naciones de su admirado Woodrow Wilson. La prueba de ello la podemos encontrar en su discurso a la Junta de Gobierno de la Unión Pan-americana del 14 de abril de 1939 con motivo de su cuadragésimo noveno aniversario, en él F. D. Roosevelt alababa el esfuerzo de la organización para “promover su común civilización bajo un sistema de paz”<sup>1951</sup>, con ella “la familia americana es hoy un gran grupo cooperativo encarando un mundo en problemas con serenidad y calma”<sup>1952</sup>, y todo ello porque a pesar de compartir las mismas raíces históricas que Europa, además de iguales diferencias de raza, religión o idiomas, lo que ha protegido al continente americano del flagelo de las guerras intestinas ha sido “un poderoso ideal, ese de la comunidad de naciones...que hoy ha fusionado el pensamiento de los pueblos, y los deseos de sus representantes responsables hacia un mismo objetivo”<sup>1953</sup>, pues “mantenemos nuestras conferencias no como resultado de las guerras, sino como resultado de nuestro deseo de paz”<sup>1954</sup>, de ello se derivaría un esquema de relaciones basado en “promesas de prevención de agresiones, acompañadas por las puertas abiertas del comercio y las relaciones, y ensambladas por la voluntad común de cooperar pacíficamente”<sup>1955</sup>, por lo que

podemos presumir con orgullo que hemos empezado a desarrollar en las relaciones Pan-americanas lo que la civilización realmente significa en las relaciones entre países. Si éste proceso puede tener éxito aquí, ¿es esperar demasiado que un proceso intelectual y espiritual similar pueda tener éxito en otra parte? [...] La generación pasada en asuntos pan-americanos estuvo preocupada con construir los principios y mecanismos a través de los que éste

---

<sup>1949</sup> *Ibíd.*

<sup>1950</sup> DALLECK, op. cit., p. 132.

<sup>1951</sup> Franklin Delano Roosevelt, mensaje a la Junta de Gobierno de la Unión Pan-americana del 14 de abril de 1939, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15740&st=the&st1=>.

<sup>1952</sup> *Ibíd.*

<sup>1953</sup> *Ibíd.*

<sup>1954</sup> *Ibíd.*

<sup>1955</sup> *Ibíd.*



hemisferio trabajaría unido, pero la próxima generación se preocupará de los métodos por los cuales el Nuevo Mundo pueda vivir en paz junto con el Viejo. El asunto es realmente si nuestra civilización será empujada al trágico vórtice del militarismo sin fin salpicado por periódicas guerras, o si será capaz de mantener el ideal de la paz, la individualidad y la civilización como la fábrica de nuestras vidas [...] mediante el ejemplo podemos mostrarles la posibilidad, nosotros también tenemos nuestra seña en los asuntos mundiales<sup>1956</sup>

Es decir, para F. D. Roosevelt el sistema de relaciones interamericano podía servir perfectamente como base para el nuevo orden mundial, uno que suplantara de una vez por todas al caduco sistema de rivalidad europeo formado por “las cadenas de ideas que les constriñen hacia un estado de guerra perpetuo”<sup>1957</sup>, por otro basado en la cooperación a todos los niveles, tanto política como económica, como el ejemplo de la Unión Pan-americana mostraba, todo ello no debe olvidarse, fiel reflejo de los más altos y tradicionales ideales y principios estadounidenses, que mostraba el camino a la paz.

Pero antes de intentar injertar el modelo americano a escala mundial, F. D. Roosevelt debía superar las resistencias internas y externas al mismo, pues si fuera de Estados Unidos sin duda que encontraría enemigos a su plan, no era menos cierto que en su propia nación el aislacionismo, no intervencionista por naturaleza, le pondría muchas trabas para la consecución de esa nueva comunidad de naciones, más aún si Estados Unidos debía jugar un papel activo en la misma. Para evitar un destino similar al sufrido por Wilson, F. D. Roosevelt jugó primero la carta de la neutralidad, para pasar después, en plena guerra, a crear su nuevo orden mundial. Por tanto, conocer las razones de la postura inicial de F. D. Roosevelt respecto al aislacionismo, y en particular a la neutralidad, será de gran ayuda para comprender su internacionalismo.

### 9.c.2.b. *Neutralidad*

#### \* Antecedentes

La neutralidad ni fue un invento estadounidense ni una moda de la década de los años treinta, así, en abril de 1793, mediante la Proclamación 4, George Washington afirmaba la neutralidad de Estados Unidos en la guerra que enfrentaba a Francia con Prusia, Austria y Gran Bretaña entre otros, desde entonces la neutralidad sería una de las constantes en la política exterior de Estados Unidos. El propio Washington en su octavo discurso anual, dos meses más tarde de haber anunciado su gran regla de no enredarse en alianzas permanentes, aseguraba que “la más sincera neutralidad no es suficiente para guardarse de las depredaciones de las naciones en guerra”<sup>1958</sup>, pues “para asegurar el respeto a una bandera neutral se requiere una fuerza naval organizada y lista para resarcirla del insulto o la agresión”<sup>1959</sup>, pues ello

---

<sup>1956</sup> *Ibíd.*

<sup>1957</sup> *Ibíd.*

<sup>1958</sup> WASHINGTON, George, octavo mensaje anual del 7 de diciembre de 1796, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29438&st=neutrality&st1=>.

<sup>1959</sup> *Ibíd.*



“prevendría la necesidad de ir a la guerra desanimando a las potencias beligerantes a cometer tales violaciones de los derechos de las partes neutrales”<sup>1960</sup>, por lo que era esencial ya para Washington que la nación contase con una Armada capaz de defender los intereses y estrategias estadounidenses.

Los sucesores de Washington se adhirieron a la política de neutralidad sin fisuras, así, James Madison, en su discurso inaugural, proclamaba “mantener la neutralidad sincera hacia todas las naciones beligerantes, preferir en todos los casos la discusión amigable y la reconciliación razonable de las diferencias a una llamada suya a las armas”<sup>1961</sup>. Incluso James Monroe, tras anunciar su Doctrina de no intervención europea en el continente americano, al mismo tiempo declaraba que “en la guerra entre esos nuevos gobiernos y España declaramos nuestra neutralidad a la vez que su reconocimiento”<sup>1962</sup>. Bajo su presidencia se aprobaría el 20 de abril de 1818 la entonces conocida como Ley de neutralidad, creada como complemento a la Ley para el castigo de ciertos crímenes contra Estados Unidos del 5 de junio de 1794, y que constaba de trece secciones en las que se recogían las acciones prohibidas y los castigos a su infracción, entre ellos que ningún estadounidense podría servir, ya fuera como soldado, marinero o armando barcos, a otro Estado contra otro país con el que Estados Unidos estuviese en paz (sec. 1-5), la prohibición de lanzar ningún ataque desde suelo o puerto estadounidense hacia otro país con el que Estados Unidos estuviese en paz (sec. 6-8), que el Presidente tenía el poder de expulsar del territorio estadounidense a cualquier barco que considere esté violando “las leyes de las naciones o los tratados de Estados Unidos”<sup>1963</sup> y que para evitar tal medida han de asegurar que no serán empleados para atacar a otro Estado (sec. 9-10), que el servicio de aduanas era el encargado de verificar y retener a aquellos barcos sospechosos de ser utilizados para atacar otros Estados con los que Estados Unidos se encontrara en paz (sec. 11), que la presente ley derogaba y suplantaba las anteriores relativas a la prohibición de servir militarmente a otros Estados y sobre neutralidad, además de que dicha ley no obstaculizaba la persecución de los actos de piratería (sec. 12-13).

Para su sucesor J. Q. Adams, la neutralidad implicaba el reconocimiento de la libertad de acción estadounidense en el plano internacional, pues ello permitía al país “escoger entre la guerra y la paz, según nuestra conveniencia, guiados por la justicia, nos guíe”<sup>1964</sup>, es decir, la neutralidad era el complemento inseparable a la gran regla washingtoniana de no enredarse en alianzas permanentes, ofreciendo a los dirigentes estadounidenses una alternativa a aquellas para la defensa de los intereses americanos.

---

<sup>1960</sup> *Ibíd.*

<sup>1961</sup> MADISON, James, discurso inaugural del 4 de marzo de 1809, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=25805&st=neutrality&st1=>.

<sup>1962</sup> MONROE, James, séptimo mensaje anual del 2 de diciembre de 1823, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29465&st=neutrality&st1=>.

<sup>1963</sup> Ley de neutralidad del 20 de abril de 1818, texto consultado en [http://query.nytimes.com/mem/archive-free/pdf?\\_r=1&res=9F0DEFDB133DE53BBC4053DFB066838D679FDE](http://query.nytimes.com/mem/archive-free/pdf?_r=1&res=9F0DEFDB133DE53BBC4053DFB066838D679FDE).

<sup>1964</sup> ADAMS, John Quincy, mensaje especial del 15 de marzo de 1826, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=66632&st=neutrality&st1=>.



Al mediar el siglo XIX, el Presidente Franklin Pierce ya podía afirmar sin ningún género de dudas que “es la tradicional y asentada política de Estados Unidos mantener su imparcial neutralidad durante las guerras que de tiempo en tiempo ocurren entre las grandes potencias del mundo”<sup>1965</sup>, por ello esperaba que al aplicar dicha neutralidad esas mismas potencias “no interfirieran con nuestro legal disfrute de sus beneficios”<sup>1966</sup>, pues a “esos innegables derechos de neutralidad, individuales o nacionales, Estados Unidos no renunciará bajo ninguna circunstancia”<sup>1967</sup>.

Hasta su entrada en la I Guerra Mundial, Estados Unidos había anunciado su neutralidad en todos los grandes conflictos que pusieron en peligro la paz mundial, como en 1870 respecto a la guerra entre Francia y Prusia, cuando Ulysses S Grant continuó con la tradición de mantener a la nación fuera de los conflictos europeos<sup>1968</sup>, incluso cuando estos afectaban al continente americano, como fue el caso de la guerra comenzada en 1895 contra España por los rebeldes cubanos, y ante la que en un principio la Administración de Grover Cleveland reaccionaria con la consabida declaración de neutralidad estadounidense.

Aunque su sucesor William McKinley terminara entrando en guerra con España a causa del conflicto cubano, donde sí que mantuvo la neutralidad fue en el enfrentamiento mucho más distante entre boers y británicos, a pesar de la simpatía que los colonos holandeses despertaban en amplios sectores de la sociedad estadounidense. También Theodore Roosevelt proclamó la neutralidad de Estados Unidos durante la guerra entre Japón y Rusia en 1905, invocando para ello la ley de 1818, postura que ayudó en gran manera a que años más tarde recibiera el premio Nobel de la paz por sus esfuerzos por llevar a los contendientes a la mesa de negociaciones.

En 1912 incluso el Presidente Howard Taft reforzó los estatutos de neutralidad “en el esfuerzo general de contribuir a la paz de esas Republicas que son vecinos cercanos de Estados Unidos”<sup>1969</sup>, en concreto se fortaleció la restricción de la exportación de armas y municiones.

También Woodrow Wilson, antes de la participación de Estados Unidos en la I Guerra Mundial, había declarado la neutralidad de su país en la misma desde agosto de 1914 en repetidas veces, así, el 19 de ese mismo mes diría que “todo hombre que ame América actuará y hablará en el verdadero espíritu de la neutralidad, que es el espíritu de la imparcialidad y rectitud y amistad hacia todos los concernidos”<sup>1970</sup>, por ello “estados Unidos deber ser neutral en la práctica tanto como de palabra en estos

---

<sup>1965</sup> PIERCE, Franklin, tercer discurso inaugural del 31 de diciembre de 1855, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29496&st=neutrality&st1=>.

<sup>1966</sup> *Ibíd.*

<sup>1967</sup> *Ibíd.*

<sup>1968</sup> GRANT, Ulysses S. proclamaciones 192 y 193 de 1870, textos consultados en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php>.

<sup>1969</sup> TAFT, Howard, cuarto mensaje anual del 3 de diciembre de 1912, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29553&st=neutrality&st1=>.

<sup>1970</sup> WILSON, Woodrow, mensaje del 19 de agosto de 1914, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65382&st=neutrality&st1=>.



tiempos de prueba para las almas de los hombres”<sup>1971</sup>, lo que además ayudaría a mantener la cohesión interna, al estar Estados Unidos formado por tantos descendientes de los distintos contendientes. En noviembre de ese mismo año Wilson promulgaba también la neutralidad del Canal de Panamá mediante la Proclamación 1287, para que éste no fuera convertido en lugar de batalla de las potencias beligerantes.

La neutralidad para entonces se había convertido en una estrategia bipartidista, de hecho, en su plataforma política de 1916 el Partido Republicano recogía que “creemos en el mantenimiento de una estricta y honesta neutralidad entre los beligerantes en la gran guerra en Europa [...] en concordancia con las tradiciones americanas, es lo mejor, y el único camino, para preservar nuestra paz y restaurar nuestro justo lugar entre las naciones”<sup>1972</sup>. De todos modos, los constantes ataques alemanes mediante submarinos acabarían por convertir en papel mojado la neutralidad estadounidense, en febrero de 1917 el Presidente Wilson reconocía que “desde que infelizmente se ha probado imposible salvaguardar nuestros derechos neutrales por medios diplomáticos contra los injustificados quebrantamientos que han sufrido a manos alemanas, no hay otra opción que la neutralidad *armada*”<sup>1973</sup>, lo que no implicaba según él mismo intención alguna por parte de su Administración de entrar en la guerra, pues ello dependía más de las acciones de otros que de la voluntad del Ejecutivo, que estaba claramente por mantenerse alejado del conflicto europeo. En cualquier caso, sólo dos meses más tarde Wilson tendría de reconocer que “la neutralidad armada, ahora parece, es impracticable. Porque los submarinos están en efecto fuera de la ley cuando se usan como los alemanes han sido usados contra la marina mercante”<sup>1974</sup>, en tales circunstancias la neutralidad armada “es peor que ineficaz, solo produce lo que intenta evitar, es prácticamente cierto que nos meterá en la guerra sin los derechos ni la efectividad de los beligerantes”<sup>1975</sup>, y por ello pedía al Congreso que aprobase la declaración de guerra a Alemania.

Tras la participación estadounidense en la Gran Guerra y sobre todo, con la derrota del proyecto de Sociedad de Naciones en el Senado, la llegada Republicana a la Casa Blanca supuso la recuperación de la neutralidad como posición fija de Estados Unidos en el plano internacional, ejemplo de ello sería el tratado relativo a la Neutralidad Marítima con los Estados Americanos, firmado en la sexta Conferencia Internacional de Estados Americanos celebrada en la Habana en 1928. La neutralidad formaba parte inseparable de esa vuelta a normalidad que se produjo tras la marcha de W. Wilson de la presidencia, y que los Republicanos aprovecharon para reinstaurar el tradicional unilateralismo aislacionista decimonónico, que les permitía mantener

---

<sup>1971</sup> *Ibíd.*

<sup>1972</sup> Plataforma del Partido Republicano del 7 de junio de 1916, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29634&st=neutrality&st1=>.

<sup>1973</sup> WILSON, Woodrow, mensaje ante la sesión conjunta del Congreso para petición de poder del 26 de febrero de 1917, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65398&st=neutrality&st1=>, la cursiva es mía.

<sup>1974</sup> WILSON, Woodrow, mensaje ante la sesión conjunta del Congreso pidiendo la declaración de guerra contra Alemania del 2 de abril de 1917, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=65366&st=neutrality&st1=>.

<sup>1975</sup> *Ibíd.*



cierta distancia respecto a los acontecimientos mundiales que no afectasen de manera evidente a los intereses estadounidenses.

\* Evolución de F. D. Roosevelt respecto a la neutralidad

En Europa y Asia las circunstancias no permitirían a F. D. Roosevelt mantenerse al margen del incremento de la tensión a causa de los irredentismos japonés y alemán, ya que si en el viejo continente el fascismo italiano y el nazismo alemán amenazaban con derrumbar la precaria paz de Versalles, en Asia el militarismo nipón no sólo afectaba a China, sino que ponía en peligro los intereses asiáticos de Estados Unidos, en especial las islas Filipinas. De todos modos, F. D. Roosevelt como Wilson antes de la I Guerra Mundial, probó la vía de la neutralidad, pues quizá no le quedase más remedio dados los graves problemas nacionales que abortaban cualquier apoyo público a una política más activa a nivel internacional. De este modo, tras rechazar el plan Hoover para la conferencia de Londres de julio de 1933 por el que se pretendía crear un programa de estabilización internacional de monedas<sup>1976</sup>, aprobó 30 acuerdos bilaterales sobre tarifas con otros tantos países<sup>1977</sup>.

Si en economía F. D. Roosevelt había optado por mantener una vía unilateral que beneficiase la recuperación interna estadounidense, sin mucho interés por las consecuencias que de ello se pudieran derivar en el plano internacional, en el campo político sí que el nuevo Presidente se mostró preocupado desde un inicio por la creciente belicosidad que provenía tanto de Europa como de Asia. Muestra de ello es el llamamiento para la paz mundial a través del desarme y el alivio del caos económico lanzado por el Presidente en mayo de 1933, pues para Roosevelt

nuestra tarea descansa en la dirección de lograr resultados prácticos a través de la acción concertada basada en el mayor bien para el mayor número [...] el alargamiento de una paz duradera para nuestra generación en toda parte del mundo es el único objetivo digno de nuestros mejores esfuerzos<sup>1978</sup>

Y nada mejor para lograrlo que alcanzar el desarme de todas las naciones, en especial de las armas ofensivas, y sobre todo a través de “que todas las naciones del mundo entren en un solemne y definitivo pacto de no agresión”<sup>1979</sup>. Tales propuestas sonaban al clásico e inofensivo idealismo estadounidense en pleno comienzo de lo que sería la carrera armamentística que conduciría a la II Guerra Mundial, pues como muy pronto demostrarían Hitler o el nuevo gobierno militar japonés, ni en Europa ni en Asia los vientos sonaban hacia un cambio pacífico de las relaciones internacionales, sino más bien todo lo contrario, y ante ello, en plena crisis económica, poco más que buenas intenciones podía ofrecer el nuevo Presidente estadounidense.

<sup>1976</sup> NINKOVICH, op.cit., p. 114.

<sup>1977</sup> SCHULZINGER, op.cit., p. 152.

<sup>1978</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, llamamiento por la paz mundial por el desarme y para el alivio del caos económico del 16 de mayo de 1933, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14643&st=the&st1=>.

<sup>1979</sup> *Ibíd.*



Un ejemplo de esas buenas intenciones fue el definitivo reconocimiento del régimen comunista de Moscú el 16 de noviembre de 1933, poniendo así fin a casi dos décadas de alejamiento entre ambas potencias. Las conversaciones al respecto, iniciadas entre el Secretario de Estado estadounidense y el Ministro de Asuntos Exteriores ruso Litvinov, culminarían en enero de 1934 con la llegada a Washington del embajador soviético. Para F. D. Roosevelt la normalización de las relaciones con el régimen soviético era esencial, pues “la cooperación de nuestras grandes naciones será inevitablemente de la mayor importancia para la preservación de la paz mundial”<sup>1980</sup>.

También ante los cambios políticos producidos por la crisis económica mundial, F. D. Roosevelt trató de defender a su nación reivindicando la idoneidad de su propio sistema democrático como mejor antídoto para recuperarse de la debacle bursátil, advirtiendo que

el pueblo americano no está sólo en el mundo en su deseo de cambio. Lo buscamos a través de las probadas tradiciones liberales, mediante procesos que retienen todas las profundas esencias de esa forma republicana de gobierno representativo dada por primera vez a un mundo en problemas por los Estados Unidos<sup>1981</sup>

Además, el Presidente estadounidense estaba convencido de

que el consejo calmado y el liderazgo constructivo otorgarán la influencia constante y el tiempo necesario para la llegada de formas nuevas y más prácticas de gobierno representativo alrededor del mundo donde el privilegio y el poder ocuparán un menor lugar y el bienestar mundial uno mayor<sup>1982</sup>

Es decir, como si el propio J. Q. Adams guiara la pluma de F. D. Roosevelt, ante las amenazantes derivas autoritarias, Estados Unidos debía enfrentarse sólo con la fuerza de su ejemplo.

Por entonces el aislacionismo predominaba en el Medio Oeste Republicano y entre los descendientes de alemanes e irlandeses, que nada querían saber de resolver problemas ajenos y sí de permanecer fuera de cualquier guerra, lo que se tradujo en 1934 en la Ley Johnson de Omisión de la Deuda, en honor a su mentor el Senador Republicano por California Hiram Johnson, que prohibía los préstamos a las naciones con deudas de guerra pendientes de pago, cuyo monto aun ascendía a 22 billones de dólares<sup>1983</sup>. Para Jonas, el aislacionismo estadounidense de la década de 1930 se podía entender como expresión de la suma del unilateralismo y el miedo a las consecuencias de una nueva guerra, y más que una tendencia partidista, hundía sus

---

<sup>1980</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, comentarios dando la bienvenida al embajador de la Unión de Repúblicas socialistas Soviéticas del 8 de enero de 1934, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14824&st=the&st1=>.

<sup>1981</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 4 de enero de 1935, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14890&st=the&st1=>.

<sup>1982</sup> *Ibíd.*

<sup>1983</sup> HERRING, op. cit., p. 502 y JOHNSON, op. cit., p. 776.



raíces en la política tradicional de Washington y Jefferson<sup>1984</sup>, si bien el aislacionismo en sí mismo no podría calificarse de filosofía política, sino más bien de mera respuesta a una determinada realidad internacional, es más, ni siquiera eran puros aislacionistas, pues al reclamar que Estados Unidos se guiara únicamente de acuerdo a su propio interés eran más que nada realistas, que dentro de sus diferencias internas, abogaban por la participación estadounidense en los asuntos económicos globales, así como en cuestiones de derechos humanos, pero no en las estrictamente políticas, pues a todos les unía el rechazo a cualquier tipo de compromiso y alianza internacionales, es decir, los aislacionistas de la década de 1930 pensaban que Estados Unidos defendería mejor sus intereses aplicando la política unilateral del siglo XIX.

Lo que explica el predominio aislacionista en el Medio Oeste norteamericano es su insularidad y su radicalismo agrario que rechazaba todo lo que procediese del viejo continente. Aunque el aislacionismo de la época carecía de una clara base geográfica, territorial o étnica, como se ha indicado, lo que les unía era su unilateralismo y su miedo a la guerra, todo ello potenciado por diversos factores como la crisis económica que obligaba a centrar la atención en los asuntos internos, y que además rebajó la confianza en la capacidad de la nación para cambiar las cosas, otros factores destacados y relacionados entre sí fueron el aumento de la desconfianza hacia banqueros y financieros, como grupos más interesados en el internacionalismo, y en la proliferación del revisionismo histórico acerca de la I Guerra Mundial, rebajando la causa aliada y los motivos de la participación estadounidense a meras causas egoístas y a la acción de grupos minoritarios, más que al ataque al país<sup>1985</sup>.

Como se aprecia, el aislacionismo de la década de 1930 fue un movimiento complejo en el que se pueden distinguir hasta cinco grupos diferenciados, el primero, los orientados hacia el exterior, cuya nota característica sería su simpatía por las potencias del Eje o por la Unión Soviética, era el menos numeroso; el segundo, formado por los beligerantes, partidarios de seguir una vía unilateralista capaz de defender los derechos de Estados Unidos, procurando al mismo tiempo ser fieles al espíritu de las leyes internacionales, era el sector principal de los aislacionistas, y en el Congreso estaban representados por H. Johnson y W. E. Borah, todos ellos pertenecientes a la vieja escuela del imperialismo de T. Roosevelt, H. C. Lodge o A. Beveridge; en tercer lugar se encontraban los tímidos, quienes estaban dispuestos a sacrificar determinados derechos con tal de permanecer neutrales, con el Senador Republicano por Dakota del Norte Gerald P. Nye como principal altavoz de sus ideas en calidad de representante del descontento agrario, o el Congresista Demócrata por Texas Maury Maverick, quienes no creían que Estados Unidos dependiera tanto del comercio exterior ni de las leyes internacionales para su progreso, y aunque pensaban que el orden de posguerra había fracasado y necesitaba ser sustituido por uno nuevo, éste debía cuajarse sin compromiso alguno por parte estadounidense; el cuarto grupo tenía en sus filas a los radicales que estaban dispuestos a todo con tal de no entrar en la guerra y conservar el orden social de la nación, y en último lugar estaban los

---

<sup>1984</sup> JONAS, Manfred *Isolationism in America 1935-1941*, Imprint Publications, Chicago, 1990, p. viii y 4.

<sup>1985</sup> *Ibíd.*, p.17.



conservadores, cuyo programa se basaba en la defensa del viejo orden, con el Senador Republicano por Michigan A. H. Vandenberg como máximo exponente<sup>1986</sup>.

Pero pronto se vería que tal estrategia resultaría insuficiente para evitar el estallido de nuevas guerras, como se encargaría de demostrar la Italia fascista ante la débil Etiopía. En una carta enviada al obispo Ashton Oldham, F. D. Roosevelt reconocía que, a pesar de “que la paz mundial representa la única seguridad verdadera contra la participación en guerras”<sup>1987</sup>, el sentir del pueblo estadounidense pedía “por encima de todo, que Estados Unidos no sea involucrado en la guerra”<sup>1988</sup>, a consecuencia de ello “las medidas que el gobierno ha adoptado sucesivamente han servido al doble objetivo de mantenernos fuera de la guerra y de limitar y acortar las hostilidades”<sup>1989</sup>.

De hecho, F. D. Roosevelt volvería a rendir obediencia a la tradición política estadounidense con el mantenimiento de la neutralidad, ya que los deseos de evitar una nueva guerra mundial se fundían con el tradicional deseo de neutralidad americano y el apoyo a un difuso sistema de seguridad colectivo encarnado en la Sociedad de Naciones y el derecho internacional<sup>1990</sup>. Aun así, el desarrollo político europeo volvería a dictar el ritmo de la acción del Congreso estadounidense<sup>1991</sup>, pues tras la comisión Nye-Vandenberg de 1934 que denunciaba la venta masiva de municiones a Europa, el aumento de la presión italiana sobre Etiopía desde febrero disparó los temores a un nuevo conflicto europeo, agravados por el repudio alemán de las cláusulas de desarme de Versalles del marzo siguiente, unido a la respuesta francesa de exigencia de sanciones a los países que hiciesen peligrar la paz, a lo que habría de sumar la petición de 1,1 billón de dólares por parte de F. D. Roosevelt para gastos de defensa, la mayor petición en tiempos de paz en la historia estadounidense. Además se dieron a conocer los trabajos de la Comisión Nye, creada el 8 de febrero de 1934 por la Resolución 179 y formada en su mayoría por aislacionistas, y que fue importante al confirmar las sospechas de la opinión pública sobre el oscuro papel jugado por la industria militar y los banqueros a la hora de presionar a la Administración Wilson a favor de la entrada en la I Guerra Mundial, descubriendo así los motivos egoístas de toda guerra que nada tenían que ver con los valores y principios estadounidenses, y para que no se volviera a repetir semejante situación, lo más apropiado sería crear leyes capaces de mantener la neutralidad estadounidense mediante el embargo comercial a todos los beligerantes<sup>1992</sup>.

Todo ello estimuló la aprobación de las Resoluciones 99 y 100, promovidas por los Senadores Gerald P. Nye (Republicano por Dakota del Norte) y Bennett Champ Clark (Demócrata por Missouri) en abril de 1935 y que estipulaban la prohibición a los ciudadanos estadounidenses de viajar a zonas de guerra y de

---

<sup>1986</sup> *Ibíd.*, p. 34-70.

<sup>1987</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, carta sobre el mantenimiento de la paz del 14 de noviembre de 1935, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14977&st=the&st1=>.

<sup>1988</sup> *Ibíd.*

<sup>1989</sup> *Ibíd.*

<sup>1990</sup> NINKOVICH, *op.cit.*, p. 114.

<sup>1991</sup> Sobre la aprobación de la ley de neutralidad de 1935 consultar *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 228 y DALLECK, *op.cit.*, p. 101-115.

<sup>1992</sup> JONAS, *op.cit.*, p. 140.



conceder créditos a los beligerantes, además del contrabando, a las que se uniría la resolución 120 del mes siguiente prohibiendo la exportación de armamentos y otros materiales bélicos a los beligerantes. Pese a que las medidas plasmaban el sentir general de la nación, la Administración Roosevelt trató de suavizar dichas medidas y fruto de su presión se aprobaría el texto final de acuerdo a la resolución 173 presentada el 31 de agosto por el Senador Key Pittman, Demócrata por Nevada y presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de 1933 a 1940. La ley de neutralidad de 1935 tenía vigencia sólo hasta febrero de 1936, año en que fue prorrogada catorce meses más a través de la resolución 422 de la Cámara de Representantes.

Con la aprobación de la primera ley de neutralidad de agosto de 1935 se intentaba plasmar “una expresión del deseo fijo del gobierno y el pueblo de Estados Unidos de evitar cualquier acción que nos conduzca a la guerra”<sup>1993</sup>, de hecho “la política de éste gobierno es evitar ser llevados a guerras entre otras naciones [...] el mantenimiento de la paz y eludir toda unión que nos conduzca al conflicto”<sup>1994</sup> y por ello, la mencionada ley de neutralidad era lo suficientemente flexible en su letra como para lograr tales objetivos. Así mismo, concedía al Presidente la capacidad de proclamar la puesta en práctica de tales medidas mediante proclamación, además de establecer la cuantía de las multas por la violación de las anteriores prohibiciones y de prohibir la entrada de submarinos y barcos de otras naciones beligerantes en los puertos estadounidenses en caso de existir un estado de guerra en el exterior. Al mes siguiente, mediante la Proclamación 2138, F. D. Roosevelt definía las armas, municiones y materiales de guerra bajo la legislación de neutralidad, y sólo dos meses más tarde, el 30 de octubre, el Presidente invocaba por primera vez la reciente ley de neutralidad en el conflicto entre Italia y Etiopía, ya que “éste gobierno está determinado a no verse envuelto en la controversia y está ansioso por la restauración y el mantenimiento de la paz”<sup>1995</sup>. La legislación satisfizo parcialmente a todos los sectores estadounidenses, a los aislacionistas porque no discriminaba entre beligerantes, lo que impedía aplicar el temido embargo a los países designados por la Sociedad de Naciones, y también por contener en cierto modo los poderes presidenciales, y a la Administración, aunque el Presidente era partidario de una ley más flexible, por alejarle de los enredos europeos. De hecho, tras aplicar el embargo a Italia y Etiopía, F. D. Roosevelt no cooperó demasiado con la Sociedad de Naciones ante el temor de ser acusado de rendir la política exterior americana a los intereses europeos, incluso se negó a incluir las materias primas en la lista de materiales prohibidos para la exportación, contentándose con la aplicación de un embargo moral, cuando al ser productor del 50 por ciento del crudo mundial a Estados Unidos le

---

<sup>1993</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, declaración sobre la Legislación de Neutralidad del 31 de agosto de 1935, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14927&st=neutrality&st1=>, La ley de neutralidad sancionaba “la prohibición de exportar armas, municiones y materiales de guerra a países beligerantes, la prohibición del transporte de armas, municiones y materiales de guerra por barcos de Estados Unidos para el uso de Estados beligerantes; del registro y concesión de licencias a personas inmersas en el negocio de fabricación, exportación o importación de armas, municiones o materiales de guerra; y la restricción de los viajes de ciudadanos americanos en barcos beligerantes durante la guerra”, *Ibíd.*

<sup>1994</sup> *Ibíd.*

<sup>1995</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, declaración contra el beneficio en la guerra Italo-etíope, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=14971&st=neutrality&st1=>.



hubiese resultado sencillo presionar a Roma, en cualquier caso, la timidez norteamericana se vio facilitada por el apaciguamiento de Londres y París, que no deseaban que una presión excesiva sobre Mussolini le acercase a Hitler<sup>1996</sup>.

Para uno de sus impulsores, el Senador B. C. Clark, la legislación sobre neutralidad era esencial ya que “sabemos que no importa lo fuerte que sea la voluntad del pueblo americano por abstenerse de mezclarse en las peleas de otros pueblos, sólo esa voluntad puede hacerse efectiva si tenemos una política firme y clara desde el comienzo”<sup>1997</sup>, pues Estados Unidos debía aprender de la experiencia de la I Guerra Mundial, y no improvisar leyes de neutralidad cuando la guerra ya ha comenzado, y si no se quiere entrar en guerra “debemos formular una política definida y factible de relaciones neutrales con las naciones beligerantes”<sup>1998</sup>, y para Clark ésta venía definida por lo aprobado en la Ley de neutralidad, más las provisiones rechazadas por el Presidente de prohibición de concesión de préstamos y créditos a beligerantes, pues “declaramos que el espíritu verdadero de neutralidad de la Administración no puede permanecer en el camino de las demandas del comercio”<sup>1999</sup>, y la aplicación de embargo al contrabando, pues bajo las condiciones de la guerra moderna todo envío a la población enemiga tendría el mismo efecto que los envíos al ejército enemigo, y puesto que 1935 tan sólo sería el primer paso en la batalla por mantener la neutralidad, y ante las críticas vertidas a sus promotores acusándoles de poner en juego el buen nombre de Estados Unidos, Clark respondía que

niego con toda fibra de mi ser que nuestro honor nacional demande que sacrifiquemos la flor de nuestra juventud para salvaguardar los beneficios de unos pocos privilegiados, niego que sea necesario voltear las manos de la civilización para mantener nuestro honor nacional. Rechazo cualquier definición de éste tipo del honor. ¿No es tiempo de que todo amante de nuestro país haga lo mismo?<sup>2000</sup>

De hecho, en el campo aislacionista no se establecían diferencias entre los motivos de Gran Bretaña o Francia y los de Italia, Japón o Alemania, esa equiparación moral obligaba a Estados Unidos a no distinguir entre los beligerantes y mantener así una estricta neutralidad, además, tampoco Estados Unidos podía hacer demasiado por arreglar los problemas europeos, y como tampoco ninguna nación representaba una amenaza real al país, tan sólo se requería un gasto militar capaz de asegurar la defensa nacional a un coste mínimo<sup>2001</sup>.

De todos modos, aunque minoritarios, la ley de 1935 despertó también críticas entre aquellos que veían dicha legislación como un perjuicio para las naciones más débiles de Europa, como fue el caso del Senador Demócrata por Texas Tom Conally, quien se preguntaba ese mismo agosto si

---

<sup>1996</sup> DALLECK, op.cit., p. 121.

<sup>1997</sup> CLARK, Bennett Champ, artículo titulado “Desvío alrededor de la guerra” del *Harper’s Magazine* de diciembre de 1939, texto consultado en <http://teachingamericanhistory.org/library/index.asp?document=1502>.

<sup>1998</sup> *Ibíd.*

<sup>1999</sup> *Ibíd.*

<sup>2000</sup> *Ibíd.*

<sup>2001</sup> JONAS, op.cit., p. 110.



¿es una expresión de neutralidad decir a dos naciones en guerra, una de las cuales tiene ambiciones de conquista territorial, la otra no preparada, la otra débil, la otra tratando de seguir su propio destino- es neutral decirles a esas naciones `no daremos armas a ninguna de vosotras´, de ese modo asegurando el triunfo de la nación preparada, la nación codiciosa, la ambiciosa, la nación que busca por la fuerza de las armas imponer su voluntad sobre la nación más débil e indefensa?<sup>2002</sup>

Con ello Estados Unidos se pondría “del lado del fuerte y poderoso contra el débil, el no preparado y el indefenso”<sup>2003</sup>, por ello Conally estaba en contra de la Ley de Neutralidad, porque “no podemos poner a Estados Unidos en una chaqueta internacional estrecha y entonces mantenernos fuera de la guerra”<sup>2004</sup>, y menos aun “podemos por un acto del Congreso colocar a Estados Unidos en un molde internacional concreto al que se amolden todas las futuras ocasiones y resuelva todos los problemas venideros”<sup>2005</sup>.

En cualquier caso, el Presidente sancionaba la nueva legislación al ser “la expresión del fijo deseo del Gobierno y del pueblo... comprometido al mantenimiento de la paz y a la anulación de todo compromiso que nos conduzca al conflicto”<sup>2006</sup>, más tarde, en el mensaje anual al Congreso de enero de 1936, F. D. Roosevelt aseveraba que “como parte consistente de una política clara, Estados Unidos sigue una doble neutralidad hacia toda nación que se encuentre enredada en guerras que no sean del inmediato interés de los americanos”<sup>2007</sup>, de esa manera

Estados Unidos y el resto de americanos sólo pueden jugar un papel: a través de la bien ordenada neutralidad no hacer nada para animar la contienda, a través de una adecuada defensa salvándonos de involucrarnos y del ataque, y mediante el ejemplo y un ánimo legítimo y asistencia para persuadir a otras naciones para el retorno a los caminos de la paz y la buena voluntad<sup>2008</sup>

Durante 1936 la guerra entre Etiopía e Italia fue uno de los mayores centros de atención de la política internacional, y también para Estados Unidos, que de nuevo en febrero y en junio basaría su reacción ante el mismo con la legislación de neutralidad, declarada política oficial del Partido Demócrata en su convención de junio de 1936 en la que “reafirmamos nuestra oposición a la guerra como instrumento de política nacional, y declaramos que las disputas entre las naciones deben ser resueltas por medios pacíficos”<sup>2009</sup>. Ya el 29 de febrero de 1936 había sido extendida y enmendada la ley de agosto del año anterior, añadiendo dos nuevas secciones, la primera sobre

<sup>2002</sup> CONALLY, Tom, discurso ante el Senado del 24 de agosto de 1935, texto consultado en <http://teachingamericanhistory.org/library/index.asp?document=2184>.

<sup>2003</sup> *Ibíd.*

<sup>2004</sup> *Ibíd.*

<sup>2005</sup> *Ibíd.*

<sup>2006</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje del 31 de agosto de 1935, texto consultado en [www.ibiblio.org/pha/paw/050.html](http://www.ibiblio.org/pha/paw/050.html).

<sup>2007</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 3 de enero de 1936, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15095&st=neutrality&st1=>.

<sup>2008</sup> *Ibíd.*

<sup>2009</sup> Plataforma política del Partido Demócrata del 23 de junio de 1936, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=29596&st=neutrality&st1=>.



prohibición de préstamos a países y particulares beligerantes, y la segunda no aplicándola a Repúblicas americanas que estuviesen en guerra con países no americanos<sup>2010</sup>.

Para F. D. Roosevelt, en sus inicios la legislación de neutralidad tenía que ver con la refundación del sistema económico estadounidense, pues al beneficio personal egoísta oponía la unidad de acción hacia un objetivo común de gran calado, la paz mundial, pues aunque sea “claro que nuestra política y las medidas aprobadas por el Congreso, en el caso de guerra en otro continente, reduzcan los beneficios de guerra que de otra manera acumularían ciudadanos americanos”<sup>2011</sup>, también lo era para el Presidente que “fue la perspectiva de los beneficios de la guerra que causó la extensión del monopolio y la expansión injustificada de la industria y un nivel de precios tan alto que se destruyó la relación normal entre deudor y acreedor”<sup>2012</sup>.

En tales palabras podemos ver la influencia que el Comité Nye, presidido por el Senador por Dakota del Norte Gerald Nye tuvo en los años 1934-1936 sobre la opinión pública estadounidense acerca del verdadero papel de Estados Unidos en la I Guerra Mundial. Impulsado entre otros por la Liga Internacional de Mujeres, presidida por Dorothy Detzer, y por el Senador Arthur Vandenberg, el Comité acusaba a los intereses industriales y bancarios del Este de impulsar la participación estadounidense en la I Guerra Mundial, con el único fin de ver aumentados sus beneficios<sup>2013</sup>, lo que venía a corroborar a la mayoría de la opinión pública sus sospechas sobre los verdaderos intereses detrás del intervencionismo del Presidente Wilson, y que lejos de ir a morir por defender el ideal y los principios nacionales, sus muchachos tan sólo fueron a morir a Europa por un puñado de dólares. De modo que los trabajos de la Comisión reforzaron el impulso aislacionista en Estados Unidos, transformados en la práctica en las nuevas leyes de Neutralidad. Para entonces el 95 por ciento de la opinión pública estadounidense estaba en contra de participar en otra guerra mundial<sup>2014</sup>.

Con el inicio de la guerra civil española, donde Italia y Alemania ayudaban a los golpistas con armamento y soldados, de nuevo Estados Unidos se enfrentaba con una dura prueba a su política de neutralidad, si bien en éste caso decidió seguir los pasos de británicos y franceses, y tras la aprobación del Senado por 81 a cero de la propuesta presidencial de aplicar el embargo a los contendientes de la guerra civil española, se aprobó la Proclamación 2236 el 1 de mayo de 1937, sancionando la prohibición de exportar armas y municiones a los contendientes del conflicto interno español, así como de su transporte en barcos estadounidenses, más la restricción de viajes en barcos beligerantes de ciudadanos americanos<sup>2015</sup>. Como en el caso etíope,

---

<sup>2010</sup> Ley de Neutralidad del 29 de febrero de 1936, texto consultado en <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/interwar/neutrality2.htm>.

<sup>2011</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje en Chautauqua, Nueva York del 14 de agosto de 1936, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15097&st=neutrality&st1=>.

<sup>2012</sup> *Ibíd.*

<sup>2013</sup> JOHNSON, *op.cit.*, p. 775 y FROMKIN, *op.cit.*, p. 443.

<sup>2014</sup> JONAS, *op.cit.*, p. 1.

<sup>2015</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Proclamación 2236 de prohibición de exportar armas y municiones a la Guerra Civil de España del 1 de mayo de 1937, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15399&st=the&st1=>.



la respuesta estadounidense a la guerra civil española se vio condicionada por la adoptada por británicos y franceses, quienes inmersos en pleno apaciguamiento de Berlín, aplicaron un embargo que beneficiaba a los golpistas, abiertamente socorridos por alemanes e italianos, con ello F. D. Roosevelt actuó también con tibieza ante las provocaciones nazis, más aun al jugar la carta pacifista con las elecciones de 1936 a la vista, si bien, al igual que Francia y Gran Bretaña, pensaba sinceramente que la neutralidad en España era el único modo de evitar la expansión del conflicto<sup>2016</sup>.

Pero como quiera que la Ley de neutralidad de 1935 tan sólo contenía referencias a un conflicto entre Estados sin hacer referencia a guerras civiles como la española, se hacía necesaria una nueva ley que evitara que Estados Unidos se viese afectado por ese tipo de conflictos, de ahí que ese mismo 1 de mayo se aprobase en el Congreso la Ley de Neutralidad de 1937, basada en la Resolución 51 del 29 de abril<sup>2017</sup>, la primera que no contenía un límite temporal respecto a los poderes concedidos al Presidente relativos a la neutralidad, es decir, la de 1937 fue la primera ley permanente de neutralidad aprobada por el Congreso, 63 a seis en el Senado y 376 a trece en la Cámara de Representantes. En ella, además de las anteriores estipulaciones relativas a países beligerantes, se añadía que lo mismo se aplicaría en casos de lucha civil cuya magnitud “amenace o haga peligrar la paz de Estados Unidos”<sup>2018</sup>, y la prohibición de armar barcos mercantes americanos, si bien la principal novedad fue la concesión hecha por el Congreso al Presidente de permitir la venta de materiales no bélicos a aquellos beligerantes que los transportasen en sus propios barcos y los pagasen de inmediato, la conocida política de *cash and carry*. Tal medida puede entenderse como la primera mella realizada por F. D. Roosevelt a la legislación de neutralidad, que comenzaba a ver como un estorbo para la necesaria ayuda que se tendría que conceder a Londres y París en caso de un más que probable enfrentamiento con Berlín.

Si bien la ley de 1937 satisfacía tanto a los partidarios de mantener el embargo como a los que pretendían suavizar ésta mediante la fórmula de *cash and carry*, otros veían en la continuación del alejamiento de Estados Unidos de los conflictos externos una peligrosa tendencia, como en el caso de la revista izquierdista *The Nation*, en cuya editorial del 9 de enero de 1937 podía leerse una acerada crítica a la postura de los políticos estadounidenses, ya que “tomar una acción ahora al negar las municiones al gobierno español en su hora de necesidad sería un acto deliberadamente hostil”<sup>2019</sup>, pues “con Hitler ayudando abiertamente a los insurgentes, un embargo general de los Estados Unidos, como el acuerdo europeo de no intervención, será negarle al Gobierno los recursos de los cuales lo rebeldes sacan provecho”<sup>2020</sup>, con ello “Estados Unidos estaría tomando de hecho partido en el conflicto español, y haciéndolo del lado de los militaristas españoles, de Hitler y Mussolini contra el Gobierno elegido por el pueblo español”<sup>2021</sup>, es más, *The Nation*

---

<sup>2016</sup> DALLECK, op.cit., p. 124.

<sup>2017</sup> *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 230.

<sup>2018</sup> Ley de Neutralidad del 1 de mayo de 1937, texto consultado en <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/interwar/neutrality3.htm>.

<sup>2019</sup> Editorial de *The Nation* del 9 de enero de 1937, texto consultado en <http://newdeal.feri.org/nation/na37144p033.htm>.

<sup>2020</sup> *Ibíd.*

<sup>2021</sup> *Ibíd.*



advertía de que al continuar con el embargo a todos los beligerantes, equivalía a una invitación abierta a Hitler para lanzar su ataque, ya que “las municiones que son negadas a los países democráticos serán tan útiles a Hitler como la misma cantidad de municiones sellada y enviada a la Alemania nazi”<sup>2022</sup>.

Pero no sólo en Europa los tambores de guerra preocupaban a Estados Unidos, en septiembre de 1937 F. D. Roosevelt declararía la prohibición de transportar armas, municiones y materiales de guerra a China y Japón mediante buques gubernamentales, los privados lo podrían hacer bajo su propia cuenta y riesgo<sup>2023</sup>. Con ello, al limitar el embargo a los buques estatales, el Presidente pretendía que el embargo no perjudicase a China, de hecho, lejos de retirar a los 2.300 soldados en el país, ordenó el envío de otros 1.200 con el objeto de proteger a los nacionales residentes en China<sup>2024</sup>.

Para entonces F. D. Roosevelt había llegado a la conclusión de que dado el desarrollo de los acontecimientos, con una Sociedad de Naciones imposibilitada para evitar las guerras y un militarismo creciente en Europa y Asia

las naciones amantes de la paz deben hacer un esfuerzo común en oposición a aquellos violadores de los tratados y aquellos que ignoran los instintos humanos que hoy están creando un estado de inestabilidad y anarquía internacionales de la que no se puede escapar con el mero aislacionismo o la neutralidad<sup>2025</sup>

De hecho, para F. D. Roosevelt Estados Unidos debía renunciar a cualquier sueño de aislarse en su continente, pues “hay una solidaridad e interdependencia en el mundo moderno, tanto técnica como moral, que hace imposible para cualquier nación aislarse de las agitaciones económicas y políticas del resto del mundo”<sup>2026</sup>. De ello se derivaba que “no puede haber paz estable en y entre las naciones salvo bajo leyes y estándares morales respetados por todos”<sup>2027</sup>, pues la anarquía internacional destruía toda fundación de la paz, y para el Presidente estadounidense parecía ser desafortunadamente cierto que la epidemia del desorden mundial se estaba expandiendo. Para evitar que “pueblos inocentes, naciones inocentes, estén siendo cruelmente sacrificados por la codicia de poder y supremacía, faltas de todo sentido de justicia y consideraciones humanas”<sup>2028</sup>, era esencial que “la comunidad apruebe y se una en una cuarentena de los pacientes para proteger la salud de la comunidad contra la extensión de la enfermedad”<sup>2029</sup>, y a pesar de seguir una política de paz y de no participación en guerras, reconocía que “la guerra es un contagio, sea declarada o no... no podemos aislarnos contra los desastrosos efectos de la guerra y de los

---

<sup>2022</sup> *Ibíd.*

<sup>2023</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, declaración sobre el transporte de armas y municiones a China y Japón del 14 de septiembre de 1937, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15456&st=neutrality&st1=>.

<sup>2024</sup> DALLECK, op.cit., p. 147.

<sup>2025</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje en Chicago del 5 de octubre de 1937, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15476&st=neutrality&st1=>.

<sup>2026</sup> *Ibíd.*

<sup>2027</sup> *Ibíd.*

<sup>2028</sup> *Ibíd.*

<sup>2029</sup> *Ibíd.*



peligros de la participación... no podemos tener protección completa en un mundo en desorden en el cual la confianza y la seguridad se han roto”<sup>2030</sup>.

Para F. D. Roosevelt era inconcebible que “la paz, la libertad y la seguridad del 90 por ciento de la población mundial estén siendo puestas en peligro por el restante diez por ciento”<sup>2031</sup>, pues “cuando una epidemia de enfermedad física comienza a expandirse, la comunidad aprueba y se suma a una cuarentena de los pacientes para proteger la salud de la comunidad contra la expansión de la enfermedad”<sup>2032</sup>, puesto que la paz del mundo y el bienestar y la seguridad de toda nación, incluidas las estadounidenses, estaban entonces siendo amenazadas. Lo que suponía ir más allá de la legislación de neutralidad, al reconocer que si bien Estados Unidos estaba determinado a permanecer fuera de la guerra, por otro lado “no podemos tener una protección completa en un mundo en desorden en el que la confianza y la seguridad se hayan roto”<sup>2033</sup>, por lo tanto era hora de realizar esfuerzos positivos para preservar la paz, seguramente, en contraposición a la pasividad que caracterizaba a la legislación de neutralidad, centrada en lo que Estados Unidos no podía hacer en caso de guerra, si bien el propio Roosevelt caracterizaba a la cuarentena como una expansión de la neutralidad, aunque una neutralidad más fuerte<sup>2034</sup>, y por tanto, puede decirse que ya a finales de 1937 el Presidente estaba resuelto a buscar un curso de acción alternativo ante el empecinamiento del Senado a favor del mantenimiento de la neutralidad.

Las contradicciones de dicha postura, mantener la neutralidad mientras se señalaba a los culpables de romper la paz internacional, pronto se materializarían en la postura presidencial hacia China, si por un lado se apoyaba la iniciativa de la Sociedad de Naciones de reunir la Conferencia de las nueve Potencias sobre China en noviembre, por otro se negaba a que se celebrase en Washington, a lo que hay que sumar la casi nula reacción ante el hundimiento de un navío estadounidense por buques japoneses en Panay el 2 de diciembre de 1937, ya que el antibelicismo era una fuerza a considerar por parte de F. D. Roosevelt y que la rápida respuesta nipona, reconociendo su culpabilidad y haciéndose cargo de los gastos, minimizó lo que podía haberse convertido en la espoleta de un conflicto entre ambas naciones<sup>2035</sup>. De todos modos, los sucesos en Asia alarmaron al campo aislacionista que no dudó en presentar ese mismo mes una propuesta para ratificar toda declaración de guerra por referéndum popular, con la intención de que ningún grupo minoritario volviese a meter a la nación en ninguna guerra, pero la Resolución Ludlow fue rechazada en la Cámara de Representantes por 188 a 209, y en el Senado, presentada por R. LaFollette, ni siquiera fue votada<sup>2036</sup>.

La principal causa de discordia entre la oposición en el Congreso y el Presidente radicaba en el punto de salida radicalmente distinto del que ambos partían

---

<sup>2030</sup> *Ibíd.*

<sup>2031</sup> *Ibíd.*

<sup>2032</sup> *Ibíd.*

<sup>2033</sup> *Ibíd.*

<sup>2034</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, conferencia de prensa del 6 de octubre de 1937, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15478&st=neutrality&st1=>.

<sup>2035</sup> DALLECK, op.cit., p. 154.

<sup>2036</sup> JONAS, op.cit., p. 160.



a la hora de llegar a unas estrategias tan distintas. Si por un lado el primero quería mantener a su país lo más lejos posible de la guerra que sin duda se desataría en Europa, con el objeto de evitar una nueva participación estadounidense en los juegos de poder del viejo continente, por otro lado F. D. Roosevelt lo que pretendía era evitar esa misma guerra para que Estados Unidos no tuviese que participar finalmente en ella, consciente como era de la ilusión de pretender mantenerse fuera de la misma una vez hubiese estallado. Si a la oposición en el Congreso la neutralidad le parecía la estrategia ideal para preservar el alejamiento de Estados Unidos del caos europeo, y todo intento por poner orden en el mismo el mejor camino para enredar a la nación en el futuro conflicto, para el Presidente la pasividad conduciría precisamente al conflicto, pues ninguna neutralidad mantendría fuera de la guerra a Estados Unidos por mucho tiempo, y menos aún podría evitarla, única vía eficaz para preservar la paz y la seguridad americanas.

La invasión italiana de Somalia, la escalada de la guerra en China, el estallido de la guerra civil en España y la intensificación de la belicosidad nazi impulsaron a F. D. Roosevelt a romper la neutralidad de Washington al pronunciar en octubre de 1937 su discurso de la cuarentena, en el que identificaba a Italia, Alemania y Japón como las *tres naciones bandidas* e instaba a la sociedad internacional a que aprobase y se uniera a una cuarentena de los pacientes para proteger la salud de la comunidad contra la expansión del mal, si bien repetía la voluntad de Estados Unidos de “perseguir una política de paz, de adoptar toda medida práctica que evite la participación en la guerra”<sup>2037</sup>.

Con el *New Deal* dado por finalizado, F. D. Roosevelt se pudo dedicar por entero a la política exterior y como Wilson dos décadas antes, empezó a revertir la política de neutralidad. Para entonces, el Presidente ya era consciente de los peligros de una victoria del eje sobre los aliados, pues convertiría a Estados Unidos en una potencia militarista enfrentada a la amenaza alemana en todos los continentes. Para que tal circunstancia no se diera, Washington debía hacer lo posible por ayudar a Londres en su lucha contra Alemania y convertir así a Estados Unidos “en el gran arsenal de la democracia”<sup>2038</sup> si no quería verse envuelto directamente en la guerra. Con ello, el Presidente provocaría el mayor debate de su presidencia, el relativo a la Ley de neutralidad de 1939.

\* El debate de 1939-1941

La Administración Roosevelt comenzó su ataque a la Ley de neutralidad de 1937 en junio de 1939, queriendo ver su revisión aprobada en el verano, pues la amenaza de una nueva guerra en Europa era cada día una probabilidad más segura, pero el Congreso se negó a solventar asunto tan delicado de manera expeditiva, ante el temor de un rápido triunfo del Ejecutivo. De hecho, el debate en torno a las leyes de neutralidad iniciado en 1939 no habría que colocarlo entre las clásicas disputas partidistas, sino más bien que se convirtió en una nueva controversia a cerca de los equilibrios de poder entre las distintas instancias estatales, y en concreto, en la

<sup>2037</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 265.

<sup>2038</sup> *Ibíd.*, p. 273.



sempiterna lucha entre Ejecutivo y Congreso por los poderes constitucionales relativos a la política exterior, pues para éste último el centro de la polémica desatada en 1939 era que “es la tarea y responsabilidad del Congreso decir exactamente lo que debe y no debe hacer para mantener alejada a América de nuevas guerras”<sup>2039</sup>. Así, el líder del bloque neutralista, el Senador Demócrata por Missouri Bennett Champ Clark, logró retrasar el debate hasta enero de 1940, si bien la posteriormente conocida como Ley de Neutralidad de 1939 había sido aprobada en la Cámara de Representantes el 30 de junio bajo la forma de Resolución 306, presentada por el Representante Demócrata por Nueva York Sol Bloom, y que incluía las enmiendas requeridas por el Presidente a la Ley de Neutralidad de 1937<sup>2040</sup>. Pero el comienzo de la guerra con la invasión alemana de Polonia, concedió a F. D. Roosevelt la ocasión perfecta para adelantar su proyecto de enmienda<sup>2041</sup>, de nuevo, como en las anteriores ocasiones, los acontecimientos en Europa condicionaban el trabajo legislativo estadounidense.

El 21 de septiembre de 1939, F. D. Roosevelt llamó al Congreso de Estados Unidos en sesión extraordinaria para considerar la legislación de neutralidad con el fin de “proteger la neutralidad, la seguridad e integridad de nuestro país y al mismo tiempo mantenernos fuera de la guerra”<sup>2042</sup>. Tras proclamar que era la política tradicional de Estados Unidos el evitar el conflicto entre las naciones, y de darse éste, mantenerse fuera del mismo respetando la ley internacional, advertía que la nación sólo en dos ocasiones se había desviado de tal camino, durante las guerras napoleónicas, con negativas consecuencias, y en 1935, con la aprobación de la primera ley de neutralidad, ley que F. D. Roosevelt entonces lamentaba haber firmado, por ser “inconsistentes con los viejos preceptos de la ley de las naciones... y peligrosas para la neutralidad, seguridad y paz americanas”<sup>2043</sup>, por ello se debían derogar y retomar el camino tradicional, lo que lejos de acercar al país a la guerra, haría todo lo contrario, además, las disposiciones relativas a las prohibiciones de viajar a zonas de guerra o en barcos beligerantes, de concesión de créditos a beligerantes podrían lograrse a través de la legislación ordinaria. Para calmar los temores y suspicacias respecto a su postura, F. D. Roosevelt recalca que ésta no significaba ningún paso más hacia la guerra pues si “el destino nos hizo primero, con nuestras naciones hermanas del hemisferio, los herederos conjuntos de la cultura europea”<sup>2044</sup>, no era menos cierto que “el destino ahora nos llama a asumir la tarea de ayudar a sostener en el mundo Occidental una ciudadela donde la civilización pueda ser mantenida con vida”<sup>2045</sup>, de hecho “la paz, la integridad y la seguridad de las Américas- esto deber ser mantenido firme y sereno”<sup>2046</sup>.

---

<sup>2039</sup> *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 226.

<sup>2040</sup> *Ibíd.*, p. 236.

<sup>2041</sup> GRAUBARD, *op.cit.*, p. 225.

<sup>2042</sup> ROSSEVELT, Franklin Delano, Mensaje al Congreso urgiendo el rechazo a las disposiciones de la Ley de Neutralidad del 21 de septiembre de 1939, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15813&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15813&st=&st1=).

<sup>2043</sup> *Ibíd.*

<sup>2044</sup> *Ibíd.*

<sup>2045</sup> *Ibíd.*

<sup>2046</sup> *Ibíd.*



Con ello Roosevelt logró que la Resolución 306 del junio anterior pasase al Comité de Relaciones Exteriores del Senado inmediatamente, mucho antes de enero de 1940. La maquinaria Demócrata leal al Presidente actuó con rapidez, y el Senador Pittman presentaría a dicho Comité su propia propuesta de resolución cuatro días más tarde, conteniendo 17 secciones con la pretensión de sustituir con ello toda la legislación anterior sobre neutralidad<sup>2047</sup>, y que a la postre serviría de base para la ley finalmente aprobada. El Presidente consiguió que sus Representantes y Senadores leales echasen por tierra todas las enmiendas presentadas por sus opositores, incluso la muy popular de C. W. Tobey que contenía un embargo para el armamento y el modo de *cash and carry* para el resto de mercancías, de hecho, Senadores aislacionistas como Borah y Johnson no rechazaban el *cash and carry* en sí mismo, sino que se oponían a ello por incluir armas y municiones cediendo así el dominio de los mares<sup>2048</sup>. De ese modo el Senado aprobaría el 27 de septiembre la propuesta de Pittman por 63 votos a favor y 20 en contra y la Cámara de Representantes lo haría el 2 de noviembre por 243 a 181, siendo firmada como ley por el Presidente el 4 de noviembre. Para entonces la opinión pública estaba a favor de suprimir el embargo en un 58 por ciento, si bien sólo a partir de marzo de 1940 empezó a realizar Gran Bretaña grandes pedidos, pues Londres prefería esperar a un posible colapso interno alemán a ver a Estados Unidos meterse de lleno en la guerra<sup>2049</sup>.

La votación dejó al campo aislacionista muy mermado, pues numerosos congresistas como A. Vandenberg, George W. Norris, Republicano por Nebraska o H. P. Koppleman, Republicano por Connecticut, a pesar de oponerse a la política presidencial, se irían pasando al campo intervencionista ante el nuevo tipo de amenaza que representaba la Alemania nazi, mientras los restos aislacionistas continuaban sin poder establecer distinción moral alguna entre los contendientes, alejándose así cada vez más de la realidad, y con ello de la opinión pública<sup>2050</sup>.

La ley finalmente aprobada estaba formada por 20 secciones, y comenzaba declarando su objetivo por “preservar la neutralidad y la paz de Estados Unidos y garantizar la seguridad de sus ciudadanos e intereses”,<sup>2051</sup> de ahí que

visto que Estados Unidos deseando preservar su neutralidad en guerras entre Estados extranjeros y deseando también evitar la participación en ellas, impone voluntariamente sobre sus nacionales mediante legislación doméstica las restricciones que integran ésta resolución conjunta<sup>2052</sup>

La primera de las disposiciones que integraban la ley de 1939 concedía al Presidente la capacidad de declarar mediante proclamación los países extranjeros que se encontraban en guerra, y también de revocar dicha proclamación cuando el estado de guerra dejara de existir; la segunda hacía referencia al comercio de la nación con

<sup>2047</sup> *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 237.

<sup>2048</sup> JONAS, op.cit., p. 200.

<sup>2049</sup> DOENECKE, Justus, *Storm on the Horizon: The Challenge to American Intervention, 1939-1941*, Rowman & Littlefield Publishers, New York, 2003, p. 66.

<sup>2050</sup> JONAS, op.cit., p. 225.

<sup>2051</sup> Ley de Neutralidad del 4 de noviembre de 1939, texto consultado en [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/WorldWar2/neutrality.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/WorldWar2/neutrality.htm).

<sup>2052</sup> *Ibíd.*



Estados beligerantes, prohibiendo el comercio y el transporte de pasajeros a dichos Estados a todo barco estadounidense, además de establecer un régimen de sanciones a los que violasen dicha disposición y numerosas cláusulas especificando tales restricciones junto al sistema denominado de *cash and carry*, modificado para que los barcos extranjeros sí pudiesen transportar armamento comprado a Estados Unidos, lo que constituyó a la postre el centro del debate, pues beneficiaría a Londres y París, frente a Berlín, dado el dominio británico de los mares. El Presidente también establecería mediante proclamación las áreas de combate a las que no se permitía viajar a ciudadanos y barcos estadounidenses, con su consiguiente régimen de sanciones, salvo para el caso del personal nacional de la Cruz Roja (sección cuarta), tampoco los ciudadanos estadounidenses podrían viajar en barcos de Estados beligerantes (sección quinta), en la sexta se prohibía armar a los barcos comerciales, en la séptima se vetaba la realización de transacciones financieras entre ciudadanos estadounidenses y Estados beligerantes, salvo las que existieran con anterioridad al conflicto; en la octava se prohibía la recolección de fondos para Estados beligerantes, salvo para ayuda humanitaria, en la novena se anunciaba que las disposiciones de la presente ley, salvo la duodécima, no se aplicarían a ninguna República americana en guerra con otro Estado no Americano, siempre que no se aliara con otro Estado no americano; en la décima se prohibía la utilización de los puertos estadounidenses como escalas para barcos mercantes beligerantes, que se completaba con la undécima referida a barcos armados y submarinos beligerantes; en la duodécima se establecía una Mesa Nacional de Control de Municiones, encabezada por el Secretario de Estado y completada con los Secretarios del Tesoro, el de Guerra, el de Marina y el de Comercio, con el fin de controlar la industria nacional de municiones y de hacer cumplir la presente ley; las siguientes secciones contenían diversas prohibiciones y provisiones generales así como definiciones que completaban a las precedentes, incluyendo que mediante la actual ley quedaban invalidadas las resoluciones del 1 de agosto de 1935 y del 8 de enero de 1937.

Para el Secretario de Estado Cordell Hull, las provisiones de neutralidad debían ser lo suficientemente flexibles como para permitir a Estados Unidos adaptarse a las cambiantes circunstancias de la política internacional, de ahí que “nuestra conclusión de que el embargo sobre las exportaciones de armas no es deseable no es nueva, y la experiencia ha confirmado nuestra creencia”<sup>2053</sup>, pues aunque admitía que el Gobierno estaba comprometido con “el mantenimiento de la paz y la huída ante cualquier compromiso que nos conduzca a la guerra”<sup>2054</sup>, también era cierto que su política era cooperar con aquellos Gobiernos similares que promovieran la paz, además, “asumir que poniendo un embargo de armas nos estamos haciendo más seguros frente a los peligros del conflicto con países beligerantes, es cerrar los ojos a los numerosos peligros en otras direcciones”<sup>2055</sup>, por ello abogaba por la eliminación del embargo de armas.

Según el Senador Demócrata Key Pittman, jefe del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, la proposición de reforma de la ley de neutralidad del

---

<sup>2053</sup> HULL, Cordell, carta al Representante Sol Bloom del 27 de mayo de 1939, texto consultado en *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 240.

<sup>2054</sup> *Ibíd.*

<sup>2055</sup> *Ibíd.*



Ejecutivo “no rechaza nuestra legislación de neutralidad, al contrario, mediante provisiones obligatorias, la refuerza vitalmente”<sup>2056</sup>, pues lejos de aumentar los poderes presidenciales, la presente ley habría puesto en el Congreso la batuta de la política exterior de la nación, que ya no sería enredada en ninguna guerra como en 1917, pues la prohibición a los buques estadounidenses de penetrar en zonas de guerra, incluida en la presente ley, haría que ningún ataque enemigo obligase a Estados Unidos a unirse al conflicto, además cabría recordar “de nuevo que bajo la Constitución el Congreso y sólo el Congreso tiene el poder de declarar la guerra”<sup>2057</sup>. En cuanto al rechazo del embargo de armas, para Pittman era una conclusión lógica, pues en nada cambiaría el transcurso del conflicto la venta de armas cuando el resto de artículos se podían vender, y rechazaba la idea de que con ello Estados Unidos se vería obligado a participar efectivamente en la guerra, pues según Pittman “nuestra estrategia no es enviar nuestros soldados a luchar en el extranjero. Conquistaremos a través de nuestro poder económico y financiero y a través de nuestra indomable Marina”<sup>2058</sup>.

Incluso algunos oponentes del Presidente F. D. Roosevelt apoyaron su propuesta de revisión de la legislación de neutralidad, como fue el caso del Senador por Ohio Robert A. Taft. Para Taft Estados Unidos debía permanecer fuera de la guerra, y no debía entrar en ella para defender la democracia, pues “si vamos a salvar a Gran Bretaña o a Francia encontraremos, cuando la guerra termine, que sus gobiernos eran comunistas y fascistas. No hay nada tan destructivo a las formas de gobierno como la guerra”<sup>2059</sup>, y por el contrario, “hay un peligro real para la democracia americana con nuestra participación en la guerra”<sup>2060</sup>, vía aumento de poder presidencial en detrimento del Congreso, de hecho, “creo que haremos la causa por la democracia mucho mejor si mantenemos nuestra neutralidad, si mostramos que una gran nación puede practicar la democracia incluso en una crisis de este tipo”<sup>2061</sup>, e incluso con una victoria alemana sobre Londres y París, Taft no entendía que Estados Unidos se viera obligado a entrar en guerra con Alemania, ni que el comercio internacional estadounidense fuese afectado por tal circunstancia; por todo ello defendía continuar con la neutralidad como política nacional, incluyendo la venta de armas, pues “no veo nada no neutral en la venta de municiones a cualquier nación que venga y las compre”<sup>2062</sup>, al contrario, dictar embargos sobre agresores o dejar que la Administración decidiera a quien vender sería el camino más corto para la participación en la guerra.

Para los opositores de la revocación de las leyes de 1935 y 1937 y su sustitución por la ley de 1939, mucho más en consonancia con la postura presidencial, tal movimiento representaba un paso adelante hacia la entrada efectiva de Estados Unidos en la guerra, así, para el Senador B. C. Clark el nuevo conflicto europeo era

---

<sup>2056</sup> PITTMAN, Key, discurso radiofónico del 27 de septiembre de 1939, texto consultado en *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 241.

<sup>2057</sup> *Ibíd.*

<sup>2058</sup> *Ibíd.*

<sup>2059</sup> TAFT, Robert A., discurso del 6 de septiembre de 1939 en Minneapolis, texto consultado en *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 244.

<sup>2060</sup> *Ibíd.*

<sup>2061</sup> *Ibíd.*

<sup>2062</sup> *Ibíd.*



un episodio más en las clásicas luchas de poder continentales, y por ello advertía al pueblo estadounidense sobre

los esfuerzos de los propagandistas, internacionalistas, altruistas histéricos y esas fuerzas más siniestras apoyadas por los banqueros internacionales y los fabricantes de municiones que ya están moviendo cielo y tierra para crear un sentimiento favorable a nuestra participación del lado de unos beligerantes. Estos esfuerzos mercenarios... están basados en la teoría fundamental del carácter inevitable de nuestra participación final en la guerra<sup>2063</sup>

Según Clark, Estados Unidos no debía entrar en “un curso mercenario, sacar todo penique del conflicto como podamos, consentir `medidas cercanas a la guerra ´ y dejar que la naturaleza siga su curso”<sup>2064</sup> pues tal camino llevaría al país a la guerra, ya que

creo que la abrumadora mayoría de nuestro pueblo desea permanecer fuera de la guerra. Creo que podemos permanecer fuera de la guerra si comprendemos lo que estamos haciendo y queremos pagar el precio de la paz. Ese precio consiste en la pérdida de beneficios temporales por la venta de instrumentos de muerte, pero será con mucho más barato a largo plazo que nuestra participación en la guerra<sup>2065</sup>

El núcleo de la crítica de Clark a la revisión de la legislación de neutralidad estribaba precisamente en que “considero el mantenimiento de la prohibición de exportación de armas, municiones e instrumentos de guerra a todos los beligerantes de la mayor importancia”<sup>2066</sup>, pues “no podemos ser neutrales a no ser que seamos neutrales con hechos”<sup>2067</sup> y sería imposible hacerlo si se discriminaba entre partes en conflicto, pues tarde o temprano ello conducirá a la entrada en la guerra, y ello no beneficiaría a nadie, pues el mayor servicio que se podía rendir a la democracia en el mundo era preservarla en América, y el mejor modo de hacerlo era alejarse de la guerra, ya que “puede que ganemos una guerra y perdamos nuestra libertad”<sup>2068</sup>. Aquí Clark recuperaba el clásico razonamiento del unilateralismo aislacionista de raíz jeffersoniana, al añadir que al encontrarse separado por dos Océanos del resto de continentes, Estados Unidos tenía la protección y la oportunidad de crear su propio destino y de hecho terminaba reconociendo que “en los meses recientes el término aislacionista ha sido aplicado con oprobio a aquellos de nosotros que nos adherimos a las enseñanzas de los padres de ésta República relativas a que debemos permanecer en casa y atender nuestros propios negocios”<sup>2069</sup>, y que existía un debate interno no entre aislacionistas e intervencionistas, sino entre “nacionalistas contra internacionalistas”, y la gente como el mismo Clark “estamos tratando de apartar al país del peligro de ser devastado por una conflagración exterior”<sup>2070</sup>.

---

<sup>2063</sup> CLARK, Bennett Champ, discurso en Brookfield, Missouri, del 3 de septiembre de 1939, texto consultado en *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 248.

<sup>2064</sup> *Ibíd.*

<sup>2065</sup> *Ibíd.*

<sup>2066</sup> *Ibíd.*

<sup>2067</sup> *Ibíd.*

<sup>2068</sup> *Ibíd.*

<sup>2069</sup> *Ibíd.*

<sup>2070</sup> *Ibíd.*



El Senador A. Vandenberg tampoco favorecía el cambio de la legislación vigente, pues consideraba que “no es neutral alterar el código de neutralidad en medio de una guerra a la que se le aplica, para el propósito declarado de ayudar a un beligerante contra el otro, y un acto neutral conducirá fácil y suavemente a otro y a otro y a la guerra misma”<sup>2071</sup>, ya que siendo realistas, el sistema de *cash and carry* atraería la guerra a las costas americanas, además, la delegación de poderes que pedía el Presidente alterara el proceso constitucional y con ello la democracia estadounidense, pues “si alguna vez entramos en esta guerra, seguro que seremos un país completamente regimentado de la noche al día”<sup>2072</sup>, con ello se habrá acabado con la democracia y pronto se llegaría a un completo colapso económico.

Para el Republicano progresivista por Dakota del Norte, el Senador Gerald P. Nye, tras el comienzo de la guerra en Europa Estados Unidos debía mantenerse alejado de sus disputas, y centrarse en “ejercer nuestra influencia estableciendo esas bendiciones (justicia, libertad política y paz) en nuestro propio país”<sup>2073</sup> y por ello abogaba por la estricta aplicación del principio de neutralidad, a pesar de ser acusado de defender la paz a cualquier precio o de “pacifista sin carácter o fatuo aislacionista”<sup>2074</sup>, lejos de todo ello, la neutralidad para Nye se reducía a la planificada intención de mantenerse fuera de las guerras de otros pueblos. Acusaba al Presidente de provocar el miedo entre la población estadounidense a un ataque japonés para sí justificar el aumento del gasto militar, cuando en realidad “el pueblo de Japón está siendo agitado por sus propios líderes militares, y por nuestra agresividad, en el miedo de que Estados Unidos se está preparando para atacar Japón...es un juego sin fin”<sup>2075</sup>, es más, el aumento del gasto militar dañaría a América tan seguro como había dañado a naciones del viejo mundo, pues “es una carga de la que sólo se puede escapar haciendo que la máquina de guerra se amortice con guerras de agresión conducidas por despiadadas dictaduras”<sup>2076</sup>, con dichos gastos se sacrificaban beneficios sociales al altar de la guerra y se beneficiaba exclusivamente a los estraperlistas de la industria militar, incluso a riesgo de vender material que en el futuro pueda ser usado en contra de Estados Unidos, cuando nuestros aliados de hoy se conviertan en los enemigos del mañana. Para evitar todo lo anterior, Nye abogaba por una política de estricta neutralidad, no desvirtuada por cláusulas como las del *cash and carry* que beneficiaban sólo a un beligerante, pues eso no era neutralidad, de hecho, para Nye la actual legislación de neutralidad “ha sido impuesta por condiciones apremiantes y de emergencia y sin ningún compromiso inteligente entre visiones conflictivas”<sup>2077</sup>, lo que podía conducir a “la completa subyugación de nuestro poder civil a un dictadura sin tapujos establecida por el

---

<sup>2071</sup> VANDENBERG, Arthur, artículo del 22 de septiembre de 1939 en el *Washington Daily News*, texto consultado en *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 253.

<sup>2072</sup> *Ibíd.*

<sup>2073</sup> NYE, Gerald P., artículo *¿Es la neutralidad posible para América?*, 1939, texto consultado en [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/interwar/nye.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/interwar/nye.htm).

<sup>2074</sup> *Ibíd.*

<sup>2075</sup> *Ibíd.*

<sup>2076</sup> *Ibíd.*

<sup>2077</sup> *Ibíd.*



Ejecutivo”<sup>2078</sup>, además, de participar en la guerra se haría a través de la seguridad colectiva que uniría a Estados Unidos a los imperios nada democráticos de Londres y París, luchará entonces Estados Unidos para salvaguardar sus botines de la anterior guerra, de hecho, “nuestros intereses en los asuntos mundiales no han de proporcionar un cheque en blanco a toda la secreta y confusa diplomacia europea”<sup>2079</sup>. En resumen, para Nye la neutralidad, una estricta neutralidad es “la medida de seguridad más completa para la democracia más perfeccionada que se pueda encontrar en esta tierra”<sup>2080</sup>.

No sólo Senadores Republicanos como los anteriores criticaron las medidas presidenciales, también dentro de los Demócratas existieron voces discordantes, como el Senador por Massachusetts David I. Walsh quien sostenía que si Estados Unidos permanecía neutral, nadie le atacaría, además “debemos hacer esto nada más que por esta razón, si el resto del mundo sucumbe, debemos preservar para la humanidad un cielo de seguridad, conteniendo todos los elementos con los que continuaremos construyendo una próspera democracia”<sup>2081</sup>. Para Walsh, una estricta neutralidad no implicaba aislamiento alguno por parte de Estados Unidos ni rechazo de sus responsabilidades, es más, lo que sí lo pondría en peligro sería la entrada en la guerra que acabaría en el final de la democracia americana y el nacimiento de un Estado totalitario, y el rechazo de la estricta neutralidad a través de las disposiciones presidenciales implicaban para Walsh un peligroso partidismo que no sería una “política adoptada para mantener a Estados Unidos fuera de la guerra, es justo lo contrario, ello conduce directamente a nuestra participación en guerras extranjeras”<sup>2082</sup>, y el vender armas y municiones a Francia e Inglaterra no era el modo más adecuado de mantener la neutralidad y sí de entrar en la guerra, pues habría que tener siempre presente que la neutralidad presupone la eliminación de prejuicios y deseos personales, y por mucho que Estados Unidos deseara la derrota del nazismo, si quería mantener su neutralidad debía abstenerse de ayudar a los aliados.

Para el Representante Republicano James W. Mott, la revisión propuesta por el Presidente tenía como único fin poner en marcha la nueva política exterior diseñada por él mismo, con la intención de ayudar a una parte y acabar así con la neutralidad estadounidense, lo que para Mott “constituye un alejamiento sin precedentes de todas las tradiciones y políticas históricas que han trabajado por la paz e independencia de ésta tierra”<sup>2083</sup>, pues pretender derrotar a los dictadores ayudando a los aliados no funcionaría sin meter a Estados Unidos directamente en el conflicto.

---

<sup>2078</sup> *Ibíd.* pues “la verdad es que a menos que paremos la preparación para la guerra que no sea para la defensa..., América sucumbirá a la psicología de guerra y será lanzada inevitablemente al conflicto”, *Ibíd.*, por el contrario, “la neutralidad..., si pudiera ser lograda con seguridad, parece ser la solución”, *Ibíd.*

<sup>2079</sup> *Ibíd.*

<sup>2080</sup> *Ibíd.*

<sup>2081</sup> WALSH, David I., discurso del 4 de julio de 1939 en Fitchburg, Massachusetts, texto consultado en *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 253.

<sup>2082</sup> *Ibíd.*

<sup>2083</sup> MOTT, James W., discurso ante el Congreso del 28 de mayo de 1939, texto consultado en *Congressional Digest*, octubre de 1939, p. 254.



Finalmente, la Ley de Neutralidad fue completada por las Proclamaciones presidenciales 2374 y 2376 del mismo 4 de noviembre, en la primera F. D. Roosevelt declaraba que un estado de guerra existía en los siguientes países: Alemania, Francia, Polonia, Reino Unido, India, Australia, Canadá, Nueva Zelanda y la Unión Sudafricana, y en la segunda establecía las áreas de combate, que básicamente englobaba las aguas comprendidas entre España, Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Alemania, el Mar Báltico, Suecia y Noruega, lo que quería decir que “ningún barco americano puede ir a los puertos beligerantes, británicos, franceses, y alemanes, en Europa o África tan al sur como las Islas Canarias”<sup>2084</sup>.

F. D. Roosevelt tuvo presente en todo momento su experiencia en la Administración Wilson, y estaba convencido de que una política exterior efectiva residía en primer lugar en la estabilidad del consenso interno<sup>2085</sup>, por ello fue prudente a la hora de desmontar la legislación sobre neutralidad, y sabiendo que un ataque directo a la misma sería duramente contestado por la oposición, fue paso a paso hacia su efectiva anulación.

El primer peldaño que F. D. Roosevelt se dispuso a subir vino propiciado por las acusaciones de falta de preparación militar de Estados Unidos. Ya en enero de 1940 F. D. Roosevelt había pensado en aumentar la Marina en un 25 por ciento con un coste aproximado de 1,3 billones de dólares, cuando en mayo el país contaba con un ejército de 227.000 efectivos, y el 16 de ese mismo mes el Presidente pidió al Congreso una apropiación en defensa de 1,18 billones de dólares y la construcción de 50.000 aviones al año, a la postre, el día 31 el Congreso aprobaría la concesión de 1,7 billones y la extensión del Ejército a 375.000 miembros, a lo que habría que sumar la llamada de la Guardia Nacional al servicio activo, hasta entonces Estados Unidos sólo contaba con cinco divisiones, por las 140 alemanas<sup>2086</sup>.

Un mes más tarde, en junio, cuando Italia anunciaba su entrada en la guerra del bando alemán, se canceló la venta de 50 bombarderos a Francia por violar la legislación al respecto aprobada en 1917, cuando el 64 por ciento de la opinión pública rechazaba la ayuda militar a los aliados si con ello se arriesgaba la entrada en la guerra<sup>2087</sup>. De todos modos F. D. Roosevelt siguió adelante con su estrategia gradual y ese mismo mes presentó su propuesta para extender el servicio militar obligatorio, medida criticada por los no intervencionistas por implicar una pérdida de libertad y significar un gran paso hacia una inminente fuerza expedicionaria anticuada basada en los grandes ejércitos, por el contrario, lo que debía hacer Estados Unidos era crear un pequeño ejército bien preparado y formado por voluntarios<sup>2088</sup>. Finalmente, la Ley de Servicio y Entrenamiento Selectivo fue aprobada el 16 de septiembre con el 66 por ciento del apoyo popular, en ella se establecía el servicio militar obligatorio a los barones entre 21 y 36 años por el periodo de un año, unos 16 millones de reclutas, y que fue puesta en práctica tras la Proclamación Presidencial 2425 del mismo día, en

<sup>2084</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, declaración sobre las Áreas de Combate del 4 de noviembre de 1939, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15833&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15833&st=&st1=).

<sup>2085</sup> DALLECK, op.cit., p. 227.

<sup>2086</sup> DOENECKE, op.cit., p. 101 y DALLECK, op.cit., p. 221.

<sup>2087</sup> DOENECKE, op.cit., p. 105.

<sup>2088</sup> *Ibíd.*, p. 116.



la cual F. D. Roosevelt justificaba tal medida al encontrarse el país “en el cruce de caminos de su destino. El tiempo y la distancia se han reducido. En pocas semanas hemos visto caer a grandes naciones. No podemos permanecer indiferentes a la filosofía de la fuerza ahora galopante por el mundo”<sup>2089</sup> pues “el terrible destino de las naciones cuya debilidad invita al ataque es bien conocido por todos nosotros”<sup>2090</sup>, por ello “debemos y formaremos nuestro gran potencial de fuerza para alejar la guerra de nuestras costas. Debemos y prevendremos que nuestra tierra se convierta en una víctima de la agresión”<sup>2091</sup>. Con tales palabras F. D. Roosevelt parecía rendir un sincero homenaje a su admirado primo Theodore, quien como hemos visto, era un fiel partidario del realismo contenido en la famosa frase del escritor romano Vegetius, *si vis pacem, para bellum*.

Pero no sólo en Estados Unidos tendría repercusiones el celo presidencial por mejorar la preparación militar americana, también en el continente se dejaría notar el nuevo sentimiento de amenaza. Tras haber acordado en la Declaración de Panamá del 3 de octubre de 1939 la prohibición de todo acto hostil en la zona de seguridad continental (además de la consulta multilateral sobre cualquier eventualidad, medida criticada en Estados Unidos por los opositores a la Administración por contravenir la libertad de mares, por ser indefendible y por conducir al país a la guerra<sup>2092</sup>), y a pesar de ello, el 17 de junio de 1940 el Senado estadounidense aprobaba la Resolución Pittman de no reconocimiento de traspaso alguno de ninguna región geográfica continental perteneciente a una potencia no americana a otra potencia no americana, medida que se completaría con la Declaración de La Habana del mes siguiente, por la cual un ataque a cualquier país americano se consideraba un ataque a todos, además de crear la Comisión de Concesiones Territoriales para hacerse cargo de las posesiones europeas transferibles<sup>2093</sup>. En el centro de las preocupaciones hemisféricas del Presidente se encontraba un posible auge del autoritarismo en países clave como Brasil, Chile, México, Uruguay o Venezuela que pudiese culminar en un traspaso de bases a Alemania, por ello F. D. Roosevelt no dudó en enviar sus buques al sur con el fin de disuadir cualquier intento en dicha dirección<sup>2094</sup>.

Pronto las críticas sobre la zona de seguridad continental pasaron a un segundo plano tras el anuncio del 2 de septiembre sobre la transferencia de 50 viejos destructores a Gran Bretaña, del tipo de 1.200 toneladas destinados a la patrulla y escolta contra los submarinos alemanes, a cambio del arriendo por 99 años de bases navales y aéreas en varias islas de propiedad británica (Newfoundland, Bermuda, Bahamas, Jamaica, Santa Lucía, Trinidad, Antigua y Guyana Británica). Para F. D. Roosevelt tal trato “no es inconsistente en ningún caso con nuestro status pacífico”<sup>2095</sup> y menos aun era una amenaza contra ninguna nación, sino que “es un acto de calado y

---

<sup>2089</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Proclamación 2425 del 16 de septiembre de 1940, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15858&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15858&st=&st1=).

<sup>2090</sup> *Ibíd.*

<sup>2091</sup> *Ibíd.*

<sup>2092</sup> DOENECKE, *op.cit.*, p. 119.

<sup>2093</sup> *Ibíd.*, p. 122.

<sup>2094</sup> DALLECK, *op.cit.*, p. 233.

<sup>2095</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje al Congreso sobre el cambio de destructores por bases navales y aéreas británicas del 3 de septiembre de 1940, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16004&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16004&st=&st1=).



largo recorrido para la defensa continental a la vista de un grave peligro”<sup>2096</sup>, de hecho, el Presidente no dudaba en afirmar que la adquisición de las bases, además de ser un ejercicio de derecho soberano esencial para el mantenimiento de la paz y seguridad estadounidenses, era “la acción de refuerzo de nuestra defensa nacional más importante que se ha tomado desde la Compra de Louisiana”<sup>2097</sup>, ya que dichas bases “son esenciales para la protección del Canal de Panamá, América Central, la porción norte de Sudamérica, las Antillas, Canadá, México y nuestros propios litorales del Este y del Golfo”<sup>2098</sup>, de este modo, F. D. Roosevelt trataba de desviar la atención sobre la entrega de los destructores a Londres resaltando la importancia de las bases conseguidas, más aun cuando no se precisaba ratificación ninguna del acuerdo mediante Tratado, lo que hubiese implicado al Senado en su aprobación, pues para el Secretario de Estado C. Hull dicho acuerdo no imponía obligación alguna sobre el Congreso para apropiar dinero, y por tanto no era necesario para el Senado ratificar una oportunidad que no entrañaba ninguna obligación.

La aclaración sobre la necesidad de un Tratado para ratificar el acuerdo es importante puesto que de haberse dado la participación del Senado, sin duda que el acuerdo no se hubiese producido con tanta celeridad, y la Administración Roosevelt se hubiese visto envuelta en una nueva polémica interna, aun así, los no intervencionistas, a pesar del apoyo del 60 por ciento de la opinión pública al acuerdo, lo desaprobaron por ser ilegal, por mermar las defensas estadounidenses, por ser un paso más hacia la guerra, por constituir una vulneración de los poderes del Congreso e incluso por un rechazo a la dominación del Caribe, la oposición a la medida fue tal que incluso se habló de plantear una impugnación (*impeachment*) al Presidente<sup>2099</sup>. La polémica sobre la venta de los destructores anticipaba la tormenta que se desataría a partir del siguiente diciembre sobre la nueva iniciativa presidencial conocida como Ley de Préstamo y Arriendo (*Lend-Lease Act*). Hasta entonces, con unas nuevas elecciones en noviembre, F. D. Roosevelt se centraría en ganarlas y en contrarrestar los movimientos de la oposición no intervencionista, resaltando en la campaña que nunca entraría en la guerra merced a un acuerdo secreto, y que Estados Unidos sólo participaría en la misma de ser atacado<sup>2100</sup>.

Dicha oposición trataba de conjurar la más que probable entrada de Estados Unidos en la guerra con iniciativas de armisticio y de paz como la planteada por Burton Wheeler, quien abogaba por la restauración de las fronteras alemanas de 1914, la devolución de sus colonias, la soberanía para Polonia, Checoslovaquia y el resto de naciones ocupadas como Francia y Países Bajos y la internacionalización del Canal de Suez, medidas todas ellas rechazadas por F. D. Roosevelt, más aun tras ganar la elecciones a su oponente Republicano Wendell Willkie, cuya elección como candidato Republicano fue un claro signo de lo marginal que se estaban convirtiendo las tesis no intervencionistas. Quienes las defendían en le seno Republicano, como Taft, quien incluso prefería la derrota británica a la participación estadounidense en la guerra, Vandenberg o Wheeler a la cabeza, fueron rechazados a favor de un candidato

---

<sup>2096</sup> *Ibíd.*

<sup>2097</sup> *Ibíd.*

<sup>2098</sup> *Ibíd.*

<sup>2099</sup> DOENECKE, *op.cit.*, p. 154.

<sup>2100</sup> DALLECK, *op.cit.*, p 25.



como Willkie, abogado ex Demócrata sin la etiqueta aislacionista de sus contrincantes<sup>2101</sup>.

A pesar de que el movimiento no intervencionista perdía progresivamente apoyos en Estados Unidos ante el avance nazi, éste trataría de unirse y presentar un frente común con la creación del Comité América Primero (*America First Committee*), creado en septiembre de 1940. Hasta el momento, el movimiento contrario a la intervención en la guerra y la estrategia internacionalista del Presidente se encontraba muy atomizado, integrado por aislacionistas, antisemitas, pacifistas, comunistas, idealistas y otros grupos como anglófilos e inmigrantes centroeuropeos, desilusionados por los resultados de la I Guerra Mundial y desconfiaban tanto de las intenciones de Gran Bretaña como de su Presidente, sobre todo los conservadores que temían que sus políticas atrajesen el comunismo y el fascismo a Estados Unidos. Por el contrario, los liberales veían en el intervencionismo un modo de acabar con el *New Deal*; unidos en diversas asociaciones como el Grupo Germano-americano, el Frente Cristiano, la Movilización Pacífica Americana, el Consejo Nacional para la Prevención de la guerra o el Congreso para mantener a América fuera de la guerra, debían competir con las asociaciones que apoyaban la ayuda a los aliados en incluso la participación en la guerra, como el Comité no Partidista para la paz, el influyente Comité para defender América ayudando a los Aliados o el Comité de lucha por la Libertad<sup>2102</sup>.

El Comité América Primero intentó subsanar la falta de un frente unido en el campo no intervencionista. Ideado por el estudiante de derecho de 24 años R. Douglas Stuart, de Chicago, se inscribió en el registro de Illinois el 19 de septiembre de 1940 como una organización sin ánimo de lucro, cuyo presidente sería el general Robert E. Wood, graduado de West Point y veterano de la I Guerra Mundial y de Filipinas<sup>2103</sup>.

El Comité “organizado para oponerse a la participación americana en guerras europeas”<sup>2104</sup>, declaraba cuatro principios esenciales:

1. Estados Unidos debe construir una defensa impenetrable para América.
2. Los americanos adoran los ideales de la democracia y abjurando de la dictadura, pero el bienestar de 130 millones de americanos y la preservación de la democracia en éste continente demandan que Estados Unidos permanezca fuera de guerras extranjeras.
3. Las provisiones de *cash and carry* de la existente ley de neutralidad son esenciales para la paz y seguridad americanas. Dentro de los límites de esa ley, los americanos pueden ayudar apropiadamente a Gran Bretaña. Ayudarla más allá de las limitaciones de la presente ley de neutralidad debilitarán nuestra defensa en casa y puede que nos enrede en la guerra. Nos oponemos a todo cambio en la ley que permita a los buques americanos escoltar barcos mercantes.

<sup>2101</sup> DOENECKE, op.cit., p. p. 158-161.

<sup>2102</sup> COLE, Wayne S. *America First. The Battle against Intervention, 1940-1941*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1953, p 7-11.

<sup>2103</sup> *Ibid.*, p. 12 y *Congressional Digest*, junio-julio de 1941, p. 167.

<sup>2104</sup> *Congressional Digest*, junio-julio de 1941, p. 167.



4. “Con las propias salvaguardias para la distribución de suministros y el mantenimiento de nuestra neutralidad, lo americanos deben otorgar ayuda humanitaria a los pueblos sufrientes y necesitados de Inglaterra y países ocupados<sup>2105</sup>

El Comité contaba con siete ejecutivos, con el general Wood como presidente, Stuart como director y J. Stanford Otis como tesorero, además de un comité nacional formado por más o menos media centena de personalidades principalmente del mundo de los negocios y otros desde la hija de Theodore Roosevelt, Alice Roosevelt Longworth, las mujeres de los Senadores B. K. Wheeler y B. C. Clark, al obispo Wilbur E. Hammaker o el Dr. George H. Whipple, y entre sus principales oradores se encontraban el héroe nacional Charles A. Lindbergh, en la organización desde abril de 1941 pero sin formar parte nunca de la junta directiva, y el Senador Burton K. Wheeler, contando también con el apoyo y colaboración del ex Gobernador de Wisconsin Philip LaFollette, de los Senadores B. C. Clark y G. D. Nye y los Representantes Karl Mundt y Robert M. Hutchins<sup>2106</sup>.

El Comité también contó con una Oficina de Presión e Investigación en Washington, y deslocalizó sus bases de apoyo, con la creación de secciones locales, unas 450 para diciembre de 1941, que llegaron a sumar unos 850.000 afiliados a la organización, sobre todo en los alrededores de Chicago, pero también en Illinois, Wisconsin, Indiana, Michigan, Ohio, Missouri y Iowa, pero sin implantación en Delaware, New Hampshire, Nevada o Wyoming, y muy escasa en las Carolinas, Tennessee, Virginia Occidental, Kentucky o Georgia<sup>2107</sup>. La actividad de las secciones locales se centraba en colgar anuncios en los periódicos de su radio de acción y en las emisoras de radio, además de recaudar las aportaciones individuales de carácter voluntario, base del presupuesto del comité que rondaba los 370.000 dólares fruto de la generosidad de unos 25.000 contribuyentes<sup>2108</sup>.

Con todo, tras ganar las elecciones F. D. Roosevelt se sintió lo suficientemente respaldado como para dar el golpe de gracia a las leyes de neutralidad al permitir el crédito a naciones beligerantes, con el programa conocido como Préstamo y Arriendo (*Lend-Lease*). Anunciado el 17 de diciembre de 1940, en la base del mismo se encontraba el reconocimiento de que

la mejor defensa inmediata de Estados Unidos radica en el éxito de Gran Bretaña para defenderse, y que, de ese modo, aparte de nuestro histórico y actual interés en la supervivencia de la democracia en el mundo entero, es igualmente importante desde un punto de vista egoísta para la defensa americana, que debemos hacer todo para ayudar al Imperio británico a defenderse<sup>2109</sup>

La propuesta finalmente se convirtió en ley el 11 de marzo tras ser aprobada de nuevo por la Cámara de Representantes por mayor margen que un mes atrás, con

---

<sup>2105</sup> *Ibíd.*

<sup>2106</sup> COLE, *op.cit.*, p. 17 y *Congressional Digest*, junio-julio de 1941, p. 167.

<sup>2107</sup> COLE, *op.cit.*, p. 24.

<sup>2108</sup> *Ibíd.*, p. 32.

<sup>2109</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, conferencia de prensa del 17 de diciembre de 1940, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15913&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15913&st=&st1=).



317 votos a favor y 71 en contra, y ser firmada por el Presidente, para entonces el 61 por ciento de la opinión pública ya estaba a favor de conceder armamento a los aliados mediante préstamos y arriendos<sup>2110</sup>.

Es más, para el Presidente los pedidos de Gran Bretaña eran un tremendo valor para la defensa nacional americana, porque creaban inmediatamente comodidades adicionales, por ello se debía estimular la producción a través de nuevos métodos, como sería el de prestamos y arriendo, de todos modos, para esa fecha, 17 de diciembre, F. D. Roosevelt tan solo estaba anunciando un posible modo de facilitar a Gran Bretaña el armamento necesario para derrotar al nazismo, es decir, lanzaba un globo sonda para conocer la reacción de la opinión pública al respecto. El resto del año F. D. Roosevelt continuó pulsando a la nación, así, en su charla al hogar del 29 de diciembre declaraba no querer hablar sobre la guerra, sino sobre la seguridad estadounidense, pues seguía siendo su intención alejar a su pueblo de la guerra, se debía encarar “esta nueva crisis, esta nueva amenaza a la seguridad de nuestra nación, con el mismo coraje y realismo”<sup>2111</sup>, pues nunca como antes de “Jamestown o Plymouth ha estado nuestra civilización americana en peligro”<sup>2112</sup>, pues las potencias del eje, Alemania, Japón e Italia “proclaman que no puede haber paz definitiva entre su filosofía de gobierno y la nuestra”<sup>2113</sup>, por ello no cabía hablar de paz hasta que no abandonaran su propósito de dominación mundial.

Para F. D. Roosevelt los asuntos europeos sí que eran una preocupación para la seguridad americana, pues había que impedir que los agresores se hiciesen con el control de los Océanos que conducen al continente americano, pues de lograrlo la Doctrina Monroe no podrá ya servir de defensa a Estados Unidos tras la caída de Gran Bretaña y su dominio naval, verdadera garantía de la supervivencia de la Doctrina Monroe, con ello

entraríamos en una nueva y terrible era en la que el mundo entero, nuestro continente incluido, será dominado por las amenazas de la fuerza bruta. Para sobrevivir en tal mundo, nos tendríamos que convertir permanentemente en una potencia militarista en la base de una economía de guerra<sup>2114</sup>

Y en ese nuevo orden no había libertad, ni religión ni esperanza, pues “no hay gobierno basado en el consentimiento de los gobernados (sino) una alianza impía del poder y el metal para dominar y esclavizar a la raza humana”<sup>2115</sup>. Por eso Estados Unidos aun podía hacer algo manteniéndose fuera de la guerra, como ayudar al máximo a quienes luchaban por la libertad contra el autoritarismo, “mediante el rearme de Estados Unidos y el envío de toda onza y tonelada de munición y suministros que nos quede libre a los defensores que están en las líneas del frente”<sup>2116</sup>, tal medida era un asunto de política militar realista y práctica, por todo

<sup>2110</sup> DOENECKE, op.cit., p. 170.

<sup>2111</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, charla al hogar del 29 de diciembre de 1940, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15917&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15917&st=&st1=).

<sup>2112</sup> *Ibíd.*

<sup>2113</sup> *Ibíd.*

<sup>2114</sup> *Ibíd.*

<sup>2115</sup> *Ibíd.*

<sup>2116</sup> *Ibíd.*



ello “debemos ser el arsenal de la democracia...ningún dictador, ninguna combinación de dictadores, debilitará tal determinación”<sup>2117</sup>.

El Presidente Roosevelt no dudó, por tanto, en relacionar irremisiblemente el programa de préstamo y arriendo con la supervivencia de la democracia a nivel mundial, y en concreto, con su visión de “un mundo fundado sobre cuatro libertades humanas esenciales”<sup>2118</sup>, que estudiaremos más adelante, de libertad de expresión, religiosa, de la necesidad y del miedo, y que para F. D. Roosevelt “es la base definitiva del tipo de mundo alcanzable en nuestro tiempo y generación”<sup>2119</sup>, es más,

esa clase de mundo es la verdadera antítesis del así llamado nuevo orden de la tiranía que los dictadores buscan crear con el estallido de una bomba. A ese nuevo orden nosotros oponemos la gran concepción, el orden moral. Una buena sociedad es capaz de encarar igualmente maquinaciones de dominación mundial y revoluciones extranjeras sin miedo. Desde el comienzo de nuestra historia americana hemos estado inmersos en el cambio, en una perpetua revolución pacífica... El orden mundial que buscamos es la cooperación de países libres, trabajando juntos en una sociedad amistosa y civilizada<sup>2120</sup>

Y como quiera que la libertad significaba para el Presidente la supremacía de los derechos humanos en todas partes, por eso “nuestro apoyo va a quienes luchan por ganar esos derechos y mantenerlos”<sup>2121</sup>, en este caso Gran Bretaña, a quien se debía ayudar pues “nuestra fortaleza reside en nuestra unidad de propósito...a tal alto concepto no puede existir otro fin que la victoria”<sup>2122</sup>.

El Secretario de Marina William Knox también defendería el programa de préstamo y arriendo destacando la importancia de la supervivencia británica para la seguridad estadounidense, pues

para mantener nuestra tierra segura debemos evitar el establecimiento de una fuerte potencia militar agresiva en cualquier parte del nuevo mundo. Sólo podemos mantener a una potencia militar no americana fuera de nuestro continente si somos capaces de controlar los mares que rodean nuestras costas<sup>2123</sup>

Pero como para lograrlo Estados Unidos necesitaba tiempo para preparar sus defensas adecuadamente, “sólo Gran Bretaña y su flota puede darnos ese tiempo. Y ellos necesitan nuestra ayuda para sobrevivir”<sup>2124</sup>, es decir, que ayudar a Gran Bretaña equivalía a reforzar la seguridad estadounidense y a mantener las guerras europeas confinadas a Europa. Para Knox estaba fuera de toda duda que

---

<sup>2117</sup> *Ibíd.*

<sup>2118</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso al Congreso del 6 de enero de 1941, texto consultado íntegro en [www.wwnorton.com/college/history/ralph/workbook/ralprs36b.htm](http://www.wwnorton.com/college/history/ralph/workbook/ralprs36b.htm).

<sup>2119</sup> *Ibíd.*

<sup>2120</sup> *Ibíd.*

<sup>2121</sup> *Ibíd.*

<sup>2122</sup> *Ibíd.*

<sup>2123</sup> KNOX, William, declaración ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado del 27 de enero de 1941, texto consultado en [www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm](http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm).

<sup>2124</sup> *Ibíd.*



la existencia de la Armada británica y el balance de poder en Europa se conjuntaron para darnos la seguridad militar contra agresiones de esa región. Durante muchos años hemos tenido de hecho los beneficios de una Marina de dos Océanos con sólo una Marina de un Océano en la que ondean la bandera americana. La derrota de Gran Bretaña llevará consigo la destrucción de la Marina británica o su transferencia a manos alemanas para ser usada contra nosotros<sup>2125</sup>

Desde entonces hasta su aprobación final el 12 de marzo de 1941, el tema estrella en Estados Unidos fue la propuesta presidencial sobre préstamo y arriendo, así lo reconocía el propio F. D. Roosevelt en febrero al declarar que “un importantísimo factor en la defensa hemisférica, en la defensa de las democracias hoy, es la ley de préstamo y arriendo, cuya pronta sanción por el Congreso confiadamente anticipamos”<sup>2126</sup>, de hecho, el 9 de ese mismo mes la Cámara de Representantes había aprobado el texto por 260 votos a favor y 165 en contra<sup>2127</sup>, un mes más tarde, el 8 de marzo, era el Senado quien daba su consentimiento a la ley con 60 votos favorables y 31 en contra, tras haber rechazado varias contrapuestas como la presentada por el representante Fish, por 160 votos a favor y 263 en contra, y por el Senador Taft por 29 a 62, que en lo esencial no concedían tanto poder al Presidente como la Resolución 1776 y eran de carácter temporal<sup>2128</sup>. Para el Presidente era una acción trascendental ya que

no podemos renunciar a nuestra responsabilidad colectiva respecto al tipo de vida que va a emerger de la rigurosa prueba por la que el mundo está hoy pasando. No podemos ser una isla. Podemos deshacernos de esa responsabilidad imprudentemente, pero no podremos escapar de las consecuencias de nuestra elección<sup>2129</sup>

Con ello F. D. Roosevelt trataba de vencer las últimas defensas del aislacionismo estadounidense, y con ello debilitar al sector no intervencionista, haciendo hincapié en los enormes perjuicios que una victoria nazi sobre Gran Bretaña representaría para la seguridad de Estados Unidos, y con ello para la supervivencia de su sistema democrático.

La Ley de Préstamo y Arriendo del 11 de marzo de 1941 para “promover la defensa de Estados Unidos, y para otros propósitos”<sup>2130</sup>, precisamente llamada “Una ley para promover la defensa de Estados Unidos”, estaba formada por diez secciones, en la primera de las cuales se detallaba lo que se entendía por artículos de defensa

---

<sup>2125</sup> *Ibíd.*

<sup>2126</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso en la cena de entrega de premios de la academia cinematográfica del 27 de febrero de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16082&st=lend&st1=lease](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16082&st=lend&st1=lease).

<sup>2127</sup> DALLECK, *op.cit.*, p. 258.

<sup>2128</sup> JONAS, *op.cit.*, p. 242.

<sup>2129</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso radiofónico en el octavo aniversario de la política agraria del New Deal del 8 de marzo de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16084&st=lend&st1=lease](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16084&st=lend&st1=lease).

<sup>2130</sup><sup>2130</sup> Ley de de Préstamo y Arriendo del 11 de marzo de 1941, texto consultado en [www.history.navy.mil/FAQS/faq59-23.htm](http://www.history.navy.mil/FAQS/faq59-23.htm).



(armas, municiones, botes, aviones, barcos, materiales de reparación, así como bienes industriales y agrícolas), en la sección tercera se recogía la cláusula clave de la ley y por la que el Presidente podía ordenar

la fabricación en los arsenales, fábricas y astilleros bajo su jurisdicción, o sino procurar, hasta que los fondos lo permitan, o los contratos sean autorizados de tiempo en tiempo por el Congreso, o ambos, cualquier artículo de defensa para el gobierno de cualquier país cuya defensa el Presidente estime vital para la defensa de Estados Unidos<sup>2131</sup>

Además el Presidente era quien fijaba el modo de pago por los artículos de defensa (“pago, devolución en especie o propiedad, o cualquier otro beneficio directo o indirecto que el Presidente estime satisfactorio”), si bien ello no implicaba la autorización de la escolta por buques estadounidenses ni la derogación de la prohibición de entrar en áreas de combate contenida en la Ley de Neutralidad de 1939; en la sección cuarta se prohibía el traspaso o venta de dichos artículos al gobierno que se hiciese con ellos, y el resto de secciones completaban el ordenamiento de la ley relativo a los Secretarios de Guerra, de Marina y el mismo Presidente. El que finalmente la escolta de los envíos se realizara sólo en la zona de seguridad americana, sin penetrar en las áreas de combate, respondía al temor que una extensión de la protección despertara el recelo de la opinión pública a la ley<sup>2132</sup>. La suma total del programa ascendía a 50 billones de dólares, a repartir entre 38 países, de los cuales sólo Gran Bretaña recibiría el 62 por ciento del total, 31 billones<sup>2133</sup>.

Al día siguiente, el 12 de marzo, F. D. Roosevelt hacía la primera petición de 7.000 millones de dólares para poner en práctica la ley recién aprobada pues

nuestro país tiene la determinación de hacer su parte en crear un adecuado arsenal para la democracia. Ese gran arsenal estará aquí en éste país. Será un baluarte de nuestra propia defensa. Será la fuente de las herramientas de defensa para todas las democracias que estén luchando para preservarse contra la agresión<sup>2134</sup>

Como era de esperar, la ley concitó todos los temores de los no intervencionistas, quienes acusaron a F. D. Roosevelt de rendirse a los intereses británicos, de acabar con la democracia estadounidense, por debilitar sus defensas y provocar adversas consecuencias económicas, también por violar las leyes internacionales y por equivaler a una declaración de guerra<sup>2135</sup>. Conscientes de que la lucha contra el programa de préstamo y arriendo era una de las últimas batallas que debían ganar al Presidente en su imparable marcha hacia la guerra, los no intervencionistas se volcaron en su crítica, si bien, como en anteriores ocasiones, con escaso éxito.

---

<sup>2131</sup> *Ibíd.*

<sup>2132</sup> DALLECK, *op.cit.*, p. 269.

<sup>2133</sup> [www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm](http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm).

<sup>2134</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, petición para apropiaciones para el Programa de Préstamo y Arriendo del 12 de marzo de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16087](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16087).

<sup>2135</sup> DOENECKE, *op.cit.*, p. 168.



Ya en diciembre de 1940 el Senador Republicano B. Wheeler había expresado su oposición a la iniciativa presidencial de prestar y arrendar armamento a los aliados, declarando que sus opiniones no representaban las de un banquero internacional, ni las de un intervencionista ni un belicista, y por tanto estimaba que Estados Unidos tenía los suficientes problemas internos derivados de la crisis económica como para “arreglar los problemas de Asia, África, Australasia, Sudamérica y Europa”<sup>2136</sup>, y teniendo siempre a Estados Unidos en primera consideración “nos jugamos nuestra independencia, nuestra democracia y nuestro comercio e industria”<sup>2137</sup>. Para Wheeler, el mejor modo de defenderlos no era poniendo en Londres la primera línea de defensa ni participando en ninguna guerra europea, sino “construir nuestras defensas para enfrentar cualquier emergencia que se presente”<sup>2138</sup> sin revocar las leyes de neutralidad, pues ante la imposibilidad de una invasión alemana, Estados Unidos no vería comprometida su seguridad, además, no habría que olvidar que “la guerra significa el final de las libertades civiles... significa dictadura y esclavitud, y las cosas que odiamos del nazismo, del comunismo y del fascismo. Significa que Stalin o Hitler habrán logrado sus presunciones de un mundo totalitario sin conquistar América”<sup>2139</sup>, por ello acusaba a quienes como el Presidente querían la entrada de Estados Unidos en la guerra de sumergir al país en una guerra que destruiría la democracia, y a ello es precisamente a lo que se tenía que oponer el pueblo estadounidense si de verdad se amaba a Estados Unidos y conminaba a todos a “hacer saber a vuestros representantes en Washington que no habéis rendido la independencia de América a los belicosos e intervencionistas”<sup>2140</sup>.

Una vez presentada la ley, Wheeler aumentó sus críticas al programa de préstamo y arriendo, para él el proyecto “aturdió a un Congreso y una nación totalmente simpáticos a la causa de Gran Bretaña”<sup>2141</sup>, pero el plan dejaba en simple tacañería la ayuda del Kaiser a Austria-Hungría en la I Guerra Mundial, lo que “aseguraba el peor de los futuros a América, y definitivamente presenta al Presidente como dispuesto de la guerra”<sup>2142</sup>. Para Wheeler el programa de préstamo y arriendo era la traslación del *New Deal* a la política exterior de Estados Unidos, dando a una nación extranjera el dinero nacional sin previa consulta, en clara violación de la ley internacional, desarticulando las defensas propias y otorgando un poder excesivo a un sólo hombre, de hecho, “si el pueblo americano quiere una dictadura, si quieren una forma de gobierno autoritaria y si quieren guerra, ésta ley debe pasar como una locomotora sobre el Congreso, como si fuese la voluntad del Presidente Roosevelt”<sup>2143</sup>. Al repudiar la ley, Wheeler siempre tuvo presente la experiencia de la anterior guerra mundial, tanto para rechazar la entrada en la nueva, como para

---

<sup>2136</sup> WHEELER, Burton, discurso radiofónico del 31 de diciembre de 1940, texto consultado en [www.teachingamericanhistory.org/library/index.asp?document=1592](http://www.teachingamericanhistory.org/library/index.asp?document=1592).

<sup>2137</sup> *Ibíd.*

<sup>2138</sup> *Ibíd.*

<sup>2139</sup> *Ibíd.*

<sup>2140</sup> *Ibíd.*

<sup>2141</sup> WHEELER, Burton, discurso del 12 de enero de 1941, texto consultado en [www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm](http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm).

<sup>2142</sup> *Ibíd.*

<sup>2143</sup> *Ibíd.*



descartar cualquier reintegro británico de la ayuda ofrecida, justo como Inglaterra había reparado sus deudas de guerra de la I Guerra Mundial.

Dentro de las filas Demócratas también hubo oposición al programa de préstamo y arriendo, como la presentada por el Senador por Nebraska Harry B. Coffee, para quien la ley representaba “una delegación sin precedentes de los poderes de guerra”<sup>2144</sup>, pues de hecho repelía tanto la ley Johnson como la de Neutralidad, dejando tan sólo al Congreso la capacidad de controlar al Presidente a través de la aprobación de los fondos destinados al programa, es más, de aprobarse la ley se dejaría el camino despejado para que éste “precipite por entero a este país en la guerra de la noche a la mañana”<sup>2145</sup>, sin que el Congreso pudiera evitarlo. Para Coffee el problema planteado por el programa de préstamo y arriendo no se basaba en la idoneidad de ayudar o no a Gran Bretaña, sino que “la única cuestión es si debemos prepararnos para alejarnos de los senderos de la paz y caminar por el camino sangriento de la guerra”<sup>2146</sup>. Como se aprecia, el Senador Coffee estaba preocupado por el mantenimiento de los equilibrios de poder encerrados en la Constitución estadounidense, equilibrio que veía perjudicado por la ley de préstamo y arriendo, pues podía hacer entrar a Estados Unidos en la guerra por la mera voluntad presidencial, dejando totalmente desvalido al Congreso.

La cuestión del respeto a los respectivos poderes del Congreso y del Presidente, fue una de las principales preocupaciones a la hora de debatir la propuesta de ayuda a Gran Bretaña y resto de aliados, como refleja el Representante Republicano por Kansas Clifford Hope, cuya postura es interesante al reflejar la opinión del sector menos aislacionista del Congreso, pero al mismo tiempo firme defensor de sus prerrogativas. Hope, lejos de ser un aislacionista, reconocía que Estados Unidos no podía hacer oídos sordos a los acontecimientos de Europa, pues le afectaban inevitablemente, pues Estados Unidos no podía aislarse pero al mismo tiempo declaraba que “no creo que ésta sea nuestra guerra [...] no obstante, sería una locura decir que no tenemos ningún interés en su resultado”<sup>2147</sup>, por ello favorecía la ayuda cercana a la guerra a Gran Bretaña, pero en ningún caso por el método de préstamo y arriendo pues “su resultado inicial será el establecimiento de la dictadura en tiempos de guerra, y su secundario efecto será arrastrarnos a la guerra para la que ni la nación ni su pueblo están preparados”<sup>2148</sup>, de hecho, para Hope

cuando ésta medida se convierta en ley, el Presidente de los Estados Unidos más que Winston Churchill, tomará el control de la guerra. Desde entonces será nuestra guerra. Estaremos comprometidos con su éxito o su fracaso [...] en otras palabras, si aprobamos esta ley y el Presidente ejerce los poderes a él concedidos, estaremos en la guerra hasta el final<sup>2149</sup>

---

<sup>2144</sup> COFFEE, Harry B., editorial del 16 de enero del *Omaha-World Herald*, texto consultado en <http://plainshumanities.unl.edu/homefront/homefront.rec.0006>.

<sup>2145</sup> *Ibíd.*

<sup>2146</sup> *Ibíd.*

<sup>2147</sup> HOPE, Clifford, discurso ante el Congreso del 5 de febrero de 1941, texto consultado en <http://plainshumanities.unl.edu/homefront/homefront.rec.0013>.

<sup>2148</sup> *Ibíd.*

<sup>2149</sup> *Ibíd.*



Lo que a la postre significaría que “estaremos dentro sin ningún voto en el Congreso sobre la cuestión y sin que la gran mayoría de nuestro pueblo tenga ni idea de que este paso trascendental ha sido tomado”<sup>2150</sup>, además en un momento en que Estados Unidos no estaba preparado para ello. Por lo tanto, para Hope, el principal problema del programa de préstamo y arriendo estribaba en que con él “la política de este país no ha sido determinada. El Congreso no la ha determinado conscientemente en ésta propuesta de ley”<sup>2151</sup>, concediendo al Presidente enormes poderes de guerra, más aun cuando existían otros métodos de aumentar la ayuda a Gran Bretaña.

Para Robert M. Hutchins, presidente de la Universidad de Chicago, feudo del sector no intervencionista, lo que el Presidente debería hacer era asegurar antes que esas cuatro libertades por él anunciadas se hiciesen realidad en casa, pues “¿Qué hay de la democracia en Estados Unidos?”<sup>2152</sup>, de “los aparceros, de los desplazados internos, de los negros, de los habitantes de los suburbios, de los oprimidos por la ganancia. No tienen ni libertad de la necesidad ni libertad del miedo”<sup>2153</sup>, pues “un tercio de la nación está mal alimentada, mal vestida y mal resguardada”<sup>2154</sup>, y advertía de que una vez pasada la emergencia nacional que estimulaba la producción armamentística, el paro volvería a florecer como antes del estallido de la guerra.

Quien no dudó en sumarse a la oposición al programa de préstamo y arriendo fue el famoso aviador Charles Lindbergh, mostrando su rechazo al mismo incluso ante el Senado, “porque creo que es un paso que se aleja del sistema de gobierno en el cual muchos de nosotros en éste país creemos”<sup>2155</sup> y porque creía que representaba la política que debilitaría, más que fortalecería, a Estados Unidos. Para Lindbergh no se trataba de que diese igual el resultado de la guerra en Europa, ya que sin duda tendría gran influencia en América, sino que la cuestión era que para él no era deseable ni posible que Estados Unidos pudiese afectar el desenlace de las guerras europeas, es más, Lindbergh entendía la ley de préstamo y arriendo como “un paso en la política que intenta obtener seguridad para América controlando las condiciones internas en Europa”<sup>2156</sup>, alargando el conflicto al suministrar armamentos a una parte del mismo, lo que debilitaba a la nación, en lugar de buscar una pronta resolución a través de una paz negociada, de hecho “lo que estamos haciendo al seguir nuestra presente política es renunciar a una posición defensiva ideal en América a favor de una precaria posición ofensiva en Europa”<sup>2157</sup>, en lugar de ello, lo que Estados Unidos debía hacer era desarrollar y modernizar su propio ejército. Todo ello llevaba a Lindbergh acabar su comparecencia advirtiendo de que el verdadero peligro para la nación no estribaba en una ofensiva alemana, sino en los propios “términos de ésta ley, colocando nuestra

---

<sup>2150</sup> *Ibíd.*

<sup>2151</sup> *Ibíd.*

<sup>2152</sup> HUTCHINS, R. M., discurso del 23 de enero de 1941, texto consultado en [www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm](http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm).

<sup>2153</sup> *Ibíd.*

<sup>2154</sup> *Ibíd.*

<sup>2155</sup> LINDBERGH, Charles, discurso ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado del 6 de febrero de 1941, texto consultado en [www.teachingamericanhistory.org/library/index.asp?document=1601](http://www.teachingamericanhistory.org/library/index.asp?document=1601).

<sup>2156</sup> *Ibíd.*

<sup>2157</sup> *Ibíd.*



seguridad en el éxito de ejércitos extranjeros y en la supresión del poder de los representantes del pueblo en nuestra propia tierra”<sup>2158</sup>.

Ni siquiera la aprobación de la ley calmó las críticas de Lindbergh, quien en abril advertía de que Londres cuando “nos pide entrar en ésta guerra, está considerando su propio futuro y el de su Imperio”<sup>2159</sup>, por ello Estados Unidos debía mirar con objetividad al conflicto “y sopesar las posibilidades de éxito si entra en él”<sup>2160</sup>, por ello “he abogado constantemente por la paz negociada”<sup>2161</sup>, porque no creía en las posibilidades de victoria aliadas.

Por lo que respecta al Comité América Primero, al convivir con éste una fuerte corriente anglófoba, la oposición al programa era la postura natural, y a pesar de los esfuerzos por no presentarse como tales, las sospechas y críticas a Gran Bretaña formaban parte del discurso no intervencionista. En efecto<sup>2162</sup>, incluso en Senadores Demócratas como Homer Bone, por Washington, Sheridan Downey, por California o Denis Chávez, por Nuevo México, la anglofobia era innegable, para los críticos con Londres, no sólo las autoridades británicas eran egoístas y pretendían que Estados Unidos la defendiese, sino que también económicamente eran reprecensibles, sobre todo por el monopolio ejercido en su Imperio y su política de materias primas, de hecho, el que aun retuviese su Imperio era la principal razón de los recelos no intervencionistas, situación muy criticada por Wheeler y Nye, quienes veían en el Imperio la fuente de la agresividad de su política exterior y una injusticia al mantener el dominio de India e Irlanda, e incluso algunos no intervencionistas llegaron a denunciar un intento británico por devolver a Estados Unidos a su antigua condición de colonia. Pero no sólo el imperialismo era condenable para los no intervencionistas, prácticamente toda la política exterior británica era errónea, pues durante el siglo XX su política de equilibrio de poder europeo había fracasado, incluso había sido irresponsable y le acusaban de haber permitido el auge del nazismo para contener a la Unión Soviética, por ello despreciaban a sus líderes, a Bevin, Halifax, pero sobre todo a W. Churchill por su afán de victoria y que para ellos representaba a la perfección los valores más deplorables de Gran Bretaña, incluso F. D. Roosevelt hasta bien entrado 1940 pensaba lo mismo, y nunca se deshizo de la imagen de Churchill como un clásico imperialista del siglo XIX.

No es de extrañar por tanto, que tras haberse opuesto a la venta de destructores a Gran Bretaña, el Comité América Primero abogase por no ir más allá del *cash and carry*, y cuando F. D. Roosevelt presentó el programa de préstamo y arriendo lo equipararon a una declaración de guerra a Alemania<sup>2163</sup>, testificando todos sus miembros en su contra en las sesiones del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, contando en el Senado con el apoyo de Senadores como Wheeler, Taft,

---

<sup>2158</sup> *Ibíd.*

<sup>2159</sup> LINDBERGH, Charles, discurso en Nueva York del 23 de abril de 1941, texto consultado en [www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm](http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/2WWlendlease.htm).

<sup>2160</sup> *Ibíd.*

<sup>2161</sup> *Ibíd.*

<sup>2162</sup> Para conocer los principales motivos de la anglofobia no intervencionista consultar DOENECKE, *op.cit.*, p. 190-212.

<sup>2163</sup> Para ver la postura del Comité América Primero en el debate del programa de préstamo y arriendo consultar COLE, *op.cit.*, p. 35-50.



Shipstead o Walsh, y realizando una labor de presión pública a través de las secciones locales, en cuyos anuncios en prensa y radiofónicos y en folletos clamaban contra *la propuesta de dictadura de guerra*. De todos modos, al comprobar que la ley sería aprobada, centraron sus esfuerzos en al menos lograr que la enmienda Ellender, que prohibía el envío de tropas fuera del hemisferio occidental, fuera añadida a la ley de préstamo y arriendo, cuando la opinión pública estadounidense había pasado de apoyar el plan en un 39 por ciento en febrero de 1941 a un 50 por ciento sólo un mes más tarde. Pese a perder la batalla contra el Presidente, una vez aprobada la ley, el Comité se volcó para evitar que los barcos estadounidenses fuesen utilizados en funciones de escolta de los convoyes de ayuda británicos. Aun con todo, el debate en torno a la ley, situó al Comité al frente de la lucha no intervencionista, logrando así el protagonismo que ansiaban.

Mención especial merece la postura del historiador Charles A. Beard, ex presidente de la Asociación Histórica Americana y de la Asociación Americana de Ciencias Políticas, muy unido al Comité América Primero, y representante del elemento intelectual y académico del aislacionismo de la década de 1930<sup>2164</sup>. En su obra *A Foreign Policy for America*, Beard pasaba revista a las tres escuelas de política exterior que bajo su opinión habían dominado en Washington hasta la fecha, la primera de ellas, el *Americanismo continental*, coincidiría con lo que aquí se ha denominado unilateralismo aislacionista, caracterizado por la concentración de intereses en el continente americano para la creación de una civilización genuina, y que seguía al pie de la letra la Gran Regla washingtoniana de permanecer alejados de los asuntos europeos. Para Beard los *continentalistas* no buscarían nunca fortalecer la defensa nacional a través de la reparación de los errores europeos, ni forzando la adopción de sus instituciones fuera de Estados Unidos, ni la pacificación permanente del mundo en cooperación con el resto de potencias a través de una cruzada nacional, sino que lo harían asegurando la libertad de acción estadounidense<sup>2165</sup>.

La segunda escuela habría llegado con el cambio de siglo y la victoria sobre España en 1898, a raíz de la cual el *Imperialismo*, o internacionalismo conservador de T. Roosevelt aquí estudiado, substituyó al continentalismo como discurso vertebrador de la política exterior de Estados Unidos. Con ello la nación se unía al resto de potencias imperiales en su lucha por el poder mundial, teniendo en el materialismo biológico de Mahan su fuente de inspiración<sup>2166</sup>. El auge del imperialismo se vio favorecido por la crisis económica de 1893 y su secuela de sobreproducción, que hacía imperativa la búsqueda de nuevos mercados, por el cierre de la frontera continental y por la necesidad de alejar la atención pública de los asuntos internos en un periodo de agitación social. De todos modos, para Beard lo que diferenciaba a ambas escuelas, desde una comprensión realista, era el hecho de que “la ruptura con el pasado en 1898 no fue en la guerra o en la conquista, sino en la localización y en la naturaleza de las regiones conquistadas”<sup>2167</sup>, tan alejadas del continente y tan distintas culturalmente que se hacía necesaria la permanencia de un gran ejército para su control, exponiéndole a conflictos en regiones remotas, alejando a la nación de este

---

<sup>2164</sup> JONAS, op.cit., p. 72.

<sup>2165</sup> BEARD, Charles, *A Foreign Policy for America*, Alfred A. Knopf, New York, 1940, p. 18-33.

<sup>2166</sup> *Ibíd.*, p. 45.

<sup>2167</sup> *Ibíd.*, p. 61.



modo del continentalismo de antaño. Según Beard, los cálculos de los políticos imperialistas no estribaban tanto en la razón como en irracionales nociones de destino y tendencia cósmicos que impulsaban a Estados Unidos a una nueva fase de su desarrollo, en ello tuvo que ver, más que el capitalismo, la influencia que el poder de la Marina ejerció sobre las mentes de políticos y militares, aunque para Beard, a diferencia de Mahan, “el poder naval no es el factor decisivo en la historia... no hay factor decisivo, salvo la perenne locura del hombre”<sup>2168</sup>.

Y por último, Beard señalaba al *Internacionalismo*, que a grandes rasgos se puede equiparar al internacionalismo liberal democrático de W. Wilson, como la tercera propuesta de política exterior, caracterizada por colocar la paz mundial como el objetivo primordial de sus relaciones con otras naciones, y ya sí en las antípodas del continentalismo, por buscar la seguridad nacional no de modo independiente a través de relaciones pacíficas, como haría aquel, sino mediante ataduras permanentes con Europa<sup>2169</sup>, donde incluso el crecimiento comercial se haría a través de lazos internacionales, y no de mera conquista como en el imperialismo. Para Beard, el plan diseñado por W. Wilson no se diferenciaba tanto del propuesto por la Santa Alianza, pues los firmantes de la Paz de Versalles se comprometían a mantener un nuevo *status quo*, nacido de una revolución en el sistema de Estados europeos, al que Estados Unidos se afiliaba permanentemente, abandonando así su tradicional neutralidad, y con el *laissez-faire* comercial como apoyo económico del nuevo orden. A los internacionalistas se habían unido los imperialistas de viejo cuño, dejando en minoría a los *continentalistas*.

El que la opinión pública hubiese castigado en las urnas a los Demócratas por presentar semejante proyecto, era señal para Beard de la vigencia del continentalismo como estrategia más acorde con el proyecto nacional estadounidense, de ahí su apoyo a la Ley de Neutralidad de 1939, que consideraba “rigurosamente *continentalista* en letra y espíritu, aunque concedió a los abogados de la paz todo el placer que pudieron sacar de la venta de instrumentos de guerra a los beligerantes que los pudieran comprar”<sup>2170</sup>. Para Beard, lo que Estados Unidos debía hacer era centrar sus fuerzas en el continente para “colocar los materiales de una magnífica civilización”<sup>2171</sup>, sin imperios ni alianzas permanentes, pues “lentamente pero con fuerza creciente, se comprendió que las doctrinas del punto de venta extranjero del imperialismo e internacionalismo eran ilusiones”<sup>2172</sup>. De hecho para Beard

el continentalismo, interpretado estrictamente, significa un retorno a la correcta y contenida diplomacia de un tiempo pretérito [...] esta política, seguida consistentemente por Estados Unidos, favorecerá, no dañará, la llegada de la paz a otras naciones del mundo<sup>2173</sup>

De todos modos, con la aprobación del programa de préstamo y arriendo F. D. Roosevelt no dio por concluido su asalto a la aún vigente ley de neutralidad, así, en

---

<sup>2168</sup> *Ibíd.*, p. 78.

<sup>2169</sup> *Ibíd.*, p. 87.

<sup>2170</sup> *Ibíd.*, p. 141.

<sup>2171</sup> *Ibíd.*, p. 151.

<sup>2172</sup> *Ibíd.*

<sup>2173</sup> *Ibíd.*, p. 154.



abril de 1941 tomó una serie de medidas que dejaban bien claro cual era el rumbo a seguir por la Administración. El día 10 alcanzó un acuerdo con Dinamarca para ocupar Groenlandia y al día siguiente retiró la condición de zona de guerra al Mar Rojo permitiendo de ese modo viajes al área a los buques estadounidenses, a la semana siguiente autorizó las patrullas en el Atlántico para alertar de la situación de los submarinos nazis y el 27 de mayo proclamaría el estado de emergencia nacional ilimitada, extendiendo el de emergencia nacional limitada declarada el 8 de septiembre de 1939, pues estaba probado que

los objetivos de los beligerantes del Eje en ésta guerra no están confinados a aquellos declarados en su comienzo, sino que incluyen derrocar el orden democrático existente en todo el mundo, y una dominación mundial de pueblos y economías a través de la destrucción de toda resistencia en tierra, mar y aire<sup>2174</sup>

Por ello Estados Unidos debía preparar sus defensas ante cualquier amenaza a la nación o al continente que pusiera en peligro su seguridad, extendiendo así el radio de acción de la defensa estadounidense a todo el hemisferio occidental. Para F. D. Roosevelt “hasta que el avance del hitlerismo no sea confrontado con fuerza, el hemisferio occidental estará dentro del radio de las armas de destrucción nazis”<sup>2175</sup>, de ahí los acuerdos con el resto de países americanos, el rearme emprendido y la ayuda a las democracias, que el Presidente había comenzado desde el inicio de la guerra buscando alterar las provisiones de la ley de neutralidad. Para F. D. Roosevelt una victoria europea de Alemania implicaría la parcelación del mundo y con el ello el fin del mundo de cooperación soñado por Estados Unidos, que indudablemente se vería obligado a mantenerse en un estado de alarma para estar a salvo del dominio nazi, por ello “no aceptamos, no permitiremos, ese modo de hacer las cosas nazi”<sup>2176</sup>, menos aun cuando la guerra se acercaba a la orilla del Hemisferio Occidental, y sólo la resistencia británica y la defensa china estaban alejando a Hitler de lograr sus objetivos, de hecho, a menos que Hitler no dominase los mares, no podría amenazar a Estados Unidos, de ahí la importancia de la resistencia británica, pues “toda la libertad...depende de la libertad de mares”<sup>2177</sup>, a la cual la historia de Estados Unidos se encontraba tan ligada, y por ello había extendido las labores de patrulla de los buques estadounidenses.

Ante tales circunstancias la política nacional de Estados Unidos debía ser:

1. debemos resistir cuando sea necesario, y con todos nuestros recursos, todo intento de Hitler por extender su dominación nazi en el Hemisferio Occidental, o amenazarlo. Resistiremos todos sus intentos de lograr el control de los mares. Insistimos sobre la importancia vital de mantener fuera al hitlerismo de cualquier punto del mundo que sea usado como base de ataque a las Américas,

<sup>2174</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Proclamación 2487 de emergencia nacional ilimitada del 27 de mayo de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16121&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16121&st=&st1=).

<sup>2175</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso radiofónico anunciando la emergencia nacional ilimitada del 27 de mayo de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16120&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16120&st=&st1=).

<sup>2176</sup> *Ibíd.*

<sup>2177</sup> *Ibíd.*



2. desde el estricto punto de vista de necesidad naval y militar, daremos toda asistencia posible a Gran Bretaña y a todos aquellos resistiendo con la fuerza de las armas al hitlerismo o su equivalente<sup>2178</sup>

Y recuperando el espíritu del *New Deal*, el Presidente afirmaba que “nunca en la historia mundial ha perdido una nación su democracia por una lucha exitosa para defender su democracia. No debemos ser vencidos por el miedo ante lo que nos preparamos a resistir”<sup>2179</sup>, de hecho “nuestro pueblo y nuestro gobierno no dudarán en afrontar este reto...reafirmamos nuestra fe en la vitalidad de nuestra República constitucional como el hogar perpetuo de la libertad, la tolerancia y de la devoción a la palabra de Dios”<sup>2180</sup>.

Como se observa, con la declaración de emergencia nacional ilimitada, F. D. Roosevelt se alejaba definitivamente de la neutralidad de los primeros años de presidencia, señalando una clara amenaza en la fuerzas nazis y sus aliados, que sin duda se alzaban en el horizonte ensombreciendo a las democracias del mundo, democracias que tenían y debían seguir teniendo en Estados Unidos los rayos de luz que mantuviesen viva la llama de la victoria. La Administración estadounidense hacía saber a su pueblo que no permanecería impasible ante la expansión nazi y de sus aliados, y que continuando con su estrategia de ayudar a los aliados como mejor método de prevenir una amenaza directa alemana, consideraba de vital importancia ayudar a Gran Bretaña y demás países que estaban luchando contra Hitler, postura aceptada por la mayoría de la opinión pública estadounidense, pues en la primavera de 1941 el 62 por ciento prefería ya la entrada en la guerra a una rendición británica<sup>2181</sup>.

Para el Senador Republicano por Dakota del Norte, Gerald P. Nye, la escolta de los convoyes implicaba irremediamente la entrada de Estados Unidos en la guerra por la puerta de atrás, acción deliberadamente calculada por el Presidente F. D. Roosevelt, conector del sentimiento mayoritario del pueblo estadounidense por mantenerse alejado del conflicto, y puesto que el Presidente “ha tenido siempre sentido de la historia: siempre ha sido consciente del nicho que estaba excavando para él en los pasillos de la historia...si vamos a tener una guerra, será más bien por vernos obligados a ella, y él sabe que entonces el pueblo le apoyará”<sup>2182</sup>, por eso “si entramos en la guerra no será porque el Presidente trató de mantenernos fuera”<sup>2183</sup>, a pesar de todo para Nye existía otro camino, pues se estaba aún en paz con el mundo y así se debía seguir, pues Estados Unidos no debía unirse “a la tierra que por tres siglos de agresión militar y conquista ha construido el mayor imperio de la historia”<sup>2184</sup>, que además era el mayor competidor de Estados Unidos en el comercio mundial, cuya importancia para la nación era relativa al representar “sólo el cuatro o

---

<sup>2178</sup> *Ibíd.*

<sup>2179</sup> *Ibíd.*

<sup>2180</sup> *Ibíd.*

<sup>2181</sup> DOENECKE, op.cit., p. 185.

<sup>2182</sup> NYE, Gerald P., discurso radiofónico del 8 de mayo de 1941, texto consultado en <http://plainshumanities.unl.edu/homefront/homefront.rec.0007.html>.

<sup>2183</sup> *Ibíd.*

<sup>2184</sup> *Ibíd.*



cinco por cien de nuestro ejercicio económico”<sup>2185</sup>, relativizando así el terrible impacto que una victoria nazi tendría sobre la economía estadounidense, y además, en caso de derrota británica, “si un imperio muere, sólo significaría que la historia se repite, y que nuestros antepasados lucharon con éxito para liberar a América de los constructores de imperios europeos”<sup>2186</sup>. El Senador Nye se convirtió en uno de los ejemplos más representativos del aislacionismo de la región de las Grandes Llanuras, que incluían a ambas Dakotas, a Nebraska, Kansas, Oklahoma, Texas, Nuevo México, Colorado, Wyoming y Montana, todos ellos estados rurales y duramente afectados por la gran depresión de los años treinta, temerosos de que el Presidente, de la mano de la industria militar, metiese al país en una nueva guerra mundial<sup>2187</sup>.

La invasión nazi de la Unión Soviética tomó por sorpresa a la plana mayor comunista, con Stalin a la cabeza, quien había desoído los informes sobre el movimiento de tropas alemanas, que tras una semana de ataque habían avanzado 500 kilómetros y capturado 400.000 soldados, cifras que a mediados de julio habían crecido hasta los dos millones de bajas y otros 300.000 prisioneros, de ahí que F. D. Roosevelt no impusiera condición alguna a la ayuda estadounidense, no dudando en intentar alcanzar una relación personal con el líder comunista, a quien en agosto no dudaba en hablarle ya de políticas a largo plazo, aunque para entonces el líder soviético estaba más preocupado por no consentir la victoria nazi, trasladando el 15 de octubre el gobierno a mil kilómetros de Moscú<sup>2188</sup>.

A la declaración de emergencia nacional ilimitada le siguieron más medidas de seguridad, como la protección de Islandia desde el 7 de julio, antes bajo el escudo de Londres y Ottawa, por considerarla vital para la defensa nacional, y aunque la decisión fue criticada por los no intervencionistas por considerarla ilegal y un paso más hacia la guerra, el 75 por ciento de la opinión pública la aprobaba<sup>2189</sup>. Más controvertida aún fue la petición presidencial del 21 de julio de acabar con el límite temporal de reclutamiento de un año y de permitir su servicio fuera del Hemisferio Occidental, pues para sus oponentes el actual plazo ya era suficiente, además, la situación internacional no había empeorado tanto con respecto al año anterior como para justificar tales cambios, y sobre todo, se temía un abuso de poder presidencial de aprobar tales medidas. Ante el aluvión de críticas, F. D. Roosevelt sólo pudo ver aprobada la extensión del plazo de reclutamiento de un año a 18 meses, y ésta por escaso margen, el 7 de agosto el Senado daba su consentimiento por 45 a 30 y cinco días más tarde la Cámara la aprobaba por un solo voto, 203 a 202, circunstancia que convenció al Presidente de las escasas posibilidades de medidas más osadas<sup>2190</sup>.

Del 9 al 12 de agosto F. D. Roosevelt se reunió con su homólogo británico W. Churchill en Terranova, y liberado ya del lastre neutralista, el Presidente estadounidense firmó los principios a los que consagraría en adelante los esfuerzos de la nación, reunidos en la Carta Atlántica, y que como se verá más adelante, recogían

<sup>2185</sup> *Ibíd.*

<sup>2186</sup> *Ibíd.*

<sup>2187</sup> <http://plainshumanities.unl.edu/homefront/intro?section=intro>

<sup>2188</sup> BUTLER, Susan, *Querido Mr. Stalin. La correspondencia entre F. D. Roosevelt y Josef Stalin*, Paidós, Barcelona, 2007, p. 63.

<sup>2189</sup> DOENECKE, op.cit., p. 228.

<sup>2190</sup> DALLECK, op.cit., p. 278 y DOENECKE, op.cit., p. 230.



la esencia de la visión estadounidense de las relaciones internacionales. La cumbre fue utilizada por los británicos para acercar aún más a Estados Unidos a su bando, y por F. D. Roosevelt para acabar con la diplomacia secreta y para volcar aún más a la opinión pública interna del lado aliado. En cualquier caso, los no intervencionistas criticaron los ocho puntos de la Carta, sobre todo el sexto de destrucción del régimen nazi, por sus implicaciones para Estados Unidos, y el octavo de creación de un sistema de seguridad colectivo, por quimérico e implicar cierta carga de imperialismo anglosajón, incluso el Comité de América Primero los comparó con los catorce puntos de Wilson<sup>2191</sup>.

Con la invasión nazi de Rusia, la operación Barbarroja empezó, con un rápido avance de las tropas alemanas, lo que hacía temer una pronta victoria alemana. Para evitarla, Churchill no dudó en pedir a F. D. Roosevelt que extendiese la ayuda a Stalin, y éste, el 18 de septiembre, pedía al Congreso estadounidense la extensión del programa de préstamo y arriendo a la Unión Soviética, aprobada en octubre por 59 a 13 en Senado y 323 a 67 en Cámara de Representantes, cuando ya desde enero se había retirado el embargo moral a Moscú permitiéndose la venta de componentes aeronáuticos<sup>2192</sup>. F. D. Roosevelt pensaba que ayudando a Moscú, Estados Unidos podría ahorrarse el envío de tropas al continente en caso de participar en la guerra, por ello no ligaría la libertad de territorios a la concesión de las ayudas, por considerarlo inútil y para evitar un posible acercamiento de Moscú a Berlín<sup>2193</sup>.

Aunque la entrada de la Unión Soviética en la guerra hizo que los comunistas estadounidenses se retirasen del bando no intervencionista, éste, al igual que sucediera con Gran Bretaña, era muy crítico con Moscú, y no apoyaba en ningún caso la ayuda brindada por el Presidente, de hecho, el imperialismo ruso era más censurado que el nazi por los no intervencionistas, sobre todo por su invasión de Finlandia, además de la cuestión judía. La política de las autoridades soviéticas respecto a su comunidad judía era una constante fuente de rechazo, viendo incluso en una Alemania fuerte un medio perfecto para contener el avance comunista, además, el Comité de América Primero sostenía que tras la entrada de la Unión Soviética en la guerra, Estados Unidos ya no tenía que participar en ella, y menos aún del bando comunista, pues una vez finalizada, algunos no intervencionistas veían un más que probable conflicto con Moscú<sup>2194</sup>.

El 9 de octubre, un día antes de efectuar los primeros envíos de ayuda a Stalin, F. D. Roosevelt colocaba una última losa sobre la legislación de neutralidad al pedir al Congreso que revocase la prohibición de armar barcos mercantes y la eliminación de la figura de las zonas de guerra, pues no quería repudiar por entero la Ley de 1939 ante el debate que se desataría, sino eliminar sus cláusulas más duras, como la sexta o segunda y tercera, relativas a los barcos mercantes y a las zonas de guerra<sup>2195</sup>. Aunque Hitler siempre trató de evitar un conflicto con Estados Unidos a causa del transporte de la ayuda a los aliados, los choques fueron inevitables. El 21 de mayo de 1941 fue

---

<sup>2191</sup> DOENECKE, op.cit., p. 235.

<sup>2192</sup> *Ibíd.*, p. 217.

<sup>2193</sup> DALLECK, op.cit., p. 301.

<sup>2194</sup> COLE, op.cit., p. 85 y DOENECKE, op.cit., p. 272.

<sup>2195</sup> DOENECKE, op.cit., p. 263.



hundido el primer barco estadounidense sin causar muertos, pero el 17 de agosto sí que otro hundimiento causó 24 muertes, y un nuevo hundimiento sin víctimas el 5 de septiembre en el Mar Rojo, impulsó, seis días más tarde, la decisión de F. D. Roosevelt de atacar primero para evitar más sucesos similares, y el 17 permitir la escolta de los barcos británicos, medidas respaldadas por el 62 por ciento de la opinión pública pero rechazada por los no intervencionistas, quienes no veían en tan mala situación a la Marina británica y percibían tales medidas como una usurpación de los poderes del Congreso, un claro intento por aumentar el nivel de histeria colectiva, una violación de la Ley de Neutralidad vigente, un peligro al enviar los barcos a zonas de guerra tratando así a la Marina como un asunto privado, y una declaración de guerra encubierta<sup>2196</sup>.

Para el Presidente Roosevelt estaba claro que “las condiciones del mundo habían cambiado violentamente desde la primera Ley de Neutralidad de 1935”<sup>2197</sup> dada la magnitud del intento nazi de dominar el mundo, es más, para el Presidente “durante estos años de guerra, los americanos nunca hemos sido neutrales de pensamiento”<sup>2198</sup> y de forma creciente “nos hemos ido preocupando por el peligro que se nos acercaba, a nuestras tradiciones e instituciones democráticas, a nuestro país y a nuestro hemisferio”<sup>2199</sup>, por ello “debemos encarar la verdad de que la Ley de Neutralidad requiere una reconsideración completa a la luz de los conocidos hechos”<sup>2200</sup>, no para declarar la guerra, sino que

el rechazo o la modificación de estas provisiones no dejarán a Estados Unidos menos neutral de lo que es hoy, pero nos harán posible defender a América con mayor éxito, y conceder ayuda con más eficacia contra las tremendas fuerzas que ahora marchan a la conquista del mundo<sup>2201</sup>

Y ya que Hitler veía al mundo entero como un campo de batalla, F. D. Roosevelt recomendaba “el rechazo de la sección 6 de la Ley de Neutralidad del 4 de noviembre de 1939, que prohíbe armar a los barcos con bandera americana enrolados en el comercio internacional”<sup>2202</sup>, pues estaban conectados con la defensa de Estados Unidos y “es la hora de que este país deje de jugar en las manos de Hitler y desencadene las suyas propias”<sup>2203</sup>. Además, con ello se ayudaría a aumentar la eficacia del programa de préstamo y arriendo, justo cuando Hitler corría contra el tiempo para aplastar a Rusia y Gran Bretaña, por eso “es nuestra tarea, extender más y más la asistencia y más rápidamente a Gran Bretaña, Rusia y todos los pueblos e individuos luchando contra la esclavitud”<sup>2204</sup>, ya que el destino final del Hemisferio Occidental se encontraba en el filo, pues una victoria nazi implicaría seguramente la guerra en América.

<sup>2196</sup> *Ibíd.*, p. 258 y COLE, *op.cit.*, p. 161.

<sup>2197</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje al Congreso sobre armar a los barcos mercantes del 9 de octubre de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16018&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16018&st=&st1=).

<sup>2198</sup> *Ibíd.*

<sup>2199</sup> *Ibíd.*

<sup>2200</sup> *Ibíd.*

<sup>2201</sup> *Ibíd.*

<sup>2202</sup> *Ibíd.*

<sup>2203</sup> *Ibíd.*

<sup>2204</sup> *Ibíd.*



Además, armando a los barcos mercantes Estados Unidos estaría manteniendo “la protección de la libertad de mares contra la dominación de cualquier potencia extranjera que haya enloquecido con el deseo de dominio mundial (pues) Hitler ha ofrecido un desafío que como americanos no podemos tolerar”<sup>2205</sup>.

Finalmente el 17 de octubre la Cámara de Representantes aprobó armar los barcos mercantes por 259 votos a favor y 138 en contra, el 7 de noviembre el Senado concedía ambas peticiones al Presidente por 50 a 37 y seis días después, de nuevo la Cámara las sancionaba por 212 a 194, tal estrechez de márgenes reafirmó en el Presidente la convicción de que sin mediar una provocación directa, no podía impulsar la participación estadounidense en la guerra<sup>2206</sup>. En todo caso, de sus palabras se traslucía la determinación de acabar con la neutralidad estadounidense ante la percepción de la amenaza nazi como una realidad indiscutible, no sólo en Europa, a nivel político-militar, sino para la democracia en sí misma, a nivel ideológico-social, convirtiendo así al nazismo en un instrumento de las fuerzas del mal al que Estados Unidos debía enfrentarse, presentando la guerra no como la continuación de disputas europeas irresueltas, sino como una conflagración mundial por la supervivencia de la libertad, en la que definitivamente Estados Unidos debía jugar su papel si no quería ver su sistema Republicano en peligro. Con ello F. D. Roosevelt intentaba ganarse el favor de su opinión pública pues siempre tuvo presente que el apoyo y el consenso nacionales eran factores esenciales a la hora de encarar una posible participación en el conflicto.

Como hemos visto, para F. D. Roosevelt el transporte de la ayuda militar concedida a los aliados era fundamental para la victoria sobre Alemania, y en ella la Unión Soviética jugaba un papel central, pues de su resistencia a la invasión nazi dependía la salvación europea, y con ello de los propios Estados Unidos, de modo que nombró a Harry Hopkins, aliado suyo contra la facción antisoviética en el Pentágono y el Ejército, jefe del Comité para el Protocolo Soviético encargado de canalizar la ayuda a Moscú, iniciada en octubre de 1941 con 400 aviones y 500 tanques mensuales, que dan una idea de la ingente cantidad de materiales que se destinaban a los aliados, desde ametralladoras y aviones, pasando por municiones, jeeps, abrigos y hasta ferrocromo, alambre, hornos eléctricos, etc. convirtiendo a Estados Unidos en la fábrica aliada y suponiendo el aldabonazo final al auge industrial estadounidense<sup>2207</sup>.

Para lograr dicho consenso era esencial si no la desaparición, al menos sí la derrota del movimiento no intervencionista, que como hemos visto, aglutinando en su seno gran parte de la oposición al Presidente Roosevelt, había emprendido una campaña sistemática contra todas las iniciativas presidenciales por acabar con la legislación de neutralidad. Al final, los esfuerzos de los no intervencionistas fueron en vano y el Presidente pudo ver aprobadas la inmensa mayoría de sus medidas, no en vano, el sentir mayoritario de la ciudadanía estadounidense se encontraba del lado aliado, más aún tras el imparable avance alemán. De hecho, al equiparar a los

---

<sup>2205</sup> *Ibíd.*

<sup>2206</sup> DALLECK, *op.cit.*, p. 292.

<sup>2207</sup> BUTLER, *op.cit.*, p. 36 y 79



contendientes, criticando por igual a británicos y alemanes, no viendo en la guerra más que la repetición de los clásicos conflictos europeos, los no intervencionistas perdieron de vista el componente ideológico y político de la guerra, despreciando la amenaza que la mera supervivencia del nazismo representaba para Estados Unidos, con ello se alejaban del sentir mayoritario del pueblo estadounidense, quien sí percibía claras diferencias entre Churchill y Hitler, de hecho, en cierto sentido se puede afirmar que las leyes de neutralidad dieron más fuerza al Eje indirectamente, al ver alemanes y japoneses cómo Estados Unidos se distanciaba de los aliados, lo que sin duda afectó negativamente a Estados Unidos, al dejar a otros la determinación de cuestión tan importante como la de la guerra o la paz, en última instancia, el aislacionismo se convirtió en “una política de seguir la corriente, no de independencia”<sup>2208</sup>, como aspiraban sus promotores. Tampoco la heterogeneidad interna favoreció demasiado al movimiento no intervencionista, ya que en escasas ocasiones pudieron ofrecer un frente común ante la actividad ejecutiva, y destacadas voces como Hoover o Lindbergh favorecían determinadas políticas presidenciales, en especial en lo relativo al rearme estadounidense, con el único elemento incuestionablemente aceptado por todos del no a la participación en la guerra, de ahí que en numerosas ocasiones trataran de convencer al país de que todo se reducía a una sencilla cuestión, ¿debía entrar Estados Unidos en la guerra?, con ello habían simplificado en exceso el debate, favoreciendo así al campo intervencionista; a lo que habría que sumar los elementos anglófobos y antisemitas de algunos de sus miembros, características que sin duda le restaron apoyos en la sociedad estadounidense, más aún cuando era denunciado por los defensores de la Administración Roosevelt, de ser una correa de transmisión nazi, acusación que sin duda hizo mella en su popularidad, de hecho, si su ambigüedad moral era lo que le permitía mantener la unidad interna, al mismo tiempo le iba alejando de la mayoría de la opinión pública, y le incapacitaba para resolver las incongruencias que el desafío nazi hacía resaltar entre su unilateralismo y su pacifismo; por si fuera poco, el movimiento no intervencionista siempre fue a la zaga del Presidente, reaccionando ante sus decisiones, incapaces de presentar una alternativa común<sup>2209</sup>.

Pero quizá el mayor fracaso del aislacionismo de la década de 1930 fuese su incapacidad para comprender que la neutralidad es más que nada una condición inherente a ciertos Estados que no se puede adquirir mediante leyes, sino sólo a través de una práctica continuada, y que para Estados Unidos, en calidad de potencia mundial, era imposible de alcanzar, pues su posición afectaría irremediabilmente a cualquier conflicto mundial<sup>2210</sup>. En ese sentido, cabría ver al movimiento no intervencionista y su anhelo de neutralidad como la expresión de ese legalismo tradicional en la historia política estadounidense, que respondía a todo desafío con una legislación diseñada para cambiar una realidad contraria a sus valores y aspiraciones, y es curioso que criticando como lo hizo el esfuerzo de la Administración Wilson por cambiar el orden internacional con un nuevo diseño que integraba nuevas prácticas legales, no cayera en la cuenta de que estaba incurriendo en el mismo error tratando de cambiar una compleja situación internacional, que englobaba diversos actores fuera del alcance de Estados Unidos, a través meramente

---

<sup>2208</sup> JONAS, op.cit., p. 199 y 205.

<sup>2209</sup> DOENECKE, op.cit., p. 327 y JONAS, op.cit., p. 170 y 207.

<sup>2210</sup> JONAS, op.cit., p. 203.



del solitario Poder Legislativo de su Congreso, siendo tan idealista como el Presidente Wilson y su Sociedad de Naciones o el Presidente Coolidge y su Pacto de París para prohibir la guerra de agresión, pues la paz no se puede imponer por ley del mismo modo que la guerra no se puede prohibir por decreto o la neutralidad crearse por resoluciones. Así se entiende mejor que tras el ataque japonés a Pearl Harbor el aislacionismo como política defendible desapareciera de la escena estadounidense, habiendo vivido de 1935 a 1941 su última era de esplendor.<sup>2211</sup>

A pesar de todo, la labor del campo no intervencionista fue valiosa al dar voz a las opiniones contrarias al internacionalismo beligerante de F. D. Roosevelt, de hecho, muchas de sus críticas se basaban, más que en un aislacionismo cerril, en las clásicas posturas del unilateralismo aislacionista, y la derrota de los no intervencionistas supuso en gran medida un adelanto de la futura desaparición de éste ante el internacionalismo de Harry S. Truman. Su oposición a los cambios de rumbo presidenciales también sirvió para ralentizar el afán intervencionista de F. D. Roosevelt, de no ser por sus críticas, el Presidente hubiera podido instigar una temprana participación en la guerra, de modo que tuvo que esperar un ataque enemigo para ver aceptada tal medida con el suficiente consenso interno.

El ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 cambiaría por completo la guerra, al poner Estados Unidos al servicio aliado sus inmensos recursos humanos y técnicos, afectando irremediamente el debate interno estadounidense, al acabar de un plumazo con la oposición no intervencionista, que se unió sin fisuras a la defensa de la nación, de hecho, el Comité de América Primero se disolvería en febrero de 1942, cuando ya el diciembre anterior se había decidido poner fin a su actividad<sup>2212</sup>. Del mismo modo que W. Wilson, F. D. Roosevelt no tenía en mente tan sólo entrar en la guerra para vengar la infamia nipona o ayudar a Gran Bretaña en su lucha contra el nazismo, sino que albergaba la ambición de culminar el trabajo de su estimado predecesor y construir un nuevo orden internacional, ésta vez con la participación activa de Washington.

Al igual que su admirado Wilson, F. D. Roosevelt entraba en una guerra mundial ya comenzada, las leyes de neutralidad tan sólo habían conseguido retrasar las manecillas del reloj, la hora señalada, las seis de la mañana en Hawaii, marcaba la ineluctable participación estadounidense en el conflicto, cuando éste ya estaba en marcha y cada participante, con sus propios objetivos en el mismo y habiendo sufrido enormes daños en su transcurso, simplemente no se amoldaría con facilidad a los intereses, estrategias y decisiones estadounidenses. F. D. Roosevelt pronto vería que al frente interno le sucederían debates no menos duros en la arena internacional, más aun cuando de aliados se trataba, pues el haber entrado con retraso en la guerra, si bien le había beneficiado material y económicamente, de igual modo le habría de perjudicar políticamente.

---

<sup>2211</sup> *Ibíd.*, p. 287.

<sup>2212</sup> COLE, *op.cit.*, p. 196.



### 9.c.2.c. II Guerra Mundial y visión de Europa

A la hora de comprender el internacionalismo que F. D. Roosevelt elaboró a lo largo de los años, enfoque que distó de ser estático, es esencial estudiar con atención cómo se desarrollaron las relaciones de Estados Unidos con el resto de aliados durante la II Guerra Mundial<sup>2213</sup>.

Como hemos visto en el anterior apartado, la Europa de entreguerras lejos de amoldarse al ideal democratizador presentado por Woodrow Wilson, exacerbó aún más si cabe su tradicional recurso a la diplomacia de poder, así, la política de fuerza fue el *modus operandi* de las autocracias germinadas durante la década de 1920, y que en la de 1930 camparon a sus anchas ante la desidia de las democracias supervivientes, en especial de las más poderosas, la británica y la francesa. El apaciguamiento que culminó en Munich, había dado comienzo ya en los primeros años de presidencia de Hitler, con el beneplácito a sus constantes violaciones de las cláusulas de Versalles, continuó con el desafío italiano en Etiopía y la neutralidad en la guerra civil española, permitiendo que una nueva dictadura se instalara en Europa.

No es de extrañar que desde el otro lado del Atlántico se asistiese a todos estos acontecimientos con creciente desdén, al menos desde sus sectores menos internacionalistas, quienes veían en ello la confirmación de la validez del discurso de despedida de G. Washington, plasmado en las sucesivas leyes de neutralidad de esa misma década de 1930, postura defendida también por los miembros antisemitas y anticomunistas, reacios a enfrentarse al nazismo<sup>2214</sup>. Para entender que F. D. Roosevelt se atreviese a cuestionar el espíritu de ostracismo nacional vigente desde la derrota del último Presidente Demócrata, con la intención de evitar a toda costa una victoria de las potencias del Eje, no hay que ver en tal postura un internacionalismo idealista al estilo de W. Wilson, idealismo que equiparara a las democracias europeas a Estados Unidos, sino que tenemos que entrever el frío cálculo realista de un Theodore Roosevelt envuelto en la capa moral del cruzado democratizador que a la postre fue F. D. Roosevelt.

Como hemos visto, el clásico repudio estadounidense a la diplomacia europea no era ajeno al pensamiento de F. D. Roosevelt, quien a lo largo de la década de 1930, conviene no olvidarlo, como Presidente de Estados Unidos, asistió impertérrito a la continua e imparable descomposición del orden de Versalles. El rechazo a la política de poder ejercida en Europa siempre había formado parte esencial del imaginario colectivo estadounidense, y del cual F. D. Roosevelt extrajo parte también importante de sus convicciones a la hora de manejarse con sus aliados europeos, y no sólo en lo referente a las Naciones Unidas, como tendremos ocasión de ver en la siguiente sección, sino en las propias relaciones que marcaron el devenir del conflicto, objeto del presente apartado.

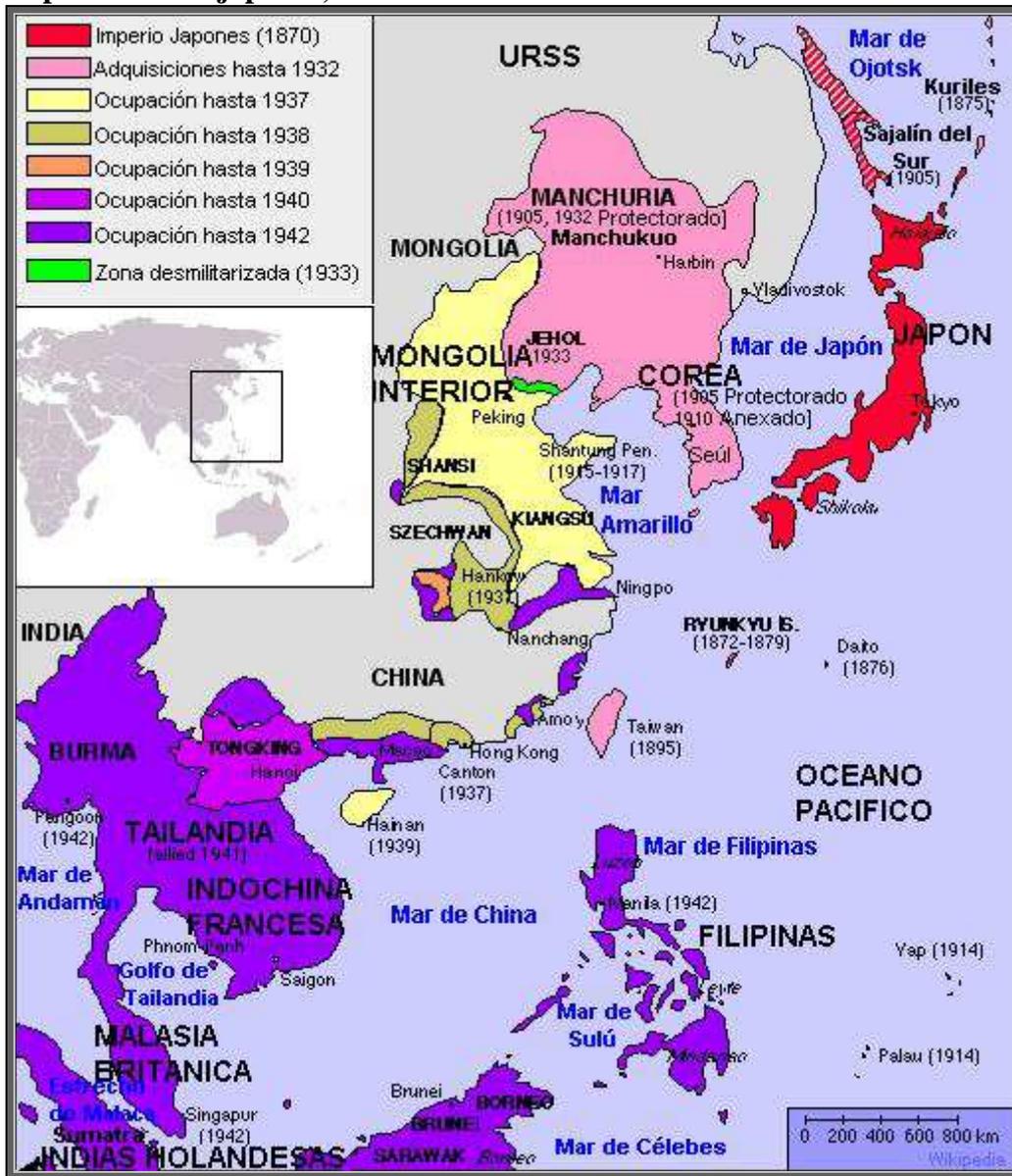
---

<sup>2213</sup> Al centrarme en los aspectos ideológicos del pensamiento de F. D. Roosevelt, no realizaré un estudio pormenorizado de la historia de la II Guerra Mundial, sino que dichos hechos se citarán sólo en la medida en que ayuden a comprender su evolución ideológica.

<sup>2214</sup> MORGAN, op.cit., p. 431.



### Expansionismo japonés, 1870-1933



Fuente: [www.esacademic.com/dic.nsf/eswiki/869739](http://www.esacademic.com/dic.nsf/eswiki/869739)

Lo paradójico de la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial es que se produjo no por un hundimiento alemán o por la mera voluntad presidencial, sino que fue el imperialismo nipón, como se puede apreciar en el anterior mapa, quien dio el primer paso con su ataque sorpresa a la base estadounidense de Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, paradójicamente, si la apertura de Japón fue forzada por el comodoro Perry en 1853, se puede decir que el ataque japonés a Pearl Harbor abrió definitivamente a Estados Unidos al internacionalismo en 1941<sup>2215</sup>. Hasta la fecha, el expansionismo japonés en Asia no había encontrado oposición alguna, y tan sólo una minoría dentro de Estados Unidos abogaba por hacer efectivos los acuerdos relativos a la defensa de la soberanía china, pues muy pocos querían arriesgar una guerra con

<sup>2215</sup> FROMKIN, op.cit., p. 566.



Japón a causa de China, menos aún si ello implicaba la entrada estadounidense en la II Guerra Mundial por la puerta de atrás, obligando así al país a luchar en dos frentes, el europeo contra Alemania y el asiático contra Japón. La propia Administración Roosevelt no fue ajena a tal visión de los asuntos asiáticos, pues aun a inicios de 1941 F. D. Roosevelt pensaba que podía apaciguar a Japón mientras asistía a Gran Bretaña como gran arsenal de la democracia, incluso en 1939 Estados Unidos abasteció a Tokio con el 93 por ciento de sus necesidades de crudo, y un año más tarde rechazaba una oferta de alianza realizada por el líder chino Chiang Kai-shek, si bien al mismo tiempo pidió al Congreso un préstamo de cien millones de dólares para China; el hecho que cambió la actitud de la Casa Blanca hacia Japón, además de la llegada al Gobierno en 1940 de los internacionalistas Republicanos H. Stimson en la Secretaría de Estado y F. Knox en la de Marina, fue la invasión de la Indochina francesa, a la que la Administración Roosevelt respondió en julio con la congelación de los fondos nipones en Estados Unidos<sup>2216</sup>. Desde entonces hasta el día del ataque japonés a la base estadounidense en Hawai, las conversaciones se sucedieron sin poder evitar la confrontación final.

La política de F. D. Roosevelt respecto a Japón ilustra a perfección las incongruencias de un periodo en que las democracias, en su afán por preservar la paz y evitar los desastres de una nueva guerra mundial, trataban de aplacar el irredentismo de las potencias revisionistas, que con Japón y Alemania a la cabeza, amenazaban con hacer saltar el frágil, e injusto para éstas últimas, orden nacido de Versalles. Si en noviembre de 1938 Japón repudió la política de puertas abiertas para crear un orden autárquico en el Lejano Oriente, la reacción de la Administración estadounidense fue más bien tibia, pues aunque F. D. Roosevelt deseaba aumentar la ayuda a China, al mismo tiempo tampoco quería perjudicar al sector moderado japonés, que sin duda se vería mermado ante un embargo estadounidense, de ahí que tan sólo se contemplase la posibilidad de abrogar el acuerdo comercial bilateral de 1911<sup>2217</sup>. Desde entonces la Administración norteamericana nadó entre las aguas del abandono del apaciguamiento, lo que ponía fin a las concesiones, y el rechazo a un conflicto directo que condujese a la guerra, posibilidad más cercana desde que el 25 de julio se decretaron restricciones a la venta de crudo y metal a Japón, que en septiembre firmaba con Alemania e Italia el Pacto Tripartito y al mes siguiente, desde el 16 de octubre, se encontraba ya gobernado por el militar Hideki Tojo<sup>2218</sup>.

A pesar de la oposición de británicos y de los nacionalistas chinos, F. D. Roosevelt continuó negociando en noviembre con la cúpula militar japonesa instalada en el poder, consciente de que Estados Unidos necesitaba más tiempo para lograr un nivel defensivo óptimo, si bien no dudó en señalar al mando nipón que el aumento de sus tropas en Indochina representaba una amenaza para Filipinas<sup>2219</sup>, y sólo el ataque a Pearl Harbor puso fin a las interminables conversaciones bilaterales. El 7 de diciembre de 1941 costó a Estados Unidos 2.403 muertos y más de 1.150 heridos, y además del ataque a Hawai, Japón lanzó una ofensiva total sobre Hong Kong, Guam, las islas Filipinas y de Wake y Midway. Al día siguiente, el Congreso aprobaba la

<sup>2216</sup> *Ibíd.*, p. 457 y 500 y DALLECK, *op.cit.*, p. 270.

<sup>2217</sup> DALLECK, *op.cit.*, p. 193.

<sup>2218</sup> *Ibíd.*, p. 238 y 308.

<sup>2219</sup> *Ibíd.*, p. 309.



declaración de guerra a Japón y tres días más tarde, el 11, Alemania e Italia hacían efectivo el Pacto Tripartito y declaraban a su vez la guerra a Estados Unidos.

El Presidente Roosevelt acudió al Congreso el 8 de diciembre abordo de un coche decomisado a Al Capone, uno de los pocos blindados que por entonces existían en Estados Unidos, y acompañado por su mujer, sobrina de T. Roosevelt, y por la viuda de W. Wilson, simbolizando así la unión nacional necesaria en momentos tan trágicos<sup>2220</sup>. Ya en la sala, anunciaba a la nación que “el 7 de diciembre, una fecha que vivirá en la infamia, Estados Unidos de América fue atacado inesperada y deliberadamente por fuerzas navales y aéreas del Imperio de Japón”<sup>2221</sup>, lo que indicaba que las autoridades niponas habían estado engañando a las norteamericanas en las negociaciones, conscientes del ataque, por ello

como Comandante en Jefe del Ejército y la Armada he ordenado que todas las medidas sean tomadas para nuestra defensa. No importa cuanto tiempo nos lleve revertir esta invasión premeditada, el pueblo americano en su justo poder ganará con absoluta victoria [...] Pido al Congreso que declare que desde el ataque no provocado y ruin del domingo por Japón, 7 de diciembre de 1941, el estado de guerra existe entre Estados Unidos y el Imperio japonés<sup>2222</sup>

Tres días más tarde, el 11 de diciembre

el gobierno de Alemania, siguiendo su curso de conquista mundial, declaró la guerra contra Estados Unidos. Lo largamente sabido y lo largamente esperado ha tenido lugar. Las fuerzas que se esfuerzan por esclavizar al mundo entero se mueven hacia éste hemisferio. Nunca antes ha tenido lugar un desafío mayor a la vida, la libertad y la civilización. El retraso invita a un peligro mayor. El esfuerzo rápido y unido de todos los pueblos del mundo determinados a permanecer libres asegurará una victoria mundial de las fuerzas de la justicia y virtud sobre las fuerzas del salvajismo y la barbarie. Italia también ha declarado la guerra a Estados Unidos. Por ello pido al Congreso que reconozca un estado de guerra entre Estados Unidos y Alemania, y entre Estados Unidos e Italia<sup>2223</sup>

Como se observa, mientras en el caso japonés lo que se condenaba era el ataque por sorpresa a la base estadounidense, lo que se ponía de manifiesto en el alemán era una amenaza vital al modo de vida democrático, un desafío mucho mayor que requería la unión de todos los pueblos libres para luchar en el mismo campo contra esas “fuerzas del salvajismo y la barbarie”<sup>2224</sup>. Con ello F. D. Roosevelt presentaba la entrada de Estados Unidos en la guerra no sólo motivada por el afán de derrotar al nazismo, sino por causas más elevadas para así aumentar el nivel de

---

<sup>2220</sup> FROMKIN, op.cit., p. 568.

<sup>2221</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso al Congreso pidiendo la declaración de guerra con Japón del 8 de diciembre de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16053&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16053&st=&st1=).

<sup>2222</sup> *Ibíd.*

<sup>2223</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso al Congreso pidiendo la declaración de guerra con Alemania e Italia del 11 de diciembre de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16058&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16058&st=&st1=).

<sup>2224</sup> *Ibíd.*



unidad nacional, y de paso con los aliados, pues con estos el Presidente además de los objetivos militares, tenía en mente otros políticos de mayor calado, como la libertad religiosa en la Unión Soviética o la independencia de India en el caso británico, no en vano, muchos altos mandos estadounidenses discrepaban con la estrategia militar de Londres al verla como mera defensa de sus intereses coloniales<sup>2225</sup>.

F. D. Roosevelt, habiendo vivido los sinsabores de la I Guerra Mundial en primera persona, siempre fue consciente de la dimensión política del nuevo conflicto mundial, y uno de sus principales fines en el mismo era lograr una reorganización mundial que pusiera fin a los imperios coloniales, en especial francés y británico, colocando el control de la seguridad en las cuatro mayores potencias, Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y China, ya que no quería perder la paz como W. Wilson. Con ello aspiraba a conseguir la paz de su tiempo, por al menos 75 años, con la colaboración de rusos y chinos, de ahí que, aunque viese en Europa el principal teatro de operaciones, también fomentara el paso chino a gran potencia, concediendo a Chiang el mando de las fuerzas aliadas en China, al mismo tiempo que suavizaba sus relaciones con Moscú, política que se venía siguiendo desde su llegada a la presidencia, con la restauración de relaciones diplomáticas en 1933, la disolución de la antisoviética División de Asuntos de Europa del Este del Departamento de Estado en 1937, o la pasividad con la que se recogieron las noticias de la invasión soviética de Polonia y Finlandia en 1939<sup>2226</sup>.

En su etapa en la Administración Wilson, F. D. Roosevelt pudo comprobar en primera línea los problemas que para Estados Unidos acarreó el hecho de enredarse en las políticas del viejo continente, cabe no olvidar pues, que con el desencadenamiento el 1 de septiembre de 1939 de la II Guerra Mundial, la opinión pública estadounidense y amplios sectores de su clase política creían firmemente que la nación debía permanecer alejada del conflicto para no verse arrastrada de nuevo por el fango de los intereses y estrategias egoístas de unas naciones europeas en evidente declive político y moral. De hecho, como se ha podido comprobar, las leyes de neutralidad respondían al pie de la letra a semejante deseo por mantener a Estados Unidos lo más lejos posible del nuevo drama europeo.

De modo que cuando Alemania invadió Polonia desencadenando el inicio de la guerra, a F. D. Roosevelt y su equipo, tanto civil como militar, les resultó imposible no ver dicho conflicto a través de la tradicional desconfianza, cuando no simple desprecio, con que Estados Unidos observó siempre los acontecimientos del otro lado del Atlántico, recelos que no desaparecieron ni con su entrada en la guerra tras el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Lo destacable en dichas sospechas fue que lejos de confinarse a las potencias enemigas, lo que más influiría a la hora de elaborar tanto la estrategia militar como la política de posguerra, serían las dudas respecto a las verdaderas intenciones de los propios aliados, como tendremos ocasión de ver a continuación, el unilateralismo aislacionista dejó en la mente estadounidense tanto un poso de prejuicios como un halo de superioridad respecto al resto de sistemas políticos, que ni el internacionalismo, en sus distintas

---

<sup>2225</sup> DALLECK, op.cit., p. 317.

<sup>2226</sup> MORGAN, op.cit., p. 555 y DALLECK, op.cit., p. 145 y 329.



manifestaciones, pudo hacer desaparecer, contribuyendo con ello al agravamiento de las diferencias que en toda relación entre aliados existen.

### El frente europeo, 1939-1940



Fuente: <http://nhvj.wordpress.com>

Aunque a la postre F. D. Roosevelt se vio obligado a renunciar a su plan de gendarmería mundial entre las potencias mundiales a favor de un Consejo de Seguridad formado, entre otros, por cinco miembros permanentes con derecho a veto y que en la práctica venía a reconocer la realidad del nuevo equilibrio de poder mundial, a Estados Unidos no le resultaron nunca fáciles las relaciones con el resto de miembros permanentes, como veremos a continuación, ni siquiera con Gran Bretaña, y a pesar del fuerte vínculo transatlántico creado entre F. D. Roosevelt y Winston Churchill, la alianza se vería libre de malentendidos y desencuentros, fruto en su mayor parte de los diferentes enfoques de los que partían los actores a la hora de defender unos intereses nacionales tan distintos entre sí, y en algún caso incluso antagónicos.

La Administración Roosevelt abandonó en cierto modo su distanciamiento respecto a Londres con la llegada de Knox y Stimson, internacionalistas y pro británicos, y sobre todo con su entrada en la guerra, pues en una posible victoria aliada, Estados Unidos debería tener un destacado papel para fijar los términos de la paz, y ello sólo podría lograrlo si alcanzaba un alto nivel de colaboración con Gran Bretaña. En todo caso, F. D. Roosevelt al ver en Europa la mayor amenaza para la paz y seguridad mundiales, trató de enmascarar sus objetivos para el viejo continente con el envoltorio de planes mundiales, que entrañaban una implicación no permanente de



Estados Unidos en los asuntos europeos, basada en tres pilares, a saber, una reorganización política y territorial, con el fraccionamiento de Estados para que no guerreasen entre sí y que a la postre benefició a Moscú, junto a la imposición de dos pilares de seguridad en el continente, como debían ser Gran Bretaña y la Unión Soviética, unida al desarme del resto de países, y por último una estructura mundial que englobase el nuevo orden europeo, donde Estados Unidos sería un *primus inter pares*, controlando los acontecimientos en la distancia y concentrado en sus asuntos hemisféricos. Con ello, como veremos en el siguiente apartado, intentaba preservar la paz mundial al menos para su generación, y por ello cortejó por igual a británicos y soviéticos, mediando entre ambas potencias a lo largo de la guerra, pues no quería que una victoria británica le impidiese dictar la nueva paz, fruto de ese nadar entre dos aguas nació también el retraso del segundo frente europeo, con ello controlaba también la creciente influencia de Moscú, apoyando en éste caso a los británicos, cuya resistencia a la apertura de ese segundo frente benefició al Presidente estadounidense<sup>2227</sup>. Como se aprecia, F. D. Roosevelt manejó a británicos y soviéticos uno contra a otro de igual forma que manejaba a sus subordinados, los manipulaba y enfrentaba entre sí para salirse con la suya apareciendo como mediador, aquí, lejos de emular la obstinación idealista de W. Wilson, aprendió de su fracaso en Versalles, y comenzó en plena guerra a sentar las bases de su victoria en la paz, siguiendo más el ejemplo realista de su primo T. Roosevelt, en un perfecto juego maquiavélico a tres bandas.

### El expansionismo nazi, 1942



Fuente: [www.paraquefuturoeducamos.com](http://www.paraquefuturoeducamos.com)

<sup>2227</sup> HARPER, op.cit., p. 71-85.



Con dicha realidad en mente y ante el temor de que Estados Unidos se centrara en Japón y no en Alemania, Churchill viajó a Washington tras la entrada de Estados Unidos en la guerra, donde además del pacto de las Naciones Unidas, que recogía una declaración conjunta de las 26 naciones combatiendo al Eje, se creó un Comité de Jefes del Estado Mayor Conjunto sin presencia rusa, y que venía a rubricar la ansiada colaboración anglo-estadounidense<sup>2228</sup>.

Ya en 1941 las diferencias entre rusos y británicos eran evidentes, Churchill desconfiaba de un Kremlin que hasta el momento sólo se había preocupado por su propia seguridad, y el enojo de Stalin ante la negativa británica a la apertura de un segundo frente en Francia hasta no obtener una superioridad militar manifiesta en la zona, sólo hacía que reforzar las sospechas mutuas, pues Stalin se quejaba de soportar sin apoyo el ataque nazi y Churchill contemplaba los envíos de asistencia aliada como suficiente ayuda y sustituto del segundo frente<sup>2229</sup>. A la presión de Stalin sobre Churchill para la aceptación de las ganancias rusas en los países bálticos, Polonia, Finlandia y Rumania, y la negativa de éste a un segundo frente, concentrando sus esfuerzos en África y Oriente Medio, F. D. Roosevelt respondió con planes para aumentar los ataques en Europa y la propuesta de posponer los problemas territoriales para la posguerra, temiendo que Londres estuviera abarcando demasiado en sus planes para defender su posición en Oriente Medio<sup>2230</sup>. Poco después, en mayo de 1942, F. D. Roosevelt comunicaba a Molotov su plan de los cuatro policías mundiales (Estados Unidos, Gran Bretaña, China y la Unión Soviética), con la misión de patrullar el mundo por regiones, ya liberadas de los imperios coloniales europeos, a la par que aseguraba un segundo frente pero no para ese año, por ello no es de extrañar que no lograra la adhesión soviética a sus planes de posguerra<sup>2231</sup>. El plan *policial* de F. D. Roosevelt se asemejaba en gran medida a las propuestas realizadas por su añorado primo T. Roosevelt durante los debates a cerca de la Sociedad de Naciones. En 1918, un año antes de su muerte, T. Roosevelt había centrado sus críticas en la Sociedad de Naciones no sólo por socavar la soberanía nacional de Estados Unidos o por cercenar la preparación militar con sus planes de reducción armamentista, sino sobre todo por no incluir un mecanismo claro para hacer cumplir las decisiones de la Sociedad, pues sin él, el nuevo organismo internacional no sería más que otro papel mojado ante la impunidad de los futuros agresores<sup>2232</sup>. En su lugar, T. Roosevelt proponía una organización cerrada a aquellos Estados capaces de hacer cumplir sus acuerdos, y encargados cada uno de mantener el orden en sus respectivas áreas, que como vemos, coincidía a la perfección con el plan de los cuatro policías propuesto por F. D. Roosevelt.

En junio Churchill viajó de nuevo a Washington con la finalidad de asegurar la opción del ataque norteafricano, operación Antorcha, y descartar así por el

---

<sup>2228</sup> CHURCHILL, Winston *La segunda guerra mundial (II)*, La esfera de los libros, Madrid, 2004, p. 84.

<sup>2229</sup> *Ibíd.*, p. 20.

<sup>2230</sup> *Ibíd.*, p. 33.

<sup>2231</sup> DALLECK, *op.cit.*, p. 338 y FROMKIN, *op.cit.*, p. 592.

<sup>2232</sup> ROOSEVELT, T. "Permanent Preparedness and the League of Nations", *Roosevelt in the Kansas City Star. War Time Editorials by Theodore Roosevelt*, Houghton Mifflin Company, New York, 1921, p. 230.



momento el segundo frente reclamado desde Moscú, pero sobre todo para conseguir la colaboración estadounidense en materia nuclear, y ante los avances de la investigación alemana al respecto, se decidió la creación de un centro conjunto de investigación en Washington<sup>2233</sup>. A la postre F. D. Roosevelt se decantó por el ataque al norte de África ante la imposibilidad de abrir un segundo frente en Francia con las suficientes garantías de éxito, y sobre todo porque quería enfrentarse a los alemanes en 1942, estando seguro de que la derrota japonesa pasaba por la derrota alemana, y no al revés, de ahí que comenzara a ver la política británica en Oriente Medio como la estrategia idónea para evitar que alemanes y japoneses unieran sus frentes orientales y se hicieran con el petróleo de la región<sup>2234</sup>.

El resto de 1942 F. D. Roosevelt evitó especificar sus planes de posguerra, proclamando tan sólo principios generales tanto para evitar las críticas domésticas como para no aumentar las diferencias con los aliados, consciente de que su visión chocaba con las esferas de influencia y los imperios defendidos por Londres y Moscú<sup>2235</sup>. Hay que tener presente que mientras F. D. Roosevelt consideraba toda reconsideración fronteriza contraria a la Carta Atlántica, Churchill veía en las negociaciones geopolíticas una baza fundamental para las negociaciones con Stalin, para que éste no buscara una paz por separado con Hitler, mientras que para el Presidente estadounidense, esa baza la constituía el segundo frente tan esperado por los rusos<sup>2236</sup>, a quienes no dudaría en tratar de utilizar para sus propios fines domésticos, pues en septiembre enviaría al internacionalista líder Republicano W. Willkie a entrevistarse con Stalin, para así mermar la fuerza del aislacionismo conservador. Un mes antes Stalin, reunido en Moscú con Harriman y Churchill, había urgido de nuevo a sus aliados respecto a la apertura del segundo frente<sup>2237</sup>, para entonces Churchill tenía muy claro que la Unión Soviética era un aliado circunstancial, debido al ataque nazi, que de no haber existido sin duda Stalin no hubiese dudado en repartirse el imperio británico con los nazis, impresión que no cambió con su primer encuentro personal con Stalin, quien de mala gana accedió a sustituir el segundo frente por el ataque norteafricano que expondría a Italia, amedrentaría a Franco y acercaría a Turquía a los aliados<sup>2238</sup>.

En todo caso, desde diciembre W. Churchill venía pidiendo una reunión con Stalin y F. D. Roosevelt. El primero la rehusó al concentrar toda su atención en el rechazo de los nazis y por no querer ver comprometida la apertura del segundo frente a futuras concesiones, mientras que el Presidente estadounidense la aceptó, fijándose para el mes siguiente en el Marruecos francés, circunstancia que le alejó aun más de De Gaulle, pues la Casa Blanca, por medio del general Eisenhower, negoció directamente con las autoridades de Vichy la celebración de la reunión, reconociendo su administración a cambio de no impedir el paso de las tropas aliadas, lo que provocaría el enfado de De Gaulle al conceder a J. F. Darlan el control del Norte de África francesa, sin olvidar la resistencia de F. D. Roosevelt a ver en De Gaulle el

---

<sup>2233</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 183.

<sup>2234</sup> *Ibíd.*, p. 214.

<sup>2235</sup> DALLECK, op.cit., p. 358.

<sup>2236</sup> BUTLER, op.cit., p. 96.

<sup>2237</sup> *Ibíd.*, p. 119 y 120.

<sup>2238</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 253.



representante legítimo de Francia, pues al no contar Francia con un gobierno legítimo, no encontraba razón alguna para confiar tal papel a De Gaulle, a lo que habría de sumar sus planes para dejar a Francia en un segundo plano tras la II Guerra Mundial, además, F. D. Roosevelt criticaba la política francesa seguida desde 1919, primero por imponer unos duros términos de paz que luego no supo ni pudo defender, tras lo cual cayó en un servil apaciguamiento hasta llegar a su derrota final, por si fuera poco, Roosevelt veía de gran utilidad los puertos de las colonias francesas para su futuro orden mundial, donde Francia se rebajaría a la categoría de países como Holanda o Bélgica, y donde Gran Bretaña y Estados Unidos patrullarían el mundo de la mano de sus Marinas<sup>2239</sup>. Por todo ello no se informó a la Francia Libre de De Gaulle del inicio de Antorcha, operación comenzada el 8 de noviembre y que descartaba la apertura del segundo frente para todo 1943, punto que sería discutido por británicos y estadounidenses en Casablanca<sup>2240</sup>.

El 14 de enero de 1943 F. D. Roosevelt se reunió por primera vez como beligerante con W. Churchill en Casablanca, sin haber elaborado aún un plan coherente ni un mando organizado, tan sólo se anunció la exigencia de rendición incondicional de Alemania, para así no repetir los errores de la I Guerra Mundial<sup>2241</sup>, eso sí, se aprovechó la ocasión para reiterar el compromiso aliado hacia la causa democrática, pues como indicaban las Revoluciones Francesa y Estadounidense “la piedra angular de todo nuestro edificio democrático fue el principio de que sólo del pueblo emana la autoridad del gobierno”<sup>2242</sup>, y por ello “es uno de nuestros objetivos de guerra, como se expresa en la Carta Atlántica, que las poblaciones conquistadas de hoy sean de nuevo los patrones de su destino”<sup>2243</sup>, y por tanto, “no debe haber duda en ninguna parte que es el propósito inalterable de las Naciones Unidas restaurar a los pueblos conquistados sus sagrados derechos”<sup>2244</sup>.

Ya en la trastienda de la conferencia, los ingleses se salieron con la suya al retrasar el segundo frente ansiado por los rusos, complicando las relaciones con estos que como respuesta aumentaron el nivel de sus exigencias, pues con el ejército soviético siendo el causante del 75 por ciento de las bajas alemanas, Stalin pensaba que la Unión Soviética debería tener un papel destacado en las futuras conferencias, por si fuera poco, el aplazamiento del segundo frente concedió a Moscú tres años de férreo control del Este europeo, dejando así el mapa de la Europa de posguerra prácticamente definido, mapa que de nuevo F. D. Roosevelt veía formado por pequeños Estados desarmados (incluidas las desmembraciones de Yugoslavia y Alemania), con Francia privada de su condición de gran potencia y de su Imperio (incluso se obligó en Casablanca a De Gaulle a negociar con el representante de Vichy en la zona, el general Giraud) y con Londres y Moscú como únicos pilares de la seguridad continental. Visión a la que se oponían Churchill y miembros de su propio equipo como W. Bullit, antiguo embajador en Moscú, que a partir de entonces empezaría a advertir al Presidente de la creciente expansión de la Unión Soviética

<sup>2239</sup> DALLECK, op.cit., p. 368-378 y FROMKIN, op.cit., 583.

<sup>2240</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 299.

<sup>2241</sup> MORGAN, op.cit., 566 y HARPER, op.cit., p. 88.

<sup>2242</sup> Conferencia de Casablanca del 12 de febrero de 1943, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/casablan.asp>.

<sup>2243</sup> *Ibíd.*

<sup>2244</sup> *Ibíd.*



ante la debilidad europea, viendo en la cesión del Báltico el preludio de nuevas concesiones, y por tanto urgiendo a un cambio en la estrategia de guerra para hacerse con cuanto territorio fuese posible antes de que las tropas soviéticas lo liberasen para no soltarlo, de ahí la necesidad de invadir Francia y avanzar hacia el Este junto a la campaña oriental británica. En todo caso, aunque la postergación de ese segundo frente permitió a Estados Unidos reforzar su frente asiático, F. D. Roosevelt comenzó a presionar a Churchill desde mayo para su apertura, pero en 1944 sería demasiado tarde para poner en práctica la táctica de Bullit, compartida por el Subsecretario de Marina Forrestal, pues los rusos ya controlarían el Este de Europa, y como en la I Guerra Mundial, cuando Wilson entró en la guerra demasiado tarde como para imponer su visión a los franceses, quienes habían sufrido las mayores pérdidas, ahora, con los rusos soportando el mayor peso de los combates, Stalin se sentía legitimado a pedir que se le rindieran cuentas por sus sacrificios<sup>2245</sup>.

Mientras para Stalin la ofensiva sobre Italia no podía entenderse como su anhelado segundo frente, para Churchill las operaciones en el Mediterráneo no representaban una estrategia periférica que sirviera exclusivamente a sus objetivos de guerra, sino que eran esenciales para asegurar el éxito del ataque por el canal y así cercar a las tropas alemanas. De todos modos, no hay que olvidar que las acciones rusas en los Balcanes preocupaban en Londres lo suficiente como para influir en sus decisiones al respecto, si bien en mayo Churchill aceptaba la petición de F. D. Roosevelt de iniciar el segundo frente lo más tarde en la primavera de 1944, pues temía que un mayor retraso aumentara las demandas soviéticas<sup>2246</sup>, más aun tras la doble rendición de las tropas del Mariscal Paulus en Stalingrado el 2 de febrero, y que representaba la primera gran victoria soviética ante los nazis y el comienzo del contraataque ruso, sumada a la derrota de las últimas tropas nazis en el norte de África el 12 de mayo, dejando así a Italia vulnerable al avance aliado<sup>2247</sup>.

Como se aprecia, F. D. Roosevelt jugó la carta del segundo frente con británicos y soviéticos para aumentar la influencia estadounidense sobre ambos y en el orden mundial de posguerra, y a pesar de compartir bando en el frente de batalla, no ocurría lo mismo en el político, siendo el caso francés un nuevo motivo de discusión trasatlántico. Mientras F. D. Roosevelt reservaba para Francia un papel secundario y no reconocía a De Gaulle como representante de Francia, pues temía que estuviera buscando un poder dictatorial y dificultara la estrategia aliada en África y Asia manteniendo sus colonias, Churchill sí que estaba dispuesto a hacerlo pues lo consideraba un apoyo clave contra los soviéticos en la posguerra<sup>2248</sup>. Para resolver las diferencias aliadas, Churchill viajaría de nuevo a Washington el 11 de mayo para llegar a un acuerdo sobre Italia, Turquía e India, escenarios que veía más propicios que la invasión por el Canal de la Mancha para aliviar la presión nazi sobre Rusia, al menos en 1943, posición que chocaba con la intención estadounidense de crear un segundo frente lo antes posible<sup>2249</sup>.

---

<sup>2245</sup> MORGAN, op.cit., p. 573 y FROMKIN, op.cit., p. 599.

<sup>2246</sup> DALLECK, op.cit., p. 398.

<sup>2247</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 345.

<sup>2248</sup> DALLECK, op.cit., p. 406.

<sup>2249</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 353.



De hecho, la guerra fría había comenzado ya para el líder británico, y mientras F. D. Roosevelt continuaba deshojando sus planes de posguerra, la presión británica sobre F. D. Roosevelt comenzó a dar sus frutos a partir del verano de 1943. Desde entonces el Presidente estadounidense empezó a sospechar de las intenciones soviéticas acerca del dominio europeo, y en consecuencia a ver con mejores ojos la estrategia periférica de Gran Bretaña, que con su ofensiva mediterránea bloqueaba a la Unión Soviética en los Balcanes, que según Bullit era la primera vía de entrada hacia Europa. Así bajo la influencia de Churchill, y tras la destitución de Mussolini el 25 de julio, F. D. Roosevelt se decantó en octubre de 1943 por incluir en la rendición italiana una vía para su democratización, incluso al precio de mantener su monarquía, pues se corría el riesgo de que Italia cayera del bando comunista, si bien Churchill debió ceder ante F. D. Roosevelt en la reunión de Quebec de agosto, aprobando para mayo de 1944 la invasión de Francia<sup>2250</sup>. Como se observa, la guerra fría que se cernía sobre los aliados también afectó a la Administración Roosevelt, cuya primera víctima la podemos encontrar en la destitución en el verano de 1943 del subsecretario de Estado Summer Welles, favorable a estrechar aun más los lazos con Moscú<sup>2251</sup>.

Lo que quizás se le escapaba a Churchill era el difícil equilibrio que tenía que guardar F. D. Roosevelt respecto a Stalin, si por un lado no deseaba enajenarse el apoyo soviético a su plan de las cuatro potencias, por otro era consciente del temor británico, compartido por destacados miembros de su gobierno, como Bullit o A. Harriman, nuevo embajador en Moscú, al expansionismo soviético, de hecho, tanto Stalin como Churchill ejercían las veces de tenaza sobre un Presidente estadounidense que se sentía en su medio como apaciguador de ambos extremos, así, mientras Stalin le reprochaba haberle dejado fuera de las conversaciones sobre Italia tras la rendición de Badoglio del 3 de septiembre, Churchill le conminaba a usar el arma atómica como medio para controlar a la Unión Soviética en la posguerra, reclamando por ello a Estados Unidos más colaboración sobre la misma<sup>2252</sup>.

Los problemas de su estrategia a tres bandas los comenzó a sufrir F. D. Roosevelt cuando intentó la firma de su acuerdo sobre las cuatro potencias, al que Stalin se resistía pues no quería ver en él a China. Al final, en la Conferencia de Ministros de Exteriores del británico, A. Eden, el estadounidense, C. Hull, el chino, Foo Ping-sheung y el soviético, V. M. Molotov, de octubre de 1943 en Moscú, ante la inminencia de la apertura del segundo frente, decidida en agosto, Stalin accedió a incluir a China y a atacar a Japón tras la derrota de Alemania, circunstancia que no disminuyó la desconfianza de Harriman, pues advertía de que tales acuerdos no rebajarían el ansia de control de Europa del Este por parte de Moscú<sup>2253</sup>. Los acuerdos de la Conferencia de Ministros, sobre acciones de guerra, la entrada en la futura organización internacional y la promesa de no declarar la guerra unilateralmente<sup>2254</sup>, allanaron el camino para que en noviembre se acordara una reunión tripartita, buscada por Roosevelt desde 1942, en Teherán, pues Stalin se había negado a celebrarla en El

---

<sup>2250</sup> DALLECK, op.cit., p. 410, BUTLER, op.cit., p. 197 y CHURCHILL, op.cit., p. 397.

<sup>2251</sup> DIVINE, R. A., *Second Chance. The Triumph of Internationalism in America During IIWW*, Atheneum, New York, 1967, p. 138.

<sup>2252</sup> DALLECK, op.cit., p. 417 y CHURCHILL, p. 415.

<sup>2253</sup> *Ibid.*, p. 423.

<sup>2254</sup> BUTLER, op.cit., p. 33.



Cairo, ciudad donde sí que F. D. Roosevelt se reuniría con Chiang Kai-chek y Churchill antes de su llegada a la capital iraní<sup>2255</sup>, pues el líder británico temía que F. D. Roosevelt planeara poner en riesgo la coordinación con Londres para ganarse la confianza de Moscú, además, Churchill consideraba que la política estadounidense hacia China representaba una costosa distracción respecto al segundo frente, y en ningún caso compartía la visión de la Casa Blanca de China como paladín de la nueva Asia de posguerra<sup>2256</sup>.

En El Cairo, F. D. Roosevelt se convenció de que el líder chino era inútil militarmente pero esencial políticamente, pues China era de capital importancia para su sistema de mandatos programado para las ex colonias asiáticas, alcanzándose un acuerdo sobre las ganancias soviéticas en el Pacífico a cambio de la integridad territorial china, “donde todos los territorios que Japón ha robado a los chinos, tales como Manchuria, Formosa y las Pescadores, sean restablecidos a la República de China”<sup>2257</sup>, así, de nuevo en Roosevelt el cálculo político ganaba al militar<sup>2258</sup>.

### El frente del Pacífico hasta 1945



Fuente: <http://historiadelmundocontemporaneo1.blogspot.com>

Las negociaciones con China resultaban imprescindibles ya que en el teatro de operaciones asiático también Estados Unidos se jugaba parte importante del orden de

<sup>2255</sup> MORGAN, op.cit., p. 594.

<sup>2256</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 455.

<sup>2257</sup> Conferencia de El Cairo de noviembre de 1943, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/cairo.asp>.

<sup>2258</sup> DALLECK, op.cit., p. 428.



posguerra, así se acordó con Londres y Pekín tras el ataque crear una única Junta de Estado Mayor. Desde que en junio de 1942 Estados Unidos ganase su primera gran batalla a los japoneses en Midway, también su estrategia en Asia chocó, como en Europa, con la de sus aliados, pues mientras Chiang urgía a Estados Unidos con emprender ataques a las fuerzas niponas acantonadas en China, Washington acusaba a Londres de inactividad en India. Con ello se traslucían las diferencias de opinión respecto a China. Si por un lado ni Churchill ni A. Eden veían en Chiang un socio viable, F. D. Roosevelt consideraba esencial la cooperación de China en la guerra, como base de operaciones, y en la posguerra como miembro de las cuatro potencias, actuando así de contrapeso de la Unión Soviética, sin olvidar el tradicional apoyo de la opinión pública estadounidense a una China fuerte e independiente y la antigua relación de la familia Delano con el gigante asiático. Por todo ello, F. D. Roosevelt, a diferencia de la Unión Soviética, no condicionó la ayuda estadounidense a China a cambios internos o a futuros ataques a Japón, lo que podría provocar la caída del frágil liderazgo de Chiang y la salida de China de la guerra, mandando al traste sus planes de posguerra<sup>2259</sup>.

Quien no quiso saber nada de Chiang fue Stalin, que se negó en redondo a incluir a China en las negociaciones de Teherán, de ahí que F. D. Roosevelt tuviese que viajar previamente a El Cairo para entrevistarse con el líder chino, como antesala de la primera gran reunión entre los aliados. Para F. D. Roosevelt, como constatará en su carta a Stalin del 21 de octubre de 1943, “considero que la reunión entre los tres es de suma importancia, no sólo para nuestros pueblos de hoy, sino también para las generaciones venideras, a quienes debemos legar un mundo pacífico”<sup>2260</sup>, aunque F. D. Roosevelt no había dudado seis meses antes en pedir una reunión bilateral con Stalin, sin la presencia de Churchill<sup>2261</sup>.

Mientras tanto, a F. D. Roosevelt se le despejaba el frente interno con la aprobación el 21 de septiembre de la Resolución Fulbright, trascendental al sancionar que

el Congreso desde ahora se expresa favorable a la creación de una maquinaria internacional apropiada con el poder adecuado para establecer y mantener una paz justa y duradera, entre las naciones del mundo, y a la participación de Estados Unidos en ella a través de sus procesos constitucionales<sup>2262</sup>

Con esa última mención a los procesos constitucionales, la resolución logró dividir a los aislacionistas entre quienes la aprobaron por considerar suficiente garantía ese punto final, y aquellos irreconciliables que veían en tal medida un cheque en blanco para la creación de un Estado mundial que acabaría con la soberanía e independencia estadounidenses<sup>2263</sup>. A la postre, la resolución fue aprobada por la inmensa mayoría de la Cámara de Representantes, con 360 votos a favor y sólo 29 en contra, salvo cinco, todos ellos procedentes del Medio Oeste y todos Republicanos salvo tres. El

<sup>2259</sup> *Ibíd.*, p. 384.

<sup>2260</sup> BUTLER, *op.cit.*, p. 221.

<sup>2261</sup> *Ibíd.*, p. 172

<sup>2262</sup> Resolución Fulbright del 21 de septiembre de 1943, texto consultado en [www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/ww2/fulbright.html](http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/ww2/fulbright.html).

<sup>2263</sup> DIVINE, *op.cit.* 143.



que hubiese sido la Cámara baja la que tomara la iniciativa internacionalista por encima del Senado, fue una circunstancia que no gustó demasiado al Senador T. Connally, lo que unido al deseo presidencial por una resolución más explícita sobre los compromisos de posguerra, condujo a la elaboración de la Resolución Connally<sup>2264</sup>.

El 5 de noviembre de 1943 el Congreso estadounidense concedió a F. D. Roosevelt el ansiado consenso interno sobre la participación de Estados Unidos en el futuro orden de posguerra, con la Resolución 192 del Senado, propuesta por el Senador Connally, se aprobaba que la nación “actuando bajo sus procesos constitucionales, se una a las naciones libres y soberanas en el establecimiento y mantenimiento de la autoridad internacional con el poder de prevenir la agresión y preservar la paz en el mundo”<sup>2265</sup>, y que

el Senado reconoce la necesidad del establecimiento cuanto antes de una organización general internacional, basada en el principio de igualdad soberana de todos los Estados amantes de la paz, y abierta a la participación de tales Estados, grandes y pequeños, para el mantenimiento de la paz y seguridad internacional<sup>2266</sup>

Siempre que se respetara la legalidad constitucional, sometiendo al dictamen del Senado la aprobación final, por mayoría de dos tercios, de dicha asociación. Incorporando de nuevo una de las principales reclamaciones de los aislacionistas, así, la resolución Connally sedujo más a estos que a los propios internacionalistas, que esperaban un texto más concreto y comprometido con su causa. Pero tanto el Presidente como Connally eran conscientes de que ir más allá del texto propuesto pondría en peligro el bipartidismo y daría alas a los aislacionistas, cuyo sector más intransigente seguía viendo en dicha resolución una rendición del poder estadounidense a favor de un gobierno mundial informe, mientras que para los más moderados como el Senador R. Taft, una interpretación estrecha del texto, que en ningún caso hablaba del uso de la fuerza, era suficiente garantía. De modo que el 5 de noviembre la resolución fue aprobada por 85 votos a favor por 5 en contra, los de los Republicanos del Oeste Hiram Johnson, de California, William Langer de Dakota del Norte y Henrik Sheapsted de Minnesota, más los Demócratas R. Reynolds, de Carolina del Norte y B. K. Wheeler, de Montana<sup>2267</sup>. Con ello F. D. Roosevelt llegaría a Teherán con la tranquilidad de saber que su nación estaba lista a encarar los sacrificios que la futura paz le exigía, colocándole así en una mejor posición para negociar con sus homólogos aliados.

Fruto de la seguridad alcanzada tras la aprobación de la Resolución 192, F. D. Roosevelt acudió a la capital iraní a finales de noviembre sin contar en su equipo con ningún miembro del Departamento de Estado, pues quería total libertad a la hora de negociar con Stalin, encontrando en él un socio útil con el que coincidía en temas clave como la baja estima al general De Gaulle, el deseo de una Europa de posguerra

---

<sup>2264</sup> *Ibíd.*, p. 145.

<sup>2265</sup> Resolución 192 del 5 de noviembre de 1943, texto consultado en [http://avalon.law.yale.edu/20th\\_century/decade10.asp](http://avalon.law.yale.edu/20th_century/decade10.asp).

<sup>2266</sup> *Ibíd.*

<sup>2267</sup> DIVINE, 153.



débil para evitar nuevas guerras, junto al desmantelamiento de los imperios francés y británico. Por el contrario, mientras Stalin accedía a atacar Japón tras la derrota alemana, Churchill era consciente del peligro de una Unión Soviética demasiado fuerte en la posguerra y comenzó a preparar un ambiente más conciliador hacia Alemania, concebida como contrapeso ruso, cuando Moscú ya abogaba por acabar con su industria. Pero en Teherán parecía que Churchill tenía perdida la partida frente al deseo de F. D. Roosevelt por estrechar lazos con Stalin, de hecho, Roosevelt se alojaría en la embajada rusa de Teherán<sup>2268</sup>.

En el primer día de reunión, 28 de noviembre, F. D. Roosevelt abordó el tema de las operaciones militares europeas, y almorzó en solitario con Stalin para negociar su plan de las cuatro potencias como futura policía mundial, tema discutido en profundidad en el segundo día de la reunión, al que Stalin se resistía al no considerar a China capacitada para el papel de gran potencia, y menos aún para ser aceptada como tal en Europa, siendo mejor crear comités regionales, opinión similar al plan de Churchill<sup>2269</sup>. En el tercer día de reunión se acordó fijar para mayo de 1944 la invasión de Francia, la ansiada apertura del segundo frente, unido a una ofensiva rusa simultánea por el Este, estrategia que F. D. Roosevelt entendía como un medio para mitigar la presencia de tropas estadounidenses en la Europa de posguerra y que restringía al Noroeste del continente (Alemania, Noruega y Dinamarca) y por espacio de uno o dos años ante la perspectiva de la negativa en Estados Unidos a más implicación. En el cuarto y último día de reunión, Stalin anunciaba a F. D. Roosevelt que deseaba el control de los tres Estados bálticos y la delimitación de la frontera con Polonia en la línea Curzon de 1919, a lo que el Presidente estadounidense respondió afirmativamente si las poblaciones afectadas aprobaban en referéndum los cambios acordados, además de que Polonia debía ganar en el Oeste los territorios equivalentes a los que perdiera en el Este<sup>2270</sup>. Pese a no llegar a una clarificación del futuro orden internacional, sí se acordó sentar las bases de una organización internacional y el desmantelamiento del imperio francés junto a la división de Alemania en cinco sectores, en una especie de recreación de lo que había sido el imperio austrohúngaro, pues mientras F. D. Roosevelt había propuesto fragmentarla en tres Estados permanentes para evitar un resurgimiento alemán, Stalin era partidario de una mayor división, con Churchill ejerciendo de abogado del diablo al negarse a dejar a la Unión Soviética como único gran Estado en la Europa de posguerra, y presentando un plan con Prusia separada de una confederación del sur y otra del Danubio<sup>2271</sup>.

De modo que esta vez fue Churchill quien se vio acorralado entre Stalin y F. D. Roosevelt, y al no alcanzar una posición común, estadounidenses y británicos perdieron la oportunidad de aumentar su control sobre Moscú, que al contrario, se alió con Washington para imponer a Londres la apertura del segundo frente, obligando a Churchill a buscar un acomodo bilateral con Stalin sobre el reparto de Europa, justo el tipo de acuerdos que la política estadounidense deploraba, así, mientras F. D. Roosevelt parecía contentarse con el cambio en el equilibrio de poder europeo a favor de la Unión Soviética, y residualmente de Gran Bretaña, ésta parecía

---

<sup>2268</sup> BUTLER, op.cit., p. 235.

<sup>2269</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 471.

<sup>2270</sup> MORGAN, op.cit., p. 598-608 y CHURCHILL, op.cit., p. 467.

<sup>2271</sup> DALLECK, op.cit., p. 436 y CHURCHILL, op.cit., p. 489.



luchar en solitario contra la fragmentación europea que la dejaría inerte ante el peso soviético<sup>2272</sup>.

### Avençe aliado en Europa, 1943-1945



Fuente: [www.ebrisa.com](http://www.ebrisa.com)

El 1 de diciembre se daba por finalizada la Conferencia de Teherán con el anuncio de un documento común formado por una Declaración de las tres potencias, una segunda Declaración sobre Irán y una tercera sección acerca de las conclusiones militares acordadas. En la primera Declaración las partes afirmaban haber “formado y confirmado nuestra política común. Expresamos nuestra determinación a que nuestras naciones trabajen juntas en la guerra y en la paz que seguirá”<sup>2273</sup>, y recogiendo el deseo del Presidente estadounidense se animaba al resto de naciones “a la eliminación de la tiranía y la esclavitud, de la opresión y la intolerancia. Les daremos la bienvenida, si eligen acompañarnos, en la familia mundial de las naciones democráticas”<sup>2274</sup>. En lo que respecta a la Declaración sobre Irán, tras reconocer y agradecer el esfuerzo iraní al colaborar con los aliados, con los perjuicios económicos que ello implicaba, se acordaba “el mantenimiento de su independencia, soberanía e integridad territorial”<sup>2275</sup> para el periodo de posguerra, en el que se le invitaba a participar “de acuerdo a los principios de la Carta Atlántica, los cuales han suscrito los cuatro gobiernos”<sup>2276</sup>. Y en cuanto a las conclusiones militares, tras acordar la ayuda a los partisanos yugoslavos y la entrada de Turquía en la guerra del bando

<sup>2272</sup> MORGAN, op.cit., p. 614.

<sup>2273</sup> Conferencia de Teherán del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943, texto consultado en [www.yale.edu/lawweb/avalon/wwii/tehran.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/wwii/tehran.htm).

<sup>2274</sup> *Ibíd.*

<sup>2275</sup> *Ibíd.*

<sup>2276</sup> *Ibíd.*



aliado, lo más destacado fue el acuerdo sobre la fecha de apertura del segundo frente mediante la invasión de Francia, Operación *OVERLORD*, fijada en mayo de 1944, a la que se uniría una ofensiva rusa por el Este de Europa para impedir una posible transferencia de tropas alemanas. Con todo ello, no es de extrañar que según F. D. Roosevelt “la conferencia ha sido un gran éxito, un acontecimiento histórico que pone de manifiesto no sólo nuestra capacidad de librar la guerra juntos sino de trabajar para la paz futura en la máxima armonía”<sup>2277</sup>.

Pese a que el tenor de la declaración final de la Conferencia de Teherán recogía el tradicional lenguaje democratizador e idealista de la política estadounidense, F. D. Roosevelt era igualmente consciente de que perseguir unos objetivos de posguerra por entero idealistas pondría en serio peligro acuerdos más realistas con la Unión Soviética, más aun cuando a finales de 1943 sólo el once por ciento de la opinión pública estadounidense pensaba que una paz duradera debía ser el objetivo principal en la guerra<sup>2278</sup>. De hecho, para que Hitler no trasladase sus tropas del frente ruso a Francia, era esencial la ofensiva soviética, como se aprecia en el mapa anterior, y así acorrallar a las tropas nazis, pero con dicha estrategia el peón que F. D. Roosevelt sacrificó fue el polaco, cuyo gobierno en el exilio en Londres se vio obligado a negociar con Stalin, quien no lo reconocía como gobierno legítimo. De hecho, aunque el Presidente estadounidense defendía la libre autodeterminación de los pueblos, nunca estuvo dispuesto a hacerlo con la fuerza de las armas, dejando el camino libre a Moscú y obligando a Gran Bretaña a negociar directamente con Stalin el reparto de los despojos europeos, realidad a la que F. D. Roosevelt ya se tuvo que plegar en Italia, reconociendo las esferas de influencia para evitar la entrada soviética en el país transalpino en las mismas condiciones que británicos y estadounidenses, con el modelo checoslovaco en mente, es decir, control de su política exterior por la Unión Soviética en calidad de potencia rectora, pero asegurando al mismo tiempo la pluralidad interna<sup>2279</sup>.

Tras la reunión de Teherán, Churchill y F. D. Roosevelt viajaron juntos a El Cairo, donde el líder británico convenció al estadounidense de que la ayuda prestada a Chiang en China suponía una inútil distracción de medios y tiempo para la apertura del segundo frente en Francia, y por lo tanto debía cesar la asistencia al ineficaz gobierno de Pekín<sup>2280</sup>.

Nueva muestra de que para F. D. Roosevelt la colaboración con Stalin pesaba más que cualquier consideración geoestratégica, al menos en Europa, fue el acuerdo alcanzado sobre los buques italianos capturados tras la caída de Mussolini, que fueron entregados a la Marina soviética a cambio de la aceptación de China en el seno de las cuatro potencias<sup>2281</sup>. Mientras tanto, Churchill siguió cuestionando la resolución del caso polaco, pues consideraba que sus fronteras debían ser definidas en una futura conferencia de paz, a lo que Stalin se negaba por considerar válidos los acuerdos alcanzados en Teherán, acuerdos que para Churchill sólo reflejaban la política de

---

<sup>2277</sup> Carta de F. D. Roosevelt a Stalin del 3 de diciembre de 1943, BUTLER, op.cit., p. 257.

<sup>2278</sup> DALLECK, op.cit., p. 444.

<sup>2279</sup> MORGAN, op.cit., p. 635, DALLECK, op.cit., p. 449 y HARPER, op.cit., p. 97.

<sup>2280</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 496.

<sup>2281</sup> BUTLER, op.cit., p. 251.



fuerza aplicada por los soviéticos, extremo rechazado por el Kremlin<sup>2282</sup>, de hecho, Churchill no dudó en ayudar a los partisanos comunistas de Tito en Yugoslavia desde mayo de 1943, con el fin de limitar la influencia rusa y evitar así que el caso polaco se repitiera en la estratégica zona de los Balcanes<sup>2283</sup>. Ni la invasión de Francia por el Canal, iniciada el 6 de junio, a lo que Stalin respondió con una ofensiva de 130 divisiones en el frente oriental 16 días más tarde, pudo suavizar las tensas relaciones entre los aliados europeos, pues el diferendo polaco seguía muy presente en sus cálculos. Así, Stalin esperaba reservar a su controlado Comité Polaco de Liberación Nacional radicado en Lublin las carteras clave de Guerra, Exteriores e Interior, mientras que el gobierno en el exilio en Londres, apoyado por Churchill, no contaba con el agrado de figuras importantes estadounidenses, como A. Harriman, que lo consideraba una camarilla de aristócratas, incluso a finales de año, Stalin aumentó su presión para que la facción de Lublin fuese considerada el gobierno legítimo de Polonia, acusando al exilio londinense de fomentar el terrorismo y la guerra civil, pero F. D. Roosevelt se negaba a dar tal paso hasta una nueva reunión<sup>2284</sup>. La apertura del segundo frente también mostró más a las claras las distintas posturas de Londres y Washington, mientras Churchill abogaba por asegurar Italia y virar hacia Viena y los Balcanes, avanzando al Este todo lo posible, F. D. Roosevelt y sus generales defendían continuar con los planes diseñados en Teherán y centrarse en un nuevo ataque al sur de Francia, opción finalmente tomada<sup>2285</sup>.

Churchill a esas alturas del conflicto era más consciente de los dilemas políticos europeos de la guerra que el distante F. D. Roosevelt, como lo demuestran sus reuniones en Nápoles y Roma de agosto y septiembre con Tito, las facciones griegas y los partidos políticos italianos, para tener experiencia de primera mano sobre las distintas realidades de los países en vías de ser liberados, pues sabía que al no avanzar hacia Viena, Gran Bretaña y Estados Unidos cedían *de facto* a la Unión Soviética el control del Sureste europeo, por ello buscaría desde mayo un acomodo con Moscú para el control respectivo de la Europa liberada, al menos hasta el final de la guerra, para minimizar la expansión soviética, y que F. D. Roosevelt aceptó al no equivaler a la creación de áreas de influencia, tan odiadas por la tradición política estadounidense<sup>2286</sup>. En septiembre Churchill y F. D. Roosevelt acordaron en Quebec la división tripartita de Alemania en tres sectores, el Noroeste para Gran Bretaña, el Sureste controlado por Estados Unidos y la zona Oriental para la Unión Soviética, con Berlín como capital controlada por las tres potencias, con ello al menos Churchill lograba así la presencia estadounidense en la Europa de posguerra, que consideraba esencial para frenar el expansionismo comunista<sup>2287</sup>.

Cuando en octubre de 1944 Stalin y Churchill se repartieron el Sureste europeo en respectivas áreas de influencia, F. D. Roosevelt, que recordemos ya tenía en mente dicho reparto con la zona occidental para Gran Bretaña y la oriental para la Unión Soviética y ansiaba un rápido entendimiento entre Londres y Moscú para evitar

---

<sup>2282</sup> *Ibíd.*, p. 276.

<sup>2283</sup> CHURCHILL, *op.cit.*, p. 514.

<sup>2284</sup> BUTLER, *op.cit.*, p. 295, 301 y 345.

<sup>2285</sup> CHURCHILL, *op.cit.*, p. 582.

<sup>2286</sup> *Ibíd.*, p. 603.

<sup>2287</sup> *Ibíd.*, p. 784.



una presencia prolongada de las tropas estadounidenses en la Europa de posguerra, que en ningún caso quería que se ocuparan de Francia ni del sur alemán, no es de extrañar por tanto que tan sólo protestara por no haber tenido en cuenta la voluntad de los pueblos afectados, pueblos que vieron cómo Grecia caía del lado inglés y Rumania del ruso, estableciéndose un sistema de cuotas para el resto de países, al 50 por ciento en Yugoslavia y Hungría y 75 por ciento para Moscú en Rumania, es más, F. D. Roosevelt incluso llegó a negar a Churchill la idoneidad de un avance sobre Hungría al estimar de mayor importancia el frente francés, lo que dejó el campo libre a la expansión soviética en los Balcanes<sup>2288</sup>. Si F. D. Roosevelt aceptó el reparto entre Londres y Moscú del Sureste europeo fue porque con ello se evitaban conflictos y malentendidos mayores con Stalin al reconocer los respectivos intereses en la región, y ello tan sólo para el futuro inmediato, sin carácter permanente<sup>2289</sup>. Lo que sí logró Churchill fue que F. D. Roosevelt reconociera a De Gaulle como el representante legítimo de Francia, a pesar de que seguía viendo en su nacionalismo una amenaza para sus planes de posguerra<sup>2290</sup>, también en parte logró que en la reunión mantenida entre ambos en septiembre F. D. Roosevelt abandonase el plan Morgenthau de desindustrializar a Alemania y convertir las unidades resultantes de su división en regiones agrarias, plan apoyado por Stalin que ya temía una paz aliada débil con Alemania para convertirla en contrapeso continental de Rusia. Como se aprecia, F. D. Roosevelt nunca abandonó la imagen de una idealizada Alemania preguillermiana que casaba a la perfección con la Europa “palatinada” que aspiraba a crear tras la guerra, visión que tenía más que ver con el pasado que con el futuro, finalmente, la insistencia británica y el temor a repetir una paz demasiado dura que acabase en un nuevo conflicto europeo, como tras Versalles, le llevaron a desestimar tal escenario<sup>2291</sup>.

Como se aprecia, una de las principales virtudes de F. D. Roosevelt respecto a W. Wilson era su capacidad de adaptación y cambio según las circunstancias, pues ante la imposibilidad de aplicar su plan draconiano para Europa, dejó de lado su idealismo y viró hacia lo posible, abandonando su deseo de degradar y desarmar a Francia y reconociendo finalmente a De Gaulle como su representante legítimo en julio de 1944, hecho oficial en octubre, a pesar de que veía en él un opositor a su estrategia y un caballo de Troya del imperialismo inglés, de ahí que no le fuera comunicado nada sobre el futuro desembarco en Normandía, cuando en realidad Churchill, al igual que con la futura Alemania, aspiraba a tener en la Francia de posguerra un apoyo continental contra la expansión soviética, más aun ante la previsible retirada temprana de las tropas estadounidenses tras la guerra, aspiración que chocaba con la política de F. D. Roosevelt que no quería oír hablar de ningún bloque Occidental que pudiera provocar a Moscú<sup>2292</sup>. Sin duda que F. D. Roosevelt celebró el pacto franco-soviético de asistencia mutua por veinte años entre De Gaulle y Stalin, firmado el 10 de diciembre, pues acercaba a la realidad la colaboración continental de posguerra, si bien tanto él como Stalin se negaron a la petición

<sup>2288</sup> HARPER, op.cit., p. 98 y DALLECK, op.cit., p. 457.

<sup>2289</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 676.

<sup>2290</sup> DALLECK, op.cit., p. 460.

<sup>2291</sup> HARPER, op.cit., p. 106, MORGAN, op.cit., p. 367. y DALLECK, op.cit., p. 474.

<sup>2292</sup> HARPER, op.cit., p. 113.



francesa de desplazar la frontera gala hasta el Rin, pues no la consideraban una medida práctica con la guerra aún en marcha<sup>2293</sup>.

La primera prueba de fuego al acuerdo entre Stalin y Churchill para el reparto del Sureste europeo no tardó en presentarse, así, tras la liberación griega a principios de noviembre, las brigadas comunistas no hicieron honor al acuerdo de Caserta y comenzaron a disputar el poder al gobierno de Papandreu, comenzando la guerra civil el 3 de diciembre, a lo que Londres contestó con un refuerzo de sus tropas en la zona y una intensa lucha con las guerrillas comunistas en Atenas, medidas criticadas por F. D. Roosevelt pero que Churchill defendía por representar una defensa de la democracia, puesto que el asunto griego se encontraba “en el punto neurálgico del poder, el derecho y la libertad del mundo occidental”<sup>2294</sup> y sobre todo porque “tenía muy claro que el comunismo sería el peligro que tendría que enfrentar la civilización después de derrotar al nazismo y al fascismo”<sup>2295</sup>, en todo caso, Stalin no reaccionó ante la derrota de las guerrillas comunistas, que el 1 de enero declaraban la tregua, cumpliendo así lo acordado en octubre, en previsión ya de lo que le podría ocurrir en su zona de influencia.

De todos modos, por mucho que F. D. Roosevelt quisiera evitar las controversias con Moscú, éstas se darían sin solución de continuidad, y mientras Harriman desde la capital rusa seguía advirtiendo en septiembre de 1944 de las intenciones soviéticas de imponer los resultados de la guerra, primero en Polonia y luego en el resto de Europa Oriental, Stalin se negaba a una nueva reunión, que el Presidente estadounidense reclamaba para tratar los temas de posguerra, por no hablar del desencuentro en Dumbarton Oaks sobre el sistema de votación de la futura organización internacional, que será comentado más adelante.

En Asia mientras tanto, los mayores quebraderos de cabeza eran causados más que por las tropas niponas, cuya obstinada resistencia amenazaba con cobrarse un alto precio en vidas humanas, por las dificultades internas chinas. Ante las constantes acusaciones de corrupción e ineptitud militar recibidas por F. D. Roosevelt respecto a Chiang Kai-shek, la Administración norteamericana rehusó en enero de 1944 la concesión de un crédito de un billón de dólares, además, en la primavera siguiente la guerra civil desatada entre comunistas y nacionalistas amenazaba ya seriamente la integridad nacional, por lo que desde Washington se urgió a que las partes negociasen y para que Chiang se entendiera con la Unión Soviética, incluso se retiró a Chiang el mando aliado en China a favor de un general estadounidense, y para octubre la desilusión de F. D. Roosevelt era tal que ya no consideraba a China esencial para contener a Japón, viendo en la Unión Soviética un aliado más fiable para tal misión, y aunque barajó la idea de deponer al propio Chiang, al final la descartó ante las posibilidades de un colapso interno y por las acusaciones liberales de injerencia en los asuntos internos de otra nación, centrando sus esfuerzos a partir de entonces en lograr un acuerdo entre las facciones en lucha, para evitar una guerra civil que sin duda beneficiaría a Moscú, pero los nacionalistas se negaron a ello, empujando a Estados Unidos justo hacia Stalin, principal valedor de sus oponentes, aun con todo, F. D.

---

<sup>2293</sup> BUTLER, op.cit., p. 335.

<sup>2294</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 708.

<sup>2295</sup> *Ibíd.*



Roosevelt no había abandonado aun el sueño de convertir a China en una gran potencia de ahí a 25-50 años de la mano de Estados Unidos<sup>2296</sup>.

En Europa sucedía tres cuartos de lo mismo, si las tropas nazis se replegaban en todos los frentes, y tan sólo la locura de Hitler mantenía viva la esperanza en una inverosímil victoria, con los aliados F. D. Roosevelt nunca lo tuvo tan claro, con el caso polaco enturbiando las relaciones con Stalin, cuando el Presidente estadounidense era lo último que deseaba, pues su interés por los asuntos de Europa Oriental nunca fueron más allá de los efectos domésticos que aquellos pudieran ejercer en determinados sectores de la opinión pública norteamericana, no hay que olvidar que 1944 era año electoral, y con Churchill demandando apoyo en su particular lucha contra los comunistas griegos, negada por F. D. Roosevelt ante los efectos negativos que tal colaboración podía suponer a su internacionalismo, pues temía un aumento del aislacionismo de ayudar a los percibidos como intereses británicos egoístas, lo que perjudicaría sin duda sus planes de posguerra<sup>2297</sup>.

Es decir, como los casos chino, polaco y griego demuestran, F. D. Roosevelt prefirió luchar por objetivos políticos propios, procurando no perder el apoyo político de su opinión pública, que por los principios idealistas defendidos en sus discursos, actuando así de idéntico modo que Churchill o Stalin. Sin duda que la experiencia vivida con el fracaso de W. Wilson y la pervivencia del aislacionismo doméstico jugaron un importante papel en sus decisiones finales, como la de presentarse a un cuarto mandato a pesar de su manifiesta hipertensión y de las evidencias de fallos cardíacos, pues pensaba que una victoria Republicana podía suponer una vuelta al aislacionismo de entreguerras, sin reorganización mundial alguna que evitara una nueva guerra en Europa<sup>2298</sup>.

F. D. Roosevelt llegó a su cuarto mandato consecutivo acompañado por un nuevo Vicepresidente, Harry S. Truman en substitución de H. Wallace y un nuevo Secretario de Estado, Edward R. Stettinius por Cordell Hull, jurando su cargo en una austera ceremonia sin el tradicional desfile y con un peso de tan sólo 71 kilos que advertía de su delicada salud. En su discurso sobre el Estado de la Unión de enero de 1945, F. D. Roosevelt ponía de manifiesto su realismo al declarar que pese a preocuparse por situaciones como la polaca o la griega “no son simples o tan fáciles de tratar como algunos voceros, cuya sinceridad no cuestiono, nos hacen creer”<sup>2299</sup>, a continuación el Presidente destacaba que

nosotros y nuestros aliados hemos declarado que es nuestro propósito respetar el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que vivirán y a ver restaurados los gobiernos soberanos de los que hayan sido privados. Pero con disensión interna... es difícil adivinar qué tipo de autogobierno quieren realmente los pueblos<sup>2300</sup>

<sup>2296</sup> DALLECK, op.cit., p. 486.

<sup>2297</sup> *Ibíd.*, p. 504.

<sup>2298</sup> MORGAN, op.cit., p. 640 y DALLECK, op.cit., p. 444.

<sup>2299</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso sobre el estado de la Unión del 6 de enero de 1945, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16595&st=greek&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16595&st=greek&st1=).

<sup>2300</sup> *Ibíd.*



A lo sumo, lo que se haría en dichos casos, que sin duda incluían a griegos y polacos era que

durante el periodo provisional, hasta que las condiciones permitan una genuina expresión de la voluntad popular, nosotros y nuestros aliados tenemos un deber, que no podemos ignorar, de usar nuestra influencia con el objetivo de que ninguna autoridad temporal o provisional en los países liberados bloquee el eventual ejercicio del derecho del pueblo a elegir con libertad el gobierno y las instituciones bajo las que, como hombres libres, vayan a vivir<sup>2301</sup>

Es decir, F. D. Roosevelt estaba anunciando que Estados Unidos no presionaría a favor del establecimiento de regímenes democráticos en aquellos países cuya situación interna no controlase, lo que *de facto* venía a reconocer en cierto modo las esferas de influencia reclamadas por Moscú, de hecho, asumía que en dichos pueblos “nuestra tarea no es ayudada a través del obstinado partidismo, no importa lo comprensible que sea desde la parte de las facciones internas opuestas”<sup>2302</sup>, es más, “es nuestro propósito ayudar a los pueblos amantes de la paz de Europa a vivir juntos como buenos vecinos”<sup>2303</sup>.

El centro de la estrategia presidencial se basaba en no permitir que “los muchos problemas específicos e inmediatos de ajuste conectados con la liberación europea retrasen el establecimiento de una maquinaria permanente para el mantenimiento de la paz”<sup>2304</sup>, pues si

bajo la amenaza de un peligro común, las Naciones Unidas se juntaron en la guerra para preservar su independencia y libertad. Ellas deben ahora unirse para asegurar la independencia y libertad de todos los Estados amantes de la paz, para que la tiranía nunca vuelva a ser capaz de dividir y conquistar<sup>2305</sup>

De modo que las diferencias respecto al control de las respectivas zonas de influencia, era considerado un problema menor a ojos de F. D. Roosevelt si se le comparaba con el esfuerzo por crear esa organización internacional para el mantenimiento de paz, que según el Presidente estadounidense debía ser “la realización de la promesa por la que los hombres han luchado y muerto en esta guerra...la justificación de todos los sacrificios que han sido hechos, de toda la espantosa miseria que el mundo ha padecido”<sup>2306</sup>.

Para que tal objetivo se cumpliera, F. D. Roosevelt acudió a una nueva reunión con Churchill y Stalin en Yalta, Crimea, en febrero de 1945, más con la intención de lograr acuerdos que satisficieran a la opinión pública estadounidense que a cuestionar el dominio soviético del Este de Europa. F. D. Roosevelt era consciente de la irreversibilidad de las esferas de influencia y con la esperanza de que la nueva organización internacional ejerciese cierto control sobre Moscú, por el contrario,

---

<sup>2301</sup> *Ibíd.*

<sup>2302</sup> *Ibíd.*

<sup>2303</sup> *Ibíd.*

<sup>2304</sup> *Ibíd.*

<sup>2305</sup> *Ibíd.*

<sup>2306</sup> *Ibíd.*



Churchill ansiaba que las esferas de influencia no sobreviviesen en la posguerra, pues ello supondría el dominio comunista del Este europeo, como presagiaba el caso polaco, donde Moscú había reconocido el 5 enero al gobierno de Lublin como el legítimo, en detrimento de los representantes exiliados en Londres<sup>2307</sup>.

Las reuniones comenzaron el 4 de febrero, y a ellas, a diferencia de Teherán, F. D. Roosevelt sí que llevó al equipo de Estado con su Secretario Stettinius a la cabeza, con la prioridad de que Stalin declarase la guerra a Japón, sacrificando a tal objetivo Europa del Este, incluso como en Teherán, Stalin y Roosevelt se reunieron primero en privado sin Churchill<sup>2308</sup>. El primer día se destinó a los asuntos estrictamente militares, con la derrota alemana cada vez más cerca, y los rusos llegando a Berlín. El segundo día se consagró al espinoso asunto de los términos de paz que se impondrían a Alemania, en éste punto F. D. Roosevelt de nuevo mostró su habilidad para adaptarse a las nuevas circunstancias cambiando su modo de pensar respecto a Francia, que ahora aceptaba como potencia para contrarrestar a Alemania, y así de paso facilitar la pronta retirada estadounidense del continente, haciéndola incluso parte de la Comisión de Control de la Ocupación de Alemania, con ello Gran Bretaña lograba que a Francia se le reconociese su futuro papel militar en la Europa de posguerra, sobre todo tras el anuncio de F. D. Roosevelt de que las tropas estadounidenses no estarían más de dos años en Europa<sup>2309</sup>. Respecto a la división de Alemania

el Reino Unido, Estados Unidos y la Unión Soviética poseerán la autoridad suprema respecto a Alemania. En el ejercicio de tal autoridad tomarán aquellos pasos, incluyendo el completo desmembramiento de Alemania, que consideren necesarios para la futura paz y seguridad<sup>2310</sup>

Creándose un comité formado por A. Eden por parte británica, J. Winant por la estadounidense, F. T. Gusev por la soviética, más un representante francés por determinar, para el estudio del procedimiento del desmembramiento de Alemania. De hecho, el nuevo rol principal reservado a Francia se reforzaba en el punto IV al acordarse que “una zona en Alemania, será ocupada por las tropas francesas”<sup>2311</sup>, cuya área de ocupación sería establecida de acuerdo con británicos y estadounidenses. En cuanto a las reparaciones de guerra, se estableció en el punto V que “Alemania debe pagar en especie por las pérdidas causadas por ella en el transcurso de la guerra a las naciones aliadas”<sup>2312</sup>, y que “las reparaciones serán recibidas en primera instancia por aquellos países que hayan soportado el mayor peso de la guerra, hayan sufrido las mayores pérdidas y hayan organizado la victoria sobre el enemigo”<sup>2313</sup>, sin duda que en una velada alusión a la Unión Soviética, estableciéndose tres modalidades de pago, a saber, el traslado de equipos industriales de Alemania al país

<sup>2307</sup> DALLECK, op.cit., p. 507 y CHURCHILL, op.cit., p. 708.

<sup>2308</sup> MORGAN, op.cit., p. 647.

<sup>2309</sup> DALLECK, op.cit., p. 509 y MORGAN, op.cit., p. 650.

<sup>2310</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, punto III sobre el Desmembramiento de Alemania, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.

<sup>2311</sup> *Ibíd.*

<sup>2312</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, punto V sobre el Reparaciones, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.

<sup>2313</sup> *Ibíd.*



afectado, entregas anuales de bienes por un tiempo definido y el uso de mano de obra alemana, dejándose los términos finales al estudio de la Comisión de Reparación de Moscú, si bien estadounidenses y soviéticos habían alcanzado un principio de acuerdo para fijar la cantidad a pagar por Alemania en 22 billones de dólares, de los cuales la mitad irían destinados a la Unión Soviética. De modo más escueto y general se trató también el tema de los crímenes de guerra, recogiendo el punto VI que serían los respectivos Ministros de Asuntos Exteriores quienes tras la Conferencia, dirimirían sobre la cuestión de los mayores criminales de guerra.

En el tercer día se discutieron los temas relativos a la nueva organización internacional, que el Presidente consideraba esencial para el apoyo de la opinión pública estadounidense a la implicación internacional de su gobierno, y cuyos puntos esenciales fueron los relativos al sistema de voto y al de mandatos, y que veremos en detalle en el siguiente apartado.

Los asuntos fronterizos fueron también una de las cuestiones clave en la agenda de Yalta, en Polonia se acordó que la frontera del Este se fijara en la línea Curzon, dejando la frontera occidental para la futura conferencia de paz, y aunque no hubo acuerdo final sobre su gobierno, pues Estados Unidos presionaba para un gobierno de unidad, mientras la Unión Soviética se resistía a ello al considerar al Estado polaco un engranaje esencial de su seguridad como tapón natural ante un eventual resurgir alemán, el texto final de la conferencia recogía que el gobierno provisional polaco debía ser de unidad nacional integrando ambas facciones, con el objetivo de “celebrar elecciones libres y sin trabas tan pronto como sea posible sobre la base de sufragio universal y voto secreto”<sup>2314</sup>, reconocimiento tan sólo nominal, pues en la práctica Stalin se había salido con la suya en Polonia al ceder respecto a Francia y a los temas de Naciones Unidas como compensación a su control de Polonia, cuestión la polaca que era para él de honor, como para británicos, también lo era de seguridad nacional, baste recordar que Stalin había roto relaciones con el gobierno polaco exiliado en Londres en abril de 1943, a raíz del descubrimiento de la fosa común de oficiales polacos hallada en Katyn, y que Moscú consideraba ejemplo de intoxicación informativa que sólo favorecía a los nazis<sup>2315</sup>. Pese al relativo fracaso respecto a Polonia, F. D. Roosevelt vio aprobada la Declaración sobre la Europa Liberada, aunque más para consumo interno, pues el Presidente necesitaba presentar un acuerdo que facilitase el consenso interno favorable a la participación de Estados Unidos en el sistema de seguridad de posguerra, y al mismo tiempo que no se perjudicara las relaciones con Moscú<sup>2316</sup>. El punto II del texto final de la Conferencia de Yalta recogía la llamada Declaración de la Europa Liberada, por la que Stalin, Churchill y F. D. Roosevelt declaraban

su acuerdo mutuo para acordar durante el periodo de inestabilidad en la Europa liberada las políticas de sus gobiernos en la asistencia de los pueblos liberados de la dominación de la Alemania nazi y de los pueblos de los anteriores Estados

---

<sup>2314</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, punto VII sobre Polonia, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.

<sup>2315</sup> MORGAN, op.cit., p. 652 y BUTLER, op.cit., p. 165.

<sup>2316</sup> DALLECK, op.cit., p. 515.



satélites del Eje para solventar por medios democráticos sus inmediatos problemas políticos y económicos<sup>2317</sup>

Con ello se pretendía “destruir los últimos vestigios del nazismo y del fascismo y crear instituciones democráticas de su propia elección”<sup>2318</sup>, lo que constituía un principio de la Carta Atlántica, democracia concretada en soberanía y autogobierno, para ello, las potencias aliadas, incluida Francia, ofrecían su ayuda a los pueblos liberados a través del establecimiento de la paz interna, de medidas de ayuda de emergencia y de ayuda a la celebración de elecciones libres para la formación de gobiernos representativos, con ello

reafirmamos nuestra fe en los principios de la Carta Atlántica, nuestro compromiso con la Declaración de las Naciones Unidas y nuestra determinación a construir en cooperación con otras naciones amantes de la paz, un orden mundial, bajo la ley, dedicado a la paz, seguridad, libertad y bienestar de la humanidad<sup>2319</sup>

En Yalta, F. D. Roosevelt también logró de Stalin el 10 de febrero, último día de reunión, la ratificación de su promesa de declarar la guerra a Japón una vez vencida Alemania, eso sí, con base al acuerdo de Teherán que le aseguraba a Moscú el control del sur de Sakhalin, las islas Kuriles y el control ferroviario de Manchuria entre otras ventajas<sup>2320</sup>, como la internacionalización del puerto de Dairen o la preservación del equilibrio político en Mongolia, y en contrapartida, además de atacar a Japón, Stalin se comprometía a “concluir con el gobierno nacional de China un pacto de amistad y alianza”<sup>2321</sup> con el fin de liberarla de la ocupación japonesa.

Por último también se decidía crear una maquinaria permanente para “la consulta entre los tres Secretarios de Exteriores”<sup>2322</sup> de Gran Bretaña, Estados Unidos y Unión Soviética, con reuniones periódicas cada tres o cuatro meses a celebrar en las respectivas capitales, siendo la primera en Londres. Como en Teherán, en Yalta F. D. Roosevelt trató más de asegurar acuerdos generales que de lograr avances sustantivos, con el objetivo de no minar la frágil unión aliada, y de nuevo consideraba la reunión de Crimea un éxito, ya que

las decisiones de gran alcance tomadas en Yalta acelerarán la victoria y la construcción de los cimientos para una paz duradera [...] garantizan la rápida consecución de nuestro objetivo común, un mundo pacífico basado en la cooperación y el mutuo entendimiento<sup>2323</sup>

---

<sup>2317</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, punto II sobre la Declaración de la Europa liberada, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.

<sup>2318</sup> *Ibíd.*

<sup>2319</sup> *Ibíd.*

<sup>2320</sup> DALLECK, op.cit., p. 520.

<sup>2321</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, Acuerdo sobre Japón, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.

<sup>2322</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, punto XIII sobre las Reuniones de los tres Secretarios de Exteriores, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.

<sup>2323</sup> Carta de F. D. Roosevelt a Stalin del 23 de febrero de 1945, BUTLER, op.cit., p. 365.



En Yalta F. D. Roosevelt cometió los mismos errores que W. Wilson en Versalles años atrás, pues como entonces, se decidió el futuro de millones de personas sin contar con su aprobación, pues ni chinos ni polacos estuvieron presentes en Crimea y aun así su futuro fue decidido por estadounidenses y soviéticos, circunstancia que ni la fanfarria democratizadora del acta final pudo esconder, y que el caso palestino ilustra también a la perfección, donde F. D. Roosevelt tenía como uno de sus objetivos resolver la cuestión judía con Ibn Saud, quien tras Yalta se negaría a permitir más judíos en Palestina, de nuevo sin palestinos ni judíos presentes en las conversaciones<sup>2324</sup>.

El 1 de marzo, tras su vuelta de Yalta, un cansado F. D. Roosevelt, postrado en una silla, ofrecía al Congreso sus impresiones sobre la reciente reunión, para la cual había tenido dos objetivos claros, el primero asegurar la derrota alemana, y el segundo “continuar construyendo la fundación para un acuerdo internacional que construya orden y seguridad tras el caos de la guerra, que de alguna garantía de paz duradera entre las naciones del mundo”<sup>2325</sup>. Para el Presidente uno de los mayores logros en Yalta fue “la unidad de pensamiento y el modo de entendimiento”<sup>2326</sup> alcanzados entre los aliados, que desterraban las esperanzas nazis de disensión interna entre británicos, soviéticos y estadounidenses, dejando claro que sus planes de posguerra para Alemania no implicaban su destrucción o sometimiento, sino que “el control temporal de Alemania por Gran Bretaña, Rusia, Francia y Estados Unidos” significaba “el fin del nazismo”<sup>2327</sup> y “la terminación de toda influencia militarista en la vida pública, privada y cultural alemanas”<sup>2328</sup>, con el enjuiciamiento de sus criminales de guerra, su desmilitarización, el pago de reparaciones por los daños ocasionados, pero no que el pueblo alemán se convirtiese en una carga para el resto del mundo, tan sólo se quería “asegurar la paz al resto del mundo ahora y en el futuro”<sup>2329</sup> destruyendo la raíz maligna que había abocado al pueblo alemán a sufrir los desvaríos de sus élites en sendas guerras mundiales, ya que “sé que no hay espacio en el mundo a la vez para el militarismo alemán y la decencia cristiana”<sup>2330</sup>.

Respecto al segundo objetivo, F. D. Roosevelt se alegraba de que a diferencia de la anterior guerra mundial, no se hubiese esperado a su finalización para crear un sistema de seguridad colectivo, habiendo alcanzado ya acuerdos sustanciales sobre la misma en Yalta, para que nunca sucediera algo parecido, y por ello era consciente del papel del Congreso a la hora de aprobar la Carta de las Naciones Unidas, por ello una delegación bipartidista estaría presente en la Conferencia de San Francisco del 25 de abril, ya que el consenso interno era esencial para no caer en los mismos errores del pasado, pues la paz mundial no era una cuestión partidista, de hecho

la estructura de la paz mundial no puede ser el trabajo de un hombre, un partido o una nación. No puede ser sólo una paz americana, o una paz británica o rusa o

<sup>2324</sup> MORGAN, op.cit., p. 657.

<sup>2325</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso al Congreso sobre la Conferencia de Yalta del 1 de marzo de 1945, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16591&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16591&st=&st1=).

<sup>2326</sup> *Ibíd.*

<sup>2327</sup> *Ibíd.*

<sup>2328</sup> *Ibíd.*

<sup>2329</sup> *Ibíd.*

<sup>2330</sup> *Ibíd.*



francesa o china. No puede ser una paz de grandes naciones, o de pequeñas naciones. Debe ser una paz que descansa en el esfuerzo cooperativo del mundo entero<sup>2331</sup>

Para F. D. Roosevelt podía ser una paz basada en los principios de la Carta Atlántica, es decir, los estadounidenses. Como demostraba el acuerdo alcanzado para las zonas liberadas, cuyos problemas se resolverían de común acuerdo entre los aliados y según principios democráticos, por ello “la responsabilidad por las condiciones políticas a cientos de kilómetros de distancia no pueden ser negadas por más tiempo por esta gran nación”<sup>2332</sup>, debido a la enorme influencia que Estados Unidos ejercía en el mundo, y “sería nuestra propia pérdida trágica, si abandonamos esa responsabilidad”<sup>2333</sup>, y como ejemplo de la implicación estadounidense indicaba el caso polaco, donde la colaboración aliada bloqueó el enquistamiento de un problema de posguerra, donde el objetivo era crear una nación fuerte, independiente y próspera para evitar nuevos ataques a Rusia, de ahí que el acuerdo final sobre sus fronteras y su gobierno de unidad nacional fuera el mejor para asegurar el principal objetivo, el de un próspero Estado polaco.

Por todo ello la Conferencia de Crimea había sido un punto de inflexión, ya que “no puede haber medias tintas aquí. Debemos tomar la responsabilidad de la colaboración mundial, o deberemos encarar la responsabilidad de otro conflicto mundial”<sup>2334</sup>, no había pues alternativa a la participación activa de Estados Unidos en el mundo de posguerra, a pesar de que nadie podía asegurar cuanto duraría un plan, pues ello dependía de la voluntad humana, y si Estados Unidos fallaba como en el pasado no “podemos esperar que el mundo sobreviva”<sup>2335</sup>. Con Crimea F. D. Roosevelt, como años atrás Wilson con Versalles, esperaba haber acabado con “el sistema de acción unilateral, de alianzas excluyentes, de esferas de influencia, de balances de poder, y con todos los recursos que han sido intentados por siglos y que han fallado siempre”<sup>2336</sup>, instituyendo en su lugar “una organización universal en la que las naciones amantes de la paz tengan la oportunidad de integrarse”<sup>2337</sup>.

Tras Yalta, Churchill siguió presionando a F. D. Roosevelt para que sus tropas se dirigiesen cuanto antes a Berlín y lo más al Este posible para no otorgar tanta ventaja política a Stalin, cuyo avance ponía bajo sus botas gran parte de Europa oriental, de hecho, los mandos militares estadounidenses estaban más centrados en una rápida victoria que en los aspectos políticos de la misma, y por ello, con Marshall a la cabeza, abogaban por atacar el flanco sur alemán, y no tanto Berlín, no viendo, en opinión de Churchill, que con la caída de Hitler la Unión Soviética daría rienda suelta a su expansionismo<sup>2338</sup>. El principal escollo con el que se topó Churchill en la victoria

<sup>2331</sup> *Ibíd.*

<sup>2332</sup> *Ibíd.*

<sup>2333</sup> *Ibíd.*

<sup>2334</sup> *Ibíd.*

<sup>2335</sup> *Ibíd.*

<sup>2336</sup> *Ibíd.*

<sup>2337</sup> *Ibíd.*

<sup>2338</sup> CHURCHILL, *op.cit.*, p. 748. De hecho, tras la muerte de F. D. Roosevelt el 12 de abril, lo rusos entraron en Viena el 13 y tras el asesinato de Mussolini el 26 y el suicidio de Hitler el 30, lo hacían en Praga el 9 de mayo, tras llegar a un acuerdo con las tropas estadounidenses que ya estaban a las puertas de la ciudad, p. 780.



fue que los estadounidenses no querían avanzar más allá de las zonas pactadas con la Unión Soviética, aún pudiendo hacerlo, negando al líder británico la oportunidad de avanzar más al Este, al final, fueron los rusos quienes prepararon la ceremonia oficial de rendición incondicional alemana en Berlín el 9 de mayo<sup>2339</sup>.

Como hemos visto, en Crimea, a pesar de acordar el mecanismo de dicha organización internacional, lo que se sancionó sin ningún género de dudas fue un nuevo sistema de esferas de influencia y balance de poder, al menos para Europa. Para ser justos, F. D. Roosevelt no fue el único culpable de dicho resultado, pero cabe achacarle que por el objetivo de triunfar donde Wilson fracasó, la creación de una nueva organización internacional de paz y seguridad con la participación estadounidense, sacrificó en muchos aspectos esas mismas paz y seguridad en teatros regionales clave como el europeo. Para entender tan severa valoración de su gestión, una vez vistos sus movimientos durante la guerra, es preciso entender lo que F. D. Roosevelt comprendía por Naciones Unidas, para así acabar ofreciendo una visión global de su política exterior.

#### **9.c.2.d. La creación de la Organización de las Naciones Unidas**

Aunque la derrota ante el Senado truncó el sueño de W. Wilson de ver participar a Estados Unidos en la Sociedad de Naciones e inauguró dos décadas de regreso al unilateralismo aislacionista, el bando internacionalista nunca desapareció totalmente de la escena política estadounidense, como demuestran la Republicana Asociación no Partidista de la Liga de Naciones, nacida en 1923 para presionar a favor de la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, eso sí, teniendo en cuenta las reservas Republicanas al Art. 10, o la Fundación Woodrow Wilson, de la que formara parte el propio F. D. Roosevelt, y que durante la década de 1920 concedía premios en temas internacionalistas, y numerosas más como la Asociación de Política Exterior, el Consejo sobre Relaciones Exteriores o la Donación Carnegie para la Paz Internacional, con Elihu Root como primer presidente<sup>2340</sup>.

Los internacionalistas eran en su mayoría protestantes descendientes de ingleses y escoceses, anglófilos del Noroeste, en su mayoría banqueros, abogados, jueces, industriales, financieros...defensores todos ellos de la idea de que Estados Unidos había recogido el testigo de Gran Bretaña como árbitro mundial, así, su adscripción social les impedía ver que la mayoría de la opinión pública estadounidense no entendía de tales abstracciones políticas<sup>2341</sup>.

Con su legado familiar y su pasado Demócrata al servicio de W. Wilson no es de extrañar que F. D. Roosevelt siempre apoyara el proyecto wilsoniano de la Sociedad de Naciones, y aunque durante su etapa como Presidente no impulsó la entrada de Estados Unidos en la organización debido a la oposición interna, pues en fecha tan tardía como 1937 sólo un 26 por ciento pensaba que el país debía haber

---

<sup>2339</sup> *Ibíd.*, p. 790.

<sup>2340</sup> *DIVINE*, op.cit., p. 6-22.

<sup>2341</sup> *Ibíd.*, p. 22.



entrado en la Sociedad de Naciones<sup>2342</sup>, una vez que declaró la guerra a las potencias del eje, tuvo claro que al fracaso de la Sociedad de Naciones debía sucederle no un nuevo retiro estadounidense de los asuntos mundiales, sino un nuevo proyecto encabezado por Estados Unidos que tuviese en cuenta tanto el idealismo de la propuesta wilsoniana como las notas de realismo contenidas en las críticas a la Sociedad de Naciones de Lodge Y Root.

El punto de partida puede fijarse en el abandono definitivo del aislacionismo, pues al igual que Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson, F. D. Roosevelt era partidario de aplicar una política exterior internacionalista que alejase a Estados Unidos de su ostracismo continental y le insertara definitivamente entre las grandes potencias, para así influir en los asuntos mundiales y no viceversa. En 1936 declaraba que “no somos aislacionistas salvo en tanto que buscamos aislarnos completamente de la guerra”<sup>2343</sup>, pero a continuación advertía que “debemos recordar que tanto como exista la guerra en la tierra habrá algún peligro de que incluso la nación que más ardientemente desea la paz pueda ser lanzada a la guerra”<sup>2344</sup>.

Con el inicio de la II Guerra Mundial, el bando internacionalista comenzó a sacudirse el peso del aislacionismo y bajo los auspicios de la Asociación no Partidista de la Liga de Naciones, en noviembre de 1939 tuvo lugar la primera reunión de la Comisión de Estudio de la Organización de la Paz, con el Republicano J. F. Dulles entre sus miembros más destacados, pues aunque conscientes de los errores y del fracaso de la Sociedad de Naciones, al mismo tiempo deseaban ver terminado el trabajo de W. Wilson con la creación de una nueva organización internacional, y a medida que la guerra avanzaba y los internacionalistas fueron ganando crédito entre la opinión pública estadounidense, la Comisión fue cediendo el testigo de la causa internacionalista al Comité para Defender América<sup>2345</sup>.

En 1940, con el mundo ya en guerra, el Presidente estadounidense atacaba a aquellos que albergaban “la ahora obvia ilusión de que Estados Unidos puede permitir convertirse en una isla solitaria, una isla solitaria en un mundo dominado por la filosofía de la fuerza”<sup>2346</sup>, pues resultaba claro que “hoy tal isla representa para mí y para la abrumadora mayoría de americanos una pesadilla inútil de un pueblo sin libertad”<sup>2347</sup>, ya que “la victoria militar y naval de los dioses de la fuerza y el odio mundiales haría peligrar las instituciones democráticas en el mundo occidental”<sup>2348</sup>.

En su discurso inaugural de 1941 F. D. Roosevelt dio nuevas muestras de su disconformidad respecto al aislacionismo de los años veinte al decir que

---

<sup>2342</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>2343</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso en Chautauqua del 14 de agosto de 1936, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15097&st=isolationist&st1=>.

<sup>2344</sup> *Ibíd.*

<sup>2345</sup> DIVINE, op.cit., p. 31

<sup>2346</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso en la Universidad de Virginia del 10 de junio de 1940, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15965&st=isolationist&st1=>.

<sup>2347</sup> *Ibíd.*

<sup>2348</sup> *Ibíd.*



encarando los grandes peligros nunca antes enfrentados, nuestro propósito primero es proteger y perpetuar la integridad de la democracia...no nos retiramos. No estamos contentos con mantenernos apartados. Como americanos vamos más allá, en el servicio de nuestro país, por la voluntad de Dios<sup>2349</sup>

Puesto que para F. D. Roosevelt, al igual que para Washington, “la preservación del fuego sagrado de la libertad y del destino del modelo republicano de gobierno están justamente considerados...pegados al experimento encomendado a las manos del pueblo americano”<sup>2350</sup>. Para el verano de 1941 el equilibrio entre aislacionistas e internacionalistas era evidente, según una encuesta llevada a cabo por Gallup el 38 por ciento de los entrevistados favorecían la participación de Estados Unidos en una nueva organización internacional, mientras que un 39 por ciento eran contrarios a tal medida.

En todo caso, el ataque japonés a Pearl Harbor fue el golpe de gracia al ya menguante sentir aislacionista en Estados Unidos, como el propio F. D. Roosevelt reconociera en 1944 “los aislacionistas y las avestruces que plagaban nuestro pensamiento antes de Pearl Harbor lentamente se están extinguiendo”<sup>2351</sup>, pues “el pueblo americano sabe ahora que todas las naciones del mundo, grandes y pequeñas, tendrán que jugar su parte apropiada en el mantenimiento de la paz mediante la fuerza, y en decidir pacíficamente las disputas que puedan conducir a la guerra”<sup>2352</sup>.

El abandono del aislacionismo, como en el caso de Woodrow Wilson, no produjo un vacío ideológico, sino que al contrario, propició un activismo democrático que como hemos visto, ofrecía, con el ejemplo estadounidense y de relaciones interamericanas, la base de la nueva arquitectura mundial diseñada por F. D. Roosevelt. Para el Presidente estadounidense estaba claro que esos “dioses de la fuerza y el odio mundiales”<sup>2353</sup> eran los culpables de la actual guerra, y que ello podría revertirse sólo si “las masas de los pueblos de esas naciones cambiaran las políticas de sus gobiernos si se les diera plena libertad y acceso total a los procesos democráticos de gobierno como nosotros los entendemos”<sup>2354</sup>, esos Estados culpables de iniciar la guerra “retrocedieron a la antigua creencia en la ley de la espada, o en la concepción fantástica de que ellos, y sólo ellos, son elegidos para cumplir una misión”<sup>2355</sup>, por el contrario Estados Unidos ha buscado “mediante todo medio legítimo ejercer nuestra influencia moral contra la represión, la intolerancia y la autocracia, y a favor de la libertad de expresión, la igualdad ante la ley, la tolerancia religiosa y el gobierno popular”<sup>2356</sup>, es decir, en contra del autoritarismo y a favor de la democracia, ya que

---

<sup>2349</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, tercer discurso inaugural ante el Congreso del 20 de enero de 1941, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16022](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16022).

<sup>2350</sup> *Ibíd.*

<sup>2351</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje a la Convención Nacional Demócrata en Chicago del 20 de julio de 1944, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16537&st=isolationist&st1=>.

<sup>2352</sup> *Ibíd.*

<sup>2353</sup> *Ibíd.*

<sup>2354</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 3 de enero de 1936, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15095&st=&st1=>.

<sup>2355</sup> *Ibíd.*

<sup>2356</sup> *Ibíd.*



la evidencia nos prueba que la autocracia en los asuntos mundiales hace peligrar a la paz y que esas amenazas no nacen de aquellas naciones consagradas al ideal democrático [...] dentro de las naciones democráticas la principal preocupación del pueblo es prevenir la continuación o el avance de instituciones autocráticas que engendran esclavitud en casa y agresión en el exterior [...] la opinión popular está en guerra con una minoría en busca de poder. Esto no es nuevo. Fue combatido en la Convención Constitucional de 1787. Desde entonces de tiempo en tiempo, la batalla ha sido continuada bajo Thomas Jefferson, Andrew Jackson, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson<sup>2357</sup>

Es decir, para F. D. Roosevelt la tradición, los principios y valores primeramente expresados por los padres fundadores de Estados Unidos, y más tarde perpetuados en la labor de sus predecesores en el cargo, le obligaban a poner a la nación en contra de aquellos regímenes políticos que representaban las antípodas del sistema republicano y democrático americano, si bien en 1936 ello implicaba no ir más allá de observar una imparcial neutralidad.

Para F. D. Roosevelt no sólo el sistema republicano y democrático estadounidense podría convertirse en un ejemplo para el resto del mundo, también su política de buena vecindad podría serlo, al encarnar como ningún otro un sistema de relaciones internacionales basado en los principios y valores de respeto a la libertad, pues

las masas de los pueblos de todas las Américas están convencidas de que la forma de gobierno democrática puede tener éxito y no desean sustituirla por ninguna otra forma de gobierno. Ellas creen que las democracias son mejores para arreglárselas con los cambiantes problemas de la moderna civilización dentro de ellas, y que las democracias son mejores para mantener la paz entre ellas<sup>2358</sup>

No en vano “en las oligarquías, el militarismo marca el paso, mientras que en esas naciones que han retenido la democracia, el militarismo se ha desvanecido”,<sup>2359</sup> tendencia que la guerra mundial no haría más que estimular. Por tanto, en el continente americano existía un ejemplo que debería tener un efecto total sobre el resto del mundo, siendo entonces el momento para que la democracia se vindicase a sí misma.

En 1941, con el mundo sumido en la guerra y Estados Unidos dividido a cerca de la postura que debía adoptar ante la misma, F. D. Roosevelt reafirmaba de nuevo su fe en la democracia a pesar del avance de las fuerzas autoritarias

hay hombres que creen que la democracia, como una forma de gobierno y un marco de vida, está limitada o moderada por un tipo de destino místico o artificial, que por alguna razón inexplicable, la tiranía o la esclavitud se han

---

<sup>2357</sup> *Ibíd.*

<sup>2358</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, mensaje anual al Congreso del 6 de enero de 1937, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=15336&st=&st1=>.

<sup>2359</sup> *Ibíd.*



convertido en la rugiente ola del futuro, y que la libertad es una marea en retroceso. Pero los americanos saben que no es cierto<sup>2360</sup>

De hecho “la democracia no está muriendo...sabemos que no puede morir, porque está construida en la iniciativa individual sin trabas de hombres y mujeres reunidos junto a una empresa común, una empresa asumida y llevada a cabo mediante la libertad de expresión de una mayoría libre”<sup>2361</sup>, lo que en resumidas cuentas, no era más que “el espíritu, la fe de América”<sup>2362</sup>. Para F. D. Roosevelt “el destino de América fue proclamado en palabras de profecía”<sup>2363</sup> por G. Washington en 1789, pues “nuestro fuerte propósito es proteger y perpetuar la integridad de la democracia”<sup>2364</sup> del “sagrado fuego de la libertad y el destino del modelo republicano...apuntalado en el experimento confiado a las manos del pueblo americano”<sup>2365</sup>.

Ya en enero de 1941, en su discurso de los cuatro principios, había esbozado su idea del futuro nuevo orden mundial

fundado sobre cuatro libertades humanas esenciales. La primera es la libertad de palabra y expresión- en cualquier parte del mundo. La segunda es la libertad de toda persona para adorar a Dios a su propio modo- en cualquier parte del mundo. La tercera es la libertad frente a la necesidad- que, traducida a términos mundiales, significa las interpretaciones económicas que aseguren a toda nación una vida en paz saludable para sus habitantes- en cualquier parte del mundo. La cuarta es la libertad frente al miedo- que, traducida en términos mundiales, significa una reducción global de armamentos hasta tal punto y de tal forma que ninguna nación esté en posición de cometer un acto de agresión física a su vecino- en cualquier parte del mundo<sup>2366</sup>

Como se puede apreciar, F. D. Roosevelt recogía temas esenciales al idealismo tanto wilsoniano, al hablar de desarme internacional, como del progresivismo de su primo Theodore, al hablar del desarrollo económico mundial. Para el Presidente lo fundamental era que Estados Unidos no diera la espalda al mundo que nacería con el fin de la contienda, un mundo que debía ser la antítesis al creado por las tiranías alemana y japonesa, y cuya base sería “un orden moral... la cooperación de los países libres, trabajando juntos en una sociedad amistosa y civilizada...nuestra fortaleza es nuestra unidad de propósito”<sup>2367</sup>, y por dicha unidad de los aliados lucharía desde entonces, no sólo para vencer al enemigo, sino para crear la nueva arquitectura mundial.

---

<sup>2360</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, tercer discurso inaugural del 20 de enero de 1941, texto consultado en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16022&st=democracy&st1=>.

<sup>2361</sup> *Ibíd.*

<sup>2362</sup> *Ibíd.*

<sup>2363</sup> *Ibíd.*

<sup>2364</sup> *Ibíd.*

<sup>2365</sup> *Ibíd.*

<sup>2366</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso al Congreso del 6 de enero de 1941, texto consultado íntegro en [www.wwnorton.com/college/history/ralph/workbook/ralprs36b.htm](http://www.wwnorton.com/college/history/ralph/workbook/ralprs36b.htm)

<sup>2367</sup> *Ibíd.*



Tras la Declaración de los Aliados, firmada en Londres en junio de 1941 por catorce países aliados, que abogaba por el trabajo conjunto de las naciones libres en tiempos de guerra y de paz<sup>2368</sup>, F. D. Roosevelt se reunió con W. Churchill dos meses más tarde en Terranova, y juntos elaborarían lo que se dio a conocer como Carta Atlántica<sup>2369</sup>. En la misma se anunciaban ocho principios que no podían ser más wilsonianos<sup>2370</sup> como eran la renuncia a la conquista de territorios, la autodeterminación de los pueblos, la libertad de elegir al gobierno que su respectivo pueblo deseara, la libertad de acceso a las riquezas naturales, la cooperación internacional en el campo económico para mejorar los niveles de vida social, la libertad de circulación en cada país tras la derrota nazi, la libertad de mares y el abandono del uso de la fuerza para crear un sistema de seguridad colectivo permanente<sup>2371</sup>. Para Churchill la reunión fue trascendental no sólo por estrechar las relaciones entre Washington y Londres, sino por el compromiso de destruir la tiranía nazi y de crear un nuevo orden de posguerra<sup>2372</sup>. Tras entrar en la guerra, y ver acrecentadas sus sospechas por los verdaderos intereses de Churchill y su desconfianza ante el representante francés, De Gaulle, Roosevelt planteó la idea de un mundo desmilitarizado donde sólo las cuatro potencias (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y China) estuviesen armadas con el fin de actuar como policías globales<sup>2373</sup>, pero tal proyecto carecía del realismo requerido por las nuevas circunstancias y se dejó a un lado. Eso sí, se logró un acuerdo entre los 27 países que hasta el momento habían declarado la guerra a las potencias del Eje por el que se suscribían los principios de la Carta Atlántica y se consideraba que “la victoria completa sobre sus enemigos es esencial para defender la vida, libertad, independencia, libertad religiosa y para preservar los derechos humanos y la justicia”<sup>2374</sup>. A Churchill la idea de los cuatro policías no le agradaba demasiado, ya que con ello lo que calificaba de barbarie rusa se extendería por Europa del Este, además de no contemplar a China lo suficientemente capacitada como para desempeñar tan compleja responsabilidad, en cambio prefería un consejo europeo en el que se encontrarían también las grandes potencias del continente, quien unido a otros consejos regionales crearan una policía internacional, teniendo entre sus funciones el control del desarme prusiano<sup>2375</sup>.

El 1 de enero de 1942, F. D. Roosevelt hacía pública la Declaración conjunta de las Naciones Unidas sobre la cooperación para la victoria, en ella, los 26 países firmantes, incluidos Estados Unidos, el Reino Unido, la Unión Soviética y China,

---

<sup>2368</sup> [www.fmmeduacion.com.ar/Onu/1información/origen.htm#2](http://www.fmmeduacion.com.ar/Onu/1información/origen.htm#2) y VELASCO, Manuel D., “Las organizaciones internacionales” Editorial Tecnos, 1999, p. 156.

<sup>2369</sup> Texto íntegro consultado en <http://usinfo.state.gov/infousa/government/overview/53.html>

<sup>2370</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 278.

<sup>2371</sup> “La Carta Atlántica”, 14 de agosto de 1941, texto íntegro consultado en [www.britannia.com/history/docs/atlantic.html](http://www.britannia.com/history/docs/atlantic.html)

<sup>2372</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 35.

<sup>2373</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 284.

<sup>2374</sup> “Declaración conjunta de las Naciones Unidas sobre la cooperación para la victoria”, 1 de enero de 1942, texto íntegro consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16169&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16169&st=&st1=)

<sup>2375</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 285.



suscribían “un programa común de propósitos y principios encarnados en la Declaración Conjunta [...] conocida como Carta Atlántica”<sup>2376</sup>, y puesto que

habiendo concebido la completa victoria sobre sus enemigos como esencial para la defensa de su vida, libertad, independencia y libertad religiosa, y la preservación de los derechos humanos y la justicia en sus propias tierras como en otras, y estando comprometidos en una lucha común contra las fuerzas salvajes y brutales que buscan subyugar al mundo, declaran:

1. cada gobierno se compromete a emplear todos sus recursos, militares o económicos, contra los miembros del Pacto tripartito...
2. cada gobierno se compromete a cooperar con los gobiernos signatarios a no firmar desde ahora ningún armisticio o paz separados con el enemigo<sup>2377</sup>

Con ello F. D. Roosevelt lograba su objetivo de hacer extensivos los principios de la Carta Atlántica al resto de potencias y países aliados en la lucha contra el Eje, acercando un paso más a la realidad su programa de reforma del sistema mundial. Un mes más tarde, la Administración Roosevelt ponía en marcha el Comité Asesor sobre Política Exterior de Posguerra, encargado de diseñar planes para la nueva estructura mundial, con un subcomité especial sobre organización internacional. El Comité estaba integrado por miembros del gobierno y personajes fuera del mismo, y estaba presidido por el Secretario de Estado C. Hull, quien aun temía un resurgir aislacionista y una posible negativa de Senado a un nuevo organismo internacional, de todos modos, la tendencia nacional iba en sentido contrario, pues si en 1937 sólo el 33 por ciento de la opinión pública estadounidense favorecía la entrada del país en una organización internacional, en julio de 1942 el porcentaje había ascendido al 59 por ciento, por el 22 por ciento en contra, con un cambio significativo entre los votantes Republicanos, si bien en las elecciones de ese mismo año, 115 congresistas aislacionistas retuvieron sus puestos y el Partido Republicano avanzó hasta casi controlar ambas Cámaras<sup>2378</sup>.

A inicios de 1943, cuando la victoria en Europa estaba más próxima y un 73 por ciento de la opinión pública estadounidense estaba a favor de la participación en la futura estructura mundial, la Asociación no Partidista de la Liga de Naciones se fusionó al recién creado Consejo Ciudadano para las Naciones Unidas, amalgama de organizaciones a favor de la participación estadounidense en la futura estructura internacional, que junto a otras organizaciones como el Comité de Acción Femenino para la Victoria y la Paz Duradera se unieron en la causa internacionalista<sup>2379</sup>.

En mayo de 1943 tuvo lugar la primera reunión de las Naciones Unidas sobre Alimentación y Agricultura, cuando ya en abril se había celebrado una reunión de la Organización Internacional del Trabajo, y en febrero Stalin había accedido a la propuesta de F. D. Roosevelt de crear un grupo de planificación económica en el seno

---

<sup>2376</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Declaración conjunta de las Naciones Unidas sobre la cooperación para la victoria del 1 de enero de 1942, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16169&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16169&st=&st1=).

<sup>2377</sup> *Ibíd.*

<sup>2378</sup> DIVINE, op.cit., p. 49 y 69.

<sup>2379</sup> *Ibíd.*, p. 86 y 101.



de las Naciones Unidas para el futuro orden económico, comercial y financiero de posguerra, cuyos primeros frutos pudieron verse con la creación en noviembre de la Administración de Socorro y Reconstrucción de las Naciones Unidas, conformada por 44 naciones, representantes del 80 por ciento de la población mundial de entonces, y al que Estados Unidos aportaba dos tercios de su presupuesto, con el fin de aliviar a los pueblos liberados del yugo asesino nazi y del militarismo japonés. Con dicha agencia F. D. Roosevelt creía haber logrado “un mecanismo basado en los procesos de democracia verdadera que puede equilibrar las necesidades de todo el mundo en los días y meses de desesperada emergencia que seguirán a la caída del Eje”<sup>2380</sup>.

Para entonces el internacionalismo se iba abriendo paso con fuerza en la sociedad estadounidense, como demuestra la reunión interna del Partido Republicano de septiembre de 1943, en la que se aprobaba una política exterior de consenso que admitía la entrada de Estados Unidos en una futura organización internacional siempre que preservara los procesos constitucionales de cada nación, punto defendido por el Senador Vandenberg, confirmando que a partir de entonces los Republicanos no entorpecerían el impulso internacionalista como en 1919, opción respaldada por la ciudadanía estadounidense, que en un 81 por ciento estaba a favor de futura organización internacional, por tan sólo un 11 por ciento en contra<sup>2381</sup>.

Como vimos en el apartado anterior, tras la aprobación de las resoluciones Fulbright y Connally, de septiembre y noviembre de 1943, F. D. Roosevelt pudo contar con el consenso interno a favor del internacionalismo del que W. Wilson había carecido, si bien dicho consenso no estuvo libre de conflictos internos entre las filas internacionalistas. Con anterioridad a la Resolución Fulbright, el Senador Republicano por Minnesota Joseph H. Ball, ferviente internacionalista, había presentado al Senado la resolución 114 junto al también Republicano por Ohio Harold H. Burton y los Demócratas Carl A. Hatch de Nuevo México y Lester Hill de Alabama. En ella se abogaba por la creación de una organización internacional que se ocupase del alivio a las zonas liberadas, pero sobre todo, a diferencia de la Sociedad de Naciones, con un poder real de policía para “suprimir mediante el uso inmediato de la fuerza cualquier futuro intento de agresión militar por cualquier nación”<sup>2382</sup>. Con ello los cuatro Senadores impulsores de la resolución intentaban presionar a la Administración a favor de un organismo internacional sólido, con capacidad real para imponer sus decisiones, pero precisamente esa mención expresa a la policía mundial era lo último que quería escuchar el Presidente, quien sabía que sería rechazada por los aislacionistas, como en efecto anunciaron Wheeler y Taft, favoreciendo en su lugar una resolución más conciliadora que a través de términos más generales fuese capaz de alcanzar un consenso bipartidista, como la presentada a continuación por el Senador Connally, además con ello trataba de mantener la iniciativa en el Congreso acerca del futuro orden de posguerra, pues a diferencia de ésta última, la Resolución B2H2, como se conoció por sus patrocinadores, pese a recoger aspectos sustanciales a

<sup>2380</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, discurso sobre la firma del acuerdo que establecía la UNRRA del 9 de noviembre de 1943, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16339&st=united&st1=nations](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16339&st=united&st1=nations).

<sup>2381</sup> DIVINE, op.cit., p. 131-134.

<sup>2382</sup> *Ibíd.*, p. 92 y <http://collections.mnhs.org/MNHHistoryMagazine/articles/52/v52i01p027-034.pdf>.



su plan de los cuatro policías, era fruto de la independencia del Congreso, y no de la acción de su Administración. A la postre, aunque la Resolución 114 fue presentada en el Senado el 16 de marzo, ni siquiera fue votada ante la negativa del Ejecutivo a respaldarla<sup>2383</sup>.

Como se observa, el destino final de la Resolución 114 es una muestra más del realismo con que F. D. Roosevelt afrontaba cada paso que daba en la consecución de sus objetivos políticos, realismo que le llevó a prescindir de una iniciativa del Congreso que en definitiva recogía lo básico de su plan de las cuatro potencias, pero que al no proceder del impulso presidencial ni haber sido presentada en el momento adecuado, temía que reforzase el campo aislacionista, entorpeciendo así el futuro éxito de la causa internacionalista. De ahí que no dudara en impulsar la resolución Connally, mucho más general y sin mención alguna a la policía mundial, pero que precisamente por ello contaría, como así fue, con el respaldo mayoritario del Congreso, más aun cuando ni británicos ni rusos se mostraban muy receptivos a su idea de gendarmería mundial. En definitiva, el rechazo de la Resolución 114 supuso la victoria momentánea de la visión realista del internacionalismo llevada a cabo por el Presidente, mientras que aquella, la encabezada por el Senador Ball, era partidaria de unas Naciones Unidas fuertes capaces de impedir el reparto de Europa en esferas de influencia, al estimar que no eran garantía de paz en la posguerra, de hecho, al mes siguiente, en abril, el Presidente Roosevelt se reuniría con miembros clave del Senado, como Connally y Vandenberg para abordar las cuestiones de posguerra, ya sin mención alguna a los cuatro policías, idea rechazada por la mayoría de los internacionalistas al estimar que no aseguraría la paz<sup>2384</sup>. Como resultado del compromiso entre Presidente y Congreso llegarían las Resoluciones Fulbright y Connally analizadas en el apartado anterior, y que se acercaban más a las tesis defendidas por Republicanos como Vandenberg, preocupados por que los poderes del Congreso no se viesan perjudicados por la futura participación en las Naciones Unidas, con un aumento desmedido de las facultades del Ejecutivo que trastocasen los equilibrios de poder sancionados por la Constitución, al contrario que la postura defendida por los nuevos internacionalistas representados por Ball, quienes veían un retraso en los requerimientos para el uso de la fuerza en la futura estructura mundial, pues vaciarían de contenido real a las Naciones Unidas<sup>2385</sup>.

En octubre, las cuatro potencias aliadas, se reunieron en Rusia emitiendo la Declaración de Moscú por la que expresaban su voluntad de extender su alianza de tiempos de guerra para la paz futura<sup>2386</sup>, que para algunos miembros del Partido Republicano, en especial del Comité del Renacimiento Nacionalista, representaba la rendición estadounidense a los intereses europeos, y que como el Senador Taft, sólo admitirían la participación estadounidense en la futura organización internacional si ello no implicaba el uso de tropas de Estados Unidos<sup>2387</sup>. Dos meses después, en diciembre, en la Declaración de Teherán, Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética confirmaban su

---

<sup>2383</sup> DIVINE, op.cit. p. 93.

<sup>2384</sup> *Ibíd.*, p. 193 y 200.

<sup>2385</sup> *Ibíd.*, p. 222.

<sup>2386</sup> VELASCO, op.cit., p. 156.

<sup>2387</sup> DIVINE, op.cit., p. 186.



determinación de que nuestras naciones deben trabajar juntas en la guerra y en la paz que vendrá...buscaremos la cooperación y la participación activa de todas las naciones...les daremos la bienvenida, si elijen venir, dentro de la familia mundial de naciones democráticas<sup>2388</sup>

En Teherán, Roosevelt se acercaba a las posturas defendidas por Stalin, alejándose de Churchill, pero reafirmando el compromiso común de crear una nueva organización internacional al término de la guerra, así, en un discurso radiofónico de junio de 1943 dejaba para la finalización de la guerra la concreción del diseño final de la nueva organización, admitiendo que

el mismo tipo de planeamiento cuidadoso que ganó la victoria en el norte de África y en Sicilia, es requerido si vamos a hacer de la victoria una realidad duradera y dar nuestro esfuerzo en la construcción de un mundo pacífico que justificará los sacrificios de esta guerra...las Naciones Unidas están de acuerdo sustancialmente en los objetivos generales para la posguerra...<sup>2389</sup>

En Teherán F. D. Roosevelt logró que Stalin y Churchill suscribieran la importancia de la unión de las Naciones Unidas para la victoria final y la colaboración de posguerra, pero no logró el visto bueno ruso al esquema más concreto de la futura organización internacional, que concebía formada por una Asamblea, cuyas decisiones no serían vinculantes, un Comité Ejecutivo encargado de los asuntos no militares, sociales y económicos principalmente, y cuyas decisiones tampoco serían vinculantes, y el Comité de las Cuatro Potencias que se repartiría las labores policiales en esferas (Estados Unidos para América, Gran Bretaña y Unión Soviética para Europa y China para Asia) que se encargarían de dichos asuntos militares. La mayor disconformidad residía en éste último comité, pues como los británicos, Stalin se sentía más conforme con comités regionales que con un organismo internacional, visión que en cierto modo chocaba con el tradicional rechazo estadounidense a las esferas de poder, pero no tanto con los planes de F. D. Roosevelt<sup>2390</sup>.

En el mensaje del Estado de la Unión de 1944, el Presidente describía a las claras el papel de Estados Unidos en el nuevo orden que habría de seguir a la derrota del Eje, ya que

no creo que ninguno de nosotros americanos pueda ser feliz con la mera supervivencia...Estamos unidos en la determinación de que otra guerra no sea seguida por otro tiempo muerto que conduzca a un nuevo desastre- que no debemos repetir los trágicos errores del ostracismo aislacionista<sup>2391</sup>

Para luego formular su visión de ese mismo nuevo orden

---

<sup>2388</sup> “Declaración de Teherán”, 1 de diciembre de 1943, texto consultado íntegro en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16346&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16346&st=&st1=)

<sup>2389</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Discurso radiofónico presidencial sobre el progreso de la guerra y los planes para la paz, 28 de julio de 1943, texto consultado íntegro en [www.fdrlibrary.marist.edu](http://www.fdrlibrary.marist.edu)

<sup>2390</sup> DALLECK, op.cit., p. 435 y FROMKIN, op.cit., p. 602.

<sup>2391</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Mensaje del Estado de la Unión al Congreso, 11 de enero de 1944, texto consultado íntegro en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16518&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16518&st=&st1=).



*el objetivo supremo para el futuro, que discutimos para cada nación individualmente, y para todas la Naciones Unidas, puede ser resumido en una palabra: seguridad...*China y Rusia están unidas de verdad a América y Gran Bretaña en el reconocimiento de este hecho esencial: los mayores intereses de cada nación, grandes y pequeñas, demandan que todas las naciones amantes de la paz se unan en un sistema de paz justo y duradero<sup>2392</sup>

Por lo tanto, para Roosevelt, como ya reivindicara en su momento W. Wilson, Estados Unidos debía involucrarse en la construcción del orden de posguerra, si bien la prioridad ya no se centraba tanto en la defensa del modelo republicano y democrático estadounidense como base del naciente sistema de gobernanza mundial, sino que se anteponía la seguridad a la democratización, si bien la institución de un organismo internacional que incluyese a todas las naciones ya respondía por sí sólo a las aspiraciones democratizadoras de la Administración Roosevelt. El Presidente estadounidense consideraba que la “libertad respecto al miedo está estrechamente ligada a la libertad respecto a la necesidad”<sup>2393</sup>, es decir, para F. D. Roosevelt el apuntalamiento de las condiciones de vida era un prerequisite esencial para lograr el objetivo de una paz duradera, pues “la libertad individual no puede existir sin seguridad económica ni independencia”<sup>2394</sup>, confiando en que la adopción mundial de los derechos al trabajo remunerado con sueldos justos, a una vivienda decente, a la libertad de comercio, a la buena educación y a la salud, coadyuvasen a la creación de un orden internacional pacífico y seguro, ya que para el Presidente “todos estos derechos forman la seguridad”<sup>2395</sup>. F. D. Roosevelt se distanciaba así de su admirado Wilson al no colocar al sistema estadounidense como modelo del nuevo organigrama mundial, conformándose con invocar los clásicos principios y valores de respeto a la libertad y la igualdad mientras en la práctica tomaba en cuenta las realidades de poder del momento, sobre todo en lo relativo a su aliado soviético, confiando en el mantenimiento en el futuro pacífico de la colaboración de tiempos de guerra. Prueba de que no le servía el esquema de la Sociedad de Naciones fue que la Administración Roosevelt empezó a centrar su trabajo en la estructura de la futura organización internacional a partir de enero de 1944<sup>2396</sup>, estudio reforzado con la creación por parte de C. Hull en la primavera de 1944 de un grupo compuesto por ocho Senadores, entre los que se encontraba el Republicano A. Vandenberg, que trabajaría en unión al Departamento de Estado para el estudio de la futura organización internacional<sup>2397</sup>, para entonces, el campo aislacionista se había reducido tanto que tan sólo representaba ya entre un diez y un quince por ciento de la opinión pública estadounidense<sup>2398</sup>.

De hecho, F. D. Roosevelt se estaba alejando del modelo de la Sociedad de Naciones seguido por Wilson tras la I Guerra Mundial al crear las nuevas Naciones Unidas, como él mismo reconocería meses más tarde “no puedes seguir el patrón

---

<sup>2392</sup> *Ibíd.*, la cursiva es mía.

<sup>2393</sup> *Ibíd.*

<sup>2394</sup> *Ibíd.*

<sup>2395</sup> *Ibíd.*

<sup>2396</sup> DIVINE, *op.cit.*, p. 185.

<sup>2397</sup> FROMKIN, *op.cit.*, p. 604.

<sup>2398</sup> DIVINE, *op.cit.*, p. 182.



antiguo, porque obviamente las condiciones son totalmente distintas a los días de 1919<sup>2399</sup>, ya que para Roosevelt la clave del nuevo sistema debía ser asegurar la paz y seguridad internacional

estamos trabajando hacia la unidad de las Naciones Unidas hacia la prevención, si humanamente podemos contribuir a ello, de otra guerra mundial...será una guerra para acabar con la guerras, y será hecho a través de esta unidad altruista de todas las naciones, de la que vamos a ser parte...y tenemos un objetivo hoy, y es unirnos a otras naciones del mundo...para la paz general del mundo poniendo en marcha algún tipo de maquinaria negociadora entre las naciones, sin perder la independencia de los Estados Unidos...ni destruyendo la integridad de los Estados Unidos-con el objetivo de trabajar tan cerca que si alguna nación del mundo empieza a descarriarse, o alguna combinación de naciones comienza a descarriarse, y busca arrebatar territorios o invadir a sus vecinos, haya una unanimidad de opinión que logre que el momento de pararlas sea anterior al que den comienzo su agresión<sup>2400</sup>

Como se aprecia, no se habla en ningún momento de democratizar las relaciones internacionales inspirándose en el modelo estadounidense, tan sólo de apuntalar un régimen de seguridad internacional. Tampoco Roosevelt mencionará la Promoción de la Democracia en su declaración sobre las conversaciones de agosto en Dumbarton Oaks, en las cuales el objetivo primordial de la nueva organización sería evitar que ningún Estado agresor vuelva a poner en peligro la paz y seguridad internacional atacando a las “naciones amantes de la paz”<sup>2401</sup>. Así, en Dumbarton Oaks F. D. Roosevelt presentó a los delegados de Gran Bretaña, China y Unión Soviética su plan para la futura organización de mantenimiento de la paz, con reuniones tripartitas entre estadounidenses, británicos y soviéticos por un lado, y estadounidenses, británicos y chinos por otro, donde se bosquejó un esquema general a concretar en Yalta y en la Conferencia de San Francisco, pero cuyas notas se basaban en un Consejo de Seguridad con presencia de los miembros permanentes con derecho a veto, que no sería utilizado en los casos en que fueran parte, medida rechazada por Moscú, pues tal extremo se distanciaba de lo acordado en Teherán (uso irrestricto del veto), además, los representantes rusos defendían que cada república soviética contara con un voto<sup>2402</sup>, lo que le daría una ventaja sustancial en la Asamblea. Con todo, no es de extrañar que la cumbre terminara en un sonoro fiasco, más aun cuando F. D. Roosevelt lejos de tratar exclusivamente con las grandes potencias, tuvo que rendir cuentas también de su plan ante los demás países, aumentando la polifonía sobre la futura organización internacional<sup>2403</sup>.

Para algunos internacionalistas, Dumbarton Oaks supuso más bien un magro punto de partida, como para el Senador Ball, que como hemos visto era un representante del maximalismo internacionalista Republicano, para quien “nuestra organización debe tener el poder en sí para parar futuros intentos de agresión y de

---

<sup>2399</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Conferencia de prensa del 30 de mayo de 1944, consultado en [www.fdrlibrary.marist.edu](http://www.fdrlibrary.marist.edu)

<sup>2400</sup> *Ibíd.*

<sup>2401</sup> ROOSEVELT, F. D., declaración sobre las conversaciones de Dumbarton Oaks, 9 de octubre de 1944, texto consultado íntegro en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16577&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16577&st=&st1=)

<sup>2402</sup> BUTLER, *op.cit.*, p. 316.

<sup>2403</sup> FROMKIN, *op.cit.*, p. 607.



menoscabar la paz mundial”<sup>2404</sup>, mientras que el resultado de Dumbarton Oaks era similar a la Sociedad de Naciones, una organización compuesta por Estados soberanos, si bien el sistema diseñado para el Consejo de Seguridad, quien podría decidir el uso de la fuerza en caso de quebranto de la paz y seguridad internacional, era lo más cerca que se podía haber ido hacia “una verdadera policía internacional hasta que en algún tiempo distante tengamos un verdadero gobierno a nivel mundial”<sup>2405</sup>, no en vano, para Ball “otra gran guerra, no importa cómo ocurra o qué depare, significará con toda probabilidad la destrucción de la civilización Occidental, y con absoluta certidumbre el fin para muchas generaciones de todo tipo de gobierno democrático”<sup>2406</sup>, que sólo podrá salvarse con la colaboración internacional, y no mediante ninguna suerte de estrategia insular aislacionista, y los acuerdos adoptados en Dumbarton Oaks, pese a verse afectados por las derivas nacionalistas lógicas tras una guerra, significaban al menos un comienzo en la marcha hacia una verdadera comunidad internacional organizada en torno a una estructura común de gobierno.

Sin duda que las críticas de internacionalistas como Ball iban dirigidas a la extensión de la facultad de veto asegurada a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, pero que para los defensores del plan presidencial era un mal menor esencial para ver aprobado su proyecto en el Congreso, ahogando así las suspicacias aislacionistas. Así, para el periodista Walter Lippmann el veto representaría el nexo de unión fundamental entre realismo e idealismo que equilibraba el proyecto de las Naciones Unidas, mientras que para el Senador R. Taft, el veto hacía imposible establecer una verdadera organización internacional al mismo tiempo que permitía la impunidad de la expansión soviética<sup>2407</sup>.

El fracaso de las conversaciones de Dumbarton Oaks repercutió negativamente en los planes presidenciales, de hecho, durante la campaña para las elecciones de 1944, C. Hull y J. F. Dulles llegaron a un acuerdo bipartidista para no convertir la futura estructura mundial en un tema de campaña, pues era consciente de la negativa popular a su plan de cuatro policías reservado a las grandes potencias, en todo caso, difería de los Republicanos en el papel concedido al Congreso, pues F. D. Roosevelt pensaba que la facultad para determinar la entrada de la nación en guerra, una vez dentro de la futura organización internacional, descansaba en el Presidente o en el delegado en dicho organismo, es más, el Presidente entendió su victoria en las urnas como un respaldo popular a una estructura internacional fuerte<sup>2408</sup>.

A pesar de los reveses sufridos sobre todo con sus aliados, F. D. Roosevelt no descuidó en ningún momento el frente interno, como demuestra la colaboración del Departamento de Estado, iniciada a finales de 1944, con la asociación Americanos Unidos por la Organización Internacional, que se había convertido en el principal instrumento del internacionalismo dentro de Estados Unidos, con la finalidad de emprender una campaña educativa sobre la necesidad de la futura estructura mundial.

---

<sup>2404</sup> BALL, Joseph H., “The Essentials of a World Organization”, artículo aparecido en el documento de la American Bar Association *The Dumbarton Oaks Proposals*, p. 6-8.

<sup>2405</sup> *Ibíd.*

<sup>2406</sup> *Ibíd.*

<sup>2407</sup> DIVINE, op.cit., p. 226 y 293.

<sup>2408</sup> DALLECK, op.cit., p. 483 y DIVINE, op.cit., p 210.



Si bien no se libraría de las críticas domésticas a sus planes, pues si ya los obispos protestantes, con el apoyo de J. F. Dulles, habían criticado con anterioridad el proyecto de los cuatro policías, ahora era la Asociación Católica la que pese a ver en la organización internacional el único modo de asegurar la paz, criticaba la estructura surgida de Dumbarton Oaks por descansar en políticas de poder y no favorecer a las pequeñas naciones, posición compartida por la Conferencia Nacional del Bienestar Católico, que veía en las Naciones Unidas una alianza surgida entre el poder de las grandes naciones, aunque con los loables objetivos de la cooperación internacional y el mantenimiento de la paz<sup>2409</sup>.

Al ganar sus cuartas elecciones, Alemania estaba prácticamente vencida y tan sólo restaba acabar con el frente del Pacífico, donde Japón se resistía a admitir su derrota. En su Discurso del Estado de la Unión de 1945<sup>2410</sup> el Presidente advertía a su país de que “en el futuro no debemos olvidar nunca la lección que hemos aprendido-que debemos tener amigos que trabajarán con nosotros en la paz como han luchado a nuestro lado en la guerra”<sup>2411</sup>, es decir, que Estados Unidos debía olvidarse por siempre de la gran regla y establecer alianzas permanentes por el bien de la seguridad mundial, así, Roosevelt añadía que

en el campo de la política exterior, proponemos permanecer juntos con las Naciones Unidas no sólo para la guerra sino para la victoria por la que la guerra es luchada. No es sólo un peligro común el que nos une sino un deseo común. La nuestra no es una asociación de gobiernos sino de pueblos...y por todo el mundo, donde quiera que el hombre ame la libertad, el deseo y propósito de la gente es para la paz...una paz que sea duradera y segura<sup>2412</sup>

Y para crear esa nueva paz no bastaba con vencer a las potencias del Eje, sino que también era necesario que

en el futuro el mal uso del poder, del modo en que se emplea el término – políticas de poder-, no debe ser un factor de control en las relaciones internacionales [...] en un mundo democrático, como en un país democrático, el poder debe estar ligado a la responsabilidad, y obligado a defenderse y justificarse dentro del marco del bien general<sup>2413</sup>

Con ello recuperaba el anhelo wilsoniano de democratizar no sólo el orden interno de las naciones, sino que también el sistema internacional que las engloba, y por tanto recordaba los obstáculos que en su opinión habían hecho fracasar la tentativa wilsoniana, “el perfeccionismo, no menos que el aislacionismo o las políticas imperiales, no debe obstruir el camino de la paz internacional”<sup>2414</sup>. Por perfeccionismo Roosevelt entendía el exceso de celo a la hora de condenar a la Sociedad de Naciones por sus fallos, sin compensarlos con su significado real, pues

<sup>2409</sup> DIVINE, op.cit., p. 162, 248 y 285.

<sup>2410</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Discurso sobre el Estado de la Unión ante el Congreso del 6 de enero de 1945, texto consultado íntegro en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16595&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16595&st=&st1=)

<sup>2411</sup> *Ibíd.*

<sup>2412</sup> *Ibíd.*

<sup>2413</sup> *Ibíd.*

<sup>2414</sup> *Ibíd.*



en nuestra desilusión tras la última guerra preferimos la anarquía internacional a la cooperación internacional con naciones que no veían ni pensaban como nosotros...no debemos dejar que pase de nuevo, o seguiremos el mismo trágico destino- el destino de una tercera guerra mundial<sup>2415</sup>

Pues para Estados Unidos la nueva organización no sólo servía a los intereses de seguridad mundiales, sino también nacionales ya que “sólo podemos cumplir nuestras responsabilidades para el mantenimiento de la seguridad de nuestro país si ejercemos nuestro poder y nuestra influencia para alcanzar los principios en los que creemos y por los que hemos luchado”<sup>2416</sup>, es decir, los principios clásicos del pensamiento político americano y que definen el modelo estadounidense republicano y democrático, así, al menos en la retórica F. D. Roosevelt no se alejaba de la aspiración wilsoniana<sup>2417</sup> de moldear el futuro orden internacional a imagen del sistema político y económico creado por Estados Unidos<sup>2418</sup>.

En todo caso, como hemos visto con anterioridad, en la práctica Roosevelt sí que se diferenciaba de la concepción wilsoniana, divergencias que se aprecian a toda luz en el discurso sobre el Estado de la Unión en párrafos como el siguiente

La paz puede lograrse y mantenerse sólo a través de la determinación unida de los pueblos libres y amantes de la paz que quieran trabajar juntos...la cooperación internacional en la que la paz duradera debe estar basada no es un camino de un único sentido, *las naciones como los individuos no siempre ven igual o piensan igual, y la cooperación internacional y el progreso no son ayudados si una nación asume que tiene el monopolio de la sabiduría o la virtud*<sup>2419</sup>

Es decir, para lograr la aprobación internacional de la constitución de las Naciones Unidas, Estados Unidos, o cualquier otra potencia, debía renunciar al sueño de imponer sus puntos de vista. De modo que una vez más, Roosevelt anteponía la seguridad a la Promoción de la Democracia de corte wilsoniana, si bien Washington no debería “dudar en usar (nuestra) influencia-y usarla ahora- para asegurar tanto como humanamente sea posible el cumplimiento de los principios de la Carta Atlántica”<sup>2420</sup>, y reconociendo que existían problemas respecto al futuro régimen político en puntos como Polonia y Grecia, tampoco dudaba en que las diferencias

---

<sup>2415</sup> *Ibíd.*

<sup>2416</sup> *Ibíd.*

<sup>2417</sup> Una similitud más entre el proyecto de Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas era la concepción orgánica que tanto Wilson como F. D. Roosevelt concibieron respectivamente a ambas organizaciones, pues para F. D. Roosevelt “la paz internacional y el bienestar, como la paz y el bienestar nacionales, requieren alerta constante, cooperación continua y un esfuerzo organizado [...] sólo pueden ser asegurados a través de instituciones capaces de vivir y crecer”, lo que unido a su crítica al perfeccionismo de finales de la I Guerra Mundial, venía a significar un reconocimiento de la dificultad de crear un organismo fijo e inmutable en el que todos los pueblos se viesen reflejados.

<sup>2418</sup> Una muestra más de ese idealismo unilateral que tantos sinsabores le ha costado a lo largo de su historia puede resumirse en que para Roosevelt “una paz duradera no puede alcanzarse sin una América fuerte- fuerte en un sentido socioeconómico tanto como en el militar [...] rezamos para que seamos dignos de las oportunidades ilimitadas que Dios nos ha concedido”, *Ibíd.*

<sup>2419</sup> *Ibíd.*, la cursiva es mía.

<sup>2420</sup> *Ibíd.*



serán solventadas entre los aliados de la guerra contra el Eje, no en vano, Roosevelt consideraba a la Unión Soviética, junto a Gran Bretaña, como el mayor aliado de Estados Unidos en Europa. Aquí, sus críticas al perfeccionismo de entreguerras y su concepción orgánica de las Naciones Unidas sin duda que alimentaban su optimismo. Catorce días más tarde, Roosevelt ni siquiera mencionaría a las Naciones Unidas ni haría referencia alguna a la Promoción de la Democracia en su Discurso Inaugural ante el Congreso<sup>2421</sup>.

Ese mismo enero, el día 10, Arthur Vandenberg defendía ante el Senado durante media hora el internacionalismo bipartidista, al considerar que el mundo se encontraba en un momento crítico al estar en juego la paz de las futuras generaciones y que por tanto Estados Unidos debía respaldar sus ideas en las negociaciones con los aliados, sin miedo a quebrar con ello la imprescindible unidad para la consecución de un orden de posguerra pacífico y seguro, pues de no hacerse así, se corría el riesgo de que “sin importar la futura estructura del gobierno mundial, una paz injusta, construida sobre las viejas fricciones de las políticas internacionales de poder, es la peor de todas las amenazas a la que nuestras esperanzas para el futuro puedan enfrentarse”<sup>2422</sup>. Para el Senador Vandenberg no cabía duda alguna de que se estaba luchando para defender América, y al mismo tiempo proponía, junto a sus aliados, construir un orden de posguerra donde la justicia sustituyera a la fuerza

principalmente en nuestro propio beneficio... ese el camino a la paz permanente. Aun proponemos que nadie en las Naciones Unidas busque el engrandecimiento [...] que veamos los derechos soberanos y de autogobierno restaurados a aquellos que han sido privados de ellos por la fuerza<sup>2423</sup>

Es decir, Estados Unidos debía defender su “fe en estos particulares objetivos elementales de la llamada Carta Atlántica”<sup>2424</sup>, y no tolerar el privilegio unilateral en una paz multilateral, que parecía era lo que se estaba haciendo con Moscú y Londres al plegarse F. D. Roosevelt a algunas de sus propuestas.

En el corazón del razonamiento de Vandenberg descansaba la idea de que “ninguna nación a partir de ahora puede inmunizarse mediante su exclusiva acción propia”<sup>2425</sup>, de ahí que “deseo la máxima cooperación americana, consistente con el legítimo interés americano, con los procesos constitucionales y los sucesos colaterales que los garanticen, para hacer que la idea básica de Dumbarton Oaks tenga éxito”<sup>2426</sup>, pues ansiaba una nueva dignidad y una nueva autoridad para la ley internacional, eso sí, pese a suscribir el principal objetivo del internacionalismo, crear y participar en una nueva organización internacional, advertía al Presidente de que “el idealismo no compartido es una amenaza que no podemos asumir en el mundo de posguerra”<sup>2427</sup>,

---

<sup>2421</sup> ROOSEVELT, Franklin Delano, Discurso Inaugural del 20 de enero de 1945, texto consultado íntegro en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16607](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16607)

<sup>2422</sup> VANDENBERG, Arthur H., discurso ante el Senado del 10 de enero de 1945, texto consultado en [www.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/VandenbergSpeech.pdf](http://www.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/VandenbergSpeech.pdf).

<sup>2423</sup> *Ibíd.*

<sup>2424</sup> *Ibíd.*

<sup>2425</sup> *Ibíd.*

<sup>2426</sup> *Ibíd.*

<sup>2427</sup> *Ibíd.*



ya que no convenía olvidar que las naciones se guían por su propio interés, y en ello Estados Unidos no debería ser distinto a los demás cayendo en un ingenuo idealismo, por ello se debía aceptar el hecho de que Rusia estaba creando su propia zona de seguridad en Europa del Este, lo que era contrario a los planes estadounidenses y a los derechos de las pequeñas naciones y a una paz justa, y luchar para que tal realidad fuera sustituida por un genuino sistema de seguridad colectivo que hiciese innecesarias tales estrategias, un sistema que mantuviese totalmente bajo control el principal tema de discusión entre los aliados, un posible resurgir del militarismo alemán, que para Vandenberg era la causa del expansionismo soviético.

En resumen, Vandenberg apoyaba la empresa presidencial de una nueva organización internacional, pero al mismo tiempo instaba a F. D. Roosevelt a no perder de vista el mundo de posguerra que en parte se estaba sacrificando en aras de la consecución de esa misma organización, pues “estoy preparado, mediante una efectiva colaboración internacional, a poner todo de nuestra parte para trazar un mañana más feliz y más seguro. Pero no estoy preparado a garantizar permanentemente los repartos del botín de una paz injusta. Ello no funcionará”<sup>2428</sup>. Tal visión era compartida por periódicos aislacionistas como el *New York Daily News* o el *Chicago Tribune*, para quienes toda fricción entre Estados Unidos y la Unión Soviética era vista como prueba de que las Naciones Unidas no lograrían jamás sus objetivos<sup>2429</sup>.

A la reunión de Yalta de febrero de 1945, Roosevelt acudió con dos objetivos principales, por un lado lograr que Moscú declarase la guerra a Japón para así estrechar más el cerco en el Pacífico, y por otro negociar con los representantes soviéticos el sistema de voto en las Naciones Unidas<sup>2430</sup>, cuyo organigrama se había discutido meses antes en Dumbarton Oaks a través de una conferencia de expertos<sup>2431</sup>. En Yalta, como ya pronosticaban sus palabras de enero, Roosevelt sacrificó el idealismo inicial de su campaña por una organización internacional permanente de seguridad colectiva basada en los principios democráticos tan queridos por los estadounidenses, en favor de un sistema más realista que tuviese en cuenta las fuerzas respectivas a la hora de ponderar el peso de cada país en la organización, de ahí el acuerdo alcanzado sobre el voto en “las decisiones del Consejo de Seguridad en todas las materias deben ser tomadas por el voto afirmativo de siete miembros, incluyendo los votos concurrentes de los miembros permanentes”<sup>2432</sup>. Es decir, que la nueva organización lejos de democratizar el sistema internacional, legitimaba el liderazgo de las cinco potencias resultantes de la II Guerra Mundial, Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, China y Francia; sin duda una concesión al reconocimiento de que sin dicha asimetría no se hubiese alcanzado un acuerdo definitivo, asimetría aumentada por la disparidad de funciones e importancia entre el

---

<sup>2428</sup> *Ibíd.*

<sup>2429</sup> DIVINE, *op.cit.*, p. 288.

<sup>2430</sup> GRAUBARD, *op.cit.*, p. 294.

<sup>2431</sup> VELASCO, *op.cit.*, p. 157. No es el objeto de la presente tesis abrir un debate sobre la idoneidad del sistema de las Naciones Unidas ni realizar un estudio pormenorizado de sus órganos, sino tan sólo resaltar las diferencias respecto a las Sociedad de Naciones y su relación con la Promoción de la Democracia, ésta vez a nivel internacional.

<sup>2432</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, punto I sobre Organización Mundial, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.



Consejo de Seguridad y la Asamblea General; como había advertido Roosevelt, era preferible la imperfección al perfeccionismo, y en aras de un nuevo sistema mundial sacrificó el ideal democrático para lograr el fin más prosaico, pero no menos necesario, de la estabilidad global (una muestra más del realismo asumido por Estados Unidos fue la entrada como miembros fundadores de países no democráticos como la propia Unión Soviética o Arabia Saudita).

En Yalta, del mencionado sistema de voto (en que cada miembro del Consejo de Seguridad tendría un voto, con mayoría de siete votos, incluidos los miembros permanentes, si bien se establecía la abstención en aquellos casos en que se fuera parte bajo el capítulo VIII sección A y párrafo 1 de la sección C), se convirtió en un tema fundamental para el visto bueno final del Senado estadounidense, pues en la Asamblea Gran Bretaña controlaba seis votos, la Unión Soviética tres y Estados Unidos sólo uno, y sin duda que el Senado exigiría la paridad con sus aliados<sup>2433</sup>, pero también los rusos encontraron en el veto la fórmula para no repetir situaciones como la de Finlandia en 1939 en la Sociedad de Naciones, y evitar así fuertes conflictos entre las grandes naciones, si bien Churchill hubiese preferido crear niveles regionales que resolvieran sus problemas, enviando a las Naciones Unidas sólo aquellas cuestiones que por su gravedad revistieran especial importancia, y evitar de ese modo la torre de Babel en la que se podría convertir la nueva organización internacional<sup>2434</sup>. Además, se programaba una conferencia sobre la propuesta organización mundial para el 25 de abril de 1945 en Estados Unidos, integrada por los Estados miembros de las Naciones Unidas al 8 de febrero de 1945, y los Estados que hubieren declarado la guerra al enemigo común hasta el 1 de marzo de 1945 (incluidos Turquía, Ucrania y Bielorusia), incluyéndose también que Estados Unidos consultaría con el gobierno chino y el gobierno provisional francés sobre dicha organización, y que la asistencia a la conferencia se haría bajo la petición de las cinco potencias aliadas (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, China y Unión Soviética), así como una última referencia al sistema de administración fiduciaria, que se aplicarían a “los mandatos existentes de la Sociedad de Naciones, a los territorios separados del enemigo como resultado de la presente guerra, cualquier otro territorio que voluntariamente se coloque bajo administración fiduciaria”<sup>2435</sup>.

Tras Yalta, F. D. Roosevelt se reafirmó en su esperanza de que una vez dentro de la futura organización internacional, a los aislacionistas les resultaría imposible dificultar la participación estadounidense en los asuntos mundiales, de ahí que fuese muy cauto a la hora de tomar decisiones, pues no quería perjudicar al bando internacionalista con pasos en falso, cuando para entonces ya el 80 por ciento de la opinión pública favorecía la entrada de Estados Unidos en la futura estructura mundial, con ello el Presidente aspiraba a asegurar la paz para los próximos cincuenta años, en muestra del difícil equilibrio que guardó siempre entre idealismo y realismo, con objetivos a corto plazo para conseguir ganancias a largo plazo<sup>2436</sup>.

---

<sup>2433</sup> BUTLER, op.cit., p. 358.

<sup>2434</sup> CHURCHILL, op.cit., p. 718.

<sup>2435</sup> Conferencia de Yalta de febrero de 1945, texto consultado en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp>.

<sup>2436</sup> DALLECK, op.cit., p. 522.



Al mismo tiempo que Roosevelt sentaba las bases políticas del nuevo sistema mundial, no olvidaba el componente económico del mismo. Habiendo asistido a la mayor recesión económica conocida por Estados Unidos en los años treinta, fruto a su entender de las políticas proteccionistas y financieras de la década anterior, se comprometió a continuar el tradicional impulso liberalizador contenido en la política de Puertas Abiertas. Si al nivel político le correspondía la creación de las Naciones Unidas, al económico Roosevelt organizó la conferencia de Bretton Woods en julio de 1944, que reunió a los 44 países miembros de la Conferencia Monetaria y Financiera Internacional de las Naciones Unidas; en ella se adoptó un sistema de paridades fijas entre las monedas garantizado por los préstamos que un nuevo organismo, el Fondo Monetario Internacional, concedería a aquellos países que incurriesen en un desequilibrio temporal de sus balanzas de pagos<sup>2437</sup>. Además, se creaba el Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo encargado de conceder préstamos cuya finalidad fuese el desarrollo del país concernido y actuando como último avalista de las inversiones privadas en el extranjero. También Roosevelt instó a su Congreso a reducir los obstáculos al comercio internacional, lo que se plasmaría dos años más tarde con la creación del Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio (GATT por sus siglas en inglés) y la Organización Mundial del Comercio, con ellas se pretendía liberalizar y regular el comercio internacional para evitar las medidas proteccionistas que tanto perjudicaron a la economía internacional durante la década de 1930. Como puede observarse, nada más cercano al ideal presentado ya por Thomas Paine de un mundo unido por los lazos comerciales y tan presente en la tradición del pensamiento hamiltoniano, cuya idea principal partía de la base de que el aumento del comercio internacional disminuye la probabilidad de guerras al aumentar los lazos y estrechar los intereses entre las naciones.

De todos modos, F. D. Roosevelt no pudo evitar que los asuntos europeos trastocasen sus planes de posguerra, de modo que cuando junto a Churchill resolvió la rendición del ejército alemán del Norte de Italia sin la participación rusa, Stalin se sintió desplazado de un acuerdo importante, tensión que se incrementaría con las desavenencias sobre Polonia, pues a la negativa rusa de reconocer papel alguno a los exiliados londinenses, F. D. Roosevelt, conocedor de las necesidades de seguridad del Kremlin, respondería con un plan de gobierno de unidad formado por tres representantes del exilio y cinco de Lublin que reconociera los acuerdos de Yalta y mantuviese una relación amistosa con Moscú. Con todo ello, Molotov anunció en marzo que no asistiría a la Conferencia del 25 de abril en San Francisco, para entonces las relaciones con sus aliados, especialmente con Estados Unidos, no eran tan fluidas como meses atrás<sup>2438</sup>.

La muerte de F. D. Roosevelt, el 12 de abril de 1945, no implicaría una vuelta al retraimiento del final de la I Guerra Mundial, pues la II Guerra Mundial trajo consigo un cambio tan profundo en la mentalidad estadounidense que muy pocos cuestionaban la voluntad intervencionista de su recién fallecido Presidente, así, su Vicepresidente y sucesor Harry S. Truman (1945-1953), continuó su labor firmando en junio de 1945 la Carta de las Naciones Unidas.

<sup>2437</sup> BUHOUR, Chantal, *El comercio internacional, del GATT a la OMC*, Editorial Salvat, 1996, p. 60.

<sup>2438</sup> BUTLER, op.cit., p. 367.



Con las Naciones Unidas se veían culminados los esfuerzos por construir un sistema permanente de seguridad colectivo, cuyos propósitos se recogieron en el artículo 1 y que son

mantener la paz y la seguridad internacionales [...], fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos [...], realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario [...], servir de centro que armonice los esfuerzos de las naciones por alcanzar estos propósitos comunes<sup>2439</sup>

Tras reconocer que la prohibición de la guerra era un fin noble pero imposible de alcanzar, se pasó del pacto Kellogg-Briand a una limitación del uso de la fuerza armada, pues ésta sólo era reconocida en dos casos, en el supuesto de legítima defensa y cuando las Naciones Unidas lo autoricen, lo que implicaba que la nueva organización se convertía en el foro donde tratar todos los conflictos armados que se produjeran, como se desprende de sus principios, donde se encontraban el de la igualdad soberana de los Estados, el de la buena fe, el del arreglo pacífico de las controversias, el de la prohibición de la amenaza o del uso de la fuerza o el principio de la excepción de la jurisdicción interna de los Estados. Las Naciones Unidas se arrogaban el derecho de analizar todo conflicto armado que no fuese de legítima defensa, tomando para su arreglo aquellas medidas que se acordasen, incluido el uso de la fuerza armada, si bien aquí el veto de los miembros permanentes tenía un valor significativo, pues bastaba con que uno de ellos votase en contra para que la organización se viera paralizada, con ello se aseguraba la conformidad soviética al proyecto. Sin duda que el recurso al veto hubiese aplacado treinta años antes el rechazo de Lodge y compañía a la Sociedad de Naciones, pues aseguraba la libertad de acción de Estados Unidos siempre que no quisiera verse envuelto en un conflicto donde sus intereses vitales no estuvieran implicados.

Así pues, con la creación de las Naciones Unidas y los acuerdos de Bretton Woods, Estados Unidos, esta vez sí, lograba zafarse de su tradicional ostracismo unilateral, puro aislacionismo según las interpretaciones más simplistas, y convertirse en el motor indispensable del nuevo orden internacional. Si bien F. D. Roosevelt renunció al ideal wilsoniano de un sistema mundial basado en los principios y valores estadounidenses, logró al menos que Estados Unidos, ya como primera potencia del bando Occidental, se involucrase en el desarrollo de una organización internacional permanente con el objetivo de garantizar la paz y seguridad internacional. A fin de cuentas, se podría decir que con Roosevelt se pasó del *mundo seguro para la democracia* de W. Wilson al mundo seguro a secas donde la cooperación, más que la democratización, sería el eje maestro del nuevo orden mundial.

Con la derrota definitiva sobre Japón en agosto de 1945, Estados Unidos cerraba una etapa esencial en su historia. Encumbrado a la posición de potencia mundial hegemónica (hasta que la Unión Soviética lograra también la bomba

---

<sup>2439</sup> Carta de las Naciones Unidas, texto consultado en [www.un.org/spanish/aboutun/charter.htm](http://www.un.org/spanish/aboutun/charter.htm)



atómica), no sólo fue capaz de sacudirse su habitual recelo a las alianzas permanentes sino que pasó a convertirlas en la piedra angular sobre las que apuntalar su preeminencia, y si bien el ideal wilsoniano de democratizar las relaciones internacionales no ha triunfado completamente, puede decirse que su visión ha guiado desde entonces las aspiraciones estadounidenses, como bien puede apreciarse en los dos proyectos de Promoción de la Democracia que Truman emprenderá sobre las potencias vencidas de Alemania y Japón, los más exitosos jamás llevados a cabo por Estados Unidos.

#### 9.d. Conclusiones

El Presidente que más tiempo había estado en la Casa Blanca, con cuatro victorias electorales consecutivas otorgándole el poder durante doce largos años, no pudo ver completado su trabajo, la muerte se interponía en su camino el 12 de abril de 1945, pero el duro esfuerzo durante los días de la guerra dejaban en bandeja a su sucesor, el Vicepresidente Harry S. Truman, la consecución de sus dos objetivos principales, el militar, la derrota enemiga, y el político, la creación de la Organización de las Naciones Unidas, su ansiada estructura internacional en la que Estados Unidos, esta vez sí, jugaría un papel activo.

La derrota alemana no se hizo esperar demasiado, el 25 de abril las tropas estadounidenses y soviéticas se encontraban sobre el río Elba, el 28 de abril era fusilado Mussolini, y dos días más tarde, Adolf Hitler se suicidaba en su bunker de la capital germana, el 2 de mayo caía Berlín, y el 7 se firmaría en Reims la capitulación nazi ante los aliados. El Imperio japonés no resistiría mucho más, el 2 de septiembre se firmaba su rendición a bordo del acorazado *Missouri*, tras el lanzamiento el mes anterior de dos bombas atómicas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki y la estrada de la Unión Soviética en la guerra, que obligaron a su emperador a reconocer la derrota nipona el 15 de agosto.

En cuanto al logro de su objetivo político, F. D. Roosevelt no sólo hubo de enfrentarse a las resistencias externas, sino que tan importante como aquellas fue la batalla contra el adversario doméstico, que en forma de aislacionismo le amenazaba con el infausto destino de W. Wilson. De todos modos, en ambas lidias el Presidente había salido victorioso y para el 25 de abril, la primera sesión de las Naciones Unidas tenía lugar en San Francisco con la presencia de 282 delegados, con Estados Unidos presentando un equipo bipartidista, con la participación de los Senadores Connally y Vandenberg y con J. F. Dulles como asesor, cuando ya el 81 por ciento de la opinión pública estadounidense estaba a favor de la entrada de Estados Unidos en la misma<sup>2440</sup>. En lo que respecta al frente interno, a partir del 9 de julio E. Stettinius defendería la entrada en las Naciones Unidas ante el Congreso, en el que aun permanecía el último de los irreconciliables, el Senador independiente por California Hiram Johnson, al que se sumarían los Republicanos W. Langer por Dakota del Norte y H. Shipstead por Minnesota, al no creer que las Naciones Unidas garantizaran la paz en la posguerra, de todos modos, la insistencia del gobierno a la hora de recalcar

---

<sup>2440</sup> DIVINE, op.cit., p. 252, 270 y 287.



que el uso de las tropas estadounidenses necesitaría el aval del Congreso, facilitó la abrumadora aprobación del Senado el 28 de julio, por 89 votos a favor y sólo 2 en contra<sup>2441</sup>, cuando ya la ciudadanía estadounidense se había hecho eco de que el rechazo a las Sociedad de Naciones, junto al aislacionismo de entreguerras, habían sido unas de las principales causas de la II Guerra Mundial, resultado que sólo se podía evitar abrazando el internacionalismo de la Administración Demócrata.

Habiendo logrado sus dos objetivos, la derrota enemiga y la creación de las Naciones Unidas con la participación de Estados Unidos, ¿puede negarse la afirmación tantas veces esgrimida de que F. D. Roosevelt triunfó allí donde W. Wilson había fracasado? En otras palabras, ¿cuánto hay de cierto al declarar que el internacionalismo venció definitivamente al aislacionismo bajo su presidencia? Una contestación categórica resulta imposible, más bien, y demostrarlo será el objeto del presente apartado, las condiciones en 1945 eran tan distintas a las de 1919, que reducir todo a una mera victoria del internacionalismo, sin especificar qué se entiende por tal, tergiversaría de tal manera la realidad que se antojaría muy difícil explicar tanto los acontecimientos que se sucedieron durante la presidencia de F. D. Roosevelt, como los de la inmediata posguerra, de capital importancia para comprender en su justa medida los inicios de la Guerra Fría.

En efecto, como hemos tenido ocasión de ver en capítulos anteriores, los gobernantes de Estados Unidos no abrazaron activamente el internacionalismo hasta la llegada de T. Roosevelt a la Casa Blanca, cuya versión realista convirtió a la nación en una parte más en la lucha colonial que por entonces compartimentaba al mundo en imperios, realismo que fue rechazado a las primeras de cambio por su propio Partido Republicano, que no se sentía a gusto abandonando los viejos principios del unilateralismo aislacionista a favor de una descarnada defensa del interés nacional que les obligaba a salirse de su tradicional escala continental.

El siguiente Presidente que se atrevió a superar el clásico marco unilateral fue W. Wilson, cuyo internacionalismo liberal democrático trató de sustituir los dictados realistas de T. Roosevelt por los genuinos principios y valores estadounidenses, con ello, Wilson aportó la moralidad y el anclaje nacional de los que carecía el proyecto Republicano, lo que sin duda podría haberle reportado un gran éxito de no haber sido por la negativa de sus principales aliados a abandonar sus viejas políticas de poder, por la oposición interna a un idealismo que entendían acabaría con el diseño constitucional y con la república, y por su propia intransigencia, que le privó de la capacidad de adaptar su proyecto a las exigencias de sus opositores para salvar así gran parte del mismo, pero nada de eso ocurrió, y el rechazo del Senado tanto a las enmiendas al Tratado de Versalles como a su totalidad, privó de nuevo al internacionalismo de una ocasión de oro para afianzarse en Estados Unidos.

Lo que vendría en el periodo de entreguerras de la mano Republicana fue un regreso ligeramente internacionalizado, secundado por la mayoría de la opinión pública estadounidense, a los dictados del unilateralismo aislacionista, en su versión más materialista de la mano de la diplomacia del dólar. Tendencia que se sustentaba en el rechazo a la Sociedad de Naciones, en particular, y en los resultados políticos de

---

<sup>2441</sup> *Ibíd.*, p. 305 y 310.



la Gran Guerra, en general, sofocando cualquier intento por renovar la participación internacional estadounidense que fuera concebida más allá de la gran regla washingtoniana, postura que la crisis económica no haría más que reforzar, y que ni la llegada de F. D. Roosevelt a la presidencia fue capaz de cambiar.

Pero al llegar la II Guerra Mundial el panorama político internacional cambió de la noche a la mañana, afectando irremediamente al sistema político estadounidense, no tan insular como muchos de sus representantes hubiesen querido, cuyas defensas, erigidas en sucesivas leyes de neutralidad, no pudieron contener los crecientes impulsos internacionalistas que arreciaban desde la Administración Roosevelt. Pero, ¿qué tipo de internacionalismo propuso F. D. Roosevelt? La cuestión no es menor, pues entraña mucho más que una cuestión terminológica, ya que a diferencia de su primo T. Roosevelt o de su admirado W. Wilson, con sus respectivas propuestas conservadora y liberal democrática, el internacionalismo de F. D. Roosevelt, influenciado por ambos Presidentes, rehúye cualquier tipo de encasillamiento, no existiendo ninguna denominación capaz de encerrar la complejidad de su proyecto, fiel reflejo de su esquiva personalidad.

Al haber renunciado a plantear una versión propia y coherente de internacionalismo, F. D. Roosevelt puede resultar presa fácil de las críticas, precisamente por su incoherencia al debilitar su estrategia política ante otras más estructuradas y simples como por ejemplo la comunista, pero al mismo tiempo, presentaba también un proyecto flexible capaz de adaptarse a las condiciones más adversas, tanto de oposición interna como externa, asegurando con ello el futuro éxito de la mayor parte de sus objetivos. Ello debe explicarse no sólo por la personalidad de F. D. Roosevelt, sino por la evolución histórica del periodo de entreguerras, años con los que coincide su maduración política, y que marcarán de manera indeleble sus futuras decisiones.

Por tanto, para explicar un fenómeno tan complejo como el internacionalismo de la Administración Roosevelt, que Harper califica de parcial<sup>2442</sup>, hay que tener en cuenta numerosas variables, y aunque la más importante sea el diálogo establecido entre aislacionismo e internacionalismo durante su permanencia en la Casa Blanca, no hay que olvidar otras como la relación entre Estados Unidos y Europa durante el periodo de entreguerras y la propia visión de Europa desarrollada por F. D. Roosevelt durante ese mismo periodo, así como la tensión siempre presente en la figura presidencial entre sus tendencias realistas y su compromiso idealista, o su concepción de la nueva organización internacional, sin olvidar tampoco la evolución económica del país, especialmente durante la guerra, que influirá de manera notable en el resultado final de la era Roosevelt.

Para dar forma y entender un periodo tan convulso de la historia mundial, y de Estados Unidos en particular, conviene no olvidar que el Presidente F. D. Roosevelt, quizá como todo responsable político pero más si cabe en tiempos de crisis económica y guerra, tuvo que lidiar con una maraña de problemas tanto internos como externos, que a su vez se influían mutuamente, reaccionando entre sí y aumentando con ello la dificultad de respuesta del Presidente. Así, el

---

<sup>2442</sup> HARPER, op.cit., p. 3.



internacionalismo de F. D. Roosevelt debió tanto a la supervivencia y fortaleza del movimiento aislacionista en Estados Unidos como al surgimiento del nazismo en Alemania o del comunismo en Rusia, o a la herencia política de W. Wilson y T. Roosevelt como a su propio análisis de la realidad, sin olvidar el enorme peso que la tradición política estadounidense ejerció en su mandato. Por tanto, aunque ahora se trate cada componente individualmente, habrá que tener siempre presente, y así se tratará de reflejar, que todos tenían una relación estrecha entre sí, y que su conjunto dio como resultado el internacionalismo de F. D. Roosevelt.

Como hemos visto en apartados y capítulos anteriores, el aislacionismo, que habría que entender como pervivencia del unilateralismo aislacionista, fue un movimiento muy poderoso en el periodo de entreguerras, pasando de ser una minoría en su rechazo frontal a cualquier tipo de participación en la Sociedad de Naciones durante los debates tras la I Guerra Mundial, a convertirse a principios de la década de 1930 en un frente sólido capaz de influir en la clase política estadounidense, la cual, impelida por su atractivo en una opinión pública descontenta por los resultados de la I Guerra Mundial y en medio de los rigores de la crisis económica, no dudó en aprobar una legislación de neutralidad capaz de mantener a Estados Unidos fuera de todo conflicto ajeno. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, el aislacionismo no pudo evitar la entrada del país en la II Guerra Mundial, aunque lo que sí logró, y con creces, fue influenciar y modificar el internacionalismo del Presidente F. D. Roosevelt.

Sin aislacionismo Estados Unidos probablemente hubiese entrado en la II Guerra Mundial mucho antes del ataque japonés a Pearl Harbor, y sin duda también que la respuesta de la Administración Roosevelt al desafío nazi hubiese sido otra de no haber existido ese temor a las consecuencias de un nuevo conflicto, pero al igual que en la I Guerra Mundial, la neutralidad en los inicios de la guerra supuso un alto coste, no tanto militar, pues se venció en ambas, ni económico, al salir beneficiado Estados Unidos en los dos casos, sino más bien político, al no poder imponer totalmente su visión por no haber luchado desde el principio y no haber sido los únicos vencedores. Como señala Kennan, ni F. D. Roosevelt ni Estados Unidos en general entendieron la II Guerra Mundial, pues del mismo modo que en la Gran Guerra, sólo se participó cuando fue atacada y no fruto de un razonamiento que tuviese en cuenta lo que estaba en juego, ignorando los procesos históricos en curso y las realidades de poder en dicha situación (como que cualquier alianza con la Unión Soviética costaría concesiones en la paz), y olvidando que “la guerra es un proceso por el cual no se puede alcanzar ningún objetivo positivo”<sup>2443</sup>, y que como veremos más adelante, todo esfuerzo por influir en el comportamiento ruso sería en vano. Pero el temor de F. D. Roosevelt a perder el apoyo de la opinión pública estadounidense, como le había ocurrido veinte años atrás al Presidente Wilson, estaba más que justificado como demuestra el hecho de que en las elecciones de 1940 sólo cinco de los 115 congresistas aislacionistas fueron derrotados (con aumento Republicano de 44 escaños en la Cámara y nueve en el Senado)<sup>2444</sup>.

---

<sup>2443</sup> KENNAN, op.cit., p. 118.

<sup>2444</sup> BUTLER, op.cit., p. 20.



Su participación en la Administración Wilson dejaría una huella imborrable en su pensamiento, pues si por un lado se impregnó del idealismo liberal democrático de aquel, tanto por su lenguaje como por la necesidad de crear un nuevo orden mundial, su derrota final también le enseñó una dura lección, la pertinencia de tener en cuenta los argumentos de los contrarios, más aun cuando estos proceden del centro neurálgico del internacionalismo conservador de su admirado primo T. Roosevelt, y así lograr un consenso interno que pudiera asegurar el apoyo imprescindible a sus medidas y decisiones.

De hecho, el internacionalismo de F. D. Roosevelt compartía con el de W. Wilson poco más que la denominación, pues más que a universalizar el modelo estadounidense democratizando la escena internacional, a lo que aspiraba era a una mayor seguridad nacional a través de una nueva organización internacional, opción más realista en plena consonancia con el propio carácter de F. D. Roosevelt<sup>2445</sup>. En cualquier caso, uno de los mayores problemas para comprender a F. D. Roosevelt es que no era tan claro con los medios que utilizaba como con los objetivos a los que aspiraba, confunde como arquitecto en su Administración, más aun cuando tenemos en cuenta que por encima de toda su modernidad, heredó numerosos elementos de su pensamiento de la más rancia tradición política estadounidense, pues con Jefferson compartía la creencia en el destino especial de América y como él fue un internacionalista parcial, es decir, reforma sí, pero preservando el dominio estadounidense y administrando la pérdida de importancia europea a nivel internacional sin implicar a Estados Unidos directamente<sup>2446</sup>.

Fruto de esa indecisión entre internacionalismo activo o pasivo fueron las leyes de neutralidad, reflejo del legalismo típico estadounidense y que para Kennan representan a la perfección el problema que tiene Estados Unidos a la hora de relacionar opinión pública y política exterior, y en concreto al fallo en el acercamiento moral-legalista a la política exterior derivado de la tendencia a trasponer el concepto anglosajón de ley individual y la experiencia de las trece colonias al nivel internacional, despreciando los intereses ajenos al ser el enfoque legalista demasiado abstracto como para tenerlos en cuenta, ya que resulta incapaz para aprehender toda realidad no jurídica<sup>2447</sup>.

También en relación al control de la política exterior, la opinión pública estadounidense pudo encontrar en el aislacionismo un modo de poner coto al poder presidencial en la materia a través del Congreso, es decir, que importantes sectores de la sociedad y la clase política estadounidenses intentaron que el Congreso se erigiera en el contrapeso del Ejecutivo para que la supuesta cesión de soberanía nacional que acarrearía la participación en la nueva organización internacional, no se convirtiera en realidad en un aumento de los poderes discrecionales del Presidente, debate que como hemos visto en capítulos anteriores, se venía produciendo en Estados Unidos desde los inicios de la república, y que en el fondo delataban que en lo esencial, lo que estaba en juego era el equilibrio de poder heredado de la Constitución.

---

<sup>2445</sup> DIVINE, op.cit., p. 182.

<sup>2446</sup> HARPER, op.cit., p. 63.

<sup>2447</sup> KENNAN, op.cit., p. 73-87.



Para Lippmann en esa oposición del aislacionismo a todo lo que destilara intervencionismo en la escena mundial radicaría su principal obstáculo para convertirse en una auténtica filosofía política para Estados Unidos, pues lejos de ello no surgía más que en medio de las controversias sobre la toma de conciencia de responsabilidades internacionales, no siendo tan natural al credo estadounidense como el idealismo redentor de Wilson, fiel reflejo de los principios y valores de la tradición política nacida del movimiento independentista, aspirando a que la comunidad mundial adoptase esos mismos principios y valores que habían informado su Revolución bajo la encarnación de una organización internacional destinada a suplantarse los instrumentos ordinarios de la vida internacional por un nuevo sistema colectivo de seguridad mundial, y que puede resumirse en la lapidaria sentencia del mismo Lippmann para quien “un pueblo que no hace avanzar su fe, ha empezado ya a abandonarla”<sup>2448</sup>.

Ese internacionalismo de primera generación de W. Wilson afectó tanto a la maduración política de F. D. Roosevelt, que a pesar del influjo realista de su primo Theodore, aquel no se pudo abstraer del todo ni a los cantos de sirena wilsonianos ni a los precedentes del aislacionismo, y con Kennan, Lippmann coincide en afirmar que se cometieron idénticos errores que en 1917, al permitir al enemigo avanzar mientras Estados Unidos jugaba irresponsablemente a intentar aislarse mediante la neutralidad, cuando “en aislamiento el fuerte puede raramente, y el débil nunca, disfrutar de prolongada independencia”<sup>2449</sup>, de hecho, el aislacionismo habría nublado el juicio político de entreguerras al no ver en la caída de Europa o de China implicación alguna para la seguridad nacional, como si Estados Unidos fuese en realidad inmune a todo discurrir histórico allende sus fronteras, cuando la historia se encargaría de contradecir tal aseveración, pues para Lippmann “Estados Unidos es el enemigo de todos los conquistadores y el partisano de la libertad nacional”<sup>2450</sup>.

Es más, esa tensión vivida entre tendencias aislacionistas e intervencionistas no brindó ningún beneficio a Estados Unidos, más bien todo lo contrario, pues como afirma Mead, la necesidad de consenso interno sobre política exterior para que ésta resulte efectiva es imprescindible, como demostrarían los periodos en que ha existido, en especial el comprendido entre 1823 y la I Guerra Mundial, pero cuando falta una estrategia clara, se tiende a actuar con pasividad ante los acontecimientos, como demuestran los intervalos entre 1776 y 1823 y especialmente entre 1919 y 1947<sup>2451</sup>.

En todo caso, el aislacionismo, y los debates que de su presión surgieron durante la Administración Roosevelt, sirvieron de gran ayuda a la clarificación política tras la II Guerra Mundial. En este sentido, conviene ver la lucha entre el Ejecutivo y el Legislativo en torno a la neutralidad y la discrecionalidad del embargo como la continuación de los debates ocurridos sobre la Sociedad de Naciones y al mismo tiempo, como antesala de los que se darían acerca de la Organización del Tratado del Atlántico Norte de 1949, de hecho, si en 1921 se había negado la participación de Estados Unidos en la organización internacional diseñada por

---

<sup>2448</sup> LIPPMANN, Walter, *US War Aims*, Little, Brown and Company, Boston, 1944, p. 40 y 176.

<sup>2449</sup> *Ibíd.*, p. 72.

<sup>2450</sup> *Ibíd.*, p. 49.

<sup>2451</sup> MEAD, p. 313 y 320.



Wilson, en 1941 se acabó con el aislacionismo surgido de dicho rechazo a la Sociedad de Naciones, dando primero paso a las Naciones Unidas y culminando después en la creación de la primera alianza militar permanente en la historia estadounidense, de ese modo, si el edificio aislacionista se derrumbó con el ataque japonés a Pearl Harbor, con la firma del Tratado del Atlántico Norte sería definitivamente sepultado.

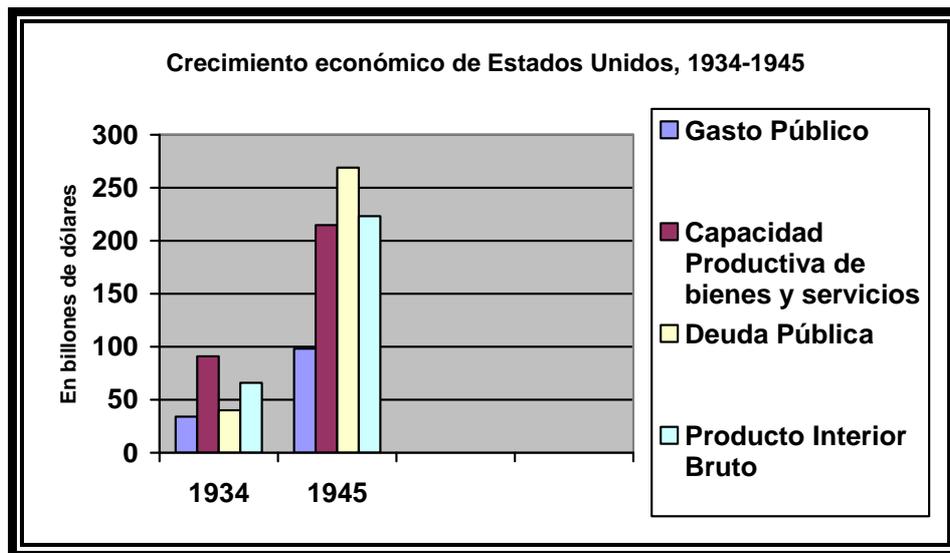
Más allá de debates políticos y ataques militares, en dicho resultado tuvo mucho que ver la evolución económica de Estados Unidos, cuyo desarrollo le llevó a convertirse en la primera potencia económica mundial. Muy lejos quedaban ya los tiempos de la pequeña unión de Estados agrarios que en el 1776 decidieron crear la nación, y que encontraron en el unilateralismo aislacionista la mejor estrategia para su crecimiento. Para mediados de la década de 1940 la dimensión alcanzada por Estados Unidos ya no le permitiría regresar al antiguo *modus operandi*, sino que debía desarrollar uno nuevo adaptado a su recién adquirido rol de líder internacional. En efecto, los números, descarnado reflejo de la realidad, daban cuenta de la enorme transformación acaecida desde principios de siglo, y más aceleradamente desde el comienzo de la II Guerra Mundial, así la productividad aumentó de 1900 a 1910 un doce por ciento, de 1910 a 1920 un siete y medio por ciento, en la década de 1920 un 21 por ciento, en la de 1930 un 41 por ciento, y sólo durante la guerra doblaría su capacidad productiva, de igual modo, el gasto público aumentó de 34 billones de dólares en 1934 a 98 billones en 1945, pasando la deuda nacional de 40 billones de dólares en 1939 a 269 billones en 1946, la producción de bienes y servicios pasó de los 91 billones de dólares en 1939 a 215 billones en 1945, aunque la inflación aumentó dos tercios en el mismo periodo, beneficiando sobre todo a granjeros e industria militar, aumentando también el coste de la vida un 28,4 por ciento de 1940 a 1945 (y otro 31,7 por ciento de 1945 a 1949). En ello tuvo mucho que decir el esfuerzo bélico desde 1939, de hecho no fue el *New Deal* quien recuperó económicamente al país, aunque sí que su regulación financiera ayudó a poner coto al sector bancario, sino la misma guerra, pues si en 1932 la producción industrial había caído a la mitad de la de 1929 y los salarios un 60 por ciento<sup>2452</sup>, el Producto Interior Bruto estadounidense crecería sólo de 1939 a 1945 de 92,2 billones de dólares a 223 billones<sup>2453</sup>. Con tal crecimiento el tamaño del Estado también se vio afectado en la misma proporción, y si ya el gobierno había crecido considerablemente aumentando su coste de 1915 a 1930 un 352 por ciento, el *New Deal* reforzó tal tendencia al pasar de 600.000 empleados públicos en 1930 a tres millones y medio en 1945 (cifra que bajaría a los dos millones en 1949)<sup>2454</sup>, corroborando así los temores aislacionistas sobre el aumento del poder estatal si finalmente Estados Unidos se adentraba por la senda intervencionista.

---

<sup>2452</sup> ALLEN, op.cit., p. 147-152 y 165 y HERRING, op.cit., p 597.

<sup>2453</sup> Departamento de Comercio de Estados Unidos, Oficina de Análisis Económicos, <http://www.bea.gov/national/nipaweb/TableView.asp?SelectedTable=5&ViewSeries=NO&Java=no&Request3Place=N&3Place=N&FromView=YES&Freq=Year&FirstYear=1939&LastYear=1945&3Place=N&Update=Update&JavaBox=no#>.

<sup>2454</sup> ALLEN, op.cit., p. 173.



Fuente: elaboración propia.

Como se ha indicado, el vertiginoso crecimiento experimentado tras 1939 tuvo en el esfuerzo bélico su principal, si no única, explicación, así en 1942, año también en que se inició la ayuda a los aliados, Estados Unidos construyó más de 24.000 tanques y 48.000 aviones, y en toda la guerra produjo 296.000 aviones, 102.000 tanques y 88.000 barcos, lo que le valió para tener la flota más poderosa del mundo, superior incluso a la suma de la del resto de países<sup>2455</sup>, como muestra, en 1942 Estados Unidos sólo tenía tres portaviones, al año contaba con 50 y al acabar la guerra con más de 100<sup>2456</sup>. Como se aprecia, la capacidad productiva estadounidense fue esencial para la victoria aliada, y que en forma de ayuda supuso un alto coste material pues el total de pérdidas por hundimientos de los submarinos en la II Guerra Mundial fue de catorce millones y medio de toneladas (de diciembre de 1941 a mayo de 1943 unos 6,1 millones de toneladas, pero en total por otras causas unos 21 millones de toneladas, por once millones en la I Guerra Mundial)<sup>2457</sup>, en todo ese desarrollo el Ejecutivo jugó un papel principal, como demuestra la Oficina de Investigación y Desarrollo Científico del gobierno federal, crucial para el desarrollo tecnológico durante la guerra con ejemplos como del desarrollo nuclear, que empleó a 125.000 personas con un coste de dos billones de dólares, la adaptación de la penicilina al uso médico o el perfeccionamiento de radares<sup>2458</sup>, de modo que si la I Guerra Mundial le convirtió en el banquero mundial, la II Guerra Mundial ascendió a Estados Unidos al rango de fabricante mundial, reforzando así su predominio económico.

Además del desarrollo económico y de la expansión de la administración pública, los aislacionistas vieron cómo su ideal de Estado mínimo se esfumaba también de la mano del crecimiento del ejército nacional, ya no era sólo que la industria militar se hubiese convertido en el motor de la economía para ayudar a la

<sup>2455</sup> JOHNSON, op.cit., 779.

<sup>2456</sup> CHURCHILL, p. 639.

<sup>2457</sup> *Ibid.*, p. 128 y 797.

<sup>2458</sup> JOHNSON, op.cit., p. 780.



causa aliada, sino que servía del mismo modo para alimentar las necesidades de un ingente brazo militar del que la Administración Roosevelt se valía para hacer cumplir sus planes, así, para 1943 tenía más de siete millones de soldados, cuando en 1939 tan sólo contaba con 380.000, y en total en la guerra sirvieron 11,26 millones de soldados, de ellos 4,2 millones de marinos, por cinco millones en total en la I Guerra Mundial<sup>2459</sup>. Pero también en el aspecto político el aumento de la importancia del Ejército se dejó sentir, señal que para los aislacionistas confirmaba el camino dictatorial que la nación estaba tomando de la mano del internacionalismo, pues como señala Johnson, durante la II Guerra Mundial el papel de los militares en el proceso político fue crucial, sobre todo tras la creación de la Junta de Jefes del Estado Mayor, a lo que habría de añadir una generación de grandes profesionales como G. C. Marshall, D. D. Eisenhower, G. S. Patton, los Almirantes E. J. King y C. Nimitz, o D. MacArthur, que en lo básico estaban de acuerdo con la estrategia realista de F. D. Roosevelt y no tanto con la claridad política de Churchill<sup>2460</sup>. Y como si todos los temores presagiados por los aislacionistas se fueran cumpliendo uno a uno, con la victoria en la II Guerra Mundial la presencia militar internacional de Estados Unidos adquirió un carácter global y permanente del que había carecido hasta entonces, con bases y ejércitos desplegados por medio mundo, convirtiendo en pasto del pasado el proyecto continentalista de los no intervencionistas. De hecho, los escasos restos del aislacionismo de posguerra culparán al Partido Demócrata del resultado final en la evolución nacional, señalando que durante los 24 años de gobierno republicado englobados bajo las presidencias de T. Roosevelt, W. Taft, W. Harding, C. Coolidge y H. Hoover ningún soldado estadounidense murió bajo sus órdenes, mientras que en los 20 años de Gobierno Demócrata bajo W. Wilson y F. D. Roosevelt lo habrían hecho casi millón y medio, unas 75.000 bajas al año<sup>2461</sup>.

Todo ello, crecimiento económico y presencia militar, no puede ser sólo explicado por la voluntad política del Presidente Roosevelt o por el azar histórico que quiso que durante su presidencia se desatase el segundo conflicto mundial en menos de medio siglo, sino más bien que el debilitamiento europeo empujó hacia su órbita gravitacional a una potencia ascendente como Estados Unidos, obligándola a adquirir cada vez mayores compromisos en aras de una seguridad mundial que se iba haciendo añicos a medida que el orden y equilibrio europeos se desintegraban, amenazando en su caída con llevarse por delante el propio desarrollo norteamericano. Por tanto, en el internacionalismo de F. D. Roosevelt, su visión de Europa y de los lazos que debían unir ambas orillas del Atlántico en un proceso de rápido declive del viejo continente, fue un elemento esencial, que nos ayuda a comprender los pasos que dio durante la guerra y los planes que elaboró para el nuevo orden mundial que debía surgir tras ella.

En el apartado sobre el desarrollo de la II Guerra Mundial hemos podido comprobar cómo F. D. Roosevelt se colocó en medio de Londres y Moscú, jugando con las diferencias entre Stalin y Churchill para que en lo esencial los planes estadounidenses prevalecieran, de ese modo, F. D. Roosevelt se colocaría en la misma ambigüedad moral de la que fue acusado en su reacción a los acuerdos de Munich en

---

<sup>2459</sup> *Ibíd.*, p. 782.

<sup>2460</sup> *Ibíd.*, p. 786.

<sup>2461</sup> BARNES, Harry (Editor), *Perpetual War for Perpetual Peace. A Critical Examination of the Foreign Policy of Franklin Delano Roosevelt and its Aftermath*, The Caxton Printers, Idaho, 1953, p 28.



1938, cuando urgió a todas las partes por igual a mantener la paz, sin acusar directamente a Hitler, equiparándolo así al resto de líderes europeos y convirtiéndose de hecho, a ojos de sus críticos, en el mayor apaciguador<sup>2462</sup>. Aunque el peso de la fuerza del aislacionismo en Estados Unidos favorecía dicha ambigüedad, y a la postre el propio F. D. Roosevelt reconoció que el nazismo representaba la mayor amenaza a la seguridad americana, tanto militar como ideológicamente, la acusación volvería a alcanzar visos de verosimilitud durante la guerra, cuando F. D. Roosevelt parecía llevarse mejor con un líder autoritario como Stalin que con un representante democrático como Churchill. Sin duda que la política europea durante la década de 1930 acabó por moldear la futura actitud de F. D. Roosevelt durante la guerra, sobre todo en sus relaciones con Stalin, no importándole dejar a una Europa continental dividida y débil ante el gigante ruso. No toda la culpa debe recaer ni en el Presidente Roosevelt ni en los líderes europeos, quienes de haber sido más atentos con la visión estadounidense y no tan cortoplacistas y nacionalistas, Francia y Gran Bretaña podían haber logrado más de Estados Unidos en la posguerra, al no hacerlo, alejaron a F. D. Roosevelt de Europa, más o menos de la misma manera en que la intransigencia gala respecto Alemania chocó con el idealismo wilsoniano, mientras que en 1940 el interés nacional iba en contra de los planes de paz del Presidente, quien había visto en la debilidad ante Hitler una falta de compromiso europeo, y por tanto no había estado dispuesto a que Estados Unidos hiciera lo que Europa se negaba a hacer. Pero a su vez dicha debilidad y falta de compromiso en cierto modo se justificaba por el propio aislacionismo estadounidense, percibido claramente desde Europa, y que mostraba a las claras la renuncia estadounidense a volver a participar en los asuntos europeos, dejando sin demasiadas opciones a los aliados, ya sin el respaldo americano.

No resulta extraño que ya inmerso en el conflicto no quisiera tomar partido claramente entre Churchill y Stalin, pues si por un lado Londres era un aliado democrático no era menos cierto que sus intereses coloniales eran contrarios al plan de F. D. Roosevelt sobre el mundo de posguerra, pero por otro lado, aunque el Kremlin representaba a un régimen autoritario y comunista, no hay que olvidar que los planes de Stalin coincidían en parte con los de F. D. Roosevelt, esto es, una Europa del Este comunista, una Alemania desmilitarizada, una Europa Occidental debilitada y cooperación con Gran Bretaña<sup>2463</sup>, en un nuevo orden internacional desprendido de su carácter eurocéntrico, donde Estados Unidos representaría el papel de pivote mundial. Para entender la actitud de F. D. Roosevelt respecto a Europa conviene colocarla en perspectiva histórica, pues hasta el momento Europa siempre había compartido con Asia el protagonismo en la política exterior de Estados Unidos, por tanto, y teniendo en cuenta la tradición política estadounidense, es lógico que viera con recelo la actitud de Londres y Moscú y que intentara moldearla a través de ese nuevo orden mundial no eurocéntrico. Precisamente, se puede ver en el intento por debilitar a Europa políticamente llevado a cabo por F. D. Roosevelt como reminiscencia del componente unilateralista de la tradición política estadounidense, con su rechazo a todo lo que tuviese que ver con las esferas de influencia y las políticas de poder, y también así se entiende mejor que en cierto modo sacrificara Europa en aras de la colaboración con Stalin, que junto a Gran Bretaña debía

---

<sup>2462</sup> *Ibíd.*, p. 152.

<sup>2463</sup> HARPER, *op.cit.*, p. 120.



controlarla, pues pensaba que Estados Unidos se centraría en la posguerra en América y el Pacífico.

Además, el principal asunto que se dirimió en ambas guerras mundiales, al menos para Estados Unidos, era cómo arreglar el asunto europeo, un viejo continente entonces enfermo a causa de sus políticas erróneas, de ahí que una vez diagnosticada la enfermedad, cada inquilino de la Casa Blanca aplicase su remedio particular. Si los representantes Republicanos volvieron la vista atrás hacia la tradicional estrategia de unilateralismo aislacionista para mantenerse alejados del mal europeo, a pesar de las diferencias, tanto W. Wilson como F. D. Roosevelt tomaron el camino inverso, tratando de resolver activamente el dilema europeo de manera distinta. Mientras el primero intentó cambiar al viejo sistema de poder democratizándolo, el segundo lo intentó reduciéndolo en la escena internacional en colaboración con Moscú. Precisamente lo que se ha criticado con mayor virulencia a F. D. Roosevelt tras su muerte ha sido su aparente sintonía con Stalin, así, para autores como Wittmer, Yalta sería un desastre de similares proporciones al ocurrido en Munich, sólo que esta vez Estados Unidos traicionó los principios americanos con tal de lograr la colaboración soviética<sup>2464</sup>, asegurando de ese modo la consecución del mundo de posguerra que F. D. Roosevelt había diseñado, pero a un alto coste, once billones de dólares en préstamo y arriendo a Moscú, con más de 55 millones de toneladas en ayuda enviadas en más de 2.500 buques, y la obtención para el régimen comunista de 273.947 km<sup>2</sup> y 24,3 millones de habitantes (ganancias adquiridas a costa de Polonia, Finlandia, países bálticos, Moldavia, Besarabia y Bukovina, Checoslovaquia y la islas del Pacífico) en clara contradicción de los principios de la Carta Atlántica<sup>2465</sup>. Por el contrario, la actitud de Churchill de claro enfrentamiento a Stalin sería reivindicada por los críticos a F. D. Roosevelt, quienes le acusarán que ya desde Teherán se plegó a los deseos soviéticos, como lo demostraría la reacción del Presidente ante la propuesta de Stalin de matar a 50.000 oficiales alemanes, opción rechazada con horror por Churchill, quien no entendió la broma, al contrario que Roosevelt, quien se ofreció a dejar en 49.000 el número de militares asesinados. Ya en la realidad, en Yalta F. D. Roosevelt mientras trataba de liquidar los Imperios Británico y Francés, le concedía uno a la Unión Soviética, sacrificando al aliado chino, que terminaría convirtiéndose en comunista, y a países como Polonia, cuyas elecciones no se celebraron hasta 23 meses después de la reunión, por supuesto, con una rotunda victoria comunista<sup>2466</sup>, es más, todo como consecuencia de la tendencia de F. D. Roosevelt a basar su política en presunciones falsas como su confianza en el gobierno de Chiang o su supuesta amistad con Stalin, por encima de los intereses nacionales en juego<sup>2467</sup>.

En todo caso, F. D. Roosevelt siempre tuvo presente el fracaso de Wilson y la pervivencia y fuerza del sentimiento aislacionista, de ahí que siempre procurara primar el apoyo de su opinión pública, es decir, buscando sus propios objetivos políticos, sobre las cuestiones internacionales (como demuestra su indiferencia ante

---

<sup>2464</sup> WITTMER, Felix *The Yalta Betrayal. Data on the Decline and Fall of Franklin Delano Roosevelt*, Caxton Printers, Idaho, 1953, p. i.

<sup>2465</sup> *Ibíd.*, p. 13 y BARNES, *op.cit.*, p. 380.

<sup>2466</sup> WITTMER, *op.cit.*, p. 45 y 87.

<sup>2467</sup> BARNES, *op.cit.*, 198.



el reparto del Sureste europeo entre Londres y Moscú), estrategia que denota el realismo sobre lo que se podía o no conseguir desde Washington con el mínimo esfuerzo. Otra de las claves para comprender tal actitud estriba en que F. D. Roosevelt era consciente de que la opinión pública estadounidense no consentiría una guerra con la Unión Soviética por Europa del Este, por ello reconoció su influencia en la zona tratando de rebajarla en lo posible, pues tampoco quería una esfera de influencia propia ya que ello hubiese supuesto mantener tropas en el terreno, algo totalmente contrario al sentir de la mayoría de la ciudadanía, de ahí que Polonia se convirtiera en el ensayo y paradigma de lo que esperaba al resto de Europa oriental<sup>2468</sup>.

Quizá con lo que no contaba F. D. Roosevelt fuese con la reacción negativa británica, y sobre todo de Churchill, a la hora de aprobar sus planes para Europa como su oposición a rebajar el papel en la posguerra de Alemania y Francia, y de De Gaulle en particular, a ceder el Sureste europeo a Moscú, por no hablar de Polonia, resistiéndose a que Stalin hiciese allí a su antojo, reacción que en la práctica se sustanció en el retraso del segundo frente y en la insistencia por realizar una ofensiva en Yugoslavia y en el avance rápido sobre Viena y Berlín, que Washington abortó en aras de cumplir los pactos con Stalin, pactos que Churchill veía cómo se rompían desde el Kremlin sin que la Casa Blanca dijera nada al respecto. Además, al retrasar el segundo frente Stalin se sintió traicionado y legitimado para actuar con total libertad en Europa del Este, aumentando con ello su distancia respecto a Churchill. Y es que mientras F. D. Roosevelt pensaba en los arreglos que no perjudicasen su plan de posguerra, esto es, la colaboración de los cuatro grandes en la nueva organización internacional, tanto Churchill como Stalin ya se encontraban en plena Guerra Fría, luchando por minimizar las ganancias ajenas de cara a un futuro orden no de colaboración internacional, sino de pura pugna política e ideológica. En la postura de F. D. Roosevelt al respecto se puede observar el efecto pernicioso del aislacionismo, pues al negarse a que la presencia estadounidense en Europa fuese más allá de dos años, al temer que de comprometerse permanentemente en los asuntos europeos el Partido Demócrata, y con él la causa internacionalista, perdiera el apoyo de su opinión pública, F. D. Roosevelt no dudó en sacrificar el escenario europeo en aras del internacional. En este sentido, Churchill fue más consciente de cuanto estaba en juego con Moscú, mucho más preocupado que Roosevelt por el equilibrio de poder en Europa, en claro peligro bajo su punto de vista por el aumento de la influencia comunista, equilibrio que Roosevelt pensaba mantener con Londres y Moscú como centros de poder continentales a través de su colaboración en las Naciones Unidas. Precisamente, esa búsqueda de la paz mundial a través de una organización mundial que equiparaba su éxito a los intereses nacionales de Estados Unidos, fue el centro de la crítica aislacionista a F. D. Roosevelt<sup>2469</sup>.

Ni la supuesta traición a los valores nacionales con la permisividad hacia Stalin en detrimento de Churchill y de los países de Europa Oriental o la pérdida de China, ni el crecimiento estatal experimentado durante la guerra, fueron tan trascendentales para los aislacionistas como la creación de las Naciones Unidas, verdadera piedra central del internacionalismo de F. D. Roosevelt, pues con su

---

<sup>2468</sup> FROMKIN, op.cit., p. 615.

<sup>2469</sup> BARNES, op.cit., p. 423.



creación juzgaban que se ponían en riesgo más que nunca los intereses nacionales, alejándose de la política tradicional estadounidense a favor de un idealismo humanitario mezcla de expansionismo, dominación y evangelización de una ideología ajena a la historia de la nación<sup>2470</sup>.

A diferencia de F. D. Roosevelt, quien veía en la Organización de las Naciones Unidas el medio más seguro para alcanzar la paz mundial y, con ello, reforzar la seguridad nacional, los aislacionistas pensaban que era absurdo creer que “medios bárbaros pudieran servir de guía a fines civilizados”<sup>2471</sup>, dudando que el nuevo organismo internacional fuera capaz de hacer avanzar la causa de la paz, menos aún cuando Estados Unidos podría verse envuelto en los problemas europeos y asiáticos, todo un anatema desde su postura, ya que desde el aislacionismo nunca se comprendió que la nueva situación de Estados Unidos como potencia mundial le exponía y exigía mucho más que desde su condición de mera potencia continental, y que a partir de entonces el unilateralismo aislacionista no podía ser por más tiempo una opción viable y deseable, condenándolo a ser tan sólo el reducto de la nostalgia por un pasado perdido.

De cómo el propio F. D. Roosevelt reaccionó a ese cambio de rol dependió en gran medida su actitud hacia Europa y su planificación de la posguerra, pues al pasar Estados Unidos de la periferia al centro geográfico del mundo Occidental, la misma Europa se vio afectada por ello, perdiendo la preeminencia de la que había gozado en los últimos siglos a favor de dos potencias hasta entonces periféricas como Estados Unidos y Rusia<sup>2472</sup>. F. D. Roosevelt entendió ese cambio de papeles al modo wilsoniano, Estados Unidos debía moldear el nuevo orden mundial a su imagen y semejanza, pues donde antes los pequeños estados europeos hacían descansar su seguridad en el balance de poder, a partir de entonces se haría desde la política de no agresión, cooperación y buena voluntad, como ilustraría la Constitución estadounidense, modelo que habría de servir de sustituto al imperio, clásica repuesta europea a cualquier situación de predominio internacional<sup>2473</sup>, si bien como hemos indicado, ese wilsonismo fue más en las formas que en el contenido, éste mucho más realista que idealista, y menos anclado en los principios estadounidenses de lo que un análisis apresurado pudiera mostrar.

En la retórica se acababan todas las similitudes con el proyecto de W. Wilson, pues sería el realismo de F. D. Roosevelt, herencia de su primo T. Roosevelt, quien dibujó en gran medida las líneas maestras de su proyecto, sentando las bases del nuevo orden no en una democratización del mismo, sino en la cooperación civilizada de las grandes potencias, es decir, se recurría a un orden prewilsoniano en el cual de nuevo se dejaban sin resolver las contradicciones de la modernidad<sup>2474</sup> al cifrarse el éxito de su empresa en algo tan difuso como la voluntad de los líderes mundiales. Para Kissinger sería dicha característica la que acercaría a las Naciones Unidas más que a su inmediata predecesora, la Sociedad de Naciones, al orden instaurado por la

---

<sup>2470</sup> *Ibíd.*, p. 418.

<sup>2471</sup> *Ibíd.*, p. 392.

<sup>2472</sup> LIPPMANN, *op.cit.*, p. 73.

<sup>2473</sup> *Ibíd.*, p. 81.

<sup>2474</sup> NINKOVICH, *op.cit.*, p. 142.



Santa Alianza de Metternich en “un intento de mantener la paz mediante una coalición de vencedores, que sostendría los valores compartidos”<sup>2475</sup>. Ese carácter prewilsoniano era aun más evidente con su plan de las Cuatro Policías, con su Consejo Ejecutivo que se ocupaba de las cuestiones militares, que además contemplaba la desmilitarización del resto del mundo salvo las cuatro potencias surgidas de la II Guerra Mundial (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y China), pero que con el nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas pervivió en cierto modo en la figura de los cinco miembros permanentes, los anteriores más Francia, contando además con el privilegio, en reconocimiento a su preeminencia, del derecho a veto en el Consejo de Seguridad, pues para F. D. Roosevelt su plan debía “necesariamente atribuir una posición preeminente a las grandes potencias en el mantenimiento de la paz”<sup>2476</sup>.

A la postre, ese intento prewilsoniano fracasó por falta de equilibrio de poder y de consenso ideológico. Churchill y Stalin lo apoyaron cada uno por distintas razones, mientras el primero necesitaba de Estados Unidos para contrarrestar el poderío soviético y para que el equilibrio europeo no se inclinase demasiado al Este, el segundo no quería enemistarse con Estados Unidos y poner así en peligro los territorios recién adquiridos en Europa, verdadera garantía de su seguridad, es decir, cuando F. D. Roosevelt aplicaba conceptos wilsonianos con un barniz realista, Stalin jugaba de nuevo bajo los términos de *Realpolitik* del Viejo Mundo, mientras Churchill se encontraba “arrinconado entre el idealismo wilsoniano y el expansionismo ruso”<sup>2477</sup> administrando lo mejor que pudo la creciente debilidad de Europa Occidental. De hecho, a pesar de sus diferencias, ambos líderes eran partidarios más que de una estructura mundial universal como contemplaba el plan de F. D. Roosevelt, de una división mundial por regiones que ahora sí, formasen esa estructura global que actuase de nexo de unión y de foro para la resolución de controversias, postura más o menos idéntica a la de Lippmann, quien reclamaba reconocer los diferentes sistemas que regían en Estados Unidos y la Unión Soviética como base de un orden pacífico de cooperación en que cada respectiva región se estabilizase y no fuese fuente de nuevos conflictos, sólo así se alcanzaría la paz, no a través de un organismo mundial que tratara de acabar con la guerra por decreto, por ello no comprendía cómo F. D. Roosevelt ligaba el interés vital de Estados Unidos a un sistema de seguridad colectivo tan imperfecto como el encarnado por las Naciones Unidas<sup>2478</sup>.

Si finalmente la Organización de las Naciones Unidas no logró el fin para el que fue propuesto, se debió en gran medida a que sus creadores, y en especial F. D. Roosevelt, basaron el proyecto más para la satisfacción inmediata de sus respectivas necesidades que en un análisis ponderado de la realidad, dejando para aquellos que debían implementarla un sistema que dependía para su funcionamiento no en un régimen de legalidad universalmente reconocido y en un gobierno mundial así aceptado, sino de la simple voluntad de sus países miembros, y en concreto, de la de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Las incongruencias de

---

<sup>2475</sup> KISSINGER, op.cit., p. 576.

<sup>2476</sup> BUTLER, op.cit., p. 333.

<sup>2477</sup> KISSINGER, op.cit., p. 579.

<sup>2478</sup> LIPPMANN, op.cit., p. 160-165.



dicho sistema no tuvieron que esperar para revelarse a la desaparición de la superpotencia soviética, susceptible de aparecer como la culpable de romper el imprescindible consenso ideológico al ser la única capaz de ofrecer un modelo alternativo al estadounidense, sino que en la inmediata posguerra, con un nuevo Presidente en la Casa Blanca, la estructura ideada por F. D. Roosevelt para impedir una nueva guerra mundial, resultó inútil para asegurar la seguridad de Europa Occidental ante el avance comunista, de ahí la creación de una verdadera comunidad regional de seguridad como fue la Organización del Tratado del Atlántico Norte, nacida para salvar los vacíos de la estrategia de F. D. Roosevelt, en un mundo en que la colaboración de las grandes potencias ya no se podía dar por sentada.

Como se verá a continuación, la Alianza Atlántica vino a confirmar tanto la visión de Churchill, y del propio Stalin, acerca del papel de las unidades regionales en el mundo de posguerra, como la demostración de que tras las dos guerras mundiales, Europa Occidental y Norteamérica formaban un sistema de seguridad y defensa inseparable, pues “el Atlántico es ahora el Mar Mediterráneo de ésta cultura y de ésta fe”<sup>2479</sup>, dando así la última estocada a un aislacionismo moribundo desde Pearl Harbor.

Con todo ello la gran víctima en la estrategia de F. D. Roosevelt fue la Promoción de la Democracia, prácticamente inexistente en sus planes al primar por encima de todo la seguridad, en una estrategia que librada del exceso idealista del wilsonismo se olvidaba de la universalización del modelo estadounidense, pues ni a nivel mundial las Naciones Unidas pueden considerarse un modelo de democracia, con su Consejo de Seguridad formado por miembros permanentes con derecho a veto, ni a nivel local se preocupó mucho por avanzar la libertad, como los casos polaco, báltico y griego atestiguan. A F. D. Roosevelt tan sólo le importó la defensa de la libertad nacional, la supervivencia de la democracia estadounidense le sirvió tanto para justificar la neutralidad como para luego cambiar de rumbo y legitimar la participación en la guerra. En todo caso, el aislacionismo, aun con toda su crítica por la supuesta traición a los principios y valores americanos llevada a cabo por el Presidente en Teherán y Yalta, con tal de lograr la aquiescencia rusa a sus planes de posguerra, permitiendo que Stalin devorase regiones enteras para alimentar el Imperio Soviético, tampoco hubiese permitido que Estados Unidos se implicara directamente en la democratización de otros países, mucho menos si ello significaba arriesgar una nueva guerra mundial, más aun cuando la Europa de entreguerras había demostrado tan poco apego por los valores y principios defendidos por los padres fundadores de la república.

Como se aprecia, aislacionismo, desarrollo histórico, evolución económica e internacionalismo, amén de las relaciones diplomáticas, se retroalimentaban en la convulsa escena de la década de 1930, dando forma a la compleja estrategia del Presidente Roosevelt, a la que terminaron por moldear la tradición política estadounidense con su inveterado rechazo por el sistema político europeo, y las ideas y convicciones desarrolladas por el propio F. D. Roosevelt a lo largo de su vida, lo

---

<sup>2479</sup> *Ibíd.*, p. 64 y 209.



que convierte en algo muy complejo de describir, no ya juzgar, los orígenes de su internacionalismo. Con todo, se puede afirmar que su internacionalismo es bien distinto al de su admirado W. Wilson, del que se alejaba a través de claros componentes realistas del internacionalismo conservador de su primo T. Roosevelt, por ello la estrategia internacionalista de F. D. Roosevelt no escapó a las incongruencias de un país cuyo poder le confería el rango de superpotencia pero cuya mentalidad aun se aferraba al unilateralismo aislacionista del siglo anterior. Con tal disparidad entre situación real y autoestima, a cualquier líder le hubiese sido difícil desarrollar una política exterior capaz de acercar ambas y ser aceptada al mismo tiempo. F. D. Roosevelt optó por lo segundo, y al crear un internacionalismo que fuese aprobado por la mayoría del pueblo estadounidense tuvo que adaptarlo a esa visión inmadura que aún aspiraba a la supervivencia del continentalismo, de ahí que F. D. Roosevelt, lejos de implicarse permanentemente en los asuntos europeos, no contemplara permanecer más allá de dos años en Europa, por la misma razón, su sistema internacional se basó en la cooperación de las grandes potencias y no en un orden democrático mundial, también así se explica el fracaso final de sus planes, cuando la mayoría de sus supuestos se tornaron simples deseos irrealizables, pues la Organización de las Naciones Unidas, pese a su creación y pervivencia, nunca se convirtió en el foro en que las grandes potencias resolvieran sus diferencias, y mucho menos en un organismo capaz de evitar las guerras, ni antes ni después de haber estallado, y de ahí que en su sucesor recayera la tarea de crear una estrategia que superase las incoherencias de los internacionalismos de primera generación, del que F. D. Roosevelt no fue capaz de escapar.

Sin duda alguna el internacionalismo triunfó en Estados Unidos durante la II Guerra Mundial, pero extender dicho éxito al internacionalismo de F. D. Roosevelt sería como otorgar la victoria a W. Wilson sobre Lodge por el mero hecho de que la Sociedad de Naciones existió. Como le sucedió a T. Roosevelt primero y a W. Wilson más tarde, la estrategia ideada por F. D. Roosevelt no sobrevivió a su creador, las Naciones Unidas nacieron sí, pero cada bando enfrentado buscó en su propia organización regional, y no en el sistema internacional, la garantía de su respectiva seguridad, mientras el resto del mundo se mantuvo compartimentado en Imperios y esferas de influencia, muy alejado de los principios de la Carta Atlántica.



# Capítulo V

## **H. S. Truman: la contención.** **Cuarto ensayo internacionalista.**

### **10. HARRY S TRUMAN: LA CONTENCIÓN**

Nadie hubiese sospechado a la muerte de F. D. Roosevelt el gran legado político que dejaría Harry S. Truman tras su estancia en la Casa Blanca, pues no sólo le tocó en suerte la difícil tarea de sustituir a un Presidente tan carismático como F. D. Roosevelt, que tras cuatro mandatos consecutivos había logrado tanto sacar a Estados Unidos de la crisis económica como conducirlo a la victoria frente a la Alemania nazi, sino que también tuvo que enfrentarse a los comienzos de la pugna bipolar con la Unión Soviética, sentando con ello las bases de la política exterior estadounidense para toda la Guerra Fría. Ni siquiera tras abandonar la Casa Blanca Truman lograría el reconocimiento popular, con unos índices de aceptación bajísimos para un Presidente saliente, pero sin duda el tiempo ha logrado reponer a su figura la importancia que merece. Como se tratará de demostrar en el presente capítulo, Truman habría triunfado allí donde otros antecesores suyos como W. H. Taft y W. Wilson habían fracasado, a diferencia del primero, Truman sí supo distanciarse con éxito de las políticas de un Presidente tan popular como su antecesor sin poner en peligro por ello la unidad de su Partido, y respecto a Wilson logró colocar a Estados Unidos en la senda del multilateralismo, asegurando su participación en alianzas internacionales permanentes, teniendo en la Organización del Tratado del Atlántico Norte, más que en las Naciones Unidas, la principal expresión del nuevo internacionalismo de posguerra instaurado bajo la iniciativa de su Administración.

Como se podrá comprobar a continuación, Truman y su equipo debieron responder con celeridad ante una realidad internacional en clara contradicción con los supuestos que habían informado la estrategia de su predecesor. Los rápidos cambios que se sucedieron tras la derrota del Eje pronto tornaron trasnochados los acuerdos alcanzados entre las potencias vencedoras, y con la falta de entendimiento entre éstas, todo el organigrama diseñado por F. D. Roosevelt se tornó poco menos que inservible, incluida la Organización de las Naciones Unidas. El mérito de la Administración Truman reside precisamente en que en un breve espacio de tiempo fue capaz de diseñar una nueva estrategia, que reforzando el internacionalismo del anterior Gobierno, pudiera a la vez resolver sus contradicciones y dotar así a la política exterior de Estados Unidos de los instrumentos capaces de defender los intereses nacionales en la convulsa posguerra.



Lo sorprendente es que fuese H. S. Truman el encargado de comandar la reorganización, ya que el Vicepresidente ignorado por F. D. Roosevelt, para muchos no estaba destinado a dejar su impronta en la historia estadounidense, y sin embargo su estrategia política se convirtió en el patrón a seguir en toda la Guerra Fría, superando muchos de los obstáculos que hasta el momento habían impedido al internacionalismo convertirse en la guía indiscutible de la política exterior estadounidense.

### 10.a Biografía

Harry S. Truman nació el 8 mayo de 1884 en la granja familiar de Lamar, Missouri<sup>2480</sup>, primogénito de una familia de agricultores pronto desarrollaría una sólida afición a la lectura de la historia. Trabajó en la granja familiar, en 1890 la familia se estableció en Independence, y en 1901 se trasladaban a Kansas City tras la bancarrota familiar. Siendo un chico que debía usar gafas pronto cambió los deportes por las clases de piano, compaginando sus estudios en la Escuela Comercial Spalding con su empleo de dependiente en una tienda, para pasar después a trabajar en dos bancos de Kansas City, al mismo tiempo que formaba parte de la Guardia Nacional, de la que sería miembro de 1905 a 1911. En 1907 regresó con su familia para trabajar con su padre en la granja, donde permanecería a pesar de la muerte de éste en 1914, si bien también intentó sin éxito labrarse un futuro con una mina de cinc y una compañía de inversión de crudo, hasta que se enlistó en 1917 y fue enviado como capitán al frente francés.

En la I Guerra Mundial, con 33 años y al mando de la Batería D como primer teniente, Harry S. Truman comprobó por primera vez sus dotes de liderazgo, y pese a estar tan sólo un año en el frente, de abril de 1918 a abril de 1919, fue suficiente para regresar a Kansas con los contactos necesarios como para aspirar a una vida pública, opción hasta entonces no tenida en cuenta por el poco ambicioso granjero. Tras casarse creó un negocio de menaje masculino junto a un amigo, tras varios años de escaso éxito comercial el negocio quebró con la crisis de 1922, que dejó 4,7 millones de parados y una inflación de casi el cien por cien, lo que sin duda influyó en su futuro conservadurismo fiscal.

Con 40 años, Truman buscó el éxito entrando en la política de la mano de la familia Pendergast. Los hermanos Jim y Tom eran los varones locales del Partido Demócrata, lo que le valió para ser elegido en 1923 para el puesto de Jefe administrador del Gobierno del Condado de Jackson. Tras perder su puesto en 1924, ganó dos términos seguidos para Presidente Judicial del condado, donde contribuyó a la construcción de la red de carreteras local, además de la reorganización impositiva, escolar y de los condados, impulsándole en las filas del Partido para ser elegido Senador por Missouri en las elecciones de 1934, tras barajar la posibilidad de presentarse a Gobernador. Según el propio Truman su estancia en el Senado fueron

---

<sup>2480</sup>Para los datos biográficos se ha consultado GRAUBARD, op.cit, WATSON, R. P., DEVINE, M. J., WOLZ R. J. *The National Security Legacy of Harry S. Truman* Kirksville, Truman State University Press, 2005, FERREL, Robert H. *Harry S. Truman. A Life*, University of Missouri Press, Columbia, 1994 y [www.trumanlibrary.org/lifetimes/home.htm](http://www.trumanlibrary.org/lifetimes/home.htm)



los diez años más felices de su vida, pasando de ser un Senador salido de la maquinaria Pendergast, y criticado por ello, sobre todo tras la condena por soborno al clan Pendergast, y que no haría un discurso público hasta 1937, a convertirse en un protagonista de primera fila, primero apoyando sin fisuras las políticas del *New Deal* de Roosevelt y, tras participar en el Comité de Comercio Interestatal, jugando un importante papel en la Mesa Aeronáutica, desde marzo de 1941, fiscalizando de manera eficaz y pormenorizada los contratos armamentísticos del Gobierno, al presidir el Comité Especial para Investigar el Programa Nacional de Defensa desde 1939, ya alejado de la maquinaria Pendergast.

El respeto alcanzado en el Senado desde dicho puesto al evitar los abusos contractuales por parte del complejo militar-industrial, como los gastos inútiles, las comisiones ilegales, sobre todo en los campos de entrenamiento, pero también ayudando a la Casa Blanca a organizar la economía en tiempos de guerra, llevándole a numerosos viajes por el país, donde se ganó el apoyo popular, lo que sumado a los problemas que Roosevelt tenía para designar a un Vicepresidente para las elecciones de 1944 debido a la falta de cohesión interna del Partido Demócrata, le sirvieron a Truman, de 60 años, para ser designado compañero de equipo de F. D. Roosevelt, cuyo estado físico hizo que Truman viajase en su representación por Estados Unidos, y tras la victoria en la urnas, convertirse en Vicepresidente. En todo caso, como pronto tuvo oportunidad de comprobar, no formaría parte del círculo ya de por sí estrecho del Presidente, limitándose a escasos dos contactos su relación con Roosevelt, a quien de todos modos, admiraba y respetaba.

La muerte de F. D. Roosevelt el 12 de abril de 1945 convirtió a Harry S. Truman en el trigésimo tercer Presidente de Estados Unidos, tan sólo 83 días después de haber jurado su cargo como Vicepresidente. Presidente y Vicepresidente no podían ser más distintos, el complejo F. D. Roosevelt, un patricio neoyorquino, al lado del humilde granjero de Kansas, mientras el primero prefería dejar que los problemas pasasen por sí solos, Truman tenía la habilidad de centrarse en ellos para resolverlos, y si F. D. Roosevelt era maquiavélico, el segundo era directo y enemigo de las intrigas.

Si bien heredó el equipo de su antecesor, pronto contaría con uno propio a la altura de las circunstancias, pues a diferencia de F. D. Roosevelt, Truman acostumbraba a tomar las decisiones tras escuchar las opiniones de sus subordinados, así en los primeros tres meses de presidencia retiró a seis de los diez Secretarios de su gabinete, y en marzo de 1946 a otros dos. Al igual que T. Roosevelt cuatro décadas antes con Root, Lodge, Hay y Mahan, Truman se rodeó de un gran equipo para diseñar la política exterior de Estados Unidos de posguerra, pronto de Guerra Fría, con A. Harriman, D. Acheson, G. Kennan, G. Marshall, C. Bohlen, R. Lovett o J. McCloy entre otros, deshaciéndose del fardo de ser el Presidente accidental y sucesor de uno de los personajes más queridos en la historia estadounidense, para convertirse así en el arquitecto de la estrategia de seguridad de Estados Unidos para toda la Guerra Fría.



## **10.b. De la Contención a la Alianza Atlántica, el legado político de Harry S. Truman**

### **10.b.1. Los primeros años: la herencia de F. D. Roosevelt**

F. D. Roosevelt no pudo asistir al final de la Alemania nazi, que se rendiría 25 días después de su muerte, el 7 de mayo de 1945, ni al del Japón imperialista que alargaría un poco más su agonía, al no sucumbir hasta primeros de agosto, una vez lanzadas dos bombas atómicas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Para entonces, el Presidente Truman ya se había asentado al mando de la Casa Blanca siendo informado de todo cuanto desconocía como Vicepresidente, programa nuclear incluido. Si bien uno de los aspectos más importantes de la política de seguridad de Estados Unidos de posguerra era su relación con la aliada Unión Soviética, muy pocos hubiesen presagiado que en menos de dos años ésta llegara a ser tan tensa como para hacer cambiar la política exterior y de seguridad estadounidense por completo, convirtiendo a la nación en la garante de la defensa de Occidente y a Harry S. Truman en el arquitecto de la transformación de las relaciones exteriores norteamericanas, acabando con el aislacionismo interno como fuerza protagonista en la vida política de Estados Unidos y poniendo la defensa de la democracia como eje sobre el que construir su estrategia de seguridad.

En todo caso, conviene resaltar que a diferencia de F. D. Roosevelt, quien tuvo que hacer frente a un Congreso beligerante cuyo aislacionismo condicionó de forma notable su acción exterior, Harry S. Truman se benefició de la victoria internacionalista de su predecesor, facilitándole el camino hacia un consenso bipartidista vital a la hora de lograr la aceptación al cambio de rumbo que imprimiría a la política exterior estadounidense, cuando aun un cuarto del Congreso se opondría a las implicaciones de la futura Doctrina Truman<sup>2481</sup>.

De hecho, tras el triunfo de las propuestas de F. D. Roosevelt, la oposición no intervencionista no se recompuso hasta bien entrado 1947. Como vimos en el capítulo anterior, la Resolución Connally fue aprobada el 5 de noviembre de 1943 por 85 votos a favor y cinco en contra en el Senado, sentando las bases de la futura participación de Estados Unidos en la nueva organización internacional, es más, la mayor oposición a dicha resolución provino de aquellos internacionalistas que pedían un mayor compromiso con su causa, como la creación de una policía mundial, mientras que los Republicanos creaban la Asociación Republicana de Política de Posguerra, con Vandenberg a la cabeza, para no quedarse rezagados en la planificación de la materia<sup>2482</sup>.

No es de extrañar por tanto que a la aprobación de la Carta de las Naciones Unidas el 28 de julio de 1945 tan sólo se opusieran tres Senadores, por 89 a favor, y de los seis Senadores de 1919 que se mantenían en el Senado, dos cambiarían de

---

<sup>2481</sup> BRYNIARSKI, Joan Lee *Against the Tide: Senate Opposition to the Internationalist Foreign Policy of Presidents Franklin D. Roosevelt and Harry S. Truman, 1943-1949*, Tesis Doctoral, Universidad de Maryland, 1972, p. ii.

<sup>2482</sup> *Ibíd.*, p. 6, 29 y 48.



opinión apoyando a la nueva organización, mientras cuatro continuarían con su negativa a aceptarla. La clave para tal resultado fue el cambio de actitud en la mayoría Republicana, liderada por Vandenberg, que no convirtió la entrada en las Naciones Unidas en un tema de confrontación política, eso sí, siempre que no se renunciase a los principios de la Carta Atlántica, a lo que Truman ayudó al presionar para que se presentase un plan que el Senado pudiese aprobar, para no repetir así el fracaso de la Sociedad de Naciones<sup>2483</sup>.

A la postre, el debate en torno a las Naciones Unidas fue una discusión vacía, con el 96 por ciento de la aprobación pública a la entrada de Estados Unidos en la organización, poco espacio de maniobra le quedaba a la oposición aislacionista. Nada mejor como los datos estadísticos para ilustrar el cambio de mentalidad que se produjo en la opinión pública de Estados Unidos entre los años anteriores a la II Guerra Mundial y los inmediatamente posteriores a ella, si en 1937 sólo el 26 por ciento de los encuestados pensaba que su país debió entrar en 1919 en la Sociedad de Naciones, para abril de 1945 era el 81 por ciento el que estaba a favor de la entrada de Estados Unidos en las Naciones Unidas (por el 33 por ciento en 1937)<sup>2484</sup>.

Pese al dominio del espíritu aislacionista en la primera mitad del siglo XX, Estados Unidos conoció movimientos a favor de su implicación en los asuntos mundiales desde el momento en que W. Wilson lanzara su proyecto de Sociedad de Naciones, así, la Liga para Reforzar la Paz, de carácter más bien Republicano, y creada en 1915 con W. H. Taft como presidente, abogaba por la creación de un organismo internacional que evitara las guerras pero con la salvaguarda de garantizar bajo el Senado el control del envío de tropas al exterior. En 1923 se formaba la Asociación no Partidista de la Liga de Naciones con el objetivo de presionar para forzar la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones, centrándose en labores de comunicación en temas internacionales y sobre la Sociedad de Naciones, bien mediante sus propias publicaciones como a través de su Departamento de Educación<sup>2485</sup>. Otras agrupaciones comprometidas con la causa internacionalista durante la década de 1920 fueron la Fundación Woodrow Wilson, con F. D. Roosevelt entre sus miembros, la Asociación de Política Exterior, el Consejo sobre Relaciones Exteriores o la Donación Carnegie para la Paz Internacional, con Elihu Root como primer presidente.

Todas estas organizaciones estaban formadas en su mayoría por protestantes descendientes de ingleses y escoceses, con un marcado sesgo anglófilo que les hacía percibir a Estados Unidos como la heredera de Gran Bretaña en su papel de árbitro mundial, en su mayoría pertenecían al mundo de las profesiones liberales o de la política, cuya mentalidad se alejaba del pequeño comerciante o granjero del interior del país, de ahí que durante el periodo de entreguerras la distancia entre ambos fuera insalvable<sup>2486</sup>, si bien entre la clase política las tesis internacionalistas se fueron imponiendo con fuerza a partir de la segunda mitad de los años treinta.

---

<sup>2483</sup> *Ibíd.*, 56-64.

<sup>2484</sup> *DIVINE*, op.cit., p. 25 y 69.

<sup>2485</sup> *Ibíd.*, p. 6-13.

<sup>2486</sup> *Ibíd.*, p. 22.



Como vimos en el capítulo anterior, aunque la llegada de F. D. Roosevelt a la Casa Blanca no supuso la incorporación de Estados Unidos a la Sociedad de Naciones, menos aun con la aprobación de las leyes aislacionistas, sí que es cierto que su arrolladora fuerza política obligó al Partido Republicano a moderar su discurso no internacionalista, hasta el punto de que incluso su candidato para las elecciones en 1940, Wendell Wilkie, comenzó a mover a su Partido tras el ataque a Pearl Harbor hacia posturas internacionalistas, con la férrea oposición del Senador Robert Taft<sup>2487</sup>.

En cuanto al Partido Demócrata, la voz más internacionalista era la de Henry Wallace, partidario del enfoque wilsoniano y de la creación de una fuerza aérea internacional, para quien

ahora por fin las naciones del mundo tienen una segunda oportunidad de erigir una estructura permanente de paz- una estructura tal como la que W. Wilson trató de construir pero que se derrumbó porque el mundo no estaba preparado todavía<sup>2488</sup>

En todo caso, como ya hemos tenido ocasión de comprobar, el proyecto que su Presidente tenía en mente distaba del soñado por Wilson, y tras sondear la posibilidad de crear una especie de policía mundial de las grandes potencias, Roosevelt se decantó por un esquema más realista que el añorado por los partidarios de una refundación de la Sociedad de Naciones y muy alejado del gobierno mundial defendido por los más idealistas.

Con la Administración Roosevelt volcada ya desde 1941 en la creación de un nuevo organismo internacional, en marzo de 1943 se aprobaba la primera resolución, la auspiciada por los Senadores Ball, Hill, Burton y Hatch, que instaba a crear y entrar en la futura sustituta de la Sociedad de Naciones. Dicha decisión fue criticada por los aislacionistas, que en 1942 habían logrado 115 puestos entre ambas Cámaras, como el Demócrata B. K. Wheeler, opuesto a “cualquier alianza permanente o cualquier fuerza policial internacional”<sup>2489</sup>, postura compartida por el Republicano R. Taft y el progresista Hiram Johnson, al igual que por el ex Presidente Hoover, para quien el mundo debía ser un lugar estable antes de crear las futuras Naciones Unidas<sup>2490</sup>.

En septiembre de 1943, cuando se aprobaba una segunda resolución, bajo la iniciativa del Senador Fullbright, que abogaba por la entrada de Estados Unidos en la futura organización internacional, siempre que se respetaran los procesos constitucionales internos, el Partido Republicano anunciaba una declaración sobre política exterior consensuada, según la cual se defendía la entrada del país en el futuro organismo internacional para preservar la paz con la condición de no vulnerar los procesos constitucionales, postura defendida por el Senador Vandenberg. De ese modo, el Partido Republicano ya no sería un estorbo a la hora de fundar y participar en el futuro orden mundial, alejando el fantasma de la repetición del resultado de 1919<sup>2491</sup>. En cualquier caso, la Resolución Fullbright contó con el voto negativo de 29

---

<sup>2487</sup> *Ibíd.*, p. 63.

<sup>2488</sup> *Ibíd.*, p. 79.

<sup>2489</sup> *Ibíd.*, p. 93.

<sup>2490</sup> *Ibíd.*, p. 104 y 123.

<sup>2491</sup> *Ibíd.*, p. 133.



Congresistas, de los cuales tres eran Demócratas y 24 del Medio Oeste norteamericano, si bien fue aprobada por 360, reafirmando el bipartidismo en torno a las Naciones Unidas.

Al mes siguiente se concretaba aun más la implicación de Estados Unidos en las Naciones Unidas con la aprobación de la Resolución Connally, para entonces, tanto la opinión pública como la clase política estadounidenses estaban claramente a favor de la entrada de la nación en la nueva organización para no repetir la experiencia de 1919, así, los debates no giraron tanto en torno a la idoneidad de la participación de Estados Unidos, sino sobre los costes políticos que de ello se derivaban. Lo más sorprendente es que el núcleo que opuso mayor resistencia a la resolución fue el formado por los *internacionalistas idealistas*, todos ellos Demócratas como La Follete, y que al aspirar a una organización más comprometida y con mayor poder gracias a la creación de un gobierno y un cuerpo policial mundiales, vieron insuficiente el texto de compromiso alcanzado por el Senador Connally<sup>2492</sup>, al contrario que Vandenberg, para quien el acuerdo era el idóneo para lograr el entendimiento bipartidista y sortear así un posible rechazo del ala aislacionista Republicana, cuyo mayor temor respecto a la futura organización, del tradicional rechazo a un papel más intervencionista de Estados Unidos en la escena mundial, era que bajo su amparo el Presidente pudiera sortear las prerrogativas que en materia de política exterior concedía la Constitución al Congreso.

Por tanto, no supuso ninguna sorpresa que el 28 de julio de 1945 la Carta de Naciones Unidas fuese aprobada por el Senado por 89 votos a favor y sólo tres en contra, todos ellos Republicanos, salvo el progresista H. Johnson, representantes del viejo aislacionismo agrario de preguerra que había repudiado la Sociedad de Naciones, como el Senador W. Langer de Dakota del Norte, que pasaba por ser el estado más aislacionista de la nación<sup>2493</sup>.

Así pues, el 8 de noviembre el Comité de Relaciones Exteriores del Senado aprobaba por unanimidad la entrada de Estados Unidos en las Naciones Unidas. Más de dos décadas después del triunfo del unilateralismo aislacionista que parecía definitivo, éste sufría una nueva derrota, tras la cosechada contra F. D. Roosevelt y su repudio de las leyes de neutralidad, y que como veremos a continuación, le causaría un daño irreparable que le dejaría en clara minoría para el resto del siglo XX.

De todos modos<sup>2494</sup>, la oposición no internacionalista contaba con el apoyo de importantes medios de comunicación como el *Chicago Tribune*, el *New York Daily News* o el *Washington Times-Herald*, en cuyas editoriales se acusaba a la Organización de las Naciones Unidas de ser una trampa de soviéticos y británicos para someter a Estados Unidos y limitar así su libertad de acción. Ya en el Senado muchos de los que se oponían a la Carta acabaron aprobándola, como el Senador LaFollete quien no estaba de acuerdo con la forma final de la organización, al considerarla una reminiscencia militarista de las fracasadas alianzas europeas, pero que acabaría dando su visto bueno al ser el único modo de lograr la paz, eso sí,

---

<sup>2492</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 37.

<sup>2493</sup> *Ibíd.*, p. 58 y 91.

<sup>2494</sup> Sobre el debate en torno a las Naciones Unidas *Ibíd.*, p. 68-97.



advirtiendo que Estados Unidos debía usar su fuerza moral para lograrlo y del creciente peligro que suponía la Unión Soviética con sus políticas; también el Republicano por Dakota del Sur, H. Bushfield, aprobó la Carta pese a criticar a la Organización por rendir la soberanía estadounidense al Consejo de Seguridad y ser así inconstitucional; R. Taft también dio su consentimiento a las Naciones Unidas, aunque al mismo tiempo lamentaba la conversión del pueblo norteamericano al *internacionalismo patológico*; el Senador Demócrata B. K. Wheeler no creía que la organización pudiese funcionar con efectividad, pero aun así la aprobó; quien sí se opuso a su aprobación fue el Senador por Minnesota H. Shipstead, quien veía las Naciones Unidas como un medio de lograr dólares para el resto de naciones y temía que el Ejecutivo controlase a la delegación estadounidense en la organización. La debacle aislacionista fue total, y el 8 de noviembre de 1945 el Comité de Relaciones Exteriores del Senado aprobaba por unanimidad la entrada en las Naciones Unidas, y al año de quienes se habían opuesto a ello, tan sólo W. Langer mantenía su sitio en el Congreso, y sólo porque Dakota del Norte seguía siendo el estado más aislacionista de la Unión.

Pero el entorno de diálogo y entendimiento entre las grandes potencias soñado por F. D. Roosevelt, y que constituía la base de su sistema de posguerra, nunca pasó el examen de la realidad, y desde los primeros días de la Organización de las Naciones Unidas, como tendremos ocasión de ver en los siguientes apartados, la situación internacional fue empeorando en tal medida, que los supuestos bajo los que se aprobó la Carta de las Naciones Unidas habían dejado de existir, y una nueva política exterior se hacía necesaria si la Administración Truman no quería ver perjudicados de manera irreversible los intereses vitales de la nación.

En los dos años que transcurrieron de marzo de 1947, cuando se anunció la llamada Doctrina Truman, a abril de 1949, cuando se firmó el Tratado del Atlántico Norte, la Administración Truman dio un giro de 180 grados respecto a las políticas de F. D. Roosevelt y a las suyas propias de los primeros meses de mandato, ya que a la creación de la política de la contención y de la Alianza Atlántica, habría que sumar la reforma del aparato de seguridad nacional, con la puesta en marcha del Departamento de Defensa, del Consejo Nacional de Seguridad o de la Agencia Central de Inteligencia, y el desarrollo del Plan Marshall. Con todo ello Truman ponía fin a las esperanzas rooseveltianas de llegar a acuerdos con la Unión Soviética a través de políticas de poder que equilibrasen las bazas de ambas superpotencias<sup>2495</sup>, estableciendo con ello una nueva dirección en la política exterior y de seguridad estadounidense, encaminada a impedir que la expansión comunista pudiese poner en peligro la supervivencia del modelo democrático, tanto en América como en el resto del mundo.

Para comprender los diferentes componentes de la nueva política implementada por la Administración Truman, resulta imprescindible realizar un somero repaso a los acontecimientos que desde la toma de posesión del cargo presidencial al anuncio de la Doctrina Truman condujeron al cambio de actitud en el Gobierno estadounidense, ya que sin hacer mención del componente histórico se corre el riesgo de aislar la política estadounidense en un limbo doctrinal de difícil

<sup>2495</sup> WATSON, R. P., DEVINE, M. J. & WOLZ, R. J., op.cit., p. 77.



comprensión e incierta valoración, de hecho, como tendremos ocasión de comprobar en las páginas siguientes, se puede entender la estrategia trumanita como una reacción a los esfuerzos soviéticos por extender su perímetro de seguridad, sin ello, la Administración Truman podría ser culpabilizada en exclusiva por haber iniciado la Guerra Fría con sus políticas provocativas, cuando éstas pueden ser mejor entendidas como las respuestas desarrolladas por un equipo gubernamental enfrentado a un orden internacional en plena gestación.

El final de la II Guerra Mundial no sólo supuso la caída de la Alemania nazi y del Japón imperialista, sino que también acabó con el equilibrio europeo, y por ende mundial, basado en la preeminencia británica, lo que tendría numerosas repercusiones en los meses venideros. El vacío de poder que sobrevino con la pérdida del papel de pivote mundial que venía ejerciendo Londres desde el siglo XIX, suscitó no pocos interrogantes sobre el futuro nuevo orden internacional, en el que destacaban sobremanera Estados Unidos y la Unión Soviética, quienes, como las dos únicas superpotencias surgidas del conflicto, serían las naciones mejor situadas para reemplazar a Gran Bretaña como principal actor en la escena internacional. De hecho, bajo mi parecer, toda la estrategia desarrollada por la Administración Truman podría entenderse como el esfuerzo definitivo por situar a Estados Unidos en el papel protagonista que venía rehusando desempeñar desde décadas atrás. Si con T. Roosevelt Estados Unidos había alcanzado la preeminencia continental absoluta a través de una actuación exterior más cercana a la clásica política de poder europea, sentando con ello las bases de su ascenso a potencia mundial que llegaría tras su participación en la I Guerra Mundial, con el fallido intento de W. Wilson por reconfigurar el orden internacional a imagen y semejanza del modelo democrático y republicano estadounidense, llegó el primer fracaso por elevar a Estados Unidos al rango de principal potencia mundial, ya que numerosos sectores de la nación no vieron con buenos ojos las responsabilidades que ello conllevaba, ni menos aun los beneficios que reportaba. Tampoco el proyecto internacionalista de F. D. Roosevelt, con su mezcla de realismo e idealismo, logró cuajar en la realidad, pues como vimos en el capítulo anterior y se comprobará en el presente, el supuesto básico sobre el que descansaba su andamiaje, el acuerdo y la cooperación entre las potencias aliadas en la posguerra, nunca se pudo cumplir, y si bien sí que Estados Unidos asumió sus responsabilidades y no regresó a su tradicional ostracismo respecto a los asuntos europeos, también es cierto que la perspectiva de F. D. Roosevelt no era lo suficientemente vanguardista como para dar solución a los ingentes problemas de posguerra.

Con Truman Estados Unidos se asentará como la nación imprescindible, al menos en el campo Occidental, con una política, que como veremos, sería una mezcla del realismo del primer Roosevelt y el idealismo democratizador wilsoniano, ésta vez libre de las quimeras securitarias de su predecesor, y colocando a Europa de manera permanente en el centro de las estrategias diseñadas en los albores de la Guerra Fría. Pero antes de ello, Truman tendría que deshacerse del legado en política exterior de su predecesor, que al calor de la febril sucesión de acontecimientos que sobrevinieron en sus primeros meses de presidencia, amenazaban con colocar a Estados Unidos en la difícil disyuntiva de permitir todos los movimientos soviéticos o enfrentarse



directamente a Moscú, con el riesgo siempre presente de un nuevo conflicto internacional no deseado por nadie.

Harry S. Truman era un recién llegado al equipo de Gobierno de F. D. Roosevelt cuando éste murió, con escaso contacto con la política exterior de su antecesor, y tras sustituir a E. Stettinius por J. Byrnes al frente del Departamento de Estado el 3 de julio de 1945, Truman intentaría seguir los pasos de Roosevelt durante los primeros meses de su presidencia, pero muy pronto el Presidente accidental comprendería que para lidiar con la nueva realidad, una Unión Soviética volcada en ganar terreno allí donde Estados Unidos no mostrase voluntad por contrarrestarla, con el trasfondo de una Europa sumida en el caos de posguerra sin plazo de recuperación previsible, Estados Unidos tendría que dejar atrás el sueño de un mundo dirigido por los acuerdos entre las grandes potencias y sustituirlo por una estrategia, que sin llevar a la nación de nuevo a una guerra mundial, sirviese para no ver comprometidos sus intereses vitales.

Pese a que Truman había nombrado a Byrnes por su larga amistad forjada en la década de los años treinta en el Congreso, y probablemente por remordimiento tras haber sido él el elegido para Vicepresidente y no el propio Byrnes<sup>2496</sup>, muy pronto sus diferencias agriarían su relación. Con Byrnes intentando seguir los pasos de la política exterior rooseveltiana de coexistencia pacífica con la Unión Soviética y el Secretario de Comercio H. Wallace confiando en que Moscú y Washington finalmente acomodasen sus intereses a través de las organizaciones internacionales creadas tras la II Guerra Mundial<sup>2497</sup>, a Truman se le iba haciendo cada vez más difícil continuar con la política de su antecesor ante las evidentes señales de empeoramiento en las relaciones con Stalin.

Si en la reunión de julio en Potsdam Truman tuvo como objetivo asegurar la entrada de la Unión Soviética en la guerra contra Japón, presentándose ante Stalin como un Presidente amigo e informándole sobre la bomba atómica<sup>2498</sup>, pronto comprobó en primera persona que los acuerdos de guerra serían poco menos que papel mojado en la posguerra, como el caso polaco atestiguaba, donde el 5 de julio se había creado un Gobierno de unidad nacional con predominio de los representantes comunistas de Lublin y sin presencia de observadores británicos ni estadounidenses, circunstancia que para Churchill confirmaba sus preocupaciones respecto a Europa una vez se retirasen las tropas estadounidenses, medida que F. D. Roosevelt había planeado hacerlo en dos años, y que sin duda aumentaría la desventaja Occidental respecto a Moscú en el continente<sup>2499</sup>. No sólo su fe en los postulados de su antecesor

---

<sup>2496</sup> COOK, Don *Forging the Alliance, the Birth of the NATO Treaty and the Dramatic Transformation of US Foreign Policy between 1945 and 1950*, New York, Arbor House & William Morrow, 1989, p. 25.

<sup>2497</sup> SPALDING, Elisabeth E. *The First Cold Warrior, Harry Truman, Containment, and the Remaking of Liberal Internationalism*, Kentucky, The University Press of Kentucky, 2006, p. 50

<sup>2498</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 311.

<sup>2499</sup> CHURCHILL, W., op.cit., p. 809. Pero incluso tras Potsdam, Truman seguía manteniendo el espíritu de su antecesor con frases como la siguiente “las Naciones Unidas están determinadas a mantenerse unidas y fuertes”, pues “fuertes cimientos de buena voluntad y cooperación han sido dejados por F. D. Roosevelt...había un acuerdo fundamental acerca de los principios sobre nosotros”, de hecho “las tres grandes potencias están ahora más unidas que nunca en la determinación de alcanzar una justa y duradera paz... continuaremos juntos hacia la paz duradera y un mundo feliz”, las citas pertenecen a TRUMAN,



se mostró en las esperanzas puestas en las Naciones Unidas, sino que tuvo consecuencias prácticas, como la finalización del programa de Préstamo y Arriendo a los aliados tras su regreso de Potsdam<sup>2500</sup>, y que el propio Truman recordaría más tarde como una de sus peores decisiones en la presidencia.

Pero pronto el sueño de un mundo pacífico de armonía entre las grandes potencias empezó a resquebrajarse, pues ya en la reunión de Londres de septiembre de 1945 Byrnes no pudo asegurar un gobierno representativo para Rumania y Bulgaria, bajo la esfera de influencia soviética<sup>2501</sup>, y un mes más tarde el Presidente Truman endurecería su postura en su discurso de los doce puntos, en el que tras asegurar que “buscamos utilizar nuestra fuerza militar sólo para preservar la paz en el mundo”<sup>2502</sup>, anunciando los principios básicos de la política exterior estadounidense de posguerra y que se pueden resumir en:

#### Promoción de la Democracia:

2. Creemos en el retorno eventual de los derechos soberanos y el autogobierno a todos los pueblos que han sido privados de ello por la fuerza.
3. No aprobaremos ningún cambio territorial...sin el deseo libremente expresado del pueblo concernido.
4. Creemos que a todos los pueblos preparados para el autogobierno se les debería permitir elegir su propia forma de gobierno por su elección expresada con libertad, sin interferencia de ninguna fuente externa...
- 5...debemos ayudar a los Estados derrotados a establecer gobiernos pacíficos y democráticos de su propia libre elección...
6. Debemos negarnos a reconocer a cualquier gobierno impuesto bajo cualquier nación por la fuerza de algún poder extranjero...Estados Unidos no reconocerá a ningún gobierno de tal tipo.
11. Debemos continuar luchando para promover la libertad de expresión y religión a través de las áreas amantes de la paz del mundo<sup>2503</sup>

#### Liberalismo económico

7. Creemos que todas las naciones deben tener la libertad de los mares e iguales derechos a la navegación de ríos y aguas fronterizas...
8. Creemos que todos los Estados que sean aceptados en la sociedad de naciones deberían tener acceso en términos iguales al comercio y materias primas mundiales.
10. Creemos que la plena colaboración económica entre todas las naciones...es esencial para el mejoramiento de las condiciones de vida

---

Harry S., discurso radiofónico al pueblo americano sobre la Conferencia de Potsdam del 9 de agosto de 1945, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12165&st=potsdam&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12165&st=potsdam&st1=).

<sup>2500</sup> COOK, op.cit., p. 20.

<sup>2501</sup> LEFFLER, Melvyn P. *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Ed. Crítica, Barcelona, 2008, p. 66.

<sup>2502</sup> TRUMAN, Harry S., Discurso sobre política exterior en la celebración del día de la Marina en Nueva York, el 27 de octubre de 1945, por el Presidente. Consultado en [www.trumanlibrary.org/publicpapers/index.php?pid=187&st=navy+day&st1=](http://www.trumanlibrary.org/publicpapers/index.php?pid=187&st=navy+day&st1=).

<sup>2503</sup> *Ibíd.*



en todo el mundo, y el establecimiento de la libertad respecto al miedo y a la necesidad<sup>2504</sup>

### Colaboración internacional

1. No buscamos ninguna expansión territorial ni ventaja egoísta. No tenemos ningún plan de agresión contra ningún otro Estado...
9. Creemos que los Estados soberanos del Hemisferio Occidental, sin la interferencia desde fuera del Hemisferio Occidental, deben trabajar juntos como buenos vecinos en la solución de sus problemas comunes.
12. Estamos convencidos de que la preservación de la paz entre las naciones requieren una Organización de las Naciones Unidas...para usar la fuerza necesaria para asegurar la paz<sup>2505</sup>

Como se puede advertir, pese a que en el último punto se hiciera hincapié en la búsqueda de acuerdos, el primer punto de defensa de la democracia iba dirigido sin duda alguna a la Unión Soviética, a modo de señal de que Estados Unidos no permitiría que se socavaran los derechos de otras naciones en nombre del interés particular soviético. A modo de primer indicio del nuevo rumbo que tomaría la política exterior de Truman respecto a la de Roosevelt, el nuevo Gobierno transformó la visión popular de unas Naciones Unidas usadas como péndulo de control frente al imperialismo británico y el expansionismo soviético, en una alianza con Londres cada vez más evidente a partir de la segunda mitad de 1945.

Las desavenencias entre Truman y su Secretario de Estado se hicieron evidentes ya en la reunión de diciembre de 1945 en Moscú, convocada unilateralmente por Byrnes y sin contar con Francia ni China, y cuya agenda además no había sido consultada ni con los aliados ni con el resto de la Administración, Presidente incluido<sup>2506</sup>, para quien ya entonces era más importante apuntalar la seguridad europea que albergar esperanzas sobre una paz estable con Moscú<sup>2507</sup>. Ese mismo mes de diciembre la Unión Soviética se negaba a retirar sus tropas de Irán, para así forzar a Teherán a un acuerdo pro soviético, movimiento que fue denunciado tanto por Londres como por Washington, y por los propios iraníes ante la Organización de las Naciones Unidas, vía que Rusia inutilizó al considerar que el Consejo de Seguridad no tenía competencia en dicho asunto. Para Truman era evidente que Stalin intentaba ganar terreno en el acceso al petróleo de Oriente Medio, comprometiendo al mismo tiempo la seguridad de Turquía y la cooperación internacional a través de Naciones Unidas<sup>2508</sup>, por ello ordenó reforzar la flota en el Mediterráneo con el fin de mandar una clara advertencia al Kremlin de que Estados Unidos veía con preocupación sus movimientos. Lo que sin duda fue el primer gran problema de posguerra entre las superpotencias<sup>2509</sup> también supuso la primera brecha en la relación de Truman con su Secretario de Comercio Wallace, quien veía excesivo el despliegue de la flota estadounidense en el Mediterráneo por considerarlo

---

<sup>2504</sup> *Ibíd.*

<sup>2505</sup> *Ibíd.*

<sup>2506</sup> COOK, *op.cit.*, p. 34.

<sup>2507</sup> *Ibíd.*, p. 37.

<sup>2508</sup> TRUMAN, Harry S., *Memoirs, Vol. II Years of Trial and Hope*, Doubleday and Company, New York, 1956, p. 95.

<sup>2509</sup> COOK, *op.cit.*, p. 39.



demasiado hostil hacia un ex aliado de guerra, para Wallace era comprensible que la Unión Soviética intentase *socializar* su zona de influencia, puesto que Estados Unidos hacía lo mismo *democratizando* la suya, y lo que debía buscar Truman era un tratado con Stalin y no pactos sectarios con aliados<sup>2510</sup>. Finalmente, la crisis iraní se cerró con un acuerdo entre Irán y la Unión Soviética y la retirada definitiva de las tropas rusas en mayo de 1946. Para el nuevo equipo presidencial encabezado por Acheson y Harriman, el caso iraní, donde Estados Unidos tuvo que mostrar los dientes para frenar a la Unión Soviética, demostraba a las claras la inutilidad de las Naciones Unidas sin una fuerza aliada creíble, además de confirmar la necesidad, tantas veces defendida por Acheson, de que Estados Unidos sustituyera a Gran Bretaña ante su creciente debilidad para evitar que el campo de la libertad sucumbiera ante el expansionismo soviético, sobre todo en Oriente Medio, una región de vital importancia para Estados Unidos<sup>2511</sup>.

Tras la presión sobre Irán, la Unión Soviética fijó su atención sobre Turquía, intentando forzar un acuerdo sobre el control compartido del estrecho de los Dardanelos, de vital importancia geoestratégica para los intereses soviéticos, al mismo tiempo que en agosto Yugoslavia atacaba dos aviones de transporte estadounidenses para afianzar sus reclamaciones sobre Trieste. La respuesta de la Administración Truman fue firme pero sin caer en peligrosa provocación, y con un mayor refuerzo de la flota estadounidense en el Mediterráneo, Turquía pudo rechazar las demandas soviéticas sobre el control de los Dardanelos y Yugoslavia cesó en su empeño por hacerse con la ciudad italiana<sup>2512</sup>. En septiembre, Wallace presentaba su renuncia como Secretario de Comercio, ante su descontento por lo que consideraba políticas hostiles hacia la Unión Soviética, Truman tampoco podía retener por más tiempo en su equipo a un firme crítico de sus políticas<sup>2513</sup>.

Los movimientos soviéticos demostraban a Truman la importancia capital que la ribera Este mediterránea poseía, y lo esencial que era para los intereses Occidentales que no cayese en manos comunistas, de ahí que en octubre de 1946 se anunciase la creación del Comando Naval de Estados Unidos para el Mediterráneo<sup>2514</sup>. Para entonces, Truman ya no creía en el compromiso soviético respecto a la soberanía estatal ni a los acuerdos alcanzados en las conferencias celebradas durante y después de la II Guerra Mundial, en consecuencia Estados Unidos tendría que asumir su liderazgo bajo la defensa de la libertad y no de un deseo de paz ilusorio, con una Organización de las Naciones Unidas paralizada por la actitud soviética<sup>2515</sup>.

La actitud de las grandes potencias en los primeros años de vida de la Organización de las Naciones Unidas tuvo mucho que ver con el funcionamiento real

---

<sup>2510</sup> KAPLAN, Lawrence S, *Recent American Foreign policy: Conflicting Interpretations*, Homewood, The Dorsey Press, 1968, p. 31.

<sup>2511</sup> ISAACSON & THOMAS, *The Wise Men. Six Friends and the World they Made*, New York, Simon & Schuster Paperbacks, 1986, p. 367.

<sup>2512</sup> COOK, op.cit., p. 42.

<sup>2513</sup> DAVID, S., *Dean Acheson. The State Department years* New York, Dodd, Mead & Company, 1976, p. 106.

<sup>2514</sup> COOK, op.cit., p. 44.

<sup>2515</sup> SPALDING, op.cit., p. 46-48.



de ésta, pues ante la imposibilidad de ver cumplidos los dos supuestos sobre los que se sostenía, acuerdos constantes de las grandes potencias sobre los asuntos más importantes y renuncia al engrandecimiento territorial, ésta se tornaba irrelevante<sup>2516</sup>, más aún cuando la sensación de poderío comunista aumentaba en Europa en la inmediata posguerra. En efecto, los planes de F. D. Roosevelt de acotar la presencia de las tropas estadounidenses en Europa a dos años como máximo, había llevado a una drástica reducción de la presencia estadounidense en el continente, así, de los 3,1 millones de soldados al término de la II Guerra Mundial, al año sólo se mantenían 391.000, a los que habría que sumar los 488.000 británicos, mientras los soviéticos mantenían sus fuerzas inalteradas, con un ejército de cuatro millones y medio de efectivos y 25 divisiones acantonadas en los países comunistas, y que le permitía asegurar su nueva área de influencia que ascendía a más de 630.000 km<sup>2</sup> y 87 millones de habitantes, entre Albania, Alemania Oriental, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania, dominio rubricado con 23 tratados entre dichos países y la Unión Soviética de 1943 a 1949<sup>2517</sup>. Como se desprende de los datos anteriores, ni la conciliación ni mucho menos el recurso a las Naciones Unidas sirvieron a Occidente en los primeros años de posguerra, y como tendremos ocasión de ver, la Conferencia de Moscú de marzo de 1947 marcaría el final de la cooperación entre los antiguos aliados de guerra<sup>2518</sup>.

Precisamente, esa falta de acuerdo entre las grandes potencias había sido siempre para G. Kennan la principal causa de la imposibilidad de que la Organización de las Naciones Unidas lograra sus objetivos, sobre todo por la actitud de los líderes soviéticos. Kennan nunca comprendió que la Administración Roosevelt buscara la colaboración de la Unión Soviética para la creación de las Naciones Unidas como si éstas fuesen imprescindibles para la resolución de los problemas de posguerra, cuando en realidad aquellas sólo podrían tener éxito si se mantenía el *status quo*, condición harto improbable para Kennan dado el carácter orgánico, y no mecánico, de la vida política internacional, es decir, bajo su visión realista de las relaciones internacionales

cuanto más ignoremos la política en nuestro embelesamiento con la creación de un sistema legalista para la preservación del *status quo*, más rápida y violentamente ese sistema se romperá en pedazos bajo las realidades de la vida internacional<sup>2519</sup>

Y a pesar de reconocer el valor de la ley en el ámbito internacional “ello no puede reemplazar el poder como la fuerza vital para una gran parte del mundo”<sup>2520</sup>, de hecho, para Kennan “la seguridad internacional dependerá de ellas: de las realidades de poder, no en la estructura en las que las arropemos”<sup>2521</sup>. De todos modos, dicha visión tampoco implicaba su rechazo total a la Organización de las Naciones Unidas, simplemente le preocupaba que con ella se enmascarasen las adversas consecuencias

<sup>2516</sup> ISMAY, Lord *NATO. The first five years, 1949-1954*, North Atlantic Treaty Organization, Paris, 1954, Capítulo 1, párrafo 2.

<sup>2517</sup> *Ibíd.*, Cap. 1 Párrafo 14 y 23.

<sup>2518</sup> *Ibíd.*, Cap. 1 Párrafo 10.

<sup>2519</sup> KENNAN, George F. *Memoirs 1925-1950*, Pantheon Books, New York, 1983, p. 218.

<sup>2520</sup> *Ibíd.*, p. 219.

<sup>2521</sup> *Ibíd.*, p. 219.



de la absorción comunista de Europa Central y del Este, ya que no habría colaboración aliada en la posguerra y Stalin tan sólo utilizaría a las Naciones Unidas en la medida en que le sirvieran para mantener el equilibrio entre Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética, conservando su dominio del Centro y Este europeos, de ahí que se hubiese negado a aceptar un sistema de voto en el Consejo de Seguridad que negaba la participación de los países en las cuestiones que fuesen parte. A la postre, el sistema acordado en Yalta estaba abocado al fracaso para Kennan, pues el enfoque estadounidense se basaba en una mala interpretación de las intenciones y personalidad del liderazgo soviético, así, en septiembre de 1944 Kennan elaboró un primer informe sobre Rusia en el que indicaba que tras sus logros geopolíticos de posguerra, Moscú no estaría muy interesado en colaborar con Occidente<sup>2522</sup>, posición que sin duda incomodó a una Administración Roosevelt volcada en conseguir todo tipo de acuerdos con Stalin.

Como se observa, Kennan nunca albergó demasiadas esperanzas en la colaboración aliada de posguerra, menos aún cuando la diplomacia soviética dio un giro tras las ganancias adquiridas, y en un segundo informe instaba a no oponerse frontalmente al dominio comunista del centro y este europeos, pues éste no podría mantenerse a largo plazo, además, repetía que Moscú no era imprescindible para el mantenimiento de la paz mundial, objetivo que se podía alcanzar con un razonable balance de poder y el respeto de las respectivas esferas de influencia, pues el peligro más acuciante para Occidente no era una invasión soviética, sino el auge de los Partidos Comunistas nacionales<sup>2523</sup>.

La visión de G. Kennan, a pesar de contradecir los principales elementos de la política exterior de F. D. Roosevelt, tenían una sólida base factual, y donde mejor se sustanciaría dicha falta de acuerdo entre el Kremlin y los Gobiernos Occidentales sería en la Organización de las Naciones Unidas, creada precisamente como encarnación de dicha cooperación entre los aliados de guerra con la intención de mantenerla en la posguerra, y que a las primeras de cambio se transformó en el mayor foro de desencuentro mundial. La clave de tal resultado radicaba en el sistema ideado para alcanzar acuerdos, y que descansaba en el mantenimiento de la comunidad de intereses de guerra en tiempos de paz, situación que como vemos y tendremos ocasión de comprobar, ya no se daba tras la derrota del Eje, de ahí que la figura del derecho a veto de las grandes potencias, ideado como traducción práctica de la preeminencia de éstas en la escena internacional, se convirtiese, en un medio de creciente conflictividad bipolar, al ser utilizado como instrumento defensivo que paralizaría a la propia organización internacional, tornándola más irrelevante con cada uso del veto. Así, lo que en un principio se ideó como mecanismo para impedir un conflicto entre las grandes potencias, con su uso pasó a ser un impedimento a la

---

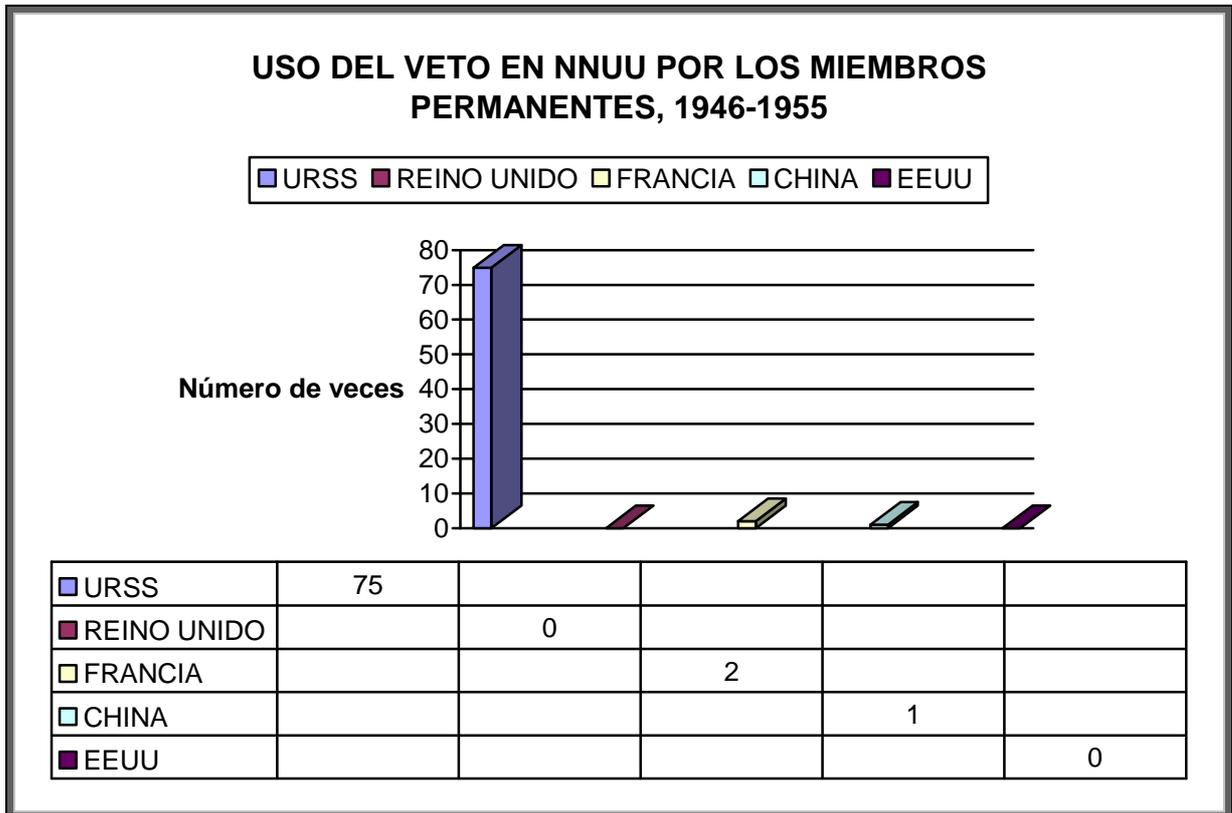
<sup>2522</sup> *Ibíd.*, p. 225 y 229.

<sup>2523</sup> *Ibíd.*, p. 239-251. La alternativa presentada por Kennan a ese orden mundial basado en las Naciones Unidas que creía no prosperaría, ya que Estados Unidos no tendría posibilidad alguna de influir en el área comunista, era el reconocimiento de las respectivas esferas de influencia en Europa, y así poder centrarse en la restauración de Europa Occidental, esfuerzo capital para sus propios intereses, aunque ello implicase la división de Alemania, de ahí que Kennan viese en Potsdam el final de los acuerdos basados en el esquema cooperativo e ilusorio de Teherán, esquema que en los primeros meses de 1946 quería ver sustituido por uno mucho más realista basado en diez reglas contenidas en un tercer informe sobre Rusia, antesala de su *largo telegrama* de febrero de 1946.



hora de evitar conflictos menores, que en el turbio escenario de posguerra enquistarían sin remedio las relaciones entre esas mismas grandes potencias.

Como se aprecia en el siguiente cuadro, la Unión Soviética paralizaría al Consejo de Seguridad en los primeros años de existencia de las Naciones Unidas con su profuso uso del veto



Fuente: Elaboración propia.

Con ello, en lugar de ser un reflejo del equilibrio de poder mundial y un medio para evitar los conflictos entre las grandes potencias, el veto devino en instrumento de los poderosos para evitar medidas contrarias a sus intereses, pervirtiendo así todo el entramado de la nueva organización internacional, que lejos de apaciguar la creciente conflictividad entre los antiguos aliados de guerra, resultó ser incapaz de convertirse en ese foro de diálogo y cooperación para el que fue creada.

El propio Presidente Truman reconocía en junio de 1947 que “la efectividad de las Naciones Unidas depende de que los Estados miembros cumplan con sus obligaciones”<sup>2524</sup>, y por ello “la existencia de las Naciones Unidas obviamente no puede garantizar que todo problema internacional pueda resolverse con facilidad, ni automática ni inmediatamente”<sup>2525</sup>, de hecho, reconocía a su vez que debía ser una sorpresa o una desilusión que muchos asuntos surgidos de la guerra siguieran sin

<sup>2524</sup> TRUMAN, Harry S., discurso radiofónico sobre el Segundo aniversario de las Naciones Unidas del 26 de junio de 1947, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12684&st=united&st1=nations](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12684&st=united&st1=nations).

<sup>2525</sup> *Ibíd.*



resolverse, pero “la fortaleza de las Naciones Unidas descansa en el reconocimiento de que cada Estado miembro, a pesar de sus diferencias, tiene un interés común en la preservación de la paz internacional y en el logro de la seguridad mundial”<sup>2526</sup>. Pero como vemos, dicho consenso era ya imposible para entonces, aun así, en diciembre de 1947 Truman albergaba todavía la esperanza “del éxito de las Naciones Unidas como un medio para la paz mundial, por la simple razón de que no nos podemos permitir nada más”<sup>2527</sup>, si bien unos meses antes, en septiembre, ya había recibido informes de la Secretaría de Estado respecto al abuso del veto en el Consejo de Seguridad, circunstancia que Estados Unidos tendría que resolver tratando de liberalizar el sistema de voto en el Consejo, cambiando “las reglas de procedimiento en el Consejo que permitan la limitación del uso del veto extendiendo las categorías de asuntos en los que no se aplique bajo la Carta”<sup>2528</sup>, sobre todo en lo relativo a la resolución pacífica de controversias, la membresía en la organización y la elección de su Secretario General, de hecho, el Secretario de Estado Marshall abogaba por usar a la Asamblea General para “demostrar claramente donde reside la responsabilidad del fallo del Consejo de Seguridad para actuar”<sup>2529</sup>, pues sin duda que la delegación soviética obstruiría toda acción constructiva proveniente de las naciones Occidentales.

A partir de entonces, si las Naciones Unidas ya no permanecían unidas, si la nueva organización internacional no respondía al fin para el que fue creado y si Estados Unidos veía cómo su seguridad se ponía en peligro ante el empeoramiento de la situación en Europa continental, la Administración Truman comenzaría a revertir el curso de su política exterior, abandonando la herencia de F. D. Roosevelt para desarrollar su propia política exterior. Con las relaciones entre las superpotencias empeorando por momentos a causa de la ocupación alemana y otros asuntos como los de Irán y Turquía<sup>2530</sup>, Truman vio la necesidad imperiosa de cambiar el rumbo de la política exterior estadounidense puesto que la acomodación, dada la actitud soviética, amenazaba con impedir el sueño de Roosevelt de un mundo en paz y, lo que era peor, ponía contra las cuerdas los intereses estadounidenses tanto en Europa como en Asia.

### **10. b.2. *La estrategia de la contención: la Doctrina Truman***

La paralización de las Naciones Unidas a través del colapso del Consejo de Seguridad, merced al excesivo uso del veto por parte de Moscú, traslucía una realidad de creciente rivalidad bipolar en el viejo continente entre la Unión Soviética y sus ex aliados Occidentales. Las Naciones Unidas no funcionaban como se esperaba porque las numerosas cuestiones europeas por resolver no eran susceptibles de ser

---

<sup>2526</sup> *Ibíd.*

<sup>2527</sup> TRUMAN, Harry S., conferencia de prensa del Presidente del 31 de diciembre de 1947, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12811&st=united+nations&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12811&st=united+nations&st1=).

<sup>2528</sup> MARSHALL, G., memoria al Presidente Truman del 14 de septiembre de 1947, texto consultado en [www.trumanlibrary.org/whistlestop/study\\_collections/un/large/documents/index.php?pagenumber=2&documentid=121&documentdate=1947-09-14&studycollectionid=UN&groupid=](http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/un/large/documents/index.php?pagenumber=2&documentid=121&documentdate=1947-09-14&studycollectionid=UN&groupid=).

<sup>2529</sup> *Ibíd.*

<sup>2530</sup> Tema que se tratará en detalle más adelante al estudiar la creación del Plan Marshall y de la Alianza Atlántica.



solucionadas mediante el diálogo y el consenso, y con ello toda la estrategia de posguerra diseñada por F. D. Roosevelt se vino abajo. Sus planes de posguerra consistían en controlar a Moscú a través de la integración en el nuevo orden mundial, buscando un orden wilsoniano a través de medios no wilsonianos, primando el realismo en pro de la seguridad sobre el idealismo democrático de Wilson<sup>2531</sup>.

El que la Administración Truman acabara respondiendo al nuevo desafío mediante una nueva política de contención fue fruto tanto de esa realidad, como de la llegada al poder de un nuevo equipo presidencial, que bajo el mando de Harry S. Truman, fue capaz de zafarse de las contradicciones inherentes a los anteriores ensayos internacionalistas, y dar a luz así al internacionalismo de segunda generación que se convertiría en el mayor legado de la Administración Truman.

En febrero de 1946, en plena crisis iraní, Stalin advertía en un discurso radiofónico que el conflicto con Occidente era inevitable dado su sistema económico capitalista, proclive a generar guerras a causa de su naturaleza predatoria<sup>2532</sup>. El día 22 de ese mismo mes de febrero, G. F. Kennan, al cargo de la embajada estadounidense en Moscú, enviaba al Departamento de Estado el llamado “Largo telegrama” en el que explicaba las que eran a su juicio las razones del comportamiento soviético. Dividido en cinco partes, las dos primeras dedicadas a la descripción de la retórica hostil empleada por Moscú, las dos siguientes al estudio de los modos en que el Kremlin trataba de socavar la fortaleza estadounidense y un parte final dedicada a la solución de tal desafío. Para Kennan “tras la visión neurótica del Kremlin de los asuntos mundiales está el tradicional e instintivo sentido de inseguridad ruso”<sup>2533</sup>, por tanto los líderes comunistas usarían instituciones internacionales como las Naciones Unidas en su beneficio, abandonándolas cuando perjudiquen sus intereses, tratando siempre de debilitar a las naciones Occidentales y buscando la autarquía lejos del proyecto internacionalista estadounidense, “en resumen, tenemos aquí una fuerza política comprometida fanáticamente a la creencia de que con Estados Unidos no puede haber *modus vivendi* permanente”<sup>2534</sup>, pero para Kennan esto no debía conducir al conflicto de forma irremisible, ya que a diferencia de la Alemania hitleriana, la Unión Soviética era altamente sensible a la lógica de la fuerza, y por tanto bastaría con mostrarse firmes en determinadas situaciones para que Moscú diera marcha atrás en sus pretensiones, mejor aun si el mundo Occidental se mostraba unido, de hecho, el comunismo sería para Kennan “como un parásito maligno que crece sólo en tejidos enfermos”<sup>2535</sup>. En resumen, para Kennan se debía rechazar de una vez por todas la herencia de F. D. Roosevelt, política que pretendió seguir Byrnes, de conciliar la autodeterminación de los países del Este europeo con la seguridad soviética, maquillando su dominio con procesos democráticos adulterados, en su lugar, Estados Unidos no debía ocultar por más tiempo los desacuerdos con Moscú, ni otorgarle más concesiones, centrándose en reconstruir sus propias Fuerzas Armadas y ayudar a sus aliados, sin descartar negociar con la Unión Soviética, pero

<sup>2531</sup> GADDIS, J. L., *Strategies of Containment. A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*, Oxford University Press, Oxford, 1982, p. 9.

<sup>2532</sup> LEFFLER, op.cit., p. 70.

<sup>2533</sup> KENNAN, George F., Largo telegrama del 22 de febrero de 1946, texto consultado en [www.rtanet.net/KENNAN.html](http://www.rtanet.net/KENNAN.html)

<sup>2534</sup> *Ibíd.*

<sup>2535</sup> *Ibíd.*



sólo para defender los intereses Occidentales<sup>2536</sup>, con todo ello, estados Unidos debería ayudar a los países de vital importancia bajo la amenaza comunista (sobre todo en Europa y Japón, para así restablecer el equilibrio de poder en Europa y Asia sin ver comprometidos los limitados recursos estadounidenses, permitiendo así elegir donde más garantías de éxito existían), alentar las diferencias dentro del espacio comunista (mediante la ayuda económica y acciones encubiertas) y tratar de modificar el concepto ruso de relaciones internacionales mediante la disuasión y la negociación (ya que ni el apaciguamiento ni la guerra eran opciones viables<sup>2537</sup>).

Al mes siguiente, en marzo, W. Churchill, ferviente partidario de una postura firme frente a la Unión Soviética y contrario a las políticas de coexistencia pacífica, lanzaba en Fulton, Missouri, y delante del Presidente Truman su discurso del Telón de Acero. Para el mandatario británico

Una sombra ha caído sobre las escenas tan iluminadas últimamente por la victoria Aliada. Nadie sabe lo que la Rusia soviética y su Organización Internacional Comunista intentan hacer en el futuro inmediato...Desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático, un telón de acero ha descendido sobre el Continente. Detrás de esta línea caen todas las capitales de los antiguos Estados de Europa Central y del Este...Por otro lado rechazo la idea de que una nueva guerra sea inevitable...No creo que la Rusia soviética desee la guerra. Lo que quiere son los frutos de la guerra y la infinita expansión de su poder y sus doctrinas...Por esa razón la vieja doctrina de un balance de poder está anticuada<sup>2538</sup>

Así pues, en verano de 1946 Truman sabía perfectamente que ni la política de acomodación con Stalin heredada de Roosevelt ni el repliegue sobre sí mismo tan ansiado por los aislacionistas, eran opciones válidas para Estados Unidos. Lo que le faltaba a la Casa Blanca era una guía estratégica para la nueva situación internacional de creciente tensión con la Unión Soviética, una que le permitiese no perder terreno frente a su rival sin por ello provocar una nueva guerra mundial, de aquí a marzo de 1947 Truman iniciaría los pasos que le conducirán al anuncio de la estrategia de la Contención.

A diferencia de W. Wilson, Truman contaba con un gran equipo comprometido con la visión internacionalista de su Presidente, tanto Averell Harriman, en sus diferentes destinos diplomáticos, como Dean Acheson, primero como Subsecretario de Estado y luego al frente del Departamento, o John McCloy, desde la presidencia del Banco Mundial y más tarde como Alto Comisionado para Alemania y Robert Lovett, que culminaría su carrera con el puesto de Secretario de Defensa, o George F. Kennan desde sus destinos diplomáticos y el Consejo de Seguridad Nacional. Con Lovett y Bohlen perteneciendo a las filas Republicanas, eran dos abogados, dos banqueros y dos diplomáticos y amigos entre sí por conocerse de antiguo o haber coincidido durante sus respectivas carreras, tenían en común una visión no partidista ni ideológica de la política, entendida como una labor de servicio

---

<sup>2536</sup> GADDIS, op.cit., p. 21.

<sup>2537</sup> *Ibíd.*, p. 36.

<sup>2538</sup> CHURCHILL, Winston, Discurso sobre el Telón de Acero del 5 de marzo de 1946, texto consultado en [www.historyguide.org/europe/churchill.html](http://www.historyguide.org/europe/churchill.html).



público y no como una carrera en sí misma. Todos ellos opuestos al aislacionismo, eran atlantistas convencidos del liderazgo moral estadounidense como parte esencial del destino nacional, de ahí la necesidad de contener a la Unión Soviética, de hecho, Acheson, Harriman, McCloy y Lovett compartían una visión común mezcla de pragmatismo negociador, ideal multilateral, rechazo a una nueva retirada de Estados Unidos de la escena internacional y una fe ciega en el liderazgo estadounidense en el nuevo mundo de posguerra<sup>2539</sup>. Para McCloy el aislacionismo estadounidense de entreguerras habría fortalecido el crecimiento de ideologías antidemocráticas como el nazismo, y para que tal situación no se repitiese de nuevo Estados Unidos debía ejercer esta vez sí su liderazgo mundial, además Harriman abogaba ya desde finales de la II Guerra Mundial por un trato más duro a Moscú, pues a su juicio sólo podía controlarse su ansia por expandir su esfera de influencia demostrando firmeza y no albergando falsas esperanzas en un mundo ideal y armonioso<sup>2540</sup>.

Tampoco le faltaron apoyos a Truman fuera de su Gobierno y de su Partido para emprender el trascendental cambio de rumbo en la política exterior que estaba a punto de iniciar. Con una importante ala liberal del Partido Demócrata aun convencida de las bondades del enfoque apaciguador de su antecesor, con H. Wallace y la señora Roosevelt a la cabeza, y una opinión pública reacia a ver en la Unión Soviética al nuevo enemigo<sup>2541</sup>, resultó trascendental que ciertos sectores del Partido Republicano, con el Senador Arthur Vandenberg a la cabeza, se sumasen al nuevo enfoque de la Administración Truman abandonando su tradicional aislacionismo. Para Vandenberg, tras los acontecimientos de Irán y Turquía, era evidente que Estados Unidos debía hacer más para contrarrestar el expansionismo soviético, además consideraba que la Unión Soviética era el gran impedimento para el funcionamiento de la Organización de las Naciones Unidas, a la que tanto tiempo había dedicado durante su gestación<sup>2542</sup>. Aun con todo, los Demócratas perdieron las elecciones de medio término de ese otoño, que dieron a los Republicanos el control de ambas Cámaras por primera vez desde la década de 1920, para entonces el Presidente contaba con un bajísimo 30 por ciento de aprobación popular<sup>2543</sup>.

Con la creciente rivalidad entre Moscú y las capitales Occidentales y tras la recepción y difusión del telegrama de Kennan, la línea dura respecto a Moscú en el seno del Gobierno Truman, representados por Kennan y Harriman (ambos expertos en asuntos soviéticos, Harriman con sus viejos contactos comerciales desde la época de Lenin y Kennan por sus estudios y experiencia desde los primeros días de la embajada moscovita) ganaría la partida a los representantes de una estrategia menos agresiva, con Acheson y Bohlen entre sus filas, ya desde entonces Truman tomaría al régimen soviético por lo que denotaban sus acciones y no por quiméricos sueños de colaboración bilateral<sup>2544</sup>. Así, Truman encargaría a su consejero especial C. Clifford la elaboración de un documento valorando la actuación de la Unión Soviética desde el fin de la II Guerra Mundial y las posibles respuestas de Estados Unidos. El texto,

---

<sup>2539</sup> ISAACSON & THOMAS, op.cit., p. 20 y 349.

<sup>2540</sup> *Ibíd.*, p. 248 y 335.

<sup>2541</sup> SPALDING, op.cit., p. 43.

<sup>2542</sup> *Ibíd.*, p. 46.

<sup>2543</sup> LEFFLER, op.cit., p. 96.

<sup>2544</sup> ISAACSON & THOMAS, p. 341.



entregado en septiembre de 1946 bajo el título “Relaciones Americanas con la Unión Soviética”, conocido como “Memorándum Clifford”, se diferenciaba de la interpretación realizada por Kennan, en que Clifford sí veía en la ideología comunista la fuente del expansionismo soviético, ideología que había sustituido a Londres por Washington como principal adversario, además, dicho componente ideológico transformaba una política tradicional de poder en una lucha por la dominación mundial, de modo que Estados Unidos debía recurrir a medidas extraordinarias para evitar que el mundo libre cayese en manos comunistas; asumiendo que la diplomacia y el sueño de enrolar a Moscú en el diseño internacionalista estadounidense eran quimeras ante el carácter ideológico del pulso iniciado desde el Kremlin, quien había roto cualquier acuerdo si éste no le reportaba ventaja estratégica alguna y había utilizado a las Naciones Unidas sólo para beneficio propio. De modo que a Estados Unidos no le quedaba más remedio que asumir su liderazgo mundial para, a través de una política firme de alianzas con los aliados y una mayor preparación militar, intentar frenar la expansión comunista tanto en el terreno de los principios como en la práctica<sup>2545</sup>.

En septiembre de 1946 Truman daba los primeros pasos hacia esa postura firme reclamada tanto en el telegrama de Kennan como en el Memorándum Clifford, y antes de crear el Comando Naval para el Mediterráneo se concedía el primer gran crédito a Grecia<sup>2546</sup>, cuya inestabilidad política ya preocupaba por entonces a la Casa Blanca. Recordemos que en 1944 Londres y Moscú habían acordado dejar Grecia bajo la influencia británica, cuyos planes se basaban en la restauración de la monarquía, pero la reanudación de la guerra civil, con la facción comunista liderando las fuerzas antimonárquicas, ponía al alcance soviético una plaza de tanta importancia geoestratégica como Grecia. En octubre, la Administración Truman respondía al empeoramiento de la situación diseñando los primeros planes para no permitir que Atenas y Ankara cayeran del lado soviético, y en noviembre se concedían las primeras ayudas económicas a Irán. Los hechos se precipitaron el 24 febrero de 1947 cuando Londres informó a la Administración Truman que, dada su desastrosa situación económica, no podría seguir cumpliendo con sus obligaciones en Grecia y Turquía, con retirada de sus 40.000 soldados en la zona incluida<sup>2547</sup>, lo que una vez más habría las puertas de Oriente Medio a la Unión Soviética si Estados Unidos no actuaba con celeridad. Para algunos miembros del equipo gubernamental, como Acheson, Washington debía sustituir a Londres como principal garante del equilibrio de poder mundial, y en concreto europeo, si no se quería ver a Moscú ganar terreno en detrimento de ambos al aprovechar el vacío dejado por Gran Bretaña<sup>2548</sup>. Para el propio Truman, Grecia, Turquía e Irán eran de vital importancia geoestratégica como puertas hacia el control de las fuentes energéticas de Oriente Medio<sup>2549</sup>, y la presión soviética sobre dichos Estados no hacía más que demostrar la voluntad del Kremlin de que estos cayesen bajo su órbita.

---

<sup>2545</sup> SPALDING, op.cit., p. 53-62.

<sup>2546</sup> McLELLAN, David S., *Dean Acheson: the State Department years* New York, Dodd, Mead & Company, 1976, p. 110.

<sup>2547</sup> WATSON, DEVINE & WOLZ, op.cit., p. 128 y TRUMAN, op.cit., p. 100.

<sup>2548</sup> ISAACSON & THOMAS, op.cit., p. 368-370.

<sup>2549</sup> SPALDING, op.cit., p. 64.



Para entonces Truman ya contaba desde enero de 1947 con un nuevo Secretario de Estado, el General George C. Marshall, pues en diciembre Byrnes le había comunicado al Presidente su intención de abandonar el cargo debido a la diferencia de pareceres respecto al rumbo que estaba tomando la política exterior de la Administración. Si pocos meses atrás Byrnes pedía la destitución de Wallace, ahora él mismo era quien criticaba el giro de la Administración hacia una postura más dura y menos condescendiente respecto a la Unión Soviética, de hecho, Byrnes pretendía seguir usando a Londres en Oriente Medio como enlace para no provocar directamente a Moscú<sup>2550</sup>, todo lo contrario a Acheson, quien pretendía sustituirlo sin más. Con la salida de Byrnes del Gobierno, Truman se deshacía de los últimos restos del legado de F. D. Roosevelt, y podía empezar a desarrollar su propia estrategia de posguerra.

Las diferencias entre uno y otro enfoque eran mucho más sutiles de lo que a primera vista pudiera parecer, como veremos a continuación, que Truman optara por implicar directamente a Estados Unidos en el mantenimiento del equilibrio de poder europeo, e internacional, asumiendo así sus responsabilidades como superpotencia mundial, significó una auténtica revolución copernicana en la política exterior estadounidense, acabando por entero no sólo con la estrategia de posguerra diseñada por F. D. Roosevelt, sino que también con más de siglo y medio de negativa a inmiscuirse en los asuntos europeos. Truman pensaba que

Norteamérica no podía, y no debía, negar su ayuda a estas naciones libres. De obrar así, acarrearía grandes perjuicios a los pueblos del Oriente Medio y a Italia, Alemania y Francia. Los ideales y las tradiciones de nuestro país exigían que acudiésemos en auxilio de Grecia y Turquía, y que hiciésemos saber al mundo que nuestra política era defender la causa de la libertad dondequiera que ésta se viese amenazada<sup>2551</sup>

En todo caso, Truman fue siempre consciente de la oposición aislacionista que tal política encontraría en el Congreso, de lo difícil que sería hacerles ver que

Washington, para alcanzar el objetivo supremo de salvar a la nación, había aconsejado un sistema teniendo en cuenta las circunstancias de *su* tiempo, y que, si bien éstas y nuestra posición internacional habían variado, los fines de nuestra política- la paz y la seguridad- continuaban siendo los mismos [...] las ideas de inacción retirada, “Fortaleza Norteamericana”, solamente podían dar como resultado que grandes regiones de la tierra que permanecen libres cayeran en manos de los rusos<sup>2552</sup>

Es decir, para Truman Estados Unidos debía dejar atrás su pasado y encarar su nueva situación internacional con una política exterior adecuada a los desafíos del momento, sin olvidar los principios y valores de la nación, pero ahora ya defendidos por modernas estrategias, ya que

---

<sup>2550</sup> McLELLAN, op.cit., p. 112.

<sup>2551</sup> TRUMAN, op.cit., p. 101.

<sup>2552</sup> *Ibíd.*, p. 102.



debemos adoptar una posición firme. Ya han pasado los tiempos en que bastaba decir “no queremos la guerra”. Debemos actuar a tiempo, anticipándonos para ahogar los primeros síntomas de cualquier conflicto que amenace extenderse sobre la tierra...Los acontecimientos nos obligas a asumir esta función rectora<sup>2553</sup>

Con los Republicanos presionando a la Administración tras su victoria en las elecciones de medio término en 1946, y con Acheson pidiendo ayuda urgente a Grecia y Turquía para salvaguardar el dominio Occidental sobre el acceso a los recursos de Oriente Medio y no socavar la moral europea, ya de por sí mermada tras el duro invierno de 1946-47, pues entendía que la seguridad de Estados Unidos dependía de mantener ciertas áreas fuera del alcance de la órbita soviética<sup>2554</sup>, el Presidente Truman pedía el 12 de marzo de 1947 al Congreso la aprobación de la ayuda económica a los Gobiernos de Grecia y Turquía, justificándola de tal modo que sentó las bases de lo que sería conocida como la estrategia de la contención, o Doctrina Truman, basada en un plan de acción diseñado por el entonces Subsecretario de Estado Dean Acheson en colaboración con el primer secretario del Embajador británico en Washington, Loy Henderson, que debía afrontar tres requerimientos básicos, a saber, encarar las necesidades de seguridad inmediatas de griegos y turcos, contar con el apoyo del Congreso y opinión pública estadounidenses y reflejar el rol de Estados Unidos como potencia mundial<sup>2555</sup>.

En primer lugar, Truman indicaba las causas de su petición al Congreso informando de que “Estados Unidos ha recibido del Gobierno griego una petición urgente de asistencia financiera y económica”<sup>2556</sup> y advertía de que la asistencia era imperativa si Grecia debía sobrevivir como una nación libre a causa de la guerra civil desatada en el país y de que el Gobierno británico, que había estado ayudando al griego, no podía dar más ayuda económica ni financiera a partir del 31 de marzo, y que en la misma situación se encontraba Turquía cuyo futuro “como un Estado independiente y económicamente firme no es menos importante para los pueblos amantes de la paz que el futuro griego”<sup>2557</sup> puesto que esa integridad era esencial para la preservación del orden en Oriente Medio.

Tras describir la grave situación en ambos países, Truman trazaba el nexo de unión que a su juicio existía entre dicha situación y la política exterior de Estados Unidos, ya que

Uno de los principales objetivos de la política exterior de Estados Unidos es la creación de condiciones en las que nosotros y otras naciones puedan desarrollar un modo de vida libre de la coerción...Para garantizar el desarrollo pacífico de las naciones, libres de la coerción, Estados Unidos han tomado un papel de liderazgo en la creación de las Naciones Unidas...No lograremos nuestros objetivos, si no estamos dispuestos a ayudar a los pueblos libres a mantener sus

---

<sup>2553</sup> *Ibíd.*, p. 107.

<sup>2554</sup> McLELLAN, *op.cit.*, p. 117.

<sup>2555</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 24.

<sup>2556</sup> TRUMAN, Harry S., discurso pronunciado ante sesión conjunta del Congreso el 12 de marzo de 1947, texto consultado en [www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm)

<sup>2557</sup> *Ibíd.*



instituciones libres y su integridad territorial contra los movimientos agresivos que intentan imponerles regímenes totalitarios...los regímenes totalitarios impuestos sobre pueblos libres, por agresión directa o indirecta, socavan los fundamentos de la paz internacional y por tanto la seguridad de Estados Unidos<sup>2558</sup>

Todo ello se derivaba de un hecho que para Truman era evidente, a saber, la división del mundo en dos polos ideológicos en el que “casi toda nación debe elegir entre dos modos de vida alternativos”<sup>2559</sup>, uno democrático y otro totalitario, por tanto, Estados Unidos debía actuar para no ver agrandado el campo totalitario mientras menguaba el democrático, lo que implicaba cambiar la estrategia seguida en los primeros meses de posguerra. Truman desvelaba entonces su nueva doctrina

Creo que debe ser la política de Estados Unidos apoyar a los pueblos libres que estén resistiendo intentos de subyugación por minorías armadas o por presiones exteriores.

Creo que debemos asistir a los pueblos libres para que desarrollen sus destinos a su propio modo.

Creo que nuestra ayuda debe ser primeramente a través de ayuda económica y financiera que es esencial para la estabilidad económica y unos procesos políticos ordenados.

El mundo no es estático, y el *status quo* no es sagrado. Pero no podemos permitir cambios en el *status quo* en violación de la Carta de Naciones Unidas por tales métodos como la coerción, o por tales subterfugios como la infiltración política<sup>2560</sup>

Sólo tras revelar su nueva estrategia pedía al Congreso un paquete de ayuda de 400 millones de dólares para Grecia y Turquía, ya que esa era una inversión en la libertad y la paz mundiales. Para Truman

Los pueblos libres del mundo miran hacia nosotros por ayuda para mantener sus libertades.

Si vacilamos en nuestro liderazgo, pondremos en peligro la paz del mundo- y seguramente pondremos en peligro el bienestar de nuestra nación.

Grandes responsabilidades han sido puestas sobre nosotros por el repentino movimiento de los hechos<sup>2561</sup>

De ese modo, el 12 de marzo, apenas dos años después de haber asumido la presidencia, Truman ponía fin a la estrategia diseñada por Roosevelt y sentaba las bases de lo que sería la política exterior de Estados Unidos para todo el periodo de Guerra Fría. A continuación, encargaría a Dean Acheson la defensa del paquete de ayuda ante el Congreso para su aprobación, lo que equivalía a oficializar su Doctrina de contención del comunismo. Para lograr el apoyo del Congreso, Acheson presentó la nueva estrategia limitada en su alcance y supeditada a un mayor protagonismo de las Naciones Unidas que el bosquejado en el discurso presidencial<sup>2562</sup>, puesto que

---

<sup>2558</sup> *Ibíd.*

<sup>2559</sup> *Ibíd.*

<sup>2560</sup> *Ibíd.*

<sup>2561</sup> *Ibíd.*

<sup>2562</sup> McLELLAN, *op.cit.*, p. 120.



pese a contar con el apoyo de influyentes Senadores Republicanos como Vandenberg, numerosos sectores de ambos Partidos temían una multiplicación peligrosa de compromisos de seguir al pie de la letra tal defensa de la libertad frente al totalitarismo, lo que negó el propio Acheson al rechazar la visión de la nueva política como una cruzada ideológica. Con las salvaguardas garantizadas por Acheson, el paquete de ayuda fue finalmente aprobado con amplia mayoría por ambas Cámaras<sup>2563</sup>.

Acheson fue el principal valedor de la ayuda en la Administración Truman, pero sabía que ello implicaba reconocer que las Naciones Unidas no funcionaban como deberían, y que por tanto sería duro convencer al Congreso de la necesidad de asistir a Grecia y Turquía unilateralmente, mientras que Vandenberg apoyaría al Presidente sólo si éste explicaba al público lo que de verdad estaba en juego, a saber, la reorganización de las relaciones con Moscú, si bien el mismo Vandenberg sabía que Acheson llevaba razón puesto que sin la ayuda, la caída de Grecia y Turquía del lado soviético truncaría la recuperación europea<sup>2564</sup>. Esa necesidad de impedir que la Unión Soviética acrecentara su Imperio a costa de los aliados estadounidenses, debía ser la clave de la acción exterior de Estados Unidos para el Subsecretario de Estado para asuntos económicos W. Clayton, de ahí que Estados Unidos tuviese el deber de liderar el campo de las naciones libres, rol que debía ser explicado a la opinión pública nacional para convencerla de ello<sup>2565</sup>.

Las críticas a la Doctrina Truman no se hicieron esperar, así, el diario *Chicago Tribune* criticó la ayuda y el internacionalismo de la Administración, mientras que la publicación internacionalista *PM* se lamentaba de que la ayuda militar no se implementara a través de las Naciones Unidas, debiendo ocuparse Estados Unidos tan sólo de la económica<sup>2566</sup>. Uno de sus mayores opositores fue el afamado periodista Walter Lippmann, en cuyo artículo "*The Cold War*"<sup>2567</sup> exponía lo que en su opinión eran las principales fallas de la nueva doctrina de seguridad estadounidense. Para empezar, Lippmann consideraba la contención una estrategia reactiva que concedía a la Unión soviética la iniciativa en la escena internacional

Porque si la historia ha intentado de hecho colocar sobre nosotros la responsabilidad del liderazgo, entonces no es liderazgo el adaptarnos a los cambios y maniobras de la política soviética...Moscú, no Washington, definirá los asuntos, provocará los desafíos, seleccionará el terreno donde el conflicto será luchado y escogerá las armas<sup>2568</sup>

Además, la nueva doctrina suponía una amenaza para el sistema constitucional estadounidense, ya que los poderes del Congreso podrían verse afectados por las prerrogativas presidenciales otorgadas por la nueva estrategia. Tampoco la economía nacional saldría bien parada de implementarse por entero la contención, ya que era un

---

<sup>2563</sup> *Ibíd.*, p. 121.

<sup>2564</sup> BRYNIARSKI, *op.cit.*, p. 99 y 104 y IRELAND, *op.cit.*, p. 25.

<sup>2565</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 30.

<sup>2566</sup> BRYNIARSKI, *op.cit.*, p. 105.

<sup>2567</sup> LIPPMANN, Walter, "*The Cold War*", texto consultado íntegro en <http://academic.brooklyn.cuny.edu/history/Johnson/lippcoldwar.htm>

<sup>2568</sup> *Ibíd.*



sistema no regimentado ni controlado, y por ello no podía ser administrado de acuerdo a ningún plan. A todo ello habría que sumar que la política de la contención “obliga a Estados Unidos a enfrentarse a los rusos con contrafuerza en cualquier punto”<sup>2569</sup>, lo que podría superar la capacidad militar estadounidense, y poner en peligro su relación con los aliados tradicionales, Europa y Latinoamérica, al tener que defender a nuevos aliados débiles fuera de la comunidad atlántica, que no eran un valor, sino una carga. Por todo ello, la contención impediría la posibilidad de alcanzar un acuerdo con la Unión Soviética, tan necesario, según Lippmann, para la desmilitarización y desocupación de Europa.

Otro ejemplo de críticas vertidas, ésta vez desde el campo académico, sobre la doctrina de la contención fue el del profesor de derecho en la universidad de Yale Edwin Bochar, quien había sido uno de los principales ideólogos del aislacionismo en el periodo de entreguerras. En su artículo “*Intervención- la Doctrina Truman y el Plan Marshall*”, de octubre de 1947, Bochar argumentaba que no se podía relacionar la Doctrina Truman con la Doctrina Monroe puesto que ésta estaba limitada en su alcance, Latinoamérica, y se abstenía de intervenir en Europa, por el contrario “la Doctrina Truman no tiene límites geográficos y promete la intervención americana en lugares donde Estados Unidos tienen pocos o ningún interés”<sup>2570</sup>, a la postre, la nueva estrategia “será interpretada como imperialismo americano...luego Estados Unidos...se convertirá en una potencia imperialista”<sup>2571</sup>.

Desde el Congreso, donde comenzaría el debate el 24 de marzo con 400 preguntas remitidas al Comité de Relaciones Exteriores del Senado, muchas de ellas relativas a la relación entre Doctrina Truman y Naciones Unidas y de cómo éstas quedaban debilitadas a causa de la primera<sup>2572</sup>, la oposición Republicana no dejó escapar la oportunidad de poner en tela de juicio la nueva política de seguridad del Presidente, así, el Senador Republicano por Nebraska Kenneth Wherry, en su discurso ante el Congreso el 21 de abril de 1947<sup>2573</sup>, advertía que la Doctrina Truman ponía en peligro los recursos de Estados Unidos al no tener límite la ayuda a los países en peligro, además, los soldados estadounidenses seguirían a los dólares en una especie de “renacimiento de la diplomacia del dólar”<sup>2574</sup>, lo que no haría más que aumentar la vulnerabilidad de la nación pues “crearíamos las condiciones donde Pearl Harbors y Corregidores serían repetidos simultáneamente en multitud de lugares”. Pero quizá el mayor opositor a la política exterior presidencial fue el Senador por Ohio Robert A. Taft, hijo del ex Presidente W. H. Taft, para quien el primer “propósito de nuestra política exterior debe ser proteger la libertad del pueblo de Estados Unidos”<sup>2575</sup> y lo mejor que puede hacer la nación como gran servicio a la humanidad es ofrecer su ejemplo de sociedad libre, más que con “billones de asistencia material-y mucho más de lo que podemos hacer con la guerra”<sup>2576</sup>, ya que

---

<sup>2569</sup> *Ibíd.*

<sup>2570</sup> KAPLAN, *op.cit.*, p. 61-62.

<sup>2571</sup> *Ibíd.*

<sup>2572</sup> BRYNIARSKI, *op.cit.*, p. 110.

<sup>2573</sup> KAPLAN, *op.cit.*, p. 59-60.

<sup>2574</sup> *Ibíd.*

<sup>2575</sup> TAFT, Robert A., *A Foreign Policy for Americans*, New York, Doubleday & Company, Inc., 1951, p.

11.

<sup>2576</sup> *Ibíd.*, p. 12.



“si confinamos nuestras actividades al campo del liderazgo mundial habremos tenido éxito si nuestra filosofía concuerda con los anhelos mundiales”<sup>2577</sup>,

La principal crítica de Taft a la Doctrina Truman era que no ofrecía ningún programa diseñado a largo plazo para implementarla, corriendo así el riesgo de superar los límites de la capacidad económica y militar estadounidenses. En realidad, las objeciones de Taft acerca de la falta de programa específico para llevar a cabo la Contención no iban muy desencaminadas, de hecho, la nueva estrategia no incluía doctrina militar específica, dependiendo más las respuestas de la naturaleza del caso a tratar<sup>2578</sup>.

La clave de la defensa realizada por Acheson estribó en el rechazo a las acusaciones de debilitamiento de las Naciones Unidas, ya que según Acheson éstas carecían de los recursos para realizar tal esfuerzo económico y porque Grecia y Turquía habían realizado la petición expresa de ayuda a Estados Unidos y no a las Naciones Unidas, además, dicha ayuda representaba para Acheson un compromiso con la Carta de las Naciones Unidas, siendo una política estadounidense y no una mera sustitución de los compromisos británicos. Aun con todo, serían los propios representantes Demócratas quienes más denunciarían ese segundo plano de las Naciones Unidas en el plan de ayuda, como el Senador por Florida C. Pepper, que criticaba la unilateralidad de la medida, haciéndose eco de las acusaciones de organizaciones como el Comité de Veteranos Americanos, que no apoyaban la asistencia militar y sí la económica pero bajo el paraguas de Naciones Unidas, para no convertir a las pequeñas naciones en peones de las superpotencias, además, Acheson recibió críticas por asistir a naciones no democráticas mientras se blandía la defensa de la libertad como razón básica de la ayuda<sup>2579</sup>.

La oposición a la estrategia de la contención de la Doctrina Truman provino tanto de la izquierda del Partido Demócrata como de la derecha del Republicano, con las siguientes críticas recurrentes:

1. por sortear a las Naciones Unidas,
2. por los altos costes económicos que ello implicaba,
3. por buscar solamente defender intereses petroleros,
4. por ayudar a países no democráticos,
5. por una excesiva militarización que podía conducir a la guerra.

En cuanto al primer punto, es lógico que menos de dos años después de haber aprobado la entrada en una organización internacional en la que se habían depositado tantas esperanzas, el punto muerto en el que se encontraba merced al derecho de veto implicara una reconsideración de la estrategia estadounidense, máxime cuando el Kremlin no dejaba escapar ocasión para dar sobradas muestras de su expansionismo.

---

<sup>2577</sup> *Ibíd.*, p.17, en palabras del propio Taft “No creo que este ideal de liderazgo moral justifique mezclarnos en ninguna guerra preventiva, ni ir en la defensa de cualquier país contra otro, ni enredarnos en una posición fiscal y económica vulnerables en casa que invite a la guerra. No creo en ninguna política que tenga detrás la amenaza de la fuerza militar, que está justificada como parte de la política exterior básica de Estados Unidos sólo para defender la libertad de nuestro pueblo”, *Ibíd.*, p. 18.

<sup>2578</sup> WATSON, DEVINE & WOLZ, *op.cit.*, p. 83.

<sup>2579</sup> BRYNIARSKI, *op.cit.*, p. 114-120.



El que Estados Unidos decidiese ayudar por su cuenta a Grecia y Turquía bajo el amparo de una estrategia de seguridad nacional era una clara muestra del fracaso de las Naciones Unidas como foro de entendimiento internacional. La segunda crítica, el elevado coste económico del plan, estaba íntimamente emparentada con la anterior, ya que al recurrir a una iniciativa unilateral, Estados Unidos se había negado a sí mismo la posibilidad de contar con la ayuda de más socios cargando solo con toda la carga económica, lo que podría conducir a su economía a la quiebra. Al verla como una estrategia continuista con el derroche del *New Deal*, además, algunos Republicanos temían que una vez aprobada la ayuda, el Gobierno Federal aumentase su poder a través de materias económicas, pues sospechaban que Grecia y Turquía no serían los únicos casos<sup>2580</sup>. En el tercer y cuarto grupo de críticas nos encontramos con ataques típicos de la izquierda Demócrata, en particular, la cuarta crítica no carecía de lógica pues era comprensible que al basar en la defensa de la libertad la acción exterior de Estados Unidos, la Administración Truman fuera criticada por ayudar precisamente a dos países que nada tenían de democráticos. Y en cuanto al quinto punto, el temor a que la Doctrina Truman desencadenase un conflicto armado con Moscú, era compartido por sectores Republicanos y por Demócratas que añoraban la política exterior de F. D. Roosevelt.

Desde la izquierda Demócrata, cuyos Senadores representaban a los sectores agrarios del Medio Oeste y de los estados de las Montañas Rocosas, la oposición a la Doctrina Truman fue mas dura aún, acusando al Ejecutivo de defender los intereses de las petroleras en Oriente Medio, de hecho, la única enmienda que se añadió fue la relativa a impedir toda ayuda al sector petrolero a través de la Doctrina Truman, para así no dar crédito a las acusaciones de Senadores como el Demócrata por Colorado E. Johnson que la tildaban de no ser más que la extensión de la Doctrina Monroe al Mediterráneo para favorecer a las empresas petroleras. En el mismo tono se presentó una propuesta de resolución, por el Senador Demócrata por Virginia H. Byrd, para someter la ayuda a Naciones Unidas y facilitar así las relaciones con Moscú, que de no aceptar el plan se vería enfrentado a un proceso de reorganización de la estructura de Naciones Unidas, como se puede apreciar, ese recurso a las Naciones Unidas reflejaba la pervivencia de los postulados defendidos por F. D. Roosevelt, visible también en la postura de C. Pepper o en la del Senador por Montana J. Murray, quien habiendo sido ferviente partidario del *New Deal*, no podía aprobar la Doctrina Truman tal y como había sido presentada, menos aún cuando incluía la ayuda, incluso militar, a países no democráticos<sup>2581</sup>.

Tampoco faltaron las críticas del lado Republicano, pese a los mensajes de Vandenberg indicando que si no se ayudaba a Grecia y Turquía se estaría invitando a nuevas agresiones en el resto del mundo, la derecha Republicana prefería centrar su atención en la lucha contra el comunismo interno, en lugar de malgastar el dinero en el exterior, acusando incluso a la Administración Truman de acoger a comunistas, pues temían sobre todo, como el Senador Republicano por Nebraska K. Wherry, que hubiese muchas más Grecias y Turquías, lo que perjudicaría a la economía nacional y rendiría su control al Ejecutivo Federal, no viendo más que una extensión del derroche del *New Deal* en la Doctrina Truman, que trataba de resolver los problemas

---

<sup>2580</sup> *Ibíd.*, p. 132.

<sup>2581</sup> *Ibíd.*, p. 125 y 141.



a través de los dólares de los ciudadanos, olvidando que para eso se habían creado las Naciones Unidas y que lo mejor que podía hacer Estados Unidos era predicar con su ejemplo. Así, el Senador Republicano por Dakota del Norte W. Langer, opuesto a toda ayuda exterior, entendía que la propuesta presidencial se limitaba a sustituir a Gran Bretaña por las armas estadounidenses, cuando mejor hubiese sido usar a las Naciones Unidas para conceder la ayuda, y si Moscú la vetaba, Estados Unidos debería abandonar la organización internacional. También el Senador Republicano por Nevada G. Malone pensaba que la Doctrina Truman tan sólo defendía los intereses de las petroleras<sup>2582</sup>.

Pese a que la oposición al programa presidencial procedía tanto de sectores Demócratas internacionalistas como de los menguados restos del aislacionismo Republicano, el 22 de abril de 1947 se aprobaba en el Senado el plan de ayuda con 67 votos a favor y 23 en contra, entre los que se encontraban siete Demócratas, y de los Republicanos, trece representaban al Medio Oeste de pequeños empresarios y granjeros contrarios al aumento del gasto y el control federales y más aún a las alianzas permanentes, incluida la nueva Organización de las Naciones Unidas<sup>2583</sup>. Como muestran las cifras, la oposición al internacionalismo de la Administración Truman cobraba fuerza respecto al anterior debate sobre la Carta de las Naciones Unidas, tendencia que continuaría en los siguientes años.

Como se puede apreciar, la Administración Truman, a diferencia de los convulsos años de la presidencia de F. D. Roosevelt, se benefició de una breve etapa de consenso bipartidista que se expandiría hasta 1949, cuando la cuestión china y la derrota electoral Republicana acabaron con la tranquilidad política en el Congreso<sup>2584</sup>. Con los acuerdos bipartidistas se intentaba evitar toda controversia política como la que había conducido al rechazo de la Sociedad de Naciones, ya que en el campo Republicano existía entonces un importante sector internacionalista liderado por figuras emblemáticas del Partido como A. Vandenberg, H. C. Lodge Jr., Leverett Saltonstall, Ralph Flanders, J. F. Dulles o Margaret C. Smith, todos ellos de estados costeros y que apoyaban el giro europeísta dado por las Administraciones Demócratas, más aún tras los acontecimientos en el viejo continente durante 1947 y 1948, de modo que bipartidismo se fue asociando cada vez con patriotismo, frente a las posturas aislacionistas de Robert A. Taft, Kenneth S. Wherry, John W. Bricker o Joseph McCarthy<sup>2585</sup>.

Pese al bipartidismo, la Administración no pudo evitar que en su seno hubiera cierto descontento con la nueva doctrina, quizás el caso más sorprendente fueran las críticas vertidas por el propio Kennan, quien ya había hablado de contener a la Unión Soviética en el otoño de 1946 durante sus clases en el Colegio de Guerra en estos términos “no hay ninguna razón, en teoría, por la que no nos sea posible contener a los rusos indefinidamente confrontándoles con firmeza y corrección a través de una

---

<sup>2582</sup> *Ibíd.*, p. 127-135 y 143.

<sup>2583</sup> *Ibíd.*, p. 153.

<sup>2584</sup> KEPLEY, David R., *Challenges to Bipartisanship: Senate Republicans and American Foreign Policy, 1948-1952*, tesis doctoral, Universidad de Maryland, 1979, p. 38.

<sup>2585</sup> *Ibíd.*, p. 4 y 15.



fuerza superior en toda ocasión”<sup>2586</sup>. Kennan, ya como primer jefe del recién creado Equipo de Planificación Política del Departamento de Estado, rechazaba la ideologización de la Contención, por cuanto veía en el tradicional sentido de inseguridad ruso la base de las acciones soviéticas, y no en el credo comunista como se desprendía del Memorándum Clifford y del discurso presidencial<sup>2587</sup>, y junto a Lovett, creía que Estados Unidos debía limitar la ayuda de acuerdo a sus recursos y compromisos, frente a la concepción global de la Doctrina Truman<sup>2588</sup>, y aunque sí que veía necesidad en aplacar el ímpetu expansivo soviético, era más partidario de hacerlo a través de medios tradicionales que de nuevas y arriesgadas doctrinas, para así calmar la inseguridad rusa sin poner en juego las capacidades estadounidenses<sup>2589</sup>. Para Kennan, la Doctrina Truman era a la postre una mezcla de legalismo más moralismo, tan queridos al idealismo estadounidense, cuya tendencia a las soluciones universales sin tener en cuenta los matices de cada situación, habría impedido que la labor de la diplomacia rindiera sus frutos, teniendo en la Organización de las Naciones Unidas una muestra más de dicho universalismo legalista, cuando Estados Unidos ganaría más con alianzas particulares y regionales<sup>2590</sup>. Es más, si bien Kennan defendía la ayuda a ambos países, al tener en cuenta los efectos positivos que tendría sobre Europa Occidental, se desmarcaba de la grandilocuencia del mensaje presidencial, pues ni siquiera los casos griego y turco eran equiparables, además de tener serias dudas sobre la capacidad de la nación para embarcarse en una cruzada universal de tales características, por no hablar de los problemas que surgirían a la hora de definir las amenazas, más aun cuando no todos los Estados a ayudar serían democráticos. Para Kennan, todo ello se derivaba de la tradicional tendencia estadounidense a rechazar medidas coyunturales a favor de fórmulas y doctrinas universales, no siendo la Doctrina Truman más que un nuevo ejemplo del idealismo americano.

Aunque el mismo Kennan había hablado de contener a la Unión Soviética en su telegrama del 22 de febrero de 1946<sup>2591</sup>, para Kennan la contención era un medio de ayudar a otros países a resistir la penetración, que no invasión, comunista, defendiendo a la vez su integridad interna<sup>2592</sup>, así se reforzaría el campo Occidental sin dar concesiones a los rusos. Esperando su ineludible declive interno, la clave residía en intentar cambiar el comportamiento soviético para buscar su colaboración en la transformación del *status quo*, además, Kennan dudaba que la Doctrina Truman pudiese ser igual de efectiva en todas las regiones, sin distinguir siquiera entre las zonas de interés vital para Estados Unidos de las que no lo eran<sup>2593</sup>. Para Kennan “la

<sup>2586</sup> ISAACSON & THOMAS, op.cit., p. 374.

<sup>2587</sup> *Ibid.*, p. 422.

<sup>2588</sup> *Ibid.*, p. 382.

<sup>2589</sup> SPALDING, op.cit., p. 110.

<sup>2590</sup> *Ibid.*, p. 127.

<sup>2591</sup> Un año más tarde, el que luego se convertiría en el famoso “artículo x” fue enviado al Secretario de Marina Forrestal tras una petición de éste de elaborar un comentario sobre la naturaleza del poder de la Unión Soviética como problema político para Estados Unidos, aparecido en julio de 1947 en la revista *Foreign Affairs* bajo el título “Las fuentes de la conducta soviética”, KENNAN, G. F. *Memoirs 1925-1950*, op.cit., p. 354, el artículo catapultó a G. F. Kennan a la fama mediática como mayor ideólogo de la doctrina de la contención, equiparando en la práctica contención y Doctrina Truman.

<sup>2592</sup> KENNAN, G. F. *Memoirs 1925-1950*, op.cit., p. 362.

<sup>2593</sup> Incluso años más tarde, Kennan afirmaría que la contención había perdido su razón de ser tras la muerte de Stalin y el comienzo de las diferencias entre China y la Unión Soviética, *Ibid.*, p. 359.



personalidad política del poder soviético como hoy lo conocemos es el producto de la ideología y de las circunstancias”<sup>2594</sup>, en cuanto al primer factor, la ideología comunista jugaba un papel destacado, pero también la historia rusa y sus tradiciones, como su hostilidad al mundo exterior, y en concreto su oposición al sistema capitalista, pues en Moscú se había asumido que los objetivos del mundo capitalista eran antagónicos de los del régimen soviético, y sólo cuando fuera favorable a sus intereses participarían de acuerdos con sus enemigos, de ahí que “el secretismo, la falta de franqueza, la duplicidad, la prudente suspicacia y la básica enemistad de propósito”<sup>2595</sup> fueran las características más destacadas de su política exterior, evitando cualquier movimiento temerario que pusiera en peligro el poder ejercido desde Moscú, lo que hacía esencial para contrarrestarla una política a largo plazo, resuelta y variada, basada en una paciente pero firme y vigilante contención de las tendencias expansivas rusas, consistente en la “aplicación de contrafuerza en las series de puntos políticos y geográficos constantemente en cambio, correspondientes a los cambios y maniobras de la política soviética”<sup>2596</sup>. Si bien había que tener en cuenta para medir en su justa medida el poder real soviético la resistencia de la población rusa a los sacrificios que el régimen soviético les imponía, la capacidad de su economía para crecer de acuerdo a los requerimientos del sistema y el proceso de sucesión de Stalin, que bien podía complicarse en exceso. Por todo ello, Kennan sostenía que el futuro cercano no podía haber intimidad con el régimen soviético, quien debía ser visto en Washington “como un rival, no un compañero, en la arena política”<sup>2597</sup>. Ya que no cabía posibilidad alguna de influir en Moscú, Estados Unidos debía mantener firme la línea y esperar lo mejor, mostrando al mundo “sus mejores tradiciones y probarse a sí misma que es digna de preservarse entre las grandes naciones”<sup>2598</sup>, y así aceptar “las responsabilidades de liderazgo moral y político que la historia quiso totalmente que encarase”<sup>2599</sup>.

Para 1950 Truman ya tenía desarrollados los conceptos clave de su internacionalismo liberal, impregnando con ello la estrategia de la contención con tres principios básicos, el primero basado en que la libertad precede al orden que pueda garantizar una paz estable, el segundo se fundaba en la importancia del régimen interno de cada nación para comprender y predecir su comportamiento tanto en el campo doméstico como en el área internacional, y el tercero consistente en la asociación ente seguridad y fortaleza, entendida como mezcla entre músculo militar y orden político, más que entre seguridad y la libertad negativa de F. D. Roosevelt frente a la necesidad y el miedo<sup>2600</sup>.

Como se verá a continuación, los pasos tomados por la Administración Truman tras el anuncio de su Doctrina, como la reorganización de la estructura de

---

<sup>2594</sup> KENNAN, G. F., “Las fuentes de la conducta soviética”, texto consultado en <http://www.historyguide.org/europe/kennan.html>

<sup>2595</sup> *Ibíd.*

<sup>2596</sup> *Ibíd.*

<sup>2597</sup> *Ibíd.*

<sup>2598</sup> *Ibíd.*

<sup>2599</sup> *Ibíd.*

<sup>2600</sup> SPALDING, op.cit., p. 77.



seguridad nacional y la creación del Plan Marshall y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, fueron la traslación práctica de la nueva postura de liderazgo mundial asumida por Truman, preeminencia asociada siempre al fantasma de la confrontación con el mundo comunista.

### ***10.b.3. El componente burocrático: la reorganización de la estructura de seguridad nacional***

Truman había heredado de Roosevelt una estructura de seguridad desfasada, a pesar de la creación de la Junta de Jefes del Estado Mayor y de la Oficina de Servicios Estratégicos en 1942<sup>2601</sup>, y era consciente de que para aplicar la estrategia de la contención sería imperativo desarrollar un nuevo entramado organizativo capaz de estar a la altura de los requerimientos de la Guerra Fría. Lo que la nueva situación requería era un mayor grado de coordinación entre los aspectos militares, económicos, de inteligencia y diplomáticos de la política exterior y de seguridad estadounidense, acorde con el amplio concepto de seguridad nacional que el propio Truman había incluido en su doctrina<sup>2602</sup>.

El 26 de julio de 1947, poco más de cuatro meses después de haber dado a conocer la nueva estrategia de la contención, Truman lograba la aprobación de la Ley de Seguridad Nacional, en cuyo preámbulo se describía sus objetivos

al aprobar ésta legislación, es la intención del Congreso proveer de un programa comprensivo a la futura seguridad de Estados Unidos; proveer el establecimiento de políticas y procedimientos integrados a los Departamentos, agencias, y funciones del Gobierno relacionadas con la seguridad nacional; crear un Departamento de Defensa, incluyendo los tres Departamentos militares del Ejército, la Marina, y la Fuerza Aérea bajo la dirección, autoridad y control del Secretario de Defensa...para su dirección unificada bajo el control civil del Secretario de Defensa...<sup>2603</sup>

Junto al Departamento de Defensa, sustituto del de Guerra, se creaba también el Consejo de Seguridad Nacional, con la función de

aconsejar al Presidente respecto a la integración de las políticas domésticas, exteriores y militares relacionadas con la seguridad nacional así como permitir a los servicios militares y otros Departamentos y agencias gubernamentales cooperar más eficientemente en las materias concernientes a las seguridad nacional<sup>2604</sup>

Estando formado por el Presidente, el Vicepresidente, el Secretario de Estado, el de Defensa, más el Director para la Seguridad Mutua, el Jefe de la Junta de Recursos de Seguridad Nacional así como otros Secretarios y Subsecretarios que el Presidente estimase oportuno. El nuevo Consejo pronto se convirtió en un instrumento esencial

<sup>2601</sup>

[www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/books-and-monographs/oss/art03.htm](http://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/books-and-monographs/oss/art03.htm) y [www.jcs.mil/page.aspx?id=12](http://www.jcs.mil/page.aspx?id=12).

<sup>2602</sup> SPALDING, op.cit., p. 153-154.

<sup>2603</sup> National Security Act, 26 de julio de 1947, consultada íntegra en [www.intelligence.gov/0-natsecact\\_1947.shtml](http://www.intelligence.gov/0-natsecact_1947.shtml)., las citas que se emplean a continuación pertenecen a la misma fuente.

<sup>2604</sup> *Ibíd.*, sección 101.



para el Presidente, que recibía de él evaluaciones y propuestas de políticas en asuntos pertenecientes tanto al ámbito interno como internacional y militar, como el trascendental informe NSC 68, además, el Consejo fue el foro en el que se daban a conocer y se discutían los informes elaborados por el Equipo de Planificación Política del Departamento de Estado y por el Secretario de Defensa.

La ley también estableció la Agencia Central de Inteligencia, substituta de la Oficina de Servicios Estratégicos, que bajo el mandato del Director Central de Inteligencia, nombrado por el Presidente, pasaba a ser responsable de proporcionar inteligencia nacional al Presidente, a los jefes de Departamentos y agencias del Gobierno, al Jefe de la Junta del Estado Mayor y al Congreso y sus comités, y cuyas principales funciones serían

- (1) reunir inteligencia a través de fuentes humanas y por otros medios apropiados...
- (2) proveer de dirección completa para la recogida de inteligencia nacional...
- (3) relacionar y evaluar la inteligencia relacionada con la seguridad nacional y proporcionar la apropiada diseminación de dicha inteligencia;
- (4) ejecutar los servicios adicionales que son propios de los elementos de la comunidad de inteligencia...
- (5) realizar tales funciones y tareas relacionadas con la inteligencia que afecten a la seguridad nacional tal y como el Presidente o el Consejo de Seguridad Nacional decidían<sup>2605</sup>

La ley asimismo establecía la necesidad de elaborar sendos informes anuales sobre Estrategia de Seguridad Nacional e Inteligencia, con el objeto de asistir al equipo ejecutivo proporcionando la información sobre las labores de inteligencia realizadas y ofreciendo un estudio detallado de las opciones posibles de cara a la elaboración de la política exterior y de seguridad estadounidense.

Para Truman, la Ley de Seguridad Nacional era esencial puesto que “lograba la deseada unificación de los servicios”<sup>2606</sup>, y una vez aprobada la definía como “un paso notable para dotar de seguridad a éste país”<sup>2607</sup>, no en vano para el Presidente el concepto de seguridad nacional englobaba tanto la fortaleza interna, entendida como democracia, prosperidad y defensa, como la paz internacional, a lograr precisamente desde la libertad y la fortaleza proporcionadas por el anterior componente doméstico<sup>2608</sup>.

Como se aprecia, el objetivo de la ley fue racionalizar la estructura de seguridad nacional para adecuarla a la nueva situación de confrontación mundial con Moscú, y puede ser considerada como el primer paso de la Administración Truman en

---

<sup>2605</sup> *Ibíd.*, sección 103.

<sup>2606</sup> TRUMAN, Harry S., Casta al Presidente del Senado y de la Cámara enviando el proyecto de Ley de Seguridad Nacional del 26 de febrero de 1947, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12831&st=national+security+act&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12831&st=national+security+act&st1=).

<sup>2607</sup> TRUMAN, Harry S., Mensaje anual al Congreso sobre el Estado de la Unión del 7 de enero de 1948, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13005&st=national+security+act&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13005&st=national+security+act&st1=).

<sup>2608</sup> SPALDING, op.cit., p. 158. El 4 de noviembre de 1952 se creaba la Agencia de Seguridad Nacional con el objetivo de continuar el trabajo descodificador iniciado en la II Guerra Mundial, [www.nsa.gov/about/faqs/about\\_nsa.shtml](http://www.nsa.gov/about/faqs/about_nsa.shtml).



la implementación de la estrategia de la contención, además de haberse convertido por sí misma en un legado que ha sobrevivido a la propia Guerra Fría.

#### **10.b.4. *El componente económico: el Plan Marshall***

Pese a que la II Guerra Mundial supuso para Estados Unidos la pérdida de unos 300.000 soldados y un coste económico aproximado de 300 billones de dólares, tras el conflicto la nación se convirtió en la primera potencia económica mundial, su producto nacional bruto aumentó más del doble durante la guerra, y tras ella Estados Unidos representaba la mitad de la producción económica mundial, retenía las dos terceras partes de las reservas de oro mundiales y tres cuartos del capital invertido, además de que sus fuerzas navales y aéreas eran mayores que las del resto del mundo combinadas. Por el contrario, la situación en Europa era bien distinta, Gran Bretaña había perdido un cuarto de su riqueza, siendo la suya el equivalente a un quinto de la estadounidense, y la Unión Soviética con 27 millones de muertos e incontables pérdidas materiales retenía el equivalente de un tercio de la riqueza norteamericana, peor aún estaban las cosas en Alemania donde el 90 por ciento de la línea férrea era inservible y sólo en Berlín el 75 por ciento de los edificios eran inhabitables; en total, Europa perdió 36 millones y medio de vidas, y contaba con unos 20 millones de desplazados y 140 millones de desnutridos<sup>2609</sup>.

La situación en el continente lejos de mejorar empeoró con el invierno de 1946-1947, uno de los más duros de la primera mitad de siglo, lo que agravó aun más las crudas condiciones de vida de los europeos. En Gran Bretaña el consumo alimenticio descendió a las 1.250 calorías diarias y el energético se complicó al aumentar la escasez de carbón, lo que propició el resurgimiento de un poderoso mercado negro<sup>2610</sup>; en Francia las cosas no variaban demasiado, a las sequías del verano se les unieron las heladas del invierno, lo que redujo la producción de cereales, y con ello la de pan, la de hierro también descendió al 60 por ciento de la producida en 1929; en Italia lo peor venía del descontento social que sólo en 1947 provocó 1.131 huelgas, para entonces el estándar de vida italiano había caído a su nivel más bajo desde 1870; y en Alemania incluso se dieron casos de muerte por malnutrición y congelamiento, con el 60 por ciento de la dieta compuesta por patatas y pan, el 40 por ciento de los hogares destruidos y ocho millones de desplazados<sup>2611</sup>.

#### *\* Antecedentes*

Así pues, año y medio después de haber terminado la II Guerra Mundial, Europa se encontraba lejos de recuperarse, y parecía precipitarse hacia una crisis social como consecuencia tanto de las heridas de guerra como del empeoramiento de la economía continental, dicha situación, peligrosa ya de por sí para Estados Unidos por cuanto el viejo continente representaba el mayor mercado para sus productos,

---

<sup>2609</sup> Las cifras corresponden a BEHRMAN, Greg, *The most noble adventure: the Marshall Plan and how America helped rebuild Europe*, New York, Free Press, 2007, p. 15-18.

<sup>2610</sup> MILLS, Nicolaus, *Winning the peace. The Marshall Plan & America's Coming of Age as a Superpower*, Hoboken, John Wiley & Sons, Inc, 2008, p. 82.

<sup>2611</sup> *Ibíd.*, p. 86-90.



adquirió mayor urgencia para Washington con la amenaza del fantasma comunista siempre presente. Ya en 1946, para Kennan y otros especialistas, estaba claro que Moscú percibía el declive europeo de posguerra como la antesala de la última fase del capitalismo, por lo que no era de extrañar que aspirasen a precipitar su llegada intentando expandir la influencia comunista<sup>2612</sup>. Los temores estadounidenses de que tal cosa sucediese se vieron acrecentados con el crecimiento de los Partidos Comunistas francés e italiano, que alcanzaron porcentajes mayores al 25 por ciento de apoyo popular<sup>2613</sup>, llegando incluso a participar en Gobiernos de coalición.

En abril de 1947, tras la reunión de marzo en Moscú, tanto Charles Bohlen, en calidad de asistente especial en asuntos soviéticos, como el ya Secretario de Estado G. Marshall, asumieron la conclusión de que a la Unión Soviética le favorecía una Europa inestable para ganar terreno en el continente, y que como respuesta Estados Unidos debía ayudar a los europeos como estrategia más apta para contener la expansión comunista<sup>2614</sup>. Con el fin de elaborar una respuesta adecuada a tal desafío, a la vuelta de la reunión en Moscú, Marshall pidió a G. Kennan, entonces primer delegado de asuntos exteriores en la Escuela de Guerra, que encabezase el recién creado Equipo de Planificación Política, con ello se pretendía que el Departamento de Estado mantuviera la iniciativa a la hora de presentar un plan coherente para la recuperación económica europea. Sin duda Marshall sabía que pocos en la Administración estadounidense conocían Europa como Kennan, quien habiendo vivido en Alemania, había sido destinado en el cuerpo diplomático a Ginebra, Hamburgo, Moscú, Berlín, los países bálticos, Praga o Lisboa. Con el equipo establecido el 5 de mayo, se identificó como verdadero peligro a los Partidos Comunistas de Francia e Italia, estableciéndose la recuperación alemana, como la del resto de Europa, esencial para evitar una mayor penetración comunista. Así, en su trabajo final presentado el 23 de mayo Kennan y su equipo sacaban dos conclusiones clave, que tanto la recuperación económica alemana como la integración económica continental eran imprescindibles para el crecimiento europeo en su conjunto. Kennan achacaba la crisis económica a las duras condiciones tras la guerra y a la falta de integración económica europea, no tanto al comunismo, quien sólo buscaba sacar ventaja de dicha situación, por tanto, Estados Unidos debía dar la iniciativa a los propios europeos para que la recuperación pudiese ser autosostenida y guardarse bien de presentar el plan de ayuda como una iniciativa encaminada a paliar la crítica situación continental y no dirigida contra la Unión Soviética, dejando así a Moscú la decisión de colaborar o no con Estados Unidos, además Kennan quería dejar claro que el plan de recuperación económica no fuera entendido como un cheque en blanco para otras áreas geográficas, sino presentarla como una medida específica para Europa<sup>2615</sup>.

Estados Unidos ya había ayudado económicamente a Europa durante la II Guerra Mundial, el programa de *Lend-Lease* canalizó hacia los aliados unos 50 billones de dólares, y su cancelación, ordenada por Truman en agosto de 1945, fue considerada por el propio Presidente como uno de sus mayores errores durante su

---

<sup>2612</sup> SPALDING, op.cit., p. 62.

<sup>2613</sup> COOK, op. cit., p 46.

<sup>2614</sup> ISAACSON & THOMAS, op.cit., p. 403.

<sup>2615</sup> BERHMAN, op.cit., p. 75 y KENNAN, *Memoirs 1925-1950*, p. 342.



mandato<sup>2616</sup>. Incluso tras la guerra, Estados Unidos había concedido ayudas por valor de diez billones de dólares a Europa<sup>2617</sup>, y si se sumaban éstas a las realizadas a través del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Administración de Alivio y Rehabilitación de la Naciones Unidas o los acuerdos bilaterales, la cifra se elevaba a los 20 billones de dólares<sup>2618</sup>, pero una cantidad tan colosal no pudo alcanzar los objetivos esperados ya que carecía de una visión estratégica para su conjunto, lo que condujo al despilfarro de los fondos.

Con la estrategia de la contención anunciada por Truman y el programa de ayuda aprobado para Grecia y Turquía, el Presidente ya no dudaba en acusar a Moscú de violar todos los acuerdos alcanzados, y por lo tanto a Estados Unidos no le quedaba más remedio que usar el lenguaje de la fuerza para contrarrestar el expansionismo del Kremlin, incluso si ello implicaba dejar de lado a las Naciones Unidas como principal vehículo para lograr la paz y libertad mundiales. Para el Presidente la libertad económica y la política estaban relacionadas, si bien ésta precedía a aquella, y por lo tanto veía imperativa la ayuda económica para la recuperación europea, si no se quería correr el riesgo de ver cómo nuevos regímenes comunistas se instalaban por toda Europa, es decir, Truman entendía la ayuda económica como un instrumento más al servicio de su Doctrina de contención al comunismo<sup>2619</sup>.

No sólo Truman veía la necesidad de restablecer la estabilidad económica en Europa, también Acheson, Marshall y la mayoría de la Administración estaba a favor de comprometer a Estados Unidos en el esfuerzo de la recuperación de las economías europeas. Así fue como a la vuelta de la reunión de marzo-abril en Moscú, Marshall ordenaba a Kennan, a quien había reclutado al frente del Equipo de Planificación Política, la realización de un informe sobre un plan de ayuda económica a Europa<sup>2620</sup>. En él, entregado en mayo, Kennan sacaba dos conclusiones clave, que tanto la recuperación económica alemana como la integración económica continental eran imprescindibles para el crecimiento europeo en su conjunto. Kennan achacaba la crisis económica a las duras condiciones tras la guerra y a la falta de integración económica europea, no tanto al comunismo, quien sólo buscaba sacar ventaja de dicha situación, por tanto, Estados Unidos debía dar la iniciativa a los propios europeos para que la recuperación pudiese ser autosostenida y guardarse bien de presentar el plan de ayuda como una iniciativa encaminada a paliar la crítica situación continental y no dirigida contra la Unión Soviética<sup>2621</sup>.

La recuperación económica, por tanto, era vista como el mejor modo de frenar el expansionismo comunista en el viejo continente, además, para la Administración Truman era más conveniente entonces valerse de la economía nacional que de su brazo armado, estrategia que apoyaba la opinión pública estadounidense, contraria a iniciar una II Guerra Mundial con Moscú, eso sí, ésta vez la ayuda estadounidense no

---

<sup>2616</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 50.

<sup>2617</sup> *Ibíd.*, p. 53.

<sup>2618</sup> MILLS, op.cit., p. 70.

<sup>2619</sup> SPALDING, p. 87-92.

<sup>2620</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 64-66.

<sup>2621</sup> *Ibíd.*, p. 75.



viajaría por los corroídos circuitos de Naciones Unidas y su Comité Económico para Europa, donde era parte la Unión Soviética, sino que se haría en base regional con Estados Unidos ofreciendo su ayuda al conjunto de los países europeos que la deseasen, extremo que como veremos, fue criticado por debilitar a Naciones Unidas<sup>2622</sup>. Se daban así los primeros pasos del regionalismo que culminaría con la creación de la Alianza Atlántica.

Ese mismo mes de mayo, el Subsecretario de Estado para asuntos económicos, Will Clayton, entregaba su propio informe tras realizar una gira por Europa y comprobar en primera mano la gravedad de la situación. Para Clayton, Estados Unidos debía conceder con rapidez un plan de ayuda de al menos seis ó siete billones de dólares en tres años y, al igual que Kennan, dando la iniciativa a Europa cuya reforma debía ir encaminada hacia su integración económica, con ello no sólo se rescataría a los aliados sino que también se reforzaría la seguridad y prosperidad estadounidenses<sup>2623</sup>.

En marzo Acheson ya tenía en mente cómo presentar el plan de ayuda al público, pues “nuestra nueva política significa que vamos a emplear nuestros recursos económicos para apoyar nuestra política exterior”<sup>2624</sup> y que “debemos cambiar nuestros conceptos en la relación de economía y paz mundial”<sup>2625</sup>, no debiendo olvidar que en tal situación de crisis económica, sobre todo en Europa, los métodos comunistas y totalitarios prosperaban en tales circunstancias pudiendo así pequeñas minorías “atrofiar el funcionamiento de las instituciones democráticas, e incluso desbancarlas”<sup>2626</sup>, para evitarlo, Estados Unidos debía ayudar económicamente a tales países, no para atacar a la Unión Soviética, sino para evitar tal enfrentamiento en el futuro, pues sin dicha ayuda, Europa caería del lado soviético, lo que sin duda perjudicaría la seguridad nacional de Estados Unidos y podría conducir, esta vez sí, al temido conflicto entre las grandes potencias.

En mayo, la Administración Truman comenzó su campaña pública de cara a la aprobación del futuro plan de rescate a Europa, siendo D. Acheson el encargado de dar el pistoletazo de salida en Mississippi, ante un grupo de empresarios y granjeros. En su discurso, Acheson advirtió de la necesidad ineludible de ayudar económicamente a Europa si no se quería ver cómo ésta caía en manos comunistas, para ello Estados Unidos debía asistir al viejo continente para apuntalar su economía y así asegurar su sistema democrático<sup>2627</sup>, pues ante tales circunstancias adversas “la libertad, la democracia y la independencia de las naciones no puede sobrevivir por mucho tiempo, ya que la gente sin esperanzas y hambrienta a menudo opta por

---

<sup>2622</sup> FREELAND, Richard M. *The Truman Doctrine and the Origins of McCarthyism. Foreign Policy, Domestic Politics and International Security, 1946-1948*, New York University Press, New York, 1985, p. 54 y 168. Ya la ayuda concedida a Gran Bretaña con anterioridad había sido criticada por sortear la vía de Naciones Unidas.

<sup>2623</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 63 y MILLS, op. cit., p. 111.

<sup>2624</sup> ACHESON, Dean, notas para el discurso “La economía de la paz” de marzo de 1947, texto consultado en [www.trumanlibrary.org/whistlestop/study\\_collections/marshall/large/index.php](http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/marshall/large/index.php)

<sup>2625</sup> *Ibíd.*

<sup>2626</sup> *Ibíd.*

<sup>2627</sup> MILLS, op.cit., p. 107.



medidas desesperadas”<sup>2628</sup>, además, dado el desequilibrio comercial mundial a favor de Estados Unidos, con 16 billones de dólares en exportaciones en 1947, cuando antes de la guerra no excedían los cuatro billones, pronto tales sumas no podrían pagarse por unos países cada vez más endeudados, lo que afectaría a la economía estadounidense. Para evitar ambas circunstancias, la derrota de la democracia y la bancarrota colectiva, se necesitaba establecer un plan a largo plazo y estable, que permitiera al resto de países exportar más a Estados Unidos, y en concreto en aquellas áreas donde “la asistencia de emergencia sea más efectiva para crear estabilidad económica y política, para promocionar la libertad humana y las instituciones democráticas, para promover las políticas liberales de comercio y fortalecer la autoridad de las Naciones Unidas”<sup>2629</sup>, es decir, donde “se busque preservar su independencia e instituciones democráticas frente a presiones totalitarias”<sup>2630</sup>, con especial relevancia de Europa. Para Acheson, tal programa “es necesario si vamos a preservar nuestras propias libertades y nuestras propias instituciones democráticas. Es necesario para nuestra seguridad nacional, y es nuestro deber y nuestro privilegio como seres humanos”<sup>2631</sup>.

A finales de mes, Marshall se reunió con Clayton, Kennan, Acheson, Bohlen y el resto de su equipo para trazar los puntos esenciales del plan de ayuda a Europa, llegando a la conclusión de que se haría fuera del ámbito de las Naciones Unidas, siendo una iniciativa estadounidense pero dejando a los propios europeos presentar su plan, incluyendo a todos los países del continente, inclusive la Unión Soviética, ya que se esperaba que ésta rechazase el plan. Con las líneas maestras del plan ya decididas se comenzaron a buscar apoyos en el Senado de cara a su futura aprobación<sup>2632</sup>. Tan sólo quedaba hacer público el plan mismo, tarea que se encomendó al propio Marshall, que junto a Acheson habían sido quienes más habían presionado a favor del programa de ayuda, con Truman en un segundo plano pero siempre apoyando la iniciativa del Departamento de Estado, y sabiendo que un Congreso Republicano contrario a su persona nunca le apoyaría, debía delegar la presentación e iniciativa del plan en una figura tan respetada por todos como la del General Marshall, única en la Administración capaz de lograr el consenso bipartidista, imprescindible para un plan tan ambicioso como el presente<sup>2633</sup>.

#### *\* Presentación y negociación*

Así, el 5 de junio de 1947, el día de la graduación de la Universidad de Harvard, el Secretario de Estado Marshall anunciaba la intención de Estados Unidos de crear un programa de asistencia a los países europeos<sup>2634</sup>. El discurso fue breve, pues no se trataba de anticipar los pormenores del plan, sino la existencia del plan mismo y la intención de Estados Unidos de asistir económicamente a Europa, para así

---

<sup>2628</sup> ACHERSON, Dean, discurso “Los requerimientos de la reconstrucción” del 8 de mayo de 1947, texto consultado en [www.trumanlibrary.org/whistlestop/study\\_collections/marshall/large/index.php](http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/marshall/large/index.php)

<sup>2629</sup> *Ibíd.*

<sup>2630</sup> *Ibíd.*

<sup>2631</sup> *Ibíd.*

<sup>2632</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 64-66.

<sup>2633</sup> *Ibíd.*, p. 75.

<sup>2634</sup> DEPARTAMENTO de ESTADO de Estados Unidos, “*The Marshall Plan, Rebuilding Europe*”, documento consultado íntegro en <http://usinfo.state.gov/>



comprobar la aceptación del mismo y la predisposición de los afectados para aceptar dicho plan y sus implicaciones. Tras describir la grave situación que vivía Europa en la posguerra y las dificultades para su recuperación económica, Marshall indicaba que “el remedio yace en romper el círculo vicioso y restaurar la confianza de los pueblos europeos en el futuro económico de sus propios países y de Europa en su conjunto”<sup>2635</sup>, y que los peligros no sólo acechaban al otro lado del Atlántico, pues las consecuencias para la economía de Estados Unidos serían aparentes para de no poner remedio a la crisis europea, de ahí que

es lógico que los Estados Unidos deban hacer lo que sea posible para asistir de cara al retorno de la salud económica normal del mundo, sin el que no puede haber estabilidad política ni paz asegurada. Nuestra política no está dirigida contra ningún país ni doctrina pero sí contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos. Su propósito debe ser el renacimiento de una economía funcional en el mundo que permita la emergencia de condiciones políticas y sociales en las cuales las instituciones libres puedan existir<sup>2636</sup>

Es decir, Estados Unidos veía la cooperación económica como un medio para garantizar la libertad política, de hecho Marshall advertía a continuación de que “los Gobiernos, los partidos políticos o los grupos que busquen perpetuar la miseria humana para beneficiarse políticamente o de otra manera, encontrarán la oposición de Estados Unidos”<sup>2637</sup>.

Tras las advertencias, Marshall comenzaba a desgranar parte de los puntos esenciales del programa de rescate, como que “debe haber algún acuerdo entre los países de Europa sobre los requerimientos de la situación y la parte que esos países asumirán en orden a dar el efecto apropiado a las posibles acciones emprendidas por éste Gobierno”<sup>2638</sup>, es decir, que Estados Unidos esperaba una acción coordinada de los países afectados de cara a recibir y administrar la ayuda, ya que “éste es un asunto de los europeos. La iniciativa, creo, debe venir de Europa”<sup>2639</sup>, siendo el papel de Estados Unidos el de colaborador en la confección de tal programa y una vez elaborado, apoyarlo sin reservas, puesto que “con visión, y la voluntad por parte de nuestro pueblo de encarar la vasta responsabilidad que la historia ha colocado claramente sobre nuestro país, las dificultades que he descrito pueden y serán vencidas”<sup>2640</sup>.

La acogida europea del plan respondió a las expectativas estadounidenses y para junio ya se había celebrado la primera reunión sobre el mismo entre Gran Bretaña y Francia, y el 27 de ese mismo mes se convino celebrar en París una conferencia abierta a todos los europeos, a la que acudirían la Unión Soviética y sus satélites, con Will Clayton en la misma como representante de Estados Unidos<sup>2641</sup>. Como se esperaba en Washington, Moscú comenzó a entorpecer las negociaciones,

---

<sup>2635</sup> *Ibíd.*, MARSHALL, G. C., discurso del 5 de junio de 1947.

<sup>2636</sup> *Ibíd.*

<sup>2637</sup> *Ibíd.*

<sup>2638</sup> *Ibíd.*

<sup>2639</sup> *Ibíd.*

<sup>2640</sup> *Ibíd.*

<sup>2641</sup> MILLS, *op.cit.*, p. 115 y BERHMAN, *op.cit.*, p. 81.



abandonando la conferencia el 2 de julio, y malgrado los deseos de participación polacos y checoslovacos, pues lejos de la intención estadounidense, Moscú no quería un programa de ayuda consensuado, sino peticiones de asistencia particulares de cada país, negociadas de manera bilateral, y reduciendo la extensión de las mismas a los países ocupados por las potencias del eje, excluyendo a éstas, con lo que se dejaba de lado a Alemania, esencial en los planes norteamericanos<sup>2642</sup>, ya que el Kremlin temía que se formase un bloque anticomunista, más aun si además se rehabilitaba a Alemania, y que Estados Unidos se ganase el favor de los países del este con los dólares vertidos en Europa, poniendo así en peligro el control sobre sus satélites<sup>2643</sup>.

La tercera y definitiva reunión se celebró a partir del 12 de julio, la Unión Soviética, habiendo pensado en un principio utilizar a los países del Centro y Este europeos para entorpecer la reunión desde dentro, les prohibió finalmente la participación, con lo que a la postre fueron catorce los países asistentes a la conferencia (Gran Bretaña, Francia, el Benelux, Austria, Dinamarca, Grecia, Islandia, Irlanda, Italia, Noruega, Portugal, Suecia, Suiza y Turquía)<sup>2644</sup> con el objetivo de presentar a Estados Unidos un programa de ayuda consensuado y unitario, para lo cual se creó el Comité de Cooperación Económica Europea, que englobaba otros cuatro subcomités técnicos (de Alimentación y Agricultura, de Hierro y Acero, de Petróleo y Energía y de Transporte).

Desde entonces hasta final de año las negociaciones se dieron a dos bandas, por un lado entre los europeos y Estados Unidos, por otro entre la Administración Truman y el Congreso y la opinión pública estadounidenses. Con los europeos presentando un plan por 28 billones y Washington presionándolos para rebajar dicha cantidad e incluir la recuperación alemana y una mayor integración económica en el plan, la situación se complicó, pues Francia no estaba dispuesta a permitir una pronta recuperación alemana con los comunistas ganando terreno en la urnas francesas, ni Londres estaba por la labor de integrarse en una futura unión aduanera, obstaculizando ambas posturas los planes de la Casa Blanca para lograr el apoyo del Congreso, imprescindible para la aprobación del plan.

En efecto, desde la victoria Republicana en 1946, Truman debía lidiar con un Congreso opuesto a que Estados Unidos asumiese ninguna carga excesiva en la escena internacional, sobre todo del tipo económico que el Plan Marshall suponía. Para que su postura cambiase y lograr un acuerdo bipartidista, fueron clave figuras señeras del Republicanismo como la del Senador Vandenberg o Paul Hoffman, que pronto asumieron el carácter ineludible de la ayuda estadounidense, tanto para la recuperación económica europea como para la seguridad nacional. En todo caso, una vez el Congreso tomó en cuenta el plan, sus exigencias girarían en torno a incluir a Alemania en el mismo y a que estuviese encaminado a que Europa lograra sostener por sí misma el crecimiento económico al término del mismo, lo que entrañaba a su juicio la integración de la economía europea, liberalizando su comercio, reformando sus sistemas monetarios y fiscales y la cooperación multilateral permanente.

---

<sup>2642</sup> MILLS, op.cit., p. 123, y TRUMAN, op.cit., p.116.

<sup>2643</sup> BERHMAN, op.cit., p. 87.

<sup>2644</sup> Para consultar datos sobre la negociación del Plan Marshall consultar BERHAM, op.cit., p. 96-165.



Mientras tanto, la Unión Soviética creaba en otoño de 1947 el Cominform, como contramedida del Plan Marshall, tratando de aumentar la inestabilidad sociopolítica en aquellos países, que como Francia e Italia, contasen con fuerte presencia comunista, a través de la convocación de huelgas, sabotajes y manifestaciones.

Tras alcanzar un acuerdo con los europeos en el que estos reducían su estimación del programa de ayuda a unos 19 billones de dólares, además de incluir la mayoría de las medidas pedidas por el Congreso norteamericano sobre integración económica, las negociaciones se trasladaron al campo de la política interna de Estados Unidos. Un hecho fundamental en el posterior desarrollo del debate interno fueron los viajes de más de 200 Congresistas estadounidenses a Europa, ya que durante sus visitas pudieron comprobar por sí mismos las duras condiciones de vida de los europeos, reafirmando así la necesidad del rescate económico. Otro factor determinante para la posterior aprobación del plan fueron los informes entregados al Congreso acerca del mismo, destacando por encima de todos el realizado por el Comité Presidencial de Ayuda Exterior dirigido por A. Harriman<sup>2645</sup>.

Además de los viajes de los Congresistas y de los informes que se les presentaban, el Gobierno tenía claro que contar con el apoyo de la opinión pública estadounidense era esencial para aprobar el plan, de ahí que se creara el Comité para el Plan Marshall, presidido por R. Patterson y de carácter bipartidista, incluyendo a Acheson y Clayton. El comité se encargaba de la distribución de panfletos, realizar conferencias, conceder entrevistas, organizar encuentros con los sectores industrial, religioso, etc., con el fin de informar sobre todo lo relativo al programa de asistencia. La Oficina de Educación creó el programa “Ardor por la Democracia” con el fin de “vitalizar y mejorar la educación en los ideales y beneficios de la democracia y revelar el carácter y las tácticas del totalitarismo”<sup>2646</sup>, a la vez que se favorecía la causa internacionalista en detrimento de posturas aislacionistas, con iniciativas como el *Tren de la Libertad*, especie de museo donde se podían observar los documentos más importantes de la historia nacional, entre ello la reciente Doctrina Truman.

Aun con todo, la oposición al plan dentro del Congreso era fuerte, basándose en su hipotético carácter inefectivo o en la carga que supondría para la economía y el presupuesto federal estadounidenses, y menospreciando los motivos humanitarios, económicos, políticos y de seguridad aducidos por la Administración Truman. A la cabeza del rechazo a la ayuda se encontraba el Senador Robert A. Taft, quien en base a la situación inflacionista y a su conservadurismo fiscal, pretendía reducir el programa de asistencia a un solo año y con un coste ostensiblemente menor al presentado por los europeos en su Informe de París, también el ex Presidente Hoover rebajaba las previsiones económicas a cuatro billones de dólares en quince meses. Incluso algunos sectores industriales temían una escasez de productos en Estados

---

<sup>2645</sup> El “Informe sobre Recuperación Europea y Ayuda americana”, entregado en noviembre de 1947, calibraba la capacidad de la economía de Estados Unidos para soportar el plan, además de hacer una estimación de la ayuda necesaria, unos 17 billones de dólares, declaraba que el objetivo del plan debía ser servir de espoleta para la recuperación europea, para ser después ya cuestión de competencia exclusiva de los países asistidos.

<sup>2646</sup> FREELAND, op.cit., p. 230.



Unidos a consecuencia de su envío a Europa y una futura competencia de ésta con la industria estadounidense; otro motivo presentado para su rechazo era la desconfianza respecto a los Gobiernos social-demócratas europeos, pues algunos Congresistas sospechaban que estos pudieran degenerar en comunistas tras recibir su ayuda<sup>2647</sup>.

Así, los principales motivos de rechazo al Plan Marshall pueden resumirse en las siguientes siete críticas, a saber, la confusión entre iniciativa política y la exclusivamente económica, el riesgo de subsidio al socialismo, la cambiante situación política europea, el peligro de que el Plan Marshall se convirtiera en un cheque en blanco al Presidente, el daño comercial que se haría a otras regiones del mundo como Sudamérica, las cuestiones de legalidad constitucional que el Plan creaba y que a la postre sólo beneficiara a Moscú al alimentar al socialismo europeo con la ayuda, socialismo que ineludiblemente se rebelaría contra Estados Unidos<sup>2648</sup>.

Tras las acusaciones vertidas contra la Doctrina Truman por su carácter anticomunista, la Administración tuvo mucho cuidado a la hora de presentar su Programa de Recuperación económica para Europa como una iniciativa abierta a todos sus integrantes y que por tanto no sirviera de cheque en blanco para cualquiera que se enfrentase a la presión soviética<sup>2649</sup>, sin tener en cuenta sus respectivos sistemas políticos. De cualquier forma, a las iniciativas en materia exterior de Truman les habían surgido dos frentes opositores en la escena doméstica, el perteneciente a la izquierda de su Partido y el aislacionista y anti *New Deal* Republicano, al que habría de sumarles en el caso del Plan Marshall la oposición antisocialista.

En cuanto a ala izquierdista Demócrata, su principal reproche descansaba en la acusación de apartar de nuevo a las Naciones Unidas en pos de una estrategia unilateral, regresando al *imperialismo del dólar* y dividiendo con ello a Europa en dos campos, lo que podría conducir a la III Guerra Mundial. Junto al Progresivista H. Wallace, los Senadores Demócratas por Florida C. Pepper y por Idaho C. Taylor eran sus mayores exponentes, junto a organizaciones como la Unión Nacional de Granjeros, partidarios de continuar con el modelo rooseveltiano de colaboración con la Unión Soviética, también algún Republicano como W. Langer, de Dakota del Norte, criticó al Plan por las mismas razones además de por no gastar el dinero en casa<sup>2650</sup>.

El segundo grupo, formado por los críticos acérrimos al aumento del gasto federal, pensaban que el Plan Marshall era excesivamente generoso y contaba entre sus filas tanto con Republicanos del interior del país como con una minoría de Demócratas sureños, representando de largo la oposición más numerosa. Advirtiendo del peligro de una alta subida de la inflación que pondría en peligro la economía nacional, abogaban por dedicar el dinero a asuntos domésticos para favorecer a los americanos que pagaban sus impuestos y a no malgastarlo en Gobiernos socialistas, que sin duda saldrían reforzados tras recibir la ayuda. Incluso llegaron a presentar un plan alternativo de la mano de su líder, el Senador J. Ball de Minnesota, mucho

---

<sup>2647</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 188.

<sup>2648</sup> *Congressional Digest, Congress and The "Marshall Plan"*, marzo de 1948, p. 70.

<sup>2649</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 156.

<sup>2650</sup> *Ibíd.*, p. 158-166.



menos costoso y totalmente controlado por el Congreso, prohibiendo políticas de corte socialista y manteniendo una separación estricta entre alivio y recuperación económica<sup>2651</sup>.

Como acabamos de ver, una de las principales preocupaciones respecto al Plan Marshall era que el dinero estadounidense sirviese para afianzar políticas socialistas en el viejo continente, pudiendo poner así en peligro a la propia economía estadounidense, ya que para muchos Senadores el estatismo europeo era equiparable al mismo comunismo. En este debate se puede comprobar cómo los Estados Unidos de pequeños empresarios y fabricantes al por menor, representados en la Cámara de Comercio o en la Asociación Nacional de Fabricantes, y opuestos ya al *New Deal*, no se negaban a la ayuda pero la concebían como una empresa que debía ser implementada por el sector privado, no por el Gobierno. Aquí se enfrentaban las dos visiones contrapuestas de la *Main Street*, representados en el Congreso por el Senador Wherry quien se preguntaba cómo se salvaría a Europa del comunismo financiando al comunismo, frente a los intereses de *Wall Street*, de la gran banca y sector internacional de la economía estadounidense que veía con buenos ojos el programa del Gobierno para la pronta recuperación económica de Europa, esencial como principal mercado de sus exportaciones e inversiones; por el contrario, el interior y sur del país era incapaz de percibir los beneficios de dicha recuperación, mientras que era plenamente consciente de la consiguiente subida de impuestos, abogando por una ayuda encabezada por el sector privado, y no por el Gobierno, pues no conviene olvidar que la oposición del Medio Oeste no se beneficiaba económicamente del internacionalismo de la Administración Truman, a diferencia del sector exportador que sería el principal beneficiario de la mejora de la salud económica europea<sup>2652</sup>.

Al igual que sucediera con la Doctrina Truman, el consenso bipartidista en torno a la necesidad de ayudar a la recuperación económica europea ahogó toda esperanza de rechazar la iniciativa del Gobierno Truman, centrándose los esfuerzos opositores en la disminución de la cuantía final del programa. El Senador R. Taft lideró la lucha Republicana por mermar las cifras de la ayuda, sin que ello implicase su rechazo total al plan, de hecho, su enmienda sobre recorte del plan fue rechazada gracias a los votos Demócratas, ya que su oponente Vandenberg logró sólo un voto Republicano más que el propio Taft. Las únicas enmiendas que sí se aprobaron fueron de corte proteccionista, como las relativas a usar el excedente agrario nacional o que al menos el 50 por ciento de los barcos para el transporte fuesen estadounidenses<sup>2653</sup>. Así fue como gracias a la labor de Senadores como Vandenberg se forjó el consenso bipartidista en torno al Plan Marshall, imprescindible para su aprobación, cuyo principal escollo a salvar radicaba más que en su objeto, la incontrovertible recuperación europea que casi nadie cuestionaba, en el modo de implementarla<sup>2654</sup>, pues a la postre, los esfuerzos del revisionismo Republicano se concentraron en limitar cuanto fuera posible el control federal del programa, para así poder dotarle de una gerencia del tipo empresa privada, gracias a una agencia independiente encargada

---

<sup>2651</sup> *Ibíd.*, p. 167-174.

<sup>2652</sup> *Ibíd.*, p. 175-187 y 195.

<sup>2653</sup> *Ibíd.*, p. 198-201 y 206.

<sup>2654</sup> KEPLEY, *op.cit.*, p. 25.



de su implementación, petición que fue escuchada por el Gobierno Truman y llevada a la realidad con la Administración de Cooperación Económica<sup>2655</sup>.

Ya entre los defensores del Plan Marshall, para el Presidente Truman lo que estaba en juego era la respuesta a si en los próximos dos años “los países libres de Europa podrán preservar su herencia de libertad”<sup>2656</sup> en medio de un contexto de dificultades económicas, y a menos que se implementase un plan de ayuda, la respuesta sería negativa, de ahí la necesidad de crear un programa que se basara en

cuatro puntos básicos: (1) un gran esfuerzo de producción de cada país participante, (2) la creación de estabilidad financiera interna en cada país, (3) cooperación máxima y continua entre los países participantes y (4) una solución al problema del déficit comercial entre los países participantes y el continente americano, particularmente mediante el incremento de las exportaciones europeas<sup>2657</sup>

Además, Truman recalca que tal programa no sería indefinido, que los fondos y bienes empleados lo serían para la exclusiva recuperación europea con el doble requisito de minimizar el coste e impacto económico para Estados Unidos y la carga financiera para Europa, que a pesar de incluir a Alemania, el programa no rebajaría la determinación por evitar un renacer de su militarismo y que también sería consistente con el resto de relaciones y responsabilidades internacionales de la nación. Por todo ello Truman recomendaba la legislación que recogiese 17 billones de dólares en ayuda a la recuperación europea para el periodo comprendido entre el 1 de abril de 1948 y el 30 de junio de 1952, concedidos en préstamos o en concesiones según la situación particular de cada país, y que tampoco suponía una carga tan grande como se aducía desde sus críticos, pues representaba sólo el cinco por ciento del gasto en la anterior guerra y el tres por ciento de los ingresos nacionales durante la vigencia del programa. Para su implementación, Truman anunciaba la creación de la Administración de Cooperación Económica, cuyo presidente sería nombrado por él mismo con la confirmación del Senado, a lo que habría que añadir la labor de los embajadores estadounidenses en cada país, así como otro personal destinado a asuntos de ayuda económica.

Para Truman era “esencial reconocer que éste programa es mucho más que una operación comercial. Representa un segmento importante de nuestra política exterior”<sup>2658</sup>, pues con dicho programa “estoy proponiendo que esta nación contribuya a la paz mundial y a su propia seguridad asistiendo en la recuperación a

---

<sup>2655</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 209. En cualquier caso, cuatro Senadores Republicanos presentarían un plan alternativo basado en la creación de una agencia internacional ajena a las Naciones Unidas, garantizando por igual la seguridad y el crecimiento económico y sin la figura del veto, dado el mal funcionamiento de aquellas y el veto soviético que amparaba su expansionismo; para este grupo de Senadores, sin seguridad ante la Unión Soviética, no habría recuperación económica posible para Europa, en lo que sin duda puede interpretarse como un claro antecedente de la siguiente iniciativa presidencial. *Ibid.*, p 218.

<sup>2656</sup> TRUMAN, Harry S., mensaje especial al Congreso del 19 de diciembre de 1947, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 78 y [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12805&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12805&st=&st1=)

<sup>2657</sup> *Ibid.*

<sup>2658</sup> *Ibid.*



los 16 países que, como Estados Unidos, son fieles a la preservación de instituciones libres y la paz duradera entre las naciones”<sup>2659</sup>. Con todo ello

Estados Unidos y un grupo de naciones europeas, fieles a los principios de la Carta de Naciones Unidas, prueban que los hombres libres pueden efectivamente unirse para defender sus instituciones libres contra las presiones totalitarias, y promocionar mejores niveles de vida a todos sus pueblos<sup>2660</sup>

Un mes más tarde, ya en plena negociación en el Senado, el Secretario de Estado Marshall defendía su plan pues aunque “requerirá sacrificios hoy, lo hará para que podamos disfrutar de seguridad y paz mañana”<sup>2661</sup>, y la tarea recaía en Estados Unidos puesto que entonces era el único país en el mundo que tenía el poder económico y la productividad para suministrar la asistencia necesaria, de ahí la petición de 6,8 billones de dólares para los primeros quince meses “requeridos para iniciar un programa de recuperación genuina y para sacar tanto a Europa como a esta nación del callejón sin salida del mero alivio continuo”<sup>2662</sup>. Aunque Estados Unidos diera el paso de ayudar a las naciones europeas, éstas, en calidad de países soberanos y democráticos, llevarían la iniciativa del proceso bajo el principio de cooperación, pues “sólo los europeos mismos pueden finalmente resolver su problema”<sup>2663</sup>. En todo caso, como el mismo Presidente Truman había anticipado, el funcionamiento del programa debía estar relacionado con la política exterior de la nación ya que “este gran proyecto debe ser llevado a cabo con éxito contra la determinación declarada de la Unión Soviética y el Partido Comunista de oponerse y sabotearlo en todos los aspectos”<sup>2664</sup>, de ahí la trascendencia de la ayuda presentada, “este esfuerzo sin precedentes del nuevo mundo para ayudar al viejo no es seguro ni fácil. Es un riesgo calculado. Pero no puede haber dudas de las alternativas. El modo de vida que conocemos está literalmente en la cuerda floja”<sup>2665</sup>.

También el Secretario de Comercio A. Harriman testificó a favor del programa de ayuda en la Cámara de Representantes ese mismo mes de enero, puesto que “creo firmemente que un programa de recuperación para Europa del tamaño propuesto por el Presidente es un paso esencial en la construcción de una paz estable”<sup>2666</sup>, ya que “estamos proponiendo asistir a los pueblos de Europa Occidental para recuperar su estabilidad económica, sin la cual la estabilidad política no puede lograrse”<sup>2667</sup>, es decir, Estados Unidos ayudaría económicamente a sus aliados europeos con el fin de alejar la penetración comunista, posibilidad que sin duda

---

<sup>2659</sup> *Ibíd.*

<sup>2660</sup> *Ibíd.* De hecho, para el Presidente Truman el programa de recuperación económica representaba “una necesidad como un paso mayor en la búsqueda nacional por una paz justa y duradera”, *Ibíd.*

<sup>2661</sup> MARSHALL, George C., discurso del 8 de enero de 1948 ante el Comité del Senado de Relaciones Exteriores, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 82.

<sup>2662</sup> *Ibíd.*

<sup>2663</sup> *Ibíd.*

<sup>2664</sup> *Ibíd.*

<sup>2665</sup> *Ibíd.*

<sup>2666</sup> HARRIMAN, W. A., testimonio del 21 de enero de 1948 ante el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 84.

<sup>2667</sup> *Ibíd.*



podría precipitar un nuevo conflicto internacional, y aunque un programa de esas características requeriría sacrificios por parte del pueblo estadounidense, los beneficios que se ganarían, sin embargo, superarían con creces los inmediatos sacrificios, tanto en términos de paz y seguridad como de expansión del comercio mundial, ya que “es en nuestro propio interés, solamente desde el punto de vista empresarial, que esta red mundial de comercio sea restaurada”<sup>2668</sup>, y dados los dispares niveles de productividad a ambos lados del Atlántico, con una Europa devastada por la guerra y unos Estados Unidos con los mayores índices de productividad en su historia, la conclusión lógica era el tipo de programa presentado por la Administración Truman, que en ningún caso dañaría los requerimientos de la economía nacional.

Dean Acheson, entonces Subsecretario de Estado, argumentaba a favor del Programa Europeo de Recuperación al “haber substituido el longevo liderazgo de la gran potencia como la última gran esperanza de recuperación en el exterior y de seguridad americana en casa”<sup>2669</sup> por la colaboración euro-americana para que “la gran fábrica de Europa trabaje y produzca de nuevo”<sup>2670</sup>, por ello no se podía reducir la cantidad de ayuda solicitada, pues menos convertiría al programa en mera operación de alivio y no ayudaría al aumento de la productividad europea, uno de los objetivos del programa.

Ya fuera de la Administración Truman, para Herbert H. Lehman, ex Gobernador de Nueva York y por entonces director de la Administración de Socorro y Rehabilitación de Naciones Unidas, la cuestión clave era la defensa de la democracia que el programa de recuperación europea aseguraba, pues como él mismo afirmara ante el Comité del Senado de Relaciones Exteriores “no creo ni por un momento que continuemos convenciendo al pueblo de las bondades de la democracia mientras sus hijos estén hambrientos con frío y sin esperanzas”<sup>2671</sup>, pero si por el contrario “podemos demostrar que la democracia realmente sirve y protege al pueblo, como tú y yo sabemos que hace, y les da fundada esperanza y una oportunidad para un nivel de vida decente, habremos recorrido un largo camino hacia el fortalecimiento de los principios y estructura de la democracia”<sup>2672</sup>. Con ello no se repetiría la experiencia alemana que condujo al nazismo, y que el comunismo estaría anhelando para hacerse con los despojos, lo que suponía una amenaza a los intereses nacionales más profundos de Estados Unidos, ya que a causa de “nuestra tradición de libertad y democracia no podemos permitirnos sentarnos pasivamente cuando la libertad y la democracia sean amenazadas en cualquier parte del mundo”<sup>2673</sup>, menos ahora que la preeminencia estadounidense le obliga a responsabilidades mayores, “y no es posible proteger la libertad y los derechos humanos entre pueblos cuyos estómagos están

---

<sup>2668</sup> *Ibíd.*, es más, “buscamos la recuperación de la productividad industrial europea para que pueda vender al exterior como pago de cuanto necesite comprar del exterior”, *Ibíd.*

<sup>2669</sup> ACHESON, Dean, discurso en Atlantic City del 21 de enero de 1948, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 92.

<sup>2670</sup> *Ibíd.*

<sup>2671</sup> LEHMAN, Herbert H., testimonio ante el Comité del Senado de Relaciones Exteriores del 24 de enero de 1948, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 94.

<sup>2672</sup> *Ibíd.*

<sup>2673</sup> *Ibíd.*



vacíos, cuyas manos están quietas y cuyas mentes están oscurecidas por el miedo al futuro”<sup>2674</sup>, males que el programa propuesto sin duda resolvería.

En el esfuerzo por ver aprobado el Plan Marshall también comparecieron ante el Comité del Senado de Relaciones Exteriores representantes de los países europeos como el Secretario británico del Ejército Real Kenneth C. Royall, quien trató de explicar las implicaciones militares de la ayuda, ya que en periodos de dificultad económica, escasez de comida y de desorden general el papel del ejército se ve incrementado, y al contrario “cuando los elementos esenciales de estabilidad económica y de pacífico desarrollo existen entre las naciones, la responsabilidad del ejército se minimiza correspondientemente”<sup>2675</sup>, de ese modo el programa de recuperación económica diseñado para Europa podría ir en esa dirección, más aun si se tenía en cuenta la complicada situación de Alemania, como tradicional centro industrial continental, pero desde su derrota, ocupada en cinco sectores, su desarrollo se había retardado y con él, el del resto de Europa. Por todo ello, para Royall “sin la asistencia económica adecuada a las naciones de Europa Occidental incluida Alemania Occidental, debemos esperar al menos agresión política por parte de naciones totalitarias con ideas diametralmente opuestas a las de la democracia libre”<sup>2676</sup>, donde Alemania se encontraba en el centro de divergencia de posguerra, por ello estimaba imprescindible la aprobación del programa presentado por el Presidente Truman.

Pero como se ha anticipado, el Plan Marshall también despertaría respuestas negativas de influyentes sectores de la vida política estadounidense, como la del ex Presidente Herbert Hoover<sup>2677</sup>, quien era partidario de ayudar a Europa pero sin por ello perjudicar el propio desarrollo económico nacional, más aun cuando existían grandes posibilidades de que Europa no pudiese escapar de su inestable situación, a lo que habría de sumar los riesgos de inflación en Estados Unidos derivados de los volúmenes de exportación y financiamiento estipulados en el programa, lo que podría derivar en una lenta recuperación de posguerra e incluso en altos niveles fiscales, depresión interna y merma de la fortaleza nacional. Por todo ello pedía seis modificaciones a la propuesta presidencial, a saber, que la iniciativa no recayese en exclusiva en el Departamento de Estado y que el control del programa debía ser bipartidista, que el enfoque del programa debía ser más amplio pues la amenaza comunista no sólo existía en Europa, también los países receptores de la ayuda debían cumplir unos requisitos más exigentes que los estipulados en el plan presidencial, que la extensión propuesta de cuatro años era excesiva, que los nueve billones de dólares estimados para los primeros quince meses del programa suponían una peligrosa carga fiscal (pues equivalían a 36 por ciento de los ingresos fiscales) y que faltaba un examen más completo de cuanto Europa necesitaba, lo que agravaba la carga económica sobre Estados Unidos.

---

<sup>2674</sup> *Ibíd.*

<sup>2675</sup> ROYALL, Kenneth C., testimonio ante el Comité del Senado de Relaciones Exteriores del 15 de enero de 1948, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 88.

<sup>2676</sup> *Ibíd.*

<sup>2677</sup> HOOVER, Herbert, carta al Comité del Senado de Relaciones Exteriores del 24 de enero de 1948, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 81.



Otra voz discordante fue la del Senador Republicano por Minnesota Joseph H. Ball, quien a pesar de reconocer que una Europa “libre y económicamente solvente es un buen objetivo de nuestra política exterior”<sup>2678</sup>, no creía que el Gobierno fuese capaz de llevar a buen puerto tan ingente labor por sí solo, haciéndose imprescindible la participación del Congreso, y tampoco concedía crédito a la posibilidad de que sin la ayuda, Europa se fuese a volver comunista, ya que en ninguna parte los comunistas habían tomado el control de un país a través de la libre elección del pueblo, estuviera o no hambriento, sino que lo habían hecho mediante la fuerza, y para dejar al pueblo peor de lo que estaba antes de su llegada, como la experiencia de Europa del Este demostraba, y aunque la amenaza comunista era para Ball la más seria para la paz mundial y la recuperación, siendo una amenaza basada en el poder y la fuerza, no en el atractivo de su ideario, por ello “es peligroso y equivocado tratar de engañar a la gente creyendo que podemos comprar con dólares que el comunismo no nos ataque, del mismo modo que tratamos de apaciguar a Hitler”<sup>2679</sup>. Además estaba el tradicional rechazo Republicano al socialismo europeo, que para Ball había tenido demasiado en común con el comunismo para su gusto, lo que restaba atractivo a la ayuda planeada por la Administración Truman, más aun cuando existía el peligro de que los comunistas de cada país sabotearan el esfuerzo productivo con su control de los sindicatos. Pero quizá lo que más preocupaba a Ball era la pérdida de poder a la que Estados Unidos había asistido durante los dos últimos años y que “no hay duda de que tan grandes desastrosos fueron hechos en Yalta y Postdam”<sup>2680</sup>, cuando la cooperación con la Unión soviética aun era posible y ésta no había mostrado su ansia de conquista, por todo ello el Gobierno debía ser objeto de un cuidadoso escrutinio, máxime en una empresa tan compleja como la propuesta.

Tampoco el Senador Republicano por Indiana William E. Jenner apoyó el Plan Marshall, pues estaba en contra de las abstracciones que en toda época de crisis se esgrimían sobre la opinión pública estadounidense, como “la doctrina que dice que Estados Unidos tiene un deber positivo para dar grandes sumas de dinero a las naciones europeas si es que va a salvar al mundo del comunismo y el caos”<sup>2681</sup>, de hecho, como Ball, Jenner no creía que en un contexto de crisis los países de Europa Occidental cayeran del bando comunista, más bien todo lo contrario, si bien el programa de ayuda propuesto en lugar de promover el libre mercado, lo que haría sería auspiciar los controles socialistas que sistemáticamente sofocaban su propia producción de capital e inversión, y en lugar de conceder más ayudas que podían ser usadas en contra del libre mercado, las naciones europeas lo que tenían que hacer era “ganar más dólares y pagar con su propio esfuerzo”<sup>2682</sup>. La clave del rechazo de Jenner se encontraba en el socialismo de muchos Gobiernos europeos, para él “sólo a un grado o dos en la escala cromática de la amenaza de la que supuestamente les estamos protegiendo”<sup>2683</sup>, como lo demostrarían las huelgas que entonces asolaban a

---

<sup>2678</sup> BALL, Joseph H., discurso ante la Asociación de Política Exterior de Philadelphia del 13 de diciembre de 1947, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 83, las citas que se emplean a continuación pertenecen a la misma fuente.

<sup>2679</sup> *Ibíd.*

<sup>2680</sup> *Ibíd.*

<sup>2681</sup> JENNER, William E., discurso ante el Senado del 3 de enero de 1948, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 87.

<sup>2682</sup> *Ibíd.*

<sup>2683</sup> *Ibíd.*



las industrias francesa e italiana, dominadas por sindicatos comunistas, es más, si los Gobiernos europeos no se ponían de acuerdo, Estados Unidos tampoco podía lograr por sí solo su unidad, más aun cuando la crisis no le ponía en peligro de contagio comunista, sino que la crisis era fruto de sus políticas socialistas, necesitando para remediarlo no más ayuda del exterior, sino libre empresa, además, a Stalin le interesaba la asistencia estadounidense a Europa porque así podía propiciar su bancarrota.

Fuera de la clase política, Mervin K. Hart, presidente del Consejo Económico Nacional, compartía la opinión de los anteriores Senadores Republicanos respecto al impacto negativo que tendría el Plan Marshall, pues incentivaría al socialismo europeo, en su lugar “debemos adoptar un plan que desanime al socialismo europeo”<sup>2684</sup>, animado ahora a crear una tercera fuerza entre Moscú y Washington “que en efecto mantendría el balance de poder entre ambas”<sup>2685</sup>, para lo cual necesitaban la ayuda estadounidense contemplada en el programa de recuperación económica. Hart no creía se pudiera combatir al comunismo con socialismo, pues con ello “estaremos promoviendo el mismo sistema en el cual no creemos”<sup>2686</sup>, por no hablar de los aspectos adversos en Estados Unidos, como el aumento burocrático que conllevaría su implementación, con todo, Hart abogaba, en lugar de aprobar dicho plan, por enseñar a Europa “que sólo a través de la liberación de energías humanas tal como es posible bajo un sistema de individualismo y empresa privada, puede construirse la máxima producción”<sup>2687</sup>.

Con todo, la situación en Europa parecía empeorar por momentos, con un plan de rescate por 522 millones de dólares para Austria, Francia e Italia, aprobado en diciembre de 1947, Truman pretendía aliviar tanto la grave situación de dichos países como contagiar el sentido de urgencia a un Congreso reticente a gastar grandes sumas en la recuperación económica europea. Dos meses más tarde, el golpe comunista de febrero en Checoslovaquia añadió más tensión a una realidad ya delicada de por sí, pues la muerte de Masaryk ablandó la postura francesa sobre la recuperación alemana, al aumentar sus sospechas sobre el expansionismo soviético, y algo similar produjo por toda Europa y Estados Unidos, con las Cancillerías y Parlamentos inquietos ante el impredecible comportamiento de Moscú<sup>2688</sup>.

*\* Aprobación e implementación*

Finalmente, y con las decisivas elecciones italianas de abril a la vista, que Truman pretendía influir con la aprobación de su programa de asistencia, el Programa de Recuperación Económica, o Plan Marshall, fue aprobado el 14 de marzo de 1948 en el Senado, con 69 votos a favor, 17 en contra y diez abstenciones. De los 17 en contra, cuatro eran Demócratas, que como el tejano L. O'Daniel o el Representante de Carolina del Sur, O. de Witt, representaban a la base nacionalista

<sup>2684</sup> HART, Merwin K., declaración ante el Comité del Senado de Relaciones Exteriores del 24 de enero de 1948, texto consultado en *Congressional Digest, Congress and The “Marshall Plan”*, marzo de 1948, p. 89.

<sup>2685</sup> *Ibíd.*

<sup>2686</sup> *Ibíd.*

<sup>2687</sup> *Ibíd.*

<sup>2688</sup> MILLS, op.cit., p. ix y xi.



del Partido; de los trece restantes, la mayoría pertenecía al Republicanismo del interior de la nación<sup>2689</sup>, muy alejado de los centros financieros y exportadores de ambas costas. En que se aprobase el Plan Marshall tuvo mucho que ver que tanto Truman como Marshall se involucrasen personalmente en la campaña a su favor. Para el Presidente el principal objetivo de la política exterior de Estados Unidos debía ser “asegurar que no haya una III Guerra Mundial”<sup>2690</sup>, y con Europa como escenario principal de la lucha entre la libertad y la esclavitud, Estados Unidos “es la única nación con suficiente fuerza económica para superar la falta temporal entre las necesidades mínimas europeas y los recursos limitados por la guerra en Europa”<sup>2691</sup>, entendiendo el plan como una inversión en la paz y seguridad del mundo. Para Marshall aunque la guerra había terminado, la paz no había comenzado, y si bien el plan “requerirá sacrificios hoy para que podamos disfrutar de seguridad y paz mañana”<sup>2692</sup> ya que “con sus propios recursos Europa no puede alcanzar dentro de un tiempo razonable la estabilidad económica”<sup>2693</sup>, no hacer nada equivaldría a poner en peligro la seguridad nacional de Estados Unidos, de ahí que “cuanto antes se ponga en marcha este programa, serán mayores sus posibilidades de éxito”<sup>2694</sup>. El plan se tradujo en la ley de Asistencia Exterior aprobada el 3 de abril de 1948, en ella se contenían algunas de las peticiones Republicanas, como la de limitar la ayuda a 17 billones de dólares por cuatro años y crear una Comisión de Cooperación Económica encargada de supervisar la implementación del plan, ajena a la Administración y de naturaleza bipartidista.

Si la Comisión de Cooperación Económica, presidida por Hoffman, se encargaba de la supervisión general del plan, ésta nombraba a los responsables estadounidenses de cada misión desplegada en todos los países europeos integrados en el programa de ayuda, y por encima de éstas se encontraba la Oficina del Representante Especial de la Comisión en Europa, función que recayó en A. Harriman, encargándose de ser la voz de la misma en el continente, en total, el personal estadounidense destinado en Europa ascendió a 2.500 personas, más de 7.500 si se tienen en cuenta sus respectivas familias<sup>2695</sup>. Por parte europea se instituyó la Organización Europea de Cooperación Económica, para así aumentar la coordinación y cooperación económica y monitorizar la implementación del plan<sup>2696</sup>.

En cuanto al esquema elegido para distribuir la ayuda estadounidense se optó por tres formas básicas:

1. subvenciones: se otorgaban bienes al Gobierno Aliado que luego los vendía a la población local a través del mercado, el 95 por ciento de los ingresos, llamados fondos contraparte, serían usados a discreción del Gobierno concernido, el cinco por ciento restante pertenecía a Estados Unidos,

<sup>2689</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 196 y 221.

<sup>2690</sup> DEPARTAMENTO de ESTADO de Estados Unidos, op.cit., p. 10.

<sup>2691</sup> *Ibíd.*

<sup>2692</sup> *Ibíd.*

<sup>2693</sup> *Ibíd.*

<sup>2694</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 266.

<sup>2695</sup> *Ibíd.*, p. 283 y MILLS, op.cit., p. 187.

<sup>2696</sup> MILLS, op.cit., p. 195-197.



2. préstamos: concedidos a través del Banco de Importación-Exportación, contaban con grandes ventajas como bajo interés, a largo plazo...
3. ayuda condicionada: creada para aumentar el comercio entre los países europeos, pretendía superar la escasez de dólares concediéndolos a aquella nación que se comprometiera a que sus importaciones fuesen del hemisferio Occidental<sup>2697</sup>.

En total, el Plan Marshall canalizó trece billones de dólares de abril de 1948 a diciembre de 1951, sólo en 1948 supuso el envío de 690.000 dólares a la hora a Europa, el equivalente al dos y medio por ciento de los ingresos nacionales de los países concernidos, al dos por ciento del presupuesto nacional bruto estadounidense y entre un cinco por ciento y un diez por ciento de media de su presupuesto federal<sup>2698</sup>. La ayuda se canalizó a los diferentes países como muestran los siguientes cuadros

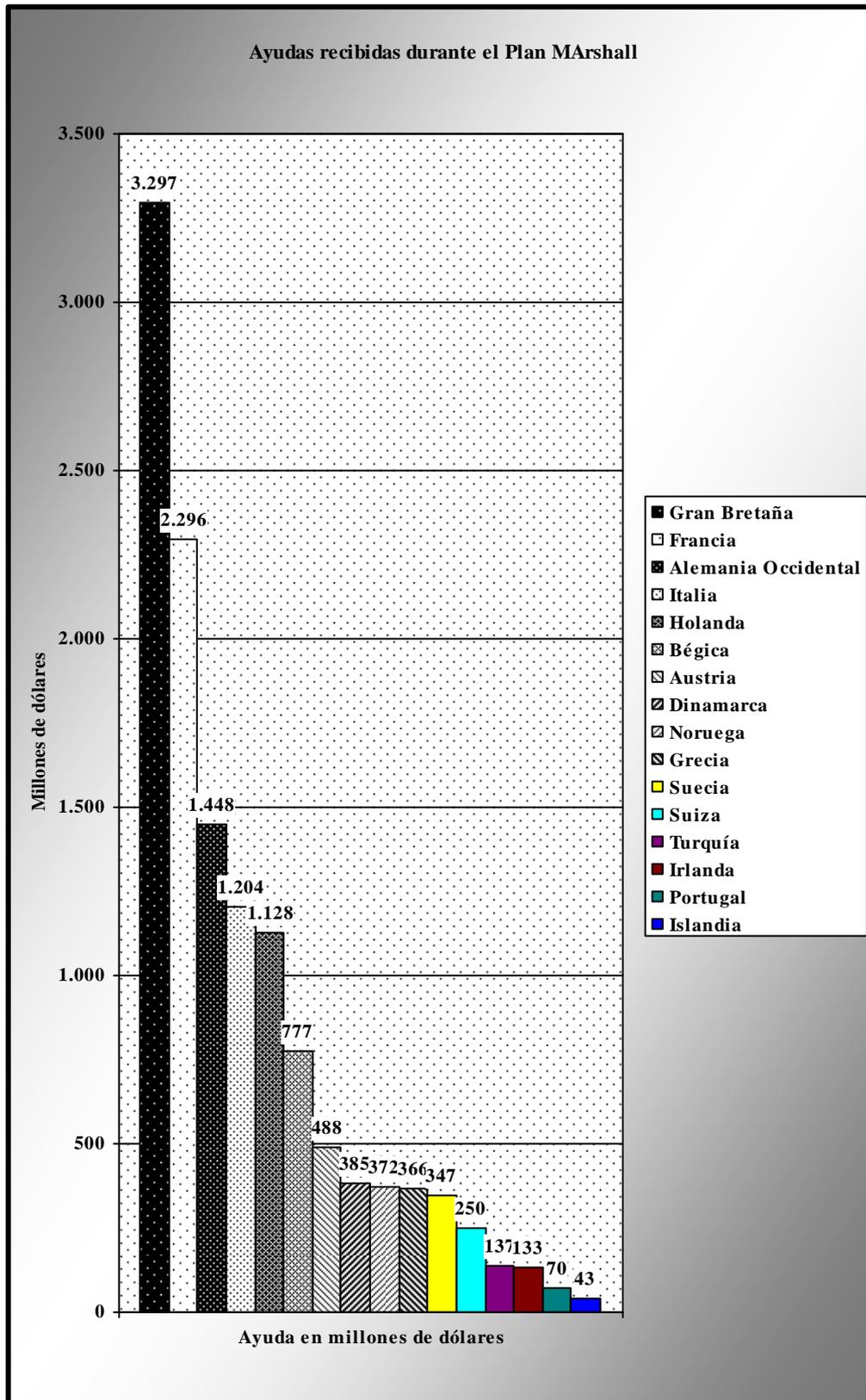
#### Porcentaje del Plan de Recuperación Económica por países

<b>Reino Unido</b>	25,9 por ciento	<b>Noruega</b>	3 por ciento
<b>Francia</b>	18 por ciento	<b>Grecia</b>	3 por ciento
<b>Alemania</b>	11,4 por ciento	<b>Suecia</b>	2,9 por ciento
<b>Italia</b>	9,4 por ciento	<b>Suiza</b>	1,9 por ciento
<b>Holanda</b>	8,8 por ciento	<b>Turquía</b>	1 por ciento
<b>Bélgica</b>	6 por ciento	<b>Irlanda</b>	1 por ciento
<b>Austria</b>	3,8 por ciento	<b>Portugal</b>	0,5 por ciento
<b>Dinamarca</b>	3,1 por ciento	<b>Islandia</b>	0,2 por ciento

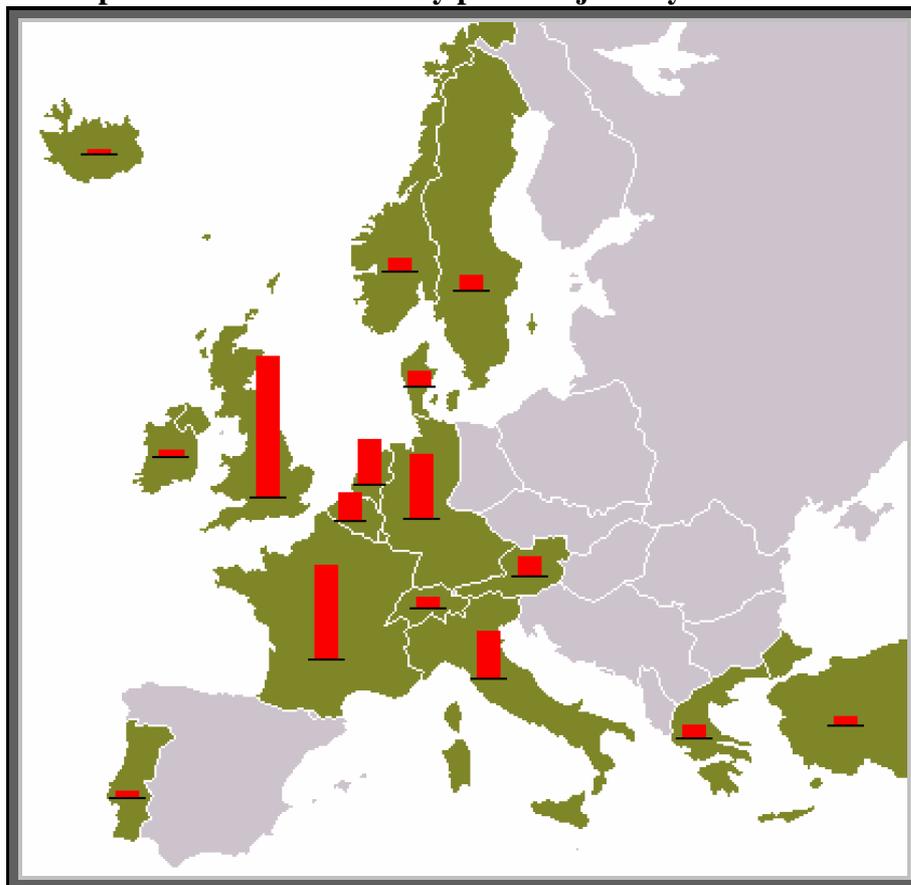
Fuente: Elaboración Propia.

<sup>2697</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 325-327.

<sup>2698</sup> BEHRMAN, op.cit., p. 332 y 339.



Fuente: American Enterprise Institute, [www.aei.org/outlook/26582](http://www.aei.org/outlook/26582)

**Países parte del Plan Marshall y porcentaje de ayuda recibida**

Fuente: [www.websters-online-dictionary.org](http://www.websters-online-dictionary.org)

El primer barco con ayuda a Europa zarpó de Texas el 14 de abril de 1948, llegando al puerto de Burdeos el 10 de mayo, y en ese mismo verano había en la mar unos 150 barcos por día transportando mercancías del Plan Marshall<sup>2699</sup>. Durante el primer año, de los 5,3 billones de dólares estipulados el 33 por ciento fue empleado en alimentos, fertilizantes y semillas, el 20 por ciento para gasolina, el 22 por ciento en materias primas o productos semifabricados y el quince por ciento en gastos de flete<sup>2700</sup>, para mediados de 1951 las proporciones habían alcanzado el 39 por ciento (3,2 billones de dólares) para alimentos y fertilizantes, el 16 por ciento (1,5 billones) para el petróleo, el 26 por ciento (3,4 billones) en materias primas y productos semifabricados y el 19 por ciento (1,8 billones) en maquinaria, vehículos y bienes de equipo<sup>2701</sup>.

Dada la compleja naturaleza de la crisis económica europea, la implementación del plan estuvo marcada por diferentes fases, si en un primer momento se trató de aliviar las duras condiciones de vida de los europeos, a partir del segundo año el objetivo mudó hacia una mayor integración de sus economías y la reforma de las mismas, con importantes bajadas de aranceles y la adopción de la

<sup>2699</sup> *Ibíd.*, p. 330.

<sup>2700</sup> MILLS, *op.cit.*, p. vii.

<sup>2701</sup> *Ibíd.*, p. ix y 42.



convertibilidad de sus monedas mediante el diseño de una unión de pagos<sup>2702</sup>. Para 1950 los avances eran espectaculares, la producción industrial era un 24 por ciento mayor que antes de la guerra y 28 veces la de 1948, las exportaciones superaban en un 20 por ciento a las de antes de la guerra y el comercio interno europeo en un 17 por ciento, y a mediados de 1951 la producción industrial europea era un 43 por ciento superior al periodo anterior a la II Guerra Mundial, y un 17 por ciento superior a la de 1950<sup>2703</sup>, además, y gracias al sistema de fondos contraparte, se había reducido ostensiblemente la escasez de dólares, verdadero gran problema en los primeros meses de implementación del plan. Como muestran tales cifras, el Plan Marshall fue crucial para el crecimiento económico europeo.

Para Truman, amparado en las cifras de crecimiento mostradas

el Plan Marshall pasará a la Historia como una de las mayores contribuciones de Norteamérica a la paz del mundo. Creo que hoy la humanidad se da cuenta de que, sin el Plan Marshall, hubiese sido muy difícil para Europa Occidental permanecer libre de la tiranía comunista<sup>2704</sup>

Incluso por iniciativa francesa y alemana se acordó crear la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, plan Schuman de 1950, en la que seis países europeos, con Londres rechazando su inclusión, se unían en abril de 1951, con el objetivo de erradicar la amenaza de un nuevo conflicto entre ellos, cediendo parte de su soberanía al servicio de un organismo multilateral de control de sus respectivos sectores del carbón y del acero, lo que respondía claramente a los requerimientos de Washington sobre una mayor integración económica y la rehabilitación alemana<sup>2705</sup>.

De todos modos, con la recuperación económica iniciada en Europa, como se observa en el siguiente cuadro, la guerra de Corea supuso la entrada en la tercera y última fase del programa de ayuda, ya que Estados Unidos dio un giro hacia las cuestiones de seguridad, dejando las económicas en un segundo plano. Washington presionó a los Gobiernos europeos para que aumentaran el gasto militar, aprobando el Programa de Seguridad Mutua, por un monto de 7,5 billones de dólares, e incluso en 1951 más de 500 millones de dólares del Plan Marshall fueron desviados a la asistencia militar, los emblemas de los barcos pasaron de “Para la recuperación económica” a “Fortaleza para el mundo libre”<sup>2706</sup>. La guerra de Corea también supuso el fin de la independencia de la Comisión de Cooperación Económica, que pasó a estar bajo el control del Departamento de Estado desde mayo de 1951, y de la recién creada Agencia de Seguridad Mutua desde octubre, uniendo así Truman la asistencia militar y económica, en cualquier caso, el programa de ayuda a Europa, cuya fecha de término estaba fijada para el 30 de junio de 1952, se dio por concluido el 31 de diciembre de 1951<sup>2707</sup>.

---

<sup>2702</sup> COOK, op.cit., p. 11.

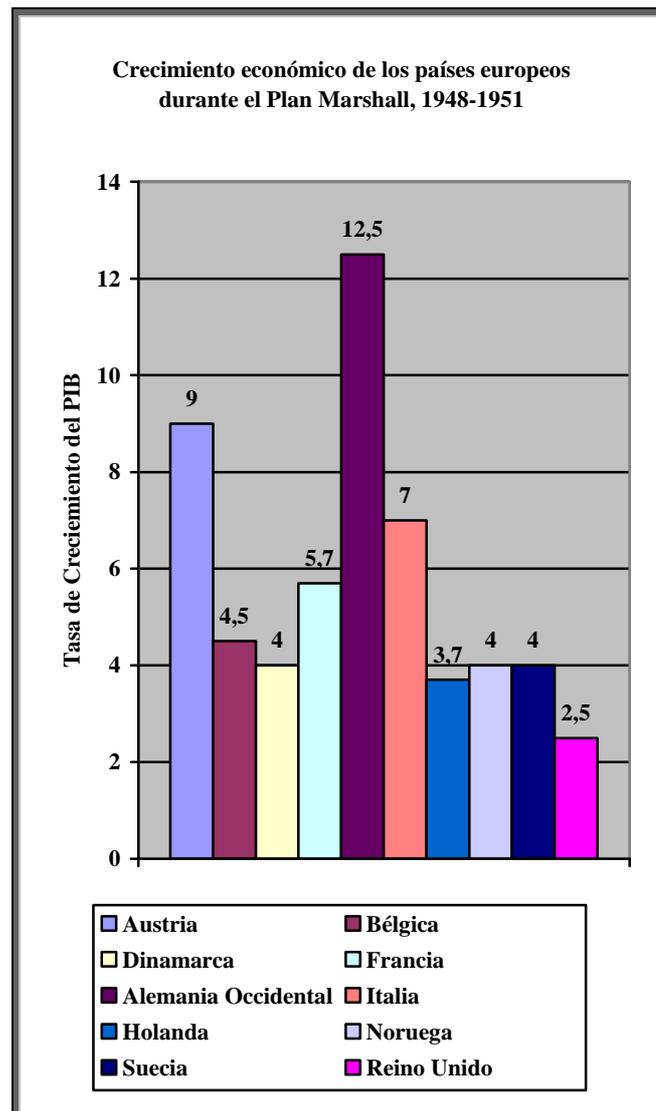
<sup>2703</sup> MILLS, op.cit., p. 191.

<sup>2704</sup> TRUMAN, op.cit., p. 119.

<sup>2705</sup> BEHRMAN, op.cit., p 294.

<sup>2706</sup> IRELAND, Timothy P., *Creating the entanglig Alliance, the origins of the North Atlantic Treaty Organization*, Westport, Greenwood Press, 1981, p. 21.

<sup>2707</sup> COOK, op.cit., p. 109.



Fuente: DE LONG y EICHENGREEN, *The Marshall Plan*, 1991.

Así pues, al Plan Marshall no habría que verlo como un programa caritativo, sino como una empresa estratégica con el propósito recuperar las economías europeas y estabilizar sus sistemas políticos, para así evitar un posible acercamiento a la Unión Soviética, lo que sin duda también respondía a los intereses de seguridad estadounidenses<sup>2708</sup>, todo ello realizado bajo las premisas del multilateralismo, el bipartidismo y el reconocimiento de los límites del poder estadounidense<sup>2709</sup> y el espíritu del *New Deal* siempre presente, cuya fe en la capacidad estatal para revertir una mala situación compartía el propio General Marshall, quien había trabajado en los Grupos de Conservación Civil durante la década de 1930, creados por Roosevelt para el socorro de la población<sup>2710</sup>.

<sup>2708</sup> IRELAND, op.cit., p. 34 y 54.

<sup>2709</sup> KAPLAN, Lawrence S., *NATO 1948, the Birth of the Transatlantic Alliance*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 2007, p. 12.

<sup>2710</sup> IRELAND, op.cit., p. 38.



Como primera gran traducción práctica de la Doctrina Truman, el Plan Marshall fue la prueba inicial de la implicación de Estados Unidos en los asuntos mundiales ya como superpotencia, y una de las políticas en tiempos de paz de mayor éxito en la historia del país, demostrando el compromiso al largo plazo de la Administración Truman con su estrategia de contención del comunismo, estrategia que no sólo se valdría del componente militar, pues para la seguridad estadounidense también eran vitales los aspectos económico y político de la misma, como dejara claro el propio Marshall, “estos principios democráticos no florecen en estómagos vacíos”<sup>2711</sup>, convirtiéndose así el Plan Marshall, según Kennan, en la estocada final a la inocencia de la anterior Administración respecto a la Unión Soviética, sobre todo en lo referente a Alemania<sup>2712</sup>.

Con el Plan Marshall la ayuda económica servía al fin político de apuntalar los regímenes democráticos europeos, rebajando en lo posible las posibilidades de conflicto con el Kremlin, además, al encarar la solución del problema a largo plazo, la Administración Truman supo dar un sentido de continuidad a su política, imprescindible para alcanzar sus objetivos. En 1954 la recuperación económica de los países de la Organización Europea de Cooperación Económica estaba completada, y sus respectivos regímenes democráticos estabilizados. Estados Unidos había logrado desterrar el fantasma de una Europa controlada por Moscú, a través de un programa económico que reforzó el sistema democrático en el sector Occidental del viejo continente, demostrando que una *Promoción de la Democracia del dólar* puede funcionar allí donde la democracia ha echado raíces y la voluntad política va unida al tiempo y el dinero suficientes para lograr que la inversión dé los frutos esperados.

#### **10.b.5. *El componente militar: la Organización del Tratado del Atlántico Norte***

Al finalizar la II Guerra Mundial, Londres era consciente de que no podría asegurar por más tiempo el equilibrio de poder europeo, y que necesitaba a unos Estados Unidos implicados en el continente para que la Unión soviética no ganase terreno a expensas del mundo Occidental, pero la Administración Truman, envuelta aun en el legado de F. D. Roosevelt, estaba más preocupada por no romper el sueño de la colaboración con Moscú y por quebrar los monopolios coloniales en aras de su liberalismo mercantil, que en crear una férrea alianza con las democracias aliadas. Inicialmente los planes desarrollados por el Gobierno Roosevelt para administrar Alemania no iban más allá de la colaboración entre los aliados de guerra, Unión Soviética incluida, ya que no quería realizar planes pormenorizados hasta una vez lograda la victoria, pues pensaba que su estrecha relación con Stalin calmaría las diferencias entre ambos tras la II Guerra Mundial, de ahí que la Administración Truman heredase numerosos problemas sin resolver<sup>2713</sup>. Pronto, todo este escenario se haría añicos al calor de los acontecimientos que dieron inicio a la Guerra Fría, y tras poner en marcha la asistencia económica a Europa, la Casa Blanca se embarcó en el proyecto de unir su seguridad a la del viejo continente, creando una alianza militar

---

<sup>2711</sup> *Ibíd.*, p. 63-67.

<sup>2712</sup> KENNAN, *Memoirs 1925-1950*, p. 333.

<sup>2713</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 9 y 14.



permanente para tiempos de paz inédita en la historia de Estados Unidos, que rompía con una tradición de más de siglo y medio de unilateralismo aislacionista. Para Truman “el Tratado del Atlántico Norte era un paso más en la evolución de nuestra política exterior, junto con la Carta de Naciones Unidas, el programa de ayuda a Grecia y Turquía y el Plan Marshall [...] Tal sistema daría a todas las naciones libres de Europa la sensación de confianza que necesitaban para edificar la paz y la prosperidad en el mundo”<sup>2714</sup>.

Como hemos visto anteriormente, cuando Truman anunció su nueva estrategia de seguridad en marzo de 1947, lo hacía tras un año repleto de enfrentamientos diplomáticos con el Kremlin, poniendo las relaciones entre ambos países al borde de una crisis de no retorno. En efecto, si graves habían sido las desavenencias surgidas a causa de Irán, Turquía o Grecia, el verdadero gran problema entre las dos superpotencias fue el destino de Alemania. Para Moscú, al igual que para París en un principio, era intolerable una pronta recuperación alemana, pues temía un nuevo resurgir del militarismo germano que amenazase la seguridad soviética, así, cuando Estados Unidos anunció en julio de 1946 que estaba dispuesto a unir su sector de ocupación con aquellos que lo desearan, para de ese modo reducir los costes de la ocupación y acelerar la recuperación alemana<sup>2715</sup>, no es de extrañar que se encendieran las alarmas en Moscú, más aun cuando en enero de 1947 Gran Bretaña recogía el testigo estadounidense uniendo sus respectivas zonas de ocupación alemanas, al mismo tiempo que la Casa Blanca anunciaba que las tropas norteamericanas permanecerían en Alemania más de los dos años estipulados en un principio por F. D. Roosevelt, extremo insinuado ya por Byrnes el septiembre anterior<sup>2716</sup>.



Fuente: <http://lahistoriaconmapas.blogspot.com>

<sup>2714</sup> TRUMAN, op.cit., p. 240.

<sup>2715</sup> COOK, op.cit., p. 131.

<sup>2716</sup> IRELAND, op.cit., p. 21.



La primera gran puesta en práctica de la nueva estrategia estadounidense se materializaba con el anuncio del Plan Marshall en junio de 1947, cuando el Kremlin ya había rechazado la desmilitarización alemana por 25 años en la Conferencia de Moscú de marzo y abril anteriores<sup>2717</sup>. Con la negativa definitiva de Moscú a participar en la iniciativa estadounidense, incluida la prohibición a sus satélites de entrar en la misma, y tras el fracaso de la conferencia de Londres de los Ministros de Asuntos Exteriores en diciembre, el *premier* británico formulaba ya su propuesta por algún tipo de unión que garantizase la seguridad Occidental<sup>2718</sup>. Para entonces, ya existían informes dentro de la Administración Truman que, como el JCS 1769/1 de abril de 1947, unían la seguridad estadounidense a la europea, y la postura de ciertos miembros del Departamento de Estado giraba ya en torno a restaurar el balance de poder en Europa como instrumento más idóneo para contener a Moscú a un coste razonable para Washington<sup>2719</sup>.

Ese mismo mes de abril, el fracaso de la Conferencia de Moscú convertiría en la prioridad de la política exterior estadounidense a la recuperación europea, incluyendo la alemana, pero la inestabilidad política francesa complicaría el margen de maniobra estadounidense en Alemania, de hecho, las constantes fricciones entre Washington y París sobre el asunto, obligaron a la Casa Blanca a una mayor implicación en Europa<sup>2720</sup>. De todos modos, la Administración Truman desarrollaría una actitud completamente diferente a la de su antecesor respecto a sus aliados europeos, y como veremos, los tiempos en que Washington enfrentaba a unas capitales contra otras para lograr sus objetivos, dejaron paso a unas relaciones basadas en una colaboración cimentada en amenazas y principios compartidos.

Para algunos miembros del Departamento de Estado la situación estratégica de Estados Unidos se encontraba en peligro pues se debía aceptar que sobre la nación recaía la tarea de enfrentar la expansión comunista, para ello consideraban esencial recuperar el balance de poder europeo y así compartir las cargas de la lucha anticomunista, para que ésta resultara menos costosa a Estados Unidos, entonces la recuperación alemana se antojaba imprescindible, a pesar de las quejas francesas al respecto. Así, tras el fracaso de la Conferencia de Londres en la que se dio una última oportunidad a Moscú para alcanzar un acuerdo sobre Alemania, en la celebrada en febrero de 1947, ya sin la participación soviética, pero junto a Bélgica, Holanda y Luxemburgo, Francia comenzó a ceder respecto a la integración plena de Alemania Occidental, en el mismo mes en que el Ministro de Exteriores británico Bevin hablaba de la necesidad de una unión espiritual de Occidente<sup>2721</sup>.

En Estados Unidos, en octubre de 1947, el anterior Secretario de Estado y de Guerra Henry L. Stimson, publicó un artículo en la revista *Foreign Affairs* que puede presentarse como muestra evidente del cambio sufrido por el internacionalismo de posguerra. Titled “*The Challenge to Americans*”, Stimson comenzaba diciendo que

---

<sup>2717</sup> *Ibíd.*, p. 160.

<sup>2718</sup> KAPLAN, *op.cit.*, p. 93.

<sup>2719</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 31.

<sup>2720</sup> *Ibíd.*, p. 5, 16 y 42.

<sup>2721</sup> *Ibíd.*, p. 54



Estados Unidos tenía ante sí la oportunidad histórica “para usar toda nuestra fuerza en pro de la paz y la libertad del mundo”<sup>2722</sup>, y consciente de que el país estaba teniendo su primera experiencia de constante y plena actividad en las políticas mundiales, pues “hasta ahora hemos permanecido en el borde”<sup>2723</sup>, no dudaba en concebir esa nueva situación como una prueba esencial de voluntad y entendimiento. Como primer paso para cumplir con dicho desafío “los americanos deben entender ahora que Estados Unidos se ha convertido, para bien o para mal, en un miembro de la comunidad internacional totalmente comprometido...y nuestra única opción es aceptarlo o no”<sup>2724</sup>, ya que “la primera condición de una política exterior efectiva es que ésta nación destierre para siempre cualquier pensamiento de que América pueda ser de nuevo una isla para sí misma”<sup>2725</sup> puesto que

lo que nos jugamos en la paz y la libertad mundiales no es una responsabilidad limitada...los problemas de Europa y Asia no son los problemas de otra gente, son los nuestros...no hay extranjeros...nunca más. Los asuntos exteriores son ahora nuestra preocupación más íntimamente doméstica<sup>2726</sup>

Como segundo paso Stimson pedía a la nación una dosis de realismo para entender al mundo tal cual es, y no como deseaba que fuese, sin olvidar que Estados Unidos no podía cambiarlo a su antojo, como mucho “nuestra tarea es ayudar a los pueblos amenazados a ayudarse a sí mismos”<sup>2727</sup>, con ello Moscú entendería que la democracia estaba en Occidente para perdurar, usando la fuerza militar estadounidense como instrumento disuasorio ante cualquier intento de agresión, no para comenzar ninguna guerra. Dando una muestra más de su realismo, Stimson abogaba porque, dado el veto en Naciones Unidas, Estados Unidos actuara fuera de las mismas en caso de necesidad, y como veremos, no tardaría mucho en hacerlo.

\* ANTECEDENTES

El tratado franco-británico de Dunkerque, firmado el 4 de marzo de 1947, por el que Gran Bretaña se comprometía a defender a Francia en caso de que ésta volviera a ser atacada por Alemania, reflejaba tanto los temores atávicos en París a un resurgir alemán de carácter ofensivo como el tipo de pactos que Estados Unidos trataba de evitar entre sus aliados, pero había sido lanzado por Londres para acallar los temores franceses respecto a la recuperación alemana, y así poder avanzar hacia una futura alianza antisoviética<sup>2728</sup>.

Para Washington, el esquema a seguir debía ser el empleado en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, o Pacto de Río, del 2 de septiembre de 1947. El sistema interamericano de seguridad incluía medidas de ayuda de naturaleza individual, sin carácter automático y acordes con lo estipulado en el artículo 51 y con

<sup>2722</sup> STIMSON, Henry L., “The Challenge to Americans” octubre de 1947, Foreign Affairs. Artículo leído gracias al servicio de revistas electrónicas de la Biblioteca de la UNED.

<sup>2723</sup> *Ibíd.*

<sup>2724</sup> *Ibíd.*

<sup>2725</sup> *Ibíd.*

<sup>2726</sup> *Ibíd.*

<sup>2727</sup> *Ibíd.*

<sup>2728</sup> COOK, op.cit., p. 174 e IRELAND, op.cit., p. 63.



el capítulo VIII sobre acuerdos regionales de la Carta de Naciones Unidas, con ello, la Administración Truman buscaba un doble objetivo, intentaba que los países europeos se uniesen defensivamente más contra la subversión comunista que contra un improbable ataque soviético, y al mismo tiempo, usando la fórmula del Pacto de Río, hacer más digerible al Congreso estadounidense su posible voluntad de asociarse a la alianza europea, mientras que por parte europea, si Gran Bretaña las concebía como un medio para ser sustituida como pivote continental frente a la Unión Soviética, Francia requería las tropas estadounidenses como garantía frente a la recuperación alemana. Así es cómo si por un lado Estados Unidos concebía la recuperación europea como un medio para rebajar su participación en la restauración del balance de poder europeo, el coste de esa recuperación, su presencia en Alemania para mitigar la ansiedad francesa, le obligaba a participar más en los asuntos continentales<sup>2729</sup>, contradicción que sin duda complicaría mucho las relaciones de la Administración Truman con su Congreso.

De todos modos, para Gran Bretaña la presión soviética sobre Noruega había añadido mayor urgencia a la necesidad de establecer un marco de seguridad Occidental adecuado a las nuevas circunstancias, de ahí que presentase un sistema triple de alianza, el primero formado por los países del Benelux más Francia, otro Atlántico para unir a Estados Unidos con Europa y un tercero Mediterráneo junto a Italia, eso sí, la iniciativa debía partir de Europa, para así no aparecer Estados Unidos como los instigadores de pactos antisoviéticos<sup>2730</sup>.

Así es como en enero de 1948, el Ministro de Exteriores británico Bevin daba a conocer a la Casa Blanca su propuesta para ampliar el Tratado de Dunkerque a los países del Benelux, con el doble objetivo de minimizar los temores franceses respecto a Alemania y servir de base para una alianza atlántica más amplia para la contención de la Unión Soviética<sup>2731</sup>. Como hemos visto, la respuesta de la Administración Truman giraba en torno a dos ejes paralelos, por un lado debía asegurarse que la nueva organización no fuera dirigida contra la Unión Soviética, y más contra la subversión comunista interna que contra un ataque directo de Moscú, y que la amenaza del resurgir alemán no fuese el elemento definitorio de la seguridad Occidental; por otro, si el Gobierno pretendía la aquiescencia del Congreso estadounidense, la nueva organización debía basarse en los principios del Pacto de Río, tan alejados de los de Dunkerque.

El cambio en la percepción de la nueva situación por parte francesa comenzó a fraguarse tras la segunda reunión de Londres de febrero, ya sin la Unión Soviética pero con la inclusión del Benelux en las conversaciones, donde París empezó a ver a Moscú como la principal amenaza y no a Berlín, pues la mayor participación estadounidense en los asuntos europeos compensaba en cierto modo su visto bueno a la recuperación alemana. En ello tuvo mucho que ver el golpe comunista en Praga del 22 de febrero, mientras se llevaban a cabo las negociaciones en Londres, lo que condujo a Francia al mes siguiente a unir su sector alemán a la bizona ya establecida por Estados Unidos y Gran Bretaña, y a la firma del Tratado de Colaboración

---

<sup>2729</sup> KAPLAN, *The Birth of the...* op.cit., p. 111 e IRELAND, op.cit., p. 63 y 76.

<sup>2730</sup> IRELAND, op.cit., p. 72.

<sup>2731</sup> *Ibíd.*, p. 140.



económica, social y cultural y de Autodefensa Colectiva, o Tratado de Bruselas, del 17 de marzo, entre Bélgica, Francia, Luxemburgo, Holanda y Gran Bretaña, con una duración estipulada de cincuenta años y diseñado, entre otros fines, para

fortalecer y preservar los principios de democracia, libertad personal y libertad política, las tradiciones constitucionales y el imperio de la ley que son su herencia común...

Para suministrar la asistencia a cada uno de ellos, de acuerdo con la Carta de Naciones Unidas, a la hora de mantener la paz y seguridad internacionales y de resistir cualquier política de agresión<sup>2732</sup>

Con el Tratado de Bruselas se establecían un Consejo Consultivo, formado por los cinco Ministros de Asuntos Exteriores, y un Comité de Defensa Occidental, integrado por los respectivos Ministros de Defensa<sup>2733</sup>.

Para el Presidente Truman el Tratado de Bruselas suponía un gran paso para la seguridad europea, como contrapeso militar de la Organización Europea para la Cooperación Económica, reconociendo que al igual que en el sector económico, Estados Unidos tendría que asistir a Europa para reforzar su seguridad<sup>2734</sup>, así, para Truman “esta acción tiene un gran significado [...] es un paso notable en la dirección de la unidad en Europa para la protección y preservación de su civilización”<sup>2735</sup> y por tanto “ese desarrollo merece nuestro pleno apoyo, confío en que Estados Unidos, mediante los medios apropiados, extienda a las naciones libres el apoyo que la situación exige”<sup>2736</sup>, pues “estoy seguro que la determinación de los países libres de Europa de protegerse a sí mismos será igualada con igual determinación por nuestra parte para ayudarles a protegerse”<sup>2737</sup>. Lo que provocaba tales movimientos era a juicio del Presidente los últimos acontecimientos en el viejo continente, ante los cuales la posición de Estados Unidos debía ser totalmente aclarada, y aunque la nación seguía confiando en la Carta de las Naciones Unidas y en sus instrumentos para alcanzar el objetivo de la paz y seguridad mundiales, “sin embargo, no podemos cerrar nuestros ojos al duro hecho de que a través de la obstrucción e incluso desobediencia por parte de una nación, ese gran sueño no se haya hecho realidad”<sup>2738</sup>, de ahí la necesidad “de que tomemos medidas adicionales para complementar el trabajo de las Naciones Unidas y para apoyar sus objetivos”<sup>2739</sup>, pero sobre todo para “reforzar las poderosas fuerzas de la libertad, la justicia y la paz que están representadas en las Naciones Unidas y en las naciones libres del mundo”<sup>2740</sup>. Por todo ello el Presidente Truman proponía al Congreso completar su acción sobre el programa de recuperación europeo, así como la promulgación de legislación de

<sup>2732</sup> Parte introductoria del Tratado de Bruselas, consultado íntegro en [http://avalon.law.yale.edu/20th\\_century/we001.asp](http://avalon.law.yale.edu/20th_century/we001.asp)

<sup>2733</sup> ISMAY, op.cit., Cap. 1 párrafo 26.

<sup>2734</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 226.

<sup>2735</sup> TRUMAN, Harry S., mensaje especial al Congreso sobre la amenaza a la libertad en Europa del 17 de marzo de 1948, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13130&st=brussels&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13130&st=brussels&st1=).

<sup>2736</sup> *Ibíd.*

<sup>2737</sup> *Ibíd.*

<sup>2738</sup> *Ibíd.*

<sup>2739</sup> *Ibíd.*

<sup>2740</sup> *Ibíd.*



adiestramiento universal como “evidencia inequívoca a todo el mundo de nuestra determinación para apoyar la paz con la fortaleza para la paz”<sup>2741</sup>, y de servicio selectivo para mantener sus Fuerzas Armadas en su intensidad autorizada, pues “debemos estar preparados para pagar el precio de la paz”<sup>2742</sup>, sin cerrar la puerta a la Unión Soviética pero asumiendo que “debemos ganarnos la paz que buscamos como ganamos la victoria en la guerra, no a través de pensamientos guiados por los deseos sino por medio del esfuerzo realista”<sup>2743</sup>.

Por tanto, se puede considerar el 17 de marzo de 1948 como la fecha del abandono definitivo por parte de la Administración Truman del legado político de F. D. Roosevelt, si ya el anuncio de la Doctrina Truman o la puesta en práctica del Plan Marshall representaban un claro distanciamiento respecto a las políticas de su antecesor, en las frases que acabamos de citar se desprende la voluntad de un Gobierno por tomar las medidas necesarias para asegurar la libertad y la paz mundiales fuera ya del marco diseñado para la Organización de las Naciones Unidas, sin que tal extremo implicase repudiar tal organismo, sino más bien todo lo contrario, para reforzarlo ante el evidente fracaso de su funcionamiento, fracaso que, con los movimientos soviéticos, amenazaba con dejar a Europa Occidental indefensa ante posibles ataques a sus instituciones democráticas. No es de extrañar, tras dichas palabras, que la siguiente acción de la Administración Truman fuese la firma de la primera alianza permanente en tiempos de paz en la historia de Estados Unidos, algo totalmente imposible de realizar en tiempos de F. D. Roosevelt, y completamente ajeno a su estrategia política, pero que dadas las condiciones imperantes desde 1947 se antojaba un paso lógico en el internacionalismo de segunda generación del Presidente Truman, máxime cuando para él mismo “ha llegado la hora de que los hombres y mujeres libres del mundo encaren la amenaza a su libertad con fuerza y con coraje”<sup>2744</sup>.

\* *NEGOCIACIÓN*

Con el Tratado de Bruselas respetando los principios de la Carta de Naciones Unidas, sin rastro de mención expresa a un posible peligro alemán, y con la Unión Soviética presionando a Finlandia para la firma de un tratado de amistad y con Noruega temiendo ser la siguiente, el Secretario de Estado Marshall respondía a la petición de Bevin de crear un pacto regional atlántico de asistencia mutua ante la incapacidad de la Unión Occidental para defender Escandinavia. Con la celebración de unas reuniones secretas en el Pentágono a nivel de expertos canadienses, británicos y estadounidenses para discutir el tema, y tras once días se decidió que Estados Unidos invitaría a trece países europeos a formar parte de un acuerdo colectivo de seguridad para el Atlántico Norte bajo el modelo del Pacto de Río<sup>2745</sup>.

Como respuesta ante los últimos movimientos Occidentales, el 20 de marzo la Unión Soviética rompía las relaciones con el Consejo de Control Aliado de Berlín, y

---

<sup>2741</sup> *Ibíd.*

<sup>2742</sup> *Ibíd.*

<sup>2743</sup> *Ibíd.*

<sup>2744</sup> *Ibíd.*

<sup>2745</sup> KAPLAN, *The Birth of the...op.cit.*, p. 132 y COOK, *op.cit.*, p. 123.



con el trasfondo de la unión de sectores francés, británico y estadounidense y la creación de una moneda única, el marco alemán, para el sector Occidental, Moscú comenzaba el 24 de junio el bloqueo terrestre de Berlín, y dos días más tarde se iniciaba el puente aéreo aliado, situación que en París obligó a mudar sus preocupaciones, pues Alemania dejaba de ser la primera de ellas al asegurarse la presencia estadounidense, y pasar el expansionismo soviético a ocupar el primer lugar entre los temores franceses<sup>2746</sup>.

Ante la propuesta británica, la Administración Truman tenía dos claras opciones de respuesta, la primera, defendida por Kennan, sería a través de una Doctrina Monroe para Europa, en la que sería suficiente con ampliar la ayuda y la presencia estadounidense en Alemania, la segunda, propuesta por Lovett y Hickerson, se trataba de una relación asociativa formal, siendo la preferida por los europeos, pues Francia temía que una pronta retirada estadounidense del continente le desvinculase de su seguridad, de modo que para mayo Kennan favorecía ya la segunda opción del tratado de seguridad, pues Estados Unidos no podía ser el obstáculo a la unidad de las democracias Occidentales, además, con ese tratado se aumentaría la moral europea y se resolvería la cuestión de la recuperación alemana<sup>2747</sup>.

Si la intención soviética era impedir el resurgimiento alemán y quebrar la unidad de Occidente, el resultado fue todo lo contrario, pues tras la aprobación de la Resolución Vandenberg, del 11 de junio de 1948, el 6 de julio siguiente se abrieron las negociaciones para una alianza atlántica entre Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Canadá y el Benelux<sup>2748</sup>. El Senador Vandenberg, al frente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, había negociado con el Gobierno desde abril la elaboración de una resolución que permitiese al Senado, frente a la figura presidencial, llevar la iniciativa en la empresa de convertir a Estados Unidos en el garante de la paz mundial a través del refuerzo de la seguridad europea<sup>2749</sup>. Para Vandenberg las Naciones Unidas eran el vehículo idóneo para evitar las políticas de balance de poder, pero la actitud de Moscú paralizando al Consejo de Seguridad con sus vetos hacía indispensable la creación de organizaciones regionales, que como la planeada unión atlántica, garantizaran la paz y seguridad internacional y la de sus respectivos miembros<sup>2750</sup>. En concreto la Resolución instaba al Presidente a los siguientes objetivos

2. Desarrollo progresivo de acuerdos regionales u otros colectivos para la autodefensa individual y colectiva de acuerdo a los propósitos, principios y provisiones de la Carta (de Naciones Unidas)

3. Asociación de los Estados Unidos, a través del proceso constitucional, con tales acuerdos regionales y colectivos que estén basados en la autoayuda y la asistencia mutua continuas y efectivas, afectando a su seguridad nacional<sup>2751</sup>

<sup>2746</sup> COOK, op.cit., p. 142 y IRELAND, op.cit., p. 101.

<sup>2747</sup> IRELAND, op.cit., p. 80 y 95.

<sup>2748</sup> *Ibíd.*, p. 174 y 184.

<sup>2749</sup> COOK, op.cit., p. 197.

<sup>2750</sup> KAPLAN, *The Birth of the...* op.cit., p. 187.

<sup>2751</sup> *Ibíd.*, p. 249.



Como se puede apreciar, el detonante de la Resolución Vandenberg fue el fracaso del funcionamiento de las Naciones Unidas a causa del veto ruso que paralizaba su Consejo de Seguridad, para resolverlo se recurría a las organizaciones regionales contempladas en los artículos 51-54 de la Carta de Naciones Unidas, con el Tratado de Río como claro antecedente y referente para la futura Alianza Atlántica, y que Vandenberg concebía como un medio para unir a Estados Unidos a un acuerdo regional de defensa colectiva, que conduciría la acción aliada a través de un marco regional, ante la imposibilidad de actuar a nivel internacional, evitando así plantear una reforma de las Naciones Unidas que sin duda sería rechazada por Moscú.

De hecho, las principales objeciones internas a la Resolución 239 impulsada por el Senador Vandenberg procedían del temor a que la futura unión regional debilitase a las Naciones Unidas, opinión expresada por el Senador Republicano por Vermont R. Flanders, o llevada al extremo por el Demócrata por Florida C. Pepper, quien sostenía que el regionalismo sustituiría al nacionalismo como mayor amenaza a la paz y seguridad mundiales, mientras los Republicanos como G. Malone por Nevada, se centraban en denunciar el menoscabo que el Congreso sufriría con tal medida, pues argumentaban que el Presidente podría declarar la guerra sin el consentimiento del Congreso, además de que armando a Europa se estaba provocando a la Unión Soviética. Tampoco los progresivistas se ahorraron las críticas, pues G. Taylor por Idaho censuraba las denuncias al uso del veto por parte soviética hechas por Vandenberg, pues pensaba que ello tan sólo respondía a la reiteración estadounidense al presentar siempre los mismos temas en el Consejo de Seguridad, además en casos como la admisión de la España de Franco, él hubiese votado en consonancia con Moscú<sup>2752</sup>.

A la postre la Resolución 239 se aprobó en el Senado el 11 de junio con un amplio margen de 64 votos a favor y cuatro en contra, los emitidos por los Republicanos, W. Langer de Dakota del Norte y V. Watkins por Utah, el Demócrata, C. Pepper por Florida y el Progresivista G. Taylor por Idaho<sup>2753</sup>.

En lo que respecta a las conversaciones sobre la futura organización, la Administración Truman no estaba por la labor de avanzar demasiado a cinco meses de unas elecciones presidenciales, pero se creó un grupo de trabajo permanente para elaborar un borrador del tratado, incluyendo reuniones puntuales de Ministros y Embajadores<sup>2754</sup>, eso sí, se tenía bien claro que se dejaba a un lado el modelo bilateral de asociación, pues en el pasado Estados Unidos no había recibido nada a cambio de ello, y se rechazaba todo compromiso automático que fuese en contra del ordenamiento constitucional de la nación<sup>2755</sup>. Mientras tanto, el 20 de julio se hizo público que Estados Unidos y Canadá se unirán a la planificación militar de la Unión Occidental surgida del Tratado de Bruselas<sup>2756</sup>, utilizada por los europeos más como un medio para asegurar la participación y asistencia estadounidense que para

---

<sup>2752</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 234-239.

<sup>2753</sup> *Ibíd.*, p. 240 y ISMAY, Cap. 1 párrafo 38.

<sup>2754</sup> COOK, op.cit., p. 208-214.

<sup>2755</sup> TRUMAN., op.cit., p. 245.

<sup>2756</sup> COOK, op.cit., p. 220.



aumentar el grado de coordinación y el gasto militar europeos<sup>2757</sup>, ya que Estados Unidos, teniendo en mente al Plan Marshall como modelo, había pedido como premisa para su implicación una mayor colaboración en materias de defensa entre sus aliados.

Desde entonces hasta septiembre los debates se sucedieron principalmente en torno a la postura de bloqueo francesa, al alcance geográfico de la futura organización y al sistema que debía guiar a la misma, todo ello debido a que la Casa Blanca no quería asegurar ningún tipo de compromiso hasta pasadas las elecciones, y si bien era crítica con extender el alcance de la organización a las colonias europeas, tampoco veía a la Unión Occidental como el marco idóneo para la seguridad atlántica<sup>2758</sup>. En cuanto al mecanismo de defensa, el equipo negociador estadounidense era consciente de que los límites de lo que pudiera negociar estaban en lo que su Congreso estuviese dispuesto a aceptar, así, la Administración Truman trataba de ahorrarse los sinsabores que el debate sobre la Sociedad de Naciones habían dejado en el Gobierno de W. Wilson, pues al igual que entonces, la política de la Casa Blanca representaba un ostensible alejamiento de la tradición política de Estados Unidos<sup>2759</sup>.

El 9 de septiembre el grupo de trabajo daba a conocer su borrador del tratado al Comité de Embajadores, con unos acuerdos vagos pero unánimemente aceptados, como eran la promoción de la paz y la seguridad, la determinación a resistir la agresión, la definición del área de operatividad, el carácter general de la organización (no sólo militar) y la creación de una maquinaria para su implementación, y que fueron enviados a los siete Gobiernos implicados. Tras dichos acuerdos, y a dos meses de las elecciones estadounidenses, los debates, casi paralizados, se centraron en el alcance geográfico de la futura alianza, con Washington aceptando la entrada de los países escandinavos, presionando por la aceptación de Italia para lograr su estabilización política y de Portugal pese a su régimen dictatorial, donde la importancia estratégica de las islas Azores pesó más que la falta de democracia, excusa que sí se hizo efectiva en el rechazo a la inclusión de España, si bien el problema más acuciante era el alemán, pues se corría el riesgo de perder la influencia sobre París o Berlín si se favorecía en exceso a cualquiera de los dos. Ese mismo mes de septiembre se creó la Organización de Defensa de la Unión Occidental con el objeto de armonizar las demandas de defensa, y que resultó crucial como experiencia para la futura Alianza Atlántica, tanto a nivel civil como militar<sup>2760</sup>. Ese mismo septiembre, el día 27, el Ministro de Exteriores británico, E. Bevin, declaraba ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que “si no podemos proceder mediante una base mundial... debemos hacerlo a través de una regional”<sup>2761</sup>.

Entre Estados Unidos y sus aliados europeos comenzaron entonces las discusiones sobre el grado de implicación a instaurar por el futuro tratado, pues si bien la Administración Truman era consciente de las limitaciones que el Congreso estadounidense pondría en caso de presentar un texto demasiado ambicioso, por otra

<sup>2757</sup> *Ibíd.*, p 277, Tratado del Atlántico Norte, 4 de abril de 1949, Washington.

<sup>2758</sup> KAPLAN, *op.cit.*, p. 213.

<sup>2759</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 136

<sup>2760</sup> ISMAY, *op.cit.*, Cap. 1 párrafo 35 y 38 y COOK, *op.cit.*, p. 194.

<sup>2761</sup> *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 177.



parte los europeos aspiraban a algo más que la mera presencia de tropas estadounidenses en el continente, pues deseaban un claro compromiso militar por parte americana en caso de ser atacados, mientras que la Casa Blanca presionaba para que tal ayuda no fuera fruto de automatismos alguno y fuese acorde con los debidos procesos constitucionales, e implicase un esfuerzo colectivo de defensa. De ahí que finalmente el texto del artículo 5 acabase siendo una solución de compromiso entre el artículo 4 del Pacto de Bruselas, solución abalada por los europeos y que estaba más cercana a la garantía automática de acción militar por ellos anhelada, y el artículo 3 del Pacto de Río, opción sostenida por los estadounidenses, que no incluía extensión de la ayuda militar y se encontraba más en consonancia con la Doctrina Monroe, si bien a la postre ese artículo 5 de consenso, implicó que la seguridad europea se unía a la estadounidense de manera inextricable, como veremos, lo que significaba un alejamiento total de la tradición política estadounidense<sup>2762</sup>.

Tras renovar contra pronóstico su mandato por cuatro años más contra el candidato Republicano y ex Gobernador de Nueva York Thomas Dewey, con el 49,5 por ciento del voto popular por el 45,1 por ciento de su oponente, y 303 votos electorales a 189<sup>2763</sup>, su victoria se produjo en medio de unas elecciones en las que la política exterior no fue un asunto central al ser derrotado R. Taft en las primarias Republicanas. Con ello, Truman obtuvo la seguridad del apoyo público a su política exterior, en especial respecto a la Alianza Atlántica<sup>2764</sup>. Pese a que en el plano interno no gozó del mismo consenso bipartidista del que se beneficiaba en los asuntos internacionales, y que su política de derechos civiles chocó en más de una ocasión con los intereses tradicionales, sin duda que aun representaba para muchos el continuador de las políticas del *New Deal* de F. D. Roosevelt, lo que sin duda le valió el apoyo de la población negra y judía estadounidense<sup>2765</sup>. Inmediatamente después de su victoria, el 6 de noviembre el Presidente ordenaba al Departamento de Estado que comenzase las negociaciones para el Tratado del Atlántico Norte, al mes siguiente, con las conversaciones oficiales abiertas el día 10, Lovett instaba al grupo de trabajo a que realizara el diseño de la nueva organización, borrador que entregaban al Comité de Embajadores el día 24 con la inclusión de los países escandinavos, sin mención expresa de Italia pero con Grecia y Turquía excluidas hasta una futura ampliación, y con especial énfasis en el carácter consensuado del artículo 5 sobre defensa mutua, para así poder ser aprobado por el Congreso estadounidense tras incluir el carácter individual de la respuesta y siempre con respeto a los respectivos procesos constitucionales<sup>2766</sup>.

Con la toma de posesión el 20 de enero de 1949, Vandenberg fue sustituido por el Demócrata T. Conally al frente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, lo que entorpecería las relaciones entre la Administración y el Senado pese a la adscripción Demócrata de éste último. Además a G. Marshall como Secretario de Estado le sucedía Dean Acheson, para quien Alemania jugaba un papel crucial a la hora de restaurar el equilibrio de poder en Europa, de ahí que Estados Unidos tuviera

<sup>2762</sup> IRELAND, op.cit., p. 106.

<sup>2763</sup> Datos obtenidos en <http://millercenter.org/president/truman/essays/biography/3>

<sup>2764</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 241 y 248.

<sup>2765</sup> GRAUBARD, op.cit., p. 336.

<sup>2766</sup> *Ibíd.*, p. 130, 133 y 153 e IRELAND, op.cit., p. 111.



que permanecer en el continente para así calmar a Francia ante la recuperación alemana<sup>2767</sup>. Para entonces, Truman había proclamado en su discurso inaugural que

estamos trabajando con un número de países en un acuerdo conjunto diseñado para fortalecer la seguridad del área del Atlántico Norte. Tal acuerdo tomaría la forma de un acuerdo colectivo de defensa dentro de los términos de la Carta de Naciones Unidas...

El objetivo primordial de tales acuerdos es proveer una prueba irrefutable de la determinación conjunta de los países libres para resistir un ataque armado de cualquier parte...

Si lo podemos dejar suficientemente claro, por adelantado, que cualquier ataque que afecte nuestra seguridad nacional será contrarrestado con toda nuestra fuerza, el ataque armado nunca ocurrirá...

Además, concederemos consejo y equipamiento militares a las naciones libres que cooperen con nosotros en el mantenimiento de la paz y la seguridad<sup>2768</sup>

Para Truman, en la base del nuevo compromiso estadounidense se encontraba la naturaleza democrática de su sistema político

sólo la democracia puede ofrecer la fuerza vital para implicar a los pueblos del mundo en la acción triunfante, no sólo contra sus opresores humanos, sino también contra sus viejos enemigos, el hambre, la miseria y la desesperación...

Los hechos han llevado a nuestra democracia americana hacia una nueva influencia y nuevas responsabilidades. Que probarán nuestro coraje, nuestra devoción al deber y nuestro concepto de libertad<sup>2769</sup>

Por ello quería para febrero ver terminada la elaboración del tratado, pero los debates surgieron en torno al artículo 5, con los europeos presionando para que, en la órbita del Tratado de Bruselas, fuese de carácter inmediato y militar, y el Senado estadounidense, con Vandenberg, J. F. Dulles y T. Connally a la cabeza, y con el Pacto de Río en mente, queriendo limitar la respuesta de Estados Unidos al respeto de sus procesos constitucionales, pues temían que a través de la nueva organización el Presidente usurpara los poderes del Congreso, en todo caso, tanto Vandenberg como Connally eran partidarios del tratado atlántico, y negando que implicase automatismo de guerra alguno, sí que presionaron a favor de un articulado acorde con el proceso constitucional estadounidense, de ahí que al artículo 5 le complementase el 11, para poder alcanzar el consenso bipartidista<sup>2770</sup>.

El 8 de marzo el Secretario de Estado Acheson presentaba ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado el borrador final del Tratado, sus preguntas giraron en torno a su duración y al coste para los ciudadanos estadounidenses, mientras Vandenberg lo defendió destacando el efecto disuasorio del artículo 5 sobre la Unión Soviética, y minimizando la importancia de su implementación a través del artículo 3, por su parte, Dean Acheson trató de desvincular el Programa de Ayuda Militar del

---

<sup>2767</sup> IRELAND, p. 109.

<sup>2768</sup> TRUMAN, Harry S., discurso inaugural del 20 de enero de 1949, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?month=01&year=1949](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?month=01&year=1949).

<sup>2769</sup> *Ibíd.*

<sup>2770</sup> BRYNIARSKI, *op.cit.*, p. 253.



Tratado, aunque subrayando su inevitabilidad<sup>2771</sup>. Con ello se despejaba el camino para la aprobación del borrador el 15 de marzo, fijándose la firma oficial del tratado para el 4 de abril, con Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega y Portugal, cuando el Kremlin ya había informado a la Casa Blanca de su intención de poner fin al bloqueo de Berlín<sup>2772</sup>.

Tras alcanzar en febrero un acuerdo sobre el articulado final del tratado, en el que se satisfacían las salvaguardas conformes a los respectivos mecanismos constitucionales<sup>2773</sup>, el texto final fue llevado para su aprobación al Senado el 12 de abril de 1949, dando comienzo el 27 del mismo mes el debate sobre el mismo. Para entonces el influyente Comité de Relaciones Exteriores del Senado, que en sus deliberaciones llamaría a 96 testigos, ya se había decantado a favor de su aprobación, en un debate que muchos Congresistas veían como el más importante desde la creación de la Doctrina Monroe, si bien lo que rompería el consenso bipartidista no fue la alianza en sí, sino sus implicaciones prácticas como la ayuda militar que Europa necesitaría de Estados Unidos, y a la que se opondrían Senadores de ambos Partidos mayoritarios, como el propio Vandenberg o el más previsible de los litigantes R. Taft, pero también Demócratas como H Byrd, quien sugeriría separar la alianza de la ayuda para poder así salvar el Tratado<sup>2774</sup>, algo similar a lo ocurrido con la Paz de Versalles, cuando se pidió al Presidente Wilson desligarla de su Sociedad de Naciones para al menos salvar aquella.

En cualquier caso, pese que la Alianza Atlántica era totalmente contraria al unilateralismo de Washington o J. Q. Adams, para 1949, cuando dos tercios de la opinión pública estadounidense la aprobaba<sup>2775</sup>, muy pocos Senadores se oponían a ella como tal, menos aun ante los últimos acontecimientos en Europa y cuando sus integrantes declaraban que

están determinados a salvaguardar la libertad, la herencia común y la civilización de sus pueblos, fundados en los principios de democracia, libertad individual e imperio de la ley.

Buscan promover la estabilidad y el bienestar en el área del Atlántico Norte.

Están resueltos a unir sus esfuerzos para la defensa colectiva y la preservación del paz y la seguridad<sup>2776</sup>

Para el Presidente Truman “este Tratado es una expresión del deseo del pueblo de Estados Unidos de paz y seguridad”<sup>2777</sup>, y como quiera que el mundo se ha hecho más pequeño y los océanos ya no protegen a Estados Unidos “no podemos alcanzar la paz por separado”<sup>2778</sup>, además, “no podemos escaparnos de la gran

<sup>2771</sup> IRELAND, op.cit., p. 130.

<sup>2772</sup> IRELAND, op. cit., p. 170.

<sup>2773</sup> COOK, op. Cit., 230-232.

<sup>2774</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 256 y *Congressional Digest*, El Pacto Atlántico, Junio de 1949, p. 176.

<sup>2775</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 266.

<sup>2776</sup> KAPLAN, *The Birth of the...* op.cit., p. 251.

<sup>2777</sup> TRUMAN, Harry S., carta al Senado de presentación del Tratado del Atlántico Norte del 12 de abril de 1949, *Congressional Record*, 81º Senado, p. 4354.

<sup>2778</sup> *Ibíd.*



responsabilidad que acompaña a nuestra gran talla en el mundo”<sup>2779</sup>, así “el tratado del Atlántico Norte es una evidencia más de nuestra determinación para trabajar por un mundo pacífico”<sup>2780</sup>, en concordancia con la Carta de Naciones Unidas y sobre todo con el deseo de los pueblos europeos de no correr la misma suerte que sus vecinos privados de libertad, de hecho, “las naciones signatarias de este tratado comparten una herencia común de democracia, libertad individual e imperio de la ley”<sup>2781</sup>, además, había que asumir que “la seguridad y bienestar de cada miembro de ésta comunidad depende de la seguridad y bienestar de todos”<sup>2782</sup> pues “ninguno de nosotros en solitario puede asegurar la pervivencia de la libertad”<sup>2783</sup>, por todo ello pensaba Truman que el Pacto Atlántico era el paso idóneo hacia la paz “basado en las realidades de la situación que hoy encaramos y enmarcada con los términos de la Carta de Naciones Unidas y la Constitución de Estados Unidos”<sup>2784</sup>, y esperaba su ratificación por el Senado.

En el Senado podían identificarse tres posiciones ante el Tratado:

- Los aislacionistas Republicanos del Medio Oeste, liderados por F. Donnell, W Jenner y K. Wherry, que aun siendo fervientes anticomunistas no permitirían ningún automatismo en el uso de la fuerza por el temor a que el Presidente lo usara para usurpar la prerrogativas constitucionales del Congreso;
- El resto de la oposición al texto del Tratado, encabezada por R. Taft y D. McLeLlan, si bien no cuestionaban la alianza en sí, no veía necesidad en que las obligaciones estadounidenses fuesen más allá de las garantías políticas, y temían que la ayuda militar convirtiera a la Alianza Atlántica en mera unión militar; y
- Aquellos que compartían sin fisuras la visión de D. Acheson sobre la Alianza Atlántica, incluida la ayuda militar<sup>2785</sup>.

Mientras que el debate en torno a la aprobación del Tratado giró sobre dos cuestiones principales, la primera, la clásica denuncia a todo tratado presentado al Senado, englobaba los temores a que el Congreso viese usurpados sus poderes en materia de política exterior por una presidencia amparada por los términos de ese mismo Tratado, y la segunda, específica de la Alianza Atlántica, y que a la postre se convirtió en el centro del debate, se centró en la oposición al artículo 3 del Tratado, por el que se estipulaba la ayuda mutua para el buen funcionamiento de la organización.

Por lo que respecta a la primera crítica, el problema que veían sus opositores era que el Tratado crease los automatismos capaces de privar al Congreso de su capacidad para aprobar o no las declaraciones de guerra presentadas por el Ejecutivo,

---

<sup>2779</sup> *Ibíd.*

<sup>2780</sup> *Ibíd.*

<sup>2781</sup> *Ibíd.*

<sup>2782</sup> *Ibíd.*

<sup>2783</sup> *Ibíd.*

<sup>2784</sup> *Ibíd.*

<sup>2785</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 119.



y con ello ver minados así sus poderes constitucionales, lo que afectaría sin duda a los equilibrios de poder establecidos en la Constitución, y por ende el mismo sistema democrático sería afectado. Entre quienes esgrimieron el miedo a que el Congreso perdiese sus poderes a causa del Tratado destacaron los Republicanos W. Langer por Dakota del Norte y F. Donnell por Missouri, y el Demócrata por Idaho G. Taylor, quien además defendió que la ayuda se canalizase a través de las Naciones Unidas, extremo igualmente esgrimido por el Senador Demócrata C. Pepper, preocupado por la debilitación de Naciones Unidas a causa de la creación de la Alianza Atlántica, mientras que para Vandenberg el texto del Tratado se encontraba en conformidad con la Carta de Naciones Unidas, y por tanto no había razón para pensar que iría en contra de ella<sup>2786</sup>.

El Senador Republicano por Indiana William E. Jenner no creía oportuno que Estados Unidos se comprometiera en la seguridad europea, consideraba que con los acuerdos de Bretton Woods, la Administración de Naciones Unidas de Socorro y Rehabilitación, el préstamo a Inglaterra y el Plan Marshall el país ya había hecho suficiente por ella, además, con la Alianza Atlántica “nos estamos comprometiendo a una guerra en suelo europeo, si cualquiera de nuestros aliados en el Pacto del Atlántico Norte es atacado”<sup>2787</sup> y dada la superioridad convencional rusa, como había quedado demostrado en la pasada guerra, Estados Unidos tendría que prepararse para “el servicio militar universal, hacer del país un campo armado, y trágicamente, convertirlo en una dictadura militar”<sup>2788</sup>. Es decir, Jenner blandía el atávico temor estadounidense a que a través del aumento del gasto militar la nación viera subvertido su modelo democrático, además, cabía la posibilidad, como había ocurrido en China, que la ayuda militar concedida cayera en manos enemigas, y de que la Alianza Atlántica fuese usada por los europeos para que Estados Unidos aceptase sus colonias en África.

En lugar de acudir en ayuda de Europa, Estados Unidos debía evitar a toda costa una nueva crisis económica que sería el mejor motor para la victoria comunista en Europa, para Jenner “los impuestos son las termitas de la estructura gubernamental”<sup>2789</sup>, y una vez impulsados, siempre demandarán más y más del pueblo americano, impulsando una deuda cada día más peligrosa. De modo que para Jenner “la cuestión básica es, ¿puede el Gobierno de Estados Unidos permitirse

---

<sup>2786</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 262 y 285 y KEPLEY, op.cit., p. 64.

<sup>2787</sup> JENNER, William E., discurso ante el Senado del 28 de marzo de 1949, texto consultado en *Congressional Digest*, El Pacto Atlántico, Junio de 1949, p. 183-187 y en *Congressional Record*, 81º Senado, p. 3271.

<sup>2788</sup> *Ibíd.* Tampoco veía Jenner gran ventaja en unir el destino de América al de los aliados europeos, comparando el beneficio obtenido al de un padastro que tras casarse con una viuda, tiene por premio “una familia de impredecibles pequeños indisciplinados y hambrientos”, y en lugar de “hipotecar la política europea a la nuestra, nos convertimos en los sirvientes de las intrigas europeas” acabando así con la esperanza de hacer de Europa una tercera fuerza entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y de paso drenando peligrosamente los recursos naturales del país, lo que despertaba las dudas de Jenner sobre la verdadera intención de la Administración Truman respecto al Pacto Atlántico, pues podría entenderse como un medio para mantener el crecimiento industrial estadounidense controlado por el Gobierno Federal, situando al país en lo que Jenner calificaba de *revolución de Roosevelt* que había instalado el Estado socialista en el país, las citas pertenecen al mismo discurso.

<sup>2789</sup> *Ibíd.*



continuar su actual gasto improductivo?”<sup>2790</sup> La respuesta era claramente no, “no podemos hacer lo que nos proponemos allende los mares y tener el dinero suficiente para nuestra mejora social. No podemos extender ésta gran expansión que ha hecho a América grande”<sup>2791</sup>, pues “¿no será realmente el propuesto Pacto Atlántico una revocación de la política americana tradicional? ¿No es eso exactamente lo que los estrategas a largo plazo del Kremlin están buscando? ¿No es su primer objetivo la bancarrota de Estados Unidos y ganar la guerra sin disparar un solo tiro?”<sup>2792</sup> Ya que la próxima guerra sería una guerra global en la que Estados Unidos no podría comprar su inmunidad.

Para el Senador Langer la aprobación del Tratado del Atlántico Norte sentaría un precedente nefasto para la vida política estadounidense, pues “no sólo nos dejaría impotentes para defender los intereses vitales de ésta nación”<sup>2793</sup>, sino que despojaría a su pueblo de toda defensa ante el Poder Ejecutivo, al privar al Congreso de sus poderes constitucionales. Misma preocupación por la opinión popular expresaba el Senador Donnell, quien acusaba al Comité de Relaciones Exteriores del Senado de no haber escuchado a la opinión pública antes de aprobar el Tratado Atlántico, Tratado que bajo su opinión, con su Art. 5 pasaba por encima de los poderes del Congreso en materia de política exterior, pues consideraba que la defensa aliada encarnaba el automatismo de declarar la guerra al agresor de cualquiera de los aliados<sup>2794</sup>.

Tanto los informes del Comité de Relaciones Exteriores del Senado como del propio Departamento de Estado indicaban que ningún nuevo poder se concedía al Presidente a través del Tratado<sup>2795</sup>, así, los defensores de su articulado defendieron que los artículos 5 y 11 descartaban claramente los temores anteriormente descritos, y que por tanto los mecanismos constitucionales quedaban salvaguardados en el tratado, pues al artículo 5, clave de la solidaridad aliada y que rezaba

Art. 5. Las partes acuerdan que un ataque armado contra una o más de ellas en Europa o en Norteamérica será considerado un ataque armado contra todas ellas y consiguientemente acuerdan que, si tal ataque armado ocurre, cada una de ellas, en ejercicio del derecho de autodefensa individual o colectiva reconocido en el Art. 51 de la Carta de las Naciones Unidas, asistirá a la parte o partes así atacadas tomando sin dilación, individualmente o en concierto con las otras partes, la acción que se precise, incluyendo el uso de la fuerza armada, para restaurar y mantener la seguridad del área del Atlántico Norte<sup>2796</sup>

Quedando así suficientemente complementado con el artículo 11, según el cual “este Tratado debe ser ratificado y sus disposiciones llevadas a cabo por la partes de acuerdo a sus respectivos procesos constitucionales”<sup>2797</sup>, es decir, que pese al artículo

---

<sup>2790</sup> *Ibíd.*

<sup>2791</sup> *Ibíd.*

<sup>2792</sup> *Ibíd.*

<sup>2793</sup> LANGER, W., debate en el Senado del 14 de julio de 1949, texto consultado en *Congressional Record-Senate*, 81° Senado, p. 9430.

<sup>2794</sup> DONNELL, F., debate en el Senado del 21 de marzo de 1949, texto consultado en *Congressional Record-Senate*, 81° Senado, p. 2852.

<sup>2795</sup> IRELAND, op.cit., p. 144.

<sup>2796</sup> KAPLAN, op.cit., p. 252.

<sup>2797</sup> *Ibíd.*



5 y la solidaridad aliada, el Presidente no podría pasar por encima de las prerrogativas del Congreso ni declarar unilateralmente la guerra.

Sin embargo, como veremos, para una importante minoría, ni siquiera esa salvaguarda era suficiente para acallar sus temores, como demuestra el radicalismo del profesor de historia de la Universidad de Cornell, el doctor Curtis P. Nettels, para quien no es el tipo de política de “una nación independiente el armar y subsidiar los aliados”<sup>2798</sup>, ya que para Nettels la principal cuestión en el Pacto Atlántico era la supervivencia de Estados Unidos como una nación independiente, y bajo su punto de vista “toda esta propaganda presupone el final de Estados Unidos como una nación independiente”<sup>2799</sup>.

Anticipándose a las posibles críticas, la Administración Truman defendió el artículo 5 como la adaptación de la tradicional política exterior de Estados Unidos a las nuevas circunstancias internacionales y al nuevo rol de la nación, de modo que para Estados Unidos la clave del Tratado residía en ese artículo 5, cuya garantía era el mayor propósito de la alianza en consonancia con la tradición de la Doctrina Monroe, mientras que para Europa residiría más bien en el artículo 3 de ayuda militar, opinión compartida por Vandenberg, para quien el artículo 5 casaba a la perfección con “la filosofía de acción preventiva contra agresiones”<sup>2800</sup> de la Doctrina Monroe, lo que compensaba en cierto modo la oposición de la Alianza Atlántica a la tradición política estadounidense de negativa a las alianzas en tiempos de paz. El Senador Connally repetiría el 5 de julio en el Senado lo expuesto por D. Acheson en su Comité de Relaciones Exteriores, pues

no hay nada novedoso en decir que nos defenderemos en caso de ataque. Ésta ha sido siempre nuestra política. Es más, el Tratado del Atlántico Norte es el paso lógico de las políticas que hemos desarrollado en los últimos años. Continúa con naturalidad los compromisos de ayuda mutua y autodefensa colectiva emprendidos con la Declaración de Chapultepec, y el Pacto de Río, que puso en forma de tratado a la Doctrina Monroe<sup>2801</sup>

Según Connally, bajo la Alianza Atlántica subyacía la misma lógica que había dado a luz al Acto de Chapultepec, encarnación de la Doctrina Monroe y antecedente del reciente Pacto de Río, pues “el Presidente Monroe avisó al agresor que un ataque sobre cualquier Estado en el nuevo mundo sería considerado un ataque contra nosotros y encontraría nuestra resuelta resistencia”<sup>2802</sup>, lo que a la larga supuso un gran beneficio para el continente, por ello Connally veía al nuevo tratado con los aliados europeos la extensión lógica del principio de la Doctrina Monroe al área del Atlántico Norte, con su aprobación, el Senado “escucha la voz y el exitoso Gobierno

---

<sup>2798</sup> NETTELS, Curtis P, carta al Senador por Utah A. Watkins del 12 de marzo de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 187.

<sup>2799</sup> *Ibíd.*

<sup>2800</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 145 y 147.

<sup>2801</sup> CONNALLY, Tom, discurso del 5 de julio en el Senado, texto consultado en *Congressional Record-Senate*, 81º Senado, p. 8819.

<sup>2802</sup> *Ibíd.*



de nuestro glorioso pasado”<sup>2803</sup>, aplicando de forma realista y valiente “la fuerza de hoy a nuestra madura responsabilidad y liderazgo mundial”<sup>2804</sup>.

Para el Secretario de Estado Acheson, el Pacto Atlántico estaba en consonancia con el articulado de la Carta de Naciones Unidas, pues “está diseñado para encajar precisamente en el marco de las Naciones Unidas y para asegurar medidas prácticas para el mantenimiento de la paz y seguridad en armonía con la Carta”<sup>2805</sup>, además

está basado en la afinidad e identidad natural de intereses de las potencias del Atlántico Norte [...] es el producto de al menos 350 años de historia, quizás más [...] de aceptación de los mismos valores vitales [...] y lo que todos nosotros compartimos con muchas otras naciones es el innato espíritu de moderación y tolerancia. Esto es lo opuesto a la creencia comunista de que la coerción por la fuerza es el método apropiado de acelerar lo inevitable<sup>2806</sup>

Es decir, si bien la Alianza Atlántica estaba en consonancia con las Naciones Unidas, era también al mismo tiempo el producto de una identidad totalmente opuesta a la soviética, y ya que “el control de Europa por una sola potencia agresiva y enemiga supondría una amenaza intolerable para la seguridad de Estados Unidos”<sup>2807</sup>, como habría quedado demostrado ya en las dos anteriores guerras mundiales, y que el enemigo siempre buscaba dividir a sus víctimas, el paso lógico era el tipo de alianza llevada a cabo por los países Occidentales.

Para Acheson “en el mundo compacto de hoy, la seguridad de Estados Unidos no puede ser definida en términos de límites y fronteras”<sup>2808</sup>, pues “una amenaza a la paz y seguridad internacional en cualquier parte del mundo es una directa preocupación para éste país”<sup>2809</sup>, es decir, se rechazaba por completo la fórmula de J. Q Adams cuando afirmaba que Estados Unidos no iría allende sus fronteras en busca de monstruos que destruir.

De todos modos, D. Acheson sabía que debía explicar muy bien cómo la Administración Truman pensaba dar la vuelta a la tradición política del unilateralismo aislacionista, y por ello incidía en que el artículo 5 no implicaba que Estados Unidos estuviese automáticamente en guerra si una de las naciones cubiertas por el pacto era sometida a ataque armado, pues “bajo nuestra Constitución sólo el Congreso tiene el poder de declarar la guerra”<sup>2810</sup>, y el artículo 5 respetaba tales procesos constitucionales, además de la Carta de Naciones Unidas, pues cualquier acción tomada por la Alianza Atlántica será informada a su Consejo de Seguridad, de hecho, según Acheson, para la Administración Truman la Alianza Atlántica era necesaria

---

<sup>2803</sup> *Ibíd.*

<sup>2804</sup> *Ibíd.*

<sup>2805</sup> ACHESON, Dean, discurso radiofónico del 18 de marzo de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 182-186.

<sup>2806</sup> *Ibíd.*

<sup>2807</sup> *Ibíd.*

<sup>2808</sup> *Ibíd.*

<sup>2809</sup> *Ibíd.*

<sup>2810</sup> *Ibíd.*



para “el fortalecimiento de las Naciones Unidas, disuadir la agresión y establecer un sentido de seguridad necesario para la restauración de la salud económica y política del mundo”<sup>2811</sup>.

Para finalizar, contra las acusaciones vertidas sobre la Alianza Atlántica por representar un acto hostil con designios agresivos contra otros países, Acheson se defendía argumentando que las democracias no podían planear guerras agresivas debido a sus procesos democráticos, y menos aun Estados Unidos, pues “sinceramente esperamos evitar la lucha”<sup>2812</sup>, si bien dejaba claro que no se podía evitar luchar por lo que es justo, pues “para tener esa paz genuina debemos trabajar constantemente por ella”<sup>2813</sup> y “debemos dejar claro que un ataque armado será enfrentado con una defensa colectiva, rápida y efectiva”<sup>2814</sup>, ya que ese era el significado del pacto del Atlántico Norte.

No sólo la Administración Truman y el Partido Demócrata defendieron la idoneidad del Tratado del Atlántico Norte, también dentro de las filas Republicanas la mayoría estaba a favor de la Alianza Atlántica, como demostró el Senador por Massachusetts H. C. Lodge Jr., miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Para Lodge no cabía duda de que la Alianza Atlántica “representa una nueva salida para Estados Unidos”<sup>2815</sup> pues “nos aleja de la vieja política definida de desinterés en los asuntos de Europa”<sup>2816</sup>, ya que “si hay un ataque armado sobre Europa Occidental no debemos, no podremos sentarnos sin hacer nada”<sup>2817</sup>, es más, para Lodge, esa misma Alianza sería la que evitase un nuevo conflicto, pues de haber existido en 1914 o en 1939 ninguna de las guerras mundiales hubiesen tenido lugar, ya que tal medida “acabará siendo la botella más barata de medicina preventiva que el pueblo americano haya comprado”<sup>2818</sup>.

La necesidad de una alianza de tal calibre era necesaria ante la debilidad europea en la posguerra, cuyas fuerzas no estaban preparadas para ganar la paz, situación aprovechada por el comunismo, que llenando los vacíos de poder se encontraba “aparentemente determinado a crear una impía dictadura mundial”<sup>2819</sup>, para evitarlo, era esencial que Estados Unidos ayudase a la recuperación de los aliados europeos en base a la unidad de acción, con la integración europea como objetivo a largo plazo, lo que sin duda redundará en una mayor seguridad mundial, ya que de no lograrla “la alternativa, un Europa balcanizada, es pobreza y miseria seguras para los europeos más la posibilidad de la guerra”<sup>2820</sup>, de hecho, “toda nuestra política está dirigida a evitar la guerra”<sup>2821</sup>, pero de producirse, Estados Unidos debe

---

<sup>2811</sup> *Ibíd.*

<sup>2812</sup> *Ibíd.*

<sup>2813</sup> *Ibíd.*

<sup>2814</sup> *Ibíd.*

<sup>2815</sup> LODGE, Henry Cabot Jr., artículo publicado en el *Washington Star* el 27 de marzo de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p.186-188.

<sup>2816</sup> *Ibíd.*

<sup>2817</sup> *Ibíd.*

<sup>2818</sup> *Ibíd.*

<sup>2819</sup> *Ibíd.*

<sup>2820</sup> *Ibíd.*

<sup>2821</sup> *Ibíd.*



hacer lo necesario para luchar junto a sus aliados, ya que “simplemente no tenemos los soldados para llevar en solitario la carga de la futura guerra”<sup>2822</sup>, eso sí, Lodge recalca en este punto que la Alianza no contenía ningún automatismo de guerra, sino que cada medida se tomaría tras consultas previas.

Lodge finalizaba su artículo envolviendo la necesidad de la Alianza en la sempiterna aspiración estadounidense de promover su modelo al resto del mundo, resaltando que no creía en que “todas nuestras esperanzas en la raza humana pueden plantearse en términos militares”, y que tampoco “la filosofía comunista puede ser vencida con balas”<sup>2823</sup>, por ello “debemos hacer de nuestra doctrina cristiana de la dignidad del hombre un artículo de exportación”.<sup>2824</sup>

El Senador Republicano por Michigan Homer S. Ferguson defendió también el Pacto Atlántico, pues el pueblo estadounidense no podía seguir con la misma política exterior de antaño en la era atómica, el aislacionismo debía ser abandonado, al igual que la costumbre estadounidense de no mostrar claramente al resto del mundo su postura ante el devenir internacional, por el contrario, “la Alianza Atlántica es una salida nueva y revolucionaria...mostramos nuestras cartas en la mesa a todos, y trazamos una línea que nadie podrá confundir”<sup>2825</sup>, aclarando las responsabilidades de la nación al pueblo estadounidense y al mundo mostrando por lo que Estados Unidos estaba dispuesto a luchar. Al acabar así con la vacilación anterior, se lograría un entorno internacional más estable y pacífico, como había representado la Doctrina Monroe para el continente americano con anterioridad. Ferguson no se olvidaba de Naciones Unidas, pues una de las razones clave para crear la Alianza Atlántica era la instrumentalización de las primeras por la Unión Soviética, obligando a Estados Unidos a buscar nuevas vías de defensa de la democracia, abandonando el sueño internacionalista a favor del enfoque atlántico<sup>2826</sup>.

Fuera del campo político, el General Omar N. Bradley, Jefe del Estado Mayor del Ejército, testificó a favor de la Alianza Atlántica ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado pues sostenía que con ella “hemos encontrado una nueva fortaleza para la defensa común sin abandonar nuestra determinación para la paz permanente”<sup>2827</sup>, pues “nuestro propósito declarado ha sido reconstruir Europa Occidental para que sea autosuficiente y segura”<sup>2828</sup>, que se estaba logrando económicamente a través del Plan Marshall y políticamente se trataría de asegurar con el Pacto Atlántico, ya que el General Bradley estimaba esencial reforzar a Europa en el plano de seguridad con un programa de ayuda militar, pues, por encima de otras consideraciones económicas y militares, “os aseguro [como miembro de la Junta de Jefes del Estado Mayor] que nuestras fronteras de defensa colectiva descansan en

---

<sup>2822</sup> *Ibíd.*

<sup>2823</sup> *Ibíd.*

<sup>2824</sup> *Ibíd.*

<sup>2825</sup> FERGUSON, H. S., debate del 13 de julio en el Senado, texto consultado en *Congressional Record-Senate*, 81º Senado, p. 9363.

<sup>2826</sup> *Ibíd.*, p. 9365.

<sup>2827</sup> BRADLEY, Omar N., comparecencia ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado del 3 de mayo de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p.188-190.

<sup>2828</sup> *Ibíd.*



común con las suyas en el corazón de Europa”<sup>2829</sup>, de ahí que Estados Unidos debiera asistirles económica y militarmente pues “no tengo duda de que dada la seguridad de la ayuda, y los medios para resistir, enfrentarán con resolución cualquier amenaza de agresión”<sup>2830</sup>.

Quien también se mostraría a favor de la Alianza Atlántica fue el representante estadounidense en Naciones Unidas Warren R. Austin, pues “el Pacto Atlántico propuesto creo que es la contribución más efectiva que podemos hacer ahora para el fortalecimiento de las Naciones Unidas”<sup>2831</sup>, y aunque le gustaría haberlo hecho de otros modos, como la obtención de fuerzas de paz para el Consejo de Seguridad, había que reconocer que “debemos tratar con los hechos como son, no como nos gustaría que fuesen”<sup>2832</sup>, pues la cuestión principal para entender la primera aseveración era que “la cooperación entre las grandes potencias que esperábamos siguiera a la creación de las Naciones Unidas no se ha dado”<sup>2833</sup>, ya que una y otra vez “el Ejército Rojo ha extendido el brazo político de la Unión Soviética hacia el mismo corazón de Europa”<sup>2834</sup>, como el bloqueo de Berlín demostraba, rompiendo la promesa de abandonar el uso de la fuerza, de ese modo, en los últimos cuatro años “las Naciones Unidas, así como los países afectados, han sido la víctima. El funcionamiento de la organización y la confianza de los pueblos en ella han sido sacudidos”<sup>2835</sup>, en consecuencia, “ha llegado la hora de que ésta tendencia deba pararse. Creo que el pacto del Atlántico Norte la parará y creo que nos ofrece la mayor esperanza de hacerlo pacíficamente”<sup>2836</sup> pues “está diseñada para evitar situaciones y disputas que hagan peligrar a la paz” y al mismo tiempo “refuerza a las Naciones Unidas expresando el espíritu cooperativo que es necesario para animar cualquier gran esfuerzo voluntario para la paz”<sup>2837</sup>.

Como se aprecia, el que un miembro del equipo estadounidense de Naciones Unidas defendiera la idoneidad de la Alianza Atlántica, contradiciendo de ese modo las denuncias vertidas contra ella por debilitar a aquella, demuestran hasta qué punto el mal funcionamiento del Consejo de Seguridad condicionó el pensamiento estratégico no sólo de la Administración Truman, sino también de sus principales aliados europeos. Con el Tratado del Atlántico Norte, los países Occidentales de

---

<sup>2829</sup> *Ibíd.*

<sup>2830</sup> *Ibíd.*

<sup>2831</sup> AUSTIN, Warren R., discurso del 24 de febrero de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 190-192.

<sup>2832</sup> *Ibíd.*

<sup>2833</sup> *Ibíd.*

<sup>2834</sup> *Ibíd.*

<sup>2835</sup> *Ibíd.*

<sup>2836</sup> *Ibíd.*

<sup>2837</sup> *Ibíd.* Según Austin, “una de nuestras mayores tareas en las Naciones Unidas es corregir la aparente mal interpretación de los líderes soviéticos de que pueden continuar ganando objetivo tras objetivo mediante el uso o la amenaza de la fuerza” *Ibíd.*, por ello “el pacto del Atlántico Norte concede la evidencia más persuasiva de que la agresión es imprudente y de que la colaboración pacífica es el camino que a partir de entonces debe ser tomado” *Ibíd.*, por tanto, “la causa es desanimar la agresión mostrando una firme determinación para resistir el ataque armado. Su carácter es defensivo. Su objetivo es la paz” *Ibíd.*, de modo que “la conclusión del pacto del Atlántico Norte reducirá la posibilidad de la guerra, aumentará las expectativas de paz” *Ibíd.* y “nos ayudará a centrarnos en una tarea mayor de las Naciones Unidas- la sustitución del conflicto armado por acuerdos pacíficos” *Ibíd.*



ambas orillas del Atlántico unirían sus esfuerzos a través de una base regional, ante la imposibilidad de cumplir sus objetivos de seguridad en la arena internacional de las Naciones Unidas. En palabras del Presidente Truman, la Alianza era un medio para

impedir una tercera guerra mundial. Seguramente, si algo parecido hubiera existido en 1914 y en 1939, no habrían ocurrido los actos de agresión que empujaron al mundo a dos guerras desastrosas. El tratado era una constatación de nuestra consagración a la causa de la paz, al ideal de una solución pacífica de querellas respetado por la Organización de Naciones Unidas. El pacto era un escudo contra la agresión y contra el temor de agresión, un baluarte que nos permitiría seguir en el verdadero trabajo de nuestro Gobierno y sociedad: la tarea de lograr una vida más satisfactoria y feliz para todos nuestros ciudadanos<sup>2838</sup>

Precisamente la utilización de la actitud soviética por parte de la Administración Truman fue el centro de la crítica del Senador Republicano R. Flanders, quien distinguía entre el Gobierno ruso y su pueblo, tildando al Pacto Atlántico de ser “la última y más seria evidencia de la fijación en la que nos encontramos por lo que a nuestra política exterior se refiere”<sup>2839</sup> empujando a la nación a una política defensiva respecto a las acciones soviéticas, que implicaba un enorme gasto económico en tiempos de paz. Para Flanders las preguntas básicas eran “¿debemos tener para siempre nuestra política exterior determinada por una potencia extranjera? ¿No hay manera de que podamos tomar la iniciativa, para convertirnos en la fuerza determinante en nuestras relaciones, en lugar de estar ansiosamente dependiente de los movimientos del adversario?”<sup>2840</sup>, y su respuesta era afirmativa, pero no basada en una ofensiva ideológica, que sería justo lo que el comunismo esperaba, sino en una ofensiva contra el expansionismo soviético, y demostrar así que “el mundo Occidental no está atrapando al comunismo como tal”<sup>2841</sup> sino que “está determinado a contener al Gobierno soviético comunista, quien empezando con un ataque sin provocación a la pequeña Finlandia, ha seguido un curso consistente de conquista horrorosa hasta el momento presente”<sup>2842</sup>. Por ello pensaba Flanders que el Pacto Atlántico sólo agrandaría la brecha entre el comunismo y el mundo Occidental, en su lugar, Estados Unidos debía potenciar medidas como la inspiradora de la creación de La Voz de América y así influir en el pueblo ruso e inducirle a actuar en contra de su Gobierno, es decir, Estados Unidos debía pasar a la ofensiva para crear problemas a la Unión Soviética.

Pero el grueso del debate se sustanciaría en la oposición a la ayuda militar estadounidense a sus nuevos socios europeos, como lo demuestra el hecho de que los votos contrarios a la inclusión de automatismos para entrar en guerra, once, fueron menores a los contrarios al envío de armas a Europa, veintiuno<sup>2843</sup>, asistencia que

---

<sup>2838</sup> TRUMAN, op.cit., p. 250.

<sup>2839</sup> FLANDERS, R., discurso ante el Senado del 13 de abril de 1949, *Congressional Record*, 81º Senado, p. 4453.

<sup>2840</sup> *Ibíd.*

<sup>2841</sup> *Ibíd.*

<sup>2842</sup> *Ibíd.*

<sup>2843</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 288.



para Francia era vital complemento al artículo 5 resolviendo así sus carencias<sup>2844</sup>, y que en el Tratado se recogía en su artículo tercero

Art. 3. En orden a alcanzar los objetivos de este Tratado con eficacia, las partes, separada y conjuntamente, a través de continua y efectiva ayuda mutua, mantendrán y desarrollarán sus capacidades colectivas e individuales para resistir un ataque armado<sup>2845</sup>

Los defensores del Tratado basaron su estrategia en desvincular el mismo de la ayuda, pues la mayoría de la oposición era contraria a un texto que pensaban llevaba automáticamente al rearme de Europa Occidental, lo que podría sin duda conducir a la guerra con la Unión Soviética<sup>2846</sup>. De ese modo, el Departamento de Estado creó en mayo de 1949 una guía de defensa del artículo 3 ante las posibles objeciones del Senado, presentándolo de la siguiente manera:

1. Líneas generales: todos los proyectos de ayuda militar se incluirían en un sólo programa, cuyo coste estimado se fijaba en 1,45 billones de dólares, la mayoría destinados a los países del Pacto Atlántico, 1,13 billones, si bien el programa de ayuda militar debía ser considerado como un complemento separado y distinto al Tratado del Atlántico Norte, a cuyos países se asistirá de tres formas distintas, una pequeña ayuda económica, suministro directo de armas y entrenamiento técnico.
2. Petición de ayuda: la ayuda militar se realizaría conforme a las peticiones de ayuda efectuadas por diversos países, destacando las solicitadas por ocho países del Pacto Atlántico, y que como contrapartida Estados Unidos exigía que cumplieran al menos tres principios básicos, cooperación para el mantenimiento de la paz y seguridad mundiales, que dicha ayuda militar no supusiera un perjuicio a la recuperación económica y que los países objeto de ayuda cooperasen con sus aliados.
3. Relación con el Pacto Atlántico: el programa de ayuda militar era algo distinto a la Alianza Atlántico e incluso si ésta no existiera, aquel sería necesario, si bien ambos se complementaban y reforzaban.
4. Duración: al ser un programa interino tan sólo cubrirá las necesidades del año fiscal 1950, y se concederá con anterioridad a la elaboración del concepto estratégico de la Alianza Atlántica.
5. Administración del Programa: el Presidente delegará en el Secretario de Estado la responsabilidad de la administración del programa, llevada a cabo por un administrador para la ayuda militar al exterior<sup>2847</sup>.

<sup>2844</sup> IRELAND, op.cit., p. 112.

<sup>2845</sup> [www.nato.int/cps/en/natolive/official\\_texts\\_17120.htm](http://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_17120.htm)

<sup>2846</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 276.

<sup>2847</sup> *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 177.



Para Dean Acheson “la resistencia exitosa a la agresión en el mundo moderno requiere armas modernas y fuerzas militares entrenadas”<sup>2848</sup>, y como quiera que “Estados Unidos es ahora la única nación democrática con los recursos y capacidad productiva para ayudar a las naciones de Europa a recuperar su fortaleza militar”<sup>2849</sup>, debía asumir sus responsabilidades y por ello se pedía al Congreso “suministrar a nuestros aliados europeos algunas de las armas y equipos que necesitan para ser capaces de resistir la agresión”<sup>2850</sup>, de ese modo “daremos clara prioridad a los requerimientos para la recuperación económica”<sup>2851</sup> y para calmar a las críticas domésticas advertía que se haría en concordancia con la capacidad y requerimientos de la economía nacional.

Para el líder Republicano, el Senador por Nebraska K. Wherry, la mejor opción radicaba en que Estados Unidos se mantuviese fuerte económicamente y no malgastase el dinero en ayudar a Europa, pues podría poner en peligro a su economía, máxime si los fondos estadounidenses no tenían contrapartidas por parte europea, como una mayor unión entre sí, pues de no exigir mayor colaboración entre los europeos, se volvería a la situación de 1939, y la Alianza Atlántica fracasaría como entonces se fracasó ante Hitler<sup>2852</sup>. Opinión compartida por sus compañeros de Partido como los Senadores J. Kem por Missouri, J. Bricker y R. Taft por Ohio, además, éste último era contrario a todo tipo de envío de armas a Europa bajo ningún concepto, y menos por automatismos del Tratado que obligasen a su país a rearmar a sus socios, de ahí que no aprobase la Alianza Atlántica mientras estuviese unida a la ayuda militar, que bajo su opinión conduciría a la guerra con el campo comunista<sup>2853</sup>. De hecho, Vandenberg creía que de convertir a la alianza tan sólo en un mero pacto militar no sería aprobado, de ahí que la Administración tratara de desvincular ambos aspectos, el Tratado del Atlántico Norte por un lado, destinado a asegurar la recuperación europea, reintegrar a Alemania Occidental con el resto de socios europeos y a restaurar el balance de poder en el continente, mientras que por otro lado, el Programa de Asistencia Militar se diseñaba para enfrentar directamente a la amenaza soviética, pues de no hacerlo se corría el riesgo de una posible alianza ruso-alemana capaz de dominar Europa, eso sí, evitarlo implicaba la presencia militar estadounidense en el continente<sup>2854</sup>.

En las críticas de R. Taft podemos entrever la supervivencia en el Congreso del unilateralismo de J. Q. Adams, ya que para Taft el artículo 5 del Tratado daba la vuelta por completo a la Doctrina Monroe, y aunque era partidario de disuadir a la Unión Soviética, no lo era de hacerlo por medio de una alianza multilateral, sino que bajo su punto de vista sería suficiente con que Estados Unidos extendiese la Doctrina Monroe a Europa de forma unilateral, sin la necesidad de elaborar pacto multilateral alguno ni implicar ayuda recíproca, tan sólo bastaría con una declaración unilateral

---

<sup>2848</sup> ACHESON, Dean, discurso radiofónico del 18 de marzo de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 182-186.

<sup>2849</sup> *Ibíd.*

<sup>2850</sup> *Ibíd.*

<sup>2851</sup> *Ibíd.*

<sup>2852</sup> WHERRY, K., debate en el Senado del 2 de abril de 1949, consultado en *Congressional Record-Senate*, 81º Senado, p. 3760.

<sup>2853</sup> *Ibíd.*, p. 272.

<sup>2854</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 137 y 139.



estadounidense. Así, junto al Senador R. Flanders presentaría una propuesta al Presidente Truman para extender la Doctrina Truman a Europa sin crear alianza alguna, medida apoyada por el Senador Republicano por Nevada G. Malone quien veía en ella un medio para que Estados Unidos mantuviese las manos libres para defender su seguridad, no como en la Alianza Atlántica, donde las tendría atadas a las de sus aliados europeos, además, como destacara el Senador Republicano por Indiana W. Jenner, sería un medio mucho más barato para Estados Unidos que la propuesta alianza<sup>2855</sup>. Pero dentro del Partido Republicano la mayoría favorecía la aprobación del Tratado, con la ayuda militar incluida, pues como H. C. Lodge Jr., rechazaban la mera extensión de la Doctrina Monroe a Europa, pues suponría prescindir de la ayuda a los aliados europeos<sup>2856</sup>.

Según Taft “se ha dicho que el Tratado Atlántico es simplemente otra Doctrina Monroe. Ojala fuese así”<sup>2857</sup>, pues mientras “la Doctrina Truman fue una declaración multilateral. Éramos libres de modificarla o retirarla en cualquier momento”<sup>2858</sup>, con el Tratado Estados Unidos se comprometía a cubrir por 20 años todo tipo de circunstancias imprevisibles, además mientras con la Doctrina Monroe Estados Unidos podía considerar cada situación a su antojo, el nuevo Tratado “nos obliga a ir a la guerra si ciertos hechos ocurren”<sup>2859</sup>, por el contrario, “la Doctrina Monroe no impone ninguna obligación para ayudar a ninguna nación americana dándole armas e incluso ayuda económica. Éramos libres de luchar la guerra del modo que determináramos, o no hacerlo”<sup>2860</sup>, lo opuesto al Tratado, por si fuera poco cualquiera de los países europeos podría acabar dominado por el Partido Comunista, o por el Socialista o el Fascista, como en España o Portugal, ya aliado de Estados Unidos, lo que podría acabar en un futuro poniendo la ayuda estadounidense en manos comunistas. Además, a juicio de Taft, el Tratado iba más allá de la Resolución 239 impulsada por Vandenberg en junio de 1948, como demostraría el artículo 5 del Tratado, ya que en definitiva

el presente Tratado es una alianza militar. El presente Tratado contempla una reanudación en tiempos de paz de las viejas fórmulas de préstamo y arriendo sin fin. El presente Tratado asume una responsabilidad unilateral sobre el destino de Europa. Estamos obligados a ir a la defensa de cualquier nación sin importar si los otros miembros del pacto van o no, y sin importar los que su consejo pueda aconsejar<sup>2861</sup>

El intento de la Administración Truman por presentar el Tratado del Atlántico Norte en consonancia con la tradición política estadounidense tampoco fue muy creíble para el profesor en ciencias políticas de la Universidad de Florida Brent D. Allison, para quien “el pacto de seguridad atlántico propuesto no tiene ningún

---

<sup>2855</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 281-285.

<sup>2856</sup> KEPLEY, op.cit., p. 77.

<sup>2857</sup> TAFT, R., discurso ante el Senado del 11 de julio de 1949, texto consultado en KAPLAN, L. S. *Recent American Foreign Policy: Conflicting Interpretations*, The Dorsey Press, Homewood, 1969, p. 82-83.

<sup>2858</sup> *Ibíd.*

<sup>2859</sup> *Ibíd.*

<sup>2860</sup> *Ibíd.*

<sup>2861</sup> *Ibíd.*



precedente en la historia americana pero sí muchos trágicos precedentes en Europa. Estos han sido precedentes que han conducido a la guerra general”<sup>2862</sup>, siendo lo más parecido el artículo 10 del pacto de la Sociedad de Naciones, rechazado por el Senado, que con ello ahorró a la nación de muchos errores políticos y desaguisados económicos. Para Allison

una vez este Tratado Atlántico sea firmado y ratificado, la decisión de qué acción militar tomar estará totalmente bajo la discreción del Ejecutivo, en violación con el espíritu de la Constitución americana y dependiendo de las acciones fuera de control de otros Estados<sup>2863</sup>

Para el Senador Malone la Doctrina Monroe, a diferencia del Tratado del Atlántico Norte, no cambió en ningún momento ni la Constitución ni los procesos fundamentales de la nación, siendo como era un pronunciamiento dando a conocer lo que Estados Unidos haría en caso de que América fuese atacada, manteniendo en todo momento su autonomía<sup>2864</sup>. Malone era contrario a la Alianza, pues no creía que pudiese servir de mucho para contener a la Unión Soviética, “dando por un tiempo al pueblo americano simplemente un falso sentido de seguridad”<sup>2865</sup>, más aun si el Tratado, con su Art. 3, implicaba el envío de más ayuda y tropas a Europa, pues siendo Estados Unidos el país más rico de la Alianza, sin duda llevaría el peso económico de dicha ayuda, además, Malone sospechaba que esas mismas armas serían usadas por los europeos para otros fines menos honorables, como la defensa de sus colonias. Como alternativa, Malone apoyaba la creación de unos Estados Unidos de Europa que no dividiese al continente en dos campos enfrentados, inspirados en el modelo norteamericano, y que sería mucho menos costoso para Estados Unidos<sup>2866</sup>.

El Senador Wherry mostraba idéntica preocupación respecto al Art. 3 incluido en el Tratado, pues como el Senador Taft, no entendía que éste implicase ningún automatismo que obligase a Estados Unidos a asistir militarmente a sus aliados europeos, por el contrario, el Republicano J. F. Dulles compareció en los debates del Senado tratando de calmar dichos temores, asegurando que la asistencia contemplada en el artículo de la discordia no significaba necesariamente que Estados Unidos tuviese que enviar más armas y tropas a Europa, pudiendo tratarse simplemente de nuevos arreglos de seguridad, como bases a cambio de protección<sup>2867</sup>.

Y para el Senador Langer, sin implementar el Art. 3 y asistir militarmente a Europa, el Tratado del Atlántico Norte no sería más que “una versión edulcorada del Pacto Kellogg-Briand, que Estados Unidos firmó como instrumento para prohibir la guerra”<sup>2868</sup>, por eso creía que la Administración Truman trataba de engañar al pueblo estadounidense al declarar que no se obligaba a asistir a nadie firmando el Pacto

---

<sup>2862</sup> ALLISON, Brent D., 25 de febrero de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 191-192.

<sup>2863</sup> *Ibíd.*

<sup>2864</sup> MALONE, George, debate en el Senado del 12 de julio de 1949, consultado en *Congressional Record-Senate*, 81° Senado, p. 9267.

<sup>2865</sup> *Ibíd.*, p. 9024.

<sup>2866</sup> *Ibíd.*, p. 9250.

<sup>2867</sup> *Congressional Record-Senate*, 81° Senado, p. 9279.

<sup>2868</sup> *Ibíd.*, p. 9433.



Atlántico, no siendo éste más que una pantalla de humo para el verdadero objetivo del Gobierno, aprobar la ayuda militar.

Para el banquero James P. Warburg, en calidad de testigo del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, tanto el Tratado Atlántico como el rearme europeo debían considerarse como medidas unidas derivadas no de la Doctrina Truman, sino de la Doctrina Churchill desvelada en Fulton en marzo de 1946, según la cual el expansionismo soviético representaba una amenaza a la paz y seguridad mundiales. Mientras que para Warburg “la actual crisis mundial deriva de varios factores, algunos producto del tiempo en que vivimos y que no tienen nada que ver con la naturaleza e intenciones de la Unión Soviética”<sup>2869</sup>, y los que sí tenían que ver con las intenciones rusas, afectarían más bien a amenazas de subversión interna que de conquista militar, por eso apoyó el Plan Marshall pero no “la doctrina de la contención física”<sup>2870</sup>, producto a su juicio de dos malas interpretaciones básicas, la excesiva simplificación de la crisis y la equiparación de la conquista nazi con la soviética. De superar tales circunstancias se podría librar la política exterior estadounidense de su dependencia respecto a la soviética, buscando así una verdadera vía pacífica, y se cambiaría además la actitud de Estados Unidos hacia las Naciones Unidas, pues se convertiría en una agencia de paz librada ya de la lucha entre potencias. Para Warburg, resultaba imposible presentar la Alianza Atlántica en términos morales, menos aun cuando de lo que se trababa en realidad era de defender Europa Occidental contra una invasión.

En el mismo sentido se expresaba el Senador Republicano por Dakota del Sur Kart Mundt, pues si de verdad Estados Unidos se encontraba inmerso en una lucha de raíz ideológica, no entendía el énfasis de la Administración Truman en “la economía y la potencia militar, y no tanto en las adecuadas armas psicológicas”<sup>2871</sup>. Para Mundt sería más adecuado luchar en la Guerra Fría con ideas, en el frente ideológico, utilizando la difusión de los principios y valores estadounidenses en lugar de malgastar sus dólares y armas, ya que la Alianza Atlántica sólo era en su opinión una repetición más de las numerosas alianzas defensivas que a lo largo de la historia habían fracasado en su cometido, pues desde 1700 a 1949 el mundo había sufrido 157 guerras, a pesar de los 272 pactos erigidos durante el mismo periodo. Una de las razones que Mundt aducía para explicar tal resultado, y a la que la Alianza Atlántica no escapaba, era que todos los pactos dejaban fuera a demasiados actores, excluyendo a más de los que incluían<sup>2872</sup>. De todos modos, Mundt no votaría en contra del Tratado Atlántico por el efecto psicológico adverso que ello supondría para Europa, y que sin duda sería aprovechado de inmediato por Moscú.

Tales críticas tuvieron su eco dentro de la propia Administración Truman, ya que G. Kennan, quien no influiría demasiado en el proceso de creación de la Organización del Atlántico Norte, estaba en desacuerdo con muchas de las medidas tomadas desde 1948, tanto en Europa como en Estados Unidos. Kennan no

---

<sup>2869</sup> WARBURG, James P., testimonio ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado del 5 de mayo de 1949, texto consultado en *Congressional Digest, El Pacto Atlántico*, junio de 1949, p. 189-191.

<sup>2870</sup> *Ibíd.*

<sup>2871</sup> *Congressional Record-Senate*, 81º Senado, debate en el Senado del 14 de julio de 1949, p. 9449.

<sup>2872</sup> *Ibíd.*, p. 9455.



comprendió la urgencia con la se creó el Tratado de Bruselas, y en contra del pensamiento dominante en Washington, pensaba que se sobre reaccionaba a la amenaza soviética (el golpe de Estado en Checoslovaquia y el bloqueo de Berlín), amenaza que Kennan entendía como movimientos defensivos ante el éxito del Plan Marshall , y no los consideraba anormales, por eso no podía estar de acuerdo con el tenor de la Resolución Vandenberg, y aunque sí favorecía ayudar a los esfuerzos de unión europeos, no creía que Estados Unidos debiera ser miembro participante de los mismos, y aunque estaba a favor de conceder ciertas garantías de seguridad, no veía necesaria una alianza permanente y recíproca de ese tipo (y sí más bien una americana junto a Canadá por un lado, y otra Europea por otro, a la que se podría dar asistencia militar, de equipos, fuerzas y de planificación), ya que para Kennan la Unión Soviética no tenía intención de atacar a Europa Occidental y tampoco tenía demasiada fe en los tratados escritos ni en las alianzas generales, menos aun cuando se podía desviar el esfuerzo de la exitosa recuperación económica. Fue así que en noviembre de 1948 envió un informe al Secretario Marshall sobre la Alianza Atlántica, y en el que identificaba a la penetración interna, y no externa, como la principal amenaza para los países de Europa Occidental, cuya peligrosidad el Plan Marshall había reducido pero que podía verse acrecentada de nuevo con la creación de la Alianza, organización que Kennan circunscribiría exclusivamente al arco Atlántico, sin participación de griegos, turcos ni italianos<sup>2873</sup>.

Lo que se dirimía era si ayudar a Europa primero para evitar el ataque o liberarla tras él, así, el Secretario de Estado Acheson consideraba que la llave de la seguridad estadounidense se encontraba en Europa, de ahí la necesidad del programa de ayuda militar, si bien Vandenberg aconsejó que para ver aprobado el Tratado habría que votar la ayuda tras ratificar la Alianza Atlántica, cuando ya los acontecimientos del año pasado, como el golpe de febrero en Checoslovaquia y el inicio del bloqueo de Berlín desde el 24 de junio, habían allanado considerablemente el camino a la aprobación del Tratado<sup>2874</sup>. Por si la oposición Republicana a la ayuda militar no fuese suficiente, dentro de la Administración existía un conflicto entre los Departamentos de Estado y de Defensa a causa del gasto en la ayuda a Europa, mientras en el primero se veía el compromiso estadounidense hacia Europa como un medio para rebajar el gasto final, para el de Defensa la situación era todo lo contrario, pues al asumir más compromisos sin duda que los gastos aumentarían, de ahí también que primase el gasto en defensa sobre la ayuda económica, además, la Junta de Jefes de Estado Mayor pediría como compensación a la congelación del presupuesto militar nuevos derechos sobre bases militares en Europa<sup>2875</sup>.

De todos modos, el 7 de junio el Comité de Relaciones Exteriores del Senado enviaba su recomendación para la aprobación del Tratado, no quedando más remedio a sus opositores que fijar sus esfuerzos en la reducción de la cuantía de la ayuda a conceder a los europeos<sup>2876</sup>. Entre las características que jugaban en contra del movimiento opositor al Tratado, destacaba en particular su pertenencia a estados no industriales, de minifundistas y pequeños empresarios que no estimaban ventaja

<sup>2873</sup> KENNAN, *Memoirs 1925-1950*, p. 397-411.

<sup>2874</sup> BRYNIARSKI, op.cit., p. 291 y KEPLEY, op.cit., p. 57 y 68.

<sup>2875</sup> IRELAND, op.cit., p. 126.

<sup>2876</sup> *Ibid.*, p. 264 y 268.



alguna en la subida de impuestos para ayudar a Europa, y que además se habían quedado en minoría frente a los estados que dependían del comercio exterior, pues la sociedad tradicional había dejado paso a una clase urbana formada en su mayoría de industriales, financieros y exportadores de clara filiación internacionalista<sup>2877</sup>, de hecho, el debate en torno a la Alianza Atlántica, al igual que el surgido a raíz de la Sociedad de Naciones, fue una muestra más de la lucha entre tendencias internacionalistas y aislacionistas, entendidas como reminiscencia del unilateralismo aislacionista decimonónico, y que en la práctica implicaba la lucha de los poderes Ejecutivo y Legislativo por sus prerrogativas constitucionales, con los Senadores haciendo frente a la expansión del poder federal, denunciándolo por valerse del internacionalismo para afianzar su preeminencia a nivel interno.

A la postre, el 21 de julio de 1949, con 82 votos a favor, el Tratado de la Organización del Atlántico Norte fue aprobado. Tan sólo catorce Senadores se opusieron a él, entre ellos un Demócrata, E. Johnson por Colorado, el Progresivista G. Taylor, y once Republicanos, Taft, Langer, Jenner, Cordon, Donnell, Flanders, Kem, Malone, Martin, Schoepel, Watkins, Wherry, Williams y Young<sup>2878</sup>. El problema para los defensores del bipartidismo como Vandenberg fue que la cuestión de la ayuda militar, más que la alianza en sí, dividió al Partido Republicano, que desde entonces viviría un intenso debate interno entre los internacionalistas liderados por Lodge y los neoaislacionistas de Taft, con Vandenberg una vez más jugando el papel de nexo de unión entre ambas tendencias, además, el bipartidismo sufrió por la sustitución de Marshall por Acheson al frente del Departamento de Estado, pues éste no gozaba del beneplácito del Congreso como aquel<sup>2879</sup>.

*\* FIRMA E IMPLEMENTACIÓN*

El 4 de abril de 1949 se firmaba en Washington el Tratado de la Organización del Atlántico Norte. Se trata de un texto breve, de apenas catorce artículos, en el que los firmantes, de acuerdo a la Carta de las Naciones Unidas

están determinados a salvaguardar la libertad, la herencia común y la civilización de sus pueblos, fundados en los principios de democracia, libertad individual e imperio de la ley.

Buscan promover la estabilidad y el bienestar en el área del Atlántico Norte.

Están resueltos a unir sus esfuerzos para la defensa colectiva y la preservación del paz y la seguridad<sup>2880</sup>

<sup>2877</sup> *Ibíd.*, p. 279 y 291.

<sup>2878</sup> BRYNIARSKI, *op.cit.*, p. 291.

<sup>2879</sup> KEPLEY, *op.cit.*, p. 42 y 53.

<sup>2880</sup> COOK, *op.cit.*, p. 241. Con los artículos 3 y 5 como los más importantes “Art. 3. En orden a alcanzar los objetivos de este Tratado con eficacia, las partes, separada y conjuntamente, a través de continua y efectiva ayuda mutua, mantendrán y desarrollarán sus capacidades colectivas e individuales para resistir un ataque armado. Art. 5. Las partes acuerdan que un ataque armado contra una o más de ellas en Europa o en Norteamérica será considerado un ataque armado contra todas ellas y consiguientemente acuerdan que, si tal ataque armado ocurre, cada una de ellas, en ejercicio del derecho de autodefensa individual o colectiva reconocido en el Art. 51 de la Carta de las Naciones Unidas, asistirá a la parte o partes así atacadas tomando sin dilación, individualmente o en concierto con las otras partes, la acción que se precise, incluyendo el uso de la fuerza armada, para restaurar y mantener la seguridad del área del



Si bien la nueva organización había sido aprobada por los Gobiernos de los países miembros, aun quedaban importantes asuntos por resolver para su puesta en marcha definitiva, como la obtención del visto bueno del Congreso estadounidense (debate que se analizará en detalle en el último punto del presente apartado), la concreción del artículo 3 relativo a la asistencia y la colaboración militares o la clarificación y desarrollo de su estructura organizativa.

Ya durante las negociaciones sobre la Alianza Atlántica había quedado claro que para los europeos era tan importante el texto final del artículo 5 como el alcance del artículo 3, surgiendo las primeras divergencias entre Estados Unidos y sus socios, como con Holanda, pues Washington no quería concederle asistencia militar mientras ésta continuase aplastando al independentismo indonesio, o a raíz del deseo estadounidense de hacerse con ciertas bases europeas a cambio de la ayuda<sup>2881</sup>. Incluso, como se ha visto con anterioridad, los europeos usaron a la Unión Occidental para convencer a Estados Unidos de sus esfuerzos para aumentar su grado de armonización y coordinación en materia de defensa, y así conseguir una mayor implicación estadounidense. Pero la Administración Truman, y en concreto Dean Acheson, siempre quiso dejar claro a sus socios que los esfuerzos estadounidenses reclamaban una contrapartida europea, aportando todos su parte a la defensa común<sup>2882</sup>.

Con los tensos debates en el Congreso estadounidense para la ratificación del tratado, se optó por desvincular a éste del Programa de Asistencia Mutua de Defensa, ya que Estados Unidos los veía como dos asuntos distintos, al primero como instrumento para la integración europea, la rehabilitación alemana y la restauración del balance de poder en Europa, y al segundo más bien diseñado para la contención de la Unión Soviética<sup>2883</sup>. Por contra, para los europeos, como por ejemplo los franceses, el programa de ayuda era la extensión lógica de la alianza atlántica, haciendo más hincapié en la implementación del mismo que en el principio de reciprocidad, tan querido por los norteamericanos<sup>2884</sup>.

Para mayor consternación europea, existía en el Senado un importante sector aislacionista contrario a la concesión de cualquier tipo de ayuda militar a Europa, así para el Senador Taft el compromiso político expresado por la Casa Blanca debía ser

---

Atlántico Norte” Y con el 11 asegurando que tanto el Tratado como sus disposiciones serán “llevadas a cabo por la partes de acuerdo a sus respectivos procesos constitucionales”. *Ibíd.*

<sup>2881</sup> *Ibíd.*, p. 246.

<sup>2882</sup> Como se desprende de la siguiente carta de Dean Acheson al Presidente Truman del 15 de septiembre de 1950, en la que Acheson describía sus esfuerzos por hacer entender a los europeos que “usted había sido capaz de efectuar una revolución completa en la política internacional norteamericana, basándose en las realidades de la situación internacional. Que estábamos dispuestos a dar pasos sin precedentes en nuestra historia, a colocar fuerzas considerables en Europa, a integrar esas fuerzas dentro de una fuerza combinada para la defensa de Europa, a acordar una estructura de mando, a acceder al nombramiento de una comandante supremo, a adherirnos a un programa de producción conjunta europea, a dar grandes pasos en el campo financiero, pero todo ello basado en la seguridad de que otros contribuirán con su parte, y que el esquema completo llevará a la creación de un poder tal que las probabilidades de paz serán inconmensurablemente aumentadas”, TRUMAN, *op.cit.*, p. 254.

<sup>2883</sup> IRELAND, *op. cit.*, p. 184.

<sup>2884</sup> *Ibíd.*, p. 210-212.



suficiente garantía para la seguridad aliada<sup>2885</sup>, y aquellos que la aprobaban, como el Senador Vandenberg, presionaban al Ejecutivo para que antes de conceder la ayuda se creara la estructura organizativa, para así esperar a las primeras reuniones que dieron a conocer sus requerimientos bajo un plan estratégico ya consensuado.

Tras la ratificación del tratado, el 21 de julio, Truman envió al Congreso el día 25 su petición de 1,4 billones de dólares para el programa de ayuda militar a los aliados, y el 17 de septiembre se celebraba en Washington la primera reunión del Consejo Atlántico, donde se crearon los comités Militar, de Defensa y Permanente y cinco Grupos Regionales de Planificación. Con la aprobación del Tratado por el Senado estadounidense y la creación de la estructura organizativa de la Alianza parecía que se habían sorteado los mayores obstáculos para lograr el beneplácito del Senado a la ayuda militar, pero no fue hasta el día 23, cuando Truman anunciaba que estaba en posición de confirmar la posesión de la bomba atómica por parte de la Unión Soviética, que el Congreso estadounidense aparcó sus reticencias a los planes del Ejecutivo, ya que la paridad nuclear obligaba a Estados Unidos a una mayor implicación en Europa al no contar más con el paraguas atómico. El 6 de octubre de 1949 el Programa de Asistencia Mutua de Defensa se convertía en ley<sup>2886</sup>.

Con la caída de China en manos comunistas en diciembre, el sentido de vulnerabilidad en el campo Occidental se agravaba por momentos, y Truman reaccionó pidiendo una reevaluación de la estrategia estadounidense tras la obtención de la bomba atómica por el Kremlin, lo que sería la NSC 68, y dando el visto bueno al comienzo de los trabajos sobre la bomba termonuclear. La carrera armamentística era ya imparable, y Kennan abandonaba la Administración al estar en desacuerdo con la militarización excesiva que a su juicio había sufrido la doctrina de la contención<sup>2887</sup>.

Para los franceses la nueva organización representaba un medio para involucrar permanentemente a Estados Unidos en los asuntos europeos, controlando la rehabilitación alemana y conteniendo el expansionismo comunista, mientras que para Washington era más bien un medio para la reactivación alemana y la restauración del balance de poder en Europa, para así permitirle en cierta medida descargar parte del peso de la contención sobre los hombros europeos<sup>2888</sup>. A la postre, los hechos dieron la razón a la postura francesa y Washington no tuvo más remedio que participar activa y definitivamente en la seguridad del viejo continente, dividiendo Europa en dos bandos, como muestra en la siguiente imagen.

Así, Estados Unidos cedía en junio de 1950 a la petición francesa de crear una estructura permanente con el establecimiento de los cuarteles generales políticos de la Alianza Atlántica en Londres. Además, la invasión de Corea del Sur por su equivalente comunista del norte a finales de ese mismo mes, transformó radicalmente la postura estadounidense. Con la NSC 68 como guía estratégica, la Administración Truman pasó a concebir a la alianza atlántica como una pieza clave en la lucha global

---

<sup>2885</sup> COOK, op.cit., p. 256.

<sup>2886</sup> IRELAND, op.cit., p. 14.

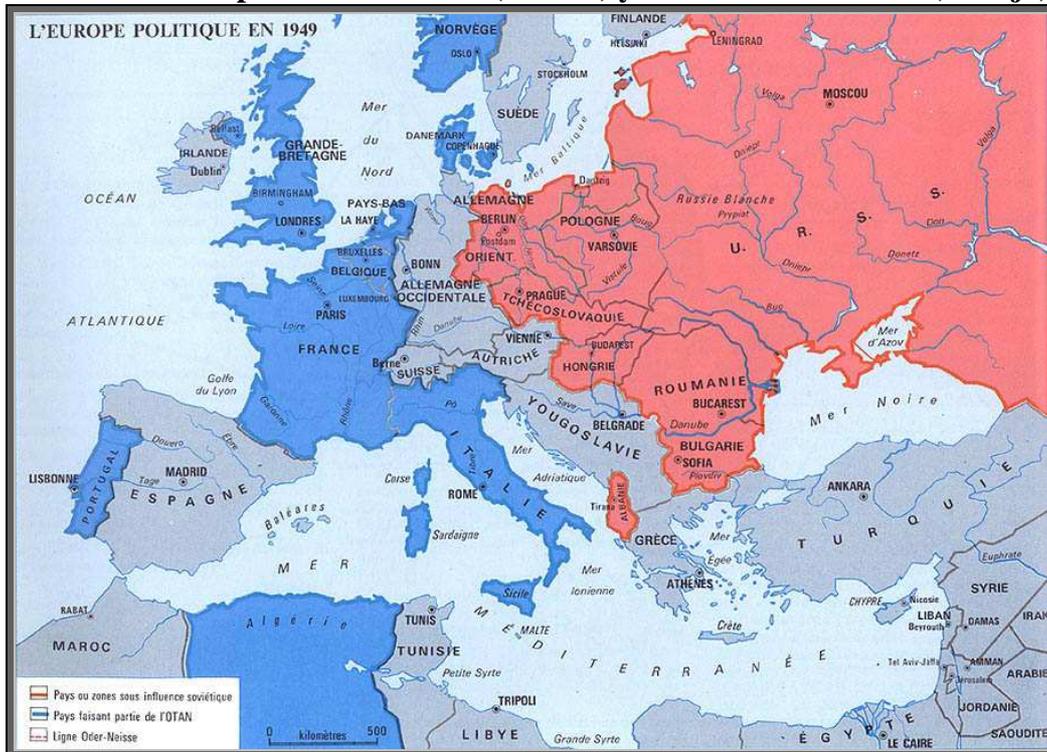
<sup>2887</sup> LEFFLER, op.cit., p. 61.

<sup>2888</sup> COOK, op.cit., p. 3-7.



contra el comunismo, y no como mero instrumento de la ayuda y asistencia estadounidenses hacia Europa<sup>2889</sup>, y cuya manifestación material se concretó con el refuerzo de las tropas estadounidenses desplegadas en Alemania, largamente pedido por París, y en el nombramiento del General Eisenhower como Comandante Supremo Aliado en diciembre de 1950, quien debía poner en marcha los Cuarteles Generales Supremos de las Fuerzas Aliadas en Europa<sup>2890</sup>. Para Ireland fue la guerra de Corea la que transformó a la Alianza Atlántica “de un tratado político a una alianza militar permanente”<sup>2891</sup>, ya que fueron la creación de su estructura organizativa y el refuerzo de las tropas estadounidenses en Alemania las que confirieron un carácter permanente a la implicación de Estados Unidos en la seguridad europea.

### División de Europa entre la OTAN (en azul) y el Pacto de Varsovia (en rojo)



Fuente: [http://www.upf.edu/materials/fhuma/portal\\_geos/img/europa/politica.jpg](http://www.upf.edu/materials/fhuma/portal_geos/img/europa/politica.jpg)

Pese a que el sector aislacionista del Congreso se negaba al envío del refuerzo militar a Europa, y figuras como el Senador Taft criticasen que dichas tropas estuviesen bajo la autoridad de una estructura supranacional, el Senado aprobaba el 4 de abril de 1951, justo dos años después de la firma del Tratado Atlántico, la decisión presidencial de reforzar el contingente estadounidense destinado en Alemania, lo que en la práctica supuso la aceptación senatorial definitiva del nuevo rumbo aplicado por la Administración Truman a la política exterior de Estados Unidos.

El organigrama organizativo no se completaría hasta la primera mitad de 1952, más de tres años después de la firma del Tratado, cuando se estableció la

<sup>2889</sup> *Ibíd.*, p. 8

<sup>164</sup> LEFFLER, *op.cit.*, p. 111.

<sup>2891</sup> IRELAND, *op.cit.*, p. 183.



estructura civil de la organización con la puesta en marcha en París del Secretariado General y el nombramiento de Lord Ismay como primer Secretario General de la organización, quien presidiría el Consejo Permanente de Embajadores, además de encargarse de la dirección de la burocracia civil y servir de organizador del flujo decisorio de la alianza<sup>2892</sup>.

*\* Impacto de la Alianza Atlántica en la Doctrina Truman*

Con la creación de la Alianza Atlántica, la estrategia de la contención aplicada por la Administración Truman reforzaba su componente militar que hasta la fecha se había limitado a la ayuda económica, pasando desde entonces a formalizar una alianza militar permanente con sus aliados europeos, algo totalmente nuevo en la historia estadounidense. Con ello, los aspectos militares de la contención ganaron en importancia, en detrimento de los económicos y políticos, tendencia que contradecía las principales tesis defendidas por G. Kennan, y que se vería reforzada con los acontecimientos que desde 1948 complicarían las relaciones entre las dos superpotencias, como la llegada de Dean Acheson a la Secretaría de Estado, la paridad nuclear con la Unión Soviética o el inicio de la guerra de Corea.

El ascenso de Dean Acheson a la Secretaría de Estado a finales de 1948, tras la marcha del General Marshall, supuso para G. Kennan la pérdida de confianza en la tarea a desarrollar por el Equipo de Planificación Política, y cierto alejamiento de la nueva dirección de la política exterior estadounidense. Así, no es de extrañar que en septiembre de 1949 presentara su renuncia a seguir al frente del mismo, siendo sustituido por Paul Nitze en diciembre del mismo año, abandonando definitivamente su permanencia en el Gobierno en junio del año siguiente, ya en total desacuerdo por la manera en que la Administración Truman encaraba el esfuerzo diplomático, y en particular considerando un fracaso al Equipo de Planificación Política como instrumento independiente de análisis<sup>2893</sup>.

En el fondo, las diferentes interpretaciones acerca de la amenaza soviética sostenidas por Kennan y el resto del Departamento de Estado pesaron a la hora de su renuncia, pues el primero no creía que la Unión Soviética fuese una amenaza real para Europa, además sostenía que con las medidas adecuadas se podría llegar a un acuerdo con Moscú que le hiciera retirarse a sus límites naturales<sup>2894</sup>, por tanto, tampoco podía compartir los planes del Departamento sobre la Alianza Atlántica, y en concreto, fue determinante el papel que tan distintas visiones asignaban a Alemania. Kennan no estaba de acuerdo con los planes de Acheson que incluían a aquella en el seno de la Alianza Atlántica, y tampoco vio con agrado el modo en que se resolvió el bloqueo de Berlín, pues Kennan hubiese preferido una solución global negociada que incluyera todos los aspectos de la ocupación alemana, con el objetivo final de desmilitarizar el centro de Europa, escenario que nunca se lograría de implementarse la Alianza Atlántica tal y como el nuevo Secretario de Estado la concebía, por el contrario, Kennan entendía ésta como una unión de la Europa atlántica continental, sin Gran Bretaña ni Alemania y con Francia como principal

---

<sup>2892</sup> COOK, op.cit., p. 256.

<sup>2893</sup> KENNAN, *Memoirs 1925-1950*, p. 466.

<sup>2894</sup> *Ibíd.*, p. 464.



puntal, eso sí, con una relación estrecha con Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá<sup>2895</sup>.

Para entender la postura de Kennan hay que tener en cuenta que había vivido seis años en Alemania en tres épocas bien distintas (la del Kaiser, la de la República de Weimar y con Hitler), y nunca le había gustado la idea de dividir al país, al contrario, pensaba que había que unir su destino al del resto de Europa para así resolver su principal problema, el nacionalismo que había conducido a los alemanes a dos guerras mundiales en menos de 30 años. Por ello vio con preocupación cómo F. D. Roosevelt postergaba para la posguerra la respuesta aliada para Alemania, retrasando con ello la unificación europea y la atención estadounidense hacia Alemania, situación que no se revertiría hasta 1948, como consecuencia, Kennan siempre defendió que la unión europea era necesaria no para su recuperación económica, sino para resolver la cuestión alemana<sup>2896</sup>. También su experiencia diplomática en Moscú, de 1933 a 1937 y de 1944 a 1946, marcó de manera indeleble su concepción de la contención y de la Alianza Atlántica, como se ha visto, Kennan nunca pensó que la Unión Soviética pudiese ser un aliado fiable de Estados Unidos, y menos aun cuando la II Guerra Mundial representaba para Estados Unidos un mayor desafío que la Gran Guerra, pues tendría que dirimir quien quería que ejerciera la influencia política dominante en el Este de Europa<sup>2897</sup>.

En todo caso, Kennan tenía la partida perdida contra el enfoque ideológico favorecido por el propio Truman, perspectiva que recibiría el espaldarazo definitivo con la NSC 68 de abril de 1950. Tras la obtención de la bomba atómica por parte soviética en septiembre de 1949, Estados Unidos necesitaba una reevaluación de su estrategia y Truman encargó su elaboración al Equipo de Planificación Política, dirigido ya por Paul Nitze. El objetivo de la NSC 68 era sistematizar en un discurso coherente la estrategia de la contención, primando el enfoque perimetral sobre los puntos fuertes defendidos por Kennan, obligando a Estados Unidos a un mayor gasto militar, tanto como elemento de disuasión como para tener la capacidad de desarrollar una respuesta flexible a las amenazas soviéticas<sup>2898</sup>.

El propio Kennan había propuesto a Nitze como su sustituto, pues a pesar de sus diferencias ideológicas, éstas nunca fueron obstáculo para que les uniese una sincera amistad. Ambos conocían a la perfección los problemas europeos y eran plenamente conscientes de lo que Estados Unidos se jugaba con la Unión Soviética en el viejo continente. Si bien sus orígenes familiares no podían ser más diferentes, su experiencia laboral les iría acercando hasta unir sus carreras políticas<sup>2899</sup>.

---

<sup>2895</sup> *Ibíd.*, p. 460.

<sup>2896</sup> *Ibíd.*, p. 416 y 452.

<sup>2897</sup> *Ibíd.*, p. 57 y 132.

<sup>2898</sup> GADDIS, *op.cit.*, p. 90.

<sup>2899</sup> George Frost Kennan había nacido en 1907 en Milwaukee, una de las ciudades más *alemanas* de Estados Unidos de principios del siglo XX, en el seno de una humilde familia puritana que había emigrado del norte de Irlanda en el siglo XVIII a Wisconsin, su madre moriría a los dos meses de su nacimiento, estudiaría en Princeton, donde influido por el liberalismo wilsoniano sentiría el rechazo del Senado a la entrada de la nación en la Sociedad de Naciones y en 1925 entraría en el Servicio Exterior, y tras su paso por la Escuela del mismo, sería enviado a Ginebra en 1927 en su primer destino diplomático; por el contrario, Paul Henry Nitze había nacido en 1904 en Massachusetts dentro de una familia



Durante la II Guerra Mundial Nitze trabajó en Londres en el Reconocimiento del Bombardeo Estratégico estadounidense sobre Alemania, analizando posibles objetivos para acabar con la cúpula nazi, e incluso formó parte en los interrogatorios a A. Speer, y tras la derrota alemana, fue trasladado a Washington para participar en el diseño de la campaña aérea contra Japón, país al que viajaría tras la explosión de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, para estudiar los efectos de la nueva arma e interrogar a los líderes japoneses. Desde entonces las implicaciones de la bomba atómica formarían parte del centro del pensamiento de Nitze, considerándola un arma más a la que había que estudiar para entenderla<sup>2900</sup>, a diferencia de los que veían en ella una nueva muestra de los peligros del desarrollo científico librado del freno moral, como el propio Kennan.

Mientras tanto, en Moscú Kennan pensaba dimitir al estar en disconformidad con la política exterior de Washington y no sentirse escuchado, pero el discurso de Stalin de febrero de 1946 al que Kennan respondió con su *largo telegrama*, le convirtió de la noche a la mañana en el diplomático de moda en la Casa Blanca. En abril de 1947, cuando había pasado 19 de los últimos 20 años fuera de Estados Unidos, G. Marshall, cuyo asistente personal era C. Bohlen, no dudó en reclutarle para encabezar el recién creado Equipo de Planificación Política, entre cuyos miembros Marshall también incluiría a Nitze<sup>2901</sup>.

Tras un primer breve encuentro en 1943, Kennan y Nitze establecerían una buena amistad en el seno del Equipo de Planificación Política, a pesar de las diferencias que les separaban, y que el propio Nitze calificaba de sustancia, y de sus contrapuestas personalidades, Kennan siendo el pensador realista que apabullaba con su intelecto mientras Nitze era más bien un hombre idealista de acción, con unas notables habilidades organizativas y un profundo compromiso con la lógica<sup>2902</sup>. De ese modo, no fue extraño que mientras a Kennan no le gustase el tono doctrinario de la Doctrina Truman, a Nitze le agradara por poner en el lugar que le correspondía a Estados Unidos y dar respuesta así al desafío comunista, respuesta que el Plan Marshall encarnaría y al que ambos darían su apoyo, participando los dos en las conversaciones de París con los países europeos, incluso Nitze fue enviado a la

---

acomodada cuyos antepasados habían dejado la región alemana de Magdeburgo, y como Kennan vivió parte de su juventud en Alemania, viviendo en Munich el comienzo de la I Guerra Mundial, tras su paso por Harvard, donde había conocido a C. Bohlen en la sociedad Porcellian (selecto club al que décadas atrás perteneciera Theodore Roosevelt, y al que su primo F. D. Roosevelt le fue negada su participación), comenzó su carrera como inversor bancario, encontrándose a finales de la década de 1920 en Alemania para estudiar su evolución económica, por esas mismas fechas Kennan se encontraba también en Berlín dando sus primeros pasos como experto ruso, pero la carrera de Nitze daría un vuelco tras conocer a J. Forrestal, quien le introdujo en la Administración Roosevelt a mediados de 1940 como ayudante administrativo, trabajando en la obtención de minerales como el mercurio, el berilio o el uranio en Sudamérica, cuando entonces Kennan se encontraba de nuevo en Berlín, tras su primera estancia en Moscú y presenciar en vivo la invasión nazi de Checoslovaquia. THOMPSON, Nicholas *The Hawk and the Dove. Paul Nitze, George Kennan and the History of the Cold War*, Henry Holt and Company, New York, 2009, p. 23-38 y KENNAN, *Memoirs 1925-1950*, p. 5-23.

<sup>2900</sup> *Ibíd.*, p. 14 y 53.

<sup>2901</sup> *Ibíd.*, p. 70. Como se observa, tanto J. Forrestal como G. G. Marshall fueron cruciales en las carreras de Kennan y Nitze.

<sup>2902</sup> *Ibíd.*, p. 2.



Subsecretaría de Estado para Asuntos Económicos para la planificación y estudio de la ayuda (que el propio Nitze había estimado en cinco millones de dólares anuales durante el siguiente lustro) y defender el Programa de Recuperación Económica ante el Congreso<sup>2903</sup>.

Con el comienzo del bloqueo de Berlín en junio de 1948, Kennan abogó por una solución global que asegurase la desmilitarización de Alemania, extremo que apoyaba Nitze, pero que contaba con la negativa de D. Acheson, de los altos mandos del ejército estadounidense, de los propios europeos e incluso del Kremlin, como pudieron comprobar en la reunión de Ministros de Asuntos Exteriores de París en la primavera de 1949<sup>2904</sup>. Desde entonces, Kennan comenzó a pensar en Nitze como su sustituto al frente del Equipo de Planificación Política, al perder influencia dentro del Departamento de Estado por no estar en sintonía con las políticas seguidas por el Presidente Truman y el Secretario de Estado Acheson, diferencias que aumentarían con la detonación de la primera bomba atómica por la Unión Soviética el 29 de agosto de ese mismo año. Mientras Kennan seguía sosteniendo que no importaban tanto las capacidades como las intenciones a la hora de valorar las acciones del Kremlin, Nitze veía en la obtención de la tecnología atómica un cambio en Moscú, pues sin duda podría pasar de una actitud pasiva a una ofensiva, usando las nuevas armas para lograr sus objetivos, de ahí que Estados Unidos debiera continuar con la carrera armamentista, desarrollar la bomba de hidrógeno y no permitir ninguna correlación de fuerzas desfavorable. En diciembre Kennan elaboraría un informe sobre las implicaciones de la nueva realidad, abogando por poner la tecnología atómica bajo control internacional, además de firmar el compromiso de no usar dichas armas en primer lugar y de no reconocer racionalidad política alguna en su conjunto a las nuevas armas de destrucción masiva. Por su parte, Nitze contestó con su propio informe, diametralmente contrario al de Kennan y en el que se mostraba preocupado por las consecuencias en el presente si Moscú lograba una ventaja militar sobre Estados Unidos. Para cuando Acheson los estudió a fondo, Nitze ya se encontraba al frente del Equipo de Planificación Política, mientras Kennan partía el mes de febrero de 1950 rumbo a una gira por Latinoamérica. De modo que las tesis de Nitze, mucho más acordes con la postura del Presidente Truman y del Secretario de Estado Acheson, triunfaron sobre las de Kennan, y serían puestas sobre el papel tras la petición del Ejecutivo de elaborar una revisión estratégica tras los nuevos acontecimientos<sup>2905</sup>.

Nació así la NSC-68 del 7 de abril de 1950, en la que Nitze y su equipo venían trabajando desde hacía dos meses, y cuyas 47 páginas se dividían en tres puntos principales, un análisis con nueve apartados en los que se describía la situación de conflicto entre las dos superpotencias, incluyendo un análisis del armamento atómico, una conclusión y unas recomendaciones. Así, después de reconocer que “en el espacio de una generación la distribución internacional de poder ha sido fundamentalmente cambiada”<sup>2906</sup>, sobre todo tras la derrota alemana y japonesa, el declive de los imperios europeos y el surgimiento de la Unión Soviética,

---

<sup>2903</sup> *Ibíd.*, p. 72 y 80.

<sup>2904</sup> *Ibíd.*, p. 89.

<sup>2905</sup> *Ibíd.*, p. 98-106.

<sup>2906</sup> NSC 68, texto consultado íntegro en [www.airforce-magazine.com](http://www.airforce-magazine.com).



pero pese a intensos periodos de guerra ninguna nación ha podido alcanzar la hegemonía mundial. A continuación el documento señalaba que Moscú tenía por objetivo el dominio global a través de su fanatismo ideológico, totalmente contrario al estadounidense, y por tanto, el objetivo principal de Estados Unidos debía ser defender su sistema democrático, y al ser el centro del mundo no soviético se había convertido en el principal enemigo de la Unión Soviética, ya que “el propósito implacable del Estado esclavista de eliminar el reto de la libertad ha puesto a las dos grandes potencias en polos opuestos. Ese es el hecho que da a la actual polarización de poder la cualidad de crisis”<sup>2907</sup>, puesto que

la paz que la Unión Soviética busca es la paz de la conformidad total a la Unión Soviética...la antipatía de la esclavitud a la libertad explica el telón de acero...lo que es nuevo, lo que crea la crisis continua, es la polarización de poder que ahora confronta sin remedio a la sociedad esclava con la libre...en el contexto de la presente polarización una pérdida de instituciones libres en cualquier lugar representa una pérdida en todo lugar<sup>2908</sup>

Por lo que Estados Unidos debía mantenerse fuerte, liderar al mundo libre y forzar el cambio en la Unión Soviética, ya que la confrontación con la misma imponía sobre la nación

la responsabilidad del liderazgo mundial...llevando orden y justicia a través de los medios conformes a los principios de libertad y democracia... debemos con nuestros aliados y los antiguos pueblos subyugados intentar buscar una sociedad mundial basada en el principio del consentimiento<sup>2909</sup>

Para los autores de la NSC 68 la Unión Soviética tenía nublado su juicio a causa de su ideología, que constituía a la vez su mayor atractivo y su principal punto vulnerable, ya que condenaba a un régimen de esclavitud a su propio pueblo, al contrario que el sistema democrático, cuyas características serían la principal baza del mundo libre para salir victoriosos en la presente confrontación, por encima de las capacidades económicas y militares. La falta de orden en el contexto internacional era considerada intolerable, puesto que la Unión Soviética buscaba destruirlo, más aun con la obtención de la bomba atómica, lo que ha convertido el enfrentamiento en una *lucha total*, ya que “la Unión Soviética está desarrollando su capacidad militar para apoyar su diseño de dominación mundial”<sup>2910</sup>, por ello el mundo Occidental debía rearmarse “en una mayor escala que bajo los actuales programas y a un ritmo acelerado”<sup>2911</sup> para “disuadir a la Unión Soviética de una guerra mayor o, en cualquier circunstancia, retrasar materialmente la invasión de Europa Occidental y, si

---

<sup>2907</sup> *Ibíd.*

<sup>2908</sup> *Ibíd.*

<sup>2909</sup> *Ibíd.* A diferencia de la Unión Soviética, Estados Unidos sólo debía usar el poder militar para disuadir al Kremlin, evitando así una más que probable guerra de aniquilación, puesto que el recurso a la fuerza debe ser el último ya que “la idea de la esclavitud sólo puede ser vencida mediante la demostración sostenida y persistente de la superioridad de la idea de libertad. La victoria militar sola tan sólo afectara parcial y temporalmente al conflicto fundamental...no tenemos más opción que demostrar la superioridad de la idea de libertad a través de su aplicación constructiva...y acelerar la decadencia del sistema soviético”, *Ibíd.*

<sup>2910</sup> *Ibíd.*

<sup>2911</sup> *Ibíd.*



es posible, mantener una cabeza de puente en el continente contra las ofensivas soviéticas”<sup>2912</sup>.

De modo que la contención, según la NSC-68, debía buscar por todos los medios cercanos a la guerra

- (1) bloquear una mayor expansión del poder soviético, (2) exponer las falsedades de las pretensiones soviéticas, (3) inducir a la retirada del control e influencia del Kremlin, y (4) en general, fortalecer las semillas de la destrucción del sistema soviético hasta el punto para que el Kremlin modifique su comportamiento conforme a los estándares internacionales aceptados<sup>2913</sup>

De ahí que las capacidades militares fuesen esenciales como garantía de la defensa nacional y como bastión de la conducta de contención, además, el gasto militar Occidental aun era mucho menor al soviético, y podía incrementarse sin peligro alguno para su desarrollo económico, máxime cuando la obtención de la tecnología nuclear por parte soviética le concedía una mayor capacidad militar, además de ofrecerle la oportunidad de llevar la iniciativa en un futuro ataque si Estados Unidos fallaba a la hora de construir una fuerza nuclear disuasoria, incluido el desarrollo del bomba termonuclear, puesto que había que descartar la posibilidad de poner el desarrollo de la tecnología nuclear bajo control internacional mientras no se produjese un cambio en la actitud soviética.

Todo ello limitaba los posibles cursos de acción en Washington a cuatro posibilidades, teniendo en cuenta que dada la naturaleza del régimen soviético y sus intenciones respecto al mundo libre “la negociación no es un posible curso de acción separado sino más bien un medio de ganar el apoyo para un programa de construcción de fortaleza... mientras se ayuda a minimizar los riesgos de la guerra”<sup>2914</sup>, así, la primera opción sería continuar con la política llevada a cabo hasta el momento, lo que pondría en desventaja al mundo libre pues no podría enfrentarse al expansionismo soviético; la segunda consistiría en el simple aislacionismo, descartado ya que entonces Moscú se haría con facilidad con otras regiones, obligando así a Estados Unidos a primar las medidas defensivas sobre las democráticas, corrompiendo la moral nacional y trastornando la integridad y vitalidad de su sistema, por tanto, para Nitze y su equipo, en el nuevo entorno de Guerra Fría era impensable un regreso a la política tradicional del unilateralismo aislacionista; la tercera posibilidad sería la guerra, también desechada puesto que no sería justo atacar primero a la Unión Soviética y se dejaría a Europa una vez más devastada; la última opción sería la única que permitiría a Estados Unidos encarar con garantías de éxito el conflicto con la Unión Soviética, consistente en aumentar la rapidez del curso hacia un mundo más libre y seguro para lograr un orden internacional igualmente libre y seguro, pues

la única victoria segura descansa en la frustración del diseño del Kremlin mediante el constante desarrollo de la fortaleza moral y material del mundo libre

---

<sup>2912</sup> *Ibíd.*

<sup>2913</sup> *Ibíd.*

<sup>2914</sup> *Ibíd.*



y en su proyección dentro del mundo soviético de tal modo que conlleve un cambio interno en el sistema soviético<sup>2915</sup>

Para ello Estados Unidos debía afrontar un refuerzo masivo de la fortaleza política, económica y militar y por tanto de la confianza en un mundo libre. En tal escenario, el rearme estadounidense era indispensable para disuadir un posible ataque de Moscú, y de producirse poder vencerlo, ya que “las fuerzas de tal magnitud y carácter son necesarias no sólo para la protección contra en desastre sino también para apoyar nuestra política exterior”<sup>2916</sup>, al igual que la unión del mundo libre contra los designios totalitarios soviéticos, y que los aspectos psicológicos y económicos de la lucha<sup>2917</sup>.

La NSC 68 reforzaba los conceptos clave de la Doctrina Truman, como el carácter ideológico del conflicto con el mundo soviético, la necesidad imperiosa de un papel activo de Estados Unidos en la escena internacional para frenar el avance del comunismo, el rearme visto como medida disuasoria frente a los movimientos aventureros del Kremlin, o el carácter global de la lucha, sin distinción ya entre intereses periféricos y vitales, pues Estados Unidos tenía poco margen de tiempo para actuar, ya que la Unión Soviética podría contar con la bomba termonuclear en 1954, lo que perjudicaría las perspectivas de una efectiva política de contención, por todo ello “debemos mediante un rápido y constante refuerzo de la fortaleza política, económica y militar del mundo libre” frustrar los planes del Kremlin para dominar el mundo, pues debía ser reconocido por todos que “la guerra fría es de hecho una guerra real en la que la supervivencia del mundo libre está en juego”<sup>2918</sup>.

Como vemos, la NSC-68 de Nitze concedía un papel destacado a los aspectos militares de la contención, rechazando la renuncia al primer uso del armamento nuclear y dotando de un carácter global a la lucha anticomunista, pues Moscú albergaba planes hostiles hacia Estados Unidos, y a pesar de que Nitze dijo haberse basado en la NSC-20/4 elaborada por Kennan, las diferencias entre ambos eran evidentes. Kennan siempre primó los aspectos políticos de la contención sobre los militares, además de sostener que se debía limitar ésta a ciertas regiones de vital importancia para Estados Unidos y no convertirla en una cruzada mundial, pues los líderes soviéticos tan sólo respondían al tradicional sentimiento de inseguridad ruso<sup>2919</sup>. La NSC-68 al calificar de ideológica la brecha entre el mundo Occidental y el comunista, frente al protagonismo del sentido de inseguridad ruso del enfoque empleado por Kennan, inherentemente aceptaba que los compromisos con Moscú serían muy difíciles de lograr, no quedándole más recurso a Estados Unidos que

---

<sup>2915</sup> *Ibíd.*

<sup>2916</sup> *Ibíd.*

<sup>2917</sup> *Ibíd.* como se recoge en el propio documento “nuestra política global en el presente debe ser descrita como una diseñada para fortalecer un medio internacional en el que el sistema americano pueda florecer. Así se rechaza el concepto de aislamiento y se afirma la necesidad de nuestra participación positiva en la comunidad mundial...nuestra posición como centro de poder del mundo libre coloca una pesada responsabilidad sobre los Estados Unidos para el liderazgo. Debemos organizar y reclutar las energías y recursos del mundo libre en un programa positivo para la paz que frustré el diseño del Kremlin de dominación mundial...la Guerra Fría es un hecho real en el que la supervivencia del mundo libre está en juego”, *Ibíd.*

<sup>2918</sup> *Ibíd.*

<sup>2919</sup> THOMPSON, *op.cit.*, p. 111.



desarrollar su brazo armado como elemento de disuasión, abogando así por el rearme interno y la ayuda militar exterior, sobre todo de Europa Occidental.

La invasión de Corea del Sur por las tropas de Corea del Norte iniciada el 24 de junio de 1950, vino a confirmar para muchos en Washington la necesidad de implementar rápidamente los requerimientos militares incluidos en la NSC-68, y que se tradujeron en la práctica en la militarización de Alemania Occidental, el envío de más divisiones estadounidenses a Alemania y sobre todo en el desarrollo de la bomba de hidrógeno, a la que Kennan se oponía pero que ya Nitze consideraba esencial en la NSC-68, pues “si la Unión Soviética desarrolla un arma termonuclear antes que nosotros, aumentarán muchos los riesgos de un gran aumento de la presión soviética contra el mundo libre o de un ataque contra Estados Unidos”<sup>2920</sup>, de ahí que Estados Unidos debía ser el primero en lograr dicha arma para de ese modo ser capaz de reforzar la presión sobre la Unión Soviética (finalmente, tras haber tomado la decisión de desarrollar la bomba de hidrógeno a finales de enero de 1950, la Administración Truman vio coronados con éxito sus esfuerzos al detonar en noviembre de 1952 su primera bomba termonuclear<sup>2921</sup>).

En Corea se siguieron al pie de la letra las recomendaciones de la NSC 68, actuar aunque no fuese área vital para Estados Unidos y así evitar efectos negativos en sus aliados, con un aumento vertiginoso del gasto militar, pasando de un presupuesto en defensa de 13,5 billones de dólares en 1950 a 48,2 billones un año más tarde, a lo que habría que añadir el envío de más tropas y ayuda militar a Europa Occidental, Alemania incluida. Por ello la NSC 68 fue criticada, entre otros por R. Taft y H. Hoover, pues pensaban que sus altos costes económicos traerían consecuencias sociales adversas al pueblo estadounidense, máxime dado el carácter reactivo e indefinido de la estrategia defendida en la ella<sup>2922</sup>.

De todos modos, como veremos a continuación, donde más se dejaron sentir dichas críticas fue con la implementación del Programa de Asistencia de Defensa Mutua, y el anuncio de la Administración Truman de su intención de enviar más tropas a Europa.

*\* 1951: el último gran debate, las responsabilidades inherentes a las alianzas permanentes*

Con la creación de la Alianza Atlántica, la Administración Truman no sólo hizo participar a Estados Unidos en una alianza permanente es tiempos de paz por primera vez en su historia, sino que el artículo 3 del Tratado del Atlántico Norte recogía el deber de asistencia mutua para el mantenimiento y desarrollo de las capacidades individuales y colectivas de resistencia a un posible ataque, y como ocurriera en el plano económico con el Plan Marshall, al ser Estados Unidos el país con mayores recursos, no cabía duda de que sería el encargado de llevar el mayor peso de dicha asistencia, como quedara finalmente probado con la aprobación el 6 de

---

<sup>2920</sup> NSC-68, op.cit., p. 26..

<sup>2921</sup> THOMPSON, op.cit., p. 141.

<sup>2922</sup> GADDIS, op.cit., p. 113 y 118.



octubre de 1949 de la Ley Pública 329, o Ley de Asistencia Mutua de Defensa, por la que la Administración Truman creaba el Programa de Asistencia Militar, remedo armamentístico del Programa de Recuperación Europeo, con una partida presupuestaria inicial de 1,314 billones de dólares.

- ANTECEDENTES

A diferencia de la ayuda económica, Estados Unidos sí contaba con una larga experiencia en materia de asistencia militar, si bien hasta la aprobación de la Ley de Asistencia Mutua de Defensa nunca se había usado dicha ayuda como un instrumento de política nacional<sup>2923</sup>. Estados Unidos lanzó su primera misión militar a Corea en 1888, pero donde centró su asistencia militar fue en América Latina con numerosas misiones desde la década de 1920 para reforzar la estabilidad hemisférica (con programas de entrenamiento policial, ventas de armamento obsoleto...), si bien la directiva Harding de 1923 prohibiendo la venta de municiones al exterior, vigente hasta 1938, entorpecería de forma significativa la ayuda militar estadounidense. Como hemos visto, el comienzo de la II Guerra Mundial acabaría con los recelos del Congreso respecto a la asistencia militar, y en junio de 1940 la Resolución Pittman permitía de nuevo la venta de armas a América Latina, ventas que crecerían con la posterior Ley de Préstamo y Arriendo de marzo de 1941<sup>2924</sup>.

Al aumentar la ayuda militar en América Latina los mandos militares estadounidenses buscaban fortalecer la defensa hemisférica y de paso la influencia norteamericana en el resto del continente, sobre todo a través del entrenamiento militar y misiones de asesoramiento, con los objetivos de proteger el Canal de Panamá, defender los recursos materiales de la región y evitar un ataque enemigo desde bases sudamericanas, pero el Departamento de Estado temía que con ello se resintieran sus relaciones diplomáticas con sus socios americanos, sobre todo al favorecer a regímenes autoritarios como el argentino, circunstancia que para el primer Secretario de Defensa, James Forestal, no debía tenerse en cuenta para no inmiscuirse en asuntos internos de otros países. Las ayudas no sumaron más que 125 millones de dólares en 1943, y no sería hasta 1947, tras el anuncio de enero de Gran Bretaña reiniciando las ventas de armas al régimen peronista que los requisitos del Departamento de Estado se relajaron respecto al continente, más aun cuando la Guerra Fría ya comenzaba a enturbiar las relaciones entre ambas superpotencias, si bien la Administración Truman tuvo que renunciar al Programa de Defensa del Hemisferio Occidental ante las pocas perspectivas de aprobación en el Congreso, donde ni siquiera sería presentado<sup>2925</sup>.

No sólo América Latina fue objeto del debate en torno a la ayuda militar exterior, también China ocupó un lugar destacado en la vida política estadounidense desde los inicios de la II Guerra Mundial. En 1945 los objetivos estadounidenses en China consistían en apoyarla en la guerra contra Japón y al mismo tiempo fomentar su unidad y fortaleza nacional para que dejara de ser una fuente de inestabilidad en

---

<sup>2923</sup> PACH, Chester J. Jr *Arming the Free World. The Origins of the United States Military Assistance Program, 1945-1950*, Henry Holt and Company, New York, 2009, p. 7.

<sup>2924</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>2925</sup> *Ibid.*, p. 30-60.



Asia, por su parte, los dirigentes militares estadounidenses deseaban un mayor nivel de colaboración para eliminar en lo posible las injerencias europeas, aumentando con ello la influencia de Estados Unidos en el país, y como sucediera en América Latina, el Departamento de Estado no estaba muy conforme con dicho planteamiento. Tal disparidad de pareceres se acrecentó con el estallido de la guerra civil china, pues el Departamento de Estado no quería conceder más ayudas al dirigente nacionalista Chiang Kai-shek mientras la guerra civil continuase, de todos modos, tras dos meses del término de la II Guerra Mundial, Estados Unidos concedió 430 millones de dólares en ayudas al Gobierno nacionalista de Chiang (más o menos la mitad de lo asignado durante toda la guerra), lo que aumentó el temor ante los posibles efectos adversos en Moscú y a que tal incremento de ayuda metiese de lleno a Estados Unidos en el conflicto interno chino. Para entonces J. Forestal ya sostenía que el principal objetivo de la ayuda era contener la expansión del comunismo en Asia, pero dadas las dificultades del Gobierno para poner fin al conflicto, Truman decidió enviar a G. Marshall en 1946 para lograr un acuerdo entre las partes, pero Marshall no pudo alcanzar tal acuerdo entre comunistas y nacionalistas, ni siquiera sirvió que utilizase la ayuda militar al Gobierno como estímulo para conseguir un pacto estable, pero Chiang, confiado en poder vencer a la guerrilla comunista en el campo de batalla, rompió la tregua y Marshall regresó a Washington en enero de 1947 sin lograr sus objetivos<sup>2926</sup>.

Aunque los casos chino y latinoamericano ilustran las dificultades con las que siempre se enfrentó la ayuda militar exterior en Estados Unidos, no sería hasta el anuncio de la Doctrina Truman cuando el debate en torno a la misma adquiriría especial relevancia. La crisis greco-turca provocó en la clase política estadounidense un vuelco estratégico en el que la ayuda militar jugaría un papel especial, de hecho, con la decisión de asistir a griegos y turcos, la Administración Truman dio el primer paso hacia un programa de ayuda militar comprensivo, pues hasta entonces toda la ayuda militar carecía de un plan organizado que la englobase en un conjunto, respondiendo más bien a las contingencias que se presentasen en el momento, con los objetivos difusos de aumentar la preparación defensiva de los países concernidos, asegurar su apoyo a Estados Unidos y fomentar su buena voluntad, y a partir de 1946, contener la expansión del comunismo<sup>2927</sup>.

Hasta marzo de 1946, cuando se desató la crisis iraní, Grecia y Turquía tan sólo habían recibido 73 millones de dólares en ayuda estadounidense, pero con la presión soviética sobre Ankara, Moscú amenazaba con hacerse con el control de los Dardanelos, el Mar Egeo, Grecia y Oriente Medio, por lo que tanto el Departamento de Estado como la Junta de Jefes del Estado Mayor abogaron por conceder ayuda a Turquía y Grecia, ésta con el peligro de la guerra civil siempre presente a causa de la actividad de las guerrillas comunistas, eso sí, intentando no provocar con ello al Kremlin, puesto que la clave radicaba no tanto en la importancia intrínseca de ambas, sino en el efecto que su caída causaría en el resto de Europa. De hecho, Estados Unidos pasó rápidamente de conceder una pequeña ayuda, a ocupar el papel que hasta entonces había ejercido Londres en la región, a convertirse en el garante de su rearme para así garantizar su capacidad de resistencia a la penetración comunista y de paso

---

<sup>2926</sup> *Ibíd.*, p. 68-88.

<sup>2927</sup> *Ibíd.*, p. 89 y 5.



expresar la voluntad y formalidad estadounidenses<sup>2928</sup>. Tras la aprobación, el 12 de marzo de 1947, de la ayuda a griegos, 300 millones de dólares, y turcos, 100 millones, comenzaron los primeros planes globales de ayuda militar exterior (con pequeñas diferencias entre el Departamento de Estado y la Junta de Jefes de Estado Mayor, sobre todo a la hora de dirimir los principales países objeto de ayuda, ya que para los mandos militares Gran Bretaña, Alemania y Francia eran prioritarios, mientras que para los diplomáticos Italia, Austria y Corea copaban los primeros lugares de la lista), pero con unos recursos presupuestarios cada vez más escasos y un Congreso hostil a conceder más ayudas, las posibilidades de éxito de un plan global de asistencia militar exterior cedieron paso a otras medidas igualmente necesarias y de mayor atractivo político como el Plan Marshall<sup>2929</sup>.

Si Grecia sirvió como ensayo para la canalización de la ayuda exterior, al crearse un Grupo Asesor de Asistencia Militar estadounidense, con un jefe de misión, el Plan Marshall aportó el modelo a seguir para el futuro programa de asistencia militar, con dos principios clave, iniciativa europea y cooperación, con la Administración de Cooperación Económica como claro antecedente en su implementación<sup>2930</sup>. Además, tras la retirada aliada de Italia una vez proclamado el Tratado de Paz el 15 de septiembre de 1947, la escasa ayuda concedida a las autoridades italianas fue suficiente para asegurar el triunfo socialdemócrata en las elecciones de abril de 1948, alejando así el peligro de una victoria comunista, circunstancia que para las autoridades estadounidenses venía a demostrar la importancia psicológica de la ayuda militar en el contexto de la Guerra Fría, más aun con el inicio de las conversaciones para la creación de la Alianza Atlántica. Para entonces, tanto Forestal como Marshall aconsejaban a Truman proponer una Ley de Asistencia Militar, si bien de momento el Congreso, con el Senador Vandenberg a la cabeza, no lo aprobaría hasta que los europeos no uniesen sus esfuerzos en materia de defensa. La ayuda y la coordinación eran demandadas a su vez por el Consejo de Seguridad Nacional (en sus informes NSC 7 y NSC 14), lo que demuestra la mayor dificultad que tuvo la Administración Truman para ver aprobada la ayuda militar en comparación con la ayuda económica, un proceso que iría mucho más despacio y en medio de agrios debates interdepartamentales y entre los poderes Legislativo y Ejecutivo del Estado<sup>2931</sup>.

- PASOS HACIA LA LEY DE ASISTENCIA DE DEFENSA MUTUA

Tras el Pacto de Bruselas de marzo de 1948 se clarificó aun más la planificación de un plan global de ayuda militar a Europa, y ya con las negociaciones sobre el Tratado del Atlántico Norte resultaba claro que un simple plan de armamento para la nueva Alianza resultaría una medida limitada, necesitándose un programa global que concediese una mayor autoridad al Presidente en materia de asistencia militar y que a su vez coordinase todos los esfuerzos sobre la materia. Así, en diciembre de ese mismo año se crearía el Comité Dirigente de Asistencia Exterior formado por los Secretarios de Estado (cuyo Departamento estimaba que Europa

<sup>2928</sup> *Ibíd.*, p. 89-112.

<sup>2929</sup> *Ibíd.*, p. 129.

<sup>2930</sup> KAPLAN, Lawrence S. *A Community of Interests: NATO and the Military Assistance Program, 1948-1951*, US Government Printing Office, 1980, p. 7.

<sup>2931</sup> PACH, *op.cit.*, p. 143 y KAPLAN, *A Community of Interests...*, *op.cit.*, p. 16.



Occidental no podría rearmarse por sí sola sin poner en peligro su desarrollo económico) y de Defensa (con la Junta de Jefes de Estado Mayor calculando la necesidades europeas y las condiciones a cumplir para la concesión de la ayuda) y el Administrador de la Administración de Cooperación Económica, en cuyo seno se formaría el Comité de Correlación de Asistencia Exterior encargado de estudiar los detalles del futuro programa de asistencia militar (trabajando en los planos valorativo, legislativo, de necesidades europeas y de capacidades estadounidenses), cuyos objetivos serían disuadir al enemigo, y de producirse el ataque poder rechazarlo, ayudar a la recuperación económica a través de una mayor seguridad, y de ese modo aumentar la seguridad de Estados Unidos, y cuyos medios consistirían en la venta de armamento y materias primas, el envío de personal, la asistencia técnica y de inteligencia y el reembolso de costes<sup>2932</sup>. Un mes más tarde, sería el propio Truman quien en su discurso inaugural de 1949 incluiría el fortalecimiento de los aliados como tercer pilar de su política exterior, tras declarar su intención de fortalecer a las Naciones Unidas, de continuar con sus programas para la recuperación de la economía mundial y antes de anunciar el uso de los avances estadounidenses para el beneficio de las áreas menos desarrolladas del planeta<sup>2933</sup>.

Pero para ello, el Congreso estadounidense antes tenía que cerciorarse de que los Gobiernos europeos hacían su parte cooperando y esforzándose en su propia defensa, con ese fin la Administración Truman pretendía calcar el modelo del Plan Marshall en el nuevo programa de ayuda militar, es decir, que fuesen los europeos quienes pidiesen la ayuda para rebajar así tanto las críticas internas (por su elevado coste y la corrupción del equilibrio de poderes) como externas (de imperialismo desde Moscú), con tal fin el Comité de Correlación de Asistencia Exterior creó el Comité de Coordinación Europea con sede en Londres para atender las demandas de los aliados y unir así las impresiones de los países europeos con el objetivo de dar a luz un plan coordinado bajo los principios de autoayuda, asistencia recíproca y derechos sobre bases<sup>2934</sup>.

Con la Alianza Atlántica prácticamente constituida, los debates internos y externos se sucedieron respecto a la asistencia militar, encarnación práctica del Art. 3

---

<sup>2932</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 24-28.

<sup>2933</sup> Truman indicaba que “fortaleceremos a las naciones amantes de la libertad contra los peligros de la agresión. Estamos trabajando ahora con un número de países en un acuerdo conjunto para fortalecer la seguridad del área del Atlántico Norte [...] el propósito primordial de tales acuerdos es dar prueba irrefutable de la determinación de los países libres de resistir ataques armados de cualquier parte. Todo país participante en estos acuerdos debe contribuir con todo lo que pueda a la defensa común” No en vano “avanzaremos hacia un mundo donde la libertad humana esté segura. A ese fin consagraremos nuestra fortaleza, nuestros recursos y nuestra firmeza de determinación”, las citas pertenecen a TRUMAN, Harry S., Discurso Inaugural del 20 de enero de 1949, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13282&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13282&st=&st1=).

<sup>2934</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 32. El Comité de Coordinación Europea estaba integrado por los Representantes de la Mesa de Suministro Militar de la Unión Occidental, de la Junta de Jefes de Estado Mayor y del Comité Económico y Financiero de la Administración de la Cooperación Económica, en su seno fue rechazada la petición británica de que Estados Unidos considerase globalmente la petición de los países del Grupo del Pacto de Bruselas, y no bilateralmente como era la intención estadounidense, así mismo, dichos países veían con desagrado que la ayuda también incluyera a otros países europeos fuera del mismo, como Italia y Dinamarca



de la Alianza, así, dentro del Departamento de Defensa, la Junta de Jefes de Estado Mayor estaba preocupada por la compatibilidad de la ayuda con los recursos estadounidenses, pues, debido al carácter global de la ayuda, se podrían adoptar demasiados compromisos teniendo en cuenta dichos recursos, algo que sin duda el Congreso analizaría con lupa, con todo, la Junta presentó un programa de asistencia militar cuyo coste ascendía a 1,786 billones de dólares, a repartir entre la Unión Occidental y otros once países, propuesta que más o menos coincidía con la elaborada por el Departamento de Estado de 1,766 billones de dólares, si bien se reducía el porcentaje de ayuda a Europa para estimular su crecimiento económico a través de su propia industria armamentística. Ambas propuestas serían rebajadas a 1,155 billones de dólares por oficiales de la Oficina del Presupuesto, presupuesto que en abril de 1949, tras duras negociaciones, se fijó en 1,45 billones, 1,13 para Europa, con los objetivos de contener el comunismo fortaleciendo la capacidad defensiva de terceros países, de revitalizar la industria militar en Estados Unidos, de lograr bases y derechos de tránsito en reciprocidad y sin olvidar los efectos psicológicos positivos que la ayuda tendría en la moral de los aliados<sup>2935</sup>. En cuanto a las diferencias con los socios europeos, el principal escollo a salvar fue la distinta interpretación que estos y Estados Unidos hacían del principio de reciprocidad, mientras que para los primeros consistía en la promesa de luchar juntos en una posible guerra contra la Unión soviética, para los estadounidenses se traducían en bases y derechos de tránsito, al final, la solución vino con la aceptación de derechos transitorios, con el Departamento de Defensa presionando para obtener dichas bases y derechos, y el Departamento de Estado preocupado porque dichas presiones no enturbiasen las relaciones trasatlánticas<sup>2936</sup>.

Una vez alcanzado un acuerdo sobre los pormenores del programa de ayuda militar, la Administración Truman comenzó una campaña pública a su favor que pronto fue aparcada a un lado ante la presumible negativa del Congreso a aprobarlo junto al Tratado del Atlántico Norte, incluso D. Acheson aconsejó al Presidente Truman retrasar su presentación al Congreso hasta no ser ratificado aquel, así, el 25 de julio de 1949 el Proyecto de ley de Asistencia de Defensa Mutua fue presentado en el Congreso, formado por tres tipos de ayuda : económica para el aumento de la producción militar, transferencia directa de equipos y préstamo de personal estadounidense, destacando sobre todo el carácter defensivo del mismo y los beneficios para Estados Unidos de una Europa más fuerte<sup>2937</sup>. Ya en un inicio la Administración Truman comprobó que la oposición a dicha medida sería muy dura.

La oposición Republicana, con los conciliadores Vandenberg y J. F. Dulles a la cabeza, no rechazaban la ley en sí misma, sino el modo en que el Gobierno pretendía ejecutarla, sobre todo temían que los poderes discrecionales que la propuesta otorgaba al Presidente (quien adjudicaría las ayudas en base a un plan global y no por países) acabase con el bipartidismo imperante desde el inicio de la Guerra Fría. Tal postura obligó a Acheson a reaccionar presentando una nueva propuesta el 5 de agosto que enmendaba los principales fallos de la inicial (rebajando

---

<sup>2935</sup> PACH, op.cit., p. 200-219.

<sup>2936</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 35. En juego también se encontraba la dirección del programa de asistencia militar, batalla que finalmente se decantaría a favor del Departamento de Estado.

<sup>2937</sup> *Ibíd.*, p. 44.



los poderes presidenciales y otorgando la ayuda país por país, de todos modos, tanto Vandenberg como Dulles querían condicionar la ayuda a la creación de un plan estratégico en la Alianza Atlántica<sup>2938</sup>).

El abanico de protestas ante la ayuda militar exterior fue muy amplio, mientras una minoría Demócrata encabezada por los Senadores H. F. Byrd por Virginia, W. F. George y R. Russell ambos por Georgia, se oponía al programa presentado por su excesivo monto económico, algunos Senadores Republicanos tildaron la propuesta de ser un plan británico para arruinar al Tesoro estadounidense, mientras en sentido contrario, otros lo consideraban un instrumento para favorecer a la banca Rockefeller, por su parte, el Senador R. Taft acusaba a la propuesta presidencial de ser contraria al espíritu de Naciones Unidas y peligroso para Estados Unidos, si bien China fue sin duda uno de los temas estrella durante la negociación, pues dirigentes como los Senadores Republicanos J. M. Voris por Ohio y W. F. Knowland por California, y el Representante también Republicano por Minnesota W. H. Judo, criticaron la estrategia eurocéntrica de la Administración que dejaba a China sin partida alguna de ayuda<sup>2939</sup>.

Según Dean Acheson lo que se encontraba bajo la superficie del debate por parte de los opositores era

el deseo de un presupuesto y economía equilibrados a bajo nivel, la resistencia a encarar y aceptar las responsabilidades del poder, la creencia del bloque pro-China de que nuestros intereses y fondos estaban excesivamente concentrados en Europa y, quizá más que nada, un resentimiento amargo de los Republicanos por la victoria totalmente inesperada del Presidente en 1948<sup>2940</sup>

La solución final de compromiso para lograr la aprobación de la Ley de Asistencia de Defensa Mutua consistió en rebajar el total de la ayuda a 1,314 billones de dólares, de los cuales un billón serían para los países integrantes de la Alianza Atlántica (si bien aquí Vandenberg logró separar cien millones condicionándolos a la aprobación de un plan de defensa integrado para el área atlántica), cuya mitad sería repartida en el año 1951, mientras que del resto de la ayuda destacaban los 75 millones reservados al área de China, y que finalmente Truman destinaría a Indochina, pero que logró vencer la resistencia del grupo pro chino en el Congreso. Con todo, la Ley 329 o de Asistencia de Defensa Mutua fue aprobada en la Cámara de Representantes por 223 votos a favor y 109 en contra, y en el Senado el 22 de septiembre por 55 a 24, siendo firmada por el Presidente Truman el 6 de octubre, en ella también se incluían algunas peticiones del Departamento de Defensa, como unir la ayuda a la elaboración de un plan estratégico y al consentimiento del Secretario de Defensa en consulta con la Junta de Jefes de Estado Mayor<sup>2941</sup>.

Para el Presidente Truman, la Ley de Asistencia de Defensa Mutua

<sup>2938</sup> PACH, op.cit., p. 223.

<sup>2939</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p.48 y PACH, op. cit., p. 224.

<sup>2940</sup> ACHESON, Dean *Present at the Creation. My Years in the State Department*, W W Norton and Company, New York, 1987, p. 307.

<sup>2941</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 51 y PACH, op.cit., p. 225 y ACHESON, op.cit., p. 312.



es una contribución notable a la seguridad colectiva de las naciones libres del mundo. Es uno de los pasos que estamos tomando con otros pueblos libres para reforzar nuestra defensa común para el avance de los principios de paz y orden internacionales encarnados en las Naciones Unidas<sup>2942</sup>

Ya que los hombres no pueden progresar bajo el yugo de la amenaza constante a un ataque, la ayuda era imprescindible para el desarrollo económico y el restablecimiento de su confianza en el futuro, más aun si se tenían en cuenta los últimos avances en tecnología militar, por todo ello “ésta ley es necesaria sólo a causa de las condiciones inestables del mundo de hoy”<sup>2943</sup>, por tanto, no respondía a ningún designio de rearme del campo Occidental, como prueba Truman terminaba su discurso asegurando el deseo de Estados Unidos de llegar a un acuerdo de desarme en el seno de Naciones Unidas. Como vemos, Truman defendió el Programa de Asistencia de Defensa Mutua en los mismos términos en que había defendido meses atrás a la Alianza Atlántica, como un medio para prevenir la agresión, ya que

no nos armamos, ni armamos a nuestros amigos para luchar con nadie. Construimos defensas sólo para tener que luchar...las naciones democráticas no desean la agresión; solamente quieren ser capaces de defender sus hogares...el coste de tal programa es considerable, pero representa una inversión segura que valdrá varias veces su coste. Forma parte del precio de la paz. ¿Qué es mejor, hacer gastos para salvar la paz o arriesgar todos nuestros recursos y capital en otra guerra?<sup>2944</sup>

#### - IMPLEMENTACIÓN

Inmediatamente después de la firma presidencial, el 3 de noviembre comenzaron las conversaciones con los aliados europeos sobre los planes de acuerdos bilaterales en los que Estados Unidos presentaba siete condiciones que reflejaban los deseos del Congreso respecto a la concesión de ayuda militar, en concreto, relativas a las bases y derechos de tránsito, al carácter recíproco de la ayuda comprometida, sobre control estadounidense de la transferencia de materiales, a la protección del personal estadounidense en el exterior e inmunidad diplomática, negociaciones sobre comercio Este-Oeste y que toda la ayuda se destinaría a la defensa integrada del área del Atlántico Norte. Mientras Estados Unidos entabló negociaciones bilaterales al respecto, los europeos querían hacerlo como grupo, tanto por cuestiones de honor nacional, como para rebajar el control estadounidense y no ver mermadas sus capacidades comerciales con los países del Este, aunque finalmente los acuerdos fueron firmados el 27 de enero de 1950 entre Estados Unidos y los ocho integrantes europeos de la Alianza Atlántica, mismo día en que ésta dio a conocer la aprobación de su plan estratégico, requisito del Congreso, junto a los acuerdos bilaterales, para poner en marcha el programa de ayuda militar, y que consistía en una división del

---

<sup>2942</sup> TRUMAN, Harry S., Declaración sobre la firma de la Ley de Asistencia de Defensa Mutua del 6 de octubre de 1949, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13322&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13322&st=&st1=).

<sup>2943</sup> *Ibíd.*

<sup>2944</sup> TRUMAN, *op.cit.*, p. 251.



esfuerzo militar donde Estados Unidos se encargaría de la defensa aérea, Gran Bretaña de la naval y los países europeos continentales de aportar sus fuerzas terrestres<sup>2945</sup>, dicho concepto nacía del reconociendo de que ninguna nación europea podía crear por sí misma una fuerza militar completa, haciéndose por tanto necesarias la colaboración y la subsidiaridad según las capacidades y en base regional<sup>2946</sup>.

Como ya se ha visto, hasta el momento la ayuda militar estadounidense había carecido de un programa y una estructura coordinada que aglutinase todos los esfuerzos en la materia, y de dicha descoordinación no pudo librarse el esquema organizativo inicial del Programa de Asistencia de Defensa Mutua puesto en marcha por la Administración Truman, que adolecía claramente de una complejidad engorrosa fruto de los conflictos interdepartamentales por el control del mismo. En la cúpula de mando se encontraba el Presidente mismo, por debajo del cual se encontraba el Comité Dirigente de Asistencia Militar Exterior, que a su vez controlaba el Comité de Coordinación de Asistencia Militar Exterior, esto por lo que respecta a nivel de Washington, a nivel regional europeo la estructura se ramificaba con el Comité de Coordinación Europeo (formado por representantes de los Departamentos de Defensa y Estado y de la Administración de Cooperación Económica), al mando del Director Ejecutivo que coordinaba a los embajadores estadounidenses tanto en los socios de la Alianza como en el resto países objeto de ayuda, que a su vez controlaban a las respectivas misiones militares y de la Administración de Cooperación Económica<sup>2947</sup>.

Al comienzo, la concesión de ayudas fue lenta, para julio de 1950 Francia sólo había recibido el 5,1 por ciento de la ayuda asignada, Bélgica el 4,7 por ciento, Holanda el 10,8 por ciento, lo mismo que Italia, Grecia el 8,6 por ciento y Turquía un mínimo 0,2 por ciento, a lo que se sumaba la preocupación del resto de socios europeos por el presumible rearme alemán pretendido por Estados Unidos, además los holandeses no estaban conformes con los planes de defensa pues temían ser invadidos de nuevo en las primeras fases de un futuro conflicto. De todos modos, la invasión de Corea de Sur por Corea del Norte dotó de un renovado sentido de urgencia a la ayuda militar exterior y el 29 de junio se aprobaba el Programa de Asistencia de Defensa Mutua del año 1950, sólo cuatro días después de comenzada la guerra, con 66 votos a favor y ninguna en contra en el Senado, y 361 a uno en la Cámara de Representantes el 19 de julio, siendo firmada por el Presidente Truman el 26 de julio<sup>2948</sup>. La Guerra de Corea fue decisiva para Estados Unidos, tanto que C. Bohlen no dudó en afirmar que más que la II Guerra Mundial, fue Corea la que convirtió a Estados Unidos como superpotencia, impulsando de forma definitiva la Doctrina Truman y las directrices de la NSC 68<sup>2949</sup>. Como se aprecia en el siguiente gráfico, a partir de entonces la ayuda militar superaría a la económica como principal instrumento de contención de Estados Unidos, característica que perviviría para el resto de la Guerra Fría.

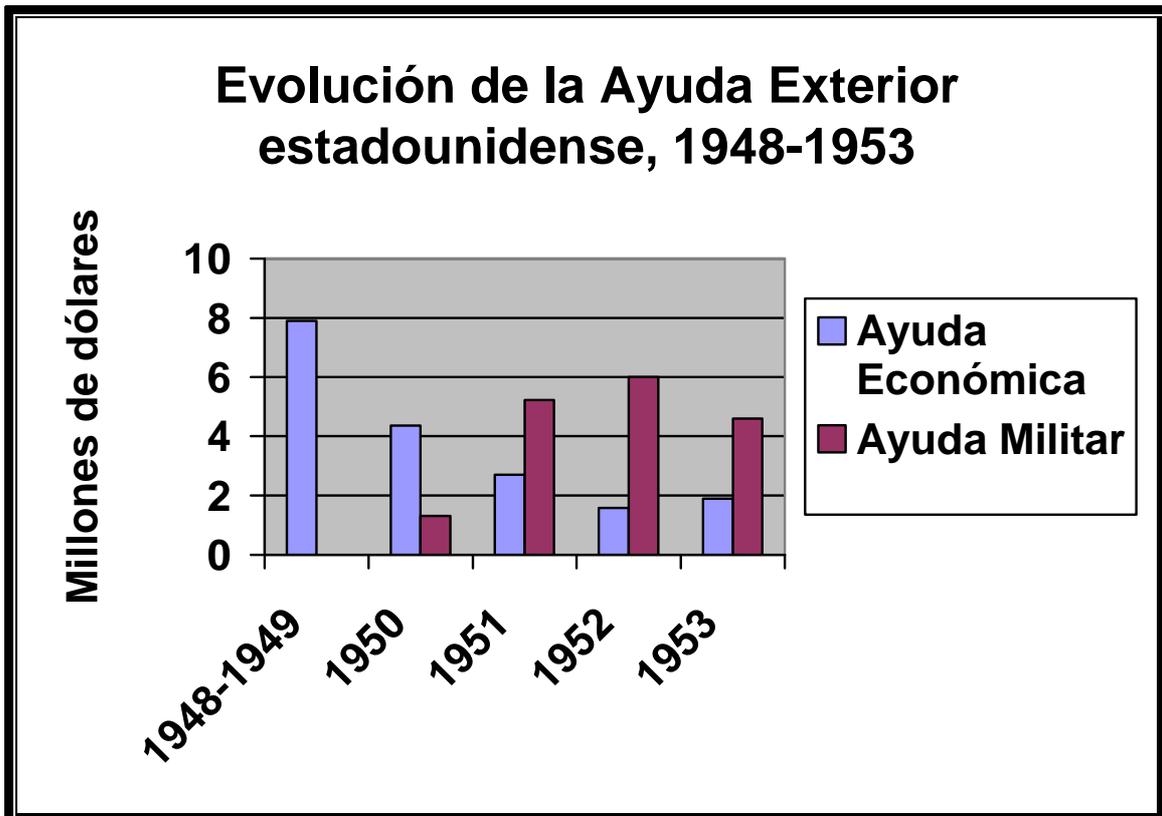
<sup>2945</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 60 y 66.

<sup>2946</sup> ACHESON, op.cit., p. 352.

<sup>2947</sup> *Ibíd.*, p. 84.

<sup>2948</sup> *Ibíd.*, p. 92-100.

<sup>2949</sup> *Ibíd.*, p. 102.



Fuente: elaboración propia.

De todos modos, para los aliados europeos la ayuda militar no sólo consistía en aumentar los fondos destinados a la misma, sino que además pedían un incremento de las tropas estadounidenses destinadas en el continente, no sólo por los acontecimientos en Corea, sino por las complicaciones derivadas de la entrada de Alemania Occidental en la defensa atlántica. Mientras los franceses aspiraban a ampliar el primer frente defensivo más allá del Rin, tal medida implicaba la integración de tropas alemanas en la Alianza, requisito imprescindible para Estados Unidos, y que fue aceptada en agosto de 1950 integrando las tropas alemanas dentro de las fuerzas de defensa europeas comandadas por un comandante aliado estadounidense, con la contrapartida del envío de cuatro nuevas divisiones estadounidenses a Europa, decisión recomendada por los nuevos Secretarios de Defensa y Estado, Johnson y Acheson, al Presidente a inicios de septiembre, quien el 9 del mismo mes anunciaba su compromiso de lograr el visto bueno del Congreso al aumento de las fuerzas estadounidenses en Europa, mientras la Junta de Jefes de Estado Mayor pedía reciprocidad por parte europea, es decir, aceptación de tropas alemanas y un mayor esfuerzo, pero para ello Alemania occidental reclamaba más tropas estadounidenses en su suelo, dar por finalizada su ocupación militar e igual estatus que el resto de miembros de la Alianza, al tiempo que Francia continuaba pidiendo nuevas garantías contra el militarismo alemán, que sólo más tropas estadounidenses podría controlar<sup>2950</sup>. Ese mismo verano tanto Londres como París presentaron sendos planes de aumento del gasto militar y un programa global para

<sup>2950</sup> *Ibíd.*, p. 108-112 y COOK, *op.cit.*, p. 246.



aumentar de cinco a quince las divisiones preparadas en Europa, pero lo que facilitó más el dialogo trasatlántico fue la sustitución de Jonson por Marshall en la Secretaría de Defensa, lo que facilitó la labor conciliatoria de Acheson con los franceses, accediendo a limitar el porcentaje de tropas alemanas al 20 por ciento del total de fuerzas europeas<sup>2951</sup>.

La cuestión alemana era de capital importancia para el éxito de la unidad trasatlántica, tras la constitución de la República Federal de Alemania el 21 de septiembre de 1949, su participación en la nueva estructura defensiva era tan decisiva para el futuro europeo como su recuperación económica, es más, mientras las autoridades de Estados Unidos veían su rehabilitación e inclusión en la Alianza Atlántica como imprescindible para restaurar el balance de poder continental frente al poder soviético, dicha estrategia despertaba irremediamente los recelos franceses, cuya única defensa consistía en asegurar la permanencia estadounidense en Europa a través de sus tropas<sup>2952</sup>, por tanto, una vez más el problema alemán fue clave en la solución final acordada para el aumento de las tropas estadounidenses en suelo europeo..

Tras resolver las diferencias interdepartamentales y con los aliados europeos, la Administración Truman decidió que el General D. Eisenhower reunía las características apropiadas para ser aceptado tanto en Estados Unidos como en Europa como Comandante Supremo Aliado en Europa, además de creer firmemente en la necesidad de una Europa con una defensa creíble, el mismo Eisenhower pidió la autoridad suficiente para que la Alianza Atlántica diese el paso del plano diplomático al organizativo, asumiendo las tareas de organizar y entrenar a las unidades bajo su mando, preparar los medios para ejecutar las misiones asignadas y hacer recomendaciones sobre el despliegue de tropas e infraestructuras<sup>2953</sup>.

También en la reunión de Bruselas del 18 de diciembre se dieron nuevos pasos en el aspecto organizativo de la Alianza, con la creación del Comité Permanente de Representantes Militares con sede en Washington, de la Oficina del Grupo de Enlace en Londres, ciudad que también albergaba el Consejo de Delegados como estructura civil permanente de la Alianza, y del Cuartel General Supremo Aliado en París, donde se instalaría el General Eisenhower como Comandante Supremo desde enero de 1951, si bien el Cuartel no sería operativo hasta el 2 de abril siguiente<sup>2954</sup>.

El Programa de Asistencia de Defensa Mutua, más allá de la ayuda en sí prestada, fue importante para el aumento de la cooperación aliada, la concesión de un mayor grado de seguridad a Europa y la creación de una estructura necesaria y adecuada de asistencia, de ahí que su mayor logro fuese el refuerzo psicológico que aportó a los aliados, pues entonces la ayuda económica aun seguía siendo el principal instrumento de contención del comunismo, mostrando al mundo, a diferencia de los inicios de ambas guerras mundiales, la existencia de un bloque Occidental sólido, que tuviese en cuenta además los temores europeos a que el aumento del gasto militar

---

<sup>2951</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 127.

<sup>2952</sup> IRELAND, op.cit., p. 170.

<sup>2953</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 131.

<sup>2954</sup> ISMAY, op.cit., Cap. IV, párrafo 28.



repercutiera negativamente en la recuperación económica<sup>2955</sup>, de ahí el acierto de las autoridades estadounidenses a liderar el esfuerzo de la ayuda, no cargando en exceso a las débiles economías europeas con un programa militar en constante crecimiento (lo que también a nivel interno aumentó las críticas a la Administración Truman).

*\* 1951: el último gran debate, las responsabilidades inherentes a las alianzas permanentes*

En noviembre de 1950 Dean Acheson ya había pedido una reevaluación de la ayuda económica y militar a Europa. Si el bloqueo de Berlín había convencido al Secretario de Estado de que la diplomacia tradicional no funcionaba con Moscú, y sí más bien el cálculo de fuerzas en detrimento de las concesiones mutuas<sup>2956</sup>, para la primavera de 1950 ya había concebido su concepto de lo que él mismo denominaba *diplomacia total* que debía permitir a Estados Unidos negociar desde una posición de ventaja, lo que se traducía en obligar a la Unión Soviética a acuerdos consistentes con los objetivos Occidentales, para que así Moscú dejase de beneficiarse de determinadas situaciones de debilidad por todo el mundo, para evitarlo, Estados Unidos debía crear *situaciones de fortaleza* desde las cuales influir en el comportamiento soviético, en consonancia con lo defendido en la NSC 68, y en concreto en lo relativo al aumento del gasto en defensa<sup>2957</sup>.

Acheson abogaba por erigir esas *situaciones de fortaleza* especialmente alrededor del perímetro de la Unión Soviética, pero para ello tanto Estados Unidos como sus aliados deberían aumentar sus gastos en seguridad, el problema, como hemos visto, residía en que el rearme alemán era indispensable para el Departamento de Defensa, y como contrapartida del mismo, Francia y el resto de aliados pedían más tropas estadounidenses en el continente, que el Pentágono estimaba ya en cuatro o seis divisiones<sup>2958</sup>.

Tras la toma de decisión favorable al aumento de tropas estadounidenses en Europa por la Administración Truman, el debate que se iniciaría se convirtió en la última oportunidad de los no internacionalistas para contrarrestar el internacionalismo bipartidista. Para ello situaron las discusiones en tres niveles distintos, uno constitucional, otro estratégico y uno político, con el Congreso dividido en tres campos, los que apoyaban a la Administración por un lado, con el Senador por Texas T. Conally al frente, los neo-aislacionistas, liderados por el Senador R. Taft y los Republicanos bipartidistas, como los Senadores H. C. Lodge Jr., por Massachusetts y C. W. Smith por Nueva Jersey<sup>2959</sup>.

Mientras los neo-aislacionistas no estaban dispuestos a aprobar ningún refuerzo de las fuerzas estadounidenses desplegadas ya en Europa, pues consideraban que el poder aéreo, naval y atómico de Estados Unidos era ya suficiente garantía de

<sup>2955</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, op.cit., p. 70-77.

<sup>2956</sup> CHACE, James Acheson. *The Secretary of State who creates the American World*, Simon & Schuster, New York, 1998, p. 203.

<sup>2957</sup> *Ibíd.*, p. 372.

<sup>2958</sup> *Ibíd.*, p. 323.

<sup>2959</sup> KEPLEY, op.cit., p. 287 y 313.



seguridad para los europeos, y de enviarse, debería hacerse bajo el visto bueno del Congreso, para los Republicanos bipartidistas, dicho consentimiento era la clave para lograr el envío de más tropas, medida que apoyaban siempre que fuese aprobada por el Congreso, más aun cuando el 19 de diciembre de 1950 el Presidente Truman había anunciado el nombramiento del General D. Eisenhower como Comandante Supremo Aliado en Europa, tan sólo tres días más tarde de declarar el estado de emergencia nacional, lo que sin duda agravó los temores Republicanos a una aprobación del envío de más tropas sin consulta previa al Congreso<sup>2960</sup>.

Tales temores no estaban injustificados, puesto que en la proclamación de emergencia nacional, Proclamación 2914 del 16 de diciembre de 1950, motivada a causa de que “la conquista mundial por el imperialismo comunista es el objetivo de las fuerzas de agresión que han sido soltadas sobre el mundo”<sup>2961</sup>, el Presidente Truman requería

que las defensas militares, navales, aéreas y civiles de éste país sean fortalecidas tan rápido como sea posible con el objeto de repeler cualquiera y todas las amenazas contra nuestra seguridad nacional y para cumplir con nuestras responsabilidades en los esfuerzos que sean hechos a través de las Naciones Unidas y de otras formas para lograr una paz duradera<sup>2962</sup>

Inmediatamente, el 20 de diciembre de 1950, el ex Presidente H. Hoover, como hemos visto, siempre activo en los debates de política exterior, dio comienzo al denominado Gran Debate sobre el envío de cuatro divisiones a Europa apelando a la debilidad europea para justificar su rechazo al envío de más tropas y material estadounidenses a Europa hasta que los europeos no se fortaleciesen, pues sino se corría el riesgo de que la nación llegara a la bancarrota, cuando en realidad la política más apropiada era salvaguardar la salud económica de Estados Unidos<sup>2963</sup>.

H. Hoover presentó una propuesta basada en cuatro postulados:

1. Imposibilidad de victoria en una guerra convencional dada la superioridad soviética en el terreno,
2. La única disuasión real con la que contaba Estados Unidos residía en su poder naval y aéreo,
3. Las armas atómicas eran menos determinantes de lo que en un principio se pensaba, y
4. Las Naciones Unidas han sido derrotadas en Corea por la China comunista.

Y por tanto pedía lo siguiente:

---

<sup>2960</sup> *Ibíd.*, p. 293.

<sup>2961</sup> TRUMAN, Harry S., Proclamación de Existencia de una Emergencia Nacional del 16 de diciembre de 1950, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13684&st=national&st1=emergency](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13684&st=national&st1=emergency).

<sup>2962</sup> *Ibíd.*

<sup>2963</sup> CHACE, op.cit., p. 326.



1. Preservar a Estados Unidos como el Gibraltar del Hemisferio Occidental,
2. Mantener los Océanos con sus fronteras delimitadas a Gran Bretaña, Japón, Formosa y Filipinas,
3. Aumento del poder naval y aéreo estadounidense,
4. Rebajar los gastos, equilibrar el presupuesto y evitar la inflación,
5. Ayudar a los hambrientos del mundo,
6. No más rendiciones de los intereses Occidentales como en Yalta o Teherán, y
7. Los europeos han de ser los primeros obligados a defenderse a sí mismos, Estados Unidos no puede substituirles.

Mientras que Dean Acheson defendía la necesidad de enviar más tropas a Europa dentro del Programa de Asistencia de Defensa Mutua por cinco razones principales:

1. Si Estados Unidos abandonaba a su suerte a sus aliados europeos, dejaría a merced de la Unión soviética una zona de amplios recursos,
2. De ser así, la Unión Soviética lograría tal poder que haría inútil todo esfuerzo estadounidense por contrarrestarlo,
3. En tales circunstancias, la ventaja soviética alejaría aun más las posibilidades de alcanzar acuerdos mediante negociaciones,
4. La alternativa sería el recurso a las armas nucleares, y
5. La retirada a la “fortaleza América” cambiaría su sistema y naturaleza democráticos bajo el peso de la constante amenaza<sup>2964</sup>.

La experiencia en Corea había demostrado según Acheson que la fuerza aérea por sí sola no era suficiente disuasión, haciendo necesaria la presencia de una fuerza terrestre creíble, equilibrada a la comunista, para amedrentar al expansionismo soviético, mientras que al mismo tiempo, para acallar las acusaciones contra la presunta pasividad europea. Por su parte, el General Eisenhower, cuya defensa del envío de tropas fue esencial para sustentar el entonces precario consenso bipartidista, describía los esfuerzos europeos en materia de defensa y el Secretario de Defensa Marshall explicaba los planes de defensa en el seno de la Alianza Atlántica<sup>2965</sup>.

Por el contrario, el Senador Taft, repudiando el internacionalismo de la Administración Truman, se negaba al envío de más tropas estadounidense a Europa bajo mando aliado, y abogaba por defender aquellas zonas que pudieran ser amparadas por las fuerzas naval y aérea estadounidenses, como por ejemplo China, y no dudó en presentar su propio plan de aumento del ejército, basado en el poder aéreo-naval:

1. Asignación de 20 billones de dólares para una fuerza aérea-naval de 70.000 efectivos cada una,
2. Asignación de 20 billones de dólares para unas Fuerzas Armadas de 1,5 millones de efectivos,

<sup>2964</sup> ACHESON, op.cit., p. 482.

<sup>2965</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, p. 152.



3. Y 25 billones de dólares para el resto de gastos, incluida la ayuda exterior<sup>2966</sup>.

Taft lideró la oposición al envío de tropas, y de paso a todo el internacionalismo Demócrata, criticando igualmente a las Naciones Unidas por ser incapaces de salvaguardar la paz y seguridad internacionales, pues de no serlo, Estados Unidos reduciría el riesgo de inflación y de rebajar las libertades internas a causa del conflicto bipolar con la Unión Soviética, además, no creía que el Presidente tuviese la potestad de enviar más tropas a Europa sin la aprobación del Congreso, asimismo, de enviarlas la Unión Soviética podría interpretarlo como un acto hostil y comenzar un ataque al sentirse amenazada, por tanto, lo mejor sería animar a los europeos a formar su propia fuerza, y después asegurarla con el poder aéreo estadounidense<sup>2967</sup>.

Para el Senador Taft lo esencial era preservar la libertad en Estados Unidos, no reformar el mundo ni proteger a quienes se habían valido por sí mismos hasta entonces, es decir, los europeos, que tampoco necesitaban de un General estadounidense al mando de sus ejércitos, pues según el propio Taft, ni siquiera el Art. 3 del Tratado del Atlántico Norte obligaba a Estados Unidos a aumentar su ayuda al resto de socios, menos aún al envío de más tropas<sup>2968</sup>.

Más o menos de la misma opinión era el ex embajador estadounidense en Londres J. P. Kennedy, quien se oponía al envío de las tropas al considerar suicida la alianza con Europa y Asia, y abogaba por centrarse en América, ya que estaba convencido de que el comunismo, como en Yugoslavia, no prendería por mucho tiempo en el resto de Europa<sup>2969</sup>.

La oposición al mismo Secretario de Estado Acheson se filtró en el debate al recordar el Senador por Iowa B. B. Hinkenlooper la respuesta negativa del anterior en 1949 a la pregunta de si el Programa de Asistencia de Defensa Mutua implicaba el envío de más tropas a Europa, entonces Acheson había contestado con un rotundo no, y por ello ahora el Senador le criticaba por faltar a su palabra.

El 8 de enero de 1951, el Senador Wherry presentaría su propuesta de resolución en la que se recogía la principal preocupación de la oposición respecto a los poderes presidenciales en la materia, al indicar que “ninguna fuerza terrestre de Estados Unidos debe ser asignada a tareas en el área europea para los propósitos del Tratado del Atlántico Norte a la espera de la formulación de una política al respecto por el Congreso”<sup>2970</sup>. Discutida en el Senado a partir del día 16, el 23 la Resolución fue enviada a los comités de Servicios Armados y al influyente de Relaciones Exteriores, contando a su favor con los testimonios del ex Presidente Hoover y del Senador Taft, sin embargo, los respectivos presidentes de ambos comités, los

---

<sup>2966</sup> ACHESON, op.cit., p. 392 y CHACE, op.cit., p. 327.

<sup>2967</sup> ACHESON, op.cit., p. 491.

<sup>2968</sup> KEPLEY, op.cit., p. 305.

<sup>2969</sup> KAPLAN, *A Community of Intrests...*, p. 151.

<sup>2970</sup> WHERRY, Kenneth S., Propuesta de Resolución 8 del 8 de enero de 1951 y KAPLAN, *A Community of Intrests...*, p. 151.



Senadores Demócratas R. B. Russell y T. Connally, presentarían su propia Resolución en la que, tras aprobar el nombramiento del General Eisenhower como Comandante Supremo Aliado en Europa, así como recalcar la necesidad de que Estados Unidos enviara más tropas al exterior para la defensa del área atlántica, enmendaban la Resolución Wherry al admitir tan sólo que el Presidente, en calidad de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, al tomar la decisión de enviar más tropas al exterior, consultaría, entre otros, con los Comités de Relaciones Exteriores y de Servicios Armados del Senado, además de la obligación de remitirles un informe semestral al respecto, es decir, según la Resolución Connally cuatro divisiones anunciado en febrero por Marshall<sup>2971</sup>, tan sólo debía consultar al respecto a los comités señalados. Con ello, los Demócratas lograron dividir a los Republicanos, y finalmente ver aprobado el envío de las tropas el 4 de abril por 69 votos a favor y 21 en contra, tras incluir una enmienda, patrocinada por los Demócratas sureños y los Republicanos bipartidistas, en la que sí se recogía la necesidad de aprobación del Congreso si posteriormente se decidía enviar más tropas de las cuatro divisiones iniciales, además de que el Presidente “consulte con la Junta de Jefes de Estado Mayor y que éste certifique que los aliados están haciendo un esfuerzo pleno y realista hacia una defensa colectiva antes de que nuestras tropas sean enviadas”<sup>2972</sup>, decisión que coincidía con el sentir de la mayoría de la opinión pública que por cinco a tres aprobaba tanto el envío de los soldados como el poder del Congreso<sup>2973</sup>.

La victoria fue todo un éxito para la Administración Truman, pues se dio en medio de unas circunstancias totalmente adversas para la misma, como la difícil situación en Corea, la destitución del General MacArthur, la tensa relación entre el Secretario de Estado Acheson y el Congreso y las escasas perspectivas de una sincera reconciliación franco-alemana, que complicaba la integración económica y militar europea, por último, el envío de cuatro nuevas divisiones a Europa suponía el triunfo de las tesis eurocéntricas defendidas por Eisenhower y Marshall, frente a las *asiáticas* de MacArthur<sup>2974</sup>.

No sólo Estados Unidos aumentó su nivel de compromiso con la Alianza Atlántica, como contrapartida europea, y en gran medida obligados por las dificultades económicas derivadas de una inflación a causa de la guerra en Corea, el 3 de marzo de 1951 se reorganizó el Consejo del Atlántico Norte para incluir a los Ministros de Exteriores, Defensa y de Economía, y se lograron acuerdos sobre el status legal de las fuerzas de la Alianza y de su personal civil, así como del financiamiento de los cuarteles generales, meses más tarde, en septiembre, se alcanzó un consenso para la incorporación de Grecia y Turquía en la Alianza, y en febrero de

---

<sup>2971</sup> ISMAY, op.cit., Capítulo V, párrafo 7, con esas 4 divisiones adicionales Estados Unidos contaría con 400.000 soldados desplegados en Europa, de un total de 2,9 millones de sus Fuerzas Armadas, el doble que nueve meses atrás.

<sup>2972</sup> ACHESON, op.cit., p. 495.

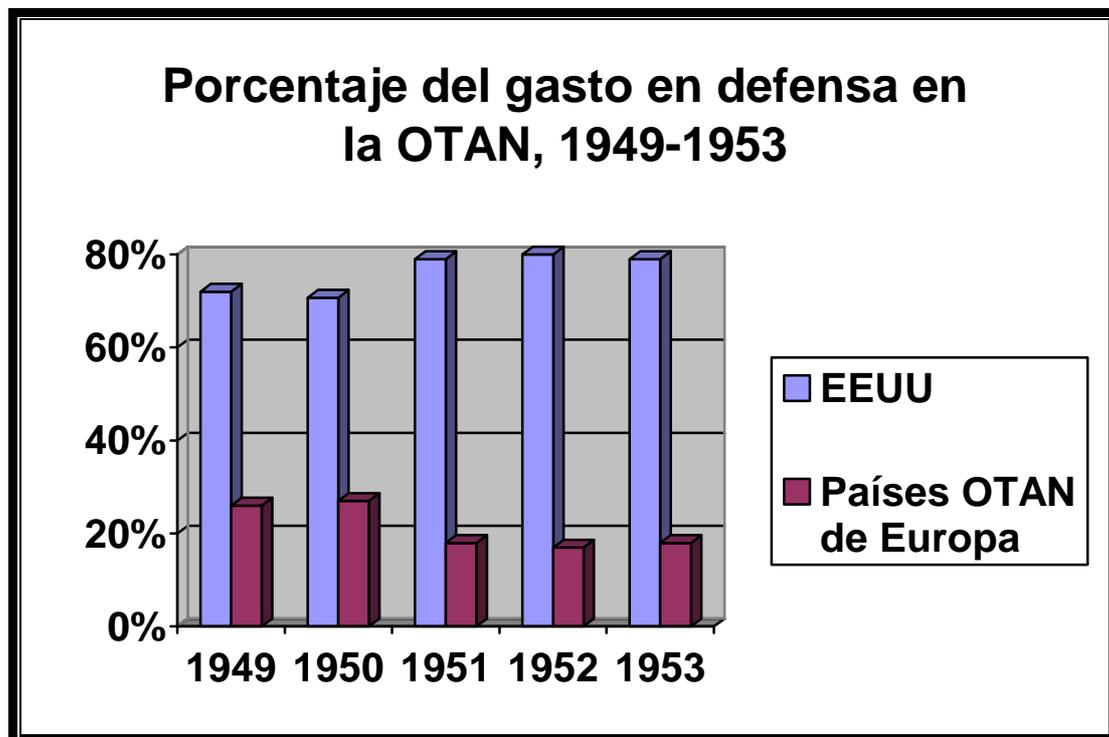
<sup>2973</sup> KEPLEY, op.cit., p. 319-326.

<sup>2974</sup> KAPLAN, *A Community of Intrests...*, p. 153. En noviembre de 1951 el índice de aprobación de Truman era de un bajísimo 23 por ciento, no hay que olvidar que la guerra de Corea costaría a Estados Unidos 54.000 muertes, de las cuales 33.700 en combate, y 54 billones de dólares, más un 12 por ciento de inflación, FERREL, op.cit., p. 358 y JOHSON, op.cit., p. 824.



1952, en la Conferencia de Lisboa se decidió la participación alemana en el compromiso y esfuerzo para la defensa europea<sup>2975</sup>.

Por su parte, Estados Unidos también puso al día su compleja legislación sobre ayuda exterior con la Ley de Seguridad Mutua de octubre de 1951, con ella se fusionaban sus programas de ayuda militar y económica, preponderando ya claramente la primera, usando los fondos de contrapartida más para propósitos militares que económicos, manteniéndose la bilateralidad de los acuerdos de ayuda supeditados a los objetivos de una Evaluación Anual, si bien se introdujo la novedad de poder comprar armamento en los propios países europeos para así desarrollar su capacidad productiva<sup>2976</sup>.



Fuente: elaboración propia.

Dichos cambios fueron fundamentales en la evolución de la Alianza Atlántica, aunque como vemos en la gráfica, Estados Unidos seguía llevando el peso del esfuerzo aliado. La Alianza pasó de las escasas doce divisiones de 1949, a quince en abril de 1951, 35 en diciembre de ese mismo año, a las 50 del objetivo de Lisboa de 1952, a las 100 de 1953<sup>2977</sup>.

De todos modos, entre Estados Unidos y la Alianza Atlántica podían surgir discrepancias dado el carácter global de los intereses estadounidenses, pues desde

<sup>2975</sup> ISMAY, op.cit., Cap. V, Párrafo 39.

<sup>2976</sup> *Ibíd.*, Cap. XI, párrafo 22.

<sup>2977</sup> *Ibíd.*, Cap. IX, párrafos 8 y 34. Las bases aéreas pasaron de las 30 iniciales en 1950, a las 125 existentes en 1953, año en que la capacidad naval se había reforzado un 30 por ciento; en 1952 se habían añadido el Comando Atlántico y el del Canal, si bien la disparidad con las fuerzas soviéticas seguía existiendo, dado su enorme despliegue convencional; en total, de 1948 a 1954, la ayuda de Estados Unidos y Canadá a Europa sumó 30.000 millones de dólares.



Washington también se debían considerar otros escenarios como el asiático o el arábigo, no en vano, en septiembre de 1951, además del Tratado de Paz con Japón junto a otras 48 naciones (con la abstención de la Unión Soviética, Polonia y Checoslovaquia), Estados Unidos firmó pactos de seguridad con Filipinas, Australia y Nueva Zelanda, cuyas cláusulas eran muy similares a las recogidas en el Tratado del Atlántico Norte, pues por medio de dichos tratados (bilateral en el caso filipino, y creando la organización regional ANZUS con las otras dos naciones) “cada país reconoce que un ataque armado contra el otro en el área del Pacífico será peligroso para su propia paz y seguridad, y declara que actuarán para enfrentar el peligro común”<sup>2978</sup>. También como hemos visto, la Alianza ayudó a hacer visibles las diferencias entre los Departamentos de Defensa y Estado, tendente el primero a un enfoque bilateral y sintiéndose más a gusto tratando con el Grupo Permanente (formado por Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) y el Comando Supremo, que con el Consejo de Delegados y el resto de la estructura organizativa auspiciada por el Departamento de Estado<sup>2979</sup>.

### 10.b.6. Corea y Naciones Unidas

#### \* COREA Y LA POLÍTICA EXTERIOR HACIA ASIA

En apartados anteriores ya hemos visto cómo la política exterior de la Administración Truman hacia Asia condicionó el debate interno en el Congreso estadounidense, sobre todo en lo relativo a China, convirtiéndose en un arma más de la oposición para atacar al Presidente, brecha entre Partidos que la guerra de Corea no haría más que profundizar.

Que las diferencias entre el Congreso y el Gobierno en la Casa Blanca aumentasen tras la invasión de Corea del Sur no fue nada extraño, pues el Presidente Truman ni siquiera buscó su autorización para el envío de tropas a Corea, remitiéndose para ello al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y aunque informó en todo momento al Congreso al respecto, se confirmaban así los peores temores de los no intervencionistas a que el Congreso perdiera sus prerrogativas en materia de política exterior a favor de una difusa comunidad internacional, ya que Truman había roto su promesa de consultar al Congreso antes de enviar ninguna tropa al exterior.

Si la utilización del veto por parte de Moscú había empujado a Estados Unidos a los tradicionales canales nacionales de acción política, el Presidente Truman nunca había abandonado la esperanza de convertir a las Naciones Unidas en el instrumento

---

<sup>2978</sup> TRUMAN, Harry. S., discurso en la apertura de la Conferencia del Tratado de Paz Japonés del 4 de septiembre de 1951, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13906&st=australia&st1](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13906&st=australia&st1). En el ANZUS, integrado por 11 artículos, se estipula que “cada parte reconoce que un ataque armado en la zona del Pacífico contra una de ellas sería un peligro para la seguridad y la paz propias, declarando que para enfrentarse al peligro común obrará según procedimiento constitucional. Todo ataque armado de esta índole y todas las medidas tomadas en consecuencia se comunicarán inmediatamente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas”, Art. 4, creándose al efecto una estructura permanente, el Consejo, formada por los respectivos Ministros de Asuntos Exteriores, Art. 7, texto consultado en [www.austlii.edu.au/au/other/dfat/treaties/1952/2.html](http://www.austlii.edu.au/au/other/dfat/treaties/1952/2.html).

<sup>2979</sup> KAPLAN, *A Community of Interests...*, p. 135 e ISMAY, op.cit., Cap. V, párrafo 7.



de resolución de conflictos internacionales para el que habían sido creadas<sup>2980</sup>, de hecho, en los tres días siguientes a la invasión norcoreana, Truman patrocinó dos resoluciones que primero la condenaban y luego autorizaban el uso de la fuerza para restaurar el *status quo* anterior a la guerra, todo ello facilitado por la ausencia soviética del Consejo de Seguridad en su protesta por no permitir a la República Popular China representar a China en el mismo. Con ello, por primera vez en la historia una organización internacional aprobaba el uso de la fuerza para contrarrestar un ataque, lo que a juicio del Presidente Truman era esencial para asegurar su supervivencia<sup>2981</sup>.

Para el Presidente Truman “el ataque sobre Corea aclara más allá de toda duda que el comunismo ha sobrepasado el uso de la subversión para conquistar naciones y usará ahora la invasión armada y la guerra”<sup>2982</sup>, de ahí que apoyara las medidas aprobadas por el Consejo de Seguridad para contrarrestar el ataque norcoreano, ya que “una vuelta al imperio de la fuerza en los asuntos internacionales tendría grandes efectos duraderos”<sup>2983</sup>, pues “las Naciones Unidas es nuestra única esperanza a la que podemos mirar para un mundo pacífico. Debemos ver que las Naciones Unidas en sí mismas son una organización exitosa y perdurable”<sup>2984</sup>, por ello su Administración “está tratando por todos los medios de apoyar a las Naciones Unidas con todos sus hombres, armas y esfuerzos por la paz”<sup>2985</sup>, pues no se trataba de una lucha de conquista por parte de las Naciones Unidas, menos de Estados Unidos, quien no tenía ninguna ambición en Asia salvo un continente asiático pacífico, lo mismo que en el resto de continentes, pues “nuestro único interés en toda ésta situación es un mundo pacífico, donde nuestros hijos y nietos puedan crecer y convertirse en ciudadanos del mundo, así como ciudadanos de nuestra gran República”<sup>2986</sup>.

En un principio, la intervención estadounidense en Corea no fue muy contestada, pues en todos estaba aun presente el precedente de la inutilidad del apaciguamiento de Munich, pero también desde un comienzo era manifiesta la complejidad del conflicto, pues se debía limitar en la medida de lo posible a la península coreana, para evitar así un enfrentamiento directo con Moscú. Pero la ofensiva de MacArthur más allá del paralelo 38 hasta la frontera china, internacionalizó el conflicto con la entrada de soldados chinos que obligaron a una nueva retirada del contingente de Naciones Unidas. La entrada china en el conflicto respondía a una estrategia preventiva de Pekín, encaminada a evitar la pérdida de la

---

<sup>2980</sup> WATSON, R. P., DEVINE, M. J., WOLZ R. J., op.cit., p. 146.

<sup>2981</sup> *Ibíd.*, p. 151.

<sup>2982</sup> TRUMAN, Harry S., Declaración sobre la guerra de Corea del 27 de junio de 1950, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13538&st=korea&st1=united+nations](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13538&st=korea&st1=united+nations).

<sup>2983</sup> *Ibíd.*

<sup>2984</sup> *Ibíd.*

<sup>2985</sup> TRUMAN, Harry S., Comentarios al Comité Nacional de Ciudadanos para el Día de Naciones Unidas del 7 de septiembre de 1950, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13611&st=korea&st1=united+nations](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13611&st=korea&st1=united+nations).

<sup>2986</sup> *Ibíd.* El 17 de octubre siguiente Truman diría que “la acción de las Naciones Unidas en Corea es de suprema importancia para todos los pueblos del mundo. Por primera vez en la Historia las naciones que quieren la paz han tomado las armas bajo la enseña de una organización internacional para reprimir la agresión... éste es un tremendo paso adelante en la vieja lucha para establecer el imperio de la ley en el mundo... la única victoria que buscamos es la victoria de la paz”, TRUMAN, op.cit., p. 369.



península coreana, zona de tradicional preocupación geoestratégica para China<sup>2987</sup>. A partir de entonces, con la destitución en abril de 1951 del admirado y querido MacArthur incluida, Truman y Acheson trabajarían por contener el conflicto en exclusiva clave coreana, sin convertirlo en una lucha de liberación y reunificación e incluso cambio de régimen, evitando a toda costa que una posible guerra con China pusiese en peligro la Alianza Atlántica y el sistema de seguridad colectivo de Naciones Unidas<sup>2988</sup>, tal estrategia les enfrentó al bloque pro-China del Congreso, encabezado por Taft, quien veía en la resolución adoptada en Corea la respuesta que se debía haber tomado en China, si bien dicha postura no era sinónimo de aislacionismo, como demostrara el Senador W. F. Knowland, para quien el aislacionismo era como si un hombre quisiera volver a su infancia, por muy bonita que ésta hubiese sido, sería imposible regresar a ella<sup>2989</sup>.

Sin embargo, Corea sirvió para reafirmar al Secretario de Estado Acheson en la necesidad de crear situaciones de fortaleza desde las cuales poder tratar con Moscú en ventaja, lo que en Europa se tradujo en su rearme vía el Programa de Asistencia de Defensa Mutua y la incorporación de Alemania Occidental al sistema de seguridad atlántico, y en Asia en un aumento de la ayuda a Francia en Indochina, a pesar de su carácter colonialista, pues Acheson temía que de caer en manos de la guerrilla todo el sudeste asiático sería vulnerable a la penetración comunista<sup>2990</sup>. Y pese a que ninguno de los contendientes logró todos sus objetivos en la guerra, Estados Unidos pudo salir reforzado del punto muerto alcanzado, al evitar la conquista de Corea del Sur acudiendo a su rescate, preservando así la credibilidad estadounidense, si bien al coste de una creciente disconformidad interna y de favorecer a China en un momento de debilidad del gigante asiático<sup>2991</sup>.

\* *EL CONTINUO DEBATE SOBRE NACIONES UNIDAS*

La Doctrina Truman, el Plan Marshall, la Alianza Atlántica, el Programa de Asistencia de Defensa Mutua, la guerra de Corea... para los no internacionalistas todo ello no eran sino pruebas de que el sistema de Naciones Unidas no funcionaba ni funcionaría jamás, manteniendo con ello vivo el debate en torno al internacionalismo. Durante el octogésimo Congreso, 1947-1948, fueron presentadas varias Resoluciones de reforma de las Naciones Unidas, tanto patrocinadas por Republicanos como por Demócratas, en especial sobre la eliminación del poder de veto, dinámica que se intensificó en el octogésimo primer Congreso, donde más de cien Representantes y la mitad de los Senadores patrocinaron Resoluciones para una nueva maquinaria internacional, bien reformando las Naciones Unidas, bien creando una Unión Atlántica de Naciones<sup>2992</sup>.

<sup>2987</sup> KISSINGER, Henry *On China*, The Penguin Press, New York, 2011, p. 137.

<sup>2988</sup> MCLELLAN, op.cit., p. 274-306 y THOMPSON, op.cit., p. 119.

<sup>2989</sup> KEPLEY, op.cit., p. 179 y 244. las críticas al Presidente Truman por su política hacia China no amainaron ni siquiera con el anuncio del envío de la VII Flota al estrecho de Formosa para defender a la isla de un posible ataque del régimen comunista de China continental.

<sup>2990</sup> *Ibíd.*, p. 382.

<sup>2991</sup> KISSINGER, *On China...*, op.cit., p. 145.

<sup>2992</sup> *Congressional Digest, The US and World Federation*, agosto de 1952, p. 194.



El Senador Demócrata por Tennessee E. Kefauver, apoyado por otros 25 Senadores, presentó su propuesta para una Unión Federal Atlántica, Resolución 57, mientras que el Senador Tobey, Republicano por Vermont, hacía lo propio con su propuesta de fortalecer las Naciones Unidas a través de una Federación Mundial, Resolución 56, por otro lado, el Senador Taylor, Demócrata por Idaho, proponía crear un Gobierno mundial con la aprobación de una Constitución tras la celebración de una conferencia general de las Naciones Unidas, Resolución 66, y el Senador Sparkman, Demócrata por Alabama, junto a otros diez Senadores, planteó la eliminación del veto con la Resolución 133<sup>2993</sup>.

Como vemos, las Naciones Unidas seguían siendo objeto de debate en 1951, por ejemplo, el Senador Taft decía estar a favor de una organización internacional al servicio de la paz y seguridad mundiales, pero con tantas condiciones que las Naciones Unidas no podían cumplir, que no le quedaba más remedio que rechazarlas, pues para empezar, según Taft, las Naciones Unidas carecían de ninguna ley en la que basar su acción, pues “paz y seguridad no son sinónimos de justicia”<sup>2994</sup>, máxime con la existencia del derecho a veto, lo que daba como resultado una organización nada útil en cuanto a prevención de la agresión se trataba, por tanto, lo mejor que podía hacer Estados Unidos con las Naciones Unidas era utilizarlas como arma diplomática, buscando otros apoyos en otras alianzas de seguridad, como la creación de la Alianza Atlántica demostraba.

Sin duda alguna, la guerra de Corea desanimó en gran medida el unánime apoyo inicial de la opinión pública estadounidense a las Naciones Unidas, y ello por tres razones principales, a saber, el hecho de que Estados Unidos llevase el peso mayoritario de la respuesta contra la invasión norcoreana, el presunto desinterés del resto de miembros de las Naciones Unidas por el destino de Corea, y la sensación de que Naciones Unidas más que actuar bajo los principios de una ley preestablecida, lo hacía por conveniencia. Con la experiencia de seis años ya de existencia, la controversia en torno a las Naciones Unidas tenía tres ejes principales, uno político, su papel como agencia para mantener la paz mundial, otro jurídico basado en la relación legal entre la Constitución Estadounidense y las Naciones Unidas, y un último económico, consistente en las consecuencias económicas de la pertenencia de Estados Unidos a la organización internacional (pues había que tener en cuenta que desde su nacimiento, Estados Unidos aportaba de media el 35 por ciento de su presupuesto, en total 651 millones de dólares de 1946 a 1952)<sup>2995</sup>.

Las alternativas a las Naciones Unidas parecían entonces reducidas a tres posibilidades, la primera consistente en un regreso al tradicional sistema de balance de poder nacionalista, la segunda, su contrario, es decir, que las Naciones Unidas evolucionasen hacia una Federación Mundial o un Gobierno Mundial, o bien que

---

<sup>2993</sup> *Ibíd.*, p. 197.

<sup>2994</sup> TAFT, *op.cit.*, p. 39.

<sup>2995</sup> *Congressional Digest, The Growing Conflict between The United States and The United Nations*, febrero de 1952, p. 35 y 42.



desapareciesen y en su lugar surgieran varias federaciones, como la Occidental o la del *viejo mundo*, enfrentadas entre sí<sup>2996</sup>.

Para el Representante Republicano por Idaho, J. T. Wood, las Naciones Unidas no eran sino “un instrumento diseñado por las hordas comunistas para diseñar nuestra esclavitud y destrucción como pueblo amante de la libertad”<sup>2997</sup>, habiéndolo engañado merced a su “inherente amor por la paz”<sup>2998</sup>. Habiendo sido mezclados con todo tipo de naciones, mejor sería unirse a “aquellas naciones que realmente lo deseen, y que tengan la mínima concepción de la libertad e instituciones libres, en alguna forma de sociedad internacional, en la que los problemas internacionales puedan ser discutidos y buscar soluciones”<sup>2999</sup>, además, en las Naciones Unidas “el poder constitucional del Congreso para declarar la guerra ha sido completamente transferido al Comité Militar de las Naciones Unidas”<sup>3000</sup>, lo que era inaceptable, pues para Wood “el derecho de Estados Unidos a seguir siendo el amo en su propia casa”<sup>3001</sup> era irrenunciable.

De la misma opinión era el Teniente General retirado P. A. Del Valle, para quien “las Naciones Unidas, como su predecesora, la Sociedad de Naciones, ha servido principalmente como un medio para confundir nuestro patriotismo nacional y diluirlo con el internacionalismo comunista”<sup>3002</sup>, y por ello “no deberíamos formar parte por más tiempo de un cuerpo internacional cuya influencia ha sido el reverso total de la paz”<sup>3003</sup>, incapaz de impedir la expansión y amenaza comunista, abogando así por “cambiar la línea de acción que ha sido seguida desde una no alianza internacionalista inestable e indecisa, por una americana dinámica y fuerte”<sup>3004</sup>.

También el Senador Republicano por Ohio John W. Bricker era de similar parecer, y aunque estaba a favor de la existencia de Naciones Unidas, pedía que se rebajasen sus poderes, pues no entendía cómo Estados Unidos podía seguir defendiendo la libertad cuando en su Constitución el tema principal consistía en que es “el Gobierno, el enemigo histórico de la libertad”<sup>3005</sup>, mientras que la doctrina de los Derechos Humanos impulsada por Naciones Unidas sostenía que el Estado era la fuente de los derechos humanos, lo que implicaba que el Gobierno de Estados Unidos, al aceptar “una ley de derechos universal para varios billones de personas con diversas religiones, costumbres y tradiciones políticas, requiere que el pueblo

---

<sup>2996</sup> *Ibíd.*, p. 64. Entre quienes apoyaban una Federación Mundial que desarrollase las Naciones Unidas se encontraban el Senador Demócrata por Minnesota H. H. Humphrey, el presidente de los Federalistas por un Mundo Unido N. Cousins, el escritor O. Hammerstein II, y el sociólogo S. Nearing.

<sup>2997</sup> WOOD, John T, extractos de sus discursos del 10 de octubre y 19 de diciembre de 1951, *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 46.

<sup>2998</sup> *Ibíd.*

<sup>2999</sup> *Ibíd.*

<sup>3000</sup> *Ibíd.*

<sup>3001</sup> *Ibíd.*

<sup>3002</sup> DEL VALLE, P. A., carta al Presidente Truman del 18 de diciembre de 1950, *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 50.

<sup>3003</sup> *Ibíd.*

<sup>3004</sup> *Ibíd.*

<sup>3005</sup> BRICKER, J. W., discurso del 12 de noviembre de 1951, *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 52.



americano acepte leyes y prácticas no compatibles con la Constitución”<sup>3006</sup>, lo que iba en contra del espíritu de los Padres Fundadores, quienes nunca hubiesen imaginado que los tratados internacionales “fuesen usados para definir las relación entre el pueblo americano y su propio Gobierno”<sup>3007</sup>. El Senador Bricker, apoyado por 56 patrocinadores, introdujo en el Senado en septiembre de 1951 la Resolución 102 para limitar la influencia de las Naciones Unidas en la jurisdicción interna de Estados Unidos, máxime si afectaban a los derechos y libertades del pueblo norteamericano<sup>3008</sup>.

Para el editor del aislacionista *The Chicago Tribune* Robert R. McCormick, las Naciones Unidas, en cuyo seno se encontraban por igual democracias, monarquías (absolutas e incluso socialistas), Gobiernos socialistas, comunistas, dictaduras, etc., no había podido hacer honor a su objetivo de acabar con las agresiones, ni siquiera los aliados de Estados Unidos habían dejado de agredir a otras naciones, como Inglaterra en Egipto, Holanda en Indonesia o Francia en Marruecos e Indochina, por todo ello, “se verá que no sólo las Naciones Unidas han sido totalmente inefectivas para prevenir la guerra, sino que con su lenguaje solapado... se han convertido en peligrosas para las libertades de los americanos”<sup>3009</sup>.

Si bien el principal obstáculo para aceptar plenamente a las Naciones Unidas seguía siendo su presunta incompatibilidad con la división de poderes establecida por la Constitución Estadounidense, como destacaba el Representante Republicano por Dakota del Norte U. L. Burdick, para quien tanto las Naciones Unidas como el Pacto Atlántico negaban al Congreso su potestad respecto a la aprobación de la entrada del país en guerra, como la guerra de Corea venía a demostrar, como resultado, “lo que hemos hecho, aceptando esa Carta (de Naciones Unidas), es negar al Congreso el poder de decir cuando nuestras tropas deben entrar en guerra”<sup>3010</sup>, haciendo descansar la seguridad del país en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, lo que en resumidas cuentas era un “ejemplo perfecto del plan y proyecto para construir en el mundo un super Gobierno a expensas del poder soberano de los Estados que componen las Naciones Unidas”<sup>3011</sup>, y todo en nombre de preservar la paz, con ello Estados Unidos renunciará a continuar siendo “el faro de la luz de la libertad para todos los países”<sup>3012</sup>, en suma, renunciaría a su independencia, y para Burdick, por tan importante que la paz fuese, no lo era tanto como la libertad y Estados Unidos debería estar dispuesto “a luchar por ella, no someterse humildemente a una libertad comprometida en nombre de la paz”<sup>3013</sup>, por lo que a Estados Unidos finalmente según Brudick, sólo le quedaba una salida, abandonar las Naciones Unidas.

---

<sup>3006</sup> *Ibíd.*

<sup>3007</sup> *Ibíd.*

<sup>3008</sup> *Congressional Digest, The US and World Federation*, agosto de 1952, p 196.

<sup>3009</sup> McCORMICK, R. R., discurso radiofónico del 24 de junio de 1951, *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 60.

<sup>3010</sup> BURDICK, U. L., discurso del 27 de septiembre de 1951, *Congressional Digest*, febrero de 1952, p.

60.

<sup>3011</sup> *Ibíd.*

<sup>3012</sup> *Ibíd.*

<sup>3013</sup> *Ibíd.*



La salida de Naciones Unidas no era la única alternativa propuesta por quienes se oponían a las mismas o para quienes simplemente no estaban conformes con su desempeño. Como hemos visto, el Senador E. Kefauver abogaba por que “las democracias exploren los medios de ir más allá de una alianza Atlántica hacia una federación, como la federación de los 48 Estados americanos- con menos poderes amplios, pero con los suficientes como para asegurar la seguridad común”<sup>3014</sup>, lo que era muy distinto de una federación mundial, pues la Unión Soviética había negado tal posibilidad, además, con ello, se rebajarían las posibilidades de una III Guerra Mundial, y tampoco Estados Unidos perdería tanta soberanía, pues dada su población llevaría la voz cantante en la nueva organización. De la misma opinión era el antiguo asociado de justicia de la Corte Suprema O. J. Roberts, pues esa federación Atlántica era “el medio más efectivo, y quizás el único adecuado, de resolver la crisis sin paralelo que confronta el hombre libre”<sup>3015</sup>, pues con las cuatro quintas partes de la capacidad productiva mundial, las democracias del Atlántico Norte podían asegurar su seguridad y mantener la paz, lo único que se lo impedía era seguir desunidas, ligadas sólo por una alianza, frente a la unión del bloque soviético, pues

una comprensiva Unión federal de las democracias del Atlántico, con una política exterior común, una defensa común, una moneda común, y el libre movimiento de bienes, sería el modo más seguro, barato y fuerte de parar la guerra, frenar la expansión comunista, crear prosperidad y extender la libertad<sup>3016</sup>

Con ello ningún agresor se atrevería a atacarla, pues la fuerza de catorce naciones no se podría comparar con la fuerza que tendrían juntas en una Unión, además, en el terreno económico, dicha Unión abarataría mucho los costes defensivos creando “una nueva y más grande base para la prosperidad y mayores estándares de vida”<sup>3017</sup>, por no hablar del enorme logro que sería alcanzar un mercado común, y por último, la Unión Atlántica “acabará con la recesión de posguerra de las fronteras de la libertad y logrará su progresiva expansión”<sup>3018</sup>, a través de la fuerza atractiva de su ejemplo y la posibilidad de ser parte de la Unión, incluidas las posesiones coloniales de los miembros, hasta traspasar el telón de acero, pues “el flujo del imperialismo soviético puede ser frenado pacíficamente, debe retroceder”<sup>3019</sup>. Tal Unión no incidiría en la soberanía del ciudadano estadounidense, por el contrario, estaría ganando más paz, prosperidad y seguridad, y el resto de respuestas a la crisis de posguerra no serán más que medios inadecuados para resolverla.

La propuesta de la Unión Atlántica recibió las críticas del Senador W. Jenner, Republicano por Indiana, quien se centraba en el hecho de que la Alianza Atlántica ya se encontraba formando parte de una entidad mayor, las Naciones Unidas, de la cual dependía, y en cuyo Consejo de Seguridad tenía representación la Unión Soviética, cuya influencia había convertido en su opinión al Consejo en una institución

---

<sup>3014</sup> KEFAUVER, E., *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 220. Lo promotores de la propuesta gastaron en 1951 más de 150.000 dólares en impulsar su causa en el Congreso, *ibíd.*, p. 223.

<sup>3015</sup> ROBERTS, Owen J., *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 220.

<sup>3016</sup> *Ibíd.*

<sup>3017</sup> *Ibíd.*

<sup>3018</sup> *Ibíd.*

<sup>3019</sup> *Ibíd.*



izquierdista infectando todo tipo de decisiones en materia de relaciones laborales, Corea, educación, derechos humanos...con la colaboración del Departamento de Estado (como el caso de A. Hiss demostraba), además, Jenner nunca aceptaría “dejar que las Naciones Unidas tengan un vestigio de poder sobre nuestras Fuerzas Armadas, nuestra diplomacia o nuestras leyes”<sup>3020</sup>, para él ya existían numerosas agencias mundiales que unían como nunca a los pueblos del mundo, pero por ello no había que caer en el aislacionismo, pues “hoy el asunto no está entre el internacionalismo y el aislacionismo. Es el tipo de internacionalismo americano, si toda la colaboración es libre y voluntaria, o el internacionalismo obligatorio del Gran Gobierno. Sé que todo americano elegirá el internacionalismo libre”<sup>3021</sup>.

Misma negativa expresaba el Senador W. Malone, Republicano por Nevada, al oponerse a “cualquier federación de naciones en un super Gobierno”<sup>3022</sup>, y en lugar de crear tal estructura bajo las Naciones Unidas o la Alianza Atlántica, lo que Estados Unidos debería hacer sería “extender la Doctrina Monroe diciendo las naciones y áreas que sostendríamos en la actualidad para nuestra propia defensa”<sup>3023</sup>, pues ello no implicaría ningún pacto y sí aseguraría una política exterior flexible, por el contrario, entrar en alianzas con naciones distantes era peligroso para Estados Unidos, máxime cuando ello influía negativamente en el balance comercial nacional, en especial tratándose de Europa, pues para Malone “nuestro comercio natural futuro está en Sudamérica y en Asia”<sup>3024</sup>, por tanto, “necesitamos una Administración que reestablezca la integridad del Gobierno y anime la integridad entre los individuos y entre las naciones, y asegure el respeto por los ciudadanos americanos en casa y fuera”<sup>3025</sup>, pues eso se había perdido a favor de un programa “para poner a Estados Unidos de rodillas y colocarlo en igual posición que la última de las naciones más pobres”<sup>3026</sup>, como la propuesta del Senador Kefauver pretendía, cuando los aliados europeos tenían tratados firmados con la Unión Soviética y sus satélites y habían reconocido a la China comunista.

Como demuestran los debates anteriores, la creación de las Naciones Unidas no zanjó la controversia en torno al internacionalismo, si bien ya el sector aislacionista había perdido la batalla tras la aprobación de la Alianza Atlántica y el Programa de Asistencia de Defensa Mutua, ello no fue obstáculo para que las distintas concepciones internacionalistas siguiesen luchando entre sí en la trastienda del Congreso, lejos ya de los grandes debates en torno a la política exterior del Presidente Truman, y utilizando las propuestas de resoluciones para tratar de cambiar en la medida de lo posible el modo en que Estados Unidos participaba en sus alianzas internacionales, con dos posiciones bien definidas, los partidarios de aumentar los compromisos de Estados Unidos, bien con la comunidad internacional a través de Naciones Unidas, bien por medio de la Alianza Atlántica y los socios europeos, a través de una intensificación de los lazos de unión al modo federal de los propios estados de la Unión, y aquellos que al contrario pretendían rebajar los compromisos

---

<sup>3020</sup> JENNER, W., *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 217.

<sup>3021</sup> *Ibíd.*

<sup>3022</sup> MALONE, G. W., *Congressional Digest*, febrero de 1952, p. 219.

<sup>3023</sup> *Ibíd.*

<sup>3024</sup> *Ibíd.*

<sup>3025</sup> *Ibíd.*

<sup>3026</sup> *Ibíd.*



estadounidenses adquiridos tanto con Naciones Unidas como con la Alianza Atlántica, apelando tanto a las acusaciones de dominio comunista de los organismos internacionales como a la tradicional defensa de la soberanía nacional y el equilibrio de poderes recogido en la Constitución..

Por tanto, pese a la creación de las Naciones Unidas y de la Alianza Atlántica bajo el patronazgo estadounidense, el debate interno acerca de los límites del internacionalismo de la política exterior de Estados Unidos no fueron apagados del todo en el Congreso, con minorías apelando por igual por un mayor grado de integración federal con el resto de naciones como por una mayor defensa de la libertad de acción nacional.

### **10.c. El enigma Truman**

#### **10.c.1. Alcance de la política exterior de Harry S. Truman**

Con la estrategia de la contención del comunismo, la puesta en marcha del Plan Marshall o la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, Harry S. Truman se apartó no sólo del legado de su predecesor F. D. Roosevelt, sino que estableció un nuevo curso en la política exterior de Estados Unidos, abandonando más de 150 años de unilateralismo aislacionista a favor de un internacionalismo liberal anclado en los principios y valores más queridos para los estadounidenses, como la defensa de la libertad y seguridad nacionales, lo que sin duda fue esencial para que se aprobase tal viraje de su herencia política. Con Truman, Estados Unidos aceptó definitivamente las responsabilidades inherentes a una potencia mundial, y lo hizo con una política activa encaminada a transformar la escena internacional a imagen y semejanza de su sistema democrático. Tal fue la esencia de la Guerra Fría entendida por el propio Truman y descrita en la NSC 68, el enfrentamiento entre dos sistemas y dos ideologías contrarias donde Estados Unidos debía liderar la lucha por la supervivencia y posterior victoria del campo democrático, único capaz a su juicio de garantizar la paz y seguridad mundiales.

Con el objeto de dotar de cierta perspectiva histórica al análisis de la política exterior de Harry S. Truman, en el presente apartado veremos en primer lugar cómo al concebir sus relaciones con el mundo comunista en términos antagónicos, Truman dio la vuelta por completo a la estrategia diseñada por F. D. Roosevelt, para después comprobar la relación de sus políticas respecto a la tradición política estadounidense, sobre todo en relación a los dos proyectos anteriores más ambiciosos de internacionalización de la política exterior estadounidense, protagonizados por las administraciones de T. Roosevelt y W. Wilson. Finalmente, se estudiará la relación de la Doctrina Truman con la Promoción de la Democracia, esencial para comprender la postura de la Casa Blanca respecto a ésta última durante todo el periodo de Guerra Fría.

*\* Respecto a F. D. Roosevelt*

Como se vio en el capítulo anterior, F. D. Roosevelt tenía una concepción más bien tradicional de la política exterior, y no sólo en términos estadounidenses, sino



también europeos. Para empezar poseía un concepto más bien personalista de las relaciones internacionales, y por ello mantuvo durante su presidencia la aspiración de poder calmar a Stalin gracias a su estrecha relación, dejando para después de la II Guerra Mundial el arreglo de los principales cuestiones que les enfrentaban, conflictos que heredaría Truman.

De hecho, F. D. Roosevelt creía que Moscú y Washington mantendrían su colaboración en el mundo de posguerra, y con la creación de Naciones Unidas, el Banco Mundial o Fondo Monetario Internacional, todas ellas fiel reflejo de su idealismo misionero de raíz wilsoniana, pensaba que la colaboración y los acuerdos entre las grandes potencias sustituirían a la necesidad de una Europa segura, de ahí que hubiese establecido un límite de dos años a la presencia de las tropas estadounidenses estacionadas en Alemania. Para F. D. Roosevelt, en claro tono wilsoniano

la Conferencia de Crimea debe significar el final del sistema de la acción unilateral, de las alianzas exclusivas, de las esferas de influencia, del balance de poder y de todos los recursos que han sido probados durante siglos- y han fallado siempre<sup>3027</sup>

De todos modos, y pese a la retórica wilsoniana, lo que se escondía detrás del discurso presidencial era una política clásica de balance de poder entre Washington y Moscú, con las Naciones Unidas regulando las esferas de poder, sirviendo tanto de canal de colaboración entre las dos superpotencias como de medio para mantener a Estados Unidos en la escena internacional, intentando al mismo tiempo moderar el ímpetu comunista y vencer el aislacionismo interno, como de hecho quedó reflejado en febrero de 1945 en Yalta, donde Roosevelt concedió al Kremlin el reparto de Europa con tal de asegurarse el visto bueno soviético al sistema de voto de Naciones Unidas.

Es decir, nada más ajeno para F. D. Roosevelt que un Tratado del Atlántico Norte que evidenciara la distancia que separaba los proyectos de posguerra diseñados desde la Casa Blanca y el Kremlin, y que además pudiese suscitar de nuevo agrios debates internos como los habidos en relación a la fallida Sociedad de Naciones de W. Wilson. Si en el terreno internacional la prioridad de Roosevelt fue mantener la colaboración con Moscú, a nivel doméstico lo que más temía era un resurgir del aislacionismo enraizado en la opinión pública que truncase su proyecto de las Naciones Unidas, para ello esperaba que Estados Unidos no se implicase demasiado en la nueva organización, y gracias a la cooperación entre las grandes potencias, poder guiarla desde las gradas, con un coste mínimo para el ciudadano estadounidense.

Como puede advertirse, sí es cierto que F. D. Roosevelt representó un avance respecto a sus predecesores Republicanos por lo que a la implicación de Estados Unidos en la escena internacional se refiere, pero como las propias leyes de neutralidad aprobadas bajo su mandato durante la década de 1930 atestiguan, sólo lo

---

<sup>3027</sup> ROOSEVELT, F. D., discurso ante el Congreso sobre la Conferencia de Yalta del 1 de marzo de 1945, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16591&st=crimea&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=16591&st=crimea&st1=).



hizo tras participar en una segunda guerra mundial y bajo premisas más cercanas al realismo continental europeo que al internacionalismo democrático de su admirado Wilson. Temiendo un nuevo enfrentamiento, esta vez con sus aliados de guerra comunistas, a Roosevelt no le importó repartir el mundo en esferas de poder con tal de evitar una nueva conflagración mundial, usando sus queridas Naciones Unidas más como instrumento de mediación entre las grandes potencias que como transmisor democrático a escala internacional.

Además, con una Europa dividida ya de facto entre el campo comunista y el democrático, primó la colaboración con Moscú por encima de la seguridad europea con tal de no ver rotas sus aspiraciones de un orden internacional estable gracias a los acuerdos entre ambas superpotencias.

De la retórica wilsoniana usada a la hora de sacar adelante su proyecto de Naciones Unidas, F. D. Roosevelt pasaba a la consecución de un orden mundial seguro donde se reconociesen las respectivas esferas de poder y donde Estados Unidos ya no aspiraba a alcanzar un mundo seguro para la democracia, sino simplemente mantenerlo libre de guerras mundiales, y si para ello debía sacrificar los ideales democráticos en ciertas áreas con tal de retener el respaldo soviético a sus planes, ello sería un mal menor comparado con la amenaza de un nuevo conflicto internacional. Para F. D. Roosevelt que distintas ideologías guiasen a Washington y Moscú no representaba ningún obstáculo para su proyecto, siempre y cuando se respetasen los principios y disposiciones inscritos en la Carta de Naciones Unidas y Estados Unidos no cometiese de nuevo el error de aislarse en su concha doméstica, únicamente por esto último cabría reconocerle a F. D. Roosevelt cierto cambio en la política exterior estadounidense, al ser el primer Presidente que logró de forma efectiva que su país ayudara a elaborar, y liderase, una organización internacional encaminada a la paz y seguridad mundiales, involucrando a Estados Unidos de manera efectiva en los asuntos internacionales<sup>3028</sup>.

Los estadounidenses tendrían que esperar a la llegada de su sucesor para ver cómo una nueva estrategia asentaba las bases del liderazgo mundial estadounidense, ésta vez sí fuertemente anclada en los principios y valores democráticos de la república, cambiaba por completo el signo de la política exterior nacional, y con ello, abandonaba definitivamente 150 años de tradición unilateral aislacionista a favor de un irreductible internacionalismo liberal.

En efecto, si durante los primeros meses de su mandato Harry S. Truman pretendió una línea continuista respecto a la política exterior de su predecesor, para la segunda mitad de 1946 el pensamiento del Presidente estaba más por encarar el expansionismo del Kremlin que por alcanzar acuerdos con Stalin. En el origen de las posiciones enfrentadas entre Occidente y el bando soviético, Truman concebía el conflicto en términos ideológicos, del cual dimanaban las subsiguientes discrepancias

---

<sup>3028</sup> De hecho, el Senador Republicano R. Taft, acérrimo opositor a las políticas de Truman, criticó sin paliativos la actitud de su predecesor, al considerar que la estrategia de Roosevelt consistente en alcanzar la paz a cualquier coste fue lo que acrecentó el peligro comunista, facilitando que la Unión Soviética se convirtiera en gran potencia con ganancias en Berlín y en el resto de Europa central y del este. TAFT, Robert A., op.cit., p. 47 y 54.



políticas y militares entre las superpotencias<sup>3029</sup>, como dejara bien claro en su discurso del 12 de marzo de 1947, en el que anunciaba su estrategia de la contención del comunismo

un modo de vida está basado en la voluntad de la mayoría, y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías de libertad individual, libertad de opinión y religión, y libertad respecto a la opresión política.

El segundo modo de vida está basado en la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza sobre la mayoría. Descansa sobre el terror y la opresión, en la prensa y la radio controladas, en las elecciones amañadas y en la supresión de las libertades personales<sup>3030</sup>

Para Truman la política exterior de Estados Unidos “es la expresión exterior de la fe democrática que profesamos”<sup>3031</sup>, por ello debía luchar por mantener a salvo no sólo su propio sistema de libertades, sino que, en un mundo interconectado donde la amenaza comunista era global, también luchar por la democracia en aquellos lugares donde, como Europa, su posible pérdida representase una amenaza al sistema político estadounidense.

Por tanto, que Truman viera en la Unión Soviética un contrincante más que un socio, cuyas diferencias radicaban en unos sistemas ideológicos antagónicos e irreconciliables al aspirar ambos a la universalización de sus principios y valores, y que concibiese la supervivencia del modelo democrático como la única garantía para evitar el triunfo mundial del comunismo, inevitablemente tendría que conducir a un cambio en la estrategia y la política exterior estadounidenses respecto a la etapa de Roosevelt.

Para empezar Estados Unidos ya no sacrificaría más sus valores e intereses en aras de preservar la paz mundial, pues con ello tan sólo se invitaba al Kremlin a que continuase planteando nuevos desafíos a la comunidad internacional, sino que encararía el expansionismo soviético desde lo que Dean Acheson denominaría *situaciones de fortaleza*, es decir, a través de una diplomacia total que le permitiese negociar desde posiciones de poder, no para aspirar tan sólo a la coexistencia pacífica, sino para influir decisivamente en el comportamiento del adversario, como bien queda reflejado en el informe NSC 68, donde se animaba a que Estados Unidos creara “una situación en el mundo libre a la que el Kremlin no tenga más remedio que acomodarse”<sup>3032</sup>.

En la base de todo ello se encontraba su fe en la democracia como sistema más apto para que el ser humano realice lo mejor de sí, de ahí que no dudase a la hora de defenderlo a escala mundial, pues para Truman “debemos ser fuertes si estamos por la labor de expandir la democracia”<sup>3033</sup>. Sin duda que su educación baptista

<sup>3029</sup> LEFFLER, op.cit., p. 61 y 87.

<sup>3030</sup> TRUMAN, Harry S., discurso del 12 de marzo de 1947 ante el Congreso, texto consultado en [www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/trudoc.htm).

<sup>3031</sup> LEFFLER, op.cit., p. 111.

<sup>3032</sup> NSC 68, texto consultado íntegro en [www.airforce-magazine.com](http://www.airforce-magazine.com).

<sup>3033</sup> SPALDING, op.cit., p. 219.



influyó en su concepción moralista de la política, con la sempiterna elección entre el bien y el mal, o entre la defensa de los valores espirituales de Occidente frente al totalitarismo soviético<sup>3034</sup>, de hecho, para Truman la seguridad nacional era indisociable de la paz internacional basadas en la fortaleza y la libertad, ya que

hemos aprendido que la defensa de Estados Unidos y la defensa de otras naciones amantes de la libertad son indivisibles. Hemos aprendido que la mejor forma en que podemos servir a nuestro país es uniéndonos a la defensa común de los derechos de la humanidad<sup>3035</sup>

A diferencia de Roosevelt, para quien la paz debe preceder a la seguridad, con lo anterior queda claro que para Truman la seguridad habría de basarse en la defensa de la libertad, y una vez garantizada dicha seguridad se podría aspirar a la paz, nunca al revés, pues se estaría comprometiendo ambas en nombre de una quimera irrealizable.

Con el anuncio de la Doctrina Truman, valiéndose de la estrategia de la contención diseñada en gran parte por G. Kennan, el Presidente Truman se distanciaba ideológicamente del internacionalismo de F. D. Roosevelt al reconocer la imposibilidad de llegar a un *modus vivendi* estable y pacífico con la Unión Soviética, con dicha nueva base teórica, basada más en un lectura realista de los acontecimientos de posguerra que en los ideales y aspiraciones norteamericanos, la Administración Truman comenzó a dar los pasos prácticos que le distanciarían, como hemos visto, definitivamente de los internacionalismos anteriores. Si el Plan Marshall se centró en el aspecto económico de la contención, sería con la creación de la Alianza Atlántica cuando la Administración Truman asumiría el compromiso clave para entender su internacionalismo de segunda generación.

Con la Alianza Atlántica Estados Unidos amplió las posibilidades a su disposición en materia de política exterior, si con las Naciones Unidas se había añadido un nivel internacional al canal tradicional bilateral, la Alianza Atlántica ofrecía un foro regional en el que superar las debilidades del bilateralismo y las complejidades del internacionalismo. La confrontación con el bloque soviético obligó a la Administración Truman a buscar una fórmula original para minimizar los daños ante el avance comunista, pues como hemos visto, la paralización del Consejo de Seguridad con el uso del veto por parte de Moscú y la debilidad en la posguerra de Europa Occidental, pronto dejaron inservibles las vías internacionales y bilaterales, pues ninguna ofrecía las suficientes garantías como para lograr del Kremlin acuerdos sustanciales, en cambio, la estrategia de la contención sí que podía asegurarlas, y dado el éxito en el plano económico con el Plan Marshall, una comunidad de defensa atlántica se presentaba como la mejor opción para fortalecer la seguridad de Estados Unidos y sus aliados. Con ello Estados Unidos unía su destino a una alianza formada en su mayoría por naciones de corte democrático, en clara contraposición a la disparidad de las Naciones Unidas, con la intención de hacer frente a la superioridad convencional del bando soviético en el continente europeo, siempre que se aunaran

---

<sup>3034</sup> *Ibíd.*, p. 13.

<sup>3035</sup> TRUMAN, Harry S., discurso en la cena del Día de Jefferson del 5 de abril de 1947, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12859&st=&st1=](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12859&st=&st1=).



sus esfuerzos en materia de seguridad, como había ocurrido con el Plan de Recuperación Económica.

Como demostrara la guerra de Corea, la creación de la Alianza Atlántica no implicaba que necesariamente Estados Unidos recurriese siempre al canal regional para resolver los contratiempos internacionales, simplemente se añadía una nueva modalidad de actuación a la tradición estadounidense, así, tras haber explotado al máximo la vía unilateral durante sus primeros 150 años de existencia, y después de varios intentos, finalmente Estados Unidos aceptaría también la senda internacionalista patrocinando la Organización de las Naciones Unidas, pero ante las dificultades surgidas con el inicio de la Guerra Fría, donde las dos anteriores no respondían del todo a los requerimientos de seguridad propios y de aliados, se optó por una vía intermedia que reforzara los puntos flacos del unilateralismo y no cayera en la parálisis en la que la cooperación internacional estaba sumida. A partir de entonces Washington elegiría qué opción le conviene más, dependiendo tanto de la naturaleza del desafío y de su procedencia geográfica, como del tipo de legitimación que busque para sus decisiones.

Por tanto, con la Administración Truman se completó la inserción definitiva de Estados Unidos en la escena internacional como gran potencia al asumir, ya sin paliativos, las responsabilidades inherentes a su posición de poder, que lo hiciera como reacción a la amenaza comunista no es óbice para negarle la importancia trascendental que sus políticas tuvieron a la hora de colocar a su país al frente del campo Occidental.

*\* Respecto a la tradición política de Estados Unidos*

Como se vio en el capítulo primero, Estados Unidos pasó de su independencia respecto a Londres a convertirse en una potencia mundial en apenas ciento cuarenta años, durante esas catorce décadas sus políticos trataron de desarrollar las estrategias que mejor pudieran servir a los intereses nacionales, como la Doctrina Monroe o los Internacionalismos Conservador y Liberal Democrático, si bien hasta el momento había faltado el proyecto político que implicara definitivamente a Estados Unidos en los asuntos internacionales asumiendo sus responsabilidades como potencia mundial, tal fue la labor llevada a cabo por la Administración Truman, con su política de la contención del comunismo como principal paradigma estratégico y la defensa de la libertad y la democracia como base moral de su acción exterior.

Para McDougall la estrategia de la Contención sería el tercer pilar de lo que denomina el nuevo testamento de la política exterior estadounidense<sup>3036</sup>, con ella la nación abrazó cuanto había rechazado hasta el momento, una estructura militar de grandes dimensiones, un sistema de alianzas permanentes en Europa y los costes asociados a las responsabilidades como líder del mundo libre<sup>3037</sup>, y lo hizo ya que

---

<sup>3036</sup> McDOUGALL, op.cit., para el autor el antiguo testamento de la política exterior de Estados Unidos estaría formado por el excepcionalismo, el aislacionismo, la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto; mientras que el nuevo testamento por el imperialismo progresivo, el internacionalismo liberal democrático, la contención y la mejora global, p. 10.

<sup>3037</sup> *Ibíd.*, p. 147.



pese a las novedades impuestas por la nueva estrategia, ésta descansaba en las anteriores tradiciones, sobre todo del unilateralismo, del expansionismo del Destino Manifiesto y, como veremos más adelante, de los internacionalismos de principios de siglo XX<sup>3038</sup>. Incluso si pusiéramos a la Administración Truman bajo el prisma del primer gran debate que se produjo en la política estadounidense, entre las tesis defendidas por Hamilton y Jefferson, se podría decir sin caer en un anacronismo, que la estrategia desarrollada por Truman y su equipo es de claro signo hamiltoniano, cuyas notas globalizadoras, más bien de signo realista, descartando el aislacionismo y poniendo coto al idealismo, fueron tan bien defendidas por el Presidente y por algunos de sus más fieles colaboradores, como Dean Acheson<sup>3039</sup>, por el contrario, algunos de sus mayores críticos, como el periodista W. Lippmann o el propio G. Kennan, habría que situarlos en la tradición jeffersoniana<sup>3040</sup>, más preocupada por la defensa del modelo estadounidense dentro de sus fronteras que por expandirlo en el exterior.

Respecto a la Doctrina Monroe, son claras las diferencias entre ambas estrategias, si ésta estaba limitada geográficamente a América Latina y Europa, la Contención se concibió en términos globales, y si la primera mantenía a Estados Unidos al margen de los asuntos del viejo continente para alejar a los europeos de los asuntos americanos, la segunda se comprometía a la seguridad europea y abogaba por la ayuda frente a la amenaza comunista, es decir, de la neutralidad por seguridad se pasó a la injerencia como uno de los pilares de la seguridad. Estados Unidos ya no esperaría a reaccionar ante los sucesos en el viejo continente y aplicando los medios que considerase oportunos en cada ocasión, sino que a partir de entonces la alianza le comprometía a participar en los asuntos europeos y a través de un mecanismo estipulado de antemano, cuyo pilar era la defensa común del área atlántica. En su intento por relacionar la Doctrina Monroe con la política exterior de la Administración Truman, Dean Acheson más que tratar de equiparar realmente ambas, lo que hacía era reconocer la importancia intrínseca de la tradición política estadounidense para la aprobación de la Alianza Atlántica, uniendo, aunque fuese por un fino hilo, el marchito unilateralismo aislacionista con la nueva estrategia.

La contención sí que guardaría mayor relación con la clásica teoría del Destino Manifiesto, puesto que si Truman se enfrentó al modelo comunista, lo hizo bajo la convicción de que el modelo democrático estadounidense basado en el respeto de la libertad era superior a su rival y a la postre prevalecería, mismo impulso que llevó a los teóricos del expansionismo durante todo el siglo XIX a defender la promoción de su sistema de costa a costa. No en vano Truman creía que Estados Unidos había sido elegido por Dios para fomentar la paz en “un mundo donde la libertad humana esté segura. A ese fin dedicaremos nuestra fortaleza, nuestros recursos y nuestra firme resolución. Con la ayuda de Dios, el futuro de la humanidad se asegurará en un mundo de justicia, armonía y paz”<sup>3041</sup>. En todo caso, si el excepcionalismo sirvió durante el siglo XIX a la expansión continental de Estados Unidos, a partir de la II Guerra Mundial las reminiscencias del mismo contenidas en

---

<sup>3038</sup> *Ibíd.*, p. 167.

<sup>3039</sup> MEAD, *op.cit.*, p. 125 y 130.

<sup>3040</sup> *Ibíd.*, p. 217.

<sup>3041</sup> SPALDING, *op.cit.*, p. 219.



la Contención legitimaría la expansión mundial del modelo democrático, dado que la lucha ideológica se convirtió a partir de entonces en el principal instrumento para ganar aliados en la contienda bipolar, habiendo ya quedado deslegitimada la adquisición territorial en virtud del respeto a la soberanía nacional proclamado en la Carta de Naciones Unidas.

Es curioso que el primer intento por colocar a Estados Unidos dentro del grupo de grandes potencias mundiales viniese de la mano precisamente de la conquista territorial extracontinental, tan denostada hasta el momento por el unilateralismo aislacionista clásico de la política estadounidense. En efecto, como se vio en el segundo capítulo, la victoria sobre España y la obtención de Cuba, las islas Filipinas y Guam, supuso para Estados Unidos el ser reconocido mundialmente como una gran potencia, reconocimiento que tanto Theodore Roosevelt como el resto de su equipo ansiaban y habían convertido en el eje de su acción exterior. Las notas principales del internacionalismo conservador se basaban en el realismo continental europeo, cuyo hincapié en las políticas y balances de poder le alejaba del tradicional recelo estadounidense a todo ello.

Pese a su inmediato repudio por sus sucesores en la Casa Blanca, el realismo de T. Roosevelt no desapareció del todo, de hecho, se puede decir que F. D. Roosevelt, al menos en la práctica, sí que se asemejaba más a los postulados defendidos por su primo Theodore, puesto que primó los intereses nacionales y el reconocimiento de las distintas esferas de poder sobre la defensa a ultranza de los principios y valores del propio sistema democrático, para lograr un mundo estable y seguro donde Estados Unidos debía permanecer como una gran potencia más entre las que gobernaban los asuntos mundiales. Nada más alejado del proyecto de la Administración Truman, para quien los acuerdos y compromisos con el campo comunista eran imposibles dadas las diferencias entre ambos proyectos y la ambición por la hegemonía mundial demostrada por el Kremlin.

Si Truman concibió en algún momento su política exterior en términos realistas lo hizo al asumir que Estados Unidos nunca podría cohabitar con la Unión Soviética. Siendo sus diferencias tan evidentes y con la ideología comunista legitimando el expansionismo soviético, a Washington no le quedaba más remedio que reconocer que el sueño de un mundo seguro gracias a los acuerdos entre las grandes potencias se rompía con cada veto de Moscú en las Naciones Unidas y con cada Gobierno de Europa del Este que caía del bando comunista. Fue así que, desmarcándose de la política de apaciguamiento de F. D. Roosevelt, Truman dio inicio a la contención alejándose del tradicional unilateralismo aislacionista doméstico, no ya en términos realistas del interés nacional, sino asumiendo el liderazgo del campo Occidental y tomando las responsabilidades a él asociadas. Es decir, Truman se sirvió del realismo continental inherente al internacionalismo conservador para repudiar la estrategia de acomodación de Roosevelt, para luego fundar su nueva política en los valores y principios democráticos estadounidenses, justo lo contrario de su predecesor, que se valió en primera instancia de la terminología wilsoniana para implantar después un sistema realista basado en las esferas de poder y el interés nacional.



De todos modos, tampoco se puede afirmar que la estrategia de la Administración Truman sea continuista con el proyecto wilsoniano. Ambos Presidentes compartían una fe ciega en la superioridad del modelo democrático, y creían en la posibilidad de su instauración a nivel mundial, pero mientras Wilson lo intentó en términos idealistas, desdeñando la tradicional política de poder, y colocando a su Sociedad de Naciones como rectora del orden mundial capaz de expandir la democracia, para Truman tan importantes eran las Naciones Unidas como la Organización del Tratado del Atlántico Norte, ya que dada la distancia que separaba a Washington de Moscú, reconociendo que éste jamás se plegaría a las demandas del campo Occidental y que intentaría expandir su influencia, Estados Unidos debía buscar otros medios para asegurar que la democracia perdurara entre sus aliados, y si era necesario hacerlo a través de un sistema regional de defensa colectiva tan sólo respondía a la realidad de los hechos<sup>3042</sup>, pues ya no se trataba de universalizar la práctica democrática gracias a la colaboración internacional, sino de defender la democracia allí donde se viera amenazada por el avance comunista, implicando directamente a Estados Unidos en su defensa, y no basándola por entero en el quimérico buen hacer de una organización internacional. La experiencia de entreguerras tuvo un gran impacto en el Presidente Truman, pues al negarse Wilson a mantener la coalición vencedora en tiempos de paz, alienó su apoyo a su internacionalismo y favoreció indirectamente a las potencias revisionistas del orden de Versalles, que sin una barrera internacional a sus reivindicaciones, pudieron minar ese mismo orden hasta desencadenar una nueva Guerra Mundial.

Sin duda que las características de la Guerra Fría hicieron que Truman fuese más allá que el wilsonismo al hacerse cargo de la libertad de otros pueblos<sup>3043</sup>, asumiendo las implicaciones que de ello se derivaban, tanto políticas como económicas y militares. Si con Wilson Estados Unidos diseñaba el nuevo orden internacional, cuya prioridad era la paz internacional, con Truman Estados Unidos asumió por entero la carga de ser el líder del campo Occidental, con la defensa de la libertad como estandarte acorde con la tradición estadounidense y como mejor antídoto a la expansión comunista, es decir, una vez reconocido el conflicto con el campo comunista, para que éste no degenerase ni en guerra abierta ni en dominio soviético, Estados Unidos debía participar en la defensa de los pueblos democráticos, incluso en tiempos de paz, para así encarar el desafío comunista desde una posición de fuerza.

El triunfo de la Administración Truman a la hora de lograr la aprobación de sus proyectos por parte del Congreso estadounidense, en especial con la Alianza Atlántica, representó la culminación de los debates entre las tesis aislacionistas contrarias a la implicación de Estados Unidos en los asuntos europeos, en especial en su defensa, y los partidarios de la internacionalización de la política exterior estadounidense, esta vez a través no sólo de la participación en las Naciones Unidas sino de ayudar económica y militarmente a los aliados europeos, algo impensable en tiempos de paz para la tradición política de Estados Unidos. De hecho, Truman logró lo que Wilson no supo ni pudo conseguir, que el Congreso diese su consentimiento a la definitiva implicación de Estados Unidos en los asuntos mundiales, y no a través de

---

<sup>3042</sup> *Ibíd.*, p. 13.

<sup>3043</sup> *Ibíd.*, P. 72.



un organismo internacional, sino con la defensa del sistema democrático a escala mundial, primero con la ayuda económica del Plan Marshall y después con la garantía defensiva de la alianza atlántica.

Así, los debates en torno a la ratificación del Tratado del Atlántico Norte pueden ser vistos como el triunfo final de las tesis internacionalistas sobre las aislacionistas, buscando la Administración Truman una vía intermedia entre el idealismo impracticable de Wilson y el realismo conciliador de F. D. Roosevelt, gracias al equilibrio entre la aceptación de la división entre los bloques y la defensa de la libertad como base de la acción exterior estadounidense. Sin renunciar a los valores y principios nacionales ni al apoyo a la defensa de los aliados, Truman logró la cuadratura del tradicional círculo político norteamericano al diseñar una política que, basada en las tradiciones políticas nacionales, asentaba a Estados Unidos en una nueva posición como líder indiscutido del campo Occidental gracias a una estrategia vanguardista que tomaba buena nota de la realidad del momento dominada por la lógica de la Guerra Fría, intentando así superarla y asegurar la victoria final del bando democrático.

Con la Alianza Atlántica, la Administración Truman superó en gran medida el temor atávico a enredarse en los asuntos políticos europeos característica de la tradición estadounidense, pues ni siquiera en tiempos de guerra ningún Presidente había formalizado una alianza de dichas características. Con ello, Washington dejaba de mirar con desprecio los asuntos del viejo continente, para convertirlos en el centro de sus preocupaciones en materia de política exterior. Un cambio de tales características sólo se pudo realizar dejando a un lado las diferencias a uno y otro lado del Atlántico, como la pervivencia del régimen colonial o de la institución monárquica, para centrarse en los nexos de unión, ideal democrático y exigencias de seguridad, con el fin de superar juntos el desafío planteado por la expansión comunista.

Si la Administración Truman eligió atar el destino de Estados Unidos al de Europa, no lo hizo en todo caso sin contrapartida alguna, pero lejos del lenguaje mesiánico de W. Wilson, el internacionalismo de la Administración Truman buscó unas contrapartidas realistas que más que basarse en la transformación inmediata en el modelo estadounidense, asegurase a largo plazo la estabilidad democrática de sus aliados, que incluso en algunos casos ni tan siquiera disfrutaban de ella (como Portugal)<sup>3044</sup>. Es decir, la Administración Truman buscó afianzar la naturaleza democrática de sus principales aliados participando en su seguridad frente a la amenaza soviética, incluso al coste de aceptar dentro de su alianza a miembros no democráticos, pero esenciales para la defensa común, y lejos de pretender exportar su modelo republicano, se sirvió de los puntos en común para hacer frente al peligro compartido por todos.

---

<sup>3044</sup> Si bien ese sí que fue un tema clave para la no pertenencia de España, pese a su importancia geoestratégica y su declarado anticomunismo, su régimen autocrático y antiguo aliado nazi no pudo superar el recelo estadounidense. KAPLAN, *A Community of interests...* op.cit., p. 36, IRELAND, op.cit., p. 104 y COOK, op.cit., p. 125.



Además, como se ha visto en el anterior punto, la Administración Truman tuvo que idear un enfoque regional que sortease las debilidades del bilateralismo y las incongruencias del internacionalismo surgidas al inicio de la Guerra Fría, con ello, como vemos en los siguientes gráficos, la estrategia ideada bajo su presidencia se colocaba a medio camino entre los internacionalismos conservador y liberal democrático, como una tercera vía entre el tradicional unilateralismo aislacionista y el reciente idealismo multilateralista.

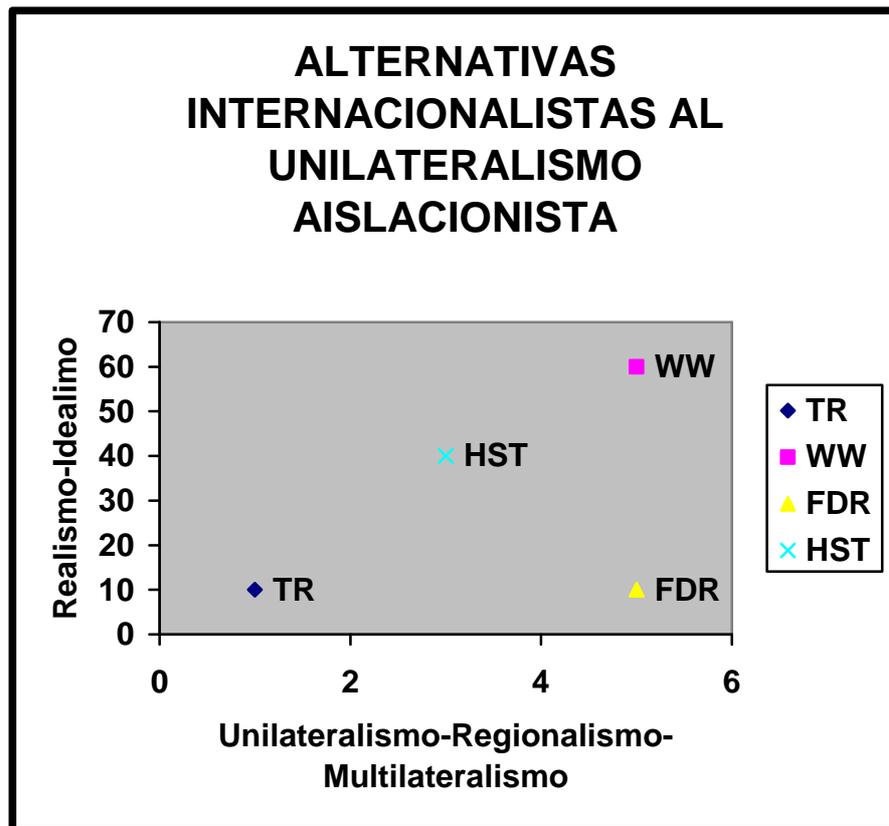
**ALTERNATIVAS INTERNACIONALISTAS AL UNILATERALISMO AISLACIONISTA**

**(Internationalists departures from isolationist unilateralism)**

	Theodore Roosevelt	Woodrow Wilson	F. D. Roosevelt	Harry S. Truman
<b>Regionalismo</b>				*
<b>Unilateralismo</b>	*			
<b>Multilateralismo</b>		*	*	
<b>Idealismo</b>		*		~
<b>Realismo</b>	*		*	~

Fuente: elaboración propia.

Como se observa en la anterior tabla, el internacionalismo del Presidente T. Roosevelt se caracterizaba por el realismo y el unilateralismo, por el contrario, el de W. Wilson lo hacía por el multilateralismo y el idealismo, mientras que F. D. Roosevelt fue una mezcla de ambos con predominio del multilateralismo y el realismo, y finalmente, la Administración Truman se colocó en tierra de nadie, como muestra el siguiente gráfico, a medio camino entre el idealismo y el realismo, con un enfoque regionalista, así, si los valores 0 equivalen al realismo y al unilateralismo puros, T. Roosevelt se encontrará en la parte inferior izquierda de la tabla, por el contrario, W. Wilson con valores máximos en idealismo y multilateralismo se situará en la parte superior derecha, con F. D. Roosevelt en la inferior derecha al puntuar bajo a causa de su realismo y máximo por su multilateralismo, mientras que H. S. Truman aparecerá en mitad de la imagen, a causa de su regionalismo y por compartir elementos realistas e idealistas.



Fuente: elaboración propia.

Quizá el éxito de la Administración Truman radica precisamente en colocarse justo en medio de los programas internacionalistas presentados con anterioridad, en retroceder lo suficiente en cuanto a multilateralismo y buscar una vía intermedia entre el realismo y el idealismo, ofreciendo así a la clase política y al pueblo estadounidenses una política exterior que pudieran aceptar sin sentir traicionados sus principios y valores.

Teniendo en cuenta su estrategia regional para Europa, su defensa de las Naciones Unidas en Corea, el crecimiento del aparato estatal bajo su presidencia, pues Estados Unidos crecería de los 600.000 funcionarios civiles en 1933 a los 2,6 millones en 1953<sup>3045</sup>, y el aumento de su poder militar, pasando de nueve armas nucleares en 1946, a 13 en 1947, 50 en 1948, 300 en 1948 y casi 1.000 para cuando abandonó la Casa Blanca<sup>3046</sup>, y con un ejército de 1.876.000 efectivos en 1949, sin duda el mayor contingente en tiempos de paz que Estados Unidos había tenido en su historia, puede decirse que H. S. Truman fue el primer Presidente estadounidense en ver a su nación no sólo como la representante del nuevo mundo y encarnación de su sistema republicano y democrático, sino que trazó su estrategia internacional desde el Ejecutivo de una nación más entre el resto, eso sí, obligada a participar en la escena internacional para evitar que ésta se volviera en su contra, protegiéndose de la amenaza comunista en colaboración con sus aliados. Así, su política exterior alcanzó la madurez y modernidad necesarias para asumir sin rechazo ni complejos las

<sup>3045</sup> FERREL, op.cit., p. 197.

<sup>3046</sup> *Ibíd.*, p. 353.



responsabilidades de su poderío, sin caer en el unilateralismo ni en el aislacionismo, manteniendo la fe en sus principios y valores pero, sin traicionarlos, ajustarlos a los requerimientos de seguridad que la nueva situación de Guerra Fría requería.

### 10.c.2 *El triunfo del internacionalismo de segunda generación*

Son varias las causas que pueden explicar un cambio tan espectacular en la mentalidad dominante de un determinado país, en el caso estadounidense el ataque sorpresa japonés sobre Pearl Harbor despertó a la nación de su letargo neutralista, entrando de lleno en la guerra en los dos teatros de operaciones principales, Asia-Pacífico y Europa, ayudando así a que en la posguerra Estados Unidos viera comprometida su seguridad en ambas áreas. Por si fuera poco, la idea de que el repudio de la Sociedad de Naciones de W. Wilson fuese una de las causas principales del surgimiento y reforzamiento del nazismo alemán y del militarismo nipón, al privar al mundo del contrapeso estadounidense, se extendió por el país bajo la consigna del *never again*, Estados Unidos no debería volver a renunciar jamás a sus obligaciones como pilar esencial de la humanidad. Pero nada de ello hubiese servido si los equilibrios internos de la nación no se hubiesen transformado durante la primera mitad del siglo XX, así para cuando se inició la II Guerra Mundial la América profunda, la formada por los pequeños agricultores y empresarios centrados en el comercio local de los Estados del interior, con predominio de una educación básica y siempre temerosos del Gobierno Federal, había dejado ya su paso a la más dinámica sociedad de ambas costas orientada a la exportación y al emergente sector servicios, volcada al comercio exterior, con niveles educativos altos y cercana a los entresijos de la vida cotidiana del Capitolio, y que presuponía la intervención activa y permanente de Estados Unidos en los asuntos mundiales como condición indispensable para la defensa de sus intereses.

Truman había heredado un país inmensamente rico, que con el siete por ciento de la población mundial en 1945, atesoraba el 42 por ciento de su riqueza y el 50 por ciento de su capacidad manufacturera (con la producción del 57,5 por ciento mundial de hierro, el 43,5 por ciento de electricidad, el 62 por ciento de petróleo y el 80 por ciento de los automóviles, sólo en 1950 se vendieron en Estados Unidos ocho millones de vehículos, tantos como había en el país al finalizar la I Guerra Mundial), con una renta *per capita* de 1.450 dólares, cuando los países más cercanos rondaban los 700-900 dólares, pasando su producto interior bruto de 88.6 billones en 1939 a 135 billones en 1945, con un crecimiento anual de más del quince por ciento, sólo en 1947 el beneficio exportador estadounidense ascendió a 12,5 billones de dólares, si bien aun un tercio de los hogares estadounidenses seguía sin contar con agua corriente, sobre todo entre su 17,5 por ciento de población rural, que eso sí, vio como la luz llegaba al 85 por ciento de sus hogares en 1950, por sólo el diez por ciento en 1935, y aumentaba su productividad más de un 25 por ciento merced al empleo de maquinaria agrícola, todo ello hizo que cada vez se demandara menos mano de obra no cualificada a favor de los ingenieros y técnicos, ingenieros que en 1950 ascendían a 400.000, por los escasos 40.000 de 1900<sup>3047</sup>.

---

<sup>3047</sup> JOHNSON, op.cit., p. 808 y 813 y ALLEN, op.cit., p. 190.



En la década que transcurrió de 1940 a 1950, Estados Unidos pasó de tener 131,6 millones de habitantes a contar con 150,7 millones, el doble que en 1900, sobre todo por el aumento de nacimientos entre 1910 y 1940, con tasas de natalidad por encima del 20 por ciento en los últimos diez años, lo que añadido a la reducción de la mortalidad y un espectacular aumento de la esperanza de vida (de 49 años a principios de siglo, a los 68 de 1950), sin olvidar los avances científicos como la penicilina, la cortisona y otros antibióticos, dio como resultado dicho crecimiento demográfico, que impulsó la movilidad geográfica hacia el Oeste y las zonas urbanas, sobre todo en la población afroamericana, que creció de los nueve millones en 1900 a los quince de 1950, año en que sólo una quinta parte de sus integrantes vivían en el Sur, antiguo hogar de sus antepasados esclavos, pero en 1948 los ingresos de una familia negra eran una media de un 40 por ciento inferiores a los de su equivalente anglosajona, aunque su esperanza de vida había aumentado en 26 años y su índice de analfabetismo rondaba el once por ciento, con un aumento del número de alumnos universitarios afroamericanos, siguiendo la tónica general, pues si en 1900 sólo uno de cada diez jóvenes estadounidenses acudían a la universidad, en 1950 lo hacía entre cuatro y cinco<sup>3048</sup>.

En cuanto a la economía familiar, el crecimiento experimentado se tradujo en que para 1950 el 60 por ciento de la población estadounidense había escapado del sector más pobre representado por quienes ganaban menos de 2.000 dólares anuales, ese año sólo el 25 por ciento de las familias vivían con menos de esa renta, mientras que el 54,2 por ciento lo hacía con unos ingresos entre 2.000 y 5.000 dólares, aumentando así el porcentaje de la clase media, en detrimento de quienes tenían más altos ingresos, pues si en 1929 representaban el trece por ciento del total, en 1945 habían caído al siete por ciento, creando así una mayor convergencia social al equipararse los modos de vida de los más ricos con los del resto de la población. En ello también tuvo mucho que ver los medios de comunicación de masas, como las revistas, la radio, el cine o la televisión, que poseían ya 200.000 hogares estadounidenses que convirtieron a las elecciones de 1948 en la últimas no televisivas<sup>3049</sup>.

Las grandes corporaciones dejaron de estar controladas por sus dueños originarios, para inaugurar un nuevo estilo de gestión por medio de juntas administrativas, y del magnate se pasó al directivo, coincidiendo con la explosión del sector petrolero y químico, además, tras la II Guerra Mundial, los cambios en el transporte mundial fueron cruciales para la internacionalización tanto económica como política de estados Unidos, así, si en 1935 no había vuelos transatlánticos, en 1947 nadie se planteaba ya el viajar en barco a Europa<sup>3050</sup>.

La clase política tampoco fue ajena a dichos cambios, en el Senado, la figura del Republicano Arthur H. Vandenberg se erigió como arquetipo de la transformación que también se produjo en el Congreso, ya que de una inicial postura aislacionista pasó a ser, tras el ataque a Pearl Harbor, una figura esencial para lograr el consenso bipartidista en torno a la estrategia exterior de Estados Unidos, convirtiéndose en

<sup>3048</sup> ALLEN, op.cit., p. 177 y 199.

<sup>3049</sup> *Ibid.*, p. 213-224 y JOHNSON, op.cit., p. 815.

<sup>3050</sup> ALLEN, op.cit., p.197 y 236.



pieza indispensable para que el Presidente Truman sacara adelante su agenda política. Todo ello puede observarse en los debates que en torno a las Naciones Unidas, la Doctrina Truman o el Plan Marshall se desarrollaron en el Congreso estadounidense, desavenencias que la Administración Truman avivó al desestimar muy pronto la estrategia conciliatoria de su predecesor, y sustituirla por otra más activa e intervencionista, que condujo, con la aprobación del Tratado del Atlántico Norte y del Programa de Asistencia de Defensa Mutua, al rechazo definitivo del unilateralismo aislacionista imperante desde los tiempos de G. Washington.

Si en su discurso de despedida en 1796 el Presidente George Washington sentó las bases de la política exterior de Estados Unidos para el siguiente siglo y medio de su historia, el Presidente Harry S. Truman y su equipo de Gobierno dieron un giro a la misma para implicar a la nación en su nuevo papel de superpotencia mundial, así, del unilateralismo aislacionista de la gran regla washingtoniana se pasó al intervencionismo de la contención, marcando así las líneas por las que ha venido transitando la política exterior estadounidense desde la II Guerra Mundial.

Como se ha venido comprobando en los anteriores capítulos, cada expansión del poderío estadounidense vino acompañado por un debate interno acerca de la compatibilidad entre el rol internacional de la nación y los principios y valores que informan su sistema político-social. Desde los primeros días de la república, cuando Hamilton y Jefferson se enfrentaron con posturas contrapuestas sobre la necesidad de ampliar o limitar el alcance de la Revolución, una discusión recurrente ha estado presente en los salones políticos de Estados Unidos, ¿debe la República confinarse en sus propias fronteras para cumplir en casa con los principios y valores inherentes a su sistema democrático o por el contrario, dada la supuesta naturaleza universal de los mismos, debe emprender una misión internacionalista que propague dicho sistema? Y en todo caso, si se decide por éste último camino, ¿cómo compatibilizar los finos equilibrios políticos entre los distintos poderes consagrados en la Constitución estadounidense con el nuevo intervencionismo exterior?

Que la observancia nominal a la gran regla de Washington haya sido reivindicada por la mayoría de los políticos estadounidenses hasta la primera mitad del siglo XX, no debería ocultar la victoria práctica de las tesis *expansionistas* de Hamilton sobre las *limitadoras* de Jefferson. En efecto, la imparable marcha hacia el Oeste de la frontera continental pronto se complementó con el paradigma estratégico que convertiría a Estados Unidos en una potencia americana, la Doctrina Monroe, como adaptación teórica de la gran regla al nuevo rol, convertía a Estados Unidos en el árbitro del devenir político de todo un continente al mismo tiempo que le mantenía alejado de la turbulenta Europa, destacando de paso las divergencias entre los diferentes sistemas de gobierno que imperaban a ambas orillas del Atlántico, a la vez que comenzaba el proceso de sacralización del modelo democrático y republicano estadounidense. La conquista del norte de México con el Presidente Polk añadió más leña al fuego al debate entre expansionistas y limitadores, que con la Guerra Civil se enfrió por algún tiempo, sumiendo a la nación primero en los combates y más tarde en las duras tareas de reconstrucción y reconciliación.



Con el país ya recuperado del enfrentamiento fratricida y en plena Revolución Industrial y explosión demográfica y económica, las presidencias de McKinley y sobre todo de su sucesor, T. Roosevelt, supusieron el primer gran reto al unilateralismo aislacionista de la gran regla washingtoniana. La guerra con España de 1898 convirtió a Estados Unidos no sólo en una potencia mundial, que ya lo era de facto, sino en una potencia colonial más, las implicaciones de ambos hechos se tradujeron a nivel interno en un recrudecimiento del debate sobre el alcance del modelo democrático y republicano nacido de la Constitución estadounidense, y que T. Roosevelt y su equipo zanjarían a favor del expansionismo merced a su internacionalismo de cariz conservador. En Asia, la política de puertas abiertas diseñada por Hay convertía a Estados Unidos en un actor de primera fila en los asuntos chinos, y la adquisición de las islas Filipinas y Guam simplemente en una potencia asiática más, con todas las implicaciones que de ello se derivaban de un Japón en pleno renacimiento; en Europa, T. Roosevelt se implicó de lleno en las disputas africanas entre franceses y alemanes tratando de mediar entre ambos, con las tesis de Root sobre derecho internacional siempre presentes; en América, T. Roosevelt mostraría la cara menos amable de su internacionalismo al aplicar su estrategia del gran garrote para resolver lo que a su entender era la debilidad crónica de sus vecinos del sur, la inestabilidad política, y para alcanzar los objetivos geoestratégicos clave derivados de las tesis de Mahan, con la construcción del Canal de Panamá como mayor conquista de su mandato en el continente. Todo ello representó un ataque frontal al legado de G. Washington, pues el internacionalismo conservador implicaba a Estados Unidos en la escena internacional de tal forma que éste se vería afectado por ella como nunca desde su independencia, de hecho, por primera vez Estados Unidos se enfrentaba a las responsabilidades que inevitablemente acarrea el poder.

Pero ni el pueblo estadounidense ni su clase política estaban preparados para acarrear el pesado fardo del hombre blanco, y tan pronto como T. Roosevelt abandonó la Casa Blanca ésta abandonaría también su intervencionismo para dedicarse a las tareas más prosaicas de administrar un imperio que se daba ya por completado. Pero de nuevo la escena internacional devolvería a Estados Unidos a la realidad de la mano de la I Guerra Mundial, para entonces, la Casa Blanca estaba ocupada por el Presidente más internacionalista de cuantos hubiese conocido hasta el momento, W. Wilson, quien trocando el conservadurismo de T. Roosevelt por su liberalismo democrático cambió las bases del internacionalismo estadounidense, pasando de la descarnada defensa del interés nacional a la Promoción de la Democracia como máxima garantía para la seguridad nacional, lo que implicaba un mayor compromiso externo estadounidense, algo para lo que no estaba preparada ni su ciudadanía ni su clase política, a la postre, el rechazo del Senado a entrar en la organización internacional que su propio Presidente había impulsado, representó la manifestación práctica de la derrota del internacionalismo, tanto conservador como liberal democrático, marcando el devenir político norteamericano del periodo de entreguerras.

A la diplomacia del dólar de los años veinte le sucedió la neutralidad de los treinta, para entonces Estados Unidos se encontraba inmerso en plena recuperación de la crisis económica derivada del crack bursátil de 1929, siendo los asuntos domésticos



la prioridad del Presidente F. D. Roosevelt, pero como sucediera en 1919, de nuevo los acontecimientos en Europa a partir de 1939 sobrepasaron el muro hasta entonces infranqueable del aislacionismo estadounidense, la entrada en un nuevo conflicto mundial provocó primero un auténtico seísmo en la opinión pública y más tarde en la política exterior nacional, ya de la mano del Presidente Truman.

En el triunfo del internacionalismo de segunda generación puesto en práctica por la Administración Truman intervinieron numerosos factores, para empezar el cambio que supuso respecto al resto de ensayos internacionalistas y que hemos repasado con anterioridad, siendo una vía moderna a medio camino del realismo de T. Roosevelt y del idealismo de W. Wilson, que sin abdicar de lo construido por F. D. Roosevelt, supo readaptarse a la nueva situación creando su propia estructura para contener el avance comunista y preservar así el sistema democrático promovido por los Padres Fundadores 170 años atrás.

Para Johnson, Truman fue quien inauguró la capacidad estadounidense de rescatar al mundo física y económicamente no sólo en tiempos de guerra, como había ocurrido con Wilson y F. D. Roosevelt, sino también en tiempos de paz<sup>3051</sup>, pues a diferencia de Wilson o F. D. Roosevelt, Truman no esperó a que una nueva guerra le obligase a actuar, sino que erigió toda su acción exterior para evitar un conflicto con la Unión Soviética. Al hacerlo, rediseñó el internacionalismo estadounidense para adaptarlo a los requerimientos de la Guerra Fría, así, si la Administración Truman recurrió a la Promoción de la Democracia se debió en gran parte para que se aceptara su proyecto exterior, si a lo largo de su historia Estados Unidos no se mezclaba con otros debido a las diferencias entre sus modelos políticos, y evitar así un contagio que corrompiera su sistema, ahora que se decidía a involucrarse de lleno en los asuntos mundiales, y sobre todo europeos, se haría tratando de equiparar sus sistemas al estadounidense, es decir, cierta parte del unilateralismo aislacionista pervivía en la Doctrina Truman, si bien desprovista ya de toda dimensión mesiánica para centrarse totalmente en las dimensiones de seguridad. Con todo ello, el internacionalismo de Harry S. Truman triunfó allí donde los anteriores Presidentes internacionalistas habían fracasado, pues su legado sí que sobrevivió a su marcha de la Casa Blanca, a partir de entonces la Doctrina Truman, la estrategia de la contención, la Alianza Atlántica así como el resto de medidas emprendidas por su Administración se convirtieron en la base de la acción exterior estadounidense para toda la Guerra Fría, independientemente del signo político del Presidente de turno, lo que prueba la modernidad de su internacionalismo de segunda generación.

Como hemos visto, donde mejor se puede comprobar el nuevo enfoque fue en su política hacia Europa, olvidando los viejos prejuicios que habían llevado a una separación completa del viejo continente primero para luego, con F. D. Roosevelt, a un intento de debilitarlo. La Administración Truman miró al futuro en lugar de al pasado, comprendiendo que necesitaba una Europa estable, segura y democrática para

---

<sup>3051</sup> JOHNSON, op.cit., p. 809, de todos modos, no pudo llevar a cabo sus famosos 4 puntos en una especie de Plan Marshall mundial, pues a pesar de tener repartidos más de 2.400 técnicos por el mundo en 1948, el Congreso sólo aprobó 148 millones de dólares en ayuda internacional para 1952, muy poco para las aspiraciones presidenciales, pero que dan fe de la importancia que las diferencias de riqueza como causa de subdesarrollo tenían en el pensamiento de Truman.



que Estados Unidos continuase como hasta entonces, para ello, más que tratar de cambiarla o rebajarla, lo que Estados Unidos debía hacer era ayudarla a superar sus atavismos históricos en forma de continua y estéril puja por el dominio continental, a favor de una estrategia de integración y unión al estilo de los Estados Unidos de América, que al mismo tiempo que la salvara de sí misma, pudiese defenderla de una nueva amenaza.

El precio que Estados Unidos debía pagar por ello fue su participación efectiva en los acuerdos continentales, convirtiendo a las alianzas permanentes en tiempos de paz en el eje fundamental de seguridad de su política exterior, en lugar de la aberración que hasta el momento habían constituido para la tradición estadounidense. De ese modo el aislacionismo perdió su sentido, máxime cuando la Administración Truman convirtió a Europa en el teatro principal de sus intereses estratégicos, de hecho, se puede afirmar que si el edificio aislacionista se derrumbó con el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, la firma del Tratado del Atlántico Norte el 4 de abril de 1949 lo habría sepultado para siempre.

Así pues, la Administración Truman creó una estrategia exterior madura, deshaciéndose en gran parte del peso de la tradición política estadounidense que había lastrado anteriores ensayos internacionalistas, como fueron los casos de W. Wilson y F. D. Roosevelt, pero sin caer en el excesivo realismo que hizo fracasar al proyecto de T. Roosevelt, manteniendo los principios y valores de los padres fundadores como guía espiritual en sus funciones, pero adaptando la política exterior a la nueva situación de Guerra Fría, pues lo que había valido para el siglo XIX no podía funcionar en plena era atómica. Estados Unidos había dejado de ser una nación periférica en crecimiento, para convertirse en el líder del campo Occidental, asumiendo sus responsabilidades y dejando a un lado los temores a hacerlo. Con su internacionalismo, la Administración Truman aceptó el fardo del mando democrático, legando a la nación el marco estratégico para el resto del siglo XX. El que tal circunstancia se diese bajo la presidencia de un hombre como Harry S. Truman no deja de ser enigmático, apenas dos años más joven que su predecesor, representante genuino del candor rural del Medio Oeste estadounidense, careció tanto del fascinante carisma de T. Roosevelt como del brillante intelectualismo de W. Wilson o la valiosa sociabilidad de F. D. Roosevelt, y abandonó la Casa Blanca con un bajísimo índice de popularidad, en medio de críticas y descalificaciones, pero a partir de ese momento, ningún Presidente se saldría de las nuevas directrices por él marcadas. El liderazgo de Truman es una prueba de que el sentido común, acompañado por la templanza y la valentía, así como el respeto absoluto a unos arraigados principios y valores, suele ser la mejor respuesta en tiempos de crisis.



## 11. LA OCUPACIÓN DE JAPÓN

Tras el ataque sorpresa japonés sobre Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, Estados Unidos entraba de lleno en la II Guerra Mundial para luchar del lado aliado contra los regímenes autoritarios de las potencias del Eje. Cuatro años más tarde, una vez derrotadas, las tropas estadounidenses se encontraban ocupando naciones tan dispares como Italia, Alemania o Japón, siendo ésta última la que más importancia tiene para nuestro estudio, puesto que el proyecto democratizador se llevó a cabo bajo la exclusiva responsabilidad de Washington, sirviendo como ejemplo emblemático de reconstrucción pos conflicto de primera generación<sup>3052</sup>, y cuyo resultado final colmó las expectativas de convertir a Japón en una nación democrática; todo ello bajo una esmerada planificación que marcaría un hito en los esfuerzos de Promoción de la Democracia que aun hoy está por igualar, no ya superar.

A diferencia de Filipinas, dónde Estados Unidos permaneció por más de cuatro décadas, la ocupación de Japón duró sólo siete años, pero fue tiempo más que suficiente para poner en marcha las reformas que transformarían a una nación feudal y militarista en una moderna democracia capitalista.

De hecho, la planificación de la ocupación japonesa se remonta a la segunda mitad de 1940, si bien Estados Unidos aun no había entrado en conflicto con las potencias del Eje, ya había dado los primeros pasos en la programación de su entrada en la II Guerra Mundial, sirviendo como ejemplo de las numerosas iniciativas tanto del Departamento de Estado como del Ejército el “Manual del Ejército y Armada de Estados Unidos de Gobierno Militar y Asuntos Civiles” del General A. W. Guillion, en el que se hacía hincapié en la creación de agencias civiles<sup>3053</sup>. En el plano organizativo no se escatimaron medios para el estudio de la ocupación, así, en diciembre de 1941 Truman creaba el Comité Asesor sobre Política Exterior de Posguerra, y cuatro meses más tarde, y dentro de éste, el Subcomité Territorial en el que se abordará por primera vez la cuestión de la ocupación de Japón, mostrándose ya la división de pareceres entre el sector pro japonés y el pro chino, partidario éste último de un trato más duro respecto a Japón, de todos modos el Subcomité Territorial se deshizo en diciembre de 1943<sup>3054</sup>. Por lo que respecta al Departamento de Estado éste creó en agosto de 1942 el Grupo de Estudio de Política de Asia Oriental dentro de la División de Investigación Especial, donde se ofrecían propuestas para el Japón de posguerra, más tarde, en octubre de 1943, instituyó el Comité de Área Inter dimensional sobre el Lejano Oriente, encargado de la planificación administrativa del Japón de posguerra, remitía sus propuestas al Comité de Programas de Posguerra instaurado en enero de 1944 por el propio Departamento de Defensa<sup>3055</sup>, ésta sección estaba encargada de emitir decisiones sobre asuntos de posguerra, y fue la responsable del informe “Objetivos de Posguerra” en el que se recogían ya las tres fases de las que debía constar la ocupación de Japón, a saber, desmilitarización, democratización y convertirlo en un país pacífico, además de acabar con sus

---

<sup>3052</sup> ORR, Robert C. (Editor), *Winning the Peace. An American Strategy for Post-Conflict Reconstruction* CSIS Press, 2004, p. 169.

<sup>3053</sup> EIJI, Takemae *The Allied Occupation of Japan*, Ed. Continuum, 2002, p. 201.

<sup>3054</sup> *Ibíd.*, p. 204.

<sup>3055</sup> *Ibíd.*, p. 205.



posiciones coloniales. El Ejército y la Marina también respondían al esfuerzo de la planificación creando las instituciones encargadas de entrenar a sus oficiales en tareas de gobierno militar, como la Escuela de Gobierno Militar del Departamento de Guerra fundada en mayo de 1942 al amparo de la Universidad de Virginia, o la División de Asuntos Civiles creada en marzo de 1943 para la administración de las zonas ocupadas, o la Escuela de Lenguaje del Servicio Militar de Inteligencia para la enseñanza del japonés<sup>3056</sup>; aparte de numerosos estudios y trabajos elaborados por la Oficina de Servicios Estratégicos y el Comité de Coordinación de Estado-Guerra-Marina (SWNCC, en sus siglas en inglés) concernientes a la ocupación.

### 11.a El contexto de la ocupación

Al finalizar la II Guerra Mundial, Japón era un país devastado por la guerra, habiendo perdido 2,7 millones de vidas en el conflicto, lo que representaba casi el cuatro por ciento de su población en 1939 (una figura modesta si se la compara con el más del diez por ciento que perdió Alemania o el casi catorce por ciento de la Unión Soviética), los mayores daños se centraban en su infraestructura, 66 de sus ciudades más importantes habían sido duramente bombardeadas<sup>3057</sup>, habiendo dejado el 40 por ciento de sus zonas urbanas completamente destruidas, lo que provocó que el 30 por ciento de su población quedase sin hogar. En el plano económico, un cuarto de la estructura física nipona había sido aniquilada, incluida un tercio de su industria, el 82 por ciento de su flota y el 60 por ciento de su agricultura, en total un 25 por ciento de su riqueza se había evaporado con la derrota, si bien pudo conservar dos tercios de su industria pesada, lo que sería clave para su posterior recuperación meteórica. A todo ello, hay que sumar sin duda el efecto que tuvo sobre la nación japonesa la destrucción de Hiroshima y Nagasaki a través del lanzamiento de sendas bombas atómicas, tanto en el aspecto psicológico como en el material, ya que Estados Unidos había demostrado de manera inapelable la inutilidad de la resistencia ante su avance. Con la aceptación de la derrota, los japoneses fueron conscientes de que una etapa de su historia se cerraba irremediamente y que una nueva debía surgir, y si quería no verse relegado a un segundo plano en el concierto internacional, debía dejar en el camino importantes aspectos de sus tradiciones para adaptarse a las exigencias de los vencedores.

De las anteriores cifras se puede vislumbrar la complejidad y dureza de la tarea que Estados Unidos tenía por delante a la hora de no sólo reconstruir una nación arrasada por la guerra, sino de convertirla al mismo tiempo en una democracia pacífica dejando atrás su pasado autoritario y militarista.

Si bien Estados Unidos no partía de cero a la hora de intentar democratizar una nación tan compleja como la japonesa, pues la reconstrucción del Sur estadounidense tras la guerra civil y la ocupación de Filipinas por más de 40 años representaban importantes antecedentes, sí que es cierto que por primera vez los políticos estadounidenses comprometían el futuro de la nación en una empresa de incierto resultado y cuya intrincada naturaleza resultaba difícil de vender a la opinión pública nacional. Para ello, la Administración Truman alegó que para evitar que

---

<sup>3056</sup> *Ibíd.*, p. 207.

<sup>3057</sup> *Ibíd.*, p. 26.



Japón se volviera a convertir en una amenaza para la paz y seguridad internacionales a través de su ultranacionalismo militarista, debía ser ocupado para asegurar su transición a un sistema de gobierno que garantizase a los propios japoneses el autogobierno según principios democráticos<sup>3058</sup>, además, con la ocupación se frenaría el peligro que un eventual avance comunista en el archipiélago representaría para los intereses estratégicos de Estados Unidos en Asia<sup>3059</sup>.

Por lo que respecta a los propios Estados Unidos, hay que destacar que desde la implantación del *New Deal* por F. D. Roosevelt, numerosos miembros del Partido Demócrata e importantes sectores de la Administración creían en el poder del Estado a la hora de paliar los efectos perversos que el crack financiero del 29 había esparcido en forma de crisis económica generalizada durante gran parte de la década de 1930, favoreciendo un aumento del activismo de los poderes públicos en el plano económico en clara contraposición a los postulados liberales clásicos del *laissez faire*; no es de extrañar por tanto, que la misma ocupación de Japón estuviese dominada por el espíritu intervencionista del *New Deal*<sup>3060</sup>, reforzando así la autoridad del gobierno militar estadounidense en materias económicas.

Quizás, la tarea más ardua a la hora de emprender la ocupación japonesa era colocar a Estados Unidos como protagonista principal de la escena política internacional. Como se ha visto en el anterior apartado, las sospechas y restricciones respecto a la participación estadounidense en los asuntos mundiales jugaron un papel decisivo en los debates políticos nacionales desde la misma creación de la República, pero con la victoria en al II Guerra Mundial, dichas trabas parecían ceder ante la realidad de unos Estados Unidos convertidos en la nación más poderosa del mundo, situación que sería aprovechada por Harry S. Truman, un Presidente de clara tradición hamiltoniana, para sentar las bases del *nuevo siglo americano*. Como él mismo dejara claro nada más asumir la presidencia tras la muerte de F. D. Roosevelt:

Hoy, el mundo entero está mirando a América en busca de liderazgo inteligente hacia la paz y el progreso. Tal liderazgo requiere visión, coraje y tolerancia. Sólo puede ser provisto por una nación unida comprometida con los más altos ideales [...]

Nunca debemos dejar nuestra lucha por preservar y mantener nuestro modo de vida Americano [...]

Hoy, América se ha convertido en una de las fuerzas más poderosas para el bien en la tierra. Debemos mantenerlo así. Hemos logrado un liderazgo mundial que no sólo depende de nuestro poder militar y naval [...]

Que nosotros los americanos vivamos con arreglo a nuestra gloriosa herencia.

De ese modo, América liderará al mundo hacia la paz y la prosperidad<sup>3061</sup>

---

<sup>3058</sup> ORR, op.cit, p. 170.

<sup>3059</sup> SCHAELLER, Michael *The American Occupation of Japan. The origins of the Cold War in Asia*, Oxford University Press, 1985, p. 53.

<sup>3060</sup> EIJI, op.cit, p. xxvii.

<sup>3061</sup> TRUMAN, Harry S., discurso ante Sesión Conjunta del Congreso del 16 de abril de 1945, consultado íntegramente en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12282&st=japan&st=1](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=12282&st=japan&st=1)



## 11.b. La ocupación

Para el análisis de la ocupación estadounidense de Japón se estudiarán en primer lugar las bases instrumentales que guiaron la misma, con especial atención a la Declaración de Postdam, a la Política inicial de posrendición de Estados Unidos para Japón (o SWNCC150/4/A) y a la Directiva inicial básica de posrendición para el Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas para la Ocupación y Control de Japón (o JCS1380/15); en segundo lugar se describirá el esquema organizativo de la ocupación, distinguiendo entre el régimen general y el especial instaurado en las islas Ryukyu; y en último término se describirán las dos fases que marcaron el devenir de la ocupación estadounidense, de una primera caracterizada por las reformas derivadas de los primeros pasos de desmilitarización y posterior promulgación de la nueva Constitución, a una segunda etapa consistente en una vuelta al conservadurismo en un contexto de creciente tensión con la Unión Soviética.

### 11b.1 *Los instrumentos de la ocupación*

En diciembre de 1943 el Presidente de Estados Unidos F. D. Roosevelt, junto con el General Ching Kai-shek y el Primer Ministro W. Churchill, lanzó el Comunicado del Cairo por el cual los tres líderes se comprometían a respetar la integridad territorial japonesa tras su derrota, eso sí, dando fin al dominio japonés sobre “todos los territorios que ha tomado bajo violencia y avaricia”<sup>3062</sup>.

Año y medio más tarde, en julio de 1945, los representantes de esos tres mismos países firmaban la “Declaración definiendo los términos de la rendición japonesa”, más comúnmente conocida como la Declaración de Postdam, en la que se recogían los trece puntos esenciales que definían la postura aliada sobre la política concerniente al Japón de posguerra. Para los futuros vencedores resultaba claro que, como se recoge en el punto 4, “el tiempo ha llegado para Japón de decidir si va a continuar siendo controlado por esos asesores militaristas cuyos cálculos poco inteligentes han conducido al Imperio de Japón al umbral de la destrucción, o si seguirá el camino de la razón”<sup>3063</sup>, de hecho, en el punto 6 se establecía que “debe ser eliminada para siempre la autoridad e influencia de aquellos que han engañado y traicionado al pueblo japonés embarcándole en la conquista mundial, insistimos en que un nuevo orden de paz, seguridad y justicia será imposible hasta que el militarismo irresponsable sea eliminado del mundo”<sup>3064</sup>, para ello los aliados reconocían en el siguiente punto que “hasta que no haya prueba convincente de que el poder de guerra japonés está destruido, puntos del territorio japonés a ser designados por los Aliados serán ocupados para lograr alcanzar los objetivos básicos que estamos exponiendo”<sup>3065</sup>. Tras recoger en el punto 8 la idea expresada en el Comunicado del Cairo de limitar la soberanía japonesa a “las islas de Honshu, Hokkaido, Kyushu, Shikoku y aquellas islas menores que determinaremos”<sup>3066</sup>, los

<sup>3062</sup> Comunicado del Cairo, del 1 de diciembre de 1943, consultado en [www.ndl.go.jp/constitution/shiryo/01/002\\_46/002x.html](http://www.ndl.go.jp/constitution/shiryo/01/002_46/002x.html)

<sup>3063</sup> Proclamación definiendo los términos de la rendición japonesa, del 26 de julio de 1945, consultado en [www.ndl.go.jp/constitution/etc/c06.html](http://www.ndl.go.jp/constitution/etc/c06.html)

<sup>3064</sup> *Ibíd.*

<sup>3065</sup> *Ibíd.*

<sup>3066</sup> *Ibíd.*



aliados pasaban a expresar su voluntad de que “el Gobierno japonés debe remover todos los obstáculos al renacimiento y fortalecimiento de las tendencias democráticas entre el pueblo japonés. La libertad de expresión, de religión y pensamiento al igual que el respeto de los derechos fundamentales del hombre serán establecidos”<sup>3067</sup>.

Por tanto, ya antes de finalizar la II Guerra Mundial Estados Unidos tenía muy claros los objetivos a lograr en Japón, a saber, su desmilitarización y su democratización a través de la descolonización de su imperio asiático y su ocupación por las fuerzas de los vencedores, pero lo que no estaba tan claro era el carácter de dicha ocupación así como la composición de dichas fuerzas, pues si bien en un principio Washington contempló la posibilidad de dividir las islas en distintas zonas al modo en que se había efectuado en Alemania, rápidamente descartó tal posibilidad por razones militares y estratégicas, tan sólo concedió la posibilidad de participación bajo mando estadounidense, algo a lo que la Unión Soviética se negó en rotundo<sup>3068</sup>. Tan sólo tropas de Nueva Zelanda, Australia, India y Gran Bretaña, que ascendían a 40.000 efectivos, internacionalizaron una ocupación que fue de hecho una empresa de exclusiva responsabilidad estadounidense, pues como veremos más adelante, Estados Unidos sólo concedió un papel nominal a sus aliados a través del Consejo Aliado para Japón, formado por la Unión Soviética, China, la Commonwealth británica y Estados Unidos, cuyas decisiones no eran vinculantes para el Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas<sup>3069</sup>.

Una vez que la Administración Truman hubo decidido el carácter unilateral de la ocupación, los siguientes textos que la perfilarían ya no responderían a un esfuerzo multilateral del tipo Declaración de Postdam, sino a estudios internos de la burocracia estadounidense, como bien atestiguan los documentos SWNCC 150/4/A y JCS 1380/15, que junto a al primera formarían el cuerpo programático principal de la ocupación<sup>3070</sup>.

“La Política Inicial de Posrendición de Estados Unidos en relación al Japón”, o SWNCC/4/A, del 21 de septiembre de 1945, fue un documento elaborado por el Comité Coordinador de Estado, Guerra y Marina “como una exposición de las políticas generales iniciales en relación a Japón tras su rendición”<sup>3071</sup>, señalando como

los objetivos primarios de Estados Unidos respecto a Japón [...] a) asegurar que Japón no se convertirá de nuevo en una amenaza para los Estados Unidos ni para la paz y seguridad del mundo, b) provocar el establecimiento eventual de un gobierno pacífico y responsable [...] tan cercano como pueda ser a los principios del autogobierno democrático si bien no es la responsabilidad de las Potencias Aliadas imponer sobre Japón ninguna forma de gobierno que no sea apoyada mediante la libre expresión de la voluntad popular<sup>3072</sup>

---

<sup>3067</sup> *Ibíd.*

<sup>3068</sup> EIJ, op.cit., p. 93.

<sup>3069</sup> SCHALLER, op.cit., p. 60.

<sup>3070</sup> EIJ, op.cit, p. 227.

<sup>3071</sup> “La Política Inicial de Posrendición de Estados Unidos en relación al Japón”, SWNCC/4/A, texto consultado en [www.ndl.go.jp/constitution/dhiryo/01/022\\_2/022\\_2tx.html](http://www.ndl.go.jp/constitution/dhiryo/01/022_2/022_2tx.html).

<sup>3072</sup> *Ibíd.*



Para lograr dichos objetivos, se señalaban cuatro medios principales, la limitación de la soberanía japonesa a las islas mencionadas en el Comunicado de El Cairo, el completo desarme y desmilitarización del país, la democratización del sistema sociopolítico nipón y el desarrollo económico en consonancia a los principios de una nación pacífica.

La ocupación militar sería lo que hiciera posible “cumplir los términos de la rendición y la futura consumación de los objetivos primarios señalados más arriba”<sup>3073</sup>, de todos modos Estados Unidos se reservaba la primacía sobre los aliados en el diseño de las políticas respecto a la ocupación, puesto que como se señalaba a continuación “en el caso de cualquier diferencia de opinión entre ellos, las políticas de Estados Unidos primarán”<sup>3074</sup>.

Uno de los aspectos más comprometidos de la misión estadounidense fue la decisión final acerca de qué hacer con la figura del Emperador japonés, puesto que no sólo afectaba al carácter mismo de la ocupación (directa o indirecta), sino que la postura finalmente tomada respecto a un protagonista de primera fila del expansionismo nipón, como en efecto fue el Emperador, podría poner en entredicho el proceso entero de desmilitarización de la sociedad japonesa. Sin duda que a la hora de medir las ventajas e inconvenientes de mantener al Emperador y no juzgarlo como al resto de la élite militarista, tuvo un peso significativo el precedente de la República de Weimar, donde la destitución del Kaiser no hizo más que favorecer el ascenso al poder del radicalismo del NSDAP, así, los estrategas estadounidenses vieron en el mantenimiento del Emperador el modo de obstaculizar la llegada de opciones menos favorables (el radicalismo de izquierda o un resurgir del irredentismo nacionalista)<sup>3075</sup>; en todo caso, las reformas democráticas también afectarían a la institución Imperial, que como veremos más adelante, se vería obligada a renunciar al papel preponderante del que gozaba merced a la anterior Constitución para pasar ahora a ser mero símbolo de la unidad nacional, de hecho, en el apartado 2 de la parte II puede leerse que “la autoridad del Emperador y del Gobierno Japonés estará sujeta al Comandante Supremo”<sup>3076</sup>.

El destino del Emperador japonés era de vital importancia para el carácter mismo de la ocupación ya que la influencia de aquel sobre el sistema político nipón continuaba siendo enorme, así, tras elegir el gobierno indirecto como método más idóneo para llevar a buen término los objetivos anteriormente expuestos, el papel del Emperador como catalizador de la legitimidad del nuevo sistema superó a todas las consideraciones sobre su grado de implicación en el imperialismo militarista que caracterizó a Japón desde la restauración Meiji, lo que costó no pocos debates en el seno del Gobierno de Estados Unidos<sup>3077</sup>.

---

<sup>3073</sup> *Ibíd.*

<sup>3074</sup> *Ibíd.*

<sup>3075</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 15.

<sup>3076</sup> SWNCC/4/A, *op.cit.*

<sup>3077</sup> “America’s role in Nation-Building. From Germany to Iraq” VVAA, RAND, 2003, p. 38.



El gobierno indirecto fue una apuesta tanto de la Administración Truman como del General Douglas MacArthur, pues desde un principio la estrategia estadounidense se basó en poner gran parte del peso de la reforma sobre los propios japoneses<sup>3078</sup>, de éste modo no sólo se ganaría legitimidad de cara al pueblo japonés sino que también se ahorraría en gastos de ocupación al poder servirse de la estructura burocrática local preexistente<sup>3079</sup>, además de cumplir con lo pactado en la Declaración de Postdam. Así, en el apartado 2 de la parte II del SWNCC 150/4/A se establecía que “al Gobierno japonés le será permitido, a través de sus instituciones, ejercer los poderes normales de gobierno en materias de administración doméstica, ésta política, no obstante, estará sujeta a la aprobación y derechos del Comandante Supremo”<sup>3080</sup>, si bien “los cambios en la forma de gobierno iniciados por el pueblo o Gobierno japonés en la dirección de modificar sus tendencias feudales y autoritarias serán permitidas y favorecidas”<sup>3081</sup>.

De todos modos, que Estados Unidos permitiese la supervivencia del Gobierno japonés no implicaba que los máximos exponentes del militarismo expansionista nipón se librasen de ser juzgados, pues acompañando a la desmilitarización se encontraba la purga de aquellos miembros de las élites políticas, económicas y sociales que habían alentado la estrategia de agresión anterior a 1945, así, desmilitarización y purga fueron dos caras de la misma moneda que Estados Unidos usaría a la hora de propiciar las reformas democráticas con las que transformar el régimen japonés<sup>3082</sup>.

De la mano de la desmilitarización y la purga se encontraba la reforma económica, el último de los medios señalados por la SWNCC 150/4/A, que recogida en la parte IV, estaba encaminada a destruir la fuerza militar japonesa y evitar su resurgimiento llamando a un “cese inmediato y posterior prohibición de todos los bienes diseñados para el equipamiento, mantenimiento o uso de cualquier establecimiento o fuerza militar”<sup>3083</sup>; abogando también por el establecimiento de una economía organizada bajo una base democrática, para ello fue concebida la disolución de los *zaibatsu*, o conglomerados empresariales japoneses, al ser considerados como uno de los mayores instigadores de la política económica predatoria que caracterizó al imperialismo japonés, dicha estrategia de acabar con el poder de las grandes familias niponas se convirtió en uno de los pilares de la reforma económica pero, que como veremos con posterioridad, más tarde fue abandonado parcialmente en aras de la recuperación económica nacional.

---

<sup>3078</sup> ORR, op.cit., p. 171.

<sup>3079</sup> RAND, op.cit., p. 40.

<sup>3080</sup> SWNCC 150/4/A, texto consultado en [www.ndl.go.jp/constitution/e/shiryo/01/022shoshi.html](http://www.ndl.go.jp/constitution/e/shiryo/01/022shoshi.html)

<sup>3081</sup> *Ibíd.*

<sup>3082</sup> Ambas medidas se encuentran recogidas en la parte III, donde se establece que “Japón no tendrá Ejército, Marina, Fuerza Aérea, organizaciones de policía secreta ni ninguna aviación civil”, *Ibíd.* y que “los altos oficiales de los cuarteles generales imperiales de Japón, y el cuerpo general, así como otros altos oficiales militares, navales y del Gobierno japonés, los líderes de organizaciones ultra nacionalistas y militaristas y otros importantes exponentes del militarismo y la agresión serán detenidos bajo custodia y retenidos para futura disposición”, *Ibíd.*

<sup>3083</sup> *Ibíd.*



Finalmente se trataba el tema de las reparaciones de guerra, asunto esencial para lograr el apoyo internacional a la ocupación japonesa, describiendo dos instrumentos esenciales de pago, bien “a través de la cesión [...] de la propiedad japonesa localizada fuera de los territorios a ser retenidos por Japón (o) mediante la cesión de aquellos bienes o equipos de capital existentes que no sean necesarios para una economía japonesa pacífica o el abastecimiento de las fuerzas de ocupación”<sup>3084</sup>; al igual que sucediera con los *zaibatsu*, y como se verá más adelante, las reparaciones de guerra japonesas fueron dejadas de lado para favorecer su pronta recuperación económica así como facilitar los requerimientos militares de Estados Unidos en un contexto de creciente tensión con la Unión Soviética<sup>3085</sup>.

El tercer documento de la tríada que daría forma a la ocupación estadounidense de Japón, fue aprobado por la Junta de Jefes del Estado Mayor el 3 de noviembre de 1945, con el objetivo de guiar al gobierno militar del Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas, el General D. MacArthur. “La Directiva Básica para un Gobierno Militar de posguerra conveniente en Japón”, o JCS 1380/15, cuyo propósito era definir la autoridad del Comandante Supremo, estaba compuesta por tres partes básicas, la primera general y política establecía que el Comandante Supremo “no instaurará un gobierno militar directo, sino que ejercerá sus poderes [...] a través del Emperador de Japón y el Gobierno japonés”<sup>3086</sup>, como objetivos básicos de la ocupación se nombraba como el más importante de todos que Japón no volviese “a convertirse jamás en una amenaza para la paz y seguridad del mundo”<sup>3087</sup>, para ello se volvían a enumerar los medios descritos ya en la SWNCC 150/4/A, como eran la limitación de la soberanía japonesa a los términos del Comunicado de El Cairo, tanto la abolición del militarismo y ultra nacionalismo como su desmilitarización, y el reforzamiento de las tendencias democráticas y liberales en Japón. Una de las tareas que se le asignaba al Comandante Supremo era la de hacer claro al pueblo japonés que la causa de su derrota fue el militarismo y su “irresponsable agresión”<sup>3088</sup> que desde la Restauración Meiji dominó la política nipona, de ahí que se limitase la soberanía nipona a los territorios no conquistados mediante la violencia hasta la I Guerra Mundial<sup>3089</sup>, y se procediera a la purga de las élites ultra nacionalistas y militaristas<sup>3090</sup>, describiendo aquellos sujetos a los que se apartaría de la vida pública para ser juzgados por crímenes de guerra<sup>3091</sup>, como serían todos los miembros del Consejo Militar Supremo, de la Mesa de Jefes de Campo y los Almirantes de Flota, de los Cuarteles Generales Imperiales y del Equipo General de la Armada y el Ejército, junto a la élite militar se juzgaría a los oficiales de la policía, a los miembros clave de las sociedades ultra nacionalistas, patrióticas y terroristas, además de aquellos considerados como criminales de guerra por el Comandante Supremo.

---

<sup>3084</sup> *Ibíd.*

<sup>3085</sup> EIJ, op.cit., p. 109.

<sup>3086</sup> El documento puede consultarse en su integridad en [www.ndl.go.jp/constitution/e/shiryo/01/036/036tx.html](http://www.ndl.go.jp/constitution/e/shiryo/01/036/036tx.html)

<sup>3087</sup> *Ibíd.*

<sup>3088</sup> *Ibíd.* Punto 4.e. de la JCS 1380/15.

<sup>3089</sup> *Ibíd.*, punto 4.d.

<sup>3090</sup> *Ibíd.*, puntos 5.b y f.

<sup>3091</sup> *Ibíd.*, punto 7.a.



El propósito de la purga era acabar con el militarismo japonés, pero el objetivo primordial era lograr que la propia sociedad nipona se encaminase hacia un sistema democrático, asegurando que “la libertad de pensamiento será fomentada mediante la diseminación de principios e ideas democráticos a través de los medios públicos de información”<sup>3092</sup>, además “la formación y actividades de partidos políticos democráticos con derechos de asamblea y discusión pública será fomentada”<sup>3093</sup> ya que “elecciones libres de representantes locales deberán ser celebradas en la fecha más próxima posible”<sup>3094</sup>, dando máxima prioridad “al desarrollo de organizaciones democráticas sindicales, industriales y de agricultores”<sup>3095</sup> y a la libertad religiosa y la reforma educativa<sup>3096</sup>.

Las dos partes siguientes, económica y financiera, dan testimonio de la importancia que para Estados Unidos tenía el aspecto económico en la transformación y recuperación japonesa, pues sin una economía anclada en los principios liberales del capitalismo los estrategas estadounidenses veían imposible la democratización del país, y conforme avanzaba la ocupación incluso se concedió más importancia al desarrollo de aquella, en detrimento de ésta.

Los objetivos económicos a lograr por el Comandante Supremo se enumeraban en el punto 11, empezando con la eliminación del complejo militar-industrial japonés, y siguiendo con el pago de reparaciones de guerra, el fomento del desarrollo de un sistema económico nacional acorde con los principios democráticos y los objetivos de la ocupación y así “hacer posible la eventual readmisión de Japón al concierto de las naciones comerciales pacíficas”<sup>3097</sup>. Para lograrlos destacaban dos medios ya utilizados también en la esfera política, como eran “la purga de todas aquellas personas que hayan sido activos exponentes del nacionalismo militante y la agresión” en los sectores industrial, financiero, comercial o de la agricultura<sup>3098</sup>, y la democratización del sistema económico japonés, incluyendo “planes para la disolución de los grandes combinados industriales y bancarios japoneses u otras grandes combinaciones de empresas bajo control privado”<sup>3099</sup> y el control por parte del Comandante Supremo de “todo el comercio exterior japonés en bienes y servicios”<sup>3100</sup>.

Para noviembre de 1945, las tropas estadounidenses comandadas por el General D. MacArthur ya habían comenzado la ocupación de Japón, que tuvo carácter oficial tras la firma de la rendición japonesa el 2 de septiembre a bordo del *USS Missouri* fondeado en la bahía de Tokio, allí, el General MacArthur representó a los nueve países aliados contra Japón (Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Francia, Holanda y China) como Comandante Aliado en Jefe, aprobando la Orden General n° 1 sobre la rendición de los cuarteles

---

<sup>3092</sup> *Ibíd.*, punto 9.b.

<sup>3093</sup> *Ibíd.*

<sup>3094</sup> *Ibíd.*, punto 9.c.

<sup>3095</sup> *Ibíd.*

<sup>3096</sup> *Ibíd.*, punto 9.d y e. y punto 10.

<sup>3097</sup> *Ibíd.*, punto 11.

<sup>3098</sup> *Ibíd.*, punto 23.a.

<sup>3099</sup> *Ibíd.*, punto 25.b.1.

<sup>3100</sup> *Ibíd.*, punto 26.a.



generales japoneses, estableciendo que a la Unión Soviética se rendirían las fuerzas japonesas en Manchuria, al norte del paralelo 38 en Corea y en las islas Sakhalin y Kuriles<sup>3101</sup>.

De ésta forma se dio comienzo a una ocupación que se prolongaría hasta abril de 1952, convirtiéndose en uno de los mayores éxitos de la política exterior de Estados Unidos en todo el siglo XX<sup>3102</sup>. Para comprender las razones de tal logro se describirá primero el esquema organizativo de la ocupación, para en una tercera sección estudiar las numerosas reformas implementadas así como las diversas etapas que vivió.

### 11.b.2. *Esquema organizativo de la ocupación*

Hacia finales de 1945 había desplegados sobre Japón unos 430.000 soldados de Estados Unidos, todos ellos bajo el mando del General D. MacArthur como comandante en jefe de la tropas de Estados Unidos en el lejano oriente (USAFFE)<sup>3103</sup>. A sus 65 años de edad, MacArthur llegaba a Japón como Comandante Supremo, nombramiento que suscitó no pocos enfrentamientos en el seno del Gobierno estadounidense<sup>3104</sup>, tanto por su adscripción Republicana en el seno de una Administración Demócrata como por su excesivo individualismo, con la tarea de desmilitarizar y democratizar a un país con una población de 74 millones, de entre los cuales no menos de 3,6 millones, según la estimación más baja<sup>3105</sup>, pertenecían al derrotado ejército imperial japonés.

Como se ha visto con anterioridad, el gobierno indirecto fue el método escogido para facilitar la transformación de Japón de una nación militarista y expansionista a una pacífica y democrática. Con el VI y VIII Ejércitos de Estados Unidos en las islas, más los efectivos de la Commonwealth británica<sup>3106</sup> que serían desplegados en febrero de 1946, se diseñó un sistema de ocupación dual, en el que, por un lado, los territorios asignados a la Unión Soviética (las islas Sakhalin y Kuriles) y las islas Ryukyu, bajo control de Estados Unidos, se encontraban bajo estricto control militar directo por parte de sus respectivos ocupantes, y por otro, el resto de territorios que formaban el Japón con anterioridad a la I Guerra Mundial y descritos en el Comunicado de El Cairo, que serían puestos bajo el mando del Comandante Supremo y controlados a través de un gobierno militar indirecto.

Si bien por encima del Comandante Supremo se encontraban no sólo las más altas instituciones político-militares estadounidenses (como el Presidente, la Junta de

---

<sup>3101</sup> EIJ, op.cit., p. 59.

<sup>3102</sup> SCHALLER, op. Cit., p. VIII.

<sup>3103</sup> EIJ, op. Cit., p. 3-5. Douglas MacArthur había nacido en Arkansas en 1880, hijo del General Arthur MacArthur quien sería Gobernador de las Filipinas entre 1900 y 1901, se graduó en la academia militar de West Point en 1903, pasó luego a ocupar puestos en las ocupaciones militares de Filipinas y Vera Cruz y en 1919 estuvo al frente de la ocupación de la zona del Rin tras el armisticio que puso fin a la I Guerra Mundial, tras numerosas estancias en Filipinas es nombrado en 1936 Jefe de Campo del Ejército filipino, preparándolo ante la prevista invasión japonesa, y en 1941 es nombrado por F. D. Roosevelt USAFFE.

<sup>3104</sup> SCHALLER, op. Cit., p. 21.

<sup>3105</sup> RAND, op.cit., p. 26.

<sup>3106</sup> EIJ, op.cit., p. 61.



Jefes del Estado Mayor o el Secretario de Guerra)<sup>3107</sup>, sino que también figuraban organizaciones internacionales nacidas para controlar la ocupación estadounidense, como la Comisión del Lejano Oriente o el Consejo Aliado para Japón, ninguna de ellas pudo evitar que en los primeros 18 meses de su mandato, el General MacArthur interpretara su nombramiento como un cheque en blanco para hacer y deshacer a su antojo en el Japón de posguerra.

Sin duda que una Administración Truman demasiado ocupada con los problemas que la división de Europa entre la Unión Soviética y los Estados Unidos y sus aliados entrañaba para la seguridad nacional<sup>3108</sup>, ayudaba a la libertad de acción del Comandante Supremo. Idénticas dificultades derivadas del comienzo de la Guerra Fría entre la Unión Soviética y Estados Unidos acabaron con el papel censor que en un principio se había asignado a la Comisión del Lejano Oriente y al Consejo Aliado para Japón. La Comisión había sido creada en octubre de 1945 para asesorar al Comandante Supremo acerca de la ocupación de Japón<sup>3109</sup> mientras los términos de la Declaración de Postdam no se alcanzasen, formada por Estados Unidos, Gran Bretaña, China y otros siete países, la Unión Soviética renunció a participar en un primer momento debido a las escasas prerrogativas que Washington concedía a la institución, algo que se resolvió con la Acuerdo de Moscú, aun así, no se evitó que para 1949 las frecuentes diferencias de opinión entre estadounidenses y soviéticos dejasen a la Comisión del Lejano Oriente al margen del control de la ocupación; misma suerte que correría el Consejo Aliado para Japón, formado por Estados Unidos, Unión Soviética, China, la Commonwealth británica y un observador japonés, y creado para remitir a la Comisión del Lejano Oriente toda objeción a la implementación por parte del Comandante Supremo de las directivas aprobadas por aquella, y que para 1948 era irrelevante para los asuntos de la ocupación.

No es de extrañar por tanto, que durante la primera etapa de la ocupación el General MacArthur gozase de la independencia suficiente como para implementar a su modo la estrategia estadounidense para el Japón de posguerra, una estrategia que como se ha visto constaba de un mandato dual, uno militar directo y otro indirecto. Fue un sistema complejo pero de una enorme originalidad que permitió a Estados Unidos no sólo el control del archipiélago, sino también la supervisión del cambio democrático que éste experimentaría con éxito en los siguientes años.

- Gobierno Militar Directo

Como Jefe del Comando del Lejano Oriente estadounidense, el General D. MacArthur se encontraba al frente de la ocupación militar de las islas Ryukyu, separadas del régimen de gobierno militar indirecto establecido en el resto del territorio japonés. Las que fueran las primeras posesiones coloniales en la historia japonesa<sup>3110</sup> pasaron a convertirse en un importante punto estratégico para el ejército estadounidense.

---

<sup>3107</sup> *Ibíd.*, p. 103.

<sup>3108</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 22.

<sup>3109</sup> EIJ, *op.cit.*, p. 96.

<sup>3110</sup> EIJ, *op.cit.*, p.121.



Aunque la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos había rechazado la idea de convertir a Japón en una base militar ofensiva, desde un primer momento se había propuesto negar el acceso de la Unión Soviética al potencial militar nipón, y así conservar su poder de influencia en el teatro asiático, que como hemos visto, iba a la zaga del europeo en las prioridades estadounidenses. Aun con todo, las bases militares a retener en la Filipinas una vez concedida la independencia, eran de capital importancia para la consecución de los planes de Estados Unidos, y muy pronto se consideró imprescindible retener al archipiélago Ryukyu como punto de control del Mar Amarillo y el noreste asiático; así, el almirante Nimitz colocó a las islas bajo la administración militar de Estados Unidos de acuerdo a la ley de ocupación beligerante<sup>3111</sup>, como la propia Junta de Jefes de Estado Mayor reconocía en marzo de 1946 “la experiencia de la reciente guerra demuestra inapelablemente que la defensa de una nación, si ha de ser efectiva, debe comenzar más allá de sus fronteras”<sup>3112</sup>.

La administración directa de las islas se vio favorecida tanto por circunstancias internacionales como por procesos de la política doméstica japonesa, así, tras los planes contrapuestos del Departamento de Defensa que abogaba por la pura anexión del archipiélago y del Departamento de Estado que buscaba un acuerdo sancionado por Naciones Unidas, el propio Truman logró una solución de consenso por la que se retenía el control exclusivo de las Ryukyu por tiempo indefinido, y pese a las quejas tanto de aliados como de la Unión Soviética, las Naciones Unidas aprobarían dicha fórmula en abril de 1947<sup>3113</sup>, tres meses después de que el mando de las islas a manos del Comando de las Ryukyu se pusiese definitivamente bajo las órdenes del Comando de Estados Unidos del Lejano Oriente, comandado por el General MacArthur<sup>3114</sup>. En el plano interno, un Emperador agradecido ante la benevolencia estadounidense y en pos de la desmilitarización de las principales islas del país, no dudó en ofrecer desde finales de 1947 a Estados Unidos un acuerdo para la cesión en arriendo por 25 a 50 años de las Ryukyu, que permanecerían bajo soberanía japonesa, con ello también se pretendía frenar las aspiraciones soviéticas de influir el futuro nipón<sup>3115</sup>, todo ello a un coste no demasiado elevado para la clase política japonesa, ya que los habitantes de las Ryukyu eran considerados por los japoneses de las principales islas como ciudadanos de segunda categoría, por lo que su segregación fue más fácil de digerir para el conjunto de la ciudadanía nipona.

De este modo a los habitantes de las Ryukyu se les disoció del sistema aplicado al resto de Japón, poniéndolos bajo el gobierno militar directo del ejército estadounidense, y por tanto del Comando del Extremo Oriente y no del Comandante Supremo (si bien al frente de ambos se encontraba el mismo hombre), llegando incluso a ser privados del derecho al voto a inicios de 1946<sup>3116</sup> (hasta enero de 1948 no se celebraron las primeras elecciones locales)<sup>3117</sup>, viendo como un 20 por ciento de sus tierras (incluidas las más productivas) y el 40 por ciento de su espacio aéreo pasaba al control exclusivo del ejército estadounidense, a lo que habría que añadir las

---

<sup>3111</sup> *Ibíd.*, p. 122.

<sup>3112</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 54-56.

<sup>3113</sup> *Ibíd.*, p. 57.

<sup>3114</sup> EIJ, *op.cit.*, p. 443.

<sup>3115</sup> *Ibíd.*, *op.cit.*, p. 444.

<sup>3116</sup> *Ibíd.*, p. 538

<sup>3117</sup> *Ibíd.*, p. 442.



constantes quejas sobre el comportamiento de los soldados de Estados Unidos hacia la población nativa.

Ni siquiera con la firma del tratado de paz con Estados Unidos mediante el cual Japón logró la soberanía al poner fin a la ocupación, las Ryukyu se deshicieron del gobierno militar estadounidense. Pese a la reforma de diciembre de 1950 por la que el Gobierno Militar se transformó en Administración Civil de las Ryukyu, éstas no se libraron del control directo de Estados Unidos, pues su Gobernador seguía siendo el Comandante de Estados Unidos para el Lejano Oriente instalado en Tokio, quien nombraba al Director Ejecutivo del Gobierno Central Provisional creado en diciembre de 1951<sup>3118</sup>.

- Gobierno Militar Indirecto

Para el resto del territorio japonés las autoridades estadounidenses diseñaron un sistema de gobierno militar indirecto, que desde octubre de 1945 estuvo bajo la autoridad del Comandante Supremo<sup>3119</sup>. De ese modo Estados Unidos permitiría la continuidad de las instituciones japonesas (Emperador, Gabinete y Dieta) a cambio de controlar el proceso hacia su democratización, ya que, según se ha visto, en las directrices elaboradas por el equipo estadounidense, SWNCC 150/4/A y JCS 1380/15, toda decisión emanada de los poderes japoneses debía ser aprobada por el Comandante Supremo para llegar a ser efectiva.

Con la ardua misión de transformar por entero una nación tan compleja y diferente a la suya propia como la japonesa, el General MacArthur contó con una extensa estructura formada por una sección militar y otra civil.

La sección militar contaba con cuatro comandos principales: el G-1 de planificación, personal y asuntos generales estaba encargado del asesoramiento sobre cuestiones de la ocupación; el G-2 de inteligencia, seguridad y censura; el G-3 de operaciones militares, refuerzo de la ley y repatriaciones; y el G-4 de presupuesto, suministro, aviación civil, reparto del crudo, racionamiento y desarme<sup>3120</sup>.

La sección civil surgió con el propósito de replicar los ministerios japoneses y así facilitar la labor fiscalizadora del Comandante Supremo. Estaba formada por la Oficina del Agente de Gestoría General y nueve secciones:

- Sección de Gobierno Central: era la más importante de todas pues el resto debía negociar con ella para implementar cualquier reforma, fue creada en octubre de 1945 con el fin de asesorar al Comandante Supremo sobre las políticas internas del Gobierno japonés, en especial los temas concernientes a la desmilitarización y la democratización de la vida política, económica y socio-cultural nipona; representó más que ninguna otra el espíritu liberalizador de la ocupación al revisar las reformas clave, como al redactar el borrador de la Constitución bajo petición del Comandante Supremo; contaba con 122

---

<sup>3118</sup> *Ibíd.*, p. 512-513.

<sup>3119</sup> *Ibíd.*, p. 64.

<sup>3120</sup> *Ibíd.*, p. 137-141.



miembros divididos en subsecciones como la Administrativa, Servicio Social, Gobierno Local o Parlamentaria<sup>3121</sup>.

- Sección Diplomática: creada por el Comandante Supremo en abril de 1946 e integrada en la Oficina del Asesor Político (cuya misión era supervisar la compatibilidad de las políticas japonesas con los planes democratizadores de Estados Unidos), tenía encargada la tarea de recomendar la política exterior al gabinete japonés, además de supervisar la desmilitarización señalando a los criminales de guerra para dar comienzo a la purga y preparar las primeras elecciones; a partir de 1950 tuvo un papel destacado en las negociaciones para el Tratado de Paz entre Estados Unidos y Japón; contaba con tres docenas de empleados que negociaban con la Oficina Central de Enlace y el Ministerio de Asuntos Exteriores nipón<sup>3122</sup>.
- Sección de Inteligencia: subordinada al G-2 de la sección militar, era su órgano central de vigilancia, en especial ejerciendo labores de censura en los medios de comunicación japoneses y de contrainteligencia para la prevención de amenazas a la ocupación por parte de grupos radicales; estaba formada por el 441 Cuerpo de Contrainteligencia<sup>3123</sup>.
- Sección Legal: creada en octubre de 1945 para asistir al Comandante Supremo en materias legislativas y respecto a la investigación y persecución de criminales de guerra, en éste último apartado jugó un papel clave al asesorar a las Cortes de la Ocupación a través de la Sección de Persecución Internacional, que redactaría la Carta de Tokio donde se recogían las directrices que debían guiar los dictámenes del Tribunal Militar Internacional para el Extremo Oriente; tras la celebración de los juicios contra los criminales de guerra japoneses, la sección se centró en los aspectos legales de la reconstrucción económica y en materias de legislación internacional; su personal estaba formado por más de medio centenar de profesionales.
- Sección Económica y Científica: primera sección en crearse en septiembre de 1945, sobre ella recaía la responsabilidad de numerosas reformas como la disolución de los *zaibatsu*, la reforma laboral, la aplicación de los programas de estabilización Dodge y de reparaciones de guerra, así como de reorganizar el plantel científico japonés; además de controlar los asuntos económicos, financieros y laborales de la ocupación, asesoraba sobre los mismos al Comandante Supremo; al igual que el resto de secciones, su inicial espíritu reformador dio paso a partir de 1948 a políticas más proclives a asegurar la recuperación económica japonesa, incluso si ello comportaba favorecer ciertas élites antaño aliadas del denostado militarismo; en todo caso, fue de las secciones con mayor personal, con casi 1.200 miembros, mostrando así la

---

<sup>3121</sup> *Ibíd.*, p. 153-161.

<sup>3122</sup> *Ibíd.*, p. 149-153.

<sup>3123</sup> El G-2 era la agencia de inteligencia más importante en el esquema de la ocupación, esencial en la purga militarista y más tarde contra los comunistas, cuando no dudó en emplear a numerosos ex oficiales japoneses. Además del G-2, la sección de contrainteligencia del Comando de Estados Unidos en el Extremo Oriente ejercía labores de inteligencia. *Ibíd.*, p. 161-168.



importancia que a los aspectos económicos concedieron siempre los ocupantes estadounidenses<sup>3124</sup>.

- Sección de Información Civil y Educación: nacida de la unión de la Rama Educativa de la División de Asuntos Públicos y de la Sección de Diseminación Informativa de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en el Pacífico, se encargaba de asesorar al Comandante Supremo sobre las cuestiones educativas, de información pública, religiosas y sociológicas en general de la ocupación (como muestran sus subsecciones más importantes de Administración, Educación, Fuentes Religiosas y Culturales, Información, opinión pública e Investigación Sociológica) si bien trataba principalmente con el Ministerio de Educación japonés; sus tareas primordiales fueron implementar la ley de Educación Fundamental de 1947, acabar con las prácticas religiosas autoritarias para permitir la libertad de culto y redirigir la información primero hacia posturas liberales y más tarde dar un giro hacia postulados más conservadores; su personal ascendía a más de medio centenar de empleados, y como la mayoría de las secciones, fue disuelta en abril de 1952 tras el fin de la ocupación<sup>3125</sup>.
- Sección de Recursos Naturales: se creó en octubre de 1945 para asesorar al Comandante Supremo en políticas de recursos agropecuarios, pesqueros, minerales y geológicos, al mismo tiempo que colaboraba con otras secciones para el aumento de la productividad agraria y pesquera y acabar con el mercado negro, jugando un destacado papel en la reforma agraria; con 265 miembros, fue disuelta en diciembre de 1951<sup>3126</sup>.
- Otras Secciones: como las de Salud Pública y Bienestar, de Asuntos Civiles para la supervisión por parte de personal civil del personal militar en los equipos de Gobierno Militar y la organización de la Policía Nacional de Reserva japonesa, de Comunicaciones Civiles, de Transporte Civil para la reconstrucción de infraestructuras, de Reparaciones y Custodia de la Propiedad Civil, así como numerosos comités *ad hoc* diseñados para superar la rigidez burocrática de las secciones anteriormente enumeradas<sup>3127</sup>.

Las secciones civiles formaban el nivel gubernamental del control indirecto por parte del Comandante Supremo, pero a nivel local, de prefectura y regional contaba con una red de base constituida por monitores militares del VIII Ejército de Estados Unidos, dichos monitores creaban los Equipos de Gobierno Militar que replicaban las estructuras de gobierno japonesas. Dichos Equipos fueron esenciales a la hora de controlar los niveles no centrales de la administración japonesa, a partir de 1946 a nivel de prefecturas se erigieron Compañías de Guerra Mundial y a nivel regional Grupos de Guerra Mundial; cada una de ellas, independientemente de su tamaño, debía constar de siete secciones (económica, educación civil, legal y de gobierno, bienestar público, información civil, salud pública y administración) y estar

---

<sup>3124</sup> *Ibíd.*, p. 172-180.

<sup>3125</sup> *Ibíd.*, p. 180-188.

<sup>3126</sup> *Ibíd.*, p. 188-191.

<sup>3127</sup> *Ibíd.*, p. 191-197.



compuesta por siete oficiales, siete civiles del Departamento del Ejército, 20 soldados y al menos media centena de personal japonés cualificado. Sus tareas más importantes eran recaudar impuestos, racionar la comida y supervisar las estructuras de gobierno local, algo que no les impidió ejercer en algunos casos el poder de manera directa. Para finales de 1948 su control se relajó y para julio de 1949 se desmanteló la estructura de Guerra Mundial, pasando a ser sustituidos los Equipos de Guerra Mundial por equipos regionales de Asuntos Civiles dispersados por las ocho regiones en que fue dividido Japón, hasta que finalmente estos también fueron suprimidos en junio de 1951<sup>3128</sup>.

Además de las secciones civiles y los equipos de Guerra Mundial, el Comandante Supremo contaba con la Oficina Central de Enlace como canal de comunicación prioritario entre las administraciones local y ocupante. Formada por japoneses, fue esencial en la implementación de las órdenes del Comandante Supremo por parte de las autoridades japonesas, tanto a nivel central como local, si bien a partir de 1949 perdió importancia para ser disuelta definitivamente en abril de 1952, con la independencia japonesa<sup>3129</sup>.

Como se desprende del esquema organizativo aquí estudiado, la ocupación no fue un proceso monolítico y homogéneo, sino que constó de varias etapas surgidas tanto de las propias circunstancias derivadas de la ocupación misma, como de un clima político externo de creciente tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética, así como de los debates que en el seno de la élite política estadounidense surgían al calor del agravamiento de las tensiones con la potencia soviética, todo ello teñido por los acontecimientos en Alemania, China o Corea a los que la ocupación japonesa no fue inmune. Como se verá a continuación, a una primera etapa liberalizadora le seguirá otra de notable sesgo conservador, pero que no impediría la tremenda transformación experimentada por Japón en los siete años de ocupación estadounidense.

### 11.c. Etapas de la ocupación

Las numerosas reformas introducidas durante la ocupación necesitaron de siete largos años para dar por concluida la misión democratizadora que las autoridades estadounidenses se arrogaron para sí tras la caída del Imperio Japonés. Siete años en los que se pueden distinguir dos claras etapas marcadas por el enfoque divergente aplicado por las fuerzas ocupantes<sup>3130</sup>, así, la primera fase de la ocupación, la que se extiende de agosto de 1945 a inicios de 1948, se caracterizaría por un claro sesgo liberalizador al calor de las primeras reformas democratizadoras, para en una segunda fase, de inicios de 1948 hasta el final de la ocupación en abril de 1952, dar una vuelta de tuerca y dotar de un tinte conservador a una recuperación nacional ahora ya bajo la sombra indeleble de la Guerra Fría.

---

<sup>3128</sup> *Ibíd.*, p. 113-120.

<sup>3129</sup> *Ibíd.*, p. 113.

<sup>3130</sup> ORR, *op.cit.* y EIJJ, *op.cit.*



En ambas etapas la tarea a realizar fue ingente, con numerosos y complejos frentes que debían ser abordados simultáneamente y que iban desde la desmilitarización y purga del ultra nacionalismo y militarismo japoneses, al establecimiento de un orden democrático o la reforma económica. De qué aspecto se destacase en cada reforma dependía tanto el resultado final de la misma como su caracterización liberal o conservadora, pues como tendremos ocasión de ver más adelante, las discusiones entre el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado o el propio MacArthur con diferentes miembros del Gobierno estadounidense, como G. Kennan, se basaban en los distintos enfoques que aplicaban a una misma idea, la de convertir a Japón en una nación pacífica y borrar para siempre el fantasma de su belicismo pasado.

### 11.c.1. 1ª etapa: liberalización democrática, 1945-1948

Traducir el dinamismo y la sincronía de las reformas introducidas en el Japón de posguerra a su estático estudio es una tarea muy compleja, ya que hubo numerosos frentes que fueron atacados al mismo tiempo gracias a la intrincada red organizativa anteriormente examinada, por tanto, se revisarán una por una las políticas aplicadas sin olvidar nunca que ni operaban en el vacío ni eran las únicas que se ponían en marcha.

La primera etapa se caracterizó tanto por el carácter liberalizador de las reformas aplicadas, en clara sintonía con la ideología del *New Deal* Demócrata, como por la autonomía de la que gozó el General MacArthur para implementarlas; para ello contaría en primer lugar con las tropas estadounidenses desplegadas en Japón que oscilaron entre las 430.000 de finales de 1945 a las 260.000 del final de la ocupación (si bien en los años intermedios su número rondó los 120.000 efectivos), y más adelante en la ingente estructura burocrática nacida alrededor del esquema organizativo diseñado por Estados Unidos, que para 1946 superaba en una proporción de cuatro a uno al personal militar, consistiendo el 40 por ciento de su plantilla en personal administrativo japonés<sup>3131</sup>.

Mención especial merece la desmilitarización y la subsiguiente purga y juicio a los culpables de crímenes de guerra, apartado que se analiza a continuación, para pasar después al examen de las diferentes reformas políticas, económicas y socioculturales.

- Desmilitarización y purga: la primera tarea a la que se enfrentó el Ejército de Estados Unidos fue la de asegurar la rendición de las tropas japonesas, a los aproximadamente 3,5 millones de soldados apostados en Japón habría que añadir un número similar repartidos por territorio chino, coreano y las islas del Pacífico ocupadas por Japón<sup>3132</sup>; el proceso fue menos traumático de lo esperado ya que el General MacArthur permitió a los Ministerios del Ejército y Marina japoneses ocuparse de la desmovilización de sus efectivos, actuando los 430.000 soldados de Estados Unidos como observadores del desarme<sup>3133</sup>, para

<sup>3131</sup> EIJ, op.cit., p. xxvii-xxix y 125-126.

<sup>3132</sup> RAND, op.cit., p. 26.

<sup>3133</sup> *Ibíd.*, p. 34.



octubre de 1947 la Junta de Desmovilización se cerró al ver cumplida su misión, si bien no se pudieron evitar episodios de violencia contra pacifistas y partidarios de la rendición por parte de ciertos efectivos desmovilizados<sup>3134</sup>. Por lo que respecta a la purga, éste fue un proceso mucho más complejo y dilatado que la desmovilización y desarme de las tropas niponas. Que más de 2,3 millones de japoneses fuesen investigados por sus presuntas relaciones con el militarismo y ultra nacionalismo de la era imperial da una idea de la ingente tarea a la que se enfrentaba el Comandante Supremo; a través de las directivas 548 (sobre la “Abolición de ciertos partidos políticos, asociaciones, sociedades y otras organizaciones”) y 550 (sobre el “Traslado y Exclusión del personal indeseable del Servicio Público”) del Comandante Supremo se ordenaba la expulsión del *personal indeseable* de la vida pública a través de la tipificación en siete categorías de culpabilidad<sup>3135</sup>, para mayo de 1948 la purga había afectado a más de 210.000 japoneses, de los cuales casi el 80 por ciento eran militares (unos 167.000), seguidos por los políticos con un 16,5 por ciento (o casi 35.000 afectados) y las élites burocráticas y económicas con un uno por ciento cada una<sup>3136</sup>. Sin duda que la purga facilitó la renovación de las élites y la llegada de personal *democrático* a las altas esferas de poder japonés, pero aun quedaba por resolver la problemática cuestión del juicio a los criminales de guerra, que lejos ya del proceso administrativo que se siguió con las purgas, representaba un auténtico proceso judicial equivalente al empleado en los juicios de Nuremberg contra los máximos representantes alemanes del nazismo. Así, el 19 de enero de 1946 el Comandante Supremo inauguró el Tribunal Internacional Militar para el Extremo Oriente, compuesto por once jueces de cada una de las naciones de la Comisión del Extremo Oriente, que guiado por la Carta de Tokio, tipificó los crímenes de guerra en tres clases, la A para crímenes contra la paz y considerados los más graves, la B para crímenes convencionales de guerra y la C para crímenes contra la humanidad. De los más de 1.100 acusados, sólo 28 lo fueron por la clase A, entre ellos el General Tojo, quien junto a otros seis acusados fueron condenados a muerte, sentencia cumplida por ahorcamiento en diciembre de 1948, el resto, cumplirían penas que oscilaban de siete años a cadena perpetua (pero que la amnistía de 1958 se encargaría de liberarles); el que no se permitiera a ningún japonés participar en el juicio y que el Emperador quedase libre de toda culpa, incluso no fue llamado a testificar ante el Tribunal, mancharon un proceso que debía servir a los japoneses como método de enjuiciar sus propias culpas, lo que sin duda, sumado a la escasa repercusión que tuvo la purga en los medios conservadores tradicionales, ayudó al giro conservador que sufriría la ocupación a partir de 1948<sup>3137</sup>.

Mientras se llevaba a cabo la purga y se enjuiciaba a los criminales de guerra, daban comienzo también las numerosas reformas que debían transformar a Japón en una moderna nación democrática, empezando por la remoción de su sistema político.

---

<sup>3134</sup> EIJ, op.cit., p. 56 y 108.

<sup>3135</sup> *Ibíd.*, p. 267-270 y ORR, op.cit., p. 173.

<sup>3136</sup> *Ibíd.*, p. 173 y RAND, op.cit., p. 41.

<sup>3137</sup> *Ibíd.*, p. 40 y EIJ, op.cit., p. 244-256.



- Reformas políticas: los primeros meses de la ocupación fueron vitales para el éxito de la misma, ya que se implementaron las reformas democráticas cuando el apoyo popular hacia ellas era mayoritario<sup>3138</sup>, así fue más sencillo lograr que los cambios no fuesen contestados por una población que en los primeros meses tras la derrota vivía una situación desesperada en el plano económico (la inflación alcanzó el 1.000 por ciento al año de la ocupación, lo que provocó manifestaciones como la de Tokio, con más de 250.000 protestantes ante la hambruna y la escasez<sup>3139</sup>); las reformas políticas se centraron en las libertades civiles, en el juicio de los criminales de guerra (más arriba examinado), en otorgar poder decisorio al pueblo japonés y en la elaboración de la nueva Constitución. En cuanto a las libertades civiles el primer aspecto a tratar fue la humanización del Emperador Hirohito, despojándole de sus poderes autocráticos (de los que gozaba merced a la Constitución del Imperio de Japón, o Constitución Meiji de 1890<sup>3140</sup>) y su carácter sagrado (el propio emperador renunciaría al mismo el 1 de enero de 1946<sup>3141</sup>), para más tarde asegurar los derechos civiles del pueblo japonés con la promulgación de “La Carta Magna para Japón” en octubre de 1945, seguido de la petición del Comandante Supremo al nuevo Primer Ministro japonés Kijuro que liberalizase la Constitución Meiji con cinco grandes reformas: otorgar el derecho de voto a las mujeres, la abolición del trabajo infantil y permitir la sindicalización de los trabajadores, la reforma educativa, la eliminación del régimen de control y opresión sobre la población japonesa y la promoción de la redistribución económica, que contaron con el apoyo de los sectores liberales de la sociedad nipona<sup>3142</sup>. Uno de los efectos más destacados que tuvo la promulgación de la “Carta Magna” fue la posibilidad que abrió para el nacimiento de verdaderos partidos políticos democráticos que canalizasen las aspiraciones políticas del pueblo japonés, que junto a la purga antes analizada, provocó la emergencia de una renovada clase dirigente<sup>3143</sup>, si bien con el tiempo los sectores conservadores se harían con el mando de la transformación nacional, los primeros partidos en formarse fueron el comunista (PCJ) y el socialista (PSJ) junto a los partidos conservadores Liberal, Cooperativo y Progresivo, éste último muy diezmado por la purgas fue disuelto en 1947. El nacimiento de nuevos partidos fue seguido por la aprobación de la nueva Ley Electoral de diciembre de 1945, por la que se rebajaba la edad de voto de 25 a 20 años y la de candidatura de 30 a 25, se garantizaba el voto femenino y se establecía un régimen de voto plural limitado con el fin de facilitar el advenimiento de una nueva clase política<sup>3144</sup>, condición juzgada indispensable por el Comandante Supremo para la aprobación de la nueva Constitución, así, de las elecciones legislativas celebradas en abril de 1946, 32 de los 257 Partidos presentados lograron representación parlamentaria, con el triunfo para el Partido Liberal, seguido por progresivos y socialistas (los comunistas sólo alcanzaron cinco

---

<sup>3138</sup> *Ibíd.*, p. 235.

<sup>3139</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 49 y EIJI, *op.cit.*, p. 242.

<sup>3140</sup> Texto consultado íntegramente en [www.ndl.go.jp/constitution/e/etc/c02.html](http://www.ndl.go.jp/constitution/e/etc/c02.html)

<sup>3141</sup> EIJI, *op.cit.*, p. 236.

<sup>3142</sup> *Ibíd.*, p. 241.

<sup>3143</sup> *Ibíd.*, p. 260.

<sup>3144</sup> *Ibíd.*, p. 263.



escaños)<sup>3145</sup>. Que tales elecciones colmaron las aspiraciones del Comandante Supremo puede verse tanto en la alta participación de un 75 por ciento<sup>3146</sup> como en el hecho de que 39 mujeres lograron un escaño, todo un hito en la política nipona. Una vez comenzada la purga, establecido un régimen de libertades civiles e instituido unos partidos políticos con arreglo a la transformación democrática en curso, el siguiente paso fue la creación de una nueva Constitución que sancionase legalmente el nuevo régimen político.

- La nueva Constitución: para que las reformas tuviesen éxito era imprescindible sustituir la Constitución Meiji por un nuevo texto que recogiese las nuevas bases del Japón democrático, pues ni la monarquía semiabsoluta (Cap. I art. 1-17, en los que se le señala como depositario de la soberanía, siendo una figura “sagrada e inviolable”<sup>3147</sup>, controlando los poderes Ejecutivo y Legislativo, así como las Fuerzas Armadas del país), ni el elitismo de su sistema político ni el régimen de control de la sociedad eran compatibles con el espíritu democrático que las fuerzas ocupantes trataban de infundir en el pueblo japonés. Como sucediera con el resto de reformas, se trató en la medida de lo posible que fueran los propios japoneses los responsables de los cambios, así se encargó al Gobierno Shidehara que elaborara un proyecto de Constitución, que sin embargo fue rechazado por el Comandante Supremo por considerarlo demasiado conservador, para MacArthur la nueva Constitución debía despojar al Emperador de sus poderes absolutos, Japón debía renunciar al derecho a beligerancia y acabar con su sistema económico feudal<sup>3148</sup>, y encomendó a la División de Administración Pública de la Sección de Gobierno Central la redacción del nuevo borrador constitucional, en todo caso, el Comandante Supremo necesitaba crear la imagen de un texto elaborado y aprobado por los propios japoneses, de ahí que sometiese al examen del Gobierno nipón el borrador creado por la sección gubernamental, al mismo tiempo tanto el Gobierno como el Emperador japoneses debían aceptar el texto si no querían verse relegados a un segundo plano, de todos modos, la deliberación y posterior traducción al japonés permitieron al Gobierno si no cambiar la Constitución, incluir al menos ciertas diferencias de matiz para aumentar su carácter conservador (además de lograr un sistema bicameral, en sustitución al unicameral presentado por los estadounidenses)<sup>3149</sup>. Como quiera que a Estados Unidos tampoco le interesaba un texto demasiado liberal que minase el papel aglutinador del Emperador ni condujese al aumento de poder de las fuerzas de la izquierda que pusiese en peligro la estabilidad nacional<sup>3150</sup>, finalmente se aprobó el texto tras siete meses de deliberación en noviembre de 1946, entrando en efecto el 3 de mayo de 1947. El texto definitivo contaba con once capítulos<sup>3151</sup>, en el preámbulo ya se establecía una importante diferencia con el orden constitucional precedente al proclamar que el poder soberano residía en el pueblo, diferencias que se mantenían en los capítulos siguientes como en el I

<sup>3145</sup> *Ibíd.*, p. 265.

<sup>3146</sup> ORR, *op.cit.*, p. 175.

<sup>3147</sup> Constitución del Imperio de Japón, *op.cit.*

<sup>3148</sup> EIJ, *op.cit.*, p. 276.

<sup>3149</sup> *Ibíd.*, p. 288.

<sup>3150</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 46.

<sup>3151</sup> Texto consultado íntegramente en [www.ndl.go.jp/costitution/e/etc/c01.html](http://www.ndl.go.jp/costitution/e/etc/c01.html)



dedicado a la figura del Emperador, quien se convertiría en “símbolo del Estado y de la unidad del pueblo, derivando su posición de la voluntad popular en quien reside la soberanía”<sup>3152</sup> (Art. 1), pasando a ratificar las decisiones del gabinete y la dieta nacionales (Art. 3-7), el II capítulo constaba de un solo artículo, el 9, pero de una trascendencia enorme al establecer que

aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia a la guerra como derecho nacional y a la intimidación y el uso de la fuerza como medios de solucionar disputas internacionales. En orden a lograr el objetivo del párrafo anterior, las fuerzas de tierra, mar y aire, como cualquier otro potencial bélico, no serán mantenidas. El derecho a beligerancia del Estado no será reconocido<sup>3153</sup>

El objetivo del artículo era institucionalizar el carácter pacífico del nuevo Estado japonés y neutralizar toda futura amenaza de un posible renacer militarista; los cambios continuaban en el Cap. III sobre Derechos y Deberes del Pueblo en el que se recogen los principios de la Carta Magna, como las libertades de expresión y culto o los derechos a la propiedad y a juicio justo (Art. 10- 40); el Cap. IV definía el papel de la Dieta como el máximo órgano del Estado, y el único órgano de creación legislativa estatal, además de describir los requisitos para ser miembro de sus Cámaras, su carácter bicameral y el proceso de aprobación legislativa y su presupuesto (Art. 41-64); el Cap. V se ocupaba del Gabinete, representante del Poder Ejecutivo, delimitando su composición, que debe ser aprobada por la Dieta, y sus funciones (Art. 65-75); el Poder Judicial se concretaba en el Cap. VI, con la Corte Suprema en el ápice de la jerarquía judicial actuando como corte de último recurso con el poder de determinar la constitucionalidad de cualquier ley, regulación o acto oficial (Art. 76-82); las finanzas eran el objeto del Cap. VII, destacando que los asuntos relativos a las mismas han de contar con la aprobación de la Dieta y que ningún dinero público será destinado a ninguna institución religiosa o asociación, o para cualquier empresa caritativa, educativa o benevolente sin contar con el control de la autoridad pública (Art. 83-91); el Cap. VIII regulaba el gobierno local sancionando el principio de autonomía local (Art. 92-95); los tres últimos capítulos trataban el proceso de enmienda a la Constitución (Cap. IX, Art. 96), de su carácter de ley suprema (Cap. X, Art. 97-98) y de provisiones suplementarias (Cap. XI, Art. 100-103).

Las reformas políticas y la elaboración de la nueva Constitución eran pasos ineludibles para llevar a cabo el resto de transformaciones en la sociedad japonesa, cambios que afectaron a los planos cultural, social, institucional y económico, aspecto éste último que, como veremos a continuación, fue el más controvertido de toda la ocupación<sup>3154</sup>.

- Reformas culturales: estaban encaminadas a la transformación de las actitudes, valores y creencias japonesas merced a los cambios introducidos en tres áreas

<sup>3152</sup> Constitución del Imperio de Japón, op.cit., Art. 1

<sup>3153</sup> *Ibid.*, Art. 9.

<sup>3154</sup> RAND, op.cit., p. 45.



clave como eran la educativa, la religiosa y la informativa<sup>3155</sup>; ya desde 1944 existían planes estadounidenses de reformar el sistema educativo nipón con el objeto de erradicar su control de pensamiento, los textos militaristas y los *curriculum* chovinistas, una tarea gigantesca si se tiene en cuenta que Japón contaba con 40.000 escuelas, unos 400.000 profesores y 18 millones de alumnos, para ello la Sección Educativa e Información Civil trabajó junto al Ministerio de Educación nipón desde el comienzo, empezando con la abolición del entrenamiento militar en los colegios en octubre de 1945 y dando los primeros pasos en la purga de representantes del militarismo y ultra nacionalismo en el sector educativo<sup>3156</sup>, al final la purga afectó a casi 120.000 profesores, más del 25 por ciento del profesorado<sup>3157</sup>, también se prohibió la enseñanza de la doctrina Shinto en las aulas y se reformó las asignaturas de historia, moral y geografía (medidas recogidas en las directivas SCAPIN-178, 212 y 448), como en el resto de reformas, se promovió la participación japonesa en su elaboración, así la Misión Stoddard trabajó junto al Ministerio de Educación en el diseño del nuevo sistema educativo, con programas de contenidos más democráticos y un esquema de 6+3+3 para la enseñanza primaria, con los nueve primeros años gratuitos, con nuevos programas de formación del profesorado, descentralización administrativa, etc., recogidos en la directiva de abril de 1947 sobre “Política para la Revisión del Sistema Educativo Japonés” cuyo resultado final se podía adjudicar en un 60 por ciento a las autoridades niponas<sup>3158</sup>, también se reformó el sistema universitario descentralizándolo y dotándole de más autonomía, acabando con la división de sexos y fusionando en 68 universidades las 250 que existían con anterioridad, además de otros 205 colegios junior<sup>3159</sup>, todas estas reformas fueron sancionadas mediante la Ley Fundamental de Educación y Ley de Educación en Universidad de marzo de 1946, la Ley de Consejo Escolar de julio de 1948, la Ley de Establecimiento del Ministerio de Educación de junio de 1949 y la Ley de Educación Social y Escuela Privada de diciembre de 1949. El sector religioso fue el segundo frente de acción cultural que afrontaron las autoridades ocupantes, para 1945 había en Japón tres religiones establecidas, el shintoísmo, el budismo norteño o mahayana y en menor medida el cristianismo<sup>3160</sup>, sin duda, el aspecto religioso más preocupante para la democratización de la sociedad nipona era el carácter divino que el shintoísmo otorgaba a la figura del Emperador, fomentando el nacionalismo y el militarismo, con el templo de Yasukuni como ejemplo de exaltación patriótica, de modo que la Rama Religiosa de la Sección de Información Civil y Educación tenía por delante la tarea de desmilitarizar el Estado Shinto y asegurar la libertad religiosa, con la SCAPIN-448 de “Abolición del apoyo, perpetuación, control y diseminación gubernamentales del Estado Shinto” se estableció la separación entre Estado y religión, despolitizando el shintoísmo y despojándolo de sus aspectos más radicales, prohibiendo su diseminación a través del sistema educativo público y

---

<sup>3155</sup> EIII, op.cit., p. 347.

<sup>3156</sup> *Ibíd.*, p. 350.

<sup>3157</sup> *Ibíd.*, p. 352.

<sup>3158</sup> *Ibíd.*, p. 357.

<sup>3159</sup> *Ibíd.*, p. 366.

<sup>3160</sup> *Ibíd.*, p. 371.



los ritos oficiales<sup>3161</sup>, en todo caso, el General MacArthur no sólo tenía en mente desmilitarizar el shintoísmo japonés, sino que ponía por delante de la libertad religiosa la diseminación de la fe cristiana, albergando “el deseo de que Japón se convierta al cristianismo”<sup>3162</sup>. La tercera dimensión cultural a la que se enfrentaron las autoridades ocupantes fue la relativa a los medios de comunicación y la información, a través del Puesto de Censura Civil del Ejército de Estados Unidos y la División de Información de la Sección de Información Civil y Educación, y las directivas SACPIN-16, 33 y 43 de septiembre de 1945 sobre libertad de expresión y los códigos de prensa y radio japonesas<sup>3163</sup> se instituyó un sistema de censura que si bien estaba diseñado para los primeros meses de la ocupación, se alargó hasta octubre de 1949. Con él se pretendía tanto la aceptación de la culpabilidad en la derrota y la transmisión de valores democráticos como el control de la información para evitar críticas vertidas contra la ocupación, sobre todo en lo relativo a las islas Ryukyu, o contra la nueva Constitución, el papel del Emperador o el lanzamiento de las bombas atómicas, así, la censura servía al doble propósito de control de la información y al cambio de mentalidad japonesa en pleno contexto de proliferación de medios de comunicación y publicaciones<sup>3164</sup>. Como con el resto de reformas, hacia 1948 el énfasis cambió y de perseguir tendencias ultra nacionalistas y militaristas se pasó a la purga comunista, con más de 1.000 afectados y más de 1.350 publicaciones cerradas para mediados de 1950<sup>3165</sup>.

- Reformas del Bienestar y Minorías: respecto a las minorías, la ocupación fracasó a la hora de integrarlas, en especial con los pueblos indígenas Ainu, Okinawas, Burakumin y los habitantes de Formosa y los coreanos residentes en Japón, estos dos últimos sin derecho a voto pese a que las tropas ocupantes exigieron la igualdad de trato<sup>3166</sup>. Todo lo contrario cabe decir sobre las medidas del bienestar aplicadas por el Comandante Supremo, pues el sistema de salud pública implantado fue uno de sus mayores logros<sup>3167</sup>, con la Sección de Salud Pública y Bienestar centrada en cuatro áreas prioritarias: medicina preventiva, atención médica y salud, bienestar y seguridad social, que pese a contar con las antiguas instituciones imperiales tenía por delante tres tareas urgentes: la ayuda a las víctimas de la guerra, prevenir el contagio de enfermedades y democratizar y desmilitarizar el sistema de salud público japonés, en una sociedad con diez millones de hambrientos y más de catorce de desempleados<sup>3168</sup>. Las directivas SACPIN-404 y 775 sobre Planes de Ayuda y Bienestar y de Asistencia Pública fueron la base de la Ley de Protección de la Vida Diaria de septiembre de 1946 que instituía el nuevo sistema de bienestar nipón, que incluso sería sancionado en la nueva Constitución en su art. 25 (2) “en todas las esferas de la vida, el Estado debe usar sus esfuerzos para la

---

<sup>3161</sup> *Ibíd.*, p. 376.

<sup>3162</sup> *Ibíd.*, p. 377.

<sup>3163</sup> *Ibíd.*, p. 385.

<sup>3164</sup> *Ibíd.*, p. 392.

<sup>3165</sup> *Ibíd.*, p. 395.

<sup>3166</sup> *Ibíd.*, p. 435-440.

<sup>3167</sup> *Ibíd.*, p. 405.

<sup>3168</sup> *Ibíd.*, p. 406.



promoción y extensión del bienestar y seguridad sociales, y de la salud pública”<sup>3169</sup>, centrándose las reformas médicas en la desmilitarización y democratización del sistema de salud y su reorganización afectó incluso a la enseñanza de la medicina, el trato a los niños huérfanos y discapacitados, la cobertura médica laboral...quizá el aspecto más negativo fuese la aprobación de la Ley Eugenética como método de control poblacional y el nulo reconocimiento de las víctimas de las bombas atómicas lanzadas en Hiroshima y Nagasaki<sup>3170</sup>.

- Reformas institucionales: se prolongaron desde 1946 a inicios de 1948, afectando a la policía, al gobierno local, a la burocracia, a los controles laborales, a los terratenientes y a los *zaibatsu*<sup>3171</sup>, respecto a la policía, su reforma era esencial pues junto al ejército formaban los pilares del orden Meiji, contando con poderes judiciales para defender al Emperador del pueblo, había detenido a más de 65.000 ciudadanos de 1928 a 1942 por motivos ideológicos, para su reforma la Guía de Asuntos Civiles “El sistema policial japonés bajo ocupación aliada” sirvió de orientación básica<sup>3172</sup>, abogando por eliminar el autoritarismo policial y sus constantes interferencias en el proceso político, aumentando el control civil de la misma y purgándola de sus elementos ultra nacionalistas y militaristas, más tarde, la Ley de Policía de diciembre de 1947 la dividía en un cuerpo rural y otro local y la Ley de Ejecución de Tareas Policiales de 1948 restringía y definía las funciones policiales para adaptarlas al nuevo marco democrático<sup>3173</sup>. Respecto al gobierno local, las autoridades ocupantes heredaron un sistema muy centralizado por el que todos los cargos eran nombrados por el Ministerio del Interior, para su reforma se procedió en tres pasos, primero aprobando leyes orgánicas sobre revisión de códigos a todos los niveles para aumentar la independencia local respecto a Tokio, luego vino la Ley de Autonomía Local de abril de 1947 que afianzaba la democratización del poder local, sustituyendo los ayuntamientos antiguos por unos nuevos surgidos tras las elecciones locales, y finalmente en diciembre de 1947 se disolvía el Ministerio del Interior ya que la purga había afectado al 60 por ciento de sus cuadros superiores y porque aún se le consideraba un símbolo del anterior orden imperial<sup>3174</sup>. En cuanto al régimen administrativo, el objetivo era acabar con el sistema de servicio civil feudal, favoritista y faccionalista que caracterizaba al anterior orden, para ello se siguieron las directrices del Informe Hoover en la Ley Nacional de Servicio Público de octubre de 1947, implantando un examen nacional único de acceso a la administración y un sistema fijo de promociones para acabar con el favoritismo<sup>3175</sup>.

Junto a las políticas, las reformas económicas fueron para la administración ocupante las bases de la transformación de la sociedad nipona que debía surgir de la ocupación militar. Como se ha visto en el capítulo primero de la presente tesis, para

<sup>3169</sup> Constitución de Japón de 1947, op.cit. .

<sup>3170</sup> Eiji, op.cit., p. 431.

<sup>3171</sup> *Ibíd.*, p. 295.

<sup>3172</sup> *Ibíd.*, p. 297.

<sup>3173</sup> *Ibíd.*, p. 299.

<sup>3174</sup> *Ibíd.*, p. 301-305.

<sup>3175</sup> *Ibíd.*, p. 306.



Estados Unidos la fe en el sistema democrático iba unida a la exigencia de un sistema liberal capitalista como sustento económico de aquel, creencia que siguió a rajatabla en las reformas económicas que a continuación se analizan.

- Reformas económicas: como sucediera con la reforma política, donde las consideraciones democratizadoras debían conjugarse con la estabilidad política para evitar posibles brotes de radicalismo, la reforma económica respondía al doble impulso de erradicar las fuentes económicas del imperialismo nipón, reformando su naturaleza feudal a través de su democratización para así, y éste sería el segundo objetivo, convertir a Japón en una economía capitalista capaz de actuar como uno de los centros económicos de Asia<sup>3176</sup>, para ello, junto a la correspondiente purga antimilitarista que afectaría a casi 2.000 miembros de la élite de los negocios japonesa<sup>3177</sup>, se procedió a la reforma económica en tres frentes principales, el sector laboral, los conglomerados económicos, o *zaibatsu*, y la reforma agraria<sup>3178</sup>. La reforma laboral fue considerada por el Comandante Supremo como esencial para liberalizar y democratizar la economía nipona, así, ya en septiembre de 1945, para acabar con el control central de la mano de obra, se abolieron los sindicatos oficiales Asociación Industrial Patriótica y Asociación Patriótica Laboral, a la que siguió la Ley de Unión Laboral de diciembre por la que se reconocían los derechos de organización, negociación colectiva y huelga (si bien se permitía la disolución de aquellos sindicatos que pusiesen en peligro la paz social)<sup>3179</sup>. Al año de su promulgación se habían organizado 4.8 millones de trabajadores en unos 17.000 sindicatos, a ésta le seguirían las leyes de Ajuste de Relaciones Laborales de septiembre de 1946, la Ley de Criterios Laborales de abril de 1947 y en septiembre de ese mismo año la creación del Ministerio de Trabajo bajo influencia socialista, con especial atención a la discriminación de género y racial<sup>3180</sup>, en todo caso, el empuje inicial del Comandante Supremo al activismo laboral fue perdiendo fuerza a medida que éste se hacía más evidente, llegando al punto de inflexión con la prohibición de la huelga general de febrero de 1947, punto que marcó el giro conservador de las fuerzas ocupantes que culminaría con la revisión de la Ley de Servicio Público para negar el derecho a huelga a los trabajadores públicos, ya en plena fiebre anticomunista<sup>3181</sup>. Junto al control laboral, la excesiva concentración empresarial fue considerada como una de las bases de la economía depredadora que había sostenido al imperialismo de la era Meiji, ya que ocho grandes familias niponas controlaban el 49 por ciento de la minería y la industria pesada nacionales, el 50 por ciento de la banca y el 61 por ciento del sector pesquero a través de sus respectivos *zaibatsu*<sup>3182</sup>, por ello y junto a la tradición antimonopolista estadounidense, al inicio de la ocupación se pensó en eliminarlos, y tras rechazar el plan de reforma del Gobierno japonés, en agosto de 1946 el Comandante Supremo procedió a la disolución de 16 *zaibatsu*, al desmantelamiento y reestructuración

<sup>3176</sup> ORR, op.cit., p. 176 y SCHALLER, op.cit., p. 110.

<sup>3177</sup> RAND, op.cit., p. 47.

<sup>3178</sup> *Ibíd.*, p. 47-50.

<sup>3179</sup> EIJ, op.cit., p. 311.

<sup>3180</sup> *Ibíd.*, p. 326.

<sup>3181</sup> *Ibíd.*, p. 321 y 332.

<sup>3182</sup> *Ibíd.*, p. 334.



de otros 26, dejando otros 30 intactos y a la aprobación de leyes antimonopolio como la Ley de Prohibición de Monopolios Privados y Métodos para Preservar el Comercio Limpio de marzo de 1947 y Ley de Eliminación de Excesivas Concentraciones de Poder Económico de diciembre, además de la creación de las comisiones de Comercio Limpio que velaba por que no fuesen creados más *zaibatsu* y la de Liquidación de Holdings. En cualquier caso, y como veremos más adelante, a mediados de 1947 las preocupaciones sobre los efectos negativos que el excesivo celo antimonopolio tenían sobre la recuperación económica, desaceleraron el proceso dando paso a políticas más conservadoras<sup>3183</sup>. La reforma agraria fue el tercer pilar de la política económica del Comandante Supremo, con el 50 por ciento de población japonesa viviendo en el campo tras la II Guerra Mundial, el objetivo era acabar con el feudalismo y la concentración de la tierra que caracterizaba la vida rural nipona, para ello el ideal jeffersoniano de pequeños propietarios junto a la experiencia de las Filipinas de pasar la tierra a los labradores sirvieron de guía a los reformadores, que tras rechazar la propuesta japonesa por demasiado conservadora, se pasó a la elaboración de la Ley de Ajuste de la Agricultura y la Ley de Medidas Especiales para el Establecimiento de Cultivadores-Propietarios de octubre de 1946, por las que se establecía un límite de tres hectáreas para el cultivo y de una para las granjas, de modo que para 1949 la ley había afectado a más de dos millones de hectáreas de suelo arable, convirtiendo al 57 por ciento de las familias rurales en propietarias, con el 90 por ciento de la tierra de grano en manos de cultivadores independientes, si bien se dejó intactos los bosques y los pastos que constituían gran parte del suelo rural<sup>3184</sup>. Aun con todo, para 1948 no había señales claras de recuperación económica, de ahí que se instara a finales de ese año al Comandante Supremo que implementase las medidas recogidas en el plan de estabilización económica diseñado por el banquero Joseph Dodge a petición del Gobierno Truman, en él se abogaba por un presupuesto equilibrado para reducir el déficit público, cortando todo gasto que no reportase beneficios al Estado, lo que sin duda iba en perjuicio de las reformas más liberales<sup>3185</sup>, y que como veremos a continuación, representaba el nuevo enfoque más conservador de las autoridades estadounidenses.

Con todas las reformas políticas, institucionales, culturales y económicas puestas en marcha, el General MacArthur ya pensaba en 1947 que había llegado la hora de firmar con Japón un tratado de paz que pusiese fin a la ocupación<sup>3186</sup>. Durante los dos primeros años de la misma, MacArthur, como Comandante Supremo, había gozado de plenos poderes para implementar el plan reformador, facultad que el mismo General llevaría a tales límites que para finales de 1947 eran muchos sus detractores en la Administración Truman, por si fuera poco, la coyuntura internacional no le era favorable, pues como en Alemania, la intensificación de la tensión Este-Oeste con la Unión Soviética hacía poco factibles sus propuestas. De hecho, la Doctrina Truman de marzo de 1947 junto a la Ley de Seguridad Nacional,

---

<sup>3183</sup> *Ibíd.*, p. 338.

<sup>3184</sup> *Ibíd.*, p. 339-345.

<sup>3185</sup> RAND, *op.cit.*, p. 50.

<sup>3186</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 95.



por la que se creaban el Departamento de Defensa (Departamento de Defensa), la Agencia Nacional de Inteligencia (CIA) y el Consejo Nacional de Seguridad (NSC)<sup>3187</sup>, no destacaban precisamente por el celo liberalizador de los primeros meses de ocupación, sino que más bien se inclinarían por los más conservadores de la misma, así, la Administración Truman defendía la prolongación de la ocupación, postergando la eventual firma de un tratado de paz, pues junto a sus aliados que veían con sospecha una pronta recuperación nipona, temía que una rápida retirada fuese aprovechada por la Unión Soviética para penetrar en Japón<sup>3188</sup>, y como veremos en el siguiente apartado, en la lucha que enfrentó a MacArthur con el Gobierno Truman, la llegada de George Kennan al Equipo de Planificación Política (PPS)<sup>3189</sup> inclinaría definitivamente la balanza a favor de las tesis más conservadoras y anticomunistas, hasta el punto de poder hablar de una segunda etapa en la ocupación de Japón a partir de finales de 1947-inicios de 1948.

#### **11.c.2. 2ª etapa: dirección contraria o “restauración Kennan”, 1948-1952**

Dar una explicación sencilla de un proceso tan complejo como el cambio de rumbo tomado a partir de 1948 en la ocupación de Japón es imposible, en el nacimiento de la nueva etapa se entrelazaron asuntos tan diversos como la progresiva pérdida de poder del General MacArthur en favor de las tesis de Kennan, el creciente calentamiento de la Guerra Fría, la victoria comunista en China o la escasa recuperación de la economía japonesa. Un pequeño resumen de la misma podría ser que a partir de 1948 las reformas liberalizadoras y antimilitaristas dieron paso a una transformación política que unió a los sectores conservadores de las élites niponas con los representantes estadounidenses de la línea dura frente a la Unión Soviética, provocando un giro en las reformas de la ocupación que primaron la estabilidad y cohesión nacionales por encima de los avances democratizadores, tanto en la vida política como especialmente en la economía japonesas.

Por lo que respecta a la política nipona, la nueva etapa tuvo un impacto especial en cinco aspectos esenciales de la ocupación como fueron la purga anticomunista, el fortalecimiento de los partidos conservadores, en concreto del Liberal, el menoscabo continuo de la autoridad del General MacArthur a favor de la Administración Truman, la cuestión del rearme japonés y la conclusión del tratado de paz.

El hecho fundamental que permitiría la confluencia del resto de variables fue la toma directa del control de la ocupación por parte del equipo del Presidente Truman en detrimento del General MacArthur. Para numerosos miembros de su Gobierno, y en especial de G. Kennan al frente del Equipo de Planeamiento Político del Departamento de Estado, las políticas liberalizadoras aplicadas por el Comandante Supremo ponían en peligro la recuperación económica japonesa y aumentaban el riesgo de que la izquierda ganase terreno político a la derecha nipona<sup>3190</sup>, con la amenaza siempre presente de que la Unión Soviética aprovecharse

---

<sup>3187</sup> EIJ, op.cit., p. 458.

<sup>3188</sup> SCHALLER, op.cit., p. 102.

<sup>3189</sup> *Ibid.*, p. 105.

<sup>3190</sup> EIJ, op.cit., p. 460.



tal eventualidad. Las tesis de Kennan, quien había visitado al General MacArthur personalmente en marzo de 1948, recogidas en el PPS-28 y que abogaban por convertir a Japón en el bastión asiático anticomunista<sup>3191</sup>, fueron condensadas en la NSC-13/2, firmada por Truman en octubre de ese mismo año, y que entre los 20 objetivos que marcaba para Japón destacaban el fin de la purga antimilitarista y del programa de reparaciones, la elaboración de un tratado de paz no punitivo, el refuerzo de la policía japonesa y la creación de una Fuerza Armada de autodefensa, un mayor poder gubernamental y una recuperación económica basada en las exportaciones. Como puede comprobarse, la aprobación de la NSC-13/2, junto al fracaso de su nominación en las primarias del Partido Republicano ese mismo año<sup>3192</sup>, marcó el fin de la primacía de MacArthur en la administración de la ocupación<sup>3193</sup>, señalando el paso del nuevo talante conservador de la misma.

En el mismo mes que se aprobaba la NSC-13/2, octubre de 1948, llegaba al poder el Partido Liberal en Tokio, tras los escándalos que sacudieron al anterior Gobierno, comenzando así una era de predominio político que se alargaría por más de cinco décadas, sentando las bases de una élite política conservadora en consonancia al nuevo enfoque de las autoridades ocupantes<sup>3194</sup>.

Dicho conservadurismo político sería esencial para el cambio de énfasis que también experimentarían las purgas contra los “elementos indeseables” de la sociedad nipona, pues, como ya se viera en el apartado de las reformas políticas, de perseguir a representantes del ultra nacionalismo y el militarismo se pasó a partir de 1950 a dirigir las purgas contra los comunistas japoneses y sus simpatizantes<sup>3195</sup>. Ya antes de la II Guerra Mundial existía en Japón el temor hacia la Unión Soviética, pero a partir de 1950 dicho temor se transformó en una verdadera persecución cuando el Partido Comunista aumentó de cuatro a 35 sus escaños en la dieta nipona y el nacionalismo comunista de Corea del Norte invadió la mitad sur coreana, entonces dio comienzo la purga contra comunistas, activistas sindicales y miembros del centro izquierda que afectaría a unas 22.000 personas, la mitad del sector público y el resto de la industria privada, para ello el Gobierno del Partido Liberal aplicó las medidas del Comandante Supremo como la Orden Gubernamental 64 por la que se disolvían los grupos subversivos y de tendencias antidemocráticas<sup>3196</sup> y se creó el Despacho de Investigación Especial, clave para la identificación de los nuevos afectados por las purgas. Éstas se llevaron a cabo en numerosos sectores como el educativo, burocrático, en empresas públicas y privadas, con cierre de publicaciones incluido, etc., y aunque en junio de 1950 la purga privó al Partido Comunista de 24 de sus líderes<sup>3197</sup>, las autoridades no vieron la necesidad de prohibir al Partido por los posibles perjuicios que causaría a la ocupación, por no hablar de su dudosa legalidad<sup>3198</sup>.

---

<sup>3191</sup> *Ibíd.*, p. 475.

<sup>3192</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 131.

<sup>3193</sup> EIJ, *op.cit.*, p. 468.

<sup>3194</sup> *Ibíd.*

<sup>3195</sup> ORR, *op.cit.* p. 174.

<sup>3196</sup> EIJ, *op.cit.*, p. 479.

<sup>3197</sup> *Ibíd.*, p. 482.

<sup>3198</sup> *Ibíd.*, p. 485.



Otro asunto político clave que se vio fuertemente influido por el cambio de rumbo fue la cuestión del rearme japonés, si bien la nación continuó sin un ejército propiamente dicho (pese a que ya la NSC-49 de junio de 1948 defendía su necesidad como apoyo a las fuerzas estadounidenses en un posible enfrentamiento con la Unión Soviética, gracias tanto a sus bases de avanzada como a su ejército nacional)<sup>3199</sup>, sí que es cierto que la Reserva Policial Nacional fue reforzada tras el comienzo de la guerra de Corea, incluida la admisión de numerosos ex oficiales del antiguo orden imperial en sus filas, llegando a ocupar las bases estadounidenses en suelo japonés al ser enviados sus soldados al frente coreano, ayudando así al esfuerzo bélico de Estados Unidos<sup>3200</sup>, ayuda que consistió también en el abastecimiento de material y servicios al ejército estadounidense (incluidas armas ligeras y NAPALM) lo que supuso, como veremos a continuación, el empujón definitivo para la recuperación económica japonesa<sup>3201</sup>.

Si los aspectos políticos de la ocupación vivieron una transformación con el cambio de dirección en lo planes de la ocupación, no cabe decir menos del sector económico de la misma. La Administración Truman se mostraba preocupada con la dirección económica de la ocupación por parte del Comandante Supremo MacArthur, pues la ansiada recuperación no llegaba y medidas como las antimonopolio no parecían sino servir para retrasarla aun más, de hecho, para hombres como G. Kennan valía la pena sacrificar ciertas reformas como el desmantelamiento de los *zaibatsu*, si con ello se impedía que Japón cayese del lado soviético<sup>3202</sup>, por tanto, lo que se buscaba ahora era la estabilidad y no tanto la reforma, así, para mayo de 1949 Estados Unidos dio por finalizado el programa de reparaciones<sup>3203</sup>, con el objetivo de hacer de Japón una economía autosuficiente, para ello G. Kennan y P. Nitze respaldaban el plan de convertir a Japón en centro de la economía asiática a través del aumento de sus exportaciones de bienes y de sus importaciones de materias primas, con ello se le integraría al mercado del sudeste asiático actuando también como bastión anticomunista (con Estados Unidos protegiéndole militarmente)<sup>3204</sup>. Como puede verse, para entonces la política estadounidense pasó de moverse a través de una estrategia de reconstrucción de un antiguo enemigo a otra claramente de contención de uno nuevo, la Unión Soviética, donde Japón jugaba un papel secundario en los planes diseñados por la Casa Blanca. Aun así la recuperación económica no llegaba, y para diciembre de 1948 Truman aprobó la directiva de estabilización, por la que se diseñaba un Programa de Estabilización Económica, cuya implementación se le encargaba al banquero J. Dodge<sup>3205</sup>, y cuyos principales puntos eran un recorte de los gastos de la ocupación, un intento de reanimar a las compañías japonesas para competir en el mercado externo, un presupuesto nacional equilibrado reforzando el sistema de impuestos, además de disminuir el crédito, con un presupuesto de estabilización, control de precios, una nueva tasa de cambio del yen respecto al dólar y una mayor eficiencia en la distribución y producción alimentarias. De todos modos, la guerra de Corea fue lo que salvó a la economía japonesa, pues hasta octubre de

---

<sup>3199</sup> *Ibíd.*, p. 475.

<sup>3200</sup> *Ibíd.*, p. 489.

<sup>3201</sup> *Ibíd.*, p. 486.

<sup>3202</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 125.

<sup>3203</sup> *Ibíd.*, p. 137.

<sup>3204</sup> *Ibíd.*, p. 143 y EIJI, *op.cit.*, p. 476.

<sup>3205</sup> *Ibíd.*, p. 469.



1950 no se superaría la producción industrial anterior a la II Guerra Mundial<sup>3206</sup>. El hecho fundamental fue que Japón se convirtió en el principal suministrador del ejército estadounidense en la contienda, doblándose las importaciones y triplicando las exportaciones, calculándose en tres billones de dólares el beneficio derivado del conflicto para Japón hasta 1954<sup>3207</sup>, gracias a los programas de Suministros Especiales de 1950 y 1951 y al Programa de Seguridad Mutua de 1952-53, lo que sirvió de base para una modernizada industria de alta tecnología encaminada a la exportación que tantos beneficios le reportaría en los posteriores lustros a la economía japonesa<sup>3208</sup>.

Con un nuevo enfoque aplicado a la ocupación y una situación internacional de creciente tensión con la Unión Soviética, para finales de 1949 Truman ya se mostraba decidido a elaborar y firmar un tratado de paz que diese por concluida la ocupación de Japón, la cuestión principal, y que enfrentaría al Departamento de Defensa con el Departamento de Estado, era la postura a mostrar frente a la Unión Soviética, más o menos dura y qué repercusiones se derivaban de ello respecto al tratado mismo con Japón.

### 11.c.3. *Fin de la ocupación*

Mientras la *pérdida* de China estimulaba las críticas domésticas contra el Presidente Truman, al mismo tiempo espoleaba el debate entre los Departamentos de Defensa y Estado, el primero abogando por el apoyo expreso a Taiwán, la ayuda a las guerrillas chinas anticomunistas y la prohibición del comercio japonés con China, mientras que el segundo se centraba en el comercio y despreciaba la ayuda militar dirigida contra los comunistas chinos, pues sostenía que el desarrollo económico japonés era la llave del éxito de la estrategia de Estados Unidos en Asia, todo lo contrario al Departamento de Defensa que presentaba la asistencia militar extensiva a Japón, y no selectiva defendida por el Departamento de Estado, como el paso ineludible para convertirlo en el arsenal anticomunista de Asia<sup>3209</sup>.

Si en un principio el sector moderado representado por el Departamento de Estado ganó la partida al sector duro del Departamento de Defensa, a partir de la primavera de 1950 las tornas se cambiaron y fue el Departamento de Defensa quien marcaría la pauta de las políticas a tomar respecto a la ocupación<sup>3210</sup>, así, ese mismo año se alcanzó un acuerdo entre ambos Departamentos para la conclusión de un tratado de paz con Japón acompañado por un tratado bilateral de seguridad que mantuviese la presencia militar estadounidense a través de las bases militares desplegadas en suelo japonés<sup>3211</sup>, si bien el Departamento de Defensa era partidario

---

<sup>3206</sup> *Ibíd.*, p. 486.

<sup>3207</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 288.

<sup>3208</sup> *Ibíd.*, p. 295.

<sup>3209</sup> *Ibíd.*, p. 210-212.

<sup>3210</sup> Fue en esas fechas cuando comenzó el apoyo estadounidense a una Francia que veía como los rebeldes comunistas amenazaban su dominio en Indochina, Estados Unidos, y en especial el Departamento de Defensa y la Junta de Jefes del Estado Mayor, temía que si Indochina caía en manos comunistas, Japón se vería seriamente amenazado. *Ibíd.*, p. 218 y 233.

<sup>3211</sup> *Ibíd.*, p 247.



de posponer el tratado mientras no se asegurase la lealtad nipona, mientras que el Departamento de Estado lo quería concluir cuanto antes<sup>3212</sup>.

La guerra de Corea no sólo le costó al Departamento de Estado la primacía en los asuntos de la ocupación, sino que el propio General MacArthur sería retirado del mando de la misma tras sus descalabros en la península coreana, sustituido en abril de 1951 por el General M. B. Ridgway, quien tenía como principal misión la cuestión del rearme japonés y el afianzamiento de su seguridad interna<sup>3213</sup>. Si el triunfo comunista en la guerra civil china había espoleado el nacionalismo japonés aumentando sus anhelos soberanistas<sup>3214</sup>, la guerra de Corea hizo ver a las autoridades niponas la dependencia que en materia de seguridad tenía respecto a Estados Unidos, pues sin éste se vería indefenso ante una posible ofensiva soviética<sup>3215</sup>. Fue bajo este trasfondo de debates internos en el seno del Gobierno Truman y de cambiante geometría estratégica en Asia y de recuperación económica japonesa, que los representantes de Estados Unidos y Japón comenzaron a negociar desde septiembre de 1951 el tratado de paz que pondría fin a más de siete años de ocupación estadounidense.

#### - Tratado de Paz de San Francisco

Entre los objetivos de Estados Unidos a la hora de abordar las negociaciones del tratado de paz se encontraban los de mantener a Japón fuera de la esfera de influencia soviética y acabar con el temor del resto de aliados asiáticos hacia un presumible renacer del militarismo nipón<sup>3216</sup>, con ello, como se ha visto, se pretendía convertir a Japón en lo económico en el motor del crecimiento regional y en un baluarte anticomunista en el plano geoestratégico.

Uno de los asuntos más controvertidos derivados de las intenciones estadounidenses respecto al rédito político a ganar con el tratado, se refería a la concesión de bases permanentes en suelo japonés. Mientras el propio Gobierno nipón rechazaba una hipotética remilitarización y abogaba por la celebración de un tratado de seguridad colectivo que la evitase, el equipo estadounidense se dividía entre quienes como Kennan eran partidarios de mantener tan sólo la base de Okinawa, y aquellos que como Nitze o John Foster Dulles, desde junio de 1950 delegado estadounidense en las negociaciones, defendían la necesidad de conservar toda las bases, e inclusive, el primero pedía sin tapujos el rearme japonés<sup>3217</sup>. Para Dulles las prioridades eran concluir rápidamente el tratado, ya que la guerra en Corea había aumentado la necesidad de concluir un tratado de paz con Japón para asegurar su estabilidad, que no fuese punitivo para no radicalizar a la sociedad nipona y que garantizase los intereses estratégicos de Estados Unidos, dejando el estatus de las islas Ryukyu y Ogasawara para aprobación de Naciones Unidas, en la que Japón ingresaría con la permanencia militar estadounidense gracias a la conservación de sus

<sup>3212</sup> *Ibíd.*, p. 250.

<sup>3213</sup> EIJ, *op.cit.*, p. 491.

<sup>3214</sup> SCHALLER, *op.cit.*, p. 189.

<sup>3215</sup> *Ibíd.*, p. 292.

<sup>3216</sup> *Ibíd.*, p. 291.

<sup>3217</sup> EIJ, *op.cit.*, p. 500.



bases militares en las islas<sup>3218</sup>, con el documento NSC-60/1 sentando ya a finales de 1950 las directrices que debía seguir en este punto el equipo negociador norteamericano.

Junto al problema relativo a las bases militares, Estados Unidos debía lograr el beneplácito de sus aliados respecto al tratado, no tanto de Filipinas y Gran Bretaña, pero sí de Australia y Nueva Zelanda que temían la remilitarización nipona<sup>3219</sup>, por no hablar del presumible rechazo del bloque soviético del texto final. Con dichos antecedentes no es extraño que de la reunión celebrada en San Francisco en septiembre de 1951, y que reunió a 51 naciones enfrentadas a Japón durante la II Guerra Mundial, se retirasen Polonia, Checoslovaquia y la Unión Soviética tras mostrarse contrarias a firmar el documento final al no existir la posibilidad de debatirlo y en cuya elaboración Estados Unidos había llevado la batuta<sup>3220</sup>.

Así, el 8 de septiembre de 1951, 49 naciones firmaron el Tratado de Paz de San Francisco con Japón, por el que todos los firmantes daban por concluido el estado de guerra y “las Potencias Aliadas reconocen la plena soberanía del pueblo japonés”<sup>3221</sup>, viendo reducido su territorio a lo estipulado en la Declaración del Cairo<sup>3222</sup>, aceptando “las obligaciones impuestas por el Art. 2 de la Carta de las Naciones Unidas”<sup>3223</sup> así como el pago de reparaciones de guerra<sup>3224</sup>. Ninguna cláusula de culpabilidad nipona en la II Guerra Mundial fue incluida en el texto final del tratado<sup>3225</sup>.

Si bien el Tratado contenía en los artículos 3 y 4 ciertas cláusulas relativas a las bases militares retenidas por Estados Unidos, éstas serían plenamente reconocidas en el Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón firmado el mismo día 8 de septiembre de 1951. Basado en la necesidad de asegurar la seguridad nipona ya que “Japón no tendrá medios efectivos para ejercer su derecho inherente a la autodefensa debido a que ha sido desarmado”<sup>3226</sup>, en consecuencia “Japón desea, como un acuerdo provisional para su defensa, que Estados Unidos mantenga sus Fuerzas Armadas sobre Japón para disuadir un ataque armado sobre Japón”<sup>3227</sup>, dichas bases no sólo serían usadas para disuadir tal amenaza, sino que también actuarían “a la expresa petición del Gobierno japonés para acabar con motines y disturbios a gran escala”<sup>3228</sup>; además, por el art. 2 del tratado “Japón no concederá, sin el previo consentimiento de Estados Unidos, ninguna base, ni derechos, ni poderes ni autoridad cualquiera sobre

---

<sup>3218</sup> *Ibíd.*, p. 501.

<sup>3219</sup> *Ibíd.*, p. 503.

<sup>3220</sup> *Ibíd.*, p. 504.

<sup>3221</sup> Tratado de Paz de San Francisco, 8 de septiembre de 1951, art. 1, documento consultado en su integridad en [www.taiwandocuments.org/sanfrnacisco01.htm](http://www.taiwandocuments.org/sanfrnacisco01.htm)

<sup>3222</sup> *Ibíd.*, art. 2.

<sup>3223</sup> *Ibíd.*, art. 5.

<sup>3224</sup> *Ibíd.*, art. 14-21.

<sup>3225</sup> EIII, op.cit., p. 503.

<sup>3226</sup> Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón, 8 de septiembre de 1951, documento consultado en su integridad en [www.yale.edu/lawweb/avalon/diplomacy/japan/japan001.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/diplomacy/japan/japan001.htm)

<sup>3227</sup> *Ibíd.*

<sup>3228</sup> *Ibíd.*, art.1.



bases o el derecho de guarnecerse, efectuar maniobras o transitar su territorio, a fuerzas terrestres o navales de cualquier tercer potencia”<sup>3229</sup>.

El Tratado de Paz más el Tratado de Seguridad y el Acuerdo Administrativo de febrero de 1952, que garantizaba la extraterritorialidad de las bases y la jurisdicción estadounidense sobre las mismas, formaban la tríada que sancionaba tanto la paz como las bases de seguridad entre Estados Unidos y Japón<sup>3230</sup>, uniendo los destinos de ambas naciones a lo largo de las próximas décadas. Japón adquiriría la soberanía plena el 28 de abril de 1952, poniendo fin a más de siete años de ocupación estadounidense.

No serían los únicos tratados firmados por Estados Unidos, al calor del finalizado con Japón, la Administración Truman tuvo que asegurar la tranquilidad de sus aliados en la región con la firma de otros sendos tratados de seguridad con Filipinas, el 30 de agosto de 1951, y las naciones pertenecientes al Pacto del Pacífico Sur (o ANZUS en sus siglas en inglés), Australia y Nueva Zelanda el 1 de septiembre también de ese mismo año, si bien ninguno de los dos entraría en vigor hasta bien entrado 1952<sup>3231</sup>.

#### 11.d. Conclusiones

Los cuatro pilares de toda estrategia de reconstrucción post-conflicto para Orr<sup>3232</sup> fueron: primeramente imponer un clima de seguridad que estabilizase la situación del país a reconstruir, para a continuación establecer un sistema de gobierno legítimo y participativo, además de garantizar un sistema socioeconómico compatible con el bienestar general y un sistema judicial acorde con lo anterior y que posibilite la reconciliación nacional.

Si la ocupación estadounidense de Japón se mide a través de dichos criterios, no cabe duda de que fue un éxito rotundo, pues no sólo se aseguró rápidamente la seguridad en todo el país, con un efectivo programa de desmovilización, desarme y reintegración (DDR) del ejército imperial, sino que las reformas aplicadas seguidamente posibilitaron la democratización del anterior sistema político autoritario, con el mantenimiento de la institución imperial despojada de sus poderes para pasar a ser mero símbolo de la unidad nacional y la aprobación de la nueva Constitución como hitos de la transformación política del nuevo Japón de posguerra, y ayudaron tanto a la implantación de un sistema judicial que condenó a los responsables del militarismo imperial como a la transformación de un modelo socioeconómico feudal en una moderna economía capitalista. De hecho, como el propio Orr indica, el éxito que para Estados Unidos supuso la ocupación de Japón afianzó en la clase dirigente estadounidense la confianza en que “las sociedades que salen de la guerra pueden y deben ser reconstruidas por Estados Unidos”<sup>3233</sup>.

---

<sup>3229</sup> *Ibíd.*

<sup>3230</sup> EIJJ, *op.cit.*, p. 506.

<sup>3231</sup> *Ibíd.*, p. 504.

<sup>3232</sup> ORR, *op.cit.*, p. xi.

<sup>3233</sup> *Ibíd.*, p. 186.



Paradójicamente a las críticas actuales al unilateralismo de la política exterior de Estados Unidos, puede señalarse el carácter unilateral de la ocupación como una de las claves del éxito de la misma<sup>3234</sup>, pues frente a misiones multilaterales, las decisiones son tomadas con mayor rapidez, acortándose así el plazo de su ejecución, si bien es difícil que se vuelva a repetir un contexto internacional en el que todas las potencias implicadas consientan a una de ellas manejar de manera unilateral asunto tan caro a las esferas de poder como la reconstrucción de un tercer Estado, y menos aun de la importancia estratégica de Japón, hoy en día, una misión así deberá ser multilateral, o al menos contar con el beneplácito general para salir adelante.

Otro de los aspectos que ayudaron al éxito de la misión estadounidense fue el carácter subsidiario de muchas de las medidas aplicadas por el Gobierno japonés, pues así se implicaba a la población nativa en las reformas y se aseguraba su mantenimiento una vez acabada la ocupación<sup>3235</sup>, si bien es cierto que de este modo se corre el riesgo de que algunas políticas se vean desvirtuadas o ralentizadas por los intereses propios a las élites gobernantes<sup>3236</sup>.

El coste total de la ocupación, según las estimaciones más bajas, se calcula en dos billones de dólares para Estados Unidos<sup>3237</sup>, de los cuales sólo 400 millones ya fueron empleados durante el primer año en ayudas de primera necesidad como comida, vestimenta o combustibles, cuando la hambruna azotaba con más intensidad a la sociedad japonesa<sup>3238</sup>; a lo que habría que sumar los costes derivados de las bases militares en suelo nipón, unos 600 millones de dólares sólo en 1948, que al ser cargados al Gobierno japonés como costes de terminación de la guerra no corrían a cargo de Estados Unidos<sup>3239</sup>. Aunque siempre es difícil medir la cuantía de cualquier intervención sólo teniendo en cuenta su aspecto cuantitativo, las cifras no dejar lugar a dudas, la ocupación japonesa no fue barata, durante los siete años y medio que duró, Estados Unidos no dejó en ningún momento de gastar con largueza en su misión democratizadora, y eso contando con que el Gobierno japonés se hizo cargo de muchos gastos de la misma. Seguramente en este aspecto radica gran parte de su éxito, a Estados Unidos no le importó ni permanecer cuanto tiempo fuese necesario ni incurrir en los gastos que se precisasen para llevar a cabo sus objetivos. Aquellos días no son los nuestros, sin duda, pero hoy sería imposible para cualquier político estadounidense vender una intervención tan prolongada y costosa a la opinión pública de su país sin poner en cuestión su propio cargo, en ello tuvo mucho que ver la creciente rivalidad con la Unión Soviética.

Si la Guerra Fría fue una de las razones por las que el Gobierno Truman decidió prolongar la ocupación hasta asegurar la estabilidad y lealtad niponas, cuando MacArthur ya abogaba por su pronta soberanía en 1947<sup>3240</sup>, también produjo sus

---

<sup>3234</sup> RAND, op.cit., p. 51.

<sup>3235</sup> ORR, op.cit., p. 185.

<sup>3236</sup> RAND, op.cit., p. 51.

<sup>3237</sup> ORR, op.cit., p. 184.

<sup>3238</sup> Sólo durante los primeros 3 meses de la ocupación más de 1.000 personas perecieron en Tokio de inanición. La ayuda se canalizó primeramente a través del programa gubernamental de ayuda en las áreas ocupadas (GARIOA). EIJI, op.cit., p. 78.

<sup>3239</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>3240</sup> RAND, op.cit., p. 45.



efectos negativos, pues al mismo tiempo que en Washington los *predicadores* de la Guerra Fría ganaban terreno frente a los moderados, en Japón los sectores conservadores se imponían a los más liberales cambiando, como se ha visto con anterioridad, el signo de la ocupación hacia posturas tendentes más que al cambio, a la estabilidad de una sociedad bajo el perenne fantasma del radicalismo y comunismo agitado por una cúpula de poder cada día más reaccionaria, frenando el inicial impulso reformador en aras del orden y la seguridad. Además, la Guerra Fría no sólo propició que los sectores más moderados de las élites niponas le ganasen el pulso político a los más liberales, sino que Estados Unidos fue progresivamente imponiendo sus propios intereses estratégicos derivados de su lucha con la Unión Soviética a los objetivos que en un principio la ocupación demandaba, cuya manifestación más extrema puede observarse en los territorios, que como la isla de Okinawa, se reservaron para las bases militares estadounidenses, donde el régimen general aplicado al resto del país cedió paso al control militar directo.

En todo caso, lo que la ocupación de Japón mostró a las claras es que “la democracia puede ser transmitida a sociedades no occidentales”<sup>3241</sup>, pues, como se ha observado en las páginas precedentes, Estados Unidos desarrolló en Japón un esquema organizativo de la ocupación para el cual fue necesario un estudio exhaustivo de las condiciones materiales, sociales y políticas del pueblo afectado, junto a una preparación del propio ejército estadounidense que aun hoy están por superar teniendo en cuenta las misiones democratizadoras emprendidas tras Japón, algo incomprensible, que Estados Unidos no haya repetido los pasos dados en 1945, si no se tiene en cuenta la enormidad del esfuerzo emprendido en la ocupación japonesa, lo que la hace hoy más relevante que nunca, si cabe, para nuestro estudio.

---

<sup>3241</sup> *Ibíd.*, p. 51.



## CONCLUSIONES

Una vez analizada la historia de Estados Unidos al trasluz de su política exterior, a continuación se expondrán las conclusiones sobre las hipótesis planteadas en la introducción, comenzando por las hipótesis específicas hasta llegar a la hipótesis principal, habiendo llegado a las siguientes conclusiones:

1- La primera hipótesis específica planteaba que la historia de Estados Unidos habría condicionado en gran medida la evolución de su política exterior, y ésta ha sido mi conclusión al respecto:

Partiendo de la base de que la historia estadounidense ha determinado en gran medida la dirección de su política exterior, es lógico argumentar que para empezar, la procedencia europea de los primeros colonos dotó a las primeras colonias de sus rasgos distintivos, tolerancia religiosa, preeminencia de la iniciativa privada en lo económico y liberalismo político, aunque sólo fuera en contraposición a lo experimentado en Europa. Tras la Independencia, su condición de ex colonia hizo que los padres fundadores así como los primeros Presidentes adoptaran una política exterior encaminada a preservar la recientemente ganada soberanía, con ello pretendían aislarse tanto de posibles amenazas externas como de la contaminación política respecto a las viejas monarquías europeas, ante las cuales Estados Unidos se presentaba como la encarnación de un nuevo orden político en el que la libertad era preservada en una república democrática. Pero como hemos tenido ocasión de comprobar, Estados Unidos no permaneció siendo sólo una pequeña nación en la costa Este norteamericana, sino que primero su expansión territorial en el continente, y luego con su imparable crecimiento económico tras la Guerra Civil, que consolidó el modelo liberal encarnado en el Norte y cuya victoria previno el surgimiento de Estados rivales conservando la Unión, la convirtieron en un actor de primer orden a nivel continental y tras la victoria sobre España en 1898, de escala mundial. Con ello las políticas tradicionales fueron cuestionadas por una nueva clase política más preocupada por colocar a Estados Unidos en el lugar que creían le correspondía dada su nueva condición de potencia mundial, que por preservar una República que pensaban ya no corría más peligros que su propio aislamiento del resto del mundo, es decir, el desarrollo estadounidense, nutrido por su expansión continental y su desarrollo industrial, habría provocado un cambio sustancial en el modo de entender cual debía ser la mejor política exterior para la nación, en todo caso, para entonces ambos procesos, desarrollo nacional y política exterior eran dos variables que se influenciaban mutuamente sin poder discernir cual de las dos prevalecía sobre la otra, pues si bien la historia estadounidense había determinado en buen grado la política exterior de la nación en sus primeras décadas, con su imparable progreso la política exterior se convirtió en un instrumento más para potenciar ese mismo progreso, afectando con ello al desarrollo histórico nacional. Sin duda que la Doctrina Monroe colocó la primera piedra de esa influencia mutua, acrecentada con la decisión tomada por el Presidente Polk de anexionarse los territorios del Norte de México y Texas, más aun cuando el Presidente McKinley ordenó atacar las posiciones españolas en Cuba y Filipinas, con ello Estados Unidos pasaba a engrosar las filas de las potencias coloniales, dotando al país de la base material imprescindible para el nacimiento del internacionalismo conservador de T. Roosevelt.

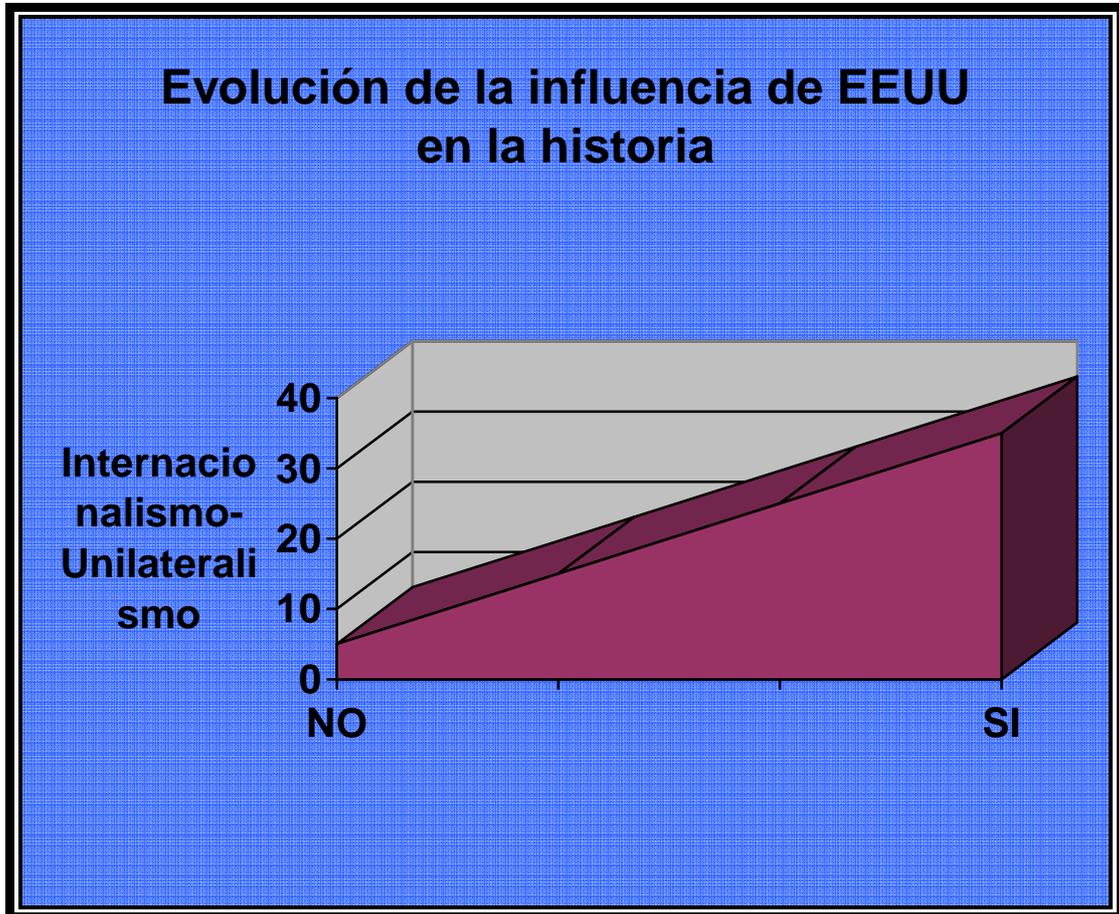


Desde entonces ambas son inextricables, política exterior y desarrollo histórico se nutren por igual afectándose mutuamente, pues sin la participación de Estados Unidos en la I Guerra Mundial no se hubiese dado el internacionalismo liberal democrático de W. Wilson, pero del mismo modo se puede afirmar que sin W. Wilson ni su universalismo unilateral, Estados Unidos seguramente hubiese permanecido fuera de la contienda europea, postergando de nuevo su toma de liderazgo mundial que tanto T. Roosevelt como W. Wilson buscaron con tanto ahínco, y desde perspectivas tan distintas, conservadora y realista el primero e idealista y liberal el segundo. De todos modos, como hemos visto, el peso de la tradición pudo más que los aires de renovación, y durante dos décadas, pese a que el internacionalismo se abría paso entre la sociedad estadounidense, el recuerdo de los sacrificios de la guerra junto al desdén por los intereses de los europeos, considerados en Estados Unidos mezquinos y estrechos de miras, hicieron que durante la época de bonanza económica de los años veinte el crecimiento interno fuese la principal preocupación nacional, postura favorecida por tres Gobiernos Republicanos ansiosos por disfrutar de los dividendos de la paz. Tampoco la crisis económica que comenzaba con una caída de la bolsa en 1929 favoreció en nada al internacionalismo, más bien todo lo contrario, pues la neutralidad se convirtió para los estadounidenses en su única defensa frente a un mundo que se precipitaba de nuevo hacia un nuevo desastre generalizado. En tales circunstancias la historia pesó como una losa sobre los políticos de Washington, sus opciones se limitaron tanto que se les hizo casi imposible escapar del dilema de escoger entre una renuncia a la participación activa en los asuntos mundiales que les reportaba a nivel interno un mayoritario apoyo popular, pero que a nivel externo no ofrecía más que un empeoramiento de la posición estadounidense frente a los numerosos problemas que iban surgiendo (como el creciente militarismo encarnado en una costosa carrera armamentística y en el imperialismo japonés y el fascismo y nazismo italiano y alemán), o elegir un activismo internacional con el fin de defender mejor los intereses estadounidenses pero que sin duda les llevaría a tomar decisiones contrarias al sentir mayoritario de su pueblo.

Al preferir la primera opción, no involucrarse en exceso en los asuntos mundiales, Estados Unidos dejó en manos ajenas el devenir de los asuntos mundiales, quedando a merced de sucesos fuera de su control. El ataque japonés de diciembre de 1941 le despertó de su letargo y de nuevo, como con T. Roosevelt y W. Wilson, las decisiones tomadas en política exterior condicionaron tanto a la historia como ésta a aquellas, pues sin F. D. Roosevelt las Naciones Unidas o bien no hubiesen existido, o bien lo hubiesen hecho bajo una estructura muy distinta, también sin F. D. Roosevelt la respuesta estadounidense podría haber sido muy diferente, de igual modo que sin la fuerza del movimiento no intervencionista Estados Unidos habría entrado mucho antes en el conflicto. De igual forma se puede afirmar de Harry S. Truman, sin su Doctrina basada en la estrategia de la contención la historia hubiese sido muy distinta a como fue, pero el inicio de la Guerra Fría con Moscú le empujó a emprender una reevaluación del internacionalismo estadounidense, hasta el punto de ofrecer un nuevo tipo de compromiso internacional basado en un proyecto mucho más maduro que el de sus antecesores, libre por completo del unilateralismo aislacionista, sin caer en el extraño realismo de T. Roosevelt, ni en el celo idealista de W. Wilson o en el



frío pragmatismo de F. D. Roosevelt, con ello Estados Unidos entró en una nueva fase de su historia, inaugurando un nuevo orden mundial basado en el enfrentamiento de dos sistemas de organización social contrapuestos en todos los aspectos políticos, económicos, religiosos, etc.



Fuente: elaboración propia.

Como conclusión se puede afirmar que no sólo la historia estadounidense ha afectado a la política exterior de la nación, sino que ésta ha influido a su vez al devenir histórico nacional, de hecho, cabe apuntar que en periodos en que el debate ideológico ha sido más débil o cuando han primado tesis más unilateralmente aislacionistas, Estados Unidos ha tendido a dejarse afectar en exceso por los sucesos históricos, pero cuando en su vida política ha habido fuertes confrontaciones ideológicas que han puesto en cuestión los cimientos morales y políticos estadounidenses o, sobre todo, y muchas veces como consecuencia de lo anterior, cuando su estrategia ha sido más internacionalista, Estados Unidos ha sido capaz de afectar no sólo a su propia historia, sino que en numerosas ocasiones al resto de la humanidad, llevado por la fe en su ideología liberal encarnada no sólo en sus instituciones republicanas y democráticas, sino también en su sistema económico y sociocultural, convirtiéndose con ello en un actor mundial protagonista. Es decir, mientras el unilateralismo aislacionista dejaba más bien a Estados Unidos en la posición de objeto histórico, el internacionalismo por el contrario le transformaría en sujeto histórico de primer orden, como se aprecia en el gráfico, donde en el eje de coordenadas x se muestra el continuo entre los extremos de escaso debate ideológico,



representado por NO, y de gran debate ideológico, SI, mientras en el eje y el 0 representaría el unilateralismo aislacionista puro y el 40 al internacionalismo absoluto, dando como resultado un aumento de la influencia de Estados Unidos en la historia en los periodos en que su política exterior ha sido más internacionalista, fruto de grandes debates ideológicos internos.

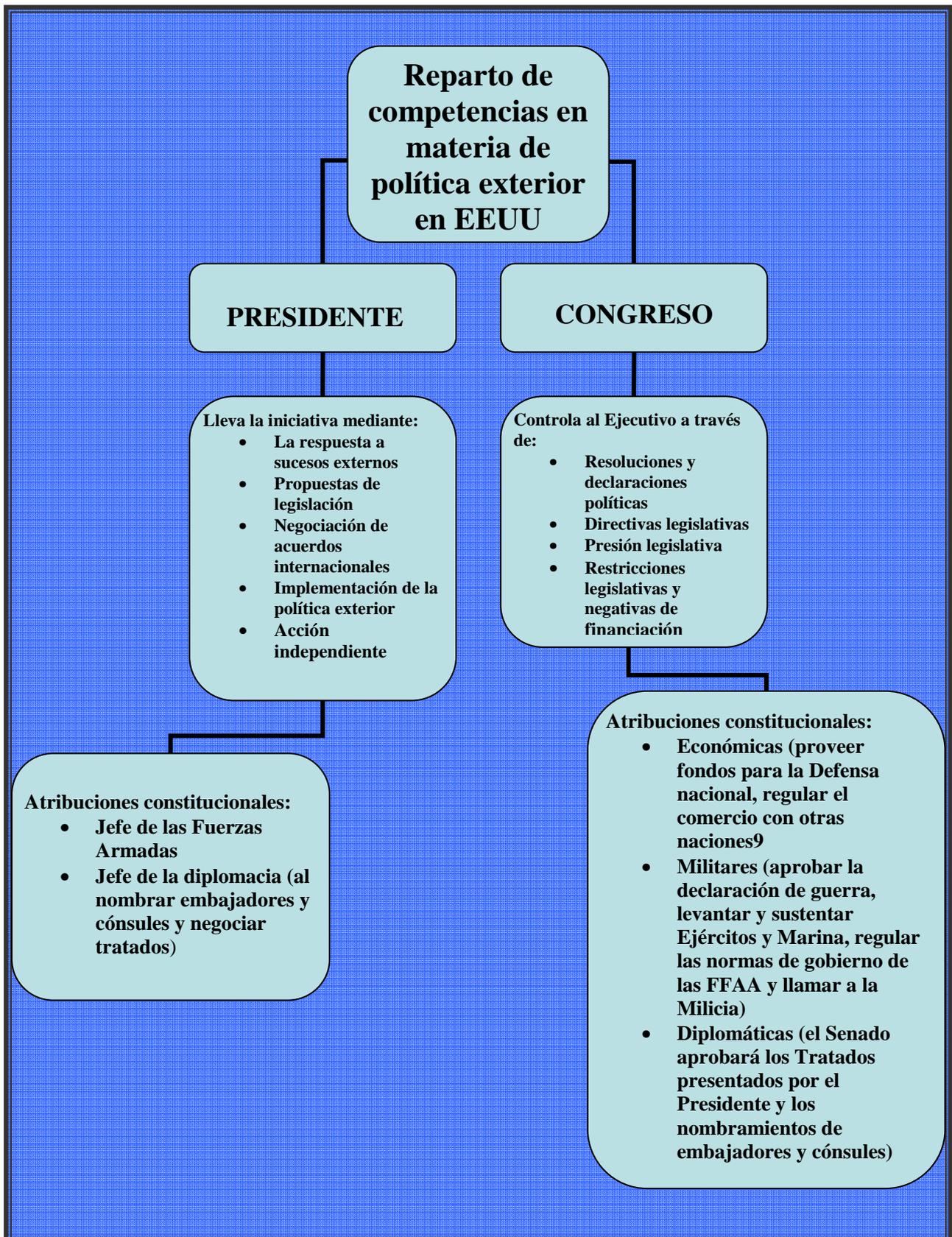
**2-** La segunda hipótesis específica remitía a la influencia que la división de poderes recogida en la Constitución de Estados Unidos había tenido en la determinación de la política exterior estadounidense, siendo crucial a la hora de determinar los debates en política exterior, sobre todo en lo referente a la relación entre los Poderes Legislativo y Ejecutivo, siendo mi conclusión que:

El sistema de balance y equilibrios de Poderes recogido en la Constitución de Estados Unidos no sólo ha encauzado en gran medida el tenor de los debates sobre política exterior en la historia del país, sino que además ha resultado crucial en el resultado final de los mismos. No en vano, el conjunto de reglas que determina el reparto de poder entre las distintas instituciones Estatales, recogidos en éste caso en la Constitución estadounidense, intentó prefigurar un sistema de toma de decisiones claro y estable con el objeto de evitar los conflictos y abusos de poder que, en etapas históricas anteriores y otros sistemas políticos, han enturbiado el devenir social de tantos pueblos. Cabe, pues, entender el sistema de reparto de poder en materia de política exterior como la materialización del deseo de los padres fundadores de que las decisiones en la materia se ajustaran a los principios democráticos y republicanos que alimentaron la Independencia de Estados Unidos.

Al hablar de la política exterior de Estados Unidos se suele dejar a un lado un aspecto esencial en su elaboración, como es que “el poder del Congreso en el campo de las relaciones exteriores es el poder de una autoridad final”<sup>3242</sup>, circunstancia que hunde sus raíces en los primeros días de Independencia, cuando lo último que se quería era ver que un solo hombre detentase todo el poder del Estado, de hecho, durante la Convención Constitucional de 1787, las tesis de un Poder Legislativo omnipotente en materia de política exterior se enfrentaron a la postura defendida por A. Hamilton y J. Madison favorable a reservar al Presidente un importante papel en la materia. Al final se llegó al compromiso de colocar al Senado como cuerpo que equilibrara ambas tendencias, si bien al Congreso le correspondían funciones vitales, al recaer en el Senado la potestad de declarar la guerra, la aprobación de Tratados y el nombramiento de embajadores y cónsules, mientras en la Cámara de Representantes permanecía el control presupuestario, vital en la asignación de fondos de toda estrategia exterior. Con ello, la cooperación entre Presidente y Congreso es imprescindible para el éxito de toda política Exterior estadounidense, sobre todo a la hora de aprobar Tratados internacionales, pues una votación negativa en el Senado podría llevar al traste con la política exterior de la Administración de turno, mismo extremo se daría en el caso de que la Cámara de Representantes se negase a aprobar los fondos necesarios para una determinada medida, como el coste del mantenimiento de una fuerza militar desplegada en el exterior, de ahí la constante necesidad de alcanzar acuerdos entre Ejecutivo y Legislativo.

---

<sup>3242</sup> *Congressional Digest*, “Congress and the Foreign Field”, Junio-Julio 1949, p. 165.



Fuente: elaboración propia<sup>3243</sup>.

<sup>3243</sup> Datos consultados en el Departamento de Estado <http://fpc.state.gov/6172.htm> y en la Constitución de



Esquema, que como se aprecia en el anterior gráfico, otorgaría la iniciativa al Presidente y la función de control al Congreso, lo que añadido a la escasa disciplina de los Partidos políticos estadounidenses y a la estructura de su Senado, ha venido obligando constantemente al Ejecutivo a buscar el beneplácito y el apoyo del Congreso a la política exterior de la Administración de turno en el poder, confirmando así las intenciones de los diseñadores de dicho sistema, pues a pesar de su iniciativa, el Presidente ha de tener en todo momento en cuenta su situación respecto al Congreso, pues de subestimar su poder, podría ver seriamente comprometida su política exterior, como el caso de W. Wilson ilustra tan bien. De hecho, en la mayoría de los casos, la política exterior estadounidense suele ser un compromiso surgido entre los representantes del Ejecutivo y del Congreso, en especial de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, como se ha podido apreciar en las Administraciones de F. D. Roosevelt y Harry S. Truman, donde el bipartidismo mitigó en gran medida las confrontaciones entre el Ejecutivo y el Congreso en materia de política exterior.

Así pues, puede afirmarse sin incurrir en exageración, que el Congreso fue creado por los padres fundadores para ser la institución clave en el gobierno federal<sup>3244</sup>, en parte ya que al ser elegidos directamente por el pueblo, los Representantes de la Cámara eran la institución pública de mayor rango sobre la que se podía ejercer un control directo por parte de la ciudadanía, siendo la representación una de sus principales funciones, junto a la de control del Gobierno, incluidos todos los aspectos de su acción exterior. En efecto, si en un principio la función del Senado en la materia fue concebida como de consejo y ratificación, pronto su poder de veto aumentó en la práctica su protagonismo, más aun cuando la mayoría de los Tratados necesitan de legislación adicional para su ratificación, convirtiendo así al Congreso en verdadero árbitro de su futuro, y toda ésta compleja trama constitucional responde a que según el Art. VI, Sec. 2 de la Constitución de Estados Unidos “todos los Tratados hechos, o que puedan ser hechos bajo la autoridad de Estados Unidos son parte de la ley suprema del país”<sup>3245</sup>, de ahí que en su aprobación siempre se vean afectados los principios y valores estadounidenses, encarnados en sus leyes, que a su vez pueden verse afectadas por esos mismos Tratados, de ahí que la mayoría de dos tercios necesaria en el Senado para su aprobación (Art. II, Sec. 2), se haya convertido en un requerimiento crucial en el devenir de la política exterior estadounidense, más si cabe

---

Estados Unidos [www.usconstitution.net/const.html](http://www.usconstitution.net/const.html)

<sup>3244</sup> MCKAY, David, *American Politics and Society*, Basil Blackwell Ltd., Cambridge, 1989, p. 143. Máxime si se tiene en cuenta que al Presidente se le confiere un inmenso poder al asignarle la Constitución los roles de jefe del ejecutivo (Art. 2, Sec. 1), comandante en jefe de las fuerzas armadas (Art. 2, Sec. 2), jefe de la diplomacia, como Cabeza del Estado que es (Art. 2, Sec. 2), además de ser responsable del reclutamiento de los miembros del Ejecutivo y del Tribunal Supremo y tener cierta influencia legislativa al serle posible enviar recomendaciones al Legislativo y vetar sus leyes (Art. 1, Sec. 7), por lo que un Congreso fuerte fue la respuesta de los Padres Fundadores para el mantenimiento de la división y el equilibrio de poderes.

<sup>3245</sup> *Congressional Digest*, Junio-Julio 1949, op.cit., p. 168. Cuando los Tratados chocan con la Ley Federal, el Tribunal Constitucional ha promulgado la siguiente doctrina “mediante la Constitución un tratado es colocado en el mismo nivel, y convertido de misma obligatoriedad, que un acto de legislación. Ambos son declarados por ese instrumento a ser la ley suprema del país, y ninguna eficacia es dada a uno sobre el otro. Cuando los dos se refieran a la misma materia, los tribunales siempre se esforzarán por hacer cumplir ambos, si puede hacerse sin violar la letra de ninguno, pero si los dos son incompatibles, el más reciente controlará al otro”, *Ibíd.*, p. 169.



cuando la Promoción de la Democracia se relaciona de manera tan estrecha con las diversas interpretaciones de los principios y valores estadounidenses, todo ello afectado a su vez por el eterno conflicto de Poderes entre Legislativo y Ejecutivo, pues si el Presidente es quien negocia los términos del Tratado, el Congreso es quien en última instancia los enmienda y aprueba o rechaza.

La facultad de enmendar un Tratado no es menor, pues dado que éste es el reflejo de un acuerdo entre dos o más Gobiernos, las reformas añadidas por el Senado pueden llegar a alterar el espíritu del Tratado de tal forma, que una vez enmendado sea rechazado por las otras partes, al considerarlo desvirtuado. La primera vez que el Senado hizo facultad de su capacidad de enmienda fue en 1794 con el Tratado de Jay entre Estados Unidos y Gran Bretaña, y hasta 1949 unos 70 Tratados han sido ratificados por otros países tras ser enmendados por el Senado estadounidense, es más, desde 1817, tras unas negociaciones entre Londres y Washington sobre proporciones navales, la mayoría de los países han visto en la aprobación del Senado una prueba de la irrevocabilidad de los Tratados firmados con Estados Unidos, de lo contrario podría darse el caso de que una nueva Administración dejara nulos los acuerdos previos<sup>3246</sup>.

Desde 1789 a 1949 Estados Unidos negoció en torno a 1.300 Tratados, de los cuales unos 330 nunca llegaron a tomar fuerza, no sólo porque fueran rechazados, sino por varios motivos más como no enviarse al Senado para su ratificación o ser sustituidos por meros acuerdos, de hecho, de esos 330 Tratados, 30 aun están considerados como pendientes, y sólo 17 han sido rechazados expresamente por el Senado, al no alcanzar la mayoría de dos tercios, mientras de los 1.300 unos 190 han sido enmendados por él.

El que 33 Senadores, incluso 17 si se alcanza el quórum de 49 contemplado en la Constitución, sean suficientes para bloquear cualquier Tratado presentado por el Presidente, se convirtió en materia de discusión durante la II Guerra Mundial, cuando una nueva organización internacional aparecía en el horizonte político mundial, mientras en Estados Unidos se temía repetir el funesto destino de la Sociedad de Naciones. Para impedirlo se llegó a plantear la posibilidad de que todo acuerdo para alcanzar la paz mundial se sustanciase en el Congreso vía acuerdo ejecutivo y no Tratado, pues aquel sólo necesitaría una mayoría simple de ambas Cámaras y no los exigentes dos tercios de éste, las razones aducidas para ello radicaban en que si la Constitución daba al Congreso la facultad de declarar la guerra, también debía concederle la de hacer la paz, y en que una minoría senatorial no debía bloquear la acción exterior del Ejecutivo<sup>3247</sup>.

No es de extrañar por tanto, que los poderes conferidos al Congreso en materia de política exterior hayan influenciado tanto la acción exterior de la Casa Blanca, pues en todo momento el Presidente ha tenido que tener en cuenta los equilibrios políticos del Legislativo, y cuando los ha ignorado ha pagado un alto precio, como Woodrow Wilson en 1920, quien vio rechazado su proyecto al no querer ceder a las enmiendas de la oposición. Dicha experiencia estuvo muy presente

<sup>3246</sup> *Ibíd.*, p. 171.

<sup>3247</sup> *Congressional Digest*, "Treaty Making Powers of the United States Senate", octubre de 1943, p. 227.



en sus sucesores, así, tanto F. D. Roosevelt como Harry S. Truman debieron discutir tanto con sus aliados como con el Congreso la letra de los Tratados que negociaron durante sus mandatos, teniendo que variar en diversos puntos sus propuestas iniciales con tal de salvar el grueso de sus políticas. De hecho, la dimensión constitucional ha sido uno de los principales problemas dirimidos en los distintos debates que se han sucedido en materia de política exterior a lo largo de la historia estadounidense, pues siempre que el Ejecutivo ha pretendido variar la política exterior de la nación, el Congreso ha reaccionado valorando cómo afectaba dicho cambio al sistema de balances y equilibrio de poderes recogido en la Constitución, de hecho, como se ha apreciado en los distintos capítulos, en cada debate el internacionalismo era visto con suspicacia por aquellos que defendían continuar con el unilateralismo aislacionista, pues temían que mediante aquel, el Ejecutivo ganase preponderancia sobre el Congreso, alterando así el diseño constitucional legado por los padres fundadores de la nación, poniendo en peligro la supervivencia del régimen democrático y republicano.

**3-** La tercera hipótesis específica establecía que la política exterior estadounidense ha estado en constante evolución, tras pasar por una etapa inicial dominada por el aislacionismo, el internacionalismo fue ganando terreno, si bien no siempre bajo la misma forma. He aquí mis conclusiones al respecto:

Como se aprecia en los capítulos anteriores, en la evolución de la política exterior norteamericana se pueden señalar cuatro grandes ensayos internacionalistas contrapuestos al unilateralismo aislacionista del primer siglo de vida de la República, con ello se demuestra que la política exterior estadounidense lejos de permanecer estática, ha sufrido una evolución constante con fuertes rupturas acordes a su brusco ascenso como potencia mundial.

Si en sus inicios tras la Independencia se impuso un consenso político alrededor de las tesis defendidas por G. Washington y T. Jefferson, y que pretendían mantener alejada a la nación de los asuntos mundiales para no ver corrompido su nuevo sistema político, ya que una democracia rodeada de colonias europeas y acosada por sus metrópolis y cuya soberanía acababa de ganarse con la fuerza de las armas, difícilmente podía permitirse la estrategia expansiva de A. Hamilton, que entrañaba entrar en competición directa con las potencias europeas. De todos modos, la joven nación no pudo sacudirse del todo la tentación maximalista de Hamilton, y pese al triunfo aparente del unilateralismo aislacionista, en su entorno inmediato Estados Unidos no dejó de comportarse como una potencia expansiva más, como la compra de Louisiana y la constante expansión continental o las guerras contra Inglaterra y México atestiguan, es decir, si en el plano teórico y ante las potencias extranjeras, Estados Unidos se guiaba por el unilateralismo aislacionista, en el plano práctico y en su radio de acción continental se convertía en una potencia a tener en cuenta, como muestra la compleja Doctrina Monroe, que si por un lado expresaba el deseo norteamericano por permanecer alejado de los sucesos europeos, por otro anunciaba a su vez el creciente papel que jugaba como potencia continental.



Dicha política expansiva se contradice con el supuesto aislacionismo que estudios superficiales de la historia política estadounidense han venido achacando a su primer siglo de existencia, confundiendo unilateralismo y alejamiento de los asuntos europeos con una presunta voluntad por permanecer aislados de los asuntos mundiales. Como se ha comprobado en el primer capítulo, el desarrollo interno de Estados Unidos estuvo íntimamente ligado a su acción exterior, no sólo en lo referente a la expansión hacia el Oeste, sino al conjunto de su política continental, que en el caso de México o la cuestión de la esclavitud, se entremezclaban sin poder distinguir claramente entre la esfera doméstica y la exterior. De hecho, la decisión del Presidente Polk de invadir a su vecino del sur, abrió una constante en la vida política estadounidense que se expande hasta nuestros días, como lo es el debate en torno a la idoneidad o no de intervenir en el exterior con fines internos, máxime si dicha intervención se realiza bajo el manto de la defensa del modelo democrático y republicano estadounidense. La alternativa a la intervención siempre ha sido centrarse en el desarrollo interno nacional prestando la menor atención posible a los acontecimientos exteriores, aunque eso sí, sin renunciar nunca a intervenir en los mismos, si bien a tal extremo se recurriría sólo en calidad de último recurso y manteniendo en todo momento su estimada libertad de acción.

Hasta 1898 esa lucha constante entre intervencionismo y no intervencionismo se había ocultado bajo la preeminencia del unilateralismo aislacionista, pero con la aparición del primer ensayo internacionalista tal contradicción surgió a la luz en toda su crudeza, circunstancia favorecida por el tinte realista del conservadurismo de T. Roosevelt. La trascendencia del mandato de T. Roosevelt reside en que fue el primer Presidente en rechazar la estrategia unilateralista aislacionista de G. Washington, pues al ver en el internacionalismo conservador el instrumento para convertir la conciencia de virtud del pueblo estadounidense en la base de su defensa, cuestión que G. Washington había resuelto con la *gran regla* anunciada en su discurso de despedida, T. Roosevelt cambió por completo la política exterior de la nación, es decir, a partir de entonces el campo político estadounidense se nutrió del discurso internacionalista para defender en la práctica los principios y valores tradicionales de Estados Unidos, que hasta el momento sólo habían contado con el unilateralismo aislacionista como único marco conceptual desde el cual concebir la acción exterior de la república.

A partir de entonces el internacionalismo lucharía con el unilateralismo aislacionista por la preeminencia política en Estados Unidos. Para tratar de vencer a la tradición unilateralista, el internacionalismo se implementó primero a través de la vía realista de T. Roosevelt, tan apegada a su tiempo que no pudo sustraerse a la influencia de un darwinismo social en boga por entonces, que distinguía entre *naciones vivas* y *naciones moribundas*, *biologismo histórico*<sup>3248</sup> que la aplastante victoria sobre España en 1898 habría confirmado. De modo que la Administración de T. Roosevelt, amparándose en su interpretación del desarrollo material de la nación y en una presunta inercia histórica, veía justificado todo esfuerzo por colocar a Estados Unidos en un lugar preponderante entre el resto de grandes potencias mundiales, aunque viniera de la mano del realismo continental europeo. Al ser su programa el primero de semejante signo internacionalista en Estados Unidos, el debate en torno al

---

<sup>3248</sup> IGLESIAS, Carmen, *No siempre lo peor es cierto*. Estudios sobre Historia de España, Círculo de Lectores, Barcelona, 1998, p. 592.



mismo se llevó a cabo más en los medios de comunicación que en el Senado, pues en éste el internacionalismo estaba en pleno periodo de gestación, y por tanto, la fractura entre internacionalistas y unilateralistas estaba aun por surgir, máxime cuando la arrolladora personalidad del Presidente centraba en su persona la mayoría de las críticas a la política de su Administración, y en concreto respecto a la ocupación de Filipinas, más que hacia su internacionalismo.

Tras el rechazo de la opinión pública estadounidense de los sacrificios que tales designios requerían de la nación, y que tan semejante hacían parecer a Estados Unidos de las hasta entonces vilipendiadas potencias europeas, W. Wilson arrojó al internacionalismo con el manto de los principios y valores liberales transformando el idealismo en una ideología intervencionista, con la esperanza de que así fuera aprobado por la mayoría de sus conciudadanos, pero ni siquiera con ello logró vencer las barreras impuestas por el unilateralismo aislacionista a la acción exterior estadounidense, frustrando sus planes para que Estados Unidos participase permanentemente en el nuevo orden mundial por él imaginado, ni siquiera aunque lo fuese a imagen y semejanza del creado por los padres fundadores para su país.

En efecto, W. Wilson, a diferencia de T. Roosevelt y su internacionalismo conservador, propuso la expansión del modelo democrático encarnado por el sistema estadounidense como base de su política exterior, es decir, que para W. Wilson el mejor medio para traducir la conciencia de virtud estadounidense en una política que la defendiese sería tratando de expandir esos mismos principios y valores por todo el mundo, pues haciendo del mundo un lugar seguro para la democracia, Estados Unidos no tendría nada que temer de él. Pero para ello resultaba imprescindible el consenso interno en torno a la conveniencia de tal estrategia, y como vimos, Wilson careció por completo del acuerdo bipartidista que le hubiese permitido llevar a cabo su plan.

A pesar de que ni conservadurismo ni liberalismo democrático habían servido al internacionalismo para dejar a un lado al unilateralismo aislacionista, sí que fueron útiles para que al menos los dos últimos luchasen en pie de igualdad en el periodo de entreguerras por informar la política exterior estadounidense, de ahí que tanto Republicanos como Demócratas no pudieran salirse del asfixiante corsé que la neutralidad impuso a la política exterior estadounidense en el periodo de entreguerras, necesitando de una nueva Guerra Mundial para liberarse del mismo, al hacerlo, F. D. Roosevelt pudo ensayar un nuevo internacionalismo que dados los precedentes, juzgó debía ser una mezcla de los anteriores. Al sacrificar una visión idealista típicamente estadounidense a favor de un sistema de seguridad internacional, F. D. Roosevelt hizo de la estabilidad mundial la base de la defensa del sistema estadounidense, cuya virtud se defendería de nuevo mediante una suerte de unilateralismo, pero esta vez de tinte internacionalista, para evitar que los debates internos en torno al tipo de política exterior seguida por la Casa Blanca acabasen por arruinar del todo la armonía doméstica, tan importante para la seguridad de Estados Unidos como la defensa de sus principios y valores, armonía que como vimos en el primer capítulo ya G. Washington consideraba requisito clave para el desarrollo de la nación.

Con dicha estrategia logró el ansiado consenso interno en torno al internacionalismo para superar de una vez por todas al unilateralismo aislacionista,



pero la historia nunca perdona y el compromiso estadounidense parecía llegar con 20 años de retraso, y una vez terminada la guerra, el nuevo entramado internacional diseñado para al mismo tiempo vencer la oposición interna y lograr el consenso entre las grandes potencias, no pudo resistir las primeras desavenencias entre las mismas, no digamos ya cuando se dividieron en dos campos antagónicos.

En tales circunstancias, la Administración Truman fue consciente de que dado que Estados Unidos sólo podía salir airoso del desafío mundial planteado por el comunismo a través del internacionalismo, éste debía presentarse ya libre de toda contaminación procedente del unilateralismo aislacionista, inaugurando una segunda etapa en su implementación que creara una política exterior madura para un nuevo entorno internacional. Al hacerlo, la Administración Truman legó a Estados Unidos un nuevo internacionalismo capaz de asegurar su proyecto liberal al preservarlo tanto en casa como en el exterior, libre de los prejuicios acerca del resto de países, en concreto de Europa, y transformando una vez más al idealismo norteamericano, pues éste ya no debía servir para entronizar su sistema alejando a la nación del mundo, ni para tratar de convertir a ese mismo mundo en una réplica a escala global de Estados Unidos, sino que el idealismo se convertía en el motor moral de la actuación exterior estadounidense. Es decir, el internacionalismo liberal legado por la Administración Truman acabó por entero con el unilateralismo aislacionista al aceptar sin máscara alguna el intervencionismo como única estrategia válida para defender a la nación, intervencionismo que debía basarse en la defensa de los principios y valores encarnados en la Constitución, con ello, Truman pretendió dar carpetazo al debate siempre presente entre aquellos que oponían la defensa del modelo estadounidense al intervencionismo exterior, y que había enfrentado a unilateralistas con internacionalistas y a realistas con idealistas, pues creyó haber logrado que a partir de entonces lo realista sería considerar que el intervencionismo anclado en los principios y valores estadounidenses fuese la clave precisamente de su salvaguarda.

Como vemos, desde su nacimiento, Estados Unidos ha estado sumido en un debate interno sobre su papel exterior y que puede reducirse a una cuestión principal, a saber, ¿puede una democracia convertirse en un Imperio sin renunciar a sus principios y valores esenciales? Jefferson creía que no, pero Hamilton dejó las bases sobre las que los futuros Presidentes de la nación ampliarían la implicación estadounidense en los asuntos mundiales, eso sí, bajo la constante oposición de un Congreso celoso de sus prerrogativas constitucionales. Con G. Washington y J. Q. Adams siempre en mente, los Calhoun, Gallatin y Webster que se opusieron a la guerra con Mexico del Presidente Polk, deudores del antifederalismo, usaron los mismos argumentos que medio siglo después usarían Schurz, Sumner o Twain para criticar la ocupación de Filipinas diseñada por la Administración McKinley, críticas que se volverían a repetir primero contra la Sociedad de Naciones del Presidente Wilson, como tan bien refleja la opinión de Borah, y más tarde con la Alianza Atlántica de la Administración Truman, y que R. Taft trató de desestimar recurriendo al unilateralismo aislacionista de los padres fundadores de la nación. Ni siquiera el Presidente Wilson pudo desembarazarse del unilateralismo aislacionista, pues tras la I Guerra Mundial no quiso continuar con la coalición de vencedores, dando así argumentos a los Reed, Clark, Taft, Nye, Wheeler o Lindberg que pretendían



mantener a salvo a Estados Unidos de una posible contaminación europea si se entraba en la II Guerra Mundial del bando aliado.

Así, al internacionalismo siempre se opuso la corriente unilateralista, cuyas objeciones se basaban en dos puntos principales, su rechazo tanto al imperialismo del tipo europeo como a cualquier tipo de alianza internacional, bajo la convicción de que ambas derivas alterarían de tal modo los equilibrios de poder recogidos en la constitución estadounidense, que a la postre el sistema republicano y democrático heredado de los padres fundadores se vería seriamente alterado.

Si F. D. Roosevelt, uniendo el realismo al wilsonismo, derrotó definitivamente al unilateralismo aislacionista que se agarró a la neutralidad como tabla de salvación, la Administración Truman supuso la absoluta inviabilidad política de éste, convirtiendo al regionalismo atlántico en la única vía segura para un internacionalismo de compleja implementación tras el inicio de la Guerra Fría. A partir de entonces, el unilateralismo a lo sumo se ha podido refugiar en el enfoque realista del internacionalismo, con la esperanza de cercenar así su componente idealista, tan proclive a la las alianzas internacionales desde que W. Wilson lo acaparase para la causa internacionalista.

De hecho, a lo largo de la Guerra Fría la dicotomía realismo-idealismo no pudo superarse completamente, menos aún con la llegada de H. Kissinger a la Administración Nixon, quien tras el influjo idealista de J. F. Kennedy implantó en la Casa Blanca una serie de políticas realistas, como acabar con la guerra de Vietnam, o el acercamiento a China, que parecían alejar a Estados Unidos de su idealismo, pero primero el Presidente Carter, con su énfasis en la defensa de los derechos humanos, y sobre todo Ronald Reagan después en la década de 1980 y su lucha por la democracia a escala mundial, devolvieron al idealismo su protagonismo tradicional, dejado en un segundo plano de nuevo por la Administración Clinton y recuperado inesperadamente por su sucesor G. W. Bush.

### Tradiciones ideológicas en Estados Unidos



Fuente: elaboración propia.



Así pues, el liberalismo inicial que inspiró la Independencia primero, y la Constitución más tarde, produjo dos tradiciones políticas que las élites estadounidenses consideraron las más apropiadas para la supervivencia del proyecto nacional iniciado con la unión de las trece colonias, primero el unilateralismo aislacionista, y a partir del siglo XX el internacionalismo, en sus dos vertientes, la conservadora de inicios de siglo, y la liberal que fue consolidándose hasta su triunfo final a partir de la II Guerra Mundial, la cual, como se muestra en el cuadro anterior, se encuentra a su vez compuesta por los enfoques realista e idealista. De hecho, si en un principio pudiera parecer que la dicotomía internacionalismo conservador-internacionalismo liberal responde a la fractura entre los Partidos Republicano y Demócrata, del estudio de los cuatro ensayos internacionalistas se desprende más bien que el tipo de internacionalismo, dado el tronco común liberal del cual han surgido todos, más que de la adscripción partidista de cada uno de sus promotores, responde más bien a sus respectivas personalidades y convicciones propias. Así, si con el Republicano T. Roosevelt el internacionalismo se impuso gracias a su particular visión realista de la política internacional, bien al contrario, el segundo ensayo internacionalista se debió al idealismo del Demócrata W. Wilson, tras el cual el Republicanismo se refugiaría en un internacionalismo sin compromiso, que renunciaba a los principales valores del internacionalismo de T. Roosevelt. Con el tercer ensayo, el impulsado por el también Demócrata F. D. Roosevelt, se trató de equilibrar ambas propuestas con un internacionalismo que intentó aunar lo mejor de cada una en una especie de híbrido realista-idealista, que no pudo sobrevivir al fin de las especiales condiciones surgidas durante la II Guerra Mundial. Y si el triunfo definitivo del internacionalismo vino de la mano del sucesor de F. D. Roosevelt, H. S. Truman, no se debió en absoluto a una victoria del internacionalismo Demócrata, sino a un nuevo tipo de ensayo internacionalista de segunda generación, que al librarse de las últimas taras del unilateralismo aislacionista, pudo convertirse en la hoja de ruta de la política exterior estadounidense para el resto de la Guerra Fría, independientemente de la adscripción Republicana o Demócrata del inquilino de la Casa Blanca.

Si bien, en ningún caso Truman pudo dar por zanjada la disputa entre realismo e idealismo, como bien señalan Lindberg y Chollet “dónde marcar el balance entre principios e intereses es uno de los debates recurrentes sobre el papel de América en el mundo”<sup>3249</sup>, y una de las cuestiones principales de la división existente entre los partidos políticos estadounidenses, pues a cada Administración que se decide por una política exterior “enmarcada como una lucha por los valores americanos, más se preguntan si el sacrificio merece la pena”<sup>3250</sup>, así, los autores señalan cómo en el Partido Demócrata se siente cada vez más aversión por una agenda de promoción internacional de los valores liberales, lo que no deja de ser curioso con los precedentes de Woodrow Wilson, F. D. Roosevelt o J. F. Kennedy, en parte debido a que una mayoría de la opinión pública ha llegado a identificar dicha agenda con la del Presidente G. W. Bush, lo que la ha perjudicado de igual forma en sectores liberales de izquierdas y en los conservadores de derechas, como el reciente aislamiento del

---

<sup>3249</sup> LINDBERG, Tod y CHOLLET, Dereck, “A Moral Core for U.S. Foreign Policy”, *Policy Review*, diciembre 2007 y enero 2008, texto consultado en <http://todlindberg.net/?p=518>, la cursiva es mía.

<sup>3250</sup> *Ibíd.*



neoconservadurismo atestigua, habiendo sido la corriente que más se identificó con la defensa de los valores estadounidenses. De todos modos, para Lindberg y Chollet el idealismo siempre estará presente en la política estadounidense porque “los americanos demandan consideración a esos principios no sólo porque son *nuestros*, sino porque creemos que son ciertos”<sup>3251</sup>.

Plasmada en un ejemplo práctico, la pugna entre idealistas y realistas siempre presente durante la Guerra Fría, no desapareció con la caída de la Unión Soviética, pues como demuestra H. Kissinger en su última obra sobre China, el enfrentamiento continúa sobre las medidas a adoptar ante el ascenso chino. Según Kissinger, mientras los idealistas querrían condicionar la relación bilateral a la apertura democrática del sistema político chino, aun al coste de un mayor enfrentamiento con Pekín, los realistas, por el contrario, buscarían evitar precisamente ese enfrentamiento, realzando los intereses comunes de ambas naciones, que puedan llevar a un entendimiento entre ellas y a cambios graduales en las mismas<sup>3252</sup>. Teniendo en cuenta que en Estados Unidos, todo ocupante de la Casa Blanca debe considerar atentamente “las presiones domésticas y los valores que constriñen las acciones americanas”<sup>3253</sup> y que “los valores democráticos y los derechos humanos son el núcleo de la creencia estadounidense en sí mismo”<sup>3254</sup>, para Kissinger la mejor opción

sería combinar los dos enfoques: para los idealistas reconocer que los principios necesitan ser implementados durante el tiempo, de ahí que necesiten ocasionalmente ser ajustados a las circunstancias; y para los realistas, aceptar que los valores tienen su propia realidad y deben ser convertidos en políticas prácticas<sup>3255</sup>.

Así pues, aunque el unilateralismo aislacionista, verdadera tradición política del primer siglo estadounidense y cuyo conocimiento ha sido ensombrecido por el mito aislacionista, fue finalmente vencido por el internacionalismo, los debates internos sobre política exterior siguen vigentes en Estados Unidos, y aunque ya no enfrenten a intervencionistas con no intervencionistas, las divergencias entre posturas realistas e idealistas no son menos traumáticas, por lo que se puede asegurar que pese al triunfo del internacionalismo con la Administración Truman, la política exterior estadounidense ha continuado, continúa y continuará con su constante evolución<sup>3256</sup>.

---

<sup>3251</sup> *Ibíd.*

<sup>3252</sup> KISSINGER, *On China...*, op.cit., p. 413.

<sup>3253</sup> *Ibíd.*, p. 424.

<sup>3254</sup> *Ibíd.*, p. 453.

<sup>3255</sup> *Ibíd.*, p. 454. Como hemos indicado, una de las claves del éxito de la Administración Truman a la hora de implementar una estrategia bipartidista que duró toda la Guerra Fría, fue su capacidad para situarse a medio camino entre el realismo de T. Roosevelt y el idealismo de W. Wilson.

<sup>3256</sup> Incluso nada impide que dentro de esa constante evolución se produzca una involución en la política exterior estadounidense, como un regreso al unilateralismo aislacionista, de lo cual no sólo se debería culpar a Estados Unidos o a unos determinados políticos, pues desde la internacionalización de su política exterior, ésta se ve afectada tanto por cuestiones internas como externas, formando parte de éstas últimas y de capital importancia la postura que adopten sus aliados, es decir, que Estados Unidos continúe por la senda internacionalista depende tanto de su propia voluntad como de la colaboración de sus aliados, aspecto frecuentemente olvidado por los mismos que se quejan de un excesivo unilateralismo norteamericano.



4- La cuarta hipótesis específica establecía que en cada ensayo internacionalista que se alejaba del unilateralismo aislacionista, la Promoción de la Democracia jugaba un determinado papel, definido en gran parte por el cariz ideológico de dicho internacionalismo. Mi conclusión al respecto es:

Como se ha apreciado en los capítulos anteriores, el papel de la Promoción de la Democracia ha ido evolucionando conforme la política exterior estadounidense se decantaba más hacia el internacionalismo, pasando de una primera etapa en que la Promoción de la Democracia era más tenida en cuenta como cuestión teórica que práctica. Tal situación se dio durante la etapa dominada por el unilateralismo aislacionista, donde las trabas impuestas por éste a la acción exterior estadounidense dejaban poco margen a que aquella pudiese plasmarse en la realidad, basándose en una defensa nominal de la democracia, si bien con la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto Estados Unidos se arrogaba para sí mismo el papel de defensor de la democracia, al menos a nivel continental.

Por el contrario, con el primer ensayo internacionalista la Promoción de la Democracia sí que tuvo una ocasión irrepetible para ponerse en práctica, uniendo por primera vez a ésta con el intervencionismo. Pero la ocupación de las Islas Filipinas fue fruto de la victoria en una guerra, cuyas razones principales para retenerlas fueron de cariz más económico y geoestratégico que idealistas, por si fuera poco, el conservadurismo paternalista del internacionalismo de T. Roosevelt no favoreció la democratización definitiva del sistema político filipino, y sí más bien la construcción de un Estado colonial viable, tampoco la dilatada ocupación fue una ventaja para los filipinos, pues el internacionalismo liberal democrático de la Administración Wilson chocó primero con la herencia conservadora de T. Roosevelt y después con la apatía Republicana durante la década de 1920, ni siquiera el regreso Demócrata de la mano de F. D. Roosevelt supuso una gran mejora para los filipinos, quienes lograrían la independencia en 1947 más como fruto de la II Segunda Mundial que como punto y final a la labor democratizadora.

Por lo que respecta a América Latina, ya se ha comprobado que las principales motivaciones de la *democratización coercitiva*<sup>3257</sup> que se impuso en la región entre 1912 y 1932 respondían más a los requerimientos de seguridad de Estados Unidos que a un sincero intento por democratizar el continente, con ello se pretendía aislar a América del intervencionismo europeo, y ni siquiera la Doctrina Wilson de no reconocimiento a gobiernos inconstitucionales fue respetada, además, el electoralismo y el constitucionalismo se convirtieron en numerosas ocasiones en las coartadas perfectas de regímenes no democráticos, cuya única ventaja que ofrecían a Washington era la estabilidad política, situación que no cambiaría con la diplomacia del dólar Republicana, centrada en la reforma socioeconómica de los países vecinos del sur siempre que beneficiase económicamente a Estados Unidos. Como vemos, pese a contar con una oportunidad en Filipinas para demostrar en la vida real el compromiso de su internacionalismo con la Promoción de la Democracia, la propuesta de W. Wilson se centró de nuevo, como había ocurrido con el unilateralismo aislacionista, más en la teoría que en la práctica, contentándose con el

---

<sup>3257</sup> LOWENTHAL, op.cit., p. 3.



anuncio de grandes principios democráticos como la autodeterminación de todos los pueblos o la reforma del sistema de relaciones internacionales mediante una organización internacional de naturaleza democrática, como fue la Sociedad de Naciones, de hecho, el rechazo doméstico a su propio plan puede entenderse como manifestación del enorme distanciamiento de su idealismo respecto a la realidad, lo que sin duda afectó negativamente a la Promoción de la Democracia, pues ésta siguió sin contar con unos procedimientos estables de implementación<sup>3258</sup>.

Pocos cambios hubo en la etapa de F. D. Roosevelt en la Casa Blanca, situación empeorada por el realismo aplicado a su política exterior y que impidió a la Promoción de la Democracia ganar mayor protagonismo práctico en aras de una mayor cooperación entre Washington y Moscú. Si bien el sistema de relaciones internacionales fue fruto de una nueva reforma, esta vez con la creación de la Organización de las Naciones Unidas, democratizando en la medida de lo posible el sistema mundial de relaciones internacionales, pues su énfasis en la seguridad y en la participación de la Unión Soviética en la nueva institución sin duda que menoscabaron la influencia de los principios y valores estadounidenses en el diseño final de las Naciones Unidas, cuyo Consejo de Seguridad con el derecho a veto de los cinco miembros permanentes difícilmente se concilia con la democratización de las relaciones internacionales. Además, en lo tocante a América Latina su política de buena vecindad puede entenderse como una vuelta al unilateralismo aislacionista y a las tesis jeffersonianas, pues la no injerencia en los asuntos internos de otros países, refrendada en la Conferencia Panamericana de Montevideo de 1933, dejaba como única arma factible de democratización el ejemplo del modelo estadounidense, justo en el momento en que la crisis bursátil debilitaba sus bases económicas, deslustrando su atractivo y haciendo que la atención de la Administración de F. D. Roosevelt se centrara en los numerosos problemas internos, de ahí que decidiese poner fin a las ocupaciones de Haití y Nicaragua en 1933. De todos modos, la creación en 1942 de la emisora radiofónica *Voice of America* introdujo por primera vez un instrumento permanente de Promoción de la Democracia en la acción exterior estadounidense.

Como demostración de la falta de interés estadounidense por institucionalizar sus políticas de Promoción de la Democracia hasta la fecha, al inicio de la II Guerra Mundial Estados Unidos era la única potencia beligerante que no contaba con un servicio radiofónico estatal, de modo que en 1942 el Gobierno estadounidense creaba la Voz de América a través del Consejo de Gobernadores de Radiodifusión<sup>3259</sup>. En su nacimiento se encontraba la creencia en el poder de las ideas y en la necesidad de dar a conocer los puntos de vista americanos alrededor del

---

<sup>3258</sup> Así como la Defensa de la nación cuenta con unos planes de actuación específicos derivados tanto de una estrategia como de unos medios (fronteras, Ejército, Marina...) de defensa propios, la Promoción de la Democracia, más allá de su relación con los ideales, principios y valores estadounidenses no contaba con ningún plan ni medio específico para su puesta en práctica, sin duda que al tratarse de una cuestión que afecta a la soberanía nacional de terceros países, cualquier intento por dotarla de cierta *corporeidad* sería denunciado como un intento de injerencia por parte de la nación *democratizadora*.

<sup>3259</sup> [www.voanews.com/english/About/VOAHistory.cfm](http://www.voanews.com/english/About/VOAHistory.cfm) y cuya misión es “promocionar y sostener la libertad y la democracia emitiendo información y noticias precisas y objetivas sobre los Estados Unidos y el mundo a las audiencias extranjeras”.



mundo, así la misión de *Voice of America* sería “emitir información y noticias precisas, equilibradas y comprensibles a una audiencia internacional”<sup>3260</sup>.

De todos modos, no fue hasta la llegada de H. S. Truman y la creación de la estrategia de la Contención, cuando la Promoción de la Democracia comenzó a contar con los primeros instrumentos estables para su puesta en práctica. Las primeras organizaciones creadas por Estados Unidos para la Promoción de la Democracia fueron de carácter informativo, y si más bien servían en un principio para anunciar y dar a conocer la política exterior de Estados Unidos y lograr así una mayor aceptación mundial de la misma, con el tiempo se convirtieron en un importante componente de la Promoción de la Democracia. Así, en 1949 nacía la *Free Europe Inc.* “como una corporación privada, sin ánimo de lucro, para la emisión de noticias y programas de actualidad para los países de Europa del Este tras el telón de acero”<sup>3261</sup>; dos años más tarde nacía el Comité de Radio Libertad, con la misma misión pero enfocada a las naciones dentro de la Unión Soviética. En 1975 ambas instituciones se unían para formar *Radio Free Europe-Radio Liberty*. *Radio Free Europe-Radio Liberty* tuvo un papel esencial en la lucha estadounidense contra el comunismo al diseminar un punto de vista Occidental en el seno de las sociedades dominadas por la ideología comunista, ya que como reza, su misión “es promocionar los valores e instituciones democráticos diseminando información factual e ideas”<sup>3262</sup>.

Pero sería en el plano legislativo donde la Administración Truman más haría avanzar la institucionalización de la Promoción de la Democracia, pues el 10 de octubre de 1951 se firmaba la Ley de Seguridad Mutua por la que se unían en un mismo programa la ayuda militar y económica, más la asistencia técnica, a terceros

---

<sup>3260</sup> [www.voanews.com/english/About/FastFacts.cfm](http://www.voanews.com/english/About/FastFacts.cfm) En su organización *Voice of America* cuenta en la actualidad con más de 1.100 empleados repartidos en 27 estudios radiofónicos, 33 estudios de producción y grabación, 30 estaciones de mezclado y doblaje, 4 estudios de televisión, etc. Su audiencia se estima en 115 millones semanales gracias a su emisión en 45 idiomas diferentes. Su presupuesto fue de 166 millones de dólares en 2006. Diseñada en 1960 y convertida en ley en 1976, la carta de la *Voice of America* programa y define la misión de la organización a través de los siguientes principios: servir como fuente de noticias fiable y autorizada, como representación y proyección del conjunto de América y como foro donde mostrar y discutir las políticas estadounidenses, [www.voanews.com/english/About/VOACharter.cfm](http://www.voanews.com/english/About/VOACharter.cfm)

<sup>3261</sup> [www.rferl.org/about/organization/history.asp](http://www.rferl.org/about/organization/history.asp)

<sup>3262</sup> [www.rferl.org/about/organization/mission-statement.asp](http://www.rferl.org/about/organization/mission-statement.asp) “*Radio Free Europe-Radio Liberty* es una organización de radiodifusión de noticias internacionales independiente para Europa del Este y Sudeste, Rusia, el Cáucaso, Oriente Medio y Asia Central y Sudoeste”, *Ibíd.* Con una audiencia estimada de 30 millones de oyentes y lectores en 20 países y a través de 28 idiomas, *Radio Free Europe-Radio Liberty* está financiada por el Congreso de Estados Unidos mediante el Consejo de Gobernadores de Radiodifusión, pues si bien en un principio, las dos organizaciones matrices de *Radio Free Europe-Radio Liberty* estaban sufragadas por la CIA, ésta se desvinculó de su financiación en 1971.

Para el gobierno de Estados Unidos la estabilidad en la región euroasiática siempre ha sido esencial, y bajo la asunción de que no hay modelo más acorde con la estabilidad que la democracia y la economía de libre mercado, un paso fundamental para alcanzarlo es una ciudadanía bien informada, de ahí que *Radio Free Europe-Radio Liberty* pretenda “proveer de noticias objetivas, análisis y discusiones de asuntos domésticos y regionales...fortalecer las sociedades civiles proyectando valores democráticos...combatir la intolerancia étnica y religiosa y promocionar la comprensión mutua entre las gentes...proveer de un modelo de medios de comunicación locales, asistir en el entrenamiento para fortalecer el profesionalismo y la independencia...promocionar lazos más estrechos entre los países de la región y el mundo de democracias establecidas”, [www.rferl.org/about/organization/mission-statement.asp](http://www.rferl.org/about/organization/mission-statement.asp)



países con el objetivo de “participar en el gran esfuerzo de defensa colectiva de las naciones libres y para asistir a los pueblos libres alrededor del mundo que quieran desarrollar y salvaguardar su libertad y mantener la paz”<sup>3263</sup>, es decir, para el Presidente Truman lejos de embarcarse en una carrera armamentística con la Unión Soviética, lo que la Ley implicaba era el despliegue “de las fuerzas constructivas de la libertad humana”<sup>3264</sup>. Con ello se ponía en marcha el Programa de Seguridad Mutua que en su primer año de existencia, 1951, contó con un presupuesto de 60 billones de dólares y tenía un carácter global, cubriendo tanto Europa como Asia y América Latina, siendo administrado por el Departamento de Defensa en materia militar y por la Administración de Cooperación Económica en su dimensión económica, contando con un Comité de Asuntos de Seguridad para su coordinación, presidido por el Director de Asuntos de Seguridad Internacional, oficial del Departamento de Estado nombrado por el Senado<sup>3265</sup>. Además de la Ley y el Programa de Seguridad Mutua, en 1953 se creaba la Administración de Operaciones en el Extranjero como agencia gubernamental independiente fuera del Departamento de Estado, con la función de consolidar la asistencia técnica y económica a escala global.

A través de tales medidas la Administración Truman amplió el abanico de opciones estadounidenses en materia de Promoción de la Democracia, si hasta el momento éstas se habían movido entre los extremos del mero ejemplo de Estados Unidos cuyo éxito debía animar al resto de países a seguir su experiencia, a la intervención militar para imponer la reforma democrática, a partir de entonces Estados Unidos podía contar con una serie de medidas que yendo más allá de la posición de faro de la democracia, le implicase en la Promoción de la Democracia sin necesidad de movilizar sus tropas, posibilidad que sin duda se apreciaría tanto a nivel interno como externo. Así, la Promoción de la Democracia incidiría desde entonces en los procesos electorales y en temas de partidos políticos (ayudando al diseño del sistema electoral, en los controles del proceso...), en las instituciones Estatales (asistiendo en materia constitucional, judicial, legislativa, gubernamental y de relaciones civil-militar) y en asuntos de sociedad civil (con programas en educación cívica, medios de comunicación u organizaciones no gubernamentales)<sup>3266</sup>.

En el terreno práctico, durante la Administración Truman se pueden distinguir tres escenarios de actuación en Europa, Asia y América Latina. En el viejo continente la victoria sobre Alemania permitió que las ocupaciones armadas sirviesen para emprender proyectos democratizadores, el más famoso de los cuales se llevaría a cabo en el sector Occidental alemán, donde, al igual que en Japón, la democratización, la desmilitarización, la descartelización y la desprogramación política sirvieron para transformar un sistema anticapitalista e imperialista en una democracia liberal afín a los intereses Occidentales<sup>3267</sup>, pero también en Austria o Italia la Promoción de la Democracia serviría para alejar dichos países de la órbita

---

<sup>3263</sup> TRUMAN, Harry S., declaración sobre la firma de la Ley de Seguridad Mutua del 10 de octubre de 1951, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/print.php?pid=13944](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/print.php?pid=13944)

<sup>3264</sup> *Ibíd.*

<sup>3265</sup> TRUMAN, Harry S., mensaje especial al Congreso sobre el Programa de Seguridad Mutua del 24 de mayo de 1951, texto consultado en [www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13793&st=mutual&st1=security#axzz1LDQAzwrB](http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=13793&st=mutual&st1=security#axzz1LDQAzwrB)

<sup>3266</sup> CAROTHERS, *Aiding Democracy...*, op.cit., p. 123, 158 y 207.

<sup>3267</sup> SMITH, op.cit., p. 154.



comunista<sup>3268</sup>, a la postre, tanto su integración en el bando Occidental como su democratización fueron todo un éxito de la estrategia estadounidense de posguerra. En Asia, al igual que en Europa, la victoria aliada propició que la ocupación de Japón sirviese, al igual que la de Alemania, para cosechar un nuevo éxito en la Promoción de la Democracia. Como hemos visto en el capítulo dedicado a su ocupación, Japón se convirtió en una democracia estable merced a la ocupación estadounidense, implementando una serie de reformas políticas, sociales, económicas y de todo tipo que acabaron con el militarismo y el expansionismo de su etapa imperial, de hecho, se puede afirmar que la Promoción de la Democracia no ha conocido un triunfo parecido al alcanzado en Japón, pues en el resto de casos asiáticos la Administración Truman no obtuvo una victoria tan rotunda en el campo democratizador, pues si en Corea del Sur se intervino para impedir que Corea del Norte soviétizara toda la península coreana, Corea del Sur no vio democratizado realmente su sistema político hasta bien entrada la década de 1980, situación parecida a Filipinas, que a pesar de lograr su independencia en 1946, nunca logró estabilizar totalmente sus sistema democrático, circunstancia que ni 48 años de ocupación estadounidense pudo cambiar, como se ha visto en el capítulo dedicado a ésta.

Quizás donde mayor incidencia tuvo el inicio de la Guerra Fría respecto a la Promoción de la Democracia fuese en América Latina, y más bien en un sentido negativo, pues si en 1944-1945 la región había experimentado una ola democratizadora, para 1954 ésta había sido ampliamente contrarrestada, así, de 1948 a 1954 seis democracias fueron asaltadas por golpes de Estado, y para 1954 sólo cuatro países quedaban en el hemisferio americano más o menos democráticos, cuando al menos trece Estados eran claras dictaduras, algunas como la argentina o la brasileña reconocidas sin ambages por la Casa Blanca, de hecho, Brasil recibió el 70 por ciento de la ayuda exterior norteamericana para la zona. Tal evolución se vio favorecida por el cambio de actitud en Washington, si en un principio no se vio con excesiva preocupación la participación de la izquierda latinoamericana en los procesos democráticos, con la primeras rencillas con Moscú la Administración Truman ya no consideraba la penetración europea como el principal problema en la región, a partir de entonces la expansión comunista pasó a ser la primera amenaza que debía combatirse en el continente, como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947 demostraba ya. Con ello la Promoción de la Democracia pasó a un segundo plano, máxime si las dictaduras colaboraban en la lucha anticomunista, todo ello favorecido por la falta de compromiso democrático de sus élites, tanto civiles como militares y por el escaso éxito en la implantación de partidos políticos y sindicatos en los distintos países sudamericanos<sup>3269</sup>, de hecho, la Doctrina Monroe pareció imponerse de nuevo en la región, dando así pie a nuevas intervenciones militares en la región, como la Administración Eisenhower haría en Guatemala en 1954, iniciando con ello una nueva etapa de injerencia estadounidense en la región.

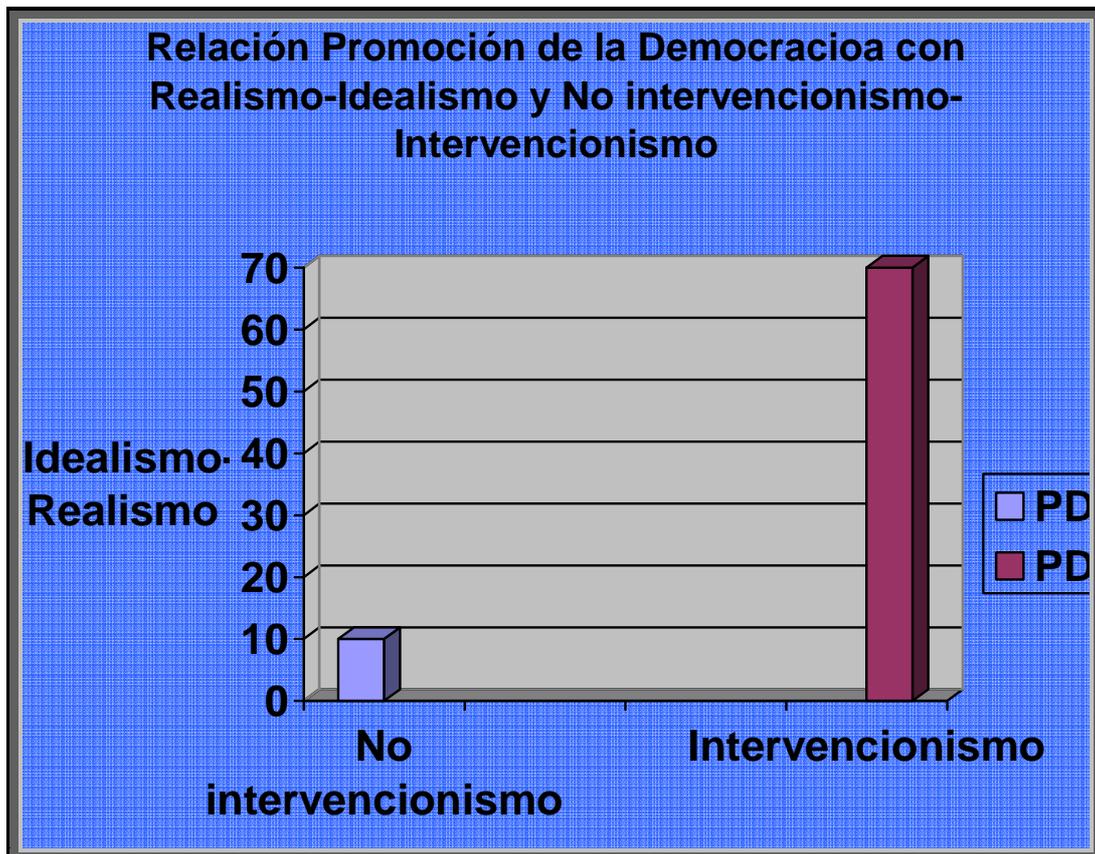
---

<sup>3268</sup> MURAVCHIK, op.cit., p. 113.

<sup>3269</sup> LOWENTHAL, op.cit., p. 58. Lowenthal afirma que en Washington se esgrimía el no intervencionismo como un modo de continuar el apoyo a las dictaduras, además de afirmar que los países sudamericanos no estaban preparados para la democracia, que la diferencia entre democracia y dictadura no estaba tan clara y que en el pasado la Promoción de la Democracia había fracasado, p.64.



Por tanto, repasando la relación tanto del unilateralismo aislacionista como de los distintos internacionalismos con la Promoción de la Democracia, se puede establecer su relación con el realismo y el idealismo, y con el intervencionismo y el no intervencionismo, dicotomías que, como se ha comprobado en páginas precedentes, han informado gran parte de los debates internos en la política estadounidense. Así, como se aprecia en el gráfico, donde en eje de coordenadas  $y$  se recoge el continuo entre Realismo e Idealismo, correspondiendo el valor 0 al realismo puro y el valor 70 al idealismo absoluto, mientras en el eje de coordenadas  $x$  se representa el continuo entre no intervencionismo e intervencionismo, la Promoción de la Democracia se ha visto afectada por el grado de realismo o idealismo y de intervencionismo o no intervencionismo aplicados por las distintas Administraciones, de hecho, en periodos en los que el realismo y el no intervencionismo han predominado, la Promoción de la Democracia casi ha sido inexistente, mientras que por el contrario, en etapas de dominio idealista y de amplio intervencionismo ésta ha sido profusamente empleada.



Fuente: elaboración propia.

Tal ambivalencia estadounidense entre idealismo y realismo, intervencionismo y no intervencionismo e internacionalismo conservador y liberal democrático tuvieron un impacto negativo en los distintos ensayos de Promoción de la Democracia emprendidos por Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX. Como se desprende de los ejemplos estudiados en la presente tesis, las distintas



concepciones de la Promoción de la Democracia aplicadas por las Administraciones estadounidenses se debieron más al signo de su internacionalismo que a los requerimientos propios de cada intervención, de ahí que sólo se pueda hablar de éxito en el caso de la ocupación de Japón, pues Haití fue un fracaso en términos de democratización, mientras Filipinas arroja un resultado más bien discreto, a tenor de la evolución del país tras la marcha de las tropas norteamericanas.

De hecho, teniendo en cuenta los ejemplos de Promoción de la Democracia recogidos en los capítulos anteriores, el éxito en la democratización a través de una ocupación militar no es tanto cuestión de tiempo (pues en Filipinas se alargó durante 48 años, en Haití 19 y en Japón sólo siete) sino de los medios desplegados para cumplir la misión (si en Japón había un soldado estadounidense por cada 370 habitantes, en Filipinas había uno por cada 435 y en Haití uno por cada 985), además de depender de tener unos objetivos claros para la misma, ya que sólo en Japón cabe hablar de un interés genuino por democratizar al país, pues en Filipinas fueron primero las consideraciones geoestratégicas las que guiaron la ocupación de las islas, y sólo más tarde se impuso como deber estadounidense su democratización, algo similar a lo ocurrido en Haití, donde la intervención se produjo por cuestiones de seguridad (la protección de ciudadanos estadounidenses) y más que su democratización, lo que se buscó después fue estabilizar y modernizar al país para que dejase de ser un foco de inestabilidad en el Caribe, condiciones que sin duda favorecen la democratización pero que en sí mismas no equivalen a la misma.

Por otra parte, las condiciones internas de cada país influyeron notoriamente en los resultados finales de cada ocupación, así, aunque la destrucción de Japón tras la II Guerra Mundial fue enorme, su elevado grado de desarrollo económico e industrial de preguerra le ayudó de buen grado en su posterior despegue económico, por el contrario, ni Filipinas ni Haití habían contado con el desarrollo nipón, y pese a los esfuerzos estadounidenses, sus economías fueron más un lastre que una ayuda para el desarrollo democrático de sus sistemas políticos, además, en estos dos últimos casos, revueltas posteriores a la ocupación estadounidense dificultaron aun más si cabe su democratización y su desarrollo económico.

Por último, Japón fue la última ocupación emprendida por Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX, y bajo una Administración Truman volcada en la defensa de la democracia en los inicios de la Guerra Fría, por lo que resulta lógico que se beneficiase de la experiencia de pasadas ocupaciones, pero como se desprende de su estudio y de lo señalado hasta aquí, la experiencia de Japón fue única, pues a diferencia de los otros dos ejemplos, en primer lugar, se circunscribió a una sola Administración, evitando así los constantes vaivenes provocados por el cambio de enfoque internacionalista que sí sufrieron Haití y Filipinas; en segundo lugar, desde un principio se tuvo a su democratización como principal objetivo de la ocupación, impidiendo así que otros fines distorsionasen la apertura de su sistema político; en tercer lugar, el componente civil cobró un protagonismo desconocido hasta entonces en las ocupaciones estadounidenses, e igual de importante fue la introducción de personal local cualificado en los distintos ministerios, características ambas que combinadas ofrecieron una mayor base de apoyo popular a las reformas democratizadoras; y en cuarto lugar, no hay que olvidar que la democratización en



1945 era un objetivo clave en la política exterior de Estados Unidos, a diferencia de lo que ocurría en 1900 o en 1915, donde más que un objetivo en sí mismo, era considerada un deber moral de Estados Unidos, con todas las implicaciones negativas, que en forma de racismo o paternalismo, menoscabaron la labor democratizadora en Filipinas y Haití, pues en ambos casos se tendió a colaborar con las élites locales, lo que acrecentó y perpetuó su dominio sobre el resto de la sociedad<sup>3270</sup>, además de la escasa integración de la minoría musulmana en el nuevo sistema político del caso filipino<sup>3271</sup>, mientras en el segundo se obvió el creciente nacionalismo haitiano, basado en la negritud, acrecentado por prácticas como el trabajo forzoso o el recurso a la minoría mulata para ocupar los cargos más altos de la nueva administración.

**5-**La quinta hipótesis específica afirmaba que con Harry S. Truman Estados Unidos asistió al ensayo internacionalista que puso fin definitivamente al unilateralismo aislacionista, y con ello a la primera etapa de su historia, mediante una estrategia madura que ponía, por primera vez en su historia, al servicio de la política exterior estadounidense los ingentes recursos de la nación. Mi conclusión es la siguiente:

Como se desprende de lo anterior y se comprueba en los capítulos precedentes, la razón por la cual la presente tesis finaliza en la Administración Truman no es otra que considerar su presidencia como la culminación del proceso de internacionalización de la política exterior estadounidense, comenzado a principios del siglo XX por T. Roosevelt, y continuado por W. Wilson y F. D. Roosevelt. En efecto, como se ha visto ya en el capítulo dedicado a Harry S. Truman, con sus mandatos se puso fin definitivamente a los residuos del unilateralismo aislacionista que aun estaban presentes en los anteriores ensayos internacionalistas, con ello Estados Unidos entraba en una nueva etapa de su historia, caracterizada por un activismo exterior desconocido hasta el momento, y que no ha abandonado aunque en el presente se haga patente una voluntad de limitar su exposición a la hora de asumir responsabilidades internacionales.

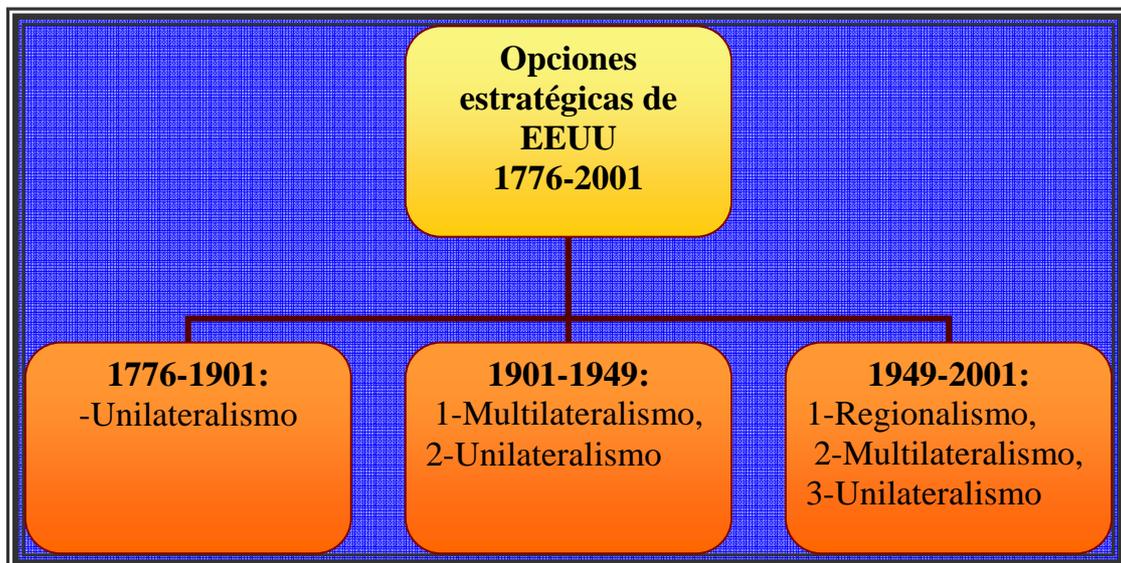
---

<sup>3270</sup> Las Administraciones de Washington han tenido problemas constantes con las élites haitianas, como bien refleja la ocupación estadounidense de Haití entre 1991 y 1994, que tras el golpe de Estado contra el presidente Aristide, y la tranquila caída del régimen de Cédras presionado por Estados Unidos con la Operación Restaurar Democracia, devolvió la normalidad política a la isla, lo cual no implicó su desarrollo, pues Aristide fue de nuevo depuesto en 2004 en medio de combates y marchas sobre la capital, además el terremoto que asoló a la isla en enero de 2010, y que de nuevo llevó a los marines estadounidenses a la isla, ésta vez en labores de asistencia humanitaria, dejó literalmente en ruinas una nación que desde su independencia ha ido derrumbándose.

<sup>3271</sup> La cuestión religiosa sigue aun de vigente actualidad, los musulmanes representan el 5% de la población filipina, pero su concentración en la isla de Mindanao ha provocado el enquistamiento del problema, así, el 6 de octubre de 2012 se firmó un acuerdo de paz preliminar entre el Gobierno de Manila y el Frente Moro de Liberación Islámica, tras 16 años de negociaciones y cuatro décadas de conflicto, con un saldo de 120.000 muertos y más de dos millones de desplazados, pero el Movimiento para la Liberación del Bangsamoro Islámico y los yihadistas de Bu Sayyaf, vinculados a Al Qaeda no han firmado el acuerdo, lo que augura la pervivencia de la inestabilidad política en el archipiélago. Fuente Informe Semanal de Política Exterior n° 814, del 22 de octubre de 2012.



Si hasta 1901 la única opción estratégica en manos de los políticos estadounidenses se limitaba a la libertad de acción celosamente defendida por su unilateralismo aislacionista, con la llegada a la Casa Blanca de T. Roosevelt se sumó el recurso al multilateralismo, si bien cercenado todavía por las constricciones de un unilateralismo aun activo, como bien pudieron comprobar W. Wilson primero, y F. D. Roosevelt después. No fue hasta la llegada de H. S. Truman que el internacionalismo pudo zafarse definitivamente de los nudos del unilateralismo de la mano de una nueva opción estratégica, ya que con el regionalismo la Administración Truman pudo por fin insertar a Estados Unidos como líder del campo Occidental sin poner con ello en peligro la supervivencia de su modelo político. Así pues, a partir de la Administración Truman, como se refleja en el siguiente esquema, Washington podía contar con el regionalismo, además de con el multilateralismo y el unilateralismo, para adaptar sus estrategias de política exterior a los continuos cambios del entorno internacional. De todos modos, conviene reseñar que aunque la Administración Truman colocase al regionalismo como su principal opción estratégica, ello no comportaba en ningún caso el abandono de las otras dos opciones, ni siquiera del unilateralismo, algo que las siguientes Administraciones no dejarían de demostrar, incluso más allá de la Guerra Fría. Por lo tanto, aunque con la Administración Truman lo que se dejó a un lado fuese el unilateralismo aislacionista como tradición política, conviene no confundir tal circunstancia con un abandono definitivo del unilateralismo como opción estratégica, simplemente a partir de entonces Washington se decantaría por el regionalismo y el multilateralismo, pudiendo recurrir a la libertad de acción soberana cuando ninguna de las anteriores opciones sirvan para la defensa de sus intereses nacionales.



Fuente: elaboración propia.

Con todo, y a diferencia del resto de internacionalismos que no sobrevivieron a sus creadores, el internacionalismo de la Administración Truman continuó siendo la base de la política exterior de Estados Unidos durante todo el periodo de Guerra Fría. De hecho, gran parte del éxito del internacionalismo liberal se debió a que fue el resultado de un esfuerzo de equipo, liderado por el Presidente Truman, y que buscó



en todo momento el consenso bipartidista, evitando así el destino de sus antecesores, pues al convertirlo en una empresa común, se aseguró su mantenimiento aun con el cambio de Administración y de partido político dominante, algo que hasta entonces sólo había ocurrido con el unilateralismo aislacionista.

Así, para empezar, las distintas Administraciones que le sucedieron no renunciarían al regionalismo inaugurado con la Organización del Atlántico Norte, de hecho, a ésta y al Tratado de Seguridad en el Pacífico de septiembre de 1951 le siguieron tres años más tarde la Organización del Tratado del Sureste Asiático (SEATO en sus siglas en inglés), integrando a Australia, Nueva Zelanda, Pakistán, Tailandia, Filipinas, Reino Unido, Francia y Estados Unidos, como réplica asiática de la Alianza Atlántica, con los mismos fines y objetivos (si bien sería disuelta en 1977)<sup>3272</sup>, y en febrero de 1955 se firmaba el Pacto de Bagdad u Organización del Tratado Central (CENTO en sus siglas en inglés) entre Estados Unidos, Reino Unido, Turquía, Pakistán, Irán e Irak, que como las anteriores organizaciones fue creada en consonancia con el artículo 51 de las Naciones Unidas sobre defensa colectiva (al igual que la anterior, el Pacto de Bagdad no sería tan estable como la Alianza Atlántica, y sería disuelto en 1979)<sup>3273</sup>, pactos que socavaban aun más la tradicional aversión a las alianzas permanentes del unilateralismo aislacionista.

Junto a las alianzas permanentes de carácter regional, la Administración Truman inauguraría una nueva herramienta profusamente usada por sus sucesores como el recurso a las operaciones de inteligencia en el exterior. Impulsadas inicialmente por G. Kennan, quien presionó para el establecimiento de la Oficina de Coordinación Política en el Departamento de Estado, encargada de coordinar dichas operaciones de inteligencia bajo el control de la Agencia Central de Inteligencia. Aunque la primera de sus acciones encubiertas se saldó con un sonoro fracaso, realizada en octubre de 1948 en Albania<sup>3274</sup>, a partir de entonces, ninguna Administración estadounidense se resistiría a usar las operaciones encubiertas en el exterior como un instrumento más al servicio de su política exterior.

Así mismo, la Administración Truman iniciará una constante de las Administraciones estadounidenses desde su presidencia, los programas de asistencia exterior, tanto militar como económica. Si bien el Plan Marshall no ha tenido réplica, sí que Estados Unidos ha emprendido desde entonces numerosos programas de asistencia económica, como ponen de manifiesto los siguientes tres ejemplos:

- Aunque sin ningún plan específico que aglutinara la asistencia internacional, durante la Administración Eisenhower el total de la ayuda exterior había alcanzado la cifra de 12,6 billones de dólares, de los cuales el 52 por ciento había ido destinado a los países asiáticos<sup>3275</sup>,
- Si bien el programa más ambicioso de todos se creó con la Alianza para el Progreso lanzada por la Administración Kennedy en 1962, consistente en un programa de ayuda hacia América Latina con el

---

<sup>3272</sup> [www.globalsecurity.org/military/world/int/seato.htm](http://www.globalsecurity.org/military/world/int/seato.htm)

<sup>3273</sup> [www.globalsecurity.org/military/world/int/cento.htm](http://www.globalsecurity.org/military/world/int/cento.htm)

<sup>3274</sup> THOMPSON, op.cit., p. 84.

<sup>3275</sup> TAFFET, op.cit., p. 13.



objetivo de alejar al comunismo del continente americano, y que contó con un presupuesto estimado de 20 billones de dólares para los siguientes diez años a su lanzamiento, 10 billones de origen público y otros tantos de fuentes privadas<sup>3276</sup>,

- o Ya en la década de 1980, la Administración Reagan lanzaría varios planes como la Iniciativa de la Cuenca Caribeña de 1984 o el Programa para el Crecimiento Sostenido del año siguiente, ambos con el principal objetivo de aumentar la liberalización comercial de la región<sup>3277</sup>.

En lo tocante a la asistencia militar, la Administración Truman también fue la precursora de los programas de cooperación militar, pues tras el Programa de Asistencia Militar de 1949, Estados Unidos ayudaría a unos 120 países con un coste total de 90 billones de dólares<sup>3278</sup>, dicha ayuda ha servido a las distintas Administraciones como herramienta de política exterior y defensa al estrechar lazos diplomáticos con otros países al mismo tiempo que reforzaba la seguridad propia y aliada.

Aspectos sobre los cuales también la Promoción de la Democracia ha jugado un destacado papel, y tras los pasos dados por la Administración Truman tanto a nivel legislativo como de institucionalización, las sucesivas Administraciones continuaron dicho proceso, así, en agosto de 1953 se creaba la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA, en sus siglas en inglés) por el Presidente Eisenhower como “una agencia de asuntos internacionales independiente dentro del brazo ejecutivo del gobierno de Estados Unidos encargada de la conducta de la diplomacia pública en apoyo de la política exterior de Estados Unidos...la agencia permite a gente de todo el mundo aprender sobre Estados Unidos, sus gentes, sus políticas y su cultura”<sup>3279</sup>, teniendo siempre en mente “la importancia de la comunicación y el valor de la diplomacia pública como una fuerza de la libertad y la democracia”<sup>3280</sup>.

---

<sup>3276</sup> TAFFET, Jeffrey F., *Foreign Aid as Foreign Policy, the Alliance for Progress in Latin America*, Taylor & Francis Group, New York, 2007, p. 2 y SCHEMAN, Ronald, *The Alliance for Progress, a Retrospective*, Praeger Publishers, New York, 1988, p. 8.

<sup>3277</sup> SCHEMAN, op.cit., p. 213.

<sup>3278</sup> PACH, op.cit., p. 4.

<sup>3279</sup> <http://dosfan.lib.uic.edu/usia/usiahome/oldoview.htm>

<sup>3280</sup> *Ibíd.*, de hecho, la Agencia de Información se precia de “explicar y apoyar la política exterior americana y promocionar los intereses nacionales de Estados Unidos a través de un amplio conjunto de programas de información internacionales” *Ibíd.*, entre los que se encuentran de intercambios culturales, de radiodifusión o de información. La misión declarada de la Agencia de Información ha sido la de “entender, informar e influir en las opiniones extranjeras en la promoción del interés nacional, y ensanchar el diálogo entre las instituciones americanas y de Estados Unidos y sus contrapartes en el extranjero”, <http://dosfan.lib.uic.edu/usia/usiahome/oldoviwe.htm#history>, para ello ha traducido de modo comprensible a otras culturas la política exterior de Estados Unidos, informará sobre la política exterior de Estados Unidos y sobre quienes la diseñan, ofrecer los beneficios de la interconexión con otras culturas y aconsejar al Presidente y al gobierno estadounidenses sobre las repercusiones que las actitudes extranjeras tendrán sobre la política exterior de Estados Unidos, <http://dosfan.lib.uic.edu/usia/usiahome/oldoviwe.htm#history>, para ello ha traducido de modo comprensible a otras culturas la política exterior de Estados Unidos, informará sobre la política exterior de Estados Unidos y sobre quienes la diseñan, ofrecer los beneficios de la interconexión con otras culturas y aconsejar al Presidente y al gobierno estadounidenses sobre las repercusiones que las actitudes extranjeras tendrán sobre la política exterior de Estados Unidos. Las actividades y



Tras la Administración Eisenhower la labor de Promoción de la Democracia se centró en agencias que se encuadran en el sector socio-político y económico, siendo las más importantes la *United States Agency For International Development* (la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, USAID por sus siglas en inglés), creada como “una agencia independiente que proporciona desarrollo económico y asistencia humanitaria alrededor del mundo en apoyo de los objetivos de política exterior de Estados Unidos”<sup>3281</sup>. Fundada en 1961, cuando, a iniciativa del presidente John F. Kennedy, el Congreso aprobaba la Ley de Asistencia al Extranjero<sup>3282</sup> el 4 de Septiembre de 1961, como respuesta a la crisis del anterior modelo de ayuda al desarrollo. Para la administración Kennedy la reorganización de la asistencia exterior era una prioridad en su programa electoral, y una vez en la Casa Blanca se dispuso a cambiar su organigrama por completo, justificando dicho esfuerzo a través de tres razones principales, la primera radicaba en la necesidad de amoldar la política de ayuda externa a las necesidades tanto de los países en desarrollo como de Estados Unidos. Para J. F. Kennedy, una de los mayores fracasos del anterior sistema era que estaba concebido de manera reactiva y a corto plazo ya que “el dinero gastado para encarar las situaciones de crisis u objetivos políticos a corto plazo mientras ayudan a mantener la integridad nacional y la independencia raramente mueven al país ayudado hacia una mayor estabilidad económica”<sup>3283</sup>.

La segunda razón para su creación radicaba en el riesgo que para la seguridad de Estados Unidos representaba el colapso económico de dichos países, ya que no responder a los riesgos planteados por el subdesarrollo

sería desastroso, y a largo plazo más caro. Ya que la pobreza general y el caos conducen al colapso de las estructuras sociales y políticas existentes lo que invitaría inevitablemente el avance del totalitarismo en toda área débil e inestable. Así nuestra propia seguridad se vería amenazada y nuestra prosperidad en peligro. Un programa de asistencia a las naciones subdesarrolladas debe continuar ya que es del interés de la nación y la causa de la libertad política lo requiere<sup>3284</sup>

Por último, J. F. Kennedy señalaba la oportunidad histórica que la década de 1960 concedía a los países industrializados para ayudar a los más necesitados, y en concreto a Estados Unidos debido a “nuestras obligaciones económicas como las

---

programas de ayuda de la Agencia de Información se han centrado principalmente en cuatro sectores: de intercambios educativos y culturales (a través del programa de becas Fullbright, de intercambios académicos, de programas de perfeccionamiento del inglés o de construcción de instituciones democráticas...), de actividades informativas (con servicios de Internet, centros extranjeros de prensa, centros y librerías de búsqueda de información, teleconferencias...), radiodifusión internacional (mediante Voz de América, la Televisión y el Servicio cinematográfico Wolrdnet, Radio y Televisión Martí, la Oficina de radiodifusión de Cuba...) y de análisis e investigación (de estudios de opinión extranjera o comentarios sobre prensa extranjera).

<sup>3281</sup> [www.usaid.gov/faqs.html](http://www.usaid.gov/faqs.html)

<sup>3282</sup> Para la historia de la Agencia párale Desarrollo Internacional consultar su página web [www.usaid.gov/about\\_usaid/usaidhist.html](http://www.usaid.gov/about_usaid/usaidhist.html)

<sup>3283</sup> *Ibíd.*

<sup>3284</sup> *Ibíd.*



personas más ricas en un mundo de gente pobre”<sup>3285</sup> y por “nuestras obligaciones políticas como el mayor opositor individual a los adversarios de la libertad”<sup>3286</sup>.

Así, con la Ley de Asistencia al Extranjero se discriminaba entre la ayuda militar y la no militar, aglutinando ésta última las operaciones de asistencia técnica y económica de la Agencia de Cooperación Internacional, del Fondo de Préstamo al Desarrollo, del Banco de Exportación-Importación y del programa Comida para la Paz del departamento de Agricultura; todo ello con el fin de unificar los esfuerzos de asistencia, de dar un nuevo enfoque a la política de desarrollo y lograr un avance en la independencia de los países objeto de ayuda<sup>3287</sup>.

---

<sup>3285</sup> *Ibíd.*

<sup>3286</sup> *Ibíd.*

<sup>3287</sup> Gracias a la recién instituida Agencia para el Desarrollo Internacional se logró crear programas centrados en cada país y con planes a largo plazo, de varios años de duración, enfocados a alcanzar el crecimiento económico y democrático como mejores armas para combatir la inestabilidad política y la pobreza, considerados la antesala de la inseguridad y la amenaza comunista. Aquí sin duda, la teoría del desarrollo económico de Rostow, con sus etapas de desarrollo económico y despegue hacia el crecimiento, influyeron en la concepción de la nueva estructura de asistencia creada por el equipo de J. F. Kennedy. La estructura administrativa de la Agencia para el Desarrollo Internacional estaba presidida por un Administrador nombrado por el Presidente de Estados Unidos tras confirmación del Senado, y cuyo equipo constaba de un vicedirector, un consejero y un oficial en jefe de operaciones. Además se decidió que La agencia se dividiese en unidades organizativas de carácter geográfico (para África subsahariana, Asia y Oriente Próximo, Latinoamérica y Caribe, Europa y Eurasia), funcionales (de Salud Global; Crecimiento económico, agricultura y comercio; Democracia, conflicto y asistencia humanitaria) y oficinas centrales (de Dirección, Asuntos legislativos y públicos y de Coordinación de programa y política), contando además con diversas oficinas independientes y un inspector general encargado de revisar la integridad de las operaciones emprendidas por la agencia, Informe Financiero de la Agencia para el año fiscal 2007, p. 6. La Agencia para el Desarrollo Internacional cuenta en la actualidad con casi 8.000 empleados a tiempo completo, de los cuales más del 75 por ciento trabajan en el exterior, y su presupuesto anual en 2007 fue de 16.8 billones de dólares, lo que da una idea de la importancia de la agencia si tenemos en cuenta que en 2006 el valor total de la asistencia económica y militar de Estados Unidos fue de 39 billones de dólares, convirtiéndola en la agencia estadounidense con mayor presupuesto para Promoción de la Democracia, <http://quesdb.usaid.gov/gbk/deflatetable.html> La acción exterior de Agencia para el Desarrollo Internacional cubre más de cien países en los que realiza numerosas funciones de asistencia en las siguientes áreas:

**AGRICULTURA:** dada la especial relevancia del sector primario en los países en desarrollo la Agencia para el Desarrollo Internacional presta especial atención a la agricultura y la pesca, desde la controvertida biotecnología hasta la irrigación y la política acuífera, pasando por el comercio, la política forestal, las granjas, el cambio climático, o el programa Comida para la Paz;

**DEMOCRACIA Y GOBERNANZA:** como objetivo clave en la PD, la Agencia para el Desarrollo Internacional tiene como principal misión expandir la comunidad global de democracias, con especial hincapié en la promoción de elecciones competitivas y auténticas, en el fortalecimiento del imperio de la ley y el respeto de los derechos humanos, en el fomento de una sociedad civil activa políticamente, en una gobernanza transparente y responsable y en la lucha contra la corrupción; con todo ello se concede ayuda técnica y cualquier otro apoyo para sostener la democracia allí donde está débilmente asentada, incluso fomentar transiciones democráticas de regímenes autoritarios;

**CRECIMIENTO ECONÓMICO Y COMERCIO:** como respuesta a la tradicional creencia estadounidense de la importancia del sector económico en el desarrollo global de la sociedad, la Agencia para el Desarrollo Internacional coopera con los ámbitos público y privado para la reforma del sector económico (privatizaciones, mercados financieros, cambios legislativos e institucionales...), la transferencia tecnológica, la inversión, el crédito al desarrollo, la energía, etc.;

**MEDIOAMBIENTE:** dados el crecimiento demográfico y el cambio climático, la Agencia para el Desarrollo Internacional es consciente del creciente alcance de la política medioambiental para los países en desarrollo, creando así programas para la conservación de la biodiversidad, la prevención de la contaminación, mejora de los recursos hídricos, etc.;



Hasta la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca no fueron creadas más agencias de Promoción de la Democracia, pero bajo su mandato la defensa de la democracia pasó de nuevo a ocupar un destacado papel en su agenda exterior, protagonismo que se tradujo en una verdadera efervescencia de nuevos organismos de Promoción de la Democracia. Entre ellos cabe destacar a *The National Endowment for Democracy* (la Dotación Nacional para la Democracia, NED por sus siglas en inglés), creada el 14 de enero de 1983 tras la aprobación de la *National Security Decision Directive-77*, fue sancionada por ley el 23 de noviembre. El proyecto surgió tras las críticas vertidas sobre la ayuda secreta y las operaciones encubiertas (principalmente de la CIA) en la Promoción de la Democracia de las décadas anteriores, así, el presidente Ronald Reagan instó a la Fundación Política Americana (establecida en 1980) a que desarrollara el proyecto de una institución enfocada a la Promoción de la Democracia, como resultado se abogaba por que dicha organización fuera bipartidista, privada y sin ánimo de lucro, para cuyo nombre se escogió el de.

#### La Dotación Nacional para la Democracia nació como una

organización privada, sin ánimo de lucro creada ... para fortalecer las instituciones democráticas alrededor del mundo a través de esfuerzos no gubernamentales [...] la Dotación Nacional para la Democracia se guía por la creencia de que la libertad es una aspiración humana universal que puede ser realizada a través del desarrollo de instituciones, procedimientos y valores democráticos<sup>3288</sup>

---

**EDUCACIÓN Y ENTRENAMIENTO:** a los más de 900 millones adultos analfabetos, se suman 125 millones de niños que no van a la escuela, por ello la Agencia para el Desarrollo Internacional es consciente de que la educación es un requisito imprescindible para el desarrollo, más aun en un mundo globalizado cuyo avance tecnológico amenaza con dejar atrás a millones de personas, desarrolla programas de educación básica (con gran énfasis en la igualdad de género) y universitaria;

**SALUD GLOBAL:** con un presupuesto anual para la materia de 1.6 billones de dólares, la Agencia para el Desarrollo Internacional cubre la salud medioambiental, la planificación familiar, los sistemas de salud, la lucha contra el SIDA y las enfermedades infecciosas, la nutrición o la salud materna e infantil;

**ASOCIACIONES GLOBALES:** a pesar de contar con el menor presupuesto, las asociaciones globales son percibidas como esenciales en un mundo interconectado, la Agencia para el Desarrollo Internacional es consciente de la necesidad de aunar esfuerzos con otras organizaciones e iniciativas privadas en el ámbito de la cooperación al desarrollo, para ello ha creado diversos programas como los enfocados en las Organizaciones no Gubernamentales, las cooperativas locales, compañías y agencias gubernamentales...;

**ASISTENCIA HUMANITARIA:** dirigida a situaciones de crisis, trata de paliar los efectos negativos de una situación concreta en un momento dado, estando compuesta por la Asistencia de Desastres al Extranjero, el programa Comida para la Paz, el Reingreso de Transporte Oceánico o el Programa Denton que permite el uso de transporte militar en situaciones de crisis.

Además de estos programas, la Agencia para el Desarrollo Internacional cuenta con otros seis intersectoriales de coordinación de actividades en un sector específico que afecte a varias de las áreas anteriormente descritas, como son las Iniciativas de Transición (para la asistencia en los procesos políticos de transición democrática), la Cooperación privada y voluntaria, la Gestión de Conflictos (analizando y tratando de paliar las causas y consecuencias de los conflictos armados en las sociedades afectadas), los Programas Urbanos, el relativo al Agua y a la Mujer en el Desarrollo, [www.usaid.gov/our\\_work/](http://www.usaid.gov/our_work/)

<sup>3288</sup> Para estudiar la historia de la NED he consultado [www.ned.org/about/nedhistory.html](http://www.ned.org/about/nedhistory.html) , MURAVCHIK, Joshua, op.cit., p.204-217 y *Le monde diplomatique*, julio de 2007, p.18-19.



Una de las características clave de la Dotación Nacional para la Democracia es su carácter no partidista, de ahí que en su esquema organizativo se encuentren representantes de los dos principales partidos políticos estadounidenses, el Republicano y el Demócrata, pero también agentes de los sectores empresarial y sindical, académico y político<sup>3289</sup>. En resumen, la Dotación Nacional para la Democracia no es una organización activa en el sentido de que realice ella misma ninguna actividad que vaya más allá de la financiación de aquellas organizaciones extranjeras que sí actúan en su país de origen para promocionar la democratización de su sistema político, por tanto, se puede decir que el principal objetivo de la Dotación Nacional para la Democracia es ayudar a los demócratas donde quiera que se encuentren<sup>3290</sup>.

Ese mismo año de 1983 se fundaron el Instituto Nacional Republicano para Asuntos Internacionales (IRI, por sus siglas en inglés) y el Instituto Nacional Demócrata para Asuntos Internacionales (NDI, por sus siglas en inglés) como respuesta al requerimiento del presidente Reagan de crear una nueva estructura de ayuda a la democratización y diseñada más tarde por la Fundación Política

<sup>3289</sup> Se podría decir que la estructura “sirve como una organización paraguas” a numerosos grupos del sector privado interesados en la Promoción de la Democracia en el extranjero, de todos ellos destacan los siguientes:

\*Como representante del sector empresarial se encuentra el Centro para la Iniciativa Privada Internacional, CIPE en sus siglas en inglés (Center for International Private Enterprise);

\*Por el sector sindical se encuentra el Centro Americano para la Solidaridad Laboral Internacional, ACILS por sus siglas en inglés (American Center for International Labor Solidarity, también conocido como FTUI, Free Trade Union Institute);

\*El Partido Demócrata está presente a través del Instituto Nacional Demócrata para Asuntos Internacionales, NDI por sus siglas en inglés (National Democratic Institute for International Affairs);

\*Por último, al Partido Republicano le representa el Instituto Nacional Republicano para Asuntos Internacionales, IRI por sus siglas en inglés (National Republican Institute for International Affairs).

El presupuesto de la Dotación Nacional para la Democracia está bajo el control del Departamento de Estado y depende de su aprobación por el Congreso, donde en numerosas ocasiones se ha criticado su labor por redundante y por ser demasiado independiente, característica ésta última que le permite actuar con mayor rapidez y en circunstancias donde un organismo gubernamental tendría muy difícil su acceso, llegando incluso a discutirse la continuación de su financiamiento, si bien nunca se ha aprobado tal medida, rondando su presupuesto anual desde su fundación los 30 millones de dólares, por último, también recibe una pequeña proporción de su presupuesto de contribuciones procedentes de fundaciones, de corporaciones y de particulares, [www.ned.org/about/faq.html](http://www.ned.org/about/faq.html). Además, la Dotación Nacional para la Democracia no puede ayudar a individuos ni candidatos en sí mismos, sino que responde a las peticiones de ayuda que recibe de aquellas asociaciones y grupos privados, no gubernamentales, que buscan promocionar la democracia en sus países de origen trabajando “en la áreas de derechos humanos, la independencia informativa, el imperio de la ley, la educación cívica y el desarrollo de la sociedad civil en general”, *Ibíd.* La Dotación Nacional para la Democracia cubre todas las regiones geográficas, desde África hasta Asia, pasando por Europa central y del este, Latinoamérica y el Caribe, Eurasia, Oriente Medio y Norte de África, además de contar con programas multiregionales, y sus programas de ayuda se centran pues en tres categorías principales, la primera llamada *gobernanza democrática y proceso político*, la segunda *educación, cultura y comunicaciones* y una tercera denominada *pluralismo* ya que la Dotación Nacional para la Democracia ha sido siempre consciente de la trascendental importancia de las asociaciones privadas como sindicatos o agrupaciones patronales para mediar entre la sociedad y el gobierno. Para 2007 la Dotación Nacional para la Democracia se marcó los siguientes cinco objetivos prioritarios: abrir el espacio político en países autoritarios, asistir a los demócratas y a la Promoción de la Democracia en los regímenes semiautoritarios, ayudar a las nuevas democracias, crear democracia tras los conflictos y ayudar a los demócratas en el mundo musulmán.

<sup>3290</sup> *Ibíd.*, p. 204.



Americana. Ambas se definen como organizaciones “sin ánimo de lucro, trabajando para fortalecer y expandir la democracia alrededor del mundo”<sup>3291</sup> “desarrollando partidos políticos, instituciones cívicas, elecciones abiertas, buena gobernanza y el imperio de la ley”<sup>3292</sup>, representando a los dos mayores partidos políticos de Estados Unidos, el IRI por el Republicano y el NDI por el Demócrata, y si bien ninguna de las organizaciones está afiliada a ningún partido y se considera no partidista<sup>3293</sup> no pueden disimular su distinta filiación política, desde el mismo nombre hasta el personal de responsabilidad, que suele ser un personaje destacado dentro de cada partido.

Tanto el IRI como el NDI se centran en la asistencia política para la Promoción de la Democracia, y sus actividades abarcan desde el desarrollo de partidos políticos y candidatos independientes que puedan garantizar la pluralidad y libertad de elección en las sociedades concernidas, hasta las iniciativas de gobernanza que promuevan una vida política democrática entre elección y elección, pasando por iniciativas en la sociedad civil que la fortalezcan, o programas de educación cívica que ayuden a los votantes a familiarizarse con el proceso democrático, las iniciativas para la mujer, el desarrollo de liderazgo juvenil, el fortalecimiento legislativo a través del análisis de la actividad parlamentaria, la reforma electoral y el monitoreo de elecciones o el apoyo a los demócratas bajo regímenes autoritarios<sup>3294</sup>.

Al igual que las instituciones anteriores, el *Center For Internacional Private Enterprise* (Centro Para la Iniciativa privada Internacional, CIPE por sus siglas en inglés) fue creado en 1983, a iniciativa de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, como representación del sector empresarial en la nueva Dotación Nacional para la Democracia. El Centro se define como

un afiliado sin ánimo de lucro de la Cámara de Comercio de Estados Unidos y uno de los cuatro institutos centrales de la Dotación Nacional para la Democracia [...] el Centro provee de asistencia de gestión, experiencia práctica y soporte financiero a organizaciones locales para fortalecer su capacidad de implementar reformas económicas y democráticas<sup>3295</sup>

<sup>3291</sup> [www.ndi.org/about/ndibrochure03.pdf](http://www.ndi.org/about/ndibrochure03.pdf)

<sup>3292</sup> [www.iri.org](http://www.iri.org)

<sup>3293</sup> [www.iri.org/faq.asp](http://www.iri.org/faq.asp) Ambas instituciones están dirigidas por una mesa de directores presidida por un director, asistida por un comité de asesoramiento y el personal trabajando en las diferentes secciones tanto en Washington, sede de las dos organizaciones, como en el extranjero, en diciembre de 2007 los directores eran Madeleine K. Albright, ex Secretaria de Estado con Bill Clinton, por parte del NDI y el senador John McCain, aspirante a candidato Republicano para las elecciones presidenciales de 2008, en el IRI. Su presupuesto proviene de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, del Departamento de Estado, de la Dotación Nacional para la Democracia y de donaciones de particulares, corporaciones y fundaciones, [www.iri.org/faq.asp](http://www.iri.org/faq.asp)

<sup>3294</sup> [www.ndi.org/about/ndibrochure03.pdf](http://www.ndi.org/about/ndibrochure03.pdf) y [www.iri.org/pdfs/2006IRIBrochure.pdf](http://www.iri.org/pdfs/2006IRIBrochure.pdf)

<sup>3295</sup> [www.cipe.org/about/index.php](http://www.cipe.org/about/index.php), ya que “el Centro sostiene que los países necesitan construir instituciones orientadas al mercado y democráticas al mismo tiempo, ya que son esencialmente dos caras de la misma moneda”, *Ibíd.*, reflejando así la tradicional convicción estadounidense de que la economía liberal refuerza al sistema político democrático. De hecho, la misión declarada del Centro es “fortalecer la democracia alrededor del mundo a través de la empresa privada y la reforma orientada al mercado”, *Ibíd.* Entre los objetivos del Centro se encuentran “promocionar el desarrollo de estructuras legales e institucionales para establecer y mantener sociedades orientadas la mercado, aumentar la participación del mundo de los negocios en los procesos democráticos, apoyar las organizaciones privadas voluntarias y de



A lo largo de su historia el Centro ha apoyado más de mil iniciativas locales en más de cien países. Las principales áreas de actuación del Centro son “un programa de subvenciones apoyando redes de base en países en desarrollo, una estrategia de comunicaciones de concesión al ganador, programas de construcción de capacidades y asistencia técnica a través de las oficinas de campo”<sup>3296</sup>. Los programas de ayuda comprenden<sup>3297</sup> desde la lucha contra la corrupción, de apoyo al sector privado conociendo y analizando sus inquietudes, de soporte de las asociaciones de negocios y cámaras de comercio, de gobernanza corporativa (con especial interés en transparencia, responsabilidad y justicia), de gobernanza democrática, de acceso a la información, del sector informal y de derechos de propiedad, sobre mujeres y juventud, y con la creación de una red de reforma que una los esfuerzos de reforma institucional<sup>3298</sup>.

Tras el fin de la Guerra Fría y la caída de numerosos regímenes comunistas, la Promoción de la Democracia ha continuado formando parte de la política exterior estadounidense, si bien bajo la presidencia de W. Clinton bajo un enfoque más económico, como lo demuestra la creación del *American Center for International Labour Solidarity* (Centro Americano para la Solidaridad Laboral Internacional, ACILS por sus siglas en inglés), creado en 1997 por el sindicato estadounidense AFL-CIO, se define “como una organización sin ánimo de lucro que asiste a los trabajadores alrededor del mundo que estén luchando por construir sindicatos democráticos e independientes”<sup>3299</sup>. Desde su creación, el Centro Americano para la Solidaridad Laboral Internacional ha ocupado el lugar antes reservado al *Free Trade Union Institute* (FTUI), fundado por AFL-CIO en 1977 con el objetivo de influir en las organizaciones sindicales europeas<sup>3300</sup>, y que con la instauración de la Dotación Nacional para la Democracia se convirtió en una de sus cuatro instituciones centrales, siendo la que más fondos ha recibido de dicho organismo. Así, el Centro

promueve la democracia, la libertad, y el respeto por los derechos de los trabajadores en las políticas de comercio global, inversión y desarrollo [...] sobre todo, nuestros programas ayudan al mundo laboral a asegurar una voz en la economía global en desarrollo, y así en su propio futuro<sup>3301</sup>

---

negocios y la libertad de asociación, implementar programas que refuercen el conocimiento económico y la cultura empresarial del sector privado...”, *Ibíd.*

<sup>3296</sup> *Ibíd.*

<sup>3297</sup> [www.cipe.org/programs/index.php](http://www.cipe.org/programs/index.php)

<sup>3298</sup> El Centro subvenciona a aquellas organizaciones que previamente hayan solicitado su ayuda y demuestren poseer una base de apoyo popular y un plan de acción detallado acerca de su propuesta encaminada a cumplir los objetivos del Centro. Para su presupuesto depende de los fondos concedidos por la Dotación Nacional para la Democracia y la Agencia para el Desarrollo Internacional, además de contar con fuentes adicionales del sector privado y otras organizaciones dedicadas a la Promoción de la Democracia., *Ibíd.*

<sup>3299</sup> [www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=409](http://www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=409)

<sup>3300</sup> <http://rightweb.irc-online.org/gw/2798.html>

<sup>3301</sup> *Ibíd.* Las actividades de ayuda en las que está presente el Centro Americano para la Solidaridad Laboral Internacional son la lucha contra el trabajo infantil, la resolución de conflictos (con medidas preventivas como políticas antidiscriminatorias o la formación laboral), la responsabilidad corporativa para evitar la vulneración de los derechos de los trabajadores, en zonas de procesamiento de exportaciones donde los trabajadores son especialmente vulnerables a los abusos patronales, de economía



Los organismos anteriormente nombrados no agotan el universo de agencias y organizaciones dedicadas a la Promoción de la Democracia, menos aún tras el auge del interés experimentado por Gobiernos y Organismos Internacionales por ésta en la década de 1990, y entre los más importantes y activos se puede nombrar a la *Asia Foundation*, creada en 1954 “es una organización no gubernamental sin ánimo de lucro comprometida en el desarrollo de una región Asia-Pacífico próspera, justa, pacífica y abierta”<sup>3302</sup>; el *Carter Center*, creado en 1982 por el ex Presidente Jimmy Carter con la misión declarada de defender “los derechos humanos y el alivio del sufrimiento humano, busca prevenir y resolver conflictos, fortalecer la libertad y la democracia y mejorar la salud”<sup>3303</sup>; o la *Eurasia Foundation*, creada en 1992 “es una organización privada sin ánimo de lucro apoyada por la Agencia para el Desarrollo Internacional y otros donantes públicos y privados”<sup>3304</sup> que se centra en programas de fortalecimiento de la sociedad civil por medio del desarrollo de la empresa privada o la mejora de la política y administración públicas.

Por lo que se refiere al entramado institucional, en el Ejecutivo ya hemos visto cómo de las cuestiones militares se encarga el Departamento de Defensa, respecto a las no militares el Departamento de Estado es el principal responsable, donde la Subsecretaría para la Democracia y Asuntos Globales trata, a través del Despacho de la Democracia, los Derechos Humanos y el Trabajo, de “liderar los esfuerzos de Estados Unidos para promocionar la democracia, proteger los derechos humanos y la libertad internacional de religión, y el avance de los derechos laborales globalmente”<sup>3305</sup>; además, el coordinador de los programas civiles en cada país es el respectivo embajador estadounidense, quien supervisa la acción de las diferentes agencias y organizaciones implicadas en las tareas de Promoción de la Democracia<sup>3306</sup>. En cuanto al poder Legislativo, si bien tras la II Guerra Mundial estuvo inactivo en lo que respecta a Promoción de la Democracia, inmerso en los

---

global para incluir los derechos laborales en la marcha de la globalización, un programa llamado *La voz global de trabajo* de Promoción de la Democracia en el lugar de trabajo, la lucha contra el SIDA, la regulación de la emigración y la persecución del tráfico de personas, la participación política, la seguridad y la salud, la igualdad de la mujer y los derechos del trabajador, [www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=405](http://www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=405) Como el resto de las otras instituciones centrales de la Dotación Nacional para la Democracia, el Centro Americano para la Solidaridad Laboral Internacional actúa respondiendo a una petición de ayuda, en esta ocasión de trabajadores, para construir uniones sindicales en sus respectivos países; realizando tareas de educación, entrenamiento, análisis, legales, organizacionales y de material para cumplir con las actividades anteriormente enumeradas. Todo ello con una misión clara, la de “ayudar a construir un movimiento laboral global con el fortalecimiento del poder económico y político de los trabajadores alrededor del mundo a través de sindicatos efectivos, independientes y democráticos”, [www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=431](http://www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=431) El Centro Americano para la Solidaridad Laboral Internacional depende para su financiamiento de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, de la Dotación Nacional para la Democracia, del Departamento de Estado y del Centro de Estados Unidos para el Control de Enfermedades y Prevención, también parte de su presupuesto procede de fuentes privadas como el sindicato AFL-CIO y otras fundaciones que comparten los valores y principios de la institución, [www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=520](http://www.solidaritycenter.org/content.asp?contentid=520)

<sup>3302</sup> Consultado en [www.asiafoundation.org](http://www.asiafoundation.org)

<sup>3303</sup> Consultado en [www.cartercenter.org](http://www.cartercenter.org)

<sup>3304</sup> Consultado en [www.eurasia.org](http://www.eurasia.org)

<sup>3305</sup> Consultado en [www.state.gov/g/](http://www.state.gov/g/)

<sup>3306</sup> CAROTHERS, *Aiding Democracy...* op.cit, p. 276.



problemas de la Guerra Fría, la firma del Acta Final de la Conferencia de Helsinki en 1975 marcó un cambio de tendencia al comenzar a realizar programas de ayuda al desarrollo parlamentario de otros Estados como método para fomentar la liberalización de sus respectivos sistemas políticos (en especial en los países bajo la órbita de la Unión Soviética), de todos modos, le ha llevado 30 años institucionalizar dichos esfuerzos, pues no ha sido hasta marzo de 2005 que se ha creado la Comisión de Asistencia a la Democracia de la Cámara, cuya “misión es fortalecer las instituciones democráticas a través de la asistencia a los parlamentos de las democracias emergentes. El foco del trabajo de la Comisión es proveer de pericia técnica para realzar la responsabilidad, la transparencia, la independencia legislativa y la vigilancia gubernamental en los parlamentos asociados.”<sup>3307</sup>

Con todo lo dicho, se comprende que se afirme que el legado político de Harry S. Truman, condensado en la Doctrina Truman, se convirtiera en la hoja de ruta para la acción exterior estadounidense durante el resto de Guerra Fría, transformando a la estrategia de la contención en la base de la política exterior estadounidense. Con ello, como hemos visto a la hora de estudiar la presidencia de Harry S. Truman, la política exterior de Estados Unidos entraba en una nueva fase, alejada totalmente del unilateralismo aislacionista y sus rescoldos, que tanto habían afectado al resto de ensayos internacionalistas, con ello Estados Unidos se dotaba de una estrategia exterior madura, adaptada por completo a los nuevos requerimientos que su nueva condición de superpotencia le exigían en el desconocido contexto de Guerra Fría.

Como en 1815, cuando el Congreso de Viena unió a las fuerzas antiliberales europeas, amenazando así los procesos de independencia nacional hispanoamericanos, y provocando la respuesta estadounidense en forma de Doctrina Monroe, tras 1945 la Administración Truman tuvo que hacer frente a las consecuencias que para Estados Unidos suponían los enfrentamientos fratricidas en Europa, pero a diferencia de la Administración Monroe, en 1947 el unilateralismo aislacionista no era una opción viable, y la política exterior estadounidense no podía basarse ya en la esperanza de que el mero alejamiento de los asuntos europeos fuera suficiente garantía para borrar la influencia de los mismos en América, bien al contrario, se veía obligado a intervenir de manera activa y duradera en los asuntos europeos para que estos dejaran de ser un problema. Pero al mismo tiempo la Administración Truman tampoco podía ignorar la oposición interna al internacionalismo liberal, que amenazaba con repetir el resultado de 1921, cuando el Congreso más que rechazar al internacionalismo en sí, rechazó su interpretación liberal democrática, optando el Republicanismo de entreguerras por un internacionalismo sin compromiso, encarnado en el Pacto Briand-Kellogg de 1928, cargado de reminiscencias del unilateralismo aislacionista, como demuestran las sucesivas leyes de neutralidad aprobadas en la década de 1930, y que maniataron la acción exterior de F. D. Roosevelt.

De no haber existido la reevaluación estratégica emprendida en la Administración Truman, y que supuso el anclaje político de Washington con el resto de capitales aliadas, Estados Unidos podría haber vuelto al unilateralismo

---

<sup>3307</sup> Para el papel del Congreso estadounidense en lo relativo a Promoción de la Democracia consultar Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos, *Ibíd.*, p. 28-33.



aislacionista del siglo XIX, dejando a su suerte el destino de Europa y Asia, lo que sin duda hubiese afectado al equilibrio mundial de poder a favor de Moscú. De hecho, la Administración Truman fue capaz de elaborar una narrativa estratégica que al mismo tiempo que aseguraba el consenso bipartidista interno, también lograba el apoyo de sus aliados, aspecto éste último vital para una superpotencia como Estados Unidos, enfrentada a otra como la Unión Soviética, pudiendo afirmarse que con Harry S. Truman Estados Unidos se convirtió definitivamente en el líder político del campo Occidental, cuando hasta el momento sólo lo había sido en los campos económico y militar.

Como se aprecia en el siguiente cuadro, el internacionalismo estadounidense fue recorriendo un camino propio desde sus inicios conservadores con T. Roosevelt, donde se partía del anhelo por colocar a Estados Unidos entre las grandes potencias en pie de igualdad, para así favorecer los crecientes intereses nacionales, sin que la Promoción de la Democracia jugase un gran papel, para a continuación con W. Wilson y su convicción de que el liderazgo moral que Estados Unidos debía servir para democratizar el sistema internacional, donde la Promoción de la Democracia, en su vertiente internacional, era el centro de su estrategia. Con F. D. Roosevelt el enfoque se estrechó, pues consciente de la complejidad internacional surgida durante la II Guerra Mundial, trató de asegurar la paz mundial a través de la colaboración de las grandes potencias, sacrificando con ello la Promoción de la Democracia. La imposibilidad de mantener tal orden cooperativo, impulsó a la Administración Truman a centrarse en la protección de Estados Unidos y sus aliados, ejerciendo un férreo liderazgo Occidental, con la Promoción de la Democracia, en su vertiente Estatal, como punta de lanza de su estrategia.

### DIVERGENCIAS EN EL INTERNACIONALISMO

	<b>Marco</b>	<b>Obejtivo</b>	<b>PD</b>
<b>T. Roosevelt</b>	<i>En pie de igualdad</i>	<i>Favorecer interés nacional</i>	<i>No</i>
<b>W. Wilson</b>	<i>Liderazgo moral</i>	<i>Democratizar sistema internacional</i>	<i>Si</i>
<b>F. D. Roosevelt</b>	<i>Colaboración grandes potencias</i>	<i>Asegurar paz mundial</i>	<i>No</i>
<b>H. S. Truman</b>	<i>Liderazgo Occidental</i>	<i>Proteger bando Occidental</i>	<i>SI</i>

Fuente: elaboración propia

Con ello, aunque el internacionalismo fue reduciendo sus objetivos desde el maximalismo wilsoniano hasta el regionalismo trumanita, lo cierto es que con ello logró forjar el imprescindible consenso de doble vía que toda estrategia de política exterior de una gran potencia necesita para tener éxito y prolongarse en el tiempo. Así, con la Doctrina Truman y la Alianza Atlántica, la Administración Truman logró zanjar los debates internos sobre las alianzas permanentes al elaborar un internacionalismo respetuoso con los procesos constitucionales que aseguraban el equilibrio de poderes, al mismo tiempo que unía el destino de la nación al resto de naciones democráticas, evitando así una posible contaminación ideológica, siempre



tan temida desde los sectores aislacionistas. Además, al unir la seguridad estadounidense a la atlántica, Estados Unidos fue capaz de que sus aliados europeos esta vez sí aceptasen por entero su nuevo marco estratégico. Por tanto, renunciando al internacionalismo unilateral sin caer en el internacionalismo parcial, la Doctrina Truman hizo posible que desde entonces Estados Unidos pudiese elegir entre el unilateralismo, el bilateralismo, el regionalismo o el multilateralismo, al haber eliminado los automatismos tan temidos por los aislacionistas y con ello, haber desarrollado el tan ansiado internacionalismo libre del que hablara el Senador Jenner.

Es más, la Doctrina Truman y la estrategia de la contención tuvieron tanto éxito durante la Guerra Fría, que aún hoy resulta muy complicado a cualquier Administración tratar de desterrarlas por completo substituyéndolas por otras nuevas, como lo demuestra el debate surgido a raíz de un artículo publicado por el Centro Internacional Woodrow Wilson con motivo del sexagésimo cuarto aniversario de la aparición del artículo escrito por G. F. Kennan bajo el pseudónimo de Mr. X. “*A National Strategic Narrative*”, firmado por Mr. Y y escrito por el Capitán de Marina W. Porter y el Coronel del Cuerpo de Marines M. Mykleby, es un alegato a favor de una nueva estrategia de seguridad nacional para el siglo XXI, que permita a Estados Unidos asegurar su prosperidad y su seguridad mediante la influencia y su fortaleza, para ello estiman que han de superarse la Ley de Seguridad Nacional de 1947 y la NSC 68, como guías de la política exterior estadounidense, ya que

es tiempo para América de reenfocar nuestros intereses y principios nacionales a través de unas grandes lentes que miren al medio global del mañana. Es tiempo de ir más allá de una estrategia de contención hacia una estrategia de sostenimiento, de un énfasis en el poder y el control hacia un énfasis sobre la fortaleza y la influencia, de una postura defensiva de exclusión, a una postura proactiva de compromiso<sup>3308</sup>

Para los autores del artículo, Estados Unidos debe adaptar su estrategia de seguridad a un entorno que en lugar de ser cerrado como lo habría sido durante la Guerra Fría, ahora lo es abierto, donde la disuasión ha de pasar de ser la principal respuesta estadounidense, a convertirse en el último recurso si la interdependencia competitiva fallase, y olvidarse de su celo cruzado pues

como americanos no necesitamos buscar la amistad del mundo ni hacer proselitismo con las virtudes de nuestra sociedad. Tampoco necesitamos apabullar, intimidar, chantajear o persuadir a otros para que acepten nuestros valores únicos o para compartir nuestros objetivos nacionales. Al contrario, dejaremos que los demás saquen sus propias conclusiones basadas en nuestras acciones [...] Seremos un camino de promesa y un faro de esperanza, en un mundo siempre cambiante<sup>3309</sup>

Por el contrario, para el ex Oficial de Marina D. K. Forbes y el experto en energía D. D. Dears,

---

<sup>3308</sup> PORTER, Wayne y MYKLEBY, Mark, “*A National Strategic Narrative*”, artículo aparecido en el Woodrow Wilson International Center, 11 de marzo de 2011.

<sup>3309</sup> *Ibíd.*



una estrategia de contención será necesaria para tratar con radicales islamistas [...] no diferentes(s) del expansionismo soviético que nos forzó a nosotros y a nuestros aliados a un modo de contención a mitad del siglo xx. Si valoramos nuestra prosperidad y seguridad, mantendremos la capacidad para contener a aquellos dispuestos a destruirnos<sup>3310</sup>

Por tanto, no resulta descabellado afirmar que con Harry S. Truman Estados Unidos aceptó de manera irrevocable el timón de mando en los asuntos internacionales, inaugurando así una nueva etapa de su historia como potencia mundial activamente implicada en la resolución de las controversias y problemas internacionales, papel que desde entonces no ha abandonado y que, como hemos destacado, durante muchas décadas ejerció siguiendo las directrices legadas por la Administración Truman.

En pocas palabras, en su primera etapa los políticos estadounidenses trataron de salvaguardar la excepcionalidad de su sistema republicano y democrático a través de medios meramente ideológicos, con una gran regla de unilateralismo aislacionista que trataba de inmunizar a su modelo liberal de los sistemas autocráticos imperantes en Europa. El éxito de dicha estrategia, reflejado en su constante e imparable desarrollo nacional, hizo insostenible que tal estrategia siguiera rindiendo el mismo beneficio para unos Estados Unidos convertidos, primero en potencia continental y más tarde mundial, pues su pujanza comercial, demográfica, económica, militar, industrial y cultural ofrecía a sus políticos nuevos medios materiales sobre los que hacer descansar esa misma defensa de su sistema. Tan sólo faltaba la herramienta ideológica capaz de usarlos con la misma eficacia con que el unilateralismo aislacionista supo preservar el experimento encarnado en la Constitución de 1787, y como se ha visto, con tal fin fueron concebidos los diferentes internacionalismos ensayados desde inicios del siglo XX, para colocar a la nación en el ejercicio de su nuevo rol en la escena global, aprovechando al máximo las ventajas que sus propios medios ponían a su disposición, entre los que se puede incluir los instrumentos de Promoción de la Democracia previamente enumerados, de ahí que en numerosas ocasiones tales medios, sobre todo los de carácter militar, hayan eclipsado el componente ideológico en el ascenso estadounidense a potencia mundial activa, trampa que la presente tesis ha tratado de salvar en la medida de lo posible.

**6-** En cuanto a la hipótesis principal, consistente en que la ideología ha marcado el devenir de la política exterior de Estados Unidos, desde sus inicios unilateralistas hasta los diferentes internacionalismos, incluido el papel de la

---

<sup>3310</sup> FORBES, D. K. y DEARS, Donn D., “*Rebuttal of A National Strategic Narrative*”, artículo del 27 de junio de 2011. La polémica es interesante, no sólo por mostrar a las claras la vigencia de la Doctrina Truman, sino por dejar ver así mismo la pervivencia de posturas cercanas al viejo unilateralismo aislacionista en el artículo de PORTER y MYKLEBY, y que FORBER y DEARS se apresuran a tildar de “camino a la mediocridad”, *Ibíd.* Para PORTER y MYKLEBY, Estados Unidos harían bien en deshacerse del legado de la Guerra Fría, alianzas permanentes incluidas, y dedicarse a fortalecer su sistema interno de cara a convertirse en un competidor líder en el mundo globalizado del siglo XXI, sobre todo a nivel económico, todo ello como mejor modo de honrar la intención de los padres fundadores; a mi parecer, tal propuesta no se distancia demasiado de la diplomacia del dólar del periodo de entreguerras, y que tantos disgustos le trajo a la nación y a Europa a partir de 1929.



Promoción de la Democracia así como el ascenso de Estados Unidos a potencia mundial., estas son mis conclusiones al respecto.

Por todo lo visto hasta aquí, se podría afirmar que el factor ideológico ha sido determinante en la evolución de la política exterior estadounidense, y en consecuencia en el papel que ha jugado la Promoción de la Democracia en ella, no hay que olvidar que Estados Unidos nació de la unión en torno a una idea, la libertad respecto al Imperio Británico y el dominio asfixiante de su Corona. Para probar la validez de dicha tesis se ha trabajado en dos niveles, el primero describiendo las distintas tradiciones en política exterior surgidas del tronco ideológico del liberalismo, unilateralismo aislacionista y los distintos internacionalismos, y en un segundo nivel analizando cómo dichas tradiciones afectaron al diseño e implementación de la política exterior estadounidense, si bien ambos niveles, teórico e histórico, se entrelazan constantemente, como se ha podido comprobar con el estudio de los debates que jalonan el desarrollo político de Estados Unidos.

Ya los primeros colonos llegados de media Europa llevaban consigo el germen del sistema liberal que se impondría en la nación tras la Independencia, como vimos en el primer capítulo, y que tan bien refleja el Pacto del Mayflower. Al continuar Jacobo I las políticas absolutistas iniciadas por la dinastía Tudor, numerosos ingleses emigraron a América en busca de la libertad que se les negaba en su propio país, de hecho, mientras el rey no convocaba el Parlamento desde 1619, en Virginia, los puritanos lograban el derecho a elegir una Cámara de burgueses, derecho que el propio Jacobo I trataría de revocar al pasar a control estatal la administración que la Compañía de Londres ejercía sobre la colonia. Con su sucesor, Carlos I, la emigración aumentó, y así, la Compañía de Massachussets, fundada en 1629, lideraba la colonización de Nueva Inglaterra, mientras el resto de colonos contrarios al absolutismo de la Corona Británica se implantaban en Providence, en 1636, en Connecticut en 1638, en Newhaven en 1639 y en Rhode Island en 1647, donde el régimen parlamentario se iba asentando con cada privilegio que la Corona otorgaba a las compañías allí asentadas<sup>3311</sup>.

En efecto, como hemos visto en el primer capítulo, el liberalismo británico influyó totalmente en los revolucionarios norteamericanos, permitiéndoles dar cuerpo teórico a unas ideas y anhelos que encontraban en la ideología liberal su máxima expresión, así no resulta extraño que la Promoción de la Democracia forme parte de ese legado liberal del que se nutrió la Independencia estadounidense, y contrario al realismo continental europeo<sup>3312</sup>. Es más, la Promoción de la Democracia con su poso moralista, utópico e idealista conecta también con el componente religioso del universalismo liberal estadounidense<sup>3313</sup>, de ahí que religiosidad y política hayan permanecido tan unidas en un Estado aconfesional como el estadounidense. En verdad, sin la Reforma protestante que llevó a numerosas confesiones cristianas a separarse de Roma y con ello a cuestionar el dominio religioso y político del Papado,

---

<sup>3311</sup> PIRENNE, Jacques *Historia Universal. Vol. IV, Reforma y Absolutismo*, Ed. Océano, Barcelona, p. 1187-1192.

<sup>3312</sup> COX, IKENBERRY & INOBUCHI *American Democracy Promotion, Impulses, Strategies and Impacts*, Oxford University Press, Oxford, 2000, p. 32.

<sup>3313</sup> *Ibíd.*, p. 80 y 89.



y que condujo en Europa a numerosas guerras de religión primero, y a un éxodo hacia América más tarde, no se puede entender el liberalismo político, que tuvo en la Reforma su antecedente más claro y del que se nutrió para sustituir al Papado por la Monarquía en su pugna por la libertad y así alcanzar una mayor autonomía política, cuando la religiosa parecía haberse logrado ya. De hecho, como acabamos de ver, los primeros colonos arribaron a las costas de Norteamérica escapando de la represión religiosa, para más tarde y bajo un mismo impulso, alzarse en armas contra la represión política. Así, esos primeros colonos portaban consigo la idea de igualdad de todos los hombres, en especial los disidentes calvinistas con su milenarismo, para quienes su experiencia marcaba el inicio de una nueva etapa histórica<sup>3314</sup>. Un buen ejemplo de ello se puede encontrar en el predicador Roger Williams, llegado a Massachussets en 1631 tras huir del absolutismo de la Corona Británica, repudiaba los fundamentos de la teocracia, rechazando que se rebajasen los requisitos religiosos en aras del mantenimiento del poder político, pues para Williams sólo la coerción podía sostener la viabilidad de una Iglesia nacional, de ahí que abogara por una clara separación de las esferas política y religiosa, tanto para defender la diversidad humana como para no perjudicar a la recta observancia religiosa<sup>3315</sup>.

Con la Independencia, tal creencia tuvo su plasmación política en la democracia republicana estadounidense transmutada en sistema de valor mundial<sup>3316</sup>, verdadero sustento de la excepcionalidad de la nueva nación, por tanto, no es de extrañar que ese legado religioso sea el que ha conferido a la Promoción de la Democracia su énfasis teleológico y moralizador que como veremos, llevado a sus límites puede conducir a una diplomacia misionera de dudosa efectividad.

Junto a ese anhelo de libertad religiosa, los colonos instalados en la costa Este norteamericana estuvieron igualmente influenciados por los acontecimientos de la

---

<sup>3314</sup> PFAFF, William “El destino manifiesto de Estados Unidos: ideología y política exterior”, *Política Exterior*, Madrid, Núm. 117 mayo-junio 2007, p. 58.

<sup>3315</sup> BAINTON, Ronad H. *The Travail of Religious Liberty*, The Westminster Press, Philadelphia, 1951, p. 214-217. Roger Williams distinguía entre Estado, que comprendía a los habitantes de un área determinada, y la Iglesia, que incluía sólo a los regenerados, de ahí la necesidad de secularizar al Estado para que de ese modo no corrompiese a la Iglesia, aplicando de ese modo la democracia congregacionista del calvinismo al orden político, p. 220-224.

<sup>3316</sup> MURAVCHIK, Joshua *Exporting democracy. Fulfilling America's destiny*, Editorial AEI, Washington D. C., 1991, p. 1 y TILLY, Charles *Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p. 31. Para Tod Lindberg “los padres fundadores creían que la fe religiosa era compatible con otros apreciados valores: libertad, democracia, justicia, igualdad, tolerancia, humildad [...] para mucha gente de fe entonces y ahora, la justicia en la tierra fue y es una pálida imitación de la justicia divina [...] la tradición judeo-cristiana que nutre e inspira la experiencia americana enseña la virtud de pertenecer a una comunidad de buena voluntad, una que extiende su ofrecimiento de pertenencia a otros dispuestos a acatar sus principios [...] necesitamos reconocer los modos en que el Cristianismo y otras tradiciones religiosas apoyan e incluso dominan tales principios modernos como libertad, justicia, tolerancia e igualdad [...] la fe de nuestros fundadores, y el genio del sistema que su fe ayudó a inspirar, puede también prescribir una política de propósito moral común”, artículo “Back to Basics; Religion and America”, *The Internacional Herald Tribune*, 21 de junio de 2008, texto consultado en <http://todlindberg.net/?p=559> No en vano, G. Washington en su discurso de despedida había sentenciado que siendo la religión y la moralidad apoyos indispensables, “la razón y la experiencia nos prohíben esperar que la moralidad nacional pueda prevalecer en ausencia del principio religioso”, WASHINGTON, George, Discurso de despedida de del 19 de septiembre de 1796, texto íntegro consultado en [www.access.gpo.gov/congress/senate/farewell/sd106-21.pdf](http://www.access.gpo.gov/congress/senate/farewell/sd106-21.pdf)



metrópoli, pues con la llegada de Guillermo III de Orange al trono y la huida de Jacobo II a Francia, se puso fin al absolutismo monárquico. Se instaló entonces en Inglaterra el armazón jurídico de la democracia parlamentaria tras la aprobación del *Bill of Rights* en 1689, por el que se garantizaban los derechos del Parlamento frente a la Corona, mismo año, cabe recordar, en que John Locke editaba sus *Tratados sobre el Gobierno Civil*. El triunfo de los *whigs* frente a los *realistas*, insertó definitivamente al sistema político inglés en el liberalismo, alimentando con ello las crecientes ansias de libertad de los colonos británicos en Norteamérica, de hecho, el que fueran las mismas élites las que propagaran la ideología liberal en las Colonias y más tarde se alzaran contra Londres, y las que tras la Independencia se encargaran de mantener la supervivencia de la nueva nación, concedió una envidiable ventaja a Estados Unidos respecto a parecidos movimientos liberales en Europa.

En efecto, como se puede observar en el caso español, reflejo de lo ocurrido en el resto de Europa continental, su liberalismo, encarnado en la Constitución de 1812, fue la culminación de una evolución política cuyo antecedente se encuentra en el movimiento ilustrado del siglo XVIII, donde “la casi totalidad de los ilustrados, son de origen noble, de una nobleza mediana y baja (...): la nobleza hidalga”<sup>3317</sup>, realidad nada extraña si se tiene en cuenta que las minorías educadas de la época se circunscribían básicamente a la nobleza, aparte de una minoría de oficios profesionales y el clero. Así pues, tras ser la nobleza la que impulsara las reformas políticas que conducirían al sistema liberal, fue la burguesía la encargada de llevarlo a cabo, pero tan aislada de su pueblo y tan débil, que a Fernando VII no le costó ningún esfuerzo devolver a España a la senda del Antiguo Régimen en 1814. A partir de entonces el liberalismo tuvo que enfrentarse en España a tradiciones e innovaciones políticas liberales y antiliberales, tanto conservadoras como revolucionarias, e incluso mezcla de ambas, y por todas la burguesía española se dejó encandilar, a diferencia de Estados Unidos, donde el liberalismo jamás ha sido cuestionado por ninguna otra ideología. No es de extrañar por tanto que mientras en Estados Unidos entre 1833 y 1868, con una Guerra Civil y el asesinato del Presidente A. Lincoln incluidos, hubiese tan sólo once Gobiernos, mientras en España en esa misma etapa se crearon 55 Gobiernos distintos tras 22 elecciones, así como la promulgación de un Estatuto Real y dos Constituciones, una progresista y otra moderada, más otro proyecto constitucional no aprobado, y “sólo en 1843 se contabilizaron unos cien intentos de golpes de Estado, sublevaciones o pronunciamientos”<sup>3318</sup>. La estabilidad estadounidense contrasta pues con los frecuentes cambios en España, diferencias que tienen en las dispares tradiciones constitucionales parte importante de su razón de ser, pues mientras en Estados Unidos la Constitución “es el principio organizativo de todo el ordenamiento jurídico del Estado”<sup>3319</sup>, en Europa, y por supuesto en España hasta la Constitución de 1978, las Constituciones no eran más que documentos políticos al servicio del detentador del poder de turno, quien imponía su visión al resto a la espera de ser sustituida con cada cambio sucesivo de Gobierno, así, mientras Estados Unidos

---

<sup>3317</sup> IGLESIAS, op.cit., p. 345.

<sup>3318</sup> *Ibíd.*, p. 551.

<sup>3319</sup> *Ibíd.*, p. 630.



sólo ha conocido una Constitución, desde 1812 España ha tenido ocho y Francia doce desde 1789<sup>3320</sup>.

Por tanto, el liberalismo concedió a Estados Unidos una base sobre la que estructurar el consenso nacional, imprescindible para la estabilidad de su proyecto político, y que como hemos visto, unió a sus élites en torno a un mismo credo político, que pese a sus diferencias internas, como el enfrentamiento inicial entre Hamilton y Jefferson atestigua, todos compartían sin fisuras, y que ni incluso la Guerra Civil pudo romper, manteniéndose la Constitución intacta, y con ello el modelo legado por los mismos padres fundadores que en 1776 habían firmado la Declaración de Independencia.

Pese a que el liberalismo ha sido la ideología dominante en torno a la cual se ha ido estructurando la evolución política estadounidense, en ella podemos observar diferentes tradiciones a la hora de entender y defender ese mismo proyecto liberal encarnado en la Constitución de Estados Unidos. Como hemos visto en el primer capítulo, durante su primer siglo de existencia la clase política norteamericana se valió del unilateralismo aislacionista como estrategia más acorde con la defensa y la expansión continental de la recientemente creada República, ello les sirvió tanto para diferenciarse del viejo sistema político Europeo como para que éste no se interpusiera en su crecimiento. Tanto la gran regla washingtoniana como la Doctrina Monroe fueron las bases sobre las que se cimentó la estrategia política de Estados Unidos hasta 1898, hasta entonces el mero ejemplo del desarrollo estadounidense había bastado como medio de exportar su modelo al resto de nuevas naciones surgidas de la descolonización americana, así, durante las primeras décadas de la nueva República, el idealismo inherente a esos mismos principios y valores recogidos en la Constitución sirvió para justificar el no intervencionismo exterior que caracterizó al unilateralismo aislacionista, sobre todo en lo tocante a los conflictos entre potencias mundiales, en los cuales siempre se abstuvo de tomar parte por miedo a ver contaminado su sistema, idealizado como el mejor experimento de ordenación social jamás diseñado por la mente humana y por ello debía ser defendido a toda costa. Por el contrario, en los pocos casos en que los políticos estadounidenses pretendían embarcar a la nación en empresas exteriores, como fue el caso del Presidente Polk durante la guerra contra México de 1846-1848, se les acusó de poner en peligro esos principios y valores con su intervencionismo, ya fuera por adoptar los medios de las potencias europeas, ya por invitar con ello a la siempre temida injerencia extranjera, de hecho, durante la etapa de dominio del unilateralismo aislacionista el idealismo sirvió para reforzar su no intervencionismo, mientras que el realismo era combatido como una ideología intervencionista que podía colocar a la nación al borde del abismo con su ciega búsqueda del interés nacional.

Como se vio en el segundo capítulo, la victoria sobre España y la llegada al poder de T. Roosevelt provocaron una primera brecha sobre el unilateralismo aislacionista, pero para ello T. Roosevelt se apartó en exceso del liberalismo al

---

<sup>3320</sup> *Ibíd.*, p. 629. En España se ha tenido que esperar a 1978 para que la clase política y el pueblo españoles asuman que “se trata de que la Constitución no vaya contra nadie, sino que sea producto de un consenso constituyente que los cambios electorales políticos no puedan echar fácilmente por tierra”, *Ibíd.*, algo que desde los inicios de la república estadounidense fue asimilado por sus dirigentes y su ciudadanía.



abrazar sin rubor alguno el realismo continental europeo, y al optar por una tradición tan denostada en su propio país, T. Roosevelt sentenció a muerte a su internacionalismo conservador, pues la opinión pública estadounidense no estaba preparada para ver a la nación cumpliendo un rol desconocido entre las grandes naciones en su juego por el dominio mundial. Ni la victoria sobre España y la adquisición de Cuba o Filipinas pudieron apartar al idealismo de un pueblo que se creía incorruptible gracias a la naturaleza de los principios y valores que informaban su comportamiento político.

W. Wilson de nuevo reivindicaría el internacionalismo como única salida para un país convertido ya en potencia mundial, si bien esta vez anclado férreamente en los principios y valores liberales clásicos de la tradición estadounidense, pero con su idealismo Wilson convirtió el mito nacional del destino manifiesto en una filosofía de intervención internacional<sup>3321</sup>, con ello Wilson no sólo ofreció un nuevo tipo de internacionalismo, el liberal democrático, sino que transformó el idealismo desde una ideología no intervencionista a una totalmente intervencionista, pues Estados Unidos, tras participar en la I Guerra Mundial, debía tomar parte en el diseño e implementación de un nuevo orden mundial basado en los principios y valores estadounidenses, de modo que el idealismo de Wilson pretendía hacer de su país una potencia activa en los asuntos mundiales como mejor estrategia para defender su modelo, al extenderlo como modelo mundial de relaciones entre las naciones, mientras que hasta entonces el idealismo había mantenido alejado a Estados Unidos de esos asuntos mundiales para no ver corrompido su sistema.

Pero los costes que ello acarrearía hicieron que del choque entre internacionalistas conservadores y liberales, surgiera una nación cuyo único deseo era un regreso a la normalidad, tan bien comprendido por las sucesivas Administraciones Republicanas de entreguerras, tendencia favorecida primero por el increíble desarrollo económico de la década de 1920, y luego por el dramático hundimiento de la bolsa en octubre de 1929, y que ante las negras perspectivas venidas de Europa y Asia se transformó en una neutralidad ciega a los acontecimientos exteriores. Para vencerla, un internacionalista declarado como el Presidente F. D. Roosevelt tuvo que esperar a que el país fuese atacado, pues una vez más, el idealismo de la defensa del sistema estadounidense tenía diferentes connotaciones desde la Casa Blanca, el Congreso o a pie de calle. En efecto, los Republicanos en el Capitolio se adhirieron al sentir popular en su concepción aislacionista del idealismo, mientras que el Presidente intentaba convencer a su pueblo de que el idealismo wilsoniano era el único capaz de defender a la nación ante la amenaza del totalitarismo alemán y japonés, de todos modos, una vez que pudo llevar a cabo su agenda internacionalista, F. D. Roosevelt supo equilibrarla con la visión conservadora y realista de su primo Theodore para no sufrir el mismo destino que Wilson. Si en la teoría F. D. Roosevelt se valió del idealismo liberal para forjar un nuevo orden mundial más acorde con los principios y valores estadounidenses, en la práctica, para evitar un rechazo tanto interno a la participación estadounidense en el mismo como externo al conjunto de su programa, sacrificó en aras del pragmatismo más realista numerosos puntos de su agenda con tal de sacarlos adelante, primando en todo momento la seguridad sobre la democratización.

---

<sup>3321</sup> PFAFF, op.cit., p. 60.

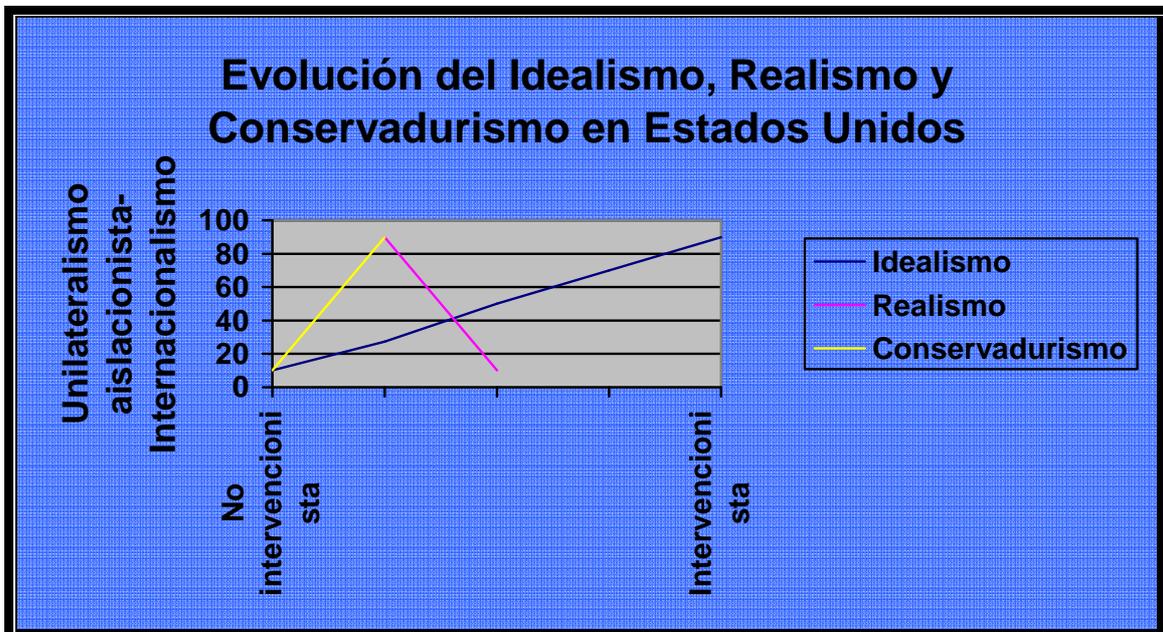


Tal estructura, precaria por sus requerimientos, fue pronto superada por el nuevo escenario de Guerra Fría para el cual el nuevo Presidente Harry S. Truman tuvo que elaborar un nuevo ensayo internacionalista capaz de superar al mismo tiempo el unilateralismo aislacionista en el interior y de contener la expansión comunista en el exterior. Para ello se valió de nuevo del liberalismo convirtiendo la defensa de la democracia en un imperativo a nivel mundial como mejor modo de defender el modelo estadounidense, en respuesta a la amenaza que el expansionismo soviético planteaba a la supervivencia de éste. Con ello, el idealismo de nuevo se convertía en el acicate del intervencionismo de Estados Unidos, situación exacerbada por el alto contenido ideológico que pronto adquirió la Guerra Fría, así no es extraño que la Promoción de la Democracia jugara un papel importantísimo como herramienta para ganar la paz en la posguerra e impedir así que el comunismo se hiciera con nuevas ganancias, al mismo tiempo que la participación activa de Estados Unidos en alianzas permanentes de seguridad había dado la puntilla definitiva al unilateralismo aislacionista. Es decir, el internacionalismo, de la mano de la Promoción de la Democracia, se convirtió en la mejor estrategia preventiva para evitar tanto una nueva guerra mundial como para defender el sistema democrático, a escalas nacional y mundial, ante la imposibilidad de un regreso al unilateralismo aislacionista.

Como vemos, la ideología marcó en Estados Unidos el modo en que las diferentes tradiciones políticas entendían el liberalismo que informaba el proyecto político nacional, afectando a las estrategias y tácticas empleadas para defenderlo. En el proceso, el idealismo se transformó en una ideología intervencionista, cambio inaugurado con W. Wilson, que a su vez afectó al realismo, quien desde entonces se uniría al aislacionismo a la hora de entorpecer el triunfo del intervencionismo idealista (como sucedió en el debate en torno a la Sociedad de Naciones o de la Alianza Atlántica), con ello, pese a que el realismo nunca negara la intervención en el exterior cuando fuese estrictamente necesaria, el conservadurismo pasó a una posición menos activa en el terreno exterior, al recoger en su seno los restos del unilateralismo aislacionista, así, tras unos inicios muy activos con T. Roosevelt, tras él, el conservadurismo internacionalista se contentó con la agenda menos ambiciosa de los Republicanos de entreguerras, resumida en la fórmula *participación sin compromiso*, y que con Truman se enfrentaría a su asalto definitivo al unilateralismo aislacionista al colocar a las alianzas permanentes en el centro de su estrategia, para evitarlo, los conservadores trataron de reducir el grado de compromiso militar estadounidense, apareciendo como últimos vocales de un unilateralismo aislacionista en vías de extinción, al perder de nuevo frente al internacionalismo liberal, aquel desapareció del debate político estadounidense, dejando tan sólo a los internacionalismos conservador y liberal como únicas alternativas capaces de despertar el apoyo popular. Como vemos, con ello se puede dar explicación a la evolución de los dos Partidos mayoritarios de Estados Unidos, pues a partir del debate de 1920, el Republicanismo conservador estaría más identificado con la templanza del realismo político, mientras que el sector Demócrata más liberal lo estaría con el atrevimiento idealista, al proceder ambos de dos enfoques tan distintos como lo son el realismo y el idealismo.



Como se aprecia en el gráfico, donde el eje x corresponde al continuo que va desde el No intervencionismo al Intervencionismo, y el eje y del Unilateralismo aislacionista (valor 0) al Internacionalismo (valor 100), mientras el conservadurismo ha permanecido más o menos estable en torno al no intervencionismo, ya sea bajo predominio de posturas unilateralistas o internacionalistas, y bajo éstas sólo se ha visto empujado a actuar a remolque de los acontecimientos internacionales, y el realismo se ha ido acercando al conservadurismo, pues de unos inicios tímidamente intervencionistas ha ido evolucionando a posiciones menos intervencionistas conforme se acercaba al internacionalismo, por el contrario se observa cómo el idealismo ha pasado de tener una carácter no intervencionista a otro marcadamente intervencionista conforme se transformaba su naturaleza, ya que mientras permaneció bajo la influencia del unilateralismo aislacionista, el idealismo tendía a favorecer el no intervencionismo, mientras que bajo el dominio del internacionalismo, el idealismo haría del intervencionismo parte inextricable de su traslación política.

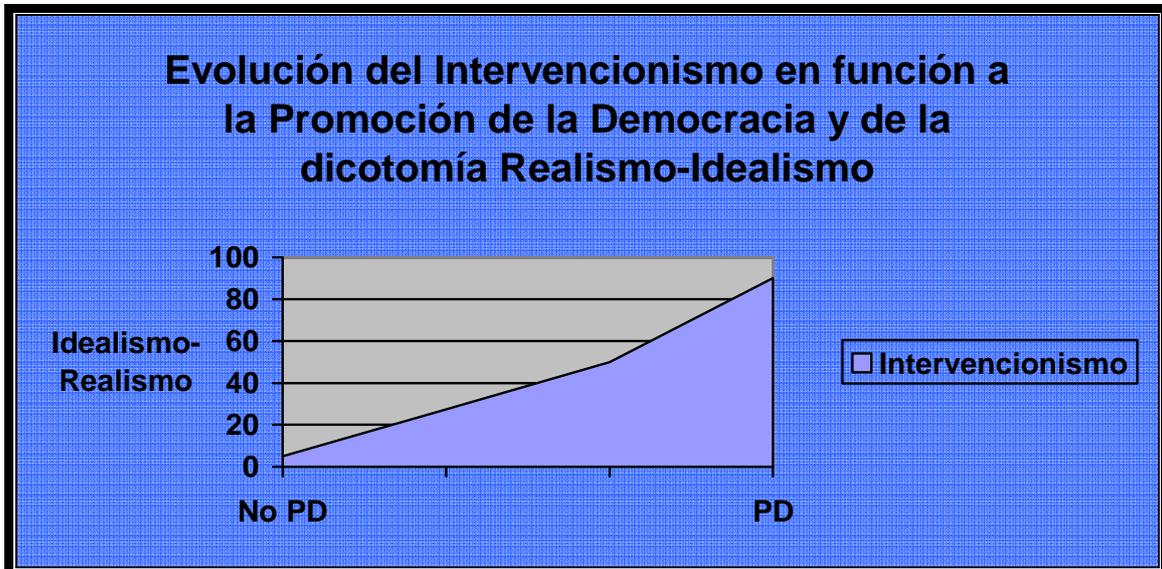


Fuente: elaboración propia.

Dicha evolución ha afectado al propio intervencionismo, cuya relación con la Promoción de la Democracia es indiscutible, guardando una relación directamente proporcional, pues a menos intervencionismo menos Promoción de la Democracia y a más intervencionismo más Promoción de la Democracia, lo que unido a la relación de ambos con el realismo y el idealismo se puede establecer el siguiente gráfico en el que se traza la evolución del intervencionismo en función del predominio del realismo o del idealismo (representado en el eje y, donde 0 equivale al realismo puro y 100 al idealismo puro) y de la existencia o no de Promoción de la Democracia (reflejada en el eje x desde el punto inicial de no aplicación de políticas de Promoción de la Democracia – No PD- al punto final de implementación de políticas de Promoción de la Democracia- PD-), de ese modo se ve cómo el intervencionismo, más que depender del Partido Político que se encuentre en la Casa Blanca, se supedita más bien al dominio que ejerzan realismo (a más realismo menos intervencionismo) e



idealismo (a más idealismo más intervencionismo) y al grado de políticas de Promoción de la Democracia que se implementen ( a más medidas de Promoción de la Democracia más intervencionismo, y a menos medidas menos intervencionismo).



Fuente: elaboración propia.

De modo que cuando en el Partido Republicano o Demócrata priman las tesis idealistas y se aplican medidas de Promoción de la Democracia, el intervencionismo en política exterior aumenta, mientras que al contrario, en periodos en que el realismo impera y no se aplican políticas de Promoción de la Democracia, el intervencionismo decae, pues como hemos visto, el idealismo se ha convertido en una ideología intervencionista tras el nacimiento del internacionalismo liberal democrático, y la Promoción de la Democracia es en sí misma una estrategia con un alto grado de intervencionismo, de hecho, con tales medidas las Administraciones estadounidenses han visto aumentado el abanico de opciones a su disposición una vez decidida su intervención en el escenario internacional, pues la Promoción de la Democracia ofrece posibilidades de injerencia más allá de la clásica intervención armada.

Por lo tanto, el factor ideológico ha sido crucial en la evolución de la política exterior estadounidense, por supuesto no ha sido el único factor que la ha condicionado, como se ha dicho, la Historia, como en toda nación, ha sido determinante, así como otros factores como los económicos, los derivados de la personalidad de sus líderes, los geográficos o los militares, por citar sólo unos ejemplos. En cualquier caso, al estudiar dicha política exterior bajo el tamiz ideológico, se nos revelan aspectos de la misma que hasta entonces permanecían oscurecidos bajo el protagonismo de otros condicionantes más llamativos, ya que la ideología actúa a nivel interno, afecta a nuestras creencias básicas, a nuestra visión del mundo y al papel que en él queremos jugar, cohesionando a la sociedad en un proyecto de destino común, actuando a largo plazo, de ahí que muchas veces pase inadvertida, pero su influencia es decisiva en toda actuación humana, más aun en la determinación de toda acción exterior, pues sus principios y valores afectan a nuestro



comportamiento<sup>3322</sup>. En el caso estadounidense, como acabamos de ver, la ideología liberal que impregnó desde el levantamiento contra el dominio de la Corona hasta la redacción de su Constitución, confirió a Estados Unidos una forma de ver el mundo y su papel en el mismo que condicionó innegablemente tanto sus tradiciones como sus estrategias políticas, así, las dicotomías unilateralismo aislacionista-internacionalismo, realismo-idealismo, no intervencionismo-intervencionismo, han de entenderse como la búsqueda de una política capaz de hacer perdurar esos mismos valores liberales que condujeron a la Independencia a Estados Unidos. Sólo si el país abandonara su ideología liberal cabría hablar de transformación radical de su política, mientras siga por la senda liberal, su evolución continuará, puede que por nuevos caminos, pero sin alejarse demasiado por la senda marcada por sus padres fundadores en las postrimerías del siglo XVIII.

**7-** Una vez presentadas las conclusiones sobre las hipótesis específicas y la principal, a continuación se da respuesta al problema de investigación planteado en la introducción, a saber, dilucidar el papel que la Promoción de la Democracia ha tenido en la política exterior estadounidense a lo largo de su historia.

Con lo visto hasta el momento, se comprende que tras la realización de la presente tesis, afirme que la Promoción de la Democracia ha jugado un papel central en la definición de la política exterior estadounidense a lo largo de su historia, tanto es así que con el estudio de la política exterior estadounidense desde la perspectiva de la Promoción de la Democracia, se nos revelan nuevos aspectos de la historia estadounidense, clarificando en gran medida los debates internos que sobre política exterior se han ido dando a lo largo de los primeros 177 años desde la Independencia.

Ya hemos comprobado cómo la Promoción de la Democracia está muy ligada al liberalismo, ideología vertebrada de la política estadounidense, y al nacimiento mismo de la nación, que al dotarse de un sistema democrático y republicano ha tenido como una de sus constantes políticas la cuestión de su capacidad para exportar su modelo a otras naciones. En los sucesivos capítulos de la presente tesis se han podido rastrear los debates sobre la idoneidad de extender o no el sistema estadounidense primero a todo el territorio continental, luego a naciones vecinas y más tarde al resto del mundo, tales cuestiones siempre han ido incluidas en debates más extensos que mezclaban cuestiones constitucionales (equilibrio de poderes), morales (principios y valores) y políticas (qué estrategia servía mejor a la nación), sin menoscabo de las

---

<sup>3322</sup> En palabras de Iglesias “en el caso de las específicas ideologías políticas, su estudio y el de sus influencias puede ser una de las piezas clave para comprender el discurso político específico de un determinado momento histórico y grupo social”, IGLESIAS, op.cit., p. 810. En todo caso, esa misma ideología que sirve para unir a un pueblo en torno a un proyecto político común, puede ser utilizada igualmente para crear situaciones de exclusión e incluso dominación, amparadas en la supuesta superioridad de una determinada ideología sobre el resto, ese *exclusivismo maniqueo* donde “el filtro de la ideología es el único criterio para juzgar a los otros –clasificados en amigos o enemigos según su pertenencia o no al núcleo ideológico-, y para determinar el valor o no de otras esferas de la vida: política, religión, estética, conocimiento, etcétera”, *Ibíd.*, p. 806, excesos a los que Estados Unidos no ha sido ajeno, y que como cualquier otra potencia antes que ella, para ojos extraños han convertido en ciertas etapas de su historia sus supuestos deseos altruistas de transformar el mundo en simples designios de imposición ideológica.



económicas, de hecho, fruto de dichos debates se ha podido identificar a los cuatro ensayos internacionalistas que se han presentado como alternativa al tradicional unilateralismo aislacionista, que como se ha podido apreciar, han asignado un papel diferente a la Promoción de la Democracia dentro de sus proyectos.

Con la dilucidación de esos cuatro ensayos internacionalistas, lo que llama la atención es que lejos de avanzar hacia nuevas cuestiones, los políticos estadounidenses parecen haber estado debatiendo durante 177 años en esencia sobre una única cuestión, la naturaleza y defensa de su sistema democrático y republicano recogido en su Constitución de 1787, pues como hemos visto, si el liberalismo ha sido la ideología que ha impregnado el pensamiento político estadounidense, los distintos modos de entender éste y de defender a aquella han sido los que finalmente han dado forma a las distintas tradiciones políticas estadounidenses. Si desde los comienzos de la nación se enfrentaron las tesis *centrífugas* de Hamilton frente a las *centrípetas* de Jefferson, fue el unilateralismo aislacionista el que daba el marco desde el cual concebir la política exterior de la nación, sin mucho margen más allá de la expansión continental como encarnación del destino manifiesto de la nueva República, abocada por la fuerza de su modelo a dominar el continente de Este a Oeste. Ni siquiera la guerra contra México de 1846-1848 ni la Guerra Civil, supusieron ningún cambio significativo en la evolución de la nación, satisfecha con desarrollar su modelo dentro de unas fronteras en constante expansión. Mientras Estados Unidos no participó en los asuntos mundiales tal ensimismamiento pudo resistir los envites de la política internacional, pero desde que en 1898 la bandera estadounidense se extendiera por el Caribe y llegase a Filipinas, ningún asunto mundial podía resultar ajeno a Estados Unidos, ni ningún movimiento de estos permanecer inadvertido al resto del mundo.

Con la base material de un Imperio, T. Roosevelt creyó que la nación estaba lista para superar su unilateralismo aislacionista y convertirse en una potencia mundial capaz de asumir sus responsabilidades mundiales, pero el Presidente Republicano fue tanto una víctima de su tiempo como de su temperamento, y en lugar de implementar una estrategia que la mayoría de sus conciudadanos pudiese asumir, pareció valerse más bien de unos mandamientos idóneos solo para su férreo carácter, además, su realismo conservador distaba tanto del liberalismo nacional que su desaparición política fue la sentencia a su ensayo internacionalista. Tampoco W. Wilson tuvo mayor éxito a la hora de embarcar al país en un nuevo ensayo internacionalista, pese a la participación en la I Guerra Mundial, W. Wilson falló a la hora de hacer que Estados Unidos también participase activamente en el mantenimiento de la paz, sin duda que su unilateralismo universal, mezcla de idealismo y tozudez, que tenía su piedra de toque en la extensión global del destino manifiesto, al querer convertir el sistema de relaciones internacionales en un calco del sistema estadounidense, fue más allá de las capacidades nacionales, al igual que quince años atrás el internacionalismo conservador, con quien luchó en última instancia por dirimir qué tipo de internacionalismo guiaría a Estados Unidos por la escena mundial. A la postre, ni uno ni otro se impondría claramente, si bien los principios y valores de W. Wilson eran más acordes a la opinión pública estadounidense, los sacrificios que entrañaba su defensa según sus postulados hizo más atractiva la propuesta Republicana de regresar a la normalidad, es decir, ni T.



Roosevelt ni W. Wilson, sino una *vuelta a los viejos buenos tiempos*, el que tal cosa resultara imposible tardó el pueblo estadounidense en darse cuenta dos décadas, tras la mayor debacle económica de su historia y la entrada en una nueva guerra mundial.

Tanto el internacionalismo conservador como el internacionalismo liberal democrático surgieron de un mismo impulso, dotar a Estados Unidos de una nueva política exterior capaz de defender su sistema democrático y republicano, dando respuesta así a un nuevo entorno internacional y a un nuevo *status* nacional en el mismo, pues si Europa se insertaba en el mundo bajo el cetro del dominio imperial, Estados Unidos debía hacerlo como lo había hecho siempre, como ejemplo de que un nuevo orden social, político, económico, etc., podía basarse en el respeto a la libertad y dignidad de todo ser humano. Cómo lograrlo, qué método era el más acorde, fue lo que se dirimió con el mayor debate que el Capitolio había presenciado hasta entonces, al rechazar el Tratado de Versalles los internacionalistas conservadores frustraron la victoria del internacionalismo liberal democrático, pero con ello también permitieron el regreso del unilateralismo aislacionista por la puerta de atrás de la historia, entorpeciendo que los dirigentes estadounidenses asumieran las responsabilidades que como potencia mundial debía asumir la nación, con ello, como hemos visto, Estados Unidos permitió que acontecimientos remotos le afectaran sin poder hacer demasiado por remediarlo.

Los siguientes dos ensayos internacionalistas pueden entenderse como iniciativas para que la nación no se volviera a ver sacudida por acontecimientos en los que no había participado, pero en los cuales, como potencia mundial, tenía un interés claro, para que no empeorasen precipitando al país en nuevas guerras. De nuevo asistimos al debate en torno a cómo defender mejor el modelo legado por los padres fundadores, tanto con F. D. Roosevelt con el repudio a la neutralidad primero, y con la creación de una nueva organización internacional después, como con Harry S. Truman y todas sus iniciativas, desde la Doctrina Truman a la Alianza Atlántica, pasando por el Plan Marshall o el Programa de Asistencia Militar, lo que en última instancia se dirimía era cómo defender mejor a la nación, no sólo físicamente, sino en la preservación de su sistema democrático y republicano, de ahí que tales debates se mezclasen materias constitucionales (para que el sistema de equilibrio de poderes no se viese alterado por nuevas alianzas a favor del Presidente y en detrimento del Congreso), con materias morales (cómo defender mejor los valores y principios que han informado siempre a la nación), y con las meramente políticas (qué estrategia práctica sirve de forma más eficaz para dar sentido a todo lo anterior).

Desde ésta perspectiva se entiende mejor que Harry S. Truman respondiera a los inicios de la Guerra Fría con un nuevo ensayo internacionalista cuando apenas se había puesto en práctica el de su antecesor, ya que el internacionalismo de F. D. Roosevelt se tornó impracticable en el mundo de posguerra, y a diferencia de los anteriores ensayos, no fue suplantado por uno nuevo tras ser rechazado, pues su principal instrumento, la Organización de las Naciones Unidas sigue en pie y es mundialmente reconocida, sino que tuvo que ser enmendado para que Estados Unidos no se viera perjudicado de continuar bajo las directrices por él prescritas, es decir, el mandato de Harry S. Truman no fue más que una reevaluación del internacionalismo con el objetivo de defender a la nación en el nuevo contexto de enfrentamiento



bipolar con la Unión Soviética. El que lo hiciera superando la clásica división entre idealistas y realistas, optando por un camino intermedio que le condujo a repudiar totalmente al unilateralismo aislacionista, al hacer de las alianzas permanentes, ésta vez de naturaleza regional, un componente esencial de su estrategia, fue lo que dotó al cuarto ensayo internacionalista de la madurez de la que habían carecido los anteriores ensayos, pues la habilidad de la Administración Truman consistió en crear una estrategia internacionalista capaz de despertar la aprobación mayoritaria y perdurable del pueblo estadounidense, algo desconocido hasta el momento y que no se ha vuelto a repetir.

No es de extrañar por tanto, que la Promoción de la Democracia gozara de mayor protagonismo con Harry S. Truman que con el resto de Presidentes internacionalistas. Al hacer de la defensa de la democracia un imperativo mundial para Estados Unidos, la Promoción de la Democracia se convirtió en una baza imprescindible de la contención. De todos modos, tampoco fue tan idealista como W. Wilson, pues no pretendió universalizar el modelo político estadounidense, sino tan sólo defender las democracias y deseos democráticos allá donde se encontraran, como mejor defensa de la propia democracia americana ante el desafío mundial que representaba el expansionismo comunista. Con ello Truman se acercaba más a Kant que Wilson, al unir el destino del país a aquellas naciones que como Estados Unidos amasen principios y valores similares, de igual modo que el filósofo de Königsberg había soñado en 1795 con la unión de los Estados republicanos, únicos capaces de conducir a la ansiada paz perpetua. Así, renunciando a la universalización del modelo estadounidense, Truman pretendió defenderlo allí donde se daba o se quería dar, preservándolo de la expansión comunista, es decir, como en los inicios de la República Washington y Jefferson quisieron defender a la débil Independencia y su sistema político apartándose lo máximo posible de los juegos de poder de las grandes potencias, pues sin duda le corromperían malogrando su propósito democrático. Pero con Estados Unidos convertido en una de esas potencias, Truman transformó a su internacionalismo liberal en la estrategia que defendería de las amenazas externas no sólo a su nación, sino a su sistema allí donde se diera, con ello la Promoción de la Democracia dejaba de ser una quimera idealista para evolucionar hasta ser reconocida como una estrategia realista acorde con los intereses nacionales.

Incluso se puede afirmar que tras el final de la Guerra Fría, y aunque pudiera esperarse lo contrario, al internacionalismo liberal de la Administración Truman no le ha podido sustituir aún ninguna nueva agenda internacionalista que adapte en un marco estable la política exterior estadounidense a la globalización del siglo XXI, pues ni el énfasis en lo económico de W. Clinton ni la Doctrina Bush han podido convertirse en esa nueva estrategia, tampoco B. H. Obama parece interesado en legar una nueva estrategia a la nación, de ahí que numerosas iniciativas tomadas durante el mandato de H. S. Truman sigan aun en pie, con la Promoción de la Democracia como una de las más destacadas.

**8-** Por último se enumerarán las implicaciones que la presente tesis doctoral tiene a mi juicio sobre el tema estudiado, analizando su originalidad así como su



impacto sobre futuras investigaciones relativas tanto a la política exterior de Estados Unidos como a su propia historia como nación.

Al integrar el estudio de la Promoción de la Democracia en el análisis de la historia de la política exterior de Estados Unidos se ha logrado comprender mucho mejor a ésta, pues primando el componente ideológico se han aclarado posturas políticas que hasta el momento parecían más bien fruto del capricho de ciertos políticos o modas de determinadas épocas, revelando lo insertadas que estaban en la tradición política estadounidense, en concreto, con la presente tesis creo haber logrado un mayor conocimiento sobre el internacionalismo conservador de T. Roosevelt, que ayuda a comprender los posteriores enfrentamientos entre posturas conservadoras y liberales.

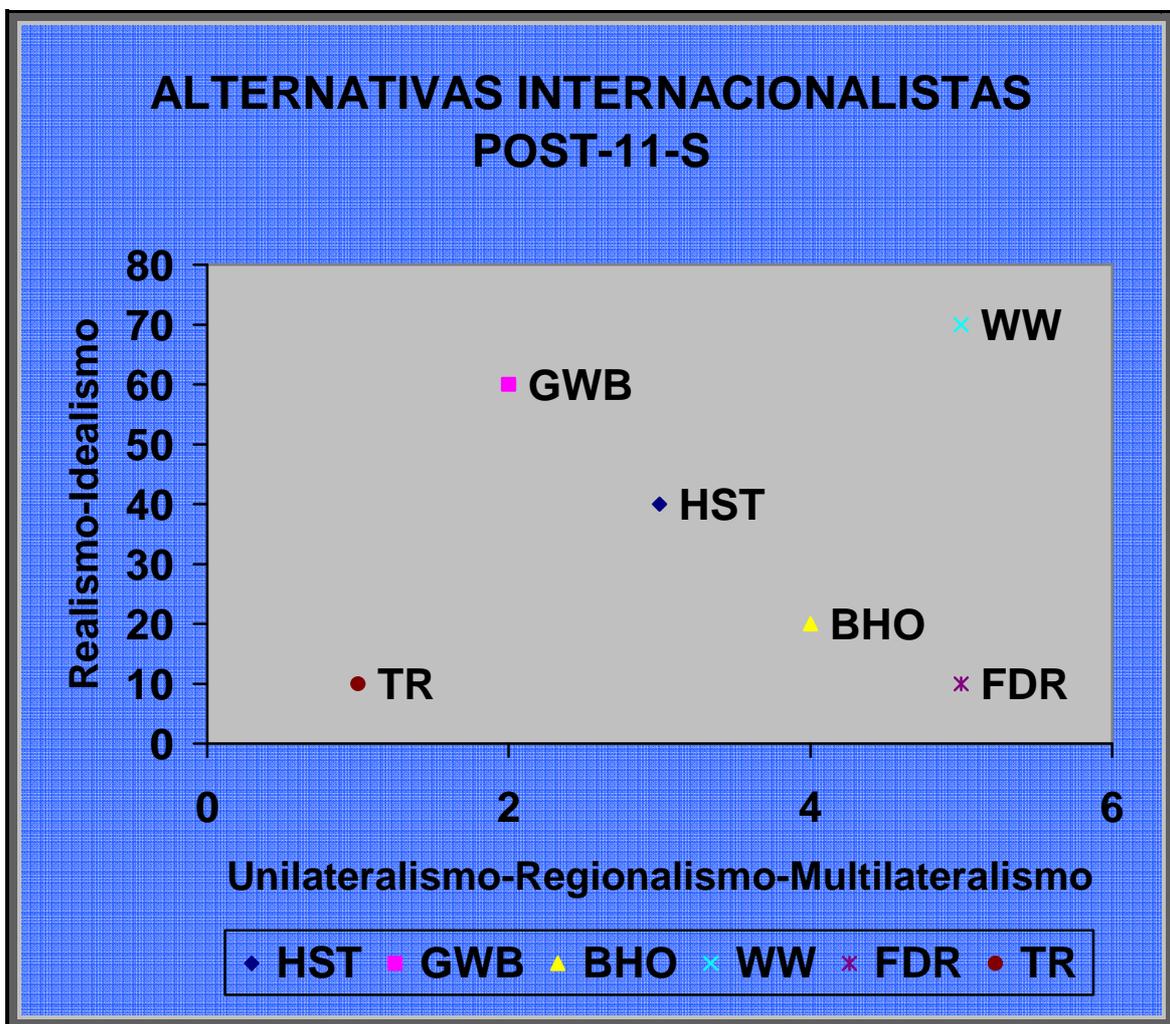
Dividiendo la historia de la política exterior estadounidense según la ideología dominante en cada época, se ha permitido que la ideología se convierta en el vector que ilumine los debates que han ido dando forma a su política exterior, por encima de divisiones partidistas que simplifican en exceso el panorama político estadounidense, descifrando así el pretendido aislacionismo norteamericano, no siendo éste más que un unilateralismo ensimismado con su propio desarrollo nacional, o los diferentes internacionalismos que han pretendido sustituirlo como ideología dominante, con su distinto énfasis realista o idealista, que a la postre los ha diferenciado entre sí.

Con ello se ha arrojado más luz sobre la tradición política estadounidense, pudiendo comprender mejor la evolución de su política exterior durante el resto de Guerra Fría así como su desarrollo más reciente, ayudando a elucidar el trasfondo ideológico que se encuentra en la base de la acción exterior de cada Administración instalada en la Casa Blanca, y en concreto, al conocer los orígenes de la Promoción de la Democracia, a entender que ésta se encuentra íntimamente ligada con el proyecto nacional estadounidense y que por tanto no es el fruto de quimeras pasajeras imaginadas por un Presidente que busca con ello enmascarar sus errores en materia de política exterior. De hecho, el método aquí aplicado para estudiar la evolución de la política exterior estadounidense, no se agota con la Administración Truman, sino que puede servir para analizar las distintas Administraciones que desde entonces, y hasta el día de hoy, han pasado por la Casa Blanca. Como se aprecia en el siguiente gráfico, gracias al análisis de las distintas tradiciones políticas estadounidenses, el periodo político posterior a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 se nos revela menos confuso, pudiendo colocar tanto a G. W. Bush como a B. H. Obama en el mismo gráfico que al resto de Presidentes internacionalistas estudiados con anterioridad.

Como se aprecia en el gráfico, el Presidente G. W. Bush dados su unilateralismo y su idealismo se encontraría a medio camino entre T. Roosevelt, W. Wilson y H. S. Truman, mientras que el Presidente B. H. Obama, considerando su carácter práctico y su multilateralismo estaría entre F. D. Roosevelt, T. Roosevelt y H. S. Truman, si bien es en torno a éste último sobre el que han girado la mayoría de sus propuestas, cambiando eso sí, como se aprecia en el gráfico, su posición por su particular lugar dentro de las escalas realismo-idealismo y unilateralismo-regionalismo-multilateralismo. Ello demuestra una constante en la política



estadounidense, que nos permite anticipar el comportamiento exterior de una determinada Administración según sea su posicionamiento respecto a dichas variables, así por ejemplo, un Presidente que llegue a la Casa Blanca habiendo defendido ante el público estadounidense la libertad de acción nacional en el exterior y un enfoque descarnado de las relaciones internacionales, será más proclive a medidas de carácter unilateral y realistas que otro Presidente que halla prometido ser fiel a la defensa de los ideales democráticos y se haya mostrado partidario de la responsabilidad compartida, pues éste sin duda que se decantará por el idealismo y el multilateralismo, pudiendo encontrar al primer ejemplo en la esquina inferior del cuadro, como T. Roosevelt, y al segundo en la esquina superior derecha, como W. Wilson.



Fuente: elaboración propia.

Conviene señalar que estos dos tipos *puros* de políticos no suelen ser la norma, colocándose por lo general la mayoría de las Administraciones alrededor del centro del cuadro, en torno a la figura de H. S. Truman, si bien las figuras extremas pueden encontrarse en periodos de cambio y transición de modelo ideológico, como fueron los casos señalados de T. Roosevelt y W. Wilson, mientras que el centro ha sido ocupado por aquellas Administraciones que no han variado en exceso el legado



de política exterior de su antecesora, lo cual no quiere decir que entre ellas no se den fuertes contrastes, pues una pequeña diferencia entre realismo e idealismo o unilateralismo y multilateralismo puede tener importantes repercusiones en la implementación de sus respectivas políticas exteriores. De todos modos, si no tanto en la práctica, sí que dichas diferencias resultan clave ante la opinión pública tanto estadounidense como internacional, como tan bien ilustran los diferentes niveles de aceptación entre J. F. Kennedy y R. M. Nixon en el pasado o más recientemente entre G. W. Bush y B. H. Obama.

En todo caso, no se ha pretendido hacer de la Promoción de la Democracia la única variable que explique la evolución de la política exterior de Estados Unidos, pues como se indicó en la Introducción de la presente tesis, más bien se ha intentado hacer de la Promoción de la Democracia la variable dependiente, claro que una investigación de Historia nunca está muy claro cual es al final la variable dependiente y cuales las independientes, y menos aún en la presente, dado el destacado papel jugado por la ideología.

De ese modo se pueden aclarar numerosos pasajes de la historia estadounidense y también mundial, como la evolución de la Guerra Fría o el papel de Naciones Unidas en el sistema de relaciones internacionales desde su creación. En efecto, como se vio en el capítulo dedicado al internacionalismo de la Administración Truman, el sesgo ideológico introducido por ella implicaba que el enfrentamiento con el bloque soviético adquiriese una dimensión global y absoluta que desbordaba el campo político-militar para afectar al resto de dimensiones vitales como la cultural, la deportiva e incluso la religiosa, provocando que la rivalidad soviético-estadounidense no dependiese ya de Gobiernos particulares ni hechos aislados, sino que se diese como algo seguro hasta que uno de los dos sistemas se derrumbase. Del lado estadounidense, a pesar de la vigencia de la contención durante todo el periodo, sí es cierto que las sucesivas Administraciones se diferenciarían entre sí por su posición relativa en las dicotomías realismo-idealismo y unilateralismo-regionalismo-multilateralismo, como puede observarse con facilidad si confrontamos el realismo del binomio Nixon-Kissinger con el renovado idealismo de la Administración Reagan.

Respecto a la Organización de Naciones Unidas, al haber estudiado sus orígenes en general en el debate interno estadounidense, con el antecedente del fracaso de la Sociedad de Naciones y el proyecto wilsoniano, y en concreto al haber analizado las motivaciones y la visión política de F. D. Roosevelt, se puede entender mejor el discreto papel que han venido jugando las Naciones Unidas desde su fundación, y en particular una vez finalizada la confrontación bipolar que tanto daño le hizo en su primera etapa. El que una vez desaparecida la rivalidad entre bloques las Naciones Unidas no hayan podido asumir el papel que muchos aspiran para ella, no se debe tanto a la falta de voluntad de sus miembros más poderosos, sino al propio diseño de una organización, que como se ha demostrado en el cuarto capítulo, no nació con la intención de desterrar para siempre del mundo el flagelo de la guerra, ni menos aún para democratizar el sistema de relaciones internacionales ni para promocionar la democracia, sino que fue el fruto de un esfuerzo enorme por sentar las bases de un sistema de seguridad que pudiese evitar un nuevo conflicto mundial,



dadas las crecientes señales de una nueva rivalidad mundial entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y las naciones democráticas. Pretender que las Naciones Unidas eviten todo conflicto que surja en el mundo, o que se oponga a todo abuso cometido por regímenes autoritarios, basándose en la verborrea de sus textos fundacionales, equivale a olvidarse de los mecanismos efectivamente erigidos para su regulación, que como vimos, reflejan toda una serie de limitaciones impuestas para que, precisamente, dentro de su debilidad, la nueva organización internacional pudiese ser aceptada por todas las potencias mundiales vencedoras en la II Guerra Mundial, y sobre todo, por los sectores unilateralistas que entonces poblaban el paisaje político estadounidense. Con tales orígenes, no es de extrañar que las Naciones Unidas apenas puedan evitar el desencadenamiento de algún que otro conflicto menor, limitándose la mayoría de las veces a paliar las consecuencias de guerras ya enquistadas, o que encuentre tantas dificultades a la hora de evitar abusos por parte de Estados sobre sus propias poblaciones, pues como vimos al estudiar a F. D. Roosevelt, su objetivo se reducía a asegurar la paz de su tiempo evitando un nuevo conflicto mundial, qué decir de las intenciones de Stalin, en plena deriva expansionista, o de Francia y Gran Bretaña, más preocupadas por curarse las terribles heridas de guerra y mantener sus respectivos imperios coloniales que por hacer honor a los principios y valores recogidos en declaraciones de intenciones como la Carta Atlántica.

Así pues, con la presente tesis, la historia de la política exterior estadounidense se nos revela como esa *revolución perpetua*, aunque no tan *pacífica* como muchos pretenden que fuese, que en su constante evolución se ha ido transformando a sí misma y, con ello, al resto del mundo, pues como se puede ver a través de estas páginas, Estados Unidos siempre ha sido una potencia revisionista de la mano de su fe ciega en la ideología liberal encarnada en su modelo republicano y democrático, ya haya sido a través de la Doctrina Monroe y sus distintos Corolarios, de la Política de Puertas Abiertas, o de los catorce puntos de W. Wilson y la creación de la Sociedad de Naciones, o el nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas, o con la Doctrina Truman y la estrategia de la contención, muestra de esa revolución permanente que debía ser la democracia según el ideal de T. Jefferson. En todas ellas la Promoción de la Democracia ha jugado un destacado papel, y si bien ésta no siempre haya sido defendida con el mismo vigor y los mismos medios, siempre ha estado presente debido al común denominador ideológico que subyace en todas ellas, el liberalismo de los padres fundadores, encarnado en la Constitución y que cada Presidente ha intentado defender según su particular visión de esos mismos principios y valores estadounidenses basados en el republicanismo y la democracia.



## **BIBLIOGRAFÍA**

### **General:**

**ALLEN, Frederick L. (1952):** *The big change. America Transforms itself, 1900-1950*, Harper & Row Publishers, New York.

**BOSCH, Aurora (2005):** *Historia de Estados Unidos 1776-1945*, Crítica, Barcelona.

**DOENECKE, Justus (2003):** *Storm on the Horizon: The Challenge to American Intervention, 1939-1941*, Rowman & Littlefield Publishers, New York.

**FROMKIN, David (1995):** *In the Times of Americans. FDR, Truman, Eisenhower, Marshall, MacArthur. The Generation that Changed America's Role in the World*, Vintage Books, New York.

**GRAUBARD, Stephen (2004):** *The presidents. The transformation of the American Presidency from Theodore Roosevelt to George W. Bush*, Penguin Books, New York.

**HENDRICKSON, David C. (2009):** *Union, Nation, or Empire. The American Debate over International Relations, 1789-1941*, University Press of Kansas, Lawrence.

**HERRING, George C. (2008):** *From Colony to Superpower. U. S. Foreign Relations since 1776*, Oxford University Press, New York.

**JOHNSON, Paul (1999):** *A History of the American People*, HarperPerennial, New York.

**KENNAN, George F. (1952):** *American Diplomacy 1900-1950*, Mentor Books, New York.

**KISSINGER, Henry (1998):** *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona.

**NINKOVICH, Frank (1999) :** *The wilsonian century: U. S. Foreign policy since 1900*, The University of Chicago Press.

**ROBINSON, William I. (1996):** *Promoting polyarchy. Globalization, US intervention and hegemony*, Cambridge University Press.

**SCHULZINGER, Robert D. (2002):** *U.S. diplomacy since 1900*, Oxford University Press, New York.

**SMITH, Tony (1994):** *America's misión. The US & the Worldwide struggle for democracy in the 20th century*, Princeton University Press, Princeton.



## **Páginas Web más consultadas:**

<http://avalon.law.yale.edu>  
<http://cdl.library.cornell.edu>  
<http://libertyonline.hypermall.com>  
<http://teachingamericanhistory.org>  
[www.archive.org](http://www.archive.org)  
[www.bartleby.com](http://www.bartleby.com)  
[www.fdrlibrary.marist.edu](http://www.fdrlibrary.marist.edu)  
[www.ipl.org](http://www.ipl.org)  
[www.libreriadelauned.es](http://www.libreriadelauned.es)  
[www.mtholyoke.edu](http://www.mtholyoke.edu)  
[www.nato.int](http://www.nato.int)  
[www.ndl.go.jp](http://www.ndl.go.jp)  
[www.presidency.ucsb.edu](http://www.presidency.ucsb.edu)  
[www.spartacus.schoolnet.co.uk](http://www.spartacus.schoolnet.co.uk)  
[www.theodore-roosevelt.com](http://www.theodore-roosevelt.com)  
[www.trumanlibrary.org](http://www.trumanlibrary.org)  
[www.un.org](http://www.un.org)  
[www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov)  
[www.woodrowwilson.org](http://www.woodrowwilson.org)  
[www.yale.edu](http://www.yale.edu)

## **Introducción**

**CARROTHERS, Thomas (1999):** *Aiding Democracy Abroad, the Learning Curve*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington D.C.

**-(2004):** *Critical Mission, Essays on Democracy Promotion*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington D.C.

**RAND Corp. (2003):** *America's Role in Nation-Building, from Germany to Iraq*, RAND Corp, Santa Monica.

**-(2005):** *The UN's in Nation-Building, from Congo to Iraq*, RAND Corp, Santa Monica.

**Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos (2007):** *Democracy Promotion: Cornerstone of U.S. Foreign Policy?*

## **Capítulo 1**

### **Documentación oficial:**

**ADAMS, John** (4 de marzo de 1797) “*Inaugural Address*”, Washington.

**ADAMS, John Quincy** (4 de marzo de 1825) “*Inaugural Address*”, Washington.



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

- (6 de diciembre de 1825) “*First Annual Message*”, Washington.
- (15 de marzo de 1826) “*Special Message*”, Washington.

**CLEVELAND, Grover** (4 de diciembre de 1893) “*First Annual Message*”, Washington,  
Washington,  
- (3 de diciembre de 1894) “*Second Annual Message*”,  
Washington,  
- (12 de julio de 1895) “*Proclamation 377 - Neutrality of Citizens of the United States in the Civil Disturbances in Cuba*”, Washington.  
Washington,  
- (2 de diciembre de 1895) “*Third Annual Message*”,  
Washington,  
- (17 de diciembre de 1895) “*Special Message*”, Washington,  
- (27 de julio de 1896) “*Proclamation 387 - Continuing Neutrality of Citizens of the United States in the Civil Disturbance in Cuba*”, Washington.  
Washington.  
- (7 de diciembre de 1896) “*Fourth Annual Message*”,  
Washington.

**Constitución de Estados Unidos, 1788.**

**DEMOCRATIC PARTY PLATFORM** (27 de mayo de 1844) “*Democratic Party Platform of 1844*”

**GRANT, Ulysses S.** (5 de diciembre de 1870) “*Second Annual Message*”, Washington,

**HARRISON, Benjamin** (4 de marzo de 1889) “*Innaugural Address*”, Washington,  
- (19 de junio de 1890) “*Message to Congress Recommending Reciprocal Commercial Treaties with Other Republics of the Western Hemisphere*”, Washington,  
Washington,  
- (9 de diciembre de 1891) “*Third Annual Message*”,  
Washington,  
- (25 de enero de 1892) “*Message to Congress Reporting on Correspondence Between the United States and Chile Regarding Violence Against American Sailors in Valparaíso*”, Washington,  
- (30 de mayo de 1892) “*Address at the Dedication Ceremony for the Soldiers' and Sailors' Monument in Rochester*”, New York,  
- (15 de febrero de 1893) “*Message to the Senate Transmitting a Treaty to Annex the Hawaiian Islands*”, Washington.

**HENRY, Patrick** (23 de marzo de 1775) “*Give me Liberty of give me Death*”, Richmond.

**JACKSON, Andrew** (4 de marzo de 1829) “*Inaugural Address*”, Washington,  
- (8 de diciembre de 1829) “*First Annual Message*”, Washington,  
- (6 de diciembre de 1830) “*Second Annual Message*”, Washington,  
- (4 de diciembre de 1832) “*Fourth Annual Message*”, Washington,  
- (7 de diciembre de 1835) “*Seventh Annual Message*”,  
Washington,



-(4 de marzo de 1837) "*Farewell Address*", Washington.

**JEFFERSON, Thomas** (4 de marzo de 1801) "*First Inaugural Address*", Washington,  
-(8 de diciembre de 1801) "*First Annual Message*",  
Washington.

**JOURNALS Of The CONTINENTAL CONGRESS, 1774-1789**, Vol. 5, Government  
Printing Office, Washington, 1906.

**LINCOLN, Abraham** (1 de diciembre de 1862) "*Second Annual Message*",  
Washington,  
-(18 de agosto de 1864) "*Address to the 164<sup>th</sup> Ohio Regiment*"

**MADISON, James** (5 de diciembre de 1810) "*Second Annual Message*", Washington,  
- (3 de enero de 1811) "*Special Message*", Washington,  
- (1 de Julio de 1812) "*Special Message*", Washington.

**MONROE, James** (12 de diciembre de 1817) "*First Annual Message*", Washington.  
-(16 de noviembre de 1818) "*Second Annual Message*",  
Washington,  
-(7 de diciembre de 1819) "*Third Annual Message*", Washington,  
-(14 de noviembre de 1820) "*Special Message*", Washington,  
-(3 de diciembre de 1821) "*Fifth Annual Message*", Washington,  
-(8 de marzo de 1822) "*Special Message*", Washington,  
-(3 de diciembre de 1822) "*Sixth Annual Message*", Washington,  
-(2 de diciembre de 1823) "*Seventh Annual Message to Congress*",  
Washington.

**POLK, James K.** (4 de marzo de 1845) "*Inaugural Address*", Washington,  
-(2 de diciembre de 1845) "*First Annual Message*", Washington,  
-(24 de marzo de 1846) "*Special Message*", Washington,  
-(11 de mayo de 1846) "*Special Message to Congress on Mexican  
Relations*", Washington,  
-(13 de febrero de 1847) "*Special Message*", Washington,  
-(4 de agosto de 1846) "*Special Message*", Washington,  
-(8 de agosto de 1846) "*Special Message*", Washington,  
-(8 de diciembre de 1846) "*Second Annual Message*", Washington,  
-(22 de diciembre de 1846) "*Special Message*", Washington,  
-(7 de diciembre de 1847) "*Third Annual Message*", Washington,  
-(6 de julio de 1848) "*Special Message*", Washington,  
-(14 de agosto de 1848) "*Special Message*", Washington,  
-(5 de diciembre de 1848) "*Fourth Annual Message*", Washington.

**TYLER, John** (10 de diciembre de 1843) "*Third Annual Message*", Washington,  
- (3 de diciembre de 1844) "*Fourth Annual Message*", Washington,  
- (18 de diciembre de 1844) "*Special Message*", Washington.

**WASHINGTON, George** (30 de Abril de 1789) "*Firts Inaugural Address*", Nueva  
York.



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

-(26 de Septiembre de 1796) “Farewell Adress”

**Libros:**

**ADAMS, J. Q. y ADAMS, C. F. (1871):** *The Life of John Adams, vol.1*, J. B. Lippincott & Co., Philadelphia.

**BAILYN, Bernard (1967):** *The Ideological Origins of the American Revolution*, Harvard University Press, Cambridge.

**JAFFA, Harry V. (1959):** *Crisis of the House Divided: An Interpretation of the Issues in the Lincoln-Douglas Debates*, Doubleday & Company, New York.

**LAFEBER, Walter (1998):** *The New Empire. An Interpretation of American Expansion 1860-1898*, Cornell University Press, Ithaca.

**HAMILTON, Alexander (2001):** *Writings*, The Library of America, New York.

**HUNT, Michael H. (1987):** *Ideology and U.S. foreign policy*, Yale University, New Haven.

**JEFFERSON, THOMAS (2009):** *La declaración de Independencia*, Ediciones Akal, Madrid.

**KAGAN, Robert (2007):** *Dangerous Nation. America's Foreign Policy from It's Earliest Days to the Dawn of the Twentieth Century*, Vintage Books, New York.

**MAHAN, Alfred Thayer (1890):** *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*, Little, Brown and Company, Boston.

**McDOUGALL, Walter (1997):** *A. Promised land, crussader State. The American encounter with the world since 1776*, Mariner Books, New York.

**MEAD, Walter Russell (2002):** *Special providence. American foreign policy and how it changed the world*, Ed. Routledge, New York.

**MERRY, Robert W. (2009):** *A Country of Vast Designs. James K. Polk, the Mexican War, and the Conquest of the American Continent*, Simon & Schuster, New York.

**SEWARD, William H. (1853):** *The Works of William H. Seward, vol. III y IV*, Redfield, New York.

**STEPHANSON, Anders (1995):** *Manifest Destiny. American Expansion and the Empire of Right*, Ed. Hill \$ Wang, New York.

**THAYER, William Roscoe (1915):** *The Life and Letters of John Hay, Vol. 1-2*, Houghton Mifflin Company, Boston.



**TURNER, Frederick Jackson (1893):** *The Frontier in American History*, H. Holt and Company, New York, 1920.

**WEINBERG, Albert K. (1968):** *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

**WOOD, Gordon S. (2002):** *La revolución norteamericana*, Mondadori, Barcelona.

**Artículos y otros discursos:**

**ALLEN, W. B.** *The Moral Foundations of George Washington's Foreign Policy Choices*, 2011.

**BLAND, Richard** *An Inquiry into the Right of the British Colonies*, 1766.

**CALHOUN, John C.**, *La conquista de México*, 1848

**GALLATIN, Albert**, *Albert Peace with Mexico*, 1847.

**HENRY, Patrick** *Give me liberty or give death*, 1775.

**O'SULLIVAN, John L.** "The Great Nation of futurity" (extractos sobre Destino Manifiesto), 1839.

**OLNEY, Richard**, *Carta al embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña T. Bayard*, 1895.

**PAINE, Thomas** "Common sense and of the present ability of America", 1776.

**PASTOR, Manuel** "Abraham Lincoln: la consolidación de una nueva nación", *La Ilustración Liberal*, nº 39.

**PRICE, Richard** "The discourse on the Love of Country", 1789.

**SEWARD, William**, *Elogio a J. Q. Adams*, 1848.

**SCHURSZ, Carl** "The True Americanism", 2 de enero de 1896.

- "The Policy of Imperialism", 17 de octubre de 1899.

- "For the Republic of Washington and Lincoln", 22 de febrero de 1902.

**STILES, Ezra** "The United States Elevated to Glory and Honor", 1783.

**STRONG, Josiah** "Our Country", 1885.

**THE AMERICAN WHIG REVIEW** "The destiny of the Country", 1847.



**THE UNITED STATES DEMOCRATIC REVIEW** “*The Foreign Policy of the United States*”, 1855.

**WEBSTER, Daniel**, *La revolución en Grecia*, 1824.  
- *Guerra con México*, 1848

**WINTHORP, John** “*City upon a hill*”, 1630.

**LIBERALISMO:**

**AYER, A. J. (1988)**: *Hume*, Alianza Editorial, Madrid.

**BURKE, Edmund (1790)**: *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.

**DÍEZ DEL CORRAL, Luis (1988)**: *.El pensamiento político de Tocqueville*, Alianza Universidad, Madrid.

**DINWIDDY, John (1995)**: *Bentham*, Alianza Editorial, Madrid.

**FETSCHER, I (1979)**: “Filosofía moral y política de J. J. Rousseau”, *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, marzo-abril 1979.

**HENNIS, Wilhelm (1981)**: “La nueva ciencia política de Tocqueville”, *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, julio-agosto 1981.

**KANT, Immanuel (1795)**: *Sobre la paz perpetua*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

**LOCKE, John (1662)**: *Ensayo sobre el gobierno civil*, Aguilar, Madrid, 1990.

**MACPHERSON, C. B. (2005)**: *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, Ed. Trotta, Madrid.  
- *Burke*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

**MILL, John Stuart (1859)**: *Sobre la libertad*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1980.

**MOREAU, J. (1977)**: *Rousseau y la fundamentación de la democracia*, Espasa Calpe, Madrid.

**ROUSSEAU, Jean-Jacques (1762)**: *Discursos. El contrato social*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995.

**SABINE, George H. (1995)**: *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

**SKINNER, A. S. (1979)**: “Adam Smith y el papel de Estado”, *Hacienda Pública Española* nº 59, Madrid.



**TOCQUEVILLE, Alexis de (1835 y 1840):** *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

**VALLESPÍN, Fernando (ed.) (2002):** *Historia de la Teoría Política, 3*, Alianza Editorial, Madrid.

## Capítulo 2

### Documentación oficial:

- **BEVERIDGE, Albert J.** (9 de enero de 1900) “*In Support of an American Empire*”, Discurso ante el Senado, Washington.

- **CLEVELAND, Grover** (12 de junio de 1895) “*Proclamation 377 - Neutrality of Citizens of the United States in the Civil Disturbances in Cuba*”, Washington

- **CONGRESO EEUU** (28 de febrero de 1901) “*Enmienda Platt*”, Washington.

- **GRANT, Ulises** (5 de diciembre de 1870) “*Second Annual Message*”, Washington.

- **HOAR, George** (17 de abril de 1900) “*The Lust for Empire*”, Washington.

- **McKINKLEY, William** (25 de abril de 1898) “*Declaration of War*”, Washington.  
-(5 de diciembre de 1899) “*Third Annual Message*”, Washington,  
-(12 de julio de 1900) “*Address Accepting the Republican Presidential Nomination*”  
-(5 de septiembre de 1901) “*Last Public Utterance to the People of Buffalo*”, New York.

- **PARIS TREATY** (10 de diciembre de 1898)

- **PLATT AMENDMENT** (27 de febrero de 1901)

- **REPUBLICAN PARTY PLATFORM** (16 de junio de 1896) “*Republican Party Platform 1896*”

- **ROOSEVELT, Theodore** (3 de diciembre de 1901) “*First Annual Message*”, Washington.

Washington,  
-(7 de diciembre de 1903) “*State of the Union Message*”, Washington,

-(4 de marzo de 1905) “*Inaugural Address*”, Washington.

- **TAFT, William Howard** (4 de marzo de 1909) “*Inaugural Address*”, Washington,



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

Washington, - (7 de diciembre de 1909) “*First Annual Message*”,  
Washington, - (6 de diciembre de 1910) “*Second Annual Message*”,  
Washington. - (3 de diciembre de 1912) “*Fourth Annual Message*”,

- **TELLER AMENDMENT** (20 de abril de 1898)

**Libros:**

**BEALE, Howard K. (1956):** *Theodore Roosevelt and the Rise of America to World Power*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1987.

**DONNELLY, Jack (2000):** *Realism and International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge.

**FONER, Philip S. (1975):** *La guerra hispano/cubano/americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano 1895/1902*, Akal, Madrid.

**HOWRY, G. E. (1958):** *The Era of Theodore Roosevelt*, Harper & Row, New York.

**LEECH, Margaret (1959):** *In the days of McKinley*, Harper & Brothers, New York.

**MAHAN, Alfred Thayer (1890):** *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*, Little, Brown and Company, Boston.

**MORGAN, H. Wayne (1965):** *America's Road to Empire. The War with Spain and Overseas Expansion*, John Wilwy & Sons, New York.

**MORRIS, Edmund (1979):** *The Rise of Theodore Roosevelt*, Random House, New York, 2010.

- (2001): *Theodore Rex*, Random House, New York.

- (2010): *Colonel Roosevelt*, Random House, New York.

**MOWRY, George E. (1958):** *The Era of Theodore Roosevelt 1900-1912*, Harper & Row, New York.

**MYERS, Robert J. (1999):** *U.S. Foreign Policy in the Twenty First Century. The relevance of Realism*, Louisiana State University Press, Baton Rouge.

**ROOSEVELT, Theodore (1913):** *An autobiography*, MacMillan, New York.

- (1923): *The Works of Theodore Roosevelt*, Vol. 1, C. Scribner's Sons, New York.

**TAYLOR, Charles Carlisle (1920):** *The Life of Admiral Mahan*, G. H. Doran Company, New York.



**THAYER, William Roscoe (1915):** *The Life and Letters of John Hay, Vol. 1-2*, Houghton Mifflin Company, Boston.

**TWAIN, Mark (2006)** *Antiimperialismo. Patriotas y traidores*, Icaria Editorial, Barcelona.

**TUCÍDIDES (s. V a. C.):** *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997.

**WILDMAN, Edwin (1922):** *Famous leaders of character in America, from the latter half of nineteenth century; the life stories of boys who have impressed their personalities on the life and history of the United States*, The Page Company, Cap. XIV, Boston.

**ZIMMERMANN, Warren (2002):** *First great triumph. How five Americans made their country a world power*, FSG Books, New York.

#### Artículos:

**BERGE, William H.** “Voices of imperialism: Josiah Strong and the protestant clergy”, *Eastern University Press*, 1973.

**ROOSEVELT, Theodore** “True Americanism”, *The Forum Magazine*, 1894.

-“Obstacles to Immediate Expansion”, carta escrita a A. T. Mahan de 1897.

-“Discurso en la Escuela Naval”, 2 de julio de 1897.

-“Military Preparedness and Unpreparedness”, *Century*, noviembre de 1899.

-“Expansion and Peace”, *Independent*, diciembre de 1899.

-“Character and Success”, *Outlook*, mayo de 1900.

-“The eight and ninth Commandments”, *Outlook*, mayo de 1900.

- “Promise and Performance”, *Outlook*, julio de 1900.

- **SCHURZ, Carl** (2 de enero de 1896) “The True Americanism”, New York

-(17 de octubre de 1899) “The Policy of Imperialism”.

-(22 de febrero de 1902) “For the Republic of Washington and Lincoln”

- **SUMNER, William G.** (16 de enero de 1899) “The Conquest of the United States by Spain”

#### FILIPINAS:

##### Libros:

**FOSTER, Anne & GO, Julian (editors) (2003)** *The American colonial State in the Philippines. Global perspectives*, Duke University Press.



**KRAMER, Paul A. (2006)** *The blood of government. Race, empire, the United States & the Philippines*, The University of North Carolina Press.

**ROBINSON, William I. (1996):** *Promoting Polyarchy. Globalization, US Intervention and Hegemony*, Cambridge University Press.

**Documentación oficial:**

- **Acuerdo de paz entre EEUU y España de 10 de Diciembre de 1898**
- **Constitución de Biak-na-Bato de 1897**
- **Constitución Filipina de 1935**
- **Ley de Autonomía Filipina (Ley Jones) de 1916**
- **Ley de Independencia Filipina de 1934**
- **Ley Orgánica Filipina de 1902**
- **McKINLEY, William** - (11 de abril de 1898) “*Mensaje de guerra a la nación*”, Washington  
-(mayo de 1898) “*La adquisición de las Filipinas*”, Washington,  
- (21 de Diciembre de 1898) “*Proclamación de asimilación benevolente*”, Washington  
- (4 de Marzo de 1904) “*Segundo discurso inaugural*”, Washington .
- **ROOSEVELT, Theodore** -(10 de abril de 1899) “*The Strenuous Life*”, Chicago  
-(27 de abril de 1900) “*Grant*”, Illinois.  
- (23 de abril de 1910) “*The Man in the Arena*”, Paris,  
-(10 de mayo de 1910) “*Nobel Peace Prize Acceptance Speech*”  
-(13 de agosto de 1910) “*The New Nationalism*”.
- **WILSON, Woodrow** -(2 de diciembre de 1913) “*First Annual Message*”, Washington

**Artículos:**

**BEVERIDGE, Albert** (16 de Septiembre de 1898) “La marcha de la bandera”

## **Capítulo 3**

**Documentación oficial:**



**BORAH, W. E.** (19 de noviembre de 1919) “*Address to the Senate*”, Washington.

**CONGRESSIONAL RECORD 66 Congress, 1st. Session, 1919.**

**CONGRESSIONAL DIGEST** (marzo de 1928) “*Provisions of U.S. Constitution Involved in Considering Outlawing of War Question*”, Vol. 7, Issue 3.

**COOLIDGE, Calvin** (3 de diciembre de 1924) “*Second Annual Message*”, Washington,

- (4 de marzo de 1925) “*Inaugural Address*”, Washington,

- (6 de octubre de 1925) “*Address Before the American Legion Convention at Omaha*”, Nebraska,

- (8 de diciembre de 1925) “*Third Annual Message*”, Washington,

- (22 de febrero de 1926) “*Address Before the Department of Superintendence of the National Education Association*”, Washington,

- (30 de mayo de 1928) “*Address at Gettysburg Battlefield*”, Gettysburg,

- (10 de diciembre de 1928) “*Address Before the Pan American Conference on Arbitration and Conciliation*”, Washington.

**HARDING, Warren** (12 de junio de 1920) “*Address Accepting the Republican Presidential Nomination*”, Washington

- (4 de marzo de 1921) “*Inaugural Address*”, Washington.

**HOOVER, Herbert** (4 de marzo de 1929) “*Inaugural Address*”, Washington,

- (7 de enero de 1930) “*Statement on the London Naval Conference*”, Washington,

- (11 de abril de 1930) “*Statement About the London Naval Conference*”, Washington,

- (26 de abril de 1930) “*Address to the Gridiron Club*”, Washington,

- (13 de junio de 1930) “*Statement on the Treaty for the Limitation and Reduction of Naval Armament*”, Washington,

- (21 de junio de 1930) “*Statement Announcing the Proposal of the Moratorium on Intergovernmental Debts*”, Washington,

- (7 de julio de 1930) “*Message to the Special Session of the Senate on the Treaty for the Limitation and Reduction of Naval Armament*”, Washington,

- (22 de julio de 1930) “*Statement About Signing the Treaty for the Limitation and Reduction of Naval Armament*”, Washington,

- (14 de abril de 1931) “*Address to the Pan American Union*”, New York,

- (21 de julio de 1931) “*Statement Announcing the Proposal of the Moratorium on Intergovernmental Debts*”, Washington,

- (8 de diciembre de 1931) “*Annual Message to the Congress on the State of the Union*”, Washington.

**LAFOLLETE, Robert M** (4 de abril de 1917) “*Address to the Senate*”, Washington.

- (6 de octubre de 1917) “*Address to the Senate*”, Washington.



**LODGE, Henry C.** (12 de agosto de 1919) “*Address to the Senate*”, Washington.

**NORRIS, George W.** (4 de abril de 1917) “*Address to the Senate*”, Washington.

**Pacto Kellogg-Briand** (27 de agosto de 1928)

**Plataforma Política del Partido Demócrata** (24 de junio de 1924)

**Plataforma Política del Partido Republicano** (8 de junio de 1920)  
-(10 de junio de 1924)  
-(14 de junio de 1932)

**REED, James A.** (2 de marzo de 1921) “*Address to the Senate*”, Washington.

**ROBINSON, Joseph T.** (18 de noviembre de 1919) “*Address to the Senate*”, Washington.

**Tratado de Locarno** (16 de octubre de 1926)

**WILSON, Woodrow** (27 de agosto de 1913) “*Address to Congreso on Mexican Affaire*”, Washington.

-(2 de diciembre de 1913) “*State of the Union Address*”, Washington,

-(11 de mayo de 1914) “*Address in memory of soldiers lost in Vera Cruz*”, New York.

-(4 de julio de 1914) “*Address at Independence Hall*”, Philadelphia.

-(8 de diciembre de 1914) “*Second Annual Message*”, Washington.

-(8 de enero de 1915) “*Jackson Day Address*”, Indianapolis.

-(28 de enero de 1915) “*Veto Message*”, Washington,

-(7 de diciembre de 1915) “*Third Annual Message*”, Washington.

-(27 de enero de 1916) “*Address to motion picture board of trade*”, New York.

-(2 de septiembre de 1916) “*Accepting democratic nomination for president*”, New Jersey.

-(22 de enero de 1917) “*Address to the Senate on Peace without Victory*”, Washington.

-(5 de marzo de 1917) “*Second inaugural address*”, Washington.

-(2 de abril de 1917) “*Address to a Joint Session of Congress Requesting a Declaration of War Against Germany*”, Washington,

-(16 de abril de 1917) “*Address to his fellow-countrymen*”, Washington.

-(8 de enero de 1918) “*Address to a Joint Session of Congress on the Conditions of Peace*”, Washington,

-(11 de febrero de 1918) “*Address to Congress*”, Washington,

-(4 de julio de 1918) “*Address to the diplomatic corps*”, Mount Vernon.



## IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

- (27 de septiembre de 1918) “*Opening Campaign for Fourth Liberty Loan*”, New York,
- (21 de diciembre de 1918) “*Address at the University of Paris*”, Paris.
- (25 de enero de 1919) “*Address at the Peace Conference*”, Paris.
- (14 de febrero de 1919) “*Report at the third plenary session of Peace Conference*”, Paris.
- (28 de febrero de 1919) “*Address on the League of Nations*”, Washington.
- (4 de marzo de 1919) “*Address to New York*”, New York.
- (10 de julio de 1919) “*Address on the Treaty of Versailles*”, Washington.
- (8 de agosto de 1919) “*Address on the cost of living*”, Washington.
- (7 de diciembre de 1920) “*State of the Union Address*”, Washington.

### **Libros:**

**AMBROSIUS, Lloyd E. (2002):** *Wilsonianism. Woodrow Wilson and his legacy in American foreign relations*, Palgrave Macmillan.

**CARR, Edward Hallet (2001):** *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, Perennial, New York.

**COOPER, John Milton Jr. (2001):** *Breaking the Heart of the World. Woodrow Wilson and the Fight for the League of Nations*, Cambridge University Press, Cambridge.

**HEGEL, G. W. F. (1837, 1ª edición):** *Lecciones sobre filosofía de la Historia* Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.

**KANT, Immanuel (1795):** *Sobre la paz perpetua*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

**KNOCK, Thomas J. (1992) :** *To end all wars. Woodrow Wilson and the quest for a new world order*, Princeton University Press.

**LOWENTHAL, Abraham F. (1991) Editor :** *Exporting Democracy. The United States and Latin America. Themes and Issues*. Johns Hopkins University Press, Baltimore.

**NINKOVICH, Frank (1999):** *The wilsonian century. US foreign policy since 1900*, University of Chicago, Chicago.

**ORTEGA y GASSET, José (1941, 1ª edición):** *Historia como sistema*, Espasa-Calpe, Madrid, 1971.

**SPRUTE , Jürgen (2008):** *Filosofía política de Kant*, Tecnos, Madrid.

**WILSON, Woodrow (2005) :** *The essential political writings. Introduced and selected by Ronald J. Pestritto*, Lexington Books, New York.



**Artículos:**

**ABELLA, Rafael** “Los años veinte: entre la guerra y la crisis”, *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, n° 8, noviembre de 1983.

**COOPER, John** “Los felices veinte en Estados Unidos”, *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, n° 8, noviembre de 1983.

**HUGHES, C. E.** “El mantenimiento de la paz en el Hemisferio Occidental”, *Congressional Digest*, marzo de 1928.

**LANSING, Robert** *Congressional Digest*, marzo de 1928.

**LIPPMAN, Walter** *Congressional Digest*, marzo de 1928.

**MORRISON, Charles C.** “Outlawry of War”, *Congressional Digest*, marzo 1928.

**NORTH AMERICAN REVIEW** “*For Freedom and Democracy*”, n° 206, del 30 de marzo de 1917.

**PALAU, Senén F.** “El fin del patron oro”, *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, n° 8, noviembre de 1983.

**PFAFF, William** “*El destino manifiesto de EEUU: ideología y política exterior*”, *POLÍTICA EXTERIOR* mayo/junio 2007, núm. 117.

**SIMONDS, F. H.** “Is the Briand Proposal Practical”, *Congressional Digest*, marzo de 1928.

**STEEL, Ronald** “*El presidente Wilson y los neoconservadores*”, *POLÍTICA EXTERIOR* enero/febrero 2004, núm. 97.

**TAMAMES, Ramón** “Multinacionales y materias primas”, *Historia 16. Siglo XX Historia Universal*, n° 8, noviembre de 1983.

**THE PHILADELPHIA NORTH AMERICAN** “*True Americanism. An editorial*”, *The Philadelphia North American*, 6 de Julio de 1911.

**WILSON, Woodrow** “*First in peace*” *Harper’s New Monthly Magazine*, septiembre de 1896, vol. XCIII.

- “*The making of the nation*” *The Atlantic Monthly*, Julio de 1897, vol. LXXX.

**HAITÍ:**

**Libros:**



**GIRARD, Philippe (2005):** *Paradise Lost. Haiti's Tumultuous Journey from Pearl of the Caribbean to Third World Hot Spot*, Palgrave Macmillan, New York.

**SCHMIDT, Hans, (1995):** *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*, Rutgers University Press, New Brunswick.

**Documentación oficial:**

**Constitución de la República de Haití de 1918**

**COOLIDGE, Calvin** (30 de mayo de 1928) “*Address at Gettysburg's Battlefield*”

**HOOVER, Herbert** (3 de diciembre de 1929) “*State of the Union Address*”, Washington,

-(4 de febrero de 1930) “*Press Conference*”, Washington.

**ROOSEVELT, Franklin Delano** (17 de abril de 1934) “*Joint Statement with President Vincent of Haiti*”, Port au Prince

**ROOSEVELT, Theodore** (6 de marzo de 1900) “*Special Message*”, Washington.

**TAFT, William H.** (5 de diciembre de 1911) “*Third Annual Message*”, Washington.

**Artículos:**

*The Seizure of Haiti by the United States. A Report on the Military Occupation of the Republic of Haiti and the History of the Treaty forced upon her*, Asociación de Política Exterior, abril de 1922.

**BUTLER, Smedley** (1935) *War is a Racket*

## **Capítulo 4**

**Libros:**

**BARNES, Harry, Ed. (1953):** *Perpetual War for Perpetual Peace. A Critical Examination of the Foreign Policy of Franklin Delano Roosevelt*, The Caxton Printers, Idaho.

**BEARD, Charles (1940):** *A Foreign Policy for America*, Alfred A. Knopf, New York.

**BUHOUR, Chantal (1996):** *El comercio internacional, del GATT a la OMC*, Editorial Salvat, Barcelona.

**BUTLER, Susan (2007):** *Querido Mr. Stalin. La correspondencia entre Franklin D. Roosevelt y Josef Stalin*, Paidós, Barcelona.



**CHURCHILL, Winston (1948-1953):** *La segunda guerra mundial (II)*, La esfera de los libros, Madrid, 2004.

**COLE, Wayne S. (1953):** *America First. The Battle against Intervention, 1940-1941*, The University of Wisconsin Press, Madison.

**DALLEK, Robert (1979):** *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, Oxford University Press, Oxford.

**DIVINE, R. A. (1967):** *Second Chance. The Triumph of Internationalism in America During IIWW*, Atheneum, New York.

**HARPER, John Lamberton (1994):** *American Visions of Europe. Franklin D. Roosevelt, George F. Kennan, and Dean G. Acheson*, Cambridge University Press, Cambridge.

**JONAS, Manfred (1990):** *Isolationism in America 1935-1941*, Imprint Publications, Chicago.

**LIPPMANN, Walter (1944):** *US War Aims*, Little, Brown and Company, Boston.

**MORGAN, Ted (1983):** *Franklin Delano Roosevelt, una biografía*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.

**VELASCO, Manuel D. (1999):** *Las organizaciones internacionales*, Editorial Tecnos, Madrid.

**WITTMER, Felix (1953):** *The Yalta Betrayal. Data on the Decline and Fallo f Franklin Delano Roosevelt*, The Caxton Printers, Idaho.

**Documentación oficial:**

**ADMAS, J. Q.** (15 de marzo de 1826) “*Special Message*”, Washington.

**Carta Atlántica** (14 de agosto de 1941)

**Carta de la Organización de las Naciones Unidas, 1945**

**CLARK, B. C.** (3 de septiembre de 1939) “*Address*”, Brookfield.

**CONALLY, Tom** (24 de agosto de 1935) “*Address to the Senate*”, Washington.

**Conferencia de Casablanca, 1943** (12 de febrero de 1943)

**Conferencia de El Cairo, 1943**

**Conferencia de Teherán, 1943** (28 de noviembre de 1943)

**Conferencia de Yalta, 1945**



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

**CONGRESSIONAL DIGEST** (octubre de 1939) “*Congress Tackles Neutrality*”, Vol. 18, Issue 10.

-(junio-julio 1941) “*Congress Watches World Policy of the President*”, Vol. 20, Issues 6/7.

**CONGRESSIONAL RECORD 81 CONGRESS**, 1949-1951.

**Declaración de Tenerán** (1 de diciembre de 1943)

**DEMOCRATIC PARTY PLATFORM** (23 de junio de 1936)

**FULLBRIGHT RESOLUTION** (21 de septiembre de 1943)

**GRANT, Ulises S.** (1870) “*Proclamations 192 & 193*”, Washington.

**HOPE, Clifford** (5 de febrero de 1941) “*Address to the Senate*”, Washington.

**HUTCHINS, Robert M.** (23 de enero de 1941) “*Address*”

**HULL, Cordell** (27 de mayo de 1939) “*Letter to S. Bloom*”

**KNOX, William** (27 de enero de 1941) “*Statement before de Senate Foreign Relations Comitee*”, Washington.

**LINDBERGH, Charles** (6 de febrero de 1941) “*Address to the Senate*”, Washington,  
-(23 de abril de 1941) “*Address*”, New York.

**MADISON, James** (4 de marzo de 1809) “*Inaugural Address*”, Washington.

**MONROE, James** (2 de diciembre de 1823) “*Seventh Annual Message*”, Washington.

**MOTT, James W.** (28 de mayo de 1939) “*Address to the Senate*”, Washington.

**LEND EASE ACT, 1941** (11 de marzo de 1941)

**NEUTRALITY ACT, 1818**

**NEUTRALITY ACT, 1936** (23 de junio de 1936)

**NEUTRALITY ACT, 1937** (1 de mayo de 1937)

**NEUTRALITY ACT, 1939** (4 de noviembre de 1939)

**NYE, Gerald P.** (8 de mayo de 1941) “*Radio Address*”

**PIERCE, Franklin** (31 de diciembre de 1855) “*Thirth Annual Message*”, Washington.

**PITTMAN, Key** (27 de septiembre de 1939) “*Radio Address*”



**REPUBLICAN PARTY PLATFORM** (7 de junio de 1916)

**RESOLUTION 192** (5 de noviembre de 1943)

**ROOSEVELT, Franklin D.** (4 de marzo de 1933) “*First Inaugural Address*”, Washington.

- (13 de marzo de 1933) “*Message to Congress on Repeal of the Volstead Act*”, Washington,

- (16 de mayo de 1933) “*Appeal for World Peace by Disarmament and for Relief from Economic Chaos*”, Washington,

- (9 de noviembre de 1933) “*Statement on the Conference of American Status*”, Washington,

- (3 de enero de 1934) “*Annual Message to Congress*”, Washington,

- (8 de enero de 1934) “*Remarks Welcoming the Ambassador of the U.S.S.R.*”, Washington,

- (29 de mayo de 1934) “*Message to the Senate Requesting Approval of a Treaty with Cuba*”, Washington,

- (29 de junio de 1934) “*Proclamation 2089 - Banning the Exportation of Arms and Munitions to Cuba*”, Washington,

- (4 de enero de 1935) “*Annual Message to Congress*”, Washington,

- (15 de abril de 1935) “*Statement on Pan-American Day*”, Washington,

- (31 de agosto de 1935) “*Statement on Neutrality Legislation*”, Washington,

- (30 de octubre de 1935) “*Statement Against Profiteering in Italian-Ethiopian War*”, Washington.

- (14 de noviembre de 1935) “*Letter on the Maintenance of Peace*”, Washington,

- (3 de enero de 1936) “*Annual Message to Congress*”, Washington,

- (19 de enero de 1936) “*Address at the Dedication of the Theodore Roosevelt Memorial*”,

- (30 de enero de 1936) “*Letter Suggesting an Inter-American Conference to Advance American and World Peace*”, Washington,

- (14 de agosto 1936) “*Address at Chautauqua, N.Y.*”, New York,

- (1 de mayo de 1937) “*Proclamation 2236 - Forbidding the Export of Arms and Munitions to the Civil War in Spain*”, Washington,

- (6 de enero de 1937) “*Annual Message to Congress*”, Washington,

- (26 de mayo de 1937) “*Message to the Senate Submitting Treaties Adopted at the Inter-American Conference at Buenos Aires*”, Washington,

- (14 de septiembre de 1937) “*Statement on the Transportation of Arms and Munitions to China or Japan*”, Washington,

- (5 de octubre de 1937) “*Address at Chicago*”, Chicago,



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

- Washington, - (6 de octubre de 1937) "*Press Conference*",
- Washington, - (4 de enero de 1939) "*Annual Message to Congress*",
- (14 de abril de 1939) "*Address to the Governing Board of the Pan American Union*", Washington,
- (21 de septiembre de 1939) "*Message to Congress Urging Repeal of the Embargo Provisions of the Neutrality Law*", Washington,
- (4 de noviembre de 1939) "*Statement on Combat Areas*", Washington,
- Washington, - (3 de enero de 1940) "*Annual Message to Congress*",
- (10 de junio de 1940) "*Address*", Virginia University,
- (19 de julio de 1940) "*Radio Address to the Democratic National Convention Accepting the Nomination*", Washington,
- Washington, - (16 de septiembre de 1940) "*Proclamation 2425*",
- (3 de septiembre de 1940) "*Message to Congress on Exchanging Destroyers for British Naval and Air Bases*", Washington,
- Washington, - (17 de diciembre de 1940) "*Press Conference*",
- (29 de diciembre de 1940) "*Fireside Chat*",
- (6 de enero de 1941) "*Address to Congress. The Four Freedoms Speech*", Washington.
- Washington. - (20 de enero de 1941) "*Third Inaugural Address*",
- (27 de febrero de 1941) "*Address to the Academy Awards Dinner*",
- (8 de marzo de 1941) "*Radio Address*",
- (12 de marzo de 1941) "*Request for Lend-Lease Program Appropriations*", Washington,
- (27 de mayo de 1941) "*Proclamation 2487 - Proclaiming That an Unlimited National Emergency Confronts This Country*", Washington y "*Radio Address*",
- (9 de octubre de 1941) "*Message to Congress on the Arming of Merchant Ships*", Washington,
- (8 de diciembre de 1941) "*Address to Congress Requesting a Declaration of War with Japan*", Washington,
- (11 de diciembre de 1941) "*Message to Congress Requesting War Declarations with Germany and Italy*", Washington,
- (28 de julio de 1943) "*Address of the President Broadcast Nationally on Progress of War and Plans for Peace*",
- (9 de noviembre de 1943) "*Address on the Signing of the Agreement Establishing the U.N.R.R.A.*", Washington,
- (11 de enero de 1944) "*State of the Union Address to Congress*", Washington.
- Washington, - (30 de mayo de 1944) "*Press Conference*",



## IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

-(20 de julio de 1944) “*Address to the Democratic National Convention*”, Chicago,

-(9 de octubre de 1944) “*Statement on the Dumbarton Oaks Conversations*”, Washington.

-(6 de enero de 1945) “*State of the Union Address*”, Washington.

-(20 de enero de 1945) “*Fourth Inaugural Address*”, Washington,

-(1 de marzo de 1945) “*Address to Congress on the Yalta Conference*”, Washington

- y **CHURCHILL, Winston S.** (14 de agosto de 1941) “*The Atlantic Charter*”, Newfoundland.

- y **26 Naciones Aliadas** (1 de enero de 1942) “*Joint Declaration of the United Nations on Cooperation for Victory*”, Washington.

- y **CHURCHILL, Winston S., STALIN, Joseph** (1 de diciembre de 1943) “*The Teheran Declaration*”, Teherán.

- y **STALIN, Joseph, CHURCHILL, Winston S.** (11 de Febrero de 1945) “*The Yalta Conference*”, Yalta.

**TAFT, Howard** (3 de diciembre de 1912) “*Fourth Annual Message*”, Washington.

**TAFT, Robert A.** (6 de septiembre de 1939) “*Address*”

**VANDENBERG, Arthur H.** (10 de enero de 1945) “*Address to the Senate*”, Washington.

**WALSH, David I.** (4 de julio de 1939) “*Address*”, Fitchburg.

**WASHINGTON, George** (7 de diciembre de 1796) “*Eighth Annual Message*”

**WHEELER; Burton** (31 de diciembre de 1940) “*Radio Address*”

-(12 de enero de 1941) “*Address to the Senate*”, Washington.

**WILSON, Woodrow** (19 de agosto de 1914) “*Message on Neutrality*”, Washington,

-(26 de febrero de 1917) “*Address to a Joint Session of Congress: "Request for Authority"*”, Washington,

-(2 de abril de 1917) “*Address to a Joint Session of Congress Requesting a Declaration of War Against Germany*”, Washington.

### Artículos:

**BALL, Joseph H.** “The Essentials of a World Organization”, American Bar Association *The Dumbarton Oaks Proposals*

**CLARK, B. C.** “Desvío alrededor de la guerra”, *Harper's Magazine*, diciembre de 1939.

**COFFEE, Harry B.** (editorial del 16 de enero de 1941) *Omaha World Herald*.



**NYE, Gerald P.** “Is Neutrality Possible for America?”, *Tomorrow in the Making*, 1939.

**ROOSEVELT, F.D.** “Our Foreign Policy. A Democratic View”, *Foreign Affairs*, vol. 6 n° 4, julio de 1928.

**THE NATION** (editorial del 9 de enero de 1937)

**VANDENBERG, Arthur** (artículo del 22 de septiembre de 1939), *Washington Daily News*.

## **Capítulo 5**

### **Documentación oficial:**

**U. S. Department of State** “*The Marshall Plan. Rebuilding Europe*”

**ACHESON, Dean** (marzo de 1947) “*Notes for Acheson speech, "The Economics of Peace"*”

- (8 de mayo de 1947) “*The Requirements of Reconstruction*”

- (21 de enero de 1948) “*Address at Atlantic City*”

- (18 de marzo de 1949) “*Radio Address*”

**ALLISON, Brent** (25 de febrero de 1949) “*Address*”

**AUSTIN, Warren R.** (24 de febrero de 1949) “*Address*”

**BALL, Joseph H.** (13 de diciembre de 1947) “*Address at Philadelphia*”

**BRADLEY, Omar N.** (3 de mayo de 1949) “*Testimony before the Senate Foreign Relations Committee*”

**BRICKER, J. W.** (12 de noviembre de 1951) “*Address to the Senate*”

**BURDICK, U. L.** (27 de septiembre de 1951) “*Address to the Senate*”

**CHURCHILL, Winston** (5 de marzo de 1946) “*Iron Curtain Speech*”

**CONGRESSIONAL DIGEST** (marzo de 1948) “*Congress and The Marshall Plan*”, Vol. 27, Issue 3.

- (junio de 1949) “*Congress and The North Atlantic Treaty*”, Vol. 28, Issue 6/7.

- (febrero de 1952) “*The Growing Conflict Between The United States and The United Nations*”, Vol. 31, Issue 2.

- (agosto de 1952) “*What Form of International Organization Should The U.S. Support?*”, Vol. 31, Issue 8.



**CONNALLY, Tom** (5 de julio de 1949) “*Address to the Senate*”

**DEL VALLE, A.** (18 de diciembre de 1950) “*Letter to the President Truman*”

**DONNELL, F.** (21 de marzo de 1949) “*Address to the Senate*”

**FERGUSON, H. S.** (13 de julio de 1949) “*Address to the Senate*”

**FLANDERS, R.** (13 de abril de 1949) “*Address to the Senate*”

**HARRIMAN, W. A.** (21 de enero de 1948) “*Testimony before the Senate Foreign Relations Committee*”

**HART, Merwin K.** (24 de enero de 1948) “*Testimony before the Senate Foreign Relations Committee*”

**HOOVER, Herbert** (24 de enero de 1948) “*Letter to the Senate Foreign Relations Committee*”

**JENNER, William E.** (3 de enero de 1948) “*Address to the Senate*”

-(28 de marzo de 1949) “*Address to the Senate*”

-(1951) “*Address to the Senate on Federal Union of Atlantic Pact Nations*”

**KENNAN, George** (22 de febrero de 1946) “*The Long Telegram*”, Moscú.

**KEFAUVER, E.** (1951) “*Proposal of Resolution*”

**LANGER, W.** (14 de julio de 1949) “*Address to the Senate*”

**LEHMAN, Herbert H.** (24 de enero de 1924) “*Testimony before the Senate Foreign Relations Committee*”

**McCORMICK, R.R.** (24 de junio de 1951) “*Radio Address*”

**MALONE, George** (12 de julio de 1949) “*Address to the Senate*”

-(1951) “*Address to the Senate on Federal Union of Atlantic Pact Nations*”

**MARSHALL, George** (14 de septiembre de 1947) “*Report to President Truman*”

-(8 de enero de 1948) “*Address to the Senate*”

**NETTELS, Curtis P.** (12 de marzo de 1949) “*Letter to Senator A. Watkins*”

**National Security Act** (26 de julio de 1947)

**NSC 68**



**ROBERTS, Owen** (1951) “*Address*”

**ROYALL, Kenneth C.** (15 de enero de 1948) “*Testimony before the Senate Foreign Relations Committee*”

**Security Treaty between Australia, New Zeland, and the United States of America (1 de septiembre de 1951)**

**TAFT, Robert A.** (11 de julio de 1949) “*Address to the Senate*”

- (26 de Julio de 1949) “*Speech on the North Atlantic Treaty*”

**Treaty of Economic, Social, and Cultural Collaboration and Collective Self-defense (Tratado de Bruselas) (17 de marzo de 1948)**

**TRUMAN, Harry S.** (9 de agosto de 1945) “*Radio Report to the American People on the Postdam Conference*”,

(27 de octubre de 1945) “*Adress on Foreign Policy at the Navy Day Celebration*”, New York,

- (26 de febrero de 1947) “*Letter to the President of the Senate and to the Speaker of the House Transmitting Draft of National Security Act*”,

- (12 de marzo de 1947) “*Address befote a Joint session of Congress*”, Washington,

- (5 de abril de 1947) “*Address at the Jefferson Day Dinner*”, Washington,

- (26 de junio de 1947) “*Remarks Broacast in the Second Anniversary ofthe United Nations*”

- (19 de diciembre de 1947) “*Special Message to the Congress on the Marshall Plan*”, Washington,

- (31 de diciembre de 1947) “*Press Conference*”,

- (7 de enero de 1948) “*Annual Message to the Congress on the State of the Union*”, Washington,

- (17 de marzo de 1948) “*Special Message to the Congress on the Threat to the Freedom of Europe*”, Washington,

- (5 de enero de 1949) “*Annual Message to the Congress on the State of the Union*”, Washington

- (20 de enero de 1949) “*Inaugural Address*”, Washington.

- (4 de abril de 1949) “*Address on the Occassion of the Signing of the North Atlantic Treaty*”, Washington

- (12 de abril de 1949) “*Special Message to the Senate Transmitting the North Atlantic Treaty*”, Washington

- (24 de agosto de 1949) “*Statement by the President on the Coming into Effect of the North Atlantic Treaty*”, Washington

- (6 de octubre de 1949) “*Statement by the President Upon Signing the Mutual Defense Assistance Act*”, Washington

- (27 de enero de 1950) “*Statement by the President Upon Issuing Order Providing for the Administration of the Mutual Defense Assintance Act*”, Washington



## IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION

- (1 de junio de 1950) “*Special Message to the Congress on Military Aid*”, Washington,
- (27 de junio de 1950) “*Statement by the President on the Situation in Korea*”, Washington,
- (26 de julio de 1950) “*Statement by the President Upon Issuing Bill Continuing the Military Aid Program*”, Washington,
- (7 de septiembre de 1950) “*Remarks to the National Citizens' Committee for United Nations Day*”, Washington,
- (1 de diciembre de 1950) “*President's News Conference*”, Washington,
- (16 de diciembre de 1950) “*Proclamation 2914 - Proclaiming the Existence of a National Emergency*”
- (8 de enero de 1951) “*Annual Message to th Congress on the State of the Union*”, Washington
- (3 de abril de 1951) “*Statement by the President on the Second Anniversary of the Signing of the North Atlantic Treaty*”, Washington
- (5 de abril de 1951) “*Statement by the President on Senate Resolution 99*”, Washington,
- (4 de septiembre de 1951) “*Address in San Francisco at the Opening of the Conference on the Japanese Peace Treaty*”

**WARBURG, James P.** (5 de mayo de 1949) “*Testimony before the Senate Foreign Relations Committee*”

**WHERRY, K.** (2 de abril de 1949) “*Address to the Senate*”  
-(8 de enero de 1951) “*Proposal of Resolution*”

**WOOD, J. T.** (10 de octubre de 1951) “*Address to the Senate*”  
-(19 de diciembre de 1951) “*Address to the Senate*”

### Libros:

**ACHESON, Dean (1987):** *Present at the Creation. My years in the State Department*, W. W. Norton & Company, New York.

**BEHRMAN, Greg (2007):** *The most noble adventure: the Marshall Plan and how America helped rebuild Europe*, New York, Free Press.

**BRYNIARSKI, Joan Lee (1972):** *Against the Tide. Senate Opposition to the Internationalist Foreign Policy of Presidents Franklin D. Roosevelt and Harry S. Truman 1943-1949*, Doctoral Thesis, University of Maryland.

**CHACE, James (1998):** *Acheson. The Secretary of State who creates the American World*, Simon & Schuster, New York.



**COOK, Don (1989):** *Forging the Alliance, the Birth of the NATO Treaty and the Dramatic Transformation of US Foreign Policy between 1945 and 1950*, Arbor House & William Morrow, New York.

**DAVID, S. (1976):** *Dean Acheson. The State Department years*, Mead & Company, New York.

**DIVINE, Robert A. (1967):** *Second Chance. The Triumph of Internationalism in America During World War II*, Atheneum, New York.

**FERRELL, Robert H. (1994):** *Harry S Truman. A Life*, University of Missouri Press, Columbia.

**FREELAND, Richard M. (1985):** *The Truman Doctrine and the Origins of McCarthyism. Foreign Policy, Domestic Politics and International Security, 1946-1948*, New York University Press, New York.

**GADDIS, John Lewis (1982):** *Strategies of Containment. A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*, Oxford University Press, Oxford.

**IRELAND, Timothy P. (1981):** *Creating the entangling Alliance, the origins of the North Atlantic Treaty Organization*, Greenwood Press, Westport.

**ISAACSON, Walter & THOMAS, Evan (1986):** *The Wise Men. Six Friends and the World they Made*, Simon & Schuster Paperbacks, New York.

**ISMAY, Lord (1954):** *The first five years, 1949-1954*, North Atlantic Treaty Organization, Paris

**KAPLAN, Lawrence S (1968):** *Recent American Foreign policy: Conflicting Interpretations*, The Dorsey Press, Homewood.

**-(1980)** *A Community of Interests: NATO and the Military Assistance Program, 1948-1951*, US Government Printing Office.

**-(2007):** *NATO 1948, the Birth of the Transatlantic Alliance* Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, Inc.

**KENNAN, George F. (1983):** *Memoirs, 1925-1950*, Pantheon Books, New York.

**KEPLEY, David R. (1979):** *Challenges to Bipartisanship: Senate Republicans and American Foreign Policy, 1948-1952*, Doctoral Thesis, Universidad de Maryland.

**KISSINGER, Henry (2011):** *On China*, The Penguin Press, New York.

**LEFFLER, Melvyn P. (2008):** *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Ed. Crítica, Barcelona.

**McLELLAN, David S. (1976):** *Dean Acheson. The State Department years*, Dodd, Mead & Company, New York.



**MILLS, Nicolaus (2008):** *Winning the peace. The Marshall Plan & America's Coming of Age as a Superpower*, John Wiley & Sons, Inc., Hoboken.

**PACH, Chester J. Jr (2009):** *Arming the Free World. The Origins of the United States Military Assistance Program, 1945-1950*, Henry Holt and Company, New York.

**SPALDING, Elisabeth E. (2006):** *The First Cold Warrior, Harry Truman, Containment, and the Remaking of Liberal Internationalism*, The University Press of Kentucky, Kentucky.

**TAFT, Robert A. (1951):** *A Foreign Policy for Americans*, Doubleday & Company, Inc., New York.

**THOMPSON, Nicholas (2009):** *The Hawk and the Dove. Paul Nitze, George Kennan and the History of the Cold War*, Henry Holt and Company, New York.

**TRUMAN, Harry S. (1956):** *Memoirs, Vol. II. Years of Trial and Hope*, Doubleday & Company, New York.

**WATSON, R. P., DEVINE, M. J., WOLZ R. J. (2005):** *The National Security Legacy of Harry S. Truman*, Truman State University Press, Kirksville.

**Artículos:**

**KENNAN, George** (julio de 1947) “*The Sources of Soviet Conduct*”, *Foreign Affairs*

**LIPPMANN, Walter** (1947) “*The Cold War*”  
- (1952) “*Isolation and Expansion*”

**LODGE, Henry Cabot Jr.** (27 de marzo de 1949) *Washington Star*

**STIMSON, Henry L.** (octubre de 1947) “*The Challenge to Americans*”, *Foreign Affairs*

**JAPÓN:**

**EIJI, Takemae (2003):** *The Allied Occupation of Japan*, The Continuum International Publishing Group Inc.

**ORR, Robert C. (editor) (2004):** *Winning the Peace. An American Strategy for Post-Conflict Reconstruction*, The CSIS Press.

**PIRENNE, Jacques (1982):** *Historia Universal, Vol. 4, Reforma y Absolutismo*, Ed. Océano, Barcelona.

**RESEARCH AND DEVELOPMENT CORPORATION (2003):** *America's Role in Nation-Building. From Germany to Iraq*, RAND.



**SCHALLER, Michael (1985):** *The American Occupation of Japan. The Origins of the Cold War in Asia*, Oxford University Press.

**TILLY, Charles (2007):** *Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge.

**Documentación oficial:**

**Comité de Coordinación Estado-Guerra-Marina** (21 de septiembre de 1945)  
“SWNCC 150/4/A, *Política inicial de posderrota de EEUU relacionada con Japón*”

**Comunicado del Cairo, 1 de diciembre de 1943**

**Constitución del Imperio de Japón, 1889**

**Constitución de Japón, 1947**

**Declaración de Potsdam, 26 de julio de 1945**

**Junta del Estado Mayor** (3 de noviembre de 1945) “*J.C.S. 1380/15, Directiva Básica para el Gobierno Militar de Posrendición adecuado en Japón*”

**TRUMAN, Harry S.** (16 de abril de 1945) “*Address Before a Joint Session of the Congreso*”, Washington,

**San Francisco Peace Treaty between Japan and the United States** (28 de abril de 1951)

**Security Treaty Between the United States and Japan** (8 de septiembre de 1951)

## **Conclusiones**

**Libros:**

**CAROTHERS, Thomas (1999):** *Aiding Democracy Abroad, the learning curve*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington D. C.  
- *Critical Mission, Essayss on Democracy Promotion*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington D. C., 2004.

**COX, IKENBERRY & INOBUCHI (2000):** *American Democracy Promotion, Impulses, Strategies and Impacts*, Oxford University Press, Oxford.

**IGLESIAS, Carmen (1998):** *No siempre lo peor es cierto*, Círculo de Lectores, Barcelona.

**MCKAY, David (1989):** *American Politics & Society*, Basil Blackwell Ltd., Cambridge.



**MURAVCHIK, Joshua (1991):** *Exporting democracy. Fulfilling America's destiny*, Editorial AEI, Washington D. C.

**RAND Corp. (2003):** *America's Role in Nation-Building, from Germany to Iraq*, Santa Monica, 2003.

- *The UN's Role in Nation-Building, from The Congo to Iraq*, Santa Monica, 2005.

**SCHEMAN, Ronald (1988):** *The Alliance for Progress, a Retrospective*, Praeger Publishers, New York.

**TAFFET, Jeffrey F. (2007):** *Foreign Aid as Foreign Policy, the Alliance for Progress in Latin America*, Taylor & Francis Group, New York.

**TILLY, Charles (2007):** *Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge.

**Artículos:**

**Congressional Digest** (octubre de 1943): "Treaty Making Powers of the United States Senate"

- (junio-julio 1949): "Congress and the Foreign Field"

**FORBES, D. K. & DEARS, D. D.** (27 de junio de 2011): "*Rebuttal of A National Strategic Narrative*"

**LINDBERG, Tod** (21 de junio de 2008): "Back to Basics; Religion and America", *The International Herald Tribune*.

**PFAFF, William** (mayo-junio 2007): "El destino manifiesto de Estados Unidos: ideología y política exterior", *Política Exterior*, Madrid, Núm. 117

**PORTER, W & MYKLEBY, M** (11 de marzo de 2011): "*A National Strategic Narrative*"

**Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos** (26 diciembre de 2007): "*Democracy Promotion: Cornerstone of U.S. Foreign Policy?*"

**Documentación oficial:**

**CONGRESSIONAL DIGEST** (octubre de 1943) "*Treaty Making Powers of the United States Senate*", Vol. 22, Issue 10.

-( junio de 1949) "*Congress and The North Atlantic Treaty*", Vol. 28, Issue 6.

**Truman, Harry S.** (10 de octubre de 1951): "*Statement by the President Upon Signing the Mutual Security Act*"

- (24 de mayo de 1951): "*Special Message to the Congress on the Mutual Security Program*"



IN A PERPETUAL PEACEFUL REVOLUTION